SAGRADA CONGREGACION DE RITOS

SECCIÓN HISTÓRICA

145

DIÓCESIS DEL PUY

SOBRE LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

DEL SIERVO DE DIOS

HERMANO POLICARPO

(GONDRE)

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN
DE HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA
DEL SGDO. CORAZÓN DE JESÚS
(† 1859)

POSITIO

REDACTADA DE OFICIO SOBRE
LA INTRODUCCIÓN DE LA CAUSA Y SOBRE SUS VIRTUDES

IMPRENTA POLÍGLOTA VATICANA
MCMLXVIII

DIÓCESIS DEL PUY

SOBRE LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS

HERMANO POLICARPO

(GONDRE)

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN
DE LOS HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA
DEL SGDO. CORAZÓN
(†1859)

INFORMACIÓN

DEL REVERENDO PADRE RELATOR GENERAL
DE LA CAUSA DEL SIERVO DE DIOS JUNTO CON LOS DOCUMENTOS
REFERIDOS A ELLA

El Siervo de Dios, Hno. Policarpo, en el siglo Jean-Hippolyte Gondre, tercer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón, nace el 21 de agosto de 1801, en Les Héritières, cerca de La Motte-en-Champsaur (departamento de Hautes-Alpes), y muere en Paradis, cerca del Puy-en-Velay, el 9 de enero de 1859. Pertenece al nutrido grupo de almas selectas dedicadas a la reconstrucción religiosa y moral de Francia, especialmente en el campo de la enseñanza, durante la primera mitad del siglo XIX. Llegado al gobierno de su Congregación en un momento bastante crítico (l3 de septiembre de 1841), siendo el primero de los religiosos en desempeñar dicho cargo, en breve tiempo la elevó a un nivel de formación y organización tal que mereció ser considerado como su *segundo Fundador*. De hecho, el período de su gobierno (1841-1859) representa la edad de oro del Instituto: el número de Hermanos pasó de 59 a 400, y sus obras se extendieron no sólo por el centro de Francia, sino también por los Estados Unidos de América. Cuando en 1929-1930, fue iniciado el proceso informativo de beatificación y canonización, los

Hermanos de la Congregación del Sagrado Corazón y los admiradores del Siervo de Dios saludaron el esperado acontecimiento con gran júbilo.

La presente «*Informatio*» está distribuida, como de costumbre, en los siguientes cinco capítulos:

I. Historia de la Causa.
II. Trabajo de la Sección Histórica.
III. Ojeada a la documentación.
IV. Datos biográficos del Siervo de Dios.
V. Dudas planteadas a los Consultores históricos.

I.- Historia de la Causa

Tras la muerte del Siervo de Dios, Hno. Policarpo Gondre, acaecida el 9 de enero de 1859, todos los Hermanos, empezando por los asistentes generales de la Congregación, manifestaron unánimemente la fama de santidad de que gozaba entre ellos. Con el paso de los años, esa idea, no sólo no desapareció de los labios y de los escritos de los religiosos, sino que se conservó inalterable y encontró nuevas manifestaciones. Sin embargo, el Proceso ordinario no se instruye hasta las fechas comprendidas entre el 4 de febrero de 1929 y el 23 de diciembre de 1930, es decir, entre 70 y 71 años después de su muerte, cuando ya no se podía oír a testigos «de visu» válidos a efectos de un testimonio abundante y fidedigno.

El hecho, no obstante, tiene una explicación. Conviene recordar que las condiciones, tanto de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón como de la nación francesa, en este lapso de tiempo, no eran las más favorables para poner en marcha los pasos de un proceso canónico sobre la fama de santidad, virtudes y milagros del Siervo de Dios. En efecto, la Congregación, después de la muerte del Hno. Policarpo, pasa por una fase de ajuste legislativo hasta 1874 –año en que lo lleva a término su sucesor– y permanece todavía durante mucho tiempo como congregación de derecho diocesano. Además, las condiciones político-religiosas de Francia en los últimos treinta años del siglo pasado, se caracterizaron por la lucha de gobiernos anticlericales y masónicos contra las congregaciones religiosas, especialmente las de enseñanza, una de las cuales era precisamente el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, creándose así un ambiente no sólo poco favorable, sino excesivamente agitado y revuelto como para disponer de la tranquilidad necesaria, requerida en la negociación de un proceso de beatificación y canonización.

A pesar de todo, en este período encontramos también claras señales no sólo de veneración hacia el Siervo de Dios, sino incluso deseos de obtener su glorificación. El año 1893, después de un decenio de preparación, sale a la luz una extensa biografía; los autores intentaban seguir manteniendo vivo el recuerdo del Siervo de Dios y estimular, con su ejemplo, la formación de los Hermanos en tiempos extremadamente delicados.

Habían transcurrido ya 43 años desde su muerte cuando los superiores generales de la Congregación decidieron dar los primeros pasos para poner en marcha definitivamente el Proceso informativo. En la sesión del 30 de julio de 1902, el Consejo General se congratulaba por el feliz resultado del viaje a Italia del Superior, Hno. Pablo (1900-1906), con relación al «proyecto de introducir en Roma la Causa de beatificación del Hno. Policarpo» (cf. Consejo General 1887-1918, p.63, ms.,Arch. gen, SC, Roma). E inmediatamente, con el fin de acumular documentos útiles al negocio emprendido, se toma la medida de solicitar a los contemporáneos del Siervo de Dios que pongan por escrito sus recuerdos e impresiones personales (cf. Doc. XXIII, XXIV, pp. 469-484). Desgraciadamente, se debió aplazar el proyecto del Proceso apenas esbozado. Por los decretos del 18 y el 24 de marzo y del 26 de junio de 1903, dados por el gobierno francés, fueron disueltas las congregaciones religiosas de enseñanza que aún no habían recibido la autorización definitiva; al año siguiente, esta sectaria medida fue extendida también a las congregaciones provistas de autorización, medida que alcanzaba de lleno a los Hermanos del Sagrado Corazón. La Curia General permaneció durante algún tiempo en Francia, pero después del Capítulo General de 1906 se trasladó a Rentería (España). Esta incómoda situación se agravó durante la primera conflagración mundial de los años 1914-1918.

Finalmente, la celebración del centenario de la fundación de la Congregación (1821-1921) puso de nuevo sobre el tapete la figura del Siervo de Dios. Habida cuenta del concepto de santidad que de él se tenía, durante las numerosas conmemoraciones históricas celebradas tanto en Francia como fuera de ella, salía espontáneamente resaltada su persona sobre todas las demás, incluida la del mismo padre fundador (cf. Documento XXV, 2, páginas 492-494). Como consecuencia de esta rememoración centenaria, las virtudes del Siervo de Dios resplandecieron con mayor fulgor a la vista de todos, y se reavivó y generalizó el deseo de retomar su proceso de beatificación y canonización para llevarlo cuanto antes a buen término. Sintonizando con el sentir de la mayor parte de los Hermanos, el Superior General de aquella época, Hno. Albéric, se entregó con ardor a la tarea y preparó una moción para presentarla al Capítulo General de 1925, en la cual proponía un inme-

diato inicio de la causa. Y, de hecho, gracias al trabajo incansable y tenaz del nuevo Superior General, Hno. Urcize (1925-1937), en breve lapso de tiempo se consiguió el objetivo propuesto. El 16 de agosto de 1927, bajo la presidencia de Mons. Norbert Rousseau, obispo del Puy-en-Velay, tenía lugar la exhumación de los restos mortales del Siervo de Dios (cf. Doc. XXVIII, pp. 515-517); el 9 de abril del año siguiente, el Consejo General de la Congregación nombraba al Hno Albéric postulador de la causa; y el 6 de junio, Mons. Rousseau publicaba una ordenanza solicitando la búsqueda de los escritos.

Después de estos trabajos preparatorios, el Proceso informativo se desarrolla entre el 24 de enero de 1929 y el 23 de diciembre de 1930. De los diecisiete testigos presentados, sólo tres habían conocido al Siervo de Dios, pero siendo niños y, además, eran ajenos a la Congregación. Tanto el Proceso ordinario como el *Processiculus diligentiarum* fueron abiertos ante la Sagrada Congregación de Ritos el 13 de marzo de 1931; mientras tanto, sin embargo, habiendo sido instituida el 6 de febrero de 1930 nuestra Sección Histórica, la causa del Siervo de Dios cayó dentro de su competencia. El decreto sobre los escritos fue promulgado el 20 de noviembre de 1940, pero más tarde, el 21 de octubre de 1965, al encontrarse otros escritos, se emitirá un segundo decreto.

II.- Trabajo de la Sección Histórica

El material presentado en la Sección Histórica para redactar *ex officio* la correspondiente *Positio* sobre la introducción de la causa y sobre las virtudes era más bien escaso. Concretamente:

1) *Copia Publica* del Proceso ordinario (de sólo 337 folios), en la cual estaban incluidas cinco cartas de los asistentes generales notificando la muerte del Siervo de Dios, cuatro memoriales y algunos documentos relativos a las gracias atribuidas a su intercesión;

2) un volumen con los escritos del Siervo de Dios;

3) su biografía, escrita por los Hnos. Eugène y Daniel e impresa en 1893.

Además, el postulador de la causa presentó la partida de nacimiento, el texto de las Reglas de la Congregación con la aprobación de los obispos, dos circulares –una del Siervo de Dios y otra de los asistentes generales– enviadas a los Hermanos durante su última enfermedad y, finalmente, los testimonios de algunas gracias.

La Sección Histórica requirió el parecer de un Consultor a propósito de la trascendencia y valoración histórica de la documentación, y el juicio expresado fue

bastante halagüeño: «La seguridad para el desarrollo de la Causa –se lee en el voto del Consultor– la encontramos en la documentación histórica ofrecida por la Postulación, siendo esta bastante buena (...). Después de las consideraciones anteriores, creo que, para el desarrollo de la Causa, según las exigencias de la crítica histórica, disponemos de una base realmente segura y que promete resultado feliz».

No obstante, un examen ulterior más profundo nos hizo comprender la necesidad de ampliar las investigaciones históricas y archivísticas para iluminar mejor la personalidad del Siervo de Dios y llenar algunos vacíos hallados en los testimonios de los testigos del Proceso, que no quedaron suficientemente ilustrados a causa de la escasa documentación por ellos presentada. El trabajo fue confiado a nuestro Ayudante en el trabajo, Mons. Giovanni Papa, el cual, tras una paciente y larga labor de investigación, valiéndose de la activa cooperación del Hno. Stanislas, Secretario General de 1952 a 1964 y actualmente Archivero General, y de Giovanni Bourke (a quien ofrecemos desde estas páginas nuestro agradecimiento más sincero), consiguió llevar a feliz término la presente *Positio*.

Nuestra primera preocupación fue la de adjuntar a la causa la documentación adquirida. Mons. Papa estuvo particularmente acertado en las investigaciones que personalmente llevó a cabo en algunos archivos de Roma, destacando las realizadas en el archivo general de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, donde localizó los títulos de enseñanza del Siervo de Dios junto con algunos anexos complementarios, las actas de la toma de hábito y de la profesión religiosa, otras referentes a su elección como Superior General de la Congregación y a su gobierno, así como varias cartas de los Hermanos, autorizaciones legales, Reglas, Estatutos, etc.

Todo este material ha sido posteriormente utilizado para conocer su personalidad, enfocar mejor el marco de su gobierno y para documentar la tradición constante, jamás interrumpida, de su fama de santidad. Incluye aún otras noticias útiles para el estudio de las Reglas del Instituto preparadas por el Siervo de Dios, halladas en los archivos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de las Hermanas de Jesús María, fundadas, al igual que los Hermanos del Sagrado Corazón, por el sacerdote André Coindre.

Además, las investigaciones se extendieron a los archivos eclesiásticos y civiles de numerosas localidades de Francia con las que tuvo alguna relación el Siervo de Dios. Esta tarea fue confiada al Hno. Alphée (Lauréat Tousignant), que conocía bien la figura del Siervo de Dios y había seguido de cerca el desarrollo de la causa. Con precisas instrucciones, y provisto de una minuciosa lista de los archivos epis-

copales, parroquiales, departamentales y ministeriales a consultar, diligentemente preparada por Mons. Papa, hizo dos largos y extensos viajes a Francia: el primero, en los meses de abril-junio de 1956 y el segundo, en junio del año siguiente, 1957.

Como es evidente, las indagaciones principales debían desarrollarse sobre todo en dos lugares: en «Paradis», casa general de la Congregación en tiempo del Siervo de Dios y lugar habitual de su morada, y en la cercana ciudad episcopal del Puy-en-Velay. Aquí tuvo, de nuevo, la confirmación de que el archivo diocesano había sido destruido por un incendio en 1880 y que, por tanto, carecía de documentos anteriores a esa fecha. En Paradis, en cambio, las investigaciones de nuestro colaborador fueron más fructuosas porque, además del acta civil de defunción del Hno. Policarpo, conseguida en el archivo municipal de Espaly-St-Marcel, se pudo llevar a Roma varios antiguos registros de la Congregación con algunas cartas circulares del Siervo de Dios. Visitó también personalmente todos los archivos señalados por la Sección Histórica, como consta por fidedignas declaraciones de los directores de los mismos.

En líneas generales, el resultado de las indagaciones, que en parte ya habían sido realizadas por otros, fue negativo, a excepción de una información obtenida de la academia de Grenoble. También fueron consultados el archivo episcopal de Dubuque, USA, sede de la primera fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón en los Estados Unidos de América, y el de la casa que la Congregación posee en la pequeña ciudad de Rentería.

No excluimos que en el futuro pudieran salir a la luz otros documentos, pero teniendo en cuenta la amplitud y diligencia de nuestras indagaciones en diversos archivos, creemos estar en condiciones de afirmar que difícilmente cambiarían el cariz sustancial de la *Positio*. Precisamente en estos días, después de imprimir el texto de la documentación, ha sido encontrada, por casualidad, en el archivo general de los Clérigos de San Viator en Roma (segn. P. 4815 B), una breve carta autógrafa del Siervo de Dios dirigida al P. Charles Faure (12 de octubre de 1848), quien abandonó temporalmente dicha congregación para fundar otra de hermanos educadores y agricultores. Habiéndole consultado el P. Faure, si verdaderamente el joven Pierre Chautard –que pedía ser admitido en su nueva congregación– se había salido de los Hermanos del Sagrado Corazón, el Siervo de Dios le contesta afirmativamente, y precisa, además, que «hizo trámites para ser recibido nuevamente entre nosotros, pero tenemos por regla que, a alguien que sale de la Congregación, ya no se le vuelve a admitir»; y hace votos para que en el nuevo instituto «no falte nunca a la obediencia que reciba de sus superiores».

Para hacerse una idea de la enorme labor investigadora desarrollada en la elaboración de la presente *Positio*, baste pensar que han sido consultados 93 archivos y bibliotecas, repartidos en 69 ciudades. Los de Roma y de la Ciudad del Vaticano han sido personalmente examinados por Mons. Papa; los demás, por los colaboradores externos de la Sección Histórica. En la lista siguiente, hemos escrito en letra cursiva los archivos que nos han proporcionado algún documento o alguna información utilizada en nuestro trabajo; cuando se cita un texto extraído de la documentación, damos entre paréntesis el documento de referencia.

1. AIRE:
   Archivo episcopal.
2. AUGEROLES:
   Archivo parroquial.
3. AUMONT:
   Archivo parroquial.
4. AUZON:
   Archivo parroquial.
5. BROQUIÈS:
   Archivo parroquial.
6. CAHORS:
   Archivo episcopal.
7. CHAISE-DIEU:
   Archivo parroquial.
8. CHAUDESAIGUES:
   Archivo parroquial.
9. CHIRAC:
   Archivo parroquial.
10. CIUDAD DEL VATICANO:
    * *Archivo de la Sagrada Congregación para la Propaganda de la Fe* (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 15, nº 1);
    * *Archivo de la Sagrada Congregación de Religiosos*;
    **Archivo de la Sagrada Congregación de los Obispos y Clérigos Regulares*;
    * *Archivo de la Sagrada Congregación del Concilio* (Doc. IX, *intr*.).
    * *Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos*.

11. CLERMONT-FERRAND:
    Archivo departamental: Fondo de la Academia;
    Archivo episcopal.
12. COURBON:
    Archivo parroquial.
13. DUBUQUE (Estados Unidos de América):
    Archivo episcopal.
14. DUNIÈRES:
    Archivo de la casa de los Hnos. del Sgdo. Corazón;
    Archivo parroquial.
15. ÉGLETONS:
    Archivo parroquial.
16. ESPALY-ST-MARCEL:
    Archivo municipal (Doc. XV, 1);
    Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón en Paradis;
    Archivo parroquial.
17. GAP:
    Archivo departamental;
    Archivo del seminario mayor;
    Archivo episcopal (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 1º, nº 9.
18. GRENOBLE:
    Archivo departamental: Fondo de la Academia (Doc. II, *intr*.);
    Archivo de la prefectura;
    Archivo episcopal.
19. ISPAGNAC:
    Archivo parroquial.
20. LACAPELLE-MARIVAL:
    Archivo parroquial.
21. LALBENQUE:
    Archivo parroquial.
22. LA MOTTE-EN-CHAMPSAUR:
    Archivo municipal (Docc. I; XXII, par. 1ª, cap. 1º, nº 9);
    Archivo parroquial (Docc. I, *intr.*; III, *intr.*; XXII, par. 1ª, cap. 1º, números 9, 10).

23.- LARAJASSE:
Archivo parroquial.

24.- LAUZERTE:
Archivo parroquial.

25.- LEMPDES:
Archivo parroquial.

26.- LE PUY-EN-VELAY:
Archivo departamental;
Archivo del seminario mayor;
Archivo episcopal.

27.- LYON:
Archivo del arzobispado;
Archivo departamental: Fondo de laAcademia;
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.

28.- MARVEJOLS:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.

29.- MASSONVILLE:
Archivo parroquial.

30.- MENDE:
Archivo episcopal.

31.- MEYSSAC:
Archivo parroquial.

32.- MONTFAUCON:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.

33.- MONTON:
Archivo parroquial.

34.- MONTPELLIER:
Archivo episcopal.

35.- MOULINS:
Archivo episcopal.

36.- NEUVIC D'USSEL:
Archivo parroquial.

37.- NEVERS:
Archivo episcopal.

38. NÎMES:
Archivo episcopal.
39. OLORON:
Archivo de la parroquia de Nuestra Señora.
40. ORLÉANS:
Archivo episcopal.
41. PARIS:
Archivo del ministerio de defensa nacional y de las fuerzas armadas: Sección de Marina: «Administración de la Inscripción marítima de El Havre» (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 10, nº 20).
Archivo del ministerio de educación nacional;
Biblioteca nacional.
42. PÉRIGUEUX:
Archivo episcopal.
43. POLMINHAC:
Archivo parroquial.
44. PONT-DU-CHÂTEAU:
Archivo parroquial.
45. RENTERÍA (España):
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
46. RIOTORD:
Archivo parroquial.
47. RODEZ:
Archivo episcopal.
48. ROMA:
* *Archivo de la Curia General de los Hermanos del Sagrado Corazón*: Docc.I, *intr*.; II, 1, 2; III, 1, 2, 3; IV, 1, 2; V, 1, 2, 3; VI; VII, 1, 2; VIII; IX, *intr*., *partes diversas* en las notas, Apéndice, 2; X; XI, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 a, b, 8; XII; XIII, A, 1-11, B, C, 1-14; XIV; XV, 2; XVI, 1, 2, 3; XVII; XVIII, 1, 2, 3; XIX, 1, 2; XX; XXI; XXII, *intr* y *en diversas partes* en las notas; XXIII; XXIV, 1 *intr*., nº 2; XXVII, *intr*.; XXVIII, 1; XXIX, 1, 2 a, b, c; XXX, *en diversas partes* en las notas;
**Archivo de la Curia General de los Hnos. de las Escuelas Cristianas*: Doc. IX, *intr*.;
* *Archivo de la Curia General de las Hermanas de Jesús-María*: Doc. IX, *intr*.;
Archivo de la Curia General de los Hermanos Maristas;
Archivo de la Curia General de los Clérigos de San Viator.

49. ST-ALBAN:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
50. ST-BONNET:
Archivo municipal (Doc. I, *intr*.)
51. ST-CHÉLY D'APCHER:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
52. ST-CÔME (Aveyron):
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
53. ST-FLOUR:
Archivo episcopal.
54. ST-GERMAIN LEMBRON:
Archivo parroquial.
55. ST-JEAN DE FOS:
Archivo parroquial.
56. ST-JULIEN-CHAPTEUIL:
Archivo parroquial.
57. ST-JUST-MALMONT:
Archivo parroquial.
58. ST-LÉON D'AUGET:
Archivo parroquial.
59. ST-MAURICE DE LIGNON:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
60. ST-PAL-DE-MONS:
Archivo parroquial.
61. ST-ROMAIN LACHALM:
Archivo parroquial.
62. ST-ROME DE TARN:
Archivo parroquial.
63. STE-SIGOLÈNE:
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón;
Archivo parroquial.
64. SERVERETTE:
Archivo parroquial.

65.- SIAUGUES ST-ROMAIN:
Archivo parroquial.
66.- SULLY-SUR-LOIRE.
Archivo parroquial.
67.- TULLE:
Archivo episcopal.
68.- VALS:
Archivo de los jesuitas;
Archivo parroquial.
69.- VIEILLE BRIOUDE:
Archivo parroquial.

III. Ojeada a la documentación

En la disposición de los documentos, se ha seguido el orden cronológico, como el más indicado para presentar adecuadamente la persona y la obra del Siervo de Dios. Su figura coherente encuentra la mejor ilustración por medio de la presentación gradual de los acontecimientos más sobresalientes de su vida.

Los treinta documentos de la *Positio* se dividen en dos grupos, que se obtienen al tomar como punto de referencia el certificado de defunción del Siervo de Dios.

El primer grupo comprende los documentos (I-XV) estrechamente relacionados con la persona y con la actividad desarrollada por el Hno. Policarpo, como miembro y como Superior General de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. A la luz de los testimonios de su época, se puede profundizar, de alguna manera, en su alma, seguir su formación y valorar su labor decisiva en los primeros decenios del Instituto.

Respecto a la parte de su vida transcurrida en el mundo seglar, es de especial importancia el Documento II (páginas 6-12), complementado por el Documento V (páginas 24-34), que nos ilustra sobre el *Certificado de capacitación para la enseñanza primaria: tercer grado,* conseguido el nueve de octubre de 1822, en la Universidad de Grenoble, y sobre la autorización para abrir una escuela en su pueblo natal (La Motte-en-Champsaur) el seis de noviembre del mismo año. En 1837, aún añadía un segundo *Certificado de capacitación* de nivel superior. Ambos han sido analizados en el marco de la legislación escolar de la época.

Del acta de su profesión religiosa (21 de septiembre de 1829) se desprende un

hecho singular, a saber: su admisión inmediata a la profesión perpetua sin que le hubiera precedido el habitual período de votos temporales (Doc. III, pp. 20-21).

Si esta circunstancia excepcional, verificada solamente en la persona del Siervo de Dios, hace ya resaltar su figura, esta adquiere un nuevo relieve en los documentos originales referentes a su designación como Superior General de la Congregación en un momento de grave crisis que amenazaba dar al traste con su existencia misma, crisis que el Siervo de Dios logró superar, particularmente en el campo espiritual, formativo e intelectual de los Hermanos, ayudado en el ámbito material y temporal por la activa cooperación del primer miembro de la Congregación, Hno. Xavier (Doc. VII, pp. 31-43). Sus merecimientos alcanzaron tal nivel que en 1846 fue reelegido –esta vez para toda la vida– como Superior General de la Congregación (Doc. VIII, pp. 44-46). El trabajo legislativo por él desarrollado durante los años de su gobierno, se trata con amplitud en la introducción al Documento IX, que aporta las Reglas aprobadas en 1846 junto a un estudio crítico sobre las fuentes, el método y el contenido de las mismas (pp. 46-113).

El Documento XI (pp. 110-144) trae a colación diversas informaciones relativas al capellán de la casa de «Paradis» y a la actitud del Siervo de Dios en sus desacuerdos con él. Como dicho capellán, sacerdote JeanArnaudon, se había arrogado tal dominio sobre los Hermanos que a veces parecía ser el verdadero Superior de la Congregación, el Siervo de Dios fue acusado por algunos de debilidad. El problema ha sido analizado con cierta amplitud y se ha llegado a una conclusión ampliamente favorable al Siervo de Dios, quien demostró a la vez un gran equilibrio y mucha prudencia en las relaciones con el señor obispo del Puy-en-Velay, de quien dependía la Congregación, y que nos había recomendado el capellán.

Finalmente, los extractos de las cartas del Hno. Policarpo, precedidos de una introducción crítica, muestran con claridad su carácter afectuoso y sincero, siempre preocupado de impartir una formación firme a sus hijos y de promover en la Congregación un auténtico espíritu de familia (Doc. XIII, pp. 150-197). Los Documentos XIV-XV (pp. 197-201) nos informan de la última enfermedad y de la muerte del Siervo de Dios.

– El segundo grupo de nuestra documentación recoge los Documentos XVI-XXX, referentes a la fama de santidad subsiguiente a la muerte del Siervo de Dios. Los autores de estos documentos, Hermanos coetáneos suyos, principalmente, encuentran en ellos un cauce para hablar con libertad y sin reticencias de las virtudes del Siervo de Dios, siendo considerado por todos como un auténtico modelo para los Hermanos del Sagrado Corazón, pues esa es la conclusión que se obtiene con

claridad meridiana al leer las cartas de sus sucesores en el gobierno de la Congregación, los cuales muchas veces y abiertamente le llaman «santo» (Docc. XVI-XXI, pp. 201-224).

– La *Vida del Hermano Policarpo,* escrita por los Hnos. Eugène y Daniel (Doc. XXII, pp. 224-469) es, sin duda alguna, uno de los documentos fundamentales al objeto de demostrar sus virtudes, hasta el punto de que sin ella, difícilmente se hubiera podido iniciar el proceso de beatificación: de ahí que haya sido sometida a un severo y esmerado examen crítico.

En la amplia introducción (pp. 224-245), se ha procurado demostrar que los autores de la «Vida» –que salió en forma anónima unos treinta y cinco años después de la muerte del Siervo de Dios– aunque modifican a veces los textos, han salvado casi siempre lo esencial; es más, en los pocos casos en que esta aparece un poco alterada, el retoque no ha sido jamás hecho a favor de las virtudes del Siervo de Dios. Los ajustes han de atribuirse a la adaptación de los textos con fines literarios y, especialmente, a una cierta manía de variar, como ocurre en otras biografías de la época, pero jamás a una voluntad preconcebida de los autores, que no estaban, ciertamente, preparados para trabajos científicos. Como ellos habían tenido relación con el Siervo de Dios durante bastantes años y habían hablado continuamente con cuantos lo habían conocido, disponían de elementos suficientes para exponer sus virtudes; pero sobre todo se basaron en los escritos del mismo Siervo de Dios, con el objeto de captar en profundidad su espíritu a la luz de otras fuentes. Teniendo presentes todos los documentos de la *Positio*, parece evidente la conclusión de que los Hnos. Eugène y Daniel, autores de la «Vida», alcanzaron los objetivos que se habían propuesto, esto es, dar a conocer, por una parte, la importancia de la personalidad del Hno. Policarpo en la historia y en la vida de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, y por otra, poner de manifiesto la excelencia de sus virtudes.

– Entre los demás documentos, destaca el testimonio del Hno. Adelphe (Doc. XXIV, pp. 472-484), el cual, a pesar de haber sido escrito cuarenta y cuatro años después de la muerte del Siervo de Dios, no pierde en nada su valor ni su frescura inmediata, porque el autor refiere cuanto él mismo ve u oye, con circunstancias bien detalladas.

Tanto este testimonio, como los de otros religiosos que conocieron al Siervo de Dios (Docc. XX-XXII, pp. 217-472), a la vez que ponen de relieve las virtudes por él practicadas, son también expresión de su ininterrumpida fama de santidad, confirmada asimismo en diversas obras impresas (Doc. XXV, p. 485-494), entre las cuales destacamos las dos biografías del Siervo de Dios, publicadas por el Hno.

Basilien en 1913 y en 1930, relevantes además por algunos episodios inéditos y por la relación de gracias atribuidas a su intercesión (Docc. XXVI-XXVII, pp. 494-515). .-El último documento se dedica a los extractos del Proceso ordinario, especialmente útiles para comprobar la fama de santidad (Doc. XXX, pp. 522-585).

IV. Datos biográficos del Siervo de Dios

El *curriculum* del Siervo de Dios se desarrolla casi enteramente en la primera mitad del siglo XIX; se abre, de hecho, en agosto de 1801 y se cierra en enero de 1859. Geográficamente se mueve, sobre todo, en los departamentos de Hautes-Alpes, Rhône y Haute-Loire con breves y periódicos episodios en otros lugares por obligaciones de su oficio. En su vida, se pueden distinguir tres períodos: el primero se refiere a su infancia y juventud en la región natal; el segundo, a su actividad en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón hasta su elección como Superior General; y el tercero, a su gobierno.

1

Primer período: infancia y juventud (1801-1827)

El Siervo de Dios vio la luz en Les Héritières, grupito de casas poco distante de La Motte-en-Champsaur (Hautes-Alpes), el 21 de agosto de 1801. En el bautismo, recibido el mismo día, se le impusieron los nombres de Jean Hippolyte, pero en el trato habitual prevalece el segundo. Sus progenitores, Jean y Victoire Gonsalin, eran de condición modesta y obtenían del campo y de otros trabajos manuales lo necesario para vivir y sustentar a la familia; por otra parte, siendo muy piadosos, supieron dar al pequeño Hippolyte y a los demás hijos una sólida formación cristiana (Doc. I).

La infancia del Siervo de Dios transcurre en el nuevo clima Estado-Iglesia creado en Francia por Napoleón. Como en otras partes, también la iglesia parroquial de La Motte-en-Champsaur se ve ocupada de nuevo por un titular, el sacerdote Tribhaud, el cual restablece públicamente el culto que se había visto obligado a celebrar en secreto durante la tormenta revolucionaria.Así el pequeño Jean-Hippolyte pudo acudir frecuentemente a las ceremonias sagradas y participar en ellas de tal modo que provocaba la admiración de los lugareños y públicos elogios del párro-

co. Durante la estación estival se dedicaba al cuidado del ganado y a las labores del campo.

El 9 de octubre de 1822 consiguió el «Certificado de capacitación para la enseñanza: tercer grado», expedido por la Academia de Grenoble. El 6 de noviembre siguiente, obtiene de su municipio la autorización para abrir una escuela, y de ahí en adelante, hace de la enseñanza a los pequeños la misión de su vida. Entre los 12 y 13 años, había manifestado el deseo de ingresar en el seminario para encaminarse hacia la vida eclesiástica pero, al parecer, fue disuadido por su propio párroco, ya que su familia no estaba en condiciones de sufragar los gastos. Ahora, al contacto directo con los niños, empieza a ver de cerca cuánto influye en sus almas una educación sana y cristiana; y sobre todo comprende que no es necesario el estado sacerdotal para poder ser apóstol y consagrarse enteramente y para siempre al Señor.

El joven maestro encontró estímulo y apoyo para el género de vida emprendida, en un seminarista contemporáneo suyo llamado Mamert Escalle, muerto en olor de santidad el 12 de abril de 1824. Las dos almas, muy unidas, fijaron la meta de sus aspiraciones en el servicio de Dios y en el desprendimiento de las cosas de la tierra. Fallecido el clérigo, Gondre continuó con su apostolado de la enseñanza pero sintiendo siempre, cada vez más vivo, el deseo de consagrar todas sus fuerzas a la educación cristiana de la juventud en una de las congregaciones dedicadas a este noble fin. Y así, en 1827, ingresó en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón.

2

Segundo período: el religioso (1827-1841)

La elección de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón se debería a dos miembros de la misma, los Hnos. Bernardin y Ciprien, probablemente parientes suyos, al segundo de los cuales se le denomina también su «protector» (Doc. III, 1, p. 18). El Siervo de Dios atravesaba el umbral de la casa madre, en Lyon, el 27 de junio de 1827.

a) El origen de la Congregación y su época.

Los Hermanos del Sagrado Corazón fueron fundados en 1821 por el sacerdote lionés *André Coindre* (Doc.III, pp.12-16). Al principio intentó organizar una especie de orfanato para niños abandonados pero, más tarde, amplió el programa e

instituyó una verdadera congregación religiosa consagrada a la instrucción de los niños, particularmente en medios rurales y en pequeños centros, sumándose así a las numerosas congregaciones clericales y laicales que fueron características de la Francia posrevolucionaria, y que imitaron el modelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle.

La Restauración, en Francia, entendió que solamente una instrucción sana y fundada en los principios cristianos podía asegurar la reconstrucción de la patria e impedir que se repitiera la devastación revolucionaria. El nuevo clima, sostenido por leyes escolares que devolvían dignidad y decoro a la religión, favoreció notablemente la multiplicación y el afianzamiento de las nuevas congregaciones religiosas. En este plan de reconstrucción cristiana y social, se sitúa la múltiple y fecunda actividad de los fundadores, desde M. G. Joseph Chaminade hasta el Beato Marcellin Champagnat, o Jacques-François Dujarié, Basile Moreau, Gabriel Taborin, Jean-Marie-Robert de Lamennais y algunos más, verdaderos apóstoles de la reconstrucción francesa del siglo pasado.

b) Novicio y maestro de novicios

El Siervo de Dios es, justamente, uno de estos apóstoles. Su ingreso entre los Hermanos del Sagrado Corazón fue un regalo de la benevolencia divina, que les enviaba al que salvaría a la Congregación de una peligrosa crisis y la llevaría a un nuevo auge.

Tras un breve período de ambientación y prueba, Jean-Hippolyte Gondre toma el hábito religioso el l6 de septiembre de 1827 y elige como nombre de religión el de Hno. Policarpo (Doc. III, 2, pp. 19-20). Un par de acontecimientos importantes caracterizan, de modo singular, sus dos años de noviciado. Los biógrafos afirman que, en 1828, el Hno. Policarpo fue llamado a ejercer el importante cargo de maestro de novicios, lo cual demuestra la alta estima que en breve tiempo adquirieron de él los superiores. No solamente eso sino que, acabados los dos años de noviciado, los mismos superiores le admitieron a pronunciar los votos perpetuos en lugar de los usuales votos temporales, hecho que acaeció el 26 de septiembre de 1829.

De estas sencillas informaciones se obtiene la conclusión de que el Siervo de Dios había llegado del estado secular ya bastante formado espiritualmente, hasta el punto de sobresalir en seguida sobre todos sus compañeros y de permitir a los superiores confiarle tareas normalmente reservadas a los más expertos y a los más cualificados. El hecho es tanto más sorprendente cuanto que, en los dos años de noviciado, no pudo disponer de experimentados maestros o directores espirituales.

c) El restaurador

Durante los doce años que siguieron (1829-1841), el Siervo de Dios se convirtió en el auténtico restaurador y animador de la disciplina religioso-formativa de la Congregación. Veamos en síntesis cómo se desarrollaron los acontecimientos.

El «Pieux Secours» de Lyon, casa madre del Instituto, era propiedad del fundador André Coindre, y los religiosos eran simples arrendatarios. Fallecidos este (1826) y su madre (1827), el hermano del fundador, François-Vincent, se encontró ocupando el cargo de Superior de la Congregación y propietario del edificio al mismo tiempo. Durante la revolución de julio de 1830 cerró el noviciado. Además, a causa de las deudas contraídas, con perjuicio, incluso, para la Congregación, y por el poco empeño puesto en la formación y dirección de los religiosos, muchos abandonaron el Instituto. En 1836 F.V. Coindre estaba a punto de entregar la propiedad en manos de los acreedores y de abandonarlo todo. Pero precisamente en este año (1836) salió de la Congregación el Director General, Hno. Borgia, y fue llamado para sustituirlo el Hno. Xavier, el cual, con el objeto de librar a F.V. Coindre del agobio de los acreedores y de frenar su manía de construir, compró todo el «Pieux Secours» y asumió el compromiso de pagar las deudas. Además, para dar tranquilidad a la Congregación, en 1837 adquirió una finca denominada «Paradis» cerca del Puy-en-Velay (Haute-Loire). Al año siguiente trasladó allí el noviciado, siempre bajo la dirección del Siervo de Dios, y abrió un internado. Finalmente, viendo que F.V. Coindre continuaba creando dificultades, trató de evitar su injerencia en las finanzas de la Congregación; pero el Superior General, irritado, le cesó en el cargo de primer Asistente y de Director General en septiembre de 1840, confiándole dichos cargos al Siervo de Dios.

Para comprender debidamente el alcance de este nombramiento, es conveniente recordar algunos acontecimientos.

Disuelto el noviciado en julio de 1830, como se ha dicho, el Hno. Policarpo fue nombrado Director de la escuela de Vals, cerca del Puy-en-Velay, donde no sólo se consolidó como educador y religioso modelo sino que, durante los siete años que permaneció allí, se las arregló, incluso, para organizar un grupo de novicios que él formaba con sumo cuidado, convirtiéndose Vals de este modo en el principal centro de formación de los miembros de la Congregación. En la sesión del 26 de septiembre de 1835, el Capítulo General lo elige segundo Asistente de la Congregación (Documento IV, páginas 22-23). Con el fin de proveer convenientemente al saneamiento moral y formativo de los candidatos, recibe el mismo año el encargo de organizar en Vals un noviciado regular, y al año siguiente (1837), es llamado a Lyon

y se le confía el gobierno de los novicios hasta el momento en que estos son trasladados, en 1838, a «Paradis».

La acción formativa del Siervo de Dios se extiende también al internado y a todos los religiosos. Repitiendo lo que había hecho en Vals, el 2 de febrero de 1840 organizó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, para dar a toda su labor un fundamento mariano (Doc.VI, pp. 30-31); y con el fin de conseguir una mejor preparación para la enseñanza en la escuela, el 1 de septiembre de 1837 obtenía un segundo *Certificado de capacidad,* de superior nivel y amplitud que el de 1822 (Doc. V, pp. 24-30).

Todo eso explica que, deseando marginar al Hno. Xavier, el Superior General llamase al Hno. Policarpo a sucederle como primer Asistente y Director General. Con calma y en silencio, en pocos años echará los sólidos cimientos de la reconstrucción religioso-formativa de la Congregación cuyo desarrollo promoverá durante el resto de su vida.

3

Tercer período: el Superior General (1841-1859)

El Capítulo, reunido en septiembre del año 1841, acepta la dimisión presentada por el Superior, François-Vincent Coindre, y el 13 del mismo mes procede a la elección del sucesor. En primera votación, y por unanimidad, resultó elegido el Hno. Policarpo para un período de cinco años. Aceptado el cargo –con evidente disgusto– por vez primera se ponía al frente de la Congregación un miembro de la misma. Se trataba del religioso más relevante: el que siempre y en todas partes hasta entonces había brillado por sus preclaras dotes espirituales, intelectuales y de gobierno. De carácter amable, equilibrado y prudente, ofrecía los mejores augurios de un porvenir seguro, próspero y fecundo...

El gobierno del Siervo de Dios se desarrolla en dos fases sucesivas:

a) *De 1841 a 1846.* En el momento de la elección, el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón atravesaba un momento bastante difícil. Al cabo de 20 años, los religiosos profesos eran apenas 59, no disponían de Reglas completas ni Constituciones propias y las finanzas eran catastróficas. Junto a estos problemas hubo otro que preocupó desde el primer instante al nuevo Superior: vigorizar la vida espiritual, fortalecer la disciplina y restablecer la mutua confianza entre los religiosos y el Superior.

Para alcanzar estas metas y poder captar personalmente las situaciones particulares, comenzó de inmediato la visita a todas las comunidades y envió frecuentes cartas circulares a los Hermanos. Estos esperaban sus visitas con verdadera emoción, y él, con el fin de contentarlos, se sometía a las duras fatigas que los viajes le suponían, hasta el extremo de llegar a caer gravemente enfermo en 1843. Velaba con solicitud paternal por la formación de los novicios, y sus esfuerzos se veían recompensados con el consuelo de ver multiplicarse los miembros del Instituto en modo tal, que cada año podía abrir nuevas casas.

El fundador, P. André Coindre, había dejado un esbozo de reglas, con algunas disposiciones destacadas, y un esquema de las constituciones. Su sucesor sólo pensó en reordenar estas últimas. Por lo tanto, la Congregación no tenía todavía, ni reglas definitivas, ni recogidas en un «corpus» impreso y al alcance de todos. Era necesario llenar lo antes posible esta laguna legislativa. El Siervo de Dios se dispuso a cumplir este trabajo.

En la circular del 8 de enero de 1843 invitaba a los Hermanos a enviarle los documentos más importantes que poseyeran al respecto. Recogido y analizado el material, en el verano del mismo año fue terminada la redacción de las reglas; estas fueron aprobadas previamente por los obispos en cuyas diócesis tenían casas los Hermanos del Sagrado Corazón, y en septiembre de 1846, fueron aprobadas por el Capítulo General. Siguiendo la idea del fundador, el Superior General se basó principalmente en el *«Resumen de las Constituciones»* y en las *«Reglas comunes»* de la Compañía de Jesús, así como en las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle. La primera edición de las Reglas es de 1850.

En cuanto a los nuevos Estatutos, fueron aprobados, también, en el Capítulo General de 1846.

b) *De 1846 a 1859.* En 1846 finalizaba el quinquenio para el cual había sido elegido el Siervo de Dios y, por tanto, en septiembre del mismo año fue convocado un nuevo Capítulo General. Y nuevamente resultó reelegido por unanimidad en la primera votación, pero esta vez para toda la vida, aunque sólo aceptó el cargo después de que se lo impusieran en virtud del voto de obediencia. Así se observa, por una parte, la estima general de que gozaba y el reconocimiento oficial de la bondad de su gobierno; y por otra, la manifestación clara de la humildad del Siervo de Dios, al considerarse incapaz de cumplir la tarea que sus Hermanos le confiaban.

La formación espiritual de los religiosos ocupará también en esta nueva etapa de su gobierno el primer lugar entre sus prioridades.

Junto a las numerosas circulares –en las que inculca el amor a Nuestro Señor, a las Reglas, a la penitencia, a la caridad y a las demás virtudes fundamentales de la vida religiosa– eran de gran eficacia las cartas que, también varias veces al año, escribía a cada religioso en particular.

Multiplicó y perfeccionó las agotadoras visitas a las comunidades y solamente en los últimos años, a causa de su delicada salud, se hizo ayudar en esta tarea por los dos asistentes generales. Desde 1846 a diciembre de 1858, se fundaron sesenta y cinco nuevas casas en Francia y, desde octubre de 1846, seis en los Estados Unidos de América.

El noviciado único de «Paradis» resultaba ya insuficiente; por este motivo, el Siervo de Dios, en 1852, abrió otro en Marvejols (Lozère), siendo trasladado cinco años después a Oloron (Bajos Pirineos). Estimuló no poco a los religiosos para que consiguieran todos los títulos de enseñanza que la ley exigía y favoreció la especialización de cada uno en su disciplina preferida. En junio de 1851, después de intensas e inteligentes diligencias, obtuvo del gobierno el reconocimiento jurídico de la Congregación.

La obra legislativa del primer quinquenio había resultado intensa y fructífera, pero faltaban aún las constituciones y los reglamentos particulares, y necesitaba revisar a la luz de las nuevas experiencias lo realizado hasta el momento. Con la finalidad de ultimar y perfeccionar el trabajo legislativo restante –además de las reglas de los directores (1854) y las de los religiosos encargados de los asuntos temporales– el Superior convocó un Capítulo General en agosto-septiembre de 1856. En este Capítulo, se mitigaron algunos artículos de la Regla, se rehicieron los Estatutos y se preparó un esquema general de las nuevas Constituciones. Las labores debían ser acabadas al año siguiente pero, por causas de fuerza mayor, los asistentes no lograron preparar a tiempo el material, y el trabajo quedó estancado en ese punto.

El gobierno del Siervo de Dios se vio algo afectado por un triste incidente ocurrido con el capellán de la casa general, sacerdote J. E. Arnaudon. Llegó este a Paradis, en un momento bastante crítico para la vida del Instituto, con la misión encomendada por el obispo del Puy de vigilar, incluso, su marcha general.

Cuando, posteriormente, accedió el Hno. Policarpo al cargo de Superior y se produjo una notable recuperación de la Congregación, dicho sacerdote, en lugar de retomar su función de capellán, pretendió asumir los poderes de un auténtico superior general, suscitando cierto malestar entre los religiosos, que deseaban su remoción a otro lugar. El Siervo de Dios, actuando con mucha prudencia y perspicacia,

sin herir la susceptibilidad del ordinario, y sin ofender al interesado, logró que este abandonara su habitación de Paradis y que acudiese allí solamente para desempeñar su misión de capellán.

Nos hemos referido anteriormente a la grave enfermedad contraída por el Siervo de Dios como consecuencia de las fatigas acumuladas durante sus visitas anuales a las comunidades. Más tarde, en los últimos años, el exceso de trabajo y sus habituales penitencias le debilitaron mucho. El 27 de diciembre de 1858 se vio obligado a guardar cama. Su grave y última enfermedad no fue larga; en el breve espacio de trece días, serenamente, como siempre había vivido, se aproximó hacia la muerte, sobreviniéndole esta en las primeras horas de la mañana del 9 de enero de 1859.

El dolor experimentado por su desaparición fue general y las manifestaciones de viva admiración por sus virtudes se multiplicaron, siendo de particular elocuencia las de los asistentes generales, inmediatos colaboradores suyos en el gobierno de la Congregación.

4

Fisonomía espiritual

Tras un atento y minucioso examen de la documentación obtenida, se vislumbra al Siervo de Dios como una persona sencilla y lineal, cristalina y repleta de espíritu sobrenatural en todas las manifestaciones de su actividad. Los acontecimientos de su vida se suceden con mucho orden y naturalidad, sin que aparezcan en ellos situaciones muy complejas ni puntos oscuros. Cuando los Hermanos afirman unánimemente que no tenía enemigos, no están haciendo retórica, sino expresando una realidad vivida; su encanto era fruto de su vida interior, de su sencillez, modestia, bondad, y dulzura de carácter. Estas cualidades de espíritu, así como la necesidad que los Hermanos sentían de ser gobernados por quien sabía comprenderlos y protegerlos con amor, fue lo que les movió a elegirlo por unanimidad como Superior de la Congregación.

Ciertamente, de ordinario, a un superior no le suelen faltar dificultades y oposiciones, pero no sucedía lo mismo con el Siervo de Dios; su mérito radicaba en evitar zaherir a nadie y en solucionar todos los problemas con mucha calma, serenidad y caridad. En esto no se desmintió jamás; tanto de viva voz como por escrito, mostraba con todos una familiaridad y una confianza ilimitadas, los trataba como a

verdaderos Hermanos, les abría su corazón de la misma manera que un padre a sus hijos, y a él le correspondían con la misma moneda.

Actuaba con gran afecto para lograr que los descarriados o desviados del buen camino retornasen a él; sin embargo, no carecía de firmeza. De espíritu reflexivo y ponderado, antes de tomar cualquier decisión, se lo pensaba mucho; ahora bien, una vez que había descubierto la voluntad divina, no cedía jamás. Si alguna vez tuvo que recurrir a métodos más drásticos o a un tono duro, fue solamente por sentido del deber, y, aún en este caso, se conducía con extrema delicadeza.

Otra de sus notas características fue la veneración que sentía por los ministros del Señor, especialmente los obispos, y su respeto hacia las autoridades civiles. A todos trataba con simpatía y elegancia, incluso en caso de disparidad de opiniones o de posiciones encontradas, esforzándose en atenuar los enfrentamientos y conservar o restablecer la armonía.

Además, el Hno. Policarpo, de espíritu sinceramente humilde, amaba el retiro y alejamiento del bullicio, retrayéndose frente a cualquier tipo de protagonismo fuera de lugar. Apreciaba a todos, y en asuntos de importancia, con sencillez y franqueza pedía el parecer de los demás, teniéndolo muy en cuenta después. Como religioso, amaba la Regla y cumplía con gran diligencia sus prescripciones, al mismo tiempo que inculcaba la observancia de la misma a todos sus hijos. En lo tocante a sí mismo, era más bien proclive a la mortificación y austeridad, como se desprende de las declaraciones testimoniales de quienes lo conocieron; en la primera redacción de las Reglas, incluyó algunas prácticas penitenciales un tanto rígidas o excesivas para el común de los religiosos, prácticas que, no obstante, mitigó posteriormente aleccionado por la experiencia, bien sea para salvaguardar la salud de los Hermanos, o bien para mantener más serenos sus espíritus.

Cuanto hemos reseñado tenía como base una sólida formación espiritual, siendo esta eminentemente cristocéntrica e impregnada toda de amor hacia Jesucristo que, a través de su Corazón adorable, continuamente manifiesta su amor y nos otorga sus gracias. Bajo el influjo saludable de los padres de la Compañía de Jesús, alimentó su propia espiritualidad y orientó la de su Congregación hacia la práctica de la meditación y de los ejercicios espirituales. Se abandonaba confiado a la voluntad divina como quiera que se manifestase, tanto en los acontecimientos alegres como en los tristes. Realmente, estos últimos no alteraban su ánimo, antes bien, conservaba inmutable su habitual tranquilidad.

Dirigida por un alma tan ordenada y rectilínea, tan dócil y permeable a la inspiración de la gracia divina, la Congregación no podía menos que encarrilarse por la vía

del crecimiento. Dan buena prueba de ello, no sólo el número de religiosos y de nuevas fundaciones, sino, sobre todo, los elogios que de todas partes recibían los Hermanos del Sagrado Corazón, tanto por sus dotes pedagógicas como por su vida religiosa, siendo, unas y otra, fiel reflejo de las eminentes cualidades del Superior General, justamente saludado como «segundo fundador de la Congregación».

Para ulteriores aclaraciones referentes a la persona y cualidades humanas, intelectuales y espirituales del Siervo de Dios, remitimos al *«SUMARIO de su vida y virtudes»*, diligentemente elaborado por el padre capuchino Teodoro da Torre del Greco, a quien dirigimos nuestro más sincero y cordial agradecimiento.

V. Dudas planteadas a los Consultores históricos

El fundamentado parecer de los Consultores históricos estará articulado, como de costumbre, en tres puntos principales:

Ante todo, se quiere saber de ellos, si la investigación archivística, histórica y bibliográfica ha sido llevada a cabo con la amplitud y seriedad que exige un estudio científico y esmerado para alcanzar conclusiones históricamente fundadas y críticamente válidas.

En segundo lugar, es necesario determinar autorizadamente el valor probatorio de la documentación adjunta a la Causa, de modo que estén fuera de toda duda razonable, tanto la exactitud objetiva de los documentos, como la calidad subjetiva de sus autores. De hecho, solamente sobre estas bases se podrá reconstruir de un modo satisfactorio el resultado de la investigación histórico-biográfica. Y puesto que, para los efectos de la Causa, tiene una importancia no desdeñable la biografía del Siervo de Dios impresa en 1893, se solicita sobre ella un juicio más detallado.

Finalmente, sobre la base de los materiales recogidos y examinados en la Positio, se les pregunta si es posible, y en qué grado, conocer el itinerario biográfico y espiritual del Siervo de Dios y hacerse una idea exacta de sus virtudes.

Estas son las cuestiones fundamentales sobre las que se pide a los Consultores históricos que manifiesten sus opiniones, enriquecidas con todas las sugerencias y observaciones personales que juzguen oportunas *pro bono Causae.*

Para responder a cada pregunta, se servirán de las acostumbradas fórmulas: *affirmative, suspensive, negative.*

Y ahora, he aquí la formulación de las dudas propuestas a examen:

I.- *¿Han sido plenamente satisfactorias, y realizadas conforme a las normas establecidas, las investigaciones de los documentos que ilustran la vida y obra del Siervo de Dios Policarpo Gondre?*

II.- *¿Ofrecen las mismas características antedichas los documentos presentados como justificación, e insertos en la Positio, particularmente la biografía del Siervo de Dios editada en 1893, de manera que garanticen su historicidad?*

III.- *En esa serie de documentos, ¿se encuentran los elementos útiles y apropiados para guiar hacia un conocimiento suficiente de la vida del Siervo de Dios y que ofrezcan un fundamento adecuado para emitir juicios razonables sobre sus virtudes?*

Roma, 9 de enero de 1968

Fr. MELCHIORRE DA POBLADURA, O.F.M.Cap.
Relator General

S U M A R I O

SUMARIO

DE

LA VIDA, VIRTUDES, MILAGROS

Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS

POLICARPO GONDRE

EXTRAÍDO DE LOS DOCUMENTOS PUBLICADOS EN LA POSITIO

Los números romanos remiten a documentos, y los arábigos, a páginas de la Positio.
Con los números en negrita, se indican lugares de mayor importancia.

I.- VIDA DEL SIERVO DE DIOS

1. *Nacimiento, padres, juventud y estudios* (1801-1827)

El Siervo de Dios era el tercero de los cuatro hijos de Jean-Joseph Gondre y de Victoire Gonsalin; nació el 21 de agosto de 1801, en la aldea de Les Héritières, junto a La Motte-en-Champsaur, diócesis de Gap. Fue bautizado el mismo día y le pusieron por nombre Jean-Hippolyte.

I, *intr*, **1-6**; III, 17-18; XXII, **251**; XXX, **536-7**, 546, 569-72

Los padres del Siervo de Dios destacaban por su sencillez, discreción y piedad. Vivían su fe, practicaban públicamente y sin temor su vida cristiana y combatían los peligros que se siguieron de las perturbaciones sociales en Francia.

I *intr*, **4**; XIII, 251

Auguste Blanchard dice refiriéndose a los padres del Siervo de Dios: «La familia Gondre era pobre en bienes materiales pero tenía mucha fe y una gran fama de honradez».

XXX, **546**.

El Hno. Basilien escribe: «Las virtudes cristianas de las épocas doradas en la fe florecían en este privilegiado hogar, pobre en bienes materiales pero colmado de riquezas celestiales. Según sus contemporáneos, cuya opinión se ha conservado, era una familia de santos».

XXX, **503-4**

Jean-Joseph Camille Allemand, párroco de La Fare-en-Champsaur testifica: «Al hacer el inventario de la biblioteca de la familia Gondre y leer muchos de sus libros, he podido observar que se trataba de una familia piadosa e instruida. La mayoría de los libros eran de piedad, de ascética y, algunos, clásicos. XXX, **561-2**

El Siervo de Dios pasó los años de la infancia en casa de sus padres en La Motte y allí recibió las primeras nociones de catecismo. En efecto, en su biografía se lee: «Desde su más tierna infancia, Hippolyte tuvo la dicha de aprender las primeras lecciones del saber religioso. Su alma recta y candorosa debió experimentar los saludables efectos que de ello se derivan. Bajo el influjo de los consejos y ejemplos de una madre verdaderamente cristiana, pronto se convirtió en un niño juicioso y creció lleno de gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres. La piedad, ornamento de toda su vida, caló sin obstáculos en su corazón llevándole hacia Dios. Este atractivo sobrenatural era un preludio del futuro» XXII, **251-2**

Jean-Joseph Camille Allemand añade: «Es tradición entre las gentes del pueblo que a Hippolyte Gondre se le podían aplicar estas palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: 'nada de cuanto hizo fue frívolo'; y que siempre se le veía preocupado por temas sobrenaturales». XXX. **562**

Cuando llegó al uso de razón, empezó a frecuentar la escuela del pueblo; a esto se añadía, en los meses de verano, el pastoreo de las ovejas o las faenas del campo que sus fuerzas le permitían. Jamás supo de ociosidad: mientras sus compañeros de clase se divertían, Hippolyte, por su parte, se entregaba al estudio o a las obras de piedad. XXII, **252**; XXX, **546-7**, **562**

El mismo Camille Allemand atestigua: «Añado que en el huerto de la familia Gondre, cercado por un muro, existe un refugio abovedado, protegido por los árboles y un horno, adonde según la tradición se retiraba Hippolyte a meditar o a leer libros piadosos». XXX, **563-4**

En el prado conocido como «roca del Aire», levantó un pequeño oratorio donde colocó una imagen de la San- XXX, **542**; *Sum.* II, 4b

tísima Virgen que a menudo adornaba con flores; muchas veces se recogía allí para rezar, y este es también el lugar a donde, siendo maestro, iba piadosamente con sus alumnos antes de acabar las clases.

La delicadeza de alma, sencillez y docilidad, fueron algunas de las cualidades que, tanto en su casa como en la escuela, ornaron los años juveniles de Hippolyte, resplandeciendo a la vista de todos. Con estas disposiciones hizo su primera comunión y recibió más tarde el sacramento de la confirmación.

XXII, **252-3**; XXX, **546, 563**

Acerca de la adolescencia del Siervo de Dios, el párroco de su pueblo natal trae el testimonio que se recoge en la biografía: «Dócil a los buenos consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefirió siempre las alegrías de la piedad y los encantos de la familia. La lectura, las prácticas religiosas y la oración tenían para él un verdadero atractivo. En los oficios de la iglesia, su porte respetuoso y su auténtica y sólida piedad eran un motivo de edificación para la parroquia entera (...). Se puede decir de Hippolyte cuanto de bueno pueda uno imaginar sin temor a equivocarse.

XXII, **254**.

En su juventud, Hippolyte Gondre hizo amistad con un seminarista llamado Mamert Escalle, muerto en olor de santidad poco después de recibir el diaconado. Ambos se animaban mutuamente en la práctica de los consejos evangélicos. Camille Allemand habla también de otra amistad con «una santa joven, llamada Victoire Eyraud».

XXII, **256**; XXX, **548**, **563**; *Sum*. II, § 4.

Con fecha 9 de octubre de 1822, a la edad de 21 años cumplidos, el Siervo de Dios obtuvo el título que le habilitaba para el ejercicio de la enseñanza, y pocos días después, consiguió autorización para abrir una escuela en La Motte.

II, 1, **10**; II, 2, 11-2; XXII, 255, 260; XXX, 537, 547.

En su biografía, se lee: «A partir de entonces, se entregó con pasión a la enseñanza, feliz de abrir las mentes jóvenes y de formarlas en el amor hacia lo bueno y en la práctica de la virtud. 'Hippolyte Gondre –nos escribe el mismo párroco de La Motte– fue un maestro competente

XXII, **255**; XXX, 547, 562-3.

y muy apreciado en la región'. Cuantos me han proporcionado datos a este propósito, afirman que enseñaba muy bien y que formó muy buenos alumnos».

2.- *La vocación, entrada en religión y profesión (1827-1829)*

Una voluntad generosa, una vida cristiana íntegra y la inclinación que su alma sentía hacia cosas más altas, todo ello alimentado por la oración y la meditación, contribuyó a despertar su vocación religiosa. XXII, **258**.

Al parecer, fue su propio párroco quien le hizo desistir de la idea de orientar su vida hacia el sacerdocio, ya que la modesta condición de su familia no le hubiera permitido hacer frente a los elevados costos del seminario. III *intr*., 16; XXII, **253-4**

El Siervo de Dios estaba muy relacionado con algunos miembros del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón oriundos de Gap, entre ellos los Hnos. Xavier y Bernardin. Admirador de su vida religiosa, pensó en seguir sus huellas. Pero quien de veras contribuyó a que ingresara en el Instituto fue el Hno. Ciprien. El fue el verdadero «protector», como se dice en Francia, del Siervo de Dios. Y él fue quien facilitó su ingreso en comunidad haciéndose responsable de su idoneidad ante los superiores. III, *intr.*, **16-17**; III, 1, 18; XXII, **259**.

A los 26 años, Hippolyte fue admitido en el Instituto por el sacerdote F.V. Coindre, a la sazón Superior General, el día 27 de junio de 1827, ingresando en la casa llamada «*Pieux-Secours*», en la ciudad de Lyon. Transcurridos tres meses de postulando, tomó el hábito el 16 de septiembre de 1827, cambiando el nombre de Hippolyte por el de Policarpo, con el que fue conocido y denominado a partir de entonces. III, 1, 2, **17-20**; XXII, **260**.

Acabados los dos años de formación previstos por el reglamento, el 21 de septiembre de 1829, el Hno. Policarpo fue admitido, no a la profesión temporal –como era preceptivo y habitual en el Instituto– sino a la profesión III, 3, **20-1**; XXII, **260-1**.

perpetua directamente. Esta singular excepción pone de relieve el alto aprecio que se tenía de sus virtudes.

3.- *Origen y crisis del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.*

El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón fue fundado por el P. André Coindre, nacido en Lyon el 26 de febrero de 1787. Elevado a la dignidad sacerdotal el 14 de junio de 1812, pronto destaca por su piedad, elocuencia y celo apostólico. En el año 1815 se asocia con algunos antiguos miembros de la disuelta Sociedad de Misioneros de Francia y, juntamente con ellos, ejerce su apostolado en diferentes parroquias de la diócesis de Lyon. Confesaba, presidía asambleas y predicaba misiones populares. Por esas fechas, André Coindre dirigía un orfanato llamado «Providencia». Corría el año 1817 cuando, compadecido de los muchos niños que vagaban sin protección, recogió unos quince en el antiguo convento de los Cartujos. Al año siguiente, y debido al gran número de jóvenes que afluían, trasladó la obra a un local mayor, cerca del mismo convento, donde la institución recibió el nombre de «*Pieux-Secours*». Gracias a la caridad de los bienhechores, al trabajo manual y a la dedicación de su fundador, la benéfica institución se desarrolló floreciente. Sin embargo, los seglares a quienes había confiado la dirección de la misma, no hacían demasiado caso de la educación moral y cívica de sus alumnos, por lo cual, André Coindre tuvo la idea de fundar una congregación cuyo carisma principal fuera la educación de los niños en los medios rurales y en las pequeñas poblaciones.

III *intr.*, **12-16**.

Eligió a diez jóvenes a quienes predicó unos ejercicios espirituales en Lyon, e inmediatamente después de la misa, el 30 de septiembre de 1821, los consagró a María en el Santuario de «Nuestra Señora de Fourvière». Así quedaban echados los cimientos de una nueva congregación que se propagó con rapidez, de modo que a la muerte del fundador, el 30

III *intr.*, **14;** XXII, 268, 274.

de mayo de 1826, contaba ya con once escuelas en distintas diócesis.

Para suceder al P. Coindre, fue elegido, el 14 de junio de 1826, su hermano, el sacerdote François-Vincent Coindre, capellán por aquel entonces del «*Pieux-Secours*».

III *intr.*, **16**; XXII, 274.

El nuevo Superior era un hombre animado de piedad y religiosidad preclaras, pero incapaz para el gobierno supremo de la Congregación. Arrastrado por el deseo de obras nuevas y, lo que es peor, no siempre capaz de llevarlas a buen término, endeudó al Instituto hasta el extremo de llevarlo a la ruina total si el Hno. Xavier, primer Asistente –hombre íntegro, hábil e inflexible– no lo hubiera impedido.

VII *intr*, **32**.

Admitido por el mismo fundador en la nueva Congregación el año 1821, y nombrado en 1824 primer Asistente y Director General, el Hno. Xavier hizo un doble saneamiento: económico y moral. Pagó casi todas las deudas y le propuso al P. Vincent Coindre que vendiera sus bienes a la Congregación. Realmente, la casa que ocupaban los Hermanos del Sagrado Corazón pertenecía al sacerdote por derecho de herencia. Tras largas negociaciones, el 31 de diciembre de 1838, se firmaba el contrato y, de este modo, el Hno. Xavier aseguraba al Instituto la posesión de la casa del Pieux-Secours. Sin embargo, temiendo perder la casa que acabamos de mencionar, compra en el Puy-en-Velay, en 1837, un terreno llamado «Paradis», donde, poco a poco, se construyó un edificio al que fue trasladado el noviciado. Este lugar se convirtió desde entonces en el centro de todo el Instituto.

VII *intr*, **32-4**; XI, 6, 136-9; XXII, 274-7.

Al constatar, el Hno. Xavier, que de nada le había servido su maniobra, ya que el P. Vincent Coindre se entregó de lleno a realizar nuevas construcciones y a otros negocios inútiles, le pide con urgencia que dimita de su cargo de Superior, cosa que sucede, en efecto, el 20 de agosto de 1841, siendo dicha dimisión ratificada por el Capítulo General el 13 de septiembre del mismo año.

VII *intr*, 36; VII, 1, **39-40**; XI, 6, 139-40; XXII, 281.

Las consecuencias de esta crisis supusieron un gran perjuicio para la vida religiosa de los Hermanos. En efecto, se había descuidado la vida espiritual e intelectual y, poco

VII *intr*, **36**, 37; XXII, 268-9.

a poco, fue decayendo el fervor primero, a causa de lo cual se produjeron abundantes defecciones.

Para obtener la curación moral del Instituto, el Hno. Xavier recibió durante estos años el discreto y precioso apoyo del Hno. Policarpo. De este modo, le preparó el camino para asumir el gobierno de la Congregación.

VII *intr*, 32.

4.- *Actividad del Siervo de Dios desde 1828 a 1841*

Al disponer de título docente, y «considerando sus especiales cualidades», ya en el año 1828, siendo aún novicio, los superiores encomendaron al Siervo de Dios bien sea la clase de los niños del Pieux-Secours, o bien su colaboración en la formación de sus compañeros de noviciado. En todo acertó a desempeñarse de manera excelente.

XXII, **260**, 272-3.

Como la guerra civil de julio de 1830 devastara la ciudad de Lyon y, consecuentemente, regresasen a sus hogares la mayor parte de los novicios, el Hno. Policarpo fue enviado como Director de la escuela de Vals, no lejos del Puy. Desempeñó tan bien su misión, que Vals se convirtió en una institución modelo. Mucho después de su muerte, el Hno. Policarpo seguía siendo recordado con reverencia y veneración por sus eminentes virtudes.

XIX, 1, 2, 215-6; XX, 218; XXII, **261-8**, 271-2, 277; XXX, 523-4, 527, 530.

En 1835 el Siervo de Dios resultó elegido segundo Asistente General, encomendándosele, al mismo tiempo, la formación de los novicios, en primer lugar en Vals –pues los documentos revelan que año tras año se había recibido novicios– y luego (1837) en Lyon. De 1836 a 1841 dejó constancia escrita de su puño y letra, en el «Registro de Novicios», de cuanto concernía a cada uno de sus formandos.

IV, 1, **22-3**; VII *intr.*, 37; XXII, 262, 273-4.

El Hno. Xavier, durante estos años, confió también al Hno. Policarpo la formación intelectual de los novicios; por esta razón quiso que el Siervo de Dios obtuviera un nuevo diploma docente de capacitación, diploma que obtuvo el 1 de septiembre de 1837, y con el cual quedaba facultado para enseñar en la escuela primaria.

V, 1-3, **24-30**; VII *intr.*, 37-8.

El noviciado se trasladó definitivamente a Paradis en septiembre de 1838, continuando bajo la sabia batuta del Hno. Policarpo quien fue nombrado, además, Director del colegio recién abierto en dicho lugar en el mes de octubre. Durante su mandato, el número de novicios aumentó considerablemente, volvieron a florecer la vida religiosa y los estudios y, en breve tiempo, los beneficios espirituales fueron evidentes. El colegio conoció, de igual modo, el esplendor con la dirección del Siervo de Dios. En el mes de octubre siguiente, se confió el noviciado al Hno. Alphonse, mientras el Hno. Policarpo asumía la dirección general de la casa de «Paradis».

VII *intr*., 37-8; XI, 6, 136; XIX, 1, 2, **215**, 216; XXII, **275-8**, 279-80.

Con el fin de mejorar la vida espiritual de novicios y Hermanos, entre otras cosas, el Siervo de Dios estableció la cofradía del Inmaculado Corazón de María, aprobada canónicamente el 2 de febrero de 1840 en «Paradis», y afiliada a la archicofradía del mismo nombre erigida en París en la iglesia de «Nuestra Señora de las Victorias». La lista de 29 Hermanos se inicia, precisamente, con el nombre del Hno. Policarpo. Probablemente también se deba a él la organización de los Ejercicios Espirituales en Paradis a partir de 1839.

VI, **30-1**; VII, 38; XIX, 2, **216**.

En el Capítulo General habido en Paradis el 23 de setiembre de 1840, el Hno. Policarpo fue nombrado primer Asistente –además de Director General– de la Congregación, en sustitución del Hno. Xavier.

IV, 2, **23**; VII *intr*., 38; VII, 2, 42; XI, 6, 138; XXII, **280**.

Así pues, en el empeño de renovar la Congregación, mientras el Hno. Xavier se ocupaba de sanear las finanzas, el Hno. Policarpo se entregaba de lleno a la renovación espiritual. En este menester se distinguió por su bondad, espiritualidad y recto juicio. Por tanto no es de extrañar que, tras la dimisión del P. Vincent Coindre, confluyeran hacia él todos los votos.

VII *intr*., **38**; XXII, 280.

5.- *Primera elección del Siervo de Dios como Superior General del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. (1841-1846)*

El sacerdote F.V. Coindre presentó su dimisión como Superior General en carta fechada el 20 de agosto de 1841.

VII 1, **39-40**; XI, 6, 138-9; XIX, 1, 215; XXII, 281-2.

Reunido en Paradis del 12 al 14 de septiembre del mismo año, el Capítulo General ratificó esta dimisión (12 de septiembre) y a continuación eligió al nuevo Superior General.

De los 59 miembros de la Congregación entre los que, por orden de antigüedad, el Hno. Policarpo ocupaba el décimosexto lugar, 12 eran miembros del Capítulo. VII, 2 *intr.*, **41**.

El 13 de septiembre, antes que nada, bajo la presidencia del Hno. Policarpo en calidad de primer Asistente, se planteó una cuestión preliminar: ¿convenía elegir como Superior General a uno de los miembros de la Congregación o a un sacerdote del clero diocesano? La cuestión no era superflua, ya que había que evitar la amenaza de un peligro: que el capellán Arnaudon se pusiera al frente del Instituto. Los capitulares decidieron, por unanimidad, que fuera un miembro de la Congregación. VII, 2, *intr.*, **41**; XXII, 281-2.

Resuelta la cuestión, el Capítulo procedió inmediatamente a la elección de Superior General, resultando que, en el primer escrutinio, todos los votos se concentraron en el Siervo de Dios. De este modo quedaba elegido para ocupar el supremo cargo de la Congregación. VII, 2 *intr.*, **41**; XXII, 281.

«...el Hno. Policarpo resultó elegido con la totalidad de los votos, excepción hecha del suyo; acto seguido, le hicimos sentar en un sillón colocado sobre la grada del altar y dio a besar su mano derecha a todos los Hermanos. En ese instante, la asamblea toda mezclaba sus lágrimas de ternura y alegría con las de amargura que el dolor profundo hacía derramar al recién electo, al verse sometido a carga tan pesada; sin embargo, sobreponiéndose, se levantó y declaró que aceptaba la cruz que el Señor le imponía». VII, 2, **42-3**.

Veamos cómo nos narra este episodio el Hno. Bernardin: «El Hno. Policarpo no se esperaba semejante resultado y le costó aceptar una carga que su gran humildad le hacía considerar por encima de sus fuerzas; sin embargo, se resignó a la voluntad de Dios puesta de manifiesto, de manera bien patente, a través del voto unánime del Capítulo General del Instituto. XIX, 1, **215-6**.

Vienen a cuento aquí las palabras que se leen en la bio- XXII, **282-3**.

grafía: «Al ser proclamado su nombre la alegría iluminó todos los rostros y los ojos brillaron de gozo y de esperanza. Unicamente el Hermano que era objeto de esta muestra de confianza, se consideraba indigno de ella; la aceptación de semejante carga constituía para él un sacrificio heroico. A pesar de todo, y a sabiendas de lo difíciles y abrumadoras que serían sus funciones, y más en las circunstancias de entonces, acató la voluntad de Dios claramente expresada en el voto unánime del Capítulo General».

Los religiosos, por su parte, rebosantes de gozo daban gracias a Dios porque, al fin, la Congregación tenía un Superior General capaz, prudente, caritativo y con buenas dotes de gobierno. La elección, también esta vez, era para cinco años, y no a perpetuidad como pedían las Constituciones.

VII, 2, **41**; VIII, 44-5; XXII, 285, 298.

Como asistentes generales, resultaron elegidos en este mismo Capítulo los Hnos. Marie-Joseph y Alphonse. El Hno. Policarpo nombró Administrador General al Hno. Xavier, a los Hnos. Benoît y Jérôme, miembros del Consejo General, y al Hno. Martin, Secretario General. De esta manera quedaba constituido el nuevo gobierno del Instituto, siendo el Siervo de Dios el centro y alma del mismo.

XXII, **283-4**.

Durante estos cinco años y a pesar de sus enfermedades, como más adelante veremos, el Siervo de Dios trabajó con ardor para implantar la disciplina y observancia religiosas, resolver dificultades, rellenar lagunas y perfeccionar la obra emprendida por el Padre Fundador. Enseñó a los Hermanos las sendas de la santidad, visitó anualmente todas y cada una de las casas del Instituto y, sobre todo, preparó las nuevas Reglas que habían de someterse a la aprobación del siguiente Capítulo General.

XXIX, **285-98**; *Sum.* I, § 7, 8, III, §. 1.

6.- *El Siervo de Dios es elegido Superior General a perpetuidad. (1846-1859)*

Completado el quinquenio de su mandato, el Siervo de Dios convocó el Capítulo General, a celebrarse durante los días 10 a 12 de septiembre de 1846 en la casa de «Paradis».

VIII, **44-6**; XXII, 298-9.

Sucedió nuevamente en esta ocasión que, al primer escrutinio del día 10, todos los votos, excepto el suyo, confluyeron en la persona del Hno. Policarpo. Consecuentemente, quedó confirmado como Superior General pero, esta vez, a perpetuidad. Esa unánime ratificación ilumina con meridiana claridad la gran estima de que gozaba el Siervo de Dios entre todos los Hermanos, estima que les llevó a hacer caso omiso de la repugnancia manifestada para aceptar el cargo.

En efecto, leemos en las actas del Capítulo: «Nuestro reverendo Hno. Policarpo resultó reelegido por unanimidad en el primer escrutinio; pero habiendo declinado aceptar la carga que se le trataba de imponer, alegando que la aceptaría si llegara a convencerse de que no había miembros más dignos que él, procedimos a una segunda votación en la que nuevamente salió elegido por unanimidad; al persistir en la negativa, el Hno. Marie-Joseph, en su calidad de portavoz de la asamblea capitular como primer Asistente, leyóle el artículo 6 del capítulo 8 de nuestras Reglas acerca de la obediencia; tras esta lectura le manifestó que, si persistía en su actitud, se vería obligado, como portavoz del Capítulo General –en el que residía en ese momento la suprema autoridad de la Congregación– a formularle una orden en virtud de la santa obediencia. Nuestro reverendo Hno. Policarpo respondió que aceptaría a condición de *que todos los Hermanos se comprometiesen a ser buenos religiosos*, condición que todos aceptaron y que fue refrendada mediante repetidas aclamaciones; en consecuencia, quedó proclamado Superior General.»

VIII, **44-5**; XXX, 530-44.

Con fecha 11 de septiembre, el Capítulo aprobó los Estatutos y Reglas que el Hno. Policarpo había preparado para la Congregación a lo largo de los cinco años de su primer mandato. Al día siguiente, 12 de septiembre, fueron convocados por el Superior General, en la sala capitular, todos los profesos perpetuos que no habían tomado parte en las sesiones del Capítulo e hizo leer al Secretario los nuevos Estatutos y Reglas. Después les preguntó si las aprobaban. Los Hermanos respondieron de consuno que sí y las firmaron.

VIII,**46**; IX *intr.*,**52**; XXII, 293-8, 299; *Sum*. I, § 7 f.

7.- *Labor del Siervo de Dios en cuanto Superior General (1846-1858)*

Finalizado el Capítulo, el Siervo de Dios se entregó en cuerpo y alma a la función para la que había sido reelegido. «Hombre de sacrificio continuo e inflexible inmolación al deber, debía consagrar al cumplimiento de su misión todas sus fuerzas, su tiempo y energía». Hasta el fin de sus días se le verá sacrificándose, siempre en guardia, para combatir el mal, perseguir el vicio y hacer triunfar la virtud». XXII, **299**.

Veamos, siquiera brevemente, cuáles fueron los principales puntos a los que dedicó sus desvelos. Estas consideraciones harán también referencia al período que precedió a su elección vitalicia.

a) *Impulsa a sus Hermanos hacia la perfección*. Elegido Superior General, el Hno. Policarpo consideró que uno de sus principales deberes era exhortar a los Hermanos a la perfección. De ahí que les invitase asiduamente a imitar al Divino Redentor, precediéndoles él mismo en este camino. XIII, A 4, **162-3**; A6, **164-7**; XXII, **287**, **361**, 401, 412-3, 446-68.

Escribe el Hno. Basilien: «...El Hno. Policarpo ha consumado el modelo de Hermano del Sagrado Corazón. En todos los cargos que le fueron confiados, descubrimos siempre al religioso ferviente a quien imitar.» XXV, 2, **492**.

Superior bueno y prudente, celoso y enérgico, el Siervo de Dios, con sabia moderación y franqueza, no dudaba en recordar a cada uno la norma de conducta que debía seguir. XXII, **323-7**; **417-27**; XXIV, 2, **474-8**; XXV, 1c, **487-8**; XXVI, 1 **498-503**; 2, 506-7; XXIX, 1, 518-9.

En su biografía leemos: «Quería de los directores que, en el ejercicio de su cargo, estuviese todo fundado en una autoridad mezclada de mansedumbre y firmeza a la vez, exhortándoles a ser siempre para los inferiores modelos de piedad, de paciencia y de fidelidad en el cumplimiento de todas las obligaciones de la vida religiosa. Los inferiores eran, igualmente, objeto de su amorosa solicitud. Les hablaba en un tono de voz y con una expresión de amabilidad y de bondad tales, que demostraban bien a las claras el vivo interés que XXII, **323**.

por ellos tenía».

Si, por una parte, aborrecía las malas costumbres y la pereza, por otra, sentía horror hacia una extrema severidad y rigidez en la educación de los jóvenes. «Al contrario, quería ver a los maestros imbuidos siempre de una bondad dulce y firme, de los santos afectos que la fe inspira, empleando el ingenio que sugiere el verdadero celo y que, tras vencer toda clase de obstáculos, acaba por hacer amar el bien y el trabajo y lleva los corazones y las almas hacia Dios.».

XX, 218-22; XXII, **325**.

En circular dirigida a los Hermanos, fechada el 12 de enero de 1848, expone en siete puntos la esencia de la vida religiosa: 1) huida hasta de los menores defectos, 2) observancia de los votos, 3) fidelidad a las Reglas, lo que constituye una garantía de crecimiento y salvaguardia de los votos, 4) vida de comunidad, 5) espíritu de humildad, 6) unión con todos los miembros de la comunidad, 7) los ejercicios de piedad, que ayudan a las virtudes.

XIII, B, **174-7**.

Nada descuidó para proteger la vida religiosa de los Hermanos. Por ejemplo, al enviar Hermanos para una nueva fundación, pedía al párroco del lugar que velase por ellos. Escribiendo al párroco de Allanche, le pide que ponga fin a cualquier abuso que pueda existir en la comunidad religiosa y, además, que mejore las condiciones materiales de la casa. Alaba a los Hermanos amantes de la soledad y se alegra por el hecho de que los religiosos que están en América lleven una verdadera vida religiosa. Inculca el espíritu de caridad entre los Hermanos de Francia y los de América; hace uso, con firmeza, de su derecho a elegir las personas que destina a las diversas escuelas; quiere mortificación, pero sin que llegue a comprometer la salud; se ocupa de que a los Hermanos no les falte nada de cuanto necesitan para vivir y mantenerse sanos.

XIII, *intr*, 154; XIII, A, **167-70**, **164-7**; C, **177-8**, **180-1**, **181-2**, **184**, **187-8**; XXII, 439.

El Siervo de Dios defendía los intereses de sus Hermanos cuando veía que otros religiosos querían ocupar su lugar; no obstante, sabía ser siempre conciliador. A este respecto, escribía a un párroco el 26 de marzo de 1850: «Sin embargo, si otra comunidad le ofrece condiciones

XIII *intr.*, **154-5**.

más favorables para su parroquia, créame, Sr. Párroco, que veríamos sin suspicacias a otros religiosos educadores como vecinos nuestros».

b) *Fundaciones de nuevas casas*. Basándose en las cartas y en los documentos relativos al gobierno del Siervo de Dios, se constata que fundó 82 casas: 76 en las provincias de Francia y 6 en ciudades de Estados Unidos. A su muerte, el Instituto contaba con 97 casas. También el número de religiosos había aumentado considerablemente; en efecto, a su muerte, la Congregación tenía 400 miembros, novicios incluidos, mientras que en el momento de su elección, solamente había 59 Hermanos. A una Congregación que estuvo amenazada de ruina, la dejaba floreciente y vigorosa.

VII, 2 *intr.*; XIII *intr.*, 155, **156**; XXII, 300, 347.

Trataba con clarividencia y precisión los asuntos relativos a las fundaciones de comunidades. Con las autoridades eclesiásticas y civiles era todo atenciones y respeto; tenía profundamente arraigado el sentimiento de gratitud. Si alguien le había hecho un favor, inmediatamente le manifestaba su agradecimiento.

XIII *intr.*, **155**.

Entre sus fundaciones, sobresale como más importante la que estableció en América del Norte. El Obispo de Mobile, de paso por Lyon, escribió al Siervo de Dios el 9 de junio de 1846 solicitando que le enviase algunos Hermanos para hacerse cargo del orfelinato de Mobile. El Hno. Policarpo atendió complacido esta petición y le mandó cinco Hermanos. Entre ellos se encontraba el Hno. Alphonse, que fue fundador y Provincial de la nueva colonia. El desarrollo de la Congregación en estas latitudes fue admirable, de tal modo que los Hermanos, además del orfelinato y de la escuela parroquial de San Vicente, aceptaron en 1848 la dirección de la escuela de la catedral en la que, además de las enseñanzas profanas, daban también una excelente educación religiosa a numerosos jóvenes. Ya en 1850, y a petición del señor Obispo, los Hermanos abrieron una escuela en Dubuque. Posteriormente fundaron escuelas en La Baie Saint-Louis, Natchez,

XXII, **302-16**.

Saint-Thomas, New-Orleans, Vicksburg, Augusta, Indianapolis, Charlestown, etc.

El Hno. Policarpo rodeó de constantes atenciones y cuidados a sus Hermanos deAmérica; les escribía con frecuencia para informarles de la marcha del Instituto, animándolos a llevar una ferviente vida religiosa; al Hno. Alphonse, sobre todo, le da consejos y normas para que gobierne con miras a estabilizar la Congregación en esa parte del mundo.

X,**113-9**; XI,2, **127-8**; XIII, A2, **159-60**; A3, **160-2**; A5, **163-4**;A7,**167-8**; A8, **168-170**; A9, **170-2**; A10, **172-3**

c) *Reconocimiento legal de la Congregación*. En 1851, la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón no disfrutaba todavía de reconocimiento legal del Estado; sólo podía fundar casas mediante autorización particular librada por cada provincia. Tras llegar a un país tan lejano, interesaba un decreto que permitiera a los Hermanos establecerse por todo el territorio nacional. Gracias al buen hacer del Siervo de Dios y a la estima de que gozaba, el Consejo Supremo de Instrucción Pública extendió el decreto de reconocimiento legal el 19 de junio de 1851.

XII, **144-9**.

d) *Visitas a las comunidades*. Con el fin de perfeccionar la vida religiosa de sus Hermanos, prevenirles contra la relajación y llevarles a la observancia de las Reglas, el Siervo de Dios visitaba las comunidades del Instituto cada año. Estas visitas, que le absorbían buena parte de su tiempo, produjeron frutos de fervor y excelente espíritu religioso. Los viajes desagradaban al Siervo de Dios, sin embargo, impulsado por la caridad, afrontaba este tipo de sacrificios con ánimo alegre. Y siempre, principalmente en las tribulaciones, resplandecieron las admirables virtudes que adornaban su alma.

X,116; XIII *intr*., XIII, C2, 3, 9, 180, 181, 188, XXII, **287-8**, **322-36**; XXIV, 2, 481.

En cuanto llegaba a una casa del Instituto, todos los Hermanos le rodeaban como hijos que vuelven a encontrarse con su padre. El Siervo de Dios los abrazaba cariñosamente, respondía a sus preguntas, les ponía al corriente de las noticias del Instituto y, finalmente, con dulzura y mansedumbre les decía: «¿No me preguntan nada más?»

XXI, **223**; XXIV, 2, **481-2**; XXX, **534**.

A causa de su débil constitución, para hacer las visitas

X, 116; XIII, C2, 181; XXII, **288-90**;

viajaba en una diligencia cuyo cochero era un Hermano que vestía traje civil; muy a menudo, sin embargo, iba a pie. Precisamente a consecuencia de uno de esos viajes a pie desafiando los rigores invernales del año 1843, tras visitar las casas de la región de Yssingeaux, volvió a Paradis enfermo de tal gravedad que se llegó a temer por su vida. El Siervo de Dios pidió recibir los últimos sacramentos que, en medio de un gran dolor de sus Hermanos, le fueron administrados. No obstante, con la ayuda de Dios, recuperó la salud y reanudó su habitual actividad con nuevos bríos.

XXIV, 2, 481.

Para que las visitas resultasen más fáciles, el Hno. Policarpo quería que las casas de una misma región estuvieran próximas unas a otras. Al obispo de Bayonne le escribía: «Hasta el momento, y en la medida de lo posible, hemos tratado de agrupar las escuelas dirigidas por los Hermanos; y nuestras setenta y cinco casas se encuentran radialmente diseminadas en lugares que no distan más de cinco o seis leguas de nuestros principales centros. De esta forma, los cambios de personal y los viajes resultan menos problemáticos y es más fácil visitar varias veces al año cada casa, lo cual contribuye, no poco, al mantenimiento de la disciplina, salvaguarda de los intereses comunes y cultivo del espíritu de familia entre los miembros de la Congregación».

XIII, C 9, **188-90**.

e) *El Siervo de Dios y el P. Arnaudon.* El sacerdote J. Eugène Arnaudon, hombre dotado de gran inteligencia, celo y doctrina, era desde 1839 el capellán de los Hermanos del Sagrado Corazón en «Paradis». Sin embargo, los poderes que había recibido del obispo rebasaban ampliamente los de un simple capellán, hasta el punto de que, a raíz de la dimisión del P. Vincent Coindre, aspiraba a convertirse en el nuevo Superior General del Instituto. La elección del Siervo de Dios contrarió al abate Arnaudon, quien se arrogaba poderes que normalmente eran competencia del Superior General y su Consejo. De ahí las protestas de los Hermanos, que consideraban su actuación indigna.

XI *intr.*, **119-22**; XI. 1, 126-7; XI, 6, 136, 138-9, **140**; XI, 7, 142-3; XI 8, 143-4; *Sum.* II, § 6.

El Hno. Xavier, con el consentimiento del Siervo de Dios, expuso el caso al Señor Obispo del Puy y solicitó la interven-

XI *intr.*, 122-4; XI 6, **139-42**

ción del cardenal De Bonald, Arzobispo de Lyon. Actuando con inteligencia, hacia finales de 1849 acordaron que el sacerdote Arnaudon permanecería en la ciudad del Puy y que tan sólo iría a la casa de «Paradis» para celebrar la misa y confesar. Como el sacerdote Arnaudon llegase a sospechar que la mano del Hno. Xavier tenía algo que ver en esta decisión, acusóle ante el Siervo de Dios de intentar un cisma en la Congregación para fundar otra en Lyon.

De nada sirvieron las protestas de inocencia del Hno. Xavier, quien cansado, y sin conocimiento previo del Superior General, solicitó del Consejo Supremo de Instrucción Pública, el día 20 de octubre de 1850, el reconocimiento legal del Instituto en el departamento de Rhône, para que se permitiera el traslado de la casa general a dicho departamento. De esta manera, la Congregación se vería libre de la jurisdicción del Obispo del Puy que amparaba al abate Arnaudon.

XI *intr*.,123-4; XI, 3, **128-9;** XI, 6, 142.

Cuando el Siervo de Dios tuvo conocimiento de este asunto, hizo regresar al Hno. Xavier a la casa general e, inmediatamente, rogó al ministro de Instrucción Pública que no diese curso a la petición.

XI *intr*., 124; XI,4,5, **129-34**; XI, 6, 142.

En este desagradable problema, el Siervo de Dios se mostró prudente y cauto. Consciente de las dificultades, con tiento, pero oportunamente, se dirigió al Obispo buscando la remoción del capellán. Al ver que no lo conseguía, ya que el Obispo amparaba al abate Arnaudon, consideró conveniente evitar que el tema se divulgase, posponiéndolo para una ocasión más propicia. Por otra parte, el Superior General de la nueva Congregación sabía que esta necesitaba de la protección del Obispo y, consiguientemente, no convenía insistir a destiempo. Lo que el Hno. Xavier estimaba como debilidad y claudicación del Hno. Policarpo, habría que interpretarlo, más bien, como prudencia, precaución y sensatez, cualidades que el Siervo de Dios puso de manifiesto en múltiples ocasiones y de manera brillante.

XI *intr*, **124-6**;XI,6, 140-2.

8) *Reglas de la Congregación escritas por el Siervo de Dios*.

El P. André Coindre había pedido a los primeros Hermanos que observaran la Regla de S. Agustín y las Constituciones de S. Ignacio, con la idea de escribir, cuando le fuera posible, la Regla propia de nuestro Instituto. Esto no llegó a darse, ya sea porque los trabajos apostólicos le absorbían, ya porque murió prematuramente. No obstante, dejó algunas reglas particulares y estatutos referentes a diversos oficios desempeñados en la Congregación.

IX *intr.*, **46-51**; XXII, **293**, **295**.

A su hermano y sucesor en el gobierno de la Congregación, Vincent Coindre, excesivamente ocupado en los asuntos materiales, no le quedaba tiempo para pensar en escribir unas Reglas. Sin embargo, en el Capítulo General de 1826, promulgó algunas disposiciones relativas a las vacaciones, gastos de viajes y sufragios por los difuntos. Con ocasión de los capítulos de 1835 y 1840 fueron promulgadas, asimismo, otras ordenanzas .

IX *intr.*, **50-1**.

Desde que fuera elegido Superior General, el Hno. Policarpo se preocupó de redactar una legislación, pues el vacío legal existente, de todos advertido, era nefasto para el Instituto. Por ello, tras dirigir una circular el 8 de enero de 1843 a los Hermanos solicitando los documentos que poseyeran, máxime si se remontaban al Fundador, puso manos a la obra con ardor. En primer lugar, examinó los escritos legados tanto por el Fundador como por su hermano; luego, hizo uso de las Reglas y Constituciones de la Compañía de Jesús en lo que concierne a vida religiosa y formación; finalmente, y en lo tocante a la estructura del Instituto y las escuelas, se inspiró en las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para el verano siguiente, el trabajo estaba terminado y había sido enviado a los Hermanos para que lo analizaran.

IX *intr.*, **51-67**; XXII, 293-8.

Las Reglas generales y comunes están divididas en 25 capítulos, y los capítulos en parágrafos. Contienen normas acerca del fin del Instituto, de la vida común, de los ejercicios de piedad y las virtudes, de las relaciones con el Director y los

IX, **68-111**.

Hermanos, de la admisión en el Instituto y la profesión, y del reglamento cuotidiano.

Antes de conseguir la aprobación por parte de la Santa Sede, el Hno. Policarpo quiso que se tuviera la de los Obispos en cuyas diócesis poseíamos casas. IX, **111-3.**

Con ocasión del Capítulo General habido del 10 al 12 de septiembre de 1846 en Paradis, tras la elección del Siervo de Dios como Superior General a perpetuidad, los miembros capitulares aprobaron por unanimidad los Estatutos y las Reglas. VIII, **44-6**; XXII, **336**; *Sum*. I, § 6.

Según el Siervo de Dios, las Reglas y Estatutos ya promulgados no bastaban para configurar el gobierno definitivo del Instituto. Por esta razón, fundado en la experiencia, el Hno. Policarpo creyó oportuno reiniciar el trabajo con el fin de dar a la Congregación unos Estatutos definitivos, así como unas Constituciones que aún estaban por escribir. IX *intr*., **61-3**; XXII, **336-7**.

Era un proyecto que venía madurando desde hacía tiempo. En mayo de 1855 escribía al Hno. Alphonse manifestándole su deseo de reiniciar, bajo un nuevo punto de vista, la redacción de los Estatutos y de las Reglas de Gobierno. Esta misma intención manifestó al Hno. David. IX *intr.*, **61**.

A mediados del mes de diciembre de ese mismo año, 1855, el Siervo de Dios envió una circular a todos los religiosos, en la que les exponía las líneas maestras del nuevo trabajo y les pedía su colaboración. A lo largo de los meses subsiguientes, les dio algunas otras directrices. IX *intr*., 61-2; XIII, A8, 169; XXII, 337-9.

En el Capítulo General del 16 de agosto de 1856, expuso las líneas fundamentales del trabajo y, acto seguido, comenzaron las sesiones. En las diez primeras, se discutieron los 27 artículos iniciales de los nuevos Estatutos y, en la undécima, fueron leídos y aprobados los artículos corregidos. En las sesiones duodécima a decimosexta, se promulgaron leyes acerca del gobierno general de la Congregación, de la asamblea capitular y de lo relativo a su preparación; en el resto de las sesiones, la discusión se centró sobre temas relativos a los asistentes generales, a los visitadores y a los religiosos encargados de los asuntos temporales. IX *intr*, **62-3**; XXII, **339-47**.

El 5 de septiembre, tras 24 sesiones, tuvo lugar la clausura del Capítulo, pero como había quedado harta labor por desarrollar en lo tocante al programa presentado por el Hno. Policarpo, se dejó para continuarlo al año siguiente en nuevas sesiones capitulares; estas sesiones, sin embargo, no pudieron llevarse a efecto. En carta dirigida al Hno. Alphonse, y fechada el 20 de febrero de 1858, el Hno. Policarpo justificaba este aplazamiento: «La asamblea no se reunió en las pasadas vacaciones porque los materiales no estaban a punto, y dudo mucho que lo estén en las próximas, ya que nuestros dos asistentes se dedican de lleno a sus respectivas obras, el uno de Aritmética y el otro de Gramática con sus correspondientes ejercicios; incluso, todo ello está a punto de entrar en la imprenta». Así pues, a causa de la muerte del Siervo de Dios, acaecida el 9 de enero de 1859, el trabajo previsto recayó en su sucesor.

IX *intr*, **63**; XXII, **345-7**.

II.- VIRTUDES DEL SIERVO DE DIOS

1. *Las virtudes del Siervo de Dios en su conjunto*

Lo que más destaca en la vida del Siervo de Dios es su ardiente deseo de perfección evangélica: «Llegar a parecerse al divino modelo de los predestinados, esa fue, en efecto, la única ambición del santo religioso, la meta superior que primó sobre todo e iluminó todo a lo largo de su existencia». De este deseo nacieron en el Hno. Policarpo la piedad, el celo, la humildad, la paciencia, la fortaleza y la generosidad ante el sacrificio.

XIII, *intr.*, **152-6**; XXII, **358**; XXX, 546-7.

Auguste Blanchard nos proporciona un excelente testimonio de su juventud al asegurar que fue un muchacho modelo tanto en la escuela como en la iglesia, y que ya en sus años mozos se ejercitaba en la virtud: «Según la tradición, practicó las virtudes cristianas desde su juventud, sobre todo la caridad, porque, cuando iba a la escuela, solía compartir con otros más pobres que él su pedazo de pan negro. Debido, sin duda, a sus virtudes, el maestro lo ponía como mode-

XXX, **544, 8.**

lo a toda la clase, lo que despertaba entre sus compañeros envidiejas que su buen carácter perdonaba con facilidad». El mismo testigo afirma que el párroco de La Motte hizo en 1813 un encendido elogio público de Hippolyte en la homilía dominical.

Además, J. J. C. Allemand afirma que, según la tradición popular, al Siervo de Dios se le podían aplicar las palabras de un himno de la liturgia diocesana: «Nil puerile gessit - nada frívolo hizo». Estaba habitualmente ocupado en temas sobrenaturales. Sus compañeros le querían y respetaban mucho; las conversaciones giraban en torno a los trabajos del campo o a temas espirituales. Cuando disponía de algún dinero, lo invertía en la compra de caramelos o chucherías para repartirlas entre los niños, a fin de predisponerlos a aceptar los buenos consejos que les daba. Y termina de esta manera: «Desde su juventud tuvo fama de '*très brave*', lo que en nuestro patois significa '*un santo*'».

XXX, **562-3.**

Movido por el deseo de mayor perfección, abandona su familia y solicita ser admitido en la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús. De la bondad de sus disposiciones, del grado de las virtudes que adornaban su alma, nos da prueba el hecho de que, acabado el noviciado, fuera admitido, no a la profesión temporal –como ordenaban las Reglas del Instituto– sino, directamente, a los votos perpetuos.

Sum. I, 2; III *intr.*, **16-7**, **20-1**.

Los cargos que se le confiaron, como maestro de novicios, segundo y primer Asistente y, finalmente, Superior General, demuestran que era un hombre, no sólo bien capacitado, sino también muy virtuoso.

IV *intr*, **22-3**; VII *intr.*, **36-7**; 2 *intr.*, 41-3.

En carta dirigida al Hno. Alphonse, Director de Mobile – en los Estados Unidos– el Hno. Adrien habla de las virtudes del Hno. Policarpo y resalta de manera especial su solicitud y laboriosidad, su amor a la soledad, su desvelo, su confianza en Dios, su caridad, su diligencia y su serenidad de ánimo ante las grandes dificultades.

X *intr.*, **113**.

La actitud del Siervo de Dios con relación al abate Arnaudon, capellán del Instituto, fue siempre humilde y res-

Sum. I, 7e; XI *intr*, **124-6**; XXV, 1a, **486**.

petuosa: «Lleno de veneración hacia el sacerdocio, estaba persuadido, en su humildad, de que las acciones del señor Capellán no podían ser sino beneficiosas...».

En la obra que lleva por título «Anuario de los Hermanos del Sagrado Corazón» se lee: «Bajo el impulso, a la vez suave y firme, del Hno. Policarpo, la pequeña comunidad de 'Paradis' se desarrolló progresivamente y pronto fue necesario ampliar los edificios...». XXV, 1 a, **486**;

Las cartas del Siervo de Dios, escritas en tono familiar, sencillas y llenas de bondad, manifiestan su decidida voluntad de formar buenos religiosos, levantando sus ánimos, fortaleciendo sus voluntades, fomentando su adhesión a las Reglas y, por tanto, a la Congregación, para que en todo, pero de manera especial en el cuidado de las almas a ellos confiadas, glorifiquen a Dios. Así, en una carta que escribía al Hno. Jean-Claude, –en octubre de 1854– dice: «Ahora, pues, que se ha convertido, sea un modelo de silencio, de modestia, de mortificación, de humildad, de obediencia y, sobre todo, de caridad para todos sus Hermanos...». XIII *intr.*, **152-6**.

Pone todo de su parte para exhortarles a la práctica de las virtudes: en ocasiones, se vale de expresiones muy sencillas; otras veces, emplea frases más largas, de acuerdo con las exigencias de las circunstancias o las necesidades de cada uno. Evidentemente, sólo el amor de Dios puede impulsar a un alma, no sólo a vencerse a sí misma, sino también a aceptar con generosidad los sufrimientos y las contrariedades de la vida cotidiana; es más, el Siervo de Dios ve en el sufrimiento una clara señal de predilección divina. En efecto, en carta dirigida al mismo Hno. Jean-Claude, –el 11 de noviembre de 1858– le dice: «Es de esperar que su triste situación redundará por completo en gloria de Dios y que sus méritos estarán en proporción con lo que le toca sufrir. Por tanto, sufra bien para merecer mucho. A través de estos sufrimientos demuestra usted un gran amor a Dios y un gran desprendimiento de todo lo que no es Él». XIII *intr.*, **152-3**.

Pueden citarse aún otras expresiones del Siervo de Dios XIII *intr.*, **153**

llenas de espíritu sobrenatural: «Nuestros Hermanos de América han escrito: su afianzamiento prosigue cada vez mejor. Esta prosperidad creciente me habría causado inquietudes, porque sé, por experiencia, que las pruebas y tribulaciones son efecto de las obras de Dios; pero la Providencia se ha dignado poner este sello sobre nuestra obra de Mobile...».

Escribiendo al Hno. Alphonse, le advierte que no decaiga en el fervor y que permanezca siempre atento, con generosidad y constancia, a las mociones de la gracia divina. Pide al Hno. Marie-Jérôme que se mantenga fiel a los ejercicios de piedad; exhorta al Hno. Ambroise a aspirar a las cumbres de la perfección; exige a todos y a cada uno que practiquen el silencio, la modestia, la mortificación, la caridad, la pobreza y la obediencia.

XIII, A 2, **160**; A4, **162-3**; A 5, **163-4**, A 7, **167-8**; A8, **168-9**; A9, **170-1**; B, **174-7**.

Refiere el Hno. Benjamin que cuantos tuvieron la suerte de conocer al Hno. Policarpo, le admiraban y le tenían por santo. Eso mismo afirmaba el Hno. Adrien al escribir a los Hermanos de América pocos días después de la muerte del Siervo de Dios. Y no es menos importante el testimonio del Hno. Mizaël, que relata hechos concretos y bien definidos en los que resplandecen las virtudes del Hno. Policarpo. El tío-abuelo de dicho Hermano, tras conocer al Hno. Policarpo en Paradis, se quedó admirado de su modestia, de modo que al despedirse, dijo a su sobrino: «Tenéis ahí un santo. Hasta ese punto le había impresionado el encuentro con este hombre de Dios. Y se retiró llevando consigo un alto aprecio de su virtud».

XVI, 2, 204; XX *intr.*, **217**, **218**, **219**; XXIII, **470-1**.

La palabra santidad se repite con frecuencia en los testimonios que se dan sobre el Siervo de Dios. Se conoce el testimonio de la madre del Hno. Clodomir, que había ido a Paradis resuelta a llevarse a su hijo. Cuando el Hno. Policarpo la vio, adivinando su intención, la recriminó con tal vehemencia que se sintió confundida y, en medio de lágrimas, volvió a su casa diciendo a cuantos le reprochaban su infructuosa tentativa: «¿Podía yo oponerme a un santo? ¡Si le hubierais visto!».

XXIII, **471**; XXIV, 2, **484**; XXV, 1 *intr.*, **486**; XXV, 1c, **487-8**.

El Hno. Odilon dice que el Siervo de Dios era el prototi-

XXV, 1 h, **491-4**

po del Hermano del Sagrado Corazón; su manera de ser, en efecto, denotaba un alma imagen de la de su divino Maestro. Y acaba su nota con estas palabras: «En los más altos cargos del Instituto, el Hno. Policarpo fue modelo de esa piedad llena de unción, clarividencia y constancia que encuentra su felicidad en la unión con Dios. Ni siquiera las ocupaciones más absorbentes fueron jamás pretexto para descuidarse en ese punto. Sus oraciones, sobre todo al final de sus días, eran ininterrumpidas: en el umbral de la eternidad, el buen religioso se entrenaba para la vida del cielo. El altar, el sagrario y el santo sacrificio de la misa le sumergían en indecibles trances de amor. ¡Qué inefable estremecimiento de gozo el suyo si le hubiera sido dado, como a nosotros, recibir la comunión diaria...!».

Tanto si se dirigían a todo el Instituto, como si eran a título personal para algún Hermano, sus exhortaciones animando a caminar hacia la perfección, nos revelan un alma rebosante de inspiración divina. Los pensamientos y consejos espirituales que se encuentran en el último capítulo de la biografía escrita por los Hnos. Eugène y Daniel, son otros tantos testimonios de sus virtudes. XIII, A, B, **156-77**; XXII, **453-68**, **448-53.**

El anhelo de santidad que caracterizaba al Hno. Policarpo, y que no cesó de crecer a lo largo de toda su vida, fue reconocido por sus Hermanos, quienes recibieron el ejemplo de sus virtudes como una preciosa herencia. Así lo testifica el Hno. Adrien cuando escribe: «Sentimos un vacío difícil de llenar; sin embargo, hemos de hacer cuanto esté de nuestra parte para dar lo antes posible un sucesor a quien nos ha legado, como la más preciosa herencia, el recuerdo de su admirable sencillez, de su ardiente caridad y de su personal modestia; en una palabra, de sus virtudes practicadas en grado heroico». XVI, 1,**203**.

2. *La fe del Siervo de Dios*

Se lee en la biografía: «Las aspiraciones y miras de fe eran algo así como el fondo de su alma, el tesoro de su XXII, **363-4**.

corazón y de su vida». Poco más adelante, la misma biografía prosigue: «Lleno de fe y al amparo de sus divinas enseñanzas, no tuvo, no podía tener, más que un absoluto desprecio hacia las vanidades de la tierra. ¡Y cuántas veces le hemos oído lamentarse del destino de tantos infortunados, que no viven y no gozan más que con los bajos placeres de la materia y de los sentidos.».

Guiado por el impulso de la fe, abandonó el mundo y abrazó la vida religiosa. Una vez elegido Superior, fue la fe la que le inspiró, en todo, su proceder. El Hno. Benjamin se expresa de la siguiente manera: «¡Quién pudiera expresar la firmeza de su fe, su ilimitada confianza en Dios y el ardor de su amor divino! Todo en él, absolutamente todo, llevaba a Dios, inspiraba confianza y reavivaba el amor.» XX, **219**; *Sum*. I, 2

Y el Hno. Basilien: «La fe ilumina su mente, purifica sus sentimientos y orienta sus actos. Su alma se transfigura bajo esta luz; un rayo de eternidad lo alumbra con claridad divina. Además, ¡cuánto estima la vocación religiosa, tanto en él como en sus Hermanos! ¡Qué afectos los suyos cuando hablaba del amor de predilección que significa esta llamada divina! ¡Qué tristeza provocaban en él esos miserables cálculos de la sabiduría humana que desconfía de Dios; esa prudencia mundana de estrechos horizontes, que no sabe elevarse por encima de las especulaciones terrenales!¡ Muramos para el mundo, decía; seamos otros crucificados! XXV, 2, **493**; XXIX, 2c, 522

El espíritu de fe del Siervo de Dios se pone de manifiesto a lo largo de toda su vida, verdaderamente sobrenatural: sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones llevan el sello del más puro espíritu interior. De ahí, su profundo respeto hacia los sacerdotes y obispos, quienes, a su vez, le veneraban. El Obispo de Tulle le dijo en cierta ocasión: «Le prohibo entrar en mi diócesis si no viene a comer en privado conmigo». Cuenta el Hno. Adelphe que, cuando estos dos hombres de Dios se encontraban, se abrazaban efusivamente. XXIX, 2a, **520**; XXIV, 2, **480-1**; XXV, 1 a, 486, XXX, 525, 528

En las Reglas generales y comunes, el Siervo de Dios escribe: «Deberán estar continuamente animados de un espíritu de fe viva, de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hacia el prójimo» (c. I, 5). El mismo espíritu de fe se puede encontrar en los extractos de sus cartas: «La situación ha llegado a un punto tal, que las fuerzas humanas me parecen incapaces de conjurar los males que amenazan a nuestra patria: sólo Dios puede salvarla. Que se cumpla su santa voluntad...». Y poco después continúa: «Sin embargo, no hemos de desanimarnos: durante tales pruebas es cuando hemos de reavivar nuestra fe y nuestro ánimo como verdaderos soldados de Cristo». *Sum*. I, 7 f; IX, **68**; XXII, **368**

En otra parte afirma que las grandes dificultades son fuente de bendición y de recompensa si se aceptan con verdadero espíritu de fe. Por ello exhorta a sus religiosos a desconfiar de sí mismos y a poner toda su confianza en Dios. XXII, **370**, **449**, **450**

Imbuido de fe, desprecia las vanidades y los placeres del mundo; a menudo se le oía deplorar la suerte de quienes cifran su felicidad en los bajos placeres de la materia y de los sentidos. Siente pena por los que pisotean las obligaciones de su propia vocación. Su fe y su celo le inspiran severas expresiones contra el estilo de vida de aquellos religiosos que se hacen indignos de la vocación a la que han sido llamados. XXII, **364-5**

Varios ejemplos concretos ponen de manifiesto la fe del Siervo de Dios. Reprende severamente a la madre del Hno. Clodomir, que había ido a Paradis con la intención de llevarse a su hijo: «¡Desdichada! Viene a llevarse a mi hijo predilecto. ¡Quitárselo al mismo Dios!.., tarde o temprano, la castigará». Antes de articular palabra, la señora comprendió el porqué de la reprimenda del Siervo de Dios, que había adivinado el motivo de su venida. XXV, 1 c, **488**

En otra ocasión, el Siervo de Dios exhorta a los postulantes a desprenderse de las cosillas que habían traído consigo, a no guardar ni dinero ni objetos de algún valor. Y añadía: «Despeguen su corazón de tales bagatelas. El Sagrado Corazón les pagará el ciento por uno a cambio de estos pequeños sacrificios». XXVI, 1, **497**

En la formación de los novicios no descuidaba nada de cuanto pudiera fomentar en ellos el crecimiento de su vida espiritual. Por esta razón fundó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, y probablemente deba atribuírsele también a él la realización de los ejercicios espirituales en Paradis a partir de 1839. *Sum*. I, 4; VI, **30-1**; VII, **38**; XIX, 2, **216**.

Entre sus resoluciones para caminar hacia la perfección, figura la siguiente: «Confiando siempre en Dios, nada ha de asustarme: ni penas, ni adversidades, ni siquiera las faltas en que pudiera caer». Es también digna de mención esta otra: «Cada mañana renovaré mis buenos propósitos como si comenzase a servir a Dios, y haré un examen de previsión de cuanto pueda constituir una ocasión próxima de faltar a mi deber» XXII, **372-3**.

De cuanto acabamos de decir, dos rasgos eminentes sobresalen en la vida del Siervo de Dios, a saber, el espíritu de fe y su conciencia del deber; rasgos que constituyen la raíz de su espiritualidad, y de los cuales nace su amor por el trabajo bien hecho, un continuo espíritu de sacrificio y su fidelidad a las mociones de la gracia que le impulsaban hacia la vida eterna, meta final de sus anhelos. De este modo, lleno del espíritu de Dios, avanzaba con firmeza por las sendas de la santidad, derramando a su alrededor el aroma de sus ejemplos y el fulgor de sus virtudes. XXII,**373**.

3. *La esperanza del Siervo de Dios*

Si, por una parte, la fe alimentó la vida espiritual del Siervo de Dios, por otra, la esperanza sostuvo su voluntad en la búsqueda de la mayor gloria de Dios y en la procura del bien de su Congregación. «De este modo, el Hno. Policarpo sintió su alma elevada en alas de celestiales deseos; y el pensamiento del reino que Jesucristo ha preparado para sus elegidos, era para él fuente de consuelo y fortaleza. Esperaba de Dios, con la ciega confianza de un niño, los socorros y las promesas divinas, pidiendo no salir jamás de este abandono filial». XXII,**373**.

Hablando de la vocación del Siervo de Dios, la biografía hace notar que su vida fue verdaderamente cristiana ya desde los primeros años de su infancia, que la predisposición de su espíritu le llevaba a ocupar el pensamiento en temas profundos, y que su voluntad, espontáneamente generosa, se fortalecía bajo el influjo de la gracia y de la oración. Por este motivo anhelaba una vida más sublime, en la que su alma pudiera suspirar y elevarse a las cosas celestiales. XXII, **258-9**.

Un aspecto característico de su vida es su constante deseo de perfección: «En todo momento y circunstancia, el Hno. Policarpo se había propuesto un doble fin: su santificación personal y la santificación de las almas a él confiadas. Quiere ganar una corona eterna; quiere que sus Hermanos trencen, radiante y bella, la que les ha sido destinada; quiere ir al cielo y arrastrar tras de sí a los demás...» XXV, 2, **493-4**.

La esperanza del Siervo de Dios se manifiesta de modo especial en su amor y deseo de los bienes celestiales, ya que cifra en Dios toda su felicidad. Así se comprueba en sus cartas. En tal sentido exhorta al Hno. Alphonse a obrar en todo momento por razones de índole sobrenatural y, de modo especial, por la mayor gloria de Dios y la salvación de su alma. Este es el doble fin que ha de proponerse todo hombre conocedor de su destino. XIII *intr*., **152**; A2, **160**; XXII, **449**.

En el cumplimiento de su deber de estado, y de manera especial como Superior General de toda la Congregación, anima insistentemente a sus Hermanos a buscar los bienes celestiales. «A los buenos religiosos les espera una corona especial en la morada eterna. Para merecerla, han de librar los combates de su santa vocación». XXII, **449**.

La misma idea se expresa en otro lugar: «Cuando les enseño la ciencia de la santidad, siento la necesidad de ser yo mismo mejor religioso. Si les muestro el camino del cielo, ¿no debo ser yo el primero en correr y arrastrarles en mi seguimiento con el poder del buen ejemplo?». XXII, **449**.

Así manifiesta a sus Hermanos cuánto desea su bien: «Pido a Dios para ustedes los únicos bienes que pueden hacerles dichosos; ansioso de su felicidad, les deseo también que con- XXII, **457**, **465-6**.

sigan grandes méritos para el cielo».

Exhortaba a sus Hermanos a dominar las pasiones, añadiendo: «A cambio de unos momentos de tribulación les está reservado un grado inmenso de gloria en la morada de los elegidos». XXII,**375**.

Para levantar y revigorizar los corazones, recomendaba a sus Hermanos confianza en Dios: «¡Animo! –escribía a uno de los suyos, a quien exhortaba a hacerse merecedor de la corona eterna– ¡ánimo! Haga como San Pablo, luche y combata laboriosamente para alcanzar la victoria; tan sólo se ha prometido a los vencedores. Intente ser de ese número.» XXII,**376**.

A un joven religioso, aparentemente poco sólido en la virtud, le da, a través de su Director, este consejo lleno de sabiduría: «Diga al Hno. ...X que un verdadero siervo de Dios no tiene que dejarse llevar nunca por la tristeza ni dejarse vencer por el abatimiento, máxime por razones tan banales como la que usted me explica: que usted no está satisfecho de él y que yo mismo no le aprecio. Que ponga toda su ilusión y felicidad en merecer el amor de Dios. Que no se preocupe lo más mínimo por el aprecio y estima de los hombres; en efecto, quien se apoya en ellos, lo hace en brazos de carne y hueso. Sepan uno y otro que les quiero, me atrevería incluso a decir, mucho, pues siguen siendo mis hijos predilectos». XXII,**376-7**.

En las cartas del Siervo de Dios podemos apreciar que, en diversas ocasiones, exhorta a sus Hermanos a la humildad, a la baja estima de sí mismos y a la aceptación de la cruz como vía para ganarse el cielo: «Cada uno de nosotros ha de llevar su cruz, ya que es por el camino del Calvario por donde debemos pasar para llegar a la gloria». XIII,*intr.*,**152-3**; XXII, **377-8**.

Invita continuamente a la humildad, mortificación, vida interior y a todas las virtudes, juntamente con el espíritu de oración, sabiendo que estos son los medios para garantizar la prosperidad de la Congregación y para preparar a los Hermanos a la eterna recompensa. En este sentido, indica al Hno. Jérôme qué disposiciones debe tomar con relación al cambio del Hno. Felix, y ordena al mismo Hno. Jérôme que asuma su cargo en la casa Murat, añadiendo: «Posiblemente le XIIII *intr.*, **153-5**; A1, **157**.

cueste dirigir esta escuela, pero bien sabe usted que el cielo sólo se gana con sacrificios. Un religioso no debe buscarse a sí mismo; es esta última consideración la que me hace sobrellevar con paciencia la carga que la divina providencia me ha impuesto, y será ella también la que le dé fuerzas a usted para soportar la suya. Nuestra vida no es tan larga; ánimo, pronto nos entregarán la corona».

En carta dirigida al Hno. Louis-Lambert, el Siervo de Dios le manifiesta su alegría por las victorias que dicho Hermano consigue en el combate espiritual de cada día. Además le recomienda fervientemente que se mantenga firme en la lucha emprendida, pues ese es el camino para llegar a la meta de la santidad y conseguir el premio que tenemos prometido. XIII, A, 11, **173**

Al párroco de Massiac le manifiesta abiertamente su voluntad de que no hagan creer a los Hermanos que son indispensables, añadiendo: «La recompensa de un Hermano debe de estar en el cielo; al ensalzar a los hombres, lo único que se puede conseguir es quitarles la mejor parte». XIII, C, 1, **177-8**.

El Siervo de Dios desea vivamente que sus religiosos sean santos o que, al menos, tiendan a la santidad. Las almas vigorosas caminan desde el principio con paso decidido, sin tener en cuenta dificultades ni obstáculos. XXII, **378**.

4. *El Hno. Policarpo y su amor a Dios*

La vida entera del Siervo de Dios fue un continuo incendio de amor divino.

Buena prueba de ello es el cuidado con que, a partir de sus primeros años, no sólo evitó el menor pecado, sino que caminó en busca de la íntima unión con Dios. Su piedad, ornamento de toda su vida, le condujo hacia Dios y hacia las cosas celestiales desde la infancia. Por ello, pudo afirmarse con verdad de él: «Nada frívolo hubo en lo que hizo». «Continuamente andaba ocupado en pensamientos sobrenaturales»; hasta el punto de que sus compañeros de infancia no se atrevían a proferir delante de él palabras obscenas o de doble sentido pues, al parecer, les había reprendido en más de III, *intr*., 16; XXII, **379-85**; XXVI, 2, 503-5; XXX, 537, **546-7**, **562-4**; *Sum*, I, 1.

una ocasión.

Su amistad con un seminarista ejemplar, llamado Mamert Escalle, y con una piadosa joven, de nombre Victoire Eyraud, les sirvió de mutuo aliento en la guarda de los mandamientos de la ley de Dios y en la práctica de los consejos evangélicos. Le gustaba retirarse al jardín familiar para leer libros piadosos o entregarse a la oración y a la meditación.

XXII, 256-7; XXX, **563-4**.

El Siervo de Dios da testimonio de su amor a Dios, no sólo huyendo del pecado, sino haciendo el bien con todo su corazón y con toda su alma y, sobre todo, dedicándose con todas sus fuerzas a seguir el camino de la perfección.

Así pues, inflamado en amor de Dios, abandonó el mundo cuando iba a cumplir los 26 años, ingresando en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Sum. I, 2; III *intr*., **16-7;** III, 2, 3, **19-21**; XXII, 259.

Después de su profesión perpetua, fue nombrado maestro de novicios, siendo confirmado varias veces en ese cargo. Bajo la dirección del Siervo de Dios volvió a florecer la vida religiosa y, en poco tiempo, pudieron apreciarse los frutos espirituales obtenidos. Dice, en efecto, el Hno. Bernardin: «La buena marcha del centro y la reputación de su Director, el Hno. Policarpo, que había dirigido la escuela de Vals durante algunos años, atrajeron poco a poco un gran número de alumnos, de modo que el internado pronto alcanzó una gran prosperidad...».

XXII, **261, 263, 271**; XIX, 1,**215**

El precepto de la caridad consiste en el amor de Dios sin límites. A este respecto se dispone de varios testimonios afirmando que el Siervo de Dios se consumía cada día más en la hoguera de este amor.

Dice el Hno. Benjamin: «¡Quién podrá expresar..., el ardor de su amor divino! Las almas más tímidas, las más indolentes, las más relajadas, ¿no se sentían acaso conmovidas y transformadas cuando habían tenido la dicha de ser testigos de su quehacer cotidiano, de sus actos, realizados todos con sumo esmero, de escuchar sus palabras inflamadas en ardor celestial, de contemplar ese fuego divino irradiando en su rostro lleno siempre de amabilidad indescriptible, fuego que sabía comunicar y conser-

XVI, 2,**204**, XX,**219**; XXII, 449, 437-8

var en los corazones de una manera extraordinariamente admirable y constante?».

Las mismas palabras escribe el Hno. Adrien a los Hermanos residentes en América: «¿No estaba totalmente inflamado en el amor de Dios?...» XVI, 2, **204**.

El mismo Hno. Policarpo repetía gozosamente: «Nuestro Dios es un fuego devorador»; y «¿Puede ser tibio un religioso si se acerca a Dios que es como un fuego devorador?...». XXII, **388**; XXIX, 2b, **522**.

El 16 de diciembre de 1851, escribía al Hno. Alphonse: «Camine en la presencia del Señor, procure obrar en todo momento movido por razones sobrenaturales, sobre todo por la gloria de Dios y su propia salvación. Ahí tiene los dos objetivos espirituales que han de guiar a todo hombre que conoce su fin último.» XIII, A2, **160**.

La gloria de Dios constituye el objeto de todas sus acciones; esta gloria es la que han de buscar los religiosos en todas sus obras. XIII*intr.*, **152-3**; XIII, A2, **160**; A6, 165; A9, **171**; XXII, 291, 329, **451**;

Durante su vida entera, no hizo otra cosa que buscar la voluntad de Dios. El Hno. Adrien escribe: «Según decía el santo Superior, tan edificante durante la enfermedad como lo había sido a lo largo de toda su vida: 'la voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios'». VII, 2, 43; XVI, 1, **202**; XIX, 1, **216**; XXII, 283, 299, 328, 450.

Una de las más bellas características del amor es el agradecimiento de los divinos favores, expresado en acción de gracias y en alabanzas por la bondad e infinita munificencia divinas.

Este sentido de gratitud sobresale en la vida del Siervo de Dios, tal como leemos en su biografía: «¡Oh! ¡Qué necesidad experimentaba de agradecer a Dios sus beneficios, de ofrecerle todo su ser y toda su vida en acatamiento! Transido de amor y de viva gratitud, expresaba de esta manera los sentimientos y los anhelos de su alma: «¿Cómo le pagaré al Señor todos los bienes de que me ha colmado, sobre todo llamándome a la vida religiosa?...». XXII, **380-1**.

A menudo hace referencia el Siervo de Dios al don total de sí mismo al Creador, y su corazón prorrumpe en XXII, **260-1**.

protestas de fidelidad y amor: «¡Se acabó, Dios mío! ¡Quiero ser todo vuestro en el tiempo y en la eternidad!».

Inflamado en la caridad de Cristo, el Siervo de Dios no escatima esfuerzos para conseguir que sus Hermanos sean devorados por ese mismo fuego, ya que un amor ferviente hace que el alma se venza a sí misma y abrace con fe y paciencia los sufrimientos y las contrariedades de la vida diaria. Por lo cual, contempla las tribulaciones como una señal de predilección divina: «Sé por experiencia que las pruebas y las tribulaciones son el sello de las obras de Dios».

XIII,*intr.*4,152-6;XIII, A6,**166-7**;XIII,A9, 177; A10, **172-3**; XXII, 424-7, **451**; XXVI, 1,**502**.

Exhortaba de manera admirable a sus Hermanos a la santidad, la cual consiste en la imitación de Jesucristo y constituye la condición primera para conseguir una vida religiosa aceptable y sólida. En todo momento, dice el Hno. Basilien, el Siervo de Dios se proponía un doble fin: su santificación personal y la de las almas que le habían sido confiadas. «Si el Hno. Policarpo –dice el Hno. Urcize– saboreó las delicias de esa vida celestial, también se esforzó por atraer hacia ella con suavidad a las almas que dirigía por los caminos de la santidad.»

IX,**68-9**;XIII,A1,157-8; A11, **173-4**; A7, **168**; A9, 171; A5, 163-4;B,175;XXII, **287-98**; XXIV, 2, 475-8, 481-4, 494; XXIX, 2a, **521**; XXX,527-8.

El mismo Hno. Policarpo decía: «No olviden, queridos Hermanos, no olviden que uno de los puntos esenciales de su progreso en la virtud es que sepan retirarse con frecuencia a la soledad de su propio corazón. Mientras andan ocupados en las cosas terrenales, recójanse unos instantes, eleven su espíritu al cielo y provoquen ardientes afectos en su interior; de este modo permanecerán en estado de oración continua».

XXII, 381; XXIX, 2a, **521**.

El Siervo de Dios consideraba siempre la parte sobrenatural del acontecer diario, «haciendo observar el lado sobrenatural de las cosas y de los acontecimientos», como declara el Hno. Vozy. Al Hno. Ambroise le escribía: «En cuanto a nosotros, ¿a dónde iremos a parar en medio de un mundo tan corrompido? No es, pues, de extrañar que algunos de los nuestros le envidien, y yo el primero».

XIII, A3, **161-4**; A6, 165-6;A7,168;A10, 172-3; C5, 183-4; C10,190-2;C12,194-6; XXII, **269-70**; XXX,**534**.

Desprecia el mundo por amor a Dios y, en las Reglas

generales, invita a los Hermanos a huir de todo lo que el mundo estima. Tolera difícilmente que los religiosos visiten con excesiva frecuencia a sus padres, que se aficionen a músicas y canciones, que organicen sus vidas guiados por la sabiduría y la falsa prudencia de un mundo que margina a Dios y no acierta a levantar el espíritu por encima de las preocupaciones de la tierra. En efecto, dice con frecuencia: «Muramos al mundo, seamos otros crucificados».

IX, **76**; XIII, A5, **163-4**; A6, 165-7; A7, **168**; C3, 180-1; C5, **183-4**; C11, 192-3; C13, 196; XXII, **294-5**, 393; XXV, 2, **493**; XXVI, 1; **497-8**, 501-2; XXVI, 2, 505; XXIX, 1, 519; XXX, 527.

a) *Espíritu de oración del Siervo de Dios.* Viendo cómo ardía en el fuego de la divina caridad, fácilmente podemos comprender con qué anhelo suspiraba estar a solas con Dios. Ya desde su infancia la oración era dulce y suave a su corazón; en religión, el verdadero espíritu de oración hacía las delicias de su alma, hasta el punto de que se le pudo definir como: «Hombre de oración y de meditación».

XXII. **385-94**; XXVI, 2, **504-5**; XXIX, 1, 518-9; 2a, **520-1**; 2b, **522**; XXX, 525, **545-8**, **561-4**; *Sum*. I, 1.

Entre sus propósitos, se lee el siguiente: «Ser absolutamente fiel a los ejercicios de piedad establecidos»; a esta resolución fue fiel durante toda su vida.

XXII, **386-7**; XXVI, **494**.

Para conseguir los fines que persigue, concede máxima importancia al espíritu de oración; se propone hacer la meditación con toda la perfección posible; ser fiel al examen de conciencia, tanto particular como general, según el método de San Ignacio; tender hacia Dios por la oración asidua, etc.

XXII, **372-3**.

Ejemplo de todas las perfecciones, dice la biografía que pasaba de la oración a la acción y de la acción a la oración.

XXII, **288**, 297, **390**.

Lleno de amor de Dios, con ocasión del Año Santo celebrado en 1850, escribe una circular a toda la Congregación pidiendo oraciones especiales por la conversión de los pecadores; trabaja con todas sus fuerzas para que el espíritu fervoroso, considerado por él como fuente de bendiciones y firme columna de una casa religiosa, no llegue a faltar nunca entre los Hermanos; lucha contra la tibieza espiritual; recomienda la práctica de las oraciones jaculatorias y el ejercicio de la presencia de Dios; enamorado de la meditación, manda a sus Hermanos que no la descuiden. A este respecto les dice: «Entren en la soledad de su corazón y verán el abismo

IX, **71**; XIII, A2, 160; XX, **221**; XXII, **316-8**, **386-8**, **390**, **391-4**.

de miseria que hay en ustedes». En sus Reglas prescribe que, cada mañana, se entreguen a la meditación al menos durante media hora. Y añade: «Tendrán en gran estima este santo ejercicio y lo considerarán como el primer y principal de los ejercicios del día y como el más eficaz para atraer sobre ellos y sobre sus alumnos las bendiciones del cielo».

A los Hermanos, les hace comprender la necesidad que tienen de los ejercicios de piedad, elogia a aquellos que saben apreciar el valor de la soledad, les dice que el espíritu de oración es un componente esencial de la vida religiosa y les exige que sus múltiples ocupaciones no lleguen nunca a impedirles el cumplimiento de los ejercicios de piedad.

XIII, A4, **162-3**; A5, **163-4**; A7, 168; B, **176**; C12, **194-5**; XXII, 295,**464**.

El Hno. Basilien dice: «La nota dominante de nuestro primer Superior fue el espíritu de oración que caracteriza a todos los santos. Ya desde su infancia, la oración hace las delicias de su corazón. En el estado religioso, se entrega a la oración con ardor seráfico.»

XXVI,**494**; XXIX, 2a, 520; XXX, 525.

b) *Devoción especial del Siervo de Dios a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús.* El fervor del Siervo de Dios se manifiesta también en su amor a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús.

El principal testimonio de este doble amor lo aporta el Hno. Benjamin: «Sólo Dios conoce los ardores amorosos de esta bella alma, inmersa en éxtasis indescriptibles. ¡Qué inefable alegría se veía relucir en su rostro cuando había participado en el sagrado banquete! Contemplándolo en esos momentos, podía hacerse una excelente y utilísima meditación. Y cuando su alma se encontraba así unida al Corazón divino, ¡qué impulsos de amor le movían a desbordar su propio corazón en ardientes exhortaciones acerca de esta especial devoción del Instituto!»

XX, **220**; XXII, **437-42**; XXIX, 2a, 521.

Y no de menor importancia es el testimonio del Hno. Basilien: « El altar, el sagrario y el sacrificio de la misa le abismaban en indecibles raptos de amor. ¡Qué inefable estremecimiento el suyo, si le hubiera sido dada, como a nosotros, la dicha de recibir la comunión diaria...!»

XXII, 380; XXVI,**494**; XXIX, 1, 518-9; XXX, 544.

En sus Reglas, dispone que los Hermanos recen todos los días el Oficio Parvo del Sagrado Corazón, las letanías de la divina Providencia y las del Sagrado Corazón con sus oraciones respectivas. Quiere que eleven frecuentemente su espíritu hacia los Corazones de Jesús y de María y que reciten la siguiente oración: «Corazón de Jesús, abrasado en nuestro amor, haced que todos nuestros Hermanos habiten siempre en Vos». En el encabezamiento de sus cartas, ponía: «Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María», palabras que constituyen la divisa del Instituto.

IX, **71-2**, **85**, **94**, **97**; XIII, 162, 163, 165, 168, 172, 173, 174.

En la biografía del Siervo de Dios, se habla con profusión y entusiasmo de su devoción a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús: en estas devociones, encuentra abundantes alegrías espirituales; desea que sus Hermanos comulguen varias veces a la semana y les dice: «No olviden que son Hermanos del Sagrado Corazón y que, a causa de esa condición, deben de arder en las mismas llamas que le consumen.»

XXII, **438-40**.

El Siervo de Dios, dice el Hno. Basilien, realizó en su vida el paradigma del Hermano del Sagrado Corazón.

XXVI, 2, **492**.

Quería que los Hermanos se unieran espiritualmente a la Iglesia a lo largo de los diversos tiempos del año litúrgico, de modo que participaran en sus dolores y alegrías. En el último día de carnaval, cierto profesor pidió «Deo gratias», es decir, permiso para hablar. Un largo «chsssst» del Siervo de Dios hizo enmudecer al pedigüeño. Los pensamientos del Hno. Policarpo estaban puestos en Jesucristo triturado por las maldades del mundo.

XXVI, 1, **502**.

c) *El amor filial hacia la Bienaventurada Virgen María.*

Desde su juventud, el Siervo de Dios profesaba una ardiente devoción a la Virgen María, dirigiéndose a ella con fervorosas oraciones, al recordar las gracias y favores que Dios le había concedido. Su piedad mariana se nutría con la contemplación de los misterios en los que María aparece unida a su Hijo en la redención del género humano. Cuando meditaba los misterios del nacimiento, pasión y resurrección

Sum., I, 1; XX, **221**; XXII, **374**, **442-6**; XXX, **548**.

de Cristo, sentía transformarse su alma e inflamársele el corazón.

Siendo adolescente, en lo alto de una colina conocida con el nombre «de la Era», situada junto a un prado, erigió una pequeña ermita en la que expuso una imagen de la Virgen. En este lugar rezaba y entonaba cánticos que él mismo había compuesto o que su madre le había enseñado; y a ese mismo sitio, cuando era ya maestro, 'peregrinaba' a veces con sus alumnos, sobre todo, los días de vacación.

XXX, **548**; *Sum.* I, 1.

Sin duda alguna, fue el Siervo de Dios quien, hacia 1840, buscando el bien espiritual de los novicios, fundó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, y quien la asoció a la Archicofradía del mismo nombre, existente en la Iglesia de Nuestra Señora de París. El nombre del Hno. Policarpo encabeza la lista de los miembros de dicha cofradía.

VI, **30-1**; VII, *intr.*, **38**; XXII, 444; *Sum.* I, 4.

Quiere que la acción de gracias posterior a la comunión, se termine con el rezo de tres avemarías por el bien general del Instituto; desea, además, que los Hermanos se mantengan unidos a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por medio de frecuentes invocaciones.

IX, **74**, **85**, 94, **97**; XIII, 162, 163, 165, 168, 172, 173, 174.

Hacía cuanto estaba en su mano para que sus alumnos conocieran las glorias de María, sus misericordias y los prodigios de su gracia.

XXII, **444**.

Cuando la ciudad del Puy quiso erigir un monumento a la Virgen en el monte Corneille, que domina la ciudad, el Siervo de Dios escribió a sus Hermanos en estos términos: «Nuestra Congregación no puede permanecer indiferente ante esta manifestación de una diócesis en la que se afincó desde su nacimiento, en la que se ha desarrollado y en la que se le dispensa una protección tan paternal por parte de los obispos que han venido sucediéndose». Mandó a los religiosos que pidieran a todos los alumnos una limosna, por pequeña que fuera, y que esta colecta se ofreciese a modo de obsequio generoso para la Virgen María.

XXII, **444-5**.

Aprovechaba cualquier ocasión para inculcar en sus Hermanos un amor cada vez más grande hacia María: «Sí, queridos Hermanos, imitemos a esta Madre admirable y, pron-

XXII, 317, 344, 392, 421, **446**.

to, llenos de amor divino, despreciaremos los apegos terrestres.»

d) *Otras devociones del Siervo de Dios*. Junto a su piedad mariana, el Siervo de Dios tenía un amor especial al Angel de la Guarda: «Tendré una tierna devoción a la Santísima Virgen y a los ángeles custodios». Además, en sus Reglas, prescribe oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga.

IX, **72**; XXII, **372**.

5. *Caridad del Siervo de Dios hacia el prójimo*

La bondad y la caridad del Hno. Policarpo van unidas de tal modo que actúan al unísono y se completan mutuamente.

XIII, *intr*, 4, **153**; A1, **158**; A6, **165-7**; A8, 168-70; A10, **172-3**; B, 176; XX, **218-22**; XXI, **223**; XXII, **410-7**; XXIV, **474-9**; XXV, 488, 489-90, 491, 493; XXVI, 1, **498-9**, **499-500**; XXVI, 2, 506-7; XXIX, 1, 519; XXX, 525.

En su adolescencia, se observan ya ejemplos de caridad con el prójimo, como asevera Camille Allemand mediante estas palabras: «Hippolyte practicaba la caridad y la limosna dando a los pobres las ropas que habían sido desechadas. Lo hacía incluso a escondidas de sus padres, y uno se pregunta si no recibiría alguna reprimenda por ello.»

XXX, **563**.

En religión, tanto al desempeñar el cargo de maestro de novicios, primero, como después el de Superior General del Instituto, el Siervo de Dios gobernó más por la caridad que por la disciplina rígida. Así se ganaba el afecto de sus Hermanos. Mientras fue Superior, trabajó cuanto pudo para desarrollar el espíritu de caridad en los corazones de los religiosos. Escribe en sus Reglas generales: «Tendrán entre sí *una gran caridad*, un cordial afecto, *una unión perfecta*. Amarán a todos sus Hermanos sin distinción alguna, evitando con cuidado las amistades particulares y las conversaciones pri-

VII *Intr*., **38**; IX, **81**; XIII *Intr*., **153**; XVIII, **210-2**; XX, **219-20**.

vadas, que con frecuencia son la ruina de las comunidades.»

Solícito del bien espiritual de sus Hermanos, reprende a uno de sus religioso que estaba en peligro de perderse, haciéndole volver al noviciado para afianzar su vocación; manifiesta una gran caridad e interés por la salvaguarda de la vida espiritual de sus religiosos y ruega al párroco de Yseure que no cargue con excesivo trabajo a los Hermanos; eleva su voz contra el espíritu partidista cuando escribe al Hno. Alphonse el 21 de octubre de 1858, pues somos propiedad de Cristo crucificado; quiere locales idóneos para vivienda de los Hermanos y provistos de todo lo necesario para una escuela.

XIII, A10, 172-3; C2, **179-80**; C11, **192-3**; C13, **196**; XXX, 527.

Como hace notar el Hno. Adelphe, era notable la predilección del Siervo de Dios no sólo hacia los alumnos sino también hacia los extraños.

XXIV, 2, **478**.

Se compadecía, con paternal solicitud, de los males de sus Hermanos; así, si algún Director era excesivamente severo con sus inferiores, le reprendía enérgicamente. En ocasiones, hasta llegó a dar a los inferiores alguna cantidad de dinero para que pudieran comprarse aquello que necesitaban. Lamentaba que los directores no tuvieran en cuenta sus recomendaciones. Haciéndose eco de las palabras de un contemporáneo, el Hno. Basilien escribe: «Tenía un corazón de oro», ya que el Siervo de Dios poseía una gran delicadeza.

XX, 221; XXIV, 2, **482**; XXV, 1d, 488; XXVI, 2, **506**; XXIX, 1, 519; XXX, 525, 527-8, 530-1, 549.

Cuenta el Hno. Benjamin que las cartas que recibían del Siervo de Dios eran motivo de gran alegría: «Deseábamos con toda el alma tener carta de padre tan bondadoso, la recibíamos rebosantes de gozo y felicidad; a veces nos sucedía no poder leerla sin que se nos saltaran las lágrimas.

XX, **221**.

En todos los actos de la vida del Siervo de Dios destaca su caridad: perdona fácilmente a los Hermanos que confiesan sus faltillas; se muestra locuaz al hablar de las cualidades y virtudes de los Hermanos pero procura callar sus defectos; no oculta su gran amor por los ancianos y los jóvenes; en cuanto se entera de que el Hno. Victorien ha huido de casa tras haber sufrido ciertas contradicciones por parte de algunos, sale en su búsqueda y lo reintegra a la comunidad. A ejemplo de Jesús, en el día de Jueves Santo, todos los años

IX, 91; XXII, **465-7**; XXIV, 2, **479-80**; XXV, 488-90; XXVI, 1, **498-500**, **502**; XXVI, 2, **505-6**; XXX, 525-7, 532.

lava los pies a doce Hermanos; si resulta indispensable corregir a alguien, quiere que se haga con amabilidad y caridad cristiana; exhorta a los Hermanos de América a vivir unidos por los lazos de la caridad perfecta.

Visitaba anualmente todas las casas del Instituto y, llevado por su ardiente caridad, aceptaba con ánimo siempre alegre los sacrificios que eso le suponía.

Sum. I, 7d; X, 116; XIII, C9, 188-9; XX, **221**; XXI, **223-4**; XXII, **285-6**; XXIV, 2, 481; XXVI, 1, 499; XXIX, 1, **519**; XXX, **533-4**, 549.

Las visitas del Siervo de Dios eran fuente de preciosos y ubérrimos frutos: «Uno se sentía movido por un renovado celo, lleno de ánimo, de estima de la Regla, de amor al deber y resuelto a cumplirlo lo más perfectamente posible».

X, 116; XX, **221**; XXII, **322-4**; XXIV, 2, **481-4**.

En el trato con sus inferiores, y con todos los demás, se mostraba siempre sencillo y afable .

XIII, *intr.*, 155; XVIII, 3, 213-4; XX, **218-22**; XII, **417-8**, 456; XXIV, 2, **481**; XXVI, 1, 497; XXVI, 2, 506; XXIX, 1, 519; XXX, 525, 532.

La contemplación de calamidades o de personas afligidas por el dolor, conmovían al Siervo de Dios, incluso, hasta las lágrimas.

XXII, **411**, **454**.

El ejemplo de su caridad hizo florecer esta virtud en todo el Instituto a pesar de la diversidad de caracteres.

XXII, **412**.

Todas las cartas del Siervo de Dios rezuman caridad.

XIII, **156-74**.

Sin caridad, decía, no reina la paz ni la bondad en las comunidades. Animaba de continuo a sus Hermanos a vivir «con sentimientos de la más perfecta caridad, para que todos tengan un solo corazón y una sola alma». Las exhortaciones a sus Hermanos iban siempre impregnadas de caridad: «Por este motivo, el Hno. Policarpo no cesaba de recomendar a sus Hermanos el apoyo mutuo y esa unión, esa unidad de pareceres y sentires, esos santos afectos, que constituyen un gusto anticipado de la felicidad y alegrías del cielo.»

XXII, **412**, **417**, **458**, 460, 465.

6. *El celo especial por la salvación de las almas.*

A lo largo de toda su vida, pero de manera especial mientras fue Superior General de la Congregación, el Siervo de Dios puso cuanto estuvo de su parte para lograr el bien espiritual de los religiosos y de los alumnos.

Se afirma que su amor era fuerte como la muerte, su celo, indomable como el infierno y ardiente como el fuego. XXII, 394.

Este celo se vislumbraba ya siendo niño cuando repartía caramelos entre sus compañeros para que aceptaran sus buenos consejos. Refiriéndose a esto, Camille Allemand dice: «Era ya un apóstol». XXX, **563**.

Llevado de su celo pensó en ser sacerdote pero, al parecer, desistió de tal propósito siguiendo los consejos de su propio párroco. III*intr*., 16-17.

Ingresado en la Congregación, sobresalió este celo en cuantas funciones desempeñó, y de modo especial en su misión de Superior General. VII*intr*., **36-8**; IX*intr*, 51-65; X, **115-9**; XIII *intr*, 4, **152-6**; XIX, 2, 216; XXII, **263-6**, 277, 287-9, 336-7, **394-6**, 401-9.

Con el fin de avanzar en la vida espiritual, hizo el siguiente propósito: «Procuraré ejercer una gran vigilancia sobre mí mismo y sobre cuantos la Providencia me confíe». XXII, **372-3**.

Inflamado por el deseo de perfección, deseaba comunicar a los Hermanos ese mismo santo ardor: «Para ser hombre, hay que actuar por la razón; para ser cristiano, hay que crucificar su propia carne; para ser santo, hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador». XXII, **373**; XXIX, 2a, **520**.

Junto al espíritu de fe, destaca su sentido del deber, de donde proceden su vida de trabajo, su práctica constante del sacrificio y su fidelidad a la gracia: «Así, lleno del espíritu de Dios, caminaba con paso firme por las vías de la santidad, exhalando en torno a sí el perfume del buen ejemplo e irradiando el brillo de las virtudes más admirables». XX, **219**; XXII, **373**.

Inculca en los Hermanos el espíritu de oración; andaba continuamente animado del celo que busca la expansión del Reino de Dios y la perfección de las almas: «Si el Hno. Po- XXIX, 2a, **520-1**.

licarpo saboreó las delicias de esa vida celestial, también se esforzó por atraer suavemente hacia ella a las almas que dirigía por las vías de la santidad.»

Puso todo su empeño en favorecer la perfección religiosa de los Hermanos. Dice el Hno. Albéric: «Todos los Hermanos se sintieron felices al comprender que tenían a la cabeza un hombre de gobierno y un santo. Los novicios fueron formados con esmero en el estudio y en la práctica de la vida religiosa. Las frecuentes visitas, las sólidas enseñanzas, una constante vigilancia de los intereses materiales y espirituales de las comunidades y una suave y paternal firmeza, levantaron de nuevo el ánimo decaído de los profesos... Se reanimó el fervor en las almas; el celo resultó más instruido y ardiente; las Reglas, en fin, redactadas en sus líneas directrices fundamentales y promulgadas sin demora, se observaron con puntual fidelidad.»

XXII, 379-85, 450-1, 461; XXIX, 1, **519**; XXX, 528, 532.

Exige a sus Hermanos que sean fieles al estudio del catecismo: «Es tan importante este estudio que no se me ha ocurrido ponerlo en ellas, pues estoy persuadido de que la alta estima que deben tener de él hará las veces de Regla a este respecto.»

IX, **88-90**, 91-3; XXII, **451**.

Las cartas del Siervo de Dios muestran con claridad que su meta esencial era siempre la formación de buenos religiosos. Ruega al Hno. Marie-Jérôme que sea fiel a sus ejercicios de piedad; escribe al Hno. Ambroise que debe aprovechar su soledad para santificarse cada vez más; indica al Hno. David cómo ha de actuar para corregir a uno de sus religiosos; recomienda al mismo Hermano el espíritu de pobreza; en carta dirigida al Hno. Alphonse, rechaza enérgicamente el espíritu de camarillas que divide a los Hermanos franceses y americanos; felicita al Hno. Louis-Lambert por haber salido victorioso en su lucha contra las pasiones; les dice a todos los Hermanos que la obligación primera de la vida religiosa es la tendencia a la perfección.

XIII, *intr*, **152-6**; A4, **162-3**; A5, **163-4**; A6, **165-6**, **168**; A9, **170-2**; A10, **172-3**, 173-4; B, **175**.

Digna de notar es la carta, rebosante de amor y celo, enviada al Hno. Jubin, que estaba a punto de abandonar la Congregación.

XIII *intr*, 153; XXII, **419**.

Hasta las cartas puramente administrativas ofrecen no pocos ejemplos del interés con que velaba el Siervo de Dios por el bien espiritual de sus Hermanos. Ruega al párroco de Massiac que no muestre preferencia por ningún Hermano, no sea que llegue a creerse indispensable; la vivienda de los Hermanos ha de contar con un mínimo de comodidades; ruega al párroco de Allanche que ponga fin a cualquier tipo de abusos y que repare convenientemente las dependencias de los Hermanos; hace valer sus derechos en la selección de Hermanos para las escuelas; vela por que no les falte cuanto sea necesario para vivir con salud; prefiere que las casas estén agrupadas para poder visitarlas más fácilmente; pide con insistencia al Vicario General de Moulins que haga lo posible para que los Hermanos puedan cumplir satisfactoriamente su deber de estado, sobre todo, en aquello que concierne a su vida espiritual; llama inmediatamente a cierto Hermano que está en peligro de perderse, al enterarse de su problema.

XIII, *intr*., 4, **153-4**; XIII, C1,**177-8**; C2, **179-80**; C3, **180-1**; C8,**187-8**; C9,**188-9**; C12,**194-6**; C13, **196**.

Enseña el Siervo de Dios que, en cualquier situación política, hay que permanecer fieles a los deberes religiosos del Instituto: «En tiempo de república, lo mismo que en cualquier otra época, hay que amar mucho a Dios, cumplir exactamente los votos, practicar las Reglas puntualmente y trabajar con todas las fuerzas en la educación religiosa y moral de los niños para hacer de ellos buenos ciudadanos, hijos sumisos de la Iglesia y santos para el cielo».

XIII, C14,**197**.

Dirigiéndose por escrito a todos los religiosos, el Hno. Adrien hace notar que el celo del Siervo de Dios dio a la Congregación prosperidad y estabilidad.

XVIII, 1, **210**; XIX, **216**; XX *intr*, 217; XXIX, 1, 519; XXX, 527.

El trabajo de dirección y de formación al que se entregaba el Siervo de Dios rebasaba a veces sus propias fuerzas.

XXII, **273-4**; XXX, 528.

Sus mayores desvelos eran para el noviciado: «El objetivo hacia el que se dirigían todos los esfuerzos de su celo y de su continua solicitud.»

XXII,**291-2**; XXIV, 2, **475-8**; XXV, 1c, **487-8**; 1d, 488-9; XXIX, 1,**519**; XXX, 549.

No menos importancia concedía a la formación doctrinal de los Hermanos.

VII *intr*, **36-8**; IX, **88-90**, 109-10; XII*intr*, 144-8,**149**; XIII, A1, **157-9**; C2, **179-80**;

XXII, 263, **395**, 452; XXIV, 2, 481-4; XXV, 1g, **491**.

Velaba por la observancia del silencio con sumo cuidado. IX, **82-4**; XXX, **539**.

Todos los testigos tienen frases concluyentes al poner de manifiesto el celo del Siervo de Dios: «Sustraído al afecto unánime de sus hijos, este santo religioso... lleno de celo...» XVI, 2, **204**; XVIII, 1, 211; XX, **219**; XXII, 277, 281, 287, 291, 316, 320, 324, 358, 364, **394-5**, **399**; XXVI, 2, **507**; XXX, **528**.

7. *La prudencia del Siervo de Dios*

No faltan pruebas para demostrar que la prudencia fue un rasgo sobresaliente del Siervo de Dios. En primer lugar, tenemos el hecho de que supo disponer sabiamente las cosas para conseguir su último fin.

En su juventud se rodeó de las precauciones necesarias para cultivar las virtudes. XXII, **254-5**; XXVI, 2, 503-5; XXX, **546-8**, **561-4**; *Sum*.I, 1.

Abandonó con ánimo decidido el mundo para conseguir sus objetivos sobrenaturales. XXII, **258-61**.

Manifiesta su prudencia en la formación de los novicios y en la dirección de las escuelas, dando a los alumnos ejemplo de todas las virtudes. XXII, 261, **263-4**, **273-5**; XXIV, 2, **475-8**.

Los Hermanos acogieron con gozo su elección como Superior General de la Congregación y dieron gracias a Dios porque, al fin, tenían un Superior capaz y prudente. XXII, **282-3**.

Como ya hemos dicho, se dejó guiar por la prudencia al redactar las Reglas. IX, *intr.*, **52-67**.

Esta misma prudencia brilló intensamente en la desagradable situación creada por las pretensiones del abate Arnaudon quien, incluso después de la elección del Siervo de Dios para el cargo de Superior General, seguía arrogándose poderes que eran competencia exclusiva del Superior General y de sus asistentes. XI, *intr.*, **125**.

Considerando prioritaria la formación de buenos religiosos, trata de eliminar los obstáculos que impiden la consecución de dicho fin: XIII, *intr.*, **152-4**.

— cambia al Superior de Murat y recomienda a su sucesor que se muestre prudente en las reprensiones; X, **116-7**; XIII, A1, **157-9**.

— le desagrada que los religiosos pasen al estado sacerdotal por la repercusión que semejante cambio pudiera tener en los demás Hermanos; XIII, A3,**160-2**.

— aconseja sabiamente a un Hermano sobre el método a emplear en las correcciones; XIII, A6,**165-7**; XXIV, 2, **482-3**.

— para que un religioso joven se forme bien, no quiere que su madre le cuente a diario sus penas ni que quiera tenerlo con frecuencia junto a ella; XIII, A9,**170-2**.

— ruega al párroco de Massiac que no manifieste preferencia por ningún religioso y que no haga creer a nadie que resulta indispensable; XIII, C1,**177-8**.

— eran raros los permisos que daba a los religiosos para ir a visitar a sus padres; XIII, C5,**183-4**.

— para seleccionar mejor las vocaciones, estableció un prenoviciado en Marvejols; XIII, C6,**184-5**.

— para proteger la vida espiritual de los religiosos, pide al párroco de St. Etienne-Vallée-Française que vele por ellos; con ese fin, le ruega que lea las Reglas de la Congregación; XIII, C8,**187-8**.

— actúa con prudencia a la hora de recibir donativos; XIII, C8,**190-2**.

— reprocha al párroco de Yseure por sobrecargar de trabajo a los Hermanos, en detrimento de su vida espiritual. XIII, C11,**192-3**.

La prudencia del Siervo de Dios adquiere máximo relieve en las advertencias que hace a sus Hermanos: «Es usted demasiado impulsivo, hijo mío; necesita calma, paciencia, estar atento y ser prudente. No castigue tanto, tenga en cuenta la diversidad de caracteres y prevenga las faltas para no tener necesidad de corregirlas». XXII, 423; XXV, 1e, **489**.

La manera de comportarse con ocasión de la huida de un Hermano de Marvejols, denota la prudencia del Siervo de Dios. Tan pronto como tiene conocimiento del caso, se presenta en el lugar y arregla el asunto con satisfacción de todos. El Hno. Hilarion, narrador del hecho, termina diciendo: «Así es como el buen Superior sabía allanar las dificultades, devolver la paz y la armonía, utilizando diversos procedimientos según fuesen las circunstancias, procedimientos acompañados siempre de una incomparable destreza y domeñados por el corazón...». XXVI, 1,**500**.

La biografía del Siervo de Dios habla muchísimas veces de su prudencia. Es nombrado Director de la recién inaugurada casa de Paradis, y los novicios, «modelados por su experta mano, estimulados por sus sabios consejos y arrastrados por sus santos ejemplos, necesariamente habían de fortalecerse en la vida religiosa»; al conocer su nombramiento como Superior General, los Hermanos dan gracias a Dios «por haber concedido a la Congregación un Superior capaz de gobernar, un jefe con dotes de mando y con el ascendiente que confieren la prudencia, la sabiduría y la virtud»; en sus visitas anuales, recuerda a cada uno, «con franqueza y sabia moderación, la línea de conducta más apropiada»; para conseguir la perfección se propone, entre otras cosas, una estricta vigilancia de sí mismo; con su prudencia, contribuyó en gran manera a la prosperidad de la Congregación.

XXII, **276-8**, **283**, **285**, **292-3**, **323**, **325-6**, 358-62, 372, 388, 400, 401-5, 407, 409.

Los testigos hablan al unísono de su prudencia. El Hno. Albéric escribe: «Hombre de gran sentido común, de fe y entrega a su deber, empuñó con mano prudente y vigorosa el timón de la frágil barquilla que durante tanto tiempo había estado a merced de los vientos y tempestades».

XXIV, 2, 475; XXV, 1f, 490; h, 491; XXV, 2, 493-4; XXVI, 2, 506; XXIX, 1, **519**; XXIX, 2a, 520-1; XXX, 524, 525, 528.

Excelente es el testimonio que da el Hno. Adrien de la prudencia del Siervo de Dios, cuando escribe a los Hermanos residentes en América: «¡Oh, cuánta razón tenemos al llorar la pérdida de un hombre de tanta valía, quien, por su prudencia y recto proceder, supo dar un impulso tan eficaz a nuestro querido Instituto!».

XVI, 2, **204**.

Si leemos los consejos que daba para adquirir y cultivar las virtudes, vemos brillar al máximo la prudencia en el Siervo de Dios.

Después de resultar elegido para el cargo de Superior General, intenta ser luz y guía de todos los Hermanos y, a través de las virtudes y las buenas obras, los lleva de la mano por la escondida senda de la perfección evangélica: «Mas, si con tanto celo les prodigaba sus lecciones de sabiduría y virtud, también quería verlos responder a sus deseos, ser testigo presencial de su conducta en todos los aspectos de su vida de religiosos y educadores cristianos: de ahí sus frecuentes

XXII, **287-8**, 423-4; XXIV, 2, **481-4**.

visitas a las casas del Instituto, visitas que absorbieron buena parte de su existencia y que se vieron coronadas por el éxito de los resultados».

Junto a su firmeza, podemos apreciar una prudencia exquisita. XXII,**417-9**.

A sus prudentes consejos, generalmente añadía prácticas apropiadas para que resultasen más eficaces. XXII, **429-30**; XXIV, 2, **479**.

8. *La justicia del Siervo de Dios.*

Tras lo dicho acerca de las virtudes teologales del Hno. Policarpo, y especialmente sobre su amor a Dios, creemos que no se requieren largos discursos para demostrar que cumplió ampliamente sus deberes con relación al Creador.

Si echamos una mirada a su infancia y juventud, vemos manifestarse en él la virtud de la justicia, principalmente por su piedad filial: «En el trato con sus padres, era un niño modelo, siempre respetuoso y obediente»; colaboraba en la obtención de recursos económicos para la familia trabajando en el campo. Convertido en maestro de La Motte, su pueblo natal, se dedicó en cuerpo y alma a sus alumnos alimentando con sanos principios su vida cristiana: «Aunque les hacía trabajar mucho, los alumnos le adoraban». XXX, **545-7**, **562-3**.

Tanto el párroco como el alcalde, certificaron su buena conducta cuando hubo de presentarse a examen para obtener el título de enseñanza. II, 1, *intr.*, **7**.

El Siervo de Dios supo cumplir con fidelidad y entereza los deberes que se derivaron de su profesión religiosa, hasta el punto de que todos los testigos coinciden en afirmar que fue un perfecto religioso. En efecto, en la biografía se lee: «Cada día más convencido de que no se hace el bien de manera eficaz si no es con el auxilio del cielo y por medio del buen ejemplo, continuó siendo para todos motivo de edificación y modelo de fervor y de observancia». XXII,**280**; XXIII,**471-2**; XXIV, 2, 474; XXV, 1h, 491; XXV, 2, 492; XXX, 532, 544.

Resulta agradable recordar una vez más que, cuanto el Siervo de Dios emprendió y realizó, fue para la mayor gloria de Dios:

1) Todo cuanto hizo lo realizó a la mayor gloria de Dios, y este mismo fin propuso a todos sus Hermanos.

XIII, *intr*., 152-3; A6, **165**; A9, **171**; XXII, 291, 329, **451**.

2) A lo largo de toda su vida procuró con todas sus fuerzas hacer siempre la voluntad de Dios. Así, en su última enfermedad repetía continuamente: «La voluntad de Dios, y nada más que su voluntad».

XVI, 1, **202**; XIX, 1, **216**; XXII, 283, 299, 328, **368**, 450.

3) En repetidas ocasiones, da gracias a Dios por los beneficios recibidos; así sucede, por ejemplo, al recuperarse de la enfermedad que contrajo visitando las comunidades de la comarca de Issingeaux; igualmente, cuando la Congregación ve nacer una colonia en América del Norte, escribe: «Mucho más, hemos dado infinitas gracias al cielo por habernos deparado una ocasión que, desde hacía largo tiempo, anhelábamos de todo corazón y con nuestros deseos más ardientes»; pero, sobre todo, da a menudo gracias a Dios por «haberle apartado del mundo»; con frecuencia, en efecto, decía: «¿Cómo le pagaré yo al Señor por todos los beneficios de que me ha colmado, en particular, llamándome a la vida religiosa? ¿No me ha concedido, acaso, los tesoros más preciosos: su misericordia, su amor, su Espíritu Santo, su único Hijo?».

XXII, 260-1, **290**, **305**, **364**, 380-1.

Tras las ceremonias de la toma de hábito o de la profesión religiosa de nuestros Hermanos, el Siervo de Dios, radiante de gozo, y recordando las palabras del salmo *Ecce quam bonum*, decía de corazón: «Deo gratias»; a lo que todos respondían: «Amén».

XXVI, 2, **505-6**.

El Siervo de Dios mostraba siempre sumisa deferencia con las autoridades religiosas.

Por carta, manifiesta su acatamiento con las siguientes palabras: «Presentando mi respetuosa sumisión al Sr. Obispo de Mobile...»; y concluye siempre con sentimientos de gratitud y veneración: «Quedo con el más profundo respeto...»; en otra carta, se expresa en estos términos: «Dígnese recibir, Sr. Vicario General, mis más profundos sentimientos de respeto, su muy humilde servidor...».

XI, 1, **127**; XIII, *intr*., 155; XIII, A3, **161**, **196**; XIII, C, 177-96; XXIV, 2, **480-1**.

El mismo respeto muestra el Siervo de Dios hacia las autoridades públicas o privadas con las que debía relacionarse. A quienquiera que le hubiese hecho un favor, no se contentaba con decirle un simple 'muchas gracias'; más bien, le manifestaba una y otra vez su ánimo agradecido por medio de humildes y amables sentimientos.

XI, 5, 133-4; XIII, *intr.*, **155**; XIII, C13, 196.

En cuanto a las leyes de la Iglesia y las Reglas de la Congregación, aparece siempre totalmente sumiso y respetuoso. Antes de presentar las Reglas de la Congregación a la Santa Sede para su aprobación, solicitó el visto bueno de todos los Obispos en cuyas diócesis tenía casas el Instituto; puso todos los medios a su alcance para formar a sus Hermanos en el espíritu religioso; la variedad de sus ocupaciones no fue óbice para que observara con fidelidad hasta los más nimios detalles de la Regla.

IX, **111-3**; XIII *intr.*, **152**; XVIII, 1, **211**; XIX, 2, 216; XX, 219.

El Siervo de Dios deseaba que los directores fuesen, principalmente, una especie de modelos y reglas vivientes para sus inferiores: «Sean modelos perfectos para sus Hermanos. Inspírenles el amor a la observancia y a la virtud, mucho más a través de su conducta que con sus discursos: ya que la elocuencia de la acción es mucho más persuasiva que la palabra».

XXII, **403**.

Puesto que tenía el conocimiento y la convicción de que la observancia exterior es fundamental para la vida religiosa, el Siervo de Dios añadía a esta observancia exterior actos interiores, sin los cuales es imposible el progreso espiritual. Guiado por este principio, observaba la Regla en toda su plenitud y recomendaba continuamente esta misma fidelidad a los Hermanos: «Que no se debiliten jamás la estima y el amor a la Regla, la fidelidad en practicarla de buen grado en todos sus puntos con generosidad y exactitud. Observar bien la Regla; para un religioso, ¡ahí está todo!».

XIII, A1, **157-8**; A6, 165-7; A7, 168; A10, 172-3; XIII, C1, **177-8**; C2, **179-80**; C3, **180-1**; C7, 186-7; C9, 188-9; C11, 192-4; C12, 194-6; XXII, **401-2**; XXIII, **471-2**; XXV, 2, 492-3; XXIX, 1, 519.

Reprendía las inobservancias de la disciplina regular.

XXVI, 1, **498**; XXVI, 2, 506; XXX, **539**.

La tercera condición que consolida la vida religiosa, decía el Siervo de Dios, es la Regla, complemento y salvaguarda de los votos.

XIII, B, **175-6**; XXII, **449**.

Durante toda su vida, el Siervo de Dios no sólo evitó hacer daño al prójimo, sino que procuró favorecerle con el mayor bien posible. Esta era su idea dominante: «La salvación de su alma, realizada mediante una perseverante fidelidad al cumplimiento de la misión que Dios le había confiado...». Su biografía continúa: «Desde la fecha en que fue nombrado Superior General hasta el final de su laboriosa carrera, se ocupó constantemente de su Congregación».

XIII, *intr*., 4, **152-6**; XXI, 223; XXII, **405-9**.

Tuvo un cariño especial a sus Hermanos, procurando más su salud espiritual que su bienestar material. Tenemos un ejemplo en la carta que escribió al párroco de St.-Etienne-Vallée-Française, a quien le había enviado religiosos para una nueva fundación: «Estoy convencido de que estarán en buenas manos y que les servirá usted de mentor, consejero y apoyo. La fiel observancia de la Regla es para los Hermanos la salvaguarda de su conducta en cuanto educadores».

XIII, *intr*., 4, **152-6**; XIII, C2, **179-80**; C 8, **187-8**; C12, **194-6**; XVI, 2, **204-5**; XVIII, 1, **210-12**; XX, 218-22; XXIV, 2, **483**.

La entrega del Siervo de Dios a la Congregación y a todos los Hermanos fue extraordinaria: a su mayor bien consagró todo su esfuerzo y su obra.

XXI, **223**.

9. *La virtud de fortaleza en el Siervo de Dios.*

A dos podemos reducir las características de la virtud de fortaleza: emprender cosas difíciles y perseverar en ellas.

En el camino de la virtud y de la perfección, el Siervo de Dios superó todos los obstáculos con grandeza de alma, actuando con tesón y constancia.

XXII, **358**, **360**.

El Hno. Basilien, hablando de la separación del Siervo de Dios de su familia, dice así: «La separación fue dolorosa para ambas partes». Su voluntad, en efecto, estaba fortalecida con el auxilio de la gracia: «El Hno. Policarpo estaba dotado de una voluntad enérgica».

XXII, **258**; XXVI, 2, **505**, 506.

Tras su profesión religiosa, trabajó con ardor para conseguir una victoria total sobre sí mismo: «A esta lucha valiente y continuada, añadió el amor por la vida comunitaria, siendo el primero en el trabajo, en los ejercicios de piedad y en la observancia de las Reglas; y su fidelidad a todos los puntos del

XXII, **261**.

reglamento se veía además realzada por su modestia y madurez religiosa».

Como Superior, el Siervo de Dios acometió empresas realmente difíciles: de una Congregación débil y agonizante que había recibido en herencia, él la legó a su sucesor fuerte y vigorosa.

XVIII, 1, **210-2**; XX, **221-2**; XXII, **283**.

La ardua misión que le acababan de confiar requería mucha prudencia, firme autoridad y, al mismo tiempo, gran fortaleza de ánimo. Por eso hizo cuanto pudo para restaurar la disciplina religiosa mediante unas Reglas llenas de sabiduría; con caridad y firmeza al mismo tiempo, exhortó a sus Hermanos a la perfección, intentando hacerles comprender lo ventajoso que resulta seguir un buen proyecto de vida; creó nuevas comunidades; extendió el Instituto a América; visitaba anualmente las casas de la Congregación.

XII *intr*., 144-8; XIII, *intr*., 156; XXII, **285**, 302-16; XXIV, 2, **474-8**; XXV, 1c, **487-8**; XXVI, 1, **498-503**; XXVI, 2, 518-9; *Sum*. I, 7, 8.

En Vals, trabajó intensamente con objeto de que los alumnos fueran formados a la vida cristiana y en los deberes propios de su estado.

XIX, 215-6; XXII, **273-81**.

En su biografía, leemos: «Convertido en cabeza visible de una familia religiosa, se consagró a ella en cuerpo y alma».

XXII, **287-90**; XXV, 1h, **491**.

Y en cuanto a la formación de los novicios, se lee: «En sintonía con el espíritu de la Iglesia, el venerable Superior empleó todos los medios a su alcance para favorecer una seria formación de los novicios».

XIX, 2, 216; XXII, **292**; XXIV, 2, **476-7**; XXV 1d, 488-9.

Acerca de su firmeza en la corrección de las faltas disciplinarias, disponemos de no pocos testimonios. Leemos en su biografía: «Guiado y sostenido por el espíritu de mansedumbre, se mostraba tranquilo y resignado en las tribulaciones; atravesaba las tempestades de la vida con rostro sereno. De forma semejante se manifestaba cuando se trataba de bajar los humos a ciertos sujetos difíciles, de soportar las debilidades de cada uno, de reprender los defectos y negligencias de los culpables».

XXII, **418-9**.

El Hno. Basilien atestigua: «A semejanza de Cristo, que lloró por Lázaro, expulsó a los vendedores del templo o anatematizó el orgullo farisaico, de igual modo, el Hno. Policarpo supo, con una firmeza llena de mansedumbre, pero a la

XXIV, 2, **475**, 482; XXV, 2, **493**; XXVI, 1, 498.

vez tenaz, corregir los abusos y exigir la observancia de la Regla. Los rigores de la disciplina, los practicó especialmente en su propia persona con voluntad inflexible».

En otra parte de la biografía, se lee: «Amante celoso de la disciplina, trabajaba denodadamente por mantenerla en todo su vigor, previniendo los abusos y corrigiéndolos con procedimientos enérgicos en caso necesario: a la mansedumbre unía la fortaleza, sin la cual casi siempre degenera en debilidad». XXII, **348**.

El Siervo de Dios no carecía ni de firmeza ni de fortaleza cuando la observancia regular estaba en juego o cuando peligraba la buena reputación de la escuela, de la Congregación o de algún religioso, aunque esto pudiera significarle atraerse las iras de los patrocinadores de las escuelas, de los alcaldes municipales, de los párrocos, o de cualquier otra clase de personas. Sus cartas nos proporcionan abundantes ejemplos de ello: XIII, *intr.*, **153**.

— sin ningún temor, y haciendo caso omiso de reclamaciones y protestas, efectúa un cambio de Director en la escuela de Murat; X, **116-7**; XIII, A1, **156-8**.

— al enterarse de que un Hermano ha pedido a las autoridades civiles que la Congregación sea reconocida oficialmente en el departamento de Rhône, le ordena que regrese inmediatamente a Paradis; XI, *intr.*, **126**.

— exige al párroco de Blesle que los locales destinados tanto a residencia de los Hermanos como a salones de clase, sean adecuados y estén provistos de las comodidades necesarias a la observancia regular. También escribe al párroco de Allanche rogándole que elimine todo cuanto pueda impedir a los Hermanos la observancia de las Reglas. XIII, C2, **179-80**; C3, 180-1.

El Siervo de Dios se muestra enérgico con el párroco de Vici-Chatonnay respecto al uso de instrumentos musicales; de esta cuestión trata también en carta dirigida al párroco de Yseure. XIII, C7, **186-7**; C11, 192-3.

Recuerda enérgicamente al Vicario General de Moulins que no se sobrecargue de trabajo a los Hermanos para que puedan cumplir íntegramente con todos los deberes religiosos propios de su estado. XIII, C12, **194-6**.

Con el fin de velar por el bien espiritual de cierto Hermano, le cambia de Neuvic y escribe al Conde de Ussel rogándole que no se oponga. XIII, C13, **196**.

«Si me he traído al Hno. Bernardin –escribe al párroco de Allanche– se debe a que deseo fervientemente la prosperidad de su escuela. He querido hacer ver al Director de Allanche que jamás toleraría que un director se ausentara de la comunidad durante seis días. Ausencias como esas son muy nocivas para la escuela. Al parecer, esta ausencia ha tenido lugar con la mejor de las intenciones...». XIII, *intr.*, **153**.

El Siervo de Dios quiere que el profesor no eclipse al religioso. Tenemos un ejemplo en el cambio del Hno. Felix de la comunidad de Murat. X, **116-7**; XIII, *intr.*, 4, **154**; XIII, A1, **156-8**.

Se resiste enérgicamente a enviar a un determinado religioso que había sido solicitado, si sabe que su vocación está en peligro. XIII, *intr.*, 4, **154**.

A la virtud de la fortaleza se asocia la de la paciencia, con la cual, por amor a Cristo, soportó los sufrimientos físicos y morales.

En su biografía, se lee: «Caminando tras la huella de los santos, cuya vida es reflejo de la del Salvador, consiguió la perpetua paz de espíritu que está al abrigo de tempestades y tormentas». XXII, **424-7**.

Sobrellevó con paciencia las enfermedades que con frecuencia tuvo durante su vida. El Hno. Marie-Auguste dice: «Era el mes de abril de 1847. Durante la visita de las comunidades, al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebre tifoidea. Lo cuidé y serví durante más de un mes y, en todo momento, fue motivo de edificación: sumisión, obediencia absoluta a todo lo que se le decía...». XVI, 1, 202-3; XXI, **223**; XXII, 288-90, 327-9, 350-2.

Entre tantas adversidades como tenía que soportar: «Al Hno. Policarpo jamás se le escapó un grito, una carcajada, una palabra o un gesto de impaciencia. Su rostro siempre aparecía sereno, y una continua y graciosa sonrisa se dibujaba en sus labios». XX, **220**; XXIV, 2, **481**; XXV, 2, 492-3; XXVI, 2, 506-7; XXIX, 2, 520-1.

A lo largo de su última enfermedad, aguantó los dolores con admirable fortaleza y si alguien intentaba levantarle el XVI, 1, **202-3**; XXII, **351-2**.

ánimo, respondía: «La voluntad de Dios, y ¡nada más que la voluntad de Dios!». Así, su muerte «fue serena, animosa y edificante, tal como había sido su vida entera».

10. *La templanza del Siervo de Dios.*

El Siervo de Dios se ejercitó en el dominio de las propias pasiones desde su juventud; en efecto, siempre se mostró modesto y serio, indiferente ante las diversiones mundanas y amante de la vida laboriosa y escondida.

I *intr.*, 4-5; III*intr.*, 16-7; XXII, **254-8**; XXX, **546-7**, **562-3**.

Su templanza brilló todavía más en la vida religiosa: «Su porte exterior sencillo y modesto..., su espíritu cultivado y serio, hicieron de él un miembro valioso y querido por toda la comunidad. Pero lo que más se admiró en él, junto a la radiante paz de espíritu reflejada en el semblante, fue su piedad sincera, su notable inclinación a la mortificación y su vida interior».

XXII, **259-60**.

Es principalmente el Hno. Benjamin quien da testimonio del espíritu de penitencia del Siervo de Dios: «¡Qué constante y perfecto ejemplo de mortificación nos daba nuestro querido difunto Hermano Superior General; enemigo de toda comodidad, de toda búsqueda de sí mismo y de cualquier satisfacción de los sentidos, se mostraba particularmente edificante en el dominio de ellos; desaprobaba cualquier relajación y singularidad; quería seguir en todo la norma común; sufría con paciencia angelical las incomodidades, sin decir ni palabra cuando la molestia le afectaba sólo a él; en cambio, para los demás, su caridad era tan delicada, tan bondadoso su corazón, que era capaz de todo para aliviarlos espiritual y corporalmente».

XX, **220**; XXII, 260.

Para domeñar sus pasiones, usó de la penitencia corporal mediante disciplinas y cilicio.

Se lee en la biografía: «La disciplina, que a menudo llegó a ensangrentar su cuerpo débil, y el uso del cilicio, fueron para él una fuerza y una prevención eficaz. Llevó este último instrumento de penitencia, que aún se conserva en Paradis, hasta el fin de sus días».

XXII, **435**; XXV, 2, **493**.

Afirma el Hno. Basilien que encontró un áspero cilicio utilizado por el Siervo de Dios y que parte de él se redujo a pequeños fragmentos para usarlos como reliquias. XXX, **537-8**.

Acerca del cilicio del Siervo de Dios, han aportado también su testimonio los Hnos. Eliézer, Bellarmin y Marie-Antoine, quien afirma: «También me dijo haber encontrado en ese momento sobre él, o junto a él, (no lo recuerdo muy bien) un cilicio en forma de escapulario que abarcaba toda la extensión del pecho y los hombros. Siendo novicio, vi este cilicio sujeto a una tabla». XXX, **530**, **534**, **565-6**.

El Hno. Policarpo rehuía el trato de favor hacia su persona, procuraba evitar cuanto halagase los sentidos y aprovechaba cualquier ocasión para imponerse algún sacrificio; prefería, con agrado, las cosas toscas a las refinadas: XIII, A 9, 171; XXII, 288; XXVI, 1, **501-2**.

— por espíritu de mortificación, cuando iba a visitar las comunidades, muy a menudo hacía el camino a pie, incluso en pleno rigor del invierno; XXII, 288, 331-2.

— el Siervo de Dios insistía mucho en la mortificación del silencio. XXX, **539**.

Sin embargo, aunque el Siervo de Dios predicó la mortificación, no descuidaba la salud de sus religiosos. Procuraba que no les faltase lo necesario, tanto en materia de alimentación como en el ajuar doméstico, y quería que los lugares de residencia gozasen de las condiciones apropiadas para la salud y el cumplimiento de las Reglas. IX, **74-5**; XIII *intr*., 4, **154**; XIII, C2, **179-80**; C5, 183-4.

En el Hno. Policarpo brilló intensamente la virtud de la templanza manifestada en forma de mortificación y penitencia, gracias a las cuales soportaba siempre con ánimo sereno los trabajos y privaciones y afrontaba sin temor los riesgos de la naturaleza, aun a costa de poner en peligro su frágil salud y hasta su vida misma. XXII, **288**.

11. *La humildad del Siervo de Dios.*

La humildad constituye la base y fundamento de todas las virtudes del Siervo de Dios. Amó esta virtud como un precioso tesoro y la cultivó con la máxima perfección a lo largo de toda su vida. XXII, **427-30**.

Tenía tan bajo concepto de sí mismo que decía a sus Hermanos: «¡Ay, cuán dignos de compasión somos! Las malas inclinaciones que nos arrastran al mal, las pasiones que nos ciegan y nos tiranizan, las llagas horribles del pecado que manchan y desfiguran nuestras almas, deberían ser para nosotros un motivo permanente de confusión y vergüenza, e inspirarnos menosprecio de nosotros mismos. Considerémonos como una vil basura arrojada a la calle y pisoteada por los viandantes». XXII, 4**27-30**.

La virtud de la humildad resplandece en las palabras y acciones del Siervo de Dios.

El Hno. Adelphe testifica: «Como en todos los santos, el fundamento de las virtudes del Hno. Policarpo era la humildad. En este santo hombre, todo transparentaba esta virtud: su porte, sus modales, sus palabras... Jamás salía de sus labios ese 'yo' tan odioso; jamás hablaba de sí mismo, ni para bien ni para mal. En cualquier circunstancia, siempre que le era posible, se eclipsaba totalmente. Cuando le era dado realizar un acto de esta virtud, su rostro irradiaba alegría». XXIV, 2,**480**.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, todos los años el día de Jueves Santo, en la celebración de la Cena del Señor, lavaba y besaba los pies a doce novicios. XXIV, 2,**480**; XXVI, 1, **502**.

Como, en el año de 1846, fuese reelegido para el cargo de Superior General con todos los votos de los capitulares, el Siervo de Dios trataba de librarse de esa carga y ese honor «protestando que, a pesar de todo, aceptaría si no estuviese convencido de que había otros Hermanos más dignos que él». En vista de que mantenía su negativa –incluso después de una segunda votación en la que nuevamente resultó elegido por unanimidad– sólo el voto de obediencia consiguió forzarle a aceptar el cargo. VIII,**44-5**; XIX, 1,**215-6**; XXII, **280**, **283**, **299**; XXX, **530**, **544**.

Con razón, pues, escribe el Hno. Benjamin: «Su humildad y su mortificación rebasaban todos los límites; ¿se le vio vanagloriarse en alguna ocasión? Gustosamente se habría colocado en el último lugar, si no le hubiesen forzado a ponerse al frente de la Congregación. Ahí están los hechos para demostrarlo. ¡Qué violencia tuvo que hacerse para tolerar que le agasajaran, para que se celebrase alguna vez su fiesta!. En ocasiones, incluso, hubo que renunciar a ello» XX, **220**; XXII, **428**.

El Siervo de Dios profesaba una gran veneración por los sacerdotes y autoridades eclesiásticas. En efecto, el Hno. Adelphe dice: «Siempre tuvo un gran respeto y una profunda veneración a los sacerdotes. Y recíprocamente, grande era la estima de que gozaba entre los miembros del clero que le conocían. ¡Cómo le veneraban! ¡Cuánto le querían!. XI, *intr.*, **126**; XIII, C, 177-196; XXV, 1a, 486; XXII, 229-30; XXIV, 2, **480-1**.

En las Reglas prescribe ejercicios de humildad tales como la corrección fraterna y el capítulo de culpas; quiere, además, que se le pida al Superior una penitencia por las faltas cometidas. IX, **77-8**; XXII, 428-9; XXVI, 1, 499-500.

Se lee en sus exhortaciones: «Cuando tomen las comidas, anímense de profundos sentimientos de humildad y consideren su miseria al verse esclavizados a obrar como viles animales...» «Para ser hombre, hay que actuar movido por la razón; para ser cristiano, hay que crucificar su propia carne; para ser santo hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador». XXII, **453**.

La humildad es el rasgo que preside sus notas espirituales: «En ellas, todo respira humildad, amor de Dios y una voluntad firmemente resuelta a unirse a Cristo e imitarle asociándose a sus padecimientos». XXII, **379**.

Finalmente, el Siervo de Dios demostró ser humilde por su mansedumbre y bondad. «Practicó la mansedumbre con gran perfección; tan empapado estaba de esta virtud que, sin pretenderlo, le rezumaba de su lenguaje y forma de comportarse». XXII, **417-9**; XXIV, 2, **481**, **482**; XXV, 1d, **488-9**; XXV, 1e, **489-90**, **491**; XXV, 2, **506**; XXX, 525.

Si debía oponerse a religiosos de caracteres difíciles, era, precisamente entonces, cuando más benigno y humano se mostraba. XXII, **418-22**; XXV, 1e, **489-490**.

El Hno. Adelphe declara: «Sería imposible expresar hasta dónde llegaba la bondad del Hno. Policarpo. Esta bondad se dibujaba en todo su porte: en sus palabras amables, en su graciosa sonrisa, en su modesta y cándida mirada. No es de extrañar que encandilara a cualquiera». XXIV, 2,**474**.

Con toda verdad escribe el Hno. Adrien: «¿No estaba totalmente inflamado en amor de Dios, lleno de humildad, de abnegación, de modestia, de sencillez...? Pues esas son, precisamente, las virtudes que han caracterizado a los mayores santos». XVI, 2,**204**.

12. *El voto y la virtud de castidad en el Siervo de Dios.* I *intr*., 3-5; III*intr*., 16-7; XXII, 252-8; XXVI, 2, **504-5**; XXX, **546-8**, **561-4**.

Los testimonios son altamente elogiosos respecto a las buenas costumbres, seriedad y comportamiento en su juventud.

El mayor testimonio de su castidad nos lo facilita el Hno. Adelphe con estas palabras: «Aunque fue grande el amor del Hno. Policarpo hacia todas las virtudes, había una que amaba sin medida y que le hubiera gustado brillara sin mácula en todos los Hermanos. Era la virtud angélica, la pureza. Por leve que fuera, no admitía absolutamente nada que ofendiese a esta virtud: ni palabra ligera, ni gesto, ni sonrisa, ni caricia, ni postura... Él, tan bueno, tan caritativo, en modo alguno excusaba un descuido en este punto». XXIV, 2,**479**.

Si un religioso delinquía contra esta virtud, el Siervo de Dios –tan propenso a perdonar– se volvía inflexible; ni lágrimas, ni promesas, ni intercesiones conseguían doblegarle: el culpable era expulsado; y no aceptaba readmitir en religión a un sujeto que hubiera sido despedido por este motivo. XXIV, 2,**479**.

Por este amor a la modestia religiosa, exigía a los Hermanos que, en todo momento y en cualquier lugar, se comportasen digna y honestamente, de palabra y de obra: «Hermanos, hemos de actuar, hablar y comportarnos de tal manera que, tanto nuestros alumnos como las personas que nos rodean, se vean tentados a pensar que los Hermanos son de una naturaleza superior a la suya». XXIV, 2,**479**.

Con relación a la castidad y la modestia, hace sabias recomendaciones a sus Hermanos en las Reglas. IX, **82**, **85-6**.

Desde su ingreso en el noviciado, el Siervo de Dios se ejercita con perseverante ardor en la práctica del pleno dominio de sus sentidos: «Se entregó, pues, a ese trabajo del espíritu que, favorecido por la gracia, somete al imperio de la virtud el reino tiránico de las apetencias inferiores»; XXII,**261**.

— siendo Director, inspiró en sus discípulos un profundo horror al pecado: «Con frecuencia les describía enérgicamente los peligros que rodean a los jóvenes: las malas compañías, lecturas peligrosas, etc... ¡Qué horror les infundía hacia el vicio y hacia todo cuanto pudiera empañar la flor de su inocencia!»; XXII,**265**, 396-7,**400**.

— desea ardientemente que los religiosos resplandezcan por su modestia y mortificación, y procura alejar de ellos los peligros que pudieran atentar contra la virtud de la castidad. Ruega al párroco de Allanche que ponga fin a situaciones impropias de la vida religiosa, principalmente la presencia de mujeres en la casa; XIII, *intr.*, **152**; XIII, C3,**180**; C5,**183-4**; C8,187-8;XXII,365, 376.

— maceraba su cuerpo con disciplinas y cilicio; con el fin de conservar el dominio de sus sentidos y de su corazón, alimentó un ardiente amor a Dios, al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen. XXX,**530**, 534,**537-8**, 565-6; XXII, **437-42**, **442-6**.

13. *El voto y la virtud de pobreza en el Siervo de Dios.*

Fijos los ojos en Cristo Jesús, que se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con los verdaderos bienes, el Siervo de Dios era un enamorado de la pobreza: «Se consideró como un auténtico pobre, feliz de vivir y morir en la oscuridad y las privaciones voluntarias». XXII,**430-4**.

A los religiosos residentes en América les dice estas palabras: «No he experimentado desagrado alguno al conocer el estado de pobreza en el que se ven obligados a vivir. La pobreza de Jesucristo es un auténtico tesoro para los religiosos quienes, para agradar a Dios, han hecho el voto de po- XIII, *intr.*, **153**.

breza. Su obra prosperará mientras la pobreza reine entre ustedes».

Y, ciertamente, el Siervo de Dios se mostró lleno de celo en lo tocante a la observancia de la pobreza:

— estuvo siempre atento a no malgastar nada; por ejemplo, si necesitaba hacer una breve anotación y no conseguía un papelito, le dolía tener que recurrir a una hoja entera; XXIII,**471-2**.

— invitaba a los postulantes recién llegados a deshacerse de sus pequeñas pertenencias: «El Sagrado Corazón les pagará estos ligeros sacrificios con el ciento por uno»; XXVI, 1,**497-8**.

— nunca prefirió las cosas caras o los utensilios de plata y, durante sus visitas a las comunidades, llegaba incluso a quitárselos; XXI,**224**; XXII,**431**.

— reprendía severamente a los religiosos que, llevados por el culto al refinamiento, se complacían en los despilfarros, llamándolos «religiosos bastardos»; XXII,**432**; XXX,**539**.

— lanzaba severas invectivas contra quienes, despreciando la Regla, disponían sin permiso de las cosas o del dinero: «¿Para qué renovaron ustedes los votos en los últimos ejercicios espirituales si habían de arrepentirse poco tiempo después? Jamás hubiese creído que el amor a los bienes perecederos de este mundo habría de fascinarles hasta ese punto...»; XXII,**432**.

— en el capítulo décimo de sus Reglas, prescribe la pobreza como defensa de la Congregación y pide que se guarde y ame en toda su integridad; IX,**81-2**.

— en las instrucciones enviadas a no pocos directores, les ordena que, en el uso y administración de los bienes materiales, actúen con prudencia, inteligencia y sentido de economía, conforme a las normas de la pobreza religiosa; XIII, A, 1-3, **156-62**; XXII,**433**.

— a menudo inculca el espíritu de pobreza en las cartas personales que escribe a los religiosos y, a la hora de aceptar donaciones, él mismo actuaba con extrema prudencia; XIII, A9,**170-2**; C10, 190-1; XXIII,**433**.

El Hno. Marie-Auguste dice: «Amaba y mimaba la pobreza; exigía que se practicara». XXI,**223-4**; XXVI, 1, 501-2.

Con relación a los alimentos que tomaba en sus viajes, se atenía siempre estrictamente a lo establecido en las Reglas; y XXII,**431**.

si por casualidad aparecía en la mesa algo que consideraba superfluo, como ocurrió en Saugues, rogaba que lo retiraran.

El Siervo de Dios, sin embargo, en manera alguna descuidaba los bienes materiales de la Congregación; exigía máxima diligencia en su manejo, e instruía a los directores para que administrasen inteligentemente los recursos económicos y fueran congruentes con la pobreza religiosa. XXII, **433**; XXIX, 1, **519**.

Verdaderamente, anhelaba vivir «como los santos, liberado del dominio de las pasiones y muerto a todo lo perecedero.» XXII,**434**.

14. *Voto y Virtud de obediencia en el Siervo de Dios.*

Todos los testigos que hablan de la juventud del Siervo de Dios, se hacen lenguas de su obediencia, asegurando que «fue un chico ejemplar, respetuoso y obediente». XXII, **252-3**; XXX, **563**.

Estando ya en religión, desde los primeros años de su formación fue modelo de vida comunitaria pues siempre aventajaba a todos tanto en los ejercicios de piedad como en los demás actos de comunidad; «su exactitud en todos los puntos de la observancia regular se veía realzada por su modestia y seriedad religiosas». XXII,**260-1**.

No sin razón, tan pronto como acabó su noviciado, se le confiaron cargos de importancia capital: profesor formador de los novicios, dirección de la escuela de Vals, maestro de novicios,Asistente General... XXII,**263**.

Tan sólo por espíritu de obediencia, se vio obligado a aceptar el cargo de Superior General de la Congregación. VIII,**44-5**; XIX, 1, 215-6; XXII, **281-3**; XXV, 1,**486**; XXIX, 1, **519**; XXX, **530**.

Concedió gran importancia a la obediencia a lo largo de su mandato como Superior General:

— dice en sus Reglas: «Para avanzar en la virtud, es sumamente importante y absolutamente necesario que todos se consagren con ardor a la tarea de perfeccionar su obediencia, que reconozcan en el Superior o Director, quienquiera que fuere, al representante de Jesucristo Nuestro Señor y que profesen hacia él interiores sentimientos de respeto y amor». Describe, después, las cualidades de la obediencia, IX, **78-80**.

así como su importancia y condiciones;

— sea implícita, o explícitamente, en sus cartas exhorta frecuentemente a los Hermanos a practicar la virtud de la obediencia; XIII, *intr.*, **153-6.**

— «Es posible que le cueste dirigir esa casa, pero ya sabe que el cielo sólo se compra con sacrificios. Un religioso no ha de buscarse a sí mismo; es esta última consideración la que me hace soportar con paciencia el cargo que la Divina Providencia me ha impuesto; ella le ayudará también a usted a sobrellevar las dificultades del suyo». XIII, A1, **157**; A3, 161; A7, 168.

— «No hará usted su propia voluntad, sino la del Superior y, por consiguiente, la voluntad de Dios». XIII, A6, **165**.

— en su circular del 12 de enero de 1848 escribe: «La quinta cosa que constituye la vida religiosa es el espíritu de sumisión a los superiores... Bajo ese título de 'Superior', no deben ustedes comprender a un solo hombre, sino a todos aquellos que tienen derecho a su obediencia; XIII, B, **176**; XXII, 457, 464.

— ruega al párroco de Massiac que procure no mostrar preferencia por ningún religioso en concreto ni le haga creer que resulta indispensable. Con delicadeza, pero a la vez con firmeza y decisión, el Siervo de Dios hace uso de su calidad de Superior a la hora de elegir a los religiosos que ha de destinar a una u otra escuela; XIII, C, **177-8**.

— recomienda obediencia al propio confesor y a todas las disposiciones de la Iglesia; XXII, **448**.

— llama a la Regla 'expresión de la voluntad divina' y exige obediencia a ella. XXII, **456**.

Como varón obediente que era, el Siervo de Dios cumplió a la perfección todas las funciones que le encomendó la obediencia a pesar de su débil salud: «Debía multiplicarse para llegar a cumplir, –tan perfectamente, además– todas las funciones que le habían encomendado». XX, **219**.

Al igual que durante su vida, también a la hora de la muerte se comportó el Siervo de Dios como un modelo de obediencia, repitiendo continuamente: «La voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios». XVI, 1, **202**; XXII, 351.

III.- MUERTE Y SEPULTURA DEL SIERVO DE DIOS.

1. *Última enfermedad y muerte del Siervo de Dios.*

Como dijimos, la salud del Siervo de Dios estuvo en gran peligro en el año 1843 cuando, al regresar a Paradis tras una visita a las comunidades de Yssingeaux, se sintió tan mal que pidió le administraran los últimos sacramentos. Recuperada sorprendentemente la salud, escribía lo siguiente a sus Hermanos: «Aprovecho, mis queridos Hermanos, las primeras horas de convalecencia para agradecerles las oraciones que han hecho por mí durante la enfermedad que ha puesto en peligro mi vida. Si Dios se hubiese complacido en llamarme a su lado, le habría bendecido eternamente por ello. Pero quiere que mis débiles hombros sigan llevando la carga de la autoridad; que su santo nombre sea igualmente bendito». XXII, 288-90.

En el mes de abril de 1847 volvía a caer nuevamente enfermo. Así habla de esta enfermedad el Hno. Marie-Auguste: «Corría el mes de abril de 1847. Al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebres tifoideas. Personalmente cuidé de él y le atendí durante más de un mes, y me edificó continuamente: sumisión y obediencia absolutas –tanto al médico como al enfermero– a todo lo que se le decía. Me impresionó su recogimiento constante y su intenso fervor». XXI, **223**; XXII, 328.

Pero las enfermedades frecuentes, la ingente labor de organizar y dirigir la Congregación, las incesantes visitas a las casas, la firmeza en la observancia regular, las ininterrumpidas penitencias... quebrantaron de tal modo su salud, que él mismo intuyó la proximidad del final de su carrera en la tierra. Llegó incluso a comunicar este presentimiento a sus Hermanos. He aquí sus palabras: «A sus buenos augurios, traten de añadir alguna fervorosa oración por mí, que no tardaré en llegar al final de mi carrera para acudir al Señor, a darle cuenta de todo lo que ha tenido a bien confiarme... (enero de 1858)». No obstante, ya en octubre de 1857, había dicho: «Adiós, adiós hasta la eternidad». X, 118; XXII, 330, **349**; XXIV, 481.

Toda la vida del Siervo de Dios fue una continua y seria

preparación para la muerte pero, de manera especial, en los dos últimos años de su existencia las oraciones y los ejercicios de piedad se hicieron más frecuentes e intensos; redoblaba las prácticas de austeridad, y su corazón, desligado de las cosas terrenales, se complacía en el pensamiento de la eternidad.

XXII, 349.

El 27 de diciembre de 1858, advirtió el Siervo de Dios los primeros síntomas de la enfermedad que le arrebataría al afecto de sus Hermanos. El Hno.Adrien, quien junto al Hno. Marie-Jean comunicó la triste noticia a los Hermanos el 3 de enero del siguiente año, describía de esta manera los últimos instantes del Siervo de Dios: «El día de San Juan Evangelista, el virtuoso Superior a quien todos lloramos, recibió la comunión durante la misa; se encontraba un poco fatigado pero a nadie había dicho nada. A mediodía se acostó doliéndose de su habitual punzada en el costado; la enfermedad no parecía de cuidado, y el médico, que le visitaba a diario, decía que no había ningún peligro. La fiebre había desaparecido y nos tranquilizamos al verle tomar algunos alimentos; sin embargo, él, en lugar de sentirse confiadamente optimista, nos repetía continuamente que su final estaba próximo y que su misión en este mundo había terminado.

XIV, 197-99; XVI, 1, **202**; XVII, 208; XXII,**350-2**.

Únicamente por obediencia a su confesor, recibió el jueves la sagrada comunión; su deseo hubiera sido esperar hasta el viernes, a causa del presentimiento que tenía, mientras que el señor capellán lo único que pretendía era que recibiese el sagrado sacramento simplemente por devoción. El santo religioso tuvo el viernes algo de fiebre sin acusar ningún dolor; esta fiebre había desaparecido el sábado por la tarde, por lo que, tanto el médico como el capellán, sostenían que había experimentado una sensible mejoría, mientras que el enfermo opinaba y decía lo contrario. A las cuatro de la mañana del día siguiente, me llamaron y vi que nuestro querido enfermo, aunque no había tenido convulsiones, se acercaba a sus últimos momentos. Se llamó al capellán, el sacramento de la extremaunción fue administrado y recibido con plena lucidez y, unos instantes más tarde, sin esfuerzo aparente, nuestro virtuoso Hermano Superior entregaba su hermosa alma a Dios en medio de

las lágrimas y amargos lamentos de los principales Hermanos de la comunidad».

Algunos detalles más sobre los últimos instantes del Siervo de Dios, que no aparecen en la carta del Hno. Adrien, los hemos conocido gracias a una carta que el Hno. André escribió a otro Hermano: «Hacia las cuatro de la mañana, empezó a notarse más agitada la respiración y más abatido el enfermo; tenía un poco de espuma a ambos lados de la boca. Se llamó a los asistentes, bajé yo también, el capellán llegó al mismo tiempo que nosotros y le administró la extremaunción... El enfermo tenía plena lucidez: hacía la señal de la cruz, se secaba los labios con el pañuelo, presentaba la mano y cerraba los labios para las unciones... Cuando concluyó, el señor capellán se fue a celebrar la misa con los niños que teníamos que llevar a San Paulino. Eran las cinco y cinco. El primer Asistente General y yo acompañamos al capellán hasta la mitad del pasillo. Regresamos de inmediato con el Hno. Administrador y el Hno. Victorien... Nuestro Reverendo Hermano se había dormido para siempre... El segundo Asistente acababa de darle dos cucharadas de tisana; al ofrecerle la tercera, vio que el enfermo levantaba los ojos; después... ¡se acabó! Eran las cinco y ocho minutos. Así, sin el menor esfuerzo, sin el menor ruido, voló al cielo esta santa alma: en la más perfecta paz, de manera silenciosa y recogida, como había hecho toda su vida».

XVII, 207-8.

El Siervo de Dios falleció el 9 de enero de 1859, a la edad de 57 años, 4 meses y 20 días. Gobernó la Congregación durante 17 años y 5 meses. El mismo día de su muerte, los asistentes comunicaron la triste noticia a todos los Hermanos de la Congregación.

XV, 200-1; XVI *intr.*, 201; XVI, 1, 202; XXII, 352-5; XXIV, 2, 484.

2. *Sepultura del Siervo de Dios.*

El Siervo de Dios fue sepultado en un rincón del huerto de Paradis, donde se encontraba el cementerio. Sobre la tumba había una cruz con una placa en la que podía leerse su nombre.

XXVIII *intr.*, 515; XXX, 538.

En este lugar permaneció hasta 1927, año en que se pro-

cedió a la exhumación y reconocimiento canónico de sus restos mortales; de este reconocimiento existe un acta oficial. XXVIII, 516-7.

IV.- FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS.

1. *Fama de santidad en vida.*

De cuanto se ha dicho hasta el momento, se deduce que el Siervo de Dios, sea a lo largo de su juventud, sea durante su vida religiosa, fue considerado por todos sus contemporáneos como un varón santo en quien, de manera especial, brillaban la caridad y la modestia; era tenido, además, por hombre de extraordinaria prudencia, inflamado por un ardiente celo de la gloria de Dios y el bien de su Congregación.

Sobre la juventud del Siervo de Dios, es de suma importancia el testimonio ofrecido por Auguste Blanchard, que habla de lo que les oyó contar a sus propios padres y convecinos. Este testigo vio al Siervo de Dios hacia 1852-53; afirma que su madre tenía la costumbre de ponerlo como modelo a sus hijos, hasta el punto de que él mismo llegó a decirle: «Ya nos cansa con su Politou». A Hippolyte, le llamaban familiarmente «Politou». Y a continuación, añade: «A juzgar por lo que he oído decir, Hippolyte era el modelo de todos los chicos, tanto en casa, como en la escuela o en la iglesia, y sus padres lo adoraban». XXX, 544-8.

Jean-Joseph Camille Allemand, aportando también entre sus fuentes de información a un sobrino del Siervo de Dios, llamado Narcisse Coindre, declara: «Cuenta la tradición que, a Hippolyte, se le pueden aplicar las palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: '*No hizo nada pueril*'; y que tenía siempre su mente ocupada en pensamientos sobrenaturales». XXX, 561-2.

En la biografía se lee: «Al llegar a la edad de la adolescencia, el reino de la virtud se había afincado sólidamente en su corazón; esto se confirma con los siguientes datos proporcionados por el sacerdote más arriba citado: cuantas personas conocieron a Hippolyte Gondre coinciden en dar un excelente testimonio de él a todos los efectos. Acostumbrado XXII, 254.

desde muy pequeño a vivir en soledad y llevado de su inclinación natural a saborear sus delicias, nunca suspiró por las diversiones mundanas; sentía, más bien, repugnancia hacia ellas. Dócil a los sabios consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefería los gozos de la piedad y el cariño de la familia. La lectura, la oración y las prácticas de piedad eran para él verdaderamente atractivas. Mientras se celebraban los oficios religiosos en la iglesia, su postura respetuosa, su piedad sincera y sólida, constituían un motivo de edificación para toda la feligresía... De Hippolyte Gondre por otra parte, se puede decir toda especie de bien, sin temor a apartarse de la verdad, añadía el señor cura-párroco de La Motte».

Después de su ingreso en la vida religiosa, todos los que tuvieron la suerte de vivir en su compañía, le consideraban como un verdadero santo:

— el Hno. Adrien

— el Hno. Bernardin: «El 13 de septiembre de 1841, el Capítulo General... eligió por unanimidad al Hno. Policarpo, a quien sus excelentes cualidades ya le habían señalado de antemano, y hacia quien todos los Hermanos profesaban una especie de veneración a causa de sus virtudes»; X, 118-9. VII, 2, 42-3; XIX, 1, **215**.

—el Hno. Benjamin: «Sí, lo saben muy bien, de todas las personas que han tratado siquiera un poco, o apenas conocido, al Hno. Policarpo, no existe absolutamente ninguna que no haya admirado su vida y que no le haya contemplado a él mismo como a un santo»: XX, 218.

— el Hno. Marie-Auguste;

— el Hno. Mizaël: «y desde las primeras veces que le vi, sentí una gran veneración por sus virtudes»; XXI, 223-4. XXIII, 471.

—el Hno. Adelphe;

El Hno. Mizaël recuerda en su testimonio que, habiendo recibido en Paradis la visita de un tío suyo, sacerdote, quedó este tan impresionado por la modestia del Siervo de Dios, que exclamó: «Ahí tenéis un santo»; y volvió a casa admirado de la santidad del Siervo de Dios. XXIV, 478-84. XXIII, 470-1.

Igualmente, tras haber mantenido una conversación con

el Siervo de Dios, la madre de los Hnos. Adelphe y Clodomir exclamó: «¡Qué querían que dijera yo a ese santo varón, tan bueno, tan amable!...». XXIV, 478; XXV, 1c, 487-8.

2. *Fama de santidad tras su muerte*

La fama de santidad del Siervo de Dios, fallecido en 1859, se extendió, tanto a nivel interno de la Congregación como fuera de ella; sin embargo, por circunstancias diversas, el proceso informativo no se inició hasta 70 años después de su muerte. XXX, 563, 567.

Hablando del óbito del Superior General en la circular del 13 de enero de 1859, el Hno. Adrien dice a los Hermanos: «Sentimos un vacío difícil de llenar; sin embargo, hemos de hacer lo posible para dar cuanto antes un sucesor a aquel que nos ha legado, como la más preciosa de las herencias, el recuerdo de su admirable sencillez, de su ardiente caridad, de su profunda humildad, de su total abnegación y de su rara modestia; en una palabra, de sus virtudes practicadas en grado heroico». Y termina: «¡Oh, santo religioso!, sed ahora, ante Dios, un intercesor más eficaz, si cabe, que cuando estabais sobre la tierra». XVI, 1, 202-203.

El mismo Hno. Adrien y el Hno. Jean-Marie, en carta fechada el día 9, califican al Hno. Policarpo de «hombre virtuoso». XXII, 353.

En otra carta, del 17 de enero, realzan su santidad con palabras altamente elogiosas. Y en una más, dirigida por el Hno. Adrien a los Hermanos de América en la misma fecha, se lee: «Arrebatado al cariño unánime de todos sus hijos, este santo religioso no nos dejó sin herencia; hemos recibido de él, como legado, los numerosos ejemplos de sus virtudes, de los que toda su vida no fue sino una larga cadena». XVI, 2, 204; XXII, 354-5.

El 14 de enero, el Hno. André, refiriéndose a él, le llama «el santo que acaba de dejarnos», «alma santa»; y sigue diciendo que «bendecía a Dios por haberle concedido la gracia de asistir a la muerte de un santo». XVII, 207-9.

En acta del 24 de marzo, correspondiente a la elección

del nuevo Superior General, se lee que el Hno. Adrien, en desempeño de sus funciones de primer Asistente, «ha abierto la sesión con un discurso que ha tratado, sobre todo, del Hno. Policarpo, recordando sus preciosas cualidades, celebrando sus virtudes y evocando su santa muerte. Los miembros de la asamblea se han unido a sus sentimientos..., pues todos ellos amaban y veneraban al digno Superior que la muerte les acaba de arrebatar». XXII, 356.

Los Hnos. Benjamin y Marie-Auguste expresan su convicción y la de todos los Hermanos cuando, en varias ocasiones entre los años 1882 y 1884, hablan con toda claridad de la santidad del Siervo de Dios. El primero aporta, además, testimonios de seglares. XX, 218-22; XXI, 223-4; XXII, 321.

Otro testimonio lo escribió el Hno. David en 1885. XXII, 321-2.

Sobre este tema, se pueden encontrar abundantes testimonios en la biografía escrita por los Hnos. Eugène y Daniel bajo el mandato del Superior General, Hno. Adrien, que fue publicada en francés el año 1893. Se escribió principalmente para que los superiores conservaran fielmente la memoria y el espíritu del Hno. Policarpo y para que los Hermanos pudieran admirar e imitar sus ejemplos. Esta obra, sin duda, contribuyó a que se recordaran los ejemplos de virtud del Siervo de Dios y, por tanto, a que se conservara y extendiese su fama de santidad. Los autores de esta biografía terminan con esta exclamación: «¡Oh, religioso santo...!». XXII, 224-469.

El Hno. Mizaël escribía en 1902: «Puedo asegurar que siempre lo miré como a un santo, y comparándolo con los demás santos, me parecía que tenía todas sus cualidades». XXII, 471.

Testimonio del Hno. Adelphe en el año 1902: «El recuerdo de este santo varón tan bueno, tan caritativo, tan modesto, tan humilde, etc., ha quedado profundamente grabado en mi alma y en mi corazón». XXIV, 474.

La biografía del Hno. Adrien, publicada en el Anuario del curso académico 1907-08, se refiere con frecuencia al Siervo de Dios, calificándole de «bueno», «santo», etc. X, *intr.*, 114-115; XXV, 1b, 486 *intr.*, **486-7**.

Los autores del Anuario de 1913-14, dan incluso mayor importancia al Siervo de Dios que al mismo fundador, P. An- XXV, 1h, 491.

drés Coindre: «... El Rvdo. Hno. Policarpo nos ofrece el prototipo perfecto del Hno. del Sagrado Corazón. Modestia en sus palabras y acciones, desconfianza de sí mismo, sentimiento de dependencia, deseo de vida escondida, inmolación de sus sentidos, maceración de su carne, bondad suave, caridad inefable, tierno amor al Corazón adorable de Jesús: esa fue entre nosotros la imagen de nuestro primer Superior».

En una publicación de 1921, se comprueba que la fama de santidad del Siervo de Dios seguía permaneciendo viva. El autor, en efecto, lo presenta como el modelo al que los Hermanos deben imitar. XXV, 2*intr.*, 492.

El Hno. Hilarion, que tuvo gran amistad con el Hno. Policarpo hacia los años 1849-59, proporcionó al Hno. Basilien algunos datos: «Mientras estuvo en Paradis, el Hno. Policarpo fue el alma de la casa. Le imprimió un carácter de observancia regular y a todos dio ejemplo de santidad religiosa». XXVI, *intr.*, 496, 501.

A medida que se iba extendiendo el Instituto, se propagaba también la fama de santidad del Siervo de Dios. Los superiores generales se refieren con frecuencia a él y lo presentan como un modelo de vida religiosa. El 11 de junio de 1920, el Hno. Albéric escribía: «Todos los Hermanos comprendieron, felices, que tenían al frente a un hombre con dotes de gobierno, y santo». XXIX, *intr.*, 518; XXIX, 1, 519.

El 27 de enero de 1927, el Hno. Urcize escribe: «El alma admirable del santo Hno. Policarpo, gustaba elevarse a esas regiones tranquilas y serenas de la vida divina, donde todo concordaba con las aspiraciones de su corazón, con las tendencias naturales de su espíritu». XXIX, 2, 520.

A lo largo del proceso informativo habido en el Puy durante los años 1929-30, se interrogó a 17 testigos: tres, que vieron al Siervo de Dios y oyeron a otros que lo conocieron; nueve, que oyeron hablar de él a personas que lo conocieron; cinco aportaban sólo lo que habían oído contar a personas que no lo conocieron. Todos declararon que la fama de santidad del Siervo de Dios permanecía viva, tanto en el Instituto como en La Motte-en-Champsaur. XXX, *intr.*, 522-3, 523-83.

3. *Los favores y los presuntos milagros atribuidos a la*

intervención del Siervo de Dios.

Si examinamos las distintas narraciones de favores atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios, percibimos que provienen, no tanto de una región o de una nación, sino de diversos lugares, incluso muy lejanos entre sí, en donde los Hermanos del Sagrado Corazón tienen casas. Este hecho nos demuestra que su fama de santidad está muy extendida. XXVII, *intr.*, 512-3.

De modo especial, estos son los favores que se atribuyen al Siervo de Dios:

— curación del Hno. Lucius, Hermano del Sagrado Corazón, en 1900; XXVII, 1, 513-4.

— protección de un religioso y de sus alumnos con ocasión de un viaje (1912-1913); XXVII, 2, 514-5.

— curación del joven Lambert (Kreuwels Lardinois) en la ciudad de Gabyse, Holanda (1927-1928); XXX, 540, 542-3, 556-8.

—curación de Sor Willibrord, de las Hermanas de San José de Münster-Bilsen, (diciembre de 1927); XXX, 540-1; 554-6.

— curación de Sor Marie Thérèse, de la comunidad de Hermanas Unidas de Marvejols (Lozère), en el mes de octubre de 1927; XXX, 541-2.

— curación del Hno. Marie Antonin Vidal (Hno. Privat), en San Sebastián, España, en 1928; XXX, 550-3.

— curación de Auguste Trincal (Hno. Louis-Julien) en Riotord, 1927; XXX, 558-60.

—curación del Hno. Constant, 1927-1928; XXX, 566.

— curación de Marie Harris, en los Estados Unidos, 1928-1929; XXX, 568, 573-8.

— curación del Hno. Francisco, en San Sebastián, España, 1928; XXX, 568, 579-80.

— curación del joven Elzéar, sobrino del Hno. Ephrem, en Canadá, 1926; XXX, 568, 580-1.

— curación del niño Laurent, en Canadá, 1927; XXX, 569, 581-2.

— curación del Hno. Alcide, en Canadá, 1925-1927. XXX, 569, 582-3.

DOCUMENTOS

DOC. I

PARTIDA DE NACIMIENTO DEL SIERVO DE DIOS en la aldea «Les Héritières», parroquia de «La Motte-en-Champsaur», diócesis de Vals (Gap), el día 21 de agosto de 1801 .– *Es copia del original conservado en las actas del registro civil de La Motte-en-Champsaur (Hautes-Alpes), correspondientes a los años 1793 - 1823. (Copia pública del Proceso ordinario, folios. 251-252).*

1. *Nacimiento y bautismo del Siervo de Dios*.- La Motte-en-Champsaur, pequeño municipio de unos trescientos habitantes, forma parte del Departamento de Hautes-Alpes, uno de los tres que integran la histórica región del Dauphiné. Situado en Champsaur, a orillas del Séveraisette, afluente del Drac, dista apenas siete kilómetros de Saint-Bonnet, antigua capital de la zona.

El Siervo de Dios no nació en La Motte exactamente sino en una pequeña aldea de apenas diez casas llamada «Les Héritières» al pie del monte Fouchard. Las casas, pobres, modestísimas, constituyen una prueba elocuente de la precaria situación económica de sus habitantes. En la *Vida* escrita por el Hno. Basilien en 1930, pueden apreciarse algunas fotografías de la región, del pueblo y de la casa del Siervo de Dios (*El Venerable Hermano Policarpo...*, Rentería 1930, pp. 11, 15, 19, 23, 27; cfr. Doc. XXVI, 2).

Tercero de los cuatro hijos de Jean Gondre y Victoire Gonsalin, el Siervo de Dios nace el 3 de Fructidor del año IX de la República Francesa, es decir, el 21 de agosto de 1801. Y como consta en el «Registro de la Sociedad de la Instrucción Cristiana de los Hermanos del Sagrado Corazón», conservado en los archivos de la casa general de los Hermanos del Sagrado Corazón en Roma, el recién nacido fue bautizado ese mismo día (cfr. Doc, III, 1).

De los dos nombres impuestos al recién nacido, Jean Hippolyte, en el uso familiar prevalecerá el segundo.

2. *Sus padres*.- Jean Joseph Gondre, nacido el 28 de agosto de 1768 de Joseph y Marie Blanchard, fue bautizado el mismo día por el párroco de La Motte (*Registro civil, años 1764 a 1792, ambos inclusive,* folios sin numerar, Archivo municipal de La Motte). Su esposa, Victoire Gonsalin, nace de Jean y Marie Faure el 27 de junio de 1772 en el pueblo vecino de Molines (*Acta matrimonial, en el Registro Civil, años III a XI, ambos inclusive, del calendario de la República Francesa, folios sin numerar, ibid.).*

Sencilla y modesta, como una de tantas, la familia Gondre no se distingue por nada especial. Siempre que se la menciona en los registros, al menos desde el año 1600, figura domiciliada en el municipio de La Motte *(Proc. Ordin.,* f.225^{r}). Habituada al contacto con la tierra, las labores del campo constituían la fuente principal de su economía. Sus costumbres e ideas eran sanas y su fe robusta, como sucedía en general con la clase campesina que tantos y tan admirables ejemplos de fidelidad a la Iglesia dio durante la revolución. La familia Gondre gozaba de cierto bienestar; sin embargo, esto no excluía una frugalidad y modestia notorias. La agricultura no era su única ocupación; a los personajes que nos ocupan se les atribuyen oficialmente otras: El abuelo del Siervo de Dios, Joseph, era «maestro carpintero» (acta matrimonial citada); y el padre, Jean Joseph, «maestro de obras» *(ibid.)* y «leñador», tareas que simultaneaban con las del cultivo (acta de defunción, en el *Registro Civil, años 1824 a 1853, ambos inclusive,* folios sin numerar, *ibid.*).

Aunque el acta se conserva en el Registro del municipio de La Motte, el matrimonio entre Jean Joseph Gondre y Victoire Gonsalin se celebró en el despacho del ayuntamiento de Molines, el 27 del mes Nevoso del año segundo de la República, que corresponde al 16 de enero de 1794 en nuestro calendario gregoriano (Acta matrimonial citada).

La religiosidad de Jean Gondre y de su esposa es unánimemente reconocida. El testigo Jean Joseph Allemand asegura haber tenido entre sus manos numerosos libros que pertenecieron a la familia Gondre; la mayor parte eran volúmenes de piedad y de ascética, en los que a menudo se observan los nombres de los dos cónyuges y de sus hijos, aunque no aparece el del Siervo de Dios (*Proc. Ord., f. 224^{r};* Doc. XXX, testigo 14). Basta contemplar la modestísima casa por ellos habitada en «Les Héritières» para convencerse de su precariedad económica (*Proc. Ord.,* f. 154^{v}, ecc.).

3. Jean Joseph Gondre y sus enlaces matrimoniales.- Tras reiteradas investigaciones en La Motte, hemos podido concluir que el padre del Siervo de Dios se casó tres veces. Después de fallecer Victoire Gonsalin el 4 de mayo de 1805 (*Registro Civil, años 1793 a 1823, ambos inclusive,* ff. sin num., Archivo del municipio de La Motte), Jean Joseph Gondre se desposó en segundas nupcias con Marie-Rose Pellerin, del cercano pueblo de St-Bonnet, hacia finales de noviembre del mismo año, ya que las amonestaciones tuvieron lugar el 27 de octubre y el 3 de noviembre (Archivo municipal de St-Bonnet). De este modo, estamos en condiciones de determinar la filiación completa de los cinco hijos atribuidos a Jean Joseph Gondre: Victoire Gonsalin fue la madre de los cuatro primeros, en tanto que el último, Joseph, nació de Marie-Rose Pellerin. Veamos por orden cronológico los datos principales relacionados con este asunto, tomados del *Registro Civil*

del municipio de La Motte:

a) Del matrimonio con Victoire Gonsalin:

Marie: Nace el 9 de enero de 1795 y fallece muy joven el 7 de marzo de 1813.

Virginie: Nace el 6 de septiembre de 1798 y fallece niña el 26 de abril de 1805;

Jean Hippolyte, el Siervo de Dios: Nace el 21 de agosto de 1801 y fallece el 9 de enero de 1859;

Napoléon: Nace el 29 de julio de 1804 y muere prematuramente el 23 de noviembre del mismo año;

b) Del matrimonio con Marie-Rose Pellerin:

Joseph: Nace el 16 de septiembre de 1806; se casó el 13 de junio de 1827 con Victoire Vieux de 25 años, hija mayor –y natural– de Victoire Vieux; Joseph fallecía el 10 de diciembre de 1867 (cfr. *Registro parroquial de La Motte).*

Con fecha 20 de diciembre de 1808, dos años y tres meses después de nacer Joseph, murió también Marie-Rose Pellerin. Viudo nuevamente a la madura edad de cuarenta años, Jean Joseph Gondre se casa por tercera vez, el 21 de noviembre de 1809, en esta ocasión con Victoire Vieux nacida en La Motte el 14 de octubre de 1773 (*Registro católico del Archivo parroquial; Registro Civil del municipio de La Motte, folios. sin núm.).*

De los cinco hijos, sólo sobrevivieron el tercero y el quinto. El único que dio descendencia a la familia fue Joseph. Las informaciones que poseemos a este respecto se las debemos a la señora Davin Jurdan (de soltera Virginie Gondre) fallecida en los Estados Unidos de América en 1949, y a la Hermana Louise-Agnèse residente en Var, Francia (cfr. *Cartas* del Archivo General de los Hermanos del Sagrado Corazón en Roma). Así pudimos conocer que de los cuatro hijos de Joseph (Jean, Narcisse, Apollonie y Victoire) solamente Narcisse, padre de la mencionada Virginie, pudo transmitir el apellido Gondre. Victoire, madre de la Hermana Louise-Agnèse, se casó con un Escalle. Compañera de esta Hermana entre las religiosas de San José de Gap, fue su prima Alphonsine, hija de Narcisse Gondre, llamada en religión Hna. Angèle de la Croix (cfr. Doc. XXVI, 2).

Departamento de Hautes-Alpes Municipio de La Motte

Extracto del Registro Civil

Cuarto día del mes de Fructidor, año noveno de la República francesa.

Acta de nacimiento de Jean Hippolyte Gondre, nacido el día tres de dicho mes a la una de la tarde, hijo de Jean, albañil domiciliado en La Motte, y de Victoire Gonsalin. Se constata que la criatura es un varón. Primer testigo, François Pascal, hijo; segundo testigo, Joseph Marron. Ambos son labradores con domicilio en Les

Héritières, aldea de este municipio.

A solicitud formulada a nos por Jean Gondre, padre del niño. Firmaron Pascal, Marron, y Jean Gondre. Verificado conforme a ley por nos, Pierre Escalle, alcalde de La Motte, ejerciendo las funciones de oficial público del estado civil.

Firma: Pierre Escalle

Conforme con lo certificado en el extracto:

En La Motte, a 7 de enero de mil novecientos veintinueve.

El alcalde

L. S. (legalizado y firmado) Mauberret.

DOC. II

DOCUMENTOS que facultan al Siervo de Dios para ejercer la profesión de maestro; año 1822, 9 de octubre y 6 de noviembre. – *Copia de los originales conservados en el archivo general de los Hermanos del Sagrado Corazón en Roma, «Diplomas del Hno. Policarpo».*

En 1822 y 1837, respectivamente, consiguió el Siervo de Dios sendos títulos de enseñanza estrechamente ligados entre sí. El primero, del que trataremos ahora, es el diploma de profesor de tercer grado obtenido el 9 de octubre; el segundo es el *nihil obstat* para abrir una escuela, otorgado por la Academia de Grenoble el 6 de noviembre. A este último nos referiremos en el Documento V.

1

«Diploma de capacitación para Enseñanza Primaria - Tercer grado» obtenido por el Siervo de Dios el 9 de octubre de 1822.

La primera legislación orgánica sobre enseñanza primaria, en Francia, se debió a la Restauración, en cuyo período consiguió el Siervo de Dios su primer diploma de maestro. Para comprender bien su significado, y el alcance real que esto representa con relación a la sociedad y al nivel cultural de aquella época, es necesario remontarse a la ordenanza real sobre la enseñanza primaria del 29 de febrero de 1816 (cfr. O. GREARD, *La Legislación de la enseñanza primaria en Francia desde 1789 hasta nuestros días...*, 2ª ed., vol. I, París 1889, pp. 240-248).

Ante todo conviene tener presente la nueva división geográfico-administrativa establecida por la Asamblea Nacional por decretos del 22 de diciembre de 1789 y del 22 de enero siguiente. Basándose en las antiguas provincias históricas, Fran-

cia fue dividida en setenta y siete departamentos (hoy son noventa), cada uno de los cuales se subdividía en «arrondissements», es decir, circunscripciones (el nombre anterior era distritos), y en cantones. En base a esta división se estructuró la enseñanza primaria. Tres departamentos, colindantes entre sí, son los que nos interesan: Hautes-Alpes, con capital en Gap; Rhône, con capital en Lyon; e Isère, con capital en Grenoble (cfr. *Diccionario de Pedagogía*, par.1, vol. 1º, pp. 121, 664; vol. 2º pp. 1381, 2610). Por decreto del 17 de febrero de 1815 todos los departamentos se repartieron en diecisiete Universidades, las cuales, bajo el apelativo de Academias, detentaban la alta dirección de las escuelas primarias en los departamentos a ellas asignados. Cada Universidad llevaba el nombre de la capital que le correspondía (GREARD, *op. cit*. art. 1º, p. 229). A la universidad de Grenoble quedaron adscritos los departamentos de Isère, Mont-Blanc, Hautes-Alpes, Drôme y Rhône (*ibid.* p. 236).

El decreto real de 29 de febrero de 1816 para la educación primaria establecía tres tipos de diplomas llamados «brevets de capacité», cada uno de los cuales habilitaba para enseñar en determinados niveles elementales, desde las clases inferiores hasta las superiores. Se delimitaban así tres sectores perfectamente definidos. En el artículo 11 se leía:

«Los diplomas de capacitación serán de tres grados:

El tercer grado, o grado inferior, se otorgará a los que saben leer, escribir y calcular suficientemente para poder impartir clase;

El segundo grado, a los que dominan la ortografía, la caligrafía y el cálculo y se muestran capaces de ejercer una enseñanza simultaneada, análoga a la que practican los Hermanos de las Escuelas Cristianas;

El primer grado, o superior, a los que dominan con principios y reglas la gramática francesa y la aritmética, y son capaces de enseñar algunas nociones de geografía, agrimensura y otros conocimientos útiles en la escuela primaria (*ibid.* p. 242)».

Condición imprescindible para ser admitido a examen era presentar al Rector de la correspondiente Academia un certificado de buena conducta expedido por el párroco y por el alcalde del municipio o municipios donde el candidato había vivido durante los últimos tres años. Después de cumplir con este requisito, le examinaba un inspector de la Academia u otro funcionario de la instrucción pública delegado por el Rector *(ibid*. art. 10, pp. 241-242); superada la prueba, se le expedía el «diploma de capacitación».

Por delegación del rector de la Academia de Grenoble, el encargado de examinar a los candidatos procedentes del departamento de Hautes-Alpes era el Decano del Colegio Real, es decir, del Liceo de Gap. Tras presentar los documentos pertinentes, ante él debió comparecer el joven Hippolyte Gondre para obtener el «tercer grado» que le habilitaría para enseñar en las primeras clases de nivel

elemental. Una vez superada la prueba, con fecha 9 de octubre de 1822, el inspector de la Academia de Grenoble, Sr. Trémisot, firmó en nombre del Rector el correspondiente diploma. En un registro de la Academia conservado en el Archivo departamental de Grenoble se puede observar una calificación al mérito.

En el fondo, no se requería una gran cultura; bastaba poseer los principios básicos, como se deduce del programa de asignaturas que debían estudiar según normas gubernamentales emitidas el 14 de junio de 1816 (*Instrucción sobre los exámenes para la entrega de diplomas de capacitación en la enseñanza*

Asignaturas del examen de tercer grado

Religión	Historia Sagrada	Antiguo Testamento Nuevo Testamento
	Catecismo diocesano	
Lectura	Impresos	Franceses Latinos
	Manuscritos franceses	
Procedimientos para enseñar a leer		
Escritura	Cursiva	Letras mayúsculas Letras minúsculas
	Redondilla	Letras mayúsculas Letras minúsculas
Cálculo	Práctica con medidas antiguas y modernas	Suma Resta Multiplicación División Cálculo decimal
Método de enseñanza		Simultáneo Mutuo
Conocimientos no exigidos		Canto llano (gregoriano) Artes y oficios Dibujo lineal

primaria, ibid., pp. 252-254):

Es de notar el valor preponderante que la religión asumía en los exámenes, pues el diploma mismo resalta la atención especial que el examinador debía prestarle: «Tras habernos asimismo cerciorado de que posee un conocimiento suficiente de los principios y dogmas de la Religión...». Esto era fruto del nuevo clima creado por la Restauración después de la tempestad descristianizadora de la Revolución y de la atmósfera laica del gobierno napoleónico. La amplia reestructuración de la enseñanza primaria no constituía un fin en sí; como objetivo principal, el legislador pretendía afianzar la instrucción religiosa. El presidente de la comisión de instrucción pública, al explicar a los rectores el decreto del 29 de febrero de 1816, escribe así con fecha 15 de marzo: «El objetivo de la enseñanza primaria es, sobre todo, multiplicar y reforzar, hasta cierto punto, la instrucción religiosa» (*Diccionario de Pedagogía,* par. 1, vol, 1º, p. 870). La mencionada ley de 29 de febrero, al crear en cada cantón «un Comité de Beneficencia y de Caridad para supervisar y fomentar la instrucción primaria» (art. 1º GREARD, *op. cit.,* p. 240), designa como presidente de derecho al párroco del cantón (art. 4º *ibid.,* p. 241); como supervisor de la escuela, se nombra también al cura párroco del lugar (art. 8º, *ibid.)* «La comisión de instrucción pública –dice el artículo 30º– velará con sumo cuidado para que, en todas las escuelas, la enseñanza primaria esté cimentada en la religión, el respeto a las leyes y el debido amor al soberano...» (*ibid.,* p. 224). El mismo decreto (art. 36º-39º, *ibid.*, pp. 244-248), dejaba ya vislumbrar la confianza que el gobierno había depositado en las congregaciones dedicadas a la enseñanza, que estaban surgiendo y organizándose por doquier.

El Imperio no había autorizado más que una congregación, la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (17 de marzo de 1808); la Restauración, entre 1820 y 1830 reconoció más de once, mientras que la Monarquía de julio, ni siquiera una (*ibid.,* pp. 245, 543; *Diccionario de Pedagogía,* par.1, vol. 1, p. 478)[1]

---

[1] *Como veremos en la introducción al* Doc. *XI, 3, la Congregación a la que pertenece el Siervo de Dios no siempre ha tenido la denominación de* Hermanos del Sagrado Corazón *sino diversos nombres; el fundador la llamó* Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. *Para evitarnos confusiones, tanto en las introducciones como en las notas, usaremos la de Hermanos del Sagrado Corazón, excepto cuando fuera necesaria la denominación original.*

TÍTULO DE CAPACITACIÓN
para
la enseñanza primaria
Tercer grado
Nº 1723

ACADEMIA DE GRENOBLE

Nos, RECTOR de la Universidad de Grenoble,

Según el informe a nos presentado por el Sr. Director del Colegio de Gap, encargado de examinar a los candidatos destinados a la enseñanza primaria; teniendo en cuenta que el Sr. Gondre (Jean Hippolyte), nacido en La Motte, departamento de Hautes-Alpes, el 24[1] de agosto de 1801, fue examinado de lectura, escritura y cálculo, así como sobre sus procedimientos de enseñanza, dando prueba de la capacidad requerida para ejercer las funciones de maestro de primaria en su tercer grado.

Tras habernos asimismo cerciorado de que posee un conocimiento suficiente de los principios y dogmas de la Religión.

Vistos los certificados de buena conducta y costumbres del arriba citado, Sr. Gondre, le otorgamos el presente título, que le resulta indispensable para ser autorizado a desempeñar dichas funciones según el artículo II del real decreto del 29 de febrero de 1816.

Dado en Grenoble, a 9 de octubre de 1822.

Por el Rector
El Inspector de la Academia Firma
Trémisot

del maestro:
J. H. Gondre.

l.s.

2

Autorización para abrir una escuela en el municipio de La Motte, expedida al Siervo de Dios por la autoridad municipal el 6 de noviembre de 1822.

Obtenido el diploma, el joven profesor desea poner manos a la obra inmediatamente. No obstante, para poder ejercer, se necesitaba, además del diploma, una

[1] Léase 21 y no 24.

autorización especial, tanto si se trataba de una escuela administrada por el municipio, como si era otra cualquiera que se deseaba abrir a título privado. El artículo 13 del decreto de 29 de febrero de 1816 establecía: «Para tener derecho a ejercer se necesita, además del título de capacitación, una autorización especial del rector para un lugar determinado. Esta autorización deberá ser refrendada por el prefecto» (GREARD, op. cit. p. 242). Si la escuela ya existía y dependía del municipio, el maestro, aun disponiendo del diploma y siendo de conducta irreprochable, debía ser presentado al comité cantonal por el párroco y el alcalde (art. 20, p. 243). En el supuesto de que estos no llegaran a un acuerdo sobre el candidato, la decisión quedaba reservada al comité (art. 21). El mismo procedimiento había que seguir cuando la escuela iba a depender de personas o asociaciones privadas (art. 18). En cualquier caso, sin embargo, la última palabra correspondía al rector de la Universidad (art. 23). También podía salir la plaza a concurso y entonces se le adjudicaba al ganador de las oposiciones.

El artículo 24 decretaba también: «Cuando una persona provista del diploma de capacitación desee establecerse a título privado en un municipio con intención de dirigir una escuela, acudirá al comité cantonal y presentará, además de su título de capacitación, los certificados que acrediten su buena conducta desde el año de su obtención. El comité considerará si el municipio dispone, o no, de bastantes maestros y dará su parecer al rector, como en el artículo precedente».

No podemos precisar si la escuela abierta por Hippolyte Gondre fue creada por la autoridad municipal, por alguna persona o entidad privada, o bien, libremente por el propio interesado. Siendo natural del municipio de La Motte y perteneciendo al cantón de St.-Bonnet, debió dirigir la solicitud al comité de caridad de esta ciudad.

El documento lleva el sello del rector de la Universidad de Grenoble y de la prefectura departamental de Hautes-Alpes.

ACADEMIA DE GRENOBLE
INSTRUCCIÓN PRIMARIA
Nº 660
Autorización especial

Nos, RECTOR de la Academia de Grenoble,

En cumplimiento del real decreto del 29 de febrero de 1816,

Visto el diploma de capacitación de tercer grado concedido al Sr. Gondre (Jean Hippolyte), nacido en La Motte, departamento de Hautes-Alpes, el 24 de agosto de 1802[1]; y el parecer del Comité Gratuito y de Caridad del cantón de St.-

[1] La fecha está equivocada: debería poner 21 de agosto de 1801.

Bonnet, departamento de Hautes-Alpes;

Disponemos lo que sigue:

El citado Sr. Gondre queda autorizado a ejercer la profesión de maestro de primaria –tercer grado– en el municipio de La Motte, departamento de Hautes-Alpes; se atendrá en su enseñanza a las disposiciones prescritas en el art. II del decreto arriba mencionado y se someterá en todos sus puntos a los reglamentos actuales y a los que sean establecidos en el futuro.

La presente autorización será sometida a la aprobación del Sr. Prefecto del departamento de Hautes-Alpes.

Dado en Grenoble, a 6 de noviembre de 1822.

Moarre

Visto y autorizado por Nos, Prefecto de Hautes-Alpes. (Nº 55)

Gap, a 20 de enero de 1823.

Clégeard (?)

Firma del maestro:

J. H. Gondre

DOC. III

TESTIMONIOS del ingreso, toma de hábito y profesión perpetua del Siervo de Dios en la Congregación de Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, años 1827 y 1829. –*Extracto de los documentos abajo reseñados.*

Se conservan documentos que acreditan el ingreso, toma de hábito y profesión perpetua del Siervo de Dios en la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón, fundada en Lyon por el sacerdote diocesano André Coindre. Sobre esta familia religiosa, incluimos previamente una breve reseña entresacada de las siguientes obras manuscritas o impresas:

- *Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón - Las Ordenes religiosas,* París, 1923;
- *Vida del P. André Coindre, fundador del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón y de las Religiosas de Jesús María,* por un Hermano del Sagrado Corazón, Québec, 1947;
- *Los Hermanos del Sagrado Corazón - Visión histórica del Instituto,* 1821-1956, Roma 1956;

- *Memorias del Hno. Xavier sobre los inicios de la Congregación,* ms. ined., Archivo General de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma;
- *Hermano BERNARDIN, Origen y fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón,* ms. ined., *ibid.*

1. *El P. André Coindre antes de la fundación.* André Coindre nació en Lyon, de Vincent Coindre y Marie Mifflet, el 26 de febrero de 1787 y fue bautizado dos días después. A pesar de la tormenta revolucionaria, sus padres supieron dar al muchacho y a los otros dos hijos que le siguieron, Marthe-Marie y François-Vincent, una educación profundamente cristiana. André era de un natural vivo y fogoso pero de corazón recto, bueno e inclinado al bien. A la edad de ocho años frecuentó una escuela cuyo maestro era, probablemente, sacerdote clandestino.

En el roce con los sacerdotes que frecuentaban una casa contigua a la suya y a la escuela del párroco de Saint-Nizier –sacerdote Besson, más tarde Obispo de Metz– fue madurando en el joven la vocación al sacerdocio. En 1804 ingresa en el Seminario Menor de Largentière, próximo a Lyon, destacando enseguida por su piedad, conducta y aplicación. El 1º de noviembre de 1809, completados sus estudios clásicos, André pasó al Seminario Mayor de San Ireneo, en Lyon. Allí recibió el 21 de julio de 1810 las cuatro órdenes menores; el 28 y 29 de mayo de 1811 el subdiaconado y el diaconado, y el 14 de junio de 1812 fue ordenado sacerdote por el Cardenal Fesch (1763-1839), arzobispo de Lyon.

Su primer campo de apostolado fue Bourg-en-Bresse, capital del departamento de Ain, perteneciente entonces a la diócesis de Lyon y posteriormente, a partir de 1822, a la de Belley. En calidad de primer vicario de la parroquia de la ciudad, el joven sacerdote se impone pronto por su piedad y celo apostólico. Inclinado a la elocuencia sagrada, en estos años se forma el orador y el misionero solícito y solicitado. Predicó el Adviento de 1815 en la catedral de Lyon y desde ese momento ya no abandonó esta ciudad, uniéndose a los antiguos miembros de la disuelta Sociedad de Misioneros de Francia, organizada por Jean Baptiste Rauzan (1757-1847), futuro fundador de la Congregación de los Sacerdotes de la Misericordia (cfr. *Enciclopedia Católica, X*, Ciudad del Vaticano 1953, coll. 555-556). Con ellos, en 1816, restablece la asociación bajo la advocación de San Ireneo en los locales de la Cartuja de San Bruno. André Coindre fue miembro de la Sociedad hasta 1822. Acudía con sus compañeros a las parroquias de la diócesis, predicando misiones, confesando y desarrollando múltiples funciones apostólicas. Su elocuencia le encumbra a los primeros puestos de la oratoria sacra. He aquí lo que escribe de él (3 de abril de 1880) un antiguo compañero de misiones, Ferdinand Donnet, más tarde Cardenal y Arzobispo de Bordeaux (1795-1882):

«El P. Coindre apareció, en ese marco impresionante, decidido a obrar un bien inmenso en la misión que le había sido encomendada, y que tan bien respondía a sus gustos. Desde Bridaine jamás había resonado palabra tan poderosa bajo las bóvedas sagradas. Solidez de pensamiento, brillantez en la forma, perfección en

la oratoria, emoción comunicativa; todo lo que impresiona y seduce a un auditorio se encontraba en sus discursos, que hubieran soportado el parangón con los de nuestros grandes predicadores actuales... Ahora bien, afirmo rotundamente, siempre y dondequiera, que el P. Coindre apareció ante nosotros como un sacerdote de la más elevada virtud y uno de los misioneros más completos de su época...» *(Vida del P. André Coindre...*, Lyon-Le Puy 1888, pp. XIII-XIV).

2. *Fundación de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón*. Mientras desarrollaba este apostolado, André dirigía una especie de orfanato llamado «Providencia» que él mismo había organizado. En 1817, compadecido de los niños que vagaban por las calles sin protección alguna, reunió quince en una sala de la antigua Cartuja de San Bruno. Resultando insuficiente esta sala al crecer el número de niños, en 1818 trasladó la «Providencia» a otro establecimiento, y en 1820 a un amplio local con jardín, próximo a la Cartuja, que había adquirido en colaboración con su padre. Aquí la institución toma el nombre de «El Piadoso Socorro». Gracias a la caridad de los bienhechores, al trabajo manual y a los desvelos del fundador, la obra creció vigorosa.

Para la *«Providencia»* femenina contó con la ayuda de Claudine Thévenet, más tarde Hna. Marie de St. Ignace, fundadora de la Congregación de las Hermanas de Jesús María (1774-1837; cfr. *Enciclopedia Católica*, XII, 1954, col. 54).

«El Piadoso Socorro» estaba dirigido por maestros seglares que no ofrecían las garantías morales, religiosas y pedagógicas necesarias. Entonces el P. Coindre, pensando fundar una congregación religiosa que obviara esos inconvenientes y perpetuase la obra, preguntó a dos maestros, Antoine Jenton y Guillaume Arnaud, si estaban dispuestos a secundarle. El primero rehusó, pero el segundo, al cabo de unos días de reflexión, respondió afirmativamente. A él se agregaron dos jóvenes más, primeramente, y otros siete de Valbenoîte, después. Reunidos los diez en el *«Piadoso Socorro»* de Lyon, el fundador les predicó los ejercicios espirituales del 24 al 30 de septiembre de 1821. El último día los condujo al Santuario de Nuestra Señora de Fourvière, donde celebró la Santa Misa y los consagró a la Virgen. Esta es la fecha del nacimiento de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. El P. Coindre dio a cada uno un nombre especial: el primero, Arnaud, se llamará Hno Xavier. En la distribución de cargos, el Hno. Borgia se convierte en Director del «Piadoso Socorro», el Hno. Xavier y los Hnos. Augustin, François y Paul son encargados, a su vez, de las demás funciones directivas de la casa, mientras que el Hno. Ignace es enviado a Valbenoîte.

El objetivo de la nueva Congregación era la instrucción de los niños, especialmente en los medios rurales y pequeños centros de población. Era una de las muchas congregaciones, dedicadas a la enseñanza, que caracterizaron la historia de Francia en el período de la Restauración y que tanto bien hicieron en el país. En todas las regiones nacieron algunas por iniciativa de celosos sacerdotes que imita-

ban el modelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle, quien hacia los años 1679-1682 siguió, a su vez, el ejemplo del P. Nicolás Barré, de los Mínimos († 1686). Recordemos entre otras, la Sociedad de María, de Guillaume Joseph Chaminade (1817); los Hermanitos de María, del Beato Marcelino Champagnat (1817); la Congregación de la Santa Cruz, de Jean François Dujarié y Basile Moreau (1820); los Hermanos de la Instrucción Cristiana de San Gabriel, de Gabriel Deshayes (1816); los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, de Gabriel Taborin (1835); los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, del Venerable Jean Marie Robert de Lamennais (1817); la Sociedad de María, del Venerable Jean Claude Colin (1825); y otras que quedaron limitadas al ámbito de una diócesis o de una región, o bien se fusionaron con las más desarrolladas.

3. *Acontecimientos posteriores.* El P. Coindre continuaba formando parte de la Sociedad de Misioneros de Lyon y, como miembro activo, seguía predicando misiones. En 1822 Mons. Louis Joseph de Salamon, Obispo de St.-Flour y Administrador del Puy, le rogó que fundase también en su diócesis una sociedad de misioneros. Aceptada la propuesta, abandonó Lyon en agosto y realizó el proyecto en Monistrol-L'Evêque, hoy Monistrol-sur-Loire, asumiendo además la dirección de un colegio que ya existía. Como continuaba predicando misiones podía reclutar fácilmente candidatos para su Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón; y para que la obra pudiese continuar funcionando y desarrollándose, abrió un noviciado en Monistrol a comienzos del año 1823 en un pabellón del colegio primeramente, y en un local adquirido para ese propósito después, nombrando Director al Hno. Augustin y capellán al sacerdote Pierre Montagnac. Aquí se abrió también la primera escuela.

En septiembre de 1824, el fundador reunió en Monistrol a todos los Hermanos para los ejercicios; el día 14 tenía lugar la primera profesión religiosa temporal para tres años y se establecía la organización del Instituto, constituida por un superior general, un director general, dos asistentes y un procurador general. Excepto para el cargo de superior general, que seguía ocupado por el P. Coindre, para los demás, fueron elegidos los Hnos. Borgia, Xavier, Augustin y Bernard. El P. Coindre decidió que, a su muerte, le sucedería su hermano, el sacerdote François-Vincent Coindre. Después de este, el cargo de superior general pasaría a un miembro de la Congregación. Con objeto de que los religiosos pudieran valerse por sí mismos en los asuntos temporales, saldó sus deudas y les cedió el mobiliario que poseía en el «Piadoso Socorro», aunque con la obligación de pagar 800 francos anuales a su madre por el alquiler del inmueble.

Mientras la Congregación se fortalecía y ampliaba su radio de acción, el P. Coindre continuaba ejerciendo su ministerio de predicador. Además de la diócesis del Puy, disfrutó también de su presencia la de Lyon, y cediendo a instantes ruegos, permaneció en Blois durante los tres primeros meses de 1824. Su fama mo-

vió a varios obispos a solicitarlo para sus respectivas diócesis, pero finalmente, por divergencias en sus puntos de vista con el obispo del Puy, Mons. Bonald, dejó el cargo de Superior de los Misioneros del Sgdo. Corazón y aceptó la invitación de Mons. Sauzin, obispo de Blois, quien al poco tiempo le nombró Superior del seminario mayor, Vicario General y Canónigo Honorario (17 de noviembre de 1825). Tras una última misión en Le Puy tomó posesión de sus nuevos cargos a primeros de febrero. Aunque abrumado por el trabajo, continuaba dirigiendo sus obras con frecuentes cartas, pero pronto debió guardar cama, gravemente enfermo. Y así, el 30 de mayo de 1826, a la edad de 39 años, fue sorprendido por la muerte lejos de sus familias religiosas. La más afectada fue la de los Hnos. del Sagrado Corazón, que ya tenía once escuelas en tres diócesis distintas.

Siguiendo las normas establecidas por el fundador, los principales miembros de la Congregación, nueve en total, se reunieron el 14 de junio en Lyon y, mediante voto secreto, procedieron al nombramiento del sucesor en la persona del P. François-Vincent Coindre, capellán del «Piadoso Socorro» y hermano del fundador. Este nombramiento significó el inicio de un período de decadencia que llevó a la Congregación al borde de la ruina, hasta que tomó las riendas el Siervo de Dios (cfr. Doc. VII).

4. *Vocación de Hippolyte Gondre.* Los biógrafos, alegando unas declaraciones del párroco de La Motte (Doc. XXII, par. 1, cap. 2), hacen remontar la vocación de Hippolyte a un deseo juvenil de vida sacerdotal. Habría sido el mismo párroco quien le disuadió de su vocación, al no poder sufragar su familia los gastos del seminario mayor.

Los mismos biógrafos precisan que, en su determinación de dirigirse a la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón, influyeron dos miembros de la misma relacionados con él, los Hnos. Xavier y Bernardin, aunque no aducen pruebas concretas. Olvidaron una fuente de información preciosa: el *Registro de la Sociedad de la Instrucción Cristiana de los Hermanos del Sagrado Corazón,* del cual se deduce que fue el Hno. Cyprien, Victor Motte, natural de Aubery, pueblo situado a escasos dos kilómetros y medio de Les Héritières, quien se ocupó de nuestro Siervo de Dios (cfr. Hno. STANISLAS, *El reclutador del Hno. Policarpo,* en el *Anuario,* num. 51. 1956-57, pp. 445-50).

El registro indica, para cada individuo, el «nombre y domicilio del Protector», que para el Hno. Policarpo es «Victor Motte, aspirante». ¿Qué se entiende por «protector»? Aquí es necesario analizar todo el registro y los casos diversos que se presentan. Puede entenderse:

a) El que ha pagado los gastos de ingreso del aspirante. Por ejemplo, el Hno. Thomas Joseph Chossande (pp. 3-4, n. 19) tiene como protector a Mons. Bonald, obispo del Puy. En las «condiciones de admisión» se lee: «Bajo la protección de Monseñor, es decir, que forma parte de los novicios pobres por cuya

pensión el Señor Obispo ha prometido abonar cierta cantidad».

Igualmente, el Hno. Ligory, Basile Borel (n. 76), tiene como protector: «El señor cura de Grège, quien ha pagado por él los 100 francos», señalados como «condición de admisión».

b) El que ha facilitado su ingreso en comunidad, asumiendo casi toda la responsabilidad; el que ha dado los pasos por él, quien lo ha recomendado a la autoridad como un candidato idóneo. Así el Hno. Bernardin, Jean Baptiste Martin (n.47), es admitido el 11 de mayo de 1836 «gratuitamente» y tiene como protector al «Hno. Martin».

El Hno. Dosithée, Jean Pierre Chamard (n. 48), es admitido «gratis» el 22 de octubre de 1836 y tiene por protector al «P. Guiac, sacerdote».

El Hno. Marie Alphonse, Barthélémy Sibard (n. 69), tiene como protector al «Señor cura de la Chaise-Dieu» y en las condiciones de admisión se indica que sus padres han pagado por él.

Para el Hno. Policarpo, el registro señala en las condiciones de admisión: «Se respondió a su carta de solicitud de ingreso que entregara lo que pudiera»; y como «cantidad pagada al entrar: 250'15 francos».

La cuestión pecuniaria estaba, por tanto, en regla y, como poseía ya el título de maestro, la cantidad ofrecida era suficiente para el periodo de formación. Así pues, su «protector» no podía ser sino aquel que le había reclutado, hecho las diligencias por él y sido su valedor. A Victor Motte, protector del Hno. Policarpo, se le denomina «aspirante», es decir, novicio, puesto que había tomado el hábito el 19 de febrero de 1827 (*Registro del Instituto 1821-1841,* p. 63). Es la única mención que se hace de él, lo cual significa que posteriormente abandonó la comunidad. Queremos apuntar que teniendo el mismo apellido, «Motte», que la madre de la tercera esposa del padre del Siervo de Dios, probablemente se trata de un pariente del Hno. Policarpo, y esto explicaría el motivo de su interés por él *(Registros de Catolicidad,* Archivo parroquial de La Motte).

Por tanto, el mérito de haber reclutado al Hno. Policarpo para la Congregación, debe ser atribuido al Hno. Cyprien.

1

Extracto del «Registro de la Sociedad de la Instrucción Cristiana de los HH. del Sgdo. Corazón», vol. I (30 de sept. de 1821 a 31 de agosto de 1873), conservado en el archivo general de los HH. del S.C., Roma.

El primer registro del archivo general de los Hnos. del Sagrado Corazón, en Roma, aporta los datos esenciales de cada religioso en veinte columnas: Lugar de origen, fecha de nacimiento, bautismo, profesión, y muerte. Habiéndose rellenado cada vez que las circunstancias lo requerían, los datos aportados son de importancia indiscutible.

El Siervo de Dios ocupa el lugar decimoquinto.	1829 para toda la vida		el 9 de enero de 1859
1 Nombre y apellido	2 Profesión	3 Domicilio	4 Lugar de nacimiento
Gondre (Jean Hippolyte)	Director del internado y de enseñanza	La Motte (Hautes-Alpes)	La Motte (Hautes-Alpes)
5 Fecha de Nacimiento	6 Fecha de Bautismo	7 Fecha de ingreso	8 Condiciones de admisión
21 de agosto de 1801	21 de agosto de 1801	27 de junio de 1827	Se contestó a su carta de solicitud de ingreso que aporte lo que pueda
9 Cantidad abonada	10 Pagos siguientes	11 Estado del ajuar	12 Nombres de los padres
250f15		Incompleto	Jn. J. Gondre y Victoire Gonsalin (difunta)
13 Profesión y residencia de los padres	14 Nombre y residencia del protector	15 Fecha de la toma de hábito	16 Nombre de religioso
Albañil, carpintero, labrador en la Motte (Hautes-Alpes)	Victor Motte aspirante	16 de septiembre de 1827	Hermano Polycarpe
17 Fecha y duración de la profesión	18 Observaciones	19 Causa del cese en la Congregación	20 Gastos del funeral adeudados por sus padres
21 de septiembre de		Muerte en Paradis	

2

Acta de la ceremonia de toma de hábito de Hippolyte Gondre en la comunidad de los Hermanos del Sagrado Corazón, el 16 de septiembre de 1827. – Del registro original «Instituto 1821-1841. Sección Tomas de Hábito», p. 64, conservado en el archivo general de los HH. del Sagrado Corazón, Roma.

Con el visto bueno del Superior General, P. François-Vincent Coindre, el 27 de junio de 1827 Hippolyte Gondre, de 26 años de edad, ingresó en la casa del «Piadoso Socorro» de Lyon. Después de unos meses de ambientación, que podríamos llamar postulantado, el 16 de septiembre fue admitido a la toma de hábito junto con otros diecisiete aspirantes, catorce de los cuales ingresaban para Hermanos de enseñanza, y los otros cuatro para trabajos manuales. El examen y aceptación de los postulantes, los realizó el Director General, Hno. Borgia, cuya firma vemos en el documento, juntamente con los demás miembros de la Congregación reunidos en capítulo.

En el año 1827, con fecha 16 de septiembre, nosotros, Director y Hermanos de los SS. Corazones de Jesús y de María, reunidos en capítulo, después de haber examinado y aprobado al Hno. Jean Balevay, natural de Sauve, diócesis de Lyon, departamento de Saône y Loire; Jean Fraisse, natural de St. Romain La-Chalm, diócesis del Puy, departamento de Haute-Loire; Antoine Coton, natural de St. Vincent, diócesis del Puy, departamento de Haute-Loire; Jean-Marie Mouchon, natural de Lyon, diócesis de Lyon, departamento de Rhône; Pierre Roux, natural de St. Martin de Quairière, departamento de Hautes-Alpes, diócesis de Gap; Joseph Allemand, natural de la Bâtie-Neuve, departamento de Hautes-Alpes, diócesis de Gap; Jacques Courbon, natural de St. Pal-de-Mont, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; Claude Liébau, natural de Condamine, departamento del Jurat, diócesis de St. Claude; Jean Baptiste Dragon, natural de St. Pal-de-Mont, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; Gille Courtines, natural de Salun, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; Pierre Portalier, natural de Saugues, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; Jean Baptiste Débord, natural de Rocoul, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; Hippolyte Gondre, natural de la Motte, departamento de Hautes-Alpes, diócesis de Gap; Augustin Audiard,

natural de Vernet, departamento de Haute-Loire, diócesis del Puy; los hemos admitido a la toma de nuestro santo hábito con autorización de nuestro Superior. Se lo hemos otorgado con el nombre de: Hno. Hylaire al primero, Hno. Jérôme al segundo, Hno. Jubin al tercero, Hno. Régis al cuarto, Hno. Célestin al quinto, Hno. Symphorien al sexto, Hno. Gabriel al séptimo, Hno. Claude al octavo, Hno. Eloi al noveno, Hno. Gille al décimo, Hno. Dominique al undécimo, Hno. Jean Baptiste al duodécimo, Hno. Polycarpe al decimotercero y Hno. Roch al decimocuarto. En fe de lo cual firmamos.

Coindre

Hno. Régis - Hno. Symphorien - Hno. Roch - Hno. Claude - Hno. Célestin - Hno. Jubin - Hno. Gille - Hno. Dominique - Hno. Hylaire - Hno. Jérôme - Hno. Gabriel - Hno. Polycarpe - Hno. Jean-Baptiste - Hno. Eloi.

Hno. Borgia, Director General.

3

Acta de la profesión perpetua del Hno. Policarpo en la Congregación de HH. del Sgdo. Corazón, el 21 de septiembre de 1829.- Del registro original «Instituto 1821-1841 - Sección Profesión», p. 46, conservado en el archivo general de los HH. del Sgdo. Corazón, Roma.

Después de la toma de hábito, el Hno. Policarpo comenzó su noviciado y, dos años después, hizo la profesión perpetua en lugar de la profesión temporal. Este hecho singular demuestra el alto concepto que se tenía de la virtud del Siervo de Dios.

El 21 de septiembre de 1829, en la iglesia de Vals, junto al Puy, donde desde 1826 tenían una escuela los Hermanos del Sagrado Corazón, fueron admitidos a la profesión veintiséis de sus miembros: veintiuno, a la profesión temporal; los otros cinco, entre los cuales se encontraba el Siervo de Dios, a la perpetua. El acta de los primeros precede, en el mismo registro, al documento que publicamos. Según las Reglas del Instituto, una vez acabado el noviciado, debían emitirse los votos simples por tres años. Los registros nos muestran, sin embargo, en los primeros tiempos del Instituto, casos de votos emitidos por uno, dos o cinco años. De los 21 que hicieron la profesión temporal, sólo cinco habían tomado el hábito junto al Siervo de Dios, el 16 de septiembre de 1827: los HH. Hilaire, Jubin, Régis, Claude y Gille (cfr. datos de todos en *Instituto 1821-1841, partes diversas;*

Registro de la Sociedad de la Instrucción cristiana de los Hermanos del Sagrado Corazón, I, partes diversas, Archivo HH. del S. C.*)*. La primera conclusión que se extrae es la siguiente: ninguno de los compañeros de toma de hábito del Siervo de Dios fue admitido de inmediato a la profesión perpetua; sólo seis hicieron la profesión temporal, e incluso uno de ellos, más tarde que los demás.

Los compañeros de profesión perpetua del Siervo de Dios, HH. François, Maurice, Charles y Bernardin eran, no sólo más antiguos que él en edad y en años de vida religiosa, sino que todos habían sido profesos temporales. He aquí sus principales datos biográficos:

Hno. François: Nació hacia 1797, ingresó en el Instituto en 1821, hizo la profesión temporal y toma de hábito el 14 de octubre de 1824 y murió en 1852 (cfr. *Necrología,* p. 259);

Hno. Maurice:: Nació hacia 1795, ingresó en el Instituto en 1823, tomó el hábito el 28 de octubre de 1824, emitió la profesión temporal el 29 de agosto de 1825 y murió en 1859 (*Necrología,* p. 157);

Hno. Charles: Nació hacia 1800, ingresó el 13 de marzo de 1824, tomó el hábito el 28 de octubre de ese mismo año, emitió la profesión temporal el 28 de agosto de 1825 y murió el 12 de enero de 1882 (*Necrología,* p. 15);

Hno. Bernardin : nació hacia 1795, ingresó el 29 de noviembre de 1825, tomó el hábito el 14 de abril de 1826, emitió la profesión temporal el 30 de septiembre de 1827 y murió el 2 de enero de 1830 (hemos hablado de él anteriormente).

Nosotros, los firmantes, Hno. François, Hno. Maurice, Hno. Charles, Hno. Bernardin, Hno. Polycarpe, tras la aprobación de nuestro P. Superior General y en conformidad con el parecer del Consejo, que se reunió para cada uno de nosotros en particular, hemos hecho libre y voluntariamente, entre las manos de nuestro Superior, Rvdo. P. Vincent Coindre, la profesión de votos simples, perpetuos, de pobreza, castidad y obediencia en la Congregación de los HH. de los SS. Corazones de Jesús y de María, según las Reglas de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio.

En la fecha de hoy, veintiuno de septiembre, mil ochocientos veintinueve.

Hno. Polycarpe Hno. Maurice.

DOC. IV

EXTRACTO de las actas de los capítulos generales de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, años 1835 y 1840. – *Del Registro original «Instituto 1821-1841, Sección de capítulos», pp. 22 y 23, archivo general de los HH. del Sgdo. Corazón, Roma.*

Según el ajuste efectuado a los primeros Estatutos por el P. François Coindre entre los capítulos generales de 1835 y 1840, después del abandono del Hno. Borgia, el cargo de director general iba unido al de primer asistente; el derecho a nombrar los dos asistentes generales, el secretario y otros cargos, pasó del capítulo general al superior (cfr. *El Instituto - Nuestros capítulos generales, en el Anuario del Instituto de los HH. del Sgdo. Corazón,* num.48, 1953-1954, pp. 16-17).

Fue, pues, el Superior General quien nombró a los dos asistentes y al secretario general en el Capítulo de 1840. En consecuencia, la elección del Hno. Policarpo como primer Asistente, realizada por el P. F. Coindre en persona, precisamente en aquellos años turbulentos, (cfr. intr. Doc. VII) pone de manifiesto la profunda estima que le tenía.

1

Extracto del acta del Capítulo General de 1835, en el que se nombró segundo Asistente del Instituto al Hno. Policarpo.

Hemos omitido la primera parte del acta, donde quedan registrados los nombres de los diecisiete componentes del Capítulo General y en la que se habla de una resolución sobre el modo de disponer de los bienes patrimoniales, en el testamento que los Hermanos debían hacer antes de la profesión perpetua.

Este Capítulo General, celebrado en Lyon el 26 de septiembre de 1835, fue el cuarto de la serie, después de los de 1824, 1826 y 1827.

De los recién elegidos para los altos cargos de la Congregación, es decir, HH. Xavier, Policarpo, Bernard y Benoît, sólo este era más joven (nacido el 6 de agosto de 1805) que el Siervo de Dios; sin embargo, todos habían ingresado antes que él en la Congregación y, conforme a la Regla, habían emitido las dos profesiones (*Instituto 1821-1841, partes diversas,* Archivo de los HH. del S. C.).

... El mismo día, reunidos en capítulo general, visto que desde hace ocho

años, a causa de las circunstancias de nuestro tiempo, no habíamos podido reunirnos como ordenan los Estatutos para la distribución de cargos en la Congregación, que debe realizarse cada tres años, hemos procedido a la elección del Hno. Xavier como primer Asistente, del Hno. Policarpo como segundo Asistente, del Hno. Bernard como Ecónomo General, del Hno. Benoît como Prepósito General de asuntos espirituales. Todos ellos presidido por nuestro Superior General, el Rvdo. P. François-Vincent Coindre...

Lyon, 26 de septiembre de 1835

HH. Xavier - François - Ennemond - Martin - Benoît - Antoine - Roch - Polycarpe - Borgia, Director General - Andéol - Thomas - Claude - Bernard - Joseph.

2

Extracto del acta del Capítulo General del 23 de septiembre de 1840, en el que fue nombrado primer Asistente del Instituto el Hno. Policarpo.

También de este acta publicamos sólo la segunda parte: la primera se refiere a la aprobación de los Estatutos redactados por el Superior General, P. François-Vincent Coindre (cfr. intr. Doc. IX).

Para los datos biográficos de los recién elegidos: cfr. intr. Doc. VII (Hno. Xavier); Doc. XXII, par. 1, cap. 5, n.8 (Hno. Alphonse); cap. 6, nn. 6 (Hno. Marie Joseph), 9 (Hno. Benoît) y 11 (Hno. Martin).

...En consecuencia nos, François-Vincent Coindre, Superior General, hemos nombrado como primer Asistente al Hno. Policarpo, segundo Asistente al Hno. Alphonse, y Secretario General al Hno. Xavier, los tres profesos perpetuos; y en la misma sesión, el Capítulo General se ha reunido de nuevo para nombrar a los miembros del Consejo General, mediante voto secreto, obteniéndose el resultado siguiente: el Hno. Benoît ha sido nombrado primer Consejero del Consejo General; el Hno. Martin, segundo Consejero; el Hno. Marie Joseph, Ecónomo General. Y el mismo día, han sido designados por el Consejo General los Hermanos Ennemond, Bonaventure, Jérôme, Thomas, Laurent y Maurice para formar parte del Capítulo General.

En Paradis, a 23 de septiembre de 1840.

Coindre

HH. Policarpo - Alphonse - Xavier - Marie Joseph - Benoît - Martin - Ennemond - Thomas - Bonaventure - Jérôme - Maurice - Laurent.

DOC. V

DOCUMENTOS referentes a la obtención de otro diploma para enseñar públicamente en las escuelas primarias, años 1837-38. – *De los originales conservados en el archivo general de los HH. del Sgdo. Corazón, Roma, «Diplomas del Hno. Policarpo».*

Quince años después de obtener el primer diploma de enseñanza, el Siervo de Dios consiguió un segundo título para cumplir la nueva normativa impuesta por François Guizot, ministro de Instrucción Pública, mediante ley del 28 de junio de 1833, que distinguía dos tipos de escuelas primarias: elementales y superiores (GREARD, op. cit. II, p. 11). Refiriéndose a esta división, en el *Reglamento sobre los diplomas de capacidad y las comisiones de exámenes* del mes de julio siguiente, escribía: «Habrá dos clases de diplomas de capacitación, unos para la instrucción primaria elemental, y otros para la instrucción primaria superior» (*ibid.,* p. 34). Por tanto, quedaban derogadas las tres clases de diplomas y se

- Instrucción moral y religiosa
  - Catecismo
  - Historia Sagrada
    - Antiguo Testamento
    - Nuevo Testamento
- Lectura
  - Impresos
    - Franceses
    - Latinos
  - Manuscritos o cuadernos litografiados

Procedimientos para enseñar a leer y a escribir

- Escritura
  - Bastardilla, Redondilla, Cursiva — con letras
    - minúsculas
    - mayúsculas
- Elementos de lengua francesa
  - Gramática
    - Análisis gramatical de frases dictadas
  - Ortografía
    - Teoría
    - Práctica

Elementos de Cálculo	Teoría Práctica	Numeración Suma Resta Multiplicación División	Aplicadas a los números enteros y a las fracciones decimales

Sistema legal de pesos y medidas: conversión de las antiguas a las nuevas

Primeras nociones de geografía e historia

establecía uno solo para todas las clases de la escuela primaria elemental. El programa que el candidato debía presentar, según el artículo octavo, era este (*ibid.* p. 35):

Dada su preparación, el Siervo de Dios obtuvo fácilmente este segundo diploma. De él pudo escribir un testigo ocular: «Además de los conocimientos básicos, en los cuales era muy superior a los demás Hermanos del Instituto, poseía nociones de geometría, agrimensura, dibujo, álgebra, contabilidad, etc.» (Doc. XXII, par. 1, cap. 3)

Según el artículo 25 de la ley del 28 de junio de 1833, en cada departamento tenía que haber una o más comisiones de instrucción primaria encargadas de examinar a los aspirantes a los «diplomas de capacitación», tanto para la enseñanza primaria elemental, como para la primaria superior (GREARD, op. cit., II, p. 19). El «Reglamento» del 19 de julio siguiente, instituía una de estas comisiones en cada capital de departamento (art. 2, p. 34). Estaban integradas por siete miembros, uno de los cuales debía ser, por derecho, el rector de la Universidad o un inspector delegado por él; además, donde existía un colegio real, el director o el censor, y un profesor; y también, uno o dos funcionarios del colegio municipal, en las ciudades donde había un centro de ese tipo (art. 3, p. 35). Excepto en circunstancias especiales, la convocatoria a examen de los aspirantes tenía que realizarse cada seis meses, concretamente, en los cinco primeros días de marzo y de septiembre (art. 4). Para que el examen fuera válido, bastaba con la presencia de cuatro miembros de la comisión (art. 5).

El diploma conseguido el 9 de octubre de 1822, aunque conservaba todo su valor ante la nueva ley (cfr. la *Decisión* del 19 de julio de 1833, *ibid.* p. 38), dejaba al Siervo de Dios en condiciones de inferioridad y en la imposibilidad de acceder a las clases elementales más elevadas, donde sentía la necesidad de adaptarse a las nuevas orientaciones educativas. Encontrándose entonces en el departamento de Rhône, procedente de Vals (Haute-Loire), debía examinarse ante la comisión de instrucción primaria de su capital, Lyon. Según la ley, debió presentarse a examen el 1º de septiembre de 1837. Mientras que anteriormente era indispensable un certificado de buena conducta, firmado por el alcalde y el

párroco del municipio, ahora la ley mencionaba únicamente la partida de nacimiento (*Reglamento* del 19 de julio, *ibid.* art. 7, p. 35); es más, una decisión del 9 de julio lo excluía abiertamente remitiéndose al artículo cuarto de la ley del 28 de junio, que tan sólo hacía mención de él para abrir una escuela (*ibid.* p. 12). El «certificado de buena conducta» entregado al Siervo de Dios el 20 de agosto de 1837, once días antes de conseguir el nuevo diploma, nada tenía que ver con este; más bien se relacionaba probablemente con la apertura de una nueva escuela.

1

«Certificado de buena conducta» otorgado al Siervo de Dios por el municipio de Vals, el 20 de agosto de 1837.

El artículo cuarto de la ley del 28 de junio de 1833, mencionado en el documento que más abajo damos a conocer, determinaba:

«Toda persona con dieciocho años cumplidos, podrá ejercer la profesión de maestro y dirigir un centro de enseñanza primaria, sin otras condiciones que presentar previamente al alcalde del municipio donde desee abrir la escuela:

1. El diploma de capacitación, obtenido mediante examen, correspondiente al nivel de la escuela que pretende abrir, .

2. Un certificado señalando que el solicitante, por sus buenas costumbres, es idóneo para dedicarse a la educación. Este certificado lo librará, bajo testimonio de tres concejales, el alcalde, o alcaldes, de cada uno de los municipio donde haya residido los tres últimos años».

El Siervo de Dios residía en el municipio de Vals, no lejos del Puy, desde el 30 de septiembre de 1830, donde dirigía una escuela; por tanto, según la citada ley, la facultad de otorgarle el certificado de buena conducta concernía a dicho municipio. Durante las vacaciones de 1837, el Hno. Policarpo fue destinado a Lyon para dirigir el noviciado, que por aquel entonces volvía a funcionar con regularidad tras la revolución de julio de 1830 (Doc. XXII, par. 1, cap. 5). Al partir de Vals, y antes de conseguir el segundo diploma de enseñanza, el Siervo de Dios obtiene, de la autoridad competente, el certificado de buena conducta requerido para abrir una escuela en caso de que la necesidad o la obediencia así lo aconsejaran. Así pues, como hemos indicado más arriba, el certificado en cuestión no era un requisito previo para conseguir el diploma; se sirvió de él al año siguiente, cuando fue llamado a dirigir el internado recién abierto en Paradis, la nueva propiedad que la Congregación había adquirido en Espaly-St-Marcel, junto al Puy (*ibid.*).

CERTIFICADO DE BUENA CONDUCTA
para ejercer la profesión de maestro

Academia de Clermont Modelo
Departamento de Haute-Loire
Distrito del Puy
Ayuntamiento de Vals, junto al Puy.

Nos, alcalde del municipio de Vals, junto al Puy, distrito del Puy, departamento de Haute-Loire, en base al testimonio que nos han proporcionado[1] los Sres. Martin Maurice, Voisin Victor y Béraud Baptiste, miembros del Concejo, que el Sr. Jean Hippolyte Gondre, nacido el 21 de agosto de 1801 en La Motte, distrito de Gap, departamento de Hautes-Alpes y domiciliado en nuestro municipio desde el 30 de septiembre de 1830,[2] tiene buena conducta y buenas costumbres y es digno de dedicarse a la enseñanza; le hemos remitido, de conformidad con el art. 4 de la ley del 28 de junio de 1833 sobre la instrucción primaria, el presente certificado para que le sirva conforme a ley.

Dado en Vals, junto al Puy, a 20 de agosto de 1837.

Los tres concejales municipales:
Martin - Voisin - Béraud
El alcalde: Miramond

Visto para la legalización de la firma del alcalde del municipio de Vals, junto al Puy.

En Puy, a 25 de agosto de 1837.

Por el Prefecto, impedido
El Consejero de la Prefectura, Secretario General,

---

[1] Al margen se lee: «Designar nominalmente los tres miembros del concejo que deben atestiguar las buenas costumbres del solicitante».

[2] Al margen se lee: «Si no reside en el mismo municipio desde hace tres años, el interesado deberá solicitar un certificado análogo al alcalde de cada uno de los municipios donde hubiere residido durante ese tiempo».

«Nota: Este modelo podrá servir no solamente para los certificados que se otorguen, sino también para los duplicados que los sres. alcaldes deben enviar a los comités de distrito y a los rectores, de conformidad con el art. 4 de la ordenanza del 16 de julio de 1836».

J. Eryon

2

Segundo «Diploma de capacitación» obtenido por el Siervo de Dios el 1 de septiembre de 1837.

El Siervo de Dios se examinó ante cinco de los siete miembros estatuidos según el artículo 10 de la ley del 19 de julio de 1833; inmediatamente después, se tenía que levantar acta firmada por los miembros del jurado y por el candidato y enviar un duplicado al rector de la Academia. El «certificado de capacitación» debía ser firmado también por las mismas personas (art. 12, GREARD, op. cit., II, p. 36). Al lado de cada materia había que anotar la calificación otorgada por cada uno con las expresiones: «muy bien, bien, bastante bien» (art. 13, *ibid.* op. 37). A pesar de las indagaciones que hemos hecho, no hemos logrado obtener en los archivos civiles el expediente relativo a este diploma; las calificaciones hubieran sido especialmente interesantes.

DIPLOMA DE CAPACITACIÓN

Ministerio de
Instrucción pública

Universidad de Francia
Instrucción primaria.

ENSEÑANZA PRIMARIA ELEMENTAL

Nos, Maignien, inspector de la Academia; Noirot, sacerdote; Reboul, profesor; y Grandperret, inspector de enseñanza primaria; presidente y miembros de la comisión de instrucción primaria; residentes en Lyon, capital del distrito de Lyon, departamento de Rhône, Academia de Lyon; nombrados por el Sr. Ministro Secretario de Estado en la sección de instrucción pública, y encargados por este motivo: 1º, de examinar a los aspirantes al título de maestro de enseñanza primaria; 2º, de otorgar dicho diploma a los aspirantes que hayan sido juzgados aptos;

Vista el acta levantada por nosotros en el día de hoy, y dando fe de que el Sr. Gondre (J. Hippolyte), nacido el 21 de agosto de 1801 en La Motte, cantón de St-Bonnet, distrito de Gap, departamento de Hautes-Alpes, ha sido examinado por nosotros de instrucción moral y religiosa, lectura, escritura, elementos de la lengua francesa, cálculo, sistema legal de pesos y medidas, nociones elementales de geografía e historia, así como de los procedimientos y métodos de enseñanza de esos

conocimientos;

Habida cuenta de los artículos 4 y 25 de la ley del 28 de junio de 1833, y los artículos 1, 5, 8, 11 y 12 del reglamento del Real Consejo de Instrucción Pública fechado el 19 de julio de 1833;

Estimamos que el candidato ha dado prueba de la capacidad requerida para dedicarse a la enseñanza primaria elemental y, en consecuencia, hemos otorgado al mencionado Sr. Gondre Jean Hippolyte, el presente diploma para que le sirva y tenga validez conforme a ley,

Expedido en Lyon, a 1 de septiembre de 1837.

En nombre y con la autoridad del Sr. Ministro de instrucción pública: los miembros del comité de instrucción primaria.

Noirot, Maignien, Reboul, C. L. Grandperret.

Visto por el Rector.

l. s. I. Soulaquieux (?)

Firma del interesado:

J. H. Gondre.

3

Permiso de apertura de una escuela, otorgado al Siervo de Dios por el alcalde de Espaly-St-Marcel, el 6 de noviembre de 1838.

Ya hemos indicado que en las vacaciones de 1837 –probablemente entre el 20 de agosto y el 1 de septiembre– el Siervo de Dios se trasladó de Vals a Lyon para dirigir el noviciado. El mismo año, la Congregación había adquirido una propiedad en Espaly-St-Marcel, junto al Puy, que tomó el nombre de Paradis. A causa de diversos inconvenientes originados por el Superior, P. François Coindre (cfr. intr. Doc. VII), se creyó oportuno trasladar el noviciado de Lyon a Paradis; aquí, pues, en octubre de 1838, tuvo que instalar su nueva residencia el Siervo de Dios. Deseando abrir también un internado bajo su dirección, el Hno. Policarpo necesitaba el «nihil obstat» de la autoridad municipal del lugar, permiso que le fue concedido de inmediato tras la presentación del certificado de buena conducta que había conseguido en Vals.

El Alcalde del Municipio de Espaly-St-Marcel, abajo firmante, certifica a quien corresponda que en el día de hoy, 6 de noviembre de 1838, el Sr. Gondre,
Jean Hippolyte, me ha presentado, conforme a la ley, un Diploma de capacitación y

un Certificado de buena conducta y buenas costumbres, con la finalidad de abrir una escuela de enseñanza primaria a título privado.

Dando fe de ello y para que le sirva conforme a derecho, le expido el presente certificado. Alcaldía de Espaly-St-Marcel, en el mes y día citados, 6 de noviembre de 1838.

FilhiotAiné

Sello de laAlcaldía de
Espaly-St-Marcel (Haute-Loire).

DOC. VI

EXTRACTO del «Registro de la cofradía del Inmaculado Corazón de María», en el que consta que el Siervo de Dios fue el primer cofrade de su Congregación en la fecha 25 de marzo de 1840.- *Conservado en el registro del archivo general de los HH. del S.C., Roma, pp. 1-2.*

El título completo del registro es el siguiente: «Registro de la cofradía del Santo e Inmaculado Corazón de María, canónicamente establecida en la capilla de Nuestra Señora del Buen Socorro de Paradis. Agregada a la Archicofradía del Santo e Inmaculado Corazón de María para la conversión de los pecadores, establecida en la iglesia de Nra. Sra. de las Victorias de París, 1er año, 1841».

La cofradía, fundada el 2 de febrero de 1840, se asoció a la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, establecida en la iglesia de «Nra. Sra. de las Victorias» de París. La fundación acaeció en la capilla de la nueva casa-madre de Paradis, próxima al Puy (cfr. intr. Doc. VII), donde residían los superiores mayores de la Congregación desde 1838.

La primera inscripción tuvo lugar el 25 de marzo de 1840, abriéndose la lista de los 29 Hermanos, precisamente, con el nombre del «Hno. Polycarpe». Este hecho nos hace pensar que el promotor y fundador habría sido él, segundo Asistente del Instituto, tanto más cuanto que ya había hecho algo similar en Vals. Si la idea hubiese partido del Superior General o del primer Asistente, Hno. Xavier, la lista habría comenzado, sin duda, con su nombre. Por el contrario, el nombre del primero falta a lo largo de todo el registro, que se cierra con la inscripción del 17 de mayo de 1857; el del segundo sólo aparece en la séptima lista, del 24 de septiembre de 1840. Nos parece, pues, justo resaltar que la fundación de esta cofradía se debe al Siervo de Dios, con el fin de hacer notar su piedad mariana y el carácter apostólico de sus intenciones con miras a la conversión de los pecadores.

Incluimos sólo la lista de nombres de la primera inscripción

Primera inscripción: 25 de marzo de 1840

Hno. Policarpo
Hno. Bernard
Hno. Etienne
Hno. Alphonse
Hno. Paulin
Hno. Marie-Gabriel
Hno. Ambroise
Hno. Hippolyte
Hno. Paul
Hno. Jean-Claude
Hno. Régis
Hno. Clément
Hno. Barthélémy
Hno. Michel
Pierre Itier
Victor Audiard
Pierre Malescot
Pierre Jouve
Louis Layre
Louis Monchalin
Florentin Giraud
Pierre Majot
Philémon Jouve
Florentin Laurent
Baptiste Galet
Antoine Breuil
Jean Gerbier
Pierre Farigoule
Célestin Sicard

DOC. VII

DOCUMENTOS REFERENTES A LA PRIMERA ELECCIÓN DEL SIERVO DE DIOS COMO SUPERIOR GENERAL de los HH. del Sacratísimo Corazón de Jesús, año 1841.- *Copia de los originales conservados en el archivo general de los HH. del S.C., Roma.*

La elección del Siervo de Dios como Superior General de la Congregación de los HH. del Sgdo. Corazón, acaecida el 13 de septiembre de 1841, pone fin a un período muy grave para el Instituto –estuvo en peligro su propia existencia– y es el punto de partida de otro, que traerá prosperidad y desarrollo. Esta elección, por tanto, constituye un punto clave tanto más importante cuanto que se trata del primer miembro del Instituto que ocupó dicho cargo.

Para valorar en su justa medida, tanto la elección en sí, como la personalidad del Siervo de Dios, resulta indispensable presentar un cuadro de los acontecimientos que la precedieron, caracterizado por el gobierno nada satisfactorio del Superior General, P. François Coindre, el cual, en lugar de dar un impulso hacia adelante, hizo retroceder al Instituto, que se repuso, sobre todo, gracias a la intervención del primer Asistente, Hno. Xavier.

1. *François-Vincent Coindre.* – Hermano del fundador y, como él, sacerdote, nació el 28 de abril de 1799 en Lyon. Alumno del seminario de Largentière en Ardèche, fue ordenado el 17 de junio de 1821. No pudiendo cumplir su hermano, André, las funciones de capellán del *«Piadoso Socorro»*, por estar comprometido en tareas misioneras y de predicación, dicha ocupación quedó encomendada al nuevo sacerdote quien, a su vez, pronto se relacionó con los misioneros diocesanos de Lyon. Hasta la inauguración de su propia capilla, los Hermanos del Sagrado Corazón acudían a los oficios religiosos de la iglesia parroquial de San Bruno, de la que François Coindre era también coadjutor. Si ya en vida de su hermano, las atribuciones de François-Vincent Coindre eran mucho más amplias que las de simple capellán, cuando el 14 de junio de 1826 le sucedió (cfr. intr. Doc. III) en el gobierno de la Congregación, todo el poder se concentró en sus manos.

Empieza así un período de crisis para el Instituto. El nuevo Superior General, sacerdote piadoso, y animado de buenas intenciones, no parece que estuviera a la altura de las circunstancias. Empeñado en su manía de construir, y no muy dotado para tareas de gobierno, ocasionaría una fuerte sacudida al todavía frágil armazón del Instituto. La Congregación pudo reponerse y consolidarse gracias a su dimisión, presentada el 12 de septiembre de 1841. Como capellán de las Hermanas de Jesús María en Fourvière (Lyon), vivió hasta el 12 de enero de 1858, fecha en la que se apagó serenamente. He aquí lo que escribe, entre otras cosas, el Hno. Policarpo en la circular del 30 de enero de 1858, mediante la cual comunicaba la muerte de F. Coindre a sus religiosos: «La muerte de nuestro antiguo Superior fue tan santa como edificante había sido su vida. Quienes tuvieron la dicha de asistirle en sus últimos momentos, admiraron sobre todo su acendrada piedad, su completa resignación y la conmovedora docilidad con que este venerable enfermo obedecía a cuantos le atendían. Esta obediencia rayaba en el escrúpulo cuando algún Hermano le había dado un consejo...» *(Vida del P. Coindre,* pp. 291-312; *Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, pp. 31-42, etc.)*

2. *El Hno. Xavier*.– Fue el religioso que acertó a detener la crisis administrativa y moral de la Congregación y preparó el terreno al Hno. Policarpo quien, ya en aquellos años, fue para él un apoyo silencioso e inapreciable.

Cierto día, dirigiéndose el P. André Coindre a un joven de veinte años, de nombre Guillaume Arnaud, tejedor de seda en el «*Piadoso Socorro»*, le pregunta si le gustaría abrazar la vida religiosa; al cabo de unos días de reflexión, el P. Coindre escucha esta respuesta: «Conozco el mundo. Desprecio los bienes que promete a los que le sirven. Vanidad, placeres y riquezas son cadenas de esclavitud. Sería feliz consagrándome sin reservas al servicio de Dios». Entonces, abrazándolo con afecto, el fundador le dijo: «Tú serás el primer Hermano del instituto que me propongo fundar para la educación cristiana de la juventud» (*Anuario,* num. 5, [1910-11], p. 11).

Guillaume Arnaud nació en la Rochette, junto a Gap, departamento de Hautes-Alpes, el 16 de abril de 1801, de unos modestos campesinos que posteriormente deberían trasladarse a Ancelle a causa de la extrema pobreza de su región. Imitando a algunos de sus paisanos que se dirigían a las ciudades industriales en busca de un trabajo estable, el joven Guillaume llega a Lyon donde es contratado como tejedor de telas de seda en casa de la señora Besso, en la calle «*des Chartreux*». De ahí lo sacó André Coindre para que enseñase ese mismo oficio a sus internos del «*Piadoso Socorro*». Abrazada la vida religiosa, a partir del 30 de septiembre de 1821 toma el nombre de Hno. Xavier. Su labor será dirigir los talleres. Emite su profesión temporal en Monistrol-sur-Loire el 20 de noviembre de 1824, como él mismo declara en sus *«Memorias»* (p. 6, Archiv. de los HH. del S.C.), y la profesión perpetua el 16 de septiembre de 1827. En la distribución de cargos de 1824, el Hno. Xavier fue nombrado primer Asistente, siendo confirmado como tal en 1827 y en 1835; desempeña, asimismo, las funciones de primer Consejero, encargado y primer maestro de talleres. Convertido en Director General después del abandono del Hno. Borgia, fue él quien sacó a la Congregación del mísero estado al que la había reducido François Coindre y aseguró la posesión de la casa del *«Piadoso Socorro»* y la de Paradis junto al Puy. Secretario General desde septiembre de 1840, lo encontramos al año siguiente (sept. de 1841) al lado del Siervo de Dios como Ecónomo General, cargo en el que fue confirmado en septiembre de 1846. En 1850-1851, a causa de ciertos incidentes bastante desagradables (cfr. intr. Doc. XI), debe cambiar Lyon por Paradis, desde donde al año siguiente se dirige a Blesle y, finalmente, de nuevo a Paradis, quedando poco a poco oculto bajo un velo de silencio. En este último lugar, más que por la edad, por cansancio y desánimo, le sorprende la muerte el 11 de mayo de 1861. El Hno. Xavier es saludado como «Salvador de la Congregación».

«El Hno Xavier –escribe el autor de sus datos biográficos– fue el hombre de juicio recto, firme carácter, voluntad inflexible y alma fervorosa que Dios envió a nuestro naciente Instituto para servirle de apoyo. Modelo de todas las virtudes religiosas, de una incansable actividad, de fe viva y de sólida piedad, fue durante 30 años el promotor de la prosperidad del establecimiento de «Cours des Chartreux» *(Anuario* num. 5, [1910-1911], p. 13, biogr. pp. 6-35; *Instituto de los HH. del Sagrado Corazón, partes varias).*

3. La gran crisis. Conocemos esta dolorosa vivencia por numerosos documentos del archivo, especialmente, gracias a las siguientes fuentes manuscritas:

a) Hno. XAVIER, *Memorias sobre los comienzos de la Congregación,* 25 pp.;

b) *Alegato contra el P. Vincent Coindre, presentado por los Hermanos a su eminencia el Cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon,* 12 pp.;

c) Hno. BERNARDIN, *Origen y fundación del Instituto de los Hermanos*

del Sagrado Corazón, 10 pp.

1) *Orígenes remotos de las dificultades.* Resultando insuficiente la casa que albergaba a los primeros niños acogidos, André Coindre, de acuerdo con su padre, adquirió en mayo de 1818 una propiedad situada en St-Jean, cerca de la parroquia «des Chartreux», integrada por una parcela con dos edificios: uno más pequeño, para alojar a la familia Coindre, y otro mayor, al que se trasladó en 1820 la obra recién iniciada. La mitad de la propiedad pertenecía a André Coindre y la otra mitad a su padre. Mientras viviesen sus padres, la Congregación debería abonarles una renta anual de ochocientos francos. Para hacer económicamente independiente al Instituto, en 1824, el fundador le cedió el mobiliario y los talleres que había en el edificio y pagó sus deudas. Muerto su padre por estos años, la media finca que le pertenecía fue dividida en partes iguales entre sus tres hijos, de modo que André Coindre quedó siendo propietario de los 4/6. Cuando, prematuramente, el 30 de mayo de 1826 falleció este, su hermano François-Vincent, por disposición del difunto, pasó a ser poseedor de casi toda la propiedad. Y finalmente, al morir poco después su madre y llegar a un acuerdo con su hermana, François-Vincent adquirió también la parte de esta.

De ese modo, el único dueño de la finca de la zona «des Chartreux», ocupada por los Hermanos del Sagrado Corazón, era él, Superior General de la Congregación, y a los religiosos no les quedaba más remedio que ponerse en sus manos confiadamente. Siguiendo las indicaciones de su hermano, François había dicho siempre que, a su muerte, todo sería para ellos. Pero, como afirma el Hno. Xavier: «... se debe confiar poco en los hombres, por muy buena voluntad que parezcan tener de momento» *(Memorias, p.10).*

2) *Actividad constructora de François-Vincent Coindre.* Su primer pensamiento fue construir una espaciosa capilla para evitar que sus religiosos salieran al exterior. Iniciada la construcción en 1827, se emplearon dos años de trabajo; para cubrir los gastos, la comunidad proporcionó 25.000 francos en efectivo y 11.000 en jornadas laborales de los mismos religiosos, es decir, 36.000 francos. A cambio, se dispensó a la comunidad de pagar el alquiler.

Los bienes temporales de la comunidad y del P. F. Coindre, que hasta ese momento habían permanecido separados, tras fuertes presiones de su parte, llegan a concentrarse en sus manos. Aún estaban recientes los gastos de la capilla cuando, de pronto, el P. F. Coindre decide hacer talleres y dormitorios. Mal construidos, exigieron grandes sacrificios de los Hermanos, entre los cuales empezó a manifestarse cierto malhumor.

Sin inmutarse por nada, en 1832 empieza a construir una pequeña vivienda para él pero, al no poder hacer frente a estos gastos la comunidad, se ve obligado a contraer deudas.

Pasado algún tiempo, en 1835 se dispone a remozar la fachada del edificio

grande. Al trabajo en sí, hay que añadir el excesivo número de obreros, las labores de preparación inútiles y equivocadas, los malos materiales..., por lo cual, a veces, había que derribar y rehacerlo todo. Lo cierto es que se llegó a un punto en que, ni se sabía de dónde sacar dinero, ni la Congregación podía ayudarle. Si grande era la postración de ánimo en que cayó entonces el P. F. Coindre, mayor aún fue la crisis de la Congregación: defecciones, negligencia en la instrucción y formación, desánimo y un cierto abandono general ... hasta el punto de llegar a temer seriamente su desaparición. Influía en esto también la falta de constituciones bien claras, por lo cual los religiosos se sentían inseguros, privados de los elementos que infunden convicción y entusiasmo; tanto más si consideramos que el fundador, prematuramente fallecido, no había podido formarlos convenientemente. Añádase a esto, que el P. F. Coindre se encontraba a punto de sacrificar su propiedad en manos de los acreedores que le acosaban, y de abandonarlo todo.

Eso, sin hablar de las presiones que deberá soportar durante otros diez años por parte del impulsivo y autoritario Vicario General de Lyon, Siméon Cattet (1788-1855), promotor entusiasta de la fusión de los Hermanos del Sagrado Corazón con otras Congregaciones de similares características (cfr. carta de F.V. Coindre a Mons. de Pins, 11 de mayo de 1838, Archivo arzobispal de Lyon)

3) *Arduo y complicado trabajo de saneamiento a cargo del Hno. Xavier.* Sin duda, se hubiera llegado a la ruina de la Congregación si no interviene a tiempo «un pobre muchacho que se opuso a ello, era el Hno. Xavier...» *(Memorias, p. 13).* Hasta entonces siempre se había ocupado del trabajo y de los talleres; aunque le faltaba una preparación cultural adecuada, como él mismo admite modestamente (*ibid.* p.23), era el único que estaba al corriente de toda la administración. Siendo primer Asistente, con el abandono del Hno. Borgia en 1836, asume el cargo de Director General. El trabajo de saneamiento por él desarrollado fue doble, abarcando, simultáneamente, el aspecto moral y el campo administrativo. Obtenida la promesa del Superior General de no comprometerse en nuevas construcciones, el Hno. Xavier se entrega decididamente a su labor: visita las comunidades, acierta a recabar fondos de los ahorros de los Hermanos, recuerda sus deberes a los antiguos benefactores, y así consigue saldar gran parte de las deudas. Como respuesta, el P. F. Coindre, crónicamente aquejado del «mal de la piedra» (*ibid.* pp. 12, 14), no sólo vuelve a construir, sino que se lanza de lleno al negocio del grabado sobre vidrio, negocio que habría destruido la Congregación si no hubiese intervenido a tiempo el Hno. Xavier. En el breve espacio de dos años, en 1838 el P. F. Coindre se encontró abrumado por deudas de unos 65.000 francos. No sabiendo cómo reparar el daño, resolvió abandonar sus bienes a los acreedores y disolver la Congregación. Para evitar esto y salvar el honor del Superior General, en un arranque de valentía y sagacidad, el Hno. Xavier le propone que venda todo a la Congregación y ella se hará cargo de las deudas. Acep-

tada con gozo la propuesta, se fijó la venta en 40.000 francos; de los 25.000 restantes ya se ocuparía él. Debidamente informado por el mismo P. F. Coindre, el Consejo General de la Congregación autoriza el proyecto; sin embargo, a su vuelta del Puy, cuando el Hno. Xavier se dispone a formalizar el contrato, se encuentra con la sorpresa de que el P. F. Coindre ya no quiere deshacerse totalmente de sus bienes. Después de momentos dramáticos y muy comprometedores para el Hermano, el 31 de diciembre de 1838 se firma el contrato de venta, definido por él como «el más inicuo que se haya realizado bajo el sol» (*ibid.* p.17), a causa de las condiciones impuestas por el P. F. Coindre.

Mientras el *«Piadoso Socorro»* de Lyon sufría estos vaivenes, ante la perspectiva de perderlo, el prudente Hno. Xavier adquirió a principios de 1837 una finca próxima a Puy-en-Velay, denominada Paradis, para tener un lugar de reunión de la Congregación y así poder salvarla. Allí se trasladó el noviciado y fue abierto, además, un internado.

Lejos de saldar sus deudas con los 40.000 francos recibidos, el P. F. Coindre se aventuró en nuevas construcciones, con todas las consecuencias del caso. Fue entonces cuando el Hno. Xavier pensó seriamente en deslindar los intereses económicos del P. F. Coindre de los de la Congregación, evitando, en la medida de lo posible, que los asuntos temporales pasaran por sus manos. Profundamente disgustado con el proceder del benemérito religioso, el Superior tomó la drástica decisión de apartarlo del cargo de Director General (septiembre de 1840), nombrando en su lugar al Hno. Policarpo. A partir de ahora, una cosa era evidente para todos: sólo la retirada total del P. F. Coindre permitiría el progreso de la Congregación. Como primer paso para conseguir que la autoridad eclesiástica interviniera, e instase al P. F. Coindre a presentar su dimisión, se envió al cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon, un largo y pormenorizado *«Alegato»* que constituye la mejor defensa del proceder del Hno. Xavier. De hecho, el P. F. Coindre presentaba su dimisión el 20 de agosto de 1841, siendo aceptada el 12 de septiembre por el Capítulo General. Al día siguiente se procedía al nombramiento del sucesor, recayendo el cargo en la persona del Hno. Policarpo.

Continuaron aún, por parte del P. F. Coindre, demandas de dinero, tentativas de recuperar la propiedad, reclamación de pensiones, etc., demandas, estas, que sólo la habilidad del Hno. Xavier acertó a soslayar.

4) *Actitud del Siervo de Dios en esta situación.*– Apuntábamos antes, que el trabajo del Hno. Xavier se volcó también en el campo moral, descuidado por el P. F. Coindre que andaba demasiado ocupado en las obras materiales: «...hacía mucho tiempo que había descuidado lo espiritual para no ocuparse más que de construir» *(Alegato* presentado, p. 6). La negligencia del P. F. Coindre afectaba no sólo a los religiosos profesos, hasta el punto de originar numerosos abandonos, sino también a los novicios, comprometiendo así el futuro de la Congregación. «En cuantas construcciones emprendía, el P. F. Coindre empleaba a casi todos los

novicios, de modo que no podían formarse para la enseñanza». (Hno. XAVIER, *Memorias,* p. 13). «Por otra parte, escribe el Hno. Bernardin, mientras el P. F. Coindre se hallaba absorto en sus construcciones y talleres, la formación de los novicios era deficiente, y tanto la educación como la instrucción se descuidaban en exceso; ingresaban pocos aspirantes y bastantes antiguos se retiraban al ver que sólo se les empleaba en oficios manuales» *(Origen y fundación,* p.6).

Es lógico, pues, que el Hno. Xavier se preocupase pronto de los novicios y pensara en formarlos adecuadamente (op. cit., 14). El primer paso era encontrar un religioso que estuviese a la altura del cargo de maestro y diera a los jóvenes una sólida y santa formación.

Nadie mejor para este menester que el segundo Asistente, Hno. Policarpo. Al principio envió a los novicios a la ciudad de Vals, de cuya casa era Director el mismo Hno. Policarpo; después, en agosto de 1837, trasladó el noviciado a Lyon.

De 1831 a 1836, contrariamente a la opinión de algunos historiadores, tanto el Siervo de Dios como la Congregación (Doc. XXII, par. 1.ª, cap. 4; *Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón,* p. 40; Hno. BASILIEN, *El Venerable Hermano Policarpo,* p. 42), continuaron recibiendo postulantes (cfr. el registro de *Matrículas, I, partes varias,* Archivo de los HH. del S.C.); sin embargo, el funcionamiento regular del noviciado comenzó el año 1836 en Vals bajo la dirección del Siervo de Dios y prosiguió en Lyon cuando, como ya hemos dicho, fue trasladado en agosto de 1837. En junio de 1836, el Hno. Policarpo inició un *«Registro de novicios»* en el que aparece su letra hasta la página 27, es decir hasta 1841.

Es evidente la diligencia que ponía en anotar todo; y, cosa importante, a partir de la página 6 se leen las declaraciones juradas de los candidatos indicando que ingresan libre y voluntariamente en el Instituto; a veces figura también el consentimiento de los padres manifestando que conceden plena libertad a sus hijos. Dos hojas que contienen normas sobre el ingreso de los postulantes en la Congregación, y que fueron escritas probablemente el mismo año de 1836, prescriben que cada postulante «pase tres meses de probación en la casa de Vals, para ser enviado, si se estima oportuno, al noviciado» (p.2). Con el traslado de los novicios a Paradis junto al Puy en septiembre de 1838, se consolidó, en un ambiente más idóneo, la óptima tendencia iniciada diez años antes. Esto también se aprecia en el número –diez, igualmente– de los ingresados el primer año que perseveraron. Al mismo Hno. Policarpo le fue confiado un internado, abierto en Paradis por iniciativa suya, que pronto destacó por su disciplina y formación espiritual. A este propósito nos bastan, aparte del testimonio de los biógrafos (Doc. XXII), las preciosas declaraciones de su coetáneo y discípulo, Hno. Bernardin (Doc. XIX).

Al Siervo de Dios se debe, asimismo, la renovación intelectual de la Congregación. El Director General, Hno. Xavier, con franqueza y humildad reconoce que carecía de una preparación académica adecuada. Demasiado atado por el trabajo

manual y el taller, «jamás había tenido un minuto para instruirse..» *(Memorias,* p.23). Por eso confió también la tarea de la educación intelectual de los jóvenes al Hno. Policarpo. Con este fin le manda sacar el *Título de capacitación* para la educación primaria elemental (1 de septiembre de 1837), de alcance más amplio que el obtenido en 1822.(cfr. Doc. V). Y con fecha 6 de noviembre de 1838, precisamente para dirigir la escuela recién abierta en Paradis, el alcalde del municipio de Espaly-St-Marcel le concede el «nihil obstat» necesario (*ibid.*).

La instauración, el 2 de febrero de 1840, de la «Cofradía del Inmaculado Corazón de María» se debió también, sin duda alguna, a una iniciativa del Hno. Policarpo (Doc. VI) para revigorizar la vida espiritual de los novicios y de los religiosos (*cfr. más adelante,* 1). Y probablemente fue él quien organizó por vez primera en Paradis los ejercicios espirituales en 1839 (cfr. Doc. XIX, 2).

Considerando hechos y documentos en conjunto, se constata que desde el primer semestre de 1836, mientras el Hno. Xavier pensaba en el saneamiento financiero, el Hno. Policarpo se dedicaba a la renovación espiritual y formativa. Aunque este se encontraba «poco preparado para los negocios» *(Alegato presentado,* p.10), captaba perfectamente la situación crítica del momento y la difícil lucha que sostenía el Hno. Xavier; y según afirma el propio Hno. Xavier, él era el único que le apoyaba sin dejarse abatir nunca por las dificultades. Cuando a fines de septiembre de 1838 se dirigió el Hno. Xavier a Paradis para solicitar el consentimiento de los miembros del Consejo General, en vistas a adquirir la propiedad del P. F. Coindre, solamente expone claramente la situación al Hno. Policarpo. Veamos cómo nos lo expone el Hno. Xavier: «Llegado al Puy, es decir, a Paradis, da cuenta de todo al Hno. Policarpo, único a quien cree oportuno poner al corriente, temiendo que cualquier otro hubiera caído en el desaliento» *(Memorias, p.16)*

Ahora bien, el Hno. Policarpo destacaba entre los Hermanos por su bondad de carácter, espiritualidad y formación. Era ciertamente el padre idóneo, adornado de las cualidades que sirven para atraer a las almas y conducirlas a Dios, sin que le faltaran por ello dotes de mando. De ahí que, cuando el P. V. Coindre quiere alejar al Hno. Xavier de la dirección general, ponga en su lugar al Siervo de Dios, consciente del gran prestigio que tenía entre todos.

Respecto al trato directo con su persona, nadie osaba adoptar actitudes, no digamos contrarias, sino simplemente distantes. Aceptada la dimisión del Superior General, espontáneamente los ojos de todos se fijaron en él. Sentíase gran necesidad de alguien que gobernara con amor y firmeza, y fuese, al mismo tiempo, caritativo y bondadoso. Hasta entonces, los religiosos habían avanzado con desazón. Ningún superior les había convencido plenamente: ni el Hno. Borgia, demasiado severo y desabrido, lo que fue causa de deserciones, ni el P. V. Coindre, liado con sus construcciones y deudas, ni el Hno. Xavier, benemérito de la Congregación, sí, pero incompleto y que, además, involuntariamente, se había ganado ciertas oposiciones. Es entonces cuando, con calma y serenidad, sin bombo ni

hazañas clamorosas, surge la figura del «buen» Hno. Policarpo. (Hno. XAVIER, *Memorias, p. 19).*

1

Carta mediante la cual, el sacerdote François-Vincent Coindre, presentó la dimisión del cargo de Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón, el 20 de agosto de 1841. Del registro de los «Capítulos Generales, 1841-1952», pp. 1-3.

En esa carta, el P. F. Coindre da a entender que insistió mucho para ser liberado del cargo de Superior General. No sabemos si eso responde a la verdad. El hecho es que los Hermanos estaban impacientes por llegar a esta solución y, para provocarla, dirigieron un alegato al cardenal de Bonald explicando ampliamente la triste situación provocada por su mal gobierno *(Alegato presentado...),* y que el purpurado intervino de buena gana (cfr. carta del 5 de septiembre de 1841). Aún tuvo que mediar el capellán de la casa de Paradis, el sacerdote Arnaudon, el cual, actuando con astucia, obtuvo el sí del P. F. Coindre (Hno. XAVIER, *Memorias,* p. 20). En cualquier caso, su dimisión, el 12 de septiembre, fue aceptada «con alegría» (*ibid.* Doc. XIX, 1).

Con relación a la persona del Siervo de Dios, son importantes las declaraciones que hace sobre el buen funcionamiento del noviciado, reorganizado y dirigido por él, y de la casa de Paradis, puesta bajo su tutela y control. Cabe resaltar también la designación oficial del sucesor (cfr, la carta del 5 de septiembre) y la mención de sus virtudes, particularmente «la bondad de su carácter». En otra carta al Siervo de Dios, de 21 de octubre, el P. F. Coindre habla de «la sencillez de su espíritu» (Archivo de los HH. del S. C.).

Lyon, 20 de agosto de 1841

Amadísimos Hermanos:

Desde hace unos cuantos años, siempre dirigí mis esfuerzos a organizarles, de manera que se gobernaran ustedes mismos; en repetidas ocasiones había solicitado a Mons. de Bonald ser exonerado de esta carga, pero su Excelencia no lo quiso.

Al ver, ahora, que el noviciado de Paradis va por buen camino, y el buen espíritu de los que dirigen esa casa, todo me hace suponer que su pequeña Congregación prosperará; esos son los deseos más vehementes y más ardientes de mi corazón;

sólo me queda una pena, y es que, a pesar de mis esfuerzos –puedo afirmarlo– de mis sacrificios de toda índole, no conseguí todo cuanto mi corazón deseaba hacer para su prosperidad, pero ello me induce a pensar que la Providencia no ha querido concederme esta satisfacción; sin duda, hubiera sido demasiado grande para mí, ya que, quien es bueno para pergeñar una obra, no lo es siempre para perfeccionarla y pulirla; debido a ello, y persuadido, como estoy, de que hice todo lo que me era posible, es bueno que me retire.

Lo saben ya, se lo he repetido una y otra vez: es preciso, les decía, que se gobiernen ustedes mismos, que quien les mande esté sometido a las mismas Reglas y Estatutos que los demás, que él mismo experimente sus dificultades, a fin de que todo sea también conforme al espíritu de la Iglesia.

Por tanto, con miras al bien común, y buscando su prosperidad, depongo mi autoridad como Superior General entre ustedes, dejándola en manos de nuestro actual primer Asistente, Hno. Policarpo; deseo que el espíritu de Dios le acompañe siempre, que la unión entre él y sus Hermanos sea perfecta, que la firmeza se una a la bondad de su carácter, a fin de que el Superior, al mismo tiempo que hace fácil la obediencia, la haga respetar; y que el inferior, por su docilidad y deferencia, haga cada vez más soportable la carga de la autoridad.

Adiós, mis queridos Hermanos; ustedes, por quienes he pasado veinte años de mi vida sin otra ambición que la de verles triunfar y prosperar; ustedes, a quienes siempre he llevado en mi corazón; ustedes, por quienes no existen sacrificios que no me haya impuesto, privaciones que no haya padecido, fatigas que no haya soportado, penas e inquietudes que no haya disimulado. Adiós; rompo, en este momento, los lazos de autoridad que me unían a ustedes; me reservo, en cambio, los lazos de caridad, de los que nunca les dispensaré. En el Corazón de Jesús los interpelo a todos; en ese Corazón recordarán al que durante tanto tiempo han llamado su padre y que será siempre su amigo.

Se leerá la presente a todos los Hermanos después de haberla leído en capítulo general, pero únicamente después del retiro.

Mi decisión no entrará en vigor hasta el día en que haya sido promulgada ante todos los Hermanos reunidos y que la presente carta haya sido inscrita en los registros.

2

Acta de la sesión del 13 de septiembre de 1841, del Capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón, en la cual fue elegido Superior General de la Congregación el Siervo de Dios. Extracto del original del registro «Capítulos Generales 1841-1952», pp.5-7.

El Capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón fue celebrado en Paradis durante los días 12, 13 y 14 de septiembre de 1841. Había sido convocado con el objeto de elegir un nuevo superior general, en sustitución del P. François-Vincent Coindre. De los 59 miembros de la Congregación, entre los que el Siervo de Dios ocupaba el decimosexto lugar por orden de antigüedad, (cfr. lista en el registro *Matrículas, I),* doce formaban parte del Capítulo General.

La primera sesión, presidida por el capellán de la casa, sacerdote Jean-Eugène Arnaudon –expresamente delegado para ello por el Superior General, P. François-Vincent Coindre– trató el tema de su dimisión, anunciada entonces oficialmente. Leída la carta del 20 de agosto, y sometida a votación la propuesta, fue aprobada por unanimidad. (Actas de los *Capítulos Generales 1841-1952,* pp. 3-4, *ibid.*).

La sesión del día siguiente, 13 de septiembre, se desarrolló en dos partes. En la primera, los doce religiosos, bajo la presidencia del Hno. Policarpo, primer Asistente, deliberaron sobre una cuestión fundamental, a saber, si convenía elegir como nuevo superior general a otro sacerdote secular, o bien, a un miembro del Instituto. La cuestión no era superflua, pues se trataba de conjurar el peligro de que tomara las riendas de la Congregación el capellán, P. Arnaudon.

Veamos lo que escribe a este propósito el Hno. Xavier: «El P. Arnaudon, al echarnos una mano para forzar la dimisión del P. F. Coindre, pensó, sin duda, que tenía derecho a ocupar su puesto, ya que, desde ese instante, se mostró tan autoritario con el Superior General y con los demás Hermanos, que toda la Congregación, enseguida creyó estar dirigida por otro Coindre» *(Memorias,* p. 23). Los capitulares, por unanimidad, decidieron que el Superior fuese un miembro de la Congregación «a fin de que tuviéramos, no sólo un maestro que nos gobernara, sino un modelo que nos mostrara el camino, marchando él mismo el primero en la práctica de nuestras santas Reglas y Constituciones...» *(Capítulos Generales 1841-1952,* p. 4). Provisionalmente, limitaron a sólo cinco años la duración del gobierno del nuevo Superior, por la razón de que «todavía teníamos cierta incertidumbre sobre el rumbo que tomarían los acontecimientos...» (*ibid.*).

Aclarada esta cuestión preliminar, llegamos al momento de la elección que puso al frente de la Congregación, por vez primera, a un miembro de la misma: el Hno Policarpo.

Tanto el acta de la sesión, como, en su día, el Hno. Bernardin (Doc. XIX, 1) y los biógrafos (Doc. XXII), resaltan la repugnancia mostrada por el elegido cuando hubo de aceptar el cargo que se le imponía.

Al día siguiente, último del Capítulo, se procedió al nombramiento de los demás cargos del Consejo General (cfr. Doc. XXII, par. 1.ª, cap. 6).

ELECCIÓN DE UN SUPERIOR GENERAL

El lunes, trece de septiembre de mil ochocientos cuarenta y uno, nosotros, los abajo firmantes, HH. Policarpo, Xavier, Marie-Joseph, Martin, Benoît, Jérôme, Bonaventure, Ennemond, Thomas, Maurice y Laurent, todos miembros del Capítulo General, reunidos en Paradis bajo la autoridad del Rvdo. Hno. Policarpo, primer Asistente, con el fin de proceder a la elección regular de un nuevo Superior General, en sustitución del P. François-Vincent Coindre, dimisionario, procedimos como sigue:

Habiendo acudido a la sala de comunidad, y después de colocarse cada uno en el puesto que le correspondía, por orden del cargo o de antigüedad de profesión en la Congregación, el señor capellán, con el fin de implorar las luces del Espíritu Santo, entonó el «*Veni Creator*», que cantamos mientras nos dirigíamos procesionalmente a la capilla; llegados a ella, el P. capellán expuso el Santísimo Sacramento –con autorización de monseñor Montagnac, Vicario General de monseñor Darsimoles, obispo del Puy, ausente en ese momento– para atraer las bendiciones del cielo sobre un acontecimiento tan importante. Después de la celebración del santo sacrificio y de la bendición del Santísimo, los miembros del Capítulo General acudieron al altar en orden procesional; el celebrante entonó nuevamente el «*Veni* Creator», que fue cantado por todos los Hermanos, mientras los miembros capitulares desfilaban de dos en dos, seguidos del celebrante revestido de los ornamentos sacerdotales y llevando entre sus manos una pequeña bandeja de plata destinada a recoger los votos; llegados a la sala de elección, los Hermanos se colocaron en semicírculo, pero de un radio lo más amplio posible, alrededor de una mesa sobre la cual colocó el celebrante la bandeja. Provistos de un papelito, procedimos a realizar una votación secreta y, tras depositar nuestros votos en la bandeja, regresamos a la capilla; el sacerdote, tras colocar los votos sobre el altar, entonó el «*Te Deum*», que fue cantado por la comunidad mientras los electores, seguidos del celebrante con los votos, se dirigían a la sala de elección para proce-

der al escrutinio, que fue llevado a cabo por el propio celebrante. El Hno. Policarpo resultó elegido por unanimidad, excepto su voto; por consiguiente, le hicimos sentar en un sillón colocado sobre la tarima del altar y nos dio a besar su mano derecha a todos los Hermanos. En ese momento, toda la asamblea unió sus lágrimas de cariño y de gozo, a las amargas lágrimas que el dolor profundo de verse bajo carga tan pesada, hacía derramar al elegido; sin embargo, se levantó y declaró que aceptaba la cruz que el Señor le imponía.

El mismo día trece de septiembre de mil ochocientos cuarenta y uno, un poco antes de la elección, nosotros, los abajo firmantes miembros del Capítulo General, legalmente reunidos en capítulo por nuestro primer Asistente, Rvdo. Hno. Policarpo, al efecto de examinar si convenía elegir como Superior General a uno de los miembros de nuestra Congregación o a un sacerdote secular, decidimos por unanimidad que elegiríamos a uno de nuestros Hermanos, a fin de que tuviéramos, no sólo un jefe para mandarnos, sino también un modelo para mostrarnos el camino, marchando él mismo a la cabeza en la práctica de nuestras santas Reglas y Constituciones; pero como permanecíamos aún con cierta incertidumbre sobre el rumbo que tomarían nuestros asuntos, acordamos por unanimidad, aunque sin perjuicio del artículo dos de los Estatutos, que el nuevo Superior sólo sería elegido para cinco años.

Dado en nuestra casa de Paradis

Hno. Policarpo, Superior General - Hno. Alphonse, 2º Asistente - Hno. Xavier - Hno. Marie Joseph - Hno. Benoît, 1er Consejero - Hno. Martin - Hno. Ennemond - Hno. Bonaventure - Hno. Maurice - Hno. Jérôme - Hno. Laurent.

DOC. VIII

ACTA del Capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús, en la

que consta: a) La elección del Siervo de Dios como Superior General vitalicio; b) La aprobación de las Reglas y los Estatutos, año 1846, 10 al 12 de septiembre. *Conservada en el registro original «Capítulos Generales 1841-1952», pp. 9-10, en el archivo general de los HH. del S.C., Roma.*

Reproducimos aquí el acta del Capítulo General habido del 10 al 12 de setiembre de 1846, documento de suma importancia respecto al Siervo de Dios.

También este segundo Capítulo General, celebrado en Paradis, como el primero, duró tres días. Era necesario convocarlo porque expiraba el quinquenio de gobierno del Superior General y su Consejo. Ahora había que elegir un Superior, pero, además, a perpetuidad. Esto se hizo en la primera sesión. Es significativa, a pesar de la renuencia del Siervo de Dios, su confirmación en el cargo, nuevamente por unanimidad en la primera votación, signo evidente del alto concepto que de él tenían los religiosos, tanto como para desear que fuese Superior vitalicio.

Inmediatamente después se procedió a la elección de los otros cargos, que recayeron en las personas de: Hno. Jérôme, primer Asistente; Hno. Alphonse, segundo Asistente; Hno. Marie-Joseph, Secretario General; Hno. Xavier, Ecónomo General; Hermanos Martin y Benoît, consejeros (cfr. *Anuario,* 48, 1953-1954, pp. 20-21).

El día siguiente se dedicó a la aprobación de los Estatutos y las Reglas, ambos documentos elaborados por el Siervo de Dios (cfr. intr. Doc. IX).

SEGUNDA ELECCIÓN DEL SUPERIOR GENERAL

El jueves 10 de septiembre de 1846, nosotros los abajo firmantes, HH. Policarpo, Marie-Joseph,Alphonse, Martin, Xavier y Benoît, miembros del Consejo, y los HH. Ennemond, Maurice, Thomas, Bonaventure, Laurent y Roch, miembros del Capítulo, reunidos en capítulo general en el oratorio provisional de nuestra casa de Paradis bajo la autoridad del Rvdo. Hno. Policarpo, Superior General de nuestra Congregación, cuyo mandato expira hoy, según decisión tomada el lunes trece de setiembre de mil ochocientos cuarenta y uno (ver el acta anterior), con la finalidad de elegir Superior en sustitución del Rvdo. Hno. Policarpo, tras haber oído la santa misa del Espíritu Santo e implorado su asistencia mediante el himno «*Veni Creator*», el Rvdo. Hno. Policarpo fue elegido por unanimidad en la primera votación; pero habiendo rehusado aceptar la carga que se le quería imponer, alegando que sin embargo la aceptaría si no supiera que hay personas más dignas que él, procedimos a una segunda votación en la que resultó elegido de nuevo por unanimidad; al persistir en su negativa, el Hno. Marie-Joseph, portavoz del Capítulo General en su calidad de primer Asistente, le leyó el artículo 6 del capítulo 8 de nuestras santas

Reglas [1] sobre la obediencia; tras esta lectura le declaró que, si persistía aún en su negativa, se vería obligado como portavoz del Capítulo General, en el cual residía en ese momento la autoridad suprema de la Congregación, a formularle una orden en virtud de la santa obediencia. El Rvdo. Hno. Policarpo respondió que aceptaría a condición de *que todos los Hermanos prometieran ser buenos religiosos,* a lo que todos asintieron con repetidas aclamaciones; por consiguiente, fue proclamado Superior General.

Al día siguiente de esta elección, el Capítulo General volvió a reunirse convocado y presidido por nuestro Rvdmo. Hno. Superior General, para examinar los «Estatutos» de la Congregación y aprobarlos si se juzgaba oportuno; después de leerlos y reflexionar seriamente sobre su contenido, todos los miembros que suscriben los aprobaron por unanimidad.

El mismo día, durante la sesión, el Rvdmo. Hno. Policarpo, Superior General, sometió también nuestras santas Reglas, redactadas y ordenadas por él mismo, a la aprobación del Capítulo General, el cual, considerando los testimonios y las aprobaciones de varios de nuestros señores arzobispos y obispos de Francia, especialmente los del Puy, Mende, St Flour y Grenoble; de su Eminencia el Cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon; y de los señores obispos de Rodez y Cahors; considerando, además, la experiencia práctica que de ellas hemos realizado durante varios años, dimos gustosamente nuestra aprobación unánime y sincera .

Dado en nuestra casa de Paradis, a once de setiembre de mil ochocientos cuarenta y seis.

Hno. Policarpo - Hno. Jérôme - Hno. Alphonse - Marie Joseph - Hno. Xavier - Hno. Benoît - Hno. Ennemond - Hno. Bonaventure - Hno. Maurice - Hno. Thomas - Hno. Laurent - Hno. Roch - Hno. Martin.

El doce de septiembre de mil ochocientos cuarenta y seis, el Rvdmo. Hno. Superior General reunió también a todos los profesos perpetuos, no miembros del Capítulo, en el lugar habitual de sesiones y, tras haberles sido leídos los «Estatutos» de la Congregación por el Secretario General, les preguntó si los aprobaban en su totalidad; todos los Hermanos respondieron afirmativamente, al igual que para nues-

[1] Cfr. Doc. IX.

tras santas Reglas que declararon conocer perfectamente, tanto por su lectura, como por haberlas practicado durante varios años desde la nueva redacción llevada a cabo por nuestro Rvdmo. Hno. Superior General; no se presentó ninguna objeción y firmaron todos como sigue:

Hno. Gille - Hno. Charles - Hno. Chrysosthôme - Hno. Jean Pierre - Hno. Claude - Hno. Grégoire - Hno. Marie Vital - Hno. Jean Baptiste - Hno. Barthélémy - Hno. Jean Marie - Hno. Théodore.

DOC. IX

REGLAS GENERALES Y COMUNES DE LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, escritas por el Siervo de Dios y aprobadas por el Capítulo General de la Congregación en el mes de septiembre del año 1846. *Extraídas de la Edición de Lyon, año 1850.*

El Hno. Policarpo, aun sin ser el fundador de la Congregación, fue su legislador y reorganizador. Dada la importancia de este asunto, es indispensable una introducción que clarifique debidamente las principales cuestiones relacionadas con él.

I – *Las Reglas del fundador, P. André Coindre*

1. *El P. Coindre dejó disposiciones de gobierno.* – El Siervo de Dios, en la circular del 8 de enero de 1843, al anunciar a los religiosos su propósito de iniciar la redacción de las Reglas, les pedía que le enviasen «todos los documentos que hubiera podido entregarles nuestro venerable fundador o que, sin haber sido entregados por él, les hubieran llegado a través de una tradición fiel» (*en Hno. Policarpo - Circulares,* Archivo de los HH. del S.C.).

Al realizar la fundación, el 30 de setiembre de 1821, el P. Coindre puso la Congregación bajo la Regla de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio (cfr. *Memorias* del Hno. Xavier, página 3, en *F.C. Histórica, Hno. Xavier),* «esperando –precisa aún más el Hno. Bernardin– poder darles él mismo reglas especiales apropiadas a su género de vida» *(Origen y fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, ibid.).*

Ocupado en múltiples obras de apostolado, y fallecido prematuramente el 30 de mayo de 1826 en Blois, el P. André Coindre no pudo redactar reglas propias. (*Anuario,* num. 50, 1955-56, pp. 58, 59; cfr. alocución del Siervo de Dios, Doc. XXII, par. 1, cap. 14).

Sin embargo dejó reglamentos, como se colige de la carta del 3 de noviembre de 1821 dirigida al Hno. Borgia, en la que recomendaba «exactitud en el cumplimiento de las Reglas que les hemos dado, las cuales todavía son poco numerosas y no pueden solucionar todas las dificultades» *(Anuario cit.,* p. 12). También sabemos que dejó algunas reglas concernientes «a los vigilantes» (*ibid.* p. 60), otras disposiciones particulares y los Estatutos (25 de febrero de 1826, *ibid.* p.60), como nos refiere con claridad el Siervo de Dios (circular del 8 de enero de 1843, en *Hno. Pol. - Circulares,* Archivo de los HH. del S. C.).

2. *Las llamadas «Reglas» y los demás escritos directivos del P. Coindre*. – Del pasaje del Siervo de Dios anteriormente citado, se puede deducir que el P. Coindre dejó Reglas escritas. El archivo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón conserva un manuscrito de las Reglas cuyo texto debe atribuirse al fundador, algunas disposiciones para ciertos empleos particulares y una «Regla de la obediencia» (circular del 8 de enero de 1843, en *Hno. Pol - Circulares,* Arch. de los HH. del S.C.).

1) *Las Reglas.* El texto conservado no es el original, sino una copia antigua hecha por un religioso, que presenta, como otros ejemplares del mismo texto, varios errores involuntarios; gracias a esos errores, podemos aclarar el texto (en *A. C. - Reglas generales).*

Estas Reglas fueron publicadas por primera vez, aunque incompletas y retocadas, en el *Anuario num. 37* (1942-43), pp. 9-12, y vueltas a publicar íntegramente en el apéndice al citado *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* Roma 1956, pp. 225-236. Nos serviremos de esta edición.

Leyendo atentamente el texto, enseguida notamos que estas Reglas no son más que una transcripción al masculino, y la adaptación a los Hnos. del Sgdo. Corazón, de una Regla compuesta originalmente para religiosas. Y esto lo deducimos por razones tanto internas como externas al documento.

a) A veces el amanuense, por las prisas, ha olvidado cambiar al masculino, dejando en femenino algunas expresiones como, por ejemplo:

p. 227, línea 7 : Las superioras locales,
p. 227, línea 8 : Ellas podrán,
p. 233, línea 14: Su maestra,
p. 235, línea 24: Ellas no tendrán.

Otras expresiones indican claramente que estas Reglas fueron destinadas, sobre todo, a mujeres:

p. 227, línea 8: albas bordadas,
p. 228, línea 14: Las faenas más humildes que la Santísima Virgen María tuvo que cumplir en el gobierno de la casa...,
p. 230, línea 1: No hablarán a nadie de modas ni de adornos,

p. 231, línea 12: vuestras rejas,
p. 232, línea 14: las criadas,

b) En la página 233, línea 13, se lee: «En la casa madre, el internado y el noviciado...». En aquella época, la casa madre de los Hnos. del Sgdo. Corazón, en Lyon, no tenía internado propiamente dicho, y el noviciado estuvo en Monistrol hasta que, en 1827, fue trasladado a Lyon.

c) En la búsqueda de una congregación femenina a la que referir estas Reglas, se nos ocurre inmediatamente la de las religiosas de Jesús María, fundada por el P. Coindre. De hecho, si comparamos las Reglas que nos ocupan con las preparadas por la fundadora, Madre Marie de St. Ignace, –en el mundo Claudine Thévenet– aprobadas en 1838, se advierten varios puntos en común.

d) Notemos que también a las religiosas dio el P. Coindre las Reglas de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio, como se deduce del registro que contiene las actas de las profesiones, elecciones y visitas canónicas. (*Registro III, partes diversas,* archivo de la casa general, religiosas de Jesús María, Roma). En esas actas se citan algunas Reglas particulares de las religiosas (*ibid.*), Reglas que eran provisionales en la intención del fundador y que, igualmente para ellas, antes de la redacción definitiva, quería que se practicasen «íntegramente hasta en sus menores detalles, a fin de asegurarles la autoridad de la experiencia» *(Historia de la Congregación de las religiosas de Jesús María,* Lyon 1896, p. 37). A la muerte del fundador, también estas Reglas «estaban apenas esbozadas» (*ibid.* p. 82).

e) Una prueba aún más fuerte, para demostrar que los Hermanos del Sgdo. Corazón recibieron las mismas Reglas que las religiosas de Jesús María, nos la proporciona una carta del P. Coindre al Hno. Borgia, del 24 de abril de 1824: «Les envío a nuestras damas de Fourvière varios artículos de sus Reglas, que algún día les servirán a ustedes. Hágaselos llegar cuanto antes» *(Anuario, num. 50,* 1955-56, p. 43; cfr. p. 60).

f) Las mencionadas primeras Reglas del P. Coindre para los Hermanos del Sgdo. Corazón se conservan en un manuscrito de 28 páginas. El contenido está dividido en los siguientes quince parágrafos de extensión varia (algunos, de sólo unas líneas): «De la obediencia.- De la pobreza.- Castidad.- La modestia.- De la humildad.- De la mortificación y de la penitencia.- Huida del mundo.- Del celo.- De la prudencia.- De la urbanidad, de la limpieza y el espíritu de oración.- Del amor al estudio y al trabajo.- Indiferencia a los empleos.- Del mobiliario.- De la alimentación.- Del alojamiento de los Hermanos». Habiendo puesto como base la Regla de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio, en sus disposiciones, el P. Coindre manifiesta ese equilibrio, esa discreción y, al mismo tiempo, esa formación sólida, que constituyen las características de las Constituciones del

fundador de la Compañía de Jesús. En las disposiciones particulares, finalmente, no faltan 'mordiscos' a las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. (cfr., por ejemplo, dos cartas del P. A. Coindre al Hno. Borgia, de 11 y 17 de setiembre de 1823, *Anuario, num 50,* pp. 36, 38).

2) Reglas de los vigilantes.– El mismo archivo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón conserva el texto antiguo de algunas *Reglas de los vigilantes,* escritas también por el P. Coindre, como resulta de una explícita afirmación suya al Hno. Borgia (3 de noviembre de 1821, *ibid.* p. 13); estas Reglas de los vigilantes se encuentran asimismo en las *Constituciones y Reglas de la Congregación de las Religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María,* año 1838 (pp. 283-314). Son cuatro reglas; concretamente: «Reglas del vigilante en el estudio; del vigilante en el comedor de los niños; de los vigilantes en los recreos; y del vigilante en el dormitorio de los niños» (*en A.C., Reglas de los Vigilantes).*

3) Regla de la obediencia y de sus condiciones. – También de esta Regla, el archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón conserva una sola copia antigua, en cuyo reverso el Siervo de Dios escribió las siguientes palabras que, aunque truncadas en sus comienzos, creemos poder completar de este modo:

«(Cond) iciones de la obediencia
(preparadas) por el venerable padre
(funda) dor».

En un pasaje de la referida circular del 8 de enero de 1843, el Hno. Policarpo atribuye abiertamente esta Regla al P. Coindre. El escrito, no muy largo, se compone de once parágrafos con otras tantas consideraciones sobre la obediencia, algunas de las cuales leemos en la Regla general arriba mencionada.

4) Estatutos del P. Coindre.– Respecto a los Estatutos recopilados por el fundador, el moderno autor de *Los Hermanos del Sagrado Corazón* escribe en la página 11: «Para el gobierno de la Sociedad redactó Estatutos que describen las diversas ocupaciones en el Instituto y el modo de elección o de nombramiento para esos puestos».

En realidad, su esquema detallado, aunque no el texto completo, lo leemos en el registro *Instituto 1821-41 (p. 11,* Archivo de los HH. del S.C.); y en el acta del Capítulo General del 14 de junio de 1826, al elegir a su sucesor, se afirma abiertamente que este texto fue recopilado personalmente por el P. André Coindre (*ibid.* pp. 11, 15). Dicho texto lo transcribe el Hno. Xavier en sus *Memorias (*pp. 7-8, *ibid.*), y lo menciona también el Hno. Bernardin en el *Origen y fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón* (pp. 3-4, *ibid.*). En la reproducción de las palabras del Hno. Xavier, omitimos los nombres de los religiosos entonces llamados a ocupar los diversos cargos.

«Él (P. Coindre) ya les había diseñado un plan sobre la manera de organizar su gobierno y cómo llevar a efecto las elecciones. He aquí el esquema:

Cargos de la Sociedad:

- *Reservados a la Sociedad:* un superior general sacerdote, un Hermano director general, 2 asistentes generales, 1 administrador general, 1 prefecto de los asuntos espirituales.
- *Reservados al Superior General:* un inspector diocesano, un director local de la casa de Lyon, 2 consejeros, 1 maestro de novicios, 1 administrador de novicios, 1 Hno. de trabajos manuales.
- *Reservados al Director y su Consejo:* 1 maestro de taller, 2 vicemaestros, 1 profesor de gramática y cálculo, 1 profesor de lectura y escritura, 1 sacristán, 1 campanero, 1 maestro de ceremonias, 1 prefecto de limpieza y sanidad, 1 portero, 1 recadista, 1 enfermero, 1 despensero, 1 cocinero y ayudante de cocina, 1 jardinero, 1 bibliotecario, 1 animador.

Gobierno de las comunidades pequeñas: 1 Hermano director, 1 profesor de la clase superior, 1 profesor de las clases inferiores, 1 Hno. de trabajos manuales o cocinero: (*ibid.*).

II – *Bajo el gobierno del sucesor, P. François-Vincent Coindre*

El P. François-Vincent Coindre, hermano del fundador y sucesor suyo en el gobierno de la Congregación, como estaba demasiado atareado con los intereses materiales, no pudo pensar en la redacción de las reglas para colmar, así, la laguna dejada por su hermano. Es verdad que dictó algunas disposiciones, pero sin afrontar el problema general.

Encontramos una primera contribución suya en algunas disposiciones referentes a las Reglas comunes, en los primeros tiempos de su gobierno. En el Capítulo General del 14-5 de junio de 1826, se publicaron normas respecto a las vacaciones, gastos de viaje y de pensión, gastos de pensión de los novicios, prohibición a los religiosos de salir solos, sufragios por el fundador difunto, y modo de desarrollar el acto de premiación en las escuelas *(Instituto,* pp. 16-17).

Al reanudar el Capítulo, en el mes de setiembre siguiente, se fijaron en siete artículos los diversos sufragios para cada religioso, según su cargo (*ibid.* pp. 17-18). Otros veintiún artículos fueron dedicados a la organización de las escuelas, programas, cartas, dirección espiritual y vestuario (*ibid.*, pp. 19-21).

La aportación del P. François-Vincent Coindre se constata asimismo en la redacción de los nuevos Estatutos, aconsejada por la supresión del cargo de director general en 1836 (cfr. intr.. Doc. VII) y los lamentables acontecimientos ocurridos en la Congregación. El acta del Capítulo General de setiembre de 1835 hace notar que, a causa de las tristes circunstancias vividas, la suprema asamblea de la Congregación sólo se había podido reunir después de ocho años, y no antes, «como los Estatutos obligan para la elección de cargos en la Congregación, que debe realizarse cada tres años,...» (*Instituto,* p. 23, Archivo de los HH. del S.C.; cfr. Doc. IV, 1). Seguro que aquí se refiere a los Estatutos redactados por el fundador, cuyo texto no nos ha llegado completo, a menos que se quiera pensar que François Coindre había preparado otros, anteriores a aquellos de los que ahora hablaremos.

En el acta del Capítulo General de septiembre de 1840, leemos: «El año 1840, con fecha 22 de setiembre, tras implorar las luces del Espíritu Santo, bajo la presidencia de D. François-Vincent Coindre, los Hnos. Xavier, Policarpo, Benoît, Martin, Alphonse y Marie-Joseph, después de haber examinado en consejo general los Estatutos redactados por nuestro reverendo P. Superior General, que están en vigor desde mil ochocientos treinta y ocho –y que son copia exacta de los que fueron enviados a Roma y confiados a Mons. de Bonald, a la sazón obispo del Puy– decidieron que dichos Estatutos serían leídos y examinados en capítulo general. Conforme a esta decisión, al día siguiente, 23 de setiembre del mismo año, todos los Hermanos profesos perpetuos se reunieron en capítulo general y, después de leer los mencionados Estatutos, procedieron a una votación secreta; el resultado obtenido fue que, sobre veinte miembros, diecinueve votaron a favor de los Estatutos propuestos, y sólo uno, en contra. En consecuencia, los aceptaron como los únicos que desean seguir, no obstando cualquier uso contrario que hubiera podido darse hasta la fecha...» (*Instituto,* p. 26).

Resulta que, en 1838, François Coindre redactó nuevos Estatutos, que desconocemos, pero que fueron enviados a Roma para obtener la aprobación y que fueron examinados y aprobados en el Capítulo General de septiembre de 1840.

Por lo poco que sabemos, según estos Estatutos el nombramiento de los dos asistentes y del secretario general, que al principio era competencia del capítulo, se asigna ahora exclusivamente al superior general, mientras que el nombramiento de los dos consejeros y del ecónomo, se asigna al capítulo. Al suprimir el cargo de director general, se debieron replantear también diversos nombramientos que eran de su competencia (*ibid.*, p. 26). A partir de 1840, el superior general tenía dos consejos: el consejo ordinario, formado por los asistentes y por los titulares de los cargos supremos, con voz consultiva; y el consejo general, formado por el consejo ordinario, más otros dos consejeros que tenían competencia sólo en cuestiones económicas, y que se reunía, al menos, una vez al año (cfr. *El Instituto - Nuestros capítulos generales, en Anuario, 48,* [1953-54], pp. 16-17).

III. *Trabajo legislativo del Siervo de Dios: las Reglas comunes.*

1. *Preparación y aprobación.* El nuevo Superior General, Hno. Policarpo, siendo el primero de los miembros de la Congregación que asumía las más altas responsabilidades de la misma, y al resultar elegido después de un período de incertidumbre, advertía, como la mayor parte de sus Hermanos, el vacío que la falta de reglas bien concisas producía en la vida de la Congregación. Apenas un año y pocos meses después de su elección, puso manos a la obra y, con la circular del 8 de enero de 1843, pidió a sus Hermanos que le enviasen todos los documentos que poseyeran, especialmente los atribuidos al fundador. Examinando el con-

texto de la circular, podemos concluir que el Siervo de Dios puso una diligencia extrema (cfr. Doc. XXII, par. 1, cap. 8). Con el material recibido, para el verano del mismo año, el trabajo de redacción estaba terminado, y en el mes de setiembre, todos los Hermanos lo tenían ante sus ojos (*ibid.*).

Al mismo tiempo, aconsejado por los PP. Jesuitas, ya desde junio de 1843 pensó en la aprobación de la Santa Sede. Pero antes quiso que recibieran el visto bueno de los Obispos de las diócesis donde la Congregación tenía casas. La primera aprobación, como es obvio, fue la del obispo del Puy, el cual las hizo examinar «minuciosamente» por el rector del colegio de los Jesuitas de Vals, «quien las encontró repletas de sabiduría y dignas de aprobación» (Carta del Siervo de Dios, en borrador, al Sr. Chapelle, secretario del obispo de Mende, en junio de 1843; respuesta del Vicario General, Rabeyrolle, el 4 de julio, en *Hno. Pol - Reglas: aprobación de los obispos,* Archivo. de los HH. del S.C.).

Siguieron después las aprobaciones de los obispos de Mende, St. Flour, Grenoble, Lyon, Cahors, Nevers, Rodez y, por último, la del obispo de Mobile en los Estados Unidos de América (7 de agosto de 1848). Todas estas aprobaciones fueron publicadas en 1850 junto al texto de las Reglas (pp. 51-56). A partir de 1843, el Hno. Policarpo se ocupó de que cada Hermano recibiera una copia de las Reglas para que pudiese estudiarlas, como deducimos de un ejemplar conservado hasta nuestros días *(en Reglas - Edición 1844).*

Con esta sabia y prudente preparación, en el Capítulo General de 1846, el 11 de septiembre –al día siguiente de su reelección para el cargo de Superior General, después de la aprobación de los Estatutos– el Siervo de Dios presentó también las Reglas, que fueron aprobadas por unanimidad. Del acta que habla de todo esto, se deduce la estima que todos los religiosos profesaban hacia su Superior, quien había sido el artífice de este trabajo. (Doc. VIII).

Al día siguiente, el Siervo de Dios reunió a todos los profesos perpetuos que no formaban parte del Capítulo y, aunque no estaba obligado a hacerlo, les pidió también a ellos su aprobación, aprobación que concedieron por unanimidad, añadiendo que las conocían muy bien «tanto por su lectura como por haberlas practicado durante varios años desde que fueran redactadas por nuestro Rvdmo. Hno. Superior General» (*ibid.*).

Aprobadas las Reglas por parte de los obispos interesados y por los Hermanos de la Congregación, no se olvidó de la última meta: Roma. El Siervo de Dios deseaba con impaciencia obtener la aprobación del obispo de Mobile, en los Estados Unidos, para poder empezar cuanto antes los trámites de aprobación ante la Santa Sede. A este propósito, estaba en condiciones de poder afirmar: «Monseñor de Morlhon, nuevo obispo del Puy, demuestra hacia nuestra Congregación el más alto interés: se ha propuesto enviar él mismo nuestras Reglas a Roma para que sean aprobadas por el Sumo Pontífice» (Carta a los religiosos de América, 29 de diciembre de 1847; cfr. 27 de junio de 1847, *Hno. Pol - Correo de América)*

En los *Informes quinquenales* de las diócesis de Lyon y Le Puy a la Santa Sede durante el período que nos ocupa, hemos encontrado sólo una genérica referencia a los Hermanos del Sgdo. Corazón (Fondo de la Sagrada Congregación del Concilio, Archivo Secreto Vaticano)

2. *Las fuentes.* El Siervo de Dios, antes de comenzar su trabajo, reunió todo el material necesario para realizar una obra duradera. A este fin, además de recurrir a los escritos del fundador, tuvo en cuenta otras Reglas contrastadas por una experiencia de siglos. Para la parte religioso-formativa, se sirvió de las Constituciones y Reglas de la Compañía de Jesús; para los aspectos estructurales, pedagógicos y escolares, acudió a las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

1) Constituciones y Reglas de la Compañía de Jesús.- Siguiendo la pauta del fundador, que quiso establecer su Congregación basándose en las Constituciones de la Compañía de Jesús, el Siervo de Dios no sólo mantuvo esta tendencia, sino que la acentuó con fuerza. No se limita a inspirarse en las líneas generales, como otros fundadores; a veces, copia los artículos casi al pie de la letra.

Entrando en detalles, estamos en condición de poder afirmar que, de los 228 artículos que contiene la Regla del Siervo de Dios, 67 están tomados de las Constituciones y Reglas de la Compañía de Jesús, y otros se inspiran en ellas. El Siervo de Dios manejó una edición de 1620, perteneciente a la biblioteca del colegio de los Jesuitas de Vals, que todavía hoy se conserva en el archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón en Roma: *Reglas de la Compañía de Jesús,* París, 1620. De las diferentes partes que la componen, la que más usó el Siervo de Dios fue la primera: *Sumario de las Constituciones,* de la que recoge la mayor parte de sus artículos (44 sobre 52); a mayor distancia sigue la segunda parte, *Reglas comunes;* y saca unos pocos elementos del resto, que trata de las reglas particulares.

Damos aquí algunos ejemplos de transformación de las Constituciones de San Ignacio en las Reglas del Hno. Policarpo.

De los veinticinco capítulos de las reglas del Hno. Policarpo, diecinueve presentan elementos extraídos de las Constituciones y Reglas de San Ignacio. Pero no todos en la misma medida: algunos, únicamente uno o dos artículos, íntegros, parciales o simplemente inspirados; otros, el capítulo entero, o casi. Así, seis de los nueve artículos del capítulo V, De la mortificación, pertenecen a las Constitucio-

Constituciones de San Ignacio	*Reglas del Hno. Policarpo*
Artículo 21	Cap. III, art. 1
Que todos aprovechen el tiempo dedicado a las cosas espirituales y se esfuercen por hallar devoción según la capacidad que la divina providencia les comunique.	Que todos dediquen a las cosas espirituales el tiempo asignado, y que se apliquen para hallar devoción en ellas según la medida de la gracia con que Dios quiera favorecerlos.

art. 4

... Y no harán por obligación ninguna penitencia ordinaria o austeridad corporal; más bien, cada uno puede elegir las que le parezcan convenientes para su progreso espiritual, con la debida aprobación del superior, así como las que los superiores puedan imponer a este fin.

Cap. V, art. 2

La regla no obliga a ninguna otra austeridad o penitencia; pero cada uno podrá hacer, con la aprobación del superior, las que le parezcan más apropiadas a su progreso espiritual y las que los superiores puedan imponerles con los mismos fines.

art. 29

Todos se esfuerzan, con suma diligencia, en preservar de cualquier desorden las puertas de sus sentidos, principalmente la vista, el oído y la lengua ...

Cap. V, art. 4

Es necesario que todos pongan una atención especial en guardar de tal modo sus sentidos –principalmente los ojos, los oídos y la lengua– que no les concedan ninguna libertad por muy poco desordenada que les parezca.

Veamos, en el ejemplo siguiente, cómo se ha inspirado el Siervo de Dios en un artículo de las Reglas de la Compañía de Jesús, aunque apartándose de él en algunos aspectos.

La forma de escribir

art. 17

Si hubiera que comunicar algo secreto, o que deba conocer solamente el superior, se escribirá aparte, en carta particular, añadiendo (*personal*) a la dirección, y se liará e introducirá en el paquete común; pero si tal tipo de carta se enviase sola, se envolverá en otra hoja de papel donde aparezca la dirección sin esa indicación (*personal*).

Cap. XX, art. 5

Cuando los Hermanos de una comunidad escriban al superior general del Instituto, el director recogerá todas las cartas, las introducirá en la suya y la cerrará en presencia de todos; cuando reciba la respuesta a estas cartas, la abrirá igualmente en presencia de todos los Hermanos y dará a cada uno la suya ...

nes ignacianas; el capítulo VI, De la negación de sí mismo, entero; tres de los seis artículos del capítulo VII, *De los ejercicios de humildad*; siete de los nueve artículos del capítulo VIII, *De la obediencia*; seis de los ocho artículos del capítulo X, *De las virtudes de pobreza y castidad*; trece de los quince artículos del capítulo XIII, *De la modestia*, o sea, todas las *Reglas de modestia* de la Compañía de Jesús; tres de los ocho artículos del capítulo XX, *De las cartas*; cuatro de

los nueve artículos del capítulo XXI, *De los viajes*; tres de los nueve artículos del capítulo XXII, *De los enfermos*. Otros capítulos toman uno, dos o tres artículos solamente. Debemos observar que el capítulo XI, *Del silencio*, que consta de diez artículos, se inspira en el artículo vigesimosexto de las *Reglas Comunes* de San Ignacio.

De todo esto, se deduce claramente el gran peso específico que las Reglas ignacianas tienen en la formación de los Hnos. del Sgdo. Corazón, especialmente en la parte espiritual más relacionada con las virtudes fundamentales, básicas para alcanzar la perfección que el Señor pide a quienes se han consagrado a su servicio. Por tanto, no es de extrañar la especial devoción de los Hnos. del Sgdo. Corazón hacia los santos más conocidos de la Compañía: San Ignacio, San Francisco Javier y San Luis Gonzaga; ni tampoco el trato cordial y de mutuo entendimiento con los padres de la Compañía quienes, dentro de sus posibilidades, se prestan con entusiasmo a desarrollar obras de apostolado sacerdotal en las comunidades y colegios de los Hermanos.

2) Reglas de los Hnos. de las Escuelas Cristianas. Si el Hno. Policarpo 'pescó' abundantemente en las Constituciones de la Compañía de Jesús, de los Hnos. de las Escuelas Cristianas tomó toda la parte estructural, organizativa y funcional: únicamente tuvo que aplicar su particular modo de ver y adaptar a la peculiaridad propia de su Congregación las Reglas, Estatutos y Constituciones de la familia de la Salle. Para nuestro estudio, hemos utilizado la edición de 1835: *Reglas y Constituciones del Instituto de los Hnos. de las Escuelas Cristianas, aprobadas por nuestro Santo Padre, el papa Benedicto XIII,* París, 1835.

En treinta y seis capítulos, estas Reglas comunes encierran todos los deberes que cada religioso debe cumplir indistintamente. Se parte del fin, necesidad y espíritu del Instituto y se consideran, después, las prácticas que se deben realizar en común y, por tanto, los ejercicios de piedad, de humildad y de mortificación (capítulos 1-5). Sigue el modo de comportarse en los recreos, en la escuela, en las correcciones a los alumnos, en las relaciones consigo mismo, con los alumnos y con las personas ajenas a la comunidad; en el trato con el Director y entre sí; y, en particular, el comportamiento de los religiosos encargados de los empleos manuales (capítulos 6-9, 12-15). Intercalados con estos capítulos, hay dos dedicados a los días de clase, a las vacaciones y al inspector de las escuelas (capítulos 10-11). No faltan consideraciones sobre la regularidad, sobre los votos en particular y en general y sobre su obligatoriedad; sobre el silencio, la modestia, los enfermos y las prácticas de piedad por los religiosos difuntos; sobre los viajes y acerca de las cartas (capítulos 16-27). Después tenemos dos capítulos que hablan de la enseñanza del latín y del horario del día (capítulos 28-29). Los últimos se refieren a los diversos ejercicios que se deben realizar los domingos y días festivos, en los días de asueto, en las vacaciones de verano, en la Semana Santa y en otras fiestas

especiales (capítulos 30-36).

En veintiuno de los veinticinco capítulos de las Reglas del Hno. Policarpo, es evidente la presencia de las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; se excluyen únicamente los capítulos: VI, *Sobre la negación de sí mismo;* VIII, *Sobre la obediencia;* X, *Sobre las virtudes de pobreza y castidad;* XII, *Sobre la pureza de intención,* donde prevalecen casi absolutamente las Constituciones de San Ignacio.

A veces, la presencia de las Reglas lasalianas es reconocible sólo en la idea general, pues el autor se ha permitido mayor libertad de adaptación, de modo que puede asumir la autoría. Veamos algunos ejemplos:

3) *Reglas y otros escritos del fundador, P. André Coindre, y prescripciones dadas bajo el gobierno de su sucesor*.- No siempre es evidente la presencia de las ordenanzas del P. André Coindre en las Reglas del Siervo de Dios; a veces, constatamos una simple inspiración más o menos marcada. De todos modos, elementos de dichas Reglas del P. Coindre, los encontramos en el capítulo I, a propósito del fin de la Congregación (art. 3), y especialmente en el

Hermanos de las Escuelas Cristianas	*Hermanos del Sagrado Corazón*
No les estará permitido retener lo que los alumnos tengan en clase, excepto los libros nocivos o sospechosos, que entregarán al Hno. Director para que los examine o los haga examinar. (capítulo 7, p. 18).	No retendrán nada de lo que los alumnos traigan a clase, excepto los malos libros, que entregarán al Hno. Director para que los haga examinar. (capítulo XV, artículo 10)
Los Hermanos no hablarán en los recreos de lo que haya ocurrido en ninguna de las casas del Instituto, ni de los sucesos de la casa en que viven, ni del gobierno del Instituto. No hablarán de ningún Hermano, ni de los que hayan pertenecido al Instituto, ni de ninguna otra persona viva. (capítulo 6, p. 14).	No hablarán de las personas extrañas a la comunidad, ni siquiera de los miembros del Instituto, ni de las cosas que pasan en otras comunidades o de lo que ocurre en la comunidad donde viven, a menos que sea para hablar bien o de cosas útiles y edificantes (capítulo XIV, art. 4).
Tendrán una devoción particular hacia la Santa Comunión; no dejarán de recibirla los días ordinarios, a no ser por alguna necesidad y con el parecer del Hno. Director o por orden del confesor; el Hno. Director les podría privar de ella a causa de faltas externas de consideración. (cap. 4, p. 8).	Para acercarse a la comunión, además del parecer del confesor, obtendrán el permiso del Hno. Director, que podría privarles de la misma a causa de faltas externas considerables (capítulo IV, artículo 6).

capítulo V, cuando el Siervo de Dios, hablando de las mortificaciones, toca el tema de las comidas (artículos 8 y 9); tienen también relación, entre otros, los artículos: quinto del capítulo X, sobre la pobreza; una parte del octavo artículo del capítulo XIII, sobre la modestia; el artículo undécimo del capítulo XV, sobre el comportamiento con los alumnos. Una sola vez notamos que se haya inspirado en las *Reglas de los vigilantes* (capítulo I, art. 7, en parte), y en otra ocasión copia literalmente la segunda condición de la *Regla sobre la obediencia* (capítulo VIII, art. 9).

Ciertamente, el Siervo de Dios no podía pasar por alto lo que se había decidido bajo el gobierno del P. François-Vincent Coindre, decisiones que todavía seguían vigentes en la Congregación. Encontramos algunos elementos sueltos, repartidos aquí y allá, como, por ejemplo, en los capítulos decimoquinto, decimoctavo, vigésimo y vigesimoprimero, pero especialmente en el vigesimotercero, a propósito de los sufragios por los difuntos.

3. *Contenido y características.*– Las Reglas preparadas por el Siervo de Dios, aprobadas por el Capítulo General de 1846 y publicadas en 1850, se volvieron a publicar recientemente en el *Anuario* del Instituto del año 1954-1955.

a) Visión de conjunto.– Comprenden veinticinco capítulos y, a diferencia de las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, están subdivididas en 228 artículos. El autor presenta, nada más comenzar, cuál es la finalidad del Instituto y los medios para conseguirla; después trata de la vida de comunidad, es decir, de los elementos esenciales para mantener la unión. Hablando de la piedad, se consideran las diversas prácticas propias de la Congregación, y de modo particular, en capítulo aparte, se insiste sobre los sacramentos de la sagrada comunión y la confesión. Siguen los tratados sobre la mortificación, sobre la negación de sí mismo y sobre los ejercicios de humildad. Inmediatamente después de la obediencia, como lógico corolario, sigue un capítulo sobre la manera de comportarse los religiosos con el Director y con los demás Hermanos. Después de considerar sucesivamente cada uno de los tres habituales votos, vienen tres capítulos dedicados al silencio, a la pureza de intención y a la modestia; no se han descuidado los recreos, que se tratan con atención suficiente. Siendo los Hermanos del Sagrado Corazón religiosos cuyo carisma es la enseñanza, existen sus cuatro buenos capítulos (XV - XVIII) dedicados a sus obligaciones de educadores de la infancia y de la juventud: se considera el planteamiento general dado a las escuelas, programas, horarios y actitud de los educadores; qué sanciones pueden imponerse y cómo; también trata de los deberes de los religiosos respecto a sí mismos, a los demás Hermanos y a otras personas relacionadas con la escuela; se echa también un vistazo a los días de clase y de vacación. Llegado a este punto, casi como colofón al amplio panorama ofrecido, de la vida comunitaria, el Siervo de Dios

añade un capítulo sobre la dirección espiritual. Después de otros cuatro capítulos dedicados, respectivamente, a la correspondencia, a los viajes, a los enfermos, y a los sufragios por los difuntos, se dan normas sobre la admisión de postulantes, toma de hábito, profesión religiosa y obligaciones de los votos. El reglamento diario, pormenorizado y detallista, constituye el tema del último capítulo.

Comparadas con las Reglas de los HH. de las Escuelas Cristianas, las del Hno. Policarpo son menos amplias y completas. En efecto, faltan los capítulos sobre: los inspectores de las escuelas, los votos en general, la regularidad, el latín, los ejercicios correspondientes a diversos tiempos litúrgicos, y la liturgia de la Iglesia. Aparte de la transposición de capítulos, se nota en seguida la preocupación del Siervo de Dios por ofrecernos un texto más ágil, menos minucioso y pesado.

b) Disposiciones sobre la dirección espiritual.– Debemos aclarar una prescripción del capítulo XIX, que resulta bastante sorprendente, más aún tratándose de una congregación religiosa laical: el artículo tercero obliga a los religiosos a dar cuenta de conciencia al Superior de la casa una vez al mes. Y el artículo tercero del capítulo XX manda, además, escribir tres veces al año al Superior General para cumplir el mismo deber: «para darle cuenta de su conciencia».

Si este uso se introdujo en las congregaciones femeninas, no es de extrañar que aparezca también en las congregaciones religiosas masculinas laicales y, en concreto, en la Congregación laical más importante de aquel entonces, es decir, la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuyas Reglas, junto con las de la Compañía de Jesús –que tenían también esa misma prescripción– fueron consultadas por el Siervo de Dios para redactar las suyas.

Por tanto, el Siervo de Dios no hizo otra cosa que prescribir lo que ya se practicaba entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas *(Reglas y Constituciones del Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas...,* París, 1835, cap. V, p. 12), cuyas Reglas habían sido aprobadas por la Santa Sede. Más aún, mientras el Hno. Policarpo redujo la rendición de cuentas de conciencia a una vez al año, los Hermanos de las Escuelas Cristianas la tenían cada semana.

A causa de los inconvenientes que se derivaban de ese tipo de mandato, León XIII, por el decreto *Quemadmodum,* del 17 de diciembre de 1890, de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, abolió cualquier disposición obligatoria de las constituciones de los institutos laicos –o sancionada por uso inmemorial– relativa al rendimiento de cuentas de conciencia a los superiores (*León XIII, Pontífice Máximo, Actas,* vol X, Roma 1891, pp. 353-357). El año 1917, el Código de Derecho Canónico recogió este decreto y lo extendió a todos los institutos religiosos, masculinos y femeninos, clericales y laicales, así como a las sociedades piadosas de vida común. (can. 530, 675).

4. *Algunas reglas particulares.*– La primera redacción de las Reglas no tra-

taba específicamente de las obligaciones del Hno. Director ni del encargado de los trabajos manuales. El capítulo XV de las Reglas de los Hnos. de las Escuelas Cristianas habla «Del modo de comportarse los Hermanos que sirven», mientras que para el Hno. Director, además del capítulo de *Las Reglas sobre el gobierno* (edición de 1845, pp. 100-113), estaban en vigor los *Consejos del venerable Juan Bautista de la Salle a los Hnos. Directores del Instituto de los Hnos. de las Escuelas Cristianas* (*ibid.*, pp. 114-128). El Siervo de Dios llenó este vacío componiendo, en 1854, *Las Reglas de los Directores*, que obtuvieron la aprobación definitiva en el Capítulo General de 1865. Preparó igualmente las *Reglas de los Hermanos encargados de los cuidados temporales*, aprobadas en el Capítulo de 1856.

Estas últimas, enviadas multicopiadas a todas las casas con la firma autógrafa del Siervo de Dios, se componen de veinte capítulos, el último de los cuales está dividido en seis parágrafos y un fragmento final a modo de exhortación. El autor dirige su Regla a los religiosos encargados de la cocina, por la importancia que tenía este oficio. Como en la mayor parte de las casas había solamente tres o cuatro Hermanos, no era necesario centrarse en los diversos trabajos de los religiosos que no estaban directamente ocupados en la enseñanza, ya que un solo Hermano se ocupaba de todo. Aquí, el Siervo de Dios es más independiente y da normas maduradas por la experiencia. Es minucioso, preciso en cada detalle, e insiste en especial sobre la limpieza del ambiente, de la persona, de la vajilla, etc; naturalmente, no olvida la parte espiritual, sobre la que insiste mucho: va desde los pensamientos de imitación del divino obrero de Nazaret, hasta los ejercicios de piedad, que quiere que se observen escrupulosamente, para lo cual habrá que actuar con agilidad, precisión y orden en el desempeño de los trabajos.

Las Reglas de conducta de los Hermanos Directores, más extensas, contenidas en un fascículo multicopiado de 12 páginas, constan de una introducción y de cuatro parágrafos: *Deberes de los Directores con relación a su propia conducta; Deberes con relación a sus Hermanos; Deberes respecto a las clases y a los alumnos; Deberes con relación a las personas de fuera.* Las coincidencias con las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas –no es de extrañar– son, con mucho, inferiores a las halladas en las otras reglas. Inmediatamente observamos que se trata de reglas propias, fruto de una persona sabia, práctica en el manejo de situaciones reales y muy equilibrada. Por su estilo, estas Reglas, son sencillas, directas, cristalinas en las disposiciones, y de fácil adaptación ambiental y psicológica. Punto de partida, y elemento aglutinante de todo, es el buen ejemplo, fuente de éxito; el gobierno del Director tiene que estar marcado por la caridad y el amor a sus súbditos y debe esforzarse para que esa misma caridad reine entre todos los religiosos. Estas son las características de las disposiciones del Siervo de Dios, que encierran y regulan todas las demás. Una sabia

disposición es la que ordena a los directores que se esfuercen por convencer a los religiosos para que en los tiempos libres aumenten sus conocimientos culturales y se capaciten así para otros cargos o clases superiores. Al tiempo que apela al espíritu de pobreza, insiste muchísimo sobre el riguroso deber de conciencia del Director de interesarse por la salud de los Hermanos y procurar que no les falte nada de lo necesario; la comida deber ser «sencilla, sana y variada» (página 8). Con relación a los alumnos y colegios, su modo de actuar tiene que llevar el sello de un gran celo, vigilancia extrema en todo, orden, precisión y discreción. Con especial insistencia y amplitud, alude el Hno. Policarpo al tema de la discreción en el trato con las mujeres y, en general, con cualquier persona ajena a la comunidad.

IV. *Estatutos y Constituciones.*

1. *Los Estatutos aprobados el año 1846.* – Los Estatutos de una congregación religiosa son el conjunto de disposiciones que regulan su organización y gobierno. El P. François V. Coindre, como ya hemos visto, había preparado un texto más completo basándose en las disposiciones de su hermano. Dicho texto necesitaba una puesta al día, y el Siervo de Dios no podía desentenderse de ello; en efecto, antes del Capítulo General de 1846, preparó una nueva redacción. Se hacía necesario un texto definitivo que sirviera también para informar al público y a las autoridades civiles sobre las características de la Congregación.

Como las Reglas, e inmediatamente antes, también los Estatutos fueron aprobados el 11 de septiembre de 1846 por la asamblea capitular, tras una seria y moderada discusión de los mismos (*Capítulos Generales 1841-1952*, p. 10). Habiendo enviado previamente el Siervo de Dios una copia a los Hermanos más antiguos, rogándoles un estudio serio, su voto favorable en el Capítulo era fruto de la experiencia y madura reflexión. «Al día siguiente de las elecciones –dice el acta– el Capítulo General se reunió de nuevo bajo la presidencia del Rvdo. Hno. Superior General para examinar los *Estatutos* de la Congregación y aprobarlos, si se creía oportuno. Después de leerlos, y tras seria reflexión sobre su tenor, todos los miembros abajo firmantes los aprobaron por unanimidad» (*ibid.*; Doc. VIII).

El manuscrito original de estos Estatutos aún se conserva en el archivo de los Hnos. del Sagrado Corazón y lleva a pie de página la firma del Siervo de Dios y de los demás miembros del Capítulo. Es de formato grande y se compone de seis páginas. Prácticamente desconocido para la mayor parte de los religiosos de la Congregación, su texto ha sido recientemente publicado en el *Suplemento* de *Los Hnos. del Sagrado Corazón. Historia del Instituto* (Roma, 1956, pp. 237-261).

Consta de diecinueve artículos divididos en dos grupos: los trece primeros se dedican al fin del Instituto, su denominación, el número mínimo de religiosos en cada casa, las reglas, admisión de los postulantes, el noviciado, los votos, el testa-

mento, universalidad de la Congregación, el hábito religioso y la sumisión al romano pontífice; en los demás, bajo el título «Gobierno general de la Congregación», se trata de las atribuciones del capítulo general, del superior general, del consejo general, del gobierno en caso de cargo vacante y convocatoria del capítulo, y del obispo protector y sus atribuciones.

2. El trabajo legislativo del Capítulo General de 1856.– En opinión del Siervo de Dios, las Reglas comunes y los Estatutos promulgados, no bastaban para el gobierno definitivo de la Congregación. Los Estatutos, en particular, carecían del acabado necesario para el buen funcionamiento de la misma y de los oficios que le eran inherentes; por otro lado, la experiencia había demostrado la necesidad de revisar algunos puntos ya aprobados. De aquí que el Siervo de Dios emprendiese la tarea de dar a la Congregación los estatutos definitivos y las constituciones que faltaban. Para esto, lo primero era convocar el Capítulo General de 1856.

a) Preparación. – El proyecto lo venía madurando con calma desde hacía tiempo. Ya en mayo de 1855 había manifestado al Hno. Alphonse su intención de «modificar los Estatutos y redactar unas reglas de gobierno» (8 de mayo, *Hno. Policarpo- Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S.C.); y al Hno. David le decía: «Los reglamentos que se han hecho hasta ahora se reducen a poca cosa, pero nos proponemos realizar algunas modificaciones que, cuando estén hechas, no dejaremos de darle a conocer» (14 de mayo, *ibid.*).

Así pues, hacia mediados de diciembre de 1855, se puso en contacto con todos los religiosos mediante una circular en la que establecía las líneas generales del trabajo que se proponía realizar. A partir de ahora, era de urgente necesidad organizarse definitivamente, en base a la experiencia adquirida y el desarrollo de la Congregación. Su proyecto lo condensaba en estas palabras: «Los Estatutos deben estar formados por la substancia de estos principios y adecuadamente desarrollados en las Reglas, en las Constituciones o el gobierno y en la Guía del Hermano educador» (ver *Escritos del S. de D. Hno. Policarpo,* presentados a la Sgda. Congregación de Ritos). Confiando en la colaboración de todos sus Hermanos, les envió un borrador de los nuevos Estatutos para que cada uno hiciese las observaciones pertinentes y se las enviase para finales de enero del año siguiente (*ibid.*). Al mismo tiempo, solicitaba la opinión de todos sobre el proyecto de sustituir el capítulo general integrado por miembros vitalicios –como había sido hasta entonces– por una asamblea electiva. Proponía también algunas directrices para el examen de los Estatutos y daba las líneas maestras del modo práctico que se podría seguir en la elección de representantes para la futura asamblea, reservada a los Hermanos profesores de votos perpetuos y a los directores profesos. Indicaba, además, las que serían competencias propias de la asamblea. (ver extracto en el Doc. XXII, par. 1, cap. 14).

Obtenido el parecer favorable de todos los encuestados, el 25 de abril de 1856 se trató, principalmente, sobre la elección de delegados al Capítulo, fijada para el 30 de mayo siguiente. Por eso, el mes de mayo, mes de María, debía dedicarse a la oración devota y ferviente para que todo llegase a feliz término. También se daba la lista de los religiosos elegibles, que eran cincuenta y seis (en *Hno. Policarpo - Circulares,* Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón). «Lo que yo quiero, y lo que desean también ustedes –precisaba el Hno. Policarpo– es una administración bien fundada, es el orden general, es todo lo que puede asegurar el porvenir de un Instituto llamado a hacer un gran bien».

El 30 de mayo fueron elegidos veinte miembros titulares, más seis suplentes para el caso de que alguno de los titulares no pudiera asistir a las reuniones. La circular de primeros de julio fijaba las fechas del Capítulo, del 15 de agosto al 15 de septiembre, daba normas sobre la clausura del curso escolar, distribución de premios y oraciones que habría que rezar. Además, invitaba a todos los religiosos, sin distinción, a indicar por escrito al Capítulo los principales abusos observados y los puntos que les parecían más descuidados. Proponía, en fin, a los futuros capitulares los principales artículos a examinar, para que reflexionaran profundamente sobre ellos; referíanse estos principalmente: a las reglas particulares, al tipo de permanencia de los miembros capitulares –limitada de una elección a otra, o vitalicia–, al superior general y sus atribuciones, a los asistentes generales, etc. (en *Capítulo,* 1856)

Nos hemos extendido en este trabajo preparatorio, para mostrar la atención dedicada por el Siervo de Dios a una obra tan importante: meticulosidad, claridad de principios, orden y precisión; observamos en él, además, un gran desapego de sus atribuciones, con viva y sentida preocupación por hacer hablar a la Congregación en conjunto, de manera que el trabajo legislativo procediera de todos los miembros y no fuese impuesto desde arriba. Se nota siempre una gran confianza en todos y el deseo de mostrarse igual a los demás y, por tanto, de someterse con agrado a las decisiones de la asamblea. «Por mi parte –escribe en la circular de julio– en todo lo que sigue, sólo pretendo exponer ante ustedes mi punto de vista. Una vez que los representantes de la Congregación se reúnan, yo me convierto en un miembro más de la asamblea con los mismos derechos que los demás, es decir, mi voto y mis opiniones, dejando en todos los casos la decisión a la voluntad de Dios, manifestada por el voto de la mayoría» (*ibid.*). Hemos de notar que estos sentimientos, aparte de ser personalísimos, no provenían del uso, actualmente en boga, de hacer hablar a las bases, sino de una iniciativa original, nacida espontáneamente en él, cosa que requería perspicacia y tacto de gobierno.

b) El Capítulo General. El 16 de agosto, en la alocución inaugural del Capítulo, el Siervo de Dios expone a sus miembros las líneas generales del mismo y el programa que se ha de cumplir (Doc. XXII, par. 1, cap. 14).

Los trabajos capitulares se llevaron a cabo del 16 de agosto al 5 de septiembre en veinticuatro sesiones, algunas de las cuales tuvieron lugar en un mismo día (*Capítulos Generales 1841-1952,* pp. 13-61, Archivo de los HH. del Sgdo. Corazón). Después de las dos primeras, reservadas a la alocución del Siervo de Dios y al nombramiento de los miembros de las tres comisiones de estudio, se pasó a las observaciones enviadas por algunos religiosos respecto al nombre de la Congregación. La discusión sobre los veintisiete artículos de los nuevos Estatutos terminó en la décima sesión (*ibid.,* p. 28); en la sesión siguiente, fueron leídos y aprobados. Las demás sesiones se dedicaron a las partes suplementarias. Desde la sesión duodécima a la décimosexta –después de discutir los capítulos segundo, tercero y cuarto– se legisló sobre la organización general del gobierno del Instituto, sobre la asamblea capitular y sobre el comité. Una vez examinados algunos retoques a las Reglas comunes en las dos sesiones siguientes, se reanudaron los debates con el capítulo quinto, sobre los asistentes generales, y se prosiguió con el octavo, sobre los visitadores, y con otro capítulo sin numerar, sobre los religiosos encargados de las cuestiones temporales.

Llegados a este punto, como era ya el 5 de septiembre, fueron clausuradas las sesiones de la asamblea. Quedando aún mucho trabajo por hacer, según el programa trazado por el Superior General, los capitulares decidieron por unanimidad encontrarse al año siguiente, y más teniendo en cuenta que el trabajo realizado no había sido aprobado definitivamente. Para poner al corriente de todo a los demás Hermanos, los capitulares les enviaron una circular: Se había trazado el plan general, distribuido las materias, dividido en capítulos las constituciones y fijado los temas a tratar, de los cuales, sólo algunos habían sido elaborados (la circular del 5 de septiembre se encuentra en el Doc. XXII, par. 1, cap. 14).

Pero contrariamente al voto capitular, la asamblea no se reunió en los dos años siguientes; y así, al fallecer el Siervo de Dios, se debió esperar al sucesor. El mismo Siervo de Dios expone la razón de este retraso en una carta, fechada el 20 de febrero de 1858, dirigida al Hno. Alphonse que se hallaba en América: «La asamblea no se ha reunido porque los materiales no estaban listos, y dudo que lo estén para las próximas vacaciones, ya que nuestros dos asistentes están muy ocupados en preparar sus respectivos libros, uno sobre aritmética y el otro sobre gramática con ejercicios prácticos; los dos textos están ya en la imprenta». (*Hno. Pol. Corresp. de América,* Archivo HH. del S.C.).

3. Los dos Estatutos: el de 1846 y el de 1856. Ante todo hay que anotar las diferencias entre los Estatutos de 1856 y los iniciales de 1846. Si en estos, el número de artículos es inferior (19), la amplitud de cada uno es, muchas veces, superior, ya que contienen temas que en 1856 pasaron a ser puntos específicos de las Constituciones. Por eso, los Estatutos de 1856 (27 artículos) son más ágiles. También el orden de los artículos es diferente: mientras en los Estatutos de 1846,

los artículos que se refieren al gobierno general de la Congregación se encuentran al final (14-19), en los Estatutos de 1856, están al principio.

A esta diferencia externa corresponden también variaciones de forma y contenido. En los Estatutos de 1856, aparece más genérica la finalidad del Instituto, más simple su denominación (*Hermanos de los Sagrados Corazones*) y definitivamente aclarada su estructura organizativa. Se empieza por el superior general y se desciende, paso a paso, a la asamblea, los asistentes, el secretario general, el procurador general y visitadores, y el director de una casa; las casas quedan repartidas en provincias, cada una de las cuales posee su propio noviciado, su provincial y su maestro de novicios. El superior general tiene a su lado al consejo ordinario y al comité (art. 3-16). En los Estatutos de 1846, se hablaba del capítulo general, superior general, asistentes, secretario, procurador y consejeros, además del consejo general y del obispo protector. Esta última función se suprimió en 1856. Ahora, la asamblea general se modifica, no sólo en sus miembros, –elegibles, como ya sabemos– sino en sus competencias: mientras, en 1846, el capítulo podía nombrar superior general, asistentes, secretario, procurador y obispo protector, y además podía admitir a los candidatos a la profesión perpetua, y ayudar al consejo y al superior general en casos de extrema gravedad, en 1856, en cambio, las únicas competencias que se le atribuyen son las de elegir superior general y asistentes y deliberar sobre los intereses generales de la Congregación. Las demás atribuciones son devueltas al superior general, al consejo y al comité. En general, se advierte ahora un aumento de las funciones asignadas al superior general, que adquiere mayor prestigio. También el consejo tiene un número más restringido de miembros; y las competencias de que gozaba en 1846, se reparten ahora con el comité. Excepto el de los asistentes, el nombramiento de todos los demás cargos es de exclusiva competencia del superior general.

En los Estatutos de 1856, los artículos 17-27 aluden someramente a la admisión de los postulantes, cuyo límite de edad se fija en treinta años, mientras que en 1846 era treinta y cinco; también consideran los gastos de educación, la duración y el lugar del noviciado, el derecho a conservar la propiedad de sus bienes materiales, los deberes de la Congregación con relación a cada uno de sus miembros y las obligaciones de cada miembro respecto a ella, la facultad del superior general y su consejo ordinario para abrir casas, las relaciones entre los fundadores de las escuelas y los religiosos de la Congregación, además de los artículos que tratan de la enseñanza primaria. Todo lo esencial que se quiera saber sobre la Congregación, lo hallamos compendiado ahora de una manera mucho más extensa que en los Estatutos de 1846, los cuales, en los artículos 3-13, hablan ampliamente de la admisión de postulantes, de los votos y cuestiones relacionadas con ellos, temas que faltan, precisamente, en los Estatutos de 1856. Hacemos notar que, mientras en estos Estatutos –al cabo de diez años de experiencia– el número mínimo de

religiosos por casa se fijaba en dos, en 1846 era de al menos tres Hermanos por comunidad, «siempre que fuera posible».

4. Características y comparación con las Constituciones de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Como base de nuestro estudio, tomamos la *Regla de gobierno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas,* de 1845. Una confrontación –aunque sea muy superficial– de las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con las Constituciones y Estatutos del Siervo de Dios, nos permite observar claramente la dependencia de estos respecto a la Regla lasaliana. También aquí hay artículos que se trasladan literalmente, o casi en su integridad, o en su idea; pero los cambios personales realizados por el Siervo de Dios, las prescripciones de su propia cosecha y las adaptaciones, son mucho más marcados que en las Reglas. Mientras existe algún capítulo con puntos comunes apenas perceptibles –como el dedicado a los religiosos encargados de los cuidados temporales, del cual ya hemos hablado– uno sólo, el cuarto, es exclusivo del Siervo de Dios. Es muy interesante conocer la estructura que regula el gobierno general de las dos Congregaciones, para tener una idea de los puntos comunes y de las particularidades propias de los Hermanos del Sagrado Corazón. Dispondremos en dos columnas lo que se refiere a unos y a otros, teniendo presente que lo que encontremos entre paréntesis corresponde a decisiones de los capítulos generales de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y no a sus *Reglas.*

El tiempo de noviciado en el Instituto de los Hnos. de las Escuelas Cristianas, es de trece meses, y en el Instituto de los Hnos. del Sgdo. Corazón, de dos años,

Hermanos de las Escuelas Cristianas	*Hermanos del Sagrado Corazón*
Superior General vitalicio, elegido por la asamblea con mayoría absoluta;	Superior General vitalicio, elegido por la asamblea con mayoría de dos tercios;
El número de asistentes sin precisar, elegidos por la asamblea cada diez años;	Dos asistentes, al menos, elegidos por la asamblea por mayoría absoluta cada nueve años;
Capítulo general formado por el superior general y asistentes, dieciocho directores profesos de las principales casas, otros dieciocho maestros profesos antiguos, es decir, con al menos quince años de profesión, (uno o dos delegados de cada provincia fuera de Francia y también los ex-asistentes, a juicio del superior general);	Asamblea capitular formada por el superior, los asistentes, el secretario, el procurador general y por veinticinco religiosos educadores profesos perpetuos;
	Director general, nombrado por el superior general, entre los asistentes, para casos de vejez o enfermedad;
Secretario general, elegido por el superior general por un tiempo indefinido	Secretario general, elegido cada nueve años por el superior general;

Procurador general, elegido por el superior general por tiempor indefinido;	Procurador general, elegido cada nueve años por el superior general;
Régimen del Instituto formado por el superior general y los asistentes;	Consejo ordinario formado por el superior general, los asistentes, el secretario general y el procurador general; pueden ser convocados el director y el maestro de novicios de la casa madre;
	Comité, formado por los miembros del consejo ordinario y por seis miembros de la asamblea capitular nombrados cada nueve años;
Visitadores, elegidos cada tres años por el superior general, visitan las casas cada año;	Visitadores, elegidos por tiempo indefinido por el superior general, visitan las casas al menos una vez al año;
(Las casas que existen en un estado extranjero forman una provincia)	Director Provincial, dirige una provincia, es elegido por tiempo indefiinido;
Director de una casa, elegido por el superior general cada tres años;	Director de una casa, nombrado por el superior general por tiempo indefinido;
	Procurador Provincial, por tiempo indefinido;
Director de novicios, por tiempo indefinido;	Maestro de novicios, por tiempo indefinido;
Subdirector en todas las casas;	Subdirector en las casas que tienen cuatro o más religiosos;
Procurador en las principales casas;	
	Consejo, nombrado por el superior general en los noviciados y en los internados importantes, con la obligación de reunirse cada quince días.

uno de los cuales debe transcurrir en una casa dedicada a tareas apostólicas temporales. Aquí vienen mejor especificadas las competencias de la asamblea capitular y mejor determinadas las modalidades de la elección de sus miembros. Importante es la función del comité, que debe reunirse al final de cada año escolar y en circunstancias especiales: sus competencias son diversas, pero principalmente se refieren a la parte administrativa temporal y a ciertas disposiciones de particular importancia. Se nota en todo esto un gran sentido de equilibrio por parte del Siervo de Dios y de sus colaboradores.

Conclusión: La tarea legislativa del Siervo de Dios se desarrolla con la colaboración de sus Hermanos, aunque es verdad que a él se deben, no sólo la iniciativa

y el planteamiento general del programa a desarrollar, sino también la redacción definitiva de las Reglas y Constituciones.

V. *Criterios seguidos en la publicación de las «Reglas»*

Del trabajo legislativo del Siervo de Dios, en la Positio publicamos sólo las *Reglas generales y comunes,* que resultan las más indicadas para adentrarnos en su pensamiento. El texto es el original publicado en Lyon en 1850 (*Reglas/ generales y comunes / del / Instituto de los Hermanos / de / la Instrucción cristiana de los SS. CC. /,* Lyon / Imprenta tipográfica y litográfica de Louis Perrin/.../ 1850, pp. 56), texto posteriormente reeditado con una docena de correcciones ortográficas y gramaticales (que no tendremos en cuenta) en el *Anuario* número 49, 1954-55, pp. 10-52. Pero debemos precisar que nuestra edición no se limita a ofrecer el texto escueto; se diferencia esta de las anteriores en que, por primera vez, se añade una parte crítica, muy sobria, pero suficiente para hacernos entrar en seguida en el pensamiento del autor y en las fuentes de que se sirvió.

Las normas que hemos seguido son las siguientes:

1. Las partes propias de los Hermanos del Sagrado Corazón están en *cursiva*; también aparecen en cursiva, como en el original, los títulos de las obras citadas y las palabras en latín.

2. Las fuentes de cada capítulo se van indicando con notas a pie de página a medida que se avanza en la lectura del mismo.

3. Las siglas usadas en las notas son las siguientes:

C.I. = *Compendio de las Constituciones*, en las *Reglas de la Compañía de Jesús*, París, 1620 (cfr. más arriba);

R.I. = *Reglas comunes*, en *Reglas de la Compañía de Jesús*, París, 1620 (cfr. más arriba);

R. F. S. C. = Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El texto que seguimos, como ya se ha dicho, es el de 1845.

4. Los números que siguen a las siglas C.I. y R.I. o a otras disposiciones de los Jesuitas, se refieren a los artículos.

5. La indicación de páginas de las Regla de André Coindre se refiere al manuscrito del archivo general de los Hermanos del Sagrado Corazón en Roma.

REGLAS GENERALES Y COMUNES

DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA DE LOS SS. CC.

CAPÍTULO PRIMERO

Fin del Instituto, medios para alcanzar este fin [1]

1. El fin de este Instituto no es solamente trabajar con la ayuda de la gracia divina para obtener la propia salvación, sino también dedicarse con todas las fuerzas, con la ayuda de la misma gracia,[2] *a la instrucción religiosa y moral de los niños*. Los miembros de este Instituto se llamarán siempre con el nombre de «Nuestro querido Hermano N».[3]

[4] 2. Es una cosa conforme a su vocación el viajar a diversos países y fijar su residencia en cualquier parte del mundo donde crean poder ofrecer a Dios mayor servicio y ser más útiles para la salvación [4] de los niños.

3. *Trabajarán con ardor en su propia santificación personal y en la de sus alumnos, haciéndoles conocer y practicar nuestra santa religión.*[5]

4. *Tendrán la mayor estima de su vocación y no descuidarán medio alguno para perfeccionarse en ella.*

5. Debe animarles constantemente un espíritu de fe viva, una gran confianza en Dios y una entrañable caridad para con el prójimo.

6. Nunca se acobardarán ante las dificultades, por grandes que sean; temerán solamente una cosa, el pecado y la desgracia de perder su vocación.[6]

7. Se considerarán establecidos por Dios para guardar el tesoro de la inocencia de los niños a ellos confiados y para alejar de sus almas cuanto pudiera inducirlos al pecado, especialmente todo lo que puede atentar contra la fe y la santa virtud de la

---

[1] R. F. S. C., capp. 1 y 2.

[2] C.I., 2.

[3] R. F. S. C., cap. 1, p. 1.

[4] C.I., 3. (*Los números entre* [ ] *corresponden a la página del documento original*)

[5] Se ha inspirado en el capítulo *Sobre el celo*, de la regla del Padre André Coindre (A.C., *Reglas del Fundador*; Archivo de los HH. del S.C.) y el capítulo 2 se inspira en *El espíritu de este Instituto*, de las reglas de los Hermanos de la Escuelas Cristianas.

[6] R. F. S. C., cap. 2, partes diversas, pp.3-5.

pureza.[7] Nunca dejarán solos a sus alumnos, sobre todo en los dormitorios y en los recreos.[8]

8. La oración, la vigilancia, el buen ejemplo y las instrucciones *puestas al alcance de sus alumnos* serán los medios que emplearán para santificarlos.[9]

CAPITULO II

De la vida de comunidad

1. Todos sus ejercicios, *en la medida de lo posible,* los realizarán en común:[1] *dormitorio, comedor, sala* [5] *de comunidad, recreo, mobiliario y utensilios, todo lo tendrán en común.*

2. *Sólo el Hermano Superior General podrá tener una habitación particular;*[2] *los Hermanos Directores de cada casa podrán tener un pequeño despacho para escribir; podrán incluso dormir en él, siempre que a través de una ventanilla puedan vigilar el dormitorio.*

3. Nadie comerá ni beberá fuera de la comunidad,[3] *a no ser que se encuentre a más de dos leguas de distancia y exista verdadera necesidad.*

4. Los días de asueto no irán nunca de paseo por separado;[4] *asistirán todos a él, a no ser que estén dispensados por razones graves. Incluso el Director de cada comunidad se las arreglará para ir, en la medida de lo posible.*

5. Sólo comerán en casa, los miembros de la comunidad o los que vayan a pertenecer a ella.[5] *Sin embargo, si un Hermano recibiera la visita de su padre, de su madre o de un hermano, podría comer con ellos en el recibidor o en una*

---

[7] *Ibid.*, p. 5.

[8] *Reglas de los vigilantes durante los recreos y Regla del vigilante en el dormitorio de los niños,* del P. André Coindre (A.C.- *Reglas de los vigilantes,* Archivo de los HH. del S.C.).

[9] R. F. S. C., cap. 2, p. 5.

[1] *Ibid.*, cap. 3, p. 6.

[2] En la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se dice que ningún religioso tendrá una habitación particular: sólo el superior general tiene permiso para ocupar un «despacho» para escribir (*ibid.*).

[3] R. F. S. C., cap. 3, p. 6; R.I., 16.

[4] R. F. S. C., cap. 3, p. 6.

[5] La Regla de los HH. de las Escuelas Cristianas prohíbe a las personas de fuera participar

sala vecina, a la vista, sin embargo, de otro Hermano. Se evitará cuidadosamente que entren en la parte reservada a la comunidad las personas de otro sexo, aun cuando se tratara de las hermanas de algún Hermano.

6. Unicamente puede salir solo el Hermano encargado de proveer a las necesidades temporales de la casa del noviciado; los demás procurarán ir siempre acompañados [6] *por alguno de los Hermanos o, al menos, por un alumno.*

7. *En la dirección de las escuelas y en todos los asuntos,* harán lo posible por evitar la disparidad de pareceres, que suele engendrar discordias y destruye la unión de corazones; es preciso, por el contrario, cultivar con el mayor esmero la unión y conformidad de juicios y voluntades[6] para que, unidos por el vínculo de la caridad fraterna, puedan entregarse mejor y con más provecho al servicio de Dios y del prójimo.

8. No debe haber en el Instituto ninguna inclinación especial hacia tal o cual partido político que pudiera formarse en los diferentes estados y distritos; habrá, más bien, una especie de amor universal que, en nombre de Nuestro Señor, abarque todos los partidos, por opuestos que sean entre sí.[7]

CAPITULO III

De los ejercicios de piedad

1. Que todos dediquen a las cosas espirituales el tiempo que está señalado y que trabajen por hallar devoción en ellas según la medida de la gracia con que Dios se digne favorecerlos.

2. Que estén prevenidos contra las ilusiones del demonio en las prácticas espiri-

---

en cualquier ejercicio de la comunidad, incluido el refectorio mientras comen los religiosos, a no ser que se trate de un postulante, un interno o una persona de servicio, con el permiso escrito del superior general del Instituto (*ibid.*, p. 7).

[6] *Ibid*. Mientras entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en general, el Hermano sirviente puede salir sin acompañante para los asuntos temporales, el Siervo de Dios ha restringido esta facultad a la casa del noviciado. La cuarta prescripción de la sesión del 14 de junio del capítulo general de 1826, prohibe a los religiosos, incluso al director mismo de la casa, salir solos si no poseen un permiso particular (cfr. *Instituto 1821-1841,* p. 16, Archivo de los HH. del S.C.).

[7] C.I., 42, 43. La primera parte del artículo 42 fue casi totalmente reelaborada por el Siervo de Dios.

tuales, y que se defiendan contra toda clase de tentaciones: instrúyanse también sobre los medios que hay que emplear para superarlas; aplíquense con asiduidad en conseguir las virtudes sólidas y verdaderas, tanto si Dios les da muchos consuelos espirituales, como si les da pocos; pongan, en fin, un cuidado especial para progresar en el servicio de Dios.[1]

3. *Cada mañana harán media hora, al menos, de meditación, y lo mismo por la tarde.*[2] *Amarán este santo ejercicio y lo considerarán como el primero y principal de sus actos cotidianos, y como* [7] *el más propicio para atraer sobre ellos y sus alumnos las bendiciones del cielo.*

4. *Tendrán todos el* Manual del Cristiano *y harán diariamente alguna lectura del* Nuevo Testamento, *que debe ser su primera Regla, y sobre la* Imitación de Cristo, *que les enseñará a practicarla. Después de leer algunos versículos del* Nuevo Testamento *y de la* Imitación, *continuarán su lectura espiritual en algún libro de piedad que trate de la perfección cristiana. La lectura espiritual durará media hora.*[3]

5. Todos los Hermanos rezarán cada día el *oficio parvo del Sagrado Corazón de Jesús con* Padrenuestros *y* Avemarías,[4] *las Letanías de la divina Providencia y del Corazón de Jesús*[5] *con las correspondientes oraciones, el Veni Creator,*

---

[1] C.I., 21, 22.

[2] En la decimoséptima sesión del capítulo general de 1856, el 29 de agosto, fue anulada la meditación de la tarde *(Capítulos Generales 1841-1952,* p. 44, Archivo de los HH. del S.C.). En el capítulo cuarto de la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, relativo a los ejercicios de piedad, no se habla de la meditación; en cambio, en el capítulo vigésimonoveno, a propósito del reglamento diario, viene indicada la media hora de meditación (p 73).

[3] En el reglamento diario de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se habla de la lectura cotidiana del *Nuevo Testamento y de la Imitación de Cristo.* (cap. 29, p. 73).

[4] En los *Ejercicios de piedad para uso de los Hermanos de la Instrucción cristiana de los Sagrados Corazones.*, publicado por el Siervo de Dios, entre 1841 y 1846 (cfr. intr. Doc. XIII), también viene el *Oficio Parvo del Sagrado Corazón de Jesús* (pp. 28-47), enteramente en francés y compuesto así: Padrenuestro, Avemaría, Credo, Acto de contrición; Maitines: 4 versículos, 5 padrenuestros, 5 avemarías, antífona, versículo y oración; Laudes: versículos (como en Maitines), 5 padrenuestros, 5 avemarías, antífona propia, versículo y oración (como en Maitines), versículo. «Oración», Letanías del Sagrado Corazón, Tantum ergo (en latín), 3 versículos y una oración larga; Prima: versículos (como en Maitines), 5 padrenuestros, 5 avemarías, antífona propia, versículo y oración (como en Maitines); Tercia, Sexta y Nona: versículos (como en Maitines), 3 padrenuestros, 3 avemarías, antífona propia para cada hora, versículo y oración (como en Maitines); Nona tiene además 1 versículo, la oración,el *Veni Creator*, las Letanías de la divina providencia, un versículo y la oración; Vísperas: versículos

las oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga.

6. Nunca dejarán de rezar diariamente el santo rosario; y si alguno, *por causa justificada*, no pudiera hacerlo con la comunidad, lo rezará en otro momento.[6]

7. Harán diariamente el examen particular de conciencia,[7] *según el método indicado en el libro de los Ejercicios espirituales, durante un cuarto de hora antes de comer, y durante seis minutos en la oración de la tarde.*

8. Todos los que se han consagrado al Señor en el Instituto tratarán de conseguir virtudes sólidas y perfectas y se dedicarán a cosas espirituales; harán más caso de esta clase de asuntos que de las riquezas, los talentos y otros dones naturales y humanos, porque las primeras son interiores y de ellas sacan las otras su eficacia para conducirnos al fin que nos hemos propuesto.[8]

9. En cuanto uno forme parte del Instituto [8] abandonará sus devociones particulares y las sustituirá por las devociones comunes de la Regla.[9]

CAPITULO IV

(como en Maitines), 7 padrenuestros y 7 avemarías, antífona propia, versículo y oración (como en Maitines); Completas: versículo (como en Maitines), 7 padrenuestros y 7 avemarías, antífona propia, versículo y oración (como en Nona), 2 oraciones, una a San Ignacio y la otra a San Luis Gonzaga, versículo y oración. Este Oficio está basado en el *Oficio Parvo del Sagrado Corazón de Jesús* atribuido al padre Gette, S.I., o al padre Croisset, S.I. (1691), modificado y completado por el padre François-Joseph de Gallifet, S.I. (1663-1749), en 1727 (cfr. DE GALLIFET, *La excelencia de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo*, edición canadiense, Montréal, 1903, pp.162-178). Los Hermanos del Sagrado Corazón han rezado el Oficio dado por el Siervo de Dios –con algunos retoques posteriores– hasta 1962, cuando fue sustituido por uno nuevo, adaptado a los tiempos del Año Litúrgico y aprobado por la Sagrada Congregación de Ritos el 28 de junio de 1962.

[5] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas rezaban las letanías del Niño Jesús y de San José (*ibid.*); cfr. n. 4.

[6] R. F. S. C., cap. 4, p. 9.

[7] C.I., 6. En la misma sesión decimoséptima del capítulo general de 1856, el 29 de agosto, fue abolido el examen particular de antes de comer y fue adelantado para que se hiciera después de la oración de la mañana, como examen de previsión *(Capítulos generales 1841-1952*, pp. 44-45, Archivo de los HH. del S.C.). Para hacer bien estos exámenes de conciencia y la meditación (cfr. más arriba, art. 3) el Siervo de Dios dio unos «Métodos» muy claros (cfr. *Ejercicios de piedad para uso de los Hermanos de la Instrucción cristiana de los Sagrados Corazones.*, cit. pp. 26-27, 66-75).

[8] C.I., 16.

[9] R. F. S. C., cap. 4, p.9.

De las confesiones y comuniones

1. Al ingresar en el Instituto se hará una confesión general de los pecados y, después de ella, se recibirá la sagrada comunión.[1]

2. *Harán todos los años un retiro espiritual de seis días completos, sin contar los días de entrada y salida*; durante el mismo, harán una confesión extraordinaria, abarcando desde la última confesión general o extraordinaria.[2]

3. *Los postulantes y novicios formandos se confesarán cada ocho días; los novicios que ejercen como profesores y los profesos, lo harán cada quince, o más a menudo, si lo desean.*[3]

4. En cada casa, no habrá más que un confesor, nombrado por el Hno. Superior General.[4]

5. *En las témporas del año, cada uno podrá elegir, dentro de la parroquia, el confesor que prefiera. En esas épocas, están obligados a prescindir del confesor ordinario.* Nunca se confesarán durante las horas de clase.[5]

6. *Para comulgar, además del parecer del confesor, necesitan permiso del Hno. Director,*[6] quien podrá privarles de ella por faltas exteriores importantes.

7. Las comuniones de comunidad se harán el [9] domingo,[7] *las fiestas de precepto y el primer viernes de cada mes. Esta comunión mensual se ofrecerá por el bien general del Instituto. Podría autorizarse otra el jueves y en alguna otra fiesta, según el fervor de los Hermanos que lo deseen.*

8. Harán cada día, al menos, un cuarto de hora[8] de acción de gracias después de la comunión *y, al acabar, rezarán tres Avemarías por el bien general del Institu-*

---

[1] C.I., 5

[2] El mismo artículo 5 del *Compendio de las Constituciones* de la Compañía de Jesús habla de la confesión general anual, pero no indica el tiempo de los ejercicios.

[3] El artículo 6 del *Compendio de las Constituciones* de la Compañía de Jesús, en el que se inspiró el Siervo de Dios, sin hacer distinciones, establece la comunión cada ocho días, en general, para los que no son sacerdotes. Igualmente hacen los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para los religiosos en general (R. F. S. C., cap. 4, p. 9)

[4] C.I., 6.

[5] R. F. S. C., cap. 4, p. 8.

[6] En la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (cap. 4, p.8) se dice lo contrario, es decir, que para no comulgar los días ordinarios es preciso un permiso del director o del confesor

[7] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas añaden también los jueves y los días de fiesta que caen entre semana; el director puede permitir la comunión con mayor frecuencia *(ibid.).*

to.

CAPITULO V

De la mortificación

1. *Sin estar obligados bajo pena de pecado, los Hermanos a los que la salud se lo permita, ayunarán una vez a la semana, ya sea el viernes, ya las vigilias de las fiestas de Nuestro Señor o de la Santísima Virgen;* y si durante la semana hubiere un ayuno de precepto, dicho ayuno sustituirá al de comunidad.[1] *En la semana que ocurra la festividad del Sagrado Corazón, fiesta patronal del Instituto, se ayunará la víspera de esta celebración.*

2. La Regla no obliga a ninguna otra austeridad o penitencia; no obstante, cada uno podrá hacer, con aprobación del Superior, las que le parezcan más apropiadas para su progreso espiritual y las que los superiores pudieran imponerle con la misma finalidad.

3. Cada uno cumplirá las penitencias que le hayan sido asignadas por sus defectos, por su negligencia o por cualquier otro motivo; debe aceptarlas, incluso, con ánimo decidido y con deseo de corregirse y de avanzar en la perfección [10], aun cuando se las impusieren por faltas de las que, quizá, pudiese no ser culpable.

4. Es necesario que todos pongan un cuidado muy especial en la guarda de sus sentidos, principalmente los ojos, los oídos y la lengua, de modo que no les den ninguna libertad por pequeña que sea.

5. Velen para conservarse en la paz y verdadera humildad interior y para que se manifieste por el silencio cuando haya que guardarlo, por la discreción y la edificación en las palabras cuando tengan que hablar, por la modestia del rostro y el decoro al moverse y al caminar, sin que en nada de esto pueda notarse signo alguno de impaciencia o de orgullo.

6. Transparenten su humildad dando ellos mismos, y deseando que se dé, preferencia a los demás, apreciándolos desde el fondo de su corazón como si fueran

---

[8] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen media hora (*ibid.*)

[1] R. F. S. C., cap.5, p. 10.

superiores a ellos, y también procurando exteriormente a cada uno de ellos, con sencillez y moderación religiosas, el honor y el respeto que su estado exige: de aquí resultará que, al fijarse los unos en los otros, crecerán en el amor y la devoción y se sentirán impulsados a alabar a Dios, Nuestro Señor, a quien cada cual debe intentar reconocer en el prójimo como lo reconoce en sus imágenes.

7. Al tomar las comidas, hay que guardar, en todo, la templanza, la modestia y el decoro, tanto interior como exterior. Recítese el *Benedicite* antes de la comida y que, después, se den las *Gracias* con toda la devoción y el respeto convenientes; mientras el cuerpo toma su alimento, que se dé también al alma el suyo.[2]

8. No harán más que tres comidas al día: en el desayuno tomarán una sopa y medio vaso de vino; en [11] la comida tendrán dos platos; y en la cena un plato y la ensalada, o bien queso, o algunas frutas.[3] *En la estación de las frutas, podrán, de vez en cuando, tomarlas como postre en la comida. En las cuatro principales fiestas del año,*[4] *en la fiesta patronal del Instituto y en la fiesta patronal de cada casa respectiva,* habrá un pequeño extra.

9. *Serán muy sobrios en el comer y en el beber, sobre todo con relación al vino, enemigo de la castidad; a no ser que se encuentren muy fatigados, tendrán mucho cuidado de no tomarlo sin haberlo aguado antes generosamente. Cualquier otra clase de licor está terminantemente prohibido, excepto en caso de enfermedad. Podrán tener una botella en las comunidades para las fatigas imprevistas; nunca más de una. Rechazarán siempre todas las que les ofrezcan.*[5]

CAPITULO VI

De la negación de sí mismo

---

[2] C.I., 4, 37, 29, 30.

[3] Regla de A.Coindre, pp. 26-27; *Reglas del gobierno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, primera parte,* París 1845, cap. 3, p. 8.

[4] La Regla de A. Coindre indica seis: el día de la profesión, el día de la renovación de los votos, la fiesta de San Ignacio, la de San Luis Gonzaga, Navidad y Pascua (p.27).

[5] Véanse indicaciones análogas en la Regla del P. André Coindre.

1. Es preciso que todos, en presencia de nuestro Creador y Señor, consideren atentamente como punto de gran importancia, cuán útil es, para avanzar en la vida espiritual, tener una aversión absoluta y sin reservas hacia todo lo que el mundo ama y abraza; por el contrario, deben aceptar, e incluso desear con todas sus fuerzas, todo lo que Jesucristo Nuestro Señor amó y abrazó; porque así como los hombres del mundo, que están apegados a las cosas del siglo, aman y buscan con gran ahínco los honores, la reputación [12] y la fama entre los demás hombres, igualmente, los que caminan por las sendas del espíritu y siguen seriamente a Jesucristo Nuestro Señor, aman y desean ardientemente todo lo que es contrario al mundo, como las humillaciones, los desprecios, las afrentas y demás cosas que mortifican los apetitos naturales.

2. Con el fin de llegar con más facilidad a este grado de perfección, tan importante en la vida espiritual, cada uno debe de trabajar, con la mayor dedicación que pueda, en la búsqueda de la más perfecta negación de sí mismo y de una mortificación continua en todas las cosas, conforme a la voluntad de Dios y dentro de los límites de sus posibilidades.

3. En el desempeño de los empleos bajos y humildes, resulta más oportuno elegir preferentemente los que más se opongan a las inclinaciones de la naturaleza, con tal que lo hagan siguiendo las órdenes del Superior.

4. Hay que prevenir las tentaciones sirviéndose de las virtudes opuestas: así, cuando observen que alguien se siente inclinado a la soberbia, le emplearán en las cosas más bajas, las que sean capaces de humillarlo; y esta misma práctica se mantendrá para vencer las demás inclinaciones del alma hacia el mal.

5. Nos será muy provechoso dedicarnos con esmero –siempre dentro de nuestras posibilidades– a los empleos que mejor ocasión nos ofrecen de practicar la humildad y la caridad. En general, cuanto más estrechamente unido está uno con Dios, y más generoso es con su divina Majestad, tanto más intensamente experimenta también los efectos de la liberalidad divina, y más dispuesto se encuentra cada día para recibir gracias y dones espirituales con mayor abundancia.

6. Cuando alguien recibe un empleo en el Instituto, no debe esforzarse por pasar a otro, sino por perfeccionarse en el suyo y dedicarse de lleno, en él, al servicio y gloria de Dios.

7. [13] Quien ingrese en el Instituto esté persuadido de que debe abandonar a su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y todo cuanto antes tenía en el mun-

do y que, a partir de ahora, sólo debe vivir para Jesucristo Nuestro Señor, quien hará para él las veces de padre, de madre, de hermano, de hermana y de todas las cosas.[1]

CAPITULO VII

De los ejercicios de humildad

1. Para progresar en la virtud, y especialmente para rebajarse y humillarse más, uno debe sentirse contento de que todas sus faltas, imperfecciones, y cuanto hayan observado en él, sea comunicado a los superiores por cualquiera que se haya enterado de ello fuera de la confesión.

2. Que todos tomen a bien ser corregidos por los demás y contribuyan gustosos, a su vez, a corregirlos; a este fin, estén dispuestos a manifestarse mutuamente las faltas con el amor y caridad que se requieren para progresar más y más en el espíritu, principalmente si reciben esa orden del Superior o si él mismo les interroga para mayor gloria de Dios.[1]

3. Todos los domingos, antes o después de una de las comidas,[2] conforme al parecer del Hno. Director, todos los Hermanos se acusarán de sus propias faltas externas, y recibirán una penitencia tal como realizar algunas oraciones o lecturas, o ciertas prácticas de humildad.

4. [14] Todos los primeros viernes de mes, al final del recreo de la noche que, a ese efecto, concluirá a las ocho y media, los Hermanos se reunirán en el capítulo de culpas donde se avisarán mutua y caritativamente de sus defectos externos, pero no de las faltas que otros hubieren cometido contra su propia persona. Las faltas considerables, que podrían inducir a escándalo, serán comunicadas en particular al Hno. Director y no en el capítulo de culpas, a menos que sean de dominio público.[3]

5. El Hno. Director *no declarará sus faltas* y no se le avisará públicamente de sus defectos en el capítulo de culpas, a menos que esté presente el Rvdo. Hno. Superior General del Instituto, o el Hermano Visitador en el tiempo de la visita,

---

[1] C.I., 11, 12, 13, 14, 19, 20, 8.

[1] C.I., 9, 10.

[2] La Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas prescribe esto cada día, antes de la cena (cap. 5, p. 11).

durante la cual se hará la acusación de las faltas de todo el año.[4]

6. Que todos pidan al Superior, de vez en cuando a lo largo del año, alguna penitencia por las faltas que hayan cometido contra las Reglas, con el fin de que esto constituya una prueba del deseo que cada uno tiene de progresar espiritualmente en el servicio de Dios.[5]

CAPITULO VIII

De la obediencia

1. Es especialmente importante y de todo punto necesario para avanzar en la virtud, que todos practiquen una perfecta obediencia, reconociendo al Superior o Director, cualquiera que sea, como quien ocupa el puesto de Jesucristo Nuestro Señor, y tengan hacia él un profundo respeto y amor. En la ejecución externa de lo que manda, que no se limiten a obedecerle [15] interior, pronta y esforzadamente, con la debida humildad y sin excusas, aunque mande cosas difíciles y contrarias a las inclinaciones de los sentidos; procuren tener, además, sumisión interna y una verdadera negación de su propio querer y de su opinión personal, conformando su voluntad y su juicio, en todas las cosas donde no haya pecado, con la voluntad y el juicio del Superior, que tomarán como regla de su querer y su pensar, a fin de que, por ese medio, consigan una mayor conformidad con la primera y soberana regla de toda buena voluntad y de todo juicio bien ajustado, que no es otro sino la voluntad y la sabiduría eterna de Dios.

2. Que todos, con obediencia sincera, dejen al Superior plena libertad para disponer de ellos y de cuanto les atañe, sin ocultarle nada, ni siquiera su propia conciencia, sin resistirle ni contradecirle, y sin manifestar, en forma alguna, opiniones opuestas a las de él, a fin de que, por la unión de sentimientos y de voluntades, y por la debida sumisión, perseveren y avancen cada vez más en el servicio de Dios.

3. Tengan todos especial cuidado en guardar la obediencia con exactitud y cumplirla con perfección, no sólo en las cosas que son obligatorias, sino también en las demás, aunque no adviertan más que un indicio de la voluntad del Superior, sin

---

[3] *Ibid.* Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen lo mismo todos los viernes.

[4] *Ibid.*, p. 12.

[5] C.I., 51.

mandato expreso. A este fin, hay que mantenerse en la presencia de Dios nuestro Creador y Señor, en cuya consideración se presta obediencia a un hombre; y hay que hacerlo de modo que se actúe con espíritu de amor, y no con la turbación que procede del miedo.

4. [16] Conduzcámonos con gran prontitud para obedecer a la voz del Superior como si saliese de los mismos labios de nuestro Señor Jesucristo, abandonando al instante la ocupación que tengamos, dejando, incluso, inacabada una letra que hubiéremos comenzado a hacer.[1]

5. Orientemos nuestras fuerzas y nuestra intención de tal manera, que no omitamos nada de cuanto pueda hacer más perfecta nuestra obediencia, tanto en la ejecución como en la voluntad o en el juicio, cumpliendo con prontitud, alegría espiritual y perseverancia todo lo que nos ordenan. Convenzámonos de que todo lo que nos mandan es justo, y rechacemos, con una especie de obediencia ciega, todo sentimiento y todo juicio propio que pudieran ser contrarios a ella.

6. Persuádanse bien de que, quien vive bajo la obediencia, debe dejarse gobernar por la Divina Providencia a través de sus superiores, como si fuese un cadáver, que se deja llevar a donde quieran y manejar como quieran, o como el bastón que un anciano usa cuando le place y para cuanto le es necesario.

7. Si alguien tiene que ir a colaborar en la cocina o ayudar al cocinero, debe obedecerle con mucha humildad en todo cuanto se refiere a su oficio. Es extremadamente necesario que todos obedezcan no sólo al Superior del Instituto o de la casa, sino también a los oficiales subalternos que reciben de él su autoridad; y que se acostumbren a obedecer sin mirar o considerar a qué Hermano obedecen, sino más bien, quién es aquel por el cual y al cual obedecen en todas las cosas, que no es otro sino el mismo Jesucristo nuestro Señor.[2]

8. *Siendo la virtud peculiar del Instituto la obediencia, es importante que cuantos son miembros de él sepan en qué consiste y cuáles son las características que deben acompañarla.*

9. [17] Para llegar con más seguridad a la perfección en esta santa virtud, tomarán todos como modelo la obediencia de Jesucristo, que hizo siempre la voluntad de su Padre y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.[3]

---

[1] C.I., 31, 33, 34; R.I., 15.

CAPITULO IX

De cómo deben comportarse los Hermanos con el Hno. Director y con los demás Hermanos

1. Los Hermanos, al hablar del Superior General del Instituto, le darán el tratamiento de «nuestro honorabilísimo[1] Hermano Superior»; al Director de la comunidad le llamarán «nuestro *muy*[2] querido Hermano Director». Al maestro de novicios le dirán también Hermano Director.

2. Verán a Dios en la persona de su Director, a quien dirigirán la palabra con profundo respeto. Al darle cuenta de su conciencia,[3] lo harán con plena confianza y apertura de corazón, como si se tratara de Dios mismo, que conoce el fondo de su alma.

3. Los consejos que les den, los recibirán siempre con mucho respeto, como provenientes del mismo Dios; mirarán al Hermano Director como al representante y la voz de Dios, que les da a conocer, a través del Superior, los medios que deben usar para ir a Él.

4. Recibirán con sentimientos de respeto y sumisión todas sus órdenes y mandatos, considerando únicamente la autoridad que Dios le comunica y la Divina Majestad en él representada.

5. [18] No replicarán a las advertencias, reprensiones y mandatos que reciban del Hermano Director directamente o a través de un intermediario, y se dispondrán a cumplir al instante cuanto les haya ordenado él mismo o por medio de otro.[4]

6. Tendrán entre sí *una gran caridad*, un afecto cordial y *una unión perfecta*. Amarán a todos sus Hermanos sin distinción, evitando cuidadosamente las amistades particulares y las conversaciones privadas, que a menudo son causa de la ruina

---

[2] C.I., 35, 36, 38.

[3] *Regla de la obediencia y de sus condiciones* del P. A. Coindre, 2 (A. C. *Reglas de la obediencia*, Archivo de los HH. del S.C.)

[1] En lugar de esta palabra, los Hermanos de las Escuelas Cristianas ponían «carísimo» (R. F. S. C., cap. 12, p. 29).

[2] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no usaban esta palabra (*ibid.*)

[3] En lugar de «conciencia», los Hermanos de las Escuelas Cristianas emplean «conducta». Hemos hablado de ello en la introducción; ver cap. XIX. El Siervo de Dios ha unido dos párrafos no consecutivos (R. F. S. C., cap. 12, pp. 30-31).

de las comunidades.[5]

7. Evitarán contradecir a sus Hermanos y no discutirán nunca entre sí; más bien, se someterán al parecer de los demás con respeto.[6]

CAPITULO X

De las virtudes de pobreza y castidad

1. Hay que amar la pobreza como el baluarte seguro de la vida religiosa, y conservarla en toda su integridad con el auxilio de la divina gracia.

2. Que amen la pobreza como a su propia madre, y que a su debido tiempo experimenten sus efectos conforme a la regla de una santa discreción. Que nunca usen las cosas como propias, y que estén dispuestos a pedir limosna de puerta en puerta cuando la obediencia o la necesidad lo exijan.

3. La comida y el vestido serán tales como corresponden a los pobres; que cada uno se persuada de que le darán las peores cosas que hay en la comunidad, para ayudarle a conseguir una mayor negación de sí mismo y un progreso cada vez más grande en la virtud.

4. [19] Sepan todos que no les está permitido prestar ni recibir, comprar ni vender, en una palabra, disponer de lo que sea, a menos que el Superior, debidamente advertido, se lo autorice.[1]

5. *Recibirán del Instituto la ropa que necesiten, guardándose bien de pedirla a personas de fuera. No modificarán en nada la forma de las prendas de vestir que les den. Serán muy pulcros tanto en su persona como en sus ropas. Sin poseer muebles lujosos, mantendrán sus casas ordenadas y limpias.*[2]

6. Lo que se refiere al voto de castidad no necesita de mayor explicación, pues no ignoramos con qué perfección debemos observarlo, esforzándonos en imitar la pureza de los ángeles por la pureza de nuestro cuerpo y de nuestra alma.[3]

---

[4] *Ibid.*, p. 31.

[5] *Ibid.*, cap. 13, p. 31; ver Regla de A. Coindre, especialmente en la última línea (p. 6)

[6] R. F. S. C., cap. 13, p. 33; ver R.I., 28.

7. *No bastará con que los Hermanos eviten todo lo que pueda atentar contra la santa virtud de la pureza; evitarán también cuidadosamente todo cuanto pudiera despertar, por su causa, cualquier sospecha contra esta amable virtud, como las visitas y las conversaciones con las personas de otro sexo o las confianzas excesivas con sus alumnos.*[4]

8. Que todos, mientras gocen de buena salud, tengan algún trabajo intelectual o corporal en que ocuparse, a fin de que la ociosidad, que es madre de todos los vicios, sea desterrada de nuestras comunidades en la medida de lo posible.[5]

CAPITULO XI

Del silencio

1. *Para honrar el silencio de nuestro divino Maestro en el seno de su gloriosa madre, la Virgen María, los* [20] *Hermanos procurarán que se guarde fielmente el silencio en todas sus comunidades.*[1]

2. *Los Hermanos lo guardarán estrictamente en todos los tiempos* y lugares que no se hayan fijado para el recreo, excepto en el caso previsto por el artículo 7 del capítulo XVII.

3. *Si por causa de la administración temporal de la comunidad, tienen que hablar con los padres de algún alumno o con personas de fuera, lo harán en pocas palabras; y, si depende de ellos, reservarán para tales entrevistas el tiempo del recreo. Procurarán edificar a todo el mundo por la discreción y amabilidad de sus palabras.*

4. *Nunca olvidarán que si el silencio debe ser el alma de las escuelas para el progreso de sus alumnos, también debe ser el alma de las comunidades para el bien espiritual de sus propias almas.*

---

[1] C.I., 23, 24, 25, 26; ver la carta del padre A. Coindre al Hno Borgia, del 21 de enero de 1822, *Anuario*, núm. *50*, 1955-56, p. 21.

[2] Estas ideas, aunque expresadas de otra manera, las leemos en la Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (cap. 17) y en la Regla del P. A. Coindre (en diversos lugares).

[3] C.I., 28.

[4] Ver R. F. S. C., cap. 18; Regla del P. A. Coindre, pp. 6-7.

[5] C.I., 44.

[1] Para este capítulo el Siervo de Dios se inspiró en la R.I., 26.

5. *Con deseos de perfección, lo guardarán cuidadosamente, trayendo a menudo a su memoria estas palabras del Espíritu Santo: «El que no peca con la lengua es varón perfecto. La lengua ... es un mundo de iniquidad».*

6. Guardarán un riguroso silencio desde la oración de la noche hasta después de la oración de la mañana[2] del día siguiente, *y durante todos los ejercicios de piedad, es decir, mientras se reza el oficio, la santa Misa, el examen particular, el rosario, la lectura espiritual y la meditación de la tarde. Ese será el llamado tiempo de «silencio mayor».*

7. Durante dicho tiempo, ni siquiera hablarán al Hermano Director a no ser por absoluta necesidad,[3] pero, en todo caso, en voz baja.[4]

Si están encargados de vigilar a los alumnos internos, tampoco hablarán para reprenderlos; se servirán, más bien, de las señas convencionales normalmente en uso, manifestando con su silencio que tienen[5] *ocupados en las cosas de Dios.*

8. [21] *En tiempo de silencio mayor, no se oirá ni una sola palabra en la casa. Se procurará que también los alumnos guarden silencio o, al menos, que hablen en voz muy baja en el interior de la casa, sobre todo, en ese tiempo de silencio mayor.*

9. *Los Hermanos encargados de los trabajos exteriores en las casas de noviciado, guardarán el silencio mayor durante los tiempos anteriormente citados y, además, desde la Misa hasta las nueve y desde las tres hasta las cuatro, recordando que fue a esta hora cuando el Salvador del mundo expiró en la cruz por salvarnos a todos. En el tiempo restante, les estará permitido hablar, pero en voz baja.*

10. F*uera del tiempo de silencio mayor*, si un Hermano tuviera que hablar con otro, obtendrá permiso del Hermano Director o de quien le reemplace.[6]

CAPITULO XII

---

[2] R. F. S. C., cap. 22, p. 56.

[3] *Ibid.*

[4] R.I., 26.

[5] La palabra correcta es «están», como se lee en la edición de la regla de 1954-55 (*Anuario*, p. 26): se trata evidentemente de un error de imprenta.

De la pureza de intención

1. Aplíquense todos a obrar por motivos sobrenaturales, no sólo en lo tocante a su estado de vida, en general, sino también en sus actos particulares, proponiéndose siempre, con sinceridad, servir y complacer a la Divina Bondad por amor y en consideración de la caridad y los señalados beneficios que nos ha preparado, más bien que por temor al castigo o por esperanza de la recompensa, aunque también deben ayudarse de estas motivaciones. Que todos, en fin, busquen a Dios en todas las cosas, despojándose en la mayor medida posible[22] del afecto a las criaturas, para entregárselo íntegro al Creador, amándole en todas las criaturas y a todas las criaturas en Él, según su divina y santísima voluntad.[1]

2. *Se esforzarán en hacer todas sus acciones con gran pureza de intención, con la máxima discreción y vigilancia de sus sentidos y de los movimientos del corazón, haciendo todo por Dios, caminando en su presencia, apartando continuamente de sus almas toda búsqueda de sí mismos y huyendo cuidadosamente de la vanidad y de la ambición.*

3. *Para elevar sobrenaturalmente su intención, cada mañana al levantarse, serán fieles a la práctica de ofrecer a Dios todas las acciones de la jornada; en el transcurso del día, si se encuentren en clase o en el interior de la casa, cada vez que suenen las horas en el reloj, renovarán la ofrenda de sus acciones recitando la fórmula indicada en el manual de Ejercicios de Piedad.*

Al dar la media hora, recordarán la santa presencia de Dios, que es alma y sostén de la vida interior.

4. *Tendrán especial complacencia en reunirse a menudo en los Sagrados Corazones de Jesús y de María por medio de frecuentes aspiraciones. Al dar las nueve durante la clase de la mañana, y a las tres en la clase de la tarde, todos los miembros del Instituto se reunirán en estos Sagrados Corazones, añadiendo a la oración de ofrecimiento de las acciones esta jaculatoria: «Corazón Sagrado de Jesús, abrasado en nuestro amor, haced que todos nuestros Hermanos habiten siempre en Vos».*

---

[6] R. F. S. C., cap. 22, p. 55

[1] C.I., 17

CAPITULO XIII

[23]

De la modestia

1. Es de desear que en todas las acciones exteriores de los Hermanos se vean brillar la modestia y humildad, unidas a la madurez religiosa, y que observen, concretamente, las prácticas siguientes.

2. Tendrán siempre la cabeza erguida, aunque algo inclinada hacia adelante. No la girarán con ligereza ni la inclinarán hacia un lado u otro.

3. De ordinario mantendrán la vista baja, sin elevarla demasiado o dirigirla a todas partes.

4. Al hablar con personas de autoridad y, sobre todo, con personas de otro sexo, no las mirarán fijamente a la cara, antes bien serán muy recatados con ellas.

5. Evitarán arrugar la frente y, sobre todo, fruncir el ceño, a fin de que la serenidad exterior del rostro sea un signo de la que existe en su interior.

6. No tendrán los labios ni muy apretados ni muy abiertos.

7. Mostrarán en su rostro más bien alegría que tristeza o cualquier otra pasión poco controlada.

8. Si tienen que hablar con alguien, acuérdense de la modestia que les debe caracterizar y de lo edificantes que han de ser con el prójimo, tanto en sus palabras como en la manera de expresarse;[1] por consiguiente, que no hablen demasiado, ni en voz muy alta, ni con precipitación, ni en tono brusco y exaltado, y que, mientras hablan, no hagan signos ni gestos con la cabeza o con las manos.[2]

[24] 9. Sus hábitos estarán limpios y guardarán el decoro religioso; estarán confeccionados según las normas establecidas por la obediencia.

10. No moverán las manos y, cuando no estén ocupadas, las colocarán dentro de las mangas en la medida de lo posible; al caminar, evitarán balancearlas.[3]

11. Cuando estén en reposo mantendrán los pies casi juntos, sin cruzarlos. No separarán ni extenderán mucho las piernas, y no las pondrán una sobre otra mientras estén sentados.[4] *Estando de pie, no cargarán el peso del cuerpo sobre una sola pierna, sino sobre las dos por igual.*

12. Caminarán pausadamente, sin ir demasiado aprisa, a no ser en caso de necesidad apremiante, e incluso en este caso, tendrán en cuenta la compostura y

modestia religiosas, en la medida de lo posible.[5]

13. Al trasladarse de una ocupación a otra, caminarán uno detrás de otro, a fin de evitar el desorden.[6]

14. Cuando estén varios juntos, respetarán el orden establecido por el Hermano Director. Cederán siempre el puesto central al Hermano Director o a quien lo reemplace.

15. Cuidarán que sus ademanes y los movimientos de su cuerpo sean tales que sirvan de edificación a todo el mundo.[7]

CAPITULO XIV

De los recreos

1. *Los Hermanos estarán en el recreo desde que acaba la comida hasta la una; desde el final de la* [*25*] *clase de la tarde hasta las cinco y cuarto; y desde el fin de la cena hasta las nueve menos cuarto.*[1]

2. Tomarán sus recreos juntos y, en lo posible, evitarán admitir a las personas de fuera.[2]

3. Al dirigirse al lugar donde se tomará el recreo, guardarán silencio hasta que todos hayan llegado a él. Una vez que estén reunidos, saludarán al Hermano Director,[3] *quien comenzará con algunas reflexiones piadosas sobre la lectura e indicará quién debe continuarlas. Estas piadosas conversaciones durarán, al menos, un cuarto de hora en los recreos de la comida y de la cena.*[4]

4. No hablarán nunca de la gente de fuera, ni tampoco de los miembros del Instituto, ni de los asuntos de otras casas o de la propia donde viven,[5] *a menos que*

---

[1] *Reglas de la modestia* de la Compañía de Jesús, artículos 1-7, 13. También el capítulo vigésimotercero de la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ha sido tomado, en gran parte, de ellas.

[2] R. F. S. C., cap. 23, p. 57; v. Regla del padre A. Coindre, p. 8.

[3] *Reglas de la modestia d*e la Compañía de Jesús, art. 8-9.

[4] R. F. S. C., cap. 23, p. 58.

[5] *Reglas de la modestia* de la Compañía de Jesús, art. 10.

[6] R. F. S. C., *ibid.*

[7] *Reglas de la modestia* de la Compañía de Jesús, art. 12, 11.

sea para hablar bien de ellas o decir cosas útiles y edificantes.

5. No se debe hablar de uno mismo, ni de su familia, ni de su pueblo, ni de la bebida o de la comida,[6] *ni de cosa alguna que denote amor propio o sensualidad, o que pueda herir ni un ápice la caridad.* [7]

6. No se ridiculizará ni se remedará a nadie. No se contradecirán con vehemencia. No se reprobará *ni con palabras ni con gestos* lo que otro haya dicho. Es al Hermano Director a quien corresponde señalar lo que se hubiera dicho de inconveniente.[8] No usarán nunca dialectos.[9]

7. Evitarán cuidadosamente las liviandades y los tonos de voz demasiado elevados. Se mantendrán muy en guardia para que no se les escape ningún gesto indecente, por nimio que sea. Una modesta y amable seriedad debe presidir todo el tiempo de los recreos.[10]

8. En las conversaciones *piadosas que deben mantener durante los recreos, especialmente durante*[25] *el primer cuarto de hora de cada uno de ellos*, hablarán a menudo de *nuestras santas Reglas*, de cuanto hace referencia a la negación de sí mismo, al progreso en las virtudes y a todo tipo de perfección; exhórtense unos a otros y anímense, sobre todo, a la unión y a la caridad fraterna.[11]

CAPITULO XV

De las escuelas

---

[1] En el capítulo sexto de la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que trata precisamente de los recreos, falta este fragmento, pero las ideas las encontramos en el capítulo XXIV, a propósito del horario de la jornada. Se nota, sin embargo, que los Hermanos de las Escuelas Cristianas no tenían recreo después de las clases de la tarde. En la sesión del 29 de agosto de 1856 del capítulo general, los Hnos. del Sgdo. Corazón alargaron este recreo hasta las cinco y media (*Capítulos Generales 1841-1952,* p. 45, Archivo de los HH. del S. C.).

[2] R. F. S. C., cap. 6, p. 13. Se han unido dos párrafos separados.

[3] *Ibid.*

[4] Como ya hemos apuntado en la introducción, en la sesión décimoctava del capítulo general, el 30 de agosto de 1856, a causa de diversas dificultades relacionadas con la presencia de todos los religiosos en el recreo y a una cierta intolerancia que acarreaba este ejercicio, fueron suprimidas estas conversaciones espirituales obligatorias del inicio del recreo *(Capítulos Generales 1941-1952,* p. 45, Archivo de los HH. del S. C.)

[5] R. F. S. C., cap. 6, p. 14.

[6] *Ibid.;* ver el capítulo 22, sobre el silencio, pp. 54-56.

[7] Ver la Regla del P. A. Coindre, p. 15.

1. En lo tocante a salario individual[1] de cada Hermano, todas las escuelas serán gratuitas; *si las casas no estuvieran suficientemente dotadas económicamente y fuera preciso cobrar pensiones a los alumnos, estas serán módicas, y todas para el bien de los establecimientos del Instituto. Se recibirá gratuitamente tantos niños pobres como sea posible sin arruinar la obra.*

2. Los Hermanos tratarán de conseguir que los alumnos guarden perfectamente silencio durante todo el tiempo de clase y que presten atención a la explicación de las lecciones, y les corregirán cada vez que se equivoquen.[2]

3. Enseñarán todo lo concerniente a la instrucción primaria y elemental y, a este fin, seguirán sin cambiar nada el libro de la *«Dirección de las escuelas»* del Instituto[3].

4. *No aceptarán nunca un trabajo que pueda apartarles de su escuela, como sería el empleo de sacristán, de secretario de la alcaldía, etc.*

5. Su primer cuidado será enseñar a los niños las oraciones de la mañana y de la tarde, sobre todo *el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo y el Yo confieso,* en francés y en latín, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; *los actos de fe, esperanza, caridad y contrición*; las respuestas [27] de la santa Misa, el Catecismo y, si pudieran, los deberes del cristiano y el santo Evangelio.[4]

6. Se dará clase de Catecismo todos los días durante media hora; los domingos y fiestas, durante una hora.[5]

7. Los días de clase, los Hermanos llevarán a sus alumnos a oír Misa si es posible tener una antes o después de las clases;[6] en caso contrario, se suplirá por el rezo del rosario[7] al principio o al final. *Al acabar la Misa, o el rosario que sustituya a la Misa, se rezará l*a Salve *con el versículo y la oración por los bienhechores del Instituto. Los domingos y fiestas de precepto, llevarán a sus alumnos a la Misa parroquial y a las Vísperas de la parroquia.*

8. Exigirán estrictamente, bajo pena de expulsión, que todos los alumnos asistan

---

[8] R. F. S. C., cap. 6, pp. 14-15.

[9] Regla del P. A. Coindre, p. 15.

[10] R. F. S. C., cap. 6, p. 15; ver R.I., 28.

[11] C. I., 18.

[1] En el capítulo séptimo de la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se lee: «los hermanos mantendrán gratuitamente las escuelas en todas partes, y eso es esencial a su Instituto» (p. 16)

[2] R. F. S. C., cap. 7, p. 16.

[3] El pasaje correspondiente de la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es el

al Catecismo tanto los domingos y días de fiesta, como los días de clase.[8] *Los Hermanos considerarán de máxima importancia que sus alumnos lo aprendan bien; deben pensar que son los encargados por Jesucristo para reemplazar a los sacerdotes en lo concerniente a la enseñanza de la letra, e incluso a la explicación de cada palabra, en las parroquias en las que sus numerosas ocupaciones no les dejan el tiempo necesario para ello.*

9. Ningún Hermano aceptará, ni de los padres ni de los niños, regalo alguno en metálico o en cualquier otra forma,[9] *para su propio uso. Si alguien pretende dar alguna limosna a la casa, deberá entregar todo al Hermano Director.*[10]

10. No retendrán nada de lo que los niños lleven a clase, excepto los malos libros, que entregarán al Hermano Director para que sean examinados.

11. [28] No tendrán amistades particulares con sus alumnos; mostrarán el mismo celo apostólico con unos que con otros, y sólo premiarán su aplicación o sus virtudes. No permitirán a ningún alumno que permanezca cerca de ellos mientras están en su pupitre.[11]

12. Toda su conducta debe ser para los alumnos un ejemplo *de piedad*, de modestia y *de silencio*, hablando con ellos el menor número de veces y lo más brevemente posible, *siempre con seriedad* y de cosas útiles y necesarias.

13. No encomendarán a sus alumnos ningún encargo para el exterior, evitando darles o recibir de ellos cartas, mensajes u otra cosa cualquiera, sin permiso del Hermano Director.

14. No les mandarán escribir ni copiar nada, sea para ellos, sea para otro, sin

---

siguiente: «Enseñarán a todos los alumnos según el método que les ha sido prescrito y que se practica universalmente en el Instituto y no cambiarán nada ni introducirán novedad alguna» (*ibid.*) El texto que les servía de método es la famosa *Dirección de las escuelas cristianas* de S. Juan Bautista de la Salle, publicado en Avignon en 1720, usado también por los Hermanos del Sagrado Corazón y que fue base pedagógica de las demás congregaciones educadoras del mismo tipo (ver el breve y sustancioso artículo de Celestino Testore, en *Enciclopedia Católica,* VI, coll. 616-617)

[4] R. F. S. C., cap. 7, p. 17.

[5] *Ibid.* Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en este último caso, tenían hora y media.

[6] *Ibid.*

[7] Artículo noveno de las deliberaciones del Capítulo general de septiembre de 1826, celebrado en los primeros meses del gobierno del P. François-Vincent Coindre (en *Instituto 1821-41,* p. 20, Archivo de los HH. del S.C.)

[8] R. F. S. C., cap. 7, p. 17.

ese mismo permiso; no les pedirán noticia alguna ni les permitirán que se las cuenten, por buenas o útiles que puedan parecer.[12]

CAPITULO XVI

De la corrección de los alumnos

1. La perfecta vigilancia de los Hermanos debe prevenir los abusos y hacer que los castigos sean muy raros; si se vieran obligados a imponer alguno, seguirán las normas del libro de la *Dirección*, actuando siempre con moderación y sin ningún movimiento de cólera o de impaciencia.

2. No tutearán nunca a sus alumnos, y no les pondrán ningún sobrenombre ofensivo o inconveniente; jamás les pegarán ni les empujarán bruscamente[29]; no les tirarán de las orejas ni de los cabellos.[1]

3. Evitarán, en lo posible, imponer castigos durante las oraciones o el catecismo,[2] *a fin de no provocar distracciones o desorden; las faltas cometidas durante esos ejercicios, se castigarán cuando hayan concluido.*

4. *Entre todos los castigos, escogerán los que pueden contribuir al progreso de sus alumnos al mismo tiempo que los corrigen, como, por ejemplo, un aumento de la tarea, conjugar algunos verbos durante el recreo, algún ejercicio de gramática o unas páginas de caligrafía, etc.*

5. En todas las correcciones, tendrán mucho cuidado de no hacer nada que se oponga, en lo más mínimo, a la caridad y la mansedumbre cristianas.[3]

CAPITULO XVII

De las obligaciones de los Hermanos consigo mismos, con sus Hermanos y con las personas de fuera

---

[9] *Ibid.*, p. 18.

[10] Ver Regla del P. A. Coindre, p. 5.

[11] R. F. S. C., cap, 7, p. 18; ver Regla del P. A. Coindre, p. 19.

[12] R. F. S. C., cap. 7, pp. 18-19.

1. Los Hermanos no darán nunca clases *particulares, ni en la ciudad ni en la casa. Si se vieran en la necesidad de ir a enseñar en otra escuela fuera de su residencia ordinaria, que vayan, al menos, dos, saliendo en el momento preciso y sin detenerse en el camino.* Ni al ir, ni al volver, entrarán en casa de nadie, sin permiso expreso del Hermano Director.[1]

2. Nada más abrir la escuela, los Hermanos se colocarán en su pupitre *para vigilar en silencio*[2] *que la entrada se haga sin desorden. Al finalizar la clase, velarán también por que la salida se haga con orden, y exigirán que los alumnos salgan de dos en dos hasta que se hayan* alejado a una distancia prudencial de la casa.

3. Los Hermanos serán fieles a la norma de no abandonar su pupitre durante la clase, salvo en caso de necesidad apremiante *o que tengan que corregir la caligrafía, enseñar los rudimentos de la lectura o escribir en el tablero.*

4. En clase no usarán más libros que los que *necesitan*[3] *para poner tareas o seguir las lecciones leídas o recitadas,* y no los leerán más que en el momento que sea necesario para el bien de los alumnos. *No dedicarán el tiempo de clase para su estudio personal.* Jamás se pondrán a leer periódicos o impresos que lleven los alumnos.

5. Durante las oraciones, permanecerán siempre de pie junto a su pupitre con un porte exterior serio, comedido y sin afectación, con los brazos cruzados y con mucha modestia, rezando ellos mismos las oraciones en un tono de voz moderado.

6. Ejercerán una gran vigilancia sobre sí mismos para hacer en clase únicamente lo que sea bueno y decoroso, y sobre todo para no transparentar nada que pueda denotar ligereza o apasionamiento.

7. El silencio constituirá el alma de la escuela; estarán tan atentos a guardarlo ellos mismos como a hacérselo guardar a sus alumnos, y para ello se valdrán de los gestos o señas habituales. Tan sólo hablarán en clase en dos momentos: al explicar las lecciones o para corregir a un alumno que lee mal, suponiendo que no haya otro

---

[1] R. F. S. C., cap. 8, p. 20. El Siervo de Dios ha unido párrafos y frases separadas.

[2] *Ibid.*, p. 21.

[3] *Ibid.*

[1] R. F. S. C., cap. 9, p. 22.

[2] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, durante la espera, debían leer el Nuevo Testamento. (*ibid.*).

alumno capaz de hacerlo, y cuando enseñen el catecismo; hablarán siempre en un tono de voz moderado.

8. Los Hermanos estarán en clases contiguas y se colocarán siempre de modo [31] que puedan verse unos a otros *a través de un cristal.* No se reunirán nunca para conversar durante el tiempo de clase, *a no ser que el Hermano Director tenga algún aviso urgente que dar a un Hermano referente a la clase y, en tal caso, lo hará del modo más breve posible. No cambiarán de lugar sus pupitres, ni los bancos, ni las* mesas, ni los demás muebles sin permiso del Hermano Director.[4]

9. Ningún Hermano hablará con la gente que vaya al colegio, excepto el encargado de ello por el Hermano Director, a quien informará el mismo día sobre todas las personas que han ido, las razones por las que han ido y de todo lo que han dicho y hecho.[5]

10. No hablarán con nadie en la iglesia o yendo a ella, sino que, excusándose cortésmente, concertarán, con quien desee hablarles, una entrevista *en la residencia* de la comunidad. Si, al ir o volver de la iglesia, alguien se dirigiera al Hermano Director para preguntarle sobre asuntos referentes a la clase, este podría responder con brevedad; si fuera sobre temas ajenos a la clase, le rogaría que se tome la molestia de pasar en otro momento por la escuela.

11. Nunca dejarán entrar en el colegio a personas de otro sexo.[6]

CAPÍTULO XVIII

De los días de clase y de vacación

1. *Las escuelas de los Hermanos estarán abiertas a lo largo de once meses durante el año.*[1] Darán clase seis días a la semana, suponiendo que no haya ninguna fiesta durante ella. De ordinario, serán de asueto *las tardes de los martes y los jueves*.[2]

---

[3] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen sobre este punto lo siguiente: «que los libros que los alumnos leen en clase» (*ibid.*, p. 23)

[4] *Ibid.*, pp. 23-24.

2. [32] *Durante la semana en que se celebre una fiesta vacacional, no se dará más que medio día de asueto, en el día que mejor divida la semana.*[3]

3. En la primera semana de Cuaresma, los días de asueto serán el miércoles por la tarde *y el viernes por la tarde. El miércoles por la mañana se acompañará a todos los alumnos a la santa Misa para que se les imponga la ceniza; si hay sermón, asistirán a él los Hermanos con sus alumnos. Antes o después de la ceremonia, se tendrá una hora de catecismo, durante la cual se aprovechará para dar algunas explicaciones sobre la ceremonia del día.*[4]

4. *Durante la Semana Santa, habrá clase hasta el miércoles inclusive; se dará vacación el Jueves Santo y el Viernes Santo completos: durante esos días santos, los Hermanos se mantendrán muy recogidos y, en la medida de lo posible, guardarán un profundo silencio; empero, no impondrán silencio absoluto a los alumnos internos, a quienes ocuparán en el estudio, fuera del tiempo de los recreos ordinarios y de los oficios divinos, a los que han de asistir.*[5]

5. *En la primera semana de Pascua, tendrán vacación el lunes completo y la tarde del jueves.*

6. *La semana en que cae la fiesta del Sagrado Corazón, fiesta patronal del Instituto, serán días de asueto el martes por la tarde y el viernes después de la*

---

[5] *Ibid.*, p. 25; ver R.I., 36.

[6] La norma de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es la siguiente: «No dejarán entrar ni a niñas ni a señoras por ningún motivo, a no ser para visitar a los niños pobres y que vayan acompañadas por el señor cura párroco o algún clérigo encargado de los pobres de la ciudad» (R. F. S. C., cap. 9, p. 26).

[1] El primero de los cuatro artículos aprobados en el Capítulo general del 14 de junio de 1826 fijó, para aquel año, las vacaciones durante todo el mes de septiembre, por eso las escuelas se cerraron el 28 de agosto (*Instituto 1821-1841*, p. 16, Archivo de los HH. del S.C.). Vemos así cuál era la práctica habitual, conforme a la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que daban vacaciones en el mes de septiembre (R. F. S. C., cap. 10, p. 28).

[2] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tenían cinco días de clase, con día de asueto la jornada entera del jueves, en lugar de las dos medias jornadas (martes y jueves) de los Hermanos del Sagrado Corazón (R. F. S. C., cap. 10, p. 26). Estos últimos, sin embargo, en el capítulo general de 1856, en la sesión decimoséptima del 29 de agosto, acogiendo las peticiones de algunos padres de familia, y viendo que la disposición de la regla era contraria al uso general, hicieron como los Hermanos de las Escuelas Cristianas y establecieron la vacación en la jornada completa del jueves *(Capítulos generales* 1841-1952, p. 44, Archivo de los HH. del Sgdo. Corazón)

misa y del catecismo. El viernes por la mañana, fiesta del Sagrado Corazón, se llevará a los alumnos a la santa Misa, que cada comunidad hará celebrar por el bien general del Instituto. Antes o después de la Misa, se dará una hora de catecismo, durante la cual se hablará de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

7. La semana en que se celebre alguna de estas fiestas, 2 de noviembre (día de los Difuntos), la Presentación de María en el Templo, la Presentación de Nuestro Señor y la fiesta patronal de la escuela [33], se dará asueto el día de la celebración *y, además, la tarde del día de la semana que se estime más conveniente*. El día de la fiesta, por la mañana, llevarán a los alumnos a la santa Misa; *antes o después de la misma,* habrá una hora de catecismo[6] *en la que se hablará principalmente del objeto de la solemnidad.*

8. Fuera de los indicados más arriba, los Hermanos no concederán ningún día de asueto extraordinario sin evidente necesidad.

9. Todos los domingos y fiestas del año escolar, excepto los días de Navidad, Pascua, Pentecostés *y Todos los Santos,* los Hermanos reunirán a sus alumnos en el colegio, por la mañana y por la tarde, para llevarlos a la Misa Mayor y a Vísperas. *En las parroquias donde las Vísperas se rezan inmediatamente después de la Misa Mayor, reunirán a los alumnos por la tarde para darles una hora de catecismo. En las demás parroquias, se enseñará también el catecismo durante una hora, pero por la mañana o por la tarde, y a la hora que parezca más conveniente. El Hno. Superior General será informado por los directores de las comunidades sobre la hora que estiman más adecuada en cada establecimiento, a fin de que pueda él fijar la hora del catecismo para cada casa.*[7]

CAPITULO XIX

De la dirección espiritual y la apertura de conciencia

---

[3] Las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (cap. 10, p. 26) descienden a casos más particulares.

[4] Las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas hablan de una hora de catecismo, desde la ocho hasta las nueve (*ibid.*, p. 27)

[5] Para los Hermanos de las Escuelas Cristianas hay vacación desde el jueves al domingo, ambos inclusive (ibid).

1. Si alguien quiere abrazar, en el Señor, la vida religiosa en este Instituto, debe, bajo el sello del secreto más inviolable, abrir su conciencia con mucha humildad y sinceridad al Hno. Superior General [34] o a los superiores que le representen. Debe darle cuenta exacta de toda su vida pasada o, al menos, de las cosas más importantes, de acuerdo a lo que se le pregunte.

2. Deben descubrir al Hermano Director sus tentaciones y sus problemas espirituales. Deben, incluso, mostrarse satisfechos de que su alma entera quede transparente ante ellos, y preocuparse de descubrirle, no solamente sus defectos, sino también sus virtudes, deseando sinceramente ser llamados al buen camino si llegaran a apartarse de él, y no queriendo guiarse por su propio juicio, a menos que sea conforme al juicio de los que ocupan ante ellos el lugar de Jesucristo Nuestro Señor.[1]

3. Cada miembro de la comunidad tendrá asignado un día de cada mes para dar cuenta de su conciencia[2] al Hermano Director *y ponerse en disposición de hacerlo de la manera más útil para su provecho espiritual.*

4. Durante el día que esté indicado para dar cuenta de conciencia, tendrán cuidado de examinar y prever las cosas que habrán de decir sobre cada uno de los puntos o artículos señalados y las consultas que habrán de hacer sobre su conducta.

5. Se dispondrán a esta rendición de cuentas con espíritu de fe, persuadiéndose de que es a Dios a quien deben hablar en la persona de su Director, y que es Dios también quien nos habla por su boca, nos consuela y nos da los medios para corregirnos de nuestros defectos, en la medida que él lo juzga oportuno para nuestro crecimiento en la virtud.[3]

6. *Estando plenamente convencidos de que es a Dios a quien deben hablar, alejarán de sí, como tentaciones*[35] *muy peligrosas, la doblez, la vergüenza y el respeto humano, que podrían llevarles a ocultar algunos pensamientos, sentimientos, intenciones o inquietudes de espíritu.*

---

[6] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tenían el catecismo con los niños durante las horas de la tarde (*ibid.*) Otras fiestas propias de ellos son la Transfiguración de Jesucristo, la Exaltación de la Cruz, San José y San Nicolás. (*ibid.*)

[7] Las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas no hacen estas distinciones: ponían siempre por la tarde el tiempo de catecismo, acabado el cual, los niños debían ser llevados a la iglesia parroquial para asistir a las Vísperas (*ibid.*, pp. 26, 28).

7. *Se pondrán en disposición de hablar con sinceridad y sencillez cristiana y religiosa de los temas contenidos en los artículos sobre los que debe tratar su dirección, según el método indicado en el libro de los* Ejercicios Espirituales.

8. Todos los Hermanos tendrán, cada *tres* meses,[4] análoga dirección espiritual con el Hno. Superior General del Instituto, *oralmente,* o por escrito si están lejos.

9. *Los novicios estudiantes tendrán regularmente, una vez cada quince días, su dirección espiritual con el Hermano Director*; la realizarán con toda sencillez y franqueza, en el día y a la hora que se les haya indicado.

10. Se guardará secreto absoluto sobre todo lo que se haya tratado en la dirección espiritual;[5] *no se podrá hablar de ello ni siquiera al Hno. Superior General del Instituto.*

CAPITULO XX

De la correspondencia

1. No escribirán cartas ni tarjetas sin haber obtenido antes el correspondiente permiso. No las enviarán sin habérselas presentado al Hermano Director de la casa; y cuando las reciban de fuera, se las entregarán primero al Hermano Director quien, después de haberlas abierto y leído, las retendrá o se las entregará al interesado, [36] según lo estime más conveniente ante el Señor, para su mayor bien y para mayor gloria de Dios.[1]

2. *Los Hermanos pondrán como encabezamiento en todas sus cartas esta divisa del Instituto: «¡Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María!».* Se escribirán *raramente* entre ellos, y cuando lo hagan, será siempre para edificarse mutuamente[2] *y animarse al bien.*

3. Todos los Hermanos escribirán al Superior General del Instituto *por Navidad, por Pascua y por San Juan* para darle cuenta de conciencia: si los inferiores

---

[1] C.I., 32, 40, 41.

[2] Hemos hablado de ello exhaustivamente en la introducción al presente documento. Aquí precisamos que en las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se lee «conducta» y no «conciencia», y cada *semana* en lugar de cada *mes* (R. F. S. C., cap. 5, p. 12).

[3] *Ibid.*

[4] Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas cada dos meses (*ibid.*, cap. 27, p. 68); ver capítulo siguiente.

hubieren observado algún abuso en la comunidad, avisarán al Hermano Superior *para que ponga remedio. Entre cada una de las fechas indicadas,* el Director de cada casa escribirá, además, para dar cuenta de su administración y de la conducta de los Hermanos de su comunidad.[3]

4. *Cuando los Hermanos escriban al Superior General por asuntos de conciencia, si tienen que hacer peticiones referentes a sus necesidades materiales, lo pondrán por escrito en papel aparte para que pueda ser remitido al procurador o al Hermano encargado de las encomiendas, quien enviará lo solicitado o dará respuesta a la petición.*[4]

5. Cuando los Hermanos de una casa escriban al Superior General del Instituto, el Director recogerá todas sus cartas, las meterá en la suya y la cerrará en presencia de todos ellos; cuando reciba la contestación a estas cartas, la abrirá igualmente en presencia de todos los Hermanos y dará a cada uno la suya. Las cartas dirigidas al Superior General están exentas de la inspección de cualquier Hermano; asimismo, las cartas del Superior General a los Hermanos del Instituto, deben ser entregadas cerradas a los destinatarios.[5]

6. [37] Los Hermanos podrán escribir al Superior General del Instituto cuantas veces lo crean necesario, sea por el bien de su alma, sea por cualquier otra razón; y cuando le escriban fuera del tiempo indicado por la Regla, no estarán obligados a decir el motivo al Hermano Director; sin embargo, le pedirán autorización para ello, autorización que en ningún caso les negará. También le mostrarán la dirección de la carta, que será llevada al correo por el encargado de hacer las encomiendas de la casa.[6]

7. Si alguien llegare a caer en la tentación de leer alguna carta escrita al Superior del Instituto, o enviada por él, se informaría de ello al mismo Superior, a quien

---

[5] R. F. S. C., cap. 5, p. 12.

[1] C.I., 39; ver R.I., 37.

[2] El artículo vigésimo de las prescripciones del capítulo general de septiembre de 1826 establecía que los religiosos podrían escribirse entre ellos tres veces al año *(Instituto 1821-1841*, p. 21, Archivo de los HH. del S.C.).

[3] Las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas obligan a los religiosos a escribir cada dos meses al superior general; y a los directores cada mes, para dar cuenta «de su conducta», de la administración y de los religiosos que les han sido confiados (R. F. S. C., cap. 27, p. 68). Los Hermanos del Sagrado Corazón, reunidos en capítulo general en septiembre de 1826, asumieron estas disposiciones y decretaron:

queda reservada la sanción de esta falta.[7]

8. Las cartas dirigidas al Superior General del Instituto comenzarán siempre con esta fórmula de acatamiento: «Muy honorable Hno. Superior, le presento mis más humildes respetos y obediencia, como es mi deber de parte de Dios», y acabarán así: «Quedo de usted con un profundo respeto,

Muy *honorable* Hermano Superior,
Su muy humilde y obediente inferior»,
Hermano N.[8]

CAPITULO XXI

De los viajes

1. Que nadie, cuando se desplaza de una casa a otra, se lleve nada de la comunidad que abandona [38] sin el consentimiento del Director, o el permiso del Superior General del Instituto.[1]

2. Recordarán que, en todos los lugares donde se alojen, deben ser motivo de buen ejemplo y edificación; sin olvidar jamás la sobriedad en la mesa y la modestia en sus conversaciones.[2]

3. Cuando se hospeden en alguna de las casas del Instituto, tengan todos un cuidado especial de dejar en ella el aroma de su regularidad, y no hablen ni de los asuntos ni de las personas de otras casas, a menos que sea para decir algo edificante.[3]

«Artículo 14. Cada hermano debe dar cuenta de su conducta al padre superior del Instituto por carta a principios de estos meses: septiembre, noviembre, enero, marzo, mayo, julio; además, deben manifestar los abusos e infracciones contra la regla que se hayan cometido en los establecimientos donde se encuentren»; «Artículo 16. Cada hermano director estará obligado, por su parte, a dar cuenta de su comunidad y de su persona todos los meses» *(Instituto 1821-1841,* p. 21, Archivo de los HH. del S.C.).

[4] Ver R. F. S. C., cap. 27, p. 68: ver *Reglas de la Compañía de Jesús,* cap. *La forma de escribir,* art. 15

[5] R. F. S. C., cap. 27, p. 68; ver *La forma de escribir* de los Jesuitas, citada, art. 17; disposiciones del capítulo general de los Hermanos del Sagrado Corazón, septiembre de 1826, art. 15 *(Instituto 1821-1841,* p. 21, Archivo de los HH. del S.C.).

[6] R. F. S. C., cap. 27, p. 69; ver *La forma de escribir* de los Jesuitas, art. 13.

[7] R. F. S. C., cap. 27, pp. 69-70.

4. En los viajes, no se desviarán para pasar por una casa del Instituto, a no ser que su carta de traslado se lo autorice.[4] Sin embargo, si en el itinerario más corto hacia su destino encuentran una casa del Instituto, se hospedarán en ella y obedecerán mientras estén allí al Hermano Director de la comunidad.[5]

5. *Si viajan varios juntos, obedecerán a quien haya sido designado para presidir el grupo; si nadie ha sido designado, obedecerán a quien ocupe el cargo de mayor rango; y en caso de igualdad, al más antiguo en el Instituto.*

6. *Salvo en caso de necesidad extraordinaria, durante el viaje, los Hermanos sólo tomarán alimentos en las comunidades, y* su comida será frugal y conforme al estilo de vida practicado en el Instituto, tanto en el beber *como en el comer.*

7. Se guardarán bien de tomarse ninguna libertad ni familiaridad con quien sea, sobre todo con personas de otro sexo.[6]

8. *Serán fieles en cumplir cada día, durante los viajes, los ejercicios de piedad ordenados en la* [39] *Regla; por esta razón llevarán siempre consigo el* Manual de piedad, *en el cual harán la lectura espiritual y de donde sacarán sus temas de meditación.*[7]

9. Al llegar a su destino, los Hermanos entregarán al Hermano Director el dinero sobrante, y le darán cuentas de los gastos realizados y de su comportamiento durante el viaje.[8]

CAPITULO XXII

De los enfermos

---

[8] *Ibid.*; sólo al final de la carta, los Hermanos de las Escuelas Cristianas se diferencian un poco: en lugar de «honorable», escriben «venerable». En la sesión decimoséptima del capítulo general del 29 de agosto de 1856, los Hnos. del Sgdo. Corazón decidieron utilizar la fórmula: «Al muy honorable, etc» sólo si escribían al Superior General, para los demás: «Al querido hermano, etc.» *(Capítulos generales 1841-1952*, p. 44, Archivo de los HH. del S. C.).

[1] R. I., 25.

[2] R. F. S. C., cap. 26, p. 67; ver *Reglas de la Compañía de Jesús,* cap. *Reglas de los peregrinos,* art. 9.

[3] *Ibid.,* art. 10; ver R. F. S. C., cap. 26, p. 67.

[4] *Ibid.*

[5] R. I., 48.

1. Así como es reprensible inquietarse demasiado por los asuntos relacionados con el cuerpo, del mismo modo es loable tener una atención moderada por conservar la salud y las fuerzas corporales para emplearlas en el servicio de Dios; y todos deben tener esta solicitud. Por eso, cuando se den cuenta de que alguna cosa les sienta mal o tengan necesidades particulares en lo que se refiere a la alimentación, al vestido, al alojamiento, al empleo u ocupación, o a lo que sea, comuníquenselo al Hermano Director o, si es necesario, al Superior General, teniendo presentes, no obstante, dos cosas: la primera, recogerse para orar antes de decirle nada, y hacerlo sólo después de la oración, si creen que deben hacerlo; la segunda, abandonarse al cuidado del Superior después de haberle expuesto sus inquietudes, y considerar como más conveniente lo que él decida. Absténganse, después, de hacer otras diligencias por sí mismos o por otras personas, tanto si su solicitud ha sido aceptada como si es rechazada; porque deben persuadirse [40] de que lo que ha sido ordenado según Dios por los superiores, una vez consideradas todas las posibilidades, es lo más conveniente para el servicio de Dios y para su propio bien.

2. Cuando uno está enfermo, no sólo tiene que obedecer con gran fidelidad a los superiores espirituales en asuntos del alma, es necesario que se someta también, con la misma humildad, a los médicos y enfermeros en lo que mira al cuidado del cuerpo.

3. Además, el que está enfermo mostrará su humildad y su paciencia y, con el fin de obtener una mayor gloria de Dios, procurará dar a los que le visitan y conversan con él, tan buen ejemplo durante su enfermedad como cuando gozaba de buena salud, diciendo palabras edificantes y de piedad que den a entender que recibe la enfermedad como un regalo de las manos de nuestro Creador y Señor; puesto que, en efecto, la enfermedad no es menor don de Dios que la salud.[1]

4. A fin de sufrir con paciencia los dolores de su enfermedad, contemplarán frecuentemente la paciencia de Nuestro Señor Jesucristo y la de los santos mártires, a quienes tratarán de imitar.[2]

5. *Durante su enfermedad, de los ejercicios de piedad que manda la Regla, harán los que buenamente puedan sin fatigarse demasiado. El examen parti-*

---

[6] R. F. S. C., cap. 26, p. 66.

[7] Ver *ibid.*; cfr. más arriba, cap. 3, n. 4; intr. Doc. XIII.

[8] R. F. S. C., cap. 26, p. 67.

cular será el ejercicio en el que más empeño pondrán, y del que no se dispensarán más que cuando no puedan hacer ninguno.

6. *Tan pronto como les hablen de recibir los últimos sacramentos se apresurarán a hacerlo, aun cuando no se creyeran gravemente enfermos; los recibirán siempre con diligentes anhelos, al menos para practicar la santa virtud de la obediencia.*[3]

[41] 7. Nunca se permitirá que los Hermanos enfermos sean trasladados a los hospitales, más bien, se les proveerá con esmero de cuanto necesiten; se antepondrán siempre las necesidades de los enfermos a las de quienes gozan de buena salud.

8. Tan pronto como un Hermano resulte aquejado de alguna enfermedad o dolencia que parezca ir para largo, se informará al Superior General del Instituto, a fin de que pueda tomar las medidas oportunas para el restablecimiento de la salud del enfermo.[4]

9. Los Hermanos convalecientes *estarán bien persuadidos de lo que dicen los maestros de la vida espiritual: que el tiempo de la convalecencia es un tiempo peligroso para las almas, un tiempo en el que el enemigo de la salvación redobla sus esfuerzos para llevar al relajamiento y a la inmortificación. Por eso tendrán cuidado, durante ese tiempo, de mantenerse unidos a Dios mediante frecuentes afectos y exámenes de conciencia. Estarán atentos también a no decir ni hacer nada que vaya contra las Reglas o contra el buen funcionamiento de la casa.*[5]

CAPITULO XXIII

De los sufragios por los difuntos

1. *Todos los miembros del Instituto pondrán un religioso empeño en rezar y hacer rezar a sus alumnos por los Hermanos difuntos, a fin de aliviar sus almas y tener pronto en los cielos nuevos intercesores para el bien de la obra.*

2. [42] Cuando muera un Hermano del Instituto, se ofrecerán por él los siguientes sufragios.[1]

---

[1] C. I., 46, 49, 50.

[2] R. F. S. C., cap. 24, p. 60.

[3] Ver *ibid.*, p. 61.

3. Por el Superior General, en la casa donde residía habitualmente, se celebrarán *treinta* misas, y en las demás casas del Instituto, *diez. Todas las comuniones de comunidad, durante el mes que siga a su defunción, se ofrecerán por el eterno descanso de su alma, y* durante *ese mes* se añadirá un *De profundis al acabar la oración de la mañana y la de la tarde, tanto en las que rezan los Hermanos en comunidad, como en las que rezan con sus alumnos en clase.*[2]

4. Por un Director, *profeso perpetuo*, en la casa donde ha fallecido se celebrarán *doce* misas, y en las demás casas del Instituto, *seis. En dos de esas misas, todos los miembros del Instituto ofrecerán la comunión por el difunto;* y se añadirá un *De profundis* al terminar *la oración de la mañana y la de la tarde* durante quince días, o durante un mes en la casa donde falleció. *Para un Hermano Director profeso temporal, se harán los mismos sufragios menos dos misas en cada casa.*[3]

5. Por un profeso perpetuo *que no era directo*r se celebrarán *ocho misas* en la casa donde ha fallecido y, en las demás, *cuatro*. En la primera de estas misas, todos recibirán la comunión a intención del difunto, y se añadirá, durante *quince* días, en *la oración de la mañana y en la de la tarde,* un *De profundis* por el eterno descanso de su alma.[4] Por un profeso temporal, en la casa donde ha fallecido, se celebrarán cinco misas, y en las demás, *dos; y se rezarán las mismas oraciones que para un profeso perpetuo.*[5] *Si el Hermano fallecido era miembro del Capítulo de la Congregación, se añadirá una misa en cada casa, dos si era miembro del Consejo General, y tres si era Asistente.*

6. [43] Por un novicio *docente*, en la casa donde haya fallecido se celebrarán *tres* misas, y en las demás, *una*, en la que todos recibirán la comunión a intención del difunto; se añadirá durante ocho días, *en la oración de la mañana y de la*

---

[4] *Ibid.*, pp. 60, 61.

[5] *ibid.*, p. 62.

[1] R. F. S. C., cap. 25, p. 62. Para este capítulo, el Siervo de Dios ha tenido presentes las disposiciones de las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (cap. 25, pp. 62-65) y las decisiones del capítulo general de su Congregación en septiembre de 1826 (*Instituto 1821-1841*, pp. 16-18, Archivo de los HH. del S.C.). Sus cohermanos, tras la muerte del fundador, reunidos en torno al nuevo Superior General, quisieron formular en siete artículos las disposiciones definitivas para las diversas categorías de religiosos. Digamos cuanto antes que también ellos, aunque con algunas variantes, se atuvieron a las normas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

tarde, un *De profundis* por el eterno descanso de su alma. *Por un novicio estudiante, se celebrarán tres misas en la casa del noviciado, y* en las demás, el día que se tenga noticia de su muerte, se añadirá un *De profundis* en la oración de la mañana y de la tarde; todos los miembros del Instituto harán la primera comunión de comunidad por el eterno descanso de su alma.[6] *Por un aspirante, se dirá en todas las casas del Instituto un* De profundis *el día de su muerte o el día en que se haya conocido la noticia, y se recibirá la comunión una vez por el eterno descanso de su alma.*

7. *Si un Hermano estuviera retirado de una casa por enfermedad, y llegase a morir en otra, será la casa de donde salió la que se considerará como comunidad del Hermano, y la que, por consiguiente, estará obligada a celebrar mayor número de misas. El Superior General decidirá en estos casos.*

8. Cada año, al término del retiro anual, *en la casa donde tengan la reunión principal* se celebrará un oficio solemne por el eterno descanso de las almas de todos los Hermanos y bienhechores fallecidos. Las comunidades *que no se encuentren en la reunión principal,* celebrarán una misa con el mismo fin.[7]

---

[2] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas: 50 misas en la casa de residencia y el De profundis durante otros tantos días a contar después del fallecimiento; en las demás casas: el De profundis durante treinta días «se harán decir tantas misas como Hermanos haya en la casa» (p. 63). El Capítulo general de los Hermanos del Sagrado Corazón en 1826: en la casa de residencia se dirán 35 misas y el de profundis durante 50 días después del deceso; en las demás casas, tantas misas como religiosos hay en ellas y el De profundis durante 30 días (p.17). Para el fundador, padre A. Coindre, se celebraron 50 misas en la casa central, y en las demás casas diez, además de otras oraciones. (p.16)

[3] Las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas no hablan de los directores, sino de las dos categorías de profesos. Capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en 1826: para el director local, 20 misas en la comunidad del difunto, y dos en las demás; y el *De profundis,* durante 20 días en la primera casa y durante 15 en las demás (art. 2)

[4] Hermanos de las Escuelas Cristianas: 30 misas y el *De profundis* después de las comidas en la comunidad del hermano fallecido, y el oficio de difuntos antes de la primera misa; en las demás casas, tres misas y el *De profundis* durante diez días. Capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en 1826: diez misas en el primer caso, y dos en los otros, y además el *De profundis* como se indica en la nota precedente (art. 3).

[5] Capítulo general de 1826: cinco y una misas, respectivamente; *De profundis* durante diez días, pero sólo el primer día en las demás casas (art. 4). Hermanos de las Escuelas Cristianas: diez y una misas, respectivamente; oficio de difuntos y *De profundis*, lo mismo.

[44]

CAPITULO XXIV

De la admisión de los candidatos, de la toma de hábito, de la profesión y de las obligaciones de los votos.

1. Aquellos a quienes *el celo de la gloria de Dios y de la salvación de los niños* les incline a ingresar en nuestro Instituto, podrán ser admitidos *en las casas de noviciado,* a partir de los 16 años, con el consentimiento de sus padres.[1] El santo hábito del Instituto *no se les podrá conceder sino después de tres meses de prueba como «pretendientes».*[2]

2. Tras dos años de probación, pasados parte en uno de los noviciados, parte en una de las escuelas del Instituto, y con dieciocho años cumplidos, los novicios podrán ser admitidos, si lo desean, a emitir los votos temporales de castidad, pobreza y obediencia.[3]

3. Después de *cuatro* años de votos temporales, y a la edad de veinticuatro años cumplidos, si lo desean, podrán ser admitidos a los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia.[4]

4. Cuando un Hermano solicite ser admitido a pronunciar los votos temporales, se recabará información de los Hermanos directores bajo cuya obediencia haya estado; también se pedirá la opinión de los Hermanos de mayor edad con los que haya convivido, indagando cuál ha sido su conducta durante las clases y fuera de ellas, pero sobre todo durante los ejercicios de piedad. Si no se le juzga maduro para hacer los votos, se le hará esperar hasta que lo merezca[5] *por su mayor fidelidad a las obligaciones de su vocación.*

5. [45] Cuando un Hermano *de veinticuatro años cumplidos, después de dos años de noviciado y cuatro de votos temporales,* solicite ser admitido a los votos perpetuos, se recabará información de su conducta a los Hermanos directores bajo

---

[6] Ni los Hnos. de las Escuelas Cristianas ni el capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en 1826, distinguen entre las dos categorías de novicios, y tampoco hablan de los aspirantes, sino de novicios en general. Hnos. Escuelas Cristianas: *tres* misas o *una*; oficio de difuntos; *De profundis* durante *tres* o *un* día, según las casas. Capítulo general de 1826, Hnos. del Sgdo. Corazón: *dos* misas o *una*, según las casas; *De profundis* tres días. (art. 5)

[7] R. F. S. C., cap. 25, p. 65: la obligación de la misa anual queda adscrita a cada casa, en general; lo mismo leemos en el artículo séptimo del capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en 1826. (p.18).

cuya obediencia haya estado; además, se reunirá a todos los profesos *perpetuos del Instituto, o al menos a todos los que estén asistiendo al retiro mayor anual para consultarles sobre el carácter y la conducta del candidato que desea emitir los votos perpetuos.* [6]

6. No se admitirá a ningún a Hermano a los votos temporales o perpetuos, si no ha manifestado en toda su conducta un gran amor por la regularidad y por todas las virtudes convenientes a su estado.[7] *Se les exigirá, además, que conozcan perfectamente nuestra santa religión y las obligaciones de los votos.*

7. Los votos perpetuos se harán en presencia del Hno. Superior General del Instituto a no ser que, por razones muy graves, haya permitido hacerlos en presencia de uno de sus asistentes,[8] *quien recibirá, para este menester, una obediencia especial cuya lectura se hará antes de la ceremonia de los votos.*

8. *Las ceremonias de la toma de hábito y de la profesión se realizarán normalmente el día de la clausura del retiro anual; ese mismo día, los profesos perpetuos renovarán sus votos, así como los profesos temporales cuyos votos no hayan expirado o que hayan obtenido permiso para prolongarlos. Todo se hará según el ceremonial del Instituto.*

9. Se pondrá un cuidado especial en instruir a los novicios sobre las verdades de la religión y las obligaciones de los votos.[9]

10. El voto de pobreza obliga a desprenderse de todos los bienes de la tierra y contiene una promesa hecha a Dios de no poseer nada en propiedad. Así, en virtud

---

[1] *Regla del gobierno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas,* primera parte, París, 1845, cap. 1, art. 2, p. 2: límite máximo para el ingreso, 25 años; para los Hnos. del Sgdo. Corazón es 30 en los estatutos de 1856 (art. 17), y 36 en los estatutos precedentes, de 1846 (art. 5). Para los Hermanos de las Escuelas Cristianas, la aprobación de los padres se requería solamente hasta la edad de 21 años (*Regla de gobierno,* cap. 1, art. 9, p. 3)

[2] Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas la toma de hábito quedaba condicionada al conocimiento de la regla, sin determinar un tiempo fijo, que podía ser «ordinariamente varios meses» (*ibid.*, art. 11, p. 4). Esto, en el reglamento de 1845. En las *Reglas de gobierno* de 1838, por el contrario (tercera parte, cap. 4, art. 1, p. 7) la toma de hábito quedaba fijada después de un mes o seis semanas desde el ingreso.

[3] R. F. S. C., cap. 17, p. 45; así también en la *Regla de gobierno* de 1838; en cambio, en la edición de la de 1845, el noviciado es de trece meses (art. 12, p. 4).

[4] R. F. S. C., cap., 17, p. 45: aquí se piden 25 años cumplidos.

[5] *Ibid.*

de este voto, ya no se puede tomar[46] ni recibir cosa alguna para guardarla, para usarla o para disponer de ella del modo que sea, sin permiso del Superior.[10] *Todo lo que den a los Hermanos, sea como retribución, sea como salario o como regalo, pertenece siempre a la obra de la educación de los niños, nunca a un Hermano en particular, pues todos, siguiendo el ejemplo del apóstol San Pablo, deben* contentarse con el vestido, la comida y el alojamiento.[11]

11. El voto de castidad obliga a renunciar a todos los placeres de la carne, y a abstenerse de todo lo que es contrario a la santa virtud de la pureza, en pensamientos, palabras, deseos y obras.

12. El voto de obediencia obliga a obedecer: 1º al Hno. Superior General del Instituto y a aquel o aquellos que lo sean en el futuro; 2º a los propios directores que han sido o que sean nombrados por el Hermano Superior,[12] *a los visitadores enviados por él, y a los que reciban la orden de presidir en algún asunto o viaje especial*; 3º al Cuerpo representativo del Instituto legítimamente reunido en capítulo general.[13]

CAPITULO XXV

Reglamento diario

1. Los Hermanos se levantarán a las cuatro y media, o *a las cuatro desde el primero de mayo hasta el primero de setiembre*. El Hermano campanero se levantará unos minutos antes, a fin de tocar a la hora exacta. Al primer toque de campana, el Hermano [47] Director, o el encargado por él, dirá en voz bien alta: «*Corazón Sagrado de Jesús, abrasado en amor nuestro»;* y todos respon-

---

[6] Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas hacía falta pedir información a los profesos «de la casa» (*ibid.* p. 46).

[7] *Ibid.*, y continúa: «y que sepan el catecismo en la medida que deben saberlo, sobre todo los hermanos destinados a las escuelas».

[8] *Ibid.*

[9] *Ibid.*, p. 47

[10] *ibid.*, cap. 18, p. 47; ver Regla del P. A. Coindre, pp. 4-5.

[11] Ver: *Regla de gobierno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, primera parte, cap. 5, p. 24.

derán: «*Inflamad nuestro corazón en amor vuestro*»[1] Dispondrán de un cuarto de hora para vestirse, hacer la cama y asearse.[2]

2. *A las cuatro* y cuarto o cinco menos cuarto, *según las estaciones*, oración y meditación durante *tres cuartos de hora.*[3] *Al final de la oración se rezará el* Angelus. *Después del* Angelus, *estudio hasta las siete.*[4] *Inmediatamente después del* Angelus, *el Hermano vigilante levantará a los alumnos internos, a quienes despertará diciendo: «Corazón Sagrado de Jesús, etc.» Después de levantarlos, rezarán una oración vocal y harán una corta meditación; todo ello durará aproximadamente veinte minutos.*

3. A las siete, desayuno, durante el cual se hará lectura del libro *Dirección de las escuelas.*[5] Después de desayunar, rezo de las Letanías *del Sagrado Corazón y de las horas intermedias del Oficio Parvo del Sagrado Corazón, que se terminará con el* Veni Creator para implorar las luces del Espíritu Santo.[6]

4. *A las siete y media, santa Misa; después de la santa Misa, clase, al final de la cual, se rezará la oración de la mañana con los alumnos externos,* que saldrán a las once, de dos en dos *y en silencio. La oración podría rezarse también al comienzo de la clase. Mientras los externos hacen su oración, los internos estudian. Si no se hubiese podido tener la santa Misa a las siete y media con los niños, los llevarían a oírla a las diez y media. Si no se pudiera tener ni al comienzo ni al final de la clase, se suplirá con el rezo del rosario.*[7]

5. A las once, fin de las clases y estudio del catecismo.[8]

6. A las once y media, examen particular.[9] *El* [48] *Hermano vigilante estudiará el catecismo y hará el examen particular mientras vigila a los internos.*

---

[12] R. F. S. C., cap. 18, p. 47.

[13] En la regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas leemos: «en el seno de esta sociedad, sea que esté representada por varios, por los directores o por otros reunidos en su nombre; hay obligación de obedecer a todos esos, bajo pena de pecado mortal, cuando mandan en virtud del voto» (ibid)

[1] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas dicen: «Viva Jesús en nuestros corazones». Todos responden: «Viva por siempre». (R. F. S. C., cap. 29, p. 72)

[2] Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas el aseo personal, en sentido estricto, es de las cinco menos cuarto en adelante; el tiempo disponible hasta las cinco, debía emplearse en la lectura de algún pasaje de la *Imitación de Cristo.*

[3] El 29 de agosto de 1856, en la sesión décimoséptima del capítulo general, se establecieron las siguientes modificaciones a este punto del horario:

7. A las doce menos cuarto, comida; después de comer, recreo hasta la una. Durante la comida se tomará la lectura: 1º *de un capítulo de la* Historia abreviada de la Religión, *de Lhomond;* 2º de la vida resumida del santo *cuya fiesta se celebra al día siguiente;* 3º de un libro de piedad y, para terminar, algunos versículos de *la Imitación de Cristo.*[10]

8. *A las doce y cuarto, recreo; durante el primer cuarto de hora de recreo, el Hermano Director, o quien haya sido designado por él, recordará la lectura del comedor o hará otras reflexiones piadosas.*[11]

9. A la una, los Hermanos rezarán *las Letanías*[12] *de la divina Providencia, las oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga, patronos del Instituto, y las Vísperas y Completas del Sagrado Corazón. El Hermano vigilante rezará el oficio mientras vigila a los internos, cuyo recreo durará hasta el fin del oficio; los demás Hermanos podrían, también, unirse a él y, en ese caso, se rezarían las oraciones en común.*

10. *A la una y cuarto entrarán los alumnos a la escuela,* e iniciarán la clase a

---

«1º Después del *De profundis* de la oración de la mañana, habrá una examen de cinco minutos, a fin de prever lo que habrá que hacer o evitar durante el día.

2º A las cinco y media se hará, además, el examen de la meditación y, así, el *Angelus* se rezará a las cinco y treinta y cinco minutos» (*Capítulos generales 1841-1952*, pp. 44-45, Archivo de los HH. del S. C.)

Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas: desde las cinco hasta las seis, oraciones vocales, meditación y lectura espiritual (R. F. S. C., cap. 29, p. 73)

[4] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen a las seis la santa Misa, e inmediatamente después el estudio hasta las siete y cuarto (*ibid.* p. 74), hora en que van a desayunar.

[5] Entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas el desayuno es a las siete y cuarto *(ibid.)*

[6] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas rezan las letanías del Niño Jesús, después de las cuales, los religiosos que dan clase en casa, rezan de rodillas las tres primeras decenas del rosario; los que van fuera, tienen que rezar el rosario en el camino, a la ida o a la vuelta (*ibid.* p. 75)

[7] En las reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas leemos: «Las clases comenzarán a las ocho y acabarán a las once, incluyendo el tiempo de la santa Misa y de la oración, después de la cual, se sacará a los alumnos de dos en dos, separados unos de otros por la distancia de una vara» (*ibid.*). Por tanto, mientras los lasalianos tenían dos Misas: una para la comunidad a las seis y otra durante la clase para los alumnos, los Hermanos del Sagrado Corazón tenían una sola para todos; y, como se celebraba a las siete y media, la clase duraba media hora más que en el caso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

la una y media. *Tanto en la clase de la mañana como en la de la tarde, observarán fielmente las reglas dadas en el libro* Dirección de las escuelas.

11. A las cuatro y media, *rezo del rosario, tanto para los alumnos como para los Hermanos. Después del rosario,* los externos rezarán la oración de la tarde y, acabada la oración, saldrán de la escuela con el mismo orden que por la mañana.[13] *A continuación del rosario se dará la merienda a los internos, con los que tomarán su recreo los Hermanos una vez que hayan salido los externos. El Hermano encargado de la cocina será quien vigile a los internos hasta que los demás Hermanos hayan despedido a los externos.*

12. [49] *A las cinco y cuarto,* estudio del catecismo.

13. *A las seis,* lectura espiritual.

14. A las seis *y media,* meditación *seguida del rezo de Maitines y Laudes del oficio del Sagrado Corazón.*[14]

15. *A las siete y algunos minutos, tocarán para el rezo del Angelus* y cenarán. Durante la cena se leerá: 1º un capítulo del *Nuevo Testamento*; 2º el mismo libro de piedad que en la comida, *y hacia el final de la cena, un capítulo de la Regla*.[15] Después de la cena, recreo hasta las nueve *menos cuarto.*[16]

16. A las nueve *menos cuarto,* oración, *durante la cual se harán seis minutos de examen tanto particular como general;* lectura de los puntos de meditación

---

[8] R. F. S. C., cap., 29, p. 75; en la mencionada sesión décimoséptima del capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, el 29 de agosto de 1856, a causa de diversas dificultades, se suprime esta media hora de catecismo, y en su lugar: «3. De once a doce menos cuarto tendrán estudio o escritura» *(Capítulos generales 1841-1952, p.* 45, Archivo de los HH. del S. C.). El cuarto de hora que sale de más, resulta de trasladar el examen particular de este momento a la oración de la mañana, como se ha dicho.

[9] R. F. S. C., cap. 29, p. 75; ver números 3, 8.

[10] R. F. S. C., cap. 29, p. 76.

[11] Como se ha apuntado en la introducción y en la nota 4 del capítulo XIV, en la sesión decimoctava del capítulo general, el 30 de agosto de 1856, se eliminó este punto del horario y, en su lugar, se estableció: «Al inicio de la comida y de la cena se leerá, o la vida del santo cuya fiesta se celebra al día siguiente, o un capítulo de la Historia de la Religión, o algunas páginas de una obra selecta. Después de esta lectura, el hermano director indicará qué alumno debe resumirla, y él mismo podrá hacer algunas reflexiones sobre ese tema. Si los hermanos están en un comedor separado del de los alumnos, el resumen de la lectura lo hará un hermano» *(Capítulos generales 1841-1952,* p. 45, Archivo de los HH. del S.C.).

[12] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas rezan las letanías de San José (R. F. S. C., cap. 29, p. 76).

para el día siguiente. Inmediatamente después de la oración, acostarse.

17. A las nueve y cuarto, *todas las luces deben estar apagadas en la casa* y todos los Hermanos deberán estar acostados.[17] *El Hermano encargado de la vigilancia no dejará nunca solos a los alumnos internos, principalmente en el dormitorio; en cuanto se hayan acostado, podrá estudiar o, incluso, acostarse, si lo prefiere; pero nunca abandonará el dormitorio para irse a estudiar* a otra sala, o a pasar un rato con los demás Hermanos.

Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María

APENDICE

Publicamos algunas cartas referentes a la aprobación de estas Reglas por varios obispos, en cuyas diócesis tenían casas los Hermanos del Sagrado Corazón, así como las cartas de otras personalidades. He aquí la lista de los obispos con las fechas de sus respectivas cartas:

1. Obispo del Puy, 6 de septiembre de 1843;
2. Obispo de Mende, 10 de octubre de 1843;
3. Obispo de St-Flour, 25 de octubre de 1843;

---

[13] De cuatro a cuatro y media, los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen el catecismo con los alumnos (*ibid.*); el Siervo de Dios no menciona en este punto el catecismo porque está incluido en el programa escolar.

[14] Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, después de salir los niños, hacen un examen particular, seguido, inmediatamente, del catecismo; a las cinco y media, lectura espiritual; a las seis meditación hasta las seis y media, momento en el que tienen la corrección fraterna (*ibid.*). Ellos no tienen recreo al acabar las clases.

En la sesión decimoséptima del capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en 1856 (23 de agosto), se introdujeron las siguientes modificaciones:

«4. El recreo que tiene lugar al final de la clase de la tarde, durará hasta las cinco y media.
5. Los días de asueto, el rosario se rezará a las cinco y cuarto.
6. Se estudiará el catecismo desde las cinco y media hasta las seis y cuarto.
7. A las seis y cuarto, lectura espiritual.
8. A las siete menos cuarto, examen particular» (*Capítulos generales 1841-1952,* p. 45, Archivo de los HH. del S. C.)

[15] R. F. S. C., cap. 29, p. 78: en la lectura del comedor se añaden otros libros. El capítulo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, de 1856, estableció esta variante: «9. Antes de la oración de la tarde, se leerá un capítulo de la regla» *(Capítulos generales, 1841-1952,* p. 35, Archivo de los HH. del S. C.)

[16] R. F. S. C., cap. 29, p. 78: después de este recreo se hace el estudio del catecismo.

4. Obispo de Grenoble, 25 de enero de 1844;
5. Arzobispo de Lyon, 15 de marzo de 1844;
6. Obispo de Cahors, 11 de junio de 1846;
7. Obispo de Nevers, 15 de septiembre de 1846;
8. Obispo de Mobile, Estados Unidos de América, 7 de agosto de 1848.

Todas estas cartas fueron presentadas en el Proceso ordinario *(Copia pública,* folios, 293r-296r). Nosotros publicamos solamente la primera y, además, la aprobación concedida por el rector del colegio de los Jesuitas de Vals y una carta del Vicario General de Mende.

1

Carta de aprobación de las Reglas de los Hermanos del Sgdo. Corazón, concedida por el rector del colegio de los Jesuitas de Vals.– Tomada de la copia pública del Proceso ordinario, folio 296r.

El Obispo del Puy, antes de conceder la solicitada aprobación de las Reglas de los Hnos. del Sgdo. Corazón, rogó al rector del colegio de los Jesuitas de Vals que las examinara. Este las juzgó «sabias», por lo que concedió su aprobación, salvo algunas modificaciones propuestas por él y aceptadas por el Siervo de Dios.
La carta no tiene fecha, pero es anterior a la aprobación del obispo.

He leído por orden de Monseñor Darcimoles, Obispo del Puy, las Reglas de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, conocidos en diversas diócesis con el nombre de Hermanos de los Sagrados Corazones. Estas Reglas me han parecidos sabias, y no he dudado en aprobarlas, salvo algunas modificaciones que me han parecido convenientes y que han sido efectuadas a petición mía.

Maisounabe S. J.

2

Carta del Vicario General de la diócesis de Mende, probablemente dirigida al Siervo de Dios, del 4 de julio de 1843. – Copia del original, conservado en el legajo «Hno. Pol. – Reglas: aprobación de los Obispos», Archivo de los HH. del S. C., Roma.

Mientras esperaba la aprobación de las Reglas por parte del obispo del Puy, el Hno. Policarpo preguntó a los prelados de las diócesis en las que los Hermanos del Sagrado Corazón tenían casas, sobre la posibilidad de obtener también su

[17] *Ibid.*

aprobación. En ausencia del obispo de Mende, responde su Vicario General: este autoriza al Siervo de Dios para que envíe un ejemplar de las Reglas y de los Estatutos, rogándole que adjunte el texto del examen llevado a cabo por el rector del colegio de los Jesuitas de Vals y una copia de la carta de aprobación del Obispo del Puy, bajo cuya jurisdicción estaba la Congregación.

OBISPADO DE MENDE

Mende, a 4 de julio de 1843

Mi querido Hermano

El abate Sr. Chapelle estará ausente durante quince días. Si usted quiere enviar sus Reglas y Estatutos, adjunte a ellas una copia certificada del examen hecho por el R.P. rector de Vals, y otra copia de la aprobación del Sr. Obispo del Puy. Todo ello será entregado a Monseñor a la vuelta de su viaje.

Tengo el honor de ser sinceramente,

Mi querido Hermano,

Su humildísimo y obediente servidor.

Rabeyrolle, v. g.

No es necesario que ninguno de sus Hermanos se tome la molestia de venir a entrevistarse con el Sr. Obispo.

3

Carta de aprobación de las Reglas de los Hermanos del Sagrado Corazón, expedida por el obispo del Puy, 1843, 6 de octubre. – Tomada de la copia pública del Proceso ordinario, folio 293r.

Hemos leído las Reglas Generales del Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de los Sagrados Corazones. Estas Reglas nos han parecido muy sabias. Concedemos nuestra aprobación y animamos a los Hermanos de la Instrucción Cristiana a observarlas con fidelidad.

En Le Puy, a 6 de 7bre de 1843

S. M. Joseph

L. **+** S. Obispo del Puy

DOC. **X**

EXTRACTO DE LA CARTA DEL HERMANO ADRIEN, maestro de novicios, más tarde Asistente y Superior General de la Congregación de Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, enviada al Hno. Alphonse, Director de «Mobile»,

América del Norte, con fecha 22 de mayo de 1849. *Del original conservado en el archivo general de los HH. del S. C., Roma, legajo «Hno. Pol. – Correspondencia de América – Hno. Adrien».*

En el citado legajo del archivo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, se conservan dos cartas del Hno. Adrien, enviadas al mismo destinatario y escritas en estas fechas: una, del 4 de septiembre de 1847, y la otra, del 22 de mayo de 1849. Importantes, ambas, para la historia y el devenir diario de la Congregación, no son otra cosa que la narración de los últimos acontecimientos a los religiosos recién trasladados a los Estados Unidos de América. En ellas, se cita a menudo al Superior General, Hno. Policarpo; pero, de las dos, la que presenta mayor interés para los fines de nuestro estudio, es la segunda. Como es muy larga, extraemos los párrafos más interesantes, en los cuales destacan, principalmente, el modo de obrar, las virtudes y las disposiciones, tanto físicas como morales, del Hno. Policarpo. En ambas cartas se sacan a la luz su solicitud y laboriosidad, el espíritu de recogimiento, la vigilancia, la confianza en Dios, la serenidad de su alma incluso en las pruebas más duras, su espíritu de hermandad, su celo y la frágil condición de su salud.

El destinatario era el Hno. Alphonse, el jefe de la primera misión en América y, a la sazón, Director de la casa de Mobile, religioso benemérito y figura eximia de la Congregación (Doc. XXII, par. 1, cap. 10; Doc. XIII, A, 2).

El Hno. Adrien, Guillaume Tailland en el siglo, nació el 21 de marzo de 1818 en Boussac, pequeña aldea de Pierrefort, Cantal, de unos padres ejemplares que gozaban de situación económica desahogada. Del pastoreo de rebaños, pasó directamente al seminario menor de St-Flour (1835-1838), donde destacó por su inteligencia, piedad y disciplina; no sintiéndose llamado al sacerdocio, prefirió la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, que desde 1836 regentaba una escuela en Pierrefort. Ingresó en el noviciado de Paradis el 15 de diciembre de 1838, dirigido en esa época por el Siervo de Dios, y el 21 de marzo siguiente recibió el hábito, tomando el nombre de Hno. Adrien. Tras un par de meses de permanencia en Saint-Symphorien de Lai, en septiembre de 1839 fue enviado a Marvejols (Lozère), donde se estrenó como profesor, despertando ya la admiración de las autoridades directivas. Su primer bienio se cierra con la profesión temporal, el 19 de septiembre de 1840. Por aquellos mismos días fue enviado, con otros tres Hermanos, a fundar una escuela en Tence (Haute-Loire), de cuya organización fue declarado responsable, aun sin ser director a causa de su poca edad; sin embargo, ese cargo lo ocupó al año siguiente. En septiembre de 1845, es reclamado en Paradis para dirigir el internado, primero, y el noviciado, desde el año siguiente. Es esta nueva situación la que propicia que salgan a relucir con el máximo esplendor las extraordinarias dotes pedagógicas de que había dado mues-

tras ya en Tence. El 27 de septiembre de 1849, hace su profesión perpetua. Era joven todavía cuando, en el Capítulo General del 9 de septiembre de 1851, reunido en Marvejols, resulta elegido primer Asistente, pero sin abandonar la dirección del noviciado y del internado, que mantiene, respectivamente, hasta 1855 y 1860. Entre los reconocimientos oficiales que mereció su labor educativa, recordamos la medalla de plata concedida por el inspector de la Universidad en septiembre de 1875.

Además de los cargos oficiales, el Hno. Policarpo lo convierte también en su secretario particular. Era una tarea muy delicada, signo manifiesto de la confianza que depositaba en el joven religioso. Como secretario, debía despachar la correspondencia del Superior General, expresar fielmente su pensamiento e, incluso, interpretar su punto de vista. Aparte de su calidad moral, también lo aconsejaba para esta tarea su dominio de la lengua francesa. La mayor parte de las cartas del Siervo de Dios que se conservan, muchas en borrador, fueron redactadas por él.

Acompañaba con frecuencia al Hno. Policarpo en su visita a las comunidades, y cuando este –a causa de su debilitada salud y múltiples ocupaciones– se vio obligado a disminuirlas, el trabajo se repartió entre los dos asistentes, Hnos. Adrien y Jean Marie. En enero de 1856, acudió a fundar la escuela de Oloron, en Béarn, donde permaneció dos meses para asentar la obra sobre sólidas bases.

Pasaron apenas tres años, y el Hno. Adrien se vio a la cabeza de la Congregación. Tras la prematura muerte del Hno. Policarpo, acaecida el 9 de enero de 1859, el Capítulo General, reunido el 25 de marzo, eligió al Hno. Adrien para sucederle (cfr. Doc. XVIII). Era la mejor elección para dar continuidad a la obra ascendente, ya bien encauzada, en el mismo espíritu y con las mismas perspectivas del Hno. Policarpo. Él había estado siempre a su lado y nadie resultaba tan idóneo como él para continuar su obra. Entre los dos, juntamente con el otro Asistente, Hno. Jean Marie, había existido tal armonía que despertaba admiración unánime.

Como la obra legislativa del Hno. Policarpo había quedado inconclusa, el Hno. Adrien asumió la tarea de acabarla y, en cuatro capítulos generales, entre 1865 y 1883, redactó las Reglas definitivas, que rigieron en la Congregación hasta la aprobación dada por la Santa Sede. Amplió notablemente la casa-madre de Paradis para lograr una mejor ubicación del noviciado y del internado. Este último supo organizarlo tan bien, tanto pedagógica como intelectualmente, que le hizo alcanzar una enorme reputación. El número de religiosos aumentó de 400 a 900, y el de casas, de 99 a 165. Se consolidaron y aumentaron las casas de los Estados Unidos y, además, se puso pie en el Canadá. En la lucha mantenida por el gobierno francés contra las escuelas privadas, el Hno. Adrien supo encontrar una salida digna y decorosa. Como hacía tiempo que el noviciado de Marvejols había sido suprimido, abrió otro en Chirac, en el local del seminario menor, adquirido en 1874. Minado por frecuentes enfermedades, se apagó el 23 de junio de 1887 (THÉOPHILE

VALENTIN, *Vida del Hno. Adrien, Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón...*, Tolosa, 1892; N. N., *El Hno. Adrien, segundo Superior General de los Hnos. del Sgdo. Corazón,* [1818-1887], Rentería, 1929).

Viviendo al lado del Hno. Policarpo, pudo dar testimonio, con pleno conocimiento de causa, de las cualidades que más destacaban en él y que constituían la admiración de la comunidad entera. Como veremos más adelante (intr. Doc. XXII), la *Vida* del Hno. Policarpo fue escrita por sugerencia suya. Así podrá afirmar: «Nadie ha experimentado como yo, las ventajas que se sacan de vivir en compañía de un santo» (*El Hno. Adrien,* p. 127).

Aportaremos diversos documentos del Hno. Adrien, que nos irán dando a conocer su opinión sobre el Siervo de Dios, siempre la misma, llena de admiración hacia él.

¡Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María!

Mi querido Hno. Director,

Todos ustedes deben estar esperando con impaciencia, y deseando vivamente, noticias de nuestra amada Congregación. En medio de su aislamiento y de su entrega total al Instituto, no podemos permanecer insensibles hacia unos Hermanos tan queridos, y de los que tanta distancia nos separa. Hemos de confesar, también, que no somos suficientemente puntuales en tenerles al corriente de cuanto pueda interesarles sobre nosotros. Es lo que me confesó nuestro queridísimo Hno. Superior General al marchar, después de Pascua, a visitar nuestros establecimientos de Cantal y de la Lozère. Me dijo que, sin duda, les habría escrito pero, esperando de un día para otro las noticias de sus buenos Hermanos de Mobile, quienes seguramente no dejarían de escribirle por la época de año nuevo, fue difiriéndolo, día tras día, hasta que llegó el momento de su partida para visitar las comunidades locales. Habiéndome dejado el encargo de escribirles, yo mismo he sido también un poco negligente. Fue la carta que ustedes enviaron, –que inmediatamente hice llegar al Rdmo. Hno. Superior– la que me ha vuelto a recordar mi obligación y me ha espoleado para que ponga manos a la obra. Su misiva debió llegar al destinatario mientras él se encontraba en Pierrefort. Nuestro Rvdmo. Hno. Superior les responderá, sin duda, desde alguno de nuestros establecimientos, pues si lo dejara hasta que se encuentre en Paradis, haría languidecer en demasía a sus queridos Hermanos de ultramar, ya que su retorno entre nosotros no tendrá lugar antes de la festividad de San Juan. Ya ha visitado las comunidades de Paulhaguet, Ardes, Massiac, Allanche, Condat, Vic y también ha pasado por Murat de incógnito. Y esto ¿por qué? –me dirán– a no ser que sepan ya algo acerca de ese desgraciado establecimiento donde

permanecieron tres de ustedes. La mayor de las cruces que nuestro queridísimo Hno. Superior ha tenido que soportar este año, le ha venido de Murat. He aquí algunos detalles.

Hacia mediados del pasado mes de diciembre, a pesar del rigor de la estación, se vio obligado a trasladarse al citado establecimiento para llamar la atención al Director de esa casa. Volvió de allí un tanto tranquilizado, pero su satisfacción fue tan sólo pasajera, y, algunos días después, tuvo que idear un medio para atajar el mal. Pensó que, tal vez, un breve retiro espiritual sanaría cualquier llaga, y que el buen Hermano –debería decir, más bien, el desdichado Hno. Félix– regresaría nuevamente a su puesto, fortalecido en el espíritu de su estado. Nuestro Hno. Jérôme se encontraba entonces en Vic, como visitador, y recibió una obediencia para dirigir interinamente el establecimiento de Murat. El buen Hermano obedeció y, a pesar de sus reparos, acudió para facilitar al Hno. Félix los medios de cumplir su mandato. Ante aquella orden, acude este a casa del Sr. Rode, alcalde y protector suyo, armando un escándalo; se considera calumniado y caído en desgracia, se abandona en manos de este magistrado y sus secuaces, y reclama su auxilio y protección. El republicano, más rojo que la escarlata y materialista convencido, vio ahí la ocasión de secularizar su escuela municipal. Se identifica con los puntos de vista del Hermano, quien le dice: «Por más que afirmen que mi retirada es sólo momentánea, estoy seguro de que es una encerrona y me guardaré bien de caer en la trampa». El alcalde, furioso y, creo yo, un poco borracho, se dirige al establecimiento y amenaza a nuestro Hno. Jérôme con meterlo en la cárcel si no se marcha de inmediato (estaban en el mes de febrero y era casi de noche; el Hermano partió a pie hacia Massiac) y declara autoritariamente que el Hermano, que es un ídolo de la población, se quedará allí a pesar de la orden de su Superior. Con más bochorno que zorro cazado por gallina, nuestro querido Hno. Jérôme, a pesar de la lluvia y de la nieve, a pesar de todos sus pesares, cede a las palabras conciliadoras del señor cura párroco y se escabulle rabo entre piernas. El señor cura intenta razonar, pero en vano: no se le permite pronunciar ni una frase en medio de las vehementes invectivas que se lanzan contra el Instituto y las sotanas. Los chavales, enardecidos, se reunen y empiezan a gritar: «¡Viva el Hno. Félix! ¡Abajo el cura!» Con bandera y tambor al frente, la jauría se lanza por las calles de la ciudad berreando la Marsellesa; y, mientras tanto, el respetable cura, prisionero en el establecimiento de los Hermanos, es denostado bajo la acusación de ser el instigador del cambio del pequeño corifeo de Murat. Al día siguiente de este bochornoso espectáculo, se convoca el consejo municipal, y el señor alcalde demuestra poseer influencia suficiente como para secularizar una escuela que había educado a los niños del pueblo a lo largo de

25 años. Al instante, se convoca al inspector de las escuelas primarias –o más bien se le ordena que acuda– para reorganizar la escuela cristiana de Murat en base a los puntos de vista de nuestro Hno. Félix, en connivencia con el encantador magistrado que, contra viento y marea, le ha mantenido en su cargo. Al rebotado, se le prometen tres ayudantes; ante esa perspectiva, nuestros queridos Hnos. Rémy y Marcellin, asustados, se largan y nos escriben desde Massiac. Inmediatamente fui enviado para comprobar el verdadero estado de la situación, pero me fue imposible tomar iniciativa alguna para llegar a un acuerdo, pues, nada más llegar, el alcalde me declaró que aunque le partieran la cabeza por la mitad, no daría su brazo a torcer. 'He empeñado mi palabra, y no se dirá –añadió– que la autoridad ha dado marcha atrás ante las exigencias clericales'. Muy a mi pesar, pues, me vi obligado a regresar a Paradis con los Hnos. Aimé y Frédéric. Desde entonces, el Señor Obispo de St-Flour se interesó en favor nuestro, aunque en vano; su excelencia ha echado por tierra todas las calumnias levantadas contra nosotros pero, en cuanto a nuestro regreso, nada ha podido hacer, y Murat se queda solamente con escuela laica.

Dios lo ha dispuesto así, y nuestro querido Superior, completamente resignado, se consuela diciendo: «El Señor lo ha permitido y no es por culpa nuestra».

Nos mantenemos aproximadamente el mismo número de Hermanos que en el momento de su salida de Francia; podríamos tener más postulantes, pero somos bastante exigentes en las admisiones, y creo que, en los tiempos que corren, es prudente la moderación, y que no es poco el mantenerse.[1] He ahí, más o menos, algunas noticias acerca del personal del Instituto; si desean más detalles, no tienen más que decir media palabra, y será para mí un placer el satisfacerles. Nuestro Reverendo Hermano, a pesar de su frágil salud, se encuentra bastante bien; le hemos hecho prometer, al despedirse, que nos escribirá cada ocho días, y ha cumplido fielmente su promesa. Nos ha dicho que, fatigas aparte, no sufría demasiado; que, a decir verdad, se había sentido indispuesto en un par de ocasiones, pero que la noche siguiente había sido suficiente para volver a la normalidad. No dudamos que estos viajes le cuestan mucho y que tiene que sobreponerse a la repugnancia que le supone abandonar la soledad de Paradis; sin embargo, al mismo tiempo que le acompañamos con nuestras pobres oraciones, le vemos partir resignados, pues sus paternales visitas son tan deseadas y producen frutos tan notables en cada una de las comunidades ...

¿De qué hablarles aún? ¿De la solicitud de nuestro querido Superior por ustedes, por su establecimiento, por sus queridos huérfanos, por los dos dilectísimos novicios que nosotros, quizás, nunca tendremos el placer de conocer? Deben ustedes tomar a bien los sentimientos de su gran corazón y de su celo apostólico. Segu-

ro que su espíritu cruza muy a menudo el mar para ir a visitar a sus hijos predilectos. Con qué satisfacción les debe acompañar en sus clases, en el oratorio, en sus diversas actividades y, sobre todo, en el Sagrado Corazón de Jesús en el que ardientemente desea sumergirles con mayor profundidad. En cuanto a mí, creo sentirme muy a menudo en compañía de ustedes; les imagino pronunciando, esforzándose en pronunciar, algunas palabras en inglés. ¡Ah!, me digo a mí mismo, si te permitieran quedarte allá y dedicarte con todas tus fuerzas al estudio de ese idioma, y permanecer con unos Hermanos a los que estimas tanto como amas, ¿no es verdad que se vería colmado uno de los más ardientes deseos de tu corazón? Pero no, Dios no lo quiere, y se contentará con tu deseo; mi edad, la dificultad que tengo para expresarme, mi salud, mi carácter, todo me induce a creer que no seré complacido en mis ansias de ir a entregar mi vida en beneficio de la juventud de Mobile. Seguro que no me aceptarían; de lo contrario, tan pronto como les hiciera falta alguien, yo estaría a su entera disposición. Sé que, para caminar tras sus huellas, hay que hacer grandes sacrificios; pero, con la ayuda de Dios, me parece que estaría dispuesto a entregarle hasta la última gota de mi sangre. Tiéndanme la mano, por favor, y llámenme a su lado ...

Mi reverendo Hermano Director y mis queridos Hermanos, quedo de ustedes afectísimo y seguro servidor,

Paradis, a 29 de mayo de 1849. Hno. Adrien

DOC. XI

[1] En otra carta al mismo Hno. Alphonse, del 4 de septiembre de 1847, el Hno. Adrián escribe: «... Hacia primeros de año había en el noviciado 56 novicios estudiantes, y éramos unos 80 en las comidas. Imposible preparar comida para tanta gente. Nuestro queridísimo Hermano Superior tomó entonces la decisión de despedir a los pequeños, a los más jóvenes y a todos aquellos cuya vocación era dudosa; en menos de un mes, fueron despedidos 20. Uno de ellos fue nuestro querido Hno. Césaire. Otros se marcharon voluntariamente ... ; ha sido necesario echar mano de los novicios para reemplazar a los desertores y a los difuntos, así que nuestro noviciado se ha reducido a una treintena de individuos. Sin embargo debo añadir, para vuestra satisfacción y la nuestra, que tenemos un excelente grupo, que en lugar de empobrecerse, la masa se ha purificado y que casi todos los que quedan nos proporcionan grandes satisfacciones ...» (en *Hno. Pol. - Correspondencia de América - Hno. Adrián*, Archivo de los HH. del S.C.).

DOCUMENTOS referentes al sacerdote JEAN-EUGÈNE ARNAUDON, capellán de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús en la casa de «Paradis»

En el presente documento, agrupamos diversos textos que se refieren a la actitud del capellán de la casa de Paradis, de los Hermanos del Sagrado Corazón, acusado de haberse extralimitado en sus atribuciones, en detrimento del Siervo de Dios, Superior General de la Congregación. Por tratarse de una cuestión muy delicada, conviene exponer los hechos ordenadamente y con la mayor claridad posible.

1. *Estado de la cuestión*.– Terminadas las primeras construcciones en la nueva casa madre de Paradis, cerca del Puy, e instalados todos los novicios destinados a la enseñanza, Monseñor de Bonald, obispo de la diócesis, envió allí como capellán residente, en 1839, al sacerdote Jean-Eugène Arnaudon (cfr. más abajo, n. 6; Hno. BERNARDIN, *Origen y fundación del Instituto de los Hermanos. del Sagrado Corazón*, p. 8, manuscrito del arch. general de los HH. del S.C., Roma). Llegado a Paradis en un momento verdaderamente crítico (cfr. intr. Doc. VII), dotado de notable inteligencia, cultura y celo, investido de poderes más amplios que los de un simple capellán por el señor obispo –superior directo de una congregación de derecho diocesano– se creyó con derecho a suceder en el gobierno de la Congregación al dimisionario P. François-Vincent Coindre. (Doc. VII). Elegido, sin embargo, el Siervo de Dios, el P. Arnaudon continuó por su camino y, en breve, aparentando interés y celo por el afianzamiento de la Congregación, se valió de su personalidad particular y de los restos de pasadas controversias, para arrogarse poderes que de ningún modo le correspondían, pues eran atribución propia del Superior General y de sus directos colaboradores.

Como era de esperar, este abuso de autoridad dio lugar a enfados entre los religiosos, quienes, lógicamente, no lo soportaban nada bien. Quien más protestó fue el Hno. Xavier. De acuerdo con el Siervo de Dios, trató de informar bien al obispo del Puy, Monseñor Darcimoles, y buscó los buenos oficios del cardenal de Bonald –arzobispo de Lyon– y de sus colaboradores. Tras mucho insistir, a finales de 1849 se consigue que el P. Arnaudon resida en Le Puy y se desplace a Paradis solamente para celebrar la misa y confesar. Viendo –tanto en esta medida, como en el alejamiento para protegerse de él– la mano del Hno. Xavier, el P. Arnaudon lo acusó ante el Siervo de Dios de querer separarse de la Congregación y formar otra en Lyon. Al comprobar que de nada le servían sus protestas de inocencia, el Hno. Xavier, cansado, y sin el conocimiento del Siervo de Dios, solicitó al ministerio de enseñanza pública la autorización legal de la Congregación en el departamento de Rhône (20 de octubre de 1850), para permitir el traslado a Lyon de la casa general y sustraerse de este modo a la jurisdicción del obispo del Puy, que apoyaba al P. Arnaudon.

Llegada la noticia del asunto a Paradis, el Hno. Policarpo volvió a llamar al religioso a la casa general y, en la solicitud del 10 de diciembre al mismo ministro pidiendo la autorización legal en toda la nación (Doc. XII), le rogó que no tuviera en cuenta la solicitud del Hno. Xavier. Después de conceder la autorización requerida por el Siervo de Dios (19 de junio de 1851), el ministro halló la solicitud del Hno. Xavier sin tramitar. Surgiendo entonces la duda de si se trataba de la misma Congregación recién autorizada, acudió al rector de la Universidad de Lyon para esclarecerlo, el cual, a su vez, reclamó la aclaración al Siervo de Dios (10 de septiembre). Este, aunque un poco sorprendido, disipó cualquier duda.

2. *Fuentes*.– Es conveniente que distingamos las fuentes sobre la actitud del P. Arnaudon, de las que se refieren a la solicitud de autorización legal formulada por el Hno. Xavier.

a) Sobre el primer punto, fuentes casi exclusivas son las *Memorias* del Hno. Xavier, es decir, de una de las partes en litigio. Prescindiendo de un evidente tono polémico y defensivo, y sin tener en cuenta juicios un poco fuertes y apresurados sobre cosas y personas, la substancia de los hechos es verdadera y encuentra confirmación en otros documentos más sobrios pero no menos dignos de crédito, a saber: una carta del Siervo de Dios (2 de junio de 1850), dos párrafos del *Registro de Establecimientos* n. 2 (pp. 19-20, 32) escritos por el Hno. Bernardin (cfr. Doc. XIX), y otros dos insertados en la biografía del Hno. Urbain, editada en el *Anuario núm. 5* de la Congregación (1910-11, pp. 239-40) y en un artículo sobre Paradis (Doc. XXV, 1 a). También se contienen noticias varias y útiles para encuadrar bien las personas y los acontecimientos, en memoriales, en cartas del Siervo de Dios o dirigidas a él, así como en algunas escritas entre Hermanos.

b) Sobre el segundo punto, las *Memorias* del Hno. Xavier nos proporcionan los antecedentes y las primeras consecuencias del paso dado por él, pero no terminan de disipar todas las dudas y nos dejan perplejos en ciertos asuntos. Para aclarar las cosas, nos ayudan tres cartas: del Hno. Xavier al ministro de instrucción pública (20 de octubre de 1850), del rector de la Universidad de Lyon al Siervo de Dios (7 de septiembre de 1851), y la respuesta del Siervo de Dios.

3. *Actitud del P. Arnaudon*.– Cuando en 1839 el P. Arnaudon se convierte en capellán de Paradis, el obispo del Puy, Mons. de Bonald, le «recomendó de manera especial» ocuparse también de la formación de los novicios, y el Hno. Xavier añade que «trabajó seriamente» (cfr. *más abajo*, n. 6; Doc. XXV, 1 a). En las controversias financieras habidas con el P. F. Coindre, el P. Arnaudon fue encargado en varias ocasiones, por el Hno. Xavier, de pagar a ciertos acreedores (*Memorial presentado*, pp. 10, 12); y cuando en 1841, de acuerdo con los religiosos, consiguió que presentara la dimisión el P. F. Coindre (cfr. más abajo, n. 6), en el Capítulo General por él presidido (cfr. Doc. VII) se las arregló para hacer asignar al dimisionario una pensión que le había prometido (*Memorial presentado*, p.

12). Por este y otros servicios prestados, el P. Arnaudon, según el Hno. Xavier, se creyó con derecho a suceder al P. F. Coindre en el gobierno de la Congregación. Elegido, sin embargo, el Siervo de Dios, «el P. Arnaudon se arrogó tal imperio sobre el Superior General y sobre los demás Hermanos, que pronto toda la Congregación creyó que tenía otro Coindre a la cabeza» (*más abajo* n. 6).

Con frecuencia se encuentran peticiones de apertura de casas, o cartas de negocios de rigurosa competencia de los superiores, dirigidas a él como si fuera el responsable de la Congregación (cfr., p. ej., *las cartas del párroco de Massiac,* Gamet, 16 febrero 1843, *del Vicario General del Puy,* Coupe, 11 junio 1843, 22 abril 1845, *dirigidas al P. Arnaudon, y carta del párroco de Villeurbaune,* Delon, al Siervo de Dios, 16 agosto 1844, Archivo de los Hnos. del Sagrado Corazón) que, a veces, respondía como si fuese el verdadero Superior General (cfr. intr. Doc. XIII).

Es significativa la dirección de la carta-respuesta del nuevo obispo electo (1847) en Le Puy, Mons. de Morlhon, agradeciendo la felicitación que le habían enviado los Hnos. del Sgdo. Corazón: «Sres. Superior y Capellán de los Hermanos de la Instrucción Cristiana»; al comienzo habla de «la obra a la que ustedes se han consagrado y que dirigen con un celo que ya me es conocido...» (París, 10 marzo 1847, cfr. más abajo, n. 1). En 1849, en pleno conflicto, el P. Arnaudon rogó al obispo de Nevers que favoreciera una fundación de los Hnos. del Sgdo. Corazón en su diócesis *(Respuesta del obispo,* 20 mayo 1849).

No sólo promete enviar o trasladar religiosos por propia iniciativa –como hizo, por ejemplo en 1846 con el párroco de Ardes, Moulin, *(carta del párroco al Siervo de Dios,* 10 de octubre)– sino que hace indagaciones en varias ciudades que ya tenían o pedían religiosos, investido de «plenos poderes» (cfr., p. ej., *Barón de Jerphanion al Siervo de Dios,* de Larajasse, 19 junio, 24 julio 1843; *respuesta* 14 julio); de vez en cuando, le presionaban para que se dignara visitar las casas (p. ej., *el párroco de Ardes al Siervo de Dios,* 21 julio 1848); fue a Lyon para tratar con el cardenal de Bonald, a Viviers y a Saint-Flour para entrevistarse con los respectivos obispos, y el mismo Siervo de Dios asegura en 1844 que «él mismo suele ocuparse de los asuntos relacionados con el ministerio, y está siempre a vuestra disposición, lo mismo que nosotros» *(al obispo de Saint-Flour,* 12 diciembre 1844; *el obispo al Siervo de Dios*, 30 noviembre 1844; *el Siervo de Dios al Barón de Jerphanion,* 14 julio 1843).

El Hno. Bernardin atribuye al P. Arnaudon el cierre de la casa de Saint Germain-du-Teil, abierta en 1840: «fue abandonada en 1845 a causa de alguna desavenencia entre el párroco y el P. Arnaudon, que se apartaba evidentemente de su función de capellán de la casa-madre» (cfr. más abajo, n. 7; Doc. XXV, 1 a). En la biografía del Hno. Urbain, leemos un episodio más que suficiente para demostrarnos el carácter autoritario del P. Arnaudon (cfr. más abajo, n. 8). Otros detalles (uno de ellos bastante desagradable con relación al Siervo de Dios), los refiere el autor de

un artículo sobre la casa de Paradis (Doc. XXV, 1 a).

El mismo Hno. Bernardin, sin embargo, hace resaltar también los grandes servicios prestados por el P. Arnaudon al Instituto y el celo que desplegaba en su trabajo (cfr. más abajo, n. 7); y el Hno. Adrien, en 1847 y en 1849, hace notar a los religiosos residentes en los Estados Unidos de América, el gran amor que el Padre Arnaudon les tenía, y añade: «se encuentra bien, recen todos por él, y no es necesario que repita cuántos saludos les envía de su parte» (4 septiembre 1847, 22 mayo 1849, en *Hno. Pol. Correspondencia de América - Hno. Adrien*, Archivo de los HH. del S. C.).

4. *Actitud del Hno. Xavier.*– Este modo de proceder del capellán suscitó «algunas murmuraciones» entre los religiosos (cfr. más abajo, n. 6). Quien más se alarmó fue el Hno. Xavier. Nombrado el Siervo de Dios primer Asistente de la Congregación (Doc. IV, 2), lo que incluía también el cargo de Director General, el Hno. Xavier se trasladó al *Piadoso Socorro* de Lyon donde, por espacio de algunos años, debió continuar las discusiones con el P. F. Coindre para salvar el *Piadoso Socorro*. (cfr. más abajo, n. 6)

Salvada la casa, el Hno. Xavier, con admirable celo, se dedicó a la comunidad, abrió un internado y se empeñó en mejorar la formación de los religiosos. Esas actividades, desplegadas de acuerdo con el Siervo de Dios, sí, pero con cierto espíritu de independencia, –consciente de su competencia administrativa y de la plena confianza depositada en él, tanto por el Superior General como por los Hermanos– escapaban al control del P. Arnaudon; aunque en ello, algo tenía que ver el hecho de que los dos residieran en lugares diferentes: el Hno. Xavier en Lyon y el P. Arnaudon en Le Puy.

El Hno. Xavier, haciendo valer la autoridad de que gozaba, se constituyó, ante el Siervo de Dios, en portavoz del descontento de los religiosos respecto al Padre Arnaudon, el cual, por otra parte, sabía muy bien que las denuncias contra él ante el Obispo del Puy, Mons. de Darcimoles, provenían del mismo Hermano.

Con el paso de los años, las cosas se agravaron cada vez más: «El P. Arnaudon –escribe el Hno. Xavier– tomaba siempre la iniciativa, quería verlo y oírlo todo; llegaba, incluso, a equipararse con los Obispos; en fin, que la situación había llegado a tal extremo, que su presencia en la Congregación resultaba mucho más perjudicial, en ciertos aspectos, que la del P. F. Coindre» (cfr. más abajo, n. 6).

Añádase, además, que el P. Arnaudon, posponiendo siempre el cobro de los emolumentos convenidos en 1839, despertó en el Hno. Xavier la sospecha de si lo hacía para poder legitimar, al cabo de los años, la exigencia de mayores compensaciones, entre ellas, los intereses.

Aprovechando su permanencia en Paradis para los ejercicios espirituales en 1846, el Hno. Xavier habló largo y tendido con el Siervo de Dios «sobre el tema P. Arnaudon» (*ibid.*). Entre las soluciones ideadas para poner remedio, –teniendo en cuenta que el obispo «estaba totalmente con él»– se planteó la posibilidad de

obtener para la Congregación una autorización estatal en el departamento de Rhône, y tener así la posibilidad de trasladar a Lyon la casa general. Entonces, el Hno. Xavier, de vuelta a Lyon, expuso la situación al sobrino del cardenal arzobispo y, para no precipitar las cosas, le rogó sobre todo que presionara al obispo del Puy para que sustituyese al P. Arnaudon. Se ignora si se dio este paso; lo cierto es que la situación no mejoró, lo cual se debió también a que, habiendo sido promovido Mons. de Darcimoles a la sede metropolitana de Aix, el 15 de diciembre de 1846, el nuevo obispo, Mons. Jean-Auguste-Victorin de Morlhon (†1862), no creyó oportuno hacer innovaciones.

A causa de estas intrigas, «en 1847, el P. Arnaudon apuntó toda su artillería contra el pobre Hno. Xavier, y poco faltó para aplastarlo» (cfr. más abajo, n. 6). Entre las acusaciones más graves contra el religioso, figuraba la de intentar promover un cisma en la Congregación y nombrar superior general al Hno. Marie-Joseph. La polémica, en la que se vio obligado a intervenir el Siervo de Dios, se iba alargando con acusaciones y refutaciones que le afligían tanto a él como al Hno. Xavier. Después de mucho insistir, hacia finales del año 1849, el Siervo de Dios consiguió únicamente que el P. Arnaudon trasladara su residencia a la ciudad y acudiese a Paradis sólo para celebrar la santa Misa y escuchar confesiones.

Probablemente esta medida reavivó la polémica. Fue entonces cuando el Hno. Xavier pensó llevar a la práctica la solución examinada con el Siervo de Dios en 1846; así, el 20 de octubre de 1850, en calidad de «Superior del establecimiento de los Hnos. del Sgdo. Corazón, calle Clos de Chartreux, n. 9», envió al gobierno la petición de autorización legal para el departamento de Rhône (cfr. más abajo n. 3). Pero como el paso se había dado sin el conocimiento del Siervo de Dios, para no complicar las cosas, y estando él mismo a punto de enviar la petición de autorización de la Congregación en toda la nación (Doc. XII), apenas lo supo, llamó a Paradis al Hno. Xavier y le asignó el oficio de ecónomo. (cfr. más abajo, n. 6).

5. *Actitud del Siervo de Dios.*– Para valorar en su justa medida la actitud del Siervo de Dios, hay que tener presente la situación del Instituto durante los primeros años de ministerio, en Paradis, del P. Arnaudon, que fue testigo del ascenso del Hno. Policarpo a la dirección de la Congregación; también conviene considerar la naturaleza jurídica del Instituto y otros problemas colaterales.

a) En la base de todo, está el hecho de encontrarnos ante una congregación religiosa de derecho diocesano. Basándose en los poderes derivados del derecho diocesano, el obispo del Puy, seriamente preocupado por la fuerte crisis que atravesaba la Congregación, rogó en 1839 al P. Arnaudon que no se limitase a cumplir las funciones de capellán, sino que extendiera su influencia también a la formación de los novicios. (cfr. más abajo, n. 6). Además, tanto el Hno. Xavier como el Hno. Policarpo y los otros superiores, necesitados como estaban de consejo y de guía para esclarecer muchas situaciones complicadas, hacían participar cada vez más al capellán en los asuntos de su exclusiva competencia. De esta

forma, el P. Arnaudon se encontró con las riendas del mando en sus manos.

Téngase en cuenta también que los Hermanos, religiosos de escasa formación teológica y cultural, salidos en su mayor parte de pueblos pequeños y de familias pobres, poco habituados a prácticas de gobierno o al trato con las autoridades, no podían competir con sacerdotes más cultos y expertos en este tipo de negocios; y eso sin considerar que su situación misma de laicos los ponía en condiciones de inferioridad.

Por otra parte, desde 1839 hasta los primeros años de gobierno del Siervo de Dios, el obispo de la diócesis, con justificado celo, se vio en la necesidad de ejercer cada vez más su autoridad, sea directamente, sea por medio del P. Arnaudon o de los vicarios generales. Así nos explicamos la perplejidad de ciertas personas y algunos párrocos a la hora de acudir a los superiores de la Congregación: no sabiendo a quien dirigir la petición para conseguir Hermanos, se dirigían al obispo, al Vicario General, Coupe, o al P. Arnaudon. Por ejemplo: el párroco de Allanche pide Hermanos al «P. Coupe, Superior de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y Vicario General de la diócesis del Puy» (6 de junio de 1843, Archivo de los HH. del S.C.); el Siervo de Dios accedió a una fundación en Massiac (Cantal) «a solicitud del P. Coupe, Vicario General de nuestra diócesis, protector de nuestra obra, al que más de quince parroquias de diócesis diferentes solicitan desde hace tiempo casas de nuestros Hermanos» *(carta al párroco de Massiac en respuesta a otra del P. Coupe al P. Arnaudon,* del 28 de septiembre de 1842, en borrador; cfr. *P. Montagnac, vicario General, en nombre del obispo del Puy, al Siervo de Dios,* 22 de mayo de 1843; *Larget, párroco de Grand-Serre, al obispo del Puy,* 12 de junio de 1842). No hay, pues, por qué maravillarse de encontrar peticiones de fundaciones formuladas directamente al P. Arnaudon.

Si en los primeros años, el peso de sus poderes no se hizo sentir tanto, a causa de los negocios pendientes y de la incertidumbre de la situación (también el Hno. Xavier envió sus «respetos al Padre capellán», *carta al Siervo de Dios*, del 9 de agosto de 1842), a medida que la cosa se normalizaba, parece que la actitud autoritaria del P. Arnaudon sobrepasó los límites, llegando hasta los embarazosos detalles referidos por el autor de un artículo sobre la casa de Paradis (Doc. XXV, 1 a). Por tanto, era lógico que surgiera una reacción.

b) En la molesta situación señalada, el Siervo de Dios mantiene una postura cauta y prudente. Plenamente consciente de los problemas que podrían acarrear, da los pasos oportunos ante el obispo para obtener el cambio de capellán. Y de esto da testimonio el mismo Hno. Xavier. Pero nada se consigue porque el obispo, sin darse cuenta de la nueva filosofía adoptada por la Congregación, de poder valerse por sí misma, seguía persuadido de que la presencia del Padre Arnaudon era indispensable. Dado el apoyo del obispo al capellán, el Siervo de Dios se encontraba con las manos atadas. Por otra parte, un superior general de

una naciente congregación, necesitada de protección de los obispos para consolidarse y extenderse, ¿cómo podía tomar, de pronto, una actitud enérgica cuando, de hecho, hubiera tenido que enfrentarse al obispo, que era su Superior? Por ello, a pesar de sufrir no poco por el asunto, no viendo una vía de salida, el Hno. Policarpo procuraba evitar rumores y no precipitar las cosas. El mismo cambio de titular de la sede episcopal del Puy supuso un retraso en la solución del problema. No es de extrañar, pues, que algunos religiosos no comprendiesen la situación real, el Hno. Xavier entre ellos.

Carácter fogoso e intransigente, inclinado al activismo, vio en la actitud del Siervo de Dios debilidad y condescendencia donde, en realidad, lo que había era prudencia y espíritu de reflexión. El autor del mencionado artículo sobre la casa de Paradis escribe que el Hno. Policarpo «dejaba hacer porque, lleno de veneración hacia el sacerdocio, estaba persuadido, en su humildad, de que la acción del señor capellán, necesariamente, tenía que ser saludable» (Doc. XXV, 1 a). A su debido tiempo, el Hno. Policarpo supo mostrarse enérgico, como lo hizo llamando al propio Hno. Xavier a Paradis, cuando tuvo conocimiento de la solicitud de autorización de la Congregación para el departamento de Rhône, realizada arbitrariamente por éste ante las autoridades estatales (20 octubre 1850, cfr. más abajo, n. 3). Justamente, para evitar confusiones, el Siervo de Dios, en la petición de autorización para toda Francia (diciembre de 1850), rogó al ministro de enseñanza pública «considerar como no realizadas las diligencias llevadas a cabo por el Director de nuestra casa de Lyon» (cfr. más abajo, n. 5). Y, como sabemos, este asunto se arregló en poco tiempo y con el menor ruido posible, gracias al sabio modo de proceder del Siervo de Dios.

El Hno. Xavier, en sus *Memorias*, excesivamente preocupado por un deseo de autodefensa, apunta cierto asomo de debilidad en el Siervo de Dios, aunque siempre le manifiesta estima y le profesa sentimientos de sumisión, como se revela en algunas de sus cartas (p. ej., *al Siervo de Dios*, 16 de septiembre de 1846, Archivo de los HH. del S. C.). El Hno. Policarpo, en la citada respuesta al rector de la Universidad de Lyon, expone sobriamente los hechos sin expresar una sola palabra de recriminación personal. Para comprobar la estima de que continuó gozando el Hno. Xavier en la Congregación –y, por tanto, indirectamente, sus buenas intenciones y el amor por la misma– nos basta confrontar la lista de los elegidos en los dos capítulos generales de 1856 y de 1859: en el primero, el Hno. Xavier ocupa el octavo puesto con ochenta y cuatro votos, mientras que en el segundo, ocupa el primer puesto con noventa y siete votos sobre noventa y ocho votantes. (*Capítulos generales* 1841-1952, pp. 13, 62).

Como todos los textos que siguen, excepto el último, se conservan en el archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón de Roma, en el encabezamiento omitiremos la mención del archivo.

1

Carta del nuevo obispo del Puy, Mons. Joseph-Auguste V. de Morlhon, al Siervo de Dios y al P. Arnaudon, 10 de marzo de 1847. Del original conservado en el legajo «Hno. Pol.- Reglas: aprobación de los Obispos».

Conocido el nombramiento del nuevo obispo del Puy, Mons. de Morlhon (1847-1862), el Siervo de Dios y el capellán de Paradis, P. Arnaudon, le enviaron una carta de felicitación en nombre del Instituto. El prelado respondió conjuntamente a los dos, alabando su celo apostólico «que ya conozco» por el progreso de la Congregación.

París, 10 de marzo de 1847

Señores,

La obra a la que ustedes se han consagrado, y que dirigen con el celo que ya conozco, es, desde mi punto de vista, una de las más importantes y valiosas que una diócesis pueda tener. Me felicito de verla establecida en la que la Providencia me ha llamado a gobernar, y pueden contar con mi colaboración y mi solicitud para procurar su desarrollo y prosperidad.

El ejemplo de mis venerables predecesores, a quienes me propongo imitar, bastaría para suscitar en mí esta disposición; pero convencido, por otra parte, de que sólo una instrucción firme y una educación eminentemente cristiana pueden regenerar nuestro país y asegurarle un futuro feliz, no puedo sino aplaudir y asociarme a los esfuerzos de unos hombres virtuosos que, movidos por los sentimientos más loables, se han entregado a esa importante tarea. No cesan de hablar de las modernas instituciones pensando en anularlas (?). Probemos a todos que a la religión, y solamente a la religión, le corresponde el derecho de formar el corazón en la virtud y de abrir la inteligencia a la verdad.

Me han emocionado los sentimientos que manifiestan hacia mi persona; he acogido su testimonio con tanto gusto como agradecimiento; ellos aumentan mi sincera solicitud hacia ustedes, señores, de la cual les ruego se dignen aceptar la garantía.

E. de Morlhon, Obispo electo del Puy

Señores Superior y Capellán de los Hermanos de la Instrucción Cristiana del Puy.

2

Extracto de una carta del Siervo de Dios a los religiosos residentes en los Estados Unidos de América, 2 enero 1850.– De la carta autógrafa conservada en el legajo «Correspondencia de América.– Original».

En la correspondencia privada del Siervo de Dios, casi nunca se nombra al Padre Arnaudon: sólo algunas veces para mandar saludos; en las cartas oficiales, solamente en casos de estricta necesidad. En el fragmento que publicamos, el Hno. Policarpo deja entrever un poco la tempestad que había por quebrar los poderes no demasiado reprimidos del P. Arnaudon; con una ironía finísima, aplica a la Congregación la revolución que había derribado la monarquía de Louis Philippe de Orléans e instaurado la república. Del mismo modo se percibe su serenidad de espíritu y su desasimiento por el alto cargo que ostenta.

Vivan los Sagrados Corazones
de Jesús y de María.

Paradis, 2 de enero de 1850

Mis queridos Hermanos,

... Hoy no les diré nada nuevo; nuestros Hermanos les habrán contado que, no solamente sigue existiendo la república en Francia, sino que, además, ha habido una en la Congregación, tal como sus nuevos Hermanos les habrán informado, aunque todavía no ha alcanzado su plenitud. De momento, el primer ministro de estado ha tenido que dimitir a la fuerza. Nuestro padre capellán ya no vive con la comunidad, sino en Le Puy. Únicamente viene a decir misa y a confesar. Sólo falta un remezón para hacer desaparecer al jefe de estado y tendremos constituido el gobierno republicano. Que nuestro querido Hermano Director de Mobile esté preparado para regresar a Francia, pues creo firmemente que será elegido por una amplia mayoría para la presidencia de la nueva república ...

Hno. Policarpo

3

Solicitud presentada por el Hno. Xavier, en el siglo Guillaume Arnaud, al Ministro de Instrucción Pública para obtener el reconocimiento gubernamental de la Congregación en el departamento de Rhône, 20 octubre 1850. De una copia conservada en el legajo «Autorización - Lyon».

El Superior de los Hermanos del Sagrado Corazón,
al Señor Ministro de Instrucción Pública.

Señor Ministro,

El que suscribe, Superior del establecimiento de los Hermanos del Sagrado Corazón, con domicilio en la calle Clos de Chartreux, nº 9, Lyon, tiene el honor de dirigirle humildemente la siguiente solicitud:

Desde 1830, nuestra casa ha formado cierto número de Hermanos para la Instrucción primaria. Los establecimientos que nos han sido confiados por diversos municipios gozan de prosperidad. Deseando responder a las nuevas solicitudes que nos han sido formuladas por varios ayuntamientos del departamento de Rhône, solicitamos del ministerio de Instrucción Pública la autorización de los Estatutos de nuestra Congregación y el derecho a disfrutar de las prerrogativas concedidas a los jóvenes que se dedican a la enseñanza primaria, es decir, la exención del servicio militar para todo Hermano que cumpla las garantías exigidas por la ley respecto a la enseñanza primaria.

Con la firme confianza de que atenderá nuestra solicitud y que nuestros jóvenes pronto podrán dedicarse sin aprensiones a sus estudios,

Tengo el honor de presentarle mis humildes respetos,

Señor Ministro,
de su Excelencia
muy humilde servidor
G. Arnaud.

Lyon, a 20 de octubre de 1850

4

Carta del Rector de la Universidad de Lyon al Siervo de Dios, mediante la cual pide aclaraciones sobre la solicitud presentada por el Hno. Xavier, 10 de septiembre de 1851.– Del original conservado en el legajo «Autorización de Lyon».

El rector de la Universidad de Lyon advierte al Siervo de Dios del inconveniente de un frecuente cambio de denominación por parte de las congregaciones religiosas; y a propósito de la que él gobierna, le advierte que, mientras la denominación legalmente reconocida es *Hermanos de la Instrucción Cristiana,* los religiosos residentes en el *Piadoso Socorro* de Lyon, «se llaman públicamente, en carteles de caracteres enormes, *Hermanos del Sagrado Corazón*». La misma denominación había usado el Hno. Xavier en la petición del 20 de octubre de 1850 para

obtener la autorización legal de la Congregación en el departamento de Rhône. (cfr. más abajo, n. 3)

El fundador, P. André Coindre, había llamado a la Congregación, *Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María,* como consta en las Reglas dadas por él (*Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto 1891-1956,* pp. 10, 21, 226) y en el acta de la primera profesión, emitida el 14 de octubre de 1824 (*ibid.,* p. 18). Y así aparece también en los primeros años del gobierno de su sucesor, Padre François-Vincent Coindre (cfr. registro *Instituto 1821-41,* en diversos lugares, Archivo de los HH. del S. C.; Doc. III, 1, 2, 3).

La joven Congregación logra aprovechar el reconocimiento estatal concedido a los *Hermanos de la Instrucción Cristiana* de la diócesis de Viviers para el departamento de Ardèche, que el 29 de noviembre de 1829 se extiende al departamento de Haute-Loire (cfr. intr. Doc. XII). A partir de esta fecha, tendría que usar oficialmente la denominación de *Hermanos de la Instrucción Cristiana* (*ibid.; Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto,* pp. 32, 82-83); sin embargo, en la comunidad y en los documentos de uso interno y privado, o se continuó usando la denominación del fundador, o se combinó con la nueva, así: *Hermanos de la Instrucción Cristiana de los Sagrados Corazones de Jesús y de María* (*ibid.*) En una hoja de propaganda anterior a 1838, se lee: *Sociedad de la Instrucción Cristiana de los Hermanos del Sagrado Corazón* (Archivo de los HH. del S. C.), nombre que aparece también en el encabezamiento del registro de matrícula (cfr. intr. Doc. III).

El Siervo de Dios, en las numerosas cartas que escribió a los obispos, a las autoridades civiles centrales y de provincias, a los párrocos y a otras personas, acerca de diversos asuntos administrativos, usó siempre la denominación de *Hermanos de la Instrucción Cristiana*. Principalmente en los documentos dirigidos a las autoridades gubernamentales, añade a menudo: *del Instituto del Puy,* o bien simplemente *del Puy,* o también *de Paradis.* Las cartas a los miembros de la Congregación, las estrictamente privadas, las circulares, las Reglas de 1843, etc., se inician con las invocaciones *Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María,* o bien, *Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María,* que hacen alusión al nombre dado por el fundador a la Congregación, nombre que, todavía en las Reglas aprobadas en 1846 y en las actas de los capítulos generales de aquellos años, aparece combinado con la denominación oficial: *Hermanos de la Instrucción Cristiana de los Sagrados Corazones.* La circular de junio de 1843 fue enviada por el Hno. Policarpo *A los Hermanos de la Instrucción Cristiana del Sagrado Corazón* (en *Hno. Pol.– Circulares*).

En los Estatutos de la Congregación, preparados por el Capítulo General de 1856, figura la denominación más breve: *Sociedad de los Hermanos de los Sagrados Corazones* (en *Capítulos Generales, 1841-1952,* pp. 29-33).

En general, se aprecia que el Siervo de Dios se atuvo siempre al nombre oficial reconocido por el gobierno. Pero como se trataba de una denominación de conveniencia, usada para disfrutar del reconocimiento estatal propio de otra congregación, no es de extrañar que existiese cierta confusión: tanto el Siervo de Dios como los religiosos preferían el nombre asignado por el fundador, que connotaba mayor piedad y ratificaba oficialmente la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, patronos de la Congregación. Y así, poco a poco, se fue imponiendo el nombre de *Hermanos del Sagrado Corazón*. Para comprobar lo poco que gustaba a los religiosos el título de *Hermanos de la Instrucción Cristiana,* y lo apegados que seguían al de *Hermanos del Sagrado Corazón,* o al original, está el hecho de que el Hno. Adrien, el mismo año de su elección como Superior General (1859), solicitó del ministro de enseñanza pública la autorización para usar oficialmente el nombre de *Hermanos del Sagrado Corazón*, en lugar de *Hermanos de la Instrucción Cristiana.* Sin lugar a dudas, no habría dado ese paso si no se hubiese tratado de un deseo generalizado. La respuesta, sin embargo, fue negativa. En el Capítulo General de 1874, se decide sustituir, sólo para uso interno, *Hermanos de los Sagrados Corazones* por *Hermanos del Sagrado Corazón,* denominación que se transformó en oficial, para la Congregación, con el *decretum laudis* de la Santa Sede del 16 de mayo de 1891 *(Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto,* pp. 83, 116).

República Francesa

UNIVERSIDAD DE RHÔNE

Nº 1777	INSTRUCCIÓN
Las cartas deben estar franqueadas o refrendadas.	Pública
OBJETO	Lyon, 10 7bre 1851

Señor Superior General:

Un Hermano que dice llamarse G. Arnaud y ser Superior General de los *Hermanos del Sagrado Corazón,* cuyo establecimiento está situado en Lyon, *calle Clos des Chartreux nº 9,* ha solicitado al Señor Ministro de Instrucción Pública la aprobación de los Estatutos de su Instituto y que los Hermanos gocen de la exención del servicio militar, por dedicarse a la enseñanza.

El Señor Ministro conoce, por otra parte, la existencia de una congregación que, establecida primeramente en Lyon con el nombre de *Hermanos del Sagrado Corazón, calle Clos des Chartreux nº 9,* se trasladó después a la diócesis del Puy; que fue legalmente reconocida por el decreto real del 29 de noviembre de 1829 y

que, recientemente autorizada con el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana, goza, en todos los departamentos de la República, de las ventajas concedidas, por la ley del 15 de marzo de 1850, a las asociaciones dedicadas a la enseñanza y aceptadas como instituciones de utilidad pública.

El Señor Ministro se dirige a mí para saber si esas dos asociaciones que, con el mismo nombre, parecen haber ocupado sucesivamente el mismo local, son dos entidades diferentes, y me pide informes sobre la Congregación de los *Hermanos del Sagrado Corazón,* y sobre la solicitud formulada en su favor por el Sr. G. Arnaud, Superior General.

Para responder al Sr. Ministro con conocimiento de causa, le ruego me diga lo antes posible:

1º Si existe, con conocimiento suyo, una congregación distinta de la suya, que resida, o haya residido, en Lyon, Clos des Chartreux, Nº 9.

2º Si conoce usted una congregación con ese nombre, fundada en cualquier otra parte;

3º En qué época el *Sr. G. Arnaud* pudo denominarse Superior General de una congregación de *Hermanos del Sagrado Corazón,* situada en Clos des Chartreux, Nº 9, o con qué intención se habría adjudicado ese título (si no lo tenía) para pedir la aprobación de una congregación ya aprobada, suponiendo que esta congregación sea la misma;

4º En fin, dígnese ayudarme, por favor, a ver claro en este pequeño caos, con objeto de que yo pueda transmitir al Sr. Ministro la luz que solicita por mi mediación.

También quiero hacerle notar, Sr. Superior General, el grave inconveniente de los continuos cambios de nombre en las congregaciones religiosas, cambios inspirados ordinariamente por el impulso de una piedad efímera, y que posteriormente crean situaciones embarazosas demasiado reales. Por ejemplo, sus Hermanos de Clos de Chartreux, que legalmente son Hermanos de *la Instrucción Cristiana,* se autodenominan públicamente, en carteles con grandes caracteres, Hermanos del *Sagrado Corazón.* Este título ha estado a punto de costarles una severa amonestación por parte de los Sres. Inspectores Generales.Acabo de invitarles a que hagan desaparecer un título que puede dar pie a suponer que no son miembros de una congregación autorizada. Ruégole que les obligue a no tomar más nombres o títulos que los que puedan reconocer legalmente. La manía contraria sería una especie de anarquía moral que estropearía el bien que la Providencia les llama a realizar.

Dígnese, Sr. Superior General, recibir la garantía de mis más sinceros afectos.

El Rector de la Universidad de Rhône,

Vincent

Sr. Superior General de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, en Le Puy.

5

Respuesta del Siervo de Dios al Rector de la Universidad de Lyon, sin fecha. Borrador autógrafo en el legajo «Autorización Lyon».

La carta del Rector de la Universidad es del 10 de septiembre de 1851, por lo que la fecha de la respuesta del Siervo de Dios no debería sobrepasar la segunda quincena del mismo mes.

Señor Rector

La carta con que ha tenido a bien honrarnos, demuestra la exactitud de los datos que obran en su poder respecto a nuestra Congregación. No tenemos constancia de que exista otra asociación masculina con el mismo título que la nuestra, ni en Lyon ni en los departamentos por donde nuestras casas están repartidas.

G. Arnaud es uno de nuestros Hermanos más antiguos; él había dirigido con el P. Coindre el establecimiento del «Piadoso Socorro» en el local que hoy es nuestro internado de Clos des Chartreux, Nº 9.

Este Hermano nunca pudo hacerse pasar por Superior General de una congregación. He aquí, sin embargo, ese pequeño caos sobre el que el Sr. Rector desea ver claro:

La existencia legal de nuestra Congregación para todos los departamentos de la República data del 19 de junio último. Las primeras diligencias con el fin de obtener esta autorización, se llevaron a cabo a lo largo del mes de diciembre de 1850 pero, antes de ese fecha, G. Arnaud había dirigido al Sr. Ministro de Instrucción Pública, por su propia iniciativa y sin comunicárnoslo, una solicitud de autorización para el establecimiento de Clos des Chartreux y de algunas otras casas que no nombraba.

Nosotros reprobamos semejante gestión, y su autor fue llamado al Puy para desempeñar el cargo de Administrador.

A continuación suplicamos al Sr. Ministro, al dirigirle nuestra solicitud de autorización general, que anulase las gestiones realizadas por el Director de nuestra casa de Lyon. Creyendo, en fin, anulados los efectos de esa estupidez, ya no pensába-

mos verla resucitar.

Las observaciones con que se digna hacernos ver los inconvenientes de esos continuos cambios de nombre, le han sido dictadas por su benevolente protección hacia nosotros, Sr. Rector, y le prometemos sacar provecho de ellas.

Al tiempo que le envío la carta del Sr. Ministro de Instrucción Pública, le ruego, Sr. Rector, tenga a bien aceptar la expresión del más profundo agradecimiento de todos nuestros Hermanos maestros. Estamos todos íntimamente persuadidos de que el feliz resultado que hemos tenido la dicha de conseguir, se lo debemos a su poderosa intercesión y a los favorables informes emitidos en favor nuestro.

Con el sincero homenaje de nuestro más vivo agradecimiento, dígnese aceptar nuevamente la garantía de nuestro profundo respeto.

6

Extracto de las «Memorias del Hno. Xavier sobre los comienzos de la Congregación», escritas después de 1851.– Del original.

Nos hemos servido ampliamente de estas *Memorias* del Hno. Xavier en la introducción al Documento VII. El encabezamiento con el nombre del autor no corresponde al original, sino que ha sido recientemente colocado en la copia presentada a la Sagrada Congregación de Ritos. El manuscrito aparece señalado con el nombre de *Relato* del Hno. Xavier. Los escritos antiguos y recientes de los miembros de la Congregación, incluidos los artículos de los *Anuarios*, salvo rarísimas excepciones (cfr. intr. Doc. XI), son todos anónimos. Era una costumbre originada y conservada por espíritu de humildad y anonadamiento, para anular la propia personalidad y poner en candelero únicamente a la Congregación. Recientemente, sin embargo, el Superior General de la Congregación, Hno. Josaphat, dándose cuenta de los inconvenientes que ello puede acarrear, se las arregló para que el Capítulo General de 1958 promulgase una disposición en favor de la indicación del nombre del autor en los artículos y publicaciones de los miembros de la Congregación. Disposición, esta, que se puso en práctica de inmediato en el *Anuario* publicado al final del mismo año.

Que el autor sea realmente el Hno. Xavier se puede demostrar con argumentos internos.

Si nos fijamos en la forma, notamos que unas veces se usa la primera persona y otras, la tercera. Desde luego, quien escribe es un religioso de la misma Congre-

gación, porque a menudo encontramos *nos, nuestro, nosotros*, etc., al referirse a los interesados. Las dieciséis primeras páginas van todas en tercera persona, incluida la primera parte de la descripción de las deudas contraídas por el P. François Coindre, donde interviene como protagonista el Hno. Xavier. Hablando de la propuesta hecha al Superior General, en los últimos meses de 1838, de comprar a nombre de la Congregación su propiedad del *Piadoso socorro*, el Hno. Xavier utiliza el *mí, yo*, etc. Veamos el pasaje en cuestión: «El (Hno. Xavier) le propuso al P. F. Coindre que, pues quería entregar todo su haber a los acreedores para saldar sus deudas, le suplicaba que lo vendiese a la Congregación y que él mismo se encargaría, en nombre de la Congregación, de pagar todas sus deudas. Esta sugerencia le hizo abrir los ojos y *me* miró con una sonrisa esperanzada. *Me* dijo...» (p. 16). Continúa hablando en primera persona, sólo un poco más, y en seguida regresa a la tercera (Hno. Xavier) para, después, ir alternando sucesivamente una y otra. Es evidente que el autor escribía así, conforme le venían las ideas a la mente, sin preocuparse de la forma, sobre todo porque no escribía bien. Es una exposición llana, en la que el mismo protagonista pone por escrito sus impresiones, sea para justificarse de las acusaciones lanzadas contra él, sea para dejar un documento sobre las primeras décadas del Instituto. Ahora bien, quien trató todas las cuestiones económicas con el P. F. Coindre no es otro que el Hno. Xavier, de donde resulta evidente que el autor de estas *Memorias* no pudo ser otro que él.

Dichas *Memorias* son de capital importancia para conocer sus grandes controversias con el P. F. Coindre y con el capellán, P. Arnaudon; sin embargo, siendo parte interesada, hay que contemplarlas con una justificada prevención. Notemos, no obstante, que su narración se ve confirmada en el alegato enviado por la comunidad al cardenal de Bonald *(Alegato presentado*, cfr. intr. Doc. VII) y en el *Origen y Fundación* redactado por el Hno. Bernardin (cfr. Doc. XIX, 1).

No conocemos la fecha de redacción, pero se puede situar entre 1850-51, fecha de los últimos acontecimientos relatados, y 1861, año de la muerte del autor.

Publicamos extensos extractos, ateniéndonos escrupulosamente al original, con todos sus despropósitos ortográficos y gramaticales.[1]

... Entonces fui a buscar al Sr. Casati, notario. Le informé de la actitud del P. F. Coindre y de la determinación que yo acababa de tomar para evitar su ruina. Le dije que el P. F. Coindre tenía una deuda de unos 40.000 fr. en obligaciones; que, para pagarlos, yo necesitaba un préstamo de una suma semejante; que le rogaba me la proporcionase: sería hipotecada con la casa. Que para los otros 25.000 francos de deudas menores, yo los pagaría poco a poco. Quedamos de acuerdo. Antes de cerrar la escritura, el P. F. Coindre me envió al Puy con una bellísima carta (que me fastidia mucho haber perdido) en la cual muestra la ternura más afectuo-

sa que un padre pueda tener con sus hijos. Les dice en los términos más afectuosos que delega en ellos todos sus bienes, que la confianza que tiene en ellos le lleva a hacer ese sacrificio, que espera que los Hermanos no lo abandonen en su ancianidad, y que se pone totalmente en sus manos, etc., etc.

Hasta aquí, el pobre H. Xavier había rumiado a solas el peso del infortunio. Llegado al Puy, es decir, a Paradis, le comunica todo al Hno. Policarpo, el único a quien creyó que debía poner al corriente, temiendo que cualquier otro habría caído en el desaliento. Entonces reunió a los Hnos. Martin, Benoît, Policarpo, les leyó la carta del P. F. Coindre; ellos se conmovieron, al menos, los que no conocían la situación. Entonces se cerró la compraventa de la propiedad de Paradis. Hacía un año que se había llegado a un compromiso. Pero la compraventa se hizo el 24 de 7bre de 1838 a nombre de los Hermanos. (En esta época se hizo venir a los novicios de Lyon para formarles con más esmero). En cuanto se terminó todo, el Hno. Xavier partió hacia Lyon. Sólo se trataba de cerrar el contrato de compraventa. Pero el P. F. Coindre ya había cambiado de parecer ...

1839. Habiendo terminado las primeras construcciones de Paradis, se instalaron allí los novicios que se destinaba a la enseñanza. El P. Arnaudon fue instalado como capellán; Monseñor de Bonald, que conocía un poco la disposición del P. F. Coindre y su negligencia para formar a los novicios, recomendó de una manera especial velar para que no se les empleara habitualmente como obreros, que se trabajase seriamente para instruirlos. Se perdió este año el establecimiento de Craponnes; el Hno. Antoine colgó los hábitos y conservó el establecimiento para él. Pradelles se perdió también casi al mismo tiempo. En Lyon, el Hno. Xavier no estaba sin trabajo ni preocupaciones. Los acreedores le acosaban por todas partes; él se vio obligado a tomar 3.000 francos en casa del Sr. Casati, de la suma destinada para el P. F. Coindre. Habría tomado más al ver que aquello no era suficiente, pero este último prohibió al Señor Casati darle más. Este fue el golpe de gracia; desde ese momento el Hno. Xavier perdió toda la confianza que tenía en el P. F. Coindre y creyó que su deber era no pensar más que en salvar a la comunidad. Visitó los establecimientos, prohibió a los Hermanos proporcionar más dinero al P. F. Coindre en adelante, dándoles a conocer un poco sus disposiciones con relación a él. Después de eso, se preocupó de buscar los medios para pagar la casa de Paradis. Suplicó,

[1] Ante la imposibilidad de reflejar las faltas de ortografía que aparecen en el original francés, se han evitado estas en la traducción al castellano, respetando, sin embargo, el estilo inculto del H. Xavier, lo que contribuye a veces a oscurecer la idea que pretende expresar.

incluso, al Sr. de Belchaud que tuviera a bien permitirles adelantar los pagos. Este se lo concedió. El Hno. Xavier actuaba así porque preveía que en Lyon habría marejada y que era muy urgente asegurar un local para los Hermanos. Comunica su intención a los Hermanos directores, que le secundaron. Y al final del año escolar tenía 10.000 francos en caja para pagar Paradis. En cuanto al P. F. Coindre, en lugar de pagar sus deudas, dejó dormir su dinero con el Sr. Casati. Se puso a construir su mansión en la explanada del cercado de Monérie. Él tomaba dinero a medida que lo necesitaba: así, los Hermanos pagaban los intereses de 40.000 francos que no producían nada. Por otra parte, el P. F. Coindre pagaba los intereses de los 40.000 francos que se habían pedido en préstamo. Ese era el modo exacto de arruinarse hábilmente.

1840. El P. F. Coindre, viendo que el Hno. Xavier había tomado la decisión de no mezclarse en los asuntos de otros, o sea, en los del P. F. Coindre, y que trabajaba en serio para separar los intereses de la Congregación de los suyos, se sintió ofendido. Vio muy claro que los Hermanos le darían la espalda, aunque respetando su carácter; él creyó poder parar el golpe. Para ello, quiso presidir el retiro anual que tuvo lugar en Paradis. Todos los Hermanos más importantes se encontraron concentrados allí. Antes de acabar el retiro, el P. F. Coindre reunió el Capítulo. El Hno. Xavier fue acusado de querer desviar los bienes de la comunidad en su propio provecho, y de otras cosas aún más graves, de las cuales, Dios sabe que no era culpable en absoluto. Pero la intención del P. F. Coindre era forzar al Hno. Xavier a retirarse o, al menos, quitarle la administración de los negocios. El P. F. Coindre, dándose cuenta de que el Hno. Xavier permanecía impasible, que ni siquiera había abierto la boca para hacer la menor observación, creyó llegado el momento de despojarle de su cargo, lo que hizo, en efecto, nombrando al Hno. Policarpo en su lugar. Todo esto ocurrió en la oscuridad de la noche en el momento que todo el mundo estaba acostado. El pobre P. Coindre temía todavía alguna rebelión entre los Hermanos; por esto prohibió bajo pena de pecado reunirse y comentar todo lo que acababa de pasar. Al día siguiente, día de la clausura, después de la comida, los miembros del Consejo tomaron el camino de la ermita para ir de paseo. El Hno. Xavier mirándoles riéndose les dijo: y bien mis queridos Hermanos, ¿no quieren excomulgarme, siendo tan abominable como soy? Ellos se echaron a reír. Pero, en definitiva, se decidió que habría todavía una pequeña reunión por la tarde, y que en ella se hablaría de los intereses de la Congregación, y que entonces el Hno. Xavier propondría la necesidad de pagar la casa de Paradis, a fin de no estar pagando intereses continuamente, y que todos se pondrían de

acuerdo en ello. Eso se hizo, en efecto, en el momento indicado. El P. F. Coindre se quedó muy sorprendido cuando el Hno. Xavier propuso pagar Paradis diciendo que él tenía el dinero en la bolsa en Billetes de Banco. El P. F. Coindre no se atrevió a ir en contra del sentir general de los Hermanos; vio muy bien que se trataba de un asunto ya concertado. Desde ese momento el buen Hno. Policarpo fue considerado como Director General de la Congregación. Pero el P. F. Coindre, en lugar de perder autoridad, parecía recuperarla. Sin embargo, los Hermanos se guardaron bien de confiarle los asuntos temporales.

Después de dar las obediencias, el P. F. Coindre regresó a Lyon y el Hno. Xavier también. Este último se las vio y deseó para pagar las deudas menores del P. F. Coindre; sin embargo, cuantos más problemas le agobiaban, más ánimos parecía tener, y se los contagiaba a sus Hermanos. En cosa de tres años, las había saldado casi todas.

No es de extrañar si en ese plazo de doce a trece años apenas se avanzó. Es, incluso, un gran prodigio de la Providencia que hayamos podido sobrevivir.

El P. F. Coindre continuó su trabajo de construcción. Resultaba muy cómodo para él, pues tenía dinero cuando quería. Pero ni siquiera se le ocurrió reducir sus deudas. Su dinero dormía y él continuaba pagando los intereses.

Sin embargo, los Hermanos se encontraban, en cualquier caso, en una incómoda situación, pues si al P. F. Coindre se le ocurría seguir realizando sus malos negocios, eso daría de nuevo una mala imagen de la Congregación. Visto que él continuaba siendo el Superior, era necesario arrancarle la dimisión. Pero eso no era fácil. El Hno. Xavier habló a Monseñor, el cardenal de Lyon; su Eminencia estaba ya un poco al tanto, y dijo que era absolutamente necesario deshacerse de este hombre porque, mientras siguiera a la cabeza de la Congregación, esta no podría funcionar. El P. F. Coindre sabía sin duda que el Sr. Cardenal estaba informado de todo, y por esta razón siempre evitaba encontrarse con él. Sin embargo, era urgente no prolongar demasiado este asunto.

1841. El P. Arnaudon nos ayudó a encontrar una solución. Bastaría con que llegase a saber, el P. F. Coindre, que los Hermanos tenían la intención de citarle a una auditoría para rendir cuentas de todo el dinero que había recibido de ellos, tanto de los ahorros de los establecimientos, como de los legados o de otros orígenes. El P. Arnaudon hizo expresamente un viaje a Lyon, como si hubiera ido allí en secreto, haciéndole saber que, como amigo, le informaba de todo para evitarle una situación bochornosa. Esta jugada le salió perfecta; él le dijo que presentaría su dimisión. Cumplió la palabra, y escribió al P. Arnaudon,

quien informó de ella en la reunión del retiro; fue aceptada con alegría ...

El Hno. Xavier, que se había pasado allí cerca de un año completamente solo, pensó en qué se podría hacer de esta casa ahora que ya pertenecía definitivamente a la Congregación. Se había cansado de los talleres, todo había sido dispersado; tomó la decisión de construir un pequeño internado, comunicó dicho proyecto al Hno. Policarpo que lo juzgó muy oportuno. Comunicó el proyecto a sus amigos, y comenzaron a proporcionarle algunos alumnos. Sin embargo, no era tarea fácil construir un internado en una casa que acababa de ser habitada por obreros, en una casa que había sido considerada durante largos años como casa de castigo. Sin embargo, como el H. X. no contaba con sus propias fuerzas, sino completamente con la Providencia, no desesperó del éxito. Es cierto que el primer año no hubo muchos internos, pero cada año el número iba siempre en aumento.

Desde ese momento, el Hno. Xavier comprendió cuál era el valor de la instrucción. Había pasado su vida entre las máquinas en los talleres, no había tenido nunca un minuto para instruirse; sin embargo, eso le habría servido tanto en su nueva situación... Viendo que la oportunidad se había esfumado para él, tomó la determinación de hacer todo lo posible para que se instruyeran sus Hermanos, solicitó al Hno. Policarpo que le proporcionara algunos Hermanos inteligentes para poder impulsarlos por el camino de las ciencias; no solamente para dar clase a los niños, sino sobre todo para poder gobernar la Congregación, porque la experiencia le hacía sentir ya esa necesidad. Él les proporcionó maestros particulares, les enviaba a las clases públicas de la ciudad. En cuanto a él, se encargaba de todas las vigilancias a fin de darles más tiempo.

La Congregación empezaba a caminar un poco. Se levantaba el ánimo, la confianza comenzaba a renacer. Pero no todo había terminado. Parece como si todos los demonios se hubieran aliado contra esta pobre pequeña Congregación. El P. Arnaudon, al echarnos una manita para arrancarle la dimisión al P. F. Coindre, creyó, sin duda, que tenía derecho a ocupar su puesto porque, desde ese momento, el P. Arnaudon se atribuyó tal autoridad sobre el Superior General y sobre los demás Hermanos, que muy pronto creyó toda la Congregación que tenía un nuevo Coindre a la cabeza.

El Hno. Xavier, relegado, por así decirlo, en la casa de Lyon, ya casi no tenía comunicación con los demás Hermanos. Sin embargo, de vez en cuando oía algunas murmuraciones. Para remediarlas, se quejó al pobre Hno. Policarpo; este respondía que, en efecto, ese hombre se arrogaba demasiada autori-

dad, que él mismo sufría muchísimo por ello, pero que no podía impedírselo. Nos vimos obligados varias veces a presentar reclamaciones al Sr. Obispo del Puy. Sin embargo el P. Arnaudon conseguía, con sus hermosas palabras, anular todo lo que se hubiera podido decir; ponía siempre por delante que los Hermanos eran unos ignorantes, que no sabían hablar ni gobernar, que él estaba obligado a hacerlo todo, que estaba abrumado por el trabajo, etc., etc.; de suerte que los Hermanos terminaban por ser los niñitos del P. Arnaudon. Este señor llegó, incluso, a intentar convencer a Monseñor de que esta obra era una obra de la diócesis, y que él ponía todo su empeño en hacer que tuviera éxito. En efecto, él temía que, tarde o temprano, la casa de Lyon hiciera sombra a la del Puy. Llegó a convencer al Hno. Director General[1] para que escribiera al Hno. Xavier con el fin de vender esta casa; este le respondió que eso no era posible y que, aunque encontrase una oportunidad de venderla, él no lo haría, porque era su casa madre.

En 1845, los Hermanos hicieron una compra en Marvejols. El Padre Arnaudon quería que se vendiera también esta propiedad, temiendo, quizá, que este establecimiento hiciera un poco de sombra al del Puy.

En fin, encontrándose el Hno. Marie-Joseph en Lyon en 1847, el Padre Arnaudon urdió un conjunto tal de maquinaciones contra el pobre Hno. Xavier, que poco faltó para ser aplastado. He aquí lo que le sirvió de ocasión. En el retiro de 1846, el Hno. Xavier y el Hno. Superior General conversaron largo y tendido sobre el caso del P. Arnaudon. El pobre Hno. Superior sufría mucho al ver cómo marchaban las cosas. El P. Arnaudon seguía adelante; quería ver todo, oír todo, llegaba, incluso, hasta ponerse en parangón con los obispos. En fin, los problemas habían llegado a tal punto que su presencia era mucho más perjudicial para la Congregación, bajo ciertos puntos de vista, que la del P. F. Coindre.

Cuando él se instaló en Paradis, en 1839, convino con el Hno. Xavier que cobraría 400 francos como asignación con alojamiento y comida (ese era el sueldo que tenía el mismo P. F. Coindre, en Lyon, en Saint-Charles); el Hno. Xavier tuvo ocasión de encontrarse en Paradis al final del primer trimestre, y se lo pagó, avisándole que no quería que dejase acumular, porque, después, eso desestabilizaba demasiado la economía de los Hermanos; él hizo su recibo de 100 f. y prometió hacer lo mismo cada tres meses. Pero el buen señor ya no quiso cobrar por trimestres y, una vez que se sintió jefe, dejó acumularse todo, y cuando llegó el momento de hacer el finiquito, al marcharse, a punto estuvo

de arruinar la casa; aumentó su asignación a 600 francos anuales y, además, contó los intereses e, incluso, los intereses de los intereses. Para reponernos, tuvimos, pues, una larga reunión, para saber cómo podríamos arreglárnoslas, visto que el Sr. Obispo estaba totalmente de su parte. Dijimos que, si pudiéramos ser autorizados en Lyon, sería cuestión de trasladar allí el domicilio. Una vez decidido esto, el Hno. Xavier regresó a su puesto; sin embargo, no se dio mucha prisa, porque se fue a buscar al Cardenal de Lyon; al no encontrarlo, habló a su sobrino, Sr. Deserre, sobre la casa de Paradis, sobre la conducta del Padre Arnaudon, le pidió que hablara, por favor, de ello con su tío y que escribiera al Obispo del Puy para rogarle que cambiase al P. Arnaudon. No sé si lo hizo pero, algún tiempo después, empezó la famosa batalla.

Acusó al Hno. Xavier de querer provocar un cisma y de querer colocar al Hno. Marie-Joseph como Superior General de la Congregación. El pobre Hno. Xavier se quedó de una pieza al oír semejantes acusaciones, principalmente, porque le llegaban formuladas por el Hermano Superior. El Padre Arnaudon se cuidaba mucho de hacerlo por sí mismo. Se servía del pobre Hermano Superior; había tomado tal ascendiente sobre él, que le obligaba a hacer todo lo que él quería. El Hno. Xavier protestó contra esta acusación. Escribió preguntando sobre qué se fundaban las acusaciones; se le respondía con palabras vagas, diciéndole que lo sabía de buena tinta. En fin, el Hno. Xavier refutaba todas las objeciones, desafiándoles a que presentaran una sola persona, una sola palabra, que hubiera podido dar lugar a un simple motivo de sospecha; en fin, a pesar de todas sus refutaciones, que duraron cerca de seis meses, ellos se resistieron a creerle. El Hno. Xavier no dijo una sola palabra de ello al Hno. Marie-Joseph ni a ninguna otra persona, porque todo el mundo estaba bien tranquilo cumpliendo con su deber; ellos trabajaban mucho y, por esta razón, él se guardaba bien de molestarlos.

Fue entonces cuando vio la necesidad de tomar medidas para conseguir la autorización en Lyon. Buscó al Sr. Vincent Rector, le habló de su intención, rogándole que le ayudara en este asunto. El Sr. Vincent le prometió todo su apoyo; incluso, le aseguró que el negocio tendría éxito. El Hno. Xavier dirigió, pues, su solicitud al gobierno para que el Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón, establecido en Lyon, fuera autorizado en el departamento del Rhône.

---

[1] El Hno. Xavier ha escrito así sin duda por distracción, porque, como sabemos (cfr. intr. Doc. IV), hacía varios años que había sido suprimido el cargo de director general. Aquí el autor quiere decir «superior general».

Esta petición fue apoyada por una carta del Rector, con el plano de la casa y los Estatutos. Pero, mientras tanto, llegaron las vacaciones, y el P. Arnaudon dio un golpe de estado ordenando retirar a los Hnos. Xavier y Marie-Joseph de Lyon. Dos meses después, escribieron a Paradis que la petición de autorización de los Hermanos de Lyon estaba aceptada, que solamente se esperaba algún detalle sobre el número de casas que poseía.

Todo el mundo conoce la continuación; yo lo dejo para los que escriben mejor que yo, porque me cuesta mucho darme a entender.

7

Dos extractos del «Registro de los Establecimientos Nº 2», escrito por el Hno. Bernardin, Ecónomo General de los Hermanos del Sgdo. Corazón, pp. 19, 20, 32.

Sobre el Hno. Bernardin y su obra volveremos en la introducción al Doc. XIX. En el *Registro de los Establecimientos Nº 2,* da algunas noticias sobre el P. Arnaudon al hablar de la casa de Paradis y de la de St-Germain-du-Teil. Sus puntualizaciones confirman cuanto conocíamos por otros documentos sobre el carácter del capellán y sobre la obra realizada por él en Paradis.

a)

Del informe sobre «El establecimiento de Paradis», pp. 19-20

El sacerdote P. Arnaudon, del Puy, fue nombrado capellán de Paradis en 1839. Este señor se mostró entregado a la obra, y trabajó con celo por la prosperidad de la Congregación y del Internado. Si, más tarde, pudo merecer el reproche de arrogarse demasiada autoridad sobre el Superior General y de inmiscuirse en la dirección administrativa, también es justo decir que prestó grandes servicios a la Congregación, especialmente en la época en que los Hermanos, obligados a gobernarse por sí mismos, no poseían aún la práctica o experiencia necesaria sobre temas administrativos.

b)

Del informe sobre «El establecimiento de St. Germain-du-Teil, Lozère», p.32.

Este establecimiento que tuvimos al principio durante cinco años y que volvimos a coger más tarde, «fue abandonado en 1845 a causa de ciertos líos entre el Sr. Párroco y el P. Arnaudon», quien, evidentemente, se apartaba de sus funciones de capellán de la casa-madre. Pero veamos un detalle que nos han dado, 60 años más tarde, algunos ancianos de la localidad que habían sido alumnos de nuestros Hermanos. En 1845, el año de los «líos» sin duda, los Hermanos habían acudido al retiro como de ordinario. A su vuelta, encontraron la casa ocupada por Hermanos de otra congregación, instalados en su lugar por el Sr. Párroco sin previo aviso. Encantador, ¿no? ¡...!

8

Extracto de la biografía del Hno. Urbain, contenida en el «Anuario del Instituto de los Hermanos del Sgdo. Corazón», nº 5 (1910-1911), pp. 239-240.

Hablando del Hno. Urbain (1822-1875), el autor refiere un episodio más que elocuente para hacernos conocer el carácter del P. Arnaudon y el exagerado poder que ejercía en la Congregación.

Un día el capellán, P. Arnaudon, salió furioso hacia Tence, bien decidido a echar una filípica a esos jóvenes Hermanos, cabezas de chorlito, disipados, que tenían la osadía de reír y divertirse. Afortunadamente, se encontró con el buen cura de la parroquia que, adivinando su intención, le ordenó en tono que no admitía réplica, que se fuera inmediatamente a su casa: «Deje a mis Hermanos en paz, le dijo, estoy encantado de su trabajo». El P. Arnaudon se tragó los rayos y centellas de su ira y regresó a Paradis. Pero, al final del año escolar, el Hno. Urbain y uno de sus colegas fueron enviados a Lyon a realizar, en una habitación, un retiro de treinta días: tuvieron oportunidad de reflexionar con calma sobre sus travesuras juveniles de Tence.

DOC. XII

NOTICIA DEL RECONOCIMIENTO LEGAL DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANOS DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS por el encargado de asuntos escolares, concedida el 19 de junio de 1851 y comunicada al Siervo de Dios el 7 de julio.– *Sacada de la copia auténtica conservada en el archivo general de los HH. del S. C., Roma, en el legajo «Autorización 1851-Documento».*

Hasta el momento, la Congregación de los Hnos. del Sgdo. Corazón no había conseguido ningún reconocimiento estatal para la enseñanza, a título propio. Se había extendido en virtud de otras autorizaciones, limitadas a algunos departamentos. Teniendo en cuenta el desarrollo que por entonces estaba alcanzando, se hacía indispensable un decreto que le asegurase su expansión por todo el territorio nacional. Gracias al interés del Siervo de Dios, y a la estima que la Congregación se había ganado en los años de su gobierno, el ministro de instrucción pública promulgó el ansiado decreto el 19 de junio de 1851.

Por otra parte, tanto el *Diccionario de pedagogía* (par. 1, vol. 1º, p. 478) como el Gréard (*op. cit.*, I, p.245) apuntan que la congregación que ellos justamente denominan, como veremos, *Hermanos de la Instrucción Cristiana,* fue reconocida por los decretos del 10 de marzo de 1825 y del 29 de noviembre de 1829. Veamos cómo están las cosas.

1. *La primera autorización legal parcial.–* En 1828, los Hnos. del Sgdo. Corazón fundaron una escuela en Largentière a petición del alcalde del lugar, que quería sustituir a los religiosos de Boisson, con los cuales no estaba satisfecho. Boisson había fundado una pequeña congregación dedicada a la enseñanza, con el nombre de *Hermanos de Nuestra Señora de la Blachère, o Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Viviers,* departamento del Ardèche. Como, en 1828, estos Hermanos llevaban una vida languideciente, el mismo Boisson pensó fusionar su Congregación con la de los Hnos. del Sgdo. Corazón. Con el consentimiento del obispo de Viviers, fue a rogar a Mons. Louis-Jacques-Maurice de Bonald, obispo del Puy, que negociara dicha fusión, cosa que este hizo de buen grado, pensando hacer disfrutar a los Hnos. del Sgdo. Corazón, de la autorización gubernamental que los primeros ya habían obtenido. No viendo él ningún óbice para la unión, pidió al obispo de Viviers una copia de la autorización citada, rogándole que le permitiera hacer uso de ella en favor de los Hnos. del Sgdo. Corazón para eximirlos del servicio militar, a lo que aquel accedió de buena gana. Sin embargo, los Hnos. del Sgdo. Corazón, para poder gozar de esta autorización, debieron tomar el nombre de «Hermanos de la Instrucción Cristiana», propio de los Hermanos de Viviers (cfr. intr. Doc. XI, 3). Por ese tiempo, algunos religiosos de la Congregación de Viviers pasaron a las filas de los Hnos. del Sgdo. Corazón (Hno. XAVIER, *Memorias,* pp. 10-11, Archivo de los HH. del S. C.).

El 10 de marzo de 1825 fue publicado el *Decreto Real, concediendo autorización a la Asociación destinada a proporcionar maestros para las escuelas primarias del departamento del Ardèche, con el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Viviers* (ver texto en archivo mencionado). El decreto se limitaba sólo al departamento del Ardèche. Por tanto, los Hnos. del Sgdo. Corazón se aprovechaban del permiso concedido a otra congregación y

ambas figuraban como una sola, aun cuando la fusión plena nunca llegara a realizarse, y los Hermanos de Viviers se integraran en 1844 en la Congregación fundada por el P. Champagnat (*Los Hermanos del Sagrado Corazón.- Historia del Instituto,* p. 32; *dos cartas del P. François-Vincent Coindre al Hno. Policarpo,* 31 agosto 1842, sin fecha; *Siervo de Dios al obispo de St-Flour,* 12 diciembre 1844, en *Hno. Pol.- Hermanos de St-Flour,* Archivo de los HH. del S. C., Roma).

Los Hnos. del Sgdo. Corazón, en 1829, consiguieron que la autorización obtenida por los Hermanos de Viviers se extendiese también al departamento de Haute-Loire, conforme al siguiente decreto del 29 de noviembre:

«Decreto Real, expresando que la autorización otorgada por el decreto del 10 de marzo de 1825 a la Sociedad de Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Viviers, para suministrar maestros a las escuelas primarias del departamento de Ardèche, queda extendida al departamento de Haute-Loire» (Archivo de los HH. del S. C.).

2. *Título jurídico sobre el que se apoyan estas autorizaciones*.– En el mencionado decreto del 10 de marzo de 1825, se lee:

« ... Vistos los Estatutos y reglamentos de una asociación caritativa, que estaría destinada a prestar sus servicios en escuelas primarias de niños en ciudades y pueblos del departamento del Ardèche, con el título de Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Viviers ...

Hemos decretado y decretamos lo que sigue:

Art. 1. La asociación destinada a suministrar maestros a las escuelas primarias del departamento del Ardèche, con el nombre de Hnos. de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Viviers, queda autorizada, a tenor del art. 36 del decreto de 29 febrero 1816, como asociación caritativa en favor de la enseñanza primaria».

Las Congregaciones religiosas de enseñanza se dividían en dos categorías: las autorizadas, que habían recibido del gobierno un reconocimiento legal, y las no autorizadas. Sólo las primeras gozaban de privilegios en materia de instrucción pública. Entre las congregaciones de aquella época, sólo cuatro fueron reconocidas con el título de congregaciones religiosas (Paúles, Misiones Extranjeras, Espiritanos, y de San Sulpicio); las demás dedicadas a la enseñanza, como la de los Hnos. de las Escuelas Cristianas (decreto de 7 marzo 1808), no fueron autorizadas como congregaciones religiosas, sino solamente como asociaciones caritativas de utilidad pública en materia de enseñanza (cfr. art. 36 de la ley del 29 febrero 1816; GREARD, *op. cit.*, I, pp.244-245). Por eso, no siendo entes jurídicos, las subvenciones gubernamentales eran recibidas por la universidad, la cual, después, se las entregaba a las congregaciones para las que iban destinadas *(Diccionario de pedagogía,* I, p. 477).

Después de 1850, las cosas cambiaron. Las asociaciones masculinas de enseñanza ya no fueron reconocidas como asociaciones caritativas, sino como asociaciones de utilidad pública, con entidad jurídica propia e independiente. Esto ocurrió por efecto del artículo 31 de la ley del 15 de marzo de 1850 (GREARD, op. cit., III, p. 334). En consecuencia, cada una de estas asociaciones tenía derecho a recibir directamente y a nombre propio las subvenciones, sin depender ya de la universidad *(Diccionario, lugar citado*).

3. El decreto del 19 de junio de 1851.– Se obtuvo en el renovado clima creado por el nuevo presidente de la república, el futuro Napoleón III, que desde el principio se mostró favorable a las instituciones eclesiásticas en general. El Siervo de Dios, en calidad de «Superior General de los Hnos. de la Instrucción Cristiana del Instituto de Puy», aconsejado por el cardenal de Bonald, envió la solicitud al ministro de instrucción pública, Sr. de Parieu, el 10 de diciembre de 1850 (*Hno. Policarpo al ministro,* después de febr. 1851; *al obispo de Rodez,* quizás en dic. 1850, en *Autorización 1851,* Archiv. HH. del S. C.), probablemente animado también por la aprobación que obtuvieron aquel mismo año 1850 los Hermanitos de María, del beato Marcelino Champagnat (*Enciclopedia católica,* IX, col. 1348).

El mismo obispo de Mende, Mons. Jean-Antoine-Marie Foulquier, le escribe el 14 de diciembre de 1850: «El gobierno, con las disposiciones que tiene, no se opondrá, así lo espero» (Archiv. HH. del S.C.). En su conjunto, como la gran mayoría de católicos franceses, el Hno. Policarpo miraba la república con cierta desconfianza, por temor a que fuese un preludio del socialismo (ver carta del 28 nov. 1851, en *Hno. Policarpo. - Correspondencia de América*). Después del golpe de estado del 2 de diciembre de 1851 y del plebiscito del 14, escribe así el Hno. Policarpo: «Iba a enviarles la carta que les adjunto, de fecha 28 de noviembre, cuando recibí sus cartas de dirección espiritual, y en el ínterin han tenido lugar graves cambios en el gobierno francés, a propósito de la disolución de la Asamblea y del Consejo de Estado por el Presidente Napoleón, con todo lo que ha seguido hasta el día de hoy. Sería demasiado largo describírselos: se enterarán, sin duda, por los periódicos. Quiera el cielo que todo sea para bien, como ha ocurrido hasta ahora: ha sido una excelente jugada de la divina providencia, que ha desbaratado, de esa manera, los proyectos infernales de los socialistas» (16 dic. 1851; ver 12 oct. 1852).

Adjunta a la solicitud, el Superior General envía una copia de los Estatutos y de las Reglas, y un resumen detallado sobre el estado de la Congregación, del que se deducía su desarrollo vigoroso y los frutos saludables que se recogían.

Para que la solicitud tuviese más garantías de éxito, acude a los obispos en cuyas diócesis había escuelas dirigidas por sus religiosos, a fin de que, con su acreditada influencia, –sea ante el ministro, sea ante cuantos podían ayudar a su

causa, como el Consejo Superior u otros– garantizaran la palabra del solicitante. Todos acogieron de buena gana su ruego y escribieron directamente al ministro o se interesaron vivamente. Por algunos borradores o copias de cartas enviadas a los prelados por el Siervo de Dios a partir de diciembre de 1850 y por sus respuestas, o bien por otras referencias, podemos identificar a los arzobispos de Lyon y de Aix, a los obispos de Mende, Rodez, Le Puy, Grenoble, Nevers, Périgueux, Clermont, St-Flour y Cahors. Hubo intervenciones de los eclesiásticos (ver, por ej., *borrador a un párroco,* sin fecha, después de junio 1851) y de los diputados al parlamento, entre los cuales figura Murat Sistrières (ver *carta al Siervo de Dios,* 11 enero 1851); y cuando el Ministro de Instrucción Pública, Sr. de Parieu, presentó su dimisión en enero de 1851, el Siervo de Dios no dejó de reclamar su influencia, siempre relevante (ver *borrador,* sin fecha.).

El ministro, antes de elevar el expediente al Consejo Superior de Instrucción Pública y al Consejo de Estado, escribe a las diversas universidades en cuyos departamentos funcionaban escuelas dirigidas por los Hermanos del Sgdo. Corazón, a fin de conseguir una información exhaustiva de la situación. Si transcurrieron varios meses fue por esperar las respuestas, no todas rápidas (ver *carta del ministro, de Parieu, al obispo de Nevers*, 20 enero 1851; *Lomiais a N. N.*, 12 marzo). Entre los miembros del Consejo Superior de Instrucción Pública, cuyo presidente era siempre el ministro en ejercicio, según la ley del 15 de marzo de 1850, debían estar incluidos cuatro arzobispos u obispos, elegidos por sus colegas (art. 1º GREARD, *op. cit.* III, p. 322). Entre estos, en 1851, figuraba el cardenal Thomas-Marie-Joseph Gousset (1791-1866), arzobispo de Reims, anteriormente obispo de Périgueux. Su sucesor, Mons. Jean-B.-Georges Massonais, asumió la responsabilidad de interponer sus buenos oficios cuando el purpurado, a su vuelta de Roma, pasase por su diócesis (*al Siervo de Dios,* 26 marzo, archivo de los HH. del S. C.); y de hecho, el 15 de mayo aseguró al Siervo de Dios el vivo interés del cardenal.

Entretanto el Siervo de Dios, siempre temeroso y vigilante, se permite dirigir al prelado otro ruego: «Habrá que preparar un informe, según todos los documentos que el ministro de instrucción pública posee acerca de nosotros, para presentarlo al Consejo Superior, y no sabemos quién estará dispuesto a aceptar esta tarea tan decisiva para nosotros. Esperemos, sin embargo, que Dios suscite también para eso un protector caritativo que se ofrezca a favorecer nuestros intereses. Empero, las luces de su eminencia en este tema nos serían de la mayor utilidad...» (sin fecha, pero posiblemente en abril-mayo).

Según la ley citada, del 15 de marzo de 1850, el Consejo Superior de Instrucción Pública debiera haberse reunido al menos cuatro veces al año (GREARD, *op. cit.*, III, art. 4, p. 324). En 1851, la reunión a la que se refería el obispo de Périgueux en su carta del 15 de mayo, debía iniciarse el 19 de ese mes. Siendo su

opinión afirmativa, el ministro de instrucción pública, Sr. De Crouseilhes, firmó el decreto de aprobación el 19 de junio. Y por carta del 7 de julio, comunicó al Siervo de Dios la feliz noticia. De este modo, la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón obtuvo la autorización para poder enseñar y extenderse por toda Francia, eso sí, siempre bajo la denominación de Hermanos de la Instrucción Cristiana. El reconocimiento legal no se hace ya como asociación caritativa, sino «como establecimiento de utilidad pública», con plena personalidad jurídica, gozando de todos los privilegios que la ley concedía.

Para que el reconocimiento entrara en vigor, faltaba la sanción del Consejo de Estado, la cual, en general, como en este caso, era puramente formal. Ateniéndose a las promesas de un diputado, y ante la inminencia de los dos meses de vacaciones, se debiera haber tratado de ello en otoño. Pero no hacía falta preocuparse mucho, pues lo esencial ya se había hecho (*de Romen al Siervo de Dios*, 12 julio 1851, Archivo de los HH. del S.C.). Es bien comprensible la satisfacción del Siervo de Dios que, siempre muy cumplido, no deja de agradecer vivamente a cuantos han contribuido al éxito, incluso si sólo ha sido con acciones secundarias. El primero entre todos es el ministro de instrucción pública (ver borrador), seguido de los rectores de varias universidades (borrador), diputados y obispos (ver *carta de respuesta de los obispos de St-Flour*, 2 agosto, *Périgueux*, 8 agosto, *Cahors*, 21 agosto) y tantos otros.

El texto del decreto no se conserva; sólo quedan unas copias de la mencionada carta del ministro fechada el 7 de julio. De una de ellas, copiada con fecha 20 de noviembre de 1857, hemos tomado el texto que publicamos. Se trata de una copia autenticada por el alcalde de Espaly-St-Marcel, a cuyo municipio pertenecía Paradis: «Certificado conforme al original. Por nos, Alcalde de Espaly-St-Marcel, el 20 de noviembre de 1857». Otra copia auténtica es del 16 de abril de 1869, bajo el gobierno del Hno. Adrien. Existe un ejemplar de la carta conservada en el mismo archivo que podría parecer el original, como hasta ahora se había pensado, pero en realidad no lo es, bien sea por la falta de la fecha, o bien por otros elementos paleográficos. En todos los ejemplares, la indicación del destinatario va a pie de página.

REPÚBLICA FRANCESA

Copia
Ministerio de Instrucción
Pública y de Cultos
2ª división
1er despacho
Fº 770 Ly. del registro

Al margen:

Todas las cartas y respuestas deben ser dirigidas directamente al Señor Ministro.

Objeto, Concesión de extensión de límites, solicitada por la Congregación de Hermanos de la Instrucción Cristiana, en Paradis (Haute-Loire).

París, a 7 de julio de 1851

Señor Superior General, el Consejo Superior de Instrucción Pública ha sido convocado para examinar la petición por usted formulada, al efecto de obtener que la autorización concedida al Instituto de Hermanos de la Instrucción Cristiana, de enseñar en los departamentos de Ardèche y de Haute-Loire, se haga extensiva para toda Francia.

He decidido el 19 de junio pasado, de conformidad con el parecer del Consejo, que esta Sociedad sea admitida a gozar en todos los departamentos de la República, de las ventajas otorgadas por la ley del 15 de marzo de 1850 a las asociaciones religiosas dedicadas a la enseñanza y reconocidas como establecimientos de utilidad pública.

Reciba, Señor Superior General, la seguridad de mi distinguida consideración,

El Ministro
de Instrucción Pública y de Cultos,

de Crouseilhes

Sr. Superior General de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, en Paradis (Haute-Loire).

Certificado conforme al original. Nos, alcalde de Espaly-St-Marcel, a 20 de noviembre de 1857.

DOC. XIII

EXTRACTOS DE LAS CARTAS DEL SIERVO DE DIOS, años 1842-1858. *De los originales y copias de su época, conservados en el archivo general de los HH. del S. C., Roma.*

1. *Visión panorámica e investigaciones.–* Los escritos de un Siervo de Dios se leen siempre con el más vivo interés porque ayudan a descubrir su espíritu, pero si ha ocupado puestos de gobierno, como es nuestro caso, el interés es todavía mayor. Se conserva un número discreto de cartas del Hno. Policarpo, que son suficientes para poder adentrarnos en su espíritu. Todas ellas corresponden a sus años de gobierno en la Congregación; es una lástima que no se haya conservado ni una siquiera de los años precedentes.

Además de las cartas, Reglas, Estatutos y Constituciones del Siervo de Dios, existía un escrito –hoy desaparecido– titulado *Sentimientos y Reflexiones,* que fue muy utilizado por sus biógrafos, los Hnos. Eugène y Daniel.

Entre 1841 y 1846 el Hno. Policarpo publicó un manual de oración, *Ejercicios de piedad para uso de los Hnos. de la Instrucción Cristiana de los Sgdos. Corazones,* donde se encuentran los principales ejercicios de piedad usados en la Congregación (76 págs.; al ejemplar conservado en el Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón en Roma le faltan la cubierta y las primeras páginas, así como las últimas con el índice). Además de todo lo dicho (cfr. Doc. IX, cap. 3, nn. 4, 7), recordamos aquí un *Cuestionario para la dirección* (pp. 57-66).

Si confrontamos las cartas y circulares conservadas, con la *Vida* escrita por los mencionados Hnos. Eugène y Daniel, impresa en 1893, constatamos que ellos han dispuesto de otras cartas que nosotros no poseemos, todas ellas pertenecientes a la categoría de privadas y comunes.

El extravío o la destrucción de tales cartas debe remontarse a 1903, cuando la Congregación fue expulsada de Francia viéndose obligada a trasladar la casa madre a Rentería, España. El vicepostulador, en el *Processiculus diligentiarum,* afirma claramente haber oído al Hno. René (M. Arcaix) «que en el momento de nuestra expulsión él había quemado varios papeles, entre los cuales se hallarían algunas cartas del Hno. Policarpo» (hojas 19-20).

2. *Las cartas del Siervo de Dios.–* En el Proceso sobre los escritos, fueron presentados en un solo volumen los *Escritos del Siervo de Dios, Hno. Policarpo.* Ese volumen contiene: 220 cartas, 15 circulares, la alocución que dirigió al Capítulo General de 1856 (pp. 111-112, sacadas del registro *Capítulos Generales 1841-1952,* Archivo de los HH. del S. C.); la *Regla de los Hermanos encargados de los asuntos temporales* (hojas 113-116); las *Reglas de conducta para los Hermanos directores* (hojas 117-123 bis); los *Estatutos de la Congregación de los Hnos. de la Instrucción Cristiana de los SS. CC. de Jesús y de María,* de 1846 (hojas 376-385) y extractos del *Registro de las deliberaciones del Capítu-*

lo General (hojas 386-416).

De estas cartas, 70 son autógrafas del Siervo de Dios; las demás fueron escritas por otra mano, y en su mayoría están en borrador. De las autógrafas, dos no tienen firma porque el papel está roto y 10 no tienen fecha. De las 150 restantes, 118 no están firmadas y 66 no tienen fecha.

Como ya hemos informado, tras realizar nuevas investigaciones en el archivo de la casa general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, se han encontrado otras 61 cartas, 33 de ellas fechadas, y 5 circulares. Por tanto, ahora disponemos de 281 cartas y 20 circulares del Siervo de Dios, repartidas como sigue:

Cartas privadas y comunes: dirigidas a los religiosos, referentes a temas espirituales y de índole personal, o bien a la marcha de la Congregación. *Son 70,* todas hológrafas.

Cartas administrativas: casi todas dirigidas a personas eclesiásticas o civiles ajenas a la Congregación; hacen referencia a la fundación, administración y marcha ordinaria de las casas –especialmente en lo relacionado con las autoridades externas– la aprobación de las Reglas, etc. *Son 211*.

Circulares: dirigidas a todos los religiosos indistintamente para dar instrucciones u órdenes que pudieran afectarles. Tenemos *20.*

3. *Autenticidad*.– La autenticidad de las 70 cartas del primer grupo está bien probada y no presenta ningún tipo de dificultad. Se trata de textos hológrafos del Siervo de Dios. La mayor parte fueron enviadas a religiosos que partieron en octubre de 1846 hacia los Estados Unidos de América (cfr. Doc. XXII): iban dirigidas, o a todos en general, o a alguno en particular, especialmente a los directores de las casas allí fundadas y sobre todo al Hno. Alphonse, Director de Mobile y Provincial de aquella provincia. Sólo dos conservan la dirección (27 de junio de 1848, en *Hno. Pol.- Corr. América*, Archivo de los HH. del S. C.); en unas pocas, el destinatario está indicado al principio porque se remitieron junto a otras en un mismo paquete; en la mayor parte, se le identifica por el contenido o por otros detalles internos o externos. Algunos destinatarios: los HH. Jean-Claude (ocho cartas, 1854-58, *Corr. del Hno. Jn.-Claude*, EE. UU.), Marie -Jérôme (tres, 1854-55, *Corr. Hermanos-Dirección*), Adolphe (dos, 1857-58), Anaclet (1858, *Corr. - Hermanos-Asuntos),* Jérôme (una, 1849), Jubin (una, sin fecha, *Corr. - Hermanos-Dirección),* Louis-Lambert (una, 1858), Ambroise (diez, 1845-46, 1854-58, *Corr. - Hno. Ambroise,* EE. UU.); una sola carta de este grupo tiene como destinatario al capellán de Marvejols (1845, *Corr. - Hermanos - Asuntos).*

Estas cartas no siempre fueron enviadas en la fecha indicada al principio; a veces se comenzaron a escribir ese día y después se fueron completando a medida que el Siervo de Dios disponía de algún rato libre. Por ejemplo, una carta al Hno. Alphonse, iniciada el 21 de octubre de 1858, el 4 de noviembre aún no había llegado ni a su mitad (*Hno. Pol. - Corr. América)*. Así nos explicamos la repetición de ideas o las fechas incompletas.

La autenticidad de las circulares, que forman el tercer grupo, queda igualmente contrastada. Los originales que se conservan escritos a manos o policopiados y las copias antiguas de algunos de ellos, merecen la máxima confianza.

Las cartas administrativas proceden de la secretaría del Superior General; en nuestro caso, los ejemplares que nos han llegado son en buena parte obra del Hno. Adrien, secretario del Hno. Policarpo. Por tratarse de borradores o de copias, no es de extrañar que falte la firma. De las 211 cartas administrativas, sólo 32 están firmadas por el Siervo de Dios; si excluimos estas, cuya autenticidad está fuera de toda duda, podrían plantearse ciertas dificultades sobre las restantes, que no llevan firma. Sin embargo, el contenido mismo de muchas de ellas, específico, hecho de detalles y alusiones personales, o expresando decisiones importantes, nos permite sin duda alguna atribuírselas al Superior General. Otras, aunque contienen asuntos normales de administración, manifiestan siempre su pensamiento y las normas dictadas a la secretaría; por ello se le atribuyen igualmente al Hno. Policarpo. Solamente podremos considerar como autor al Hno. Adrien o a otro Asistente General, cuando aparezcan a su favor claros elementos intrínsecos.

4. *Contenido y valor de las cartas*.– Si excluimos las circulares, dirigidas a todos los miembros de la Congregación, las demás cartas van dirigidas a personas en particular o a pequeños grupos. Ninguna es de carácter doctrinal, ex profeso, pues no se puede catalogar como tal a los consejos que da un padre a sus hijos ni a las normas que cree oportuno dictarles para la buena marcha y el recto funcionamiento de la Congregación. La primera conclusión que se obtiene al leer las cartas del primer grupo es, precisamente, ese tono familiar, abierto, sencillo y directo.

La mira del Siervo de Dios es formar buenos religiosos, elevar su espíritu, fortalecer su voluntad, fomentar su viva y sincera adhesión a la Regla y, por ende, a la Congregación. Así pues, además de trabajar por la gloria de Dios, sus religiosos debían ser un polo de atracción para las almas a ellos confiadas.

«Ahora que se ha convertido –escribe en octubre de 1854 al Hno. Jean-Claude– sea modelo de silencio, de modestia, de mortificación, de humildad, de obediencia y, sobre todo, de caridad con todos sus Hermanos...» (*Jn. Claude, EE. UU.,* Archivo de los HH. del S.C.). Sobre estas virtudes, el Hno. Policarpo insiste muchísimo, bien sea con unas pocas palabras o frases, o bien más extensamente según las circunstancias y necesidades de cada uno. Sólo con un amor de Dios muy grande puede el alma vencerse a sí misma y abrazar con fe y resignación los dolores y las contrariedades de la vida cotidiana; siguiendo en esto la más pura ascética, él ve en el sufrimiento un signo del amor de Dios.

El 11 de noviembre de 1856, escribe al Hno. Jean-Claude: «Es de esperar que su triste estado redunde en una mayor gloria de Dios y que los méritos obtenidos estén en relación directa con todo lo que le toca sufrir. Sufra, pues, bien, para merecer mucho. Mediante sus padecimientos, da usted testimonio de un gran

amor a Dios y de un verdadero desprendimiento de todo lo que no es Él».

¡Qué espíritu de fe, en la sencilla reflexión siguiente! «Nuestros Hermanos de América han escrito que su fundación va cada día mejor. Esta prosperidad siempre creciente me hubiera preocupado, porque sé por experiencia que las pruebas y tribulaciones son efecto de las obras de Dios; pero la divina providencia se ha dignado poner este sello sobre nuestra obra de Mobile...» (Posdata a una circular del 15 de enero de 1848 enviada a St. Privat, en *Circulares).* Y en esta otra: «No me ha disgustado conocer el estado de pobreza en que se ven obligados a vivir. La pobreza de Jesucristo es un verdadero tesoro para los religiosos, quienes han hecho voto de pobreza para agradar a Dios. Su obra prosperará en la misma medida que la pobreza reine entre ustedes» (*A los religiosos de América,* 27 de junio de 1848, *Correspondencia de América).*

Otro punto al que el Siervo de Dios alude frecuentemente es la unión fraterna entre todos los religiosos para formar una sola familia unida por los vínculos indisolubles de la caridad y el amor de Dios: la pequeña comunidad debe asemejarse a una sola persona, con una misma voluntad y un mismo juicio (véase, por ejemplo, *carta a los religiosos de Mobile,* 15 de abril de 1850).

Si siempre muestra su afecto y delicada ternura, lo hace más todavía cuando se ve obligado a corregir o traer al buen camino a un Hermano. No puede ser más cariñosa la carta que le escribe al Hno. Jubin, en América, que se hallaba a punto de abandonar la Congregación (cfr. Doc. XXII, par. 2ª, cap. 11).

Pero si el Hno Policarpo aconsejaba con frecuencia la amabilidad con los niños y el uso de métodos persuasivos –especialmente a los religiosos acusados de cierta severidad– (cfr. *al Hno. Jérôme,* 17 enero 1849, *Correspondencia de Hermanos - Asuntos,* Archivo de los HH. del S. C.), no adolecía de falta de energía y firmeza cuando estaba en juego la regularidad, la buena reputación de la escuela, de la Congregación o de algún religioso, aunque ello le supusiera tener que soportar luchas y enfrentamientos con los protectores de la escuela, alcaldes, párrocos u otras personas importantes. Sobre este punto, las cartas del segundo grupo nos ofrecen tantos y tan magníficos ejemplos, que constituyen al mismo tiempo un modelo de vigilancia atenta y cuidadosa para prevenir, reprimir y superar cualquier dificultad.

«Si he llamado junto a mí al Hno. Bernardin –escribe al párroco de Allanche– es porque deseo vivamente la prosperidad de su establecimiento. He querido hacerle ver a nuestro querido Hermano, que jamás soportaré que un director se ausente de su establecimiento durante seis días. Una ausencia como esa, necesariamente tiene que ser perjudicial para una escuela. Al parecer, en este caso no ha existido mala fe...» (entre abril-mayo de 1845, en los manuscritos de *Correspondencia referente a la fundación y administración de los establecimientos del Instituto,* hojas no numeradas).

¡Cuánta insistencia para que el maestro no prime sobre el religioso y qué apre-

miantes llamadas a los párrocos y a los bienhechores que pudieran verse inclinados a olvidar este principio fundamental! Sobre este particular, son muy instructivas las cartas del 16 y 17 de noviembre de 1854 dirigidas, respectivamente, al Vicario General de Moulins y al párroco de Yseure, ambas referidas a la misma casa (en *Correspondencia de 1854-55).* Una prueba de la solicitud del Siervo de Dios por la vida religiosa de sus hijos nos la proporciona la carta –probablemente del Hno. Adrien– en la que, entre otras interesantes informaciones, se dice que en diciembre de 1848 «nuestro Rvdo. Hno. Superior se vio obligado a trasladarse a Murat para intentar que el director de dicho establecimiento volviera a la práctica de sus deberes religiosos. Un viaje realizado exclusivamente con tal fin, no merecía quedar sin fruto...» (13 marzo 1849, en *Murat-Cantal*).

Del mismo modo, cuando insisten en pedirle tal o cual religioso, el Siervo de Dios responde con un no rotundo si sabe que la vocación puede andar en peligro. Así se comprueba en la carta del 26 de septiembre de 1853 al párroco de Vici-Servette, que pedía concretamente al Hno. Gérasime (en *Servette-Lozère*). ¡Cuánta atención ponía el Hno. Policarpo para exigir que las casas de los religiosos estuviesen a una distancia conveniente de las de los extraños o de los conventos de religiosas! Y dígase lo mismo para prohibir ocupaciones externas que pudieran distraer del fin principal, como pudieran ser el exagerado culto del canto, las labores agrícolas u otras ocupaciones de ese género (Véase: *al señor cura de Yseure,* 25 de octubre de 1854, *Correspondencia 1854-55; al párroco de Chatonnay*, 5 de septiembre de 1844, Chatonnay-Isère).

Aunque insista siempre en la mortificación, el Siervo de Dios no olvida la salud física de sus religiosos; procura que no les falte nada de cuanto atañe a la alimentación, al mobiliario de la residencia y a las condiciones de los locales, los cuales no deben ser húmedos ni tales que pongan en peligro la salud o la regularidad de la vida religiosa, de modo que el religioso no sienta necesidad de salir al exterior. Insiste tanto sobre estos requisitos, que a veces amenaza con el cierre del establecimiento. Confróntense, por ejemplo, varias cartas al párroco y al alcalde de Blesle (*en Blesle-Haute-Loire*), a un director de América (14 de mayo de 1855, *Correspondencia de América*) y tantas otras. Hace cuanto puede por tratar de contentar a los Hermanos permitiéndoles alguna visita a su familia, pero no admite que por este motivo se descuiden otros deberes básicos; así, concede permiso al Hno. Cyrille para visitar a su familia a condición de que primero gane la indulgencia del jubileo (sin fecha, en *Neuvic-Corrèze).*

El Hno. Policarpo sabía defender en el momento oportuno a sus Hermanos si se amenazaba con sustituirlos por otros religiosos, pero siempre estaba dispuesto a pactar acuerdos razonables. «Si a pesar de todo –escribe el 26 de marzo de 1850 a un párroco– alguna otra comunidad le ofrece condiciones más favorables para su parroquia, créame, señor párroco, que no tendremos inconveniente en que otros Hermanos educadores sean vecinos nuestros» (*Hno. Pol.- Corresp.- Car-*

tas diversas). Más elevado aún es lo que escribe al señor cura de La Chaise-Dieu el 4 de agosto de 1852: «Por nuestra parte, cualesquiera que fuesen los Hermanos educadores llamados a La Chaise-Dieu, con tal que se haga el bien, estaríamos satisfechos y los veríamos sin disgusto; tampoco despertarían en nosotros ningún tipo de suspicacia» (en *Chaise-Dieu, Haute-Loire*). Habiendo llegado a sus oídos que el marqués de Lubersac tenía intención de sustituir a sus religiosos de la parroquia por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, se dirige al obispo de Tulley y, al tiempo que reclama su intervención para conjurar el peligro, añade: «Si en su profunda sabiduría, él juzga que somos suficientemente culpables para merecer este castigo, deberemos resignarnos a su decisión, ya que su sentencia es la de un buen padre» (sin fecha, *Lubersac-Corrèze*).

Los problemas inherentes a la fundación de las casas son tratados con sobria claridad y precisión: condiciones, aquiescencias, enmiendas, estado financiero, locales, muebles y utensilios, número de alumnos y de religiosos, llamadas de atención a los morosos para que paguen regularmente sus deudas, concesiones especiales, etc. En su modo de actuar, el Siervo de Dios siempre intentaba convencer. Su trato con los párrocos, autoridades eclesiásticas y especialmente con los obispos, era no sólo respetuoso, sino de acatamiento y sincera veneración. Análoga actitud muestra hacia las autoridades civiles, centrales o provinciales, con las que entra en contacto. El sentimiento de gratitud que brota de él, en fin, es extraordinariamente intenso: quien le ha hecho algún favor, no recibe un simple «gracias»; es objeto de repetidas muestras de reconocimiento con expresiones de extremada humildad y delicadeza.

A veces, particularmente en las cartas del primer grupo –las más indicadas para ello– deja caer palabras o frases de fina ironía con la confianza, sencillez e intimidad propias de quien se dirige a un amigo, directamente orientadas a conseguir el objeto prefijado. «Dice usted –escribe el Siervo de Dios en junio de 1854 al Hno. Jean-Claude– hallarse a menudo en mi habitación ayudándome en diversos menesteres, lo cual le agradezco; sin embargo, si yo le viera le sacaría a palos de ella porque nos ha dejado sin enfermero y desde que usted se fue nuestra enfermería está mal atendida; aunque por otra parte, más bien tendría que alegrarme, ya que desde su partida no ha fallecido nadie mientras que, diríase, usted pretendía enterrar a toda nuestra gente; pues bien, desde este punto de vista, me alegro de su marcha» (en *Jean-Claude, Estados Unidos, ibid.*). En otro caso, escribiendo el 26 de diciembre de 1856 al director de Dubuque, Estados Unidos, se sirve de una simpática ironía para inculcar la virtud de la pobreza *(H. Pol.- Correspondencia de América;* Doc. XXII, par. 2ª, cap. 13, n. 3).

Las circulares tratan temas que interesan a todos los religiosos: algunas informan sobre la muerte de Hermanos y en una comunica el fallecimiento del antiguo Superior General, P. François-Vincent Coindre, con una brevísima reseña de la

figura del finado y petición de sufragios; otras son de contenido vario: recopilación de las reglas y revisión de las mismas, agradecimiento por las oraciones elevadas al cielo para pedir su curación con ocasión de la enfermedad que había sufrido durante los meses de febrero y marzo de 1843, y especialmente enseñanzas de tipo espiritual. A este propósito, destaca por su belleza la circular del 1 de enero de 1844 sobre la caridad, en la que el autor tiene oportunidad de manifestar el espíritu que le anima. Al agradecer, el 18 de enero de 1848, las felicitaciones del nuevo año, el Hno. Policarpo aprovecha la ocasión y expone los requisitos fundamentales para preservar y fortalecer la vida religiosa.

De estas cartas y de los registros de la época, se deduce que el Siervo de Dios fundó 82 casas: 76 en dieciocho departamentos de Francia y 6 en Estados Unidos; a su muerte dejó 97. Al aumentar los establecimientos, aumentó también el número de religiosos: de los 59 miembros existentes en el momento de su elección como Superior General (sept. 1841), se pasó a 409, novicios incluidos, en enero de 1859, fecha de su muerte (cfr. *Los Hnos. del Sgdo. Corazón*, p. 56). Entre ellos había algunos irlandeses, ingleses y americanos. El Siervo de Dios tomó las riendas de la Congregación en plena crisis y la dejó rejuvenecida y floreciente.

Para la publicación que sigue, dividimos las cartas en tres grupos y conservamos el orden cronológico en cada uno de ellos.

A) CARTAS PRIVADAS

Sólo publicamos once cartas del primer grupo, algunas de ellas muy breves. Se han elegido las omitidas, o en cualquier caso poco utilizadas, por los Hnos. Eugène y Daniel, de modo que uniendo a las presentes las cartas y fragmentos publicados por ellos, se pueda tener una idea clara del pensamiento del Siervo de Dios (Doc. XXII).

1

Carta al Hno. Jérôme, 17 de enero de 1849.– Del original conservado en «Correspondencia.- Hermanos-Asuntos».

En el original falta la dirección, pero por la carta del Hno. Adrien, del 29 de mayo de 1849 (Doc. X), sabemos que se trata del Hno. Jérôme, cuyo nombre de pila era Antoine Bonnet. Nacido el 17 de octubre de 1809 en St-Didier-la-Séauve, ingresó en la Congregación de los Hnos. del Sagrado Corazón el 1 de marzo de 1831, fue Ecónomo General y murió en Paradis el 29 de junio de 1881 (cfr. *Anuario* nº 3, 1908-1909, pp. 195-210).

La presente carta pone de relieve la prudencia del Siervo de Dios en un asunto

delicado: el de la escuela de Murat, dirigida por el Hno. Félix, de quien habla el Hno. Adrien en su carta del 29 de mayo de 1849 (Doc. X).

Paradis, 17 de enero de 1849

Mi querido Hermano Director,

He tardado en escribirle porque deseaba conocer el cariz que tomarían los asuntos de Murat; no van por buen camino. Nuestro Hno. Félix me escribe que el señor párroco le da a entender su descontento; y no le falta razón al señor cura, pues me informan que el desventurado Hno. Félix no evita las salidas en solitario a la ciudad, se comporta de modo que infunde sospechas de tener fuera de casa las entrevistas que antes hacía en su despacho, descuida sus ejercicios de piedad y le han sorprendido en su habitación con una persona de fuera. En conciencia, no puedo dejarlo en Murat, tanto por su bien espiritual como por el buen nombre de la Congregación.

Lléguese a Murat en calidad de Visitador y póngase al corriente de todo, principalmente del dinero que hay en caja y de todas las deudas activas y pasivas. Mientras esté usted haciendo la visita mandaré directamente desde aquí una obediencia al Hno. Félix a fin de que esta le llegue justamente durante dicha visita. Escríbame en seguida para indicarme qué día llegará usted a Murat. En cuanto salga el Hno. Félix, anuncie a los Hermanos que es usted el Director de Murat. Más tarde arreglaré las cosas de manera que le reemplace alguien definitivamente en Murat. Tal vez le cueste dirigir ese establecimiento, pero ya sabe que el cielo sólo se gana a costa de sacrificios. Un religioso no debe buscarse a sí mismo; este último pensamiento es el que me hace soportar con paciencia la carga que la providencia me ha impuesto; también le ayudará a soportar las dificultades de la suya. No es tan larga nuestra vida, ánimo, pronto se nos concederá la corona.

Por lo que me cuenta en su última carta, veo que comienza usted a conocer los defectos de su carácter; los defectos conocidos y confesados –se dice– están ya semicorregidos. Procure evitar cualquier falta contra la mansedumbre en Murat, pues de lo contrario podría causar un mal enorme en ese establecimiento; pegó usted a algunos niños en Vic y ello tuvo una gran repercusión. Sabe que tengo expresamente prohibido ese tipo de correcciones: se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre. Uno de nuestros antiguos Hermanos directores acaba de meterse en graves problemas por ser demasiado severo. Sea

muy bondadoso con sus inferiores y trate de borrar la fama que tiene de ser duro con ellos; dispone de tres buenos religiosos en los Hnos. Rémy, Marcellin y Frédéric. Manténgase vigilante y firme con el Hno. Aimé.

No entregue a nuestros Hermanos de Murat las cartas a ellos dirigidas, que le adjunto, hasta que nuestro Hno. Félix se haya ido, a fin de que no sospeche nada.

Un abrazo de todo corazón.

Hno. Policarpo.

Escríbame en cuanto se vaya el Hno. Félix para ponerme al corriente de otras cosas que yo pueda ignorar aún.

No olvide escribirme desde Vic tan pronto como el Hno. Philémon llegue ahí para decirme qué día estará usted en Murat. Esté atento a que el Hno. Félix no se lleve nada salvo el dinero que necesita para el viaje hasta aquí; trate de hacerle partir en cuanto reciba la obediencia a fin de que no vaya a quejarse a casa del señor y la señora; yo le dejaré creer que regresará allí al cabo de unos diez días. Hará bien, igualmente, en comunicarme por correo el día de su partida para saber si pasa o no por su casa.

2

Carta al Hno. Alphonse, 16 de diciembre de 1851.– Del original conservado en «Correspondencia de América».

La carta no lleva el nombre del destinatario pero por su contenido se deduce que es para el Hno. Alphonse, en el siglo Jean-Baptiste Bernard. Nacido el 28 de julio de 1813 en Buchère, Haute-Loire, ingresó en religión el 13 de mayo de 1828 en Vals; fue elegido Asistente General (1841) y en calidad de tal recibió el encargo de acompañar a los Estados Unidos de América al primer grupo de Hermanos, fundadores de la casa de Mobile. Murió en Indianapolis el 23 de septiembre de 1878 dejando en la Congregación el recuerdo de un religioso lleno de celo apostólico y de actividad (cfr. *Anuario nº 2*, pp. 108-120; Doc. XXII, par. 1ª, cap. 10; *Los Hermanos del Sagrado Corazón*, pp. 57-66).

Paradis, 16 de diciembre de 1851

Mi querido Hermano Director.

Iba a enviarle la carta que le adjunto, fechada el 28 de noviembre, cuando recibí las cartas de dirección de conciencia; hacia esa fecha se produjeron profundos cambios en el gobierno francés con relación a la disolución de la Asamblea y del Consejo de Estado por el Presidente Napoleón, seguidos de cuanto ha ido aconteciendo hasta el día de hoy; resultaría demasiado prolijo describírselo; seguramente, lo conocerá ya por los diarios. Quiera el cielo que todo sea para bien, como ha ocurrido hasta ahora; ha sido una excelente jugada de la providencia que ha desbaratado por este medio los diabólicos proyectos de los socialistas.

Sobre lo que me dice, tanto de la construcción de un internado como de la compra de una finca en Dubuque, sería muy de mi agrado, pero ¿dónde hallar el dinero? Aquí, en Francia, como ya le tengo [dicho], somos más pobres que las ratas y no conseguimos acabar de pagar nuestras deudas. Creo que puede usted aceptar la propuesta que le hace Monseñor, de construirles un internado, y que puede entregarle a cambio lo que percibe de la escuela libre además de los intereses devengados procedentes de sus pocos internos.

Me parecería muy bien que se nacionalizara y consiguiese el reconocimiento de nuestro Instituto por parte del Estado con el fin de poder ser propietarios, como usted dice, en su nombre; y me gustaría que eso se hiciera no sólo para Alabama sino para todos los Estados Unidos.

En cuanto a la finca de Dubuque, si pudiera usted conseguir un préstamo de unos diez mil francos para ponerla a punto –como me decía– y si Monseñor quisiera cederla, a condición de que nos diera tiempo para pagársela, podría usted hacerlo. Yo podría, incluso, responder de esos diez mil francos si fuera necesario, pero habría que realizar esa compra de manera firme. Disponemos aquí de algunos novicios jóvenes que irían gustosos a explotarla.

Puede que enviemos el próximo mes de septiembre algunos Hermanos a Galveston, Texas; los obreros podrían acompañarlos, así como un maestro de novicios además de nuestro querido Hno. Placide que podría ir a la granja en calidad de ecónomo, pues este buen Hermano siente pesar de haber regresado y sólo sueña con su América.

Puesto que ninguno de ustedes me dice nada de particular en su carta de dirección de conciencia, me dispenso por esta vez de responder a cada uno en particular; además, como todos están convertidos, no sabría qué decirles. Baste recordarles que no decaigan de su estado de fervor. Para ello necesitan ser muy fieles a la gracia; que esa fidelidad esté pues pronta a todas las acciones de la

gracia, que sea generosa y constante. Caminen en presencia de Dios, estén atentos a obrar siempre por motivos sobrenaturales, principalmente por la gloria de Dios y por su propia salvación. He ahí los dos grandes medios que hacen crecer en la perfección a todo hombre que conoce su fin.

Si no les llegan noticias de lo que ha sucedido en nuestra Francia últimamente, o de lo que suceda desde ahora hasta que reciban mi carta, díganmelo y les daré la correspondiente información, si antes no hemos muerto todos.

De corazón, reciban un fuerte abrazo.

Hno. Policarpo

Acabamos de enterrar a nuestro querido Hno Étienne. Hagan en su favor los sufragios prescritos para un profeso perpetuo no director.

Aprovecho la ocasión para desearles a todos un año lleno de dicha y prosperidad. Todavía no he recibido carta de Monseñor.

3

Otra carta al Hno. Alphonse, 9 de marzo de 1852.– Del original conservado en «Hno. Policarpo - Correspondencia de América».

También en esta carta falta la dirección, pero por su contenido resulta evidente que va dirigida al Hno. Alphonse. Merece especial atención el punto de vista del Siervo de Dios sobre el paso de religiosos al estado sacerdotal: se preocupa por la repercusión de tal tipo de decisiones en el ánimo de algunos Hermanos que podrían, quizá, sentirse movidos a imitar esos ejemplos; por eso procura que el paso se dé hacia otra diócesis.

Paradis, 9 de marzo de 1852

Querido Hno. Director,

Hace ya unos cuantos días que deseaba escribir para rogarle que fuese a buscar a nuestros Hermanos de Dubuque, pues su situación me parecía insostenible, bien sea porque ninguna de mis cartas les llegaba, o bien a causa de su alojamiento en el obispado con la frustración de no poder vivir como corresponde a una comunidad religiosa, y sin apenas esperanza de poseer una casa donde hacer vida independiente; pero, al fin, acabo de recibir una carta de ellos en la que me dicen haber recibido la última que yo les escribí y con ella la que dirigía a Mons. Loras, su

obispo; se la entregaron y al parecer ha producido en Su Excelencia el efecto que yo esperaba. Me dicen que les va a construir una casa de ladrillo de tres pisos, de 35 pies de largo por 21 de ancho. Dicha construcción quedará adosada al edificio donde dan clase. Me parece que así dispondrán de local suficiente. Sin embargo, eso no bastará. Creo que es indispensable hacer un cambio sin el cual las cosas no pueden funcionar, ya que no hay unión entre el director y los inferiores; y como al Hno. Basile no le molestará trasladarse a Mobile, podría usted elegir entre los Hermanos disponibles al que mejor pueda congeniar con los otros dos y lo enviaría en calidad de director, o de inferior si opina que nuestro Hno. Fabien resulta idóneo para desempeñar dicho cargo. Aquí le adjunto dos obediencias firmadas, de las que dispondrá conforme a su propio parecer con vistas a la buena marcha del establecimiento.

Cuando presente mis respetuosos saludos al obispo de Mobile, dígale de mi parte que recibí con sumo agrado la noticia de la decisión que tomó respecto a nuestro Hno. Justin; no porque me sienta molesto, en modo alguno, de que nos abandone para abrazar una vocación tan sublime, sino porque su traslado a Mobile habría causado mucho daño a los Hermanos. Pudiera haber sucedido que otros, después de él, quisieran imitarle, pero pocos lo habrían conseguido.

Seguro que ya se habrá enterado de los grandes acontecimientos ocurridos en Francia. Nuestra república ha cambiado de rostro, y muy pronto, según dicen, Louis-Napoléon será emperador; quizá, incluso, antes de un mes. Muchos creen que será proclamado el 25 del mes en curso durante una fiesta a la que acudirá gran número de jefes militares.

Nuestra pequeña Congregación se conserva más o menos igual; los establecimientos, por lo general, marchan bastante bien. Aquí seguimos teniendo un numeroso plantel de novicios encantadores.

Estamos a punto de edificar un ala por la parte posterior de la casa, a lo largo de la vivienda de Marie. Este último nos ha cedido el lindero de su casa. El ala tendrá unos 23 metros de longitud por 9 de anchura; a continuación, en martillo con el ala y en dirección de la casa hasta unos 10 metros sobre el patio de los niños, una capilla de 25 metros de longitud por 9 de anchura. El internado está a tope. Estas son, más o menos, las noticias de Paradis. Añado, sin embargo, que el Hno. Claude está enfermo desde hace más de dos meses, así como un religioso joven, hermano del Hno. Candide. Se dice que ni uno ni otro saldrán de esta.

Recuerdos a nuestros buenos y amadísimos Hermanos de Mobile así como a sus novicios, sin olvidar a nuestro querido Hno. Justin si aún sigue entre nosotros; que esté seguro de contar siempre con mi aprecio, aunque quiera abandonarnos.

No me ha vuelto a hablar de los dos jóvenes postulantes que me escribieron. ¿Se cuentan entre sus novicios o han dado marcha atrás?

Reciban un fuerte abrazo de todo corazón, en los de Jesús y de María.

Hno. Policarpo.

4

Carta al Hno. Marie-Jérôme, 13 de mayo de 1854.– Del original conservado en «Correspondencia de Hermanos - Dirección espiritual».

Es la primera de las tres cartas que se conservan del Siervo de Dios al Hno. Marie-Jérôme. Fue escrita para contestar a la carta de dirección de conciencia (cfr. Doc. IX, cap. 20, art. 3) enviada por el religioso en Pascua, que aquel año caía el 16 de abril. El Siervo de Dios muestra su satisfacción por la buena salud del Hermano y le pondera las ventajas de los ejercicios espirituales.

Nacido en Mourèze, cantón de Vic-sur-Cère, Cantal, el 7 de febrero de 1831, François Daval ingresó en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón el 25 de diciembre de 1851. Durante muchos años fue profesor, e incluso director, de importantes escuelas. Falleció en Paradis el 25 de abril de 1900 (cfr. *Anuario nº 4*, 1909-1910, pp. 228-234).

Vivan los Sgdos. Corazones
de Jesús y de María. Paradis, 13 de mayo de 1854

A nuestro querido Hno. M.-Jérôme,

Querido Hermano,

Veo con mucho agrado que goza usted de buena salud, y de verdad que la necesitaba en las circunstancias por las que pasó; pero como usted dice, Dios da fuerza a quien la necesita. Tiene usted la suerte de reconocer la necesidad de los ejercicios espirituales. Pues bien, empéñese en hacerlos con la mayor perfección posible a pesar de todas las dificultades que pueda encontrar; esto le reportará mayores ventajas para su progreso en la virtud y en la perfección, pues cuando uno se ve obligado a librar combates, puede cantar victorias.

Consérvese, por tanto, prudente; entréguese al cumplimiento constante de sus Reglas, ya que sólo así logrará ser un religioso bueno, perfecto, lo cual podrá ayudarle a obtener lo que solicita, es decir, la emisión de los votos. Únicamente con

esta condición se le podrá otorgar dicho favor. Vea si lo ha merecido hasta ahora y si quiere merecerlo en adelante.

Todo suyo.

Hno. Policarpo.

5

Carta al Hno. Ambroise, 21 de junio de 1854.– Del original conservado en «Correspondencia del Hno. Ambroise, EE.UU.».

Es una de las 10 cartas que se conservan, de las enviadas por el Siervo de Dios al Hno. Ambroise, a la sazón en América. Nació este el 17 de abril de 1821 en Berserole, cerca de Monastier, Haute-Loire. Ingresó en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón el 10 de septiembre de 1837; durante toda su vida desempeñó los humildes oficios de cocinero y hortelano. En 1853 fue enviado a América y allí permaneció hasta su muerte, en Mobile, el 14 de febrero de 1901 (cfr. *Anuario nº 18*, 1923-1924, pp. 315-325).

Vivan los SS. CC.
de Jesús y de María

Paradis, 21 de junio de 1854

A nuestro querido Hno. Ambroise,

Querido Hermano,

Está usted en su centro, pues todo le sonríe en tan vasta soledad. Van a convertirse en verdaderos anacoretas y a competir por ver quién alcanza mayor grado de santidad. ¡Dichosos ustedes que viven así, separados y alejados del mundo! Pero nosotros... ¿qué será de nosotros aquí, en medio de un mundo tan corrompido? No es de extrañar que muchos de los nuestros les envidien, y yo el primero. ¡Cuán propicio para elevarles a Dios debe de ser todo en aquellos parajes, aunque sólo fueran esos grandes robles que parecen querer tocar con sus copas al cielo!, ¡o esa variedad de plantas que de modo tan admirable le hablan de Aquel que las ha creado! ¡Qué cúmulo de pensamientos, a cuál más noble, no serán capaces de despertar en su espíritu!; y esos pensamientos, ¡qué tiernos afectos no harán escapar de su corazón hacia el autor de todo bien! ¡Oh, cuán propicio es ese lugar para lograr el espíritu interior en pos del cual parece usted caminar! No, no necesita ir lejos a buscarlo, lo encontrará alrededor de usted, en medio de usted; y

en tal estado de silencio y unión con Dios, ¡qué meditaciones tan fervorosas y ardientes podrá hacer!

Ánimo, Hermano dilectísimo, sea fiel a la gracia, sepa sacar provecho de tantos bienes como Dios ha puesto en sus manos!

Hno. Policarpo.

6

Carta al Hno. David, 14 de mayo de 1855.– Del original conservado en «Hno. Pol.- Correspondencia de América».

Son bastantes las cartas que todavía se conservan, de las enviadas por el Hno. Policarpo al Hno. David; el Hno. Daniel sacó provecho de ellas para la biografía del Siervo de Dios (cfr. Doc. XXII, par. 1ª, cap. 11, nº 8). Como director de la casa de Dubuque, en Estados Unidos, el Hno. David mantuvo correspondencia continua con el Superior General. Teniendo en cuenta que la mencionada biografía contiene bastantes fragmentos de dichas cartas, en este documento no publicaremos más que dos. En la del 14 de mayo de 1855, destaca, sobre todo, la gran confianza que el Siervo de Dios tenía en los directores de comunidad. Es muy interesante la indicación que le da para corregir a un religioso y el espíritu inquisitivo que manifiesta al formular algunas preguntas relativas a los novicios. Tampoco debemos pasar por alto las noticias que comunica sobre la vida de la Congregación o algunas normas que imparte. En otro aspecto más formativo, insiste sobre la virtud del abandono en la divina providencia.

El Hno. David –cuyo nombre de pila era Jean Boussage– pertenece al primer grupo de Hermanos del Instituto que se establece en América. Nacido el 29 de mayo de 1815 en Albaret-le-Comtal, Lozère, ingresó ya treintañero, el 11 de marzo de 1845, en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. En 1846 fue enviado a América, desempeñando en diversas ocasiones el cargo de director de Dubuque, Mobile, St-Thomas, Indianapolis y de la Baie-St-Louis, donde falleció el 22 de noviembre de 1889.

Vivan los SS. CC.
de Jesús y de María.

Paradis, 14 de mayo de 1855

Querido Hermano Director,

¡Qué par de gallos de pelea estamos hechos! Siempre en pie de guerra, nunca satisfechos el uno del otro, ¿será posible?

Comenzó usted quejándose de que no le escribía con suficiente asiduidad. A mi vez, me quejé yo de lo mismo; y he aquí que ahora, como excusa, me dice que espera mis respuestas y que cuando llegan se queda como antes, porque no contesto a nada de lo que me pregunta. ¿Y de dónde puede proceder esta actitud sino de la extrema confianza que tengo puesta en usted? Acordemos, pues, que si no le respondo acerca de algo, es que lo dejo al arbitrio de su prudencia, que en la medida que usted lo juzgue oportuno para la gloria de Dios y el bien general del Instituto yo lo daré por bueno, que su punto de vista será también el mío y que, en consecuencia, al hacerlo así no estará cumpliendo su propia voluntad sino la del superior y, por ende, la de Dios; por tanto, si piensa que el mejor medio de asegurar los bienes que usted adquiera para la Congregación, es obtener el reconocimiento de la casa de Dubuque como comunidad religiosa, al igual que lo han hecho los Trapenses, tendrá que obrar de ese modo. Pero procure no reconocer como miembros de la Congregación más que a hombres seguros y verdaderamente religiosos.

Los reglamentos existentes hasta ahora se reducen a poca cosa, aunque nos proponemos modificarlos; cuando lo llevemos a cabo, no tardaremos en dárselo a conocer. No me cabe la menor duda de que todos ustedes aman profundamente a la Congregación y que desean cumplir todas las normas actuales y las que puedan establecerse en el futuro.

Al parecer tiene usted que soportar dos cruces en las personas de nuestros Hnos. Placide y Luc. El medio de domar a este último para evitar que le importune cuando se le mete algo en la cabeza, es ponerle a dieta de sequete, es decir, no permitirle que tome en las comidas más que pan y la sopa; yo comprobé aquí que eso le hacía caminar más derecho que una vela; como no anda muy fino en mortificación, semejante régimen no le va; así que para seguir el tren de vida de la comunidad, tendrá que vigilarse. En cuanto a nuestro pobre Hno. Placide, es una lástima que haya caído en tal estado; debemos rezar por él. No me ha enviado ningún documento para que su hermano nos pague los 2000 f[rancos].

En cambio –me escribe usted– está muy contento con los demás Hermanos, novicios incluidos; ahí tiene un consuelo. A propósito de los novicios, no me dice ni cuántos tiene, ni si son altos o bajos, jóvenes o viejos, instruidos o ignorantes, etc.; sin embargo, me gustaría conocer todos los detalles.

Dice que aún no ha visto al Hno. Georges, que había sido destinado ahí. Este es el motivo: se ha adquirido una propiedad en la Baie-St-Louis para construir en ella un internado y han pedido que se quede allí nuestro Hno. Georges para ayudar en la construcción e, incluso, para cultivar la huerta. Esta casa, como sin duda usted sabe, deberá estar acabada para San Juan con el fin de abrir el internado; tendrá 80 pies de longitud por 30 de anchura. Me gustaría que dentro de poco pudiese usted construir otra semejante en su finca para poner también un internado; de este modo, aparte del bien que haría a sus internos, hallaría en ello una segunda ventaja: que consumiría productos de su propia granja.

Puesto que posee una sierra y un par de buenos aserradores, podría ir adelantando el trabajo preparando poco a poco los materiales y, una vez que todo estuviera dispuesto, nuestro Hno. Marie-Léon podría ir a ayudarle, con lo cual la construcción no le saldría cara. Después, cuando la casa estuviese a punto, podría imprimir un prospecto anunciando la apertura de un internado en un medio campestre muy agradable y sano, etc. etc.; ahí, en esa casa, albergaría también a sus novicios. Sería usted el director y dejaría al Hno. Fabien como director de las escuelas de la ciudad; esto puede hacerlo desde ahora, y quedarse usted en la granja, lo cual le aliviará un poco. Aquí le adjunto una obediencia firmada; si le parece oportuno que el Hno. Fabien dirija las escuelas de la ciudad, rellénela.

Cuide su salud, que todavía le necesitamos en América. Una cosa puede, tal vez, hacerle mucho daño: su excesiva preocupación cuando no todo le sale a medida de sus deseos. Hay que saber ponerse un poco más en manos de la providencia y actuar siempre con serenidad, mirando los acontecimientos por su lado bueno, tanto en los éxitos como en los fracasos, ya que todo puede contribuir poderosamente a nuestra santificación. Mantenga, pues, su espíritu en paz y ello le reportará grandes beneficios, tanto para su cuerpo como para su alma.

En líneas generales, todas nuestras casas de Francia marchan bien; los Hermanos tienen buen espíritu y trabajan seriamente por mejorar. El internado de Lyon, sobre todo, comienza a afianzarse; ya hay 95 internos; director es el Hno. André. El Hno. Jean-Marie ya no se encuentra en Marvejols. Le sustituye el Hno. Marie-Éphrem, y él es ahora Visitador.

Estamos tramitando la erección de dos nuevos noviciados. Todavía no sabemos cuál será el resultado y no se lo podré comunicar hasta después de las vacaciones. Uno de esos noviciados estaría situado en Basses-Pyrénées y el otro en Corrèze.

A principios del año escolar, murió en Marvejols un Hermano llamado Marie-Victor, profeso temporal; y hacia el final de carnavales vino a morir aquí nuestro

Hno. Marie-Alphonse, director en Vic y profeso temporal; además hemos enterrado a dos buenos postulantes. Hagan por cada uno de ellos los sufragios ordenados por la Regla.

Tenemos este año gran cantidad de enfermos, y una de las más afectadas es nuestra casa de Paradis; algunos días hubo alrededor de treinta enfermos entre Hermanos y niños; no obstante, parece que esto remite un poco, aunque todavía tenemos un niño en peligro.

No le cuento nada de la guerra de Rusia; en aquellas latitudes, seguramente estará usted mejor informado que yo.

De todo corazón, un abrazo.

Hno. Policarpo.

7

Carta al Hno. Jean-Claude, 27 de noviembre de 1855.– Del original conservado en «Correspondencia del Hno. Jean-Claude, EE. UU.».

Jean Claude Triouleyre nació en Vorey, pueblecito de Velley, el 14 de junio de 1825. Ingresó al Instituto de los Hnos. del Sagrado Corazón, en Paradis, en junio de 1842, y ejerció su apostolado en Allanche, Chateaunay, Massiac y Tence hasta 1852, año en que regresó a Paradis como enfermero.

En 1853 fue enviado a América y allí permaneció hasta su muerte, acaecida en la Baie-St-Louis el 18 de junio de 1911 (confróntese *Anuario nº5*, 1910-1911, páginas 194-198).

Vivan los SS. CC.
de Jesús y de María

Paradis, 27 de noviembre de 1855

A nuestro querido Hno. Jean-Claude.

Mi querido Hermano,

Dichosos ustedes que pueden vivir en soledad como los antiguos anacoretas del desierto; ahí no llegan ni querellas ni disputas ni ruido alguno que pueda perturbar su meditación continua; ahí puede, a su gusto, dirigir frecuentes y profundas miradas a

su interior y aprender, en consecuencia, a conocerse a fondo para después intentar corregirse; ahí tiene también un enemigo menos que nosotros a combatir: el mundo con todas sus pompas. ¡Ah, feliz soledad! ¡Cuánto debe amarla, pues es fuente de tantos bienes para usted!

No es de extrañar que progrese rápidamente en la virtud y que sus retiros den fruto. Espero que me haga partícipe de sus buenas obras.

Ánimo, pues, para vencerse de modo que extirpe todos sus defectos. Esmérese por llegar a ser un perfecto observante de su santa Regla; tenga la seguridad de que si la guarda, ella le guardará.

Enteramente suyo.

Hno. Policarpo

8

Otra carta al Hno. Alphonse, 13 de marzo de 1856.– Del original conservado en «Hno Policarpo - Correspondencia de América».

En la presente carta, el Siervo de Dios manifiesta sus sentimientos de enorme satisfacción, al enterarse de que los religiosos residentes en América llevan una vida ejemplar.

Vivan los SS. CC.
de Jesús y de María

Paradis, 31 de marzo de 1856

Querido Hermano Director,

Me alegro de haberle enviado los tres buenos Hermanos que parecen convenirle; le aseguro que no he podido evitar sentir un poco de pena al verlos marchar; primero, porque los quiero mucho, y además, porque en breve se me habrían convertido aquí en tres buenos directores; lo que me consuela es que, me atrevo a esperar, también lo serán en América.

Algo que también me llena de gozo es leer, en sus estupendas cartas, que nuestros Hermanos de América viven como buenos religiosos, que todos se esfuerzan, por así decirlo, en superarse unos a otros en la carrera de la virtud. ¡Oh, sí!, ese es el más suave bálsamo para mí. ¡Ojalá pueda usted contarme siempre cosas tan agradables! Creo yo que eso me permitirá vivir algunos años más, hasta tal punto

llega mi alegría.Alguien, sin embargo, me informa que nuestro Hno. Dosithée escandaliza bastante a los Hermanos irlandeses y alemanes, no siendo suficientemente puntual en acudir a los ejercicios de piedad. Exíjale que sea más asiduo y puntual.

Probablemente se habrá enterado de que deseamos introducir algunas reformas en el gobierno de la Congregación. Le adjunto una copia de los Estatutos así como de una carta que acabamos de mandar a una quincena de miembros del Instituto para que los examinen. Las elecciones para la asamblea capitular tendrán lugar el 30 de mayo, fiesta del Sagrado Corazón. Dicha asamblea se reunirá en septiembre para tratar los temas que podrá ver en una circular que le enviaré dentro de quince días o tres semanas, así como a todos los Hermanos votantes de Francia, que son 93. A ustedes no les hemos incluido ni como electores ni como elegibles, pues no conocen a los Hermanos. Ustedes tienen derecho a enviar un delegado. Pienso que podrían mandar al Hno. David para representarles.

No hay nada de especial que contar. La Congregación sigue poco a poco. No obstante, vamos a crear una nueva provincia en Oloron (Basses-Pyrénées) capital del distrito, y que lo será también de la provincia. Ya enviamos allí algunos Hermanos hacia primeros de año para iniciar las clases de los niños; el noviciado, creo que comenzará después de vacaciones.

Sea siempre modelo de sus Hermanos por la práctica de toda clase de virtudes. Me inunda de gozo al decir que se entrega de lleno a la vida espiritual y a la oración.

Diga a nuestros Hnos. Marie-Félix y Sylvain que el Hno. Désiré ya me ha enviado dos cartas desde que llegó, y que voy a tener que enfadarme con ellos, pues por su parte aún no me han escrito ni una letra.

Me gustaría escribir algo a los demás Hermanos irlandeses, pero como ignoro sus nombres, esperaré a que me los comunique usted todos. Me interesa saber, no solamente los nombres, sino también la edad, el país, cuánto tiempo hace que ingresaron, qué hacían antes y qué hacen ahora, si son instruidos, si tienen capacidad, etc., etc. Hágame una relación de todo eso y envíela con el Hermano delegado; mándeme también un atlas bien detallado de los Estados Unidos.

Reciba un fuerte abrazo.

Hno. Policarpo.

Creo que para vacaciones el Hno. Félicien sabrá tocar el piano y el violín en grado suficiente como para enviarlo a la Baie.

Como no sé la dirección de los Hermanos de la Baie, adjunto las respuestas a sus cartas con las que les envío a ustedes. Por favor, hágaselas llegar.

Entregue al Hno. David un ejemplar de los Estatutos y de la carta que le mando

a usted. Lo incluyo aquí, junto al suyo; el de la Baie, está en su correspondiente paquete.

9

Otra carta al Hno. David, 26 de diciembre de 1856.– Del original conservado en «Hno. Policarpo - Correspondencia de América».

Con fina y simpática ironía, el Siervo de Dios inculca el espíritu de pobreza a sus Hermanos. Para formar a un joven religioso, no le parece bien que su madre le cuente todas sus penas y que desee tenerlo cerca de sí. Como falta la dirección en la carta, sólo por el texto se deduce quién es el destinatario.

Paradis, 26 de diciembre de 1856

Querido Hno. Director,

Acabo de recibir, por fin, su tardía carta. Mucho prometer que me escribiría desde New York pero nada de eso, lo cual me ha costado algunos ratos de crueles zozobras.

Días antes de recibir su carta, los Hermanos Asistentes leyeron en un periódico que, a dos jornadas de distancia de New York, habían chocado dos barcos; uno sufrió tales daños, que se hundió y sólo se salvaron de 12 a 15 personas, las cuales, después de errar sin rumbo durante varios días a bordo de balsas, fueron recogidas por un navío, medio muertas de fatiga y de hambre; esto aconteció en los primeros días de noviembre, época en la que debían estar ustedes a punto de llegar; imagínese mi inquietud; así estuve hasta que leí el periódico; y como decía que el barco había zarpado de New York, eso me alivió un poco, aunque no totalmente; su largo silencio seguía causándome algún temor. En fin, de todas formas le perdono, pero que no se repita.

Me alegra saber que ha encontrado a toda su gente bien de salud y animada de buen espíritu; con ellos, y con los refuerzos que ha llevado, va a poner su granja patas arriba y la va a convertir totalmente en huerta; así pues, dentro de poco serán ustedes ricos, mientras que nosotros, pobres desharrapados, iremos de vez en cuando a llamar a su puerta; y al hacernos partícipes de sus bienes temporales, amasarán tesoros celestiales, mucho más sólidos y duraderos. Pero ¿no será de temer que las riquezas les ofusquen y se apeguen a ellas, de manera que se les puedan aplicar las palabras: "¡qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos!"? Espero, no

obstante, que no sucederá así con ustedes, sino que sabrán utilizar santamente los dones de Dios encauzándolos todos para su mayor gloria.

No olvide nunca los preciosos frutos que ha debido cosechar en su santo retiro y procure hacer partícipes de ellos a sus Hermanos, pues ahora más que nunca debe usted ser para ellos el buen olor de Cristo. Que el espíritu de sacrificio, de celo apostólico, de paciencia, de caridad y de vida interior sean el alma de su alma, que su única aspiración sea Dios, que no esté hambriento y sediento más que de Dios.

Hablando en términos generales, nuestros asuntos marchan bien en Francia para todos nuestros establecimientos. Tenemos muchos internos. Eso podrá dejar algún beneficio para cubrirnos un poco las espaldas. Nuestros noviciados, este año, no están muy poblados.

Su pequeño Théodosius es muy gentil, pero la mamá no tiene por qué ir a contarle todas sus penas, ni a decirle lo mucho que desea tenerlo a su lado, pues cuando esto le falte, podría tomar la decisión de marcharse, por muy animoso que sea; ese chico es muy sensible y siempre está temiendo que su madre sufra. Que ella continúe, pues, escribiéndole piadosas cartas, como las dos que vi, y que le anime siempre a perseverar en su santa vocación. No me cabe la menor duda de que así lo hará, pues esa señora, a juzgar por sus cartas, parece una mujer cuya piedad y virtud son muy superiores a las de las personas de su mismo sexo.

Según parece, pretende hacer de nuestro Hno. Luc un rentista. ¿Piensa usted que él aceptaría? Yo no lo creo; le daría vergüenza, siendo un hombre en la flor de la edad y sin haberlo sudado.

Transmita a sus buenos Hermanos, de mi parte, los más amables saludos, y permítame que les abrace a todos en espíritu y que les desee, como aguinaldo, la plenitud de la gracia de Dios.

Siempre suyo

Hno. Policarpo.

10

Extracto de una carta al Hno. Alphonse, 21 de octubre de 1858.– Del original conservado en «Hno. Pol.- Correspondencia de América».

El Siervo de Dios habla en contra del espíritu partidista surgido entre los Hermanos franceses y americanos; reprende especialmente a los franceses, que debieran dar buen ejemplo.

Alabados sean los SS. CC
de Jesús y de María

Paradis, 21 de octubre de 1858

Mi querido Hermano Director,

... El espíritu partidista que ha surgido entre nuestros Hermanos franceses y americanos, en modo alguno me edifica. ¿No es realmente extraño ver eso en hombres que hacen profesión de ser discípulos de un Dios crucificado, de aquel que dijo que la señal por la que reconocerán que somos verdaderos discípulos suyos, es la caridad que debemos tener unos con otros?

¿Qué decir de esos buenos Hermanos que tras haberse unido por los lazos más sagrados se desgarran después a dentelladas, sino que ni unos ni otros poseen el espíritu de Jesucristo, siendo nada menos que religiosos? Eso podría perdonárseles a los americanos; pero en los franceses, tal conducta no tiene nombre; ellos que mamaron la leche de la virtud con la de su madre, que fueron educados en la escuela de Jesucristo en la que debieran haber aprendido las lecciones de la mansedumbre y la humildad, sin embargo siguen siendo tan orgullosos que pretenden hacer prevalecer su Francia sobre América, y eso hasta llegar al extremo de faltar a la caridad, como han hecho. De ese modo demuestran palpablemente que aún no tienen ni un ápice de virtud y que necesitarían regresar un par de años más a un buen noviciado ...

Enteramente suyo Hno. Policarpo.

11

Carta al Hno. Louis-Lambert, 24 de diciembre de 1858.– Del original conservado en «Hno. Pol. - Corr. de Hermanos - Dirección de conciencia».

Es la última carta del Siervo de Dios, escrita pocos días antes de contraer la enfermedad que lo llevará rápidamente a la tumba el 9 de enero. También esta es de dirección de conciencia del religioso. A los sentimientos de alegría por saberle triunfador en los combates espirituales, el Hno. Policarpo une sus cálidas recomendaciones de continuar el camino emprendido con tanto ánimo. Conocemos el destinatario por el contenido de la carta. Nacido el 15 de diciembre de 1832 en Chanac, Lozère, el Hno. Louis-Lambert ingresó en la Congregación el 1 de septiembre de 1851 y murió en Paradis el 28 de febrero de 1870, después de haber

sido profesor y director de varias casas. Era director en Pierrefort cuando el Siervo de Dios le escribió la presente carta.

Alabados sean los SS. CC.
de Jesús y de María. Paradis, 24 de diciembre de 1858

Mi querido Hermano Director,

Me produce una inmensa alegría verle librar las batallas del Señor, verle vencer al demonio y, sobre todo, verle alcanzar señaladas victorias sobre usted mismo.

Realmente ha comprendido usted que pretendería en vano ser un buen religioso si no comenzara por dominar sus pasiones. Ánimo, pues, no se detenga al comienzo, ni siquiera a mitad de la carrera; persiga a sus enemigos hasta su escondrijo para someterlos al dictado de la razón. Luego, una vez subyugadas las pasiones y corregidos los defectos, no estará todo hecho; entonces será el momento de acometer la gran empresa de la perfección religiosa, que no consistirá en otra cosa que en la imitación, lo más perfecta posible, de la adorable figura de nuestro Salvador, que nace esta noche y que es el modelo de las más sublimes virtudes. Contémplelo en la cuna, o incluso en su encarnación, para estudiar en el decurso de su vida mortal todo lo que puede convenir a un religioso y por tanto a usted mismo; y procure aplicarse cuanto Él vino a enseñarnos. Esta perfección no la alcanzará en un solo día; será obra de toda su vida, y dichoso usted si al acabarla puede dar testimonio de no haberse descuidado en nada.

¡Qué agradable será para mí contemplar a mi querido Hno. Louis-Lambert lanzado a una empresa tan bella y perfecta, despreciando todas las vanidades y locuras del mundo!

Tales son, hijo mío, los votos que formula quien le ama en N. S. J-C. con benevolente amor.

Sincera y enteramente suyo,

Hno. Policarpo

B) CIRCULARES

En la biografía del Siervo de Dios escrita por los Hnos. Eugène y Daniel, están incluidas, parcial o totalmente, varias circulares; por este motivo, aquí presentaremos solamente una.

Circular del 12 de enero de 1848.– Del original conservado en «Hno. Policarpo - Circulares».

Se conserva otro ejemplar de esta circular pero fechado el día 18 y enviado a los Hermanos de St.-Privat con una posdata autógrafa del Siervo de Dios (cfr. Doc. XXII, par. 1ª, cap. 10). En este documento, condensa los elementos esenciales de la vida religiosa en siete puntos, lo cual nos permite conocer mejor su pensamiento sobre el tema.

Vivan los SS. CC.
de Jesús y de María. Paradis, 12 de enero de 1848

Amadísimos Hermanos,

Me enviaron ustedes a comienzos de 1848 su más atenta felicitación con motivo del año nuevo y yo les contesté, antes incluso de recibirla, con las oraciones que elevaba al cielo por la prosperidad de nuestros establecimientos en general, y por cada uno de ustedes en particular. He pedido a Dios, principalmente, que les haga a todos buenos religiosos. También le he pedido que me conceda la gracia de ser yo mismo un ejemplo para ustedes y darles a conocer perfectamente, en las cartas de dirección espiritual, lo que tienen que hacer para convertirse en lo que deben y –estoy seguro de ello– desean ser.

Hoy quiero que capten bien lo que constituye la vida religiosa en general; y me importa tanto que tengan grabados en su espíritu los puntos fundamentales para el religioso que, de ahora en adelante, no será nadie admitido a la toma de hábito ni a la profesión temporal ni, con mayor razón, a la profesión perpetua, sin haber demostrado, en un examen de religión, que posee perfectamente esos conocimientos y que los comprende.

He aquí, pues, esos puntos importantes que constituyen la vida religiosa, sin cuya observancia es imposible ser religioso.

Siete elementos esenciales constituyen la vida religiosa.

El primero es la tendencia a la perfección religiosa; esta perfección consiste en no contentarse con lo absolutamente indispensable a cualquier cristiano para estar en gracia, sino en buscar el crecimiento incesante en santidad por la huida hasta de las faltas leves, por el deseo de hacerse cada día más agradable a Dios y por el esmero con que se cumple cada una de las acciones. Vean, queridos Hermanos, en qué nivel se encuentran respecto a la tendencia a la perfección así entendida. Esta

tendencia a la perfección es, sin duda, el fin y la esencia de la vida religiosa; si no se esfuerzan por tender a este tipo de perfección, no deben, en absoluto, darse el nombre de religiosos.

El segundo elemento constitutivo de la vida religiosa son los votos, principales medios para llegar a la perfección. Para ser religioso, no basta con tender a la perfección, hay que estar anclado en ese estado de tendencia a la perfección; y sólo por los votos puede uno anclarse en dicho estado. Los votos, pues, son también esencia de la vida religiosa. Sean fieles en guardar los santos compromisos que han contraído con el Señor: pobreza, castidad y obediencia.

El tercer elemento de la vida religiosa son las Reglas, complemento, desarrollo y salvaguarda de los votos. Para asegurar la observancia de los votos, hay que ser fieles a las Reglas del Instituto al que se pertenece, puesto que las Reglas son la salvaguarda de los votos. Por lo tanto, si quieren ustedes ser religiosos, observen las santas Reglas y cumplan todos sus puntos, ya que hasta el menos importante de los artículos forma parte de dichas Reglas; el quebrantarlo, sería quebrantar las Reglas, que son indispensables para la vida religiosa; en una palabra, para vivir en Dios, hay que vivir conforme indica la Regla. De acuerdo con las palabras de San Agustín, «quien vive según la Regla, vive según Dios».

El cuarto elemento constitutivo de la vida religiosa es la vida de comunidad. Sean fieles a la práctica en común de todos los ejercicios que sus ocupaciones no les impidan realizar juntos.

El quinto elemento constitutivo de la vida religiosa es el espíritu de sumisión a los superiores. Esta sumisión es la que concede preeminencia a las obras de los religiosos sobre las empresas de cualquier otra sociedad. Si falta el espíritu de sumisión, falta también el espíritu religioso, ya que este espíritu de sumisión es esencial a la vida religiosa. Bajo el título de Superior no deben contemplar a un solo hombre, sino a todos aquellos que tienen algún derecho a que ustedes les obedezcan.

El sexto elemento constitutivo de la vida religiosa es el espíritu de unión con todos los miembros del Instituto, especialmente con los que ustedes se encuentran reunidos en la misma casa. Sin esta unión, es imposible obrar el bien. Con esta unión, se puede realizar mayor bien con menor esfuerzo, puesto que la unión hace la fuerza. Una casa en la que reina esta unión esencial a la vida religiosa es trasunto del cielo, donde reina la más perfecta unión. Por el contrario, una casa en la que falte esta unión es imagen del infierno, donde reina una sempiterna desunión.

Finalmente, el séptimo elemento constitutivo de la vida religiosa son los ejerci-

cios de piedad, que facilitan la práctica de las virtudes. Su Regla les indica todos los ejercicios de piedad que deben realizar para cumplir con sus deberes de religiosos. Vean si son fieles en practicarlos o si, por el contrario, les sucede que los acortan de vez en cuando.

En resumen, mis queridos Hermanos, esfuércense al máximo por tender a la perfección religiosa. Cumplan sus votos, observen sus santas Reglas, practiquen la vida de comunidad, mantengan vivo en ustedes el espíritu de sumisión a los superiores y el espíritu de unión con todos los miembros de la Congregación, sean fieles, en fin, a todos sus ejercicios de piedad, y serán auténticos religiosos y convertirán en realidad el más ferviente anhelo de quien no desea con mayor intensidad otra cosa que verles avanzar por la senda de la virtud y queda siempre

a su entera disposición.

Hno. Policarpo.

C) CARTAS ADMINISTRATIVAS

De la numerosa correspondencia administrativa, publicamos solamente 14 textos que caracterizan algunos aspectos del gobierno del Siervo de Dios.

1

Carta al párroco de Massiac, sin fecha, pero escrita no mucho después del 18 de agosto de 1843.– De un borrador conservado en «Massiac - Cantal».

En la cabecera de la carta se lee: «Respuesta a la carta, del 18 de agosto de 1843, del señor párroco de Massiac»; por lo tanto, tuvo que ser escrita algo más tarde. El Siervo de Dios ruega al sacerdote que no dé muestras de preferencia hacia ningún religioso y que a nadie le haga creer que es indispensable. Después, con mucha educación pero con firmeza, hace valer sus propios derechos de Superior en la elección de los Hermanos que destina a escuelas concretas.

Señor Cura Párroco,

No sería prudente asegurar a nuestros Hermanos de Massiac su inamovilidad: una experiencia de largos años nos ha enseñado que cada vez que se obstinaron en querer retener a ciertos Hermanos en un establecimiento, se acabó por perjudicar notablemente a dicho establecimiento; por el bien de la escuela de Massiac, procure, señor párroco, no manifestar nunca preferencia por ningún Hermano sobre los demás; probablemente le pondría usted en peligro de perder su vocación y perjudicaría también a Massiac y al Instituto. Que jamás sepan los Hermanos que usted los cree necesarios en su establecimiento, porque si llegara a suceder que ellos contasen con su protección para quedarse en Massiac, nos veríamos obligados a sustituirlos inmediatamente por otros. En esto actuamos, con toda seguridad, por el interés mismo de la escuela de Massiac: los religiosos muy elogiados y que se creen indispensables en una casa, son precisamente los que arruinan las comunidades; dé crédito, señor párroco, a la poca experiencia que he adquirido en los [1] años que he tenido la dicha de vivir con los Hermanos. Cuanto le expongo, señor párroco, se lo digo sin ningún temor por los Hermanos de Massiac, pero por prudencia quisiera que se guardara de manifestarles demasiado afecto; la recompensa del Hermano deberá encontrarse en el cielo; los hombres, al elogiarlos, lo único que pueden lograr es hacerles perder "la mejor parte".

Hizo usted bien, señor párroco, en exponerme sus puntos de vista; podrán servirme; pero nunca prometo proporcionar tal o cual Hermano en particular; esa promesa no sería prudente. Todo lo que puedo decirle es que Massiac tendrá ciertamente los Hermanos que le convengan, y que la escuela, así lo espero, irá cada vez mejor, con la ayuda de Dios. Puede asegurar a sus feligreses que no se hará cambio alguno en el personal de la escuela de Massiac a menos que sea en pro de la ciudad.

Le suplico, señor párroco, que vea la manera de tener lo antes posible un local apropiado: eso es lo que nos prometió formalmente. En el caso de que esta situación provisional se prolongase, me arrepentiría de haber fundado con tanta presteza su establecimiento. Según la información recibida de los Hermanos que pasaron por ahí, de haber sabido cómo son las cosas, jamás hubiera enviado Hermanos a Massiac, a semejante local. Me sorprende que el Hno. Martin haya sido tan indulgente; espero que la diligencia de la ciudad de Massiac en procurarnos un local adecuado, nos evitará tener que hacerle ningún reproche.

Tengo el honor de estar ...

2

Carta al cura párroco de Blesle, sin fecha, pero escrita poco después del comienzo de julio de 1844.– De un borrador conservado en «Blesle, Haute-Loire».

Al comienzo de la carta se lee: «Al señor párroco de Blesle, en respuesta a su carta sin fecha, hacia principios de julio de 1844». El Hno. Policarpo hace ver la necesidad de que tanto los locales destinados a residencia de los religiosos como los destinados a escuela, sean adecuados y posean las comodidades indispensables para el buen funcionamiento de la escuela y para la vida regular de los Hermanos.

Al Sr. Cura de Blesle, en respuesta a su carta sin fecha, hacia primeros de julio de 1844.

Señor Cura Párroco,

Siento mucho que mis exigencias contraríen al señor alcalde de Blesle pero, con la mejor voluntad del mundo, no puedo ceder en un punto tan importante como el que tratamos. Lo que reclamo, señor párroco, lo reclamo tanto por la salud de los Hermanos que han de dirigir la escuela como por la de los niños que han de frecuentarla; y el antiguo local no puede sino ser nocivo para la salud de unos y otros. Uno de los Hermanos que vivió en ella durante los últimos años, contrajo una enfermedad que le ha durado más de dos años, y de la que no se ha repuesto aún completamente a pesar de haber tomado baños de aguas terapéuticas en varias ocasiones.

Cierto es, como dice el señor alcalde, que un maestro municipal se vería muy contento con la vieja casa, y nosotros nunca hemos puesto obstáculo alguno a que se la ofrezcan; pero conviene que el señor alcalde sepa que la situación de un maestro laico es muy distinta que la de un educador religioso: un maestro laico, si la encuentra incómoda, abandona cuando le parece la casa que le ha proporcionado el municipio; pasa la mayor parte del tiempo en la de su vecino o en la de sus amigos; si de madrugada no puede entrar en calor fuera de la cama, se queda en ella hasta que sea de día, y dispone de mil sencillos recursos para hacer cómoda una casa que resultaría en ocasiones peligrosa para un religioso.

Un religioso, por el contrario, tiene que observar la Regla, hacer sus ejercicios

[1] En el borrador falta el número de años y en su lugar hay un espacio en blanco.

de piedad, levantarse siempre a la hora señalada, y no puede modificar las ocupaciones de su jornada sean cuales fueren los rigores de la estación; no puede, finalmente, habitar en otros lugares que en los permitidos por su Regla, en la soledad que le ha sido asignada. Hace más de ocho años que nos están prometiendo una nueva casa en Blesle; hace cuatro años que nos escriben diciendo que están a punto de construirla, pero seguimos estando en ese mismo punto. Mucho me temo que a fines del año próximo no se haya avanzado más que este; sin embargo, señor cura, en prueba de mi buena voluntad, acepto su local provisional pero solamente por un año. Tenga la bondad de hacer de tal modo que la residencia de los Hermanos quede lo más cerca posible de las aulas. Debo recordarle también, señor párroco, que cuando los Hermanos abandonaron Blesle, carecían de todo, y que les resultará absolutamente imposible vivir tres en ella si no se les procura hacia finales del mes de agosto la ropa, los utensilios de cocina y los muebles clásicos indispensables.

Tengo el honor de estar ...

3

Carta al párroco de Allanche, sin fecha, pero escrita poco antes del 25 de septiembre de 1844.– De una copia transcrita del registro «Correspondencia referente a la fundación y administración de los establecimientos del Instituto», folios sin numerar.

La respuesta del párroco de Allanche a la presente carta, lleva la fecha del 25 de septiembre de 1844; por tanto, el Siervo de Dios debió escribir la suya un poco antes. Con la mente siempre puesta en la observancia de las Reglas y en una educación sana, el Siervo de Dios reclama la atención del párroco sobre algunos inconvenientes, rogándole encarecidamente que ponga remedio.

Al Sr. Cura Párroco de Allanche,

Señor Párroco,

Al pasar por Allanche, observé con mucha pena cantidad de cosas que hay que corregir: personas del otro sexo en la casa, inexistencia de patio, de jardín, de servicios higiénicos para los niños; cosas, sin embargo, de fundamental trascendencia para la educación moral de los chicos. No me quejé entonces a usted con la

amargura que debía de haberlo hecho, y la importante razón por la que no me quejé es que temía molestarle. Sé lo que supone de trabajo, de angustia, de preocupación y de sacrificio la fundación de un establecimiento. No obstante, señor párroco, cuando se emprende una obra hay que llevarla a buen fin. Le suplico, pues, que se las arregle para que los inquilinos desaparezcan de la casa; mientras ellos vivan en la residencia de los Hermanos, nuestras Reglas estarán siendo básicamente violadas, pues prohiben expresamente la entrada de personas de otro sexo en nuestras comunidades. Los servicios higiénicos resultan de apremiante necesidad. Los Hermanos de Allanche son los únicos que se ven privados del solaz de un jardín. También sería indispensable un patio de recreo para los internos, si encuentra usted la posibilidad de procurárselo. Confío, señor párroco, en que su celo por ese establecimiento de su propia fundación, le moverá a proporcionar prontamente a los Hermanos todo lo que reclamo por el bien de su obra.

Sírvase aceptar los sentimientos de respeto con los que quedo, etc.

(Firmado) Hno. Policarpo

4

Carta al párroco de Lacapelle-Marival, departamento de Lot, 30 de marzo de 1845.– De una copia conservada en el registro «Correspondencia referente a la fundación y administración de los establecimientos del Instituto», folios sin numerar.

En este registro las cartas están agrupadas por casas; a veces, hasta las recibidas por el Siervo de Dios. El párroco de Lacapelle-Marival, P. Lagarde, se dirige al obispo del Puy para conseguir del Siervo de Dios que sus religiosos abran una escuela en su parroquia. Por medio de esta carta, el Siervo de Dios manifiesta las dificultades encontradas para ir de inmediato al pueblo, debido a las inclemencias propias de la estación.

Paradis, 30 de marzo de 1845

Al Señor Cura Párroco de Lacapelle-Marival.

Señor Párroco,

En octubre pasado prometimos a su excelencia, el señor obispo del Puy, hacer

un viaje a su parroquia para conversar con usted y con las autoridades de la misma sobre la fundación de un establecimiento dirigido por Hermanos. Partí del Puy a comienzos de enero con intención de cumplir mi promesa, pero el mal tiempo me detuvo durante la visita de nuestros establecimientos de Cantal y la Lozère. Llegué a permanecer hasta un mes entero sin poder abandonar una de nuestras casas; las carreteras habían quedado totalmente impracticables a causa de la nieve. En cuanto los caminos se despejaron un poco, me dirigí presuroso a nuestra casa madre. A causa de la abundante nieve, todavía resultaba inviable el viaje a Lacapelle-Marival. El retraso que ha supuesto en nuestros asuntos una ausencia forzosa de dos meses, me impide emprender un nuevo viaje. Deseo, señor párroco, ponerme en contacto con usted para poder tratar, por vía epistolar, la fundación de ese establecimiento por el que se interesa nuestro excelente prelado. Habíamos previsto no fundar en adelante más que en las diócesis que ya ocupamos, pero haremos con mucho gusto una excepción en favor de la diócesis y las parroquias por las que se interesa tan vivamente nuestro señor obispo.

He aquí, señor párroco, las principales condiciones exigidas para la fundación de nuestros establecimientos:

1º Un local y un mobiliario adecuados; el local debe de tener espacio como para poder alojar, en caso necesario, 25 alumnos internos; en el local tiene que haber dos salas contiguas con amplitud suficiente para hacer al menos dos clases. El mobiliario se indica en un impreso aparte que le podremos enviar cuando sea oportuno: el valor de dicho mobiliario asciende aproximadamente a unos dos mil francos.

2º Nuestros Hermanos no van nunca menos de tres a cada parroquia; se le debe asegurar a cada uno la asignación anual de 500 francos. Los municipios, o los fundadores, pueden percibir las retribuciones mensuales de los niños para sufragar la asignación anual de los Hermanos.

3º A la llegada de los tres primeros Hermanos, se deberá abonar a la casa madre trescientos francos por cada uno, en concepto de gastos de desplazamiento, visitas, viajes, etc., etc.

Esas son, señor párroco, nuestras condiciones básicas; condiciones que a primera vista le parecerán, quizás, un tanto onerosas; sin embargo, sin ellas es absolutamente imposible fundar un establecimiento sólido. Más tarde, si viene al caso, podremos enviar a uno de nuestros Hermanos para visitar el local destinado a escuela.

Dígnese aceptar, señor párroco, mi ofrecimiento sincero de permanecer a su

entera disposición.

(Firmado) Hno. Policarpo

5

Carta al párroco de Neuvic, sin fecha, aproximadamente entre abril-mayo de 1851.– De un borrador del Hno. Adrien en «Neuvic, Corrèze».

Esta carta es importante para conocer el pensamiento del Siervo de Dios sobre la concesión de permisos a los religiosos para vivir con sus familias durante un tiempo; él se inclina hacia un término medio, tendiendo más bien a restringirlos.

Señor Párroco,

La petición que ha tenido a bien hacernos de parte de la familia Lafarge, presenta una motivación suficiente para que nuestra respuesta sea afirmativa. El Hno. Cyrille tiene pues, desde hoy, permiso para ir a descansar unos días junto a sus padres; no obstante, su salida debe aplazarse por unos días porque aún no ha ganado el Jubileo. Para fijar la fecha no consulto al interesado, pues estoy superconvencido de que nuestro querido Hno. Cyrille no querría marchar sin haberse aprovechado de la sublime gracia que deseamos asegurarle. La comunión general del Jubileo para la casa de Paradis, la hemos fijado para el próximo día once de mayo. El permiso que usted nos hace el honor de solicitar, tendrá efecto a partir de tal fecha.

Desde su ingreso en la vida religiosa, la salud de nuestro querido Hno. Fulgence no ha sido mejor que en el pasado. Ha probado dos o tres oficios diferentes pero se reconoce incapaz de ejercer ninguno de ellos en el Instituto. Su vista no le permite vigilar a los niños, y su salud es, generalmente, un obstáculo para cumplir los ejercicios de la vida religiosa. Tras haber hecho por propia iniciativa estas reflexiones, y después de haber consultado a personas imparciales en el asunto, el buen Hno. Fulgence nos pide regresar definitivamente a su familia, y nosotros no vemos motivo alguno para oponernos a esta decisión.

No era el temor de perder para siempre a nuestro querido Hno. Cyrille, lo que nos había hecho diferir el permiso que le concedemos. Es verdad que si se cuenta con un buen súbdito, se anhela conservarlo; también es cierto que los Hermanos no deben regresar apenas al seno de sus familias para renovarse en el espíritu propio de su estado. Sin embargo, no nos oponemos a ese tipo de condescendencias

siempre que exista una razón fundada para concederlas. En todo cuanto hacemos, nuestro móvil debe de ser el espíritu de nuestro estado. No podemos, sin ton ni son, permitir a nuestros Hermanos que viajen siempre que a ellos o a sus padres les apetezca.

En fin, señor párroco, si en algo nos hubiese podido afectar ese recelo, su carta nos deja más tranquilos. Y lo estamos más aún porque, a buen seguro, velará usted por nuestro querido Hno. Cyrille, orientándole y haciéndole ver lo que más le conviene para su perseverancia en la vocación.

6

Carta al obispo de Mende, 16 de enero de 1852.– De una copia conservada en el registro «Correo referente a la fundación de los establecimientos del Instituto», folios sin numerar.

El Siervo de Dios pone en conocimiento del obispo de Mende, Mons. Jean-Antoine-Marie Foulquier (1849-1873), su proyecto de abrir en Marvejols, dentro de su diócesis, «un noviciado preparatorio» para poder probar mejor las numerosas vocaciones del departamento de la Lozère y, al mismo tiempo, para evitar gastos de superfluos viajes a Paradis.

El 24 de enero del mismo año, el señor obispo respondió a la propuesta del Hno. Policarpo como sigue:

«No solamente consiento en que se establezca en Marvejols el noviciado preparatorio que usted me propone, sino que lo vería con gran satisfacción por los intereses de su propia Congregación, a la que amo y estimo, y también por interés de las vocaciones de la diócesis y por el bien de la diócesis misma. Únicamente veo ventajas sin ningún inconveniente, a no ser el de los gastos que eso les va a ocasionar. Por suerte, según me dice, tiene usted con qué hacerles frente. Hago votos por que se establezca y prospere ese noviciado para mayor gloria de Dios y para consuelo suyo; estoy convencido de que la ciudad de Marvejols, que aprecia a los Hermanos, verá con alegría que la Congregación se afiance cada vez más en su recinto. Dios quiera que las santas instituciones que se van estableciendo por doquier, no edifiquen sobre arena en estos días de tempestades políticas» (en *Marvejols - Noviciado*).

Este noviciado preparatorio funcionó hasta el año 1857.

Señor Obispo

Nos parece que un pequeño noviciado en Marvejols sería ventajosísimo para las casas que dirigen nuestros Hermanos en su acogedora diócesis.

Dichos establecimientos disponen de unos recursos muy limitados, y los gastos de los viajes que ocasionan tanto los traslados como el retiro anual, nos resultan bastante gravosos.

La diócesis de Mende nos suele proporcionar todos los años un número bastante elevado de novicios que, por regla general, perseveran. Si estas vocaciones fueran puestas un poco a prueba en Marvejols, seguramente que ni la Congregación ni los padres de familia tendrían que hacer gastos inútiles con candidatos que no sienten el atractivo o no poseen las aptitudes propias de la verdadera vocación.

Queremos por tanto, Monseñor, proponerle confiadamente la fundación de un noviciado preparatorio, si su excelencia así lo estima en su profunda sabiduría. Parte de los candidatos podrían quedarse en la diócesis, y enviaríamos al Puy a los que a causa de su acento, o por cualquier otro motivo, tuvieran necesidad de ir a otro lugar.

Hemos hecho sacrificios bastante grandes para comprar un local y para construir el establecimiento de Marvejols. Con algunos aditamentos, la casa resultaría suficiente para el noviciado y para las necesidades de la escuela. De momento podríamos, quizá, dedicar una parte de los 16.000 f[rancos] donados por la Señorita Muret, a la construcción de las aulas, y adaptar todo a la doble finalidad prevista.

Tales serían, Monseñor, nuestros puntos de vista; pero no podemos ni queremos emprender nunca nada –especialmente en la diócesis confiada a su solicitud pastoral– sin la aprobación, los consejos y el apoyo de su Excelencia que, estamos bien persuadidos de ello, desea de manera eficaz el afianzamiento y progreso de nuestra obra.

Si juzga de alguna utilidad concedernos este nuevo favor, Monseñor, me sentiré inundado de gratitud y de la más profunda veneración con la que respetuosamente quedo,

Monseñor,

De su Excelencia, su más sumiso y humilde servidor,

16 de enero de 1852.

7

Carta al sacerdote de Vici-Chatonnay, 20 de octubre de 1853.– De un borrador del Hno. Adrien, en «Chatonnay, Isère».

En esta carta, el Siervo de Dios expone con claridad su pensamiento sobre la música.

Paradis, 20 octubre de 1853

Reverendo Padre,

Lamento mucho que se hayan encargado dos instrumentos de música para nuestros Hermanos pensando que se les daría permiso para utilizarlos. Ese permiso no sería muy difícil de otorgar si no fuera tan importante mantener un gobierno uniforme para todos los establecimientos de la Congregación. Pero usted comprenderá con facilidad, padre, el problema que se crearía al negar tajantemente a otras casas lo que se toleraría en una.

Consiento, aunque con gran pesar, que nuestros Hermanos se ocupen de la música instrumental en los internados propiamente dichos, porque allí el personal es más numeroso y el reglamento muy especial. Permitir lo mismo en otros sitios sería abrir la puerta a motivos de desorden. Un buen Hermano educador no puede tener en su jornada ni una sola hora disponible para la música; ni siquiera le pertenecen sus ratos de recreo: los debe dedicar a la vigilancia de los internos o a los cuidados propios de la casa o a los demás Hermanos con quienes debe convivir en comunidad. Si esas obligaciones no absorben todo su tiempo, deberá pensar en adquirir conocimientos sólidos, prefiriendo siempre lo útil a lo agradable.

A veces se introdujo, sin yo saberlo, la música instrumental en nuestras casas, y siempre fue en detrimento del orden y de la regularidad.

Tengo la convicción de que haría usted un flaco favor a nuestros Hermanos de Chatonnay asignándoles un lugar entre sus músicos, y conozco de sobra lo mucho que usted se interesa por ellos, para estar convencido de que desea tan sólo hacerles mejorar facilitándoles los medios de ser fieles observantes de su Regla.

Por favor, padre, no tome a mal la penosa respuesta negativa que me siento obligado a darle. La estima y confianza que su persona siempre me ha inspirado,

tanto por lo que he visto como por lo que me han contado de usted, hacen que me sienta absolutamente seguro de su rectitud y prudencia en esta circunstancia.

Dígnese aceptar la expresión del profundo respeto con que permanezco de usted,

Padre,

Su más humilde servidor.

8

Extracto de una carta al párroco de St. Etienne-Vallée-Française, 30 de octubre de 1853.– De un borrador del Hno. Adrien, en «St. Etienne-Vallée-Française».

Preocupado por asegurar el futuro espiritual de los Hermanos que enviaba a abrir una nueva casa, el Siervo de Dios recomienda al párroco del lugar (St. Etienne-Vallée-Fraçaise) que vele por ellos y, a tal efecto, le invita a leer las Reglas.

Al Señor Cura Párroco de St. Etienne-Vallée-Française.

Señor Párroco,

En el momento que reciba esta carta, nuestros dos Hermanos habrán llegado, creo yo, a St. Etienne-Vallée-Française. Le escribo, señor párroco, para recomendárselos hoy de una manera muy especial. Estoy convencido de que los dejo en buenas manos, y que usted les servirá de mentor, de consejero y de apoyo. La fiel observancia de su Regla es la salvaguarda de la conducta de los Hermanos como educadores. Tenga a bien, por favor, señor párroco, ir conociendo esta Regla y velar para que la cumplan con exactitud. Todo el bien que he oído decir de su persona, la estima y la reputación de que goza en la diócesis de Mende, la influencia benéfica que ejerce en la parroquia de St-Etienne –donde ha visto nacer a casi todo el pueblo y donde ha dirigido todo hacia el bien durante largos años con tanto éxito– son para mí segura garantía de que pondrá todos los medios a su alcance para que el establecimiento adquirido al precio de tantos sacrificios, pueda cosechar todos los frutos que usted, en buena lógica, tiene derecho a esperar. Si llegara a darse el caso de que el comportamiento de los Hermanos exigiese hacer uso de la

autoridad que Dios me ha concedido sobre ellos, sírvase, señor párroco, ponerme al corriente de todos sus descarríos, y siempre me hallará dispuesto a no descuidar nada que pueda asegurar el éxito de su obra ...

Dígnese aceptar la expresión de mis sentimientos de estima y de respeto más profundos con los cuales quedo, señor párroco,

Su más humilde y obediente servidor.

Paradis, 30 de octubre de 1853.

9

Carta al obispo de Bayonne, sin fecha, pero no mucho más tarde del 1 de agosto de 1854.– De un borrador manuscrito del Hno. Adrien, conservado en «Anglet, Basses-Pyrénées».

Se conserva una copia de esta carta en un manuscrito del mismo archivo. Deducimos la fecha aproximada por la carta del obispo de Bayonne, Mons. François Lacroix (1838-1878), del 1 de agosto de 1854, que dio pie a esta respuesta del Siervo de Dios. El prelado le había rogado instantemente que abriera en su diócesis no solamente una escuela de los Hermanos del Sagrado Corazón, sino también un noviciado. El Siervo de Dios no acepta de inmediato la propuesta, y hace saber al obispo, por una parte, la falta de personal causada por el excesivo número de solicitudes recibidas, y por otra, lo lejos que se halla el centro de la Congregación de la diócesis de Bayonne (cerca de los Pirineos). Él prefería concentrar las casas para poder velar por ellas más de cerca y visitarlas con mayor asiduidad, lo que contribuía a conservar la disciplina y el espíritu de familia. Sin embargo, al año siguiente, el Siervo de Dios fundó una primera casa en Oloron, en esa misma diócesis de Bayonne, a la que siguió un prenoviciado.

Al Señor Obispo de Bayonne.

Monseñor,

Pido mil excusas a su Excelencia por no haberle respondido antes a la propuesta que me hizo el honor de presentar por medio del reverendo padre Nampon.

Durante el verano suelo verme obligado a ausentarme muy a menudo de la casa

madre con el fin de visitar nuestros establecimientos. Cuando llegó la carta de su Excelencia al Puy, yo no me encontraba aquí; acabo de llegar hoy de Lyon y tengo que partir dentro de unas horas hacia Marvejols, donde comienzan pasado mañana su retiro anual nuestros Hermanos de las diócesis de Mende, St-Flour y Rodez.

He comunicado a varios Hermanos los proyectos que el Señor Obispo de Bayonne tiene para nuestro Instituto. Todos están encantados de las muestras de confianza que nos da; a todos les gustaría muchísimo poder acceder a los nobles deseos de tan digno Prelado, que quiere proporcionar a nuestra Congregación un medio tan eficaz y tan poderoso para multiplicar y propagar su obra.

No obstante, si Monseñor tuviese la intención de poner en ejecución sus piadosos proyectos de inmediato, no podríamos responder por ahora a su llamada. Este año, las peticiones de apertura de nuevas casas nos han llegado tan numerosas y de tanto compromiso, que nos hemos visto obligados a hacer más promesas que las que nos hubiera gustado. Las escuelas que nos hemos comprometido a abrir para el comienzo del curso ocupan a todos los Hermanos disponibles; de haber previsto que su Excelencia quería abrirnos su diócesis y ofrecer a nuestros Hermanos educadores un campo tan vasto de cultivo y tan propio para excitar nuestro poco celo apostólico, este año habríamos emprendido menos obras.

Dos únicas razones, Monseñor, serían capaces de hacernos vacilar ante la oferta que su Excelencia ha tenido a bien presentarnos: la distancia que nos separa de Bayonne y nuestra falta de recursos.

Hasta ahora, en la medida de lo posible, hemos tratado de agrupar las escuelas dirigidas por nuestros Hermanos; de ahí que nuestros setenta y cinco establecimientos se hallen diseminados sobre radios cuya distancia a nuestros principales centros no sobrepasa las cinco o seis leguas. De este modo, los cambios de comunidad y los viajes resultan menos onerosos y es más fácil visitar o hacer visitar varias veces al año cada una de las casas, lo cual contribuye no poco a mantener la disciplina, a salvaguardar los intereses comunes y a conservar el espíritu de familia entre los miembros de la Sociedad. Nos parece que el departamento de Basses-Pyrénées presentaría dificultades bajo ese punto de vista.

Por otro lado, nuestra Congregación no podría hacer sacrificios de dinero; cuanto ha emprendido desde hace tres años, en materia de construcciones, ampliaciones o adaptaciones, ha agotado con creces sus recursos por algún tiempo.

En resumen, Monseñor, casi no disponemos más que de nuestra buena voluntad y un ardiente deseo de corresponder a las insignes muestras de confianza que nos ha dado. Solamente la divina providencia y los generosos sacrificios que su Excelencia se imponga para secundar sus proyectos, podrán superar todas las dificulta-

des.

Por nuestra parte, si se allanan los caminos, haremos cuanto dependa de nosotros para estar lo antes posible en disposición de responder a su benevolente llamada. Señor Obispo, estamos a sus órdenes y dispuestos a acudir a donde le plazca enviarnos.

Pero suceda lo que sucediere, le ruego se digne aceptar la expresión del más sincero agradecimiento, del más profundo respeto y del reconocimiento sin límites con los cuales quedo,

Monseñor,

De su Excelencia,
Su más humilde y obediente servidor.

10

Carta al párroco de Blesle, 24 de octubre de 1854.– De un borrador del Hno. Adrien, en «Blesle, Loire».

En esta carta constatamos la prudencia del Siervo de Dios en la aceptación de donaciones. Primero sopesa todas las ventajas e inconvenientes y después toma una decisión.

Paradis, 24 de octubre de 1854

Señor Párroco,

Recibí el acta de donación de la casa que la señora condesa de Boysseulh destina a la escuela que nuestros Hermanos dirigen en Blesle.

Perdone, señor párroco, la excesiva demora, motivada por mis ocupaciones, para responder a la carta que usted adjuntaba al documento arriba citado.

Nos insta usted a aceptar la donación mencionada; sin embargo, no vemos ventajas por ningún lado. Esa casa sólo puede suponer una carga para la Congregación. Lo único que se nos asegura es la simple propiedad del local, mientras que el usufructo del mismo corresponde a la municipalidad de Blesle, obligada a alojar a sus maestros.

La municipalidad no podrá proporcionar fondos para las reparaciones o el mantenimiento de una casa que no es propiedad suya. Podría, ciertamente, conceder una cantidad anual compensatoria a los maestros que proporcionan el inmueble;

pero supongamos, por ejemplo, que un año el concejo vote "ad hoc" cien francos; esta módica suma podrá verse reducida posteriormente a la mitad, a la tercera, a la cuarta parte ..., en cuyo caso nuestros Hermanos se quedarían sin recursos. Se verían obligados a pasarlo mal o a sacrificar sus ahorros. Estoy convencido, incluso, de que la asignación de la municipalidad en estos momentos resultaría insuficiente para las reparaciones y primeros gastos de acondicionamiento. Si corriésemos nosotros con los gastos, sería invertirlos en una propiedad que podrían expropiarnos por razones ajenas a nuestra voluntad. En una palabra, la parroquia de Blesle goza de garantías, mientras por nuestra parte no tenemos ninguna.

Nosotros tenemos la obligación de instruir a los niños de la parroquia; cabría la posibilidad de que el primer día rechazasen la enseñanza de nuestros Hermanos, quedando así aniquilada la susodicha donación.

Creo, señor párroco, que en el caso de que eventuales circunstancias nos obligaran a renunciar a la dirección de la escuela de su parroquia, sería necesario que pudiésemos ser compensados por todos los gastos que hubiésemos realizado para usufructuar la casa que se nos ofreció. Tendríamos que poder reivindicar las sumas desembolsadas y los intereses.

No se puede insertar esta cláusula en el acta de donación porque ya está cerrada.

¿No sería mejor que la señora condesa donara la casa a la fábrica de su iglesia, o bien a monseñor, quien dispondría de ella en favor del instituto que le pareciera más digno de su confianza?

Tal vez sería más fácil entendernos si pudiéramos tener una entrevista personal, pero ni me es posible ir a Blesle en este momento ni tengo la osadía de pedirle que haga usted el viaje al Puy.

Comprendo, señor párroco, cuánto aprecia usted a nuestros Hermanos, y si usted permaneciese para siempre en Blesle, tantas precauciones resultarían inútiles. Trate de hallar, en su sabiduría, una forma de salvaguardar todos los intereses y entonces firmaré con mucho gusto.

Con esta esperanza, le ruego se digne aceptar la expresión del profundo respeto y la viva gratitud con los cuales quedo.

11

Carta al párroco de Yseure, 25 de octubre de 1854.– De una copia antigua

contenida en el registro «Correspondencia 1854-1855».

El Siervo de Dios manifiesta con toda franqueza sus reparos al párroco de Yseure por el excesivo trabajo que habían tenido que soportar los religiosos, que se encontraban en la parroquia desde hacía pocas semanas; insiste una vez más en el tema de la música precisando mejor su pensamiento. Sobre la fundación de esta casa y las discusiones que siguieron sobre el asunto, todavía se conservan numerosas cartas del párroco y del rector de los jesuitas, padre Dubourg (en *Yseure, Allier*).

25 octubre de 1854

Al Señor Cura Párroco de Yseure.

Señor Párroco,

Recibo las nuevas instancias que me dirigen con el objeto de conseguir que nuestro querido Hno. Liguory sea destinado a Yseure.

Se hace resaltar, sobre todo, los sacrificios que el señor párroco se ha impuesto en favor de su obra; me insisten a tiempo y a destiempo; pretenden que me considere en la obligación de proporcionar una persona que, a mi parecer, no da la talla para la tarea que tendría que cumplir. Nuestro querido Hno. Liguory no puede ejercer de vigilante ni de profesor de caligrafía. En cuanto al canto, no aprobaré jamás que un Hermano haga, en cierto modo, profesión de ese arte. Consiento de buena gana que en nuestras casas se den lecciones particulares de canto a los niños; pero me gusta saber que mis Hermanos están en la iglesia únicamente ocupados en vigilar a sus alumnos y en rezar para animarles a rezar.

Permítame confesarle, señor párroco, que una especie de premonición me hacía experimentar cierta renuencia a prometerle Hermanos de nuestra Congregación para la dirección de su escuela. Temía que nuestros religiosos no pudieran cumplir sus excelentes proyectos. Ahora me doy cuenta de que tal aprensión no carecía, quizás, de fundamento. Veo, en efecto, muchas causas de dificultades para nuestros pobres Hermanos del establecimiento de Yseure, y deseo en gran manera que no se vean apartados del cumplimiento de sus deberes religiosos por ellas.

Si a comienzos del mes de septiembre, nuestro Hno Adrien hubiese comprendido perfectamente su misión en Moulins, habría actuado con un poco más de circunspección. Tenía orden de no hacer ningún tipo de promesas a menos que el señor párroco asegurase 500 francos a cada Hermano. Cuando yo me indigné ante su condescendencia, me objetó que los Hermanos tendrían una compensación con

los productos del corral, y que el internado o la vigilancia de los internos del señor párroco, a 20 francos cada uno, les bastarían para autoabastecerse.

Ahora me dicen que la pequeña suma proveniente de la vigilancia debe ser para pagar la asignación del cuarto Hermano: he ahí, para empezar, un incumplimiento, una decepción.

La clase de caligrafía en el seminario es una sujeción que hemos aceptado gustosamente por pura condescendencia y con el único deseo de favorecer la realización de los proyectos del señor párroco. Pero si existen razones para añadir a eso una clase de adultos, la situación de nuestros Hermanos en Yseure resulta totalmente agotadora y su buena voluntad traicionará a sus fuerzas.

¿No sería preferible, señor párroco, que aplazara por su parte la apertura de esa clase para adultos, y que por la nuestra hiciésemos regresar al último religioso que se le envió puesto que parece no convenir?

Nos gustaría darle plena satisfacción, pero ¿qué hacer si no disponemos de los medios para ello? El Hno. Maximien está muy apenado porque su gran deseo es contentarle y ve que no lo consigue.

Se lo suplico, señor párroco: no nos dé motivos para arrepentirnos de haber abierto una escuela en Yseure, y no haga que nazca en nosotros el deseo de recapacitar sobre una decisión tomada quizás demasiado a la ligera. Seguimos estando firmemente resueltos a hacer lo que de nosotros dependa; lo único que necesitamos es ir conociendo poco a poco sus necesidades y poner, con el tiempo, los medios para remediarlas.

Sírvase aceptar la expresión de la pena que me embarga al no poder complacerle como sería mi gusto, y la de los profundos sentimientos de respeto con los cuales quedo.

Sr. Párroco,

Su más ...

12

Carta al Vicario General de Moulins, 16 de noviembre de 1854.– De una copia contenida en el registro «Correspondencia de 1854-1855».

Partiendo de lo que ha expuesto el Siervo de Dios en la carta precedente, el Vicario General de la diócesis quiere tranquilizarle (14 de nov., *Yseure, Allier*); dos días después, le responde el Siervo de Dios insistiendo con más fuerza en la obligación que tienen los religiosos de cumplir bien todos los deberes propios de su estado, especialmente los espirituales, que se veían seriamente comprometidos a

causa de la multiplicidad de su ocupaciones.

Paradis, 16 de noviembre de 1854

Al Señor Vicario General de Moulins.

Señor Vicario General,

Respondo a la amable carta que me hizo el honor de dirigirme a propósito de nuestra nueva casa de Yseure. Es un gran consuelo para mí conocer, a través de las palabras mismas del Sr. Vicario General, los primeros resultados de esta escuela, la única dirigida por nuestros Hermanos en la diócesis de Moulins. ¡Ojalá que estos felices comienzos sean un verdadero presagio de los frutos que puede producir en el futuro!

Nuestros Hermanos están, creo yo, llenos de buena voluntad; desean contribuir con todas sus fuerzas a la buena obra de educar a los niños; los patrocinadores no quieren fallarles; esperemos que sus esfuerzos alcancen los objetivos de su vocación.

Lo que usted tiene a bien decirme, Señor Vicario General, sobre el señor cura párroco de Yseure, no cambia en nada mi opinión sobre este respetable sacerdote. Sé que está lleno de celo pastoral, que busca de manera muy eficaz el bien general y, sobre todo, el bien de su grey. Me han hablado de las buenas obras que ha fundado, de las cuales es su más firme apoyo. Se ha impuesto los mayores y más generosos sacrificios para establecer su escuela de Hermanos. Todo eso, además de otras cosas que ignoro, dan un alto testimonio en su favor, y la seguridad que usted me proporciona de su perseverante ayuda a nuestro establecimiento, acaba de tranquilizarme del todo.

Consiento de muy buena gana a su petición de que deje en su puesto al Hermano que había decidido retirar. Permítame hacerle la observación, Sr. Vicario General, de que al tomar aquella medida tan sólo deseaba aliviar las molestias del señor párroco. Según los rumores que ya me habían llegado, esa persona no convenía, y se había tomado la decisión de deshacerse de ella. Me decían que los recursos para reunir el salario de este cuarto Hermano eran insuficientes. De paso, también puedo asegurar que por los módicos honorarios de 400 fr. cada uno, nuestros Hermanos tienen la obligación de vigilar en horas especiales a ciertos alumnos que no frecuentan sus clases, de acudir a casa de los reverendos padres jesuitas para dar lecciones

de caligrafía, y de mantener una escuela de adultos. No les queda tiempo para cumplir con sus deberes religiosos; están moviéndose continuamente de un lugar a otro, o bien, en medio de sus alumnos. ¿Cómo perfeccionarse un poco para la enseñanza? ¿Cómo realizar a las horas prescritas los ejercicios de comunidad? Sin embargo, en un Hermano hay dos hombres: el maestro y el religioso; tanto uno como otro requieren un tiempo para tratar de progresar. ¿En qué se convertirán la vida religiosa y la vida social sin alimento?

Temo también que la salud de mis Hermanos se deteriore. La multiplicidad de ocupaciones podría, incluso, perjudicar el progreso de los niños que les han sido especialmente confiados, pues el establecimiento se abrió para los alumnos de la escuela primaria. En fin, ¿no se cumplirá en nuestros Hermanos el refrán: "Quien mucho abarca poco aprieta"?

No obstante, tras estas observaciones, Sr. Vicario General, confiaré todo al buen hacer del señor párroco, quien seguramente se encargará de tomar los medios necesarios para conciliar a la vez los intereses de los niños de su escuela, los de sus maestros y los de nuestro Instituto.

Le ruego que acepte mi agradecimiento más sincero por las muestras de interés que, en su extrema bondad, ha querido manifestar en favor de nuestra obra. Dígnese también recibir la expresión de mis más profundos sentimientos de respeto, con los cuales quedo,

Señor Vicario General

Su más humilde...

13

Carta al conde de Ussel, sin fecha, pero escrita en 1854.– De un borrador del Hno. Adrien conservado en «Neuvic, Corrèze».

Tan pronto como intuye que el Hno. Lucius, en la casa de Neuvic, está en peligro de perderse, el Siervo de Dios lo llama para «renovarse». Con el fin de vencer la oposición del conde de Ussel –fundador de la casa– a que el Hermano salga de allí, usa un tono cortés y delicado, digno de un superior general.

Esta carta es con seguridad de 1854 porque en enero de 1855 el Hno. Lucius fue enviado a América donde, a pesar de todo, abandonó la Congregación el 14 de

enero de 1859.

Señor Conde,

Según todas las apariencias, el Hno. Lucius (Ramond) necesitaría renovarse en el espíritu de su vocación. Parece ser –y el Señor Conde debe, sin duda, haber percibido ciertos indicios a este respecto– que el pobre Hermano ha iniciado una relación peligrosa: sería conveniente apartarlo, pienso yo, de las ocasiones que pudieran perderlo.

Le suplico, Señor Conde, por el interés que usted manifiesta hacia nuestro Instituto, y por el aprecio con que honra al mismo Hno. Lucius, que no se oponga a que yo le llame durante un tiempo a la casa del noviciado. La rectitud y alteza de miras del Señor Conde me hacen esperar que aceptará gentilmente acceder a mi petición y concederme lo que le pido como un favor. Si se dignara, incluso, tener la extrema amabilidad de entregar al destinatario la obediencia que aquí le adjunto, de este modo, pienso yo, conseguiríamos que no oponga resistencia a obedecer.

Quedo con un profundo respeto,
Señor Conde,
Su más humilde y agradecido servidor.

14

Fragmento hológrafo del Siervo de Dios, sin fecha ni destinatario.– Del original conservado en «Hno. Pol. - Compromisos decenales».

Es un fragmento escrito por el Siervo de Dios en el reverso del borrador de una carta, autógrafa del Hno. Adrien y probablemente dirigida al destinatario de la misma. No tiene ninguna clase de indicación, y tampoco es posible deducirla del borrador. Es un texto interesante, en el que traza el programa de un religioso, que jamás debe acobardarse, cualquiera que sea el desarrollo de los acontecimientos políticos. Al mismo tiempo manifiesta, una vez más, la serenidad de ánimo que acompañaba continuamente al Siervo de Dios.

Me pregunta qué debe usted hacer en tiempo de república. La respuesta a esta cuestión es muy sencilla. En tiempo de república, como en cualquier otra época, hay que amar mucho a Dios, cumplir fielmente los votos, practicar bien las Reglas y trabajar con todas sus fuerzas en la instrucción religiosa y moral de los niños para hacer de ellos buenos ciudadanos de la república, hijos sumisos de la Iglesia y santos para el cielo. Si llegaren tiempos tan aciagos que los religiosos fuesen proscritos, deberá recordar que aunque puedan despojarle del hábito que lleva, nunca podrán, si usted no lo consiente, arrancar de su corazón el amor a Dios y a sus deberes.

DOC. XIV

CARTA DE LOS HERMANOS ADRIEN Y JEAN-MARIE, en su condición de asistentes generales de la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón, enviada a todos los religiosos el día 3 de enero de 1859.– *Del original conservado en el Archivo de los HH. del S. C., Roma, en el legajo «Setenta y nueve circulares, desde el 30 de enero de 1859 hasta el 23 de junio de 1887».*

Como veremos con más detalle en la *Vida* (Documento XXII), el Siervo de Dios tuvo siempre una salud muy frágil; a menudo despertaba la preocupación de los Hermanos su falta de salud, por lo cual, en los últimos años, tuvo que espaciar las visitas a las casas. Neumonías, fiebres tifoideas y otras complicaciones fueron debilitando sus fuerzas hasta que, a últimos de diciembre de 1858, se acostó para no levantarse. Viendo que la enfermedad tomaba un cariz serio, los Asistentes generales de la Congregación Hnos. Adrien y Jean-Marie, juzgaron oportuno comunicar la noticia a todos los Hermanos mediante la presente carta circular del 3 de enero de 1859 para invitarles a que elevaran sus plegarias al Señor por la salud del amado enfermo.

He aquí los datos biográficos del otro colaborador del Siervo de Dios, Hno. Jean-Marie. Su nombre de pila era Ennemond Brunet; nació en Chatonnay, diócesis de Grenoble, el 28 de septiembre de 1820. Trabajaba en una sedería de Lyon cuando ingresó en el Instituto de Hnos. del Sgdo. Corazón el 27 de febrero de 1837; en la toma de hábito del 30 de septiembre de 1839, recibe el nombre de Hno. Jean-Marie y el 17 de septiembre de 1840 emite sus primeros votos.

Desarrolla su apostolado en el *«Piadoso Socorro»* de Lyon y a partir de septiembre de 1841 en Saint-Symphorien-de-Lay (Loire) como profesor.

Vistas sus buenas cualidades, en 1842 fue llamado a Paradis como maestro de

novicios. A causa de su juventud «y para facilitarle el éxito en la delicada tarea que se le había confiado, el Hno. Policarpo se impuso la obligación y el placer de estar con frecuencia con los novicios durante algún tiempo. Les daba la mayor parte de las charlas espirituales y animaba a maestros y alumnos en las entrevistas personales que tenía con ellos» (cfr. datos biográficos en *Anuario, nº 2,* 1907-1908, p. 333). En las vacaciones de 1846 es trasladado a la casa de Marvejols como director, donde no sólo mejoró las condiciones del centro, un tanto deterioradas, sino que lo situó entre los primeros de la Congregación, hasta el punto de abrir allí un segundo noviciado (1852). A pesar de ser segundo Asistente General (septiembre 1851), permanece en Marvejols hasta 1855, año en el que el Siervo de Dios le llama a Paradis para confiarle la dirección del noviciado. Hasta 1892 continuó siendo Asistente General. Al dejar dicho cargo, se convirtió en primer Asistente Honorario y se preparó con serenidad a la muerte, que le sobrevino el 7 de junio de 1893.

El Hno. Jean-Marie había ayudado a tres superiores generales sabia y competentemente, mostrándose muy útil en todas las tareas propias de su cargo. Especialmente recordadas son sus visitas a las casas, a las cuales llevaba el valioso aporte de su propia experiencia para corregir abusos, revigorizar la escuela y la disciplina y estabilizar la economía. Dotado de pulso firme y más bien inclinado a la severidad y a la observancia exacta de la Regla, no carecía, sin embargo, de cierta afabilidad y moderada expansividad.

Disponemos de amplia información sobre él, principalmente, en los diversos archivos de la Congregación, en las cartas de los superiores generales, en el citado trabajo monográfico del *Anuario* de 1907-1908 y, además, en el abundante epistolario del Siervo de Dios, que hace mención de él en repetidas ocasiones. Sin duda alguna, también él participó como fuente oral en la preparación de la biografía del Siervo de Dios escrita por los Hnos. Eugène y Daniel.

3 de enero de 1859

¡Alabados sean los SS. CC. de Jesús y de María!

Amadísimos Hermanos,

Las cartas que diariamente llegan a Paradis manifiestan su filial y legítimo cariño hacia nuestro venerado Superior General. Todos ustedes sienten vivamente lo preciosa que es su vida para el Instituto y hacen ardientes votos por que Dios le conceda fuerzas, salud y felicidad.

Más que simples deseos, son fervientes plegarias lo que vamos a pedirles hoy, queridísimos Hermanos, en favor de nuestro amadísimo Hermano Superior.

Desde hace ocho días, padece mucho. Al principio creíamos que sólo se trataba de una de esas indisposiciones que normalmente desaparecían tras una copiosa transpiración; sin embargo, el malestar de nuestro enfermo se ha visto complicado por un gran decaimiento y molestias gástricas. Su estado no es precisamente como para alarmarse; esperamos, por el contrario, que cierta mejoría, ya constatada, se vaya haciendo cada vez más notoria: esa es la convicción del médico y la nuestra.

No cesemos, sin embargo, de rezar con fervor por el pronto restablecimiento de una salud tan útil, tan necesaria incluso, para toda la Congregación. Si no reciben dentro de poco más informaciones, será señal de que progresa conforme a sus unánimes deseos el anhelado restablecimiento.

Confiadamente esperamos que el Señor no nos negará este favor, si todos unidos en la misma intención acudimos a nuestro refugio ordinario, es decir, al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María para hacerles una santa violencia.

Dígnense recibir la seguridad de nuestro profundo sentimiento de consideración y afecto,

Hno. Adrien.
Hno. Jean-Marie.

Paradis, 3 de enero de 1859

DOC. XV

TESTIMONIOS DE LA MUERTE DEL SIERVO DE DIOS, ocurrida el 9 de enero de 1859.– *Extraídos de los documentos más abajo reseñados.*

Al no haber encontrado el acta de defunción del Siervo de Dios en los registros parroquiales, ofrecemos el correspondiente documento civil y el comunicado de su fallecimiento difundido el mismo día por los Hermanos de Paradis.

Mientras el primer documento dice que murió a la edad de cincuenta y siete años, el segundo afirma que falleció «en el 58º año de su edad». La diferencia es más aparente que real, puesto que el Hno. Policarpo, nacido el 21 de agosto de 1801, se encontraba en el quincuagesimoctavo año de su vida.

1

Acta de defunción existente en el registro del municipio de Espaly-St-Marcel,

cerca del Puy-en-Velay (Haute-Loire)

Departamento de Haute-Loire
Distrito del Puy
Municipio de Espaly-St-Marcel.

———

Defunción de Gondre, Jean-Hippolyte.

Extracto
del Registro Civil del Municipio de Espaly-St-Marcel.

Defunción

El nueve de enero de mil ochocientos cincuenta y nueve falleció: Gondre Jean-Hippolyte, de cincuenta y siete años de edad, Hermano, hijo de Jean-Joseph Gondre y de Victoire Gonsalin, nacido en La Motte (Hautes Alpes), fallecido en Paradis.

Extendido el nueve de enero de mil ochocientos cincuenta y nueve a las cinco horas de la mañana ante la declaración de Malosse Jacques, guarda rural de cincuenta y cuatro años de edad, residente en Espaly, y de Alphonse Pélissier, jurisconsulto de veintitrés años de edad con domicilio en el Puy, quienes después de leerlo firmaron con Nos.

Chabier Georges
Alcalde del municipio de Espaly-St-Marcel

2

Comunicado de defunción difundido por los Hermanos del Sgdo. Corazón de Paradis.– Archivo general de los HH. del S. C., Roma.

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana de los SS. CC. tienen la pena de comunicarles la dolorosa pérdida que acaban de sufrir en la persona del Rdmo. Hno. Policarpo, su Superior General, fallecido en Paradis esta mañana a las cinco, en el año 58º de su edad.

Rueguen por él.

Paradis, cerca del Puy, a 9 de enero de 1859.

DOC. XVI

EXTRACTOS DE LAS CARTAS de los Hnos. Adrien y Jean-Marie, enviadas a los Hermanos después de la muerte del Siervo de Dios, días 13 y 17 de enero de 1859.– *De los originales conservados en el legajo «Hno. Adrien - Capítulo de 1859 - América», archivo general de los HH. del Sgdo. Corazón, Roma.*

En el breve espacio de nueve días, del 9 al 17 de enero de 1859, los asistentes generales, Hnos. Adrien y Jean-Marie, enviaron varias circulares: dos a todos los religiosos en general (9 y 17 de enero) y tres a los directores de las casas de América (13, 17 de enero, y sin fecha). En tanto que la primera, más breve, trata sólo de la muerte del Hno. Policarpo, acaecida en las primeras horas de la mañana del 9 de dicho mes, las otras hacen referencia al futuro capítulo general para la elección de sucesor. Las más importantes son las del 9 y 17 de enero, dirigidas a todos los religiosos, pero como vienen insertas en la biografía escrita por los Hnos. Eugène y Daniel (Doc. XXII, parte 1ª, cap. 15), nos tomamos la licencia de no publicarlas aquí. De las otras, en cambio, ofrecemos algunas de sus partes más significativas.

En ellas se pone de relieve, además del extremo dolor de los hijos por la pérdida de su padre, lo mucho que estimaban su santa vida, caracterizada por las virtudes de caridad, humildad, abnegación y sencillez.

1

Circular del Hno. Adrien a los Hermanos residentes en los Estados Unidos de América, 13 de enero de 1859.

Rdo. Hno. Director,

Seguramente estará usted muy lejos de sospechar la irreparable pérdida que acaba de sufrir nuestro querido Instituto. El día de San Juan Evangelista, el virtuoso Superior al que todos lloramos, recibió la sagrada comunión durante la santa misa; se encontraba un poco fatigado, pero no nos dijo nada. A mediodía se acostó quejándose de su habitual dolor de costado; la enfermedad no parecía de cuidado, y el doctor que le visitaba todos los días, nos aseguraba que no había ningún peligro. La fiebre había remitido y nosotros nos tranquilizamos al ver al enfermo tomar un poco de alimento, pero él, en lugar de mostrarse optimista, nos repetía que su fin

estaba próximo y que el trabajo de su cargo había concluido.

Si recibió la sagrada comunión el jueves fue por obediencia a su confesor; su deseo hubiera sido esperar hasta el viernes a causa del presentimiento que tenía, mientras que el señor capellán sólo pretendía que recibiera el santo sacramento por pura devoción. El santo varón tuvo un poco de fiebre el viernes sin experimentar ningún dolor; esta fiebre había desaparecido el sábado por la tarde, y tanto el médico como el capellán sostenían que se había producido una mejoría, mientras que el enfermo creía y afirmaba lo contrario. Al día siguiente me llamaron a las cuatro de la mañana, y vi que nuestro querido enfermo, aunque no experimentaba convulsiones, se acercaba a sus últimos momentos. Llamamos al capellán y le administró el sacramento de la extremaunción, que recibió con plena lucidez; unos instantes después, sin esfuerzo alguno, nuestro virtuoso Hno. Superior entregaba su hermosa alma a Dios en medio de las lágrimas y amargos lamentos de los principales Hermanos de la casa.

Como todos los demás miembros del Instituto, nuestros queridos Hermanos de América percibirán la magnitud de la pérdida que acabamos de sufrir; sin embargo, como decía el santo Superior, tan edificante durante su enfermedad como lo había sido durante toda su vida: «¡la voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios!». Si en alguna ocasión se necesita la unión de oraciones es, sobre todo, en estos momentos; si alguna vez conviene estrechar los suaves vínculos de caridad que nos unen, es sin duda en esta época, en la que nuestra querida Congregación está expuesta a sufrir terribles sacudidas, a no ser que el Señor la mire favorablemente y la haga salir sin traumas de trance tan amargo.

Nos ha quedado un vacío que será muy difícil de llenar; sin embargo no podemos descuidarnos, y tenemos que hacer todo lo posible por encontrar cuanto antes un sucesor a aquel que nos ha legado, como la más valiosa de todas las herencias, el recuerdo de su admirable sencillez, de su ardiente caridad, de su profunda humildad, de su completa abnegación, de su rara modestia, en una palabra, de todas sus virtudes practicadas en grado heroico. Siendo esta elección de suma importancia, es preciso que todos nos comprometamos en una campaña de unión de oraciones, haciendo santa violencia al cielo para que nos dirija e ilumine...

El noviciado, más numeroso que nunca (70), está bien organizado, y el número de profesos perpetuos se eleva ya a 120; los directores de cada una de las casas cumplen bien, casi todos, con sus obligaciones; se observa, ciertamente, notable progreso en todo. Pero queda mucho por hacer para continuar la obra y mantenerla en tan buen camino. Si el espíritu del nuevo protector que tenemos en el cielo no

pasa a su sucesor, será muy de temer que seamos zarandeados como lo fuimos durante tanto tiempo. El buen ejemplo, la paciencia, la oración y las austeridades eran los principales medios empleados por el venerado difunto. Debemos revelar que en el momento de exhalar su último suspiro llevaba todavía instrumentos de penitencia sobre su cuerpo ¡Oh, santo religioso!, ¡sed para nosotros, cerca de Dios, un apoyo aún más útil de lo que fuisteis cuando estabais sobre la tierra, y que vuestros edificantes ejemplos y vuestras virtudes todas, nos inspiren, nos animen, nos sostengan y nos hagan dignos de ser contados siempre entre vuestros hijos!...

Presente, por favor, mis humildes respetos a cada uno de nuestros Hermanos y quede usted seguro, mi querido Hno. Director, del afecto y entrañable cariño de

Su humildísimo y abnegado servidor
Hno. Adrien.

Paradis, 13 de enero de 1859.

2

Otra circular del Hno. Adrien a los Hermanos residentes en América, 17 de enero de 1859.

La misión que debo cumplir en este día ante usted, amadísimo Hno. Director, es con seguridad la más triste y penosa que me hayan podido encomendar. Ya les veo a todos sumidos en el dolor y las lágrimas, y no obstante es un deber para mí hacerles partícipes de nuestra desgracia común. Se ve que nuestro buen Superior era un fruto maduro para el cielo, pues a pesar de la gran necesidad que todavía teníamos de su paternal dirección, Dios, en su infinita misericordia, ha considerado oportuno arrebatárnoslo. Hurtado al cariño unánime de sus hijos, este santo religioso no nos ha dejado sin herencia; nos ha legado los numerosos ejemplos de las virtudes que a lo largo de su vida formaron una larga cadena. Al leer la biografía de la mayor parte de los santos, apenas se ve otra cosa que lo observado en la conducta de quien es objeto de nuestros justos lamentos. ¿No estaba, acaso, totalmente inflamado en amor de Dios, lleno de humildad, de abnegación, de modestia, de sencillez, de celo apostólico, de caridad, etc.?; pues esas son precisamente las virtudes que han forjado a los mayores santos.

¡Oh, cuánta razón tenemos para llorar a un hombre de tal precio y que supo con su prudencia y admirable conducta dar un impulso tan eficaz a nuestro querido

Instituto!; pero no basta con lamentarse, hay que pensar también en poner a alguien al frente de nosotros, pues una sociedad no podría subsistir sin un jefe. Como la elección de un superior es un asunto de suprema importancia, debemos, sobre todo, rogar y hacer rogar a fin de que Dios nos ilumine y nos dé a conocer quién es el Hermano más idóneo para continuar la obra de nuestro santo Superior.

En el momento que reciba la presente, Rdo. Hno. Director, todos los Hermanos de Francia habrán depositado ya sus votos para la elección de 24 miembros de la Asamblea; ustedes deberán elegir al vigesimoquinto y delegárnoslo por América. Comunique inmediatamente nuestra desgracia a los Hermanos de la granja. Preparen sus boletines de voto. Envíen –usted y todos los profesos perpetuos de Dubuque– esos boletines al Rdo. Hno. Alphonse a fin de que haga el escrutinio y que la persona que resulte elegida como representante pueda hacerse a la mar cuanto antes para que nos llegue el 25 de marzo o unos días antes. Nos habría gustado que América tuviese dos miembros para representarla en la Asamblea, pero hemos pensado que no les sería posible ausentarse dos al mismo tiempo y que supondría demasiados gastos. Incluso si se diera el caso de que el elegido no pudiese venir, de todos modos tendría que enviarnos su voto sellado, es decir, votar a quien en conciencia crea más idóneo y enviar este voto para que sea depositado en la urna el día de la elección de superior general.

La pérdida ha sido muy sensible para nosotros, pero estoy convencido de que lo es mucho más aún para los Hermanos que se encuentran aislados en el Nuevo Mundo y que hace mucho tiempo que no han visto a su amado Superior. Comprendo que debiéramos estar inconsolables pero, como religiosos, tenemos que ser capaces de hacer los mayores sacrificios y bendecir siempre la mano del Padre Celestial que nos aflige por el lado más doloroso. Por lo demás, nuestro santo intercesor nos tiende los brazos desde lo alto del cielo, nos invita a caminar tras sus huellas y nos da cita en un mundo mejor, donde él goza ya de la felicidad perfecta.

Diga a la madre de nuestro Hno. Théodosius que su hijo se encuentra muy bien, que está más fuerte que un roble, tiene aspecto rubicundo y que da gusto verle. La verdad es que no se encuentra muy triste. Sin embargo, se comporta como un niño: un día amanece alegre y no desea irse a América; en cambio al día siguiente muestra deseos de ir a ver a su buena madre y regresar de nuevo a Francia. No sé qué más contarles.

Recemos los unos por los otros; recemos por los vivos y sobre todo por los difuntos; estrechemos los dulces lazos de la caridad fraterna. Sólo la unión y la concordia podrán hacernos superar la prueba que soportamos.

Mis cariñosos saludos para todos y cada uno de nuestros queridos Hermanos, especialmente para usted, Rdo. Hno Director. Reciba el sincero testimonio de mi estima y afecto.

Su afectísimo y muy humilde servidor
Hno.Adrien.

Paradis, 17 de enero de 1859

Nota: Le envío un modelo del boletín de voto; pueden hacer la votación con copias semejantes.

3

Circular del Hno. Jean-Marie a los directores de las casas existentes en los Estados Unidos.

Rdo. Hno. Director,

Le dirijo esta circular, no para anunciarle la inmensa pérdida que acabamos de sufrir, porque esta triste noticia ya le llegó a través de nuestro Rdo. Hno. Provincial. Mi objetivo tampoco es suscitar sus lamentos ni sus lágrimas, pues estas corren con abundancia, y su corazón, lo mismo que el de cada uno de sus Hermanos, está ya lo bastante afligido como para que yo venga a renovar su dolor. Menos aún voy a tratar de asuntos ajenos a la gran desgracia que nos ha herido en lo que más amábamos; mi corazón está demasiado lleno de legítimo dolor, demasiado conmovido, demasiado emocionado, demasiado afligido como para poder hablarles de otra cosa. El contenido de la circular les pondrá al corriente de cuanto se refiere al gran tema que a todos nos interesa al máximo: la próxima elección.

Por tanto sólo me queda pedirle que modere su dolor, o más bien, que llore mucho; pero que se resigne como buen religioso y que nunca pierda de vista las admirables virtudes de las que nuestro amado Superior nos ha dejado tan conmovedores ejemplos.

En medio de la consternación en que me ha dejado la muerte de nuestro tierno padre, de nuestro abnegado amigo, me queda un dulce consuelo: haberle podido prodigar los cuidados que su estado exigía, haber podido escuchar sus últimas palabras, recoger su último suspiro, gozar de la última mirada que dirigía a sus hijos

queridos. ¡Oh, qué consolador es para mí haber podido cerrar sus ojos, haber recibido su última bendición...!

Adiós, mi querido Hno. Director, ruegue por nuestro amado difunto y no olvide a su fiel servidor.

Hno. Jean-Marie

DOC. XVII

EXTRACTOS DE LA CARTA DEL HNO. ANDRÉ A UN HERMANO, enviada el 14 de enero de 1859, en la que habla de los últimos días del Siervo de Dios.– *De una copia de la misma época conservada en el archivo general de los HH. del S.C., Roma, en el legajo «Setenta y nueve circulares, del 30 de enero de 1859 al 23 de junio de 1887».*

Este documento se halla en el mencionado legajo de circulares de los superiores generales. En realidad está fuera del lugar que le corresponde, porque se trata de una carta estrictamente privada remitida por el director del internado de Paradis a un Hermano que tenía mucho interés por conocer los pormenores del fallecimiento del Siervo de Dios. La carta es importante también porque en ella encontramos detalles que faltan en las circulares del documento precedente. El concepto y el relato de las cualidades características del fallecido son idénticos y no podrían ser más elogiosos.

No podemos asegurar si los puntos suspensivos que aparecen en el texto provienen del autor o del copista. Falta también la firma, pero el copista ha escrito: «Esta carta es del Hno. André, que a la sazón era director del internado de Paradis. La he copiado del original mismo». De hecho, el autor es un testigo ocular y habla de lo que ha visto o ha realizado él personalmente.

El Hno. André, que en el siglo se llamaba Jean Ogier, nació el 2 de septiembre de 1825 en Chatonnay, Isère. Ingresó en la Congregación el 4 de octubre de 1839 e hizo la primera profesión el 14 de septiembre de 1843.

Fue director del Colegio de Sordomudos del Puy; posteriormente, desde 1854, del internado de Lyon (ver *carta del Siervo de Dios al Hno. Alphonse*, 9 de mayo de 1855, en *Hno. Pol. - Correspondencia de América*); finalmente ocupó el mismo cargo en el de Paradis a partir de 1857. Un año después de morir el

Siervo de Dios, exactamente el 11 de febrero de 1860, abandonó la Congregación (cfr. *Registro de los establecimientos: Lyon,* los otros registros de la Congregación y *una carta del Hno. Adrien,* del 15 de febrero de 1860 al Hno. Alphonse, en *Hno. Pol. - Correspondencia de América - Hno. Adrien).*

Paradis, 15 de enero de 1859

Querido Hno. Director,

En su carta al segundo Asistente, le pide usted algunos detalles sobre los últimos momentos de nuestro buen padre. Su piadosa curiosidad merece ser satisfecha, pero nuestros pobres asistentes están muy ocupados estos días. Permítame que reemplace a aquel a quien usted se dirige. Será para mí un consuelo revivir los hechos que tanto me impresionaron y un medio de aumentar un poco más los sentimientos de tierna veneración que experimento hacia el santo que acaba de dejarnos. Pero el preámbulo está resultando ya demasiado largo, porque más que para mí, escribo esto para usted.

Tal como les informaba la primera circular, no había nada alarmante en el estado de nuestro querido enfermo; sufría poco, no tenía fiebre, el doctor no veía más que una debilidad extrema causada, según decía él, por las privaciones y las austeridades del buen Hno. Superior. El martes permitieron dar un poco de comida al enfermo: caldo de carne, huevo, alimentos ligeros, unas gotas de vino de Bordeaux ... todo iba muy bien; el miércoles y el jueves lo creíamos convaleciente. El viernes reapareció la fiebre y el doctor creyó que le habíamos dado demasiado vino: se le suprimió. El sábado, persistencia de la fiebre, molestias en la respiración y dolor de garganta. Yo ya no tenía esperanzas pero en la casa seguían confiando. Rogué al Hno. Adolphe que lo velase. Esa noche no fue peor que la precedente. El enfermo bebía de vez en cuando; decía, incluso, algunas palabras cuando le preguntaban, pero con dificultad a causa del mal de garganta ... Hacia las cuatro de la mañana, la respiración parecía más difícil, el enfermo más abatido; en las comisuras de los labios tenía un poco de espuma. Se llamó a los Asistentes, yo bajé también, el señor capellán llegó al mismo tiempo que nosotros, se le administró la extremaunción. El enfermo tenía toda su lucidez: hacía las señales de la cruz, se secaba los labios con el pañuelo, presentaba las manos y cerraba los ojos para las unciones... Cuando acabó el señor capellán, salió para ir a decir la misa a los niños que debíamos llevar a St-Paulien. Eran las cinco y cinco. Acompañé al señor capellán hasta mitad del pasillo en compañía de nuestro primer Asistente. Regresamos de inmediato con nuestro Hermano procurador y con el Hno. Victorien... Nuestro Reverendísimo

Hermano acababa de dormirse para siempre... Nuestro segundo Asistente acababa de darle dos cucharadas de tisana; al ofrecerle la tercera, vio que el enfermo levantaba los ojos; después, ¡se acabó! Eran las cinco horas y ocho minutos. Así voló esta santa alma, sin el menor esfuerzo, sin el menor ruido, en la más perfecta paz, como había vivido siempre, silenciosa y recogida...

No intentaré explicarle nuestro dolor ... estábamos allí, junto al lecho en el que veíamos a nuestro buen Padre sin vida, al principio mudos de estupor, después dando gritos, sollozando ... ¡Ah! jamás olvidaré este cuadro tan solemne, tan conmovedor ... Estábamos allí: los dos Asistentes, el Hermano Procurador, el Hermano Ecónomo, el Hno. Victorien, el Hno. Adolphe, el Hno. Lucien, un novicio y yo, que al tiempo que derramaba ardientes y abundantes lágrimas, bendecía a Dios por haberme concedido la gracia de asistir a la muerte de un santo. Pero en seguida me vi obligado a salir de aquel santuario para ocuparme de los asuntos de este mundo. El viaje a St-Paulien, como es natural, se suprimió, aunque varios profesores estuvieran ya allá, aunque nos esperase toda la población. ¡Ah!, ¡no estábamos precisamente para músicas ese triste día!...

DOC. XVIII

EXTRACTOS DE LAS CARTAS DEL HNO. ADRIEN, Superior General de la Congregación de Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, enviadas en fechas diversas, en las cuales se habla del Siervo de Dios.– *De los originales conservados en el archivo general de dicha Congregación, Roma.*

Conocemos bastante bien el pensamiento del Hno. Adrien con relación al Siervo de Dios en la época anterior al período de su propio gobierno de la Congregación. Presentamos ahora algunos textos que nos muestran la continuidad de su pensamiento también en estos años, y veremos cómo culminará con la iniciativa de redactar una biografía del Siervo de Dios, que debía ser la más patente manifestación de su amor por el finado y al mismo tiempo el punto de partida hacia su glorificación.

El primer número de este documento es una circular a sus religiosos. Siendo la primera que escribe después de su elección como Superior General, no podía evitar referirse afectuosamente a su predecesor. Siguen una carta al Hno. Alphonse, del 15 de febrero de 1860, y otra circular del 2 de enero de 1871. Observamos que en las tres aplica al Siervo de Dios el apelativo de «santo» y que sus

cualidades características las pone de relieve de la misma manera que en las primeras circulares escritas después de su muerte (Doc. XVI).

1

Circular del Hno. Adrien, del 2 de abril de 1859, a todos los religiosos.– Del original conservado en el legajo «Hno. Adrien - Circulares».

Si el nuevo Superior General puede constatar que la Congregación se encuentra ya en un período de estabilidad y de prosperidad, el mérito pertenece sin duda al recientemente fallecido. El Hno. Policarpo la había recibido en un estado deplorable y él, en cambio, la había dejado bien vigorosa.

Alabados sean los SS. CC. de Jesús y de María.

Mis queridos Hermanos,

Al enterarse del resultado de las elecciones, seguro que estarán esperando algunas palabras de mi parte, así que me apresuro a satisfacer su legítimo deseo.

En primer lugar me complazco en publicar, mis queridos Hermanos, que la resignación religiosa con la que ustedes han aceptado la inmensa pérdida del santo Superior que tanto bien hizo a nuestro Instituto en general y a cada uno de nosotros en particular, ha sido tan admirable como edificante. Su buen espíritu se hizo patente en la manera con que los miembros de la asamblea fueron elegidos, en la diligencia que pusieron para acudir el día señalado, en la gran calma y el encomiable modo con que cumplieron la misión que se les encomendó.

El conjunto de cosas que han ocurrido desde la luctuosa jornada del 9 de enero, demuestra que nuestra querida Congregación dispone de muy buenos elementos y que no debemos escatimar esfuerzos para conservar entre nosotros esta unión, esta entrega, esta caridad y este entendimiento perfecto.

De todo lo que se ha hecho, una sola cosa nos aflige: constatar que hayamos sido elegido como víctima y condenado a asumir una responsabilidad cuyo simple

pensamiento nos hace temblar. Únicamente nos tranquiliza el testimonio de nuestra propia conciencia de no haber buscado para nada esta enorme carga; y si no la hemos podido evitar, debemos pensar que los designios de Dios, siempre impenetrables, son que nos sometamos, a pesar de la natural repugnancia, a ofrecer el completo sacrificio de nuestra voluntad, de nuestros escasos recursos, de nuestras fuerzas, de nuestra salud, en fin, de toda nuestra persona. Por lo tanto, desde ahora tendré que decir con verdad: soy el siervo de los siervos de Dios; ya no me pertenezco; pertenezco únicamente a mis queridos Hermanos y a la Congregación. Y todos ustedes, mis queridos Hermanos, rezarán para que esta responsabilidad no sea un día causa de mi condenación. Rezarán también para que el Señor me otorgue un poco de ese celo, de esa prudencia, de esa tierna caridad y de ese fervor de los que estaba colmado nuestro santo predecesor. El modelo es perfecto; ¡ojalá podamos caminar constantemente tras sus huellas y, como él, morir esclavo de nuestro deber!

Pero por más que nos sacrifiquemos, no podremos nada sin su colaboración. En un cuerpo, cada uno de los miembros debe prestar su concurso a la actividad general. Yo podría, incluso, caer en el desánimo si no estuviera al corriente de su buena voluntad y de sus excelentes sentimientos. El espíritu religioso que les guía les hará ver en su pobre Hermano Superior, no tanto un hombre lleno de imperfecciones, cuanto un representante de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces la obediencia les resultará más fácil y su puntualidad en obedecer reducirá mucho la violencia que me tengo que hacer para mandar. Ustedes saben que se debe la misma obediencia, el mismo respeto e idéntica sumisión a los que mandan en nombre del Superior que al Superior mismo; de donde deben concluir que un inferior sería tan culpable, y me afligiría tanto, si faltara a su Director como si me faltara personalmente. Debo añadir que el Superior y los Asistentes no forman, en cierto modo, más que una persona moral; en consecuencia, lo que estos hacen debe considerarse como hecho por aquel.

La mayor parte de las relaciones que debemos tener entre nosotros, mis queridos Hermanos, vienen especificadas en nuestras Reglas; espero que se impondrán ustedes el deber, a la vez que el placer, de ser fieles a ellas; también yo por mi parte haré cuanto pueda por corresponderles puntualmente.

La sinceridad y la apertura del corazón en sus confidencias, me facilitarán los medios de serles útil y de que cumplamos un recíproco deber para el mayor bien del Instituto y progreso espiritual nuestro.

Mostrémonos dignos hijos del santo Superior que no descuidó nada para inculcarnos el espíritu de nuestro estado. Su intercesión por nosotros en el cielo resultará aún más eficaz que sus tiernos desvelos aquí abajo. Observemos fielmente nuestras Reglas; cumplamos con escrupulosa exactitud nuestros ejercicios de piedad y todos nuestros deberes de religiosos.

En cuanto a la enseñanza, que el catecismo ocupe siempre el primer lugar; no dejemos de estudiarlo durante todo el tiempo prescrito. Esforcémonos más en formar niños piadosos que sabios a medias, y nunca perdamos de vista que para inspirar el fervor, es necesario que nosotros mismos seamos fervorosos.

La fidelidad a nuestros deberes atraerá sobre nosotros gracias suficientemente abundantes como para fortalecernos en nuestra hermosa vocación. Nuestro Instituto alcanzará su objetivo; él prosperará y nosotros contribuiremos a la gloria de Dios.

La devoción particular que nos debe empapar es, sobre todo, la fe viva, esforzándonos en obrar con gran pureza de intención, estando siempre llenos de desconfianza en nosotros mismos y de confianza sin límites en los Corazones Sagrados y compasivos de Jesús y de María, seguros refugios nuestros.

Me confío a sus oraciones y a sus buenas disposiciones bien persuadido de que harán cuanto les sea posible para aliviar la pesada carga que me ha sido impuesta.

Al tiempo que les bendigo a todos desde lo más profundo de mi corazón, les ruego se dignen aceptar la seguridad de mi afectuosa sumisión y de la perfecta abnegación con las cuales quedo,

Amadísimos Hermanos,
Su más humilde y obediente,
Hno. Adrien, Superior General.

Paradis, 2 de abril de 1859.

2

Carta del Hno. Adrien al Hno. Alphonse, 15 de febrero de 1860.– Del original conservado en el legajo «Hno. Pol. - Correspondencia de América - Hno. Adrien».

El fragmento que publicamos es el comienzo de una larga carta en la que el Superior General pone al corriente de la marcha de la Congregación al Hno. Alphonse –Asistente General residente en los Estados Unidos de América– del

mismo modo que lo había hecho durante el gobierno del Siervo de Dios en nombre de él (Doc. X). A nosotros nos interesa ahora la frase en la que recordando al Hno. Policarpo, le llama santo.

¡Alabados sean los SS. CC. de Jesús y de María!

Rdo. Hno. Asistente,

Pronto habrá transcurrido un año desde que me vi obligado a doblar la cerviz bajo el yugo y someterme a llevar –o arrastrar– una carga que está muy por encima de mis fuerzas. Durante este tiempo lo único que me ha preocupado han sido los asuntos del Instituto. He hecho algo y he dejado mucho por hacer. Para ponerme al día y adelantar trabajo, hubiera necesitado más colaboración. Habría sido necesario que el Hno. Jean-Marie hubiese podido prestarme todo el concurso de su experiencia y de su actividad; pero al mismo tiempo que la Congregación perdía a su santo Superior, el Hno. Augustin, maestro de novicios, se encontraba fuera de servicio; y lo estará aún durante mucho tiempo. El Hno. Jean-Marie, primer Asistente, se ha visto, pues, obligado a dirigir 60, 70, y hasta 80 novicios en la actualidad, a impartirles la instrucción religiosa y todas las atenciones propias para formarlos...

Hno. Adrien.

Paradis, 15 de febrero de 1860

3

Circular del Hno. Adrien a todos los religiosos, 25 de enero de 1871.– Del original conservado en el legajo «Hno. Adrien - Circulares».

En esta circular, el autor comenta el versículo de la epístola del apóstol San Judas: «Que la misericordia, la paz y la caridad sobreabunden en vosotros» (1,2). Al inculcar a los religiosos el espíritu de familia y de comprensión mutua entre superiores e inferiores, les pone como ejemplo al Siervo de Dios. Reconoce abiertamente su virtud «más que ordinaria» y en su juicio se remite también a los Hermanos que lo conocieron; esto basta para demostrar que su recuerdo no sólo estaba vivo, sino que era objeto de continua admiración.

...A menudo sucede que nos encontramos con algunos de los antiguos alumnos del querido y añorado difunto, el Hno. Policarpo. No pueden imaginarse qué recuerdo tan indeleble han dejado en ellos la mansedumbre, la humildad, la modestia y la sencillez de este santo religioso. Si ese es el fruto de una virtud más que ordina-

ria, es al mismo tiempo el de la vida de familia bien comprendida ...

Su seguro afectísimo servidor,

Hno. Adrien.

Paradis, cerca del Puy, 25 de enero de 1871

DOC. XIX

TESTIMONIOS DEL HNO. BERNARDIN sobre el Siervo de Dios, escritos, al parecer, pocos años después de la muerte del Siervo de Dios.– *De los originales conservados en el archivo general de los HH. del S.C., Roma.*

Traemos aquí dos testimonios sobre el Siervo de Dios atribuidos a su colaborador, Hno. Bernardin, interesantes para apreciar mejor al Hno. Policarpo.

Jean-Baptiste Martin, como se llama civilmente, nació en Grandrieu, en el departamento de Lozère, el 30 de junio de 1819, de una familia profundamente cristiana. Deseoso de consagrarse a Dios, siguió las huellas de su tío, Hno. Martin (cfr. intr. Doc. IV, 2), en la joven Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, dirigiéndose el 11 de mayo de 1836 a Vals, donde el Siervo de Dios alternaba la dirección de la escuela con la del noviciado y postulantado. El 22 de septiembre toma el hábito y adopta el nombre de Hno. Bernardin. Unos meses después, enero de 1837, fue enviado como profesor a Saint-Paulien. En pocos años pasó sucesivamente por St-Chély, Murat, Blesle, Pierrefort y Marvejols, y después de conseguir en Mende el 2 de marzo de 1843 su título de enseñanza para la escuela primaria, ocupó el cargo de director en Allanche, Cantal; a continuación, en 1851, cumplió la misma tarea en Égletons, y en 1854 en Sévérac. En la escuela destacó por la disciplina, el orden perfecto y una extraordinaria pulcritud en los trabajos escolares. Se puede leer un testimonio al respecto en las cartas del párroco de Allanche al Siervo de Dios (7 de octubre de 1843; 25 de septiembre de 1844; 15, 21 y 24 de abril de 1845, en *Allanche, Cantal,* Archivo de los HH. del S.C.), que había llamado junto a sí al religioso (cfr. intr. 5 Doc XV). Emitió sus dos profesiones en septiembre de 1840 y 1849.

Se distinguió también como excelente administrador; en el Capítulo General de 1856 fue nombrado Procurador, Ecónomo General y Consejero General. Permaneció en su cargo hasta el 22 de septiembre de 1900. Murió, muy anciano, el 31 de mayo de 1910 (*Anuario, nº 4,* pp. 234-245).

«En el importante cargo de procurador –escribe el autor de su necrología– el Hno. Bernardin demostró verdadero talento. Después de un profundo estudio de los mejores tratados de contabilidad, supo adaptarlos perfectamente a las necesi-

dades de la Congregación y creó de pies a cabeza la contabilidad de nuestro Instituto. Antes de él, apenas si se encontraban anotaciones, más o menos bien redactadas, que cada uno modificaba según sus puntos de vista. Con él se inician los verdaderos libros de contabilidad: borrador, diario, mayor, de caja, de inventarios, etc. En otro orden de ideas, le debemos también los libros: de las fundaciones, del personal, de la historia de cada establecimiento, del ingreso de cada aspirante en el Instituto con las condiciones de su admisión, de la emisión de los votos, de los decesos, etc. Todo fue registrado con escrupulosa exactitud durante 44 años». (*ibid.* p. 239).

El manuscrito, del que por primera vez publicamos algunos extractos, no está fechado y contiene una breve historia de la Congregación hasta la elección del Siervo de Dios. Como encontramos registrada la fecha del 12 de enero de 1858, podemos concluir que el escrito datará de poco después. La exposición de los hechos es muy serena, lo que concede especial importancia a las pocas líneas dedicadas al Siervo de Dios.

1

Extractos del manuscrito titulado: «Origen y fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón», atribuido al Hno. Bernardin.

También este manuscrito viene sin el nombre del autor, pero comúnmente en la Congregación se le atribuye al Hno. Bernardin (no debe confundirse con el homónimo que se halla en la introducción al Doc. III) y como encabezamiento lleva la palabra *Récit (*Relato*).*

... En 1838 no hubo retiro. En 1839, tuvo lugar en Paradis por primera vez. Habiéndose acabado las primeras construcciones por esta época, se reunió a los novicios en Paradis y se comenzó a instruirlos seriamente y a formarlos para la vida religiosa. También en este tiempo se empezó a recibir alumnos internos. Al principio el número no fue considerable, pero la buena dirección del establecimiento y la reputación del buen Hno. Policarpo, que era el Director y que había dirigido la escuela de Vals durante varios años, atrajeron poco a poco un gran número de alumnos, con lo cual el internado pronto se convirtió en un centro muy próspero.

La dimisión del P. Coindre fue un acontecimiento feliz para la Congregación. El 13 de septiembre de 1841, el Capítulo General, reunido para elegir nuevo superior general, proclamó por unanimidad al Hno. Policarpo, a quien sus excelentes cualidades habían predestinado de antemano y por el que todos los Hermanos sentían

una especie de veneración a causa de su virtud.

El buen Hno. Policarpo no se esperaba semejante resultado, por lo que le resultó muy penoso aceptar esa carga que su extraordinaria humildad le hacía considerar por encima de sus fuerzas; no obstante, se resignó a la voluntad de Dios visiblemente manifestada por el voto unánime del Capítulo General del Instituto.

2

Extracto del «Registro de los Establecimientos, nº 2», pp. 19-20

El mismo Hno. Bernardin, en el fervor de su actividad, bosqueja también una breve historia de cada una de las fundaciones. Hablando de la casa de Paradis, repite casi con idénticas palabras cuanto había dicho sobre el Siervo de Dios en el escrito titulado *Origen* (véase *más arriba*, 1).

En 1838 no hubo retiro porque las construcciones de Paradis no estaban terminadas. En 1839 se realizó en Paradis por primera vez. Fue en esta época cuando el internado del establecimiento de Vals se trasladó a Paradis. Al principio, el número de alumnos no fue considerable pero pronto aumentó merced a la reputación del buen Hno. Policarpo, que había dirigido el establecimiento de Vals durante varios años.

Supuestamente el noviciado continuaba en Lyon, pero no había más que unos pocos novicios y por lo general se les ocupaba en trabajos manuales. Sin embargo se empezaba a comprender la importancia de la instrucción, descuidada hasta entonces, y se notaba la necesidad de formar a los novicios para la vida religiosa. Así pues, se les reunió en Paradis bajo la dirección del Hno. Policarpo que organizó las clases con regularidad y trabajó seriamente para formarlos en las virtudes propias de su estado. En sus inicios, los novicios eran alrededor de una decena, pero ese número aumentó considerablemente de año en año, y la Congregación, que acababa de atravesar una época muy crítica, comenzó entonces a levantar cabeza, y muy pronto pudo consolarse del abandono de un gran número de sus miembros, incluso de los más antiguos que se habían retirado por falta de vocación o por desánimo a consecuencia de los acontecimientos de 1830.

DOC. XX

TESTIMONIO APORTADO POR EL HNO. BENJAMIN y enviado al Hno. Daniel el 8 de junio de 1882, en el que se trata de las virtudes del Siervo de Dios.– *Del original conservado en el archivo general de los HH. del S.C., Roma, en el legajo «Hno. Pol. - Informes diversos».*

Como veremos con más detalle en la introducción de la *Vida* del Siervo de Dios (Doc. XXII), el presente documento y el siguiente están relacionados con ella en cuanto que fueron escritos directamente a petición de los autores, los Hnos. Eugène y Daniel. A este último dirigió su carta el Hno. Benjamin. Hace una reseña de las principales virtudes del Siervo de Dios y habla de ellas, ya como testigo ocular, ya como portavoz de cuantos habían vivido cerca de él, tanto religiosos como seglares.

El Hno. Benjamin, en el siglo Jean-Pierre Vissac, nació en Pouzat, Haute-Loire, el 3 de julio de 1825. Ingresó en la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón el 9 de marzo de 1841, tomó el hábito religioso el 12 de septiembre de ese mismo año, emitió su profesión temporal el 14 de septiembre de 1843, y la perpetua el 27 de septiembre de 1849. En 1843 fue profesor en Paradis, y después, de 1844 a 1847, en Riotord. A continuación pasó a ocupar la dirección de St-Romain-Lachalm, Campagnac, Nasbinals y otros establecimientos, y en 1875 de St-Maurice-de-Lignon, donde permaneció durante veintiocho años, hasta 1903, año en que fue trasladado a Paradis. Aquí se preparó a la muerte, que le sobrevino el 20 de diciembre de 1909. La presente carta fue escrita, concretamente, en St-Maurice.

Religioso de sincera piedad y humildad, amaba profundamente a su Congregación. Cierto Hermano que había vivido largo tiempo con él, escribe entre otras cosas:

« ... Siempre reconocí y aprecié altamente en él al hombre de gran caridad, de fe viva, sencilla y natural; cuando se trataba de cumplir con su deber, cualquiera que fuera, iba directo a su objetivo sin preocuparse para nada del respeto humano». (Datos biográficos en *Anuario nº 5,* 1909-1910, pp. 154-161).

El *Necrologio* afirma además:

«El rasgo distintivo de su carácter fue su excesiva bondad; ella le hizo merecer de sus inferiores el raro título de "padre". La fe viva le hizo cumplir con su deber sin respeto humano» (p. 255).

Los puntos suspensivos que aparecen en el texto, se encuentran en el original.

¡Alabados sean el Sagrado Corazón de Jesús y el Corazón Inmaculado de María!

St-Maurice-de-Lignon, 9 de junio de 1882

Rdo. Hermano Director,

Como ve, su pobre viejo condiscípulo parece haberse vuelto muy perezoso, pues ni siquiera le ha enviado un acuse de recibo de todo lo que usted le mandó ni le ha manifestado su profundo agradecimiento. Que al menos lo haga hoy, dándole gracias con toda la sinceridad de su alma.

Es cierto, sin embargo, que ya habría recibido usted respuesta a su carta del 12 de mayo último si ciertos dolores en el pecho y en el estómago no me hubieran impedido cumplir con ese deber. Estos últimos días parece que la cosa va un poco mejor; tendré que darme prisa, pues, para dirigirle unas letras a propósito de su petición. Como, por desgracia, la memoria me falla muchísimo, será imposible explicar todo lo que debiera decir referente a nuestro querido Hno. Policarpo. Sin embargo no me siento apenado, pues sé quién se va a ocupar de contar esa vida tan bella. ¿Qué podría decir yo que no sepan ya, tanto nuestro querido Superior actual como usted, habida cuenta de que uno y otro ingresaron en el Instituto antes que este su pobre servidor?

Sí, bien lo sabe usted, de todas las personas que frecuentaron un poco o simplemente conocieron a nuestro querido Hno. Policarpo, ¿existe una sola que no haya admirado su vida y que no le haya tenido por santo? Yo no he encontrado ninguna: ni entre los sacerdotes, ni entre los Hermanos, ni entre los alumnos, ni entre los seglares. ¡Cuántas he visto, por el contrario, incluso a veces entre personas indiferentes a la religión, que no podían hablar de él sin elogiarlo! Uno de sus antiguos alumnos de Vals me decía un día con indisimulado aspecto de felicidad al recordar las enseñanzas de nuestro querido Hno. Policarpo: «¡Qué padre tan bueno era en todo y para todo: en clase, en el recreo, en los paseos ..! ¡Cómo cuidaba de sus alumnos!».

Otra persona, que lo veía por primera vez, tras charlar unos instantes con él se sintió tan encantada de la bondad de sus modales y de la dulzura de sus palabras, que no pudo evitar añadir en voz alta en su presencia: «¡Ah, si le hubiese conocido antes le habría pedido mucho más!». ¡Cuántos otros que se sentían dichosos por el simple hecho de haberle visto, de haberle conocido! ¿Sería posible encontrar una sola persona que pudiera hacer un reproche a su vida? Encontraríamos millares que afirmarían haber quedado edificadas por una vida tan ejemplar bajo todos los puntos de vista. Ni siquiera los súbditos que se veía obligado a expulsar del Instituto,

podían criticarle en ninguno de sus actos.

¡Quién pudiera explicar la firmeza de su fe, la magnitud de su confianza en Dios, el ardor de su amor divino! Pues todo en él, absolutamente todo, conducía a la fe, inspiraba la confianza, reavivaba el amor. Al oírle hablar sobre esos temas, ¿no se sentían conmovidos y arrastrados al bien los corazones más fríos? Las almas más tímidas, las más indolentes, las más flojas, ¿no se sentían cambiadas y transformadas cuando habían tenido la dicha de ser testigos de sus actos cotidianos realizados con tanto celo, de oír sus palabras inflamadas de ardor celestial, de contemplar ese fuego divino que irradiaba de su figura impregnada siempre de indescriptible amabilidad, fuego que sabía comunicar y mantener en los corazones de manera admirable y constante hasta más no poder? La desconfianza de sí mismo, ¿no abundaba también en él hasta rebosar? Su espíritu religioso, ¿dejaba algo que desear? ¿No era en ese punto un modelo perfecto, llegando incluso a límites extremos, al escrúpulo mismo? ¿Se puede dudar que la Providencia le hubiera reservado para imprimir su espíritu a todos los miembros del Instituto, aún en pañales?

¿Podríamos pensar en su celo, en su abnegación, sin quedar absolutamente maravillados? Había que poseerlos sin medida para cumplir con tanta perfección la dura tarea que por obediencia se había dejado imponer a pesar de la endeblez de su constitución física. Sin duda, viendo su piedad, el cielo le concedía insignes gracias de estado. En cualquier caso es cierto que no podemos recordar el trabajo que le incumbía y que él realizaba sin quejas, sin quedarnos pasmados de admiración a la vista de semejante prodigio de entrega. Realmente se veía obligado a multiplicarse para desempeñar tantos oficios como tenía y cumplirlos con tanta perfección.

A pesar de la multiplicidad de actividades, ¿había un solo punto de la Regla que no observara con exactitud? He ahí la prueba contundente de la sincera y profundísima estima en que la tenía. ¡Cómo se esforzaba también por exponer la importancia de la Regla e imprimir el amor hacia ella en los corazones de todos los Hermanos!

Su incomparable mansedumbre se aliaba con su firmeza de tal modo que ni los caracteres más difíciles ni los espíritus más rebeldes podían resistirse. ¿Y no ocurría con frecuencia que alguien se considerase tan dichoso y tan contento de haber recibido una reprimenda como de haber oído salir una alabanza de sus labios?

Cuando se trataba de las virtudes correspondientes a los tres votos, no se contentaba con otra cosa que no fuera la perfección; en esta materia se llevaba la palma. Creo que se habría pasado noche y día hablando de ellas, si le hubiera sido

dado hacerlo. En esos temas era realmente inagotable. El valor que para él tenían estas virtudes habría que situarlo, sin discusión, en el primer lugar. Sabe usted tan bien como yo lo persuasivo y elocuente que era cuando nos hablaba de ellas; podríamos confirmar esto, más que cualquier otra cosa, con innumerables ejemplos.

Su humildad y su mortificación rebasaban todos los límites. ¿Le vio alguien vanagloriarse una sola vez? A gusto se habría colocado en el último puesto de la Congregación si no le hubieran forzado a ponerse al frente de ella. Ahí están los hechos para probarlo. ¡Cómo se transparentaba la violencia que se hacía para tolerar que le agasajaran, que celebrasen en alguna ocasión su fiesta! A veces, finalmente, no había más remedio que renunciar a ello. ¡Qué ejemplo tan constante y perfecto de mortificación daba nuestro querido difunto Superior! Enemigo de toda comodidad, de toda búsqueda de sí mismo, de toda satisfacción de los sentidos, especialmente edificante en el dominio de ellos, desaprobando cualquier relajamiento, cualquier singularidad, queriendo seguir en todo el régimen común, sufriendo con paciencia angelical todas las incomodidades sin decir jamás una palabra si únicamente le afectaban a él; en cambio, para los demás, su caridad era tan entrañable y su corazón tan bueno, que hacía lo imposible por aliviarlos espiritual y corporalmente.

¿Y qué decir de su devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón? Sólo Dios conoce los incendios de amor de esta hermosa alma abismada en éxtasis indescriptibles. ¡Qué inefable alegría se observaba reflejada en su rostro cuando había participado en el sagrado banquete! Contemplándolo en esos momentos, se podía hacer una excelente y provechosísima meditación. Y cuando su corazón se hallaba así unido al Corazón divino, ¡qué ímpetus de amor le llevaban a explayarse en ardientes exhortaciones sobre esta devoción particular del Instituto!

Nuestra buena madre, María, era su refugio cotidiano. Se esforzaba constantemente en imitar sus virtudes, en consagrarle con asiduidad su propia persona juntamente con todos sus hijos queridos, en implorar sus gracias con la mayor confianza, en no emprender nada sin haberlo puesto antes bajo su protección maternal.

¿Podríamos ignorar que la oración mental hacía las auténticas delicias de nuestro querido Hno. Policarpo? Resultaba fácil convencerse de ello: su aspecto, su postura, todo, lo manifestaban bien alto. Sólo con mirarle en esos momentos, se recibía una inmejorable predicación sobre la fe, sobre la esperanza y principalmente sobre el amor de Dios.

Las conferencias y reflexiones espirituales de nuestro querido Hno. Policarpo, las realizaba con tanta unción que uno nunca se hartaba de escucharle. Sabía hablar

tan directo al corazón, decir cosas tan conmovedoras y tan prácticas, que en ocasiones nos privábamos de comer para escucharle durante más tiempo.

Su correspondencia era una auténtica delicia para el alma. De ahí que deseáramos con todo el ardor de nuestro corazón una carta de tan buen padre y que la recibiéramos con transportes de alegría y felicidad; a veces nos ocurría que no podíamos leerla sin derramar lágrimas de consuelo.

Las visitas de nuestro reverendísimo Hno. Superior, ¿no producían, en fin, preciosísimos y superabundantes frutos para el cielo? Se le esperaba con tanta impaciencia...A su llegada nos lanzábamos a abrazarle con un sentimiento tan vivo, tan sincero, de indecible alegría, que inmediatamente desaparecía cualquier desánimo que pudiera existir; nos sentíamos impulsados por un nuevo celo, llenos de brío, de estima de la Regla, de amor a nuestros deberes y resueltos a cumplirlos tan perfectamente como nos fuera posible ... la vía en la que él te ponía hubiera sido un paraíso anticipado, como lo era estar junto a esta alma tan llena de fe, de esperanza y de amor; tan religiosa, tan ordenada, tan dulce, tan humilde y, sobre todo, tan mortificada.

Tal como le decía al principio, Rdo. Hno. Director, en estos garabatos casi ilegibles, pero que usted tendrá la bondad de excusar, no le cuento absolutamente nada que usted no supiera; pero ya que me ha pedido dar testimonio de los actos de virtud de nuestro querido Hno. Policarpo, he creído mi deber hacerlo ingenua y sencillamente si de este modo puedo complacerle. A buen seguro que me sentiría feliz de poder exaltar según mis deseos la figura de quien durante cerca de 18 años tanto bien hizo a cada uno de los miembros del Instituto en general y a mi alma en particular.

Le dejo en el Sagrado Corazón de Jesús, encomendándome a sus fervorosas oraciones y declarándome con toda sinceridad y gratitud

Suyo afectísimo
Hno. Benjamin.

Tenga la bondad de entregar a ... la cartita adjunta.

No puedo revisar ni releer siquiera este escrito porque de nuevo está haciéndose notar la fatiga.

DOC. XXI

TESTIMONIO SOBRE LAS VIRTUDES DEL SIERVO DE DIOS PROPORCIONADO POR EL HNO. MARIE-AUGUSTE y enviado al Hno Daniel, años 1882-1884.– *Del original conservado en el archivo general de los HH. del S. C., Roma; en el legajo «Hno. Pol. - Informes diversos».*

Esta carta (*Proceso ordinario*, hojas 119r-120v) fue dirigida al Hno. Daniel entre 1882 y 1884 con vistas a la preparación de la *Vida* del Siervo de Dios. El remitente, testigo ocular, expone algunos recuerdos que el tiempo no había conseguido borrar. El episodio de la enfermedad de abril de 1847 aparece relatado también en la biografía (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 13). Este documento va acompañado por diecinueve cartas del Siervo de Dios cuya devolución se solicita. Hasta la fecha de hoy no han sido halladas.

El Hno. Marie-Auguste, llamado en la vida secular Augustin Valiorgue, nació el 19 de noviembre de 1818 en Chambérac, Haute-Loire. Después de ingresar en el Instituto el 1 de noviembre de 1836, emitió su primera profesión el 30 de septiembre de 1839. En primer lugar desempeñó el empleo de sirviente en Marvejols (1837) y posteriormente el de profesor en St-Just-d'Avray (1840) y en Paradis (1841). En 1843 regresó a Marvejols como director, de donde pasó con el mismo cargo a Condat (1846) y, finalmente, a Chaudesaigues (1849), lugar en el que permaneció durante treinta y tres largos años. Murió el 15 de noviembre de 1888. El *Obituario* (p. 233) lo describe como un religioso dotado de gran espíritu de fe, sacrificio, celo y abnegación.

¡Alabados sean el S. C. de Jesús
y el Corazón Inmaculado de María!

Querido Hno. Director,

Le felicito por haber sido encargado de recoger las notas que pueden servir para dar a conocer una vida tan bella, tan virtuosa y tan edificante, en una palabra, tan plenamente colmada.

Por mi parte, no tengo nada especial que señalarle. No obstante, le envío una circular y 19 cartas personales que he conservado, que le *confío bajo secreto*, y que aprecio más que un tesoro. Le hago responsable de ellas y le ruego que me las devuelva en las próximas vacaciones.

Mi relación con nuestro amadísimo Hno. Policarpo, primer Superior, no fue

mucha; únicamente le vi en los retiros y durante las visitas que hizo a las casas donde yo me encontraba.

En cuanto llegaba, todos los Hermanos de la comunidad se reunían en torno suyo como los niños alrededor de su padre; él les abrazaba efusivamente, les informaba de todas las noticias sobre los miembros del Instituto y después, con la sonrisa en los labios, les decía con bondad y sencillez: «¿No me preguntan nada más?». Así que los Hermanos se anunciaban gozosamente unos a otros su paso por las casas.

En su gira de abril de 1847, al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebres tifoideas. Lo cuidé y serví durante más de un mes, y en todo ese tiempo no cesó de edificarme: sumisión y obediencia absolutas –tanto al médico como al enfermero– a todo lo que se le pedía. Observé en él un constante recogimiento, un fervor intenso.

Caritativamente, y con el tacto que le era peculiar, declaraba la guerra a los defectos de cuantos se relacionaban con él y les reprendía con dulzura pero con firmeza.

Siendo enemigo de innovaciones, cierto día observó que un Hermano de la comunidad añadía tres o cuatro palabras en una parte de la oración; en un momento dado, después y en particular, le reconvino diciendo: «No faltaría más que eso, que cada uno quisiera añadir o suprimir a su capricho».

Su interés por el Instituto era enorme, de modo que trabajaba con denuedo por fomentar su prosperidad. En cierta ocasión, cuando era sólo maestro de novicios, nos hallábamos en Paradis en tiempo de vacaciones escombrando y nivelando el terreno; algunos únicamente trataban de matar el tiempo y divertirse; sin embargo, nuestro querido Hno. Policarpo se ubicó en la parte más difícil del talud y allí estuvo trabajando sin perder un minuto, con admirable constancia, contento y sonriente. Deseaba y adamaba la pobreza; quería que se practicara, por ejemplo, evitando comprar cuchillos caros o cubiertos de metal; al pasar por las comunidades llegaba, incluso, a quitarles ese tipo de cubiertos.

Cuanto observé en nuestro querido Hno. Policarpo, también usted lo vio. Todo lo que le cuento resulta, pues, completamente inútil. Quémelo si le parece oportuno.

Perdone esta sarta de garrapatos; soy incapaz de escribir.

Dígnese otorgar una amplia participación en sus oraciones a quien tiene el honor de proclamarse,

mi querido Hno. Director,

Suyo afectísimo,
Hno. Marie-Auguste

DOC. XXII

VIDA DEL SIERVO DE DIOS escrita por los Hermanos Eugène y Daniel, de la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón, editada en el año 1893.

Es la principal biografía del Siervo de Dios; fue escrita por dos religiosos de su Congregación. Según la costumbre de entonces, la obra es anónima; no obstante, como veremos en seguida, se conocen los nombres de los dos autores.

Antes que nada, veamos los puntos principales de la presente introducción:

I. Datos biográficos de los Hnos. Eugène y Daniel.
II. Autores de la obra y papel de cada uno en su preparación.
III. Fecha, estructura y finalidad de la obra.
IV. Las fuentes:
    1. Experiencia personal,
    2. Documentos escritos,
    3. Testimonios orales.
V. Uso de las fuentes.
VI. Valor histórico-crítico de la *Vida*.
VII. Criterios seguidos al preparar la presente edición.

I.– Datos biográficos de los Hnos. Eugène y Daniel.

1. *Hno. Daniel*.– Llamado en el siglo Jean Poble, nació en Coujac, municipio de Saint-Paulien (Haute-Loire), el 21 de agosto de 1826. Tenía poco más de 14 años cuando, el 20 de septiembre de 1840, ingresó en el Instituto de los Hnos. del Sgdo. Corazón. Tomó el hábito el 12 de septiembre de 1841 e hizo su primera profesión el 12 de septiembre de 1844; la perpetua, el 15 de septiembre de 1850. En 1844 ingresa en la Congregación un hermano suyo, Hno. Florimond (1828-1892), que desempeñará un importante papel en las fundaciones de América. De septiembre de 1843 a 1848, fue profesor en Marvejols, Saint-Just-d'Avray, Sainte-Sigolène, Lyon, Paradis, Chatonnay. En septiembre de 1848, ocupó el cargo de director en Couzon, de donde pasó a Paulhaguet y a Dunières. Regresó a Paradis el 29 de septiembre de 1855 para asumir la dirección del noviciado, donde permaneció por espacio de dos años, hasta el 30 de septiembre de 1857 en que fue nombrado director de Mauléon. Desde octubre de 1859 dirigió el noviciado de Oloron, regresando nuevamente como director a Mauléon el 30 de septiembre de 1861. El mismo cargo ejerció en Mazargues, Sully-sur-Loire y Neuvic. Tras permanecer un año en Paradis, fue nombrado director de Tarascon en agosto de 1879. Volvió a Paradis en septiembre de 1884 y allí permaneció hasta su muerte,

acaecida el 29 de marzo de 1897 (ver datos biográficos en *Anuario nº 9*, 1914-1915, pp. 257-274; *Registro de matrícula*, I, p. 52, Archivo de los HH. del S. C.).

Su biógrafo lo describe con estas sencillas palabras: «En todos los cargos que ocupó, el Hno. Daniel se mostró hombre de trato afable, de porte digno, de lenguaje pulcro, de caridad probada y de [!] religioso entregado a su deber. Siempre fue fiel a la obligación de permanecer en la residencia de la comunidad y de evitar toda reunión o entrevista mundana» (*Anuario*, p. 263).

Sin embargo, para ser objetivo y exacto, el biógrafo hace notar que «no siempre fue un modelo de disciplina»; y él mismo da esta explicación: «¿A qué se debía esto? Quizá a su carácter tímido, a su voluntad algo vacilante, a su temor excesivo al fracaso, a cierta dificultad para dominar a sus alumnos, a la falta de destreza o de intuición pedagógica. Con su enorme buena voluntad, desarrollaba un esfuerzo titánico preparando minuciosamente lo que debía decir en público y llegaba incluso a escribirlo para aprendérselo de memoria, al menos en líneas generales. A pesar de tal precaución, a veces se mostraba azorado; pero en este caso nadie le criticaba». (*ibid.*, pp. 262-263).

2. *Hno. Eugène*.– Se llamaba Henri Bardol y vivió más tiempo que su Hermano en religión, Daniel. Nació en Fraissinoux, municipio de Rimeize, Saint-Chély-d'Apcher, región de la Lozère, el 27 de agosto de 1825. «Dotado –dice su biógrafo– de un carácter circunspecto, estudioso, observador, incluso escrutador, con leves tintes de desconfianza misantrópica, Henri gozaba de una memoria feliz que jamás perdió... No aspiraba en modo alguno a fundar una familia. Su espíritu meditativo, austero y ávido de saber, pronto le inclinó a orientar su vida hacia un ideal más elevado». (*Anuario nº 11*, 1916-1917, p. 308, datos biográficos pp. 306-331; *Registro de matrícula*, I, p. 32). Este ideal lo vislumbró en la Congregación de los Hnos. del Sgdo. Corazón, en la que ingresó el 20 de noviembre de 1845 en Paradis. Emitió sus dos profesiones: una, el 16 de septiembre de 1849, y la otra, el 19 de septiembre de 1853.

Después de conseguir en Mende el *Diploma de capacitación* para enseñar en escuelas elementales (cfr. más abajo, par. 1ª, cap. 7, n. 12), de 1850 a 1865 fue director de St-Romain-Lachalm, Génolhac, Villefort, Neuvic y St-Jean-de-Fos. El autor de sus datos biográficos lo describe así en sus relaciones con el medio escolar:

«Aunque instruido, tenía dificultad para ganarse a los alumnos. Se mostraba sacrificado y metódico con ellos, ciertamente, pero frío y poco expansivo.

« A sus Hermanos les exigía gran puntualidad en todos los ejercicios y predicaba con el ejemplo; pero carecía un poco de esa tolerancia comunicativa que, cuando no se abusa de ella, genera afabilidad y suavidad en el trato diario. A veces, incluso, a pesar de sus loables esfuerzos, su actitud hacia ellos aparecía

teñida de un ligero matiz despectivo, en especial si se presagiaba o amenazaba un fracaso que pudiera dañar la buena imagen de su escuela.

« Con la gente del exterior se mantenía dentro de los límites que señalan nuestras Reglas. Ni buscaba ni provocaba entrevistas. Sin embargo, se notaba en seguida que se sentía orgulloso de conversar con personajes famosos o distinguidos para informarse de todo, conocer a las familias renombradas e interesarse por su historia... » *(Anuario,* pp. 309-310).

En el campo de los estudios, se había especializado en agricultura y economía doméstica. Consecuentemente, en 1865 le confiaron la dirección y administración de los trabajos agrícolas en una gran finca del Sr. Dubeque, en Montauronne, donde hasta 1878 pudo especializarse en sus disciplinas preferidas. Al fallecer el Sr. Dubeque, regresó a Paradis donde permaneció hasta su muerte. Publicó:

«El pequeño tesoro doméstico o guía para cocinar y para elaborar por sí mismo, con pocos gastos, todos los licores de mesa denominados 'de infusión'..., 10ª edición aumentada, Toulouse». Libro de gran utilidad práctica que «traspasó las fronteras de Francia y llegó a las cinco partes del mundo... » (*ibid.*, pp. 320-321).

Después de preparar la biografía del fundador, P. André Coindre, y colaborar con el Hno. Daniel en la del Hno. Policarpo, publicó un *Manual de agricultura y horticultura,* fruto de su gran experiencia en la materia. La obra tuvo excelente acogida, hasta el punto de que en breve tiempo conoció tres ediciones y fue premiada por la «*Sociedad de agricultores de Francia*». El mismo autor, respondiendo a reiteradas peticiones, adaptó la obra para las escuelas (*ibid.*, pp. 324-326). Conocía también a la perfección el código civil.

Era un Hermano muy piadoso, puntual y fiel cumplidor de todos los deberes de Regla y profundamente unido a su Congregación; sentía especial veneración por los superiores, a quienes consideraba auténticos representantes de Dios. Falleció el 1 de septiembre de 1917, a la edad de 92 años (*ibid.* pp. 330-3310).

II.– Autores de la obra y papel de cada uno en su preparación.

Tras los datos biográficos, se impone considerar ahora qué papel desempeñó cada uno en la redacción de la obra.

1. *Los Hnos. Eugène y Daniel, autores de la obra.*– Todos los escritores de la Congregación y algunos testigos del Proceso ordinario concuerdan en atribuirles a ellos la *Vida* del Hno. Policarpo. El hecho es tan seguro que no vale la pena gastar muchas palabras para demostrarlo; jamás se mencionó el nombre de ningún otro escritor.

Del contenido de la obra se deduce que el autor es un miembro de la Congregación. Con frecuencia aparece el «*nous*» (nosotros, nos), unas veces con carácter personal y otras refiriéndose a la Congregación. Los autores de los datos biográ-

ficos de los Hnos. Eugène y Daniel, en *Anuarios* del Instituto (nn. 9 y 11), abiertamente les atribuyen la *Vida*, precisando, incluso, el aporte personal de cada uno. Nótese que en el momento de publicar los datos biográficos del Hno. Daniel en el *Anuario* de *1914-1915*, aún vivía el Hno. Eugène. Lo mismo afirman, sobre la autoría de la *Vida*, varios testigos del Proceso ordinario: unos genéricamente, como el Hno. Florentin, que usa la expresión «por dos de nuestros Hermanos» (*Proc. ordin.*, hoja 153^{v}; ver hoja 185^{v}); otros explícitamente, siendo los dos primeros: Barthélemy Couderc, Hno. Basilien (Doc. XXX, test. 6; v. test. 8) y Jean-Claude Noailly (*ibid.*, test. 15), que habían conocido a los Hnos. Eugène y Daniel.

2. *Papel de cada uno de ellos en la redacción de la obra*.– Los datos biográficos sobre nuestros dos autores son precisos gracias a las informaciones proporcionadas por Hermanos que sabían cómo se había procedido a la redacción de la *Vida*. Nada mejor que presentar, sin más, los dos fragmentos.

a) *En la biografía del Hno. Daniel se lee:*

«Hay algo más respecto al Hno. Daniel. Respondiendo a los deseos de sus superiores y a la inclinación de su corazón, quiso, a su vez, hacer revivir la figura del santo Hno. Policarpo, primer Superior General del Instituto...

« Puso resueltamente manos a la obra y con el concurso eficaz del Hno. Eugène reunió primero los materiales indispensables. Pero la cosa no era fácil: el Hno. Policarpo había fallecido hacía 30 años [estamos hacia 1889]; nadie se había ocupado de anotar intencionalmente, a medida que sucedían, los hechos en orden cronológico, ni de relatar las circunstancias de las visitas y viajes del buen Superior ni de consignar sus exhortaciones y normas diversas. Fue necesario, pues, recurrir al testimonio de los supervivientes, pedir información de las cartas escritas por el venerado difunto, etc. A este fin se envió a todas nuestras comunidades una solicitud acompañada de un cuestionario a rellenar; se escribió a diversas autoridades, etc., y se esperó la llegada de los informes. Cuando las respuestas estuvieron en poder del Hno. Daniel, se inició un segundo trabajo muy importante: examinar y valorar el material que poseía. Para ello, seleccionó, relacionó y agrupó las respuestas. Digamos de inmediato que el autor desarrolló esta labor con admirable pericia. Planeó y preparó las dos partes que debían constituir la trama de la obra. Para no interrumpir el relato de la vida de su héroe, relegó a la segunda parte todo lo que se relacionaba más directamente con las virtudes del santo Superior y que, por consiguiente, se entrelazaba con toda su vida, lo que forzosamente hubiese acarreado fastidiosas repeticiones.

« Resuelto este primer problema, faltaba la redacción. La tarea preocupaba al autor, no tanto en cuanto al estilo –que sin embargo lo quería excelente– sino en cuanto al aliento vital que debería animar la totalidad de la obra sin traicionar al amado Superior ni a su misión ni al Instituto. Estudió, meditó, consultó, reflexionó largamente y se imaginó viviendo en compañía del venerado personaje; cuando

creyó estar suficientemente empapado del espíritu de su héroe, tomó la pluma y no la dejó hasta quedar acabado el manuscrito.

« Sometió el trabajo al examen de sus superiores y a la aprobación de la autoridad eclesiástica; aprovechó los consejos y observaciones que le llegaron por diversas vías; finalmente, entregó la obra a la imprenta, no sin antes haberle dado un último retoque literario.

« Gracias a la labor, virtud, sabiduría y clarividencia del Hno. Daniel, disponemos hoy –según afirman cuantos conocieron al Hno. Policarpo– de un fiel retrato de nuestro primer Superior General. El volumen respira, de principio a fin, el espíritu del benemérito Superior, que es al mismo tiempo el espíritu del Instituto y de nuestras mejores tradiciones familiares...» (*Anuario,* nº 9, pp. 272-274).

b) *En la biografía del Hno. Eugène se dice:*

«A continuación le llegó el turno a la *Vida del Rvdo. Hno. Policarpo,* nuestro primer Superior General, de tan santa y dulce memoria. Fue elaborada entre dos personas bajo la dirección del Rvdo. Hno. Adrien. El Hno. Eugène tuvo la misión de recopilar los materiales y dirigir el plan general de la obra; el Hno. Daniel, reconocido estilista, se ocupó sobre todo de la redacción. Como eran vecinos de celda, realizaron el trabajo con dedicación intensiva, tanto más cuanto que el Hno Eugène llevaba considerable ventaja a su colaborador, un poco lento.

« Los informes comenzaron a llegar de todas partes. De ambos continentes se recibieron numerosas cartas de los Hermanos, todas ellas impregnadas de piadoso espíritu filial.

« Cuando se creyó llegado el momento de ponerse a escribir, establecieron el siguiente plan: presentar primero la vida o la serie de acontecimientos claves que jalonaron la preciosa existencia del venerado Superior; después, ofrecer sucintamente sus principales virtudes a la admiración e imitación de todos los miembros del Instituto.

« Fue entonces cuando el Hno. Daniel, bajo la mirada atenta de su recto y meticuloso mentor, inició la redacción y la prosiguió sin descanso. En cuanto estuvo listo el manuscrito, lo sometieron a la aprobación del Superior y de la autoridad diocesana –tal como se había hecho anteriormente con la *Vida del P. Coindre*– y se llevó a la imprenta...» (*Anuario,* nº 11, pp. 323-324).

Mientras el autor de los datos biográficos del Hno. Daniel apenas cita al Hno. Eugène –aunque califica de «eficaz» su «colaboración»– dando a entender que el Hno. Daniel realizó todo el trabajo, el del segundo dice que la biografía se hizo «bajo la dirección del Rvdo. Hno. Adrien», Superior General (hablando en sentido muy amplio, ya que murió en 1887) y divide así la tarea de los dos religiosos:

a) «el Hno. Eugène tuvo la misión de recopilar los materiales y dirigir el plan general de la obra»;

b) «el Hno. Daniel, reconocido estilista, se ocupó sobre todo de la redac-

ción».

Esa parece haber sido la tarea de cada uno de los dos religiosos.

III.– *Fecha, estructura y finalidad de la obra.*

1. *Fecha*.– Puesto que se trata de una obra impresa, la fecha es la de su edición, 1893, cuando ya habían transcurrido treinta y cuatro años desde la muerte del protagonista.

El trabajo de investigación y preparación inmediata duró unos diez años, pues por la carta del Hno. Benjamin (Doc. XX) sabemos que el Hno. Daniel solicitaba a los Hermanos información sobre el Hno. Policarpo en el mes de mayo de 1882.

2. *Estructura*.– Se basa en la división tradicional de las biografías de los siervos de Dios, es decir, exponer primero el *curriculum vitae* hasta su muerte para centrarse, después, en cada una de sus virtudes.

Las dos partes son casi iguales: después de la *Declaración*, el *imprimatur* (pp. I-VIII) y la *Introducción* (pp. IX-XXIV), siguen la *Primera parte*, pp. 1-182, y la *Segunda parte*, pp. 183-288, con dos capítulos que incluyen preferentemente extractos de las cartas del Siervo de Dios, y al final, el índice.

3. *Finalidad*.– El Instituto, por fin, se consolidaba de día en día apoyándose sobre sólidos cimientos. Si la impronta del fundador no había sido tan fuerte como para marcar de una manera característica la formación de los religiosos como en otras congregaciones, durante el gobierno del Hno. Adrien (1859-1887) se veía claro que el espíritu y las notas propias que plasmaban el rumbo de la Congregación no se apoyaban más que en las enseñanzas y en la personalidad del Hno. Policarpo, primer Superior General escogido entre los miembros del Instituto. De aquí nacía una doble necesidad: en los superiores, mantener siempre viva su figura y su espíritu; en los religiosos, disponer de su biografía para profundizar más en esos puntos. Por eso los biógrafos precisan : «...creemos responder a legítimos deseos expresados desde hace mucho tiempo» (*prólogo*). «Siempre fue un modelo, y a este título estamos encantados de proponérselo a los que se inician en la vida religiosa, a los educadores de los niños y de los jóvenes, a cuantos soportan la pesada carga de la autoridad» (*ibid.*). Para quienes le habían conocido, la *Vida* debía refrescar recuerdos, estimular a la virtud y provocar sentimientos de viva gratitud por las enseñanzas recibidas durante su formación religiosa; los más jóvenes recibían «un nuevo alimento para su fe y su piedad...» (*ibid.*).

IV.– *Las fuentes*

El mayor o menor valor de una obra histórica depende de las fuentes que el autor ha conocido y del recto uso de ellas; admitida, pues, su honestidad científica, la autoridad del escritor crece cuando él mismo narra acontecimientos conocidos por experiencia personal. En nuestro caso podemos verificar ambas cosas.

En el prólogo los autores hablan ya de la experiencia personal y de los documentos escritos.

1. *Experiencia personal*.– Leemos en el prólogo: «Podemos, además, evocar nuestros propios recuerdos: por un favor especial de la providencia, vivimos durante varios años bajo el mismo techo que nuestro venerado Superior. Entonces pudimos sopesar, por así decirlo, la mayor parte de sus acciones, descubrir algunos secretos de su alma privilegiada y entrever el grado de santidad que había alcanzado. Nos ha sido posible, por tanto, presentar ciertos hechos y detalles, nimios en apariencia, pero que aportarán nuevos ejemplos de la virtud sencilla que el mundo ignora y que, sublimando las cosas más pequeñas por la pureza de intención, atrae sobre las acciones más humildes las miradas de Dios».

De hecho, el Hno Daniel vivió con el Siervo de Dios durante todo su mandato, 1840-1859, mientras que el Hno. Eugène estuvo en contacto con él de 1845 a 1846, y se volvieron a encontrar varias veces en los años siguientes. De los dos, el primero, que es en realidad quien redactó la obra, podía presumir de mayor experiencia personal, por lo cual escribió con razón: « ...durante varios años hemos vivido bajo el mismo techo...».

2. *Documentos escritos*.– Están integrados por lo que escribió el Siervo de Dios y por lo que otros escribieron de él.

a) *Escritos del Siervo de Dios*.– En el prólogo los autores declaran haber tenido a su disposición:

— «un gran número de cartas confidenciales»;
— «diversas circulares»
— «un compendio de *Pensamientos y Resoluciones*»

1) *Cartas*.– Como ya sabemos (Doc. XIII), son numerosas las cartas del Siervo de Dios que se conservan: muchas son de oficio, dirigidas principalmente a personas ajenas a la Congregación; otras, a los Hermanos. Estas últimas son las más interesantes y las únicas que usan los autores en la *Vida:* se han limitado a ellas porque responden plenamente al carácter de «confidenciales», resultando, por tanto, más propias para revelar el verdadero espíritu del Siervo de Dios.

Afortunadamente, estamos en condiciones de precisar cómo obtuvieron estas cartas los autores de la *Vida*. Habiéndose dirigido a los religiosos para recabar información y documentos sobre el Siervo de Dios, tres de ellos les remitieron pliegos de cartas originales. El Hno. Benjamin, junto a un informe de su cosecha (Doc. XX), les envió entre 25 y 30 cartas (más abajo, par. 1ª, cap. 11, n. 7); el Hno. Marie-Auguste, 19 (Doc. XXI); el Hno. David, dos grandes paquetes de cartas enviadas por el Siervo de Dios a América, uno de los cuales contenía las recogidas por el Provincial, y el otro, las que le había enviado a él personalmente (par. 1ª, cap. 11).

Cotejando los pasajes citados por los autores con las cartas del Siervo de Dios

que aún conservamos, hemos constatado que algunas se han perdido, o al menos hasta ahora no han sido localizadas a pesar del cuidado con que se hicieron las investigaciones. Además, los autores no se muestran afortunados en sus citas: unas veces indican la fecha, completa o parcial; otras, usan la expresión genérica «cartas»; y en ocasiones citan pasajes de varias cartas sin distinguir uno de otro. Dicho esto, podemos clasificar las cartas aportadas en dos categorías: fechadas y sin fechar. De las dieciocho cartas fechadas, hasta ahora no se ha encontrado ningún ejemplar (cfr. intr. Doc. XIII). En cuanto a los pasajes de cartas no fechadas, sólo se han identificado unos pocos. La falta de fecha no siempre depende de los autores, porque tenemos varias cartas que carecen de fecha o la tienen sólo a medias. Sin embargo, en los cincuenta y seis fragmentos que figuran en los dos últimos capítulos, los autores han omitido a propósito cualquier referencia. Las cartas que los autores citan con la fecha son nueve. Remitiéndonos a la introducción del Doc. XIII, recordamos que todas ellas fueron escritas en el período de gobierno del Siervo de Dios (1841-59) y ninguna en los años precedentes.

2. *Circulares.*– Al igual que de las cartas, los autores se sirven también profusamente de las circulares escritas por el Siervo de Dios a sus religiosos en diversas circunstancias. Usan una docena, a saber: 1843 (8 de enero y 3 de marzo), 1844 (enero), 1846 (19 de junio), 1847 (15 de marzo y junio), 1848 (enero), 1850 (15 de abril), 1853 (noviembre), 1855 (diciembre), 1856 (25 de abril y julio). Podemos añadir la circular del 5 de septiembre de 1856 que, aunque aparece firmada por los miembros del Capítulo General habido entonces, fue sin duda alguna redactada bajo la inspiración y el pensamiento del Siervo de Dios. Y a pesar de no ser una circular, podemos mencionar aquí la alocución pronunciada el 16 de agosto de ese mismo año, en la apertura del Capítulo General. Se conservan los originales de todas ellas. Algunas de estas circulares las copian íntegramente, o casi.

3) *«Pensamientos y Resoluciones».*– Se trata de un escrito del Siervo de Dios que, por desgracia, se ha perdido. Debemos agradecer a los Hnos. Eugène y Daniel los numerosos pasajes reproducidos en la biografía, pues nos dan la posibilidad de tener cierta idea de él. Aunque aparece citado con cuatro nombres distintos, *Resoluciones, Pensamientos y resoluciones, Pensamientos y reflexiones, Reflexiones y resoluciones,* creemos que se trata siempre del mismo documento.

Respecto a su autenticidad, el testigo sexto del Proceso ordinario, Hno. Basilien, escribe: «el original de este último ha desaparecido y yo no sabría decir si la obra es realmente del Hno. Policarpo» (Doc. XXX, test. VI).

Los fragmentos que aparecen en la biografía son unos veinte, de longitud varia: unos, breves; otros, la mayor parte, más amplios y apropiados para hacerse una idea sobre la naturaleza de este escrito personal del Siervo de Dios. Los autores,

como es obvio, los emplean sobre todo en la parte reservada a las virtudes.

También han tenido presentes las *Reglas* de la Congregación, pero no presentan extractos de ellas.

b) *Escritos sobre el Siervo de Dios.–* Principalmente se usan en la primera parte; en la segunda, las referencias explícitas a ellos son poquísimas. Los podemos dividir en dos grupos: relatos y documentos varios. Los más interesantes, con diferencia, son los primeros, por tratarse de las respuestas enviadas al Superior General por parte de quienes habían conocido al Siervo de Dios. Excepto uno, todos los demás provienen de religiosos de la Congregación.

1) *Relatos diversos.–* Un caso excepcional lo constituye el testimonio del *párroco de La Motte* sobre la infancia y juventud del Siervo de Dios. Es la única fuente –y por tanto de valor inapreciable– de la que se sirven los autores para esos años. El párroco ha recogido juicios e impresiones de las personas que conocieron al Siervo de Dios. Ya no se conserva el original, y sólo se utiliza en el capítulo primero de la biografía.

Los relatos de los religiosos son abundantes y también los clasificamos en dos grupos: los anónimos y los de autores conocidos.

2) *Relatos anónimos.–* Los autores los presentan así:

— nos dice un testigo ocular (= un antiguo director); el director ya citado, *parte 1ª, cap. 3*;

— nos escribe un Hermano, *cap. 4*;

— nos escribe (= un antiguo director), *cap. 4*;

— palabras de un director, *cap. 4*;

— nos escribe un antiguo director, *cap. 5*;

— nos escribe un director, *cap. 12*;

— nos escribe un director, *parte 2ª, cap. 1º*.

No hemos podido identificar ninguna de estas citas.

3) *Otros relatos.–* Gracias a los originales conservados en el archivo de la casa general de los Hnos. del Sgdo. Corazón en Roma, nos ha sido posible identificar a los autores de los relatos que los Hnos. Eugène y Daniel citan con sus acostumbradas expresiones genéricas, excepto en un caso:

– *nos escribe un director,* parte 1ª, cap. 11: es el relato del Hno. Marie-Auguste (Doc. XXI);

– *otro... se expresa en estos términos,* parte 1ª, cap. 11: es el relato del Hno. Benjamin (Doc. XX);

– *otro director nos dirige las líneas siguientes,* parte 1ª, cap. 11: este relato del Hno. David, enviado al Hno. Daniel desde Indianapolis (Estados Unidos), el 8 de abril de 1885, no fue presentado en el *Proceso ordinario.* Los autores (parte 1ª, cap. 11, nº 28), excepcionalmente, a causa del fallecimiento del Hno. David (22 de noviembre de 1889), dan su nombre en una nota de pie de

página;

– *escuchemos al antiguo director del establecimiento de Condat* (en 1847), cap. 13: es un trozo del citado relato del Hno. Marie-Auguste.

Como ya hemos señalado, esos tres religiosos añadieron a sus relatos paquetes de cartas del Siervo de Dios

4) *Documentos varios*.– No son muchos, y se usan sólo en la primera parte.

Aparecen dos circulares de los asistentes Hnos. Adrien y Jean-Marie, del 9 y 17 de enero de 1859, escritas después de morir el Siervo de Dios (cap. 15), así como algunos extractos del registro de los *Capítulos Generales 1841-1952* (caps. 6, 9, 15). Los autores tuvieron presentes también las circulares que dichos asistentes enviaron para preparar el Capítulo General de marzo de 1859 y diversos informes antiguos del archivo de la Congregación, aunque sin sacarles todo el jugo que se podía. Citan también dos textos en notas a pie de página, uno sobre la muerte del Hno Alphonse (23 sept. 1878) y otro sobre la del Hno. David (22 nov. 1889), tomados de las circulares publicadas por los Hnos. Adrien y Norbert, superiores generales respectivos, al fallecer cada uno de dichos Hermanos.

Además se citan dos frases, una del fundador, P. André Coindre, de enero de 1822 (parte 1ª, cap. 9) y otra del obispo de Mobile, Estados Unidos (cap.10); y dos cartas, una del mismo prelado, del 7 de agosto de 1848 (cap. 10) y otra procedente de América, de 1867 (cap. 10).

3) *Testimonios orales*.– Los autores no hablan explícitamente de fuentes orales, y en los textos presentados es muy difícil descubrirlas ya que los términos usados en las citas son muy vagos. Por ejemplo, «dice», «decía», etc., que pueden referirse tanto a una fuente escrita como a una oral. «En Vals, tal como nos informa uno de sus auxiliares... añade el testigo ocular»; «uno de ellos [alumnos], con lágrimas en los ojos, se complacía hace poco hablando así...» (parte 1ª, cap. 4). Lo mismo puede afirmarse de algunas frases del Hno. Policarpo citadas por los autores (parte 1ª, cap. 2; parte 2ª, caps. 5. 7, 11).

En cambio, se trata de testimonios orales cuando los autores declaran haber escuchado directamente a los interesados: «Hace aún poco tiempo, otro alumno del Hno. Policarpo se expresaba con no menos fuerza y emoción. Era un viajante que encontramos un día en Provence...» (par. 1ª, cap. 4); «Uno de aquellos niños todavía vive... Hace poco hablaba de la escuela con voz emocionada...» (par. 1ª, cap. 4); «Los que le vieron trabajar se muestran unánimes al respecto cuando dan de él este glorioso testimonio» (par. 2ª, cap. 7); «Como lo atestiguan quienes le conocieron bien...» (cap. 13); «es lo que nos asegura un Hermano que entonces se hallaba en el Piadoso Socorro» (cap. 7); «nos dice un testigo ocular» (cap. 15).

Aparte de estas referencias precisas, al leer el libro se advierte con claridad que los testimonios orales de varios Hermanos que habían vivido con el Siervo de Dios, sirvieron de base para su redacción. El primero de todos, el mismo Superior General, Hno. Adrien, que fue su secretario particular, primer Asistente y confi-

dente durante más de trece años; y el Hno. Benjamin, quien afirma: «¿Qué podría decir yo que no sepa nuestro querido Superior actual, así como usted, habida cuenta de que uno y otro ingresaron en el Instituto antes que este su pobre servidor?» (Doc. XX).

V. *Uso de las fuentes*

En el estudio de la biografía que nos ocupa, examinar el uso que de sus fuentes hicieron los autores resulta de importancia tal, que requiere una exposición bien detallada.

Por desgracia, debemos decir que los autores, que no eran escritores ni historiadores de profesión, no supieron utilizar las fuentes de que disponían siguiendo un método rigurosamente científico. Las emplearon un poco a la buena ventura: unas veces resumiéndolas, otras citándolas literalmente y en ocasiones retocándolas desde el punto de vista literario. Si bien esos cambios en la mayor parte de los casos no han desfigurado el contenido de la fuente, algunas veces, por desgracia –y ciertamente de buena fe– han disfrazado el sentido de la misma. Este problema, más bien raro, lo hemos solucionado poniendo en notas a pie de página el texto exacto de la fuente utilizada por los autores. Avisamos, no obstante, que para emitir un juicio sereno y objetivo y captar correctamente la idea del escritor, es necesario no detenerse simplemente en un término, cuyo significado a veces podría diferir del actual, sino analizar cada frase o fragmento enmarcados dentro del contexto.

Para poner un poco de orden en esta tarea, más bien desagradable, hemos dividido en dos grupos los diferentes retoques efectuados por los autores: los que no afectan al sentido, y los que lo modifican de algún modo.

1. *Retoques que no alteran el sentido.*– Son, con mucho, los más numerosos. Presentamos a continuación algunos ejemplos:

a) *Retoques que no alteran el sentido del conjunto.*– No todos los pasajes están modificados en igual medida: algunos parecen haber sido remodelados, en tanto que otros apenas se han tocado.

d*) Transposiciones de frases.*– En unos diez párrafos, los autores han realizado también transposiciones de frases.

f) Señalización de supuestas supresiones.– Algunas veces, sin que se sepa por qué, los autores han introducido puntos suspensivos en las citas sin ninguna razón, como ocurre en las siguientes páginas: 107, 151, 290, 302, 304, 361, 371.

g) Si en los ejemplos aportados, y en otros más numerosos que se encontrarán en nuestras notas críticas, buscamos el porqué de esas modificaciones, debemos confesar que el criterio seguido se nos escapa: si a veces interviene la necesidad de adaptación, de brevedad y de claridad, en otras ocasiones se constatan reto-

ques totalmente inútiles, hasta tal punto que, para los fines de la obra, frecuentemente el original es más eficaz que el texto ofrecido por los autores. Y así parece extraño cómo, en algunos casos, omiten expresiones ventajosas para las virtudes y la fama de santidad del Hno. Policarpo (cfr., por ej., par. 1ª, cap. 15, números 17, 22, pp. 175, 180). Si no estamos equivocados, nos parece que eso es debido únicamente a la inexperiencia científica de ambos autores, o a una cierta manía de cambiar, bastante frecuente en escritores de obras de divulgación.

2. *Retoques que afectan al sentido.*– Se trata de retoques que parecen dar a la frase un significado nuevo que, aunque no sea precisamente distinto del original, al menos lo altera un tanto. Aquí, especialmente, es necesario tener presente la advertencia dada sobre la importancia de considerar la expresión no solamente a la luz del contexto inmediato, sino más bien de la obra entera de cada uno de los autores de las fuentes, especialmente del Siervo de Dios, que ocupa la parte más preponderante.

Veamos algunos casos:

a) Retoques que afectan al sentido general.

c) *Conclusiones.*– Como hemos podido constatar, son diversas las alteraciones que afectan de algún modo al sentido, aunque no todas en la misma medida: en diversos casos los autores, al añadir adjetivos, adverbios o frases, e incluso al sustituir vocablos, han querido acentuar el significado de la palabra o de la frase; esto aparece especialmente en las cartas del Siervo de Dios. Aunque el hecho, en casos específicos, es una arbitrariedad de los Hnos. Eugène y Daniel, no obstante, si tenemos en cuenta la totalidad de la carta o documento y todo el epistolario del Siervo de Dios, sacamos la conclusión de que no se han desmarcado de su pensamiento y no han hecho otra cosa que aplicar lo que se lee en otros textos o en cartas dirigidas a la misma persona.

A veces han retocado la frase para dar más claridad a la idea, y si en algunos casos su texto es más extenso que el original, el contenido del discurso no cambia; otras veces el concepto expresado en algunas añadiduras responde: o bien a las cualidades reales del Hno. Policarpo, –tal como se describen en otros documentos– o bien a su pensamiento cuando se trata de sus escritos. Por ejemplo, si comparamos el extracto de la carta del Hno. Marie-Auguste que aparece en la *Vida* (pp. 134-135) con el original (*ibid.*, nº 2; Doc. XX) y los demás documentos que se refieren al carácter del Siervo de Dios y a las enfermedades que padeció, vemos que los retoques introducidos por los Hnos. Eugène y Daniel no solamente no modifican sustancialmente el sentido del texto, sino que lo enriquecen con matices que se leen en otros documentos. La modificación más notoria de toda la *Vida* es la efectuada en el fragmento de la circular de los Hnos. Adrien y Jean-

Marie, de 17 de enero de 1859 (usada por los autores de la *Vida,* pero sin entrecomillado en la circular), refiriéndose a la última comunión del Siervo de Dios antes de morir. Es cierto que la frase entrecomillada, que los autores ponen en los labios del Siervo de Dios (pp. 172-173), falta en el original (*ibid.*, nº 8), pero que recibir la comunión fuera un acto «muy querido para el enfermo» se afirma en la misma circular (*ibid.*, nº 9) y en otros documentos (por ej. Doc. XX). Puede darse también que los autores, aun sirviéndose de la circular, tuvieran presentes otros documentos que no han llegado hasta nosotros.

Admitido esto, podemos asegurar que, con tales retoques, los autores de la *Vida* no se propusieron exagerar las virtudes del Siervo de Dios; tan es así, que no citan, como ya hemos señalado, ciertas expresiones elogiosas para él. Excepto en unos pocos casos, los cambios que de alguna manera afectan al sentido, están relacionados especialmente con temas didácticos o formativos para la vida religiosa, y no directamente con las virtudes del Siervo de Dios.

Tampoco se vaya a creer que los autores han retocado todos los fragmentos presentados, ya que hallamos treinta que son fiel reproducción de los originales o con poquísimos e insignificantes cambios (cfr., por ej.: pp. 106-107, nn. 48, 49; p. 113, n. 1).

3. *Lista de los errores históricos hallados en la «Vida».*– Como ya hemos dicho, son pocos y de mínima importancia:

— p. 39, nº 2: no es exacto que de 1830 a 1836 el noviciado estuviera «completamente cerrado» (cfr. intr. Doc. VII);

— p. 62, nº 2: inexactitud sobre las deliberaciones habidas el 12 de septiembre de 1841 en la sesión del Capítulo General de la Congregación (Doc. VII);

— p. 93, nº 5: de 1842 a 1847 se fundaron 22 escuelas y no 17;

— p. 100, nº 20: no son exactas ninguna de las dos fechas, ni la de salida ni la de llegada de los religiosos a América;

— p. 103, nº 39: inexactitud en la fecha y en el número de religiosos que salieron en 1850 hacia América;

— p. 110, nº 64: el noviciado de Arthabaska, en Canadá, fue fundado en 1878 y no en 1880;

— p. 111, nº 65: inexactitud en cuanto al número de casas de la Congregación existentes en América en 1893;

— p. 113, nº 1: carta del 15 de abril de 1850, y no de «enero de 1850»;

— p. 181, nº 26: 25 de marzo de 1859 y no «23 de marzo»;

— p. 245, nº 11: carta del 20 de agosto de 1849 y no de «1847».

VI. *Valor histórico-crítico de la «Vida»*

Como resultado de una minuciosa confrontación de la *Vida* con los documentos conservados, estamos en condiciones de establecer de forma bastante precisa el valor histórico-crítico de la *Vida*.

Los autores, partiendo del conocimiento directo que habían tenido del Siervo de Dios y del prolongado contacto con sus colaboradores, –en primer lugar, con el Hno. Adrien, Superior General– plantearon la obra con el criterio de hacer hablar

Vida	*Originales*
Aprovechamos esta *circunstancia* (de 1º del año, par. 1ª, cap. 8, nº 6, p. 81).	Aprovechamos la *ocasión* de esta *circular* (8 de enero de 1841).
Pero para llevar a cabo una tarea tan difícil, necesitamos su colaboración, y nos la prestarán haciéndonos *llegar* todos los documentos que hubiera podido entregarles nuestro *venerado* Fundador, o que les hubiesen llegado a través de una fiel tradición... (par. 1ª, cap. 8, nº 15, p. 84).	Pero para llevar a cabo *fielmente* una tarea tan difícil, necesitamos su colaboración, y nos la prestarán *enviándonos en su primera carta de Regla* todos los documentos que hubiera podido entregarles nuestro *venerable* Fundador o que, *sin habérselos entregado él*, les hubiesen llegado a través de una fiel tradición...
La diócesis *de Monseñor Portier, situada* al este del Mississipi y *formada* por los Estados de Alabama y de Florida, ha recibido *desde hace mucho tiempo* misioneros *franceses*. Cuenta ya con más de 15.000 católicos, y la verdadera religión hace *allí cada día nuevos y rápidos* progresos. Doce sacerdotes y algunas religiosas de San Vicente de Paúl y de San Francisco de Sales secundan *el* celo *del digno prelado* y *se esfuerzan por* arrancar almas al *enemigo de todo bien. Para que su obra sea aún más próspera, Mons. Portier ha puesto su* mirada en nosotros *y en los* RR. PP. Jesuitas *que, también ellos, han prometido su ayuda. Deben ir* a dirigir *un* colegio *no lejos de la sede episcopal.* Su partida y la nuestra *las efectuaremos juntos;* etc. (par. 1ª, cap. 10, nn. 16-19, p. 99).	*Desde hace mucho tiempo* esta diócesis al este del Mississipi, *compuesta* por los Estados de Alabama y de Florida, ha recibido *nuestros* misioneros. *Monseñor Portier fue nombrado obispo de ella en 1829.* Cuenta ya *entre sus diocesanos* con más de 15.000 católicos y *ve con alegría* que la verdadera religión hace *de año en año sensibles* progresos. Doce sacerdotes y algunas religiosas de San Vicente de Paúl y de San Francisco de Sales secundan *su* celo y *procuran* arrancar *al demonio tantas* almas *como pueden. La* mirada *de este digno prelado se ha fijado* en nosotros. [Sigue un párrafo omitido por los autores sin poner puntos suspensivos]. *También parten* Padres Jesuitas *para dirigir el colegio de Mobile:* su partida y la nuestra *tendrán lugar al mismo tiempo hacia mediados de septiembre.*
Hoy, a las cinco de la mañana, *fortalecido con los* auxiliios de nuestra santa Religión, ha entregado *el último suspiro*, y este suspiro se produjo sin el menor esfuerzo: apenas si lo han podido notar	Hoy, *9 de enero,* a las cinco de la mañana, *después de haber recibido los últimos* auxilios de nuestra santa Religión, *este hombre virtuoso* ha entregado *su bella alma a Dios, en presencia de los*

los Asistentes (par. 1ª, cap. 5, nº 17, p. 175)	*principales Hermanos de la Casa. Hasta su último suspiro, ha estado en posesión de sus facultades mentales;* y este *último* suspiro se produjo sin el menor esfuerzo, *de tal manera que* apenas si lo han podido notar los asistentes.

b) Expresiones añadidas:

Vida	*Originales*
... sobre la fidelidad a sus ejercicios espirituales. *Estoy bien* persuadido de que... (par. 1ª, cap. 8, nº 8, p. 81)	... sobre la fidelidad a sus ejercicios espirituales persuadido de que...
lejos del tumulto *del mundo* (*ibid.*, nº 9, p. 82).	lejos del tumulto.
¿No es verdad que Dios espera de nosotros *humildes súplicas capaces* de hacerle una santa violencia? (par. 1ª, cap. 11, nº 3, p. 114)	¿No es verdad que Dios espera de nosotros que le hagamos una santa violencia?
Nuestra reunión era *tanto más urgente y* tanto más necesaria, cuanto que nuestro venerable Fundador vivió muy poco tiempo con nosotros. En *febrero de* 1826 escribía desde Blois, *donde era Vicario general*... (parte 1ª, cap. 14, nn. 20-22, p. 156).	Nuestra reunión era tanto más necesaria, cuanto que nuestro venerable Fundador vivió muy poco tiempo con nosotros. En 1826 escribía desde Blois...

c) *Cambio de persona gramatical*.– En unas veinte citas, aproximadamente, se observa el cambio de persona respecto al original: de la primera a la tercera o viceversa, o también de la primera a la segunda.

Vida	*Originales*
Acaba *de abrirse a su celo* un amplio campo en el Nuevo Mundo (par. 1ª, cap. 10, nº 4, p. 96).	Acaba *de sernos abierto* un amplio campo en el nuevo mundo.
Si ganan a Jesucristo (par. 1ª, cap. 11, nº 17, pp. 117-118).	Si *ganamos* a Jesucristo.
Permanezcan llenos de desconfianza en *ustedes* mismos... (par. 1ª, cap. 16, nª 7, p. 357).	*Permanezcamos* llenos de desconfianza en *nosotros* mismos... (cfr. todo el párrafo).

a las fuentes que habían recopilado con esmero. Por eso prefirieron usar los fragmentos entrecomillados. El método es sin duda excelente, pero no supieron apli-

Vida	*Originales*
Les conjuro también por todo lo que más aman, por el amor y la salvación de su alma... (par. 2ª, cap. 11, nº 21, p. 304).	Les conjuro por el amor de su alma, por todo lo que más aman..
En sus fervorosas oraciones, acuérdense de sus Hermanos de Francia, en especial de mí, que soy todo suyo (par. 2ª, cap. 17, nº 27, p. 372).	Acuérdense de todos ante Dios en sus fervorosas oraciones, en especial de mí, que soy todo suyo.

carlo. De ahí se derivan dos graves

e) *Supresiones no indicadas con puntos suspensivos*.– La razón principal que ha inducido a los autores a realizar estas supresiones parece haber sido la preocupación por la brevedad, lo cual les llevaba a eliminar cuanto no les parecía imprescindible.

Vida	*Originales*
Establecerá «en el Instituto un pacto fundamental o estatutos que determinen de una manera definitiva la organización de la Sociedad...» (parte 1ª, cap. 6, nº 14, p. 67).	Que debe haber en el Instituto un pacto fundamental o estatutos *que sirvan de base a las Reglas comunes*, que determinen de una manera definitiva la organización de la Sociedad...
Pero nuestro amor propio, el amor de nuestras comodidades y de la codicia, el deseo de agradar al mundo,... (parte 1ª, cap. 8, nº 9, p. 82).	Pero *nuestro orgullo*, nuestro amor propio, el amor de nuestras comodidades y de la codicia, el deseo de agradar a *un* mundo *falaz*.
Que el espíritu de celo apostólico, de paciencia, de vida interior, sea el alma de su alma. No respiren más que a Dios, no estén preocupados y hambrientos más que de Dios (par. 2, cap. 7, nº 10, pp. 262-263).	Que el espíritu *de sacrificio*, de celo apostólico, de paciencia, *de caridad*, de vida interior, sea el alma de su alma; *que* no respiren más que a Dios, *que* no estén hambrientos y *sedientos* más que de Dios.

inconvenientes:

1. La mayoría, casi absoluta, de las fuentes está constituida por los escritos del Siervo de Dios. Especialmente en la segunda parte, dedicada a las virtudes, se le hace hablar demasiado a él, mientras las fuentes externas, que debieran prevalecer, se reducen a bien poca cosa. Este método no responde a las necesidades de la Causa; sin embargo, los Hnos. Eugène y Daniel lo adoptaron aposta, con la finalidad de darlo a «conocer en sí mismo, revelando la sabiduría de sus miras, la

nobleza y la generosidad de sus sentimientos, las luces con que le había favorecido el cielo» (p. XX); y en ese aspecto, los autores quisieron seguir «el consejo dado por un biógrafo:...» (p. 351), tanto más cuanto que el Hno Policarpo escribía con gran sencillez y naturalidad, impulsado siempre por su profunda sinceridad.

2. Los autores provocan en el lector una justa desconfianza al retocar las fuentes citadas en los pasajes entrecomillados, en lugar de reproducirlas tal como estaban. Algunos trozos están ligeramente retocados, otros tienen cambios más profundos, que en algunos casos modifican también el sentido. Por este motivo, en las notas a pie de página hemos reproducido las citas de las fuentes sin retoques, de modo que los Consultores podrán fácilmente darse cuenta del método poco crítico seguido por los autores.

En la base de todo está el hecho de que los autores no eran escritores, y mucho menos historiadores. Inspirados en la literatura hagiográfica popular, preocupados por resaltar las virtudes del Siervo de Dios sin fijarse para nada en el rigor científico, carecían de las dotes necesarias para trabajos de este género.

Es verdad que los autores han retocado las fuentes, pero, del minucioso estudio realizado, hemos podido deducir que obraron de ese modo, no con el fin de alterar,

Vida	*Originales*
al indigno jefe (par. 1ª, cap. 8, nº 2, p. 80).	... *al pobre* jefe.
y en la *fidelidad* a todos nuestros deberes (*ibid.*, nº 9, p. 82).	Y (en) la *ocupación* de nuestros deberes.
Tenemos la certeza de que pondrán una religiosa diligencia en procurarnos todo lo que *puede sernos útil para el* éxito *de nuestra empresa (ibid.* nº 16, p. 84).	Tenemos la certeza de que pondrán una religiosa diligencia en procurarnos todo lo que nos *pueda* ayudar *a acabar con* éxito *la redacción que esperan con tan vivo interés*.
Este trabajo *será para nosotros muy valioso* (*ibid.*, nº 17).	Este trabajo *es muy agradable para nosotros.*
y que hace de nuestros corazones *un solo y mismo corazón* (*ibid.* nº 19, p. 85).	y que hace de nuestros corazones *una sola voluntad*.
Su celo, sobre todo *con los niños,* se desarrolla de una manera *admirable (*par. 1ª, cap. 9, nº 4, p. 92).	Su celo sobre todo se desarrolla de una manera *bien notoria.*
puesto que Monseñor *tiene a bien interesarse vivamente por ustedes y tomarse la molestia de darles él mismo lecciones de inglés* (*ibid.* nº 27, p. 101).	puesto que Monseñor *llevó su bondad hasta el extremo de convertirse en su profesor.*
... Pero para que *él* [el establecimiento de Mobile] *responda bien a mis esperanzas...* (*ibid.*, nº 28, p. 102).	*Es este establecimiento el que debe atraer sobre toda nuestra Congregación las bendiciones del cielo,* pero para

He ahí ... modelos de paciencia, *muy* propios *para animarles;...* (*ibid.*, nº 49)	*atraer esas bendiciones...* He ahí ... modelos de paciencia propios *para humillarnos;*
si, como ese gran santo, *aman ardientemente a Jesucristo y lo eligen como su única herencia* (parte 1ª, cap. 11, nº 16, p. 117).	si *cifran*, como ese gran santo, *todo su tesoro* en Dios.
con *indecible* gozo (*ibid.*, nº 26, p. 121).	con *transportes de* gozo *y de felicidad.*
el otro contiene *varias respuestas que yo había recibido de nuestro antiguo Superior, y cuyos pasajes más hermosos leía* a los Hermanos *puestos* bajo *mi dirección* (*ibid.*, nº 29, pp. 121-122).	y el otro contiene *las que él me había escrito para leérselas* a los Hermanos bajo mi dirección.
Yo cuidé, *nos escribe él,* y serví *a nuestro venerado Superior* durante *su enfermedad, que lo retuvo en cama* más de un mes. *Me siento feliz al decirlo: su virtud parecía crecer con el sufrimiento.* Noté *especialmente su piedad, su unión con Dios. A pesar de los estragos de la enfermedad, su rostro, siempre sereno, reflejaba la paz de su alma.* Me edificó continuamente *tanto por su paciencia y su* sumisión *a la voluntad divina* como *por su docilidad al seguir las indicaciones del* médico, *al someterse a los más insignificantes deseos de los Hermanos encargados de atenderle* (parte 1ª, cap. 13, nº 2, pp. 134-135).	Yo *lo* cuidé y serví durante más de un mes y me edificó continuamente: sumisión y obediencia absolutas a todo lo que le pedían tanto el médico como el enfermero. Noté en él un recogimiento constante, un fervor ininterrumpido. (cfr. Doc. XXI).
los débiles *se autorizan con esos malos ejemplos para transgredir* las Reglas *a su vez; no respetan los* usos establecidos *según venerables tradiciones, sino en la medida en que se les enseña a respetarlas* (par. 2ª, cap. 8, nº 9, p. 274).	los débiles *se escandalizan fácilmente de las transgresiones a las Reglas o a los buenos usos establecidos; ese escándalo es mucho más funesto si lo da un superior, quien está más obligado que los demás a observarlas.*
nuestra pobre Congregación (par. 2ª, cap. 10, nº 29, p. 293)	*esta querida* Congregación.
¿Qué debía hacer por ti *que no haya hecho*? (par. 2ª, cap. 11, nº 17, p. 303).	¿Qué debía hacer por ti, *que me rehuyes?*
se ha convertido en objeto de envidia	

de las personas *enemigas de nuestra santa Religión* (*ibid.* nº 9, p. 362).	se ha convertido en objeto de envidia de las personas *que no aman el bien.*
Esa desgracia no le sucederá *jamás* a ninguno de ustedes, así lo espero; ya que todos serán fieles a la gracia *de su vocación,* y con tal apoyo *permanecerán siempre firmes en los caminos de la santidad.* (*ibid.,* nº 14, p. 374).	Esa desgracia no le sucederá *sin embargo* a ninguno de ustedes, así lo espero; porque todos serán *siempre* fieles a la gracia, y con tal apoyo *es imposible; pero no deben olvidar que son hombres y que la infidelidad a una gracia conduce a otra, y así, gradualmente, uno se aparta de su deber.*

b) *Palabras o frases añadidas al texto que afectan al sentido o son de mucha importancia.*

Vida	*Originales*
la *pesada* carga de la autoridad (par. 1ª, cap. 7, nº 9, 74).	la carga de la autoridad.
por su *humilde* sumisión (par. 1ª, cap. 8, nº 3, p. 80).	por su sumisión.
este espíritu ... de sencillez *religiosa...* (*ibid.* nº 4).	este espíritu ... de sencillez.
Viviendo así, lejos del tumulto del mundo y en la fidelidad a todos nuestros deberes, *Dios se dignará animar nuestra morada, llenar de encanto nuestra soledad;* veremos convertirse nuestras casas... (*ibid.,* nº 9, p. 82).	Viviendo de ese modo, alejados del tumulto y ocupados en nuestros deberes, nuestras casas se convertirán...
Oren, y oren con ardor; *sean asiduos al santo ejercicio de la oración* (*ibid.,* nº 10).	Oren, y oren con ardor.
han hecho ustedes progresos *notables* (par. 1ª, cap. 9, nº 4. p. 92)	han hecho ustedes progresos.
Hasta se puede decir que el tallo que ha crecido *bajo los rayos vivificantes del sol de la gracia ya ha dado flores y frutos (ibid.).*	Hasta se puede decir que el tallo ha crecido, que incluso ha dado flores y frutos.
pero ustedes están en el camino; *continúen marchando por él sin descanso y*	pero ustedes están en el camino...

siempre con orden – como ha dicho – por falta de preparación técnica y como *siempre con orden* – como ha dicho – por falta de preparación técnica y como 93-94).

este favor *insigne* (par. 1ª, cap. 10, nº 9, p. 98).	este favor.
Únanse a estas *generosas* disposiciones (*ibid.* nº 13).	Únanse a esta disposición.
y que estamos llamados a seguir al divino Maestro, que ha dicho..., *¿qué no debemos hacer para ser, en todos los aspectos, verdaderamente dignos de nuestra santa vocación?* (*ibid.*, nº 50, p. 107).	y que estamos llamados a seguir al divino Maestro, que ha dicho...
y que yo he conservado *cuidadosamente,* nos escribe un director. *Con frecuencia me complazco en releerlos, en meditarlos, siempre con gozo y con frutos renovados para mi alm*a (par. 1ª, cap. 11, nn. 21, 22, p. 120).	y que yo he conservado (cfr. Documento XX).
el *vivo* deseo (par. 1ª, cap. 14, nº 32, p. 158).	el deseo.
Las desganas, las sequedades, las arideces, *los asaltos del infierno* en la oración, no son, *escribe él,* un obstáculo para los frutos que se pueden sacar de ella; *bien* al contrario, t*odas sus pruebas sirven* a menudo *para disipar las ilusiones que nos llevan a creernos más perfectos de lo que somos; nos conducen a la exacta apreciación de nuestras debilidades y de nuestra nada;* nos hacen más humildes... (par. 2ª, cap. 6, nn. 18, 19, 20).	Las sequedades y las arideces en la oración no son un obstáculo al fruto que se puede sacar de ella; al contrario, eso sirve a menudo para hacernos más humildes...
Su *suave* unción (par. 2ª, cap. 10, nº 24, p. 292).	Su unción.
Pero Dios *ha querido* conservarles aún *a mi afecto* (*ibid.*, nº 51, p. 375).	Pero bendito sea Dios que ha querido conservarles aún.
Estén llenos de ánimo y *de confianza* (*ibid.*, nº 67, p. 378).	Estén llenos de ánimo.
Aprecio *mucho su* establecimiento (*ibid.*, nº 173)	Aprecio ese establecimiento.

impulsados por una cierta manía de cambiar. También se observa en ellos el esfuerzo por no apartarse ni del pensamiento de los autores de las fuentes –especialmente del espíritu Siervo de Dios– ni de la idea general que se tenía de sus virtudes en el Instituto. Independientemente de las fuentes, los Hnos. Eugène y Daniel estaban íntimamente convencidos, desde hacía muchos años, del alto grado de virtud alcanzado por el Siervo de Dios.

Por otro lado, muchos puntos de la *Vida* –especialmente de la segunda parte– se hallan corroborados por documentos ajenos a ella, aun siendo posteriores (Docc. XXIII, XXIV, XXV, XXVI).

El estilo retórico, las frecuentes consideraciones de índole general y la poca exactitud en las citas, son fruto de la época en que se escribió la biografía y de la escasa preparación científica de los autores.

Concluyendo, podemos afirmar que la *Vida* del Hno. Policarpo escrita por los Hnos. Eugène y Daniel, a pesar de los defectos de enfoque y de estilo, a pesar de los retoques a los textos presentados, es un documento que puede servir para reconstruir el retrato moral del Siervo de Dios. No obstante, la obra es fruto de honestas investigaciones –aunque incompletas– por parte de los autores, en cuya intención no hubo ánimo de faltar a la fidelidad histórica.

VII. *Criterios seguidos al preparar la presente edición*

Presentamos tal cual, el texto editado en 1893, introducción incluida. Sólo omitimos el *Imprimatur* del obispo del Puy, expedido por su Vicario General, el índice final y un retrato del Siervo de Dios colocado al comienzo. Además:

1. Hemos indicado la paginación original entre corchetes.
2. Hemos completado el texto con numerosas notas explicativas.
3. Las notas a pie de página precedidas por un asterisco pertenecen a la edición original. Todo lo que hemos añadido a estas por nuestra parte, está separado por un guión; en algunos casos la nota es nuestra desde el principio.
4. Los autores han puesto pensamientos y consideraciones de varios escritores con citas incompletas, a menudo sin indicar el título de la obra. Al no tratarse de pasajes referentes al Siervo de Dios, sino de carácter general, no hemos visto la necesidad de completarlos.

Vida / del / Hermano Policarpo / tercer Superior General / del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón / Paradis, cerca del Puy / 1893.

INTRODUCCION

Cuando el cielo se ha dignado mirar con ojos de misericordia a un pueblo, suscita en su seno hombres extraordinarios a quienes, por el ascendiente de sus luces y virtudes, les es dado encandilar los espíritus y los corazones para entusiasmarlos mediante no sé yo qué arte de encantamiento y dejar tras de ellos monumentos preciosos y perdurables de su paso por la tierra. (PADRE COINDRE, *Panegírico de San Vicente de Paúl*).[1]

[X] Lo que el P. Coindre dice de esos hombres de élite, enviados por Dios para hacer el bien con tanto éxito y tanto brillo, se le puede aplicar a él mismo. Bajo este punto de vista, sus obras y sus discursos iban acompañados de una bendición especial: no sólo por el poder y el encanto de su palabra encandiló y convirtió a las multitudes que acudían a oírle anunciar el Evangelio, sino que le cupo también la gloria de legar a la posteridad obras perdurables, esperanza de la Iglesia y de la sociedad.[2] Bendecidas por el cielo, esas obras, llenas de savia, todavía existen a pesar de la furia con que las tormentas y revoluciones las han azotado desde su nacimiento.

Indudablemente, las incesantes labores y las mil solicitudes de su sagrado ministerio absorbían casi por completo su vida de apóstol; pero ¿qué es lo que no se podría conseguir [XI] por medio de un trabajo entusiasta y perseverante? Hombre de acción y de entrega, supo emplear todos los medios a su alcance para asegurar el éxito de las congregaciones que había fundado para gloria de Dios. Desde el principio de su fundación, ¡cuántos obstáculos se opusieron a sus designios! ¡Cuántas dificultades tuvo que superar! De todo triunfó, merced a su gran confianza en Dios, a su incansable actividad y a sus generosos sacrificios.

La Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón se vio especialmente necesitada de su apoyo y sus consejos; por ello, tanto de cerca como de lejos, le prodigó sus oraciones, su viva solicitud y todos los tesoros de su inagotable caridad. Y cuanto más difícil e insegura se hacía la marcha de esta hija de su corazón, más redoblaba él su celo y sus esfuerzos para consolidarla y desarrollarla.

Los primeros frutos, al fin, respondían a sus expectativas: el cielo favorecía [XII] visiblemente a la nueva Congregación en el momento que la muerte prematura del piadoso fundador vino a truncar todas sus esperanzas. Faltaba todo tipo de recursos, la dirección misma se hizo vacilante y parecía desalentada, y de 1826 a 1841 la Congregación tuvo que pasar por momentos muy críticos bajo todo punto de vista: en varias ocasiones, hasta su misma existencia se vio seriamente amenazada. Fueron años de verdadera agonía... en el sentido estricto de la palabra: «lucha contra la muerte».

Pero colocada bajo los auspicios del Sagrado Corazón, no podía sucumbir. A fin de restaurar su confianza e impulso, la divina Providencia le hizo conocer al hombre que necesitaba y la inspiró para que se abandonara a él.

Este hombre providencial, este restaurador y salvador, fue el Hno. Policarpo, de santa y gloriosa memoria.

[XIII] Es su entrañable figura, juntamente con sus obras, lo que en esta reseña biográfica tratamos de sacar a la luz, y con ello creemos dar respuesta a muy legítimos deseos manifestados desde hace mucho tiempo. Respetando ante todo la exactitud y la verdad, nos hemos esforzado por reproducir fielmente el cuadro de las virtudes que practicó y que tan admirables parecieron a cuantos tuvieron la dicha de ser testigos de ellas. ¡Quién pudiera disponer de colores más vivos y de un contraste digno del carácter vigoroso, aunque modesto, de nuestro modelo! Lo confesamos: si no hubiésemos calibrado más que nuestras fuerzas, habríamos desistido de la empresa.

Pero ¿podíamos dejar caer poco a poco en el olvido el recuerdo de este perfecto religioso? ¿Podíamos negar a cuantos lean estas páginas, tantas ocasiones de edificarse, de reavivar su celo por la perfección y de redoblar su esfuerzo en las pruebas de la vida? [XIV]. Aquí verán al Hno. Policarpo siempre paciente y fuerte, siempre con el corazón en lo alto, siempre fiel a su deber, siempre bueno, afectuoso, humilde y caritativo, difundiendo en torno suyo el suave influjo de su piedad como la flor exhala sus aromas, como la antorcha irradia su luz.

Inspirándonos en sus pensamientos, que hemos recopilado con esmero, y en los sentimientos que brotaron de su corazón, hemos pretendido, sobre todo, reproducir los rasgos más destacados de su fisonomía religiosa. De ahí nuestra obligación de estudiar su alma, su vida íntima, el móvil de sus acciones, en una palabra, de analizar en él principalmente la vida sobrenatural. ¡Ojalá que lo hayamos conseguido!

Y por otra parte, ¿no resulta siempre saludable meditar la vida de los santos, incluso la de los justos que no son honrados con un culto especial? El heroísmo y los triunfos de los unos, los esfuerzos perseverantes de los otros por imitarlos, ¿no nos comprometen a seguirles [XV] en la carrera que tan esforzadamente han corrido, a fin de que ganemos en pos de ellos la misma corona inmortal?

«Es, en efecto, –dice un biógrafo– un pensamiento muy consolador y muy adecuado para levantar los ánimos decaídos, rememorar a los amigos de Dios, llegados ya al seno de la gloria tras haber recorrido las sendas de la justicia y de la inocencia. ¿No nos dejaron en herencia el recuerdo de sus virtudes? Recoger y

comunicar a otros este precioso tesoro es realizar una obra de celo apostólico: no es únicamente saldar la deuda que nos impone su bendita memoria, también es propagar y perpetuar sus enseñanzas. «Después de muertos, continúan hablándonos».[3] Es pregonar a lo lejos esos actos, esos ejemplos de generosidad cristiana que el Apóstol llama el buen olor de Jesucristo»,[4] perfume divino [XVI] que, a menudo, en los designios de la Providencia, constituye para gran número de almas un principio de vida y de salvación.

«Todos hemos sido llamados por Dios a la santidad»;[5] pero la gracia ha dispuesto en el camino que lleva al cielo, lo mismo que la naturaleza en las faldas de las montañas, diversos grados o niveles para ayudarnos a subir cada vez más alto. Escalemos esos grados con paso firme y decidido a pesar de las fatigas; si el cansancio nos abruma o nos tienta el desaliento, poseemos, además de los auxilios divinos, los ejemplos de ilustres personajes que la Iglesia nos presenta como modelos a imitar; y al igual que San Agustín, cada uno de nosotros se puede hacer la pregunta: «Lo que otros han hecho, ¿no lo podrás hacer tú?»[6]

Pero si nos falta el valor que ellos tuvieron, de aspirar a las más elevadas cumbres de la perfección evangélica, [XVII] y la fuerza de llegar a las grandes inmolaciones del amor divino y del Calvario, al menos nos es posible elevar los ojos hacia regiones más al alcance de nuestra debilidad.

«La vida de los santos, escribe un autor a este respecto, es lectura buena y provechosa cual ninguna; pero sucede a veces que el carácter sublime de sus virtudes hace sus ejemplos menos eficaces. Se siente uno casi descorazonado ante el espectáculo de un heroísmo que se eleva constantemente a unas alturas inaccesibles para las fuerzas comunes. Así pues, resulta una obra útil relatar la vida de los siervos de Dios que han dejado el recuerdo de una perfección menos extraordinaria y, por eso mismo, más imitable».[7]

Sin duda, no tuvieron que realizar acciones brillantes; no obstante, supieron cumplir las pequeñas con esa intención religiosa que sublima las [XVIII] obras más ordinarias y les da una perspectiva sobrehumana.

Tal fue el Hno. Policarpo. Aparentemente, su vida apacible y serena no se aparta de la senda ordinaria; sin embargo, era todo tan puro en él, tan prudente, tan bueno, tan bien ordenado, que en su existencia no cupo la vulgaridad. A los ojos de todos

---

[1] Se conserva el documento hológrafo en el Archivo general de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, en el legajo homónimo, pp. 20-21.

* [2]La Congregación de las Hermanas de Jesús-María y la de los Hermanos del Sagrado Corazón. — Hemos aludido a la primera en la introducción al Doc. III.

apareció siempre como un modelo, y a ese título nos sentimos felices de proponerlo a quienes se inician en la vida religiosa, a los maestros de la infancia y de la juventud, a todos aquellos que soportan la pesada carga de la autoridad.

En la primera parte de este libro, diremos quién fue el Hno. Policarpo, primero en el mundo seglar y después en la vida religiosa; recordaremos sus trabajos, su vida y su muerte.

En la segunda parte, presentaremos hasta cierto punto la clave de las virtudes del Hno. Policarpo, expondremos la perseverante actividad de su entrega y el poder de su [XIX] acción, al estilo que la savia interior del árbol explica el crecimiento y la belleza de sus frutos.

Sobre los años de sus infancia, de su juventud y de su adolescencia, pasados en el seno del hogar familiar, únicamente podremos proporcionar algunos detalles; por el contrario, disponemos de valiosos documentos relacionados con la parte de su vida transcurrida en el Instituto.

Podemos, además, evocar nuestros recuerdos personales: por un favor especial de la divina Providencia, durante varios años nos hemos cobijado bajo el mismo techo que nuestro venerado Superior. Entonces, por así decirlo, pudimos examinar la mayor parte de sus acciones, descubrir algunos secretos de su hermosa alma y vislumbrar el grado de santidad que había alcanzado. Por eso nos es posible reproducir ciertos hechos y determinados detalles, nimios en apariencia, en los cuales encontraremos nuevos ejemplos de esa virtud de la sencillez que [XX] el mundo desconoce; sencillez que, sublimando las cosas más pequeñas mediante la pureza de intención, atrae sobre las más humildes acciones las miradas de Dios.

En las páginas que tratan de sus virtudes, citaremos con frecuencia sus propias palabras, y de esa manera, como sin caer en la cuenta, él mismo se encargará de dársenos a conocer, revelando la sabiduría de sus miras, la nobleza y la generosidad de sus sentimientos, las luces con que el cielo le quiso favorecer. Con tal objeto hemos recurrido a buenas fuentes, pues hemos tenido la ventaja de acceder a gran número de cartas confidenciales dirigidas a varios Hermanos que desde hacía mucho tiempo le habían confiado los secretos más íntimos de sus almas; y nos sentimos orgullosos de poder afirmarlo: hemos hecho este trabajo con la mayor discreción del mundo; salvo esta reserva que teníamos la obligación de imponernos, hemos podido reproducir, sobre diversos puntos de la vida religiosa, todo lo que dichas cartas contienen [XXI] de más sustancial, de más instructivo, de más apropiado para alimentar los corazones con los frutos de la piedad, para prevenirlos contra las ilusiones del amor propio, para fortalecerlos contra su debilidad y contra los ataques del infierno.

Aparte de diversas circulares suyas que hemos podido procurarnos, también hemos sacado partido de un compendio de *Sentimientos y Resoluciones* que el Hno. Policarpo escribió en el recogimiento del retiro y la oración a lo largo de diversas épocas de su vida. Este compendio era, por así decir, su *vademecum*; diariamente encontraba en él saludables impresiones y tonificantes recuerdos, idóneos para empapar su alma en el espíritu de su vocación y para guiar su marcha por el camino de la vida espiritual.[8]

Hagamos un breve análisis:

En primer lugar, después del ejercicio de la meditación y bajo las inspiraciones de la gracia, su espíritu está plenamente convencido de las verdades fundamentales de la [XXII] fe: conoce la grandeza y el destino de su alma, la nada de las cosas de aquí abajo y el precio inestimable de los bienes celestiales. De ahí que desee hacer todo, emprender todo sin descanso, a fin de no poseer otro tesoro que su Dios en el tiempo y en la eternidad: esta es la meta única de sus deseos, de sus trabajos y de sus esperanzas.

Indudablemente, como todos los santos, gime a causa de sus infidelidades; se horroriza de su debilidad y del imperio tiránico de los apetitos inferiores que gravitan en su alma; lamenta amargamente hallarse aún tan lejos de la perfección religiosa; empero, a pesar de tantos motivos de confusión y de temor, él espera, le resulta consolador descansar confiadamente en la misericordia y el amor infinitos de Dios, y dócil a la voz que se digna instruirle e inspirarle firmes resoluciones, está dispuesto a todos los sacrificios: el doloroso camino del Gólgota es el que quiere seguir desde ahora hasta [XXIII] su último suspiro. En fin, el objetivo final que se propone en su *Compendio* es abrazar resueltamente una nueva vida y, como él mismo dice, «llevar una vida crucificada y escondida en Dios con Nuestro Señor Jesucristo». Como veremos, cumplió su palabra.

¡Dichosos aquellos que sobreviven al venerado Hno. Policarpo a quienes estas páginas puedan evocar preciosos recuerdos! ¡Dichosos, sobre todo, si supieron aprovechar sus lecciones y sus ejemplos! En cualquier caso y sin duda alguna, seguro que tanto ellos como nosotros pondremos todo nuestro empeño en pagar un tributo de reconocimiento a la memoria de aquel que fue en los inicios de nuestra vida religiosa un luminoso guía y el más indulgente de los padres. En cuanto a quie-

---

* [3] Hebr., 11, 4.

* [4] 2 Cor., 2, 16.

* [5] Rom., 8, 8.

nes no tuvieron la dicha de conocerle, abrigamos la esperanza de que puedan sacar de esta noticia biográfíca un nuevo alimento para su fe y para su piedad, pues una vida edificante, independientemente del talento que posea quien la cuenta, tiene un no sé qué de gracia, un no sé qué [XXIV] de perfume celestial, que llega directamente al alma, siendo difícil leer su historia sin experimentar la necesidad de hacer una profunda introspección, sin sentir el deseo de «no arrastrarse más, de arrojar el triste lastre de la tierra y ascender un día tras otro a esas alturas superiores adonde uno llega y permanece por la oración».[9]

¡Quiera el divino Corazón bendecir nuestro humilde trabajo y derramar su espíritu de mansedumbre, de humildad y de amor sobre todos los que se glorían en vivir y combatir bajo su bandera!

[1] *Vida / del / Hermano Policarpo / tercer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón.*

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Nacimiento.– Infancia.– Juventud.

Cuando Dios quiere realizar grandes obras, dice un piadoso prelado,[1] elige siempre los más humildes instrumentos. Se hospeda bajo el techo de paja de familias pobres en bienes de la tierra pero ricas en el don precioso [2] de la fe. Deposita su espíritu en el corazón de un hijo del pueblo, que resulta su elegido..., y que más tarde se convertirá en ángel de piedad, ferviente religioso, incansable maestro de la juventud, padre y modelo, a veces, de una gran familia religiosa. Eso es lo que ocurrió exactamente con aquel cuyas obras y virtudes pretendemos recordar.

El Hno. Policarpo, Jean-Hippolyte Gondre en el mundo, nació el 21 de agosto de 1801 en La Motte, cantón de Saint-Bonnet, cerca de Gap (Hautes-Alpes).[2] Era hijo de Jean-Joseph Gondre y de Victoire Gonsalin.[3] Procedía de una de esas familias de agricultores poco favorecidas por los bienes terrenales, pero en las que

---

* [6] Racine, hijo.

* [7] P. Burnichon.

la fe se conserva pura y recia como el lote más valioso de la herencia legada por sus antepasados.

Desde su más tierna infancia, Hippolyte tuvo la dicha de recibir las primeras nociones de la ciencia religiosa. Su alma, recta y limpia, debía experimentar los correspondientes saludables efectos: muy pronto, bajo la influencia y los ejemplos de una madre verdaderamente cristiana, se convirtió en un niño sensato y creció «lleno de gracia y de sabiduría ante Dios y ante los hombres»[4]. La piedad, que fue el adorno de toda su vida, fue calando sin obstáculos en su corazón y lo inclinó [3] hacia las cosas divinas. Esta atracción sobrenatural fue un presagio de su porvenir.

Poseemos escasos detalles sobre la primera parte de su vida. Creció envuelto en un velo de silencio; así transcurrieron también la infancia y la juventud de muchos santos ilustres y del mismo divino Maestro.

Es probable que frecuentase la escuela primaria de su pueblo hacia los seis años y que en ella encontrase un ambiente favorable al florecimiento de su alma. Pero en cuanto sus fuerzas se lo permitieron, sus padres lo emplearon en los trabajos del campo. Tal como nos cuenta el Sr. Cura Párroco de La Motte, «Jean-Hippolyte Gondre, como todos los niños de la región, fue pastor durante su niñez». A temprana edad, pues, emprendió la ruta del trabajo, ruta que preludiaba su futura vocación; fue pastor de ovejas antes de ser pastor de hombres; como Pedro, el pescador de Galilea, que mientras echaba sus redes en las aguas del lago de Genesareth, ricas en peces, andaba muy lejos de sospechar la clase de pesca a la que sería llamado.

Durante la estación invernal, sin embargo, al joven Jean-Hippolyte se le permitía reanudar sus clases de estudios primarios, perfeccionando así su instrucción, lo cual sucedió [4] a lo largo de varios años. La mayor parte del tiempo transcurría pues, para él, en el modesto empleo de pastorcillo.

Pero mientras apacentaba su rebaño en las laderas de las altas montañas que confinan con La Motte, ¿no se entregaría también alternativamente a la lectura y a la oración, saboreando en el silencio de la soledad las puras alegrías del deber cumplido? Durante las largas jornadas de su vida pastoril, ¿no empezaría Dios a hablar al corazón del niño en el que cifraba secretos designios? Lo ignoramos. Lo que sí podemos creer es que el recuerdo de esta ocupación, tan subestimada por los hombres, contribuyó en gran medida a reafirmarlo más tarde en la humildad de la

---

[8] Como ya sabemos (intr. al presente documento e intr. al Doc. XIII), este escrito del Siervo de Dios ha desaparecido.

que tantas pruebas dio.

En la casa paterna y en clase, puso de manifiesto las preciosas cualidades que constituyen el encanto y ornato de la niñez: candor, sencillez, docilidad de carácter; las gracias cautivadoras del niño de cuya frente irradia una aureola de pureza e inocencia. Dotado de temperamento agradable, se hizo querer por sus condiscípulos: «Era bueno, apacible, afable, complaciente con sus compañeros, que lo querían mucho», como sigue diciéndonos el Sr. Cura Párroco de La Motte. A estas cualidades añadía un gran deseo [5] de instruirse y un espíritu serio al que parecía convenir otro destino. La familia Gondre, por otra parte, se había dado cuenta de que Hippolyte no había nacido para pasar sus días en las ocupaciones del campo: de ahí que apoyaran sin vacilación su marcado gusto por el estudio y por todo lo que pudiera estimular la actividad de su inteligencia.

Esas felices disposiciones le granjearon un cariño especial por parte de sus padres. Convertido en el objeto de su más tierno amor, siempre se mostró digno de él, tanto por su carácter abierto e ingenuo, como por la extraordinaria bondad que manifestaba su corazón y, sobre todo, por aquella sumisión, aquella piedad y aquella modestia que se contarán más adelante entre sus virtudes distintivas.

En este marco de fidelidad a sus deberes llegó para Hippolyte el año de su primera comunión. Si no estamos en condiciones de fijar con exactitud la edad que tenía cuando se le juzgó digno de recibir este precioso don, sí estamos, al menos, autorizados a creer que obtuvo de él los mayores beneficios. El buen ejemplo que daba a todos y la regularidad de su vida son las garantías más seguras de ello. Su vida era «irreprochable», tal como dice el Sr. Cura Párroco de La Motte. Las ideas cristianas parecían innatas en él y el sentimiento religioso, por otra parte, orientaba [6] su voluntad hacia Dios, a quien ya soñaba consagrarse totalmente.

La primera comunión va acompañada muchas veces de un eco: el de la vocación. Aunque joven aún, ¿no habría oído Hippolyte la voz del cielo llamándole a una vida de perfección y apostolado? A duras penas podemos dudarlo; lo que sí está claro es que desde los doce o trece años, muy preocupado por su futuro, experimentaba la necesidad de ser un día útil a la Iglesia y trabajar por la salvación de las almas; aspiraba a la dicha y a la gloria del sacerdocio. «Con objeto de entregarse al Señor en el estado eclesiástico, Jean-Hippolyte Gondre hubiera hecho de buena gana los estudios preparatorios para su ingreso en el Seminario Mayor. Varias veces había manifestado esa intención. Pero el P. Thouart, por aquel entonces al frente

---

* [9] P. de Ravignan.

de la parroquia, pensó que era su deber disuadirle de tan piadoso deseo, pues la familia Gondre no se hallaba en condiciones de hacer frente a los gastos que necesariamente acarrearía la extensa preparación al santo ministerio».

Así pues, el lugar de Hippolyte no estaba reservado en el santuario. Dios tenía sobre él otros proyectos que más adelante le daría a conocer. Pero antes de emprender el camino por la ruta que el Señor quería fijarle, el joven Gondre aún debería permanecer durante varios años en su pueblo [7] natal para ejercer allí el doble apostolado del buen ejemplo y de la enseñanza cristiana.

Cuando llegó a la adolescencia, el imperio de la virtud estaba sólidamente cimentado en su corazón; así nos lo confirma la siguiente declaración del sacerdote citado:

«Las personas que conocieron a Hippolyte Gondre coinciden en dar de él un testimonio excelente bajo todo punto de vista. Acostumbrado desde niño a vivir en soledad y a saborear sus delicias por inclinación natural, jamás deseó las diversiones mundanas; experimentaba, más bien, cierta repugnancia hacia ellas. Mostrándose dócil a los sabios consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefería los goces de la piedad y los encantos de la familia. La lectura, la oración y las prácticas religiosas le resultaban verdaderamente atrayentes. Su aspecto respetuoso, su piedad auténtica y profunda durante los oficios religiosos en la iglesia, eran motivo de edificación para la parroquia entera ... Además podríamos añadir de Hippolyte Gondre toda clase de cosas buenas sin temor a equivocarnos», concluye el Sr. Párroco de La Motte.

De este modo, gracias a la sabia dirección que supo dar a su espíritu y a su voluntad, tuvo la dicha de disfrutar de una juventud serena y [8] pura y constituirse para todos en un modelo de bondad y de virtud. No nos cabe la menor duda de que su exterior revelaba la hermosura de su alma y que bajo esa apariencia impregnada de inocencia y de modestia, se encontraba uno de esos adolescentes de élite cuyas mentes nunca fueron contaminadas por el vaho del espíritu mundano.

Conforme al consejo del Sabio, «vigiló constantemente su corazón, para evitar la caída que ocasiona la muerte»[5]. Más tarde, con el candor y la franqueza de su

---

*[1] Monseñor David, obispo de Saint-Brieuc. — El período de su episcopado fue: de 1862 a 1882.

[2] Cfr. Doc. I, para el nacimiento y Doc. III,1 para el bautismo, al que no hacen referencia los autores aquí.

[3] Cfr. intr. Doc. I.

alma expansiva, él mismo nos comentará las precauciones que tomaba para asegurarse contra cualquier ataque del mal.

«En el mundo –decía, más o menos, con estas palabras– ¡cuántos peligros amenazan a las buenas costumbres! ¡cuántos escollos para la virtud! Yo no lo ignoraba; y así, para conservarme bueno y puro, me imponía las más severas normas de vigilancia, sobre todo, llegada la edad en que las pasiones bullen en el corazón del adolescente. Por ejemplo, si tenía que alejarme de la casa paterna para cumplir con mi deber, en caso necesario daba un rodeo con el fin de evitar las tentaciones del placer, las seducciones del mal ejemplo y a veces, incluso, la vista de ciertas personas [9] cuyas actitudes y palabras demasiado desenvueltas hubiesen podido causar en mí peligrosas impresiones».

¡Joven encantador! ¡Lástima que no tenga muchos imitadores!

Tal fue Hippolyte en los bellos días de su juventud. Pero ¿podía contentarse con ser feliz para sí y gozar a solas de una vida tranquila y laboriosa que hubiera podido bastar a su conciencia y a sus aspiraciones de felicidad? De ninguna manera. Su alma generosa deseaba hacer el bien a los de cerca y a los de lejos, quería entregarse a una vida de abnegación y sacrificio; y así, en sus tiempos libres, ponía todos los medios a su alcance para asegurar el éxito de un proyecto que alimentaba en el fondo de su corazón.

Él, que al principio no había podido frecuentar la escuela más que en la época de invierno y que después tenía que apartarse de los estudios para colaborar en las mil faenas del campo, de las que no siempre se podía dispensar, ¡qué fuerza de voluntad, qué perseverancia debió de tener para adquirir la formación que le procuraría el acceso a la carrera de maestro de escuela! A base de trabajo personal, obtuvo el título de profesor de enseñanza primaria.[6]

A partir de entonces se entregó con pasión a la tarea de la educación, contento de poder contribuir a cultivar las [10] jóvenes inteligencias y de formarlas al amor de todo lo bello y de todo lo bueno, a la práctica de la virtud.

«Hippolyte Gondre –prosigue escribiéndonos el Sr. Cura Párroco de la Motte– se convirtió en un maestro competente, muy estimado en la región. Las personas que me han facilitado informes a este respecto, aseguran que enseñaba muy bien y que formó excelentes alumnos».

Durante los últimos años que pasó en su tierra natal, su conducta fue la de un

---

[4] Lucas 2, 52.

fervoroso cristiano y la de un maestro que comprende la grandeza de su misión y sabe desempeñarla con exactitud. Apetecer la soledad, amar el trabajo y el deber santamente cumplido: tal fue la línea de conducta que él se trazó; a pesar de las penas, fatigas y sacrificios de cada día, siguió esa línea sin desmayo. Iluminado de lo alto, sabía, además, que «el camino de la vida se encuentra en las alturas, y que el justo se aleja de las sendas resbalosas del infierno».[7] Los principios que habían alumbrado y alegrado su juventud fueron excelentes. ¿Podría olvidarlos él, de conciencia tan delicada y de alma tan pura? Feliz de hacer de ellos su regla de conducta, se elevó más que nunca por encima de intereses [11] y placeres terrenales, huyendo del mal, buscando únicamente la compañía de personas cuyas conversaciones y ejemplos pudieran inflamar su amor por la virtud y orientar su corazón hacia el cielo.

Escogió para sí un amigo especialmente serio y sensato, uno de «los que vigilan sus sendas y son centinelas de sus almas».[8] «Hippolyte Gondre, añade el Sr. Cura de La Motte, había trabado amistad con un piadoso seminarista. Por desgracia, este joven levita falleció cuando era diácono; murió, podemos asegurarlo, en olor de santidad a la edad de 24 años»[9]. Hippolyte Gondre lo lloró amargamente.

¡Cuántos saludables y santos proyectos habrían forjado juntos estos dos corazones de élite en sus piadosas y espontáneas confidencias! ¡Cuántas veces, lejos del ruido del mundo, en el silencio de la soledad, habrían gozado animándose mutuamente a fortalecer su temple, a prepararse para futuras batallas!

Sin embargo, como asegura el Sr. Párroco de La Motte, la serenidad de sus rostros quedaba a veces ensombrecida por penosos recuerdos.

«A menudo –nos escribe– se les vio llorar juntos. Aunque nadie haya [12] sabido nunca cuál fue el motivo de sus lágrimas y de la angustia que oprimía su corazón, podemos suponer que se entristecían a causa del gran escándalo protagonizado por un infeliz sacerdote de la comarca; el hecho de que dicho sacerdote fuese pariente del virtuoso seminarista, aumentaría más aún el dolor de estos santos jóvenes.»[10]

Su conversación giraría también a menudo –podemos imaginarlo– en torno al porvenir de cada uno. La senda del seminarista estaba bien definida pero el joven maestro buscaba todavía la suya. La carrera magisterial sólo le satisfacía a medias, aunque estuviera lejos de encontrar en ella los motivos de tristeza y de inquietud que hoy día ofrece a los educadores desde que se les prohibió formar cristianos.

Se preguntaba si una carrera meramente humana era suficiente para detenerle, no sintiendo ninguna inclinación por el mundo.

¿A qué llegaría? se preguntaba; a ganar el pan de cada día, algunas felicitaciones

de mis superiores, un poco de agradecimiento –bien poco– de los padres de mis alumnos, y mucha ingratitud de los alumnos mismos; luego, una módica pensión de jubilación y el olvido. ¿Voy a dar mi vida entera por tan poca cosa? ¿No [13] haría mejor trabajando en mi santificación personal, al mismo tiempo que me ocupo de las almas jóvenes? ¿Y dónde hallar medios más seguros de perfección que bajo una Regla, entre compañeros ocupados como yo, no en obtener un ascenso o ganar un poco más de dinero o recibir algunas distinciones honoríficas, sino únicamente en conquistar el cielo?

[15] CAPÍTULO II

Hippolyte Gondre ingresa en religión. - Sus primeras ocupaciones en el Instituto. - Su piedad. - Se prepara a la profesión religiosa. - Revolución de 1830. - Envío de los novicios a sus familias.

Lo hemos visto ya: a temprana edad, Hippolyte Gondre «abrió su corazón a la Sabiduría que conduce al justo por sendas de justicia, ... que le muestra el reino de Dios, le infunde la ciencia de los santos, hace prósperas sus obras y bendice su labor»[1].

Las ideas cristianas parecían innatas en él; las disposiciones de su espíritu abierto a los pensamientos profundos y su voluntad naturalmente generosa, [16] se habían fortalecido bajo la acción de la gracia y la oración; un alma tan bien dotada, ¿no precisaba una vocación especial que estuviera en proporción con las necesidades y los anhelos de su corazón?

No es de extrañar que suspirase por esa vida sublime en la que uno disfruta pensando en temas de eternidad, en la que uno se esfuerza por ascender a cumbres de perfección evangélica, por elevarse hacia el cielo gastándose por los demás.

Pero ¿en qué congregación ingresaría Hippolyte para inmolarse sirviendo a Dios y a la juventud? Las circunstancias le revelaron los designios de la divina Providencia a este respecto.

Varios Hermanos jóvenes, oriundos del distrito de Gap, eran desde hacía algunos años miembros del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón; entre otros, los Hnos. Xavier y Bernardin.[2] Hippolyte conocía a este último, le había observado,

---

* [5] Prov. 14, 27.

y altamente edificado por todo lo que había podido ver en él, decidió seguir sus huellas.

Así pues, le dirigió una carta en la que le exponía su determinación, rogándole que comunicase al Superior General su deseo de ser admitido entre los novicios de la Sociedad. Solicitaba, además, algunos detalles complementarios; quería saber qué orientación darían a su vida [17] y qué obras de santificación y de celo apostólico estaban obligados a realizar los Hermanos del Sagrado Corazón.

No tardó en recibir una respuesta favorable a sus miras y aspiraciones, respuesta en la que, como declaró más tarde, venían expuestas la excelencia y ventajas del estado religioso, así como el mérito que conlleva formar las almas de los jóvenes, guiándolas por las sendas de la justicia y de la inocencia; añadíase que sería bien recibido en la casa madre. Desde ese momento, tan sólo pensó en romper los vínculos, muy débiles ya, que podían retenerle en el mundo.

Había forjado y alimentado su proyecto en la serenidad de un hogar doméstico intachable, en la meditación, el silencio, la soledad y la oración. Al fin brillaba la luz a sus ojos: podía creer, por tanto, que este designio era conforme a la voluntad del cielo. Para llevarlo a cabo, se encaminó a Lyon el 27 de junio de 1827. Tenía entonces cerca de 26 años.[3]

Fue iniciado rápidamente en las prácticas y deberes de la vida religiosa y en seguida se dieron cuenta del tesoro que representaría para el Instituto. Su porte sencillo y modesto, sus modales afables, la bondad y rectitud de su carácter, su espíritu fino y cultivado, hicieron de él un miembro valiosísimo y apreciado por toda la Comunidad. Pero lo [18] más admirable en él –además de su radiante paz de corazón reflejada en el rostro– era su piedad sincera y su marcada inclinación hacia el sacrificio y la vida interior. Era un feliz presagio del futuro. El Instituto podía cifrar fundadas esperanzas de frutos abundantes en este nuevo y excelente candidato; por eso se le dio un nombre significativo y de buen augurio, *Polycarpe*, es decir, "fructífero", "rico en frutos" según la etimología griega.

El hábito religioso que mereció recibir poco tiempo después de llegar a Lyon[4], constituyó un nuevo acicate para la virtud. Con esa gloriosa librea, le pareció que ya nada le sería difícil, y se preparó con redoblado fervor para comprometerse cuanto antes, y para siempre, en la vía de los consejos evangélicos.

Al disponer de un diploma, fruto de su esfuerzo personal serio y tenaz, y habién-

---

[6] El 9 de octubre de 1822: Doc. II, 1.

dose ejercitado durante varios años en el difícil arte de la enseñanza, el Hno. Policarpo podía ser considerado como uno de los maestros más capaces de aquella época. De ahí que sus superiores no tardaran en aprovechar su talento y experiencia pedagógica. En primer lugar le pusieron a dar clase a los niños del Piadoso Socorro, pero en 1828, [19] admirados de sus raras cualidades, no temieron confiarle la tarea de instruir y formar a los novicios. Esta elección habla por sí sola de lo que pensaban sobre su valía y de lo edificante que se mostraba en el trato con sus Hermanos. Bajo todo punto de vista, merecía tal confianza.

Absolutamente decidido a consagrarse a Dios de manera irrevocable y sin reservas, tras dos años de probación solicitó y obtuvo la gracia de ser admitido a la profesión perpetua.[5] El 21 de septiembre de 1829 se cumplieron sus deseos: aquella fecha se convirtió para él en día de fiesta y de gloria, cuyo recuerdo le sirvió de consuelo y energía para el resto de su vida, y de motivo firme de esperanza en la hora de su muerte. A menudo recordaba el sacrificio absoluto que había hecho de todo su ser; y de su corazón generoso brotaba esta protesta de fidelidad y amor: «¡Está decidido, Dios mío! Quiero ser todo vuestro, y sólo vuestro, en el tiempo y en la eternidad».[6]

---

* [7] Prov. 15, 24.

* [8] Prov., 16, 17.

[9] Conocemos el nombre de este clérigo, Mamert Escalle, por dos testigos del *Proceso ordinario*: Auguste Blanchard, anciano de ochenta y tres años, y Jean-Joseph Allemand, sacerdote y párroco. Como ambos eran paisanos del Siervo de Dios, relataron tradiciones locales (Doc. XXX, testigos 9 y 14). Algunos pormenores más, nos los comunica el segundo biógrafo del Siervo Dios, Hno. Basilien (Doc. XXVI). Como fruto de minuciosas investigaciones, hemos encontrado otras informaciones sobre este clérigo que confirman, aunque sólo sea indirectamente, todo cuanto aportan estas fuentes. Nació en el municipio de La Motte el 17 de floreal del octavo año de la revolución francesa, es decir, el 7 de mayo de 1800, de Joseph Escalle, agricultor, y de Rose Gauthier (*Registro Civil, 1793 a 1823,* ambos inclusive, folios sin numerar, Archivo del municipio de La Motte). El 20 de diciembre de 1823, «cuarto sábado de témporas», fue ordenado diácono junto a otros cuatro clérigos (*Registro de las Actas de secretaría del obispado de Gap,* vol. 1823-55, folios sin numerar, Archivo episcopal de Gap). Pero pocos meses después, el 12 de abril de 1824, murió siendo aún alumno del Seminario Mayor de Digne (*Registro civil, de los años 1824 a 1853,* ambos inclusive, folios sin numerar, Archivo del municipio de La Motte). En el registro del Archivo parroquial de La Motte: *Sacerdotes originarios de La Motte y enterrados en el cementerio*, leemos esta escueta información sobre el joven, que sintetiza muy bien su personalidad: «El abate Mamert Escalle, sobrino del precedente [cfr. nº 10], falleció siendo diácono, en olor de santidad» (folios sin numerar).

Así, definitivamente asociado a una familia [20] religiosa, ya no pensó más que en elevarse hasta el nivel de perfección más alto que pudiera alcanzar. Con ardor perseverante, se dedicó principalmente a conseguir una victoria total sobre sí mismo: se entregó, pues, a ese trabajo del alma que, favorecido por la gracia, somete al dominio de la virtud el régimen tiránico de las apetencias inferiores.

A esta lucha esforzada y sin descanso, añadió el amor por la vida común, siendo el primero en el trabajo, el primero en los ejercicios de piedad y el primero en cumplir la Regla; su exactitud en todos los puntos disciplinarios se veía, además, realzada por su modestia y dignidad religiosas. Dando así ejemplo de todas las virtudes, continuó desempeñando las funciones de maestro de novicios hasta la época de la revolución de julio de 1830.

La ciudad de Lyon era presa de la guerra civil por aquel entonces. Los obreros, que se asociaron con entusiasmo a la asonada que había derribado la monarquía, se

---

Para empezar, no era difícil que en un pueblo pequeño, como La Motte, dos jóvenes pudiesen conocerse y hermanarse con vínculos de amistad. Estamos en condiciones de poder afirmar que la relación entre el Siervo de Dios y Mamert Escalle era fruto de una vieja amistad –si no propiamente de parentesco– entre las dos familias, Gondre y Escalle, anterior al nacimiento de ellos. De hecho, fue precisamente el padre de Mamert, Joseph Escalle, quien se dirigió el 9 de enero de 1795 al municipio de La Motte para actuar como testigo del nacimiento de Marie, hija de Jean Gondre, padre del Siervo de Dios (*Registro civil, años 1793 a 1823*, ambos incluidos, folios sin numerar, Archivo del municipio de La Motte).

Realmente, Mamert Escalle, fallecido «en olor de santidad», debía de ser un joven de virtud poco común si es verdad que con su amigo Gondre llora por los escándalos de su tío sacerdote (cfr. más adelante) y atrae a su propio sepulcro peregrinaciones para pedir su intercesión (Doc. XVI). La amistad entre los dos jóvenes llamó tanto la atención de sus conciudadanos que la conservaban viva en su memoria. El Siervo de Dios manifestó a su amigo Escalle su deseo de la vida religiosa y sacerdotal, e indudablemente el influjo del clérigo en el alma del Siervo de Dios no sería desdeñable a la hora de apartarlo del mundo para encaminarlo al servicio de Dios.

[10] Era su tío Pierre Escalle. En el ya mencionado registro del Archivo parroquial de La Motte, *Sacerdotes originarios de La Motte y enterrados en el cementerio* (folios sin numerar), en un párrafo que precede inmediatamente a la información sobre Mamert, se escribe esto de él: «Pierre Escalle, habiendo sido párroco de Chaudun antes de la revolución, tras colgar los hábitos vivió apartado de la religión y de sus prácticas; sin embargo se retractó y arrepintió antes de morir, el 17 de febrero de 1842, a la edad de 77 años. Esta familia, dueña de la notaría y de la casa de M. Escalle en medio del pueblo, ya no existe». Fue uno de los sacerdotes apóstatas de los tiempos de la Revolución, aunque murió en el seno de la Iglesia; con certeza, era hermano del padre de Mamert. Probablemente debemos identificarlo con el Pierre Escalle, alcalde del municipio, que inscribió en el registro civil del pueblo los nacimientos, tanto de Mamert, o sea su sobrino, como del Siervo de Dios (cfr. Doc. I).

veían frustrados en sus deseos y esperanzas al asistir a la instauración de un nuevo sistema monárquico sin que hubiese mejorado su suerte, más aún, sin que nadie pareciera preocuparse de llevar a cabo las promesas que les habían prodigado. Únicamente se satisfacían los deseos de la burguesía; [21] sin embargo, el pueblo humilde seguía conservando tenazmente sus ilusiones.

El descontento era más intenso, más profundo que antes de 1830, y la insurrección se fraguaba sorda pero inexorable, como un fuego mal apagado cuyas llamas se reavivan a través de las cenizas a pesar de los múltiples esfuerzos por sofocarlo. Estalló en 1832 y en 1834 con tal violencia que pareció arrasarlo todo. El foco del incendio se encontraba en el cerro de la Croix-Rousse, cuyo declive occidental, por la parte del río Saône, estaba ocupado parcialmente por la casa de los Cartujos. Los cantos revolucionarios, los gritos de furor mezclados con el ruido de las armas, lograron turbar no pocas veces el silencio de tan pacíficas laderas.

La insurrección de 1832, realizada bajo la desoladora divisa «vivir trabajando o morir luchando», escrita en una bandera revolucionaria, se mantuvo victoriosa bastante tiempo; la de 1834 sólo cedió tras una sangrienta represión; en pocas palabras, nadie se sentía seguro y rara era la semana que no traía consigo alguna alarma.

Si los ciudadanos aislado o agrupados en familias normales se hallaban en continua zozobra, mucho más amenazadas se sentían las familias religiosas, elegidas por las sociedades secretas como cebo de las [22] iras del pueblo con el objeto de desviar y burlar sus apetencias insatisfechas. Así pues, el interior de los claustros se estremecía. Es verdad que la Comunidad de los Hermanos del Sagrado Corazón no recibió daños directos a causa de las revueltas; posteriormente, sin embargo, deberían producirse desagradables consecuencias.

En primer lugar, diversos novicios y Hermanos del Piadoso Socorro, espantados por la creciente amenaza de la tormenta, abandonaron la Congregación para dirigirse por otros caminos. Además, no tardarían en producirse bajas aún más numerosas a consecuencia de una lamentable decisión tomada durante los desórdenes que agitaban al país.

Como la situación o el cariz que tomaban los acontecimientos políticos parecía empeorar de día en día, las sociedades religiosas se creyeron obligadas a tomar una medida general de precaución consistente en devolver todos los novicios a sus familias. Semejante determinación podía, sin duda, venir justificada por el temor a los desmanes del populacho enajenado, capaz de los mayores excesos en días de

---

* [1] Sabiduría 10, 10.

delirio colectivo; pero desde cierto punto de vista, ¿tuvo esta medida el sello de firmeza suficiente y de prudente madurez exenta de precipitación?

«La pérdida de los novicios asestó un golpe [23] funesto a nuestra Congregación, decía más tarde el Hno. Policarpo. Durante muchos años se vio privada de los miembros responsables y prometedores que hubiera tenido sin los tristes acontecimientos de 1830»[7].

Sobre este particular, el llorado Hno. Adrien utilizaba el mismo lenguaje.

[25] CAPÍTULO III

El Hno. Policarpo es nombrado Director de Vals.– Su dedicación a los alumnos. Atinados procedimientos que emplea para inspirarles el amor al trabajo y a la virtud.

Poco tiempo después del envío de los novicios a sus hogares, el Hno. Policarpo fue trasladado a Vals, cerca del Puy,[1] como Director de la escuela que se había fundado allí en 1826. Ante él se presentaba una tarea vasta y laboriosa; se entregó a ella resueltamente y puso manos a la obra con el sentimiento de tener por delante una hermosa misión que cumplir como cabeza del establecimiento, como religioso y como profesor.

Aunque prefería la vida humilde y escondida, sus cualidades no tardaron en aparecer al exterior, ganándose la estima y las [26] simpatías generales. «En Vals, nos dice un testigo ocular, las virtudes y talentos del Hno. Policarpo pronto fueron conocidos y altamente apreciados. Su cultura, sus modales afables, su aspecto modesto y, sobre todo, su gran piedad, fueron la admiración general y le ganaron todos los corazones... Una vez que los padres de los alumnos se habían puesto en contacto con él, sentíanse atraídos por el encanto de su bondad, por la mansedumbre de su carácter, y le enviaban sus hijos gustosamente y con absoluta confianza».[2]

Con auspicios así de favorables fue como emprendió y prosiguió sus nuevas funciones. Joven todavía y lleno de ardor, lo único que pretendía era trabajar y hacer el bien. Sus deseos se vieron plenamente colmados, pues los alumnos afluían

---

[2] Sobre la influencia de estos dos Hermanos a la hora de determinar la elección de la congregación, véase la introducción al Doc. III. Allí también hemos puesto de relieve la intervención de un tercer religioso, intervención quizás más decisiva que la de los dos mencionados aquí.

[3] Cfr. Doc. III, 1.

en abundancia a su escuela y todos los años llegaban desde lejos numerosos internos –de 40 a 50– para aprovechar sus lecciones e impregnarse de los saludables principios que hacen felices a los jóvenes y les fortalecen para luchas venideras.

«La enseñanza es la profesión suprema, ha dicho un escritor; es preciso poner en ella toda el alma, todo el corazón, todos los esfuerzos, todas [27] las plegarias, todas las lágrimas... es la obra e inspiración de una sabiduría absolutamente celestial».[3] Animado por el espíritu propio de su estado, el Hno. Policarpo trabajaba con pasión, sin intereses egoístas, con todo el ardor de su piedad y celo apostólico, suplicando a Dios que fecundara su humilde ministerio. Empapado siempre del sentimiento de su debilidad, desconfiando continuamente de sí mismo, los únicos verdaderos éxitos que esperaba eran los procedentes de las bendiciones divinas. «Aspirar al bien, es lo único que está al alcance de nuestra voluntad; el conseguirlo, depende de los insondables secretos de la Providencia»[4].

¿Hay que decirlo? El venerable Hermano sentía por los niños un santo afecto y toda la ternura de su amor vivificado por la luz de la fe, pues él los consideraba como imágenes augustas de la divinidad, como «los hermanos y amigos de los ángeles»[5]. ¿No veía en ellos almas inmortales adornadas con el encanto de la inocencia, embellecidas con todos los dones del cielo y convertidas por la redención y el bautismo en herederas de las promesas divinas? De ahí los generosos [28] propósitos que hacía en el silencio y recogimiento de un retiro espiritual, el de 1833:

«Cumpliré todos los deberes de mi estado con la mayor exactitud; pero el principal objetivo de mis desvelos, la finalidad hacia la que se dirigirán todos mis esfuerzos, será la educación cristiana de esos pobres niños rescatados por la sangre de Jesucristo. Tendré con ellos una caridad activa, un celo ardiente por su progreso, especialmente en la virtud; en fin, un afecto, un cariño absolutamente paternal. ¡Qué no haría yo por ganarlos a todos para el Salvador de sus almas!»[6].

Diariamente y por todos los medios a su alcance, se le veía cumplir con la noble tarea de infundir en sus alumnos la ciencia religiosa y el amor al deber, de sembrar en sus almas las preciosas semillas de la piedad y de la virtud. Pero si consagraba todas sus solicitudes y habilidades a dirigir los espíritus hacia las cosas del cielo, se

---

[4] Fue el 16 de septiembre de 1827, unido al cambio de nombre, *ibid.*, 2.

* [5] Fue una excepción a la Regla que exige que los Hermanos se comprometan primero con votos temporales durante cuatro años, antes de comprometerse para siempre. — En la introducción al Doc. III, 3, hemos puesto de relieve la singularidad de este permiso, únicamente concedido al Siervo de Dios.

aplicaba especialmente a formar en ellos el corazón, la conciencia, el carácter. A toda costa quería prepararlos para que un día llegaran a ser hombres íntegros, cristianos de costumbres amables y puras, habituados desde sus comienzos a [29] resistir a las tentaciones seductoras, a desviarse del mal y a no seguir más que la senda del deber, de manera que más tarde pudiesen caminar por la vida con paso firme, en medio de los peligros y tempestades del mundo.

Para ganarlos a Dios, para traerlos a la virtud, poseía poderosos medios de acción, como su amable firmeza y su continua benevolencia, nacidas de ese afecto sincero, paciente y tierno que propicia un ascendiente irresistible sobre los espíritus y los corazones. Eso mismo atestigua el Director ya citado:

«El Hno. Policarpo –nos escribe– tenía el don de atraer a los niños y el privilegio de hacerlos mejores. Las afectuosas atenciones que les prodigaba, la sabiduría de sus palabras, su vida edificante, su fe sencilla y llena de entusiasmo, producían en ellos excelentes impresiones.

Los niños aman a aquellos que les aman; distinguen muy pronto a un maestro que se entrega, de un mercenario que a la hora de la verdad se muestra indiferente a sus necesidades, porque en el fondo sólo busca la gloria personal o un ascenso en su carrera. Comprendiendo que en el Hno. Policarpo tenían un padre tierno y un amigo servicial, sus alumnos se complacían en prodigarle muestras de respeto, estima y confianza».

Por eso, ¡con qué gozo escuchaban sus [30] enseñanzas! ¡qué fidelidad de su parte para seguir sus consejos!...

De natural piadoso, sabía transmitirles la virtud de la piedad haciéndoles experimentar sus delicias; me refiero a esa tierna piedad, alegre y confiada, tal como aparece en la edad de la inocencia...

Todas las mañanas hacía una breve lectura a los internos, seguida de reflexiones propias para predisponerlos al amor del trabajo y de la virtud...

En cuanto a sus clases de catecismo, que preparaba con el mayor esmero, eran siempre muy instructivas e interesantes. En algunas ocasiones, su palabra resultaba tan persuasiva, tan conmovedora, que hacía derramar lágrimas a su joven auditorio...

Con frecuencia, les describía vigorosamente los peligros que acechan en la edad juvenil: las compañías peligrosas, las malas lecturas, etc. ¡Qué aversión les inspiraba

---

[6] *Resoluciones*. - Cfr. más arriba, intr.

contra el vicio y contra todo lo que pudiera mancillar la flor de su inocencia! ¡Cuántas veces se le oía decir con acento de profunda emoción!: «No, hijos míos, no, jamás llegaremos a comprender toda la fealdad del pecado, ni el rigor de los castigos que merece. ¿No es, acaso, el mayor de todos los males, tal como enseña el catecismo? ¿Ven ustedes esta casa, este techo que nos protege pero que nos aplastaría [31] si llegara a derrumbarse? Pues bien, ¡sería preferible que se desplomara sobre nosotros y que nos sepultase bajo sus escombros antes que tener la desgracia de cometer un solo pecado mortal!...».

¡Felices los alumnos que tuvieron tal maestro! ¡Ojalá que nunca hayan caído en el olvido los días de piedad, de virtud y de felicidad que vivieron bajo su paternal dirección!...

Nada le llegaba tanto al corazón como tener alumnos «educados bajo los auspicios de la religión, bajo el influjo de las encantadoras virtudes y alegrías que ella inspira...».[7] No descuidaba un detalle para alcanzar este objetivo; y lo alcanzó no solamente por una inquebrantable fidelidad a todos sus deberes religiosos, sino también por el buen uso de una inflexible firmeza, sin la cual los esfuerzos de su celo hubieran quedado a menudo baldíos: esto significa que hizo reinar en su casa una sabia y prudente disciplina.

Por otra parte, la experiencia le había enseñado que «la disciplina es la salvaguarda de la fe y de la piedad en los niños; que conserva y estimula el florecimiento de las buenas costumbres y que, por eso mismo, hace próspera y fructífera la religión en las almas; que también contribuye, poderosamente además, a los éxitos [32] de los trabajos escolares...».[8] Eso quiere decir también que a la acción poderosa y fecunda que ejercía a su alrededor, unía esa solicitud de cada instante, esa continua vigilancia que le permitía no perder de vista a los niños confiados a sus cuidados. Sobre ese punto, quizá, nadie llevó más lejos que él la delicadeza de conciencia.

«La vigilancia del Hno. Policarpo era extrema, nos escribe un Hermano que

---

[7] Sobre estos acontecimientos, además de la introducción al Doc. VII, confróntese el escrito anónimo *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto* (Roma, 1956), p. 26. El autor, después de haber hecho notar que no era necesaria la decisión de enviar a casa a los novicios de los Hermanos del Sagrado Corazón, ya que la Revolución de 1830 en Lyon «pasó casi desapercibida», añade: «Este despido tuvo, no obstante, un buen resultado: que el Hno. Policarpo fue nombrado director de la escuela de Vals y que, durante los siete años que trabajó allí, tuvo con él un grupito de novicios a los que pudo formar con esmero» (*ibid.* p. 26, cfr. más abajo, cap. 4)

le había visto desarrollar su labor. ¡Cuántas prudentes medidas, cuántas precauciones minuciosas no tomaba para cumplir con la obligación de una buena vigilancia! Con tacto, reserva y calma admirables, quería verlo todo, observarlo todo a fin de impedir el mal y prevenir los menores accidentes. Por lo demás, poseía esa visión de conjunto, esa mirada atenta que abarca tanto a una clase, como a todo un patio donde los alumnos se entregan a sus alegres diversiones...».

Si tal como acabamos de exponer en pocas palabras, el virtuoso Director de la escuela de Vals se sentía feliz dispensando a los niños los beneficios de una educación moral y religiosa, debemos añadir que también disfrutaba trabajando para enriquecer su inteligencia y su espíritu con las primeras nociones [33] de las ciencias que se enseñaban entonces en las escuelas primarias. Lo hemos dicho ya, era uno de los maestros más competentes y más hábiles para conseguir resultados brillantes: admirable claridad en la exposición de las reglas y los principios, sensata elección de los hechos históricos a resaltar, esfuerzo constante por mantener despierta la atención de sus alumnos, emulación, premios concedidos en las ocasiones adecuadas...; he ahí lo que infundía vida a su enseñanza, lo que hacía atrayentes y siempre fecundas sus explicaciones.

«El Hno. Policarpo –nos han escrito al respecto– era, para su tiempo, una persona muy culta. Además de los conocimientos elementales, en los que superaba a todos los Hermanos del Instituto, poseía nociones de geometría, agrimensura, dibujo, álgebra, contabilidad, etc. Para elogio suyo, hay que añadir que sus alumnos tenían gran confianza en él. Espoleados por sentimientos generosos, procuraban agradarle mostrándose dóciles y entregados con ardor a su trabajo. Por otra parte, jamás tuvo un problema grave con los alumnos ni con los padres...».[9]

Y si alguna vez se encontraba con [34] ciertos alumnos que, lejos de responder a lo esperado, se mostraban altaneros, obstinados, inclinados a la pereza, o apegados a los placeres, en esos casos, para corregir sus malas inclinaciones y antes de recurrir al rigor de los castigos, agotaba todas las vías de la bondad, de la paciencia y de la persuasión.

Según nos informan, llegado el caso sabía echar mano de felices artificios que mitigan las dificultades del trabajo y del deber, de reprensiones en privado mezcladas de unción y autoridad, de modales amables que acaban por triunfar sobre los

---

[1] Efectuó su traslado el 30 de septiembre del mismo año, 1830 (cfr. Doc. V, 1).

* [2] Un antiguo director.

* [3] Monseñor Dupanloup.

caracteres más rebeldes. Trataba de hacer comprender a los jóvenes culpables que, al declarar la guerra a su dejadez o a sus viciosas inclinaciones, lo hacía en favor de sus verdaderos intereses, que nada anhelaba tanto como verlos caminar libres y emancipados de la tiranía de las malas costumbres, por la senda del honor y la virtud.

Con razón consideraba el difícil arte de conducir y corregir a los niños como una tarea de conciencia y de celo, tarea que debe ser desarrollada por un maestro que se muestre al mismo tiempo prudente, bueno, firme y caritativo con las almas débiles –a menudo enfermas– a las que se trata de curar y fortalecer, a las que hay que comunicar [35] el impulso de las virtudes cristianas. Estos principios fueron siempre para él fuente de inspiración en la carrera de la enseñanza; más adelante debería aconsejar a los Hermanos encargados de una clase, que hiciesen una prudente aplicación de ellos en el ejercicio de su difícil ministerio. A este propósito les escribirá:

«Sean dueños de ustedes mismos en cualquier circunstancia. En las correcciones, sobre todo, obren de tal manera que los niños puedan ver en ustedes a un padre que, si castiga, lo hace a su pesar. Es necesario que comprendan que los quieren siempre, tanto cuando les recompensan por su buen comportamiento y sus progresos, como cuando se ven obligados a reformar su carácter, corregir sus defectos o combatir sus incipientes pasiones... No castiguen nunca por capricho, o en momentos de mucho enfado...»[10]

[37] CAPÍTULO IV

Tribulaciones y situación precaria del Instituto.– Calma y confianza del Hno. Policarpo; su vida en Vals resulta cada vez más laboriosa.– Elogios que hacen de él sus antiguos alumnos.

Mientras la escuela de Vals, gracias a la inteligente dirección del Hno. Policarpo, conseguía resultados consoladores, la naciente Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón atravesaba tiempos muy críticos. Como sucede a menudo con

---

* [4] Pellissier.

* [5] Monseñor Dupanloup.

* [6] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba la introducción.

las obras suscitadas por Dios y bendecidas por su mano, se hallaba enfrentada a graves dificultades. Su marcha era insegura, su porvenir muy incierto y los numerosos obstáculos que tenía que superar se remontaban a la época [38] misma de la muerte del P. Fundador, quien, como sabemos, fue sustraído demasiado pronto al afecto de sus Hermanos.

¿Qué le faltaba, pues, al Instituto? ¿Cuáles eran las causas del estado de fragilidad e impotencia en el que se debatía desde hacía tiempo? Esto es lo que vamos a exponer en pocas palabras.

Lo que le faltaba, además de un vigoroso impulso, eran los elementos de vida y de fortaleza sin los cuales ninguna sociedad sería capaz de tener una existencia duradera ni esperar los beneficios de una prosperidad creciente, es decir:

— Leyes fundamentales: conjunto de sabias normas que permiten regir la sociedad y determinar claramente los objetivos que se propone, así como los medios apropiados para conseguirlos.[1]

— Una dirección general clarividente: en la que predominan las cualidades que ganan los corazones y los abren a la confianza, dirección que promueve también el celo apostólico, anima a la virtud y la sostiene en las luchas de cada día.

— El funcionamiento regular del noviciado: ese período tan importante de la formación en el que la vida religiosa echa verdaderas raíces, se desarrolla y se perpetúa.

— Finalmente, una administración inteligente y meticulosa: que dispone de los recursos [39] materiales siempre con vistas al exclusivo interés de la obra.

Carente de estos elementos esenciales para su desarrollo progresivo y regular, o no poseyéndolos en grado suficiente, la Congregación no podía disfrutar de sólidas garantías de estabilidad; hasta su misma existencia parecía amenazada. Como consecuencia lógica de este estado de cosas, sufrió muy pronto numerosas defecciones y la pérdida de varios establecimientos, al tiempo que se suspendía totalmente[2] el reclutamiento para el noviciado y que la administración de los bienes materiales inspiraba serias inquietudes. El desánimo entre los Hermanos era casi general; en resumen, todos estos síntomas de decadencia parecían presagiar un fin próximo para ella. Incluso en varias ocasiones –de 1836 a 1841– se hubiera podido temer que habían llegado sus últimos días.

Vano temor, felizmente; en medio de los peligros que amenazan los más entrañables intereses y el porvenir de la Congregación, una poderosa aunque invisible protección vela por ella. Al ponerla a prueba, ¿no ocultaba el Señor designios de misericordia? Además ¿quién lo ignora?: las privaciones, los sufrimientos, las

angustias del [40] Calvario, ¿no constituyen los cimientos sobre los que Dios asienta las obras destinadas a procurar su gloria y la salvación de los hombres? Esa es, en efecto, la mejor escuela de la vida religiosa: las almas elegidas por Dios, en ninguna parte podrían formarse mejor, modelarse para integrar después, como piedras vivas, el edificio espiritual en construcción.

Tales fueron, sin lugar a dudas, los pensamientos y sentimientos que animaron al Hno. Policarpo en la época en que todo periclitaba en el Instituto, cuando se tenía la triste perspectiva de una ruina que parecía inminente. Conociendo como conocía las vías del Señor, ¿podía ignorar que las dificultades son, precisamente, el sello de las instituciones llamadas a perdurar y a practicar el bien? Mientras muchos de sus Hermanos eran presa de la angustia, aparentemente demasiado justificada, él, más permeable a la inspiración divina, conservaba en su corazón la confianza y el valor sin perder un ápice de su serenidad y esperanza.[3]

Contaba con que vendrían días mejores, y para apresurarlos ofrecía a Dios su trabajo y hasta sus inquietudes si alguna vez llegaba a asaltarle la duda como a los demás. Continuaba sacrificándose [41] en aras de su querida Congregación en la medida que se lo permitían sus fuerzas cuando, en 1836, llegaron varios postulantes –entre los cuales se encontraban algunos de sus alumnos–[4] cuya formación le confiaron. A pesar del aumento de responsabilidades y trabajo, que de este modo le imponía la obediencia, aceptó la nueva carga con perfecta sumisión. Desde entonces, pocas vidas resultarían tan laboriosas como la suya. En la doble ocupación, desplegó toda su actividad, tan inteligente como infatigable.

Sin concederse un momento de respiro, secundado por sus Hermanos a los que animaba con sus palabras y ejemplos, se ocupaba de todos los intereses del establecimiento: vigilancia, enseñanza, orden y disciplina, observancia regular, administración..., nada escapaba a su atenta solicitud. Se mostraba como el hombre cumplidor fiel de su deber siempre y en todo. Jamás hacía las cosas a medias, y Dios, a quien él se consagraba totalmente en su obra, se complacía en bendecir sus humildes trabajos.

De esta manera, a pesar de sus múltiples ocupaciones y de su precaria salud, este excelente religioso se mantuvo sin cesar a la altura de una misión que poco a poco se afirmaba y engrandecía. «No pereceremos, se decían unos a otros los que

---

* [7] Monseñor Dupanloup.

* [8] Monseñor Dupanloup.

le veían desempeñar su labor; si [42] hubiésemos de perecer, ¿nos habría enviado Dios un operario tan fuera de serie?». En Vals, según nos dice uno de sus colaboradores que lo tuvo como director, el Hno. Policarpo fue un modelo de perfección religiosa.

Admirábamos principalmente: su mortificación, que llevaba hasta el extremo de prohibirse, incluso, las cosas más necesarias; su constante fidelidad a la Regla, considerada por él como un fortín desde el que se repelen todos los ataques del enemigo; su devoción al Sagrado Corazón, de donde sacaba su amor por las almas y la inspiración de sus obras; su estima del silencio, la severidad con que corregía a quienes no lo observaban; la caridad, el vivo afecto que manifestaba a sus inferiores. Sólo se sentía a gusto cuando se hallaba con sus Hermanos y entre los novicios, añade el testigo ocular que nos ha facilitado estas informaciones.

Transcurridos más de cincuenta años desde que abandonó Vals, los antiguos alumnos que aún se conservan en vida, guardan imperecedero recuerdo de sus inolvidables lecciones. Todos lo elogian al unísono; uno de ellos, por ejemplo, con lágrimas en los ojos, se expansionaba no hace mucho tiempo hablando así de este venerable maestro de la juventud:

«¡Qué corazón tan paternal [43] el del Hno Policarpo para sus alumnos! ¡Y cuánto le queríamos! En clase, en los recreos, durante los paseos, se hacía todo para todos.[5] ¡Ah, quién me diera la posibilidad de revivir las alegrías y entusiasmos de mi ya lejana juventud! Lo que pediría antes que nada, sería volver a contemplar la amable figura del Hno. Policarpo».

Otro alumno del Hno. Policarpo se expresaba, hace poco tiempo, con no menos firmeza y emoción. Era un viajante que encontramos un día en Provence. Parecía feliz de trasladarse en espíritu a los tiempos pretéritos en que su alma había gustado las alegrías de la despreocupación y la inocencia. Seguía conservando la más alta estima y la más viva gratitud hacia su antiguo maestro y no sabía acabar cuando hablaba de su piedad, de su celo, de su abnegación. Solamente repetiremos su conclusión:

«El Hno. Policarpo era un verdadero religioso o, para decirlo en una palabra, ¡era un santo!».

El establecimiento de Vals, fundado en 1826, se había dejado en 1839. Cuando, en 1868, los a la sazón miembros del concejo municipal tomaron la decisión de reclamar a los Hermanos, todavía recordaban la eminente virtud del Hno. Policarpo;

---

* [9] Un antiguo director

por eso rogaban al Superior General que les enviase «maestros como el [44] Hno. Policarpo».

Hermoso testimonio de estima y veneración tributado a los méritos de este ferviente religioso «tan humilde, tan sencillo, casi tímido»,[6] pero cuyas obras, así como el bien que prodigó, dejaron huellas profundas en el campo que había cultivado.

Ya hemos dicho que, en 1828, el Hno. Policarpo estuvo encargado de dar clase a los niños del Piadoso Socorro en Lyon. Uno de aquellos niños vive todavía; Dios le ha otorgado una vigorosa y serena vejez, recompensa, sin duda, de su vida ordenada. Hace poco tiempo hablaba, conmovido, del establecimiento donde en una época ya remota recibió excelentes principios de su antiguo maestro, principios que había observado y que habían ejercido en él una influencia decisiva durante toda su vida.

«El Hno. Policarpo –decía con entusiasmo– estaba adornado de las características y las virtudes de un santo. Poseía todo su atractivo; al ver la expresión angelical de su rostro, en el que se aliaba la firmeza con una bondad inefable, al escuchar su amable voz acompañada de una mirada penetrante y dulce, uno se creía en presencia de alguno de los hombres predestinados que fueron la gloria de los mejores días [45] de las órdenes religiosas. ¡Oh, sí, ese Hermano era un santo, un verdadero santo! En cuanto a mí, jamás olvidé esas sencillas palabras que se complacía en repetirnos a menudo como resumen de todas sus enseñanzas: "¡Oh, hijos míos!, ¡amigos queridísimos!, sean buenos, muy buenos siempre... Dios es el más tierno de los padres; ámenle con todo su corazón y Él les bendecirá siempre... Tengan un gran horror al pecado; jamás permitan que manche sus almas. ¡Cuán dignos de compasión son quienes se atreven a cometerlo! Se exponen a la condenación eterna. ¿Existe alguna desgracia comparable a esa?... Sí, hijos míos, sean muy buenos; así recibirán como premio, ya en este mundo, el gozo y la paz, y una eternidad feliz será su recompensa"....»

Sería fácil para nosotros recopilar otros testimonios de admiración tributados a la virtud del Hno. Policarpo.[7] Bástenos ahora proclamar por doquier que su vida fue un ejemplo constante, un motivo de edificación, una luz para los niños y para los suyos, a quienes tan feliz se consideró de poder «mostrar el camino de la sabiduría».[8] Todos ellos emplearon un [46] mismo lenguaje para proclamar su santidad a porfía, todos conservaron recuerdos imperecederos de él en su memoria.

¡Dichosos los educadores que merecen semejantes elogios! Reciben la bendi-

---

* [10] Carta.

ción de Dios y de los hombres. Realizan un glorioso apostolado con las almas jóvenes cuyos custodios y guías son, y un día recibirán en el reino de los cielos el premio de una gloria tanto más esplendorosa cuanto oscura fue su vida en este mundo: «Pues los que educan a los demás, brillarán como estrellas por toda la eternidad».

[47] CAPÍTULO V

El Hno. Policarpo es destinado a Lyon como maestro de novicios.– Adquisición de la propiedad de Paradis; el noviciado se traslada a Paradis en 1838.– El Hno. Policarpo, Director de la casa de Paradis.– Es nombrado primer Asistente y Director General del Instituto.– Su vida edificante.

Existen comunidades privilegiadas en las que el ejemplo de la virtud de sus autoridades rodea todo de una atmósfera de regularidad, de paz y de felicidad; el cielo prodiga en ellas sus bendiciones. Así sucedió en la casa de Vals, dirigida por el Hno. Policarpo. Desde 1830 no cesó un instante de ser un modelo de piedad para sus Hermanos, un ángel custodio para sus alumnos. Por eso mismo tuvo el consuelo de hacer mucho [48] bien. La religión, que constituía el alma de sus enseñanzas, difundía a través de ellas su luz, su calor, su vida; el corazón de los numerosos niños que le rodeaban y que recibían su benéfico influjo, se abría a las verdades de la salvación y a la acción de gracias, al modo que la planta se abre a la acción del sol y del rocío.

Los trabajos a los que se entregaba sin tregua, excedían sus fuerzas. ¿No era de temer que sucumbiera bajo la carga? Juzgando, al parecer, que no podría aguantar durante mucho tiempo más tan penoso trabajo, los superiores le trasladaron en 1837.[1] En el período de vacaciones fue reemplazado por el Hno. Bonaventure.[2] De Vals, junto con varios postulantes, se trasladó a Lyon, y a partir de entonces se encargó exclusivamente del noviciado.

Como ya dijimos más arriba, este noviciado había sido suprimido en 1830; aho-

---

[1] Sobre las primeras constituciones de la Congregación, cfr. Doc. IX. Sobre la crisis de la Congregación hasta la elección del Siervo de Dios como superior general, cfr. Doc. VII.

[2] Esto no es exacto y el adverbio debe ser suprimido (cfr. intr. Doc. VII).

ra se restablecía de manera definitiva. De este modo, se podía augurar un porvenir más próspero. Esta medida, en efecto, convertía en realidad un deseo unánime, y se explicaba por la importancia misma del gran objetivo que trataba de alcanzar: la honra y prosperidad del Instituto. Por otra parte, respondía a una necesidad de lo más apremiante. Los fallecimientos, y sobre todo las numerosas defecciones habidas por aquella época, [49] produjeron en la Sociedad vacíos tan deplorables desde el punto de vista de la enseñanza impartida en determinadas escuelas, que aparecían puntos débiles muy marcados y no pocos servicios se hallaban bajo mínimos.

Pero eso no era todo. Sin duda, el reclutamiento progresivo y la formación seria de los novicios aseguraban una nueva era llena de promesas para el Instituto; sin embargo aún había que resolver un asunto importante en el aspecto de la independencia económica.

No está de más recordar que la propiedad de Lyon situada en los Chartreux, había sido la cuna de la Sociedad de los Hermanos del Sagrado Corazón, fundada en 1821. Desde 1826, al poco tiempo de fallecer el P. Fundador, el hermano de éste –P. Vincent Coindre,[3] a la sazón Superior General– se convirtió en dueño único de dicha propiedad.

Por circunstancias que aquí no vienen al caso, este inmueble, así como sus dependencias, corría el riesgo de pasar el día menos pensado a manos extrañas. De ahí se derivaba una situación muy precaria para el naciente Instituto y un motivo de inquietud para sus miembros. La Obra necesitaba, pues, un centro de acción desde donde los superiores pudieran dirigir todo con absoluta seguridad: tal era la viva [50] preocupación de los principales Hermanos respecto a su futuro.

Entre ellos se encontraban los Hnos. Policarpo y Xavier, uno y otro guardianes solícitos de la disciplina religiosa y servidores, tan inteligentes como entregados, de los grandes intereses de la Congregación.

Para ayudar, y suplir en muchos aspectos al P. Vincent Coindre, el Hno. Xavier fue nombrado Director General en 1836.[4]

La naciente Congregación le debía ya mucho al Hno. Xavier, que todavía continuó sacrificándose en su favor hasta el fin de sus días, pues alimentaba en su corazón un amor indefectible por ella. Como hombre de fe y de acción que era, reorga-

---

[3] Como confirmación, léase el pasaje de las *Memorias* del Hno. Xavier, reproducido en el Doc. XI, 5.

[4] Sobre esta reanudación del noviciado, confrontar la intr. al Doc. VII.

nizó y dio nueva vida a todo, avanzando hacia su meta sin la menor vacilación, con perseverancia inquebrantable. La confianza en Dios fue su fortaleza y su consuelo en las pruebas. Ni dificultades, ni resistencias, ni oposiciones –y las halló en abundancia– pudieron jamás abatir su ánimo: de ahí que Dios se dignase bendecir sus empresas.

La reapertura del noviciado y la adquisición de la propiedad de Paradis, cerca del Puy (Haute-Loire)[5], se debieron principalmente a iniciativa suya. Dicha adquisición, realizada en 1837, acarrearía las más felices [51] consecuencias. Desde aquel momento, en efecto, y tras diversos trabajos de construcción, el Instituto disponía de un refugio para sus ancianos y enfermos y un apacible lugar de retiro para sus novicios. Mucho más, sería desde aquí, de donde al cabo de pocos años, la obra del P. Coindre, después de haber sufrido un cúmulo de vicisitudes y pruebas de todo tipo –como suele suceder con todas las instituciones bendecidas con los favores del cielo– recibiría un fuerte impulso, se propagaría a tierras lejanas y produciría abundantes frutos de salvación para millares de almas.

En el mes de septiembre de 1838, una vez acabadas las primeras obras de construcción en Paradis, se trasladó allí el noviciado. El Hno. Policarpo continuó siendo su director y empleó todos los medios a su alcance para formar Hermanos cultos y sólidamente virtuosos. Modelados por manos expertas, movidos por sabios consejos, arrastrados por santos ejemplos, aquellos jóvenes necesariamente tenían que fortalecerse en la vida religiosa.[6]

Pero el Hno. Policarpo tuvo que desempeñar además otras funciones: En el mes de octubre del mismo año, se abrió en Paradis un internado del que fue nombrado director. En este nuevo campo brillaron con más intensidad que nunca las cualidades y [52] virtudes que caracterizan al administrador prudente, al maestro bueno, al religioso[7] santo.

El orden era para él una condición indispensable de paz, de trabajo y de éxito; por eso lo hizo reinar en su entorno. Sabía que las obras divinas sólo prosperan en las casas donde impera un auténtico espíritu religioso; trabajó con todas sus fuerzas para hacer de Paradis una casa que respondiese a su nombre premonitorio, es decir, una casa de paz, de santidad y de felicidad, dentro de los límites que la felicidad puede alcanzar en la tierra.

¡Cuánto trabajo le suponía esta doble carga del noviciado y el internado estan-

---

[5] El Hno. Benjamin cita una frase similar, escuchada de labios de uno de sus alumnos de Vals (Doc. XX).

do, tanto uno como otro, en proceso de desarrollo!

El Hno. Policarpo era uno de esos hombres excepcionales cuya fe y cuya oración centuplican sus fuerzas, domeñan los achaques del natural y les infunden el celo apostólico que impulsa las almas hacia el cielo. ¿Qué no será capaz de conseguir el trabajo esforzado, perseverante e inspirado por el amor divino?

«En Paradis, el Hno. Policarpo fue lo que ya había sido en Vals y en Lyon –nos escribe un antiguo director– es decir, un maestro lleno de celo y un religioso arquetipo de todas las virtudes».

Se hallaba entregado a las ocupaciones propias de su apostolado cuando, al año siguiente, los superiores le [53] asignaron un auxiliar que se encargó exclusivamente de atender a los novicios: el Hno. Alphonse. A pesar de su juventud, este religioso ya se había ganado la estima y las simpatías de todos los Hermanos del Instituto.[8] Su virtud amable y modesta, la dulzura y bondad de su carácter, su cultura, su piedad sincera, le hicieron apto para desempeñar correctamente la importante misión que acababan de confiarle. Así, bajo su dirección, el noviciado se convirtió en una escuela de trabajo y de crecimiento. A partir de este momento, se albergó la esperanza de disponer, en un futuro próximo, de buenos maestros para los niños y jóvenes: era el alba que despuntaba ...

Esa esperanza se apoyaba en sólidos fundamentos: además de existir una [54] dedicación seria en la tarea de formar a los novicios, la Providencia suscitaba numerosas vocaciones. Pocos años más tarde, la obra del noviciado estaba en pleno auge: semejante al grano de mostaza del Evangelio, que extrae del terreno propicio la savia benéfica para sus frágiles raíces, crecía prodigiosamente y se fortalecía más y más.

El internado pronto alcanzaría también logros insospechados. La reputación del Director, el fuerte impulso dado a los estudios, la colaboración tan abnegada como inteligente de un capellán[9] lleno de celo por la salvación de los alumnos y, sobre todo, las abundantes bendiciones del Sagrado Corazón, todo ello le auguraba un próspero porvenir. En efecto, en lo sucesivo, la casa de Paradis, tan acertadamente ubicada, se convirtió cada año en un hogar de ciencia, de piedad y de virtud para centenares de almas jóvenes.

---

* [6] Palabras de un director.

[7] Sobre la educación impartida por el Siervo de Dios en Vals y la gran impresión dejada en los alumnos puede verse el testimonio del mencionado Hno. Benjamin. (Doc. XX)

A partir del mes de octubre de 1839, el Hno. Policarpo, como ya no tenía que dar clase a los novicios –con quienes trataba, sin embargo, frecuentemente–[10] pudo concentrar su atención y sus esfuerzos en todo aquello que resultaba idóneo para favorecer la prosperidad del internado. Armado con la doble fuerza del trabajo y la oración, siguió entregando sin tasa su [55] corazón y su vida a las almas que le habían sido confiadas, esforzándose por sembrar en su espíritu la preciosa simiente de la ciencia y de la virtud: ese era uno de su más dulces consuelos.

Estos consuelos, ¡ay!, no estaban desprovistos de serias inquietudes: pues a pesar de su continua vigilancia, temía que pudieran darse malos ejemplos, tan funestos siempre para los jóvenes corazones. Además, ¿no sabía él que el enemigo de todo bien, colándose furtivamente en todas partes, produce con demasiada frecuencia espantosos estragos, incluso, en las casas donde reina una fuerte disciplina? Nacíanle de ahí vivas zozobras, y no había modo de consolarle si se llegaba a enterar de algún escándalo que hubiera podido robar a los niños el tesoro de la inocencia o, simplemente, suscitar impresiones morbosas en sus almas tiernas y puras.

He aquí, a este propósito, una conmovedora escena que tuvo lugar en Paradis en el transcurso del año 1839.

Uno de los alumnos mayores es acusado, cierto día, de haber mantenido conversaciones licenciosas. A causa de ello, el Hno. Policarpo siente una pena más cruel que si un dardo de acero le hubiera traspasado el corazón. Tras una seria reflexión alumbrada con informaciones prudentes, llega al convencimiento de que [56] la acusación es fundada. Inmediatamente, reune a todos los alumnos en su clase. Allí, con voz trémula, les declara que entre ellos hay un miserable, un corruptor, un esbirro de Satanás, un lobo entre corderos. Desde sus primeras palabras le oprime el dolor, los sollozos entrecortan sus frases, se deshace en llanto. Los alumnos, por su parte, quedan tan conmovidos que lloran con él. Sólo uno, el culpable, permanece impasible; la vergüenza empaña su mirada pero su corazón se cierra al arrepentimiento. El Hno. Policarpo pone fin a esta penosa escena declarando que, si el alumno causante del escándalo no se muestra arrepentido, será enviado sin dilación a su familia. El infeliz se niega a confesar su culpa, y para evitar el bochorno de una expulsión humillante toma la decisión de escaparse. Al día siguiente, en efecto, muy de madrugada, abandonó furtivamente la casa de Paradis.

---

* [8] Prov. 4, 14.

No resultará inútil repetir aquí que la vigilancia –la que se realiza verdaderamente a conciencia, atenta e incesantemente– era considerada por el Hno. Policarpo como uno de los más imperiosos deberes de su cargo. Entonces, ¿es de extrañar que la recomendara con tanta insistencia a sus jóvenes colaboradores? Por lo demás, ¡qué bien sabía apreciar la grandeza y dignidad de las [57] almas!, ¡cómo estimaba los favores divinos que reciben esas almas mientras conservan el candor de la inocencia!, favores que el elocuente obispo de Orléans describe con tanta elegancia como encanto: «El alma que goza de la serenidad de una conciencia pura, conserva toda su belleza, toda su sensibilidad, todo su frescor; sus ideas son más claras en todas las cosas, sus miras más elevadas, sus sentimientos más nobles. Es semejante al agua límpida que refleja fielmente la imagen y claridad de los cielos: todas las gracias, todas las virtudes celestiales brillan en ella. Las santas prácticas de la religión le ofrecen los más suaves atractivos y Dios le prodiga sus bendiciones, pues Él es Dios de toda pureza y se complace morando en un alma inocente y colmándola de sus bienes ... »[11]

El Director de Paradis unía siempre a la vida activa, la vida humilde y escondida. En la calma del recogimiento y la oración, adquiría el amor a la vida oculta, el menosprecio del relumbrón y de las vanas alabanzas.

Como el autor de la Imitación, podía exclamar: «Señor, toda gloria que pasa como una sombra, todo honor temporal, [58] toda grandeza terrena, sólo son necedad y vacío».[12] Por tanto, vivir ignorado del mundo, hacer el bien sin ruido, «no

---

[1] No es que los superiores le cambiaran por aliviarle del pesado trabajo de Vals. La verdadera razón fue –como expusimos en la introducción al Doc. VII– la de buscar su colaboración para reconstruir espiritual e intelectualmente la Congregación, tarea confiada por el Hno. Xavier al Siervo de Dios. Por este motivo, llamado de Vals hacia la segunda mitad de agosto de 1837, el 1 de septiembre de ese mismo año consiguió el segundo «Título de Capacitación» (Doc. V, 2), tomó las riendas del noviciado y, posteriormente, dirigió el internado de Paradis. Que este traslado fuese consecuencia de su óptimo rendimiento en Vals, lo afirma claramente el Hno. Bernardin en los dos textos que integran el Doc. XIX.

[2] Pierre-Julien, nacido el 16 de mayo de 1803 en St-Martin-en-Haut (Rhône), ingresó en el Instituto en Monistrol; hizo la profesión el 14 de septiembre de 1824. Fue profesor y director en varias casas, entre ellas: Mauriac, St-Just-d'Avray, Massiac, etc. Falleció en Paradis el 24 de marzo de 1880 (cfr. *Registro de la Sociedad de la Instrucción Cristiana de los Hermanos del Sagrado Corazón*, I, Archivo de los HH. del S. C.).

[3] La primera parte de su nombre compuesto era François. En los documentos antiguos generalmente se lee este primer nombre pero, en los demás, prevalece Vincent. Sus datos biográficos se pueden ver en la introducción al Doc. VII, donde nos hemos fijado

tener pensamientos ni pretensiones humanas»:[13] esas fueron las necesidades y aspiraciones de su corazón; jamás conoció otras.

Una vez que los preceptos y consejos del santo renunciamiento se convirtieron en base y regla de su vida religiosa, ¿podía tolerar que germinara en su alma el menor pensamiento de ambición? Por eso le oiremos gemir cuando se vea elevado a los cargos de mayor dignidad en la Congregación: hasta tal punto tenía siempre presente el sentimiento de su propia debilidad e ineptitud.

En 1840 fue nombrado primer Asistente y Director General del Instituto.[14] Este nombramiento, que constituía un reconocimiento de sus méritos, seguro que produjo alarma en su modestia, pero le halló dispuesto a cualquier inmolación de la vida religiosa, a todos los sacrificios que resultaran útiles para su Congregación y para sus Hermanos. Por otro lado, esto no era más que el preludio de otra carga mucho más pesada que pocos meses más tarde le impondrían al humilde y obediente religioso.

[59] En el curso escolar de 1840-1841, durante el cual continuó dirigiendo la casa de Paradis, se pudo observar cómo desempeñaba sus múltiples funciones con nuevo ardor, con vigilancia siempre atenta, con esa autoridad suave y firme que mantiene el orden, hace amar el deber, favorece el trabajo y asegura el progreso. Fue para sus Hermanos, entonces más que nunca, un padre lleno de ternura, un experto guía en el ejercicio de sus funciones y en la práctica de la virtud.

Cada vez más persuadido de que el único modo de practicar eficazmente el bien es con el auxilio del cielo y por influjo del buen ejemplo, siguió siendo para todos motivo de edificación, modelo de fervor y de regularidad. Era principalmente en las horas marcadas por la Regla cuando, dando tregua a las ocupaciones y asuntos de aquí abajo, le gustaba pedir luz y fuerza en el silencio de la oración y unión con Dios. Ahí hallaba reposo para su alma, de ahí extraía toda la energía de su virtud.

---

exhaustivamente en los acontecimientos que aquí apuntamos someramente. Véase, entre otras obras editadas, *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* (Roma, 1956), pp. 23-35, 40.

[4] Cfr. los datos biográficos en la intr. al Doc. VII.

[5] La adquisición se hizo efectiva a principios de 1837 mediante un acuerdo, mientras que el contrato de compra se estipuló el 24 de septiembre del siguiente año (Hno. Xavier, *Memorias,* p. 16, Archivo de los HH. del S. C.). Esto se decidió para dar a los religiosos una vivienda permanente ante la perspectiva de perder el Piadoso Socorro de Lyon. Para hacerse una idea de las diversas construcciones levantadas en Paradis en el transcurso de los años, confróntese la obra citada en la nota 3, pp. 32-35, 48, 49 y el *Anuario, nº 2,* 1907-1908, pp. 77-96.

Entonces, ¿es de extrañar que al salir de esos santos ejercicios sintiese que su celo apostólico se acentuaba de día en día, y que se entregara sin reservas a esa vida de abnegación y gratuidad, patrimonio de las almas generosas y fuente fecunda de éxitos completos? [60] ¡Ejemplos conmovedores que debiéramos tener siempre presentes! Es difícil leer su relato sin dirigir una mirada hacia el cielo y sin dar un paso adelante por la senda del bien.

Ocuparse de cada cosa a su debido tiempo, cumplirla con entereza, con ese espíritu de fe viva que sublima las acciones más triviales mediante la pureza de intención: he ahí uno de los puntos esenciales de la perfección; he ahí, también, el único medio de amasar grandes tesoros de méritos para el cielo. «Las vidas bien ordenadas, dice un autor, son las únicas libres ... Son las únicas fecundas. La improvisación es una esclavitud»[15]

[61] CAPÍTULO VI

El Hno. Policarpo es elegido Superior General. Resultado de esta elección.

Acercábase, finalmente, la época en que la Congregación tomaría el único camino que podía asegurarle con regularidad condiciones ventajosas de existencia y de progreso. He aquí, en pocas palabras, las causas que acarrearon un nuevo orden de cosas, a todas luces favorable a sus intereses materiales y religiosos.

El 20 de agosto de 1841, el sacerdote P. Vincent Coindre –por razones que no viene al caso dar a conocer aquí– presentaba su dimisión como Superior General.[1]

---

[6] Cfr. Hno. Xavier, *Memorias*, p. 16 (Doc. XI, 5); el Hno. Bernardin, en el *Origen y Fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón*, hace notar que entonces fue cuando se comenzó a instruir y formar «seriamente» a los novicios para la vida religiosa (Doc. XIX, 1); y en el *Registro de los Establecimientos*, indica con mayor detalle que la agrupación de los novicios se efectuó «bajo la dirección del Hno. Policarpo, quien organizó clases regulares y trabajó seriamente para formarlos en las virtudes propias de su estado», y que todo el mérito de la prosperidad que entonces se produjo corresponde al Siervo de Dios (*ibid.* 2).

[7] El mismo Hno. Bernardin atribuye la prosperidad y buena marcha del internado «a la reputación del buen Hno. Policarpo, que era el Director» (Doc. XIX, 1).

El Capítulo, reunido el 12 del mes siguiente, aceptó esta dimisión y decidió [62] que, en lo sucesivo, el Instituto sería gobernado por una persona elegida entre sus miembros,[2] y esto con tanta mayor razón cuanto que dicha medida estaba ya prevista y decidida desde un principio en los proyectos del Padre Fundador, proyectos que, por otra parte, eran bien conocidos de los Hermanos más antiguos. En la misma sesión se decidió también que al día siguiente se procedería a elegir el sucesor del P. Coindre.

El día 13, en efecto, inmediatamente después de la misa de comunidad, tuvo lugar la elección, que se caracterizó por el espíritu de abnegación, la unidad de miras y de sentimientos y el amor al Instituto. Además, previamente había sido preparada con fervorosas oraciones solicitando la protección del Sagrado Corazón. Por otro lado, el resultado de la votación se preveía claramente de antemano. En el primer escrutinio, los sufragios recayeron por unanimidad sobre el Hno. Policarpo, que fue proclamado Superior General del Instituto.[3]

Al pronunciarse este nombre, los rostros se iluminaron, los ojos brillaron de alegría y esperanza. Sólo el religioso objeto de esta muestra de confianza se creía indigno de ella; aceptar semejante cargo constituía para él un enorme y heroico [63] sacrificio. Aun a sabiendas de lo difíciles y abrumadoras que le resultarían sus ocupaciones en aquellas circunstancias históricas, así y todo, se inclinó ante la voluntad divina claramente expresada por el voto unánime del Capítulo General.

La noticia de esta elección fue acogida con inmenso gozo por el Instituto entero.

---

* [8] Gracias a sus méritos, el Hno. Alphonse fue juzgado digno de ser nombrado segundo Asistente en 1840. A este título, sumó el de Provincial de la colonia que el Instituto había fundado en 1847 en los Estados Unidos de América. Después de una vida rica en obras buenas y adornada de virtudes, murió en el establecimiento de San José, en Indianapolis, el 23 de septiembre de 1878.

A los pocos días, el Hno. Adrien daba de él este hermoso testimonio: «El Hno. Alphonse fue siempre un modelo de religioso perfecto. Nadie pudo vivir o relacionarse con él sin quedar edificado por su rectitud, su fervor, su regularidad, su reserva en el hablar, su discreción en todo, su caridad, su celo y su abnegación a toda prueba. Para todos los que le rodeaban, era un amigo, un modelo, un apoyo, un padre ...».

Estas palabras están tomadas de la circular del Hno. Adrien, fechada el 15 de octubre de 1878 y conservada en el legajo: *Hno. Adrien - Circulares - Fallecimientos 1876-77,* Archivo de los HH. del Sagrado Corazón, Roma, que los autores reproducen fielmente excepto las palabras: «Nadie pudo vivir ... ». Sobre el Hno. Alphonse confrontar el *Anuario nº 2,* 1907-1908, pp. 108-120, introducción al Doc. XIII, A, 2 y *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* p. 59.

El 13 de septiembre fue para todos los Hermanos una fecha feliz y un día de fiesta. Reunidos entonces para el retiro anual, todos a una bendijeron al cielo por haber dado a la Congregación un jefe capaz de gobernar, un jefe que gozaba de la autoridad y el ascendiente que otorgan la prudencia, la sabiduría y la virtud. Inmediatamente después de ser nombrado, se acercaron al altar para postrarse a sus pies uno a uno, besarle la mano en señal de respeto, reconocer su autoridad y prometerle obediencia. Fue una ceremonia emocionantísima durante la cual se vieron correr muchas lágrimas, lágrimas derramadas por influjo de las suaves emociones que nacen del agradecimiento y de la alegría:[4] testimonio brillante de la estima y veneración que todos alimentaban en su corazón hacia aquel que había constituido para ellos un modelo de perfección religiosa y que iba a ser, a partir de entonces, un padre y experto guía en los caminos que conducen hasta el cielo.

[64] El nuevo Superior había inclinado su cabeza bajo el yugo con humildad, pero no sin temor, al tener presentes las grandes responsabilidades que debería afrontar. Considerando ante Dios toda la importancia y alcance de sus nuevas funciones, se preocupó, en primer lugar, de elegir buenos colaboradores, capaces de ayudarle con sus consejos, y de reemplazarle en caso de necesidad.[5] El Capítulo, según su deseo, le proporcionó dos Asistentes verdaderamente aptos para compartir los trabajos y las solicitudes de su cargo: fueron los Hermanos Marie-Joseph, director de la casa de Saint-Symphorien-de-Lay, uno de los más distinguidos miembros del Instituto,[6] y el Hno. Alphonse, a la sazón maestro de novicios.[7]

El mismo día, el H. Policarpo nombró al H. Xavier como Procurador General,[8] y a los HH. Benoît[9] y Jérôme[10] como miembros del Consejo, del cual también formó parte el H. Martin a título de Secretario General.[11]

Así fue como quedó constituido el nuevo gobierno del Instituto. Entre sus integrantes no podía desearse una unión más perfecta, un concierto más unánime en sus puntos de vista y esfuerzos orientados hacia el bien. El Hno. Policarpo fue siempre el alma de este consenso, el vínculo de [65] esta unión, el centro de conjunción de todos los corazones.

El Capítulo se puso a trabajar de inmediato. Sus primeras sesiones se dedicaron

---

[9] Desde 1839 era capellán de Paradis el sacerdote Jean-Eugène Arnaudon, sobre quien se puede confrontar la introducción al Doc. XI, que confirma las afirmaciones aquí vertidas por los autores.

[10] La atención del noviciado se le confió al Hno. Alphonse, como se dijo en la introducción al Doc. XIII, A, 2 (cfr. *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* p. 40).

a examinar los temas más importantes concernientes al futuro y a la prosperidad de la Congregación. Pero esos temas sólo pudieron tratarse entonces de manera general y sin solución definitiva, pues los proyectos de organización y reforma que estaban previstos exigían tiempo, reflexión y la enseñanza de la experiencia para conseguir llevarlos a buen puerto. No obstante, el camino estaba bien trazado. El Hno. Policarpo lo seguirá con un entusiasmo y una perseverancia que no flaquearán jamás.

No obstante, «como la Congregación no se hallaba asentada todavía sobre bases suficientemente sólidas, y como parecía flotar en el ambiente cierta incertidumbre con relación al cariz que podrían tomar los acontecimientos futuros, el Capítulo estimó prudente elegir al Hno. Policarpo solamente por un período de cinco años. Sin embargo el Capítulo declaró que, para futuras elecciones de superior general, no pretendía modificar en modo alguno el artículo contenido en el proyecto de estatutos según el cual dicho superior debía ser elegido a perpetuidad»[12]

[66] Para cinco años o a perpetuidad, ¿qué más le daba al modesto Hno. Policarpo? Prefería el límite en la duración, lo cual le permitía albergar la esperanza de que un día podría descansar.

La misión que se le había confiado exigía de su parte sabias y vigorosas iniciativas y gran fortaleza de ánimo. Se trataba, en efecto, de poner –o de reponer– en vigor las normas de la disciplina religiosa, de colmar muchas lagunas, de perfeccionar la Obra inacabada del P. Fundador. Este trabajo múltiple no rebasaba las fuerzas del nuevo Superior: a las cualidades naturales de las que tan bien dotado había sido por la Providencia, ¿no unía ese espíritu de sacrificio y de santa humildad que resulta condición indispensable de todo éxito aquí abajo? Por otro lado, el Cielo, viniendo en su ayuda, debería iluminarle, sostener su ánimo y bendecir sus trabajos, pues como dice el Sabio: «*Puso su confianza en Dios y no se apoyó en su propio parecer, al contrario, consultó al Señor en todas sus empresas*».[13]

Con el auxilio de medios de acción tan poderosos, se entregó resueltamente a su labor. Armado de [67] prudencia y fortaleza, tuvo la dicha de infundir ánimo y confianza en los corazones; trabajó, sobre todo, para encender en ellos el celo por la práctica de todas las virtudes. Luchó vigorosamente y con santa libertad contra las funestas tendencias de relajación y sensualidad que constituyen siempre auténti-

---

* [11] Monseñor Dupanloup.

cas calamidades, signos precursores de ruina moral y preludio de decadencia de las congregaciones religiosas.

En el tiempo señalado por la Providencia, le veremos legar a sus Hermanos unas Reglas marcadas con el sello del Espíritu de Dios, absolutamente apropiadas para favorecer tanto las aspiraciones de la vida religiosa como la difícil tarea de la enseñanza. Más tarde, de concierto con la Asamblea Capitular, establecerá «en el Instituto un pacto fundamental o estatutos que determinen de manera definitiva la organización de la Sociedad...»[14]

Tales son, en esencia, los grandes logros que el Hno. Policarpo obtendrá por medio de un gobierno prudente y firme. Tras esta rápida exposición, en los capítulos siguientes explicaremos con mayor claridad su obra de consolidación y expansión del Instituto así como el feliz influjo que ejerció sobre cada uno de sus [68] miembros. En esos puntos observaremos sus méritos y virtudes irradiando con nuevo resplandor para mayor gloria de Dios y bien de sus Hermanos.[15]

[69] CAPÍTULO VII

El Hno. Policarpo enseña a sus Hermanos las sendas de la santidad.– Visita los establecimientos del Instituto.– Enfermedad y convalecencia.– El noviciado.

«El sabio enseña los caminos de Dios...»[1] y «fecunda las almas»[2], se dice en las Sagradas Escrituras. Tal fue la doble misión del Hno. Policarpo. Convertido en jefe de una familia religiosa, le consagró sin reservas su corazón y su vida. Fue un maestro esclarecido para todos sus miembros, adentrándolos en los secretos de la perfección evangélica. Se esforzó ante todo por hacer germinar en sus almas las virtudes y [70] el amor a las buenas obras a fin de que produjeran frutos de vida eterna. Todos los anhelos de su alma, los latidos todos de su corazón, su preocupación de cada instante, se orientaban al bien y a la santificación de sus Hermanos: es lo que expondremos a continuación.

Pero si les prodigaba con tanto celo sus lecciones de bien obrar y de virtud,

---

* [12] Imit. Lib. III, cap. 40.

* [13] Consejos a un director.

[14] Con fecha 23 de septiembre, sucediendo en el cargo al Hno. Xavier: Doc. IV, 2; XI, 5.

también quería verles responder a sus deseos, ser él mismo testigo de su conducta en todos los detalles de su vida de religiosos y de educadores cristianos: de ahí sus frecuentes visitas a las casas del Instituto, visitas que absorbieron buena parte de su existencia y que fueron coronadas por el éxito de los más felices resultados.[3]

Los viajes en sí mismos, estaban, sin duda, lejos de ser de su agrado; ¡le atraía tanto la soledad![4] Pero como decía a los suyos: «Me gusta ser edificado, uno tras otro, por cada uno de ustedes; ¡qué grato me resulta constatar sus progresos en la vida religiosa, verles, a ejemplo del divino Modelo de toda perfección, pasar de la oración a la acción y de la acción a la oración!». Bien sabía él que, para santificar a las almas, los jefes de las instituciones religiosas deben unir a la vida contemplativa y a la vida recatada, una actividad incesante. [71] Desempeñar su labor y desempeñarla bien, incluso al precio de las mayores fatigas, tal fue su única preocupación: el descanso sólo lo entendía en la eternidad.

¿Quién podría, por tanto, extrañarse de verle continuamente ocupado en sus trabajos, aguantando fatigas y privaciones, afrontando peligros capaces de comprometer su frágil salud e incluso su vida?[5]

He aquí un ejemplo que prueba bien el ánimo intrépido mostrado en los días difíciles, cuando el deber lo reclamaba al lado de sus Hermanos:

En el mes de febrero de 1843, desafiando la intensidad del frío, visitó los establecimientos situados en la zona de Yssingeaux.[6] Por espíritu de mortificación y de pobreza, a pesar del mal estado de los caminos, hizo casi todos los trayectos a pie, queriendo conformarse así con la práctica seguida entonces por los Hermanos que gozaban de buena salud. No hablaremos ahora de la alegría y filial diligencia con que fue acogido en cada una de las casas favorecidas por su visita; sólo diremos que en todas partes admiraron su amor a la regularidad, su piedad modesta y afectuosa, su tesón en el trabajo, su bondad con todos.

Profesores y alumnos sentíanse felices al contemplar la [72] figura de este religioso, modelo de una virtud llena de encanto, de amable sencillez y de humildad profunda. Todos rivalizaban por testimoniarle a porfía su veneración y gratitud.[7]

---

* [15] Arm. Ravelet. — Es el autor de la *Historia del venerable Juan Bautista de la Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, París, 1874.

[1] Las razones se pueden ver en la introducción al Doc. VII; en este documento hemos publicado la carta del P. Coindre, del 20 de agosto, dirigida al capellán P. Arnaudon, con la que presentaba su dimisión.

Acabada su misión, el Hno. Policarpo se encaminó hacia Paradis donde esperaba saborear, al menos durante unas semanas, los gozos de la soledad y el recogimiento que su alma anhelaba. Lo único que hallaría, ¡ay!, sería la opresión y sufrimiento de una dolorosa enfermedad...

El día que emprendió el viaje de regreso, tuvo que caminar durante varias horas para tomar en Monistrol el vehículo de transporte público. El viento norte soplaba con fuerza, la nieve cubría los campos. Temiendo llegar tarde, apresura el paso; llega a tiempo, sube al vehículo y continúa el viaje, pero transpirando abundantemente y sin haber podido reparar sus fuerzas agotadas por la larga caminata. Inmóvil en un carruaje de portezuelas mal ajustadas, tras el esfuerzo de la carrera, pronto empieza a sentir escalofríos seguidos de un gran abatimiento. No le resulta posible ni calentarse ni apearse; se resigna, y de su corazón, que permanece sereno y fuerte, los únicos suspiros que escapan son los de la oración y de la confianza en Dios; el viaje, no obstante, se le hace eterno,

---

[2] Aquí, los autores no son precisos: como expusimos con claridad en la introducción al Doc. VII, 2, en base a las actas, el día 12 tuvo lugar únicamente la renuncia de François-Vincent Coindre; el día 13, primero se decidió elegir el General entre los miembros de la Congregación y después, en la misma jornada, se realizó la elección del Hno. Policarpo. Veamos el acta del 12 de septiembre, (*Capítulos Generales 1841-1952*, pp. 3-4, Archivo de los HH. del Sdo. Corazón):

«Aceptación oficial de la dimisión del P. François-Vincent Coindre, segundo Superior General de los Hermanos de la Instrucción Cristiana y hermano del P. André Coindre, célebre predicador y fundador de la mencionada Asociación fallecido en 1826 siendo Vicario General de Blois; dicha aceptación fue acordada por el Capítulo General de la citada Congregación legalmente reunido por el P. Jean-Eugène Arnaudon.

Nosotros, los abajo firmantes, Hnos. Polycarpe, Alphonse, Xavier, Marie-Joseph, Martin, Benoît, Jérôme, Bonaventure, Ennemond, Thomas, Maurice y Laurent, miembros del Capítulo General, reunidos todos en nuestra casa de Paradis por las obediencias dadas por el P. Coindre en Lyon con fecha veinte de agosto de mil ochocientos cuarenta y uno, y reunidos en capítulo general por el P. Jean-Eugène Arnaudon, sacerdote y capellán de nuestra casa de Paradis, en virtud de la autoridad a él conferida por el mismo P. Coindre mediante la carta cuyo tenor sigue en la parte posterior del presente folio, después de haber invocado las luces del Espíritu Santo y escuchado la lectura de la carta que precede, hemos aceptado [!] por unanimidad la dimisión del P. Coindre.

Dado en nuestra casa de Paradis, el 12 de septiembre de mil ochocientos cuarenta y uno».

[3] La exposición de los autores queda plenamente confirmada por el acta de la sesión capitular del 13 de septiembre, publicada por nosotros en el Doc. VII, 2, así como por otros documentos; por ejemplo, *Origen y fundación*, del Hno. Bernardin (Doc. XIX, 1).

[73] parece no acabar nunca.

Llega finalmente a Paradis y se acuesta transido de frío. Acuden en su ayuda; todo el mundo se muestra solícito en torno a él, pero sus fuerzas menguan a ojos vistas; síntomas alarmantes siembran el terror en la comunidad. Llaman urgentemente al doctor, que diagnostica una pulmonía y declara el caso de gravedad. Cree que debe practicarle una sangría, la cual, teniendo en cuenta la edad y la debilidad del enfermo, podría ciertamente producirle la muerte; pero sin ella, igualmente, la muerte parece segura e inmediata.

Fue voluntad de Dios que la sangría resultase eficaz. Sin embargo, ante la seria inquietud que despertaba el estado del Hno. Policarpo, y a petición suya, se le administraron los últimos sacramentos; la ceremonia se desarrolló en presencia de varios Hermanos, oprimidos por la angustia y anegados en lágrimas. En cuanto a él, inundado de pensamientos de fe y de esperanza cristiana, gustoso habría aceptado el sacrificio de su vida. Si hubiera sido del agrado de Dios abreviar sus días, «él le habría bendecido eternamente»,[8] como escribió poco tiempo después de su curación.

¿Quién sería capaz de describir la ansiedad, las angustias de toda la Congregación, informada de la desgracia más o menos inmediata que se cernía sobre ella? Para conjurar tan fatal desenlace, ¡cuán fervientes [74] oraciones se elevaron al cielo! Tenían que ser escuchadas, y así, al cabo de diez días de hondas preocupaciones, una feliz convalecencia que disipaba todo temor, restituyó rápidamente la energía al venerado enfermo. ¡Oh, qué expansiones de júbilo dilataron entonces los corazones! ¡Cuántas acciones de gracias al Señor! Emotivos testimonios, éstos, de la importancia por todos atribuida a una vida tan valiosa, ¡tan necesaria para el bien de la Congregación!

Los Hermanos que residían lejos de Paradis se vieron colmados de alegría al recibir una circular del Hno. Policarpo anunciándoles el restablecimiento de su sa-

---

[4] También estas afirmaciones encuentran confirmación en el acta mencionada (Documento VII, 2).

[5] Lo hizo en la sesión del día siguiente, 14 de septiembre; cfr. el acta en *Capítulos Generales 1841-1952,* pp. 8-9. De 1840 a 1900, el Superior tenía dos Consejos que le ayudaban en la administración: el Consejo Ordinario, de carácter consultivo, formado por los asistentes, el secretario y el ecónomo; y el Consejo General, de carácter deliberativo, formado por el Consejo Ordinario y otros miembros, que al principio fueron dos, y después se elevaron a seis (cfr. *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* p. 41).

lud. Esta carta comenzaba así:

«Aprovecho, mis queridos Hermanos, los primeros instantes de mi convalecencia, para agradecerles las buenas oraciones que hicieron por mí durante la enfermedad que a punto estuvo de acabar con mis días. Si hubiera sido del agrado del Señor llamarme a su presencia, le habría bendecido por ello eternamente. Él quiere que mis débiles hombros sigan llevando aún la pesada carga de la autoridad; bendito sea, igualmente, su santo nombre ... »[9]

Al leer estas últimas palabras, nos [75] parece escuchar la admirable oración del gran taumaturgo de Tours, San Martín. Casi moribundo, y a la vista de la corona inmortal que iba a ceñir su frente, decía: «Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehuso el trabajo: ¡hágase tu voluntad!». Los santos no temen ni los trabajos ni los combates de la vida. Al igual que los ángeles, están siempre a las órdenes de Dios, siempre prontos a volar adonde les indica. Cumplir con amor la misión que les

---

[6] Veamos una breve semblanza de este Hermano, cuyo nombre aparece en los documentos con muchísima frecuencia. Su nombre civil era Joseph Vaissier y nació en Serverette, Lozère, el 22 de marzo de 1810. Siendo alumno del seminario diocesano, destacó enseguida por sus excelentes dotes intelectuales; de allí quiso pasar a un instituto religioso, eligiendo el de los Hnos. del Sagrado Corazón. Por eso, en 1832 se dirigió a Vals, donde hizo el noviciado bajo la dirección del Siervo de Dios (cfr. intr. Doc. VII). Sirvió al Instituto en puestos de especial relevancia: fue Asistente General de 1841 a 1846, Secretario General de 1846 a 1851, miembro del Consejo del Instituto de 1856 a 1874, profesor en Lyon, director en Saint-Symphorien, Sévérac, Neuvic, Marvejols y Chambéry. Por su gran ascendiente, en el Capítulo General de 1846 conminó al Siervo de Dios, en nombre de los Hermanos, a que aceptase su reelección como Superior General (cfr. Doc. VIII). Su muerte, acaecida en Chambéry el 25 de enero de 1884, fue llorada por todos (*Anuario nº 13*, 1918-19, pp. 223-242; *Necrologio*, p. 26).

[7] Hemos hablado de él en la nota 8 del capítulo anterior.

[8] Cfr. intr. Doc. VII.

[9] Llamado en el siglo Jean-Claude Mounier, nació el 6 de agosto de 1805 en Tourron, municipio de Raucoules (Haute-Loire). Ingresó en el noviciado de Monistrol el 7 de enero de 1825, tomó el hábito el 31 de julio siguiente y pronunció sus primeros votos el 13 de septiembre de 1826; emitió los votos perpetuos el 13 de septiembre del siguiente año. En el Capítulo General de 1835 fue nombrado Prefecto General para los asuntos espirituales, y en el de 1840, primer Consejero General (Doc. IV); este cargo le fue confirmado al año siguiente por el Siervo de Dios. Estimado por todos, murió consumido por un cáncer de estómago el 11 de septiembre de 1848 (*Anuario nº 6*, 1911-1912, pp. 207-216; *Necrologio*, p. 184).

[10] Cfr. intr. Doc. XIII, A, 1.

[11] Su nombre de pila era Jean-Louis Martin. Nació el 24 de agosto de 1800, ingresó en religión el 8 de abril de 1825, emitió la profesión temporal el 15 de septiembre de 1826 y la perpetua en 1834; falleció el 28 de agosto de 1865 (*Necrologio*, p. 175).

confía, trabajar por su gloria: he ahí su ambición, su tesoro, su delicia.

Si era todo solicitud para sus Hermanos dedicados a la enseñanza, no lo era menos para los novicios. Tanto unos como otros tenían la seguridad de encontrar en él un alma siempre dispuesta a recibirlos bien. A estos últimos, no obstante, les reservó la mejor parte de su entrega y de su amor. Esta marcada predilección parecía acentuarse a medida que aumentaban las vocaciones y que las necesidades del Instituto se hacían más acuciantes.[10]

En la época a la que nos estamos refiriendo, se contaba ya con más de sesenta novicios.[11] Para el benemérito Superior, eran su motivo de gozo y de vivísima esperanza: gracias a ellos, en [76] unos pocos años se duplicarían los efectivos de nuestra pequeña falange. Por tanto, ¡con qué felicidad recibía a los nuevos candidatos, que le auguraban el éxito de la Obra y el bien que de ella se derivaría para mayor gloria de Dios y salvación de las almas!

Mientras vivió, siempre experimentaba la misma alegría cuando veía llegar a los nuevos candidatos que Dios se dignaba enviarle. En los últimos años de su vida, sentirá recuperar en cierto modo el vigor de sus primeros años cada vez que los candidatos, recién llegados, se arremolinen alrededor de él, ávidos de verle, de oírle y de seguirle.

¡El noviciado! Para el Hno. Policarpo, esa era la preocupación dominante, el objetivo hacia el cual confluían todos los esfuerzos de su celo y de su incesante solicitud; es decir, le otorgaba suma importancia.

En efecto, ¿no es, acaso, el noviciado bien dirigido, el atrio y el florecimiento de la vida religiosa? ¿No es la escuela donde se forman los futuros apóstoles llamados a cumplir una misión divina, la de educar las almas jóvenes y sembrar en ellas las primeras semillas y el amor a la virtud? ¿No constituye la esperanza, la fuerza y la prenda de fecundidad de las congregaciones religiosas?[12]

[77] Si las falsas vocaciones se convierten en graves plagas para las familias

---

[12] Este párrafo entrecomillado está sacado del acta del Capítulo General correspondiente a la sesión del 13 de septiembre de 1841 (cfr. Doc.VII, 2). Pero los autores no lo han reproducido con exactitud: aunque no alteran el sentido, para adaptarlo al contexto, han cambiado la persona (de la primera del plural a la tercera del singular), y han hecho alguna corrección. El texto exacto es: «pero como estábamos todavía sumidos en una especie de incertidumbre sobre el cariz que tomarían nuestros asuntos, acordamos por unanimidad, sin menoscabo del artículo dos de los Estatutos, que el nuevo superior sería elegido solamente para cinco años».

*[13] Prov. 3, 5-6

religiosas, no menos funestas son para ellas las verdaderas cuando no se cultivan con esmero desde el principio ni se cimientan sobre la base de una sólida virtud: la historia y algunas tristes experiencias están ahí para demostrar esta dolorosa realidad.

«Una de las causas que más han contribuido a la relajación de ciertos monasterios –dice el Papa Clemente VIII– es la negligencia en la probación de los novicios. Hay que formarlos debidamente para la vida religiosa y darles una instrucción sólida, sobre todo, en lo que atañe a la naturaleza e importancia de las obligaciones que desean contraer. El camino por el que está llamada a desarrollarse su vida entera, debe aparecer ante su ojos tal como es. Tienen que sopesar previamente sus privaciones y calcular sus obstáculos, al mismo tiempo que aprecian sus ventajas. ¿Lo recorren después con paso firme? De ello se podrá deducir que actúan inspirados y sostenidos por la gracia de una vocación verdadera. Los ángeles, testigos de su heroica determinación, los protegen en su andadura. Muy a menudo, en este caso, los religiosos extraen de los tonificantes recuerdos del noviciado la energía necesaria para no [78] caer bajo el terrible anatema del Evangelio: «¡Ay de aquel que después de haber puesto la mano en el arado, vuelve la vista atrás con pena y añoranza!».

Haciéndose eco del deseo de la Iglesia, el venerado Superior puso en marcha todos los medios a su alcance para lograr una seria formación de los novicios. Como veremos más adelante, él mismo colaboró con todas sus fuerzas, tanto me-

---

[14] Estas palabras han sido tomadas de la alocución pronunciada por el Hno. Policarpo en la primera sesión del Capítulo General de 1856, el 16 de agosto. Veamos el texto original, del cual deducimos que los autores han eliminado una frase no indispensable –sin poner puntos suspensivos– y han efectuado una ligera sustitución: «que debe haber en el Instituto un pacto fundamental o estatutos que sirvan de base a las Reglas comunes, que determinen definitivamente la organización de la Sociedad ... » (*Capítulos Generales 1841-1952*, p. 16, Archivo de los HH. del S. C.).

* [15] En la época que el Hno. Policarpo fue nombrado Superior General, la Congregación contaba con apenas sesenta miembros, incluidos los novicios. El número exacto era cincuenta y nueve; cfr. los nombres en el registro *Matrícula I*, Archivo de los HH. del S. C.; cfr. intr. Doc. VII, 2.

diante sólidas instrucciones como por una dirección tan sabia como paternal. Sus palabras sencillas, llenas de unción, afectuosas, encandilaban a los jóvenes con un encanto irresistible.

Es preciso añadir todavía, que prestó a menudo un valioso apoyo a los maestros de novicios encargados de la formación. Sus caritativos y juiciosos consejos sirvieron para aliviarles la carga, para animar un ministerio gratísimo siempre a su corazón: el de proporcionar al Instituto personas capacitadas y fervientes religiosos.[13]

[79] CAPÍTULO VIII

Circular del Hno. Policarpo a los miembros del Instituto.– Redacción de las Reglas.

Para obtener rápidos resultados en sus empresas, el Hno. Policarpo recurría a medios verdaderamente eficaces: oración, vida abnegada, trabajo desarrollado con entusiasmo y perseverancia. En tanto que aumentaba día a día su autoridad, exenta al mismo tiempo de rigor y de flaqueza, el cielo bendecía visiblemente sus esfuerzos y sus sacrificios. Así se veía recompensado, incluso, más allá de sus esperanzas, pues pronto tuvo el consuelo de ver cómo trabajaban sus Hermanos con más ardor y generosidad en el cumplimiento de su [80] deber. De ahí las felicitaciones que les dirigía en 1843, en una circular donde les exhorta a perfeccionarse en el espíritu de

---

* [1] Sab. 8, 4.

* [2] Prov., 11, 30.

[3] En tiempo del Siervo de Dios, las comunidades de Francia aún no estaban divididas en provincias; lo estuvieron a partir de 1865, cuando lo decidió el Capítulo General habido del 27 al 30 de agosto y el 7 de setiembre. Al Superior General le correspondía, pues, la obligación de visitar anualmente las casas, consagrando de cuatro a cinco meses a esta importante labor. Únicamente en los últimos años, a causa de su delicada salud, les confió en parte esta tarea a sus Asistentes, Hnos. Adrien y Jean-Marie (*Los Hnos. del Sagrado Corazón. Historia del Instituto*, pp. 56-57; cfr. Doc. XXIV). En el último trimestre de 1858, poco antes de su última enfermedad, todavía hizo la visita a St-Pal-de-Mons (cfr. Doc XXX, testigo 5, nº 3).

[4] Una confirmación de este aserto de los autores nos la ofrece el Hno. Adrien en una carta de 29 de mayo de 1849, dirigida al Hno. Alphonse que se encontraba en América, en la cual, hablando extensamente de los viajes que el Siervo de Dios realizaba (conforme a lo que se

su santa vocación.[1] Veamos un extracto de esta circular:

«Que la gracia y la paz del Señor estén con todos ustedes, mis queridos Hermanos. Continuamente doy gracias a Dios que, por su misericordia y liberalidad, ha derramado abundantemente en ustedes el espíritu de su vocación, que es un espíritu de fe, de firme confianza y de entrañable caridad. Este mismo espíritu que rige su conducta, no lo dudo, es fuente de la perfecta obediencia que tributan al indigno[2] jefe que ustedes han elegido. Por eso he experimentado grandes consuelos a la vista de los buenos sentimientos que continuamente les animan; mi corazón no puede dejarles ignorar que su humilde[3] sumisión me ha compensado ampliamente de todas las preocupaciones a las que me ha sometido la penosa carga que soporto. ¡Ojalá que este espíritu de mansedumbre, de inocencia, de sencillez religiosa[4], de cordialidad, con que se engalanan a modo de ricas vestiduras para agradar al esposo de sus almas, pueda prolongarse a lo largo de sus días, transmitirse [81] a los corazones de los que más tarde se unirán a nosotros, convertirse en el carácter distintivo[5] de nuestro pequeño Instituto y perpetuarse de generación en generación!...» (*Circular, 8 de enero de 1843*).

En la misma circular, el Hno. Policarpo, feliz como siempre de alumbrar a los suyos en las sendas del cielo, les recuerda los grandes principios sobre los que se fundamenta la santidad y la paz del corazón: el amor y la práctica de la vida interior alimentada por la oración y por el ejercicio de la meditación, el espíritu de sacrificio, la inmolación del hombre viejo y de sus tendencias, la victoria sobre sí mismo, el triunfo de la gracia sobre los sentidos y las pasiones. Así se expresa él: «Aprovecho esta ocasión,[6] amadísimos Hermanos,[7] para poner de nuevo ante su mirada las

---

dice en la *Vida*) añade: «No dudamos que estos viajes le cuestan mucho y que tiene que sobreponerse a la repugnancia que le supone abandonar la soledad de Paradis» (Doc. X).

[5] El Siervo de Dios, en una larga carta fechada el 14 de julio de 1844, dirigida al párroco de Riotord, le agradece la cortesía con que fue tratado durante su agotadora visita: «Que nuestra visita a Riotord no sea la razón que le haga inclinarse de nuestro lado; al hacer ese viaje, hemos tenido ocasión de visitar algunos de nuestros establecimientos, hemos podido peregrinar a Saint François Régis, cosa que deseábamos desde hacía tiempo; también debo, Sr. Párroco, agradecerle la bondad que tuvo al prestarme su caballo y al proporcionarnos un guía que nos condujera con seguridad hasta St. Bonnet; sin él, hubiésemos corrido el riesgo de perdernos en varias ocasiones, ya sea a causa de las asperezas de la región que tuvimos que atravesar, ya a causa del mal tiempo que hizo. El mal tiempo y la oscuridad de la noche nos hicieron temer por el muchacho, y por eso no le dejamos regresar el mismo día» (cfr. el borrador en el Archivo de los HH. del S. C.; cfr. Doc. X).

[6] En Haute-Loire, el mismo departamento en el que se encontraba la ciudad del Puy.

buenas resoluciones que con tanta generosidad adoptaron durante su último retiro sobre la fidelidad a sus ejercicios de piedad. Estoy bien convencido de que[8] esta escrupulosa exactitud atraerá sobre ustedes y sobre todo el Instituto las más abundantes bendiciones del Señor. Pero si queremos gozar de una felicidad completa, de una paz constante, tenemos que [82] amar más la vida oculta, romper todo trato superfluo con las personas de fuera ... Viviendo así, lejos del bullicio del mundo y en la fidelidad a todos nuestros deberes, Dios se dignará habitar nuestra morada, llenar de encanto nuestra soledad; veremos convertirse cada una de nuestras casas en una nueva Jerusalén o remanso de paz, y nuestro corazón en otra Sión o ciudad de Dios; casas en las que erigiremos altares para inmolar al Señor, no carneros y toros, como los israelitas, sino nuestro amor propio, el amor a nuestras comodidades y concupiscencias, el deseo de agradar al mundo y, en fin, todas nuestras pasiones y apetitos desordenados...[9] Recen y recen con ardor; sean asiduos al santo ejercicio de la oración...[10] Tales son, mis queridos Hermanos, los votos que formula por ustedes quien les ama tiernamente a todos como a sus hijos predilectos en Jesucristo Nuestro Señor ...» *(Circular del 8 de enero de 1843).*

Como dijimos más arriba, a causa de su muerte prematura el Padre Fundador no había podido dejar a sus Hermanos una Regla y unos estatutos adecuados a la finalidad que se había propuesto alcanzar al fundar su Obra.[11]

Es verdad que, para guiarles, había escogido en las Reglas de San Agustín y de [83] San Ignacio los artículos que tratan de la vida religiosa en general; pero esos extractos no podían ser suficientes para maestros especialmente dedicados a la enseñanza y formación de los jóvenes, pues tales maestros necesitaban una línea de conducta bien clara en el ejercicio de sus funciones, una línea de conducta adaptada a las necesidades de los tiempos y lugares.

Más todavía, a medida que crecía la Sociedad era necesario regular, consolidar su marcha y completar su organización de una manera definitiva sobre bases fijas y duraderas. De ahí surgió, para el Hno. Policarpo, un trabajo importante del que se ocupó sin descanso hasta conseguir llevarlo a feliz término; de ahí nacieron dos proyectos que afectaban en grado sumo al progreso de la Congregación y que él debería realizar en el tiempo señalado por la divina Providencia.

En su circular del mes de enero de 1843, muy preocupado por uno de estos

---

[7] Una confirmación de cuanto se dice aquí sobre los sentimientos de los Hermanos al acoger al Superior y, más en general, sobre sus viajes, la encontramos en los Docc. XIX, XX, XXIV.

proyectos, se lo expone a los miembros del Instituto, y para ejecutarlo con más garantías de éxito solicita la colaboración de los Hermanos más antiguos y más capaces.

«Desde hace mucho tiempo –les escribe–[12] vienen solicitando instantemente la impresión de nuestras santas Reglas; desde hace mucho tiempo, también, [84] he sentido vivamente la importancia de reunirlas, de ordenarlas, de rectificar las diversas[13] modificaciones que se introdujeron en ellas por la multiplicidad de las copias, e impedir que esto se vuelva a repetir en el futuro...[14] Sin embargo, para llevar a cabo una tarea tan difícil necesito su colaboración, y me la prestarán haciéndome llegar todos los documentos que hubiera podido haberles entregado nuestro venerado Fundador o que hubiesen llegado a ustedes a través de una tradición fidedigna...[15] Tengo la seguridad de que pondrán religioso empeño en procurarme todo lo que pueda resultar útil para el éxito de nuestra empresa...[16] Este trabajo será de inapreciable valor para mí: pues, así lo espero, provocará en ustedes un redoblado aumento de fervor y de celo por la observancia regular, objeto de sus mayores deseos, de la cual dependen... sus progresos en toda clase de virtudes, su corona eterna, los inmensos servicios que prestarán al prójimo y, sobre todo, la inmensa gloria que darán a Dios.[17]

« ¡Qué útiles resultan estos[18] motivos, mis queridos Hermanos, para animarnos, para hacernos superar todos los obstáculos que pueden [85] encontrarse en el servicio de Dios, bajo cuyos estandartes estamos enrolados a fin de combatir contra sus enemigos y los nuestros! ¡Qué apropiados para encariñarnos con la práctica de una Regla que nos sirve de vínculo y que hace de todos nuestros corazones un solo y mismo corazón...»[19]

Provisto de todos los materiales y documentos que había podido recoger, el Hno. Policarpo inició la tarea después de haber rogado a Dios que bendijera su empresa. Las Reglas relativas a las prácticas y a la perfección de la vida religiosa, redactadas según un plan bien concebido, fueron parcialmente copiadas de las de San Ignacio; las demás, abarcaban varios capítulos sobre las costumbres propias

---

[8] Circular del 2 de marzo de 1843, en *Hno. Pol. - Circulares,* Archivo de los HH. del S. C., Roma. Para adaptar la frase al contexto, los autores han cambiado a la tercera persona lo que en el original estaba en primera: «si hubiera sido del agrado del Señor llamarme a su presencia, yo le habría bendecido por ello eternamente».

* [9] 2 de marzo de 1843. — *ibid.* El párrafo corresponde perfectamente al original salvo dos cambios de persona, tal como se ha indicado en la nota 8, y la palabra «pesada» añadida por los autores.

del Instituto y sobre las diferentes obligaciones impuestas a los Hermanos dedicados a la enseñanza.[20] Una vez terminado este trabajo impregnado de gran espíritu de sabiduría y piedad, el benemérito Superior se apresuró a someterlo, en primer lugar, al examen del Capítulo, que aceptó con mucho agrado tanto el fondo como la forma; luego, lo presentó a varios prelados cuyas simpatías por la Congregación le eran bien conocidas. Las nuevas Reglas fueron [86] sucesivamente aprobadas por su Eminencia el cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon, y por los Señores Obispos del Puy, Mende, Saint-Flour, Grenoble, Cahors, Nevers, Rodez y Nîmes:[21] eran los que presidían las diócesis donde el Instituto tenía establecimientos.

Reunidos para el retiro anual que tuvo lugar en Paradis en el mes de septiembre de 1843, los Hermanos recibieron estas Reglas con unánimes testimonios de gratitud y de alegría. El Hno. Policarpo bendijo al cielo por ello. Su trabajo, tan apreciado por todos, la excelente disposición de aquellos a quienes iba destinado, la perspectiva de los incalculables beneficios que deberían derivar de aquí para el Instituto, fueron para él motivos de gran consuelo y esperanza: pues sabía que no hay comunidad verdaderamente fecunda sin una Regla que lleve a la unidad las diversas voluntades y haga converger hacia un solo fin los esfuerzos de todos.

«La Regla, dice un biógrafo, pasa a los ojos del mundo por una esclavitud; pero es, en realidad, una liberación. Al prescribir a cada uno lo que tiene que hacer, nos evita la preocupación de prever los pequeños detalles de la vida cotidiana que traban nuestra [87] libertad o la dispersan entre mil objetos indignos de ella. Los sabios captan tan bien la utilidad de semejante método, que hasta lo aplican en la vida seglar y se imponen a sí mismos un reglamento al que generalmente permane-

---

[10] Para confirmar lo que escriben los autores, confróntese el Doc. X y el testimonio del Hno. Adelphe (Doc. XXIV), que ellos no conocían.

[11] El Hno. Adrien, en carta del 4 de septiembre de 1847 al Hno. Alphonse, Director de Mobile en los Estados Unidos de América, habla de cincuenta y seis novicios al comenzar el año; en otra, del 29 de mayo de 1849 (Doc. X), de una treintena; observando el registro que contiene las actas de las tomas de hábito y de las profesiones religiosas, encontramos el número exacto de los que iniciaron el noviciado: por ejemplo, en 1843, veinticuatro; en 1846, veintiséis. Principalmente a partir de 1851, el número va siempre en aumento; en ese año, cuarenta y seis; en el 52, cincuenta y cuatro; en el 53, setenta y uno, etc. Debemos tener presente que, por tratarse de un noviciado de dos años, a estas cifras hay que añadir las correspondientes a los novicios del segundo año, que se hallaban repartidos en diversas comunidades y, al mismo tiempo, excluir a los que se iban retirando. Desde 1852 funcionaba un segundo noviciado en Marvejols, y desde 1857, un tercero en Oloron (Basses-Pyrénées).

cen fieles. ¿Y qué decir de los santos?» (A. Ravelet).[22]

[89] **CAPÍTULO IX**

El Hno. Policarpo es reelegido Superior General.– Proyectos de Estatutos; revisión de las Reglas.– Felicitaciones dirigidas a los Hermanos.– Progresos del Instituto.

No lo hemos olvidado: el Rdmo. Hno. Policarpo había sido elegido en 1841 únicamente para cinco años; el Capítulo, por tanto, tuvo que reunirse de nuevo en 1846 para la elección de superior general. Como el precedente, tuvo lugar en Paradis.

Todas las miradas estaban puestas en quien, desde hacía tiempo, ya desarrollaba esa labor. Debería ser él, nuevamente, el elegido del Señor, el cabeza de esa familia religiosa que lo amaba como a tierno padre y lo veneraba como a santo. ¿No se conocía, además, la firmeza [90] de su carácter, su entrega al Instituto, el acierto de su administración? Así pues, los miembros del Capítulo se hicieron un deber renovarle su mandato por medio de las urnas, manifestándole, con ese testimonio de confianza, que ahí estaba exactamente su puesto y que desempeñaba de maravilla la misión que le habían encomendado.

El Hno. Policarpo fue, pues, reelegido –y además por unanimidad– en la primera votación. Él se esperaba lo contrario. Tan apremiantes súplicas hizo para alejar de sí la pesada carga del gobierno del Instituto, que la Asamblea Capitular creyó no tener derecho a rehusarle otra votación. Pero nuevamente resultó elegido por unanimidad. Como persistía en su negativa, el Capítulo le hizo saber por la voz de uno de sus miembros, que tenía la intención de ejercer su derecho de intimarle en virtud de la santa obediencia la orden formal de reasumir la dirección del Instituto. Ante una voluntad tan meridianamente manifestada, el Hno. Policarpo no tuvo más remedio que aceptar los designios de Dios sobre él. Así pues, se sometió; pero quiso que todos los Hermanos le prometieran ser buenos religiosos. Todos se lo prometieron entre reiteradas aclamaciones.[1]

---

[12] El Hno. Adrien, en la ya citada carta al Hno. Alphonse, del 29 de mayo de 1849, habla del noviciado y entre otras cosas escribe: «El noviciado marcha bastante bien bajo el punto de vista de la ciencia e, incluso, de la virtud: desde que usted partió, hemos tenido siempre, al menos, tres títulos de enseñanza en cada promoción. Este año, cinco novicios –y el Hno. Eugène con ellos– han aprobado en los exámenes de marzo. Si aún quedan preocupaciones, ya no nacen del tema de los diplomas» (Extracto del Doc. X; cfr. Doc. XXVI).

[91] Tras esta elección, que tuvo lugar el 10 de septiembre de 1846, el Capítulo nombró los principales dignatarios del Instituto.[2] Luego, el Rdmo. Hno. Policarpo sometió a examen de los Hermanos reunidos un proyecto de Estatutos, así como diversas modificaciones realizadas sobre ciertos puntos de las Reglas que él mismo había redactado y ordenado en 1843.

«El Capítulo aprobó de buena gana un trabajo tanto más apreciado cuanto que constituía un punto de partida a la vez que una línea de conducta para el Instituto. En la última sesión, por iniciativa del Hno. Superior, se reunieron todos los profesos perpetuos en la sala de deliberaciones. Se procedió a leerles los trabajos realizados por el Capítulo; ellos los aprobaron, con mucho gusto, por unanimidad».[3]

En posesión de los nuevos poderes que acababan de serle conferidos, el Hno. Policarpo reanudó su tarea con todo el vigor de su actividad y celo infatigables. Como hombre de continua entrega e inflexible inmolación a su deber, debía consagrar a éste todas sus fuerzas, todo su tiempo, todas las energías de su alma. Hasta el final de su vida, le veremos continuamente ocupado, empuñando siempre las armas [92] para combatir el mal, perseguir el vicio y hacer triunfar la virtud.

Lo hemos dicho ya: sus trabajos, el fuerte impulso que supo dar a todas las cosas, la benéfica influencia que ejerció sobre los corazones, habían producido frutos de mucho consuelo: era para él un motivo de nuevas esperanzas y una recompensa ya en este mundo. Lleno del espíritu de Dios, poseía recursos maravillosos para electrizar a las almas e impulsarlas hacia la virtud. ¡Qué tacto tan admirable poseía, en efecto, para elogiar oportunamente a los Hermanos por sus generosos esfuerzos y para animarles a ser mejores y más santos cada día!

«Voy a comunicarles –les escribía– la satisfacción que he experimentado durante mis visitas de este año. Verdaderamente, mis queridos Hermanos, han hecho progresos notables: las virtudes que forman al perfecto religioso han echado en ustedes raíces profundas. Se puede, incluso, decir que el tallo que ha crecido bajo los rayos vivificantes del sol de la gracia, ha producido ya flores y frutos. Su celo,

---

[13] La mencionada carta del Hno. Adrien al Hno. Alphonse (Doc. X) y la biografía del Siervo de Dios escrita por el Hno. Basilien (Doc. XXVI) confirman plenamente las afirmaciones de los autores.

[1] Es la circular del 8 de enero, conservada en el legajo *Hno. Pol. - Circulares,* Archivo de los HH. del S. C. En los párrafos que citan los autores, lo mismo que en otros lugares, se han permitido cambios, muchos de ellos de escasa importancia; los más relevantes los haremos notar sucesivamente en notas a pie de página.

sobre todo con los niños, se desarrolla de manera admirable. Sin embargo, no todo está hecho; aún están lejos de haber llegado a la cumbre de la perfección, pero [93] están en la senda; continúen caminando por ella sin descanso, y siempre con renovado ardor»[4]

Lo que contribuía más aún a la dicha del Hno. Policarpo, era la rapidez con que empezaba a extenderse el Instituto. Veía lleno de gozo cómo crecía el número de sus miembros y su nivel de instrucción y cómo aumentaban los recursos, precisamente, a causa del progresivo desarrollo de la Obra.

Desde 1842 hasta 1847 llegó a fundar diecisiete escuelas, una de ellas en el Nuevo Mundo.[5]

Así se cumplían, por fin, las esperanzas del P. Fundador, que escribió estas memorables palabras:

«Tengo la firme confianza de que nuestros Hermanos, a base de actividad, de ardor y con la protección divina, verán coronados sus esfuerzos por el éxito. Que sean santos y laboriosos: así será imposible que la Obra perezca...» (*Enero de 1822*).[6]

En efecto, bendecida por el cielo, se haría floreciente después de haber pasado por el crisol de duras tribulaciones. Uno de los hijos espirituales del venerado Fundador, heredero de su fe y de su celo, debería imprimir [94] a esta Obra los caracteres de unidad, de vida y de fortaleza que le permitirían seguir una marcha segura, propagarse a lo lejos y extender su acción bienhechora allende los mares.

---

[2] En el original dice «al pobre»

[3] El adjetivo falta en el original.

[4] También esto falta en el original.

[5] El adjetivo falta en le original.

* [6] La del año nuevo. — Las palabras exactas son las siguientes: «Tomamos ocasión de esta circular».

[7] La frase ha sido añadida por los autores.

[8] En el original se lee: «...sobre la fidelidad a sus ejercicios de piedad, convencido de que...»

[9] He aquí el texto exacto de este párrafo: «Viviendo *de esta suerte apartados* del bullicio y *ocupados* en nuestros deberes, nuestras casas *se convertirán* en nuevas Jerusalén o *ciudades* de paz; nuestros corazones se *cambiarán en* otras Sión o ciudades de Dios, *en las que* erigiremos altares para inmolar al Señor, no carneros o toros, como los Israelitas, sino *nuestro orgullo*, nuestro amor propio, el amor a nuestras comodidades y concupiscencias, el deseo de agradar *a un* mundo *falaz* y, en fin, todas nuestras pasiones y apetitos desordenados».

[10] La frase «sean ... oración» falta en el original; probablemente los autores han transformado la siguiente: «entréguense al espíritu de oración...»

[11] Sobre la elaboración de la Regla y cuestiones relacionadas con ella, hemos hablado extensamente en la intr. al Doc. IX.

[12] Aquí faltan las palabras «mis amadísimos Hermanos».

[13] Esta palabra ha sido añadida por los autores.

[14] Este es el texto original: «e impedir, mediante la impresión, los cambios que podrían hacerse en ellas en lo sucesivo por los fallos, incluso involuntarios, de los copistas».

[15] Veamos el párrafo correspondiente del original: «Pero, para cumplir *fielmente* una tarea tan difícil, necesito su colaboración, y me la prestarán *enviándome en su primera carta de regla* todos los documentos que hubiera podido haberles entregado nuestro *venerable* Fundador o que, *sin habérselos entregado él,* les hubiesen llegado por una tradición fidedigna».

[16] He aquí el párrafo del original: «Tengo la seguridad de que pondrán religioso empeño en procurarme todo lo que me pueda *ayudar a terminar con éxito la redacción que esperan con tan vivo interés*». Aunque en una primera lectura parece que el sentido es distinto, en realidad no es así, porque los autores, para abreviar, han usado expresiones generales –no contrarias al sentido del documento– en lugar de las más precisas del Siervo de Dios.

[17] Leemos en el original: «Este trabajo nos *resulta* muy *suave cuando considero que será una ayuda para su regularidad,* de la cual dependen *su avance, la huida de los peligros, su perfección* en toda clase de virtudes, su corona eterna, los inmensos servicios que prestarán al prójimo y, sobre todo, la inmensa gloria que darán a Dios».

[18] Ha sido omitida la palabra «últimos».

* [19] Circular del 8 de enero de 1843. — En el original leemos al final: «que hace de todos nuestros corazones *una sola voluntad*».

[20] Como sabemos por la intr. al Doc. IX, para estos capítulos el Siervo de Dios usó mucho las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

[21] Todas ellas están citadas al final del original de las *Reglas generales y comunes del Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de los SS. CC.* (Archivo de los HH. del S. C.). Los biógrafos no citan la carta del obispo de Mobile (Estados Unidos deAmérica), del 7 de agosto de 1848, que encontramos en último lugar en el original de las Reglas.

[22] Cfr. cap. 5, nº 15.

[1] Esta descripción de los autores está escrupulosamente contrastada con el acta del Capítulo General, en la cual se han basado usando, a veces, las mismas palabras (Doc. VIII).

[2] Los hemos dados a conocer en la intr. al Doc. VIII.

[3] No sabemos de dónde han sacado los autores estos dos párrafos. La descripción que nos hacen corresponden al desarrollo real de los hechos (cfr. Doc. VIII).

* [4] Circular de junio de 1847. - La fecha exacta es el 27 (en *Hno. Pol. - Circulares,* Archivo HH. del S. C.). He aquí el correspondiente párrafo del original, que ofrece sensibles diferencias respecto al texto dado por los autores: «*Aprovecho, mis amados Hermanos, esta ocasión para* comunicarles la satisfacción que he experimentado durante las visitas de este año; verdaderamente, mis queridos Hermanos, han hecho progresos; las virtudes que forman al *buen* y perfecto religioso han *formado ya grandes* raíces en ustedes; se puede, incluso, decir que el tallo ha crecido, que ha producido, *incluso,* flores y frutos. Su celo, sobre todo, se desarrolla de una manera *muy sensible.* Sin embargo, no todo está hecho; aún *no* han llegado a la cumbre de la perfección, pero están en la senda, ...». La última frase citada por los Hnos. Eugène y Daniel falta en el original.

[5] Como se puede observar en la introducción al Doc. XIII, de 1842 a 1847 fueron fundadas veintidós casas. En el primer quinquenio de gobierno hubo conversaciones entre el Siervo de Dios y el obispo de St-Flour, en Cantal, Mons. Frédéric-Gabriel-Marie-François de Marguerye, (1837-1852) con vistas a una posible unión de los «Hermanos de St-Odilon», fundados por él, con los Hnos. del Sgdo. Corazón. En un primer proyecto (1839-1844) pretendía asociar a los Hnos. de St-Odilon con los «Hnos. de San Viator» de Lyon porque los estatutos de estos permitían trabajar individualmente en las parroquias. Pero como no consiguieron obtener del Ministerio la autorización para entrar en Cantal, el proyecto se esfumó. El Obispo se dirigió entonces, con el mismo fin, a los Hnos. del Sgdo. Corazón, llamados «Hnos. de la Instrucción

Cristiana de los Sagrados Corazones de Jesús y de María», pues ya tenían varias casas en su diócesis. Entre 1844 y 1845 se mantuvo una correspondencia epistolar entre el Siervo de Dios y el Prelado, quien habló también de ello al Ministerio; hubo igualmente entrevistas directas entre él y el P. Arnaudon, capellán de Paradis, y acaso también con el Hno. Policarpo a fin de vencer las dificultades que se presentaban. De hecho, en el primer semestre de 1845 se realizó la unión, hasta el punto que el Siervo de Dios envió, desde Paradis, los hábitos y otras cosas necesarias para el paso de los «Hermanos de St-Odilon» a su Congregación. Pero de buenas a primeras, los mismos religiosos se negaron a dar el paso decisivo, y así, con gran pesar, los promotores debieron anular la operación. Mientras tanto, habiendo obtenido los «Hermanos de San Viator» la autorización del Ministerio para establecerse en Cantal, las negociaciones se reanudaron con ellos y, en poco tiempo, llegaron a feliz término. En los documentos conservados en el archivo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, Roma, se aprecia lo mucho que estimaban al Siervo de Dios, siempre prudente y recto en su proceder. El sacerdote Juillard, de St-Flour, le escribe así el 1º de agosto de 1845, después de anularse las negociaciones:

«Su bondad nos edifica y nos hace lamentar no poder testimoniarle nuestro agradecimiento más que de palabra: es enorme; será eterno» (cfr. *obispo de St-Flour al Siervo de Dios,* 20, 30 de noviembre de 1844; 9 de enero y 22 de julio de 1845; *Ch. de Moré de Charaix al mismo,* el 20 de noviembre de 1844; *De Pompignac, Vicario General, al mismo,* el 28 de julio de 1845; *respuestas del Siervo de Dios,* 5 y 12 de diciembre de 1844 y 15 de julio de 1845, en *Hno. Pol. - Hermanos de St-Flour,* Archivo de los HH. del S. C., Roma).

[6] Es una carta del 10 de enero de 1822, cuyo original se conserva en el archivo general de los Hnos. del Sgdo. Corazón, en *A. C. - Carta 1822,* publicada en el *Anuario nº 50,* 1955-1956, pp. 17-18. Como se puede constatar, los autores han retocado el texto: «Tengo *la más viva* confianza de que a base de actividad, de ardor y con la protección, *triunfarán... Tengo la más viva confianza de que si nuestros Hermanos son* santos y laboriosos, *su institución no perecerá nunca*».

[95] **CAPÍTULO X**

La Colonia fundada en América

La Congregación de los Hnos. del Sgdo. Corazón fue llamada, pues, a sembrar en países lejanos los principios religiosos junto con los beneficios de las ciencias elementales. Hace ya más de cuarenta años que muchos de sus miembros ejercen allá un fructífero apostolado entre las jóvenes generaciones, esforzándose por hacerlas virtuosas y dignas de sus destinos eternos. Las primeras casas que establecieron prosperaron con gran rapidez. El mérito y la virtud de quienes las dirigían, obtuvieron brillantes resultados y trajeron como consecuencia otras fundaciones importantes en [96] varias provincias de los Estados Unidos y, más tarde, hasta en el Canadá. He aquí, por otra parte, algunos detalles sobre el origen y progresos de esta colonia y los hechos más interesantes relacionados con ella.

A petición e instancias de Monseñor Portier, obispo de Mobile,[1] el Hno. Policarpo envió inicialmente cinco Hermanos, entre los que se encontraba el Hno. Alphonse, que era Asistente desde 1841 y que fue designado fundador y Provincial

---

[1] Mons. Michel Portier, nacido el 7 de septiembre de 1795 en Montbrison, primer obispo de Mobile desde el 15 de mayo de 1829, falleció el 14 de mayo de 1859 (GAMS, *Series de obispos de la Iglesia católica*, Ratisbona, 1873, p. 174; *Enciclopedia católica.*, VIII, col. 1160; *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto*, p. 59).

En la primavera de 1846, envió a Francia a su primer Vicario, Mons. Bazin, para buscar Padres que asumieran la dirección del colegio de Spring Hill y religiosos seglares para el orfanato de Mobile. Lo primero fue aceptado por los Jesuitas, que todavía hoy conservan aquel colegio, muy floreciente.

Desde Lyon, donde se encontraba el 9 de junio de ese año, Mons. Bazin escribió al Hno. Policarpo pidiéndole religiosos para el orfanato de Mobile: «Enviado por Mons. Portier, obispo de Mobile en los Estados Unidos, para gestionar asuntos espirituales y temporales de su diócesis, me tomo la libertad de acudir a usted para solicitar de su caridad Hermanos que llevaría conmigo a fin de que se responsabilizaran de un orfanato. He aquí algunos detalles sobre el objeto de mi solicitud: Mons. Portier fundó en su sede episcopal, en 1839, dos asilos para niños huérfanos. Dios bendice esta iniciativa por encima de nuestras esperanzas. Los asilos albergan en la actualidad más de cien niños que están perfectamente atendidos por las Hijas de la Caridad. Pero, por desgracia, estas buenas hijas de San Vicente de Paúl ya no pueden encargarse por más tiempo de los niños. Nuestro santo obispo me manda, pues, que recurra a vuestra caridad a fin de obtener cinco Hermanos, o al menos tres, para confiarles estos pobres huérfanos. El número de niños será, aproximadamente, 35 ó 40. Monseñor les destina un soberbio local situado prácticamente a la entrada de Mobile. Allí se les prodigarán todas las atenciones espirituales y temporales. Es un obra de muchísimo mérito y que puede

de la nueva colonia.[2]

He aquí en qué términos se expresaba el Hno. Policarpo para anunciar un próxi-

---

resultar extraordinariamente importante para la religión. El catolicismo hace progresos inmensos en los Estados Unidos. Creo que es imposible que un establecimiento de Hermanos no tenga éxito. Todavía no hay ninguno. Si usted pudiera proporcionarnos cinco buenos individuos, es decir: un superior muy prudente y piadoso y, además, cuatro Hermanos más jóvenes, –que aprenderían más fácilmente la lengua inglesa– en pocos años tendrían ustedes un noviciado floreciente. Hallarían en los huérfanos confiados a sus cuidados un semillero de vocaciones. Esos niños tienen, generalmente, excelentes disposiciones.

El Sr. Obispo ya ha seleccionado algunos para su seminario menor. El inglés no tiene por qué asustarle. Como sus Hermanos son jóvenes, al encontrarse continuamente en medio de niños, cuya pronunciación es excelente, y teniendo además un buen profesor, que el Sr. Obispo les facilitaría, muy pronto aprenderían este idioma. La intención de Mons. Portier sería confiar las escuelas de la ciudad a sus Hermanos tan pronto como sepan suficientemente el inglés. Estoy convencido también de que si lograsen establecer un buen noviciado en Mobile, su Sociedad se propagaría por los Estados Unidos con un éxito asombroso. Le suplico encarecidamente, pues, honorabilísimo Hermano, que haga por nosotros cuanto pueda. Creo que es una buena obra la que la divina Providencia le ofrece.

No es necesario decirle que yo me encargo de todos los gastos de vestuario, pasajes e instalación. Dígnese, pues, honrarme con unas líneas de respuesta en cuanto reciba la presente. Si no pudiera proporcionarme cinco Hermanos, me contentaría con tres por el momento. Mons. Portier debe volver a Francia dentro de cuatro años y él podría llevar más; mientras tanto, los tres primeros aprenderían el inglés y podrían comenzar su labor en las escuelas al llegar la segunda colonia.

Por otro lado, las comunicaciones son muy seguras y frecuentes. De Mobile y de Nueva Orleans, salen continuamente buques mercantes y paquebotes con dirección al Havre. Las cartas de Francia nos llegan en tres semanas. Deseo regresar a América lo antes posible. Si puede usted acceder a mi petición, dígame, por favor: 1º, con cuántas personas puedo contar; 2º, en qué fecha próxima podrían trasladarse a París sus Hermanos; o más bien, para qué fecha estarían preparados, y entonces yo pasaría por el Puy e iría a visitar su Paradis. Nuevamente le suplico que me responda lo antes posible y que acepte la expresión de mi respeto y distinguida consideración...» (*Mobile - Estados Unidos*, Archivos de los HH. del S. C.). En esta carta se vislumbra la futura actividad de los religiosos en América.

* [2] Los demás eran los Hnos. Athanase, David, Placide y Jean-Baptiste. — Se conserva una carta del Hno. Alphonse, del 18 de julio de 1846, al Hno. Policarpo, en la que habla de las dificultades para obtener el pasaporte, y entre otras cosas escribe: «Le hago saber, mediante esta carta, que no he cambiado de idea; mi determinación sigue siendo la misma y puede contar conmigo sobre seguro... El Hno. Jean-Baptiste sigue muy decidido...» *(ibid.)*.

Sobre el Hno. Athanase (1822-1905), ver *Anuario* nº 3, 1908-1909, pp. 241-261. En la carta de 17 de agosto de 1846, en la que acepta ir, escribe al Hno. Policarpo: «Sí, continúo con la misma disposición para marchar; rezo para no ser excluido de semejante dicha. No, no temo abandonarlo todo para ir a ese país. Las penas y las fatigas no me causan ningún temor y (será) el colmo de mi alegría poder sufrir para expiar mis faltas y mostrarle a Dios

mo envío de nuevos apóstoles, y para hacer un llamamiento a la generosidad de los miembros del Instituto que deseaban gastar su vida trabajando por la gloria de Dios en las lejanas tierras de los Estados Unidos.[3]

«Acaba de abrirse a su celo un vasto campo de apostolado en el Nuevo Mundo. Contando con su abnegación y su generosidad, acabo de prometer cinco Hermanos a un santo obispo de América. ¿Quiénes serán los afortunados elegidos encargados de misión tan gloriosa? ¿Qué miembros privilegiados se ha [97] escogido el divino Salvador en nuestra pequeña Congregación? ¿Quién de nosotros está llamado a dar a conocer el divino Corazón de Jesús y a glorificar el nombre de Dios en la otra parte del océano? De momento, sólo Dios lo sabe. Para que Él nos ilumine en elección tan importante, apelo a su piedad y les ruego que unan sus ardientes súplicas a las que ya se hacen en nuestra casa madre[4] con este objeto.

« Sondeemos nuestros corazones y nuestras disposiciones, mis queridos Hermanos; veamos hasta dónde podrían llegar nuestros sacrificios personales. ¿No

---

que le amo...» (*Mobile - Estados Unidos,* Archivo de los HH del S. C.). Sobre el Hno. David, cfr. el cap. siguiente, nº 8. Sobre el Hno. Placide, cfr. el *Necrologio,* p. 46; lo mismo para el Hno. Jean-Baptiste, el que fue destinado para trabajos manuales (p. 155). Sobre esta y otras fundaciones en América y su desarrollo, cfr. *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto,* pp. 57-70.

Estos Hermanos fueron los pocos seleccionados de los muchos que hicieron la petición. El arranque mostrado por los religiosos para ir a América no fue pasajero; al año siguiente, el 4 de septiembre, el Hno. Adrien escribía al Hno. Alfonso: «Si necesitasen un buen refuerzo y se hiciera una llamada a la buena voluntad de los miembros del Instituto, creo que casi todos querrían desertar de Paradis y de Francia para ir a navegar por el océano y llegar hasta ustedes. Los novicios, sobre todo, no caben en sí cuando se les habla de América. Recientemente, el Rdmo. Hno. Superior nos decía que quizá recibamos dentro de poco la visita de un vicario general de la Nouvelle-Orléans que viene en plan de reclutar personal, e inmediatamente se llenó de aspirantes la sala de espera...» (en *Hno. Pol - Correspondencia de América - Hno. Adrien,* Archivo de los HH. del S. C.; ver la carta del 29 de mayo de 1849, publicada en parte en el Doc. X).

[3] Circular del 19 de junio de 1846 (en *Hno. Pol- Circulares,* Archivo de los HH. del S. C.). Teniendo en cuenta los numerosos retoques efectuados por los autores en los parágrafos que siguen, ponemos en notas de pie de página el texto original.

[4] «Acaba de *sernos abierto* un vasto campo en el Nuevo Mundo. Contando con *su celo,* su abnegación y su generosidad, acabo de prometer cinco Hermanos a un santo obispo de América *para su vasta diócesis*: ¿Quiénes *son los que* serán *tan* afortunados *de ser encargados* de misión tan gloriosa? ¿Quiénes *son los cinco miembros privilegiados de nuestra* pequeña Congregación *que el Señor se ha* escogido *para ir* a dar a conocer *su adorable* Corazón y

querríamos inmolar nuestras comodidades, nuestra libertad, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestra vida misma por una causa tan santa? Por mi parte, seguro de su generosidad, he prometido cinco Hermanos cuya partida tendrá lugar en septiembre próximo. Más aún, he rendido vivísimas acciones de gracias al cielo por haberme deparado una ocasión que desde hace tiempo solicitaba con todo mi anhelo y mis más fervientes deseos.[5]

« Sin restricción mental alguna,[6] mis queridos Hermanos, me dirijo[7] al cielo desde lo más profundo de mi corazón, para que me sea concedido ser contado entre el número de los felices enviados. He inscrito mi nombre a la cabeza[8] de los que podrán ser elegidos, y [98] espero obtener de mi sucesor esta insigne gracia, como recompensa de mis buenas intenciones en el cumplimiento de mis deberes de Superior.[9] El acierto en mi temible cargo,[10] no ha dependido de mí. Lo único de que disponía era de una absoluta[11] buena voluntad, que jamás me faltó.

« ¿Están dispuestos a partir hacia ese remoto país? Con la finalidad de llevar a tierras lejanas los tesoros inagotables del Corazón de Jesús y de hacer florecer nuestro Instituto en los Estados Unidos, ¿se creen capaces de sacrificar su patria y sus amigos, su familia y sus bienes?[12] ¿Unen a estas generosas disposiciones[13] suficiente facilidad para aprender una lengua nueva, bastante salud para superar las fatigas de semejante viaje? Su abnegación y su ánimo, ¿podrán resistir a los obstá-

---

glorificar *su santo* nombre *a* la otra parte del océano? De momento, sólo Dios lo sabe, *y* para que él nos ilumine en elección tan importante, apelo a su piedad y les ruego que unan todas sus oraciones a las que se hacen en *la* casa *del noviciado con este fin*».

Téngase presente que el noviciado estaba en la casa madre de Paradis.

[5] «Sondeemos nuestros corazones y nuestras disposiciones, mis queridos Hermanos, veamos hasta *qué punto* podrían llegar nuestros sacrificios personales, *y si* no querríamos *entregar* nuestras comodidades, nuestra libertad, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestra vida misma por una causa tan *noble*. Por mi parte, *confiando en* su generosidad, *no me ha sido difícil prometer, incluso comprometerme a proporcionar,* cinco Hermanos *para el mes de* septiembre próximo; *y* más aún, he rendido vivísimas acciones de gracias al cielo *al ver presentarse* una ocasión que *había solicitado mucho antes* con todo mi anhelo y mis más fervientes deseos».

[6] En el original se lee: «francamente»

[7] En este lugar el original añade: «votos», y omite «me».

[8] En el original se lee: «Me he colocado a la cabeza de la lista».

*[9] Como ya se ha visto, el Hno. Policarpo había sido elegido Superior, la primera vez, únicamente para cinco años. — «Insigne» ha sido añadido por los autores.

[10] En el original, en cambio, se lee: «tremendo oficio».

[11] El adjetivo ha sido añadido por los autores.

culos y a los peligros de esta empresa enteramente apostólica? Si es así, denme sus nombres lo antes posible. Los uniré a los que ya he anotado; luego, las luces de lo alto me ayudarán a decidir la elección definitiva.[14]

[99] « Veamos ahora algunos detalles sobre el país que recibirá a nuestros cinco primeros Hermanos misioneros. Mobile, sede episcopal de la diócesis de Monseñor Portier, es el lugar donde deben habitar. Una propiedad tan extensa como la de Paradis, una hermosa casa como residencia, cuarenta huérfanos a educar desde los primeros días: así será el comienzo de nuestra obra en el Nuevo Mundo.

« La propiedad ha recibido ya el nombre de *Paradis* cerca de Mobile.[15]

« La diócesis de Mons. Portier, situada al este del Mississipi y formada por los Estados de Alabama y de Florida, ha recibido misioneros franceses desde hace mucho tiempo. Cuenta ya con más de quince mil católicos y la verdadera religión hace allí cada día nuevos y rápidos progresos. Doce sacerdotes y algunas religiosas de San Vicente de Paúl y de San Francisco de Sales secundan el celo del digno prelado y se esfuerzan por arrebatar almas al enemigo de todo bien. Para hacer su obra todavía más próspera, Monseñor Portier ha dirigido su mirada hacia nosotros[16] y hacia los Reverendos Padres Jesuitas[17] que, también ellos, han prometido su colaboración. Tienen que encargarse de dirigir un colegio situado no lejos de la sede episcopal.[18] Su salida y la nuestra se realizarán a la vez; etc.».[19]

Salidos de Francia el 8 de octubre de 1846, los Hnos. [100] del Sgdo. Corazón no llegaron a Mobile hasta el 13 de enero del año siguiente.[20] Allá, tomaron a su

---

[12] En este párrafo, además de los cambios, los autores han realizado también transposiciones: «¿Están dispuestos a partir hacia ese *país remoto*? ¿*Se creen capaces de sacrificar patria, amigos, familia, bienes, para revelar* en tierras lejanas los tesoros inagotables del Corazón de Jesús e *ir* a hacer florecer nuestro Instituto a los Estados Unidos *de América*?

[13] En el original se lee: «a esta disposición»

[14] «...*Una* salud *a prueba de los sudores y de* las fatigas *que* semejante *trayecto necesita*? Su abnegación y su ánimo, ¿podrán resistir a los obstáculos y a los peligros *que encontrarán en* esta empresa enteramente apostólica? *En este caso*, denme sus nombres lo antes posible; los uniré a los que ya he anotado; *Dios ayudará* luego *a determinar* la elección». Los autores han omitido un breve párrafo sin indicarlo con punto suspensivos.

[15] «Veamos algunos detalles sobre el país *en el que deben habitar* nuestros cinco primeros Hermanos misioneros. Mobile, sede episcopal de la diócesis de Monseñor Portier, es *la región* que deben habitar. Una propiedad tan extensa como la de Paradis; una hermosa casa *donde se reunirán a su llegada* cuarenta huérfanos, *cuyo número no dejará de aumentar muy aprisa, les servirá de vivienda*: *El Señor Vicario General de Mobile, con quien he firmado acuerdos, ha dado ya a esta propiedad* el nombre de Paradis cerca de Mobile».

cargo la dirección de un orfanato con treinta y cinco huérfanos que fueron pronto confiados a los cuidados y al celo del Hno. Patrick.[21] Al mismo tiempo, se les encargó la escuela de la parroquia de San Vicente, fundada para niños pobres; y en 1848 asumieron además la dirección de la escuela de la catedral en la que, junto a las ciencias elementales, numerosos alumnos recibían los beneficios de la educación religiosa.[22] Resultado: éxito en todas partes. El bien que hicieron desde el comienzo de la obra, les valió enseguida la estima y las simpatías de la población. El benemérito obispo que les había llamado, fue para ellos un apoyo, un padre, un bálsamo que estimulaba su celo y sostenía su ánimo en los días de prueba. Cuando era

---

[16] Este es el correspondiente párrafo del original: «*Desde hace tiempo, esa* diócesis del este del Mississipi *compuesta* por los estados de Alabama y de Florida, ha recibido misioneros *nuestros*. *Monseñor Portier fue nombrado obispo de ella en 1829*; cuenta ya *entre sus diocesanos* con más de 15.000 católicos y *ve con alegría* cómo, *de un año a otro, hace sensibles* progresos la verdadera religión. Doce sacerdotes y algunas religiosas de San Vicente de Paúl y de San Francisco de Sales secundan *su* celo y *procuran* arrebatar *al demonio tantas* almas *como pueden*. *La* mirada *de este digno prelado* se *ha detenido* en nosotros». Sigue un párrafo omitido por los autores sin poner puntos suspensivos.

[17] Los primeros Jesuitas que se trasladaron a la diócesis de Mons. Portier fueron los PP. Gautrelet, Roquefort, Larnaudie, Gasche, y los Hermanos estudiantes Lavé y Lespèce (cfr. *Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto,* p. 60).

[18] Cfr. una breve nota sobre la diócesis de Mobile, en *Enciclopedia Católica*, VIII, col. 1160.

[19] El párrafo correspondiente del original es el siguiente: «*También van algunos* Padres Jesuitas *para dirigir el colegio de Mobile*: su salida y la nuestra *tendrán lugar al mismo tiempo, hacia mediados de septiembre*».

* [20] Se habían embarcado en El Havre, en el barco *Anna*, velero mercante. — Las dos fechas citadas por los autores, tanto la de salida como la de llegada, son erróneas. La salida del Havre no tuvo lugar el 8 sino el 27 de octubre, como se deduce de una información facilitada por el jefe del servicio histórico del ministerio de la defensa nacional francesa, sección marina, al Secretario de la Congregación, Hno. Stanislas, con fecha 24 de nov. de 1955 (Arch. HH. del S. C.). Según una carta del 12 de oct. de 1846, enviada por el Siervo de Dios al Hno. Jérôme (*Chanac-Lozère, ibid*.) y según el autor de *Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto* (p. 59), la salida de Paradis tuvo lugar el 23 de septiembre. Por otro lado, la llegada a Mobile sucedió en la mañana del 11 de enero, como nos revela un relato sobre el viaje (*Anuario*, 1907-1908, p. 113), y no el día 13.

* [21] Cuatro meses después de llegar los Hermanos a los Estados Unidos, un irlandés, animado de excelentes disposiciones, fue a ofrecerse a ellos. Era el primer aspirante que la Providencia les enviaba en suelo extranjero. Se le dio el nombre de Hno. Patrick en memoria del santo patrono de Irlanda, su noble y católica patria.

Llamado en el siglo William Wallace, nació en abril de 1805 en el condado de Cavan, Irlanda. Siendo aún joven emigró al Canadá y, desde allí, a los Estados Unidos, donde se

preciso, les recordaba este hermoso pensamiento: «Sin cruz, no hay corona...». Un año después, valorando los servicios [101] prestados hasta entonces, Mons. Portier se complacía en dar el siguiente testimonio: «... Su conducta como profesores y como padres adoptivos de los huérfanos, está por encima de todo elogio; su religión es ilustrada, su vida[23] edificante. Consideramos que su actual presencia estable es el medio más seguro que la Providencia nos ha proporcionado para preservar la fe y las[24] costumbres de los hijos de los pobres...»[25]

Con tanto tino como piedad, el Hno. Policarpo no tardó en escribir una carta exhortándoles a hacerse dignos del afecto y confianza con que les honraba el Obispo de Mobile; veamos en qué términos:

«Al parecer, han sido recibidos con los brazos abiertos, ya que Monseñor se digna interesarse tan vivamente por ustedes y se toma la molestia de darles él mismo clases de inglés.[26] Este piadoso prelado, seguramente, espera mucho de su parte a la hora de hacer el bien entre sus hijos. No dudo, en absoluto, de su total entrega para secundarle en sus proyectos de apostolado. Sean sus más respetuosos hijos, los más sumisos, y él será su padre y su apoyo...»[27]

Poco tiempo después, les trazaba la línea de conducta a seguir para alcanzar [102] el fin de su vocación... «El establecimiento de Mobile, les escribía, es mi

---

estableció, primero en Texas y después en Alabama. Aquí entró en contacto con los Hnos. del Sgdo. Corazón, solicitando muy pronto ingresar como uno de sus miembros. Se ocupó de la vigilancia de los huérfanos, labor que desempeñó con dignidad y celo hasta su muerte, ocurrida el 3 de septiembre de 1875 (v. *Anuario*, nº 2, pp. 381-386; *Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto*, pp. 62-63).

Con él ingresó en la Congregación un lord inglés, Robert Langfield, que tomó el nombre de Hno. William. Por sus conocimientos de inglés y de francés prestó grandes servicios a la Congregación. Falleció, todavía joven, en 1857 (*ibid.*; véase *una carta del Siervo de Dios a los religiosos de Mobile*, de fecha en torno al 20 de agosto de 1849, en *Hno. Pol. - Corr. de América*, Arch. de los HH. del S. C.).

[22] Cfr. *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto*, pp. 61-64.

[23] Estos dos términos faltan en el texto que se conserva (cfr. nº 25)

[24] Se ha omitido «buenas»

* [25] 7 de agosto de 1848. — Es la carta oficial de aprobación de las Reglas, publicada en la edición de 1850 (pp. 55-56) y transcrita también en la copia pública del *Proceso ordinario* (hoja 295). El párrafo está reproducido fielmente excepto lo indicado en las dos notas precedentes y algunas transposiciones de palabras. Por aquella misma época, el prelado envió otra carta privada al Siervo de Dios en la que ensalzaba a los religiosos «prudentes, humildes, edificantes y caritativos», que habían tenido que superar no nimias dificultades (en *Mobile - Estados Unidos*, Arch. de los HH. del S. C.; *Proc. ordin.*, hojas 295^{v}-296^{r}).

establecimiento predilecto... Pero para que responda bien a mis esperanzas, es necesario que no se aleje de su verdadero fin. Por lo demás, mis queridos Hermanos, permítanme que se lo recuerde aquí, este fin es la instrucción religiosa y moral de la juventud, el mismo que en todos nuestros centros: ese es el objetivo al cual deben tender todos sus deseos y sus esfuerzos; no lo olviden nunca. Han abandonado su patria, su familia, sus amigos; se han alejado de sus hermanos en Jesucristo para ir a dar a conocer el nombre del divino Salvador. Por tanto, sean siempre dignos de su santa misión...»[28]

Sin embargo, a la naciente Obra no le faltaron las pruebas. Debían imprimirle el sello divino, el de la Cruz, que es prenda de vida y de fortaleza, que fecunda todo lo que toca: porque no es un árbol estéril, y el cielo sólo acepta los frutos sacralizados por ella.

En el mes de octubre de 1847, la fiebre amarilla se ensañaba con sevicia en Mobile y sus alrededores. Causó numerosas víctimas. Tres de nuestros Hermanos fueron atacados por ella. Se temió seriamente por sus vidas; pero gracias a las atenciones que les fueron prodigadas, gracias sobre todo a la [103] protección divina, después de algunas semanas de padecimientos salieron del peligro. Fue en esta ocasión cuando el Hno. Policarpo escribió las líneas siguientes a los miembros

---

[26] El Hno Fabien, en carta a sus familiares, fechada el 6 de agosto de 1850, escribe: «Monseñor se convirtió en nuestro profesor y todas las mañanas, a las 9, venía a darnos una larga clase; también venía uno de sus sacerdotes a las cuatro de la tarde. Al poco tiempo, podíamos captar algunas palabras sueltas, y después de tres meses de estancia, conseguíamos hacernos entender un poco; pero ¡en qué inglés!» (*Anuario*, nº 2, p. 114).

[27] Carta a los Hermanos de Mobile, 28 de febrero de 1847. El párrafo original es el siguiente (nótese el cambio al principio): «Al parecer, han sido recibidos con los brazos abiertos, ya que Monseñor *llevó su bondad hasta el extremo de convertirse en su profesor.* Este *digno* prelado, seguramente, espera mucho de *ustedes* para hacer el bien entre sus hijos, y no dudo, en absoluto, de su total entrega para *cumplir sus objetivos*; sean sus más respetuosos hijos *y* los más sumisos, y él será su padre y su apoyo» (en *Hno. Pol. Corr. de América,* Arch. de los HH. del S. C.). Como se ve, mientras los autores de la *Vida* especifican que el obispo impartía «lecciones de inglés», el Siervo de Dios solamente indica que aquel se había convertido en profesor de los religiosos.

[28] Carta de fecha en torno al 20 de agosto de 1849. El texto del original es el siguiente: «El establecimiento de Mobile, *mis queridos Hermanos, continúa siendo* mi establecimiento predilecto. *Ese establecimiento es el que debe atraer sobre toda nuestra Congregación las bendiciones del cielo,* pero para *atraer esas bendiciones,* es necesario que no se *aparte* de su fin: *y* permítanme que les recuerde aquí *cuál es ese fin. El fin del establecimiento de Mobile,* como *el fin* de todo centro, es la instrucción religiosa y moral de la juventud. *No pierdan nunca de vista ese objetivo.* Han abandonado su patria, su familia, sus amigos; se han alejado

del Instituto:

«El asentamiento de nuestros Hermanos de América[29] va cada vez mejor. No obstante, ¿lo diré?[30], esta prosperidad siempre creciente, de no haber sido por algunas adversidades,[31] me habría inquietado; ya que –lo sé por experiencia–[32] a las obras de Dios nunca les faltan pruebas y tribulaciones. Ahora bien, la Providencia se ha dignado poner este sello en nuestra obra de Mobile: nuestros queridos Hnos. Alphonse, director, Athanase y David han padecido uno tras otro[33] la fiebre amarilla y su vida ha corrido mucho[34] peligro; el último de ellos recibió, incluso, los últimos auxilios de la religión. De esta manera,[35] pues, la naciente colonia se vio seriamente amenazada.

« Dios ha querido que esta prueba redundase[36] en gloria suya:[37] Bendito sea por siempre...» (*Circular, enero de 1848*).

En 1850, Monseñor Loras, obispo de Dubuque,[38] ciudad situada al norte de Estados Unidos, pidió también Hermanos –y los obtuvo– para confiarles la dirección de una escuela.[39] Sin apenas tiempo [104] de aposentarse en su destino, y mucho antes de lo que esperaban, los recién llegados recibieron también como lote la bendición divina, la de la prueba. Sobre este asunto, no entraremos en detalles; nos lo exige una religiosa reserva. Diremos solamente que, a pesar de numerosos obstáculos, los Hermanos dieron admirables muestras de paciencia y ánimo, y que no tardaron en recibir el premio a su entrega y esfuerzo. Pronto se les unieron

---

de sus hermanos en Jesucristo para ir a dar a conocer el nombre de Jesús» *(ibid.)* En el texto falta la última frase.

[29] El párrafo aquí citado aparece como posdata en la circular del 18 de enero de 1848, pero solamente en el ejemplar enviado a St-Privat (en *Hno. Policarpo - Circulares, ibid.*); en los demás ejemplares, falta (cfr. *Anuario*, nº 2, p. 115). En el original se lee: «*Nuestros queridos Hermanos de América han escrito: su establecimiento...*».

[30] Falta en el original.

[31] «de no...adversidades» falta en el original.

[32] Se ha omitido «que».

[33] Se han omitido las siguientes palabras: «en el mes de octubre». No hemos indicado algunos retoques de menor importancia.

[34] El término ha sido añadido por los autores.

[35] Toda la frase es una añadidura de los autores.

[36] El original dice «resultase».

[37] Las siguientes palabras faltan en el original.

[38] Monseñor Mathias Loras fue obispo de Dubuque desde el 28 de julio de 1837, año en que se erigió la diócesis, hasta su muerte, el 19 de febrero de 1858 (GAMS, op. cit., p. 173). Nació en Lyon en julio de 1792; fue miembro de los misioneros «des Chartreux» de Lyon y antiguo Vicario General de Mobile (cfr. VALENTIN, op. cit., p. 467, nº 1)

algunos refuerzos; sus escuelas prosperaron. La adquisición de una extensa propiedad que en poco tiempo les proporcionó buenos recursos, parecía asegurarles una permanencia definitiva en aquella región. Sentíanse contentos augurando un buen futuro. A su entender, el cielo estaba sereno; sin embargo, asomaban nubarrones por el horizonte...

En efecto, no tardaron en surgir graves dificultades. Se produjo una divergencia de pareceres a propósito del bien que debía hacerse; las exigencias de la voluntad episcopal y los conflictos derivados a consecuencia de ello, hicieron desear a la comunidad establecida en Dubuque una vida más independiente y la llegada de días mejores.[40] Informado el Hno. Policarpo de todo lo que pasaba, dirigió a los Hermanos una carta [105] llena de fe y de aliento, en la que todo respira espíritu evangélico. El Calvario y el cielo: ahí les invita a dirigir sus miradas y sus deseos para obtener el verdadero ánimo y la paciencia que necesitan. Después les exhorta a vivir en paz bajo el imperio de la unión fraterna y con la esperanza de las recompensas eternas. He aquí algunos extractos de dicha carta [41] en la que cita, muy a propósito, emotivos ejemplos de virtud heroica, dados por dos justos del Antiguo Testamento:

---

* [39] Cinco nuevo Hermanos salieron en los primeros días de octubre hacia América: eran los Hnos. Florimond, Fabien, etc. — No es exacto lo que dice el autor aquí: en 1850 sólo hubo una expedición, en la tarde del 27 de agosto, la de tres Hermanos: Florimond, Marie-Basile y Marie-Léon (carta del Hno. Policarpo del 28 de agosto de 1850, en *Hno. Pol.- Corr. de América*, Arch. de los HH. del S. C.). La expedición precedente, de los tres Hnos. Justin, Jubin y Fabien, tuvo lugar entre finales del año 1849 y los primeros meses de 1850 (*Hno. Pol. a los Hermanos de Mobile*, entre el 20 de agosto de 1849 y el 15 de abril de 1850). De estos seis, fueron enviados a Dubuque los Hnos. Marie-Basile, como director, Florimond y Fabien. El primero permaneció como director hasta 1852, año en que fue sustituido por el Hno. David.

[40] Las primeras divergencias surgieron por falta de una residencia segura para los religiosos, lo que les hacía permanecer en una situación de incertidumbre. Al fin, después de largas negociaciones, los Hermanos adquirieron en 1853 una finca muy grande, un poco alejada de la ciudad, pensando erigir en ella un noviciado y un internado, y también con la idea de convertirla en lugar de refugio para los religiosos en el caso de que fueran expulsados de Francia. Pero las cosas, que empezaron bien, no siguieron del mismo modo. Contribuyó al desánimo de los religiosos el hecho de que, en 1856, el vecino seminario diocesano, que hasta entonces les había admitido para las prácticas religiosas, les cerró sus puertas, obligándoles a recorrer cuatro millas para ir a misa a la ciudad. Añadido este a otros problemas, la casa de Dubuque fue cerrada en 1860 (cfr. *Los Hnos. del Sgdo. Corazón. Historia del Instituto*, pp. 65-66). Para más detalles y para conocer el pensamiento del Siervo de Dios sobre el desarrollo progresivo de los hechos, véanse las numerosas cartas escritas al

«No hace mucho tiempo que se hallan en esos parajes remotos, mis queridos Hermanos,[42] y ya les ha tocado sufrir bastante. Han encontrado, pues, un poquito de lo que fueron a buscar: los dolores y las amarguras de la Cruz;[43] porque no pienso que hayan pretendido, en su andadura, querer llegar al cielo por otro camino que el del Calvario, como verdaderos discípulos de Jesucristo:[44] pues ya están en él, y les felicito por ello. Por tanto, ¡qué dicha, mis buenos Hermanos! ¡Qué digna de envidiar es su suerte para cualquier alma que conozca el premio de los sufrimientos! ¡Ánimo, pues! No se dejen abatir por las diferentes pruebas[45] que tienen que sufrir. Lleven con alegría y alborozo[46] el yugo del Señor.

[106] « Vean al santo Job... Admírenlo en la desgracia que se abate sobre él; no se desdice en absoluto; bendice a su Creador tanto en la prosperidad como en el oprobio y el infortunio. Por eso, ¡qué recompensa obtiene, incluso, en esta vida! En premio a su perfecta sumisión a la voluntad divina, recibe el doble de sus antiguas riquezas.[47]

«Vean también a Tobías, educado en el reino de Israel por unos padres píos y temerosos del Señor. Juntamente con la leche de su madre, mama la más recia virtud. Así, cautivo en Nínive, permanece inquebrantable en su fe. En medio de la persecución y pruebas de todo género, se ocupa de consolar a sus hermanos afligidos, dar limosna a los pobres, enterrar a los muertos; y a pesar de tantos actos de la más pura caridad, se queda ciego por designio de la divina Providencia, que quiere hacer brillar con más resplandor su paciencia inalterable y la fortaleza de su alma[48]; pero su fe y su confianza están cimentadas en Dios; nada es capaz de inmutarle; su virtud, al contrario, se perfecciona en esas pruebas.

Director de Mobile (Hno. Alphonse) en calidad de Provincial, y al de Dubuque (Hno. David), o a las dos comunidades (cfr. Doc. XIII; VALENTIN, *op. cit*., pp. 467 y ss.).

[41] Carta del 27 de noviembre de 1851 a los religiosos de Dubuque (en *Hno. Pol.- Corr. de América*, Arch. de los HH. del S. C.).

[42] En el original se lee: «buenos Hermanos»

[43] Esta frase falta en el original.

[44] He aquí el correspondiente párrafo del original: «porque, no *dudo* que, *como verdaderos discípulos de Jesús crucificado*, hayan pretendido, en su andadura, *ir* por otro camino que el del Calvario».

[45] En el original leemos: «contrariedades»

[46] El original dice «felicidad». Desde «Señor», que aparece a continuación, se ha omitido un párrafo sin indicarlo con puntos suspensivos (cfr. nº 55)

[47] «Vean al santo Job... *Véanlo en el oprobio*; no se desdice en absoluto; bendice a su Creador tanto en un *estado* como en *otro*; por eso, ¡qué recompensa incluso en esta vida!; *todas* sus antiguas riquezas *son duplicadas*». Como se ve, el sentido no ha cambiado.

« Ahí tienen, mis queridos Hermanos, modelos de paciencia muy a propósito para animarse; y sin embargo, uno de estos santos personajes[49] [107] vivía sometido únicamente a la ley natural, y el otro, a la ley escrita; en cambio, nosotros que vivimos bajo una ley de gracia y que estamos llamados a seguir al divino Maestro, que ha dicho: "*Quien quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y que me siga todos los días de su vida*", ¿qué no deberemos hacer, en todos los aspectos, para ser dignos de nuestra santa vocación?...[50] Paciencia, pues,[51] ¡paciencia! No viven bajo un Salmanasar ni bajo un Senaquerib, sino bajo las órdenes de un hombre de Dios, apóstol elegido por el mismo nuestro Señor...[52] De momento, mis buenos Hermanos, creo que el único medio que poseen para ser dichosos,[53] es vivir en estrecha y perfecta unión... Tengan, pues, todos,[54] un solo corazón y una sola alma... Es[55] de esperar: la calma y la paz volverán a su debido tiempo. Por otra parte, a cambio de unos días de tribulación, ¿no les está reservado en el cielo un peso inmenso de gloria?...Así, pues, una vez más, ¡ánimo y confianza!...»

Las esperanzas manifestadas por el Hno. Policarpo no se cumplieron. Se vio obligado a tomar una decisión radical.[56]

Mientras los Hermanos de Dubuque soportaban [108] pacientemente los embates de la adversidad, los de Mobile gozaban en paz del fruto de su trabajo. Su obra, desarrollada con más ardor que nunca, ejercía una influencia cada vez mayor. Además del orfanato y de las escuelas establecidas en las parroquias de San Vicente y de la catedral, de las que ya hemos hablado, tuvieron también a su cargo otras dos escuelas en la misma ciudad. También allí se mostraron a la altura de su misión.[57] La fama de su abnegación y afectuosos desvelos por los jóvenes se propagó hasta muy lejos; y de todas partes, sacerdotes y obispos solicitaban con insistencia

---

[48] En el original se lee «todas sus grandes virtudes». Excepto este cambio, los dos párrafos se corresponden casi perfectamente.

[49] «Ahí tienen, mis *amados* Hermanos, modelos de paciencia muy a propósito para *humillarnos*; y sin embargo, *uno* vivía», etc.

[50] En el original falta el párrafo «que...vocación?», y los puntos suspensivos son inútiles.

[51] Se han omitido las palabras «mis buenos Hermanos».

[52] El original presenta la frase de esta manera: «*aunque podría decirse, bajo* el apóstol *de* nuestro Señor, elegido por Él».

[53] En el original pone «estar *contentos*».

[54] En el original se lee «Es preciso que ustedes tengan»

[55] Los autores han insertado en este punto un párrafo que, en el original, está colocado al principio, inmediatamente después de «Señor» (nota 46). Es este: «La paz y la calma vendrán

Hermanos del Sagrado Corazón. Gracias a los candidatos reclutados en las escuelas, ya formados, y gracias a la ayuda de los refuerzos enviados en diversas ocasiones desde Francia, pudieron satisfacer varias demandas. La Baie-Saint-Louis, Natchez, Saint-Thomas, la Nouvelle-Orléans, Vicksburg, Augusta, Indianapolis, Charlestown...,[58] tuvieron sucesivamente sus escuelas de Hermanos y pudieron admirar la piedad y la ciencia de quienes las dirigían. El cielo bendecía visiblemente la naciente colonia.

Pero en 1867 llegaron nuevas pruebas. La alegría que ya experimentaban los Hermanos al ver su obra llena de promesas para el futuro, dio [109] paso a la tristeza y al duelo: cinco de ellos sucumbieron víctimas de la fiebre amarilla.[59] Sin embargo, su dolor sería aliviado por el «Dios de todo consuelo».[60] Pues si el Señor, para bien de sus elegidos, golpea y hiere con una mano, con la otra aplica el bálsamo que mitiga el dolor. Así le sucedió a la desolada colonia. «La aflicción de nuestros Hermanos en estos días de duelo –nos escriben desde América– se vio muy aliviada por el conmovedor espectáculo de paciencia y resignación que mostraron nuestros queridos enfermos en sus últimos momentos. Animados de los más bellos sentimientos de fe, piedad y firme confianza, hicieron gustosos el sacrificio de su vida al Señor, contentos de llegar al final de su carrera para ir a gozar del reposo eterno. Fue una gran pérdida; ¿no debiera decir, más bien, que fue una verdadera ganancia para el Instituto, pues pasó a contar con nuevos intercesores ante Dios?[61] Sus oraciones, en efecto, no tardaron en atraer bendiciones celestiales sobre la familia religiosa algunos de cuyos miembros le habían sido arrebatados: pocos días después, varios jóvenes acudieron a colmar los vacíos causados por la muerte y, más tarde, se convirtieron en excelentes [110] religiosos. Muy pronto, se pudieron abrir nuevos establecimientos.[62]

Así, a pesar de los obstáculos y las pruebas, la obra de los Hnos. del Sgdo.

---

a su debido tiempo. A cambio de unos *momentos* de tribulación, un peso inmenso de gloria *les aguarda*». La frase siguiente falta.

* [56] El establecimiento de Dubuque fue abandonado en 1860.

[57] Ver *Anuario*, nº 2, 1907-1908, pp. 108-120.

[58] Estas casas fueron abiertas, respectivamente, en 1854, 1865, 1860, 1869, 1879, 1875, 1867, 1877.

[59] Fueron los Hnos. François (1833-1867), Magnus (1838-1867, Isaïe (1844-1867), Orens (1833-1867) y Clotaire (1844-1867): véanse las circulares del Hno. Adrien del 27 de octubre y del 17 de diciembre de 1867 en el Arch. de los HH. del S. C.

* [60] 2 Cor. 1, 3.

Corazón al otro lado del Atlántico, crecía considerablemente: era como uno de esos hermosos ríos del Nuevo Mundo cuyas aguas, rápidas y cada vez más caudalosas, llevan a lo lejos la abundancia y la vida. En 1871, franqueando las fronteras de los Estados de la Unión, se extendió hasta el Canadá, donde encontraría nuevos elementos de vida más vigorosa y fecunda. Unos cinco mil alumnos le deben ya los beneficios de una educación sólidamente cristiana.[63]

Un noviciado[64] donde ingresan numerosos postulantes para ser iniciados en la ciencia y en las santas prácticas de la virtud; personas capacitadas, animadas todas ellas de verdadero espíritu religioso; la protección de Jesús, cuya mirada se posa con amor sobre esta Obra predilecta de su Corazón: todo hace esperar que seguirá creciendo sin cesar, siempre sostenida y vivificada por la entrega y el sacrificio de aquellos a quienes [111] ha sido confiada. Por otra parte, ¿no es el pasado una garantía segura de futuro?

¡Qué campo tan amplio abierto al celo de los hijos del Sagrado Corazón! ¡Cuánto bien pueden hacer en esas inmensas regiones donde predominan todavía el espíritu erróneo y la indiferencia religiosa, y donde faltan apóstoles de la verdad católica! Junto a los sacerdotes encargados de distribuir la palabra de Dios y los sacramentos, ¡qué parte activa tan importante corresponde a los Hermanos en la salvación de la infancia y de la juventud!

Actualmente, el Instituto posee doce escuelas en los Estados Unidos y ocho en el Canadá. Su noviciado contaba con más de sesenta candidatos en 1893.[65]

---

[61] Faltan las comillas que cierren el pasaje citado: como no podemos compararlo con el original, que se ha perdido, parece que deben ponerse aquí.

[62] A saber: Mobile (Rue Ste. Catherine), White Sulphur (orfanato y noviciado), Indianapolis (St. Jean, 1867), Frankfort (1868), Baie-St-Louis (externado), Indianapolis (noviciado de St-Patrice, 1870), etc.

[63] La primera casa, la de Arthabaska, en la provincia de Québec, fue abierta en noviembre de 1872, y no en 1871, por cuatro religiosos: Hnos. Cyrinus, Théophile, Theodule y Edmond (*Los Hermanos del Sagrado Corazón,* pp. 100-102).

* [64] Este noviciado se hallaba en Indianapolis; en 1880 fue trasladado a Arthabaskaville, en la provincia de Québec (Canadá). — Puntualizamos: El noviciado de Arthabaska fue fundado en 1878 por canadienses de origen francés, y no en 1880; Indianapolis permanece como noviciado de lengua inglesa hasta que se cierra en 1881 (*Los Hermanos del Sagrado Corazón,* p. 103).

[113] **CAPÍTULO XI**

Con motivo de un Jubileo, el Hno. Policarpo manda hacer oraciones por la conversión de los pecadores.- Circular donde exhorta a sus Hermanos al amor de Jesucristo.- Sus cartas de dirección espiritual.

Al Hno. Policarpo le animaba un auténtico espíritu de celo, y este espíritu se fortalecía diariamente en las fuentes de la fe, en el mismo horno del Corazón de Jesús «que ha venido a encender el fuego del cielo en la tierra». Propagarlo entre sus Hermanos, tal era el objeto de sus más ardientes deseos.

«Llénense todos del espíritu de Dios, les escribía; que el celo de su gloria los abrase y los consuma»[1] [114] Y les recordaba los poderosos medios de acción de que disponían para preparar y establecer el reino de la gracia en las almas alejadas de Dios. Esta viva solicitud por la salvación de los pecadores le inspiró la circular siguiente,[2] en la que pide a todos los miembros del Instituto que hagan, mediante la oración y las buenas obras, una santa violencia al cielo en favor de tantos desgraciados como viven en sombras de muerte y encorvados hacia la tierra, que corren hacia el abismo como si acudiesen a una fiesta. Les insiste también para que se tomen en serio su santificación personal, sobre todo, durante el tiempo del Jubileo.

«Mis queridos Hermanos, han llegado los días saludables y de bendición que Dios, en su infinita misericordia, ha tenido a bien concedernos una vez más. La santa Iglesia acaba de abrirnos los tesoros de la bondad divina. ¿Permaneceremos insensibles a nuestros propios intereses, a los de nuestros Hermanos y, sobre todo, a las necesidades de los pobres pecadores? ¿No es verdad que Dios espera de nosotros humildes súplicas, capaces de hacerle una santa violencia[3] y aplacar su cólera tan justamente irritada? ¡Ay!, ¿seremos del número de los indiferentes?[4] ¿Acaso no somos de los que, colocados entre [115] el vestíbulo y el altar, deben llorar por los pecados del pueblo?

« Sí, amadísimos Hermanos, cual otros Moisés, alcemos nuestras manos supli-

---

[65] Tampoco aquí son exactos los autores. En 1893, en toda América, había treinta casas: un noviciado y diez escuelas en el Canadá, y diecinueve casas en los Estados Unidos (información extraída de algunas listas existentes en el Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón, Roma).

* [1] Enero de 1850. — No es de enero sino del 15 de abril. Se trata de una carta enviada a los Hermanos de Mobile (*Hno. Pol. - Corr. de América, Arch.* de los HH. del S. C.)

[2] Del 15 de marzo de 1847 (en *Hno. Pol. - Circulares*).

cantes hacia el Cielo para que perdone a sus enemigos y los convierta, para que la fe, ese sagrado depósito, no les sea arrebatada para siempre, y para que suspenda la sentencia de su justo castigo.

« No debemos ignorar, mis queridos Hermanos, que Nuestro Señor, durante su vida mortal, acogió siempre con bondad, no solamente a los que le dirigían sus oraciones por sí mismos,[5] sino también a los que intercedían por otros. Llenos de confianza y profundamente apenados por la ceguera de tantas almas que provocan la cólera divina, y que acabarían de sellar su reprobación si abusaran del gran favor del perdón general[6] que se les ofrece,[7] nos reuniremos, amadísimos Hermanos, en los Sagrado Corazones de Jesús, nuestro buen Maestro, y de María, refugio de pecadores, para atraer sobre estas almas extraviadas,[8] durante este santo tiempo de jubileo, todas las gracias que reclama su infeliz estado...»[9]

[116] Al final de su circular, el Hno. Policarpo exhorta a los suyos a realizar con esta intención todos sus ejercicios de piedad, todas sus comuniones, sus ayunos, sus buenas obras. Digámoslo, su caridad se proponía también un fin especial; tenía en mente las necesidades espirituales de varios Hermanos en quienes se debilitaba la llama de la generosidad y del sacrificio.

«En nuestras oraciones, añadía, pensemos además en aquellos miembros de nuestra querida Congregación que no se cuentan en el número de los religiosos fervientes...»[10]

¡Religiosos fervientes! He ahí, precisamente, la clase de hombres que deseaba para poblar todas las casas del Instituto. Esa fue una de las santas preocupaciones de su vida. De ahí que pusiera todos los medios a su alcance para encender y conservar en el corazón de sus religiosos ese fuego divino del fervor, de donde extrae su fuerza y fecundidad el espíritu de abnegación y de entrega. ¡Qué celo no desplegó, en efecto, para instruirlos y elevarlos a Dios mediante la práctica del

---

[3] En el original se lee: «¿No es verdad que Dios espera de nosotros *que le hagamos* una santa violencia ...?»

[4] Las palabras correspondientes en el original: «¡Ay!, si nosotros permanecemos insensibles, ¿quién lo hará?».

[5] En lugar de esta expresión, leemos en el original «directamente».

[6] «*Animados por esta* confianza -leemos en el original- y *movidos* por la ceguera de *esos desdichados* que provocan la cólera *de Dios*, y que acabarían de sellar su reprobación si abusaran *aún* de la gran *gracia* de *este* perdón general».

[7] Estas palabras faltan en el original.

[8] También estas palabras faltan en el original.

* [9] 15 de marzo de 1847.

amor divino!

En alguna ocasión, con objeto de abrasarlos en las llamas de la perfecta caridad, les propone como modelo de vida a San Pablo, el apasionado amante de Jesucristo. Les enseña que, para seguir los pasos del apóstol de las naciones, tienen que [117] despreciar el mundo, hollar sus vanidades y sus goces pecaminosos, triunfar sobre los mil y un melindres de la naturaleza, para no amar sino al divino Maestro, a quien deben unirse con lazos tan fuertes que nada, aquí abajo, sea capaz de romperlos.[11]

«No amen al mundo ni a nada de cuanto pertenece al mundo, les escribe; que Jesucristo sea el único objeto de su ambición.[12] Por tanto, no teman nada, a no ser la pérdida de este tesoro infinito, que es el único digno de todas sus diligencias. Háganse tales que puedan decir con San Pablo: "*¿Quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿El hambre, la sed, la persecución, la espada*?..."[13] y que puedan añadir con él: "*No, nada de ello, ni aun lo que hay de más alto o más bajo será capaz, jamás,*[14] *de separarme del amor de Dios, en Jesucristo mi Salvador*".

« Entonces ¿qué podrán contra ustedes los fastos del mundo, la ambición[15], los placeres de los sentidos y cualquier clase de tentaciones, si como ese gran santo aman ardientemente a Jesucristo y lo eligen como única herencia suya?[16]

« ¡Vamos, mis queridos Hermanos, ánimo! Sin duda, le cuesta a la naturaleza el verse inmolada, pero ¿qué importa? Si [118] ganan[17] a Jesucristo, ¿no está todo ganado?» (*Circular, junio de 1847).*

Así era como el Hno. Policarpo, impulsado por el espíritu de Dios, se complacía en instruir a las almas que amaba y en fortalecerlas en los caminos de perfección religiosa. Sus enseñanzas, impregnadas de fe y de afecto paternal, se recibían siempre con respeto y con transportes de gozo perlado de gratitud.

En su activa correspondencia, tanto si se dirige a un solo Hermano que le confía sus pensamientos y sus sentimientos más íntimos, como si escribe a todo el personal

---

[10] De este modo aparece el párrafo en el original: «en nuestras oraciones *estarán incluidos* aquellos *de entre los* miembros de nuestra querida Congregación que no sean *cual corresponde* a fervientes religiosos».

[11] Circular del 27 de junio de 1847 *(ibid.),* citada, en parte, en el cap. IX (cfr. nº 4).

[12] Este es el párrafo del original: «no *amar* al mundo ni a nada de *todo* cuanto es del mundo; que Jesucristo *solo,* sea el objeto de su ambición»

[13] Las palabras del original son las siguientes: «¿será el hierro, el hambre, la sed, la espada?», etc. (*Rom*. 8, 35).

de un mismo establecimiento, o a todos los miembros de la Congregación, es siempre el mismo: constantemente se muestra amigo apasionado de la virtud, celoso guardián de la disciplina religiosa. Reanimar a las almas cuyo celo se ha entibiado, «despertarlas de sus languores, solevarlas hacia el cielo»[18]: ese es el fin que se propone alcanzar.

Pero –nos interesa resaltarlo– sus enseñanzas resultan, por así decir, más luminosas, más penetrantes, su bondad es más expansiva en sus respuestas a las aperturas de conciencia llenas de franqueza y de abandono. [119] Ahí, sobre todo, se revela con grandes caracteres el padre de corazón rebosante de bondad y amor, el hombre interior con su encanto, su amabilidad, su mansedumbre, sus virtudes. Se ve ahí, además, al maestro hábil en mostrar los secretos de la vida espiritual. Sus cartas dan fe de ello; forman un verdadero tratado de dirección espiritual: en ellas se encuentra poco para el intelecto, mucho para la piedad, todo para el corazón. Están llenas de pensamientos nobles que hallaron muchísimo eco en las almas a las que iban destinadas.

¡Qué mezcla de bondad, de fuerza, de ternura y de amor en esas páginas escritas con el donaire de un estilo sencillo y sin afectación! ¡Cuán adecuadas eran las enseñanzas del santo religioso a las particulares necesidades de las almas que habían depositado en la suya sus penas, sus debilidades, sus temores o sus esperanzas! Los consejos de su celo y de su maravillosa caridad eran tan afectuosos y eficaces que siempre producían efecto: amor a las cosas del cielo, gusto por la piedad, elevación del ánimo, confianza y paz; incluso, en caso necesario, ¡la espina cruel de los remordimientos!

Si tenía el don de hacer amar y practicar la virtud, poseía también ese tacto exquisito, esa suave delicadeza de golpear [120] sin hacer daño, de dirigir enérgicas reprensiones sin desanimar; tacto que, como su mansedumbre, le había facilitado un acceso afable a los espíritus y a los corazones. Una cosa que le daba mucha fuerza y ascendiente sobre las voluntades, era el hecho de que a sus instrucciones –

---

[14] Falta en el original.

[15] El original añade: «la vanidad»

[16] Aquí los autores han hecho un cambio sensible; «si *establecen*, como ese gran santo, *todo su tesoro en Dios*».

[17] El Hno. Policarpo ha puesto la primera persona del plural : «ganamos»

* [18] San Agustín.

todo el mundo lo sabía– unía el lenguaje mudo y atrayente del buen ejemplo.

Tales son las ideas e impresiones que ha producido en nosotros la lectura atenta de numerosas cartas personales dirigidas por el Hno. Policarpo, en diversas épocas, a varios Hermanos que han tenido a bien confiárnoslas. Como nosotros, también ellos ven en esas cartas un admirable resumen de la ciencia evangélica y, prácticamente en cada página, una manifestación de la fe recia y ardiente que resiste a todos los embates y produce virtudes en la tierra y santos para el cielo.

Veamos ahora algunas opiniones que confirman nuestro testimonio sobre este punto:

«Le envío[19] diecinueve cartas personales que recibí del Hno. Policarpo[20] y que he conservado cuidadosamente,[21] nos escribe un director. Me gusta releerlas y meditarlas con frecuencia, obteniendo de ellas gozo y frutos siempre renovados para mi alma.[22] Se las confío *bajo secreto*; me las devolverá en las próximas vacaciones. Aprecio [121] estas cartas más que un tesoro...».

Otro Hermano, que nos envía un brillante elogio de la vida del Hno. Policarpo,[23] se expresa en estos términos:

«La correspondencia de este santo religioso era un verdadero consuelo para el corazón.[24] De ahí que anhelásemos una carta de este buen padre con todo el ardor de nuestra alma[25] y la recibiéramos con indecible gozo.[26] A veces sucedía, incluso, que no podíamos leerla sin derramar dulces lágrimas...»[27]

Sobre este mismo tema, otro director nos manda las líneas siguientes, en las que formula un deseo que, ¡ay!, no ha podido realizarse:[28] ... «He enviado a Paradis dos voluminosos paquetes de cartas, escritas por el Rdmo. Hno. Policarpo a los Hermanos de América en el espacio de once años. Uno de estos paquetes ha sido recogido por el Rdo. Hno. Provincial; el otro contiene diversas respuestas que yo había recibido de nuestro antiguo Superior y cuyos pasajes más bellos [122] leía a los Hermanos que tenía a mi cargo. He conservado estas cartas como oro en paño, y nunca me habría decidido a desprenderme de ellas, si no hubiera considerado el bien de los que tendrán la oportunidad de conocerlas y meditar sus preciosas ense-

---

[19] Es el Hno. Marie-Auguste, cuyo relato ya hemos publicado (Doc. XXI). Por la confrontación que hemos realizado, se deduce que tampoco en este caso han sido fieles los autores al texto original. En este lugar se han omitido las palabras «una circular y».

[20] Las palabras «que...y» han sido añadidas por los autores.

[21] El adverbio falta en el original.

ñanzas. En cuanto a mí, nunca he dejado de releerlas una tras otra, al menos una vez al año en la época del retiro. Debo decir que siempre me han causado una nueva impresión...[29] ¡Con cuánta impaciencia espero poder releer nuevamente esos buenos, esos tiernos y paternales consejos que nunca dejan de conmover los corazones más insensibles y de actuar poderosamente sobre las voluntades más rebeldes! El Hno. Policarpo conocía perfectamente las tristes inclinaciones de la naturaleza humana, así como los remedios de todas las enfermedades a las que el alma está sujeta...»[30]

[123] CAPÍTULO XII

Visitas anuales del Hno. Policarpo; bienes que producen.- El verdadero método de enseñanza.- Frutos de una buena educación.- Breve información sobre sus viajes.

Ya lo dimos a conocer: el Hno. Policarpo, con el fin de actuar de manera más

---

[22] Todo el párrafo ha sido añadido por los autores, los cuales, arbitrariamente, han querido interpretar la razón por la cual el Hno. Marie-Auguste, como declara inmediatamente, quería que le devolviesen las cartas. Cuanto sigue responde, sin embargo, al texto, aunque con algunas transposiciones inútiles de frases. (cfr. Doc. XXI).

[23] Se trata del relato enviado por el Hno Benjamin el 8 de junio de 1882 , que nosotros hemos publicado (Doc. XX).

[24] En el original leemos: «*Su* [Hno. Policarpo] correspondencia era un verdadero consuelo para *el alma*». El cambio se ha hecho para adaptar la frase a la descripción completa. Aun cuando el adjetivo «santo», antepuesto por los autores al nombre «Policarpo», sea una arbitrariedad suya, no obstante, corresponde totalmente al pensamiento del Hno. Benjamin, que explícitamente se lo adjudica al Siervo de Dios (cfr. Doc. XX).

[25] El original pone también aquí «del corazón».

[26] En el original leemos «con transportes de gozo y de felicidad».

* [27] Este Director nos ha confiado entre 25 y 30 cartas personales.

* [28] Este benemérito religioso, Hno. David, murió a la edad de 74 años en la Baie-Saint-Louis, el 23 de noviembre de 1889. «Este venerable anciano -dice el Superior General, Hno. Norbert- fue durante toda su vida y en todos los cargos que ocupó, un modelo perfecto de espíritu de fe, piedad, humildad, entrega y perfecta sumisión a la voluntad de Dios».

La carta del Hno. David fue escrita desde Indianapolis el 8 de abril de 1885, y hoy aún se conseva el original (*Hno. Pol.- Informaciones diversas*, Arch. de los HH. del S. C.; cfr. *Anuario, nº 51*, 1956-1957, pp. 17-20). Sólo la primera mitad se refiere al Siervo de Dios.

eficaz, procuraba visitar cada año todas las casas del Instituto; era una obligación que él mismo imponía tanto a su corazón como a su conciencia. Se trataba de los intereses superiores de las almas que tenía a su cargo; se trataba, también, de acelerar los progresos de la Obra a la que se había consagrado sin reservas.

Siendo así, ¿podrían parecerle difíciles las privaciones y los sacrificios? No, no se preguntaba cuál era el trabajo más agradable para él, la tarea más conforme a sus gustos, sino cuál era el medio más seguro para propagar por todas partes el espíritu religioso, para inflamar en santo ardor a sus Hermanos entregados a la enseñanza de la juventud.

A su llegada, le recibían con muestras de jubiloso respeto. En todos los semblantes se dibujaba una inefable sonrisa de satisfacción, y se percibía que el benemérito Superior, cuya presencia generaba tan extraordinaria alegría, también él la experimentaba, y que era realmente un padre entre sus hijos.

Él, sin embargo, iba a trabajar, no a una fiesta; y desde el instante en que llegaba hasta el momento de su partida, no cesaba su tarea. Conducta de los Hermanos como religiosos y como profesores, orden, observancia regular, gestión del establecimiento: todo era examinado a conciencia; y de todas sus apreciaciones guardaba notas, de las que sabía sacar partido admirablemente, bien sea para alentar los laudables esfuerzos, o bien para corregir ciertas negligencias.

---

[29] He aquí el texto del original desde el comienzo hasta este punto, con los diferentes cambios realizados: «*El tres del corriente* envié al Rdmo. Hno. Superior dos voluminosos paquetes de cartas escritas por el Reverendísimo Hno. Policarpo a los Hermanos de América *en diferentes épocas*. Uno de estos paquetes ha sido *adquirido* por el Rdo. Hno. Provincial, y el otro contiene *las que me había escrito a fin de leérselas* a los Hermanos que tenía a mi cargo. *Las* he conservado como oro en paño, y nunca me habría decidido a desprenderme de ellas, *de no haber sido por* el bien *público al que están destinada*s. Nunca he dejado de releerlas, una tras otra, al menos una vez *por* año, en *el tiempo* del retiro *anual*, y siempre me han causado una nueva impresión».

[30] Las primeras líneas del párrafo que sigue no han sido citadas por los autores, que en su lugar han puesto puntos suspensivos: «*Me parece inútil, Rdo. Hno. Daniel, (decirle) que en esas cartas hay nombres que no quisiera ver aparecer en letras de imprenta, a menos que el Rdo. Hno. Superior decida otra cosa. Mi mayor deseo es que se apresure en su penosa pero laudable tarea, con el fin de que en el retiro próximo, si vivo todavía, pueda* releer *una vez más* esos buenos, tiernos y paternales consejos que nunca dejan de conmover los corazones más *duros* y las voluntades más *esquivas*. *Él* conocía perfectamente la naturaleza humana *y sabía adaptar* los remedios *espirituales a* todas las enfermedades a las que el alma está sujeta».

Recordaba a cada uno la línea de conducta a seguir, con mucha franqueza y prudente moderación. En cuanto a los directores, quería que, en el ejercicio de su cargo, [125] todo estuviera reglado por una autoridad suave y firme, exhortándoles a ser siempre para sus inferiores modelos de piedad, de paciencia, de fiel exactitud en el cumplimiento de todos los deberes de la vida religiosa.

No en menor grado eran objeto de su tierna solicitud los inferiores. Les hablaba en un tono de voz, con una expresión de dulzura y de bondad tales, que denotaban claramente lo mucho que se interesaba por ellos. ¡Oh, con qué bondad, con qué ardiente caridad, compartía sus penas! ¡Qué bien sabía allanar las dificultades que se encuentran en el camino de la virtud y en la práctica de la enseñanza! Su palabra tranquilizaba los espíritus agitados, calmaba las tempestades: tenía una palabrita de consuelo para todo tipo de tristeza, un bálsamo para cada herida. Siempre encontraba el modo de dilatar los corazones con el gozo y la confianza.

Además, hacía amable la piedad presentándola con sus matices auténticos: sencilla, dulce, amable, llena de encanto, haciéndose toda a todos para ganarlos a la virtud. Recordaba la hermosa frase de San Francisco de Sales: «Un superior triste sería un triste superior»; y a los que con gesto preocupado se resistían a desfruncir el ceño, les repetía lo mismo que San Ignacio al [126] Padre Coster: «¡Hijo mío, quiero que se ría. "*Volo te ridere*!"».

Un director que, durante mucho tiempo, pudo apreciar bien sus méritos y eminentes virtudes, nos escribe:

«Las visitas del santo Hno. Policarpo producían esas impresiones profundas que uno conserva en el fondo de su alma como imperecedero y precioso recuerdo. Al encanto de su palabra –impregnada de fe viva y de la exquisita sensibilidad que adornaba su corazón– unía el influjo de una piedad tierna y afectuosa. Su gran bondad, su amable sonrisa, el candor de su rostro, la serena gravedad de su porte exterior, todo en él invitaba a la confianza así como al respeto y veneración. De ahí que se escucharan y retuvieran gustosamente sus prudentes consejos como se escuchan los de un padre que sólo busca la felicidad de sus hijos.

« Por otra parte, sus hermosos ejemplos fueron, para todos, una luz y una fuerza, una enseñanza que inducía al fervor, a la estima de la Regla, al amor al deber»[1]

Lo hemos dicho y lo volveremos a repetir más adelante: El Hno. Policarpo amaba a los niños como los amó el divino Maestro. Haciéndose eco de los sublimes pensamientos de un sabio prelado, los consideraba como «la esperanza, la esperanza del mismo cielo, los herederos de [127] galardones eternos, el objeto de las

complacencias de Dios, los hermanos y amigos de los ángeles...»[2]

Por este motivo, deseaba ardientemente ver a todos sus Hermanos «penetrados del espíritu de Dios, llenos de celo por la salvación de las almas, inflamados en el fuego divino para comunicárselo a sus alumnos juntamente con el conocimiento de las verdades de la fe y del amor a las sagradas prácticas de la Religión».[3]

Asegurarse de que esos eran los móviles de su conducta: he ahí el fin principal de sus visitas a las clases, visitas que absorbían la mayor parte del tiempo que pasaba al lado de sus Hermanos. Allí, todo lo examinaba con los ojos y con el corazón, interesándose principalmente por los puntos esenciales de la educación moral y religiosa. La compostura de los alumnos, la manera de responder a sus preguntas, la revisión de los cuadernos, le ponían rápidamente en condiciones de juzgar el valor de los métodos empleados por los profesores y de apreciar el nivel de aptitud y entrega manifestado por cada uno en el desempeño de sus funciones.

El estudio y una larga experiencia le habían hecho sentir la necesidad de desterrar de las clases la apatía y la rutina, tan funestas para el difícil trabajo [128] de la enseñanza: por eso recomendaba a los profesores la actividad y el entusiasmo, que dan vida a las tareas de la escuela, y los procedimientos más racionales, que hacen fecunda la enseñanza y provocan la emulación entre los alumnos.

Sobre todo, procuraba con empeño que se conociera bien el *Método de Lectura* usado en el Instituto. Él lo dominaba a fondo, y le gustaba indicar a los maestros de las clases inferiores el camino seguro y progresivo a seguir para ponerlos en condiciones de sacar el mayor provecho posible de él; camino según el cual el estudio de los principios básicos resulta atractivo para los niños, mantiene despierta su inteligencia, cautiva su atención y acelera su progreso. Los que seguían sus consejos en este punto, estaban seguros de obtener rápidos resultados.

Pero si el buen Superior se mostraba enemigo implacable de la rutina y de la

---

[1] Aunque no se conserva el original del pasaje citado, para tener plena confirmación de cuanto los Hermanos Eugène y Daniel escriben en el presente capítulo sobre las visitas del Siervo de Dios a las comunidades, se pueden consultar los relatos de los Hnos. Benjamin (Doc. XX) y Marie-Auguste (Doc. XXI), que fueron testigos directos; y también otro relato más importante, el del Hno. Adelphe, del año 1902 aproximadamente, escrito después de la publicación de la *Vida* pero independiente de dicha obra (Doc. XXIV); confróntese también la carta del Hno. Adrien al Hno. Alphonse sobre la visita del Hno. Policarpo a varios establecimientos en 1849 (Doc. X).

* [2] Dup[anloup] *Educación*., Libro II, cap. 11.

apatía en la obra de la educación, no era menos contrario a la severidad a ultranza, a ese espíritu de rigidez e intolerancia que hiere los caracteres, engendra los bajos sentimientos de odio y desprecio, y violenta las voluntades sin someterlas al imperio del deber y de la virtud. Quería, más bien, ver a los maestros rezumando una suave y firme bondad, llenos de los santos afectos que inspira la fe, usando las [129] buenas artes que el verdadero celo sugiere y que, tras haber triunfado de todos los obstáculos, acaban por hacer amar el bien y el trabajo, ganan los corazones, y también con frecuencia las almas, para Dios.

«De ese modo, dice Monseñor Dupanloup, se establecen entre profesores y alumnos esos suaves y poderosos lazos que nunca se rompen, esos recuerdos de abnegación y de gratitud, de afecto y de respeto, que constituyen la más dulce recompensa de los maestros, mientras se convierten, en el corazón de los alumnos, en una de esas felices e indelebles impresiones que sobreviven a todo».[4]

Así iba haciendo el bien por todas partes el Hno. Policarpo; y en esto, ¿no tenía ciertos rasgos de semejanza su vida con la del divino Maestro? Nos agrada repetirlo: el buen Superior tenía el corazón de un padre, un corazón desbordante de ternura. De ahí que, tanto maestros como alumnos, felices por ser objeto de sus delicadas atenciones y de su viva solicitud, sintieran la necesidad de ser mejores. Todos experimentaban un encanto especial al ser testigos de su piedad abierta, sonriente y afectuosa: pues su virtud llegaba a ellos olvidada de sí misma, [130] como siempre, pero delatándose por no sé yo qué reflejo de amabilidad, de dulzura, de delicadeza, que movía a encariñarse con ella y practicarla.

Inspirar a sus Hermanos un vivo anhelo de la perfección religiosa, estima y amor de la Regla; prender en sus corazones el fuego de la entrega y el sacrificio; provocar una alegre y animada actividad en la vida diaria de niños y jóvenes: tal fue el trabajo múltiple al que se dio sin descanso durante sus visitas anuales.

Es preciso añadir que ese deber fue para él muy agradable. ¡Amaba tanto a sus Hermanos! ¡Se interesaba tan vivamente por la salvación de sus almas! ¡Dichoso él si todos hubieran sido dignos de su cariño y aprovechado sus enseñanzas y ejemplos! Pero, ¡ay!, ¿no existen en todas partes corazones cerrados a los sentimientos generosos, almas que afectadas por una especie de ceguera para todo lo que se refiere a la vida sobrenatural, pierden el sentido de las verdades eternas y, conse-

---

* [3] Carta de 1852. — Las ideas que expresa se pueden leer en otras muchas cartas del Siervo de Dios. Puede verse, por ejemplo, la del 20 de agosto de 1852 a los Hermanos de América (en *Hno. Pol. - Correspondencia de América,* Arch. de los HH. del S. C.).

cuentemente, llegan a preferir la nada al todo, la tierra al cielo, la criatura a Dios mismo?

«Hay corazones en los que cae la divina simiente y no germina», según se expresa un célebre [131] escritor;[5] el fulgor divino se extinguió en ellos; están helados ...

No estará de más hacer notar aquí que las visitas mantenían al Hno. Policarpo lejos de Paradis durante cuatro o cinco meses al año[6]: trabajo que se impuso mientras sus fuerzas le respondieron.

Aparte de que los viajes le fatigaban mucho –su complexión era muy débil– se le convertían también a veces en fuente de tormento y de tristeza: ¿Cuánto no sufriría, en efecto, cuando a bordo de un carruaje público, la blasfemia y el lenguaje impío restallaban en sus oídos? A este propósito, le hemos oído gemir como gimen los santos cuando ven a Dios ultrajado y a ciegos que corren hacia el abismo. No obstante, en esas enojosas situaciones permanecía en calma, y todo transcurría de manera edificante y sin daño para su progreso espiritual durante el viaje. Entonces su alma procuraba olvidarse de la tierra para centrarse toda en Dios, único objeto de sus afectos y deseos: repartía su tiempo entre la lectura, la meditación y la oración.

[133] CAPÍTULO XIII

Nueva enfermedad del Hno. Policarpo; feliz convalecencia.- Algunas anécdotas de sus viajes: en el obispado de Saint-Flour y a través de las nieves de Cantal.- Es arrestado por un guarda rural.

Acabamos de ver al Hno. Policarpo continuamente dispuesto a sacrificarse por el bien de la Congregación y de sus miembros, resaltando así, sin proponérselo, una de las más hermosas características de su vida: el ejercicio de su entrega y el ardor de su celo. Pese a las fatigas de los viajes y a las inclemencias del tiempo, pese a los obstáculos y pruebas que encontraba en el camino, su virtud se mostraba firme, humilde y sumisa. Los embates del sufrimiento y [134] de la adversidad le daban, incluso, más vigor y nuevo lustre.

---

* [4] *Educación*, Libro III, p. 175.

Durante uno de sus viajes a Cantal, en el mes de abril de 1847, mientras se dirigía de Ardes a Condat se sintió muy mal. Como ya sucediera en 1843, Dios va a estrechar a su siervo entre los brazos de una penosa enfermedad y a provocar nuevas alarmas entre los Hermanos: así obra él a menudo por el bien de sus elegidos; es preciso que su vida esté marcada con el sello de la cruz.

El Hno. Policarpo quería aguantar un poco más, esperando domar la naturaleza a base de voluntad, pero al llegar a Condat no tiene más remedio que acostarse. Los síntomas de la fiebre tifoidea aparecen intensa y rápidamente. Ni que decir tiene que no le faltan las más solícitas e inteligentes atenciones. Médico y Hermanos se muestran a cual más diligente y abnegado, mientras el augusto enfermo, víctima del sufrimiento, permanece tranquilo y resignado.

A este propósito, oigamos al antiguo director del establecimiento de Condat,[1] que nos escribe:

«Cuidé y atendí a nuestro venerado Superior en la enfermedad que le retuvo en cama durante más de un mes. Me siento feliz al decirlo, su virtud parecía crecer [135] con el sufrimiento. Noté sobre todo su piedad, su unión con Dios. Pese a los estragos de la enfermedad, su rostro, siempre tranquilo, reflejaba la paz de su alma. Me edificó en todo ese tiempo, tanto por su paciencia y sumisión a la voluntad divina, como por su docilidad para seguir las prescripciones del médico o para someterse a los menores deseos de los Hermanos encargados de cuidarlo»[2]

De acuerdo con estas palabras, podemos concluir que el buen Superior se enfrentaba a la muerte sin turbación y que, a ejemplo del apóstol, la consideraba como una verdadera ganancia: gustoso hubiera hecho el sacrificio de su vida. Pero Dios debía conservarle varios años aún esa vida tan valiosa, a fin de darle tiempo a realizar sus proyectos, aumentar sus méritos, y embellecer su corona.

Después de su completa curación, noticia que los Hermanos recibieron con gran alegría, continuó sus visitas,[3] siempre contento de trabajar por la gloria del divino Maestro.

---

* [5] L. Veuillot.

[6] También esta afirmación se confirma por las cartas del Siervo de Dios y del Hno. Adrien, así como por otras muchas enviadas a Paradis por varias personas; en base a este y otros documentos, se podría hacer una relación casi completa de las ausencias de Paradis del Hno. Policarpo: por ejemplo, en 1852, hasta el 20 de agosto, la visita a las comunidades había durado cinco meses (carta del Hno. Policarpo a los Hermanos de América, 20 de agosto de 1852, en *Corr. de América - Originales*, Arch. de los HH. del S.C.; para 1849 cfr. Doc. X; cfr. Doc. XXIV).

En la vida de los santos destacan los contrastes: fases de alegría y de dolor entreveran su existencia. Pero aunque a veces se vea zarandeada externamente, siempre permanece serena en el interior de su alma: la gracia les da fortaleza en la prueba, los hace [136] superiores a las miserias de este mundo.

La vida del Hno. Policarpo nos ofrece algunos de esos contrastes chocantes que son fáciles de captar al examinarla de cerca: presentó alternativamente momentos de alegría y de tristeza, estremecimientos de gozo y penas que inclinaban su alma a simpatizar con los sufrimientos de otros; vemos también en ella el tesón, la calma imperturbable de la virtud en la adversidad. «Esta vida se compone de días serenos y días nublados, escribía nuestro benemérito Superior; hay que saber sacar partido de todo lo que nos sucede y aceptar con amor hasta las pruebas mismas que nos depara la Providencia».

Las anteriores palabras, dirigidas a uno de sus religiosos, tuvo ocasión de recordarlas y ponerlas en práctica con frecuencia, principalmente en el decurso de sus visitas anuales. Sin duda alguna, debieron representar para él una fuente de dulces consuelos; ¡deseaba tanto hacer el bien! Pero por los caminos, ¡cuántos enojosos contratiempos, cuántas sensaciones, a menudo penosas, amenazaron conturbar su alma! ¡Cuántas veces tuvo que procurarse la compañía de la paciencia y de la sosegada entrega a la voluntad divina! A este propósito, citaremos solamente dos anécdotas.

En 1845, después de visitar el establecimiento [137] de Murat, se dirige hacia Saint-Chély con intención de llegar el mismo día, pero sin pensar, seguramente, en el conocido refrán: «El hombre propone y Dios dispone». Llega a Saint-Flour, donde hace un alto para tratar con Monseñor de Marguerye[4] de algún asunto referente a las escuelas confiadas a los Hermanos del Instituto en Cantal.[5] Inmediatamente después de la audiencia con el Señor Obispo, intenta proseguir su viaje. Ahora bien, estamos en pleno invierno, nieva, el viento arrecia, la temperatura es glacial. Entonces ¿es prudente que el Hno. Policarpo, de salud tan frágil, se ponga

---

[1] Es el Hno. Marie-Auguste habla de ello en el relato enviado al Hno. Daniel (Doc. XXI).

[2] Aunque hemos publicado todo el texto del relato (Doc. XXI), reproducimos aquí el párrafo correspondiente para valorar mejor el alcance de los cambios realizado por los autores de la *Vida:* «Lo cuidé y atendí durante más de un mes y, en todo ese tiempo, no cesó de edificarme: sumisión y obediencia absolutas, tanto al médico como al enfermero, en todo lo que le pedían. Observé en él un constante recogimiento, un intenso fervor». Se hace referencia a esta enfermedad de 1847 en una carta del Hno. Policarpo al Hno. David en América (29 de dic. de 1847, en *Corr. de América - Originales*, Arch. de los HH. del S. C.).

en camino? Monseñor de Marguerye cree que no. Por tanto le invita a retrasar su partida; insiste ofreciéndole hospitalidad con exquisita cortesía.

— «Sea nuestro huésped por una noche, reverendo Hermano; su presencia es motivo de alegría y edificación para los moradores del obispado.

— Pero, Monseñor, este alto no figura en mi itinerario y me falta tiempo...

— ¿El tiempo? ¡Ah, sí!, hablemos de él, responde el Obispo jovialmente; hace un tiempo como para no echar a la calle ni a un perro, ¡cuánto menos, pues, a un santo de Dios! Sí, un santo, [138] añadió volviéndose hacia las personas allí presentes».

El humilde Superior, absolutamente confundido y azorado a causa de su modestia, no sabía dónde meterse, como se suele decir. Acabó cediendo; pero su alma sufría el tormento de tales testimonios de veneración, al modo que a veces «se sufre el tormento de los placeres»,[6] según expresión de un poeta.

Al día siguiente, muy de mañana, ya está en pie, impaciente por salir. Pero ¡ay! el cielo continúa mostrándose tan inclemente como la víspera, y Mons. de Marguerye le insta nuevamente a quedarse en el obispado. Le hace ver las dificultades de los caminos, los peligros que va a correr durante su viaje: nada más cierto. No hay manera, sin embargo, de hacerle cambiar de opinión. El Hno. Policarpo desea zafarse cuanto antes de ciertas exigencias que le plantea la situación en que se halla, exigencias –se adivina fácilmente– en muy poca sintonía con sus hábitos de sencillez religiosa, dígase, incluso, con su carácter naturalmente tímido. Más aún, hay razones para pensar que la circulación de carruajes resulte pronto imposible,[7] pues [139] la nieve sigue cayendo; y para él, verse obligado a realizar una larga estadía en el palacio episcopal, ¡qué perspectiva tan enojosa!, ¡qué motivo de preocupación e inquietud!.

Así pues, con tanta humildad como discreción, da a conocer su deseo y sus temores: «Nosotros, pobres Hermanos, no estamos hechos para los palacios, ni siquiera para aquellos en los que imperan la bondad y la caridad».

---

[3] De hecho, regresó a Paradis el 26 de junio, después de dos meses y medio de ausencia. Él mismo habla de ello en la circular del día siguiente dirigida a todos los religiosos. En el capítulo IX, se halla un pasaje de la misma, con las impresiones recogidas por el Siervo de Dios en sus visitas (en *Hno. Pol. - Circulares*, Arch. de los HH. del S.C.).

[4] Frédéric-Gabriel-Marie-François de Marguerye fue obispo de Saint-Flour de 1837 a 1852, fecha en que fue trasladado a Autun, a cuya sede renunció en 1872. Murió cuatro años después (GAMS, ob. cit., pp. 501, 36)

El bondadoso e inteligente prelado comprende en seguida, capta totalmente la situación. No puede evitar su admiración ante la franqueza, la modestia y el valor de su huésped: «Vaya, –le dice– y créame que envidio esa amable sencillez suya. ¡Ah!, la etiqueta, las recepciones, las comidas prolongadas, son todo lo contrario de un festín; y la vida de un obispo no es precisamente alegre todos los días».

Al fin, después de recibir la bendición de quien le había acogido con tanta bondad, el Hno. Policarpo se pone en camino, lleno de confianza en la protección del Cielo. Pero ¡qué viaje tan peligroso va a realizar! Nieva copiosamente, el día está oscuro, los caminos se borran, desaparecen; el carruaje marcha lentamente por los montes de Cantal convertidos en una inmensa soledad vestida de manto blanco.

Después de recorrer unas leguas, el avance resulta muy penoso, casi [140] imposible. El cochero duda, tiene miedo a extraviarse; teme la posibilidad de que ocurra un desastre: ¿no podría, en cualquier momento, quedar atascado el vehículo en un bache o rodar por un precipicio? Sin embargo, tampoco era posible detenerse en esa Siberia; hombres y caballos se habrían congelado por la noche.

El Hno. Policarpo se hallaba sumido en congojas de muerte, por más que intentara no traslucir nada al exterior. Más tarde confesará que, de todos los viajes en que su vida pudo haber estado en juego, en ninguno había sentido el alma tan llena de inquietud y de terror como en este. No obstante, en presencia del peligro, tranquilizaba a todo el mundo:

«No será nada, decía. Dios ha querido concedernos una ocasión que nos haga ver cuánto dependemos de él, qué poca cosa somos sin su ayuda. No desaprovechemos esta oportunidad, encomendémonos a Dios y ¡adelante!».

Su esperanza no quedó defraudada. Tras largas horas de angustia, llega, por fin, a Saint-Chély; pocos instantes después, ya está con sus Hermanos. Su rostro resplandece de alegría: es la alegría del viajero que ha superado los peligros vividos en medio de tormentas y tempestades.

Con amable sencillez, se complacía en relatar las impresiones del viaje [141] a

---

[5] Eran las de Murat, Pierrefort, Massiac, Allanche y Chaudesaigues.

* [6] J. Reboul.

* [7] A causa del rigor de la estación y del mal estado de los caminos, debió quedarse casi un mes en Saint-Chély. — El Siervo de Dios lo confirma en una carta, del 30 de marzo de 1845, al señor cura párroco de Lacapelle-Marival: «...salí del Puy a comienzos de enero, pero el mal tiempo me detuvo en la visita de nuestros establecimientos de Cantal y de Lozère. Llegué a permanecer hasta un mes entero sin poder salir de una de nuestras casas; la nieve obstruía

través de las montañas de Cantal y de Lozère. «Jamás, decía a este respecto, jamás tuve tanto miedo como ese día, cuando, más de una vez, en medio de la nieve, creí llegada mi última hora. ¡Oh, cuánta necesidad sentía entonces de orar!, ¡y qué verdades tan palpables me parecieron estas palabras de la Imitación: *Los días de aquí abajo son ... malos, llenos de dolor y de angustia*» (*Imit*. Lib. III, 48).

En otra ocasión, los hechos sucedieron en condiciones bien distintas: pleno verano de 1852. El Hno. Policarpo se dirigía de Bort a Condat.[8] Caminaba solo y llevaba un saco de viaje. En el cielo, ni una nube; el calor, sofocante.

Mientras camina, su espíritu, naturalmente inclinado a las cosas de lo alto, se ocupa en pensamientos piadosos o contempla las maravillas de la naturaleza, engalanada en esa época con sus más ricos atavíos, sus colores, sus perfumes y armonías. Desde el fondo de su alma bendice al Señor cuya «magnificencia y gloria resplandecen en sus obras».[9] Sin embargo, comienza a invadirle la fatiga.

Tras larga y penosa caminata, hace un alto no lejos de Trémouille, pequeño pueblecito de Cantal; encuentra [142] un sitio solitario con sombra y un arroyo que ni pintados. El sudor perla su frente; totalmente empapado, cree necesario secar la ropa y tomarse un pequeño descanso.

Al cabo de un par de horas se dispone a partir cuando, de pronto, aparece ante él un hombre con cara de pocos amigos, voz autoritaria y estado próximo a la embriaguez: es el guarda rural de la comarca. Va derecho hacia el Hno. Policarpo.

Este se levanta con intención de continuar su camino, pero el guarda le interpela bruscamente: «¿Qué hace usted ahí? ¿Tiene salvoconducto? No, ¿verdad? Me lo esperaba, es usted un vagabundo o ¡quién sabe! quizás uno de los malhechores que nos ha descrito la policía...»

Ni el rostro angelical del santo religioso ni su lenguaje lleno de dulzura y sencillez, bastan para ponerle al abrigo de tan injustas sospechas o impedir el interrogatorio precipitado del superceloso guarda, que termina con las palabras sacramentales: «¡En nombre de la ley, queda usted detenido!»; seguidas de las inexorables: «¡An-

---

por completo los caminos. En cuanto quedaron suficientemente practicables, partí con rapidez hacia nuestra casa madre. Todavía no era posible realizar el viaje a la Capelle-Marival a causa de la mucha nieve. El retraso que ha supuesto en mis asuntos una ausencia forzosa de dos meses, hace que me resulte imposible emprender un nuevo viaje» (en *Correspondencia relacionada con la fundación y administración de los establecimiento*s, hojas sin num.; véase una carta de marzo al alcalde de Sévérac-le-Château, *ibid.*, Arch. de los HH. del S. C.).

dando, camine! ¡más aprisa!».

Ante tan inesperada como terminante orden, el viajero se muestra sorprendido aunque no desconcertado; en vano revela su condición de Superior General [143] de los Hermanos del Sagrado Corazón; en vano protesta contra el atropello de que es objeto: no le queda más remedio que obedecer al implacable funcionario rural.

Y es conducido a Trémouille, donde será interrogado por el alcalde del pueblo, otro funcionario que, también él, de rural no tiene más que la tosquedad y ordinariez. El trayecto es de unos cinco kilómetros. El buen Hermano está muerto de cansancio, apenas si puede con su ligero equipaje y le ruega al guarda que le ayude.

— ¡Traiga! –responde este– Al fin y al cabo, no conviene que sucumba en el camino, no me vea obligado a llevar hombre y saco...»

Los curiosos salían a la puerta de casa al verlo pasar. Cada cual hacía su comentario:

— Es un ladrón cazado con las manos en la masa: ¡vete a saber qué botín habrá en el saco!

— No, es un timador vestido de fraile.

— ¡Ah, sí, como el que detuvieron el año pasado!... Nuestro guarda no falla una; ¡menudo olfato el de nuestro guarda!

Mientras el guarda caminaba más hueco que un pavo real, el presunto timador no podía evitar una sonrisa para sus adentros, a pesar de la perplejidad y la fatiga.

Ya en presencia del alcalde, a quien se dirige en tono [144] respetuoso pero firme, trata de explicarse nuevamente, aunque en vano. Apenas si se dignan escucharle:

— «Pónganme a buen recaudo a este pájaro; tiene el pico muy fino para ser hombre honrado; ¡me iba a embaucar a mí con su labia...!

---

[8] Desde primeros de mayo, el Siervo de Dios se hallaba visitando las casas de Lozère, de cuyo departamento debía salir el 4 de junio para visitar las de Aveyron, dos de Lot y «finalmente -escribe él- veré las de Cantal y Puy-de-Dôme» y algunas más; esperaba estar en Paradis hacia mediados de julio (carta a un director de América, 3 de junio, *Hno. Pol.- Corr. de América*); pero, contrariamente a lo esperado, no regresó hasta agosto, después de una ausencia de cinco meses, y no pudo contestar a sus Hermanos de América hasta el 20 de dicho mes. La casa de Condat se encontraba en Cantal.

* [9] Salmo 110, vers. 3.

— No tiene usted derecho a encarcelarme por una simple sospecha, afirma el bueno del Hermano.

— Así es; por eso no permanecerá aquí: mañana, a primera hora, será usted conducido a Champs, capital de nuestro cantón, y seguro que recibiré la felicitación del Sr. Juez por tan brillante captura».

Tal fue la conclusión del funcionario municipal de Trémouille.

Por todas partes se encuentran tiranuelos de ese tipo, más ingenuos que perversos; hombres de mente estrecha, a quienes los más claros y sólidos razonamientos no persuaden jamás: la ignorancia, el influjo de ideas preconcebidas, el convencimiento que tienen de saber siempre más que el otro, el deseo de la fama por algún hecho sonado, son para ellos otros tantos velos que cubren sus ojos. Un espécimen de esa categoría de hombres, perfectamente ridículos en su pretenciosa jactancia, era el alcalde de Trémouille.

El Hno. Policarpo, para acabar de una vez, solicita enviar un mensaje urgente al Director de la escuela de Condat.[10] Aunque a duras penas, obtiene [145] este favor. Explica en la carta las medidas que deben tomar para sacarlo de la embarazosa situación en que se encuentra. El correo urgente no consigue llegar a la casa de los Hermanos hasta una hora muy avanzada de la noche.

Mientras espera respuesta, el bueno del Superior reclama una habitación donde poder hallar el sosiego y descanso que necesita. Se accede a su deseo, pero vigilándole como a un vil malhechor. Helo ahí, pues, aislado, en el silencio de la noche, rumiando las penosas impresiones de la jornada.

Se acuesta sin cenar, aunque no sin nutrir su alma de los pensamientos de consuelo que reconfortan en las desgracias. Pero ¿gozará, al menos, de una noche apacible, de una noche reparadora? ¡Ay! tampoco; toda ella será un continuo suplicio. Imposible pegar ojo a causa del desasosiego y –¿lo diremos?– de las picaduras de mil y un parásitos que, instalados antes que él en la celda, le disputan su posesión y se vengan de las molestias que el intruso les produce.

Al despuntar el alba del día siguiente, llega a Trémouille un Hermano de Condat, acompañado del antiguo guarda forestal del cantón, personaje archiconocido en la comarca.

[146] Se presentan de inmediato ante el alcalde y el guarda rural. No les escatiman cuchufletas, sazonadas con las más duras críticas: en términos de indignación, les reprochan tanto su singular desprecio, como la incalificable severidad mostrada con un religioso inofensivo, cuyos rasgos, lenguaje y modales afables y distinguidos,

debieran haber constituido, para ellos, signos indiscutibles de una vida sin tacha. A tan descarnadas acusaciones, solo aciertan a oponer tímidas y vacuas excusas:

— Si hubiéramos sabido... Nosotros no sabíamos...

— ¡Pero debieran haber sabido!, ¡podían averiguar!

El alcalde echaba la culpa a la precipitación del guarda. Y el guarda hubiera podido replicar que el alcalde no se había dignado prestar oídos a nada; pero, como persona poco interesada en tener la razón contra su jefe, se contentaba con balbucir palabras incoherentes.

En ese momento, aparece el Hno. Policarpo y pone fin a la cómica escena que, sin embargo, amenaza con degenerar en tormenta. Aun sufriendo, conserva la serenidad y la sonrisa que dan ese característico toque de encanto a su fisonomía, y de sus labios no brota ni una palabra de amargura.

«Estos Señores –dice, no sin una pizca de ironía– me han hecho un gran honor; [147] primero, me han escoltado campo a través; luego, me han hecho pasar la noche con abundante compañía, debo confesarlo, pero perfectamente seguro bajo la custodia de un celoso y fiel guardián; lo único que me queda, pues, es manifestarles mi agradecimiento».

También en ese instante, llega el señor párroco. Al ver al humilde religioso exclama: «Bien se ve que esta cara no es la de un malhechor; ¡qué lejos están estos señores de ser fisonomistas!».

Pero el bueno del Superior está impaciente por marchar: Después de un frugal desayuno, sale –esta vez a caballo– con dirección a Condat; le acompañan, a modo de escolta, quienes han venido a reclamar su libertad. Su espíritu, rebosante de gozo y gratitud, se entrega a la oración y a santas reflexiones.

Llegado a su destino, y ya en medio de sus Hermanos, les cuenta con espiritual ingenuidad cómo, en el camino, ha encontrado la tribulación, un género de cruz totalmente nuevo para él. Pero en su relato, y sin él saberlo, todos y cada uno admiran la humildad, la paciente resignación mostrada en la situación embarazosa por la que ha pasado la víspera. La prueba sufrida no ha ensombrecido su frente. Así brilla siempre la virtud probada. El alma que [148] la posee, muestra el mismo semblante en la tempestad que en la calma. Diríase que las miserias de lo efímero no van con ella. En las vicisitudes de la vida permanece inmutable, con serena y abnegada actitud de sumisión, repitiendo amorosamente la sublime oración que brotó

---

[10] Era el Hno. Alexandre (1825-1899). Probablemente el hecho fue relatado a los autores por el mismo interesado.

del Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos: «¡Padre, hágase tu voluntad!»

[149] **CAPÍTULO XIV**

El Hno. Policarpo completa su labor de organización.[1] *- Circular dirigida a los principales miembros del Instituto. - Asamblea capitular de 1856. - Alocución del Hno. Policarpo en la sesión de apertura. - Resultados de los trabajos de la Asamblea.*

Como ya hemos dicho, el Hno. Policarpo dio al Instituto, en 1846, Reglas y Estatutos que fueron íntegramente aprobados por el Capítulo General: trabajo de valor incalculable, sin duda, pero insuficiente todavía para responder a las exigencias de una buena administración y a las necesidades [150] de un gobierno que pretendía ser sólido y duradero. De ahí el deber, para el celoso Superior, de disponer todo para dotar a la Congregación «de Estatutos que sirvan de base a las Reglas comunes y que resulten idóneos para fijar de modo definitivo la organización de la Sociedad»[2]

Al perfeccionar su trabajo, quería que se pudieran redactar, en breve, Reglas particulares en consonancia con las funciones atribuidas a los encargados de los diferentes empleos prescritos por la obediencia. Así esperaba obtener frutos preciosos para el bien de la Obra: señalar con claridad la misión del Instituto, evitarle los vaivenes de conflictos y divisiones intestinas, que pueden llegar a producirse, incluso, en el seno de la vida religiosa; trazar, en fin, a cada uno de los Hermanos una línea de conducta firme y segura, ayudándoles a trabajar más que nunca en su santificación personal y para gloria de Dios, mediante la educación de la juventud.

Hacia finales de 1855, consultó primero a los principales Hermanos planteándoles esta cuestión: «si no sería preferible sustituir el Capítulo que había venido funcionando hasta entonces, cuyos miembros eran nombrados a perpetuidad, por una Asamblea electiva».

Las respuestas fueron todas afirmativas.

[151] En el transcurso del mes de diciembre del mismo año, envió a los Hermanos una circular en la que les exponía sus puntos de vista sobre diversos asuntos.[3] Decía:

«Nuestro piadoso Fundador quería que las Reglas y los Estatutos de la Congregación estuviesen fundamentados[4] y redactados en base a la experiencia. He ahí por qué puso a sus Hermanos a trabajar desde el principio, esperando redactar

más tarde sus Constituciones; una muerte prematura, sin embargo, se lo impidió. Este hombre[5] eminentemente preparado fue sustraído al cariño de sus hijos, que perdieron con él su principal apoyo, y pudieron pronto comprobar el enorme alcance de su ausencia.

« Es urgente, me parece, que la Congregación se organice definitivamente. Según el designio[6] de su Fundador, es ella misma la que debe decidir su modo de gobierno de acuerdo a la experiencia que ya tiene. El notable auge que va adquiriendo día a día, le impone el deber de fijar[7] sin dilación los principios que servirán de base a las medidas necesarias para obtener el fin propio de la Institución y para tranquilizar a sus miembros respecto al futuro. Los Estatutos deben estar formados por la sustancia de esos principios, que serán convenientemente desarrollados en las Reglas, [152] en las Constituciones o Normas de Gobierno y en la Guía del Hermano Educador...

« He tomado con mucha confianza la iniciativa en este importante asunto, convencido de que no me faltará la colaboración de mis buenos Hermanos. Les he dado a conocer mis puntos de vista y también les envío una copia del proyecto de Estatutos. Tengan a bien, se lo ruego, comunicarme todo lo que piensan sobre las modificaciones que convendría introducir en todos y cada uno de los artículos de dichos Estatutos. Me gustaría tener sus observaciones antes de fin de enero. Si continúan opinando que una Asamblea elegida por todos los profesos perpetuos de las escuelas y por los directores de votos temporales, debe reemplazar al Capítulo vitalicio, dicha Asamblea será nombrada por[8] las elecciones de mayo próximo...[9] Someteré, eso espero, algunos trabajos apenas esbozados, a los mandatarios de la Congregación, y juntos tomaremos medidas para que en otra reunión ulterior podamos añadir pronto una segunda piedra al edificio.

« He aquí algunas ideas con el fin de aunar criterios en la revisión del proyecto de Estatutos:

« La Asamblea capitular representa a todo el Instituto y elige a los principales

---

* [1] Debemos decir aquí que el Hno. Policarpo, reconociendo el mérito y el talento del Hno. Adrien, lo había llamado junto a él, desde 1845, para que le ayudara a conducir a buen término los trabajos de organización y administración del Instituto. — Cfr. intr. Doc. X.

[2] Alocución del Siervo de Dios en la apertura del Capítulo General de 1856 (véase en páginas siguientes). Sobre los Estatutos y las Reglas, cfr. la introducción al Doc.IX. Veamos ahora la frase tal como se halla en el texto original: «*unos* Estatutos que sirvan de base a las Reglas comunes, *que determinen definitivamente* la organización de la Sociedad» (*Capítulos Generales 1841-1952,* p. 13, Arch. de los HH. del S.C.; *Escritos del Siervo de Dios Hno. Policarpo,* p. 111, Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos).

miembros [153] que deben gobernarlo. Detenta, mientras actúe dentro de los límites de sus atribuciones, la autoridad suprema sobre los Hermanos y sobre el Superior General. Tiene como objetivo preservar la naturaleza, el fin y el espíritu de la Sociedad. Para ello, puede tomar todas las medidas y elaborar todos los *estatutos* que estime necesarios...

« Delibera[10] sobre los intereses generales de la Congregación, con el fin de mandar lo que se orienta hacia su mayor bien, y prohibir lo que pudiera perjudicar a la Sociedad en general, o a sus miembros en particular...

« No hay cosa que más me importe, queridos Hermanos, que los intereses de la Congregación a la que he consagrado todo. Ustedes aman del mismo modo a esta querida Sociedad y desean, no sólo que se conserve, sino que crezca: pongamos, pues, todos juntos, los medios para lograr este loable fin».

El 25 de abril de 1856, otra circular del Rdmo. Hno. Superior General,[11] fijaba para el 30 de mayo la elección de los miembros que debían componer la nueva Asamblea y ordenaba las oraciones que deberían hacerse hasta ese día para atraer las bendiciones de Dios sobre el Instituto.

Las elecciones anunciadas se efectuaron [154] el 30 de mayo de 1856; y una circular dirigida a los Hermanos a primeros de julio, daba a conocer los nombres de los miembros elegidos para representar a la Congregación, los convocaba para el 13 de agosto siguiente e indicaba sucintamente los temas que serían objeto de las deliberaciones.

La carta que convocaba la nueva asamblea[12] terminaba así:

«No descuidemos ningún detalle para apresurar una época de renovación: unión de oraciones, cooperación voluntaria y gustosa, renuncia a cualquier interés personal, sacrificio de todo aquello que el bien nos exige a todos; en una palabra, recurrir a todos los medios aptos para hacernos tender al objetivo que nos proponen nues-

---

[3] La circular está sin fecha pero, como consta en el registro *Capítulos Generales* (p.14), fue enviada hacia mediados de diciembre de 1855, conforme a lo que aquí afirman los autores; véase un ejemplar en el volumen *Escritos del Siervo de Dios, Hno. Policarpo*, hojas 105-106, Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos. Los cambios introducidos por los autores en los párrafos que publican son muy pocos y de escasa importancia, excepto uno; lo haremos notar a su debido tiempo.

[4] En el original leemos: « Las Reglas y los Estatutos de la Congregación, *decía* nuestro piadoso Fundador, *deben estar* fundamentados».

[5] Falta «tan».

[6] En el original se lee «la apreciación»

[7] El original dice «de adoptar».

tras santas Reglas.[13] Como religiosos y como educadores, tenemos mucho que ganar con una administración bien asentada y puesta en práctica con valentía...»[14]

La primera reunión de los miembros de la Asamblea capitular tuvo lugar el 16 de agosto. A las nueve de la mañana, el Rdmo. Hno. Policarpo abrió las sesiones con la siguiente alocución:[15]

[155] «Mis queridos Hermanos,

« Nuestra Congregación ha estado sometida a pruebas tan grandes, que ya habría dejado de existir en varias ocasiones si no hubiera sido preservada por especial designio de la Providencia. Todos ustedes saben que[16] fue despojada de su Fundador en el momento que más apoyo necesitaba.

« Tras la irreparable pérdida de su Fundador o, más bien, de su Padre, el Instituto fue zarandeado de muchas maneras hasta 1840, época en que sus miembros comenzaron a reparar los daños y a multiplicarse.

« Al fijar nuestra mirada en el tiempo transcurrido desde entonces, lo único que nos falta es dar gracias a Dios por el evidente crecimiento que se ha producido. Sepamos[17] bien, sin embargo, queridos Hermanos, que la fuerza y la prosperidad de una congregación no están basadas en el número por sí solo, sino en el espíritu religioso, la regularidad y el fervor de sus miembros, sobre todo.

Un Hermano sólo es buen religioso cuando cumple perfectamente sus deberes de estado. Pero así como es imposible caminar con seguridad sin conocer bien el camino que se ha de seguir, tampoco se pueden cumplir apenas los deberes de estado sin [156] establecer y determinar bien las reglas que fijan dichos deberes.

« San Ignacio redactó Reglas para su Compañía; pero estas Reglas, observa-

---

[8] En el original se lee: «formada para»; la sustitución de esta expresión es una consecuencia del retoque efectuado por los autores.

[9] El Hno. Policarpo escribió «*septiembre*», que los autores han transformado en «*mayo*». La cosa se explica de este modo: el Hno. Policarpo quería decir que la nueva Asamblea debía proceder a las elecciones que se harían en el mes de septiembre; en lugar de eso, los autores han referido la frase a la época de nombramiento de delegados para el futuro Capítulo General, nombramiento que, en efecto, fue realizado en el mes de mayo (cfr. intr. Doc. IX). En consecuencia, han eliminado las palabras «En esta época» y han puesto, en su lugar, puntos suspensivos. La frase siguiente, que en el original va unida a «septiembre», los autores la han redactado aparte.

[10] Al poner puntos suspensivos para sustituir una frase al final del párrafo anterior, los autores han realizado aquí un pequeño retoque. La frase completa es: «Se reúne cuando hay que elegir Superior General, Asistentes y siempre que deba deliberar».

das al principio provisionalmente, fueron después examinadas, discutidas y adoptadas por los Padres de la Sociedad reunidos con tal fin.

« El Beato de la Salle elaboró también Reglas para sus Hermanos; pero quienes debían cumplirlas, tuvieron que comprobar, igualmente, si resultaban apropiadas a las necesidades del colectivo al que iban destinadas.[18]

« El Fundador de los Hermanos Maristas murió en 1840, pero los principales Hermanos de su Congregación no se reunieron hasta 1852 para redactar sus Reglas y Constituciones.[19]

« Nuestra reunión era tanto más urgente y[20] necesaria cuanto que nuestro venerable Fundador vivió menos tiempo entre nosotros. En febrero[21] de 1826, escribía desde Blois, de donde era Vicario General,[22] que no podía ocuparse en la redacción de las Reglas porque estaba abrumado de trabajo; y añadía que las Reglas y las leyes únicamente son perfectas cuando se sabe por experiencia lo que hay que hacer o evitar: "Que se las arreglen por ahora provisionalmente, decía, y de lo que falta, ya me ocuparé algún día".

« [157] Dios no quiso que este Padre legase a sus hijos la valiosa herencia que empezaba a elaborar para ellos, tanto en el interior de su gran corazón, como en su mente lúcida y sensata.

« En el espacio de treinta años hemos adquirido cierta experiencia, y aunque muy a menudo nos hayamos visto obligados a caminar a tientas, ya debemos conocer la senda en la que debiéramos habernos mantenido y que tendrá que guiar nuestros pasos en el futuro. La Congregación, probablemente, hubiera debido organizarse antes, pero me parece que, hasta el momento, carecía de los elementos necesarios.[23] Hoy los posee, creo, y ustedes serán los jueces que decidan si todavía hay que dar largas al asunto o si conviene[24] poner manos a la obra inmediatamente.

---

[11] En los dos ejemplares conservados en el volumen *Escritos del Siervo de Dios Hermano Policarpo, hojas* 100-101, y en el legajo *Hno. Pol.- Circulares,* del Archivo general de los Hermanos del Sagrado Corazón, sólo pone año 1856. El borrador, debido al Hno. Adrien, lleva la fecha «20 de abril de 1856» *(ibid.)*; la fecha correcta, sin embargo, podría ser la que dicen los autores.

[12] Circular de julio de 1856. También en ésta figura sólo el año, pero se sabe que fue enviada a principios de julio (*Escritos del Siervo de Dios, Hno. Policarpo*, hoja 98).

[13] En el original se lee en su lugar «que nos *mueve*».

* [14] Circular, julio de 1856.

[15] El acta del Capítulo se halla en el registro *Capítulos Generales 1841-1952,* pp. 15-61; la alocución que sigue está en las pp. 15-18 *(ibid.).* Esta es fiel copia del original, salvo escasos

« Por mi parte, veo que ya somos bastante numerosos, y que las medidas provisionales dejan[25] que nazcan abusos capaces de dañar el porvenir del Instituto, capaces, incluso, de impedir el bien que está llamado a realizar. La uniformidad que todos deseamos ver reinar en la dirección de la Congregación, en general, debe descansar sobre una base que no tenemos aún bien definida.[26]

« Mi convicción y mi parecer es que debe [158] existir en el Instituto un pacto fundamental o Estatutos que sirvan de base a las Reglas comunes, que determinen de manera definitiva[27] la organización de la Sociedad, a fin de que, después de fijar bien los oficios, se puedan elaborar Reglas particulares conforme a las responsabilidades de los oficiales que se encarguen de cumplirlos.[28]

« Deberemos, pues, ocuparnos:

1º.- de la revisión de los Estatutos;

2º.- del complemento de los Estatutos, o de los detalles sobre la organización de la Sociedad, es decir,[29] de las Reglas particulares;

3º.- de las modificaciones a introducir[30] en las Reglas comunes para que estén relacionadas con las Constituciones;[31]

4º.- de los medios que habrá que emplear para disponer pronto de una guía de enseñanza;

5º.- de los remedios que deberemos poner para corregir los abusos existentes y para impedir, en la medida de lo posible, que se introduzcan otros;

6º.- finalmente, de las observaciones personales que Dios y el vivo[32] deseo de ser útiles al bien común nos[33] sugieran.

« Toda la Congregación ha puesto sus ojos en nosotros, mis queridos Hermanos, y ora para que cumplamos dignamente el importante mandato que se nos confía. Veamos, en conciencia, lo que Dios y [159] su gloria nos exigen; pidamos las luces del Espíritu Santo ante todo, y hagamos una santa violencia al Cielo para que nos ilumine y nos dé la fuerza de cumplir todo aquello que el Instituto tiene derecho

---

e intrascendentes retoques. Las notas confirmarán nuestra aseveración.

[16] Estas palabras faltan en el original.

[17] En el original leemos: «observemos».

[18] Se ha omitido el siguiente párrafo: «El Sr. de la Salle murió en 1719, pero sólo en 1725 el Hno. Timothée, Superior General, escribió en una circular: "Les enviamos las Reglas impresas, acordes con la Bula de aprobación, y tal como han sido fijadas y determinadas tanto por Nos como por los Hermanos más antiguos y los directores del Instituto, en nuestra Asamblea General de agosto de 1725"».

a esperar de nosotros. Varios de entre ustedes[34] hablan de dimitir, so pretexto de que son incapaces de cumplir su tarea, pero recordemos que todos los instrumentos son buenos en las manos del Señor con tal que sean humildes y sepan rezar. Debemos desconfiar de nosotros mismos, y también debemos[35] ver como expresión de la voluntad de Dios los votos que nos han traído aquí.

« Tengamos todos[36] un solo corazón y una sola alma, un mismo deseo y una misma voluntad; nuestros esfuerzos, estemos seguros de ello,[37] no quedarán baldíos».

La Asamblea, pues, se entregó de lleno a su trabajo y consagró todas las sesiones a discutir los diferentes artículos de los Estatutos. Tomó, además, diversos acuerdos, algunos de ellos dirigidos a introducir cambios en el reglamento diario. Como era indispensable un complemento de los Estatutos, se ocupó también de establecer los puntos esenciales que debían servirle de base, pero sin decidir nada, todavía, de modo definitivo: pues le resultaba imposible [160] acabar en unas semanas todo el trabajo proyectado. No obstante, el camino estaba abierto y echados los cimientos del Gobierno. El deber de perfeccionar la obra iniciada con ardor, y ya coronada por una óptima acogida, le incumbía a otra Asamblea.

Veamos, por otra parte, en la siguiente circular dirigida a los miembros del Instituto,[38] en qué términos se expresa la Asamblea capitular a propósito de los sentimientos que la han animado y cómo presenta el resumen de sus trabajos:

«Queridos Hermanos,

« El pasado día treinta de mayo nos votaron, en conciencia, con objeto de confiarnos una misión de suma importancia para el futuro de nuestro Instituto. Se trataba de proporcionarle los Estatutos y Reglas que su pío Fundador no le pudo

---

[19] Veamos el párrafo omitido en este punto: «Entre muchos otros ejemplos, sólo cito estos tres para hacerles ver que tenemos razonables motivos para reunirnos y tomar una medida prudente, deseada y conforme al proceder que han tenido hasta ahora la mayor parte de las Congregaciones».

[20] «tanto... y» faltan en el original.

[21] Falta en el original.

[22] «de donde era Vicario General» falta en el original.

[23] En el original falta el punto; veamos cómo se presenta el texto: «... necesarios *y que ya* los posee. *Sin embargo*, ustedes serán los jueces» etc.

[24] «si todavía ... conviene» falta en el original

[25] En el original leemos «hacen».

legar, ya que una muerte prematura nos lo arrebató cuando empezaba a ocuparse de la organización de sus primeros Hermanos.

« Saben que, en cumplimiento de la misión encomendada, nos reunimos el pasado 15 de agosto a fin de comenzar nuestra labor bajo los auspicios de la Santísima Virgen, nuestra buena Madre. Comprendíamos la pobreza de nuestros flacos recursos frente a la enorme envergadura del trabajo [161] por hacer; pero nos sentíamos animados: sabíamos que nuestros queridos Hermanos no nos perdían de vista y elevaban fervientes plegarias al Cielo implorando las luces del Espíritu Santo sobre los miembros representantes de toda la Congregación.

« Y ahora, queridos Hermanos, se encuentran esperando con legítima impaciencia el resultado de esta primera reunión. Hemos hecho cuanto dependía de nosotros; sin embargo, en unas pocas semanas no era posible poder llevar a feliz término la obra emprendida.

« Hemos abierto el camino y echado los cimientos del Gobierno. En una segunda reunión, resultará más fácil trabajar con seguridad en la prosecución de una labor cuyo plan está decidido, cuya distribución de temas está efectuada y algunas de cuyas partes han sido ya tratadas.

« Después de dividir las Constituciones en capítulos, hemos elaborado, según la índole de los temas[39], el texto de las principales secciones que deben constituir la esencia de las mismas. Dichos capítulos serán redactados durante el año en curso; confiamos en que, para el próximo, podremos examinarlos juntos, adoptarlos y, todos, ustedes y nosotros, ponerlos en práctica [162] como regla uniforme de conducta, aplicada a cada uno de los oficios de la Congregación que, con tanto empeño, tratamos de sostener y hacer prosperar.

---

[26] He aquí cómo aparece este párrafo en el original: «Todos deseamos ver, *en la medida de lo posible*, uniformidad en la dirección de la Congregación en general, *de los establecimientos, y en la manera de enseñar*: *pero esta uniformidad* debe descansar *necesariamente* sobre una base que no tenemos aún bien definida».

[27] En el original pone «definitivamente».

[28] En el original se lee: «de estos oficios».

[29] El original dice «seguidos».

[30] En el original se lee: «De lo que habrá que hacer».

[31] El original añade : «generales».

[32] El adjetivo falta en el original.

[33] El Hno. Policarpo, en lugar de eso, ha escrito «les».

« Veamos, por lo demás, el resumen de nuestro trabajo:

« Primero hemos elaborado los Estatutos, que contienen los principios sobre los que se apoyan: el gobierno, las Reglas y las Constituciones de la Sociedad.

« Viene luego el complemento de los Estatutos, integrado por diversos capítulos cuyos títulos principales son:

« 1º.- del espíritu del Instituto;
« 2º.- de la organización general;
« 3º.- de las atribuciones de la Asamblea;
« 4º.- del modo de convocar la Asamblea;
« 5º.- del modo de elegir al Superior General, Asistentes, Secretario, etc.;
« 6º.- de las deliberaciones de la Asamblea;
« 7º.- de las atribuciones del Comité estatutario;
« 8º.- de las atribuciones de los Asistentes;
« 9º.- Reglas de los Visitadores;
« 10º.- Reglas de los Hermanos Directores;
« 11º.- Reglas de los Hermanos encargados de los asuntos temporales.

« La Asamblea ha tomado también en consideración las cartas enviadas por Hermanos de diversas comunidades, aportando, cada uno de sus miembros, sus propios comentarios a propósito de las observaciones que se hacían sobre ciertos [163] abusos y sobre los medios adecuados para subsanarlos. Hemos tomado ciertas medidas y elaborado algunos reglamentos con miras a la buena marcha y al bien general de la Congregación. Nuestro Rdmo. Hno. Superior no dejará de darnos[40] a conocer en el momento oportuno todo aquello que deba ser puesto en práctica de forma inmediata.

« Dentro de pocos días, cada director y cada Hermano cocinero recibirá un ejemplar del capítulo de las Reglas que se refiere de modo particular a ellos. Por ahora sólo se trata de un ensayo, pero no por eso deberán esforzarse menos en cumplir los diversos puntos que contiene; así, el año próximo, y con ayuda de sus

---

[34] El original dice «nosotros me».

[35] Las palabras «también debemos» faltan en el original.

[36] «todos» falta en el original.

[37] «estemos ... ello» falta en el original.

[38] También esta circular está incluida en el registro *Capítulos Generales 1841-1952*, pp. 59-61 (Archivo de los HH. del S.C.). Aparece íntegramente reproducida excepto las firmas de los miembros de la asamblea, que faltan. El texto responde al original; los HH. Eugène y Daniel apenas han introducido tres insignificantes retoques.

valiosas observaciones, los miembros de la Asamblea podrán apoyarse en un mayor grado de experiencia para discutir y fijar esos dos importantes capítulos.

« Lo único que nos queda, reverendos Hermanos, es exhortarles ardorosamente y en nombre de sus[41] intereses más queridos, a fortalecerse en el espíritu de su vocación. Pongamos todos manos a la obra con celo y confianza. Seamos buenos religiosos si de verdad queremos trabajar con eficacia para gloria de Dios y santificación nuestra.

« Leamos nuestras Reglas, meditémoslas bien y convenzámonos de que ellas nos guardarán si [164] nosotros las guardamos con escrupulosa fidelidad. Sacrifiquemos cualquier punto de vista personal; quienes se encargan de otros, sean sus modelos, sus padres y sus guías en todo, y que los inferiores no tengan más que una ley: la de obedecer a quien les manda, que es, para ellos, el portavoz de la voluntad del Señor. Oremos todos incesantemente; recemos unos por otros, reuniéndonos con frecuencia en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, habituales refugios nuestros en cualquier necesidad.

« Manifestándoles este vivo deseo, quedamos de ustedes con el más sincero afecto,

« Hermanos carísimos,

« *Los Miembros de la Asamblea capitular.*

« Paradis, a 5 de septiembre de 1856».

¿Es preciso decirlo? Tras unas sesiones tan llenas de ubérrimos frutos, seguro que el Hno. Policarpo vio colmados sus deseos. Rebosante de esperanza en el porvenir del Instituto y considerando el conjunto de trabajos de la Asamblea, exclamó: «En verdad, tenemos motivos de regocijo. Dios ha bendecido visiblemente nuestros débiles esfuerzos: loado sea por siempre jamás».

[165] En efecto, de consuno con los delegados del Instituto, acababa de infundir un soplo de vida y fortaleza a la –todavía tan imperfecta– Obra del P. Fundador. Nadie pone en duda que por ese medio llegase a vislumbrar una nueva era de prosperidad para ella, una eflorescencia del espíritu religioso henchido de fecundos entusiasmos. Comprendiendo su misión y deseando cumplirla a fondo, pretendía, a toda costa, fundar una Sociedad establecida sobre bases inamovibles y generosamente entregada, en todo, al servicio de Dios y de las almas. Hacer de cada casa una escuela de fe, de regularidad, de fervor y de celo: ese fue el sueño de

---

[39] El original dice: «según los temas a tratar».

su vida, el objeto de sus perseverantes esfuerzos.

Este ideal de perfección que dominaba en su espíritu, él se esforzaba por llevarlo a la práctica empleando todos los recursos de que disponía: junto a penitencias, buenas obras y exhortaciones –que unidas a sus santos ejemplos se hacían eficaces– recurría sobre todo a la oración, a la protección divina, sin la cual «se trabaja en vano», como dice el real profeta (Salmo 126, 1). De igual modo, los ímpetus de su fe y de su piedad conducíanle a menudo al pie del altar. Allí, penetrado del sentimiento de su incapacidad, suplicaba al divino Corazón de Jesús que acudiera [166] en su ayuda para perfeccionar su trabajo de organización, rogándole encarecidamente que protegiera al Instituto, que bendijera a sus miembros y que les hiciese caminar por las vías de la prosperidad.

Con el mismo fin acudía también diariamente a la Santísima Virgen, protectora de las Comunidades y Órdenes religiosas. Él sabía, y la experiencia además se lo había demostrado, que bajo los auspicios de la Reina del Cielo, y gracias a su auxilio, mantienen el espíritu de fervor, reciben las más abundantes bendiciones, brillan con el resplandor de sus virtudes y secundan eficazmente a la Iglesia en sus obras de caridad y de celo.

¿Podían quedar baldíos tantos trabajos y sacrificios, o no ser atendidas tan fervientes oraciones?

[167] CAPÍTULO XV

Ultimos años del Hno. Policarpo. - Presentimiento de su fin próximo. - Su preparación para la muerte. - Enfermedad y óbito. - Circular con ese motivo. - Elección de un nuevo Superior.

Los trabajos de organización y de reforma a los que, bajo la inspiración e iniciativa del Hno. Policarpo, se había entregado la Asamblea capitular con tanta unión y entusiasmo, respondieron plenamente a todas las esperanzas. El venerado Superior tenía motivos para alegrarse. Sentíase feliz al vislumbrar una nueva expansión de la Obra por la que gastaba sus fuerzas y su vida. Tuvo, en efecto, el consuelo de

---

[40] El original dice «darles»

[41] En el original pone «nuestros»

contemplar los nuevos progresos del Instituto, visiblemente [168] bendecido por el cielo. Desde 1856 hasta su muerte, acaecida tres años después, fundó diecisiete establecimientos, sin contar los abiertos en América.[1]

Aun a riesgo de exponernos a repeticiones, añadiremos que no le bastaba con multiplicar las escuelas: lo que quería, ante todo y sobre todo, era saberlas habitadas por hombres animados del auténtico espíritu de su santa vocación. Por este motivo, a medida que avanzaba hacia el final de su carrera, redoblaba su celo y entrega en la tarea de santificar a sus Hermanos; su lenguaje, sus orientaciones y sus cartas de *dirección* espiritual, revelaban un espíritu de fe, de piedad y de consejo que se iba acentuando más y más cada día; su virtud tomaba nuevos vuelos y, como de costumbre, no sólo embellecía su alma: el brillo trascendía también al exterior y derramaba sobre su persona y en los actos de su vida un encanto especial que conmovía y se ganaba los corazones.

También, y más que nunca, en su calidad de Superior, se consideraba depositario de las Reglas y guardián de las almas que Dios le había confiado, como responsable del fiel cumplimiento de las unas y del [169] pastoreo de las otras. Siendo amante celoso de la disciplina, como era, trabajaba denodadamente por mantenerla en todo su vigor, previniendo los abusos, corrigiéndolos con energía en caso necesario y uniendo de continuo a la mansedumbre esa firmeza sin la cual, casi siempre, degenera en debilidad. Por lo demás, si a veces parecía exigente, nunca lo era para buscar su propio beneficio sino, única y exclusivamente, para gloria de Dios, en defensa de la Regla y por el bien espiritual de sus inferiores.

Felices con su paternal dirección, los Hermanos esperaban que permaneciera todavía mucho tiempo entre ellos para dirigirlos hacia el cielo. Tal esperanza resultó fallida. Su cuerpo, de constitución física débil y delicada, antes de llegar a la edad de la vejez se hallaba ya minado por las mortificaciones, las fatigas y los achaques;[2] se podía observar que iba debilitándose a medida que se consolidaba su obra, y que la vitalidad de ésta aumentaba en detrimento de la de aquel. Como el ave mística, símbolo de la divina Eucaristía, hubiera podido decir a sus hijos: «Les he alimentado con mi sangre; yo muero, pero ustedes vivirán».

Durante los dos últimos años de su [170] vida, se podía constatar cómo iban decayendo paulatinamente sus fuerzas, y él mismo comprendía que le quedaba poco tiempo en la tierra. Así, en las vacaciones de 1858, a varios Hermanos les dio a entender que lo veían por última vez. A uno de ellos, incluso, ya le había dirigido las siguientes palabras: «A sus buenos deseos, trate de añadir fervientes oraciones por mí, que no tardaré en llegar al final de mi carrera y presentarme al divino Maestro

para darle cuenta de todo lo que ha tenido a bien confiarme...» (Enero de 1858).

En octubre de 1857, a otro Hermano que viajaba con destino al Béarn, también le había comunicado el presentimiento de su cercano fin: «¡Adiós!, le dijo, ¡adiós, hasta la eternidad!». Este no le quería creer en absoluto o, al menos, intentaba rechazar tan lúgubres presentimientos; sin embargo, el bueno del Superior insistió y, señalándole el cielo, le dijo: «Nos encontraremos allá arriba; allá arriba ¡ya no hay separación!».

Según lo que precede, podemos afirmarlo, la vida del Hno. Policarpo fue una seria y continua preparación a su santa muerte. Pero cuando creyó próximo el fin de su días, las prácticas de piedad y las oraciones se intensificaron, su vida se hizo más austera: [171] sin dejar de permanecer atento y totalmente entregado a los intereses del Instituto, su pensamiento y su corazón sentíanse propensos a olvidar las cosas de la tierra para dedicarse de lleno al negocio de la eternidad.[3] Como San Pablo, deseaba la disolución de su cuerpo a fin de «recibir la corona de vida que Dios ha prometido a quienes lo aman»:[4] no es que estuviera hastiado de la vida temporal; los santos ni rehuyen el trabajo ni conocen la fatiga; a modo de celestiales imanes, cuanto más se aproximan al cielo, polo supremo de su atracción, más impulsados hacia lo alto se sienten y más les invade y les posee el ansia de la eterna contemplación.

Al final de su carrera, el santo religioso podía repetir con San Pablo las siguientes palabras que tan bien traducen los deseos de su corazón, palabras que no son, por otra parte, más que el eco de sus actos: «A lo largo de mi vida he obrado lo mejor que he podido; he conservado el depósito de la fe, y ahora que ha terminado

---

[1] A partir de 1856, se fundaron diecinueve casas (cfr. intr. Doc. XIII); no obstante, si se consideran como una sola las tres de Oloron, en este caso, son diecisiete.

Hacemos aquí mención de una solicitud de fundación en Agra, Indias Orientales, formulada el 31 de julio de 1855 por el mismo Prefecto de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, cardenal Franzoni. El párrafo inicial de la carta dice así: «El conocimiento de los servicios prestados por su Instituto y una plena confianza en su celo por todo lo que puede contribuir al bien de las misiones católicas, han impulsado a Monseñor Ignace Persico, Obispo de Gratianopolis y Administrador Apostólico de Agra, en las Indias Orientales, a dirigirle, movido por la solicitud de su rebaño, una petición para obtener la ayuda de algunos de sus Hermanos, en la obra de la educación e instrucción de la juventud en el seno de los establecimientos de esta misión...» (en *la Indias -Agra,* Archivo de los HH. del S. C.; véase el borrador, en italiano, en el Archivo general de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, *Cartas y decretos.*, vol. 346, hoja 497^{v}). Monseñor Persico se había dirigido primeramente a los Hnos.

mi carrera,... la muerte es para mí una ganancia... Espero, confiado, la [172] corona prometida a quienes han combatido bien»[5]

Él obtuvo esta corona, pues Dios, infaliblemente, se la otorga a las almas que durante su vida tuvieron por guía la fe, por apoyo la esperanza, y por móvil y objetivo la caridad.

Fue el 27 de diciembre de 1858 cuando el Hno. Policarpo sintió los primeros síntomas de la enfermedad que debía sustraerlo al amor de sus Hermanos.[6] Aquel día, fiesta de San Juan Evangelista, su patrono, «se levantó para ir a misa y recibir la sagrada Comunión; hacia mediodía volvió a acostarse quejándose de un dolor de costado. Este dolor no le duró mucho; la fiebre era insignificante, y el médico, todavía sin inquietud, respondió a los Hermanos que le pedían noticias: «No será nada, no hay peligro; no obstante, un cuerpo debilitado por el trabajo y los sacrificios, exige muchas atenciones». El único que tomaba su mal en serio era el virtuoso enfermo, y repetía a quien quisiera escucharle que ya no esperaba volver a levantarse.[7]

Miércoles 5 de enero: el señor capellán pregunta al Rdmo. Hno. Policarpo si desea recibir la sagrada comunión al día siguiente, día de la Epifanía. «¡Oh, sí! –respondió el enfermo con santa exaltación– puesto que el [173] buen Maestro se digna venir a mí, ¿puedo rechazar su visita?»[8]

Debemos decir que ya no tenía fiebre y que el médico le había ordenado tomar un poco de alimento. Por la mañana, el enfermo recibió a su Dios, y después, durante el día, tomó lo que le habían prescrito. Comenzábamos a tranquilizarnos, o por mejor decir, en ningún momento habíamos experimentado un serio temor.[9]

---

de las Escuelas Cristianas, pero habiendo recibido una respuesta negativa, recurre el 4 de mayo de 1855, con el mismo propósito, al cardenal Prefecto de *Propaganda Fide*, mencionando también a los «Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús y María» (*ibid.*, *SRC, Indias Orientales*, vol. 15, hoja 427).

El purpurado sólo acude al Hno. Policarpo cuando, con fecha 18 de julio, recibe respuesta negativa del Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (véase carta a Monseñor Persico, 1 de agosto, *Ibid*. *Cartas y Decretos*, vol. 346, hojas 538-539). A pesar de las investigaciones realizadas, especialmente en el Archivo de *Propaganda Fide*, no hemos encontrado la respuesta del Siervo de Dios pero, seguramente también esta, y por la misma razón –la falta absoluta de personal– sería negativa (véase la carta de Monseñor Persico al cardenal Franzoni, de 22 de septiembre, *ibid. SRC. Indias Orientales*, vol. 15, hojas 677-678^{v}). Verdaderamente, el Siervo de Dios no podía satisfacer los deseos del Cardenal, pues debía pensar en las numerosas casas abiertas en Francia y América, con el agravante, además, de encontrarse la Congregación en fase de afianzamiento.

De súbito, el viernes, notamos un poco de agitación y un profundo abatimiento. Estos síntomas nos extrañaron y hasta comenzaron a alarmarnos.[10]

Pero la jornada del sábado resultó más tranquila. Cuando intentábamos levantar la moral del venerado Superior, él se contentaba con responder: «¡*La voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios*!».

El mismo día por la tarde, el capellán y el médico, reunidos al pie de la cama, coincidían en la opinión de que el estado no tenía nada de inquietante y que no había por qué administrarle la extremaunción...[11]

El domingo, a las cuatro de la mañana, llamaron a los dos Hermanos Asistentes y mandaron ir en busca del capellán. Finalmente, ¡ay!, se veía la gravedad del mal; ya no se albergaba ninguna esperanza de prolongar días tan preciosos. A todo el mundo [174] se le saltaban las lágrimas, pero hacían esfuerzos por ocultárselas al enfermo. Este, que conservaba el pleno uso de sus facultades mentales, despedíase con la mirada y sonreíale a la muerte: «¿Morir?, ¡pero si es una ganancia!», parecía repetir con el Apóstol cuyas palabras había meditado tan a menudo, y cuya alma, en cierto modo, había transmigrado a la suya. La agonía fue corta. Cuatro minutos después de haber recibido los últimos auxilios de la Iglesia, el santo religioso entregaba suavemente su hermosa alma a Dios...»,[12] rodeado por los principales Hermanos de Paradis.[13]

Era el domingo 9 de enero de 1859, a las cinco de la mañana. Tenía 57 años, 4 meses y 20 días, y había gobernado la Congregación durante 17 años y 5 meses.[14]

Así, la muerte del Hno. Policarpo fue apacible, valerosa y edificante, como había sido su vida entera. Para él era la hora de la liberación y del triunfo. Los hijos que dejaba huérfanos quedaban desolados: para ellos el duelo, para él la fiesta inmortal...

Aquel mismo día, los Asistentes comunicaron la triste noticia a los miembros del

---

[2] Recordamos lo que en 1849 escribía el Hno. Adrien al Hno Alphonse residente en América: «Nuestro Rdmo. Hno. Superior, con su salud tan frágil,...» (Doc. X). En los capítulos precedentes ya se ha hablado de la enfermedad, también grave, sufrida por el Siervo de Dios. Él mismo escribe: «mi organismo está demasiado débil...» (7 de marzo de 1853 al Hno. David, *Hno. Pol.-Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S.C.). En esta misma carta se refiere a «...una enfermedad que me había llevado a dos pasos de la muerte». Y continúa: «Los primeros días del mes pasado [febrero] fueron, pues, los días de mi gran crisis, y yo creía que me iba al otro mundo el primer viernes o el sábado [5-6 de febrero]; pero, en fin, Dios ha querido concederme algunos días más» (*ibid.*). El 15 de marzo recayó enfermo y el 28 empezó a recuperarse (véase la carta de 19 de marzo al Hno. Alphonse, ibid.). Confróntese el relato de 1902, del Hno. Adelphe (Doc. XXIV).

Instituto [175] que se hallaban dispersos lejos de Paradis. He aquí en qué términos:[15]

«Carísimos Hermanos nuestros,

« Dios acaba de enviarnos la más dolorosa[16] de las pruebas. Nuestra Congregación se ha visto despojada de su eximio Superior General y nosotros quedamos huérfanos del más tierno de los padres.

« Hoy, a las cinco de la mañana, confortado por los auxilios de nuestra santa religión, ha exhalado su último suspiro sin el menor signo agónico: los Asistentes apenas si han llegado a darse cuenta.[17]

« Nos deja en herencia, queridos Hermanos, el ejemplo de las extraordinarias virtudes que, durante toda la vida de este amado Superior, han constituido el objeto de nuestra admiración y un perpetuo motivo de edificación para todos sus hijos.

« Siempre trabajó para el Cielo; y ahora que ha tomado posesión de él, confiadamente esperamos que continuará siendo cada vez más útil para la Congregación a la que consagró sus fuerzas, su salud, sus oraciones, sus austeridades, todas las energías[18] de su alma.

« Hagamos cuanto antes las preces señaladas, y que el recuerdo, o mejor, los bellos sentimientos del que lloramos, que [176] nada omitió para inspirárnoslos, permanezcan siempre en nosotros.

« Sigámosle llorando, pero con la resignación que nimba la feliz memoria de las

---

*[3] Durante el verano de 1858, hizo en Vals un retiro de quince días. Tanto antes como después de acudir a él, había dicho con frecuencia que esa era la última vez. — Esta información aparece en la circular de los Asistentes, Hnos. Adrien y Jean-Marie, con fecha 17 de enero de 1859, copiada parcialmente por los autores en este capítulo. Leemos, además, en ella: «Le oímos confesar también que el peso de su carga no le molestaría ya mucho tiempo. Todo hacía suponer que presentía su fin próximo. Llevando una vida más sacrificada, más oculta, más silenciosa, más ferviente, etc., probaba que nunca perdía de vista la eternidad».

* [4] Santiago, 1, 12.

[5] 2 Tim. 4, 7.

[6] En la descripción de la última enfermedad del Siervo de Dios, los autores siguen paso a paso la circular del 17 de enero de 1859 enviada por los Asistentes generales de la Congregación, Hnos. Adrien y Jean-Marie. Pese a no citar los párrafos entre comillas, la correspondencia con el documento es fiel, exceptuado un caso en donde parece que los Hnos. Eugène y Daniel se tomaron cierta libertad (nota nº 8). Para corroborar la exactitud de nuestras afirmaciones, pondremos en notas a pie de página los correspondientes párrafos de la circular.

almas consideradas como santas, poniendo de continuo toda nuestra confianza en los Corazones Sagrados de Jesús y de María Inmaculada, refugio natural en semejantes aflicciones.

« Dios nos bendecirá y nos consolará, con tal que encuentre en nosotros el espíritu del nuevo Protector que acaba de abandonarnos.

« Sus afectísimos y seguros servidores,

« Hnos. Adrien y Jean-Marie.

« Paradis, a 9 de enero de 1859».

Pocos días más tarde, otra circular llena de sentimientos dictados por la fe y la más absoluta confianza en Dios, invitaba a los Hermanos a soportar con resignación la prueba que acababan de sufrir. Volvía a recordar la memoria del santo Religioso que tan enorme vacío dejaba en el Instituto, donde todos los corazones estaban con él, donde –en el puesto que ocupó– no quedaban señales más que de virtudes y beneficios.

---

[7] «Finalmente el 27 de diciembre -leemos en la circular- día de San Juan Evangelista, su patrono, se levantó para ir a Misa a recibir la sagrada Comunión; a mediodía volvió a acostarse, quejándose de un dolor de costado. Este dolor no le duró; la fiebre era insignificante y el médico decía que no había peligro, pero que un cuerpo tan debilitado por el trabajo y los sacrificios merecía muchas atenciones. El virtuoso enfermo repetía a quien quisiera escucharle que ya no esperaba volver a levantarse».

[8] «Este malestar –prosigue el documento– continuó hasta el 5 de enero, miércoles. El señor capellán anunció al paciente que recibiría la sagrada comunión al día siguiente, día de la Epifanía». Tanto en este documento como en los demás relacionados con la muerte del Siervo de Dios -publicados por nosotros en los documentos XIV a XVI, o citados en este mismo capítulo- falta la frase que los Hnos. Eugène y Daniel atribuyen al Siervo de Dios y que ponen entre comillas. No obstante, como se verá en el párrafo de la circular que reproduciremos en la nota siguiente, los Asistentes generales hacen notar que la recepción de la sagrada comunión era un acto «muy apreciado por el enfermo». Nos hemos referido a esto en la introducción del presente documento.

[9] «Debemos decir –continúa la circular– que ya no tenía fiebre, que se trataba de cumplir un acto de devoción muy apreciado por el paciente, a quien el médico había mandado tomar un poco de alimento. En efecto, el enfermo recibió a su Dios y tomó luego, durante la jornada, lo que le habían prescrito».

[10] «Comenzábamos a tranquilizarnos pero, el viernes, notamos con dolor un poco más de agitación y a la vez abatimiento».

He aquí algunos extractos de esta circular.[19]

[177] «Carísimos Hermanos nuestros,

« Volver a hablarles del virtuoso Superior que el Cielo se ha llevado, es ciertamente querer avivar su dolor y acrecentar sus pesares; pero las lágrimas amargas, derramadas con ocasión de la muerte de un tierno padre, son siempre de loar en hijos dignos.

« Lloramos; y deberemos seguir llorando durante mucho tiempo. Cuanto más nos alejemos de la jornada luctuosa del 9 de enero, más sentiremos la magnitud de la pérdida que nuestra querida Congregación acaba de sufrir.

« Nuestro mayor consuelo está en pensar que, quien en la tierra fue de tanto precio para el Instituto, podrá serlo aún más por su intercesión ante el Señor. El recuerdo de sus admirables virtudes tiene que ser imperecedero para cada uno de nosotros. A partir de este momento, deberemos imitar tan edificante y ejemplar conducta a fin de prepararnos de igual modo a una santa muerte. Conocen ustedes, en general, cómo se preparó a bien morir, a lo largo de su vida, nuestro querido difunto, de grato recuerdo...

« ¿Quién nos dará encontrar ahora, amadísimos Hermanos, un segundo Hno. Policarpo para colocarlo a la cabeza de nuestro Instituto? ¿Dónde descubrir un hombre que sea tan profundamente religioso, [178] tan sencillo, modesto y caritativo, rebosando tanto amor de Dios, tan lleno de abnegación y de paternal solici-

---

[11] A pesar de la debilidad -prosigue el documento- la jornada del sábado fue más tranquila. Cuando procurábamos levantar la moral de nuestro amado Superior, él se contentaba con decir: «La voluntad de Dios y nada más que la voluntad de Dios». El mismo día por la tarde, el señor capellán y el médico, reunidos al pie de la cama, coincidían en la opinión de que el estado actual no tenía nada de alarmante, y que aún no había motivo para administrarle la extremaunción. Nosotros no insistimos».

* [12] Circular del 17 de enero de 1859.

[13] «El domingo, a las cuatro de la mañana, -continúa la circular- llamaron a los dos Hermanos Asistentes y se fue en busca del señor capellán; se veía, ¡ay!, que ya no había esperanza de prolongar días tan preciosos. Sin embargo, el moribundo estaba en pleno uso de sus facultades mentales y comprendía todo lo que se decía. Por su parte, aceptaba la muerte con perfecta resignación y la veía como una ganancia. Cuatro minutos después de haber recibido los últimos auxilios de la religión, el santo religioso entregaba suavemente su hermosa alma a Dios, dejando huérfanos a sus hijos, sumidos en lamentos y lágrimas».

[14] Cfr. Doc. XIV. Sobre el sentido duelo de los religiosos por la muerte del Siervo de Dios, véase el relato del Hno. Adelphe (Doc.XXIV).

tud? Que el Señor nos guíe, y que el Espíritu Santo le inspire los sentimientos y le dé las cualidades deseables a quien él se haya escogido, y que tendrá a bien señalarnos si todos rezamos con fe viva, plena confianza y gran pureza de intención...

« Es, sobre todo, en este momento tan triste y tan crítico, queridos Hermanos, cuando debemos dar prueba de nuestra caridad, de nuestra unión, de nuestro buen espíritu, en una palabra, de nuestro sacrificio por los intereses de la Congregación. Que cada uno de nosotros deje de lado toda mira humana, todo amor propio, toda susceptibilidad. El bien general y la santísima voluntad de Dios deben levantar nuestro ánimo y disponer a cada uno en particular al sacrificio de sí mismo si fuere necesario.

El vacío producido entre nosotros es imposible llenarlo; nuestras lágrimas, nuestra desolación y, sobre todo, nuestros corazones lo proclaman de manera fehaciente; pero la eficaz protección de nuestro nuevo intercesor esta ahí para inspirarnos y sostenernos. ¿No tenemos también al Corazón sufriente de Jesús y al Corazón Inmaculado de María, que ven nuestra amargura y nuestras [179] necesidades, y que están esperando a que se lo pidamos para acudir en nuestra ayuda?

« Todos los Hermanos de la casa madre quedaron también muy afectados;[20] a pesar de ello, en todos los rostros se dibuja la resignación y se capta un nuevo impulso, un ardor especial en la regularidad y en la práctica de los deberes de nuestro santo estado. Que suceda lo mismo en todas nuestras casas y Dios bendecirá nuestra generosidad, nuestros sacrificios y, principalmente, nuestra resignación para soportar la nueva cruz que acaba de imponernos, sin duda, con designios de misericordia...

« Acudamos todos a nuestro lugar de encuentro natural en los Sagrados Cora-

---

[15] Se conserva en un legajo de circulares. Los Hnos. Eugène y Daniel, al reproducir el texto íntegro, se atienen generalmente al ejemplar antiguo. Los cambios que realizan no afectan apenas al sentido.

[16] El documento dice «lamentable».

[17] He aquí cómo se presenta el texto en el original: «Hoy, *9 de enero*, a las cinco de la mañana, *después de haber recibido los últimos* auxilios de nuestra santa religión, *este hombre virtuoso ha entregado su hermosa alma a Dios, rodeado de los principales Hermanos de la comunidad*. *Hasta el último suspiro, ha conservado el uso de sus facultades*, y este último suspiro lo ha exhalado sin el menor esfuerzo, *de tal manera que* los Asistentes apenas si han llegado a darse cuenta». En este caso, los retoques han sido realizados por los autores para abreviar el texto.

[18] En el original leemos: «y todos los esfuerzos».

zones de Jesús y de María para volcar en ellos nuestras plegarias, nuestros sufrimientos, nuestras penas; y que el conjunto de nuestras unánimes súplicas atraiga sobre todos y cada uno de nosotros las luces y bendiciones que necesitamos; principalmente, queridos Hermanos, para sus afectísimos y seguros servidores, los Hermanos Asistentes».

El 27 de enero de 1859, los Rdos. Hnos. Asistentes invitaron a todos los profesos perpetuos de las escuelas a votar para proceder a la elección de los veinticuatro miembros que deberían integrar la nueva Asamblea. Esta votación [180] tuvo lugar el 2 de febrero, y todos los Hermanos pusieron la más religiosa diligencia, tanto para elaborar las listas como para remitirlas a la casa madre. (Registro de las deliberaciones, página 62).[21]

Los miembros electos de la Asamblea capitular, citados mediante letras obedienciales, se reunieron en Paradis el 24 de marzo, teniendo ese mismo día la sesión preparatoria de las elecciones conforme indica el artículo 8 del capítulo III de las Constituciones...

«La sesión estuvo presidida por el Rdo. Hno. Adrien, primer Asistente, quien la abrió con una alocución en la que trató, sobre todo, del Hno. Policarpo, cuyas inestimables cualidades recordó, cuyas virtudes celebró y cuya santa muerte rememoró. Los miembros todos de la Asamblea se asociaron de corazón a los sentimientos manifestados por el Rdo. Hermano primer Asistente...»[22] (*ibid.*, p. 63).

En la misma sesión, todos consideraron un deber otorgar al benemérito Superior que la muerte acababa de hurtarles, un tributo de elogio y dos bellos títulos a los que se había hecho acreedor: el de santo religioso y el de segundo Fundador de la Congregación.[23]

Por estos motivos, «los miembros de la Asamblea, interpretando el sentir de todos los Hermanos, [181] se preguntaron si no sería conveniente colocar sobre la tumba del amado difunto algún distintivo a fin de perpetuar el recuerdo de este santo Hermano. Movida por sentimientos de piedad filial y entrañable reconocimiento, la Asamblea decidió que sobre la tumba del virtuoso Superior se colocaría una lápida tumularia...»[24]

---

[19] Es la misma circular, ya vista, del 17 de enero de 1859. Los autores de la *Vida* reproducen aquí el comienzo y otros fragmentos con la máxima fidelidad, sin retoque alguno. Los párrafos de la circular no citados, se refieren a la preparación del futuro Capítulo General.

Al adoptar este acuerdo, la Asamblea declaró que la distinción concedida al primer Hermano «investido del cargo de Superior, no debía sentar precedente para el futuro...» (*id.*, *id.*)[25]

Finalmente, el 23 de marzo[26] de 1859, los miembros de la nueva Asamblea eligieron como sucesor del Rdmo. Hno. Policarpo al religioso que más había honrado él mismo con sus pruebas de confianza: al primer Asistente, Rdo. Hno. Adrien, un hombre según el corazón de Dios, que ya había prestado a la Sociedad eminentes servicios, y cuya exactitud de apreciación, cuyo gran sentido común, esclarecida virtud y distinción de su saber, deberían brillar con tan vivo resplandor.

Pero volvamos al Hno. Policarpo con el fin de conocerlo y apreciarlo mejor. En la última parte de esta obra, nos dedicaremos a estudiar, sobre todo, al hombre interior, al hombre [182] de entrega y sacrificio; disfrutaremos así de la oportunidad de formarnos en su escuela y escuchar sus sabias enseñanzas, en las que brilla un destello de su alma –tan hermosa, tan pura– y mediante las cuales difunde los aromas de su admirable virtud.

[183] **SEGUNDA PARTE**

VIRTUDES DEL HNO. POLICARPO

CAPÍTULO I

Retrato del Hno. Policarpo.- Sus conocimientos sobre la vida espiritual.

Hasta aquí, hemos podido admirar en la vida del Hno. Policarpo al fervoroso novicio, al maestro piadoso y entregado, al director armado de paciencia y de fortaleza dispuesto a todos los sacrificios [184] para cumplir bien con su deber, al superior abnegado; en una palabra, al hombre de acción tenaz, infatigable en sus empresas por la gloria y los intereses del divino Maestro.

Ahora nos queda exponer, con mayor solidez, que su vida fue un fiel retrato de la perfección evangélica, perfección que, ¡ay!, sólo se contempla en la tierra en contadas ocasiones.

---

[20] Los Hnos. Eugène y Daniel han omitido «por esta santa muerte»

Asemejarse al divino Modelo de los elegidos: esa fue, en efecto, la única ambición del santo religioso, el supremo objetivo que primó sobre todo e iluminó todo a lo largo de su existencia. De ahí las brillantes virtudes que resplandecieron en él y que nosotros trataremos de poner en candelero en los capítulos siguientes. Él mismo –citaremos a menudo sus palabras– será quien nos descubra su alma y nos instruya.[1] Su lenguaje, desnudo de toda pretensión literaria, adquiere a veces una elevación y una emoción que subyugan. Siéntese allí el hálito de Dios. Conoceremos mejor aún su alma digna de admirar, y este conocimiento producirá sus frutos.

"Admiración sin imitación, vana satisfacción". Tanto en el mundo moral como en el mundo físico, cuanto encontramos digno de ser amado debe elevarnos a Dios. Aromas de flores y aromas [185] de virtudes, armonías naturales y armonías interiores de almas bellas, luz del sol y luz íntima irradiando en lo más hondo de corazones límpidos: he ahí otras tantas doradas redes de las que Dios se vale para prendernos y atraernos hacia sí; he ahí otros tantos escalones cada uno de los cuales nos acerca un paso más a la Fuente inagotable de toda perfección.

Pero antes de entregarnos al estudio del hombre interior, echemos una rápida ojeada a lo que constituyó la envoltura terrestre y pasajera de su delicada virtud.

Al reproducir esta suave y atrayente imagen, en la que se captan ciertos rasgos de Aquel que fue reconocido como el «más bello de los hijos de los hombres», haremos resaltar junto a ella la bondad y munificencia del Cielo que lo colmó de sus dones.

El Hno. Policarpo, de apariencia humilde, casi tímido, pero lleno de bondad y

---

[21] La referencia exacta del registro es: «*Capítulos Generales 1841-1952*». El acta del Capítulo de 1859 se encuentra en las páginas 62-64.

[22] Los autores -al reproducir el texto- han realizado alguna modificación, sin alterar el sentido por ello; así, al final, han omitido una frase que hubiera sido útil citar. Veamos el párrafo: «La sesión estuvo presidida por el Rdo. Hno. Adrien, primer Asistente. *Estaban presentes* [siguen los nombres de los participantes]. *Nuestro Rdo. Hno. Asistente* abrió la sesión con una alocución en la que sobre todo trató del *venerado* Hno. Policarpo, cuyas inestimables cualidades recordó, cuyas virtudes celebró y cuya santa muerte rememoró. Los miembros todos de la Asamblea se asociaron *vivamente* a los sentimientos manifestados por el Rdo. Hermano primer Asistente, *porque todos amaron, todos veneran al digno Superior que la muerte acaba de arrebatarles*.

[23] La idea expresada por los autores en las primeras líneas del presente párrafo está contenida en la última frase del acta del Capítulo, citada en la nota precedente; veamos las palabras precisas que se refieren a la última línea: «Considerando al Hno. Policarpo como segundo Fundador de la Congregación, y venerándolo como a un santo religioso».

dulzura, tenía el don de cautivar a cuantos vivían en su entorno. La serenidad de su semblante revelaba la de su alma; su fisonomía, en una palabra, era la imagen de su vida. Por la sonrisa, por el tono de voz, por la bondad de su mirada, manifestaba los sentimientos de un corazón sencillo y recto que albergaba tesoros de ternura.

[186] Dotado de admirable sentido común y de tacto exquisito, sus miras eran claras y elevadas; poseía esa prudencia, esa reflexión sosegada que conduce a decisiones firmes y que constituye, a la vez, una ayuda poderosa para regir voluntades ajenas. Sus precisas intuiciones le permitían descubrir fácilmente en cada alma su lado sensible a las influencias morales.

Por otra parte, no se contentaba con sus propias luces; recurría, además, a sus consejeros o, en caso necesario, a hombres cultos y piadosos que gozasen de toda su confianza. Cuando había sido prudentemente adoptada una medida, la ejecutaba con firmeza y tesonera perseverancia.

No menos llamativas eran las cualidades morales del Hno. Policarpo. Tenía un corazón de oro; rebosaba amor, «ese poder soberano e inmortal que hace al hombre noble, delicado, sublime y le impulsa a todo tipo de abnegaciones y sacrificios».[2] Era un padre, en el sentido más noble y amplio de la palabra.

Abierto a los sentimientos generosos, a los detalles delicados, su corazón se mostraba compasivo y sensible, no con una sensibilidad [187] afeminada y enfermiza, que embota el alma y los ánimos, sino con esa sensibilidad viril y operante que

---

[24] El presente párrafo es la continuación del precedente y responde fielmente al texto original, excepto dos cambios de tiempo en los verbos, transformados del pretérito perfecto al indefinido. Los puntos suspensivos aparecen en lugar de estas palabras : «sobre la cual se grabaría el nombre del difunto».

[25] La primera parte de esta frase, no colocada entre comillas, ha sido tomada igualmente del acta del Capítulo en la continuación del párrafo anterior. También aquí sólo hay dos retoques en los tiempos verbales.

[26] Es evidente el error de imprenta. Debe decir «25 de marzo».

viene a ser, ni más ni menos, la manifestación externa de la caridad misma; así lloraba Nuestro Señor por Lázaro y por la infiel Jerusalén, pero sin detener su marcha hacia el supremo sacrificio. Ajeno a las mezquindades de la vanidad, del amor propio y de la búsqueda de sí mismo, se mantenía siempre pendiente de las almas confiadas a sus desvelos: ya que no cesaba de ser «el Superior» un sólo instante.

Y en vano hubiéramos buscado en su actitud o en sus rasgos algún indicio de las preocupaciones que a veces le asediaban, o de las pruebas que le tocó soportar en su vida: se guardaba las penas para sí, asemejándose a los antiguos gladiadores que luchaban y morían con la sonrisa en los labios.

Poseía también el Hno. Policarpo otras cualidades muy agradables. Junto a sus modales, resultaban atrayentes su lenguaje impregnado de gracejo y de finura y su carácter abierto y expansivo, uniendo al candor la dignidad. Se admiraba en él esa paciente actividad que no precipita las cosas, que espera que el tiempo aporte lo que las circunstancias niegan; esa franqueza que no sabe de ambages ni rodeos o segundas intenciones.

[188] En su sencillez recta y leal, jamás llegó a expresar un pensamiento, un sentimiento, contrarios a lo que había en el fondo de su alma. «Sea siempre franco conmigo: Yo lo soy con usted»,[3] escribía a un director.

A las preciosas cualidades arriba mencionadas, que le ganaban todos los corazones, unía una extraordinaria fortaleza de ánimo. No era esta, solamente, el más bello rasgo de su fisonomía, el fortín de su virtud y el poder que le sostenía en los combates; era, además, el secreto mismo de su misión, la verdadera razón de las altas funciones que le fueron asignadas en una época difícil, en la que tan altos intereses del Instituto se pusieron en juego.

"Superior": que lo era realmente, no menos que por título, todo el mundo se daba cuenta; mas a base de modestia lograba que su evidente superioridad no ofendiese.

Sin embargo, lo que más contribuyó a que su misión resultara tan fecunda en excelentes frutos, fueron los dones sobrenaturales que con tanta largueza le infundió el Señor.

Estaba convencido de que, para llevar a feliz término la obra de Dios, se requie-

---

[1] De esta afirmación se deduce que los autores, como se ha dicho en la introducción, al hablar de las virtudes del Siervo de Dios se han servido a propósito de sus cartas y otros escritos para dar a conocer mejor su espíritu.

re poseer, además de los talentos y recursos propios de la sabiduría humana, los tesoros sobrenaturales de la piedad y las bendiciones del cielo.

Efectivamente, en vano construye [189] la casa el albañil: si la mano de Dios no empuña el palustre y el martillo con él, la casa se hundirá; en vano vigila la ciudad el centinela en su garita: si Dios no monta la guardia con él, la ciudad será sorprendida y saqueada. Estas bellas comparaciones del profeta rey son verdades cotidianas.

Y en la carrera de la educación de la juventud, o en la agricultura, que tanto se le parece en muchos aspectos ¿de qué servirá haber arado y sembrado, si Dios no envía en el tiempo oportuno su lluvia y su sol, sin los que nada germinará y sobre los que el sembrador no tiene ningún poder?

Da gusto estudiar en un religioso privilegiado, como lo fue el Hno. Policarpo, las luces y la inclinación que recibió por las cosas divinas. No sólo poseyó en alto grado la inteligencia y el gusto de las verdades religiosas, de las leyes y perfección evangélicas, sino que habitualmente hizo de ellas la regla de su vida: eso es lo que confirman su lenguaje, sus cartas, sus actos públicos, su conducta privada y todas sus obras.

Y en esa ciencia de la santidad, la más sublime, la más deseable, o más bien, la única ciencia, ¡cuánto le gustaba instruir a sus Hermanos! Derramar sobre ellos el rebosamiento de su [190] alma, atraer sus corazones a la virtud, hacérsela amable, comunicarles sin cesar un nuevo impulso hacia los bienes eternos, era para él un deber, un gozo indecible, una verdadera dicha. Su rostro, entonces, aparecía radiante.

¡Qué conmovedor, qué persuasivo resultaba en sus instrucciones! Su decir sencillo, gráfico a menudo, cautivaba los espíritus, conmovía profundamente los corazones. Su tono revestía, a veces, acentos de una ternura inefable: diríanse ecos bajados del cielo. Su voz suave, frecuentemente emocionada, penetraba las almas, las trastocaba en cierto modo, y las palabras que salían de su boca eran tan sabias, tan afectuosas y tan benignas, que se recibían como emanadas del Corazón mismo de Jesús.

Es que, en efecto, viéndole elevarse con gracia y sin violencia por encima de las cosas de la tierra, era imposible no reconocer inmediatamente en él al discípulo formado en la escuela del divino Maestro. Le gustaba efectuar personalmente y en voz alta las lecturas piadosas, acompañándolas de comentarios que se transformaban en otras tantas conferencias ávidamente escuchadas. El tema más frecuente: los

---

* [2] Monseñor Dupanloup.

secretos de la vida espiritual.

Sobre este punto abría amplios horizontes, los que abarca [191] la mirada sobrenatural de un alma interior y pura. El espíritu de fe, el amor de la virtud y de la Regla, los grandes deberes y prerrogativas de la vida religiosa, sus sacrificios, sus alegrías, sus triunfos, sus esperanzas inmortales: tales eran los principales temas que gustaba de exponer a sus Hermanos. Con frecuencia, asimismo, les hablaba del mérito y honor de los maestros dedicados a instruir y educar almas jóvenes.

«Las conferencias y las pláticas piadosas del Hno. Policarpo –nos escribe un director que lo había conocido bien– iban empapadas de tanta sabiduría y piedad, que se recibían con amor. Conservando siempre cierto aire de dignidad, ¡qué sencillo, expansivo y hasta jovial se mostraba en ellas! Era entonces cuando la ternura de su alma se revelaba por completo. Así sus religiosos entendían que les hablaba un amigo, y un amigo no solamente sincero, sino generoso. Esta disposición convertía en joyas sus enseñanzas y le abría las puertas de todos los corazones.

« Ante los impulsos de su piedad, ante el encanto de su mansedumbre y de su bondad afectuosa, ante la unción de su palabra, sentíase uno elevado hacia las cosas del cielo y gustosamente olvidaba las de la tierra; los corazones [192] se abrían a sentimientos generosos y a la esperanza, tomando el propósito de romper con la tibieza para abrazar una vida de fervor».

El mismo testimonio dieron de él, por otra parte, todos los que, poseyendo auténtico espíritu religioso, le vieron desarrollar su labor. Y aún en nuestros días hay bastantes que recuerdan, no sin viva emoción, todo cuanto en su dirección espiritual había de sabiduría, en su palabra de unción, en toda su persona de esa espontaneidad que tanto embeleso añade a las enseñanzas dictadas por la fe: porque sus oyentes lo veían tan bueno, tan piadoso, tan completamente entregado a todos y a cada uno, que nunca hubieran podido, aunque se lo hubieran propuesto, cerrar sus corazones al suave y vivificante rocío que brotaba de sus labios.[4]

[193] **CAPÍTULO II**

Espíritu de fe del Hno. Policarpo.

---

* [3] Carta, 1847.

"El justo vive de la fe", dice San Pablo.[1] Así vivía el Hno. Policarpo. Las perspectivas y aspiraciones de fe eran como el trasfondo de su espíritu, el tesoro de su corazón y de su vida; tesoro que actualmente desconocen tantas almas y que, sin embargo, tan fecundo es en frutos para las que tienen la dicha de amarlo y conservarlo.

¡La vida de fe! Él conoció las grandezas de esta existencia sobrenatural tan elocuentemente descrita por un piadoso prelado en las líneas siguientes que, con mucho placer, reproducimos aquí:

«Vive realmente de la fe –escribe– quien se deja [194] penetrar, inspirar e impulsar, no por pensamientos humanos, sino por pensamientos divinos, quien se guía en sus empresas, tanto entre los hombres como en su conducta privada, no por los caprichos instintivos o los cálculos de la sabiduría humana, sino conforme a la santa voluntad de Dios y bajo el impulso de su gracia. ¡Qué transformación tan repentina se produce con este simple cambio del móvil impulsor de nuestras obras!

« Lo que Dios piensa en su gloria infinita, piénsalo del mismo modo el hombre de fe, y de ello se alimenta en su obscuridad; lo que Dios quiere en su eterna justicia, quiérelo él igualmente, y en ello se complace con amor a pesar de las resistencias o debilidades de la naturaleza, es decir, que continúa y prolonga en sí mismo los sublimes movimientos de la vida divina, y viene a ser, por sus obras en medio del mundo o en la soledad, a modo de una manifestación visible o una incesante revelación de la eterna Sabiduría.

« ¿Habla?: es la verdad misma lo que brota de sus labios, como el Verbo divino brota del seno de su Padre.

« ¿Os mira?: es la pureza serena, la elocuente calma de Dios, lo que sus ojos irradian incitando a la virtud.

« ¿Se pone en oración?: es una palabra omnipotente lo que brota de su [195] corazón, porque es el Espíritu Santo quien la promueve y la sostiene con su arcana fortaleza. "*El Espíritu mismo*, dice San Pablo, *intercede por nosotros con gemidos inefables*".

« ¿No podríamos decir que es una naturaleza ya transfigurada o una especie de instrumento divino animado desde el interior, que haría vibrar ante nosotros el soplo mismo del Espíritu Santo?»[2]

Estas maravillas de la vida sobrenatural, estas espléndidas manifestaciones del espíritu de fe, podemos admirarlas en la vida del Hno. Policarpo: sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos revelan esos mismos caracteres. Le gusta elevarse a las

tranquilas y serenas regiones en las que todo responde a las aspiraciones de su corazón, a las tendencias habituales de su espíritu. Allí es donde liba el amor de las más excelentes virtudes y el deseo siempre creciente de enriquecerse con el tesoro de las buenas obras. Su trabajo converge totalmente hacia ese fin superior, el único digno de los esfuerzos de un cristiano y de un religioso.

Repleto de pensamientos de la fe y al arrimo de sus divinas enseñanzas, no tiene, no puede tener, sino un soberano desprecio por las vanidades [196] y delicias de la tierra. ¡Y cuántas veces no le habremos oído gemir por la suerte de tantos desventurados que sólo viven y gozan con los bajos placeres de la materia y de los sentidos! ¡Cómo deploraba la ceguera y la locura de los hijos del siglo que «se consumen en pos de una sombra y cuya embriaguez insensata dura tan sólo un día»! Igualmente, ¡qué acciones de gracias rendía al Señor por haberlo alejado del mundo, de los caminos sembrados de rosas que conducen a la muerte, a los abismos! Admitido en el sagrado de la vida religiosa, pudo exclamar con el Profeta:

«Este es el lugar de mi descanso... Celebraré, ¡oh, Dios!, las grandezas de vuestro poder; cantaré eternamente a la gloria de vuestro nombre y día tras día elevaré hacia vos mis ofrendas» (Salmo LX)

En el mismo orden de ideas, había para él otro asunto de amargura y tristeza: la conducta de ciertas almas espiritualmente lánguidas y mortecinas que descuidaban u hollaban los más santos deberes de su vocación.

La vehemencia de su fe y el celo que siempre le acompañó, ¡qué acentos de indignación le sugerían contra la vida de esos religiosos de costumbres afeminadas, de aire [197] mundano! ¡Qué dolor experimentaba su caritativo corazón cuando, a pesar de sus amonestaciones llenas de sabiduría y prudencia, los veía a ellos, "hijos de la luz y del día",[3] sumergirse voluntariamente en las tinieblas, estancarse en la cobardía de la tibieza, en una culpable indiferencia, exponerse al crimen de la apostasía y del escándalo adentrándose así por "los anchos caminos de la perdición".[4]

Por eso, para prevenir a sus Hermanos contra el infortunio de la infidelidad a la gracia, se esforzaba por inspirarles un horror sumo a todo lo que halaga la naturale-

---

[4] Una confirmación de cuanto escriben aquí los autores la encontramos en los relatos de los Hnos. Michel y Adelphe, independientes y posteriores a la *Vida*. (Docc. XXIII, XXIV).

za, favorece las aspiraciones orgullosas del espíritu o fomenta las inclinaciones desordenadas cuyo foco es el corazón del hombre. A este propósito, escuchémosle comentar un texto de la Sagrada Escritura.

«San Pablo –escribe él– después de enseñar a los romanos que el justo debe vivir de la fe,[5] añadía estas palabras: "Están ustedes muertos y su vida debe permanecer escondida en Dios".[6] Ahora bien, mis amados Hermanos, si estamos muertos, debemos, como muertos, ser insensibles a todo lo que el mundo estima, quiere y busca con tanto ardor. Tenemos, pues, [198] la obligación de no poseer vida ya ni para el mundo ni mucho menos para nosotros mismos... Permítanme, mis queridos Hermanos, que les recuerde brevemente las razones por las cuales Dios ha tenido a bien llamarles al estado religioso: ha sido a fin de que vivan en él enteramente *separados* y *despegados* del mundo, *crucificados* para el mundo y absolutamente *muertos* al mundo. De ahí nacen, para ustedes, cuatro grados necesarios para llegar a una sólida virtud y, como consecuencia, el medio de examinar cómo han respondido hasta ahora a su vocación.[7]

« Según las palabras del Apóstol, debemos morir a nosotros mismos. Pero ¿cuál es la vida que, existiendo en nosotros, debemos aniquilar?: La del amor propio y de los sentidos, la del hombre terrenal, la vida de todo cuanto es capaz de mancillar nuestra alma y hacerla indigna de la mirada de Dios. Sin esta destrucción completa o, al menos, sin el esfuerzo constante por conseguirla, jamás seríamos capaces de dar un paso bien firme por el camino de la virtud».

Estos principios básicos de la vida ascética y mística constituían los habituales temas de sus enseñanzas, impartidas tanto de viva voz como por escrito. Él mismo se entregaba sin tregua al trabajo interior de dominar las [199] pasiones y someter la naturaleza al imperio de la razón y de la gracia. ¡Tan bien comprendía que el estado religioso y una vocación plenamente realizada no son más que una vida de pelea y de sacrificio, una vida de fe más profunda, un conocimiento más exacto de la verdad y una unión más perfecta con Dios! Al estilo de San Pablo, totalmente absorto cuando sentía en el fondo de su alma los movimientos de esta vida divina a modo de latidos del Corazón de Dios en su propio corazón, ¡cuántas veces no exclamaría: "*Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí*!".[8]

«Al lado de esta vida de fe, ¡qué miserable es todo lo demás! y, sobre todo, ¡qué piedad inspira la vida puramente natural cuando comparamos sus incertidumbres crueles, su aislamiento profundo, sus lamentables flaquezas, con esta sublime co-

---

[1] Rom. 1, 17.

munión con Dios!»[9] Pero ¡qué tesoros de gracia obtiene el alma interior en esta vida de unión con su amado! Con ella, su pensamiento se hace más luminoso, sus sentimientos se purifican y se ennoblecen de día en día, su piedad se dilata y se perfecciona; con ella, en fin, halla colmado su gozo, apaciguados sus deseos, y una nueva [200] juventud penetra en su corazón al contacto del eterno amor.

El Hno. Policarpo supo de estas cosas inefables; saboreó las delicias de la divina unión e hizo cuanto pudo por atraer suavemente hacia ella a las almas que dirigía por las sendas de la santidad.

«Ser fiel a las insinuaciones de la gracia, mantenerse habitualmente en presencia de Dios, inspirarse siempre en las verdades de la fe: he ahí –escribía– lo que les hará vivir una vida interior, lo que creará un sólido vínculo de unión entre ustedes y Dios.

« Esfuércense por obrar así, pero con la confianza, la calma y la sencillez de un niño: pues nuestro Padre celestial quiere ser servido con suave contento del corazón».[10]

Fue precisamente el espíritu de fe lo que le inspiró su correspondencia espiritual dirigida a los Hermanos, llena de manifestaciones de santos afectos y de expansiones del alma. Cual venero de cristalinas y copiosas aguas, ¡qué ardientes palabras de afecto brotan de su corazón! Su caridad con ellos no tiene límites. ¡Cómo se complace en llamarles «sus buenos amigos, sus carísimos Hermanos, sus queridos hijos a quienes ama como [201] a las niñas de sus ojos y a quienes desea que sus días discurran en la verdadera felicidad, en el goce anticipado de los bienes del cielo![11] ¡Cuán tierna solicitud por la salvación de sus almas! ¡Qué razones tan poderosas les presenta para animarlos a unirse estrechamente a Dios por la práctica de continuos sacrificios y de las más heroicas virtudes!

«Vivan del Espíritu de Dios –les escribe– y serán iluminados por la luz verdadera; entonces, las tinieblas del pecado se desvanecerán para ustedes como el humo que disipa el viento;[12] ni una sola nube de tristeza turbará la serenidad de su alma... No reciban en vano el cúmulo de gracias con que el Señor les colma cada día. ¡Cuántas buenas inspiraciones les apremian a ofrecerse enteramente a Él! ¡Qué mociones tan poderosas les atraen a su servicio... y proponen a su alma generosos holocaustos, todo tipo de abnegaciones en su vida religiosa! Sean siempre fieles a ellas... Encarecidamente les ruego por lo mucho que les quiero, por los designios de misericordia que Dios tiene para ustedes, por la importancia de santificar y de salvar su alma: entréguense ardorosamente a la práctica de las

---

* [2] Monseñor Saivet, carta pastoral, enero de 1876.

virtudes sólidas y perfectas...»[13].

[203] **CAPÍTULO III**

Espíritu de fe del Hno. Policarpo (continuación).- *Sus progresos en la vida espiritual; medios que emplea para avanzar en la virtud.*

En el mes de febrero de 1848 se producen en Francia graves acontecimientos: uno de los más bellos tronos del mundo se derrumba sobre las ruinas de un poder mal cimentado; la familia real toma el camino del exilio. Se establece entonces un gobierno, cuyo nombre trae a la memoria sangrientos recuerdos, que siembra el terror en las almas católicas. Todo un pueblo, extraviado por hombres sin principios religiosos, sólo sueña libertad, libertad desenfrenada y sedienta de los placeres de la vida: no es más que el preludio y el anuncio de grandes catástrofes; las pasiones revolucionarias, en efecto, están [204] llenas de amenazas, y poco tiempo después, en las urbes de París y de Lyon, se vierte sangre a raudales. El futuro aparece preñado de borrascas y se tiembla al recordar los días nefastos del 93...

A este propósito, escribía el Hno. Policarpo las siguientes memorables palabras que atestiguan su fe viva y su perfecta sumisión a los designios de la Providencia, que envía, cuando le parece, bienes o desgracias sobre la tierra.

«Hemos llegado a tal situación que la mano del hombre me parece incapaz de conjurar los males que amenazan a nuestra Patria: Sólo Dios puede salvarla. Hágase su santa voluntad... Rece y haga rezar a sus Hermanos por nuestra pobre Francia

---

* [3] San Pablo.

* [4] Mat. VII, 13.

[5] Rom. 1, 17.

[6] Col. 3, 3.

[7] Estos pensamientos del Siervo de Dios no están tomados de una sola carta sino de varias, que no hemos podido identificar. El pasaje que empieza con «Permítanme», pertenece a una carta enviada aproximadamente el 20 de agosto de 1849 a los religiosos de Mobile, en los Estados Unidos de América (*Hno. Pol. - Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S. C.). Los HH. Eugène y Daniel también han realizado cambios que, sin embargo, no alteran el sentido, excepto una variación introducida en la última frase. Veamos el original: «Permítanme, mis *buenos* y queridos Hermanos, que les recuerde *en pocas palabras* las razones por las cuales Dios *les ha llamado* al estado religioso. *Les ha llamado a dicho estado* a fin de que vivan en él separados *del mundo*, despegados del mundo, crucificados para el mundo y absolutamente muertos al mundo, cuatro grados *respecto a los cuales se podrán juzgar ustedes mismos* para ver, de esa manera, cómo han respondido a su vocación».

que, ¡ay!, está muy enferma. Sin embargo, no debemos desanimarnos: es en esta clase de pruebas cuando debemos reavivar nuestra fe y todo nuestro ánimo, como verdaderos soldados de Nuestro Señor».[1]

Así hablan las almas fortalecidas por el espíritu de fe: en la soledad, permanecen tranquilas bajo la mirada de Dios y continúan saboreando la paz precisamente al tiempo mismo que perciben el rugir lejano de las tormentas desencadenadas sobre el mundo.

[205] Con los mismos sentimientos de fe, consideraba el sufrimiento y las cruces sembradas a lo largo del estrecho sendero del cielo; alentaba en él a los corazones inclinados hacia el abatimiento, les enseñaba a sacar provecho de las aflicciones de este mundo, de las penas y las luchas incesantes de la vida espiritual. Les mostraba la otra patria, otro mundo mejor donde las potencias enemigas no podrán lastimarles.

«Si a veces –escribía– Dios nos hace pasar por el crisol de la tribulación, si permite que la tristeza y el dolor invadan nuestra alma, no debemos lamentarnos. Estas pruebas son penosas, sin duda, para la naturaleza; sin embargo ¿no se transformarán en fuente de bendiciones para nosotros, en motivo de magníficas recompensas? Seguro que sí, con tal que estemos atentos a recibirlas con espíritu de fe y besando la mano que al enviárnoslas busca únicamente la salvación y perfeccionamiento de nuestra alma».[2]

Resulta, pues, verdaderamente consolador para nosotros el pensar que aquí abajo cualquier sufrimiento, por pequeño que sea, aceptado con amor y fe bastará para merecernos en la eternidad un peso inmenso de gloria.

«¡Oh! –exclama un sabio prelado– ¡qué bien sabe realzar la fe todo lo [206] que toca! Hace brillar en el alma las espléndidas perspectivas del mundo sobrenatural, le concede alas de paloma y la envía a descansar, pura y llena de emoción, en el seno mismo de Dios»[3]

Pero la fe es operante por naturaleza; no podría permanecer en estado de contemplación o de disfrute interior; como la caridad, debe manifestarse con actos y, tal como enseña San Pablo, ha de plasmarse en buenas obras. El árbol que no produce fruto, por frondoso que sea su follaje, sólo merece el hacha y el fuego (Luc., 3, 9).

Sobre este punto, el Hno. Policarpo recordaba, no sin cierto temor, la amenaza

---

[8] Gal. 2, 20.

* [9] Monseñor Saivet.

del Salvador al maldecir la higuera estéril. Tras haber meditado seriamente, escrutaba su conciencia, examinaba las obras de su vida a la luz de la fe; ante sus ojos, algunas se mostraban hueras para la eternidad; otras aparecían desprovistas del carácter de santidad que adornó las obras del Salvador. De ahí esas resoluciones tan generosas como firmes que tomaba con el fin de convertirse a partir de entonces en un verdadero discípulo de Cristo, viviendo de su espíritu e imitando sus virtudes. En estos términos se expresaba: «He percibido hasta [207] la evidencia la imperfección de mis obras. He conocido horas y días vacíos... Decididamente, quiero reformar mi vida. Hasta el momento he formulado vanas promesas. He descubierto las llagas de mi alma sin aplicarles el remedio eficaz, sin apuntar recto al corazón, que es donde se halla el principio y la fuente del mal...»[4]

«Entienda yo bien estas palabras de mi divino Maestro y que jamás las olvide: "*Quien no odia su alma*, es decir, el hombre viejo, *no puede ser mi discípulo*"... Por tanto, ¡oh, Dios mío!, tomo la decisión firme e irrevocable de ser todo vuestro. No más titubeos; manos a la obra; iré directo hacia la meta. Tendré como divisa dos palabras: *actividad*, *perseverancia*; como principio: poco, pero *tenazmente* y hasta la *victoria absoluta*; como medida y motivación: la *brevedad* del tiempo, el *pensamiento del Paraíso y de la eternidad*; en definitiva, la *completa sumisión al querer de Dios*...

« Desde este momento –añade– quiero seguir las huellas de mi divino Maestro; lo elijo como mi modelo, como mi solo y único amigo. ¿No es Él *camino*, *verdad* y *vida* de las almas? Estudiaré, pues, las admirables virtudes de las que me ha dado ejemplo: humildad, pobreza, [208] obediencia, caridad, mansedumbre, celo en el servicio de su Padre, trabajo por la salvación del prójimo, etc., etc... Sí, estoy firmemente resuelto a imitarle en todo y a vivir para Él solo...» (Id., id.).

El trabajo del cristiano y el de la gracia deben durar tanto como la vida, por muy

---

* [10] Enero de 1852.

[11] Expresiones muy corrientes en las cartas: véase, por ejemplo, la del 27 de noviembre de 1851 a los Hermanos de Dubuque (*Hno. Pol.- Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S. C.)

[12] De una carta a los religiosos de Dubuque, sin fecha, *ibid*. He aquí el párrafo original: «Vivan del espíritu del Dios *bueno* y serán iluminados por la luz verdadera; entonces, las tinieblas del pecado, *del hastío, del abatimiento, desaparecerán* como el humo que *se lleva* el viento *por suave que sea*».

* [13] Diciembre de 1847. — El último párrafo, desde «Encarecidamente...», se encuentra en la carta del 29 de diciembre al Hno. David y es fiel al original a excepción de la omisión de «buen» delante de Dios y de la sustitución de una palabra.

larga que esta sea. Es sobre todo al religioso a quien incumbe la obligación de favorecer ese doble trabajo. A él corresponde luchar sin descanso y lograr la victoria; a él, mostrarse siempre dócil a las inspiraciones del cielo, caminar de claridad en claridad y de virtud en virtud hasta el último suspiro de su vida. La perseverancia no puede sufrir eclipses: es, debe ser, la virtud de la víspera, la del día siguiente, la de todos los días.

El Hno. Policarpo comprendió bien estos grandes principios de la vida espiritual; ¡había meditado tantas veces las palabras de la sagrada Escritura: "*Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto*"...[5] "*El que es santo, santifíquese aún más*"!...[6] De ahí que, para acelerar su progreso hacia las radiantes cimas de la verdad y de la virtud, siguiera la senda más segura, sin limitarse a meros deseos avivados por los ardores de la fe y de la piedad, sino intentando hacerlos fructificar mediante una escrupulosa fidelidad a todos sus deberes, mediante las [209] prácticas y ejercicios que fortalecen el alma y le hacen avanzar en volandas por las más altas vías de la perfección evangélica. He aquí, a este respecto, la línea de conducta que se había trazado y que siguió con fuerza de voluntad y constancia nunca desmentidas:

«Para conseguir con más facilidad el fin que me propongo, –escribe– entre otros medios eficaces, quiero emplear los siguientes:

« 1º Trataré de hacer la meditación lo más perfectamente posible.

« 2º Realizaré mis exámenes de conciencia, particular y general, con la mayor precisión, según el método enseñado por San Ignacio en los ejercicios espirituales.

« 3º Me esforzaré por permanecer unido a Dios mediante la oración, la recepción de los sacramentos y una escrupulosa fidelidad a nuestras santas Reglas, cuya transgresión no me perdonaré en nada.

---

* [1] Cartas, de abril y junio, dirigidas a las Hermanos de América. — De las dos, se conserva únicamente la carta del 27 de junio de 1848 cuyos principales párrafos reproducimos. También aquí la cita entrecomillada tiene algún retoque.

«Hemos recibido la suya [carta] el día de Pascua. Apostaría mil contra uno a que no adivinan en qué actividad nos sorprendió la llegada de su apreciada carta; examinen los diversos ejercicios en los que podría hallarse un religioso de nuestro Instituto desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la tarde en un hermoso día de Pascua y, aún así, no lo adivinarían. ¿Se dan? Sí, porque les resultaría imposible acertar: Acabábamos de ejercer nuestro derecho de soberanía, pues desde el 29 de febrero ya no somos súbditos, somos soberanos; acabábamos de depositar en la urna electoral nuestros sufragios de ciudadanos franceses para la elección de nuestros ocho diputados. El peligro que amenazaba entonces a nuestra pobre patria parecía

« 4º Siempre lleno de confianza en Dios, no me asustaré de nada: ni de las penas ni de las adversidades ni de las faltas mismas en que pudiera caer.

« 5º Cada mañana renovaré mis buenos propósitos como si entonces [210] comenzase a servir a Dios, y preveré todo aquello que pudiera constituirse en ocasión próxima de faltar a mi deber.

---

haber congregado todos los corazones y apagado todos los odios; pudimos acudir a votar, con hábito religioso, una treintena de Hermanos y novicios, sin sufrir la menor muestra de desprecio por parte de nadie; en todas partes nos recibieron con exquisita cortesía; era, verdaderamente, para no creérselo después de todas las inquietudes que nos había causado la inesperada llegada de la república. Al regresar de la votación, justo cuando acabábamos de recoger su carta en la oficina de correos del bulevar, hemos visto llegar a los electores de Polignac, serían cerca de mil, encabezados por tres sacerdotes, y del mismo modo sucedía con la mayor parte de las parroquias. ¿A dónde nos conducirá esta enojosa situación? En el momento que les escribo, París está muy agitado; ayer, un despacho telegráfico expuesto al público en Le Puy, anunciaba que París se hallaba en estado de sitio; suponemos que los revoltosos entrarán en razón: eso es lo que la gente de bien desea; desde diversos departamentos, se dirigen a la capital numerosos efectivos de la guardia nacional; acuden para ayudar al ejército y a la guardia nacional de París, que intentan poner orden. Se ha llegado a tal estado de cosas que, creo yo, la mano del hombre nada puede hacer para solucionarlas; sólo Dios puede salvar a Francia: hágase su santa voluntad...

Como mi carta no salió en la fecha arriba indicada, puedo añadir hoy algunos detalles que los periódicos, quizá, les habrán notificado antes que yo. París permaneció en estado de sitio durante cuatro días. Las víctimas se cuenta por millares; los insurrectos, cuya única pretensión era sembrar la anarquía en Francia, han cometido atrocidades de las que se avergonzarían los salvajes de su América. Murieron asesinados varios generales. El Sr. Arzobispo de París pidió permiso al general en jefe para presentarse a los insurrectos revestido de pontifical: su ofrecimiento fue aceptado con gratitud. Se dirigió a la zona de lucha más encarnizada, donde se hallaba la barricada más fuerte; a instancias suyas, el ejército y los guardias nacionales cesaron de disparar, y lo mismo hicieron los insurrectos. Unos instantes después, a causa de un execrable malentendido, se reinició el fuego por ambas partes y el Sr. Arzobispo recibió una bala en los riñones, muriendo dos días después. Todos los periódicos y partidos elogiaron su muerte, calificándole como el mártir de la caridad. Mientras le llevaban al palacio arzobispal, la muchedumbre de parisinos caía de rodillas a su paso. He ahí, exclaman algunos, el triunfo de la religión católica; y en efecto, la religión parece recoger ya en Francia los frutos de esta muerte preciosa...» (*Hno. Pol.- Corresp. de América*, Arch. de los HH. del S. C.)

En otras cartas, a menudo hace referencia a la inestable situación de Francia: el 15 de abril de 1850, el Hno. Policarpo afirma que «los asuntos van tan mal en Francia que nadie tiene dinero ni la posibilidad de pagar sin dinero» (a los religiosos de Mobile, *ibid*.). En general, no oculta su fuerte antipatía hacia la república y su preferencia por la monarquía, hasta el punto de ver con agrado la instauración del imperio de Napoleón III (cfr. *intr*. Doc. XII).

« 6º Procuraré ejercer una gran vigilancia sobre mí mismo y sobre todos aquellos cuya custodia me confíe la divina Providencia.

« 7º Además del amor a la oración, profesaré una tierna devoción a la Santísima Virgen y a los ángeles custodios... No descuidaré ningún medio para obtener la salvación de mi alma. Trabajaré, pues, para sacrificar todo aquello que pudiera constituir un obstáculo a mi santificación y a mi perseverancia en esta inmolación: la eterna beatitud será el premio a mi fidelidad... Recordaré con frecuencia estas palabras de un ferviente religioso:

"Para ser hombre, hay que someterse a la razón; para ser cristiano, hay que crucificar la propia carne; para ser santo, hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador"».[7]

Del conjunto de estas resoluciones y principios, procedían directamente dos rasgos llamativos en la espiritualidad del Hno. Policarpo: el *espíritu de fe* y el *sentido del deber*, cuyas consecuencias fueron una vida laboriosa, una práctica constante de sacrificios y la fidelidad a los movimientos de la [211] gracia que le impulsaba hacia el destino eterno, objeto de sus deseos. Así, lleno del espíritu de Dios, caminaba con paso firme por las vías de la santidad, exhalando en su derredor el perfume del buen ejemplo y despidiendo el resplandor de las más amables virtudes.

[213] CAPÍTULO IV

De su esperanza y de su confianza en Dios. - Consejos referentes a estas virtudes.

"El justo vive de la fe", dice San Pablo;[1] ¿qué le importan los bienes y los males de una vida efímera? Penas y alegrías, días de duelo y días de júbilo, todo le da igual, siempre que Dios esté con él y que, tras las tempestades y fatigas de este mundo, pueda arribar al puerto de salvación, alcanzar la playa de solaz perpetuo.

---

* [2] Carta de octubre de 1853. — Este fragmento parece provenir de la carta del 4 de octubre de 1853 al director de Dubuque, en la que se lee: «Dios le pone a prueba mediante contratiempos duros para la naturaleza, pero estas pruebas se convertirán también en fuente de bendiciones para usted si presta atención a recibirlas con espíritu de fe y besando la mano de quien se las envía» *(ibid.)*.

* [3] Cardenal Donnet.

Las certezas de la fe, las promesas de la esperanza y la unción de la gracia, centuplican sus fuerzas: vislumbra en un futuro próximo el final de sus luchas cuya corona serán los galardones eternos [214]. Apenas si percibe sus esfuerzos y fatigas ya que, como dice Tertuliano: «Cuando el alma se halla en el cielo por el deseo y la dulce esperanza de llegar pronto a él, el cuerpo no siente el peso de sus cadenas; ella, el alma, arrastra consigo al hombre entero».

Así, el Hno. Policarpo sintió elevarse su alma sobre alas de anhelos celestes; y el pensamiento del reino que Jesucristo ha preparado a sus elegidos, mostrábasele rebosante de consuelo y fortaleza. Con la misma ciega confianza de un niño, aguardaba los auxilios y las divinas promesas, implorando la gracia de no perder jamás este filial abandono.

Con el fin de armarse de valor en el camino de la santa esperanza, le gustaba imaginar a Jesucristo, vencedor de la muerte y del infierno, saliendo glorioso del sepulcro; contemplaba complacido el resplandor de su gloria y su entrada triunfante en el cielo el día de su Ascensión, degustando anticipadamente las delicias del edén celestial, cuyo día sempiterno ilumina a los elegidos en éxtasis de gozo infinito.

«¡Quién pudiera, exclama en arrebato de santa embriaguez, quién pudiera contemplar al divino Salvador ascender triunfante al cielo! ¡Qué cortejo!, ¡qué conciertos! "Abrid [215] pues las puertas, ¡oh, príncipes custodios de su santo tabernáculo!; y vosotras, puertas eternas, ¡abríos para dejar entrar al Rey de la gloria con su séquito!"[2]

« He ahí, pues, al Hijo de Dios investido de majestad eterna: él es mi jefe, mi abogado, mi remunerador; su gloria es el prototipo de la mía. Sí, un día viviré en el cielo con mi Dios. Allá contemplaré sus perfecciones infinitas todas. ¡Oh, qué dicha será la mía! ¡Qué torrentes de santas voluptuosidades! Esta dicha no tendrá fin. ¡Ver siempre a mi Dios! ¡Amarle siempre! ¡Poseerle siempre! ¡¡¡Siempre...!!! He ahí el lote de mi heredad por los siglos eternos. ¡Oh, Dios mío!, ¡cuán admirable os mostráis en el modo de premiar a vuestros santos!...» (*Resoluciones*).

En estas aspiraciones reconocemos el alma y los anhelos del santo religioso que sólo suspira por la gloria y la felicidad de la vida futura, cuya brillante perspectiva le inflamaba de entusiasmo insuperable, le hacía paciente y fuerte en los días de angustia, en las horas de las pruebas más duras.

---

* [4] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *intr*.

[5] Mt. 5, 48.

[6] *Apoc*. 22, 11.

La tranquilidad de su alma, la paz que su rostro irradiaba en tales momentos, mostraban, más aún que las palabras, sus [216] grandes progresos en las sendas celestes, hasta qué punto triunfaba en él la virtud sobre las repugnancias de la naturaleza, cómo sabía enfrentarse a las dificultades y olvidarse de la tierra y los sentidos, elevándose muy por encima de las penas y miserias de aquí abajo.

¡Cuántas almas hay que languidecen en el camino de la virtud! Dominadas por el amor propio, víctimas de la tibieza, debilitadas por las faltas cotidianas, carecen de las fuerzas necesarias para romper los lazos que las atan impidiéndoles el vuelo franco y libre; son incapaces de resolverse a dejar la vida rastrera en la que a menudo se mueven, trabajan y sufren sin provecho para la eternidad.

«Un chorro de agua que tan sólo pretende subir al cielo, pero al que el espíritu del mal le corta o cierra parcialmente la llave de paso; tal es la ridícula imagen de esas almas tibias o inconstantes».[3]

¿Qué les falta? Una fe suficientemente viva y, sobre todo, renunciar a sí mismas. Por eso el Hno. Policarpo, deseando encendidamente el bien de todos sus Hermanos, se complacía en recordarles las divinas promesas y los grandes medios de salvación y de perfección, con el fin de [217] levantar sus ánimos tan fáciles de abatir:

«Conocen sus defectos, -escribía- humíllense: la corrección de un defecto se consigue en un grado directamente proporcional a lo que uno se humilla; humíllense, pues, y no se cansen de reemprender diariamente el desbroce de la víspera. ¿Acaso renuncia el jardinero a extirpar las malas hierbas so pretexto de haberlas extirpado varias veces?... Velen, velen continuamente para domeñar sus pasiones: pues de otro modo fracasarían en la práctica de la virtud. Pongan freno a los afectos desordenados de su corazón: constituyen ellos un serio obstáculo al progreso del alma en la vida espiritual...[4]

« A cambio de breves instantes de tribulación, les está reservada una medida inmensa de gloria en la patria de los elegidos. Pero tengan cuidado de santificar sus penas mediante la aceptación generosa y la ofrenda de las mismas a Quien no dejará sin recompensa un vaso de agua fresca ofrecido con el fin de agradarle... Una corona especial les aguarda en la eterna beatitud a los buenos religiosos».[5]

«La confianza en el Señor, dice San Juan Crisóstomo, otorga un poder [218] inexpugnable. Es puerto en donde se disfruta de calma sosegada, fortaleza desde

---

* [7] *Resoluciones* . — Cfr. más arriba, *intr*.

donde se arrostra todo embate del enemigo, arsenal abastecido que concede superioridad en toda circunstancia. Con ella, lo que existe de más débil, triunfa de lo más fuerte».

¡Admirables efectos de la confianza en Dios! Así que con razón el Hno. Policarpo, sabedor de la saludable influencia que ella ejerce sobre las almas, se la recomendaba muy a menudo a sus Hermanos, enseñándoles que es a la vez dulzura, encanto de la vida y fortaleza invencible en los combates de la virtud.

Nutriéndose a diario con pensamientos de fe, estudiando la ciencia que forja a los santos, habituado desde hacía mucho tiempo a superar las pruebas de la vida religiosa con toda su grandeza de ánimo y su inquebrantable confianza en Dios, se las ingeniaba estupendamente bien para formar y aguerrir a las almas alistadas en la sagrada milicia; dominaba, incluso, el difícil arte de enseñarles a vencer y desarmar a los enemigos de la salvación.

Con el fin de enardecer y confortar los corazones, levantaba así sus esperanzas:

«¡Ánimo! –escribía a uno de los suyos, exhortándole a convertirse en soldado digno de la corona inmortal– ¡ánimo!; [219] haga como San Pablo, luche y combata vigorosamente para llevarse la palma; esa palma sólo ha sido prometida a los triunfadores; sea de ese número».[6]

A otro Hermano, objeto de los ataques del infierno, harto ya de batallar penosamente y a menudo con peligro en combates que no habrán de cesar sino con la propia vida, le alentaba también con santo ardor:

«¿Está usted en guerra contra el demonio y las pasiones que agitan su corazón? He ahí un vasto campo de batalla donde podrá maniobrar a gusto; y como se halla tranquilo y bien armado, seguro que logrará, eso espero, una rotunda victoria; pero, para obtenerla, necesita usted buen ánimo. Sobre todo ¡fuera pusilanimidad!, ¡fuera vanos temores!: pues quien pierde la confianza, quien se espanta a la hora del combate, no está lejos de su derrota... Sea humilde, hijo mío, rece mucho, espere todo de Dios y triunfará de sus enemigos».[7]

A un joven religioso cuya virtud poco ilustrada se mostraba todavía vacilante, le transmitía a través de un director los siguientes consejos impregnados de gran sabiduría en los que [220] manifiesta los sentimientos de un corazón desbordante de ternura y amor:

«Diga al Hno. X... que un verdadero siervo de Dios nunca debe entristecerse ni dejarse abatir, y menos por razones tan fútiles como las que usted menciona, es

---

[1] *Rom*. 1, 17.

decir, que no está contento usted de él y que yo mismo ya no le quiero. Que ponga toda su alegría, toda su felicidad, en merecer el amor de Dios. Que se preocupe muy poco, por tanto, del cariño y la estima de los hombres; en efecto, quien en ellos se apoya, se apoya en brazos de carne y hueso. Sepan ambos que les quiero, mucho incluso, pues siguen siendo mis hijos predilectos».[8]

Sigamos copiando aún algunos de los consejos espirituales que dio, sobre el tema que nos ocupa, a diversos Hermanos que le habían confiado los secretos íntimos de su alma; consejos muy apropiados para sostener y levantar el ánimo en los ásperos senderos de la virtud. Así se expresa:

«Vamos, mi querido Hermano, no se deje llevar por el desaliento. Penetrado del sentimiento de su debilidad, desconfíe totalmente de usted mismo; pero que su confianza en Dios no tenga límites[9]... [221] Tiene, dice usted, muchas dificultades; poco a poco se irán allanando, esperémoslo así, o al menos Dios no permitirá que sea usted tentado por encima de sus fuerzas. Por otra parte, las pruebas son necesarias; cada uno de nosotros debe llevar su cruz: pues es preciso pasar por el camino del Calvario para ir al cielo. Así pues, consérvese lleno de ánimo; tenga confianza; uno es muy fuerte cuando se encuentra bajo la protección divina. Además, sus penas no son exactamente como me las pinta. En cualquier caso, humildad y confianza, ese es el mejor remedio ...»

«No se deje llevar nunca por el abatimiento, incluso si tuviere alguna caída: ¿acaso se rinde un buen atleta cuando es herido? ¿No se torna, por el contrario, más intrépido en la lucha? Igual debe obrar usted».

«Voy a decirle algo que le extrañará: me agrada mucho que las pasiones le hagan sentir la violencia de sus ataques, porque así le impedirán dormirse en los laureles y creerse invulnerable. De ahí la necesidad, para usted, de permanecer siempre en guardia y recurrir continuamente a las armas espirituales...»

«¡Bienaventurado usted, [222] amadísimo hijo, si se mantiene fiel en medio de las sequedades y tribulaciones que experimenta!... Porque se halla sometido al imperio de la desolación. ¡Pobre hijo!, ¿qué hacer en tal estado de angustia? Armarse de paciencia, arrojarse con amorosa confianza en los brazos de su Dios mientras aguarda la visita de Aquel que tantas veces le inundó de felicidad. Estas situaciones de abandono le serán muy útiles para conseguir una sólida virtud ...» (*Extracto de varias cartas personales*).[10]

---

* [2] Salmo 23, 7.

Ya se ve, el religioso formado por el Hno Policarpo debe ser, o debe llegar a ser, como los santos, un alma enérgica marchando hacia la meta con paso regular y sostenido, sin importarle pruebas ni dificultades: su vida y sus obras no se resienten; se asemeja a esos mares profundos donde la vida verbenea y bulle apaciblemente bajo las tormentas de la superficie; pues nada templa tan bien la virtud como la tentación y los sufrimientos aceptados con amor; nada la torna más fecunda. Gracias a su firmeza en las tribulaciones y a su inquebrantable confianza en Dios, triunfa de todos los obstáculos; y como los gases comprimidos en un arma de fuego, cuanto mayor ha sido la compresión, más lejos lanzan el proyectil.

[223] Sin lugar a dudas, en este camino se pena, se sufre, se gime; más que caminar, a veces uno se arrastra; ¿qué importa, con tal de continuar avanzando y conseguir llegar? ¿No es el sacrificio una exigencia de la vida moral y de la vida religiosa? Por otra parte, jamás lo olvidemos:

Ningún camino de rosas conduce a la gloria...
La vida es un combate cuya palma está en el cielo.

[225] **CAPÍTULO V**

De su amor a Dios

Dios es amor, y quien mora en el amor mora en Dios y Dios en él.[1]

¡Feliz el alma que comprende estas palabras y cuya vida se acrisola, perfecciona, discurre y se consume en los ardores de la caridad! Se convierte así en habitáculo de Dios, de Dios mismo que se digna fijar en ella su morada, animarla con su Espíritu y enriquecerla con sus dones más preciosos: unión inefable que se consumará un día en el éxtasis de una misma llama y de una misma eternidad.

---

* [3] *Al paso, pensamientos y proverbios de juventud,* por el P. Emilie de Sainte-Croix.

* [4] Carta, 1855.

* [5] Carta, noviembre de 1851.- Esta carta fue enviada el 27 de noviembre a los Hermanos de Dubuque (*Hno. Pol. - Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S.C.). He aquí el texto original: «A cambio de breves instantes de tribulación, les *espera* una medida inmensa de gloria. Pero tengan cuidado de santificar sus penas mediante la aceptación *voluntaria* y la ofrenda de las mismas a Quien no dejará sin recompensa un vaso de agua fresca ofrecido *por su amor*». El párrafo siguiente no pertenece a esta carta.

[226] Como los justos favorecidos por el Cielo, el Hno. Policarpo sintió poderosamente los efectos maravillosos de esa unión divina. El amor, de tan penetrante mirada, le enseñó a conocer de manera práctica que en él se encuentran la gloria verdadera, la seguridad perfecta, la única felicidad del hombre aquí en la tierra; y con el autor de la Imitación de Cristo, podía exclamar desde el fondo de su corazón:

«¡Dios mío, amor mío, vos todo mío y yo todo vuestro!... Enajéneme el amor y eléveme sobre mí por el hervor de sus aspiraciones. Cante yo el cántico de amor; sígaos, Amado mío, a lo alto de vuestra gloria. Consúmase mi alma en alabanza vuestra y desfallezca de gozo y amor».[2]

Leyendo las notas espirituales de nuestro santo religioso, se adivina fácilmente cuáles eran sus pensamientos y las aspiraciones de su alma; en ellos todo respira humildad, amor divino, una voluntad fuertemente resuelta a unirse a Jesucristo, a imitarle, a compartir sus dolores. De ahí esas efusiones de la piedad más tierna y generosa; de ahí esos sentimientos afectuosos a los que quiere asociar el amor [227] operante, el amor traducido en virtudes, en buenas obras, en sacrificios.

«¡Oh, –dice– quién me diera un corazón semejante al de mi Jesús y que estuviese yo abrasado totalmente en las llamas que lo consumen!... Enseñadme ¡oh, mi divino Maestro! a saborear, como vuestra santísima Madre, la dicha de sufrir con vos y por vos.

« Que a ejemplo vuestro, viva yo solamente para cumplir la adorable voluntad de vuestro Padre... Que todos mis deseos, que todo mi consuelo, que toda mi gloria, consistan en amar a Dios, en mantenerme siempre unido a Dios, en trabajar y en sufrir para agradarle en todas las cosas».[3]

Uno de los más bellos rasgos del amor divino es la gratitud; la gratitud manifestada en las acciones de gracias, alabanzas y bendiciones que la acompañan siempre y se alían para rendir eterna pleitesía a la bondad y a la inefable munificencia del Señor.

Es la gratitud una fuente de felicidad para los elegidos, como también un deber, una imperiosa necesidad para las almas que poseen espíritu religioso. Así, todas las voces que cantan en los cielos y todos los labios de los justos que hablan en la tierra se unen en inmenso concierto [228] para proclamar las divinas misericordias. Pero

---

* [6] Carta a un director.

* [7] Enero de 1851.

ni los ángeles ni los elegidos ni los hombres son capaces de agradecer dignamente los beneficios de Dios. Desde su indigencia, que el cristiano –que el religioso, sobre todo– le ofrezca al menos un corazón puro y sin reservas; que su vida sea una continua acción de gracias, una preparación para la vida celestial, como un preludio de himnos eternales.

Tal fue la vida del Hno. Policarpo.

¡Oh, cuánta necesidad sentía de dar gracias a Dios por sus beneficios, de ofrecerle en homenaje todo su ser y su vida! En sus ímpetus de amor y de viva gratitud, exhalaba así los sentimientos y ansias del alma:

«¿Qué le daré yo al Señor a cambio de todos los bienes de que me ha colmado, principalmente llamándome a la vida religiosa? ¿No me ha entregado los tesoros más preciosos: su misericordia, su caridad, su Espíritu Santo, su Hijo único? ¡Cuántos asombrosos testimonios de la liberalidad del Salvador conmigo! El Calvario, el Altar, la Sagrada Mesa, lo pregonan con claridad... ¡La Sagrada Mesa, en especial!

« Cuando busco veros en vuestras obras, Señor; cuando os admiro en los astros de fuego girando con tanto orden en lo alto, quedo confundido, [229] vuestra inmensidad me aplasta; permitid que me refugie a los pies del sacramento de vuestro amor a fin de hallar de nuevo calma y confianza...

« Mas a cambio de tanto favor, ¿no es justo, Dios mío, que os ofrezca y consagre mi cuerpo con todos sus sentidos y mi alma con todas sus potencias? Que todos mis pensamientos, que todos mis afectos, no tengan otro objeto que vos. ¡Oh!, ¡que a partir de ahora, a la vista de vuestras bondades y misericordias, me arroje hacia vos!, ¡que cada uno de vuestros beneficios me mueva a devolveros amor por amor!...»[4]

«Como una llama viva y penetrante, el amor toma fuerza y se remonta al cielo...»[5]

«Abandonemos la tierra, *sursum corda*! –exclama un santo religioso– Eleván-

---

* [8] Carta, mayo de 1848.

[9] Este fragmento parece provenir de la carta de agosto, 1852, al Hno. David. Veamos el párrafo correspondiente: «Vamos, mi buen y querido Hermano, evitemos caer en el desaliento que, a buen seguro, no sería una virtud, sino una manifestación del amor propio, y que no serviría en modo alguno para unirnos a Dios. Desconfiemos totalmente de nosotros mismos y que nuestra confianza en Dios no tenga límites y nada nos faltará» (*Hno. Pol. - Correspondencia de América*, ibid.).

dose con las alas del amor, se respira el aire de la tierra natal ¡Qué bien se está en la región del olvido y de la paz! Sumerjámonos en la divinidad».[6]

Estas maravillosas aspiraciones del alma, con las que el Hno. Policarpo fue favorecido, le permitieron elevarse a cumbres admirables. Embriagado por el amor fuerte y generoso que no quiere en absoluto [230] reptar sobre la tierra sino ascender de continuo y sin trabas hacia Dios, poseyó esa energía eficaz que rompe las ataduras, que destroza los grilletes del alma. Morir a sí mismo y a todo lo caduco, ese fue el trabajo incesante de su vida.

Como fruto de uno de sus retiros escribe:

«No se me debe olvidar nunca este pensamiento de San Bernardo: "*Nada por encima de Dios, nada como Dios, nada, incluso, con Dios, sino todo según Dios*"; pues los afectos, por muy legítimos que sean, si no están inspirados y ennoblecidos por el puro amor, inquietan el corazón e impiden las comunicaciones divinas: esos afectos paralizan el curso de la gracia y obstaculizan los grandes designios de Dios en cuanto a la santificación del alma... Por tanto, deje yo todo, sacrifique yo todo por Dios; abráseme incesantemente en llamas de un santo fervor, principalmente en mis ejercicios de piedad»?[7]

Nuestro benemérito Superior lo sabía: la caridad no entierra los tesoros del cielo sino que los prodiga sin medida. En consecuencia, ¡cuán ardiente celo de su parte para incendiar los corazones en el fuego del amor divino, del que el suyo rebosaba! Su mayor ventura hubiera sido [231] contemplar a todos sus Hermanos recibiendo de dicho amor divino la luz, el calor y la vida, para derra-

---

[10] Se trata de pensamientos que abundan en las cartas del Siervo de Dios y que reflejan muy bien la reciedumbre y equilibrio de su carácter.

marlos, luego, en las almas de sus alumnos.

A cierto director encargado de instruir y formar a futuros educadores de la infancia, le dirigía los siguientes consejos, que debieran poner en práctica no sólo quienes realizan esa importante misión, sino también todos los maestros religiosos que, por su estado, están obligados a sembrar en los corazones de los jóvenes los principios de la fe, de la piedad y del amor a las virtudes cristianas:

«Llamado al honor insigne –le dice– de ejercer el arte por excelencia, la formación y dirección de las almas, un maestro de novicios debe abrasarse en las llamas de la divina caridad. Todas sus palabras, dictadas por la sabiduría, deben ser palabras de fuego. Que cada uno de sus actos, que cada una, incluso, de sus respiraciones, estén animados por el amor de Dios. Que su modestia y todo su porte exterior reflejen la condición apacible de su alma e inspiren la piedad a cuantos le rodean. Es necesario que sea una viva imagen de Nuestro Señor».[8]

«¡Ah, mi querido Hermano!, decía un día a un joven profesor, ¡qué bien tan inmenso [232] puede hacer usted entre los niños que le están confiados! Por sus palabras, y más aún por una vida santa, esfuércese en infundirles los pensamientos y sentimientos de la fe. Enséñeles a querer mucho a Dios. Hágales comprender bien que la única cosa seria que deben hacer en este mundo es salvar su alma, hacerse dignos de la felicidad eterna».[9]

A un director le escribía:

«Que el objeto de todas sus diligencias sea sólo Dios; y para tender a Él, haga cuanto pueda por cumplir sus deberes de cristiano y de religioso, dirigiendo a sus alumnos y a sus Hermanos como Dios manda, siempre con la mayor perfección posible. Empápese en el espíritu del Señor; reciba el fuego divino que debe comunicar a las almas a usted confiadas y atraiga las bendiciones del Cielo sobre sus trabajos».

A otro director, que le había manifestado sus disposiciones interiores, le aconseja que recurra sobre todo a la fuerza siempre eficaz del amor divino para triunfar de todos los obstáculos que encuentre en la senda de la virtud; se expresa así:

«Trabaje sin descanso para librarse de [233] sus miserias espirituales. ¿Qué medios deberá emplear para destruirlas? El más eficaz es un perfecto amor a Dios, amor que, cual fuego devorador, consumirá toda su *maleza*, transforma-

---

* [1] *Jn*. 4, 16.

* [2] *Imit*. Lib. 3, cap. 5, vs. 5-6

rá su alma, dejará el terreno de su corazón totalmente renovado y semejante a una tierra virgen dispuesta para la siembra. Con el rocío del cielo que llegue luego a fecundarla y el amor divino a caldearla con su benéfico calor, producirá frutos en abundancia y recogerá usted, así, una cosecha eterna para las trojes del divino Padre de familia».[10]

Si el Hno. Policarpo deseaba compartir las penas de sus Hermanos, calmar las inquietudes de su alma e inflamarles en las llamas de la caridad, también le gustaba asociarse a las alegrías de que gozaban en el servicio de Dios; pero al mismo tiempo les animaba a establecerse en dicho servicio de manera permanente, con esa energía, con esa entereza de ánimo mediante la cual somos capaces de resistir las grandes pruebas y de soportar los más duros trabajos.

«Me alegro, escribía a un director, me alegro, mi querido Hermano, al saber que es usted feliz. Saboree largo tiempo [234] su dicha y no deje por eso de entregarse a Dios sin reserva, puesto que ha sido mediante un filial abandono a su amor como ha encontrado la felicidad estable» (Octubre de 1858).[11]

«Me siento feliz –le decía a otro– al conocer que no siente ningún pesar de haberse entregado enteramente a Dios y que el sacrificio que ha hecho constituye para usted una fuente de consuelos, de puras y deleitosas alegrías. Quiera el Señor que pueda saborearlas durante largos años a fin de poder afirmarse sólidamente en la virtud y que, si luego a Dios le place tratarle como suele hacerlo con las almas selectas realmente fuertes, es decir, si le place hacerle pasar por el crisol de la tribulación, en este caso, que permanezca usted imperturbable, dispuesto siempre a darle gloria de la manera más perfecta» (Enero de 1858).[12]

Uno de los libros predilectos del santo Hno. Policarpo, según recordamos, era un tratado del amor divino; ese libro hacía sus delicias: de él tomaba alimento para su piedad y nuevas fuerzas para luchar y vencer. ¡Sentíase tan dichoso al hallar en él razones poderosas para elevarse más y más en las alas del amor hacia las moradas eternas..! [235] ¡Tan feliz, también, al manifestar y comunicar las aspiraciones de su alma!

Un día de paseo, mientras los novicios escuchaban sentados sobre la hierba, les leyó alguna de dichas páginas, escritas, por así decirlo, con caracteres de fuego bajo la inspiración de una ardiente caridad. Puso el acento, sobre todo, en un pasaje concebido más o menos en estos términos:

---

* [3] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *introd.*

«¿Cuándo nos será dado ver por fin la Jerusalén celestial, donde en arrobamiento de amor, en un eterno éxtasis de felicidad, celebraremos al Dios tres veces santo, unidos a los coros angélicos y a los bienaventurados? ¿No es allá donde se ama a Dios con el fuego vivo de los ardientes serafines? ¡Vamos al cielo, vamos a sumergirnos en este océano de amor!».

Al acabar estas últimas palabras, se levantó de repente con las manos y los ojos dirigidos a lo alto, como si hubiera querido seguir los impulsos de su alma. Repetía: «¡Vamos al cielo, vamos al cielo!». Hubiérase dicho que iba a elevarse, como Elías, arrebatado en un carro de fuego. Este ímpetu dejó profundamente conmovidos a los jóvenes testigos presenciales del hecho, quienes a partir de aquel día ya no se atrevían, más que con respecto y veneración, a levantar hacia su benemérito Superior los ojos que habían atisbado el reverbero de la santidad.

[236] De este modo, una simple lectura bastaba para embelesar al Hno. Policarpo y transportarlo anticipadamente, por así decirlo, a la eterna beatitud. Estas deleitosas pregustaciones del cielo no son raras en las almas entregadas a Dios sin reservas. El viento de las pasiones es ya incapaz de perturbarlas y, como permanecen atentas a la sola voz del Amado, el rebullicio del mundo muere a su alrededor sin afectarlas. Y disfrutan, incluso, de este privilegio, tanto cuando se hallan sometidas al peso de sus cargas, como cuando les atosigan las preocupaciones terrenales o las dificultades de todo tipo que su vocación les impone.

«Conozco, dice San Juan Crisóstomo, conozco fervorosos cristianos que con sus manos tendidas hacia el cielo parecen desligados de la tierra. Diríanse aves que despliegan sus alas para elevarse a regiones superiores. Desprendida de todo vínculo terrestre, el alma remonta el vuelo: tan alto asciende que nada puede alcanzarla, así se trate de los dardos ponzoñosos que el enemigo de la salvación dispara. Observen a Job, contemplen a Pablo: por más que se empeñe el demonio, todos sus esfuerzos acaban haciéndose añicos contra esta virtud sublime».

---

*[4] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *introd*.

* [5] *Imit.* Lib. 3, cap. 5, v. 5.

* [6] P. de Ravignan.

* [7] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *introd*.

[237] **CAPÍTULO VI**

Su piedad; su amor a la oración y meditación; sus esfuerzos por desterrar la tibieza.

Por los sentimientos y afectos que genera en nosotros y por sus frutos, que son las obras, el don de piedad produce en el alma algo así como un continuo festín, dice un autor.

Olvidadas de los goces terrenos, todas las potencias del alma se alimentan y regalan en ese festín con los más variados y deliciosos manjares espirituales. En las apacibles verdades de la fe, en los dulces consuelos de la esperanza, en los inefables goces del amor, la piedad les hace hallar sólido [238] y abundante alimento y un gusto anticipado del cielo.[1]

Tales son los efectos admirables, los bienes mil y mil veces preciosos que la sólida piedad produce en las almas sobre las que ha establecido su reino.

Nuestro santo religioso poseyó este rico tesoro. Desde sus más tiernos años –lo hemos dicho ya– la piedad sedujo su corazón: ella alegró su infancia y su juventud impidiendo que fuesen mancilladas por el mundo y por el vaho impuro de las pasiones; ella, a lo largo de la vida religiosa del Hno. Policarpo, no cesó nunca de crecer y de hacer sus delicias; ella se mostró, a los ojos de todos, amable, afectuosa y abierta, exhalando cual la flor su belleza y su perfume.

Suspirando por el amado de su corazón, «su alma lo anhelaba como el ciervo sediento ansía el agua de las fuentes».[2]

Por el fervor de sus deseos y los ímpetus de su piedad, mereció contarse en el número de las «almas bienaventuradas que tienen hambre y sed de justicia», saciándose, como ellas, «del pan de vida,... y abrevándose en las aguas de la sabiduría que actúan la salvación».[3]

"*La piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa* [239] *de la vida presente y de la futura*", dice San Pablo:[4] no sólo engendra otras virtudes; también vivifica las buenas obras y hasta favorece el éxito en los negocios temporales. Sin omitir ni descuidar los deberes y prácticas de la vida religiosa, accede gustosamente a las exigencias de la vida social cuando así lo reclaman intereses legítimos. Conser-

---

* [8] Carta, diciembre de 1856.

* [9] Palabras referidas por un Hermano.

var el orden en la acción, actuar sólo bajo las miras superiores de la fe: a eso aspira la piedad siempre y en todo.

Ahora bien, el Hno. Policarpo estaba bien empapado de esos principios y los había convertido en reglas de conducta que su virtud ilustrada no abandonó jamás. Para emplear sus días santamente, se propone:

«1º Entregarse de lleno a los ejercicios espirituales que él se ha fijado.

«2º Cumplir con esmero todos los deberes de su estado.

«3º Conceder a las *conveniencias sociales* y al *rango de su cargo* lo que les corresponde.

«4º Procurarse ocupaciones útiles para sus ratos de ocio, después de cumplir sus deberes con relación a Dios, a su estado y a las normas de educación.

«5º En fin, obrar siempre por espíritu de fe y de amor».[5]

[240] Fiel a estas prácticas y a las diversas determinaciones que había tomado, tuvo la ventura de vivir envuelto en una atmósfera de piedad en la que no cabían ni las negligencias, ni la tibieza, ni las mezquindades, ni los puntillos de amor propio. ¿Cómo podrían encontrar sitio todas esas flaquezas en un alma dominada por el deseo de agradar sólo a Dios?

Pero el Hno. Policarpo no debía preocuparse únicamente de su propia santificación personal. Un superior ha recibido el encargo de pastorear las almas a lo largo y ancho de su jurisdicción. ¿Es preciso decirlo? Este encargo, junto a las responsabilidades que conlleva, no eran palabras hueras para el Hno. Policarpo. De modo más restringido con relación a la extensión, pero no respecto a la intensidad, hubiera podido hablar, como San Pablo, de su solicitud por todas las iglesias, es decir, por todas las comunidades de su amada Congregación.

Por consiguiente, trabajaba con todas sus fuerzas por propagar en las comunidades el espíritu de fervor, pues lo consideraba fuente de bendiciones y uno de

---

* [10] Carta.

[11] Se trata de la carta, un poco retocada, del 18 de octubre de 1852 (1858 es un error de imprenta) al Hno. David. El original es: «*Me siento feliz*, mi *dilecto* y querido Hermano, al saber*le* feliz a usted *mismo*. Saboree, *pues*, largo tiempo su dicha y no deje por eso de entregarse a Dios sin reserva, puesto que ha sido mediante *ese venturoso* abandono como ha encontrado la felicidad» (*Hno. Pol. - Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S. C.).

[12] Falta esta carta, pero el Hno. Policarpo expresa las mismas ideas en forma y circunstancias diversas a los religiosos de Dubuque el 27 de noviembre de 1851 *(ibid.)*

los más firmes pilares de las casas religiosas. Estaba, además, plenamente convencido de que un Hermano sin piedad no puede amar su vocación ni [241] entregarse por entero a su estado de vida, tan humilde en sí mismo, tan árido a veces, y tan poco seguro, incluso, de mantener al abrigo de las tentaciones y los continuos ataques del demonio.

Cuando se pierde una vocación, cuando un pobre cuitado se deja arrastrar a faltas graves, cuando llega a escandalizar a sus Hermanos, no cae tan bajo de repente. Desciende de grado en grado, y a medida que desciende, el peso de la tentación va aumentando en virtud de una ley comparable a la que acelera la caída de una piedra desprendida de un edificio; cuanto más se acerca al abismo y con mayor velocidad se precipita hacia él, tanto más disminuye la fuerza de su resistencia, hasta el extremo de llegar a ser absolutamente nula. ¡Pobre alma abandonada, perdida a veces sin remedio! Si al principio hubiera sospechado la profundidad de las humillaciones y de las tinieblas en las que poco a poco iba a sumergirse, ¡con qué horror hubiera retrocedido!, ¡cómo se hubiera aferrado a los diversos puntos de apoyo que Dios nos ofrece en las cumbres!: oración, mortificación, humildad, sacramentos... Pero se mostró imprudente, le faltó docilidad a los consejos de quienes pudieron ponerla en guardia, no quiso prever nada, se dio insensatamente a la vida muelle de los sentidos, a la disipación, a descuidar la [242] práctica de los ejercicios espirituales, a las sutiles y peligrosas búsquedas del amor propio, etc.

Junto a los grandes obstáculos que se oponen al reinado de la piedad, existe uno que el Hno. Policarpo procuraba combatir con energía sin par: nos referimos a la tibieza, a la terrible enfermedad que San Bernardo define así:

«Esa impotencia, esa vaciedad de la vida que ante la incuria del espíritu todo lo invade, llegando hasta lo más recóndito del corazón; esa languidez funesta que conduce poco a poco a calamidades vergonzosas, a caídas llenas de oprobio, precipitando de las cumbres del bien a las vorágines del mal, del trono a la cloaca, del empíreo al fango, del cielo al infierno».[6]

El Hno. Policarpo, que había estudiado la naturaleza y características de esta peligrosa enfermedad, conocía demasiado bien por algunos ejemplos, ¡ay!, hasta qué extremos puede abocar. Muchas veces se expresaba en tono enérgico con el fin de liberar de la modorra espiritual a aquellos de sus Hermanos que se hallaban expuestos a quedar atrapados en este funesto sueño tan similar a la agonía.

«¡Cobardes! –exclamaba un día– siervos comodones que desean servir, sí, pero a la hora que ustedes eligen y [243] con parsimonia; ¡imprudentes!, que dan con

una mano para recuperar con la otra; ¡teman, no sea que el Maestro les rechace a ustedes juntamente con sus ofrendas! Soberano es Él y celoso, y les reclama por entero; se engañan si creen que podrá serle acepto un servicio a medias y que mantendrán el vigor de sus fuerzas espirituales sin ejercitarlas a fondo. Nada se debilita, nada se oxida tanto por la inacción, como los resortes del alma. ¡Sacudan, les conjuro, esa indolencia, esa apatía, esa pereza que paraliza su voluntad! ¿Por qué no se lanzan a la arena con el coraje y la intrepidez del atleta? ¿Serán ustedes del número de esos pusilánimes incapaces de emprender algo grande? Vamos, ¡en pie!, salgan de ese estado de languidez en el que su corazón podría endurecerse hasta el extremo de mostrarse insensible a los encantos de las cosas celestiales»[7]

Les proponía al mismo tiempo el remedio más rápido y eficaz para liberarse de esa inercia estúpida, de esa lepra que infecta las almas, de ese cáncer que las devora. Decía:

«¿Puede permanecer tibio un religioso cuando se acerca a Dios, que es fuego devorador? No obstaculicen, pues, [244] la acción de este fuego que purifica las almas, las vivifica y las abrasa. Déjense inflamar por él y cesarán de gemir bajo el imperio de la tibieza. ¿Qué medio hay tan eficaz para destruirla como las llamas de la divina caridad?...[8] ¿Qué no sería capaz de hacer el amor a Jesucristo? ¿No es el horno donde se consumen todos los amores de la tierra?»[9]

Así, gracias a una voluntad fuerte y valerosa, gracias sobre todo al ejercicio del amor divino, se triunfa de la tibieza, se libera uno de ese peso humillante que paso a paso arrastra el alma a las cosas inferiores; y cada uno deberá esforzarse por esquivar los ataques de este peligroso enemigo y, llegado el caso, sacudirse el vergonzoso yugo que él carga sobre los hombros de sus malhadadas víctimas.

Esta obligación se impone por su propio peso a todo cristiano ansioso de escapar al sueño de Lázaro, sueño precursor de la muerte del pecado y de la corrupción de la tumba.

Al pie del altar y en los ejercicios de vida interior fue, sobre todo, donde el Hno. Policarpo libó y cultivó el espíritu de fervor [245] que habitualmente le animaba. En las horas señaladas por la Regla, dejando a un lado las preocupaciones de aquí abajo, le gustaba dar rienda suelta a los ímpetus de su piedad en el silencio de la oración y de la unión con Dios. Esta santa actividad del alma se convirtió en descanso de su corazón y en alimento indispensable de su vida. Allí, como los justos de

---

* [1] P. Bélot. — Sobre la piedad del Siervo de Dios cfr. el Doc. XXIII.

* [2] Salmo 41.

los que habla el profeta rey, «se saciaba de la presencia del Señor, se llenaba de sus consuelos, se embriagaba de sus delicias».[10] Allí recibía la luz y la fortaleza; se disponía para la lucha con todo el ardor de su alma, deseando «morir a sí mismo, a fin de no poseer ya voluntad propia ni pensamientos ni pretensiones humanas».[11] De ahí que le viéramos correr con seguridad por «la senda de los justos», comparada por el mismo Espíritu Santo con la aurora naciente que progresa en el decurso de las horas «hasta alcanzar la plenitud del día de Dios».[12]

Sucedió así con él porque fue hombre de oración y meditación. Como toda alma escogida, cuya mirada se dirige siempre al cielo, había [246] comprendido perfectamente la necesidad y excelencia de estos santos ejercicios. ¿No son ellos, en efecto, el alimento, el consuelo y la fuerza del soldado de Jesucristo, que desea mantenerse firme en la virtud, obtener triunfos gloriosos y producir frutos de salvación para sí y para los demás?

El Hno. Policarpo recordaba con frecuencia estas importantes verdades a sus Hermanos. Decíales:

«Que la oración, apoyada en una gran confianza, sea para ustedes un arma que les acompañe siempre... Para los que trabajan en la salvación de las almas, sépanlo bien, ella, la oración, les resulta indispensable... Recen, pues, mucho, y recen con fervor. En sus relaciones con Dios, imiten la conducta de un niño que solicita la ayuda de su madre; tengan la humilde y perseverante insistencia del pobre a la puerta del rico».[13]

Les recomendaba principalmente el recogimiento y las oraciones jaculatorias que, en el desempeño de sus ocupaciones, debían mantenerlos constantemente bajo la mirada y las bendiciones del Señor. A este propósito, les daba los excelentes consejos que siguen:

«Sería muy consolador para mí verles pasar, a ejemplo del divino Modelo, de la acción a la oración y de [247] la oración a la acción, entregándose a sus ocupaciones con el mismo espíritu de celo que animaba al divino Salvador cuando adoctrinaba a los pueblos... Sí, mis buenos Hermanos, estén plenamente convencidos de que la oración debe preceder, acompañar y seguir a todas sus obras con el fin de hacerlas agradables a Dios... Recuerden, una vez más, que la primera y más importante de todas sus ocupaciones es honrar a Dios, crecer incesantemente en su amor y con-

---

* [3] *Ecles.* 15, 3.

[4] 1 *Tim.* 4, 8.

* [5] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *intr*.

vertir sus trabajos en obras útiles para las almas cuya custodia les ha sido especialmente confiada. No olviden que uno de los puntos fundamentales para su progreso en la virtud consiste en retirarse con frecuencia a la soledad de su corazón: mientras se dedican a las ocupaciones del exterior, recójanse unos instantes en su interior, provoquen ardientes afectos y aspiraciones hacia Dios, y de esa suerte permanecerán en oración continua» (Carta)

¡Felices las comunidades en las que reina el amor al recogimiento y a la oración! Con la brisa de la piedad se reaviva el fervor, el amor de Dios caldea las almas, desaparece la tibieza y se celebran los triunfos de la virtud. Los protagonistas de tales espectáculos son contemplados por los ángeles y bendecidos por Dios desde el trono de [248] su gloria. Aplicadas a ellos, podrían repetirse las siguientes palabras de un piadoso autor:

«He visto hombres tiernos en sus afectos, serenos en sus pensamientos, pacientes y vigorosos en la acción, confiados y valientes ante el peligro, moderados en sus gustos, dignos en su porte, severos para sí mismos, indulgentes para los demás, y he dicho: "¡Dios mío, cuánto han rezado"».

Uno de los ejercicios más importantes de la vida espiritual es, indiscutiblemente, la meditación, seguida de las obras que la hacen fecunda en frutos de santidad. Es en ella, en efecto, donde «Jesucristo atrae hacia sí, mediante los encantos de su gracia, aquellos a quienes Él quiere retirar del bullicio falaz del mundo, para cerrarles los oídos del corazón a la voz del siglo, con el fin de que a nadie escuchen más que a Él»;[14] es en ella, igualmente, donde se forman los discípulos y los héroes del Evangelio.

Como todas las almas apasionadas por el deseo de perfección, el Hno. Policarpo amó este santo ejercicio, pues de él obtenía luces para su espíritu, alegría para su corazón, santas energías para su voluntad. En él recibió las grandes gracias que le convirtieron en uno de los religiosos más fervientes de su época, en un superior amado de Dios [249] y de los hombres, y dotado de la sabiduría, prudencia y entereza de ánimo que tan necesarias resultan para gobernar un Instituto.

¿Por qué yace el mundo sumido en sombras de muerte? ¿Cuál es la causa de los crímenes y desórdenes que diariamente contaminan la tierra?:

Es que, según la expresión del Profeta, «los hombres no meditan la ley del Señor». Es, también, que apenas si existen almas interiores amigas de oración; es que en ciertas comunidades se dan tantos abusos, tantos defectos, tantas desavenen-

---

* [6] Sermón, *Cant.*, 63.

cias, tan pocas virtudes sólidas y, en consecuencia, tantas defecciones... Caídas deplorables de las que –ya lo hemos dado a entender– el Hno. Policarpo fue, con demasiada frecuencia, testigo impotente y apenado.

¿Es de extrañar, entonces, que pusiera tanto empeño por iniciar a los novicios en el importante ejercicio de la meditación y por hacerles comprender su excelencia y preciosos frutos?

Conforme al sentir de los maestros de la vida espiritual, a menudo les enseñaba que un religioso no puede conservar su vocación si tiene la desgracia de no cultivar este santo ejercicio que constituye una prenda de perseverancia y de salvación.

[250] Este concepto no tiene nada de exagerado: porque las tinieblas del error se agolpan en el alma que únicamente se ocupa de las cosas del mundo; concentrados en la tierra, sus deseos le cierran el horizonte de los cielos; pierde de vista su destino sublime, y «el fango se acumula en un corazón privado de luz, en un corazón adormecido o devorado por las pasiones», como dice un célebre escritor.[15] De ahí los extravíos del espíritu, las desganas, las ruinas morales, con frecuencia irreparables.

Mas ¡qué celestiales claridades iluminan a las almas amigas de meditar seriamente sobre las verdades eternas! ¡Cuántas gracias reciben! ¡Cuán serena y pura es su vida! Ventajas inapreciables, dones mil veces preciosos que nuestro digno Superior anhelaba para sus Hermanos a fin de verlos a todos inmersos en una atmósfera de santidad y «perfeccionar en ellos el espíritu de su vocación».

«Introdúzcanse en la soledad de su corazón –les decía– y allí verán el abismo de miserias que habita en ustedes. Allí también, con el auxilio de las luces más vivas, aprenderán a conocer los corazones perfectísimos de Jesús y de María y así descubrirán los tesoros [251] de gracia encerrados en esas fuentes divinas; saborearán sus santas delicias y, una vez que las hayan gustado –no me cabe la menor duda– les resultará fácil renunciar a todas las satisfacciones naturales».[16]

«Mediten también con frecuencia sobre los misterios de la encarnación y la infancia del Dios Salvador. ¡Qué doctrina tan sublime nos imparten las anonadaciones y el amor del Verbo encarnado! ¡Qué virtudes tan admirables nos enseñan! En esto hallarán una fuente de luz, un venero inagotable de ardientes deseos, de santos

---

* [7] Abril de 1858.

* [8] Carta.

* [9] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *intr*.

desvaríos,... un delicioso alimento que los fortalecerá para el combate...».[17]

¿Quién lo ignora? Las horas consagradas a la oración y meditación constituyen con frecuencia para muchas almas horas de tedio y vacío, o quizás horas penosas llenas de agitación y angustia. El demonio, envidioso de los grandes bienes que las almas obtienen de estos santos ejercicios, despliega toda su furia contra ellas con el fin de arrebatarles la paz y confianza que necesitan para unirse a Dios.

El buen Hno. Policarpo, que conocía a fondo esta táctica [252] infernal, no podía dejar de exponérsela a sus Hermanos, animándolos a mantenerse firmes e intrépidos contra los ataques del enemigo de la salvación.

«Las repugnancias,[18] las sequedades, las arideces, los embates del infierno[19] en la oración, no suponen –escribe– óbice alguno a los frutos que se pueden sacar de ella; muy al contrario, todas esas pruebas sirven muchas veces para disipar las ilusiones que nos inclinan a juzgarnos más perfectos de lo que realmente somos; nos devuelven al punto de apreciación exacta de nuestras debilidades y de nuestra nada;[20] estas pruebas [21] nos hacen más humildes y, por ende, nos unen más íntimamente a Dios; pues a Dios le gusta ensalzar a los humildes y concederles su gracia, mientras se complace en confundir a los soberbios».[22]

Pero en ocasiones sucede que estas tempestades espirituales provienen de negligencias culpables: nos entregamos a la disipación durante el día, llenamos el espíritu y el corazón de pensamientos y afectos terrenales, descuidamos apartarnos de vivir dominados por los sentidos y pasiones. ¿Debe uno sentirse sorprendido, entonces, de verse privado de la gracia sensible, de ser juguete de perpetuos vaivenes, semejantes a las olas del [253] mar que el viento impulsa y dirige a su antojo? A este propósito, escuchemos una vez más a quien nos complace citar como guía seguro en las esforzadas vías de la santidad.

«Me dice usted que tiene distracciones y arideces en la oración. ¿No será, qui-

---

* [10] Salmo 67, 3.

* [11] Carta de 1847. — La carta, dirigida a sus religiosos de los Estados Unidos de América, no corresponde a 1847; fue escrita en torno al 20 de agosto de 1849, como se deduce del contexto; la fecha de 1847 fue puesta posteriormente. El texto presenta modificaciones *(Hno. Pol.- Correspondencia de América,* Archivo de los HH. del S. C.): «*... si no estuvieran muertos a ustedes* mismos; *ahora bien, estar muerto a sí mismo, en religión, es* no poseer ya voluntad *ni caprichos ni miras* ni pretensiones humanas».

* [12] *Prov*. 4, 18.

zás, por su culpa? Examínese bien. Sea como fuere, esfuércese por no merecer ese castigo a causa de irregularidades en su conducta... Los maestros de la vida espiritual, apoyándose en un pasaje del Cantar de los Cantares, nos enseñan que la más leve imperfección de un alma entregada a Dios es suficiente para que la deje durante varios días en grandes sequedades. Juzgue, entonces, si debemos extrañarnos de las que nosotros experimentamos, pues ofendemos a Dios no sólo con faltas leves, sino quizá también con numerosas infidelidades a su gracia, infidelidades que hieren su corazón de Padre. Lejos de quejarnos, debemos considerarnos dichosos al ser castigados de manera tan suave».[23]

[255] CAPÍTULO VII

Su celo; sabias directrices para las escuelas; solicitud por los novicios.

El celo no es más que el fervor de la caridad manifestándose en las obras que tienen por objeto la gloria de Dios y la santificación de las almas.

«No hagamos consistir nuestro amor en palabras, dice San Juan; si tenemos verdadero amor, manifestémoslo con obras»[1]

«El amor de Dios no puede permanecer ocioso, dice un santo Padre; si existe, hace obras grandes; si no hace nada, es que no existe».

El Hno Policarpo poseyó en alto grado «la caridad, más fuerte que la muerte, y el celo del amor divino, más implacable [256] que el infierno, cuyas saetas son antorchas de fuego y llamas», como enseña el Cantar de los Cantares.[2] Se le vio entregarse sin descanso a todas las obras de celo relacionadas con la misión que la Providencia le había confiado; y en la medida de sus fuerzas, tuvo la dicha de trabajar en ella durante los largos años que pasó al lado de la juventud y entre sus Hermanos.

Ansiando vivamente asociarse a los trabajos de los obreros del Evangelio, quiere a toda costa poseer el espíritu y las virtudes que los distinguen; toma por jefe y maestro al divino Salvador, modelo de amor y de entrega por la salvación de los

---

* [13] Carta. — El fragmento desde «Recen» hasta el final, con sensibles cambios, se halla en la circular del 8 de enero de 1843 (*Hno. Pol.- Circulares,* y en un *Cuaderno azul de circulares,* Arch. de los HH. del S. C.). Helo aquí: «Recen, y recen con *ardor*; en sus relaciones con Dios imiten la conducta de un niño con su madre, la de un pobre a la puerta de un rico».

hombres. De ahí procede la siguiente resolución que renovará frecuentemente con todo el ardor y generosidad de su alma:

«Sí, estoy absolutamente decidido a imitar a mi divino Modelo... Hago, pues, el firme propósito de poner todos los medios a mi alcance para convertirme en verdadero discípulo suyo, en un religioso perfecto. De ahí la obligación, para mí, de una mayor exactitud en el cumplimiento de todos los deberes de mi estado. ¡Qué ardor, qué entrega deberé tener sobre todo para educar cristianamente a los niños rescatados con la sangre de Jesucristo! De ahí también el deber, por mi parte, de una caridad muy grande hacia ellos, de un celo ardiente [257] para afianzar sus progresos en la virtud y, en fin, de un afecto, de un cariño paternal, con el objeto de ganarlos a todos para Nuestro Señor...»[3]

Este celo actuante, estos generosos sentimientos que nuestro pío maestro alimentaba en su corazón tenían como finalidad principal los intereses superiores de los niños: aquí radicaba el objetivo hacia el que tendían sus trabajos, sus esfuerzos de cada día. Sin descuidar la enseñanza de las primeras nociones de la ciencia profana, se consagraba en primer lugar a la gran tarea de alumbrar las mentes con la luz de la verdad, a formar los corazones, a desarrollar la vida sobrenatural de las almas. Así, al igual que cierto sabio prelado, estaba plenamente convencido de que «es por el noble maridaje del saber con la virtud, de la ciencia con la fe, como el alma se eleva a las regiones invisibles donde con cierto derecho puede pretender la posesión de Dios mismo, unirse a él en los esplendores y deleites eternos».[4]

Viene a cuento aquí lo mucho que le gustaba comentar estas otras palabras de Monseñor Dupanloup:

«Cultivar, ejercitar, desarrollar, fortalecer y [258] pulir todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas que constituyen la naturaleza y dignidad humanas del niño;

« y de ese modo, formar al hombre y prepararlo para servir a la patria en las diversas funciones sociales que un día será llamado a desempeñar durante su vida en la tierra;

« y así, pasando a miras más altas, procurar la vida eterna cultivando la presente: tal es la tarea, tal es la meta de la Educación... Tal es el deber de los hombres que, por una elección honrosa, por una vocación superior, por una entrega generosa, se encuentran asociados a la autoridad paterna y materna; tal es la santa misión de los maestros de la juventud...»[5]

---

* [14] *Himno*, fiesta de San Benito.

El Hno. Policarpo tenía en alto concepto los deberes de su estado; daba gracias a Dios por haberle llamado a una misión tan hermosa como la de formar almas jóvenes; estimaba en grado sumo el poderío y la fecundidad de la educación impartida por maestros inteligentes, llenos de celo y de profunda piedad.

No perdamos nunca de vista –decía a sus Hermanos– que si enseñamos las letras humanas es para tener el derecho y la ocasión [259] de enseñar la ciencia divina. La corrección del lenguaje, el estilo, la química, la física, las matemáticas, tienen su encanto y su importancia, pero podrían enseñarlas tan bien como nosotros las personas de fuera. Si nuestra ambición quedara limitada a eso, ¿valdría la pena haber abandonado el mundo por tan poca cosa? Nuestras renuncias serían una auténtica engañifa.

Dediquémonos seriamente a cumplir nuestros deberes de estado; no escatimemos esfuerzos para conseguir que nuestras escuelas no le vayan a la zaga a ninguna otra, ni en la intensidad de los estudios ni en los éxitos académicos; pero entreguémonos, por encima de todo, a cultivar corazones, a reformar caracteres, a forjar hombres y cristianos. Esta educación, como dice elocuentemente el obispo ya citado, «esboza en la tierra una vida de amor y santidad, que deberá recibir su acabado, su perfección, en el cielo».[6]

¿Hace falta decirlo? El amor del Hno. Policarpo a los niños era santo y generoso. Entre los jóvenes que se arremolinaban en torno a él, sentía crecer en su corazón la ternura de la caridad y su abnegación por ellos. Era cada día más padre, en el sentido más noble de la [260] palabra. ¡Y qué bien comprendía esta paternidad espiritual! Animado de extraordinario espíritu de fe, veía en cada uno de sus alumnos un alma rescatada por la sangre de Jesucristo, asociada mediante el bautismo a la gran familia de los elegidos y heredera de las promesas divinas. Los consideraba como un sagrado depósito que Dios había colocado en sus manos, del cual debía

---

* [15] L. Veuillot.

* [16] Circular, 8 de enero de 1843. — (*Hno. Pol.- Circulares*, Archivo de los HH. del S. C.). El párrafo ha sido muy retocado por los autores. Veamos el original: «*entréguense al espíritu de oración* introduciéndose en la soledad de su corazón; *en esta soledad* verán el abismo de miserias que habita en ustedes; *en esta misma soledad* aprenderán a conocer los perfectísimos corazones de Jesús y de María *a los cuales pertenecemos, y con este conocimiento reconocerán las infinitas riquezas y* los tesoros de gracia *que brotan de* esas fuentes divinas; saborearán sus *dulzuras y* –no me cabe la menor duda– una vez que las hayan gustado, les resultará fácil renunciar a todas las satisfacciones naturales».

* [17] Carta.

rendir cuentas. Por eso, ¡qué vigilancia, qué solicitud tan llena de respeto, mezclado de temor, para preservarlos de todo lo que pudiera atentar contra su inocencia! Fue siempre su fiel guardián y una especie de ángel custodio. Cuantos le vieron actuar, se muestran unánimes en este punto al tributarle tan glorioso testimonio.

Esa ternura paternal, esos santos afectos, se los recomendaba a menudo a sus Hermanos como uno de los medios más seguros para desarrollar con fruto su labor. La caridad, llama divina que mantiene y vigoriza el espíritu de abnegación y de sacrificio; la caridad, siempre amable, siempre cariñosa, ¿no está llena de unos atractivos, de unos encantos a los cuales difícilmente puede uno resistir?

Pero el buen Superior les recordaba también otra verdad de suma importancia: si querían que el cielo bendijera su misión con los niños, esta debía [261] inspirarse continuamente en pensamientos sobrenaturales, ser corroborada con santos ejemplos y apoyarse en los auxilios de la gracia, única en alumbrar los espíritus, cambiar los corazones y confirmarlos en el camino del bien y la virtud. En efecto, entregar su libertad y su vida, consagrar toda su energía a la educación de los hijos de otros, es un perpetuo sacrificio cuya realización, cuya idea incluso, no puede provenir del hombre. Dios, dador de esa inspiración, sería incapaz, lógicamente, de rehusar la fortaleza y los medios necesarios para ponerla en práctica; pero quiere que se los pidamos.

"¿Verdearía la hierba en el prado sin rocío?, ¿podría crecer el junco sin agua?",[7] se dice en el libro de Job. Pues las almas jóvenes que comienzan a eclosionar cual flores preñadas de esperanza, ¿cómo podrían desarrollarse, remontar el vuelo hacia lo alto, producir frutos de salvación, si no recibiesen el influjo de los favores divinos, obtenidos por la oración ferviente y por la entrega de una vida de gratuidad, de abnegación y de amor?

---

[18] Se trata de una carta sin fecha, enviada por el Hno. Policarpo al Hno. David; una parte del párrafo ha sido retocada y otra parte falta en el original, como la expresión «Las repugnancias».

[19] Falta en el original.

[20] «todas...nada» falta en el original.

[21] En su lugar encontramos en el original las palabras «eso sirve a menudo para».

* [22] Carta. — Veamos cómo se presenta el último párrafo en el original: «y por *esta humildad* nos *une* más íntimamente *al* Dios *benigno*, pues le *place* ensalzar a los humildes y *humillar* a los soberbios».

En la tarea de santificar a otros, Dios exige como intermediarios hombres despojados de sí mismos, animados [262] de su espíritu, absolutamente convencidos de la grandeza del apostolado que ejercen:

«Quien aspire a educar a los niños, primero deberá hacerse santo, decía no hace mucho un valeroso coronel, de alma tan generosa como profundamente cristiana. ¿Cómo infundir las virtudes que uno mismo no tiene? Hagámonos santos, auténticos santos: sin eso, jamás seremos otra cosa que malos maestros».[8]

Exactamente lo mismo pretendía insinuar el Hno. Policarpo a sus Hermanos cuando les dirigía estos sabios consejos:

«Llénense de celo y abnegación por la salvación de las almas.[9] No se desanimen nunca, aun cuando les parezca que sus esfuerzos producen poco fruto. El desánimo nace ordinariamente de la búsqueda de sí mismo; aspira uno a su partecita de gloria o, al menos, a la complacencia, a la fruición interior que el éxito produciría; y Dios, en su bondad, rehusa ese éxito o lo hace esperar. Avivemos nuestra humildad y nuestro desasimiento, hagamos el bien gratuitamente. El amor propio representa un obstáculo enorme a la obra divina... Que el espíritu de celo, de paciencia y de vida interior constituya el alma de su alma. No ansíen [263] más que a Dios, no se ocupen ni tengan hambre más que de Dios ...»[10]

¿Y qué decir ahora de su afecto, de su solicitud por los novicios? Verdad es que en varias oportunidades hemos apuntado los caracteres más descollantes al respecto, pero nuestra labor quedaría coja si no aportásemos otros detalles que pueden interesar al lector y que resaltarán más aún la modesta virtud y las amables cualidades de quien fue tan cumplido maestro.

Al igual que un sabio prelado, consideraba "la educación del hombre, especialmente de aquel que debe instruir a otros, como la mayor de las obras, obra providencial y sagrada, tarea totalmente divina, verdadero sacerdocio".[11] Así que empapado de estos pensamientos lo vemos en Lyon, en Vals y en Paradis, mostrándose digno de la misión que le confía la educación de los novicios. Es realmente, en todo momento, su padre, su modelo, su maestro. Sin perder nunca de vista el interés de sus almas ni los servicios que deben prestar al Instituto, les consagra su pensamien-

---

* [23] Carta.

* [1] *Jn.*, 3. — Sobre la preocupación del Hno. Policarpo por los novicios, confróntense también los Docc. XXIV y XXV, 1, d, f, independientes de la *Vida.*

[2] *Cant*. 8, 6.

to, su tiempo, su corazón, toda la actividad de su celo. Sin duda, les [264] imparte las ciencias elementales que necesitarán más tarde; pero, ante todo, quiere hacer de ellos hombres serios, hijos fieles y generosos del Sagrado Corazón.

Inútil hacerlo notar una vez más: en el ejercicio de las funciones propias de su cargo, topa con numerosos obstáculos. Algunos postulantes se asemejan a la tierra baldía que es preciso roturar con el sudor de la frente: tienen costumbres y pensamientos mundanos que hay que combatir y modificar; pero sus defectos no hacen decaer la abnegación del maestro: su paciencia y mansedumbre, unidas a su gran bondad, triunfan de todo. Formar a estos jóvenes en las prácticas de la vida religiosa, acelerar sus progresos en la virtud mediante fervientes oraciones, atraer sobre ellos las bendiciones del cielo: tales son sus preocupaciones y esfuerzos cotidianos. En Lyon, con el fin de facilitarles el estudio y el conocimiento de las verdades de la fe, y para iniciarlos en los combates de la vida espiritual, les enseña el método de oración de San Ignacio, método que aún no se usaba en el Instituto.[12]

[265] Llegado a Superior General, pese a la carga agobiante de los problemas que le abrumaban, hallaba medios para ocuparse de los novicios y prodigarles los tesoros de su celo y de su cariño. Se trataba de una verdadera necesidad para su corazón, de una inclinación irresistible. ¡Cuántas veces se le vio presidir la lectura espiritual a fin de dirigirles emotivas exhortaciones a la virtud, acompañadas siempre del privilegio de agradarles, instruirles y provocar en ellos generosas resoluciones!

Ni la hora de los recreos, a los que acudía con frecuencia, quedaba sin provecho para sus almas. En tales circunstancias, acogidas siempre con alegría, se agrupaban los novicios en torno a él, ávidos de escuchar las amables enseñanzas cuyo secreto tan bien conocía su corazón. Todos deseaban entonces no sólo recibir sus sabias lecciones, sino también participar de su gozo tranquilo y sereno, de sus sentimientos de júbilo espiritual, pues su rostro irradiaba una deliciosa y santa alegría.

No contento con saber que los novicios estaban dirigidos por manos expertas, le gustaba también comprobar sus trabajos y sus progresos. ¡Se sentía tan feliz animándolos y haciéndoles el bien! Por otro lado, sus afectos más solícitos [266] eran siempre para ellos. Los novicios no lo ignoraban y acudían a él con absoluta confianza.

---

* [3] *Resoluciones*, 1833. — Cfr. más arriba, *intr*.

* [4] Dup(anloup), *Educaciones*. — Tanto en el presente capítulo como en otros, esta obra de Dupanloup se cita varias veces. El título exacto es «*De la Educación*».

En su trato frecuente con ellos, –entrevistas personales– se dedicaba principalmente a estudiar sus aptitudes, a conocer sus caracteres y las diversas inclinaciones de sus almas. De dicho estudio recogía datos preciosos, facilitados por esa mirada perspicaz que capta todo, por ese espíritu de discernimiento que juzga con precisión y en profundidad. Siempre sacó un gran partido de esta labor de observación: tras un serio análisis, que con la experiencia y luces de lo alto, tan familiar y práctico le resultaba, disponía de excelentes medios para ofrecer, conforme a las necesidades de cada persona, una dirección espiritual luminosa y unos consejos nacidos al dictado de su gran prudencia y admirable sabiduría.

Amó, pues, a los novicios con señalado amor de predilección; y cuando le resultaba imposible ejercer una influencia inmediata sobre ellos, exhortaba vivamente a los directores encargados de formarlos para que les animaran en el espíritu de su vocación y les hiciesen crecer en el amor a la santa negación de sí mismos. Destacamos en una de sus cartas, dirigida a un maestro de novicios, los siguientes consejos que resumen en [167] pocas palabras el trabajo de perfección que debe imponerse a los futuros educadores de la infancia y de la juventud.

«Esfuércese por hacer de sus novicios hombres de abnegación y entrega. Hágales adamar y saborear la vida religiosa. Inícieles bien en la virtud, en la vida interior y, sobre todo, en la negación de sí mismos, pues sólo se es buen religioso y buen maestro en la medida que uno triunfa de sí mismo y sabe esperarlo todo de Dios».[13]

[269] CAPÍTULO VIII

Cómo entendía el Hno. Policarpo la función de superior.- Estricta fidelidad a la Regla.- Influencia del buen y del mal ejemplo.

Según vimos, entre 1827 y 1841, sea como maestro de novicios, sea como profesor y director de comunidad, el Hno. Policarpo ya había puesto al servicio de la Congregación toda la energía de su vida, todos los recursos de su espíritu y de su corazón. Más aún: la había edificado con la práctica de todas las virtudes. Nombrado Superior, debía, más que nunca, ser imagen viviente de la perfección religiosa para todos sus Hermanos.

Las prerrogativas, las pruebas de sumisión y respeto, los honores inherentes a su

---

* [5] *De la Educación,* Lib. 1, p. 2.

* [6] *Educación.*

cargo, le causaban más confusión [270] que placer. Lejos de buscar elogios, los sufría haciendo en su interior actos de humildad. «Eso va dirigido a la autoridad, al Instituto que represento, no a mi persona», respondía con modestia y con bondad, y pasaba a otro asunto.

«¡Qué deshonra para mí, se decía también, si siendo el primero por rango y responsabilidad, fuera el último en virtud! Las miradas están fijas en mí, debo ser santo para mí y para los demás».

Bien convencido, además, de que «a buen superior, buenos inferiores», no se contentó con una virtud ordinaria; apuntó más alto. Pero ¿con qué medios logró abandonar la ruta común para alinearse entre los hombres de excepción, cuyo solo nombre alienta y estimula hacia una vida perfecta? Con la estricta observancia de la disciplina: pues «el que observa la disciplina está en el camino de la vida»,[1] como enseña el Espíritu Santo.

Así, a las prácticas exteriores, –esenciales para obtener el orden y la unidad de vida– que representan un bello patrimonio de las casas religiosas, unía los actos interiores sin los cuales no [271] es posible progreso espiritual alguno: de ahí, para él, aquel recogimiento de alma, aquella unión con Dios; de ahí, aquellos rezos y aquellas fervientes oraciones; de ahí, también, aquella humildad profunda, aquella abnegación, aquella victoria continua sobre sí mismo, que constituyen el espíritu de la Regla cuyo cuerpo son los ejercicios de comunidad. Abrazando así la Regla, en su plenitud, hallaba en ella su descanso, su fuerza y la luz que dirigía cada uno de sus pasos hacia el cielo.

Modelo de perfección evangélica, hubiera podido decir, como San Pablo a los Corintios: «Sean mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo».[2]

En todo caso, sus esfuerzos y deseos le llevaron a ser, para ellos, como antorcha elevada por la divina mano sobre el candelero para iluminarlos y guiarlos en los trabajos y combates de la vida religiosa. Una de sus circulares, ya citada,[3] dice que entre sus más ardientes deseos figuraba el de verles trabajar a todos unidos con el fin de convertir cada casa del Instituto en un hogar de amor y de santidad y para hacer de sus corazones santuarios benditos donde [272] poder cantar las alabanzas del Señor y consumar el sacrificio que Él exige de quienes desean ser suyos por entero y para siempre.

Para obtener estos preciosos resultados, ¿qué recomendaba especialmente a sus Hermanos?, ¿qué les exigía?: La estima y el amor a la Regla, la fidelidad para

---

* [7] *Job*, VIII, 11.

practicarla de buena gana en todos sus puntos con generosidad y exactitud indefectibles. La Regla bien observada: para el religioso ¡ahí está todo! Si él la guarda, ella le guardará. ¿No es ella, en efecto, la expresión manifiesta de la voluntad divina? ¿No le suministra en todo tiempo y lugar, apoyo contra su debilidad, armas de victoria contra los ataques del infierno, medios numerosos y eficaces de perfección, fuertes garantías de seguridad y de felicidad verdadera?

«Quien vive según la Regla, vive según Dios», dice San Agustín.[4]

«Observen bien sus Reglas y serán religiosos perfectos, grandes santos», escribía el Hno. Policarpo...[5]

Largo tiempo, decía a un director, largo tiempo ha estado usted expuesto a los dardos de sus enemigos. Por fin ha salido victorioso: disfrute de su triunfo; pero continúe observando bien la Regla y vele para que sus Hermanos sean siempre fieles a ella: ese es uno de los grandes medios para [273] conservar su alma en paz...[6] A otro director, le dirigía esta recomendación: «Sea fiel a la exacta observancia de su Regla; que le sirva constantemente de brújula; ella le conducirá indefectiblemente al puerto de la eternidad beatífica...»[7] (Extracto de varias cartas).

¡Qué influencia tan saludable ejerce la instrucción impartida a base del buen ejemplo!; es la mejor y la más fecunda, como explica San Basilio. Por esta razón, nuestro santo religioso animaba frecuentemente a sus Hermanos a competir en celo y ardor al recorrer las sendas, a veces ásperas y pedregosas pero siempre seguras, que la Regla les ha trazado. Quería que los directores fuesen en cierto modo una regla viviente y un constante motivo de edificación para sus inferiores, a fin de reafirmar las vocaciones vacilantes y estimular la virtud que comienza a «disfrutar de sus triunfos». De ahí el apremiante consejo que les daba:

«Sea un perfecto modelo para sus Hermanos. Inspíreles el amor a la regularidad y a la virtud mucho más por su conducta que por sus discursos, pues la elocuencia

---

* [8] Coronel Paqueron.

[9] Carta al Hno. David, sin fecha, en *Hno. Pol. - Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S. C. Es una idea que se encuentra repetida muy a menudo; la frase se cita textualmente.

* [10] Diciembre de 1856. — 26 de diciembre. Es una carta al Hno. David; sólo el último párrafo, «Que el espíritu...», es de esta carta. Sin cambiar el sentido, los autores han eliminado algunos términos. Veamos el texto original: «Que el espíritu *de sacrificio*, de celo, de paciencia, *de caridad* y de vida interior constituya el alma de su alma, *que* no ansíen más que a Dios, *que* no tengan hambre ni *sed* más que de Dios».

* [11] Dup(anloup), *Educación.*

de la acción es bastante más convincente que la palabra».[8]

[274] ¡Ay! ¿quién lo ignora? La vida de un religioso tibio, que acomoda la Regla a sus caprichos, ejerce una influencia deplorable, una fuerza terrible, y sería imposible decir el mal que produce en una casa, sobre todo si ese religioso está investido de autoridad.

Una antorcha que irradia tinieblas es una contradicción desconocida en el mundo físico, pero no en el mundo moral. Un guía conduciendo al abismo, un jefe entregando sus soldados al enemigo, ¿puede darse algo más criminal? Sin embargo, eso hace el superior que escandaliza o que se muestra simplemente apático. Porque, como advierte el Hno. Policarpo, «los débiles se apoyan encantados en esos malos ejemplos para quebrantar ellos a su vez la Regla; no respetan las costumbres establecidas por piadosas tradiciones sino en el grado que se les enseña a respetarlas».[9] Los actos y la conducta de un superior se reflejan en tantas copias como Hermanos dirige.

Así, tanto el bien como el mal que realizan quienes se encuentran investidos de autoridad son siempre grandes; y las recompensas o los castigos que les aguardan no son menores.

«Si caminan con paso firme por sendas rectas,... se [275] salvarán ellos mismos y salvarán a los testigos de su conducta».[10] Pero «quienes ejercen el mando sobre otros serán juzgados con extremo rigor: si no caminan según la voluntad del Señor, se les mostrará con terrible semblante y caerá sobre ellos sin tardar, haciéndoles sentir todo el peso de su justicia».[11]

El Hno. Policarpo jamás tuvo que temer un ápice, ni para sí mismo ni para el conjunto de su Instituto, la aplicación de tan tremenda sentencia. El que es justo, puede actuar con firmeza sin peligro de verse desobedecido; y el que ama y se siente amado, puede corregir sin miedo a provocar rechazo. El hombre ha sido hecho para ser gobernado, gobernado con sabiduría, sí, pero también con firmeza. Y él es consciente de esta necesidad. Bajo una mano fuerte y sabia, una familia, una clase, una comunidad o una nación, se sienten a gusto, al estilo del noble corcel que se aúna con su experto jinete.

---

* [12] Fue hacia 1828 cuando los Hermanos de Lyon y de las demás comunidades adoptaron este método. Hasta entonces, se habían limitado a leer en las horas de meditación unas páginas de algún libro de piedad; así nos lo asegura un Hermano que se hallaba entonces en el Piadoso Socorro. — Como ya se ha dicho (cfr. intr. Doc. III, 2), en 1828 el Siervo de Dios, un año después de tomar el hábito, fue designado para dirigir el noviciado.

Por parte del eminente Superior, todo había sido dirigido a crear y estrechar esa unidad de sentimientos y de acción. De modo que al llegarle [276] la hora del reposo, cuando debió pasar a otro las cargas de gobierno, hubiera podido decir al cederle las riendas: «Mis Hermanos y yo, somos sólo uno»; o mejor aún, elevando el nivel de la comparación, hubiera podido repetir la oración de Jesús al despedirse de sus discípulos en la última cena:

«Padre, no he perdido ni uno solo de cuantos me confiasteis, a no ser el hijo de la perdición para que se cumpliese la Escritura... Vuestros eran y vos me los entregasteis, y han guardado mi palabra... Que sean siempre uno, como vos estáis en mí, ¡oh, Padre!, y yo en vos; que sean uno como nosotros somos uno, a fin de que el mundo sepa que vos me habéis enviado» [12]

[277] CAPÍTULO IX

Abnegación del Hno. Policarpo en favor del Instituto.- Vista panorámica de los medios que empleaba para aumentar su prosperidad.

Un elocuente y santo Religioso –P. de Ravignan– aludía con frecuencia en sus discursos al valor y la eficacia de una idea dominante:

«¡Oh, cuán fuertes somos –decía– si concentramos toda nuestra energía en una sola dirección! Pensar tan sólo en una cosa, no aspirar más que a una cosa, hacer sólo una cosa, en fin, he ahí el secreto para conseguir todas las cosas».

El Hno. Policarpo conoció este importante secreto. Estuvo dominado por una idea que le subyugó por completo: la idea de la salvación de su alma, llevada a la práctica mediante una [278] perseverante fidelidad a la misión que Dios le había confiado. Este era el polo donde convergían su entendimiento, su voluntad, su cora-

---

* [13] Carta de enero de 1857.

zón; el océano adonde iban a desembocar las corrientes de sus pensamientos; y para alcanzar su objetivo, sacrificaba todo y no retrocedía ante nada.

Nos complace hacerlo notar: desde el día en que fue nombrado Superior General hasta el final de su laboriosa carrera, constantemente se ocupó de su Congregación. La estimaba más que a su propia vida. Se entregó a su servicio con la generosidad, constancia y resolución que Dios concede a quienes trabajan, combaten y sufren por su gloria.

Después de su venerado Fundador, justo es decirlo, nadie hubo que mostrase tanto amor y solicitud por ella, amor y solicitud que empeñosamente trataba de inspirar a sus Hermanos con objeto de apresurar el éxito de la obra divina. De ello dan fe las siguientes palabras, eco fiel de sus sentimientos, que se vieron plenamente confirmadas por las obras:

«Nada[1] me importa tanto, carísimos Hermanos, como los intereses de la Congregación a la que me he consagrado por entero. Ustedes aman igualmente a esta querida Sociedad y desean no sólo que se conserve [279] sino que crezca. Tomemos todos juntos los medios necesarios para conseguir este loable fin. Recemos todos con ardor[2] para que Dios haga redundar todo en gloria suya. Estrechemos los vínculos que nos unen: los inferiores, por una gran docilidad; los directores, mediante una vida ejemplar y[3] una administración conforme al verdadero espíritu de nuestro estado; todos, a través de una entrega generosa y perseverante. Neguémonos[4] a nosotros mismos, dejando de lado toda mira[5] personal para no tender más que al bien común...»[6]

Sin duda, en el ejercicio de sus difíciles funciones, debió experimentar ocasionalmente esa lasitud anímica, esa amargura, esos sufrimientos morales que con frecuencia gravitan sobre la vida de los hombres nacidos para la lucha, o de cualquier otro que, investido de altas responsabilidades, comprende su alcance y se identifica con ellas. Más de una vez tuvo que gemir a causa de cobardes apostasías y deplorar culpables debilidades. Por salvaguardar los intereses del Instituto, por hacer prevalecer el amor a la Regla y a las santas exigencias de la pobreza religiosa, halló al principio numerosos obstáculos y podríamos decir que hasta lamentables oposiciones: esto se convirtió para él en motivo [280] de tormento; pero, armado de valor, se mantuvo siempre firme y en calma; con paciencia y una imperturbable confianza en Dios, de todo triunfó. La gracia hizo de él un hombre tan bondadoso como fuerte.

---

* [1] *Prov.*, X, 18.

Nada de cuanto podía contribuir a la prosperidad material del Instituto, debía escapar a su atención y a su viva solicitud: establecer una administración clara, exigir una prudente economía en cada casa, desterrar el lujo y las exquisiteces: tal fue el objeto de sus perseverantes esfuerzos. Así, a consecuencia de estas medidas tomadas con admirable prudencia, consiguió una situación económica relativamente satisfactoria y, ya desde los primeros años de su gobierno, se pudieron emprender obras diversas y efectuar las importantes adquisiciones que el bien de la Congregación reclamaba.[7]

Resulta superfluo añadir que se dedicó, sobre todo, a labores de miras más altas. Con el ardor que provocan el amor al deber y el celo verdadero, puso cuanto estuvo en su mano para asegurar al Instituto una existencia sólida y perdurable. ¡Qué no hizo, en efecto, para proporcionarle todos los elementos constitutivos de la belleza y la gloria de las sociedades religiosas! Vida de abnegación que [281] tan generosamente se había impuesto, visita de las comunidades, densas enseñanzas tanto de viva voz como por escrito; todas las energías de su voluntad, todos los esfuerzos de su celo, tenían por objeto los intereses superiores de su amada Congregación.

Trabajó, en efecto, con todas sus fuerzas, por inspirar a sus Hermanos «un profundo espíritu de fe y el amor práctico de las Reglas», procurando desarrollar en sus almas las virtudes propias del religioso y del maestro de la infancia.

Con él, ¡qué fácil resultaba la piedad!, y nuestros deberes de estado, menos austeros; ningún sacrificio se nos hacía cuesta arriba cuando veíamos el mérito de los que él practicaba. Gracias al influjo de su palabra y al poder de sus ejemplos, ¡cuántos corazones vacilantes se reconfortan!, ¡cuántos espíritus zarandeados por

---

[2] 1 *Cor*. 4, 16; en carta dirigida al Hno. David, 7 de marzo de 1853, el Siervo de Dios le recuerda el versículo de San Pablo para que dirija bien a los religiosos a él encomendados (*Hno. Pol. - Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S.C.).

*[3] Ver página 82. — [Es decir, cap. 8, par. 1]: es la circular del 8 de enero de 1843 (*Hno. Pol. - Circulares*, ibid.).

[4] Estas palabras fueron escritas por el Siervo de Dios en carta del 29 de diciembre de 1847 a sus Hermanos de América (*Hno. Pol.- Corr. de América*, ibid.); véase también la circular del 12 de enero de 1848 (*Hno. Pol.- Circulares*, ibid.).

[5] La misma idea expresa el Siervo de Dios en diversas cartas: he aquí, por ejemplo, lo que escribe el 13 de mayo de 1854 al Hno. Jérôme: «entréguese a la práctica constante de sus Reglas, pues sólo eso es lo que hace al buen, al perfecto religioso, y lo que puede ayudarle a obtener lo que usted reclama, es decir, hacer la profesión» (*Hno. Pol. - Correspondencia de los Hermanos - Dirección*, ibid.).

la tentación se reafirman y recuperan valor para la lucha! Y en lo tocante a quienes se sienten movidos por el santo deseo del fervor, dirigidos por tal maestro, progresan a pasos de gigante en la virtud.

¡Cómo desea ver en todos sus Hermanos el desprecio de lo caduco y la búsqueda de lo eterno, trabajando con alegría en su santificación y por la gloria del divino Salvador!

«Permanezcan muertos y crucificados al mundo y a todo lo que [282] es del mundo –les escribe[8]–... ¡Ánimo!, trabajen con perseverancia en su progreso espiritual;[9] perfecciónense en el espíritu de su vocación; corran sin cesar en la carrera del bien y de la virtud; sean en todas partes el buen olor de Jesucristo...[10] Lleven con gozo el yugo del Señor. Que el amor de Dios, el celo por la salvación de los niños y una perfecta unión entre ustedes, crezcan continuamente en su casa... Si quieren procurarme algún consuelo, vivan como buenos religiosos...»[11]

Este es el compendio de las lecciones que no cesó de impartir hasta el fin de sus días. Y perdónesenos que lo recordemos una vez más: sus enseñanzas contribuyeron sobremanera a propulsar con fuerza el espíritu religioso y, en consecuencia, a comunicar extraordinario empuje a todo aquello que podía coadyuvar en algo con los intereses más preciados del Instituto.

«Lo que principalmente constituye la fuerza y prosperidad de una congregación

---

[6] Estas y otras ideas que leemos en estas páginas sobre la observancia de la Regla, aparecen repetidas veces en sus cartas. Aquí señalamos solamente algunas de las muchas que se pueden citar: al Hno. Jean-Claude, 10 de mayo, 27 de noviembre de 1855, sin fecha (*Hno. Pol. - Corresp. Hno. Claude - EE. UU.*, ibid); al Director de Mobile, 9 de mayo de 1855; al Hno. David, agosto de 1852; a los religiosos de América, 20 de diciembre de 1847 (*Hno. Pol. - Corresp. de América*, ibid.); al Director de Meyssac, Hno. Gérasime, 24 de diciembre de 1854 *(Hno. Pol. - Corresp. de Hermanos - Asuntos*, ibid.); al Hno. Ambroise, sin fecha, dos cartas (*Hno. Pol. - Corresp. del Hno. Ambroise - EE. UU.*, ibid.).

[7] Carta al Hno. David, sin fecha (*Hno. Pol - Corresp. de América*, ibid.). Veamos el texto original: «Sea fiel a la exacta observancia de su Regla; que le sirva de brújula; ella le conducirá indefectiblemente al puerto *y entonces no tendrá usted más que desembarca*r»; cfr. también una carta a los religiosos de América, 20 de agosto de 1852 *(ibid.)* y otra al Hno. Adelphe, 27 de mayo de 1857 *(Hno. Pol. - Corresp. Hermanos - Dirección*, ibid.).

* [8] Agosto de 1852. — Carta al Hno. David; los autores, lamentablemente, han rehecho el texto. El original dice así: «sea el modelo perfecto de sus Hermanos, más por su conducta que por sus discursos, pues la elocuencia de la acción es más convincente que la palabra»; cfr. también otra carta, del 4 de octubre de 1852, a un director de América, indudablemente el mismo Hno. David, Director de Dubuque (*Hno. Pol. - Corresp. de América*, ibid.).

–escribía– es el espíritu religioso y la regularidad de sus miembros».[12]

Nada más cierto. Así que, resumiendo, el sueño de su vida fue infundir a los suyos pensamientos y sentimientos dignos de su vocación e inflamarlos en el amor de la [283] estricta observancia de las Reglas, cosa que él hacía el primero y mejor que nadie.

No debemos olvidar una de las características más notables de su gobierno: su observación atenta de los hombres y su perspicacia para conocerlos.

Tuvo el acierto de rodearse de personas de vida ejemplar, capaces todas ellas de secundarle en sus proyectos y empresas. El buen juicio que le había llevado a descubrirlas le ayudaba, además, a sacar el mejor partido posible de ellas según los talentos y gustos de cada una. Conocer a los hombres, elegir buenos colaboradores, colocar a cada uno en el puesto que le conviene y mantenerlo en él, ¿no reside ahí el secreto de la sabiduría, tanto para un superior de congregación religiosa como para un jefe de estado?

Acude ahora espontáneamente a nuestro pensamiento el recuerdo del llorado Hno. Adrien, del que hizo su primer colaborador y quien le sucedió como Superior General.[13] Nadie mejor que el Hno. Adrien podía llenar el vacío inmenso dejado por el Hno. Policarpo. El parecido entre estos dos eminentes religiosos fue notable: mismo espíritu de fe y misma modesta virtud unida a un tacto exquisito para disponer de los hombres y manejar los asuntos. Si el uno levantó el Instituto salvándolo [284] de una ruina inminente, el otro lo reafirmó, lo desarrolló y lo condujo al más alto nivel de prosperidad. Ambos han recibido ya su recompensa; desde lo alto del cielo, donde se han vuelto a encontrar, continúan velando sobre su obra predilecta; y aquí en la tierra, ni su recuerdo ni las tradiciones que establecieron ni sus ejemplos podrán perecer.

El Hno. Adrien, de inteligencia fuera de serie, apareció siempre, y sobre todo al final, como el Consejero preferido y el brazo derecho del Hno. Policarpo. Al notar éste que sus fuerzas decaían, si la inquietud acechaba su alma, bastaba que su

---

* [9] Octubre de 1854.- Es del 6 de octubre y fue enviada al Hno. Alphonse (*ibid*). También este pasaje ha sido sensiblemente retocado. Veamos el original: «los débiles *se escandalizan fácilmente de las transgresiones a* la Regla *o a las buenas* costumbres establecidas, *y este escándalo es mucho más funesto si lo da un superior, que debe apreciar la observancia más que nadie*».

* [10] *Tim*, 1, IV, 16.

* [11] *Sab*., VI, 5, 6.

mirada encontrase al fiel amigo, tan digno de su confianza, para recuperar su tranquila sonrisa.

[285] **CAPÍTULO X**

Su caridad con el prójimo.- Una circular a propósito de la unión fraterna.

Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros como yo les he amado.[1]

«El amor que Jesús propone a sus discípulos y que Él denomina nuevo ... tiene *como principio* el Espíritu vivificante de Dios espirando su hálito divino en nuestro corazón y moviéndonos a considerar en todo hombre un ser inteligente y libre, capaz de convertirse en hijo adoptivo de Dios; *como fin*, el amor de Dios, bien supremo e infinito; y *como ley*, el sacrificio de sí mismo, la entrega desinteresada, absoluta, hasta el extremo del sufrimiento y de la muerte... Él es el sello [286] inimitable del Salvador de los hombres; él será, también, la señal distintiva de sus discípulos...»[2]

En la escuela del divino Maestro, extrajo nuestro santo religioso este amor constitutivo de la nueva ley en su plenitud. Estaba en posesión de los sentimientos, las inspiraciones y el imperio de dicho amor. Para aquellos que lo conocieron, es una delicia recordar su tierna solicitud por todos, su entrega sin límites, sus modales amables, su exquisita caridad dispuesta siempre a desvivirse y a prestar servicio. Con él, ¡oh, qué afectuoso y atractivo resultaba el trato fraternal! Ganarse a los niños y a los Hermanos haciéndoles el bien; conducirlos sin coacción; rodearlos de atenciones, de cuidados y de afecto; manifestarles, si venía al caso, esa compasión verdadera y generosa que inspira y alimenta el amor: eran éstos, deberes de gratísimo cumplimiento para él, otros tantos medios de acción con los cuales trabajaba por hacer mejores a todos y llevarles a la virtud.

Según San Ignacio, «hay que preferir el bien común al particular y el interés más grande al más pequeño».

Esta máxima fue la línea de conducta que siguió el Hno. Policarpo [287] en medio de sus numerosas ocupaciones. En ciertas épocas, absorbían de tal manera su tiempo algunos asuntos de mayor interés para el Instituto, que su correspondencia podía resentirse a consecuencia de ello; sabía presentar entonces excusas tan

---

* [12] *San Juan*., cap. XVII.

llenas de donaire, empleaba términos tan afectuosos, que no era posible tomárselo a mal a pesar de las exigencias de la etiqueta un tanto descuidada.

« ... Deben creer –escribía– que les tengo completamente olvidados, mis buenos Hermanos. Sin embargo no hay nada de eso, pues continúan siendo ustedes mis predilectos y hasta los más queridos de mis hijos. Pero al desarrollarse la Congregación, como sucede, mi solicitud se hace también mayor y más repartida... He debido ocuparme de tantos asuntos que casi no me ha sido posible satisfacer antes sus legítimos deseos. Es de esperar que una vez bien organizadas las cosas seré más puntual para responder a sus cartas... Que la gracia y la paz del Señor habiten siempre en ustedes por Jesucristo, nuestro divino Maestro...» (Carta de 1852).[3]

Contemplar las desgracias, ver el estado de las almas afligidas por las pruebas y el dolor, le impresionaba vivamente, a veces hasta las lágrimas. ¡Qué felicidad cuando auxiliaba [288] al prójimo con solícitas atenciones o prodigándole todos los consuelos que podían depender de él! Su alma, cual vaso rebosante, derramaba caridad en todo tiempo y ocasión, pero, si cabe, se ponía más aún de manifiesto en los días de retiro. Veíasele entonces entregado sin reserva a la obra de Dios, procurando de continuo la prosperidad del Instituto, sembrando las bondades de su ternura sobre los Hermanos, por quienes sentía el mismo cariño que la mejor de las madres siente por sus hijos. En el seno de su familia religiosa, su fisonomía irradiaba dulzura y paz: Jesús le había hecho partícipe de la compasión y suavidad de su corazón, y a ejemplo de este divino Maestro sabía amoldarse a la debilidad de las almas.

¡Cuántas veces, con la delicadeza propia del amor efundió en los corazones dolientes o enfermos el bálsamo celestial, remedio eficaz de las heridas más enconadas, lenitivo de todo mal!

---

[1] Como se verá en la nota nº 6, los autores asignan este fragmento a una circular de diciembre de 1855. La circular no tiene fecha: que fue enviada hacia mediados de diciembre de 1855, se deduce del registro *Capítulos Generales 1841-1952*, p. 14 (Archivo de los HH. del S. C.). Respecto a otros documentos, el párrafo se cita con más fidelidad al texto original. Las pocas modificaciones que se hacen, las indicaremos en las notas 2 a 5.

[2] El original dice «fervor».

[3] «una vida ejemplar y» falta en el original.

[4] Los autores han omitido «sin cesar».

[5] En el original pone «consideración».

* [6] Circular de diciembre de 1855.

¡Felices efectos de la caridad fraterna! Gracias a su mansa y poderosa influencia, la caridad –podemos decirlo– florecía en nuestras casas pese a la disparidad de genios y temperamentos, pues al vestir el hábito religioso no nos despojamos de nuestras inclinaciones naturales, y cada cual conserva bajo la Regla su [289] propio carácter no desprovisto a veces de molestas aristas para el vecino. La caridad lubrica los roces, hace suave y fácil el apoyo mutuo. Gracias a ella nos mostramos indulgentes con las rarezas ajenas, sabedores de que también nosotros necesitamos de indulgencia. «Soporta mis imperfecciones, que yo soportaré las tuyas», es la máxima elemental del arte de vivir en sociedad. ¿Y cómo maravillarse de que se necesite un esfuerzo para sintonizar con los compañeros, cuando tan difícil le resulta a uno entenderse consigo mismo? Sin caridad: ni paz ni felicidad; pero las comunidades religiosas en las que ella reina ¿no son imagen de la casa de Nazaret habitada por la sagrada familia? Palabras, conducta, práctica del deber, ejercicios de piedad, todo en ellas es ordenado, juicioso y digno; todo, bienes y males, se vive en común.

De ahí que el Hno. Policarpo no cesara de recomendar a sus Hermanos el apoyo mutuo y esa unión, esa unidad de miras y sentimientos, esos santos afectos que son como el gusto anticipado de las alegrías y felicidad celestiales. «Tengan todos –les escribe– un solo corazón y una sola alma; así serán dichosos incluso en sus tribulaciones y paladearán el encanto y las delicias de la vida religiosa».

---

[7] Entre las construcciones más importantes que se le pueden asignar al Siervo de Dios, hay que recordar la ampliación de la casa de Paradis. En 1843/44, levantó el ala de la fachada, la parte de la derecha y otro pequeño pabellón. Así podían organizarse mejor las diversas obras que allí coexistían. Al quedarse demasiado pequeña la capilla, mandó edificar otra nueva en 1851-53 unida a la casa por un corredor. Así habla de ello el Siervo de Dios: «No sé cómo podremos salir adelante pues, además de eso, nos hemos aventurado en grandes gastos para construir un ala del edificio, de 14 m. de longitud por 8,5 de anchura, y una capilla de 28 m. de longitud por 9,5 de anchura; ya está listo el armazón de ambos edificios...» (carta a sus religiosos de América, 20 de agosto de 1852, *Hno. Pol.- Correspondencia de América, ibid.*). Al escribir dos meses más tarde al Hno. David, añade: «Este año estamos construyendo en Paradis una capilla que se llevará los pequeños ahorros de la Congregación durante, quizá, tres o cuatro años» (18 de octubre, véanse también las del 9 de marzo y del 3 de junio, *ibid.*). Consúltese, igualmente, *Los Hermanos del Sagrado Corazón. Historia del Instituto*, pp. 48-49, donde aparece un plano de Paradis que permite hacerse una idea de las construcciones levantadas en diversas épocas. La casa era muy grande, hasta el extremo de que podía albergar, entre profesos y novicios –sin las obras anejas para externado– alrededor de ciento treinta personas (véase la carta del Hno. Policarpo, 20 de noviembre, al Hno. David, *Hno. Pol.- Correspondencia de América*, Archivo de los HH. del S. C.)

[290] Pero mejor, oigámosle a él mismo; escuchémosle ensalzar esta virtud y describir con San Pablo todos sus caracteres con sencillez conmovedora y llena de unción:[4]

«Que la gracia[5] y el espíritu del Señor estén siempre con ustedes, carísimos Hermanos,[6] por Jesús, nuestro Salvador.

« Me felicito porque hoy[7] nuevamente me ha sido dado formularles un augurio[8]... un augurio[9] cuyo cumplimiento[10] nos hará gustar a todos las más castas delicias, uniéndonos[11] con vínculo indisoluble a Quien es todo caridad.

« La caridad, tal es el don que no cesaré de pedir para todos nosotros...[12] Es la virtud indispensable a toda congregación, indispensable principalmente a la nuestra, cuya fuerza toda, sólo puede nacer de la unión.[13]

« Por hoy, no les diré[14] nada sobre este amor de Dios, que debe ser el móvil de todas nuestras[15] acciones; quiero hablarles únicamente de la segunda parte del gran mandamiento: *Amarán a su prójimo como a sí mismos*...[16] *Les doy,* dice Nuestro Señor, *un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros como yo les he* [291] *amado*.[17]

« Tal es la medida del amor que debemos tener a nuestros hermanos: amarlos como Jesucristo nos ha amado. Ahora bien, ¿cómo nos amó el divino Salvador?: Hasta hacerse víctima del pecado por nuestra causa, muriendo sobre una cruz después de sufrir las más crueles afrentas y vejaciones. Así es como Dios amó a los hombres, hasta entregarles su Hijo. Pues si Él nos amó de esta suerte, también nosotros, como dice San Juan, debemos amarnos mutuamente; y San Agustín, comentando este precepto, afirma: "El Señor lo quiere ponderar tanto, que llega a decir: *En esto se conocerá que son mis discípulos: si se aman unos a otros*".[18]

« Todos, sin duda, queremos ser discípulos del Salvador hasta el fin. Pero ¿lo somos realmente?[19] ¿Se puede reconocer en nuestra caridad con los Hermanos?... ¿Nos amamos, como dice San Juan, no sólo con palabras[20] sino de verdad y con

---

[8] Carta del 15 de abril de 1850 a sus Hermanos de Mobile, América *(ibid.)* El pasaje está citado al pie de la letra.

[9] Carta a los mismos Hermanos, 27 de junio de 1848 *(ibid.)*. Cita totalmente fiel al original.

[10] Carta a sus Hermanos de Dubuque, América, 27 de noviembre de 1851 *(ibid.)*. Los autores de la *Vida,* al citar la frase, han introducido retoques. Veamos el texto original: «*y ustedes, conserven* el espíritu de su *santa* vocación, *avanzarán a pasos agigantados* en la carrera del bien, *serán,* en todas partes *por donde pasen,* el buen olor de Jesucristo».

[11] Las ideas contenidas en estas frases aparecen con frecuencia en las cartas del Siervo de Dios.

obras?

« El Salvador, temiendo que no se prestara suficiente atención a este mandato nuevo, lo repite en muchos[21] lugares de la Sagrada Escritura: *El mandamiento que les doy es que se amen unos a otros como yo les he* [292] *amado*. *Lo que les mando* –dice– *es que se amen unos a otros*.[22]

« San Juan Crisóstomo añade que el Salvador va más lejos aún en la oración que dirige al Padre: *Os pido ¡oh, Padre!* –dice este divino Maestro– *que sean sólo uno, y que como vos estáis en mí y yo en vos, sean ellos uno en nosotros*. Y en otro lugar dice también: *Yo estoy en ellos y vos en mí para que la unidad sea consumada*.[23] ¡Oh caridad infinita de mi Dios, oh amor sin límites, oh condescendencia incomprensible! ¡¡Hacerse uno con Dios, ser consumado en él!! ¿Han ponderado bien alguna vez, han meditado estas palabras divinas, amadísimos Hermanos? ¿Las han saboreado en alguna ocasión? ¿Ha calado su dulce[24] unción en algún momento hasta lo más hondo de sus[25] corazones? ¿Comprenderán hoy toda su fuerza?

« *Y pido que sean sólo uno y que como vos Padre estáis en mí y yo en vos, ellos sean uno en nosotros,*[26] uno por la voluntad, uno por el juicio, uno por la conducta. He ahí la imagen fiel de una congregación religiosa: ¿Nos reconocemos en ella?... Sí, mis buenos Hermanos, convenzámonos bien de que la caridad fraterna debe [293] ser el alma de nuestra Congregación; que mientras esté animada por ella, vivirá, prosperará y, semejante al grano de mostaza, echará ramas que producirán[27] frutos en abundancia a cuya sombra vendrán a descansar multitud de almas, a cobijarse en ellas para escapar a los naufragios[28] tan difíciles de evitar en el mar proceloso del mundo. Mas si, por el contrario, la caridad fraterna llegara a flaquear o apagarse en nosotros, ¡oh!, entonces, no lo dudemos, veríamos a nuestra pobre[29] Congregación, débil e inerte, debatirse, agitarse en las convulsiones de una ruina segura.[30]

« Pues queridos Hermanos, si están animados por el Espíritu del Señor, lo que no pongo en duda, si toman a pecho el bien de su Congregación y la gloria de Dios, ármense de caridad, que es, como dice San Pablo, *el vínculo de toda perfección*. *Ante todo, sean constantes en la caridad unos con otros*.[31] Como dice Nuestro

---

[12] Este párrafo proviene, con toda probabilidad, de la circular de noviembre de 1853 (*Hno. Pol. - Circulares, ibid.*): aunque no se encuentra expresado al pie de la letra en esa circular, la idea aparece tan ampliamente desarrollada en ella, que podemos admitirlo como si los autores de la *Vida* lo hubiesen citado fielmente.

[13] Cfr. intr. Doc. X.

Señor, seamos perfectos en Él, con Dios Padre, para no formar más que uno solo con Él, uno solo entre nosotros.[32]

« ¿Desean conocer ahora cuáles deben ser los principales rasgos de su caridad para que engendre la verdadera unión fraterna entre nosotros? El Apóstol [294] se lo enseñará. *La caridad*, dice él, *es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe, no es ambiciosa, no busca su propio interés*.[33]

« Los dos primeros rasgos son, como pueden comprender, de enorme importancia para conservar la unión. Sí, hay que sufrir con paciencia los defectos de todos, y especialmente de los Hermanos[34] con quienes tenemos la dicha de vivir en comunidad. Siendo[35] hombres, y por tanto llenos de faltas e imperfecciones, todos damos motivos[36] abundantes de paciencia a nuestro prójimo. Por otro lado, somos endebles y muy propensos al mal: necesitamos, pues, que nos ayuden y soporten. Por eso dice San Pablo que debemos llevarnos las cargas los unos a los otros.

« No toleremos tampoco que nuestra caridad se envanezca; antes bien, intentemos mediante un[37] conocimiento profundo de nuestra bajeza y miseria, despojarnos de toda clase de orgullo con el fin de que nuestra caridad favorezca entre nosotros una igualdad perfecta de miras y de sentimientos... que contribuirá en gran medida a mantener y fortalecer la unión fraterna.[38]

[295] « Finalmente, *la caridad no es envidiosa ni ambiciosa, y no busca su propio interés*.[39] Quien la posee[40] desea tanto bien a sus Hermanos como a sí mismo y se alegra por igual de los progresos y éxitos de ellos[41] que de los suyos propios. De aquí se infiere[42] fácilmente que quien cifra su propia dicha en la dicha de los demás, está muy lejos de cualquier tipo de sentimiento ambicioso o de interés personal.

« Si la caridad, para conservar su lozanía,[43] debe ir esmaltada de todas las virtudes, el que quiere tenerla por herencia[44] necesita estar en guardia contra muchos enemigos, pues todos los vicios parecen levantarse en armas para declarar[45] la guerra a la caridad fraterna; pero algunos de ellos le asestan golpes[46] más funestos; los principales son: el orgullo, la envidia, la ambición, la impaciencia...[47]

« Su enemigo más implacable es el amor propio: nada más opuesto a la caridad y a la unión mutua[48] que el egoísmo[49] y cierto apego hacia sí mismo, hacia sus sentimientos y comodidades personales; por eso, los maestros de la vida espiritual,

---

[1] *Jn*. 13, 34.

* [2] P. Didon, *Vida de Jesucristo*.

entre otros nombres que le dan, llaman al amor propio[50] el *enemigo capital* de toda clase de orden y [296] unión, la *peste* de la vida religiosa y de todas las sociedades.

« ¡Cuántas cosas podría decirles todavía sobre tema tan interesante! Resumo y termino recomendándoles las preciosas virtudes de la caridad y la unión, las cuales, no lo dudemos,[51] nos harán fuertes contra el enemigo del bien.

« Reciban, amadísimos[52] Hermanos míos, estos pocos consejos que les da quien[53] fue puesto por el Señor al frente de ustedes, no para hacerse llamar su maestro[54] sino su padre, y en calidad de tal les lleva a todos en su corazón como a hijos suyos muy queridos. Estoy convencido de que para complacerme,[55] y más todavía para glorificar a Dios y santificarse ustedes mismos, se esforzarán por llevar a la práctica las virtudes que les recomiendo. Ojalá, mis queridos Hermanos, que estas pocas palabras dictadas por el amor, produzcan[56] frutos de salvación en sus corazones y contribuyan[57] a mantener el buen entendimiento y el espíritu religioso entre nosotros; con esto me sentiré plenamente resarcido de todas mis penas y muy aliviado de la pesada carga que han colocado sobre mis débiles hombros».[58]

[297] Así es como estimulaba el venerado Hno. Policarpo a sus Hermanos a identificarse con Jesucristo, a vivir todos juntos en su divino Corazón con la esperanza de reunirse un día con Él en la gloria eterna. Por lo demás, en casi todas sus cartas les exhortaba a «*vivir con sentimientos de la más perfecta caridad, poseyendo todos un solo corazón y una sola alma*» para lograr, de ese modo, que todas las casas del Instituto llegaran a convertirse en imágenes vivientes de la unión y de la paz que reinan en el cielo.

[299] **CAPÍTULO XI**

---

[3] La carta, dirigida a los religiosos de Dubuque, carece de fecha (*Hno. Pol.- Correspondencia de América,* Archivo de los HH. del S. C.). En el texto original, que reproducimos, se pueden apreciar los cambios efectuados por los autores: «...deben pensar que les tengo *enteramente* olvidados. Sin embargo no hay nada de eso; continúan siendo ustedes mis *muy queridos* y hasta los más queridos de mis hijos; pero al *aumentar* la Congregación, como sucede, *la* solicitud se hace también *mucho* mayor y más repartida; *y este último año, más que nunca, la mente ha* debido ocuparse de *tantas cosas* que casi no ha *estado en condiciones* de satisfacerles. Es de esperar que una vez bien organizadas *todas* las cosas seré *mucho* más puntual *en la correspondencia*». El último párrafo de la cita se halla en el original al comienzo de la carta; al final de dicho párrafo se ha puesto «divino Maestro» por «Señor». Una idea similar expresa el Hno. Policarpo el 20 de noviembre al Hno. David *(ibid.)*.

Su mansedumbre unida a la firmeza.- Su paciencia y resignación en las pruebas.

La mansedumbre es el fruto de la humildad y del amor.[1] Bajo el influjo de la fe y de la gracia, la mansedumbre somete a Dios todos los movimientos del corazón. Los arrebatos de soberbia, los estallidos de cólera, los ataques de las pasiones, las más duras pruebas de la vida, siempre la encuentran sosegada, fuerte, enérgica. Compañera inseparable de la paciencia, hace dueña de sí misma a la persona que la posee y la mantiene en un estado de paz sin nubes, paz que constituye [300] como el trasfondo del alma y que se refleja en modales y semblante. Recibe recompensa y disfruta de sus triunfos ya en este mundo. Pero ¿cómo describir lo que le aguarda en la vida futura? ¿No está escrito: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra»,[2] es decir, la gloria y la corona del cielo que la Sagrada Escritura llama *la tierra de los vivos*?

Nadie pone en duda que el Hno. Policarpo haya merecido esta magnífica recompensa, pues practicó la mansedumbre con gran perfección; estaba tan empapado de ella que la rezumaba a través de su lenguaje y de su forma de ser; cuanto la virtud tiene de más amable, traslucía al exterior. Jamás rechazaba a nadie. Todos podían abrirle los secretos de su corazón con libertad. Se trataba con él, no sólo sin temor ni timidez, sino con gozo. ¡Sabía prodigar tan bien su afectuosa simpatía!

Guiado y sostenido por el espíritu de mansedumbre, permanecía tranquilo y resignado en las pruebas; atravesaba las tormentas ocasionales con semblante y corazón serenos. Así se mostraba, también, cuando debía reprimir las salidas de tono de ciertos caracteres difíciles, soportar las flaquezas de algunos y reprender a los culpables de faltas [301] o negligencias: palabras llenas de bondad, prudentes insinuaciones, deferencias de caridad entrañable, fervientes oraciones; todo lo ponía en práctica para ganarse los corazones y hacerles agradable la senda del deber y de la virtud. Raras eran las renuencias. Pero ¡cómo deploraba la triste suerte de

---

[4] Es la circular del 1 de enero de 1844 (*Hno. Pol. - Circulares,* ibid.)

[5] El original dice «caridad».

[6] Falta en el original.

[7] Se ha omitido «por N. S. J. C.».

* [8] Era con ocasión del nuevo año.

[9] El original no tiene los puntos suspensivos ni esta repetición.

[10] Falta la expresión «colmándoles de verdadero gozo interior».

las almas que carecían del valor suficiente para quebrar el yugo de las pasiones!; almas veleidosas, insensatas, que anhelaban retornar a las vanidades del mundo y que, a causa de una funesta ceguera, canjeaban las puras alegrías de la virtud y de la inocencia por los burdos placeres que se apagan siempre con vergüenza y remordimiento. Citemos un ejemplo en el que resplandecen su viva solicitud y su interés por el bien de un alma en peligro de perderse.

Cierto Hermano había dado inicialmente pruebas inequívocas de una piedad sincera. Joven aún, lleno de ardor, dotado de excelentes cualidades, prometía hermosos frutos. Sin embargo, descuidó vigilar su corazón; el orgullo y el deseo de independencia prevalecieron en él. La tibieza invadió pronto su alma y no tardaron en aparecer graves desviaciones; llegó hasta el olvido total de los deberes de su vocación. ¡Qué asunto [302] tan doloroso para el buen Hno. Policarpo! ¿Humillará al culpable llenándolo de reproches? ¿Empleará con él un lenguaje lleno de amargura y amenazas? No; cual tierno padre, sólo tendrá palabras de perdón y amor para este hijo ingrato y rebelde. A fin de llevarle de nuevo al buen camino, le escribirá una carta llena de ternura en la que brillan juntamente su bondad compasiva, su gran indulgencia, su celo por la salvación de esta pobre alma que ha llegado a naufragar, incluso, en el tranquilo puerto de la vida religiosa. He aquí algunos fragmentos de la carta:

«*A mi pobre, pero amadísimo, Hermano X*...[3]

« Amadísimo Hermano mío,

« El estado[4] lamentable en que usted se halla, y que me describe en su carta con tan vivos matices, ha desgarrado mi corazón y lo ha inundado de piedad[5] a la vista

---

[11] El original dice «uniéndonos totalmente».

[12] En el original leemos: «tal es el don que no *cesaremos* de pedir al Señor *para ustedes* y para nosotros».

[13] Los autores, en este lugar, han omitido un párrafo y algunas líneas iniciales del siguiente sin poner puntos suspensivos.

[14] El original dice «hablo».

[15] En el original leemos «sus».

[16] *Mat*. 19, 19. En el original faltan los puntos suspensivos.

[17] *Jn*. 13, 34.

[18] *Jn*. 13, 35.

[19] El adverbio falta en el original.

[20] Falta «y de boquilla».

de su triste situación; situación que ha contribuido a intensificar el grado de afecto que[6] le había profesado hasta ahora...[7] Que de ello le he dado pruebas, usted no lo ignora.

« Y no obstante, piensa y desea huir de mí como un hijo pródigo, sin duda, ¡por no haberle hecho yo más que bienes! ¿Tendría usted entrañas tan viciadas como para realizar la mayor [303] de las tonterías, perder su vocación? No puedo creerlo...[8] Ayer tarde, antes de comenzar esta carta, acudí a la capilla con el fin[9] de ofrecerme a Dios como víctima, para obtener el perdón de todas las infidelidades[10] de mi pobre Hno. X...[11] y para pedir la gracia de que este hijo querido retorne a sentimientos mejores. ¿Habrá resultado infructuosa y vana mi oración? No, pues me parece, si no soy víctima de una ilusión, que Dios me ha dicho que le tendía los brazos para recibirle en su amistad y que no pedía[12] para ello más que un cambio sincero y generoso[13] de su parte.

« Hace tiempo que el buen Pastor[14] le persigue como a oveja descarriada; ¿conseguirá por fin conducirle[15] al redil sobre sus hombros? ¿No oye[16] su voz que le dice: "Hijo mío, ¿por qué quieres huir de mí? ¿Qué he debido hacer por ti que no haya hecho?[17] ¿No he derramado toda mi sangre por la salvación de tu alma? ¿Por qué quieres arrebatármela para entregársela[18] al demonio, abandonándome para siempre?"...[19]

« ¡Oh, amadísimo hijo!, si oye hoy la voz del Señor no endurezca su corazón. Puede ser esta la última vez[20] que le insta a volver [304] a Él... Sea, pues, fiel a la gracia; se lo suplico por todo el afecto que le tengo; se lo pido también por lo que más quiera, por el amor y la salvación de su alma...[21]

« Se lo ruego también por la pasión y muerte del divino Maestro suyo y mío.[22] Recuerde sus hermosos días de noviciado: su piedad, su amor a Dios, su tierna

---

[21] El original dice «mil».

[22] *Jn.* 15, 12, 17.

[23] *Jn.* 17, 21, 23.

[24] Falta en el original.

[25] En el original pone «nuestros».

[26] *Jn.* 17, 21, 23.

[27] En el original se lee «llevarán».

[28] El original dice «*que escaparán* al naufragio *hoy*».

[29] En el original pone «esta querida».

[30] Los autores han cambiado completamente la frase del original, mucho más sencilla y eficaz: «consumirse como la paja en el fuego».

devoción a María; ¡qué recuerdos tan agradables y tan preciosos! ¡Qué feliz era usted entonces! ¿Por qué?: porque servía al Señor en espíritu y en verdad.[23] ¿Por qué no poder gozar aún de la misma dicha? Todo está en sus manos. Para eso, no tiene usted más que renunciar por completo a cuanto ha constituido la causa de[24] sus desgracias.[25]

« Que una rápida respuesta a esta carta me anuncie que el Hno. X...[26], amadísimo hijo mío, se ha entregado de nuevo a sus deberes y quiere vivir como perfecto religioso...»[27]

El hijo descarriado no permaneció sordo a la voz del tierno padre que le tendía los brazos con efusiones de amor. Aun sin proporcionarle plena satisfacción, al menos reconoció sus errores y, más tarde, abrazó el estado eclesiástico,[28] mostrándose digno de su nueva vocación. Joven aún, fue incluso [305] víctima de su celo en el ejercicio de su ministerio.

El Hno. Policarpo era manso y paciente, pero lo era sin debilidad. Cuando la mansedumbre y la caridad habían cumplido su misión, si el caso lo exigía, una severidad irrenunciable recuperaba sus derechos. Ahora bien, residían en él la prudencia inspiradora de sabios consejos y la fortaleza para llevarlos a la práctica. En consecuencia, tras haber agotado todos los medios sugeridos por un imaginativo celo, desplegaba esa energía, esa firme autoridad, ese señorío en el obrar, que no se doblegan jamás cuando se trata de salvaguardar los intereses y el honor de un Instituto, de mantener intactas las leyes de la virtud y el vigor de la disciplina religiosa: era este un deber estricto que imponía a su conciencia y a la paz de su alma.

«Quiero pensar, escribía a los Hermanos de América, quiero pensar que entre ustedes jamás existirá ningún miembro con tanto orgullo como para introducir el espíritu partidista y de escisión; pero si hubiera uno de tal índole, tendrían que ex-

---

[31] *Col*, 3, 14.

[32] En el original pone «todos».

[33] 1 *Cor*. 13, 4-6.

[34] En el original solamente dice «de aquellos».

[35] En el original pone «Somos».

[36] En el original, «materia».

[37] Original: «antes bien, mediante un ... miseria, *despojémonos* de toda ...».

[38] He aquí cómo aparece el último trozo en el original: «con el fin de que nuestra caridad *dé paso* entre nosotros *a* una *suprema* igualdad, *y esta misma igualdad, que es un efecto de la caridad y del amor*, contribuirá en gran medida a *incrementar la caridad y a conservar la unión*».

cluirlo sin demora, incluso tratándose de alguno de los Hermanos más antiguos en la Comunidad».[29]

Si estigmatizaba el orgullo, tan ciego [306] siempre en sus miras, tan despreciable en sus ruindades, tan ridículo en sus pretensiones insensatas; si le declaraba la guerra con enérgico lenguaje, su acento adquiría mayor énfasis todavía para reprobar la vida sensual, la más vil y degradante de las pasiones en un religioso. ¡Con qué tintes tan oscuros describía el estado de las almas que se convierten en sus tristes esclavas! Se acabaron, para ellas, la luz, los sentimientos nobles, la dignidad, el entusiasmo y la vida: ¿no se han quedado sumergidas, acaso, en una atmósfera malsana donde reinan la noche, el desorden, las ruinas y la muerte?

«Los que se encuentran cargados con las pesadas cadenas del vicio impuro –decía más o menos en estos términos– ¿son dignos de vestir el santo hábito religioso? ¿No resultan, acaso, un perpetuo peligro para la inocencia de los niños? ¡Ah!, ¡lejos de nosotros tales seres envilecidos!, ¡lejos de nosotros los desventurados cuya vida se arrastra en el fango y el barro! Secuaces del infierno, lobos rapaces, ¿qué estragos no harían en los apriscos del Señor?...».

A los desdichados que no poseían el coraje suficiente para quebrar sus cadenas, les reservaba los rigores de sus justas sanciones; la sentencia de expulsión estaba dictada. En virtud del orden jerárquico de deberes según San Ignacio, que [307] ya hemos citado, jamás vacilaba a la hora de preferir el bien común sobre el bien particular, y el interés mayor sobre el menor; sacrificaba sin miramientos, por la

---

[39] 1 *Cor*. 13, 5.

[40] En el original pone «quien está dotado de ella».

[41] « y éxitos» falta en el original.

[42] El original dice «concluye».

[43] En el original pone «pureza».

[44] En el original leemos «el *hombre* que quiere *enriquecerse con ella*».

[45] El original dice «hacer».

[46] Después de «golpes» falta «más certeros y».

[47] Los puntos suspensivos están en lugar de «y la indocilidad».

[48] Falta en el original.

[49] El original dice «amor propio».

[50] En el original se lee «le llaman».

[51] Falta en el original.

[52] En el original, «buenos».

salvación general, al individuo capaz de convertirse en piedra de escándalo para los demás. Por otro lado, un ejército es más poderoso por la disciplina que por el número; imitaba a Gedeón deshaciéndose de los malos soldados. Su corazón sangraba, pero se mostraba inflexible.

«Mantengamos intactas las normas de la virtud, –decía– mantengamos nuestras santas Reglas, y en cuanto a las desagradables consecuencias que pudieran derivarse de nuestra severidad, ¡confiémonos a la justicia y a la misericordia de Dios!».

Por lo que toca a la paciencia y resignación del Hno. Policarpo, ambas estaban sólidamente cimentadas en su alma: obtenidas como irradiación y fruto de la fe, del amor y del sacrificio, resultaron, en consecuencia, de firmeza inquebrantable. Caminando tras las huellas de los santos, cuya vida es un reflejo del Salvador, había conseguido su misma perpetua serenidad de espíritu, que los hacía semejantes a las cumbres elevadas fuera del alcance de tempestades y borrascas. Protegido por la coraza de la paciencia, humildemente sumiso a la voluntad divina, poseedor de «esa fortaleza de alma tan necesaria en los [308] combates difíciles» de la que habla en una de sus cartas, triunfó así del mundo, de las pasiones y del infierno: triple victoria que le valió la paz del corazón y la prenda de la corona inmortal.

Y sin embargo, debemos decirlo, existieron para él, como para todos los discípulos de la Cruz, días de tiniebla y de angustia, horas en las que sentía aplastada su alma por el peso agobiante de las tribulaciones.

«Me abruman penas y contrariedades, exclamaba. ¡Oh, cuánto necesito que Dios venga en mi auxilio!».

Mas entonces, con los ojos fijos en el Modelo adorable, realiza el esfuerzo de elevarse por encima de dolores y tristezas del momento, y de su corazón escapan estos sentimientos que tan bien retratan su entera sumisión a la voluntad divina:

---

[53] En el original se lee «consejos de quien».

[54] En el original: «fue puesto sobre ustedes para ser, no su maestro».

[55] En el original aparece «para darle gusto».

[56] El original dice «reporten»

[57] Original: «sirvan».

* [58] Circular de enero de 1844. — Sobre este punto de la caridad, es decir, del amor recíproco entre los religiosos y de la unión que debe reinar siempre entre ellos, también las cartas privadas contienen bastantes consejos. Sobre la caridad del Hno. Policarpo, confróntense los interesantes testimonios de los Hnos. Mizaël y Adelphe. (Docc. XXIII, XXIV).

* [1] Año eucarístico.

«¡Ánimo, alma mía, ánimo! No perdamos jamás de vista ninguna de las lecciones que nos da el divino Maestro en su dolorosa Pasión sobre todo. ¿Qué nos enseña en el huerto de Getsemaní? Sumido en un diluvio de males que se abaten sobre él y los suyos, triturado y estrujado en el trujal de la justicia divina, abarcando su mirada mis pecados y las iniquidades todas del mundo, pide que se cumpla la voluntad del Padre y no la suya propia. Nos muestra la [309] resignación perfecta: "¡Hágase tu voluntad, Dios mío!"; tal debe ser mi divisa en todas las tribulaciones que el Señor pueda enviarme...»

«La única felicidad de la tierra –dice un autor– se cifra, toda, en una completa sumisión al orden querido por Dios, orden del que nacen la tranquilidad de la conciencia y la paz del corazón».

Ahí reside también una fuente inagotable de méritos, de fortaleza y de valentía. Estos principios de la vida espiritual, muy familiares para el Hno. Policarpo, serían tema de diversas exhortaciones dirigidas a los Hermanos que andaban a la greña con las dificultades y obstáculos sembrados en el camino de la virtud.

Veamos algunos de sus fragmentos más notables. Reconoceremos en ellos el hábil magisterio de su autor; todos respiran el sosiego y la serenidad de un alma enteramente abandonada a la paternal solicitud de Dios, alma que se alza por encima de los acontecimientos y las pruebas de este mundo.

¡Cómo le gusta infundir en los corazones la santa resignación que se ha de convertir en señorío, en arma de lucha y de victoria, en remedio y consuelo contra todos los males, en seguridad perfecta ante la perplejidad, en eficacísimo auxilio para obtener una sólida virtud!

«Quiera el Señor concederles fortaleza suficiente para soportar en [310] paz, e incluso con gozosa resignación, las pequeñas cruces, las diversas pruebas que tiene a bien enviarles...A pesar de dichas pruebas, conserven la calma llenos de confianza, aguardando el tiempo en que Dios les alumbre los ojos del espíritu con el rayo luminoso de su divina luz... ¡Oh, qué felices serán si permanecen fieles en las arideces y abandonos sensibles que sufren! Es ese el crisol donde el oro acendrado de la caridad se refina más y más. ¡Bienaventurado el que sufre esa prueba dolorosa con paciencia y amor..., porque recibirá más fuerza para el combate, mayor gracia para merecer la corona que Dios ha prometido a sus siervos fieles!... Ánimo y confianza, generosidad sin límites en el servicio de tan buen Maestro» (Cartas diversas).

---

[2] *Mat*. 5, 4.

A un Hermano atribulado por espesas tinieblas y agobiantes desolaciones, a quien se le hacían muy penosos los santos ejercicios de la oración y meditación, le escribía:

«¿Conque le ha llegado la hora de la aridez? No debe desconcertarse ni abandonar sus ejercicios de piedad ni descuidar ninguno de sus deberes por eso. Es el momento más idóneo para demostrar a Dios que no le ama usted por los [311] dones y gracias que Él le haya podido prodigar en otro tiempo, sino por Él mismo, y que quiere usted pertenecerle en la vida y en la muerte. Diga con San Pablo que nada en el mundo será capaz de apartarle del amor que ha consagrado a Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo.[30] Sea hombre valiente y decidido, pero lleno, no obstante, de una santa desconfianza en sí mismo, y crea que el sosiego no tardará en renacer en su alma».

«Cuando no todo sucede a medida de sus deseos –decía a otro– sepa ponerse en manos de la Providencia y obrar con el gozo de un alma tranquila, resignada, aceptando de buen grado las adversidades y los fracasos en sus empresas, porque todo puede contribuir poderosamente a su santificación; pero es importante que en toda circunstancia conserve usted la paz del corazón.[31] Se halla, pues, ahora bajo el

---

[3] Se trata del Hno. Jubin, de la comunidad de Mobile, América. Había salido de Europa en 1850. De esta carta, se conserva el original sin fecha (*Hno. Pol.- Correspond. de los Hermanos - Dirección espirit.*, Archivo de los HH. del S. C.); podemos, sin embargo, determinar dicha fecha con bastante exactitud gracias a la posdata, de la cual deducimos que la carta fue escrita en los días previos al domingo 30 de octubre de 1853: «Ayer por la tarde, al terminar la lectura espiritual con nuestros buenos y numerosos novicios, les hablé de la triste situación en que se halla mi Hno. Jubin, aunque sin nombrarlo, y convinimos en ofrecer por él la comunión siguiente, el domingo, 30 de octubre».

[4] Falta el párrafo inicial de la carta, que resulta interesante para conocer la primera reacción suscitada en el ánimo del Siervo de Dios ante la noticia de que el Hno. Jubin quería abandonar la Congregación. Dice así: «Su conducta en Mobile me causó inicialmente una enorme indignación, y hubo unos instantes en los que no me hubiera pesado que nuestros Hermanos se hubiesen desembarazado de usted. Pero esta reacción momentánea, fue reemplazada de inmediato por los sentimientos de afecto que le profeso desde hace mucho tiempo y de los cuales está usted más que convencido».

[5] En el original pone «conmiseración»

[6] En el original se lee «grado de afecto *a aquel* que».

[7] Estos puntos suspensivos no se hallan en el original ni sustituyen partes suprimidas. En las breves palabras que siguen, y que faltan en el original, los autores han expresado una idea que se encuentra en el párrafo inicial, reproducido por nosotros en la nota 4.

imperio de la desolación. ¡Pobre hijo mío!; ¿qué hacer en este estado de angustia?: Armarse de paciencia, imitar la admirable sumisión de Jesús agonizante, arrojarse con amorosa confianza en los brazos de Dios, y aguardar la visita de Aquel que tantas veces ha sido manantial de su felicidad». (Extractos de varias cartas personales).

[312] Ahí nos queda esa serie de consejos impregnados de gran sabiduría y honda espiritualidad. Por lo demás, no hacen sino traducir lo que el venerable Hno. Policarpo había experimentado y practicado por sí mismo en la tarea laboriosa de su propia santificación.

[313] **CAPÍTULO XII**

Su humildad y abnegación.

La humildad –dice San Ambrosio– es la piedra preciosa, la joya de las almas selectas y el fundamento de la santidad. Es también el trono de la sabiduría, el manto de la gracia y el preludio de la gloria. Esencial en la obra de la santificación, la humildad es, junto con la fe, la inspiradora, el apoyo y la salvaguardia de las

---

[8] Estos puntos suspensivos sí que están en el original, pero no sucede lo mismo con el signo de interrogación precedente, que no figura en él.

[9] En el original leemos «*estuve en* la capilla *para*».

[10] El original dice «sandeces».

[11] Estos puntos suspensivos reemplazan el nombre, Jubin.

[12] El original dice «no esperaba».

[13] Los dos adjetivos faltan en el original.

[14] En el original pone «este buen Maestro».

[15] En el original: «reconducirle».

[16] Faltan las palabras «aún hoy».

[17] El original dice «me rehuyes».

[18] En el original leemos «arrebatármela *de nuevo, y eso* para entregársela».

[19] Estos puntos suspensivos se hallan también en el original.

[20] En el original falta la última parte del párrafo y los puntos suspensivos que lo cierran.

[21] He aquí el texto del original: «Se lo suplico por el amor de su alma, por todo lo que más quiera... » Los puntos suspensivos se hallan en el original.

demás virtudes.

«Si sus limosnas, –escribe San Juan Crisóstomo– si sus ayunos y oraciones, si sus penitencias y buenas obras no tienen la humildad como base, vanos son sus esfuerzos; el fruto de su labor se vendrá abajo».

Por tales razones, el Hno. [314] Policarpo amó esta virtud como un rico tesoro, realizó con gran perfección las acciones que provienen de ella y pasó su vida prac-

---

[22] Faltan las palabras «Sea, en fin, buen religioso».

[23] Veamos cómo aparecen estas frases en el original: «recuerde sus hermosos días de noviciado, su piedad, su *ternura* con Dios, con María; ¡qué dichoso era usted entonces por servir a *Dios* en espíritu y en verdad... ¿No es cierto que entonces era usted feliz?».

[24] En el original se lee: «a lo que ha constituido la *fuente* y causa de *todas* ».

[25] Falta aquí un fragmento de la carta, interesante también porque nos permite vislumbrar el motivo que originó la actitud intransigente del religioso, a saber, la prohibición proveniente del Superior General, de seguir dedicándose a la música, visto que era una causa de distracción (véase la carta del 4 de octubre de 1853 a los Directores de Mobile y Dubuque, *Hno. Pol. - Correspond. de América*, ibid.):

«Seguramente, se ha enfadado mucho conmigo por haberle prohibido la música; pero dígame, ¿qué pensaría usted de un padre que dijera amar tiernamente a su hijo y que, sin embargo, viendo a este hijo querido bañado en sangre a causa de una profunda y extensa herida que se hubiera hecho con un instrumento cortante mantenido aún en sus manos, qué pensaría de ese padre, repito, si no hiciera más que reírse al ver a su hijo en semejante situación y continuase dejándole el cuchillo para jugar, aun a riesgo de que se hiriera mortalmente? Diría usted que ese padre no ama absolutamente nada a su hijo, porque si lo amase, le quitaría el cuchillo de las manos y lo haría añicos.

« He ahí una situación semejante a la suya; le amo con todo mi afecto, y de ello no le cabe la menor duda; ahora bien, al observar que la música ha producido en su alma una extensa y profunda herida, ¿podría afirmar que le amo, y usted lo creería, en el supuesto de que le hubiese permitido usar ese instrumento fatal?...»

Alguno, leyendo los párrafos anteriores, podría pensar que el Siervo de Dios se oponía al estudio de la música; todo lo contrario; si tomó esa decisión con este religioso fue debido a que la música le había distraído muchísimo. Había sido él mismo, en efecto, quien le había dado permiso y le había enviado los instrumentos para que la cultivase, siempre dentro de los debidos límites y según el espíritu de la Regla. «Le envío al Hno. Jubin, escribe al Hno. Alphonse el 28 de agosto de 1850, un figle y un clarinete de trece llaves y unas partituras por valor de unos cuarenta o cincuenta francos. El figle cuesta 65 francos y el clarinete 35» (*ibid*). Por el fragmento que sigue, correspondiente a una carta del Hno. Adrien al Hno. Alphonse, 22 de mayo de 1849 (Doc. XI), sabemos que en Paradis se cultivaba la música tanto instrumental como vocal, a un nivel que no nos hubiéramos imaginado, hasta el punto de ocupar un lugar destacado en la materia, y más tratándose de una congregación religiosa:

ticándola; porque –no nos hagamos ilusiones– la vanidad y el amor propio son las inclinaciones viciosas más tenaces de nuestra pobre humanidad.

«El amor propio –dice un moralista– no muere del todo en nosotros hasta media hora después de nuestra propia muerte». Pero aun suponiendo que no estuviese totalmente extinto en el Hno. Policarpo, bien poca vitalidad y poder tenía sobre él. ¡Cuán profundamente penetrado del sentimiento de su propia bajeza y de su nada

---

«Ignoro si usted sabe que poseemos aquí música instrumental que comienza a gozar de cierta reputación. A pesar de haber sido organizada principalmente para los alumnos, sin embargo, preparamos algunos Hermanos para apoyarla. Entre los instrumentos elegidos podemos citar: armonio, piano, figle, trompa, cornetín de pistones, clarinetes, corneta de llaves, saxofón, flauta, bombo, tambor, timbales, flautines, etc. Varios de nuestros Hermanos saben tocar el figle y, sobre todo, acompañar el canto gregoriano. La música vocal va quizás mejor que la instrumental y a veces nos cantan piezas, motetes o cánticos estupendamente bien; los Hermanos se forman unos a otros en la música vocal y un profesor de conservatorio viene a impartir clase de música instrumental todos los días...»

Me parece que no se puede pedir más; y todo ello, por voluntad e iniciativa del Siervo de Dios que, precisamente, residía en Paradis.

[26] El Hno. Jubin.

[27] Este religioso abandonó la Congregación hacia noviembre-diciembre de 1853, antes de llegarle esta carta del Superior General; sin embargo, en vez de quemarla como se le había ordenado, el Director de Dubuque, Hno. David, la conservó, y gracias a eso ha llegado hasta nosotros. La orden se la había dado el Siervo de Dios el 27 de enero de 1854. En la carta que la contiene, el Hno. Policarpo, a causa de la fuerte impresión producida por la defección, contempla la posibilidad de retirar a todos los religiosos de América: «He recibido sus dos ultimas cartas a su debido tiempo, es decir, la que me habla del abandono del Sr. Magne, Hno Jubin, y la del 7 de diciembre, en la que me felicita el año nuevo. Podría haberle respondido a la primera, pero si lo hubiera hecho, le habría dicho que vendiese la finca y que regresara a Francia; hasta ese extremo me había ofuscado el asunto del Hno. Jubin: no porque lo lamentase, ya que me alegro mucho de que se hayan desembarazado de él, sino porque su salida puede abrir la puerta a otros para seguir el mismo camino...» (en *Hno. Pol.- Correspondencia de América, ibid*.).

Lo mismo, e incluso con mayor fuerza, le había dicho el 12 de octubre de 1852 al Hno. David, a propósito de la salida del Hno. Justin, también en América, el cual «se había retirado a una diócesis lejana...» (*ibid*.). Las expresiones un poco duras que, como hemos visto, emplea cuando algunos religiosos abandonan la Congregación, son consecuencia de la fuerte reacción que tales decisiones producían en su alma, sobre todo cuando se trataba de religiosos muy apreciados y especialmente formados por él, como es el caso de los Hnos. Jubin y Justin. La voluntad de estos, de pasar al estado sacerdotal, origina en el Siervo de Dios una honda preocupación de que su ejemplo pueda servir de estímulo a otros y propicie, precisamente, la salida de los mejores.

estaba el buen Hermano! Con mano maestra, con absoluta convicción nacida de la experiencia de luchas crueles, pero victoriosas, pinta el cuadro de las flaquezas y miserias sin cuento, cuyo foco reside en el corazón del hombre a causa de la culpa original.

«¡Cuán dignos somos, ay, de compasión! Las malas inclinaciones que nos arrastran al mal, las pasiones que nos ciegan y tiranizan, las llagas repugnantes del pecado que manchan y desfiguran nuestras almas, debieran constituir un perpetuo motivo de confusión y de vergüenza e inspirarnos bajos sentimientos de nosotros mismos. Considerémonos como un [315] vil desecho que, arrojado a la calle, pisotean los transeúntes».[1]

He ahí, ciertamente, el lenguaje de la verdadera humildad.

Manifestábase en él esta virtud adornada de los más bellos encantos, resplandeciendo en sus hechos y palabras; todo cuanto iba contra ella, recibía su desprecio soberano. Por eso, ¡qué compasión le inspiraban ciertos Hermanos cuando, cegados por el amor propio, afectaban maneras poco afines con la sencillez y modestia religiosas! Repugnábale, sobre todo, la vanidad de aquellos a quienes gusta cuidar meticulosa y exageradamente su cabello. A buen seguro que no era precisamente su admirador el humilde Hno. Policarpo. A sus ojos aparecían como almas superficiales y frívolas, gente ridícula, de cabeza hueca bien erguida, pero de corazón rastrero.

Se pudo afirmar de él, con toda verdad, que *jamás* le oyó nadie articular una sola palabra en su propia alabanza, ni siquiera mediante uno de esos artificios demasiado comunes que derivan del orgullo refinado: hablar mal de sí mismo, sin convicción, para que otros hablen bien. Huyendo sinceramente y con sencillez, de honores, distinciones y [316] cuanto pudiera acarrearle gloria humana –gloria que

---

[28] Le había precedido el mencionado Hno. Justin (cfr. nota precedente), que había abrazado igualmente el sacerdocio. Para captar con mayor claridad el pensamiento del Siervo de Dios sobre el paso de los Hermanos al estado clerical, léase el Doc. XIII, A, 3.

* [29] Carta de octubre de 1854. — Dirigida al Hno. Alphonse, la carta es del 6 de octubre (*Hno. Pol. - Correspond. de América,* Archivo de los HH. del S. C.). Aunque sin alterar el sentido, los autores han retocado sensiblemente el texto. Veamos el original: «*Su carta, sin embargo, me ha tranquilizado, y me atrevo a esperar que nuestros Hermanos de América formarán siempre una sola familia con su madre*; que jamás existirá *entre ellos* ningún miembro con tanto orgullo como para introducir *un* espíritu partidista y de escisión; *debe estar usted ojo avizor en este punto*, y si *alguna vez apareciera* uno de tal índole, excluirlo *de inmediato*, incluso tratándose de alguno de los Hermanos más antiguos en la Comunidad».

se desvanece como la sombra– sólo ambicionaba la estima, sólo pretendía las miradas y aceptación de Dios; así lo demuestra toda su conducta.

Por dos veces, como sabemos, ¿qué no hizo para rechazar el cargo de Superior, del cual se juzgaba indigno? Al escucharle, hubiérase dicho que era incapaz de gobernar el Instituto.

«Soy un hombre inútil, exclamaba a veces. Más de un Hermano puede reemplazarme con ventaja. Que el Señor me llame a su lado cuanto antes; ese es todo mi deseo».

¿No están obligados los Hermanos del Sagrado Corazón a ser más humildes que otros religiosos si quieren parecerse en sus rasgos al divino Modelo de los elegidos? El hermoso nombre que poseen, ¿no les impone la obligación de amar con cariño especial y poner en práctica estas dos delicadas y modestas virtudes: sencillez y mansedumbre? Sí, pues nobleza obliga.

Y el Hno. Policarpo no dudaba en hablarles así:

«Puesto que tenemos la inapreciable dicha de ser los Hermanos del Corazón adorable de Jesús, debemos hacer de la mansedumbre y la humildad nuestras dos virtudes favoritas y no descuidar nada para adquirirlas. Sí, mis buenos [317] Hermanos, amen la humildad como un tesoro de alto precio. Se trata de una virtud que el Corazón de Jesús estima en grado sumo. Esfuércense por abrigar sus sentimientos y producir sus actos. En la persona de cada uno de sus discípulos, el divino Maestro nos dice a todos: "*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*". Ejercitémonos, pues, en la práctica de contemplar nuestra pequeñez, mediante el verdadero conocimiento de nosotros mismos. Que toda nuestra gloria consista en ser los últimos y más humildes de los siervos de Dios».[2]

Cuando el virtuoso Superior veía a sus Hermanos entregarse a las santas prácticas de una vida humilde, oculta e ignorada por el mundo, les felicitaba gozoso, como lo prueban estas palabras:

«Me alegra conocer su fidelidad a la gracia. Sus progresos en la humildad y el exterminio del amor propio me encantan y me hacen concebir la dulce esperanza de que proporcionará mucha gloria al Señor, y a un gran número de almas la gloria eterna. Continúe, pues, haciendo nuevos progresos en esta preciosa virtud y verá usted llegar a las demás en pos de ella como un hermoso cortejo»[3]

[318] A sus sabias lecciones, de ordinario añadía el Hno. Policarpo ejercicios idóneos para hacerlas eficaces. El que citamos a continuación es de esa índole:

provoca la ascensión del alma hacia Dios y propone realizar actos de una virtud muy del agrado del divino Corazón.

«¿Quiere usted –escribía a uno de sus Hermanos más fervorosos– progresar por el camino de la santidad y mantenerse en él con firmeza? Emplee los medios siguientes: rece diariamente veinte oraciones jaculatorias al menos, diez por la mañana y otras tantas por la tarde; hará, además, ocho actos interiores de humildad. Dos veces, a saber, por la mañana antes de la oración y por la tarde antes del reposo nocturno, póstrese en su celda apoyando la frente en el suelo como signo externo de humildad y piense que ni siquiera es usted digno de besar ese suelo. Si hubiere omitido alguna de esas jaculatorias o prácticas, recite lentamente el *Miserere* por la noche, antes de acostarse, tendido en el suelo y con los brazos en cruz».[4]

No lo dudemos: él, que tan bellos consejos daba [319] con sencillez tan entrañable, actuaba de ese modo, sin testigos, en la misteriosa soledad de su querida celda. Nos complace imaginarlo en la intimidad, de corazón a corazón, a los pies del divino Crucificado. ¿De qué actos de suave abandono y piadoso anonadamiento no sería testigo aquella celda habitada por un santo? Sus secretos los reserva para sí; en cuanto a nosotros, no nos será dado conocerlos hasta el día del juicio final; sin embargo, es muy legítimo que nos edifiquemos ya desde ahora contemplándolos con la imaginación.

Y a los Hermanos del Sagrado Corazón formados por el Hno. Policarpo o en su escuela, ponemos nuestro empeño en repetirles:

«¡Ánimo, no decaigamos, que somos hijos de santos!».

[321] CAPÍTULO XIII

Su amor a la pobreza, a la cruz y al sufrimiento.

El Hno. Policarpo había recibido de lo alto, la gracia de comprender estas palabras:

«*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*».[1]

De ahí que se le viera deleitarse de continuo en la pobreza, tener más afecto a sus modestas prendas de vestir que a todas las riquezas de la tierra, considerar más amable y preciosa la penuria que la abundancia de tesoros. Fijos sus ojos en el Hijo

de Dios, hecho pobre para instruirnos y comunicarnos los bienes verdaderos, lo eligió como única herencia. El [322] Pesebre, Nazaret y el Calvario, habían operado poderosamente en su corazón.

¡Oh, cuán penetrado estaba de las obligaciones que contrajo el día en que, con solemnes compromisos, se consagró al Señor! A partir de ese momento, por siempre memorable para él, se consideró como un pobre verdadero, encantado de vivir y morir en el olvido y entregado a voluntarias privaciones.

Así pues, ¡qué delicadeza de conciencia hasta en el uso mismo de las cosas permitidas por la Regla! ¡Cuántas veces se le vio imponerse largos viajes cargado con su saco como un mendigo, caminando agotado por la fatiga, pero feliz de poder experimentar los efectos de la pobreza evangélica! Una vez hizo el trayecto de Lyon al Puy caminando y le salió muy barato. ¿Cuánto había gastado? Él mismo nos lo dice: apenas unos céntimos...

Respecto a las comidas cuando estaba de viaje, se atenía siempre estrictamente a las normas de la Regla. Un día, viajando con varios Hermanos de Marvejols a Paradis, hizo un alto en Saugues donde, a petición suya, se les sirvió la comida. Ahora bien, después del segundo plato aparecieron otros sobre la mesa, aunque no por mucho tiempo, porque el buen Hno. Policarpo en seguida ordenó retirarlos por superfluos, no [323] sin una amable sonrisa y aquella gracia exquisita que le caracterizaba, queriendo enseñar así, que la Regla debía ser observada en todo tiempo y lugar. Lo mismo sucedía en cualquier otro sitio. Durante sus visitas, si algún director, con el fin de mostrarse obsequioso trataba de hacerle aceptar un tercer plato, recibía una rotunda negativa. Ante voluntad tan claramente resuelta a no ceder, era inútil insistir.

---

[30] Una idea similar aparece desarrollada en la circular del 27 de junio de 1847. (*Hno. Pol. - Circulares, ibid.*).

[31] Carta del 14 de mayo de 1855, al Hno. David (*Hno. Pol. - Corresp. de América*, ibid.): el texto está tan retocado que llega uno a sospechar si se tratará de otra carta. De todas formas, he aquí el texto original: «Una cosa que, quizá, puede hacerle mucho daño es la zozobra que le invade cuando no todo marcha como le gustaría. Hay que saber abandonarse un poco más en manos de la Providencia y obrar siempre con calma, aceptando todo de buen grado: tanto las adversidades como los éxitos, ya que todo puede contribuir poderosamente a nuestra santificación. Conserve, pues, la paz de espíritu, que le será muy beneficiosa para la salud del cuerpo y del alma». Una confirmación de cuanto los autores han expresado en el presente capítulo se halla en los Docc. XXIII, XXIV, XXV.

La misma enérgica firmeza empleaba cuando debía reprimir abusos o combatir ciertas tendencias mundanas, de cualquier índole que fuesen. Así, tal como atestiguan quienes lo conocieron bien, no toleraba ni utensilios de mesa demasiado caros ni vinos exquisitos ni muebles u objetos lujosos; cosas todas que, a sus ojos, eran no sólo inútiles sino apropiadas, incluso, para pervertir el espíritu que debe reinar en una sociedad cuyos miembros se glorían de ser imitadores de Jesucristo.

Si criticaba implacablemente la vida muelle y sensual, no debía hacerlo menos con la vanidad ridícula de aquellos a quienes, amigos de engalanarse, les gustaba disponer de hábitos elegantes. Cierto día, dos Hermanos que se habían hecho confeccionar, el uno un amplio manteo y el otro una soberbia sotana con paño de primera calidad, [324] recibieron una severa reprimenda en presencia de todos los miembros del Instituto reunidos para el retiro anual.

«¡Qué triste es, dijo con enérgico lenguaje, poco habitual en él, qué triste es constatar que tales ejemplos se den entre nosotros! ¿Cómo calificar a quienes los dan? ¿Qué decir del espíritu que los anima? ¿No se trata del espíritu de orgullo y de vanidad, de ese espíritu que engendra el desorden y que acarrea siempre el deterioro de la disciplina religiosa?... No sé por qué me retengo y no hago comparecer aquí a esos *religiosos bastardos* vistiendo las prendas que se han procurado contra las normas de la pobreza y de la obediencia. ¡Ah, Hermanos míos, compadezcamos a esos desventurados que ni sienten ni aman su vocación! Roguemos al Señor para que se digne curarlos de su ceguera; pero, ¡ay!, ¡cuán de temer es que se introduzcan cada vez más por la senda del mal!...»

Los temores del buen Superior estaban sobradamente fundados... Más tarde, en efecto, los dos presuntos culpables, sacudiéndose el yugo de la obediencia, abandonaron su vocación; y su conducta probó, tristemente, que el gusto del lujo y las rebeliones del orgullo conducen [325] por grados e inexorablemente a «la caída que produce la muerte».[2]

No menos alerta se mantenía contra la ilusa pretensión de ciertos Hermanos que, a pesar de la Regla, creían poder disponer libremente de su patrimonio. A este propósito, escuchemos los reproches dirigidos a un joven director cuyo corazón todavía se hallaba un tanto apegado a los bienes que un día abandonó por la profesión religiosa, reproches, por otra parte, llenos de compasión y fina ironía.

«Me dice que el Sr. X... tiene dinero de usted y me pide permiso para usarlo según le plazca. Después de esto, mi querido amigo, ¿podría decirse que ha captado el sentido, el espíritu y los gustos de la vida religiosa? Si pensaba arrepentirse de haber hecho los votos, ¿por qué los renovó en el pasado retiro? Jamás hubiera

imaginado que el amor a los bienes caducos de este mundo podría fascinarle hasta ese punto... Porque su mayoría de edad le haya hecho entrar en posesión de unas centenas de francos,... ¿se cree usted personaje llamado a desempeñar un gran papel en el mundo? ¡Pobre hijo!, si así fuese, ¡qué estrechez [326] de miras! ¡Qué poca generosidad, qué poca grandeza de alma la suya si, a semejanza de los israelitas en el desierto, añorase aún las cebollas de Egipto!...»[3].

Estas reflexiones produjeron efecto.

Pero a pesar de hallarse despegado de los bienes de la tierra, el Hno. Policarpo no descuidaba en modo alguno los intereses materiales de la Congregación. No era de los que administran las cosas temporales un tanto a la ligera, al estilo de los anacoretas que viven solos y no tienen a su cargo el mantenimiento de nadie.

En efecto, ¡cuántos esfuerzos no hizo él con el fin de acrecentar los recursos y, de ese modo, multiplicar los medios de acción que el Instituto necesitaba para realizar la obra de Dios a mayor escala! De ahí las frecuentes instrucciones que dirigía a los directores a fin de conseguir de ellos una gestión inteligente, economizadora y siempre en armonía con las prescripciones de la pobreza religiosa. Sobre este asunto entraba en minuciosos detalles, tanto para las compras que se podían hacer siguiendo las costumbres establecidas en el Instituto como para las que se necesitaba un permiso especial.[4]

«Cuando pronunciaron sus [327] votos, les escribe, prometieron solemnemente no efectuar ningún acto de propiedad sin autorización de los superiores; por consiguiente, sobre este punto esencial, no se hagan ilusiones. Si fuera necesario, sepan ustedes regularizar su situación y no olviden jamás los compromisos que contrajeron cuando se consagraron al Señor. En cuanto a los directores, tienen reglas particulares que les trazan la línea de conducta a seguir: vía segura por la que no pueden extraviarse»...

El espíritu de sacrificio es fácil donde reina el espíritu de pobreza. El Hno. Policarpo, a ejemplo de un santo religioso, había resuelto «establecer tres moradas en su alma: la de la confusión a la vista de sus pecados, la del odio a sí mismo y la de su propio anonadamiento».[5]

Quería, de este modo, vivir como los santos, liberado del imperio de las pasiones, muerto a todo lo caduco, «sin tener ya ni pensamientos ni pretensiones humanas ni voluntad propia».[6]

Fue, pues, sobre las ruinas del hombre viejo, donde asentó los cimientos de su

---

* [1] Carta a un director.

vida espiritual; trabajo exigente de luchas incesantes y [328] difíciles: luchas contra el orgullo y las secretas pasiones, luchas contra el demonio y la violencia de sus ataques, luchas contra el mundo y sus máximas falaces.

Para conseguir la victoria sobre tantos y tan poderosos enemigos, se inspiraba en estas divinas palabras:

«*Quien no odia su alma no puede ser mi discípulo... Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...*»[7]

¡Cuán instructivas resultan estas palabras! ¡Qué revelaciones tan luminosas!; tan profundas son en su verdad, como sorprendentes para nuestra cobardía y delicadeza. ¡Cuán viles y abyectas inclinaciones, en efecto, habitan en el corazón humano! ¡Qué abismo de sensualidad y de corrupción tan espantoso!

«Tengo –exclama el Hno. Policarpo– bajas inclinaciones, apetitos depravados. Esclavo de una carne corrupta y dispuesta siempre a sublevarse, me produce sonrojo tan vil servidumbre; mas lejos de mí el desaliento; con ardor continuamente renovado, ¡guerra, tres veces guerra, a todos los enemigos de mi salvación! ¡Que el orgullo, la sensualidad, el amor reprobable de las criaturas y de mí mismo, caigan derribados! ¿No constituyen, acaso, un peligro continuo, un riesgo mortal para mi alma?

« Así pues, con el socorro de la gracia, quiero vencerme a mí mismo; [329] quiero seguir a Jesucristo por la senda del sacrificio. Como Él se inmoló por mí, quiero vivir y morir por Él, amar su Cruz y llevarla todos los días de mi vida».[8]

Convencido de esta gran verdad: "*El reino de los cielos sufre violencia*",[9] se la aplicaba fielmente a sí mismo. Las disciplinas, que con frecuencia ensangrentaron su débil cuerpo, y el cilicio, fueron para él una fuerza, una poderosa protección. Este último instrumento de penitencia, que todavía se conserva en Paradis, lo usó hasta el fin de sus días. Poco tiempo antes de morir, aún lo llevaba sobre su cuerpo, y

---

* [2] Carta de 1848. — Véase la carta del 10 de mayo de 1855 al Hno. Jean-Claude (*Hno. Pol. - Correspond. con el Hno. Jn-Claude,* Estados Unidos, *ibid*.).

* [3] Carta. — Es una carta, sin fecha, al Hno. David (*Hno. Pol.- Correspond. de América, ibid*.). También en este caso los autores han retocado el texto original. Helo aquí: «Me alegra *infinito* conocer *que hace usted progresos en la virtud y en la perfección, lo cual constituye para mí una prueba de* su fidelidad a la gracia; sus progresos, *sobre todo* en la humildad y el exterminio del amor propio, me encantan y me hacen concebir la dulce esperanza de que proporcionará mucha gloria al Señor, y a un gran número de almas la *felicidad* eterna; continúe, pues, haciendo siempre nuevos progresos en esta preciosa virtud y verá usted llegar a las demás en pos de ella».

únicamente accedió a desprenderse de él a instancias del Hermano que lo cuidaba.

Con el fin de fomentar en sus Hermanos el amor a la abnegación y el sacrificio, se complacía en demostrarles su excelencia y efectos maravillosos. Señalábales también los medios que debían emplear para adquirirla y descubrir si poseían esta preciosa virtud, sin la cual es imposible progresar seriamente en la vida espiritual.

«Un religioso –escribe– debe avanzar diariamente en el camino de la perfección, sobre todo en la práctica de la negación de sí [330] mismo; pues si esta no marcha a la cabeza, vano será el esfuerzo dedicado a la adquisición de otras virtudes.

« Por tanto, sus meditaciones, sus exámenes, sus oraciones..., todo se debe orientar hacia ella; y reconocerán que han hecho algún progreso, cuando los desprecios, los desdenes y las afrentas no les causen ya ningún sentimiento de malestar. Más perfectos serán aún si, en lugar de soportarlos simplemente sin quejarse, los reciben con agrado, llegando incluso a desearlos...».[10]

Escuchemos, una vez más, cómo estimula el Hno. Policarpo a sus religiosos para que persigan la perfección pedida por Jesucristo a quienes desean pertenecerle íntegramente:

«Salgan de su letargo, les escribe; jamás hallarán tiempo más favorable que el Nacimiento y la Circuncisión del Niño Jesús para renovar un alma que busca a Dios y quiere unirse a Él por el vínculo indisoluble del amor.

« ¡Cuán admirables resultan estos misterios! ¡Cuántas sublimes verdades nos enseñan! ¡Qué condescendencia, qué amor por parte de nuestro divino Salvador! ¡Qué lecciones tan sublimes nos dan de humildad, de mortificación, de sacrificio, [331] de anonadamiento! ¡Cómo condenan estas lecciones nuestra sensualidad, nuestro orgullo!...

« Acudan, pues, a la escuela del Pesebre: es ahí donde se asiste a lecciones elocuentes cuyo lenguaje, aunque mudo, ilumina el espíritu, penetra el corazón e inflama la voluntad; es ahí donde se aprende a practicar la circuncisión del alma por la mortificación, por la violencia que se hace a los sentidos y pasiones; es ahí, en fin, donde también se aprende a pisotear los vanos fantasmas de la grandeza humana, a despreciar aquello que denominan, acá en la tierra, riquezas, tesoros, felicidad...

« Despójense, por tanto, del mal espíritu y revístanse del espíritu de Nuestro

---

* [4] Carta. — Sobre la humildad del Siervo de Dios, confróntense también los testimonios de los Hnos. Mizaël y Adelphe (Docc. XXIII, XXIV) y el del autor de un artículo sobre la casa de Paradis (Doc, XXV, 1 a)

[1] Mat. 5, 3.

Señor, fuente de toda sabiduría y de toda santidad».[11]

La Cruz y Jesús, ahí residen el amor y la esperanza. El Hno. Policarpo escuchó muy pronto la voz de Jesucristo mismo, quien nos enseña que, para militar bajo su bandera, es necesario tomar la firme resolución de llevar la propia cruz como Él llevó la suya:

«Todos los santos, exclamaba, tienen gran devoción a la Cruz. Y San Pablo, concretamente, decía: "Dios me libre de gloriarme en otra cosa que en Jesús crucificado".[12]

[332] « La Cruz que San Francisco de Asís llamaba su libro por excelencia, me muestra cómo debo amar a mi divino Salvador; de sus llagas parece surgir una voz que clama: "¡Hijo mío, dame tu corazón!" Y yo, el hijo de su dolor, ¿podría negárselo?

« Me enseña también la Cruz a temer la justicia de Dios. Ya decía el Salvador: "Si así tratan al leño verde, ¿cómo tratarán al seco?"

« Ella me enseña, además, el precio que tiene mi alma. ¿Cuánto vale?: ¡La vida y la sangre toda de un Dios!...

« En fin, la gloria del Salvador surgió del seno de la pobreza, de las humillaciones y de la muerte cruel que Él tuvo a bien aceptar por mí: luego si quiero participar de su gloriosa resurrección, deberé asociarme a sus angustias, a sus oprobios, a su divino sacrificio.

« ¡Oh, quién me diera esa corona de espinas! ¡Quién me diera los clavos y la cruz! ¡Oh, madero sagrado!, ¡oh, clavos venerables!, ¡oh, santos padecimientos!; en adelante, vosotros seréis mi heredad. Quiero vivir y morir con Jesús, a fin de ser glorificado con Él...»[13]

[333] CAPÍTULO XIV

Su amor a Nuestro Señor.- Su devoción a la divina Eucaristía y al Sagrado Corazón.

Conocer, amar a Jesucristo, imitar sus divinos ejemplos, tal es el camino seguro que conduce a la verdadera santidad; según San Pablo, ese es el sello de la predestinación para la vida eterna.

Hombre de fe, atraído por los encantos de la vida interior, el Hno. Policarpo tuvo la enorme dicha de estudiar seriamente a Jesucristo: sus grandezas, sus perfecciones infinitas, su doctrina, sus virtudes; pero se dedicó principalmente a inspirarse en sus pensamientos y sentimientos y a reproducir en sí mismo la belleza de la imagen divina.

El Corazón adorable de Jesús fue, sobre todo, el objeto de [334] su estudio y de su amor; en Él halló el libro luminoso, el fuego devorador, el ideal subyugante, la fuente de todo bien.

Los misterios de Cristo, testimonios de caridad divina con los hombres, constituyeron el objeto prioritario de sus meditaciones y el alimento de su piedad. Escribía:

«Sí, aun al precio de los mayores sacrificios, quiero parecerme a Jesús, y a Jesús crucificado, devolverle amor por amor... Con el socorro de vuestra gracia, ¡oh, mi divino Salvador!, quiero tender a la negación de mí mismo esforzándome en preferir siempre el sufrimiento a los goces de la vida, la pobreza a las riqueza, la humillación y el desprecio a la honra y reputación. Grabad, pues, en mi corazón estas palabras, ¡oh dulce Jesús mío!: "*Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*"».[1]

Pero era principalmente al pie del altar donde sentía la necesidad de testimoniar su amor a Jesucristo y de buscar en su divino Corazón luz en la duda, calma en la perplejidad, resignación y esperanza en las horas de angustia: pues el [335] Dios de la Eucaristía había arrebatado y subyugado todas las potencias de su alma.

No se cansaba de admirar la condescendencia y la bondad de un Dios cuya grandeza y riquezas escondidas contemplaba en este misterio de amor a través de los velos de la fe. Aquí encontraba la abundancia de gozos espirituales y la fortaleza de alma que hacen fácil el cumplimiento del deber y la práctica de los mayores sacrificios.[2]

¡Con qué piedad oía la santa misa! Su compostura llena de respeto, su porte modesto, su recogimiento, todo delataba los sentimientos que embargaban su alma y la profunda impresión que producía en él la santidad del augusto sacrificio, durante el cual se ofrecía enteramente a Dios uniéndose a la Víctima sagrada. ¡Ah!, ¡ciertamente era entonces cuando su fe y su piedad atraían sobre él y sobre sus seres queridos las bendiciones más abundantes del Cielo!

---

* [2] *Prov*., XIV, 27. — Confróntese lo que escribe el Hno. Mizaël sobre el espíritu de ahorro del Siervo de Dios (Doc. XXIII).

¡Y qué fervor en sus comuniones! Veíasele inmóvil, como abismado en éxtasis de admiración y de amor. ¡Son tan deleitosos los consuelos de la Eucaristía! ¿No constituyen, acaso, un gusto anticipado de las inefables delicias del cielo, un preludio de la eterna [336] beatitud?

Pero al corazón generoso del Hno. Policarpo, no le bastaba con estos transportes de santa alegría; precisaba de los ímpetus del agradecimiento, de los deseos ardientes de la caridad, de los fervores siempre operantes del celo que se entrega, que se inmola.

Sobre este punto, y a través de numerosas citas, ya dimos a conocer en otra parte sus sentimientos, las oraciones que a Dios dirigía, los movimientos de su corazón impulsándole a realizar acciones propias de personas fuera de serie, asociadas a la gran tarea de salvar a los hombres.

En una esfera muy restringida, cierto es, ¿no tuvo la dicha de ser instrumento de las misericordias divinas y apóstol del Sagrado Corazón a lo largo de su vida, gastada entre los niños y sus Hermanos?

---

* [3] Carta de 1847. — Reproducimos ahora un pasaje de la carta del 26 de diciembre de 1856 al Hno. David, en el que con fina ironía y un poco en son de broma, le da una bella lección de pobreza, virtud que amaba entrañablemente: «Me alegra saber que ha encontrado a toda su gente bien de salud y animados de buen espíritu; con eso y el refuerzo que ha llevado, va a poner toda su granja patas arriba y la va a convertir en un vergel; así que dentro de poco serán ustedes ricos; y nosotros, pobres andrajosos, acudiremos de vez en cuando a llamar a su puerta, con lo que ustedes, haciéndonos partícipes de sus bienes temporales, acumularán los eternos, que son mucho más sólidos y duraderos. Pero ¿no será de temer que las riquezas les ofusquen y se apeguen a ellas de tal modo que se les puedan aplicar las palabras: "qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos"? Creo, sin embargo, que no será así con ustedes y que sabrán emplear santamente los dones de Dios haciéndolos redundar en gloria suya» (*Hno. Pol.- Correspond. de América*, Archivo de los HH. del S. C.; véase otra carta, del 18 de octubre de 1852, dirigida al mismo Hermano, *ibid*.).

A otro religioso le escribía el 19 de octubre de 1847: «Sería, por tanto, absolutamente inútil hacer un viaje por el mero gusto de viajar, a resultas de lo cual quedaría lesionada la santa pobreza. Tenía usted ganas de ver a su familia: ya la verá el año que viene, puesto que vendrá a hacer su retiro aquí» (*Hno. Pol. - Correspond. de Hermanos - Asuntos, ibid*.).

* [4] Carta. — Probablemente estas indicaciones aluden al pasaje que sigue a continuación. Basta echar un vistazo a las cartas, especialmente las enviadas a América, para observar la minuciosidad de los detalles en que se fija el Hno. Policarpo y el interés que pone en toda la administración. En la circular de noviembre de 1853, llama expresamente a «prudentes economías mediante una administración bien entendida de lo temporal...» (*Hno. Pol. - Circulares, ibid.)*

Maravillado por los beneficios de la Eucaristía, feliz de experimentar sus efectos, deseaba que sus Hermanos se alimentasen lo más frecuentemente posible con este pan de vida, único capaz de mantener en nosotros las energías tonificantes que hacen al alma vigorosa y fecunda en buenas obras.

Sabemos que gran número de ellos, cuidando sus verdaderos intereses, acudían a extraer vida abundante del Corazón de Jesús y a pedirle fuerza para seguir el camino de espinas que lleva al cielo; [337] pero otros, ¡ay!, lánguidos amadores de este divino Salvador, carecían del valor suficiente para abandonar el funesto espíritu rastrero bajo el que gimen tantas almas sometidas al yugo de la tibieza y a la opresión de ciertas pasiones mal reprimidas. Dirigíales a éstos caritativos reproches:

«¿Por qué son cada vez menos frecuentes sus comuniones? ¿Será que tienen más enfermedades y achaques? ¡Eh!, precisamente por eso necesitan ir al celestial médico de las almas.

« La Eucaristía, en efecto, no siempre es un premio; también es remedio. Son indignos de acercarse a ella, claro que sí, pero ¿quién es digno? Hasta los grandes santos, si vamos a eso, se mantendrían apartados... Necesitan a Jesucristo, y eso basta; aunque muy indignos, y precisamente porque son indignos, acudan a Él. ¡Comprendan su propia bajeza, humíllense y tengan confianza! Sí, créanlo, cuanto más alejados se mantengan de esta divina hoguera, más fríos y lánguidos quedarán...

« Les ruego, pues, con todo encarecimiento, que reciban la sagrada comunión lo más a menudo posible... Teman únicamente acostumbrarse a ella, comulgar con indiferencia, distraídos y por una especie de rutina. Pero si la precede siempre una seria [338] preparación, ¡oh, qué raudales de gracias inundarán sus almas! No verán ya sino al Amado; no tendrán otra vida que la suya. Él será su sostén y su fuerza; la tristeza de la peregrinación se disipará ante las alegrías del cielo...»

A un director, le escribía:

«Me encanta que su digno pastor sea partidario de que reciban ustedes la sagrada comunión una vez por semana; y yo desearía que fueran dos, además del domingo. Sí, acérquense a menudo a Quien funde los hielos de los corazones más fríos.

« Perseveren en el amor a nuestro Salvador, séanle siempre fieles, porque sólo en Él se encuentra la paz y la auténtica felicidad, la fuente del amor, el tesoro de los

---

* [5] *Resoluciones*. — Cfr. más arriba, *intr*.

* [6] Carta 1852.

[7] *Mat*. 16, 24.

bienes del cielo.

« Es el augusto sacramento quien provoca los incendios en las almas bien dispuestas. Es de ahí de donde manan los goces más puros y la verdadera sabiduría; es ahí donde se aprende a conocer y a despreciar la nada de las cosas de aquí abajo, las locuras y extravagancias del mundo. ¡Sea toda la conducta de ustedes una preparación para tal dicha!».

«¡Ah, quién pudiera, exclama también nuestro ferviente religioso, quién pudiera poseer un corazón semejante al de mi Jesús! Como [339] Él, recibiría en herencia la bondad, el encanto de la mansedumbre y la humildad; tendría, asimismo, el celo que se inmola por la gloria de Dios, que se entrega por la salvación de las almas...

« Si no me es dado semejante favor, quiero al menos fijar mi morada en Él, sacar de Él mi fortaleza y mi felicidad. ¿No es Él solo mi vida, mi esperanza y todo mi bien?...

« ¡Oh, Salvador mío!, dadme a comprender la vehemencia y la grandeza de vuestro amor por mí. Dignaos permitir que acerque mis labios a vuestro divino Corazón, a esa fuente de vida de la que manan tantas gracias. ¿Podría serme dado, ¡oh dulce Jesús mío!, que lo elija como lugar de mi descanso y que jamás salga de él? ¿No será esto demasiada temeridad y presunción por mi parte?...»[3]

Bien se ve: como muchas almas privilegiadas, el Hno. Policarpo había recibido intensas luces sobre las perfecciones, finezas y tesoros de gracias que encierra el divino Corazón; en Él experimentaba un gusto anticipado de los goces del cielo.

De ahí que hablara de Él con tanta unción, con sentimientos tan elevados y con expresiones tan conmovedoras que a todos inspiraba el amor a Jesucristo juntamente con el vivo deseo [340] de imitar sus virtudes.

¡Con qué efusión exhortaba a sus Hermanos a buscar en Jesús los auxilios divinos que mantienen a las almas en el camino del cielo! ¡Cómo deseaba verles imitar su vida plenamente celestial, seguirle siempre, incluso en las sequedades, escogerle como su único consuelo!

«Que cada uno de ustedes, escribe, se conduzca de tal modo que pueda repetir con San Pablo: "*Sean mis imitadores, como yo mismo lo soy de Jesucristo*".[4] Vivan, pues, con sentimientos de la más profunda humildad. Que la modestia, la

---

* [8] *Resoluciones.* — Cfr. más arriba, *intr*.

[9] *Mat.* 11, 12.

* [10] Carta.

sencillez y la mansedumbre se conserven siempre entre ustedes. Por esas señales se reconocerá que son discípulos de Aquel que se hizo esclavo suyo por amor... Manténganse de continuo en la senda que les trazó el Esposo de su alma. Síganle tan de cerca que jamás le pierdan de vista. Con frecuencia le verán caminar a través de zarzas, espinas y hasta riscos; porque esos son los caminos que transita el Amado. Si llegara a suceder alguna vez que se extravían o a pierden ánimo, háganle oír sus clamores; jamás se mostrará Él sordo a su voz...

« No se den tregua ni reposo hasta encontrarse perpetuamente [341] a su lado. Sólo allí serán invencibles y gustarán la dulzura de la paz: en cualquier otro lugar, no hallarán más que penas, angustias y tormentos. Sea, pues, toda su afición amar al Único digno de ser amado...»[5]

Reproduzcamos ahora algunos pensamientos del Hno. Policarpo sobre la devoción al Sagrado Corazón, pensamientos que revelan su deseo ardiente de hacer a sus Hermanos dignos del hermoso nombre que llevan. ¡Oh, con qué ansias desea que el divino Corazón lo sea todo para ellos!:

«No olviden que todos ustedes son Hermanos del Sagrado Corazón y que, en calidad de tales, deben arder en las mismas llamas que lo consumen.

« Ahora bien, el celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas: tal es el fuego que lo devora; ese horno encendido debe abrasar también sus corazones...[6] ¡Ah, quién me diera introducirlos en lo íntimo del Corazón adorable de Jesús y entrar allí con ustedes para ser abrasado y consumido en las llamas de la divina caridad! Yo lo haría encantado; y pienso que entonces tendrían de qué mostrarse agradecidos...

« Si les parece, nos daremos cita en el divino Corazón por la mañana en el [342] rezo del oficio y en la santa misa, que trataremos de oír con los sentimientos del más puro amor; y por la tarde tendrá lugar durante Maitines y Laudes. Arréglenselas para no faltar...

« Ruego al Sagrado Corazón de Jesús que provoque un incendio en el de ustedes para consumirlo en el fuego celestial y aniquilar cuanto en él pueda existir de afecto por la criatura. Unan sus oraciones a las mías y pidan al Salvador que les conceda un lugar en su Corazón sagrado, a fin de que puedan fijar en Él su morada para siempre y sea su lugar de refugio, sobre todo, en tiempos de combate y deso-

---

* [11] Cartas a varios Hermanos.

[12] *Gal.* 6, 14.

lación...»[7]

¡Qué bien describen estas palabras la fe y los sentimientos que animaban al santo Hno. Policarpo! ¿Quién no se hubiera apresurado a responder a su llamada?

[343] **CAPÍTULO XV**

Su devoción a la Santísima Virgen María.

Como brota del sol el rayo de luz, o del tallo la flor, de la devoción a Jesucristo, cuyo Corazón tanto ha amado a los hombres, nace espontáneamente la devoción a María, devoción que favorece a las mil maravillas el desarrollo de todas las virtudes, que atrae sobre los siervos de esta buena Madre los tesoros del cielo y que asegura su avance hacia la eternidad bienaventurada. Ahora bien, el Hno. Policarpo tuvo la dicha de poseer esa prenda de esperanza y de salvación; era el fruto de la resolución que había tomado y que guardó fielmente hasta el fin de sus días:

«Tendré siempre una gran [344] devoción a la Santísima Virgen».[1]

Los más preciados favores, de ella los obtuvo; pues Aquella que había elegido por Patrona fue su refugio y defensa incesante en las tentaciones, su luz y consejo en las dudas, su guía en las sendas de la santidad; y fue, además, su esperanza en la hora de la muerte.

Como todo auténtico siervo de María, admiraba, exultante y arrobado, las gracias insignes y las augustas prerrogativas con las que plugo a Dios enriquecerla. Mas con el fin de alimentar su piedad, gustábale, sobre todo, contemplarla en los misterios donde aparece acompañada de su divino Hijo, cooperando en la obra de la redención de los hombres. Su espíritu, entonces, se elevaba a cimas insospechadas, su corazón se abrasaba de amor a la vista del Niño-Dios pobre, anonadado en el pesebre de Belén, con María a su lado compartiendo padecimientos y humillaciones. La fe y el amor le inspiran esta bella oración:

«Enseñadme, ¡Jesús mío!, a gustar con José y María la dicha de sufrir con vos y por vos... Me ofrezco a vos, ¡Virgen santa!, para llevar al divino Niño: depositadlo en mis brazos, a fin de que [345] tome yo parte en vuestras solicitudes y alegrías

---

* [13] *Pensamientos y sentimientos. — Cfr*. más arriba, *intr*.

maternales. Dignaos al menos obtenerme, ¡oh María!, la gracia de conservarlo siempre presente en el centro de mi corazón cual germen de amor. Obtenedme, además, que este germen de amor se transforme en un inmenso árbol de frutos para la eternidad...»[2]

La compasión y los inenarrables dolores de la Madre de Jesús constituían también tema frecuente de las meditaciones del Hno. Policarpo. Su alma encontraba en ellas luces abundantes y fuerza de voluntad para las pruebas. Ahora bien, tras haber admirado la sumisión y constancia invencibles de la Reina de los mártires, de pie junto a la Cruz, traspasado su corazón con la espada que le profetizara el anciano Simeón, gustábale unirse a los transportes de júbilo que inundaron su alma el día de la Resurrección.

«¡Oh! –exclamaba– ¡quién me diese a gustar las delicias inefables que inundaron el Corazón de mi divina Madre en la primera aparición de su Jesús resucitado! ¡Qué dulce me sería empapar los labios en la fuente de los consuelos que siguieron para ella a la amargura y a los dolores del Calvario!... Permitid que os felicite, ¡oh María!, y que repita con la [346] santa Iglesia: "*Gaude et laetare*! –alegraos– *Virgo Maria, alleluia*!" Sí, estremeceos de gozo, ¡oh, Virgen María!, *alleluia*! Séame concedido asociar mis cantos con los de la corte celestial y celebrar con júbilo de mi corazón la Resurrección de Jesucristo y vuestra felicidad, ¡oh Madre, que sois también mía! Enseñadme, ¡oh María!, a mantener ocultos los favores celestiales que yo pueda recibir. Vuestra alma desborda de gozo; vos conocéis cosas admirables sobre la Resurrección, sobre el triunfo y la gloria de vuestro Hijo; y mientras todo el mundo se empeña en hablar de ello a porfía, vos, Virgen siempre humilde, guardáis un profundo silencio. ¡Qué lección para mí!...».[3]

En recompensa, la augusta Madre de Dios tuvo a bien prodigarle sus favores; de ahí, esa vida perfumada de inocencia y santidad, ese amor apasionado por la virtud, esa fortaleza de alma, esa sabiduría, que brillaron en él con vivísimo resplandor. Igualmente, el Instituto y las almas que le trataron recibieron el venturoso influjo de su ardiente devoción hacia aquella a quien la Iglesia proclama tesorera de todas las gracias, soberana de cielo y tierra.

[347] No contento con amarla y servirla, procuraba con tesón darla a conocer en todas partes pregonando sus glorias y anunciando su misericordia y los prodigios de gracia que obra en favor de sus hijos. ¿No debía, en consecuencia, poner

---

* [1] *Pensamientos y resoluciones. — Cfr*. más arriba, *intr*.

[2] Confróntese el testimonio del Hno. Mizaël (Doc. XXIII).

bajo su protección maternal las almas cuya custodia le había sido confiada y suplicarle que las preservara de los escollos de la vida y las condujese al cielo?[4] Gozosamente así lo hizo, y ello constituyó para él una fuente de bendiciones en todos sus trabajos y empresas.

Entregado por entero al trabajo en favor de los intereses y la honra de la Madre del Salvador, no podía menos que participar, en 1856, en la iniciativa general encomendada a las religiosas poblaciones del Velay, con miras a elevar un hermoso monumento para gloria de la Reina del Cielo.

Pretendíase efectivamente, en dicha época, hacer realidad el patriótico y cristiano proyecto de erigir sobre el monte Corneille, que domina la antigua catedral y la pintoresca ciudad del Puy, una colosal estatua de la Virgen Inmaculada, patrona de Francia. El proyecto, en pro del cual se abrió una suscripción dentro de la diócesis, fue acogido con [348] alborozo, e incluso se contempló con simpatía desde el extranjero. Con tal motivo dirigió a los miembros del Instituto una circular[5] de la que citamos el siguiente fragmento:

«Nuestra Congregación no puede permanecer indiferente a esta manifestación[6] de una diócesis en la que estableció su residencia a partir de su nacimiento,[7] en la que ha crecido, en la que tan paternal protección halla de los obispos que desde entonces[8] vienen sucediéndose en ella. A las[9] ofrendas de las comunidades y de los miembros que las integran, estará bien que se añadan las de sus escuelas.[10] Así pues, harán una colecta en las[11] clases, aceptando el donativo, por modesto que este sea, de cada uno de los niños,[12] haciéndoles ver que se trata de un regalo que ofrecen a María con el fin de atraer sus bendiciones sobre ellos y sus familias...»[13]

Los Hermanos respondieron con santo entusiasmo a tan legítimos deseos. En la medida de sus escasas posibilidades, se sintieron dichosos de poder contribuir a la erección de un monumento destinado a transmitir a las generaciones futuras recuerdos admirables: la fe viva y la piedad generosa de todo un pueblo que acudía desde lejos proclamando con religioso entusiasmo el poder, la gloria y los favores de Nuestra Señora de Francia.

[349] Este monumento existe desde 1860. El soberano[14] proporcionó el bronce que nuestros bravos soldados conquistaron en la guerra contra Rusia. La fe inspiró a un artista; la piedad de los fieles hizo el resto.

Añadamos que, respondiendo al deseo de la Iglesia y a las propias inspiraciones de su amor por la salvación de las almas, el Hno. Policarpo rezaba y hacía rezar por la conversión de los pecadores. Así, en 1847, dirigía a todos sus religiosos una circular en la que hallamos las siguientes palabras, ya citadas: «Nos reuniremos,

carísimos Hermanos, en los Sagrados Corazones de Jesús, nuestro buen Maestro, y de María, refugio de pecadores, a fin de atraer sobre ellos las gracias que reclama su deplorable estado...»[15]

Aprovechaba, por otro lado, todas las ocasiones que podía para inspirar a sus Hermanos el vivo deseo de enrolarse bajo el estandarte de María. ¡Qué dicha era para él recordarles que, después de su divino Hijo, ella representa la alegría, la fortaleza y la esperanza de los pobres exiliados que viven en la tierra y, sobre todo, de cuantos se esfuerzan por hacerse semejantes a ella contemplando, a su ejemplo, las grandezas y los anonadamientos del Hombre Dios!

«Consideremos con María –escribía él– [350] todas las maravillas realizadas en la encarnación y nacimiento del divino Salvador. Esas maravillas, las meditaba de continuo en su espíritu; su corazón ardía totalmente inflamado en ellas. A cada instante se perfeccionaba en el conocimiento y amor de su Dios. Sí, mis queridos Hermanos, imitemos a esta madre admirable, y muy pronto, rebosantes de amor divino, dejará de interesarnos la tierra».[16] Perteneceremos al grupo de esas almas privilegiadas en las que el cielo parece haber imprimido un reflejo de sus puras y serenas claridades.

[351] CAPÍTULO XVI

Pensamientos y consejos espirituales del Hno. Policarpo

Para completar nuestro trabajo, creemos estar obligados a añadir unos pocos pensamientos y consejos espirituales sacados de la correspondencia del venerado Hno. Policarpo. Adjuntamos, como suplemento, varios extractos de sus cartas privadas que algunos, amablemente, han tenido a bien enviarnos. De este modo, pensamos darle a conocer mejor, siguiendo el consejo de un biógrafo: «Citen muchas palabras de su héroe, porque son las palabras las que reflejan las almas, sus ideas, sus sentimientos, sus aspiraciones hacia una meta superior...».

[352] En las páginas que siguen, continuaremos viendo a nuestro digno Superior lleno de unción, «enseñando a todos la piedad que dilata el corazón, la alegría divina que consuela en el dolor, el ánimo que bendice a Dios hasta en medio del sufrimiento». Bondad y dulzura encantadoras, emociones de un alma rebosante

---

* [3] *Resoluciones*. — cfr. más arriba, *intr*.

de ternura y amor, sencillez en el lenguaje, a veces agudas ocurrencias y rasgos de ingenio: he ahí las características de la correspondencia del santo religioso, de tanto trabajo para él pero tan preciada y provechosa para sus Hermanos, como dijimos en otra parte.

En sus cartas, jamás aspiraba a la belleza del estilo literario; por otro lado, siempre las escribía deprisa: sus trabajos no le permitían dedicar tiempo a una segunda redacción. La elegancia de la *forma* era para él una cosa secundaria. La exposición clara de la verdad, la abundancia de pensamientos y sentimientos, la pasión por el cumplimiento del deber que ansiaba comunicar a todos sus Hermanos, el vivo deseo de formar corazones fuertes y piadosos: tal era el *fondo,* sólido y rico, que estimaba por encima de todo y que tan meritoria y atractiva hacía su correspondencia. Únicamente desde ese punto de vista reproducimos los pensamientos y los extractos que siguen.

Que el [353] lector no busque, pues, en ellos, ni un estilo florido ni frases armoniosas, sino lecciones de sabiduría y la salvación de su alma, único y gran negocio que debe importarle; y a este propósito nos complace citar las palabras de la Imitación:

«De tan buena gana hemos de leer los libros sencillos y devotos como los sublimes y profundos. Más debemos buscar en ellos el provecho que la sutileza de palabras». (*Imitación,* libro 1, cap. V, vers. 1).

NOTAS:

1) Queremos hacer notar que, en casi todas sus cartas, el Hno. Policarpo repite con frecuencia los puntos importantes, los esenciales a la vida religiosa: caridad fraterna, observancia regular, espíritu de celo apostólico, amor a la abnegación, entrega...; de ahí las inevitables repeticiones.

2) En nuestras citas, no tendremos en cuenta el orden de los *temas* ni las fechas,

---

[4] *1 Cor*. 4, 16; este versículo de la Sagrada Escritura es citado también por el Siervo de Dios en una carta del 7 de marzo de 1853 al Hno. David (*Hno. Pol.- Correspond. de América,* Archivo de los HH. del S. C.).

* [5] Cartas a varios Hermanos.

[6] Carta a los Hermanos de América, 20 de agosto de 1852 (*ibid*). Este es el texto original: «*Así pues, no me queda sino recordarles* que todos ustedes son Hermanos del Sagrado Corazón y que, en calidad de tales, deben arder en *el mismo fuego* que lo consume; ahora bien, la gloria de Dios y la salvación de las almas: tal es el fuego que lo devora; *tal tiene que ser* también *el fuego que* debe abrasar*les a ustedes*».

cosas que nos parecen innecesarias...[1]

* * *

El religioso que a causa de la pereza no se levanta por la mañana a la hora señalada para hacer su meditación, permanece desorientado todo el día: está sin fuerza; es un soldado sin armas en el campo de [354] batalla. Si no cambia de conducta, no puede perseverar en su vocación.

* * *

El esclavo de la pereza, de ordinario es proclive a la vida sensual.

* * *

Antes preferiría, por así decir, ver ardiendo la casa por los cuatro costados, que llegar a enterarme de que en ella existen amistades particulares, relaciones sospechosas: pues tal cosa resultaría una terrible peste para las comunidades religiosas.

* * *

Sea hombre de perfecta obediencia a su confesor. Tras haberle manifestado sus dudas y miserias, siga con docilidad sus consejos y no tendrá nada que temer; pues la Escritura dice: «El hombre obediente narrará victorias».

* * *

Para quedar al margen de muchas miserias, es preciso mantenerse vigilante, muy atento a todos los impulsos del corazón. La presencia de Dios es un excelente baluarte para la virtud angélica. Jamás debe perder de vista esta divina presencia.

* * *

[355] Las personas que, como usted, realizan un trabajo penoso, están dispensadas del ayuno. Y si, además de eso, su pastor, que para usted es la Iglesia, le dispensa del ayuno permitiéndole, e incluso mandándole, desayunar, así debe ha-

---

* [7] Cartas a varios Hermanos.

* [1] *Resoluciones*, 1833. —*Cfr*. más arriba, *intr*.

cerlo, aunque sólo sea por obediencia; pues la obediencia vale más que el sacrificio. Desayunar, en esas condiciones, es adquirir el doble mérito del ayuno y de la obediencia.

* * *

Cuando le enseño la ciencia de la santidad, siento necesidad de ser mejor religioso. Le indico el camino del cielo; ¿no debo yo recorrerlo el primero, arrastrándole en pos de mí con el poder del buen ejemplo?

* * *

En cuanto a usted, sea siempre cumplidor de su deber.[2] Esfuércese por hacer grandes progresos en la perfección. Sobre todo, muera a usted mismo para vivir sólo de la vida del espíritu, y no ambicione otra cosa que ser crucificado con Nuestro Señor Jesucristo.

* * *

Siga sin cesar a su buen piloto, es decir, a su Regla, y así no se desviará; llegará con seguridad al puerto de la eternidad bienaventurada.[3]

* * *

[356] En la mansión de la gloria, aguarda una corona especial a los buenos religiosos. Para merecerla, deberán sostener los combates de su santa vocación.

* * *

Aprenda de San Francisco de Sales que el religioso no debe desear nada, no debe pedir nada, no debe rechazar nada.[4]

* * *

Vamos, ponga cuidado en gobernar bien a toda su gente. Trate de deshacerse de esa timidez que llega hasta el extremo de no atreverse a reprender a los Hermanos cuando faltan a su deber. Esté también un poco al tanto de todo para saber si cada uno cumple debidamente con su tarea: esta vigilancia mantiene a todos en acción.

* * *

---

* [2] *Sentimientos y resoluciones.* — *Cfr.* más arriba, *intr*.

No olvide la observancia regular; ella es la fortaleza del Religioso.[5]

* * *

Es usted Director: por tanto, tendrá que ser un modelo y poder decir a sus Hermanos, principalmente con su conducta: "Sean mis imitadores como yo mismo lo soy de Jesucristo".[6]

* * *

[357] Desconfíe totalmente de usted[7] mismo y que su confianza en Dios no tenga límites, y nada le faltará. Creo que cuando reciba mi carta habrá hecho[8] el sacrificio absoluto de su persona, y para siempre; y entonces,[9] ¿qué podrá[10] temer, siendo usted todo de Dios y Dios todo suyo?...

* * *

Me siento feliz, amadísimo y dilectísimo Hermano, sabiendo que usted lo es. Disfrute largo tiempo de su dicha y, para ello, no deje de pertenecer siempre y por entero a Dios, puesto que en ese generoso abandono es donde ha encontrado la verdadera felicidad.[11]

* * *

Tiene usted que combatir su defecto dominante con vigor y constancia, sin concederle tregua alguna; de otro modo, tendrá ventaja el enemigo. Este trabajo del alma, que consiste en destruir las malas inclinaciones, resulta difícil, es verdad, y exige una gran fuerza de voluntad; pero no debemos escuchar los gritos de la naturaleza; sólo hay que dar oídos a la voz de Dios que habla en nuestro interior.

* * *

---

* [3] *Sentimientos y resoluciones*. — *Cfr*. más arriba, *intr*.

* [4] En Vals, nos dice un testigo ocular, gracias a la iniciativa del Hno. Policarpo, todos los novicios estaban afiliados a las cofradías fundadas en honor de la Santísima Virgen. — Él mismo fundó otra en Paradis en 1840 (Doc. VI)

[5] El ejemplar que se conserva en el Archivo de la casa general de los Hermanos del Sagrado Corazón (*Hno. Pol. - Circulares*) no tiene fecha.

[6] En este lugar faltan las palabras : «en honor de María por parte»

[7] En el ejemplar antiguo leemos «donde nació».

No fue mi intención, en manera alguna, dispensarle del estudio de catecismo aunque no lo mencionara [358] en el pequeño reglamento que le envié. Es tan importante dicho estudio, que ni me pasó por las mientes incluirlo allí, convencido de que el alto aprecio que usted le debe tener haría las veces de Regla en este asunto.

* * *

Que la gloria de Dios, que su propia salvación y la de las almas, sean objeto de toda su ambición y de todos sus trabajos.[12]

* * *

Sé por experiencia que las pruebas y las tribulaciones son el sello de las obras de Dios.

* * *

¡Oh, cuán bienaventurados son los que lloran y abrazan la santa locura de la Cruz!

Contemple a Jesús llevando su cruz. Es el perfecto modelo de las almas que sufren. ¡Cuán sosegado y manso se muestra! ¡Qué valor, qué virtud, qué amor nos predica!

* * *

---

[8] En el ejemplar antiguo, faltan estas dos palabras.

[9] El ejemplar antiguo dice «Además de».

[10] He aquí cómo aparece la frase en el ejemplar antiguo: «es bueno que los niños confiados a nuestras atenciones sean invitados a participar en ellas».

[11] En el ejemplar antiguo, «sus».

[12] Falta la frase «que las componen».

[13] Sigue a continuación un párrafo que manifiesta los delicados sentimientos del Siervo de Dios reclamando gratitud para la diócesis: «Por otra parte, algún reconocimiento deben a la diócesis del Puy, que les prepara y proporciona Hermanos, siendo ésta una ocasión muy favorable para que muchas familias salden esa deuda por mano de sus hijos. Ninguno hay que no pueda entregar algunos céntimos por amor a María..»

* [14] Napoleón III.

[15] 15 de marzo de 1847 (en *Hno. Pol. - Circulares*). Después de «atraer», faltan las palabras «durante este santo tiempo del jubileo». El párrafo está reproducido fielmente.

Desprecie olímpicamente sus tentaciones y pequeñas penas, a las que debe usted considerar como moscas... Ame su Regla y cúmplala tan perfectamente como le sea posible; después, conserve la paz.

* * *

[359] No descuiden su instrucción: estudien con ahínco a fin de que puedan prestar mayores servicios a su Instituto.

* * *

No frustren la esperanza de la buena gente que les ha dispensado una acogida tan benévola. Sean los ángeles custodios de sus hijos y sirvan de luz a toda la parroquia por el brillo de sus virtudes. Que su modestia, mansedumbre, entrega y caridad sean notorias para todos...

* * *

Que quienes, entre ustedes, están dedicados a la educación de los niños, no desprecien a los que se ocupan de los trabajos manuales;[13] que estos últimos estén bien[14] convencidos de que llevando el yugo del trabajo, el peso del día y del calor,[15] su recompensa no será menor, puesto que tienen parte[16] en los méritos de cada uno de los miembros de la Congregación.[17]

* * *

Somos *materia* hasta el punto de que nuestra pobre naturaleza cree no poder existir sin satisfacer sus deseos y gozar de los placeres de la vida. Sobre esto, el amor propio nos ofusca de tal modo los ojos del alma, que parecemos ciegos: es un tupido velo que nos oculta la verdad.

---

* [16] Carta. — En carta del 28 de febrero de 1847 a sus Hermanos de América, el Siervo de Dios alude con gozo, pero también con mucha discreción, a las apariciones de Nuestra Señora en La Salette el 27 de septiembre del año anterior. A la vez que promete darles a conocer cuanto antes noticias más detalladas, se apresura a informarles que la «Santísima Virgen ha advertido que no puede retener el brazo de su hijo por más tiempo: tan indignado está de la conducta de los hombres a causa de la violación del día sagrado del domingo y por las blasfemias que se profieren contra el santo nombre de Dios...» (*Hno. Policarpo - Correspondencia de América, ibid.*).

* * *

[360] Ánimo, mi querido hijo, veo con gran satisfacción que el sacrificio que ha hecho a Dios de todo su ser, le ha dado nuevas fuerzas para superar los obstáculos que pueda encontrar en su servicio. Quiera el cielo que el amor a la Cruz vaya creciendo cada día más en su corazón, y seguro que alcanzará un alto grado de santidad.

* * *

Cuando tome usted las comidas, llénese de profundos sentimientos de humildad y considere cuán miserable es, pues se ve obligado a obrar como los viles animales... Será muy bueno también que se mantenga unido a Nuestro Señor, realizando elevaciones del corazón hacia Él, como ésta, por ejemplo: «Divino Salvador, dignaos alimentar mi pobre alma, al mismo tiempo que alimentáis mi cuerpo».

* * *

Los ejercicios de santa renuncia a su propia voluntad son, con mucho, preferibles a las mortificaciones desmedidas del cuerpo, con las cuales arruinaría su salud: por este camino, se haría incapaz de servir a su Congregación. Más aún, al gastar sus fuerzas con penitencias extraordinarias, actuaría como un *ladrón*, pues no se pertenece a usted mismo sino al Instituto.

[361] CAPÍTULO XVII

Extractos de algunas cartas a Hermanos.

Comienzo[1] agradeciéndole la diligencia que ha puesto para expresarme sus augurios de felicidad por el año nuevo. Lo sé desde hace tiempo: nacen ellos de un buen corazón.[2]

Para estimar su valor,[3] bástame saber que proceden de mi buen y dilectísimo Hno. X...[4] a quien amo, creo, casi en exceso. ¿Me perdonará? Pienso que no es necesario hablarle de los votos que formulo por su felicidad:[5] Dejo que los adivine...

Así que el tiempo se le ha hecho muy largo, pobre hijo querido...[6] Créame,

---

[1] Procediendo con criterio distinto del que usan los autores, procuraremos, en la medida de lo posible, identificar las fuentes y añadir las fechas.

participo en buena medida de sus penas y de su hastío. Como verdadero [362] soldado de Jesucristo, no se deje[7] arrastrar al desaliento, lo cual significaría para usted la última de las desgracias.

Debe usted, hijo mío, armarse de valor y sacudirse todas las inquietudes que hasta ahora han agitado su alma,[8] sin lo cual, el demonio acabaría por salir victorioso; y sin embargo, su establecimiento está llamado a hacer un bien inmenso. Puede ver que ya se ha convertido él en objeto de envidia para las personas enemigas de nuestra santa Religión.[9] ¡Ánimo, pues! Intensifique su ardor y su celo; que la gloria de Dios, la salvación de las almas y su santificación, se conviertan en poderosos estímulos[10] que le hagan saltar a la palestra con una energía capaz de derribar cualquier obstáculo.[11] No obstante, actúe siempre con prudencia...

De todo lo que usted dice, lo que más pena me da es la conducta de mi pobre Hno. X... que va por mal camino. Eso me extraña una enormidad. ¡Se le veía tan piadoso el pasado año!, era el modelo del noviciado. ¿Cómo ha podido descarriarse hasta ese punto? ¿Habrá sido usted, quizás, un mal guardián? ¿No será su caso semejante al de aquel a quien San Juan había confiado un joven, el cual, abandonado demasiado pronto a su libre albedrío, se apartó [363] del buen camino y se convirtió después en jefe de ladrones? ¡Tenga cuidado también de usted mismo!... Le pediré cuentas del depósito que he encomendado a su custodia...

Si, como usted hace, camina pasito a pasito por el camino de la virtud, seguro que no correrá peligro de sufrir lesiones ni de quedarse sin fuerzas. Quizá pueda llegar lejos así; pero ¡cuánto tiempo necesitará para alcanzar su objetivo, que es la perfección de su santo estado!, y tampoco estoy muy seguro de que pueda conseguirla... ¡Es tan corta la vida! Habrá que ir, pues, un poquito más aprisa, es decir, caminar primero, trotar después, y más tarde ir al galope sin temer la fatiga: tal es la gradación que debe usted seguir para llegar con seguridad a la meta...

Acepto de mil amores y con gratitud los deseos de mis hijos de ...; ¿y podría ser de otro modo? Todo lo que ofrecen los *Benjamines* no puede menos que ser agradable. Espero que haya reciprocidad y que reciban también favorablemente los

votos que formulo por todos. No duden ustedes de su grandeza ni de su sinceridad. Ya saben que [364] los hijos privilegiados se llevan siempre la mejor y mayor parte a la hora del reparto...

Así que Dios le ha visitado... Pero no le ha encontrado aún suficientemente dispuesto: como a la higuera del Evangelio, ha tenido a bien conservarle un poco más. ¿No podría ser su alma la higuera estéril? Procure, pues, cultivarla bien y hacerla fructificar, es decir, producir obras dignas de la vida eterna. Para ello, no busque otra cosa que la mayor gloria de Dios y el perfecto cumplimiento de su voluntad, lo cual exige de su parte: una guerra a muerte a su pobre naturaleza, la total destrucción de su amor propio, la firme voluntad, en fin, de agradar y pertenecer sólo a Dios...

Conque me llama usted ¡padre!... Pensaba yo en mis adentros que no le apetecía ser hijo mío: ¡hay que ver cómo se equivoca uno a veces! Acepto de mil amores sus buenos deseos y le ruego que acepte también los míos que, por supuesto, no son los de un hombre enfadado contra usted, como creía en su última carta. No, mi querido Hermano, [365] no siento ni puedo sentir rencor contra usted: téngalo por cierto...

¡Dice usted que no quiere hacerme cumplidos y resulta que me los hace a ojos vista!... Y sin embargo le perdono de buena gana porque, en usted, es su corazón el que habla y el que sabe lo que es amar. Por tanto, tengo que testimoniarle mi más

---

[2] Todo el párrafo pertenece a una carta, del 12 de julio de 1858, a un director (*Hno. Pol. - Correspond. de Hermanos - Asuntos*, Archivo de los HH. del S. C.). Está reproducido fielmente salvo un retoque en esta expresión. El original dice «responsable» en lugar de «de su deber».

[3] Esta idea la repite el Siervo de Dios en diversas cartas; por ejemplo, el 24 de diciembre de 1854 a un director (*ibid.*), el 27 de mayo de 1857 al Hno. Adolphe (*Hno. Pol. - Correspond. de Hermanos - Direcciones de conciencia, ibid.*), y al Hno. David en una carta sin fecha (*Hno. Pol.- Correspond. de América, ibid.*).

[4] Al Hno. David, sin fecha, (*ibid.*). Este es el texto original: «Aprenda de San Francisco de Sales *a* no pedir nada y *a* no rechazar nada».

viva gratitud. ¿Cómo lo haré? Diciéndole: así como usted me llama *su tierno padre*, del mismo modo, yo le denominaré mi *queridísimo hijo*; y en calidad de tal, le deseo todo lo que puede contribuir a su perfecta felicidad, todo lo que el mejor de los padres pudiera desear al más noble de sus hijos.

En cuanto a usted, mi querido Hermano, disfrute de su buena salud durante mucho tiempo y actúe de suerte que sea siempre empleada para servicio y gloria de Dios. A este fin, esfuércese, sin pérdida de tiempo, en adquirir sólidas y perfectas virtudes; sea fiel a las inspiraciones de la gracia; obedezca a su Regla, que es la expresión de la voluntad divina...[12]

[366] Me comunica usted que, a pesar de su felicidad, aún le toca sufrir, llevar a remolque su miserable cuerpo de barro, y que de vez en cuando le hace padecer insolentes rebeliones. Eso, mi querido Hermano, debe enseñarle que, mientras sea hombre, tendrá que velar con mucho cuidado sobre usted mismo, tendrá que temer su propia debilidad si no quiere dejarse arrastrar a funestos extravíos. Que la oración y la vigilancia sean pues, para usted, armas de las que no se aparte jamás...

Parece ser que este año sus asuntos marchan a pedir de boca y que se ha curtido y vigorizado de tal manera que ahora es capaz de enfrentarse con valor a cuanto en años anteriores le hacía quejarse y gemir tanto. Seguro que usted lo habrá notado: a fuerza de estar en el campo de batalla, llega uno a convertirse en buen soldado.

---

[5] Al Hno. David, 29 de diciembre de 1847 (*ibid.*). La frase está citada fielmente.

[6] Al Hno. David, 7 de marzo de 1853 (*ibid.*). Veamos el original : «*Deberá usted, pues, mi querido Hno. Director, gobernar una pequeña comunidad*... Por lo tanto, tendrá que ser *bueno para* poder decir*les* a *todos*, principalmente con su conducta: "Sean..."».

[7] Al Hno. David, agosto de 1852 (*ibid.*). En el original, todo el párrafo está en primera persona del plural y , por tanto, los «usted» y «su», que se encuentran en el párrafo son «nosotros» y «nuestros». En su conjunto, el fragmento está reproducido fielmente.

[8] Falta «a Dios»

[9] Falta en el original.

[10] Falta «y tendrá que».

[11] Al Hno David, 18 de octubre de 1852 (*ibid.*). El párrafo está citado fielmente, a excepción de un solo cambio: en lugar de «generoso», se lee «dichoso».

Por consiguiente, me alegro muy de veras de su felicidad; y a usted no le será difícil comprenderlo pues, como ya sabe, sus penas son mis penas y todo lo que a usted hiere, a mí me hiere en las niñas de los ojos; ¡hasta ese punto me importa usted!, ¡tal es el amor que le profeso! Disfrute, pues, de la paz tanto como le sea posible hasta el fin de sus [367] días: eso es lo que le deseo de todo corazón...

Aleje de usted esas inquietudes, que carecen de fundamento. Dígase a sí mismo lo que se decía un buen sacerdote que deseaba verse liberado de las preocupaciones y solicitudes inherentes al gobierno de una parroquia. Después de haber sido desestimada su petición, tuvo la entereza de obedecer a su obispo. «Puestas así las cosas, exclamó, seré un buen párroco a pesar de todo». En cuanto a usted, diga también: «Pues la obediencia lo quiere, trataré de ser un buen director». El cargo de director resulta penoso, es verdad; pero ¿no hacen falta hombres que lo acepten? Por mi gusto, preferiría estar encargado de una clasecita, pero tanto usted como yo debemos hacer la voluntad de Dios y no la nuestra...

Si le amara poco, desearía para usted goces naturales: honores, riquezas, satisfacciones de toda especie. Pero como le tengo un gran afecto, pido a Dios que le conceda los únicos bienes que pueden hacerle dichoso; ansioso de su felicidad, le deseo también muchos méritos para el cielo; y como los méritos [368] no son más que el fruto de la virtud, y esta no es otra cosa que el espíritu de sacrificio y de abnegación, deseo que sobresalga en este espíritu de inmolación, único espíritu capaz de despojarle de todo lo que no es Dios. Pero quizás me pregunte: ¿qué víctimas debo inmolar?

— Lo que usted tendrá que sacrificar, mi querido hijo, serán sus irregularidades, sus repugnancias naturales, su mal humor en las advertencias que se le hacen, su amor propio, que le hace faltar a la santa obediencia y a la caridad, que le induce a criticar la conducta de Dios en la persona de su Director... He ahí, mi querido hijo, unas cuantas víctimas cuya inmolación será muy agradable a Dios...

---

[12] Análogo pensamiento se encuentra en una carta a un director, de 24 de diciembre de 1854 (*Hno. Pol. - Correspond. de Hermanos - Asunto*s, *ibid*).

¿Qué aguinaldo le enviaré? El pequeño y encantador retrato de su santo patrón, retrato que, quizá, no podría usted procurarse jamás... Pero ¿qué deseos formularé en su favor? ¡Ah!, pobre hijo mío, la naturaleza protestará sin duda porque no serán de su agrado. ¿Cuáles serán? Deseo con todo mi corazón que, a ejemplo de su bienaventurado Patrono, lleve la cruz con alegría, y que, muriendo en ella, [369] consiga como él la palma de los vencedores, la victoria sobre todos sus enemigos.

Tales son, en breves palabras, los deseos que formula por usted quien le ama como a hijo predilecto; deseos, repito, que en modo alguno serían del gusto de un hombre de mundo, pero que serán aceptados con deleite por un corazón generoso como el suyo: pues por lo único que suspira es por todo lo que puede asemejarle a su Salvador...

¿De veras quiere entregarse a Dios para toda la vida a fin de estar más seguro de pertenecerle durante la eternidad? Su intención es muy loable. Comience por preparar bien la víctima que debe ofrecerle. Para eso despójese en la medida de lo posible, de todo afecto humano y terrenal, de todo lo que no es conforme a Dios, de manera que pueda entregarse a Él sin reserva. Desee con ansias la llegada del día de su profesión perpetua: indiscutiblemente, será uno de los más bellos, uno de los más preciosos de su vida religiosa...

Les quiero como a hijos predilectos; pero no piensen, sin embargo, que yo desee entregarles mi corazón. Hace ya mucho tiempo que pertenece a Dios y [370] sería incapaz de robárselo para entregarlo a endebles criaturas. Sí, yo les amo, es

---

[13] El presente párrafo pertenece a una carta sin fecha a los religiosos de Dubuque (*Hno. Pol. - Correspond. de América, ibid.*). Desde este lugar hasta el final hay retoques que, sin embargo, no cambian sustancialmente el sentido; en lugar de «manuales» en el original se lee «rurales y agrícolas».

[14] Falta en el original.

[15] En el original se lee: «que llevando el yugo y el peso del calor».

[16] El original dice «puesto que ustedes tienen parte».

[17] En el original aparece «de cada uno, incluso, de toda la Congregación».

verdad, pero con un amor absolutamente sobrenatural; les amo, en una palabra, en Dios y por Dios: eso lo dice todo. Ese es también el amor que reclamo de su parte; y así, desprendidos de todo afecto natural, iremos más fácilmente al cielo...

Carísimos Hermanos míos,[13]

Hace ya mucho tiempo que[14] deseábamos con gran ansiedad la llegada de sus gratas noticias. A menudo decíamos: ¡Cuánto tardan en escribir!, ¿les habrá ocurrido alguna desgracia? Imposible, nos respondíamos[15] de inmediato; si hubiesen perecido[16] nos habríamos enterado, pues se enumeran y hasta se nombran los barcos naufragados desde el mes de octubre y jamás hablaron del Anna.

Los Hermanos aguardaban impacientes: por todas partes me pedían noticias de nuestros buenos Hermanos embarcados para América.[17]

El Hno. Marie-Joseph, entre otros, me escribía últimamente:[18] «¿Qué habrá sido del Hno. Alphonse [371] y de sus compañeros de viaje?,[19] ¿habrán naufragado?...»[20] Con qué avidez va a leer su preciosa carta, que llegó al Puy el 21, dos días después de mi partida, y que me han remitido aquí, a Lyon...[21]

Desde su embarque, no hemos cesado de dirigir al Señor oraciones especiales, mañana y tarde, para que se dignara ser Él mismo su guía y les condujera al término de un feliz viaje;[22] ahora que nos ha escuchado..., le ofrecemos mil acciones de gracias y le rogamos encarecidamente que les conserve durante mucho tiempo en esos lejanos países y que les ayude a producir frutos abundantes para su gloria.[23]

Vivan todos siempre en perfecto entendimiento, en estrecha unión. Que los inferiores se amen de corazón entre sí y que su afecto al director sea más entrañable aún; eviten con sumo cuidado causarle cualquier pena por pequeña que sea. Que él, por su parte, no mire a sus inferiores como a extraños, ni siquiera como a hermanos, sino como a sus buenos hijos. En fin, ténganse unos a otros verdadero amor y abunden en sentimientos de caridad,[24] que es el vínculo de toda perfección: [372] manifestarán así[25] la deferencia y el respeto que exige una buena educación.

---

[1] Tanto este párrafo como los dos siguientes pertenecen a una carta fechada el 24 de diciembre de 1854, dirigida a un director, seguramente el Hno. Gérasime, Director de Meyssac (*Hno. Pol.- Correspond. de Hermanos - Asuntos. ibid.*). Estos párrafos están sensiblemente retocados aunque sin alterar el sentido, excepto en un solo punto.

[2] En el original pone «para *mostrarme* sus *deseos* de felicidad por el año nuevo, *la bondad, la excelencia de esos mismos deseos*».

Sean todos, continuamente[26] y en todo lugar, el buen olor de Jesucristo por la práctica fiel de todas las virtudes cristianas y religiosas... En sus fervientes oraciones, acuérdense de sus Hermanos de Francia, en particular de mí, que soy todo suyo...[27]

Feliz día, feliz año a ustedes que son, en Nuestro Señor, mis hijos queridos. Que el Señor se digne derramar sobre todos su espíritu y su gracia, a fin de que animados por ellos, trabajen con ardor para gloria de nuestro común Maestro[28]. Que su celo sea realmente apostólico y así superarán con facilidad todos los obstáculos que pudieran entorpecer su marcha por el camino que deben seguir...[29].

Amadísimos Hermanos, [30]

¡Ánimo! Trabajen con perseverancia en su progreso espiritual. Que el amor de Dios, el celo por la salvación de las almas y la unión entre ustedes crezcan cada vez más en su casa:[31] así será una casa [373] de paz y felicidad, merecedora de todas las bendiciones del cielo...

Supe,[32] con mucho agrado, que las[33] advertencias que les hice en mi carta anterior fueron bien recibidas y que produjeron entre ustedes las pequeñas reformas[34] que yo deseaba. No quise hacerles reproches, pues estoy convencido[35] de estar dispensado de dirigírselos[36] a unos Hermanos cuyo deseo de la gloria de Dios y de su propio progreso espiritual les hizo volar allende los mares... Creo que Dios,[37]

---

[3] El original dice «el caso que hago de ello».

[4] Los puntos suspensivos y la letra X sustituyen el nombre «Gérasime».

[5] En el original pone «que hago por usted».

[6] Mientras estos puntos suspensivos se encuentran en el original, los precedentes no se hallan en él. El «Créame» que sigue, falta en el original.

[7] En el original leemos «no se dejará usted».

[8] En el original leemos: «reanirmarse y sacudirse todos los hastíos que hasta ahora le han engañado».

[9] El original dice «de las personas que no aman el bien». Aquí el sentido es sensiblemente distinto.

[10] En el original leemos: «la salvación de las almas y *la* suya *propia sirvan de acicate*».

[11] En el original: «una energía *que derriba todo*».

que los llamó al Nuevo Mundo y se dignó bendecir sus primeros esfuerzos,[38] ha fijado su mirada misericordiosa sobre nuestro Instituto: si las desgracias que amenazan a Francia[39] nos impiden continuar aquí la Obra de apostolado que constituye el objetivo de nuestra vocación, enviaremos a América nuestros Hermanos más abnegados[40] y así podremos conservar en nuestra patria, en espera de tiempos mejores, un núcleo para nuestra obra,...[41] y asegurar el porvenir de nuestra Congregación...

Estoy[42] absolutamente tranquilo en lo referente a mis buenos hijos de América. Los conozco [374] tan bien a todos que me resultaría imposible tener serio temor sobre ellos; sus excelente disposiciones me tranquilizan. No obstante, en mi última carta creí que debía hacerles algunas observaciones relativas a la observancia regular, un poco descuidada: se trataba de una advertencia paternal a unos hijos queridos, para precaverlos contra su propia debilidad: pues el hombre se inclina fácilmente a descuidar las cosas pequeñas, primero, para más tarde despreciarlas; y por ese camino, sin darse cuenta, no tarda en tener graves caídas.[43]

Esa desgracia no le ocurrirá jamás a ninguno de ustedes, espero, porque todos serán fieles a la gracia de su vocación, y con semejante apoyo permanecerán siempre firmes en la vía de la santidad...[44] Pero ¿qué medios deberán emplear para mantenerse en ella?[45] La oración, la participación frecuente en la Sagrada Mesa, la huida del mundo, el amor a la vida retirada, un estudio asiduo del conocimiento de Dios y de ustedes mismos, etc. Con estos medios, la ayuda de Dios les estará siempre garantizada, conservarán así la gracia, que fructificará en ustedes, y sus frutos serán frutos dignos de vida eterna...[46]

[375] Dios quiere ponerle ~~al frente de o~~tros y que sea para ellos una lámpara encendida que los ilumine y un experimentado guía que los conduzca por las sendas de la virtud. Responda, pues, a su misión.[47] Trate de ser,[48] para ello, un hombre de oración y, en consecuencia, un hombre de vida interior. Después, acuda con frecuencia a buscar todo lo que necesita, en una unión más íntima con Nuestro Señor, por medio de la comunión frecuente; y no se deje llevar por las turbaciones e inquietudes que menciona: eso no son más que argucias del demonio que quiere arrebatarle la paz del alma; no las tenga en cuenta; rompa las trabas que le impiden ir directamente a Dios...

Bendigo al Señor por haberle ~~conservado~~ la vida;[49] pues, se lo aseguro, le quiero tanto, que su muerte[50] me habría causado una enorme aflicción. Pero Dios se ha

dignado en su benevolencia conservarle aún a mi afecto.[51] No me cabe la menor duda de que pondrá usted ahora manos a la obra: al mismo tiempo que trabaja por el bien de los demás, no descuidará los intereses de su alma. Su principal preocupación será tender a la mayor perfección posible de su santa vocación. Para ello, es preciso trabajar y esforzarse [376] continuamente, domar la naturaleza, morir a sí mismo y vivir una vida interior y crucificada...[52]

Aquí, todo el mundo manifiesta extraordinario interés por ustedes y, al parecer, envidian la dicha de su elección[53] que tanta gloria deberá procurar a Dios...[54] En ese Nuevo Mundo, pueden ustedes hacer el bien sin oposición, mientras que aquí todo parece querer paralizar el poco bien que intentamos hacer. Disfruten, pues, durante mucho tiempo de su felicidad, para su propia salvación y la de los niños[55] que la divina Providencia les confía;... para eso, sean fieles[56] a la gracia de su vocación, cumpliendo bien todos los deberes que ella les impone.

No deben ignorar qué elementos constituyen la vida religiosa, ni las obligaciones que prescribe a quienes la han abrazado. Ahora bien, lo que constituye la vida religiosa, helo aquí en pocas palabras:[57]

1º.- El estado de tendencia a la perfección, que es su fin y su esencia.

2º.- Los votos, que son los principales medios para llegar a ese fin.

3º.- Las Reglas: complemento, desarrollo y salvaguardia de los votos.

4º.- La vida de comunidad.

5º.- El espíritu de sumisión a los superiores.

6º.- El espíritu de unión con los miembros de la familia religiosa.[58]

7º.- En fin, los ejercicios [377] de piedad, que facilitan la práctica de las virtudes.[59]

No olviden este pensamiento de San Agustín: «Quien vive según la Regla, vive según Dios».

La vida de comunidad es también un punto esencial a la vida religiosa. Nunca jamás dejen de[60] hacer en común todos los ejercicios que puedan realizar[61] juntos, a no ser que el cumplimiento de sus diversos oficios se lo impida.

El espíritu de sumisión, que no es menos importante, constituirá toda su fuerza; que todos los inferiores estén siempre dispuestos a obedecer de buen grado a aquel que ocupa mi lugar y que representa la autoridad del mismo Dios.[62]

---

[12] Leemos una idea semejante en una carta al Hno. Ambroise, 15 de abril de 1845 (*Hno. Pol. - Correspond. del Hno. Ambroise,* EE. UU., *ibid.*).

En lo que atañe al[63] espíritu de unión con los miembros de la familia, deben sentir su necesidad más que otra persona cualquiera, al estar alejados de los superiores y del centro de la Congregación. Cuanto más íntimos y perfectos sean el acuerdo y la unión entre ustedes, tanto mayor será el bien que podrán realizar. He sabido con agrado que esta unión y este acuerdo no dejan nada que desear en la casa[64] de Mobile. Que el Dios de bondad les conserve en ellos para siempre. Los ejercicios de piedad, en fin, mantendrán en ustedes el espíritu religioso; velen para que jamás sean omitidos o abreviados...[65]

[378] Hasta el presente, durante dos o tres años alimenté la idea de hacer un viaje a América, pero el médico que ha tratado mi enfermedad –la del mes de febrero de 1853– asegura[66] que mi complexión es demasiado débil y que no podría soportar la travesía del océano. Por tanto, debo renunciar al placer de verles a todos ustedes, amadísimos hijos míos...

Tenga mucho ánimo y confianza,[67] mi querido y buen Hno. Director. Dios no le abandonará jamás[68] si es un fiel modelo para sus inferiores[69] por el exacto cumplimiento de la observancia regular. Ocupa usted mi lugar en...,[70] y por tanto, el lugar de Dios: [71] obre, pues, en consecuencia.[72]

Tengo mucho aprecio[73] a su establecimiento –que puede proporcionar grandes recursos[74]– no para enriquecernos, sino por el interés de nuestra Congregación en América.[75] Esa casa le daría los fondos necesarios para construir allá un noviciado y, en consecuencia, los medios de iniciar y formar para la vida religiosa un cierto número de postulantes que no puedan pagar su pensión; y en un futuro próximo se fundaría mayor [379] número de ~~establecimie~~ntos: se trabajaría, así, para gloria de Dios y por el bien espiritual de los pobres niños de esos países...[76]

Tuvimos[77] la inestimable suerte de albergar por un tiempo –día y medio– al bondadoso y extraordinario Sr. Buteux, párroco de la Baie Saint-Louis. ¡Qué contentos estarán los Hermanos que poseen la dicha de ser dirigidos por un hombre tan santo! ¡Oh, cómo debieran esforzarse por imitarle en todas las cosas edificantes que su vida ofrece! Sería muy deseable que, no solamente nuestros Hermanos de la Baie, sino todos los de América, lo tuviesen por modelo e imitasen todas las virtudes que este digno sacerdote parece practicar en altísimo grado. Hemos admirado, sobre todo, su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, así

como su piedad tierna y afectuosa, su humildad profunda, su gran modestia.[78]

Son estas cuatro virtudes, principalmente, las que todos nuestros Hermanos han observado en él, lo cual les ha movido a decir que este hombre es un gran santo... Ha dirigido la palabra a los novicios. También, ¿deberé decirlo?, si hubiera podido llevarse consigo a todos los que deseaban seguirle, habría hecho buena cosecha. Sin embargo, no ha dicho nada [380] especialmente halagüeño; al contrario, ha destacado todo lo que significa cargar con la cruz para un Hermano misionero; pero no ha asustado a nadie; todos hubieran querido compartir la suerte de un apóstol: su aire de santidad es un imán que atrae a todos los corazones...[79]

Acabo, mis buenos y amadísimos Hermanos, recomendándoles la unión y la caridad. Sí, vivan de manera que su pequeña comunidad parezca estar compuesta por una sola persona. Que no exista entre ustedes más que una sola voluntad y un solo juicio. Estén todos animados por el espíritu de Dios. Que el celo de su gloria los abrase y los consuma. Si desean procurarme algún consuelo, vivan como perfectos religiosos. Sirvan al Señor en espíritu y en verdad. Permanezcan muertos y crucificados al mundo y a todo lo que es del mundo... Recen por su Congregación y por quien sigue siendo, en Nuestro Señor, todo suyo en la vida y en la muerte.[80]

---

[381] **CONCLUSION**

También para nosotros ha llegado la hora de poner fin a este trabajo y despedirnos de nuestros lectores y de la noble imagen de un predestinado.

Tras estas páginas, escritas para glorificar a Dios en uno de sus fieles servidores, ¿qué pensamientos, qué sentimientos deberán predominar en nuestras almas?

Nos sentimos felices al poder responder: los que animaron y alegraron la vida del venerado Hno. Policarpo y la elevaron poderosamente hacia las cosas eternas. Él nos ha desbrozado la senda que lleva a la salvación; a nosotros nos toca caminar resueltamente tras sus huellas. Participemos en la carrera de tal suerte que –atletas felices– ganemos «la palma otorgada a los vencedores».

Como el suyo, [382] que nuestro amor a Jesucristo, modelo de los predestinados, no sea etéreo, sino que se asiente en la práctica de las más excelsas virtudes, aquellas que, al despojarnos de nosotros mismos, nos arrancan de las vanidades de la tierra, levantan a lo alto nuestros corazones y anhelos. Apresurémonos a «realizar

nuestra obra antes de que llegue el final de nuestros días»[1] como nos aconseja la divina Sabiduría. Extranjeros, viadores, nos dirigimos a la eternidad; alarguemos el paso y mantengámonos vigilante~~s para que no~~ se nos eche encima la noche antes de alcanzar la meta.

Por otro lado –permítasenos la cuestión– ¿qué es nuestra vida?: una rápida marcha hacia la tumba; es semejante al relámpago que brilla un instante y desaparece al punto en el horizonte. «La verdadera prudencia nos pide, pues, que a partir de este día, a partir de esta hora, a partir de este momento, seamos tales como nos gustaría haber sido cuando se abra ante nosotros la eternidad».

¡Oh santo religioso! cuya suave y amable voz hizo estremecerse de gozo y esperanza a tantos corazones; que los bellos ejemplos de virtud y perfección, legados como herencia de vuestro amor, nos enseñen a despreciar el mundo, a ser [383] pacientes en la adversidad, a poseer el ánimo heroico que triunfa en la lucha. Juntamente con la sabiduría de vuestras lecciones, que ellos sean, para nuestras almas vacilantes, bálsamo saludable, tónico celestial, elemento de fuerza y de santa energía. Que aviven en nosotros el deseo de ser, como vos, verdaderos hijos del Sagrado Corazón, así como el amor y la esperanza de la felicidad futura; y de esta suerte, un día, tras los trabajos, fatigas y tristezas de la vida, llegarán para nosotros, "pobres desterrados" –al igual que para vos, venturoso ciudadano de la patria– el descanso sin fin, el perpetuo "*alleluia*", los himnos y las alegrías eternas. Entonces,

---

* [13] Esta carta y todas las que siguen están dirigidas a Hermanos de América. — La presente es del 28 de febrero de 1847 (*Hno. Pol. - Correspond. de América*, *ibid.*). También en esta son numerosos los retoques hechos por los autores, pero sin afectar a la substancia.

[14] Falta «suspirábamos y».

[15] En el original: «nos decíamos».

[16] En el original pone «si hubiesen *naufragado*».

[17] En el original: «de nuestros *queridos* Hermanos *de* América».

[18] En el original se lee «me *decía* últimamente *en una carta*».

[19] Falta en el original.

[20] El texto original, sin puntos suspensivos, es el siguiente: «Habrán sido sepultados bajo las aguas en aquellos lejanos parajes».

[21] «a Lyon», no se encuentra en este lugar de la carta, sino en el encabezamiento.

[22] He aquí cómo se presenta el párrafo en el original: «Desde su *embarcación hasta el día de la recepción de su carta, en el noviciado* no hemos cesado de dirigir al Señor oraciones *particulares, por la* mañana y *por la* tarde, para que se dignara ser Él mismo su guía y les condujera al termino de un feliz viaje».

liberados de las ataduras de la materia, experimentaremos los efectos de la munificencia divina, expresados en estas palabras: «Vuestros elegidos, Señor, se embriagarán de la abundancia de vuestra casa, y les daréis a gustar el torrente de vuestras delicias, donde quedarán plenamente saciados».[2]

DOC. XXIII

TESTIMONIO sobre las virtudes del Siervo de Dios, redactado por el Hno. Mizaël el día 22 de agosto de 1902.- *Copiado del original que se conserva en el Archivo general de los HH. del S. C., Roma, en el legajo «Hno. Policarpo - Informes diversos».*

Este testimonio sobre las virtudes del Siervo de Dios hay que asociarlo con el proyecto de introducir su Causa de beatificación, iniciado ya por el Superior General, Hno. Paul, en Roma, y ratificado oficialmente por el Consejo General el 30 de julio de 1902 (en *Consejo General 1887-1918*, p. 63). En realidad, el presente documento es del 22 de agosto siguiente, probablemente preparado a petición del Superior General para disponer del material necesario al efecto. Esta relación, independiente de la *Vida*, es interesante porque contiene, no impresiones generales, sino hechos concretos y bien circunstanciados, escuchados y vistos directamente por el autor, y que concuerdan perfectamente con todo lo que sabemos del Siervo de Dios. La relación fue presentada en el Proceso ordinario por el Hno. Eliézer (folios 120v-122v).

---

[23] Se han omitido en este lugar diversos párrafos de extensión considerable sin poner los puntos suspensivos.

[24] En el original se lee simplemente «amor de caridad».

[25] El original dice «hágales tener unos a otros».

[26] En el original se lee «siempre».

[27] He aquí el texto original: «Acuérdense de todos ante Dios en sus fervientes oraciones, de mí en particular, que soy todo suyo».

[28] Este párrafo pertenece a una carta, del 2 de enero de 1850, a los religiosos de América (*ibid.*). Los autores han realizado sólo dos retoques. En este punto leemos en el original: «animados por ellos, *la gloria de ustedes sea la* de nuestro Maestro común».

[29] En el original leemos: «que querrán entorpecerles».

---

[30] Estos párrafos pertenecen a una carta, del 27 de junio de 1848, a los religiosos de América (*ibid.*). Los autores de la *Vida,* además de algunos retoques, han realizado también transposiciones de fragmentos.

[31] En el original pone «establecimiento». Las palabras que siguen faltan en él, pero la idea la encontramos expresada en otras cartas.

[32] Este párrafo «Supe... los mares», en el original viene antes que el anterior.

[33] Falta el adjetivo «pequeñas».

[34] El original dice «los pequeños cambios».

[35] El original dice «persuadido».

[36] En el original: «de hacérselos».

[37] En el original, este párrafo, hasta el fin, viene inmediatamente después del que los Hnos. Eugène y Daniel ponen al comienzo de la carta.

[38] En el original leemos: «*permitiendo su establecimiento y bendiciendo* sus primeros esfuerzos».

* [39] En 1848. — Se trata de la situación creada tras la caída de Luis Felipe de Orleans y el advenimiento de la República.

[40] En el original leemos «nuestros más celosos Hermanos.

[41] El original dice «*el* núcleo *de* nuestra obra». En lugar de las palabras siguientes, sin los puntos suspensivos, leemos esta frase: «Sin la casa de Mobile, si llegaran días malos en Francia como todos recelan, yo temería por el futuro de nuestro Instituto».

---

[42] Este y el párrafo que sigue pertenecen a una carta al Hno. David, sin fecha *(ibid.)*

[43] Para conocer los cambios realizados por los autores es necesario reproducir el párrafo original: «Estoy absolutamente tranquilo en lo referente a mis buenos hijos de América; los conozco *demasiado a todos y conozco sus excelentes disposiciones como para tener respecto a ellos inquietudes graves*. *La pequeña advertencia que hice* en mi última carta *no era efecto de una gran inquietud sino, más bien,* una advertencia paternal a unos hijos queridos para precaverlos contra *la facilidad con que* el hombre se inclina a descuidar las cosas pequeñas, primero, para más tarde despreciarlas; y por ese camino, *llega insensiblemente y* sin darse cuenta *a caer*.

[44] Veamos el párrafo correspondiente en el original: «*No obstante*, esa desgracia no le ocurrirá a ninguno de ustedes, espero, porque todos serán *siempre* fieles a la gracia, y con semejante apoyo *es imposible*; *sin embargo, no deben olvidar que son hombres y que la infidelidad a una gracia conduce a otra, y así, por grados, se aleja uno de su deber*».

[45] En el original leemos: «¿quién podrá hacernos fieles a esta gracia, indispensable para no abandonar todo, incluso la salvación?».

[46] Veamos el original: «Con estos medios *y* la ayuda de Dios, conservarán la gracia, que fructificará en ustedes, y sus frutos serán frutos de vida eterna».

[47] El presente párrafo pertenece a una carta al Hno. David, del 20 de noviembre de 1854 (*ibid.*). En este punto del original leemos «vocación».

[48] En el original «de llegar a ser».

[49] Este trozo pertenece a una carta del 29 de diciembre de 1847 al Hno. David (*ibid.*). En este punto, los autores de la *Vida* han añadido «la vida» porque inmediatamente antes se habla de una enfermedad del Hno. David.

[50] En el original: «pérdida».

[51] He aquí el texto original: «pero *loado sea* Dios *que* se ha dignado conservarle aún».

[52] «No me cabe la menor duda de que *ponga* usted ahora manos a la obra *y que*, al mismo tiempo que trabaja por el bien de los demás, no se descuidará *a sí mismo, sino que* su principal preocupación será *procurar* tender a la mayor perfección posible de su santa vocación; para ello, es preciso trabajar y esforzarse continuamente, domar la naturaleza, *pues supongo que será la misma en América que en Francia, que allá se tendrán las mismas pasiones, que quizás, incluso, habrá reclamos más peligrosos*». Las últimas palabras «morir... crucificada» faltan en el original, pero se hallan en otra carta del Hno. Policarpo.

[53] Tanto el párrafo presente como los tres siguientes pertenecen a una carta a los religiosos de América, del 29 de diciembre de 1847 (*ibid.*). En este lugar, faltan las palabras «para una misión».

[54] Veamos el texto del original correspondiente a los puntos suspensivos y al fragmento que les sigue: «*y además, están ustedes* en ese Nuevo Mundo, *mejor que los reyes, sin molestia ninguna, mientras que aquí, antes de acabar una ya ha empezado la otra*; *hacen* el bien sin oposición, *y* aquí todo parece querer paralizar el poco bien que intentamos *hacer*».

[55] En el original: «de aquellos».

[56] El texto original, sin los puntos suspensivos ni el punto y coma, es el siguiente: «*y gozarán de ella largo tiempo si son* fieles».

[57] He aquí el texto original: «*En su calidad de religiosos*, no deben ignorar qué elementos constituyen la vida religiosa *para cumplir todos sus deberes con toda la exactitud posible*: ahora bien, lo que constituye la vida religiosa es».

[58] Faltan, en el original, tanto «el espíritu» como este adjetivo

[59] Aquí faltan puntos suspensivos para indicar la omisión de algunos fragmentos. La línea siguiente se encuentra así en el original: «Son ustedes, pues, quienes más íntimamente unidos a Dios deben estar; ahora bien, el medio de estar unido a Dios es observar la Regla según las palabras de San Agustín». La modificación de este párrafo es una consecuencia de la omisión del pensamiento precedente.

[60] En el original pone «Sean fieles a».

[61] En el original dice «de hacer».

[62] Este es el texto original: «que todos los inferiores estén *sometidos, de grado y en todas las cosas, a nuestro querido Hno. Director, que todos muestren siempre la más completa sumisión al Superior*». Los autores han omitido un largo párrafo sin poner puntos suspensivos.

[63] Faltan en el original.

[64] En el original pone «son perfectos en el establecimiento».

[65] En el original «ni acortados».

[66] El presente párrafo pertenece a una carta del 7 de marzo de 1853 al Hno David (*ibid.*). Veamos el texto original hasta este punto: «Hasta el presente alimenté la idea, *desde* hace dos o tres años, de *ir a verles*, pero el médico que *me ha examinado durante esta* enfermedad, *me ha dicho*...». El resto tiene algunos cambios debido a que los autores de la *Vida* han reproducido sólo un trozo de toda la carta.

[67] El fragmento pertenece a una carta del 4 de octubre de 1853 al Director de Dubuque, América (*ibid.*); «y confianza» falta en el original.

---

[68] En el original: «no le faltará»

[69] En el original: «Hermanos».

[70] En lugar de los puntos suspensivos, en el original leemos : «Dubuque y en la finca».

[71] En el original «del buen Dios».

[72] En el original, antes del punto siguen las palabras «de la misión que se le ha confiado».

[73] Este párrafo pertenece a una carta del 20 de febrero de 1854 al Hno. Alphonse (*ibid.*). El adverbio falta en el original, donde se lee «este» en lugar del «su» que sigue de inmediato.

[74] Esta frase falta en el original, pero la idea ha sido desarrollada por el Hno. Policarpo en los párrafos precedentes de la carta.

[75] En el original leemos: «no para enriquecer *a la Congregación*, sino por el interés *y propagación* de *esta* Congregación en América».

[76] He aquí el párrafo completo del original: «Esa casa le daría, *no sólo el medio de pagar la finca de Dubuque, sino el de* construir allá un noviciado y, *además, el de educar* y formar para la vida religiosa un cierto número de *novicios* que no puedan pagar su pensión, y *todo ello para crear la mayor cantidad posible* de establecimientos, *a fin de trabajar* para gloria de Dios y por el bien espiritual de los pobres niños de esos países».

[77] Tanto este como el siguiente párrafo pertenecen a una carta al Hno. Alphonse, del 6 de octubre de 1854 (*ibid.*).

---

[78] He aquí la manera como aparece el párrafo original: «*Anteayer* tuvimos la inestimable suerte de albergar *durante todo el día, y hasta ayer por la mañana*, al bondadoso y extraordinario Sr. Buteux, Párroco de la Baie Saint-Louis. Qué contentos estarán los Hermanos que tienen la dicha de ser dirigidos por un hombre tan santo ¡Oh, cómo debieran *procurar* imitarle en todo!; sería muy deseable que, no solamente nuestros Hermanos de la Baie, sino todos los de América *y todos los de Francia*, lo tuviesen por modelo *de* todas las virtudes que *este santo varón* parece practicar en altísimo grado, *pero* sobre todo su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, su piedad tierna y afectuosa y su humildad profunda, *junto a su rara* modestia».

[79] Este párrafo está sensiblemente retocado pero, como se observará, no ha sido modificado el sentido: «Son, *sobre todo*, estas cuatro virtudes las que todos nuestros Hermanos *y novicios* han observado en él *y las que* les *han* movido a decir que este hombre es un gran santo; también, si hubiera podido llevarse consigo *a mucha gente*, habría hecho buena cosecha; *gran número de novicios, así como tres profesores, habrían partido gustosos. Creo yo que, si hubiera llegado al día siguiente de la clausura del retiro y hubiese dicho ante toda la comunidad las breves palabras que dijo en el noviciado, me habría puesto en grandes aprietos para elegir los tres o cuatro que pide, y probablemente me habría creado enemigos. No obstante*, no ha dicho nada *muy* halagüeño; al contrario, ha destacado todo lo que significa cargar con *el temor* (?) para un Hermano misionero; pero *nada de eso espanta*: su aire de santidad es un imán que *gana* los corazones».

[80] El presente párrafo pertenece a una carta, del 15 de abril de 1850, dirigida a los Hermanos de Mobile. Está copiado fielmente. Sólo al terminar, el original dice «Jesucristo», en vez de «Nuestro Señor».

* [1] *Ecl*. 41, 38.

* [2] Salmo XXXV, 9.

El Hno. Mizaël, cuyo nombre de pila era Florimond Leyre, nació el 18 de marzo de 1838 en Laussac, municipio de Saint-Jean Lachalm, Haute-Loire. A causa de su bajo rendimiento en los estudios, sus padres lo llevaron en 1850 al internado de Paradis, dirigido por los Hnos. del Sgdo. Corazón. De este modo, pronto entró en contacto con el Siervo de Dios. Habiendo tomado la decisión de hacerse religioso, ingresó en el noviciado de la Congregación el 30 de septiembre de 1856, tomó el hábito el 27 de septiembre del año siguiente y emitió ambas profesiones, temporal y perpetua, el 20 de septiembre de 1860 y el 23 de septiembre de 1866, respectivamente. Fue profesor en las clases iniciales, cocinero y jardinero en Augerolles, Montsalvy, St.-Mamet, Nexon y St.-Alban. Permaneció en esta última casa durante los últimos veinte años de su vida, 1883 a 1903. A pesar de sus cargos humildes, destacó por su piedad, abnegación y entrega total a su Regla, despertando la admiración de los Hermanos y hasta el público reconocimiento de las autoridades civiles. Después de largos sufrimientos, falleció el 13 de marzo de 1903.

Su biógrafo escribe: «El Hno. Mizaël es una de las más nobles, más bellas y más puras almas que hayan perfumado con el aroma de sus virtudes la atmósfera bendita de nuestra querida Congregación: quienes tuvieron la dicha de ser íntimos compañeros de fatigas de este santo religioso, todavía permanecen profundamente impregnados del suave olor que desprendía una vida tan edificante y tan lograda» (*Anuario, nº 9,* 1914-15, pp. 275-293; *Necrologio,* p. 64)

Alabado sea el Sagrado Corazón.

Saint-Alban, año 1902

Reseña sobre el Rvdo. Hno. Policarpo

Siendo yo aún novicio en Paradis, en 1856, recibí la visita de uno de mis tíos sacerdotes. Mantuvimos una breve entrevista con el Superior, Rvdo. Hno. Policarpo, durante la cual pude observar que sistemáticamente se ignoraba a sí mismo, mostrando una modestia admirable.

Una vez que él se hubo retirado, me dijo mi tío sin que yo le preguntara nada: «acá tenéis un santo», de tal manera le había impresionado el encuentro con este hombre de Dios. Y se fue lleno de admiración por su virtud.

Tenía yo un hermano carnal de 73 años de edad, cuya pérdida sufrí recientemente, en 1901, y que había sido alumno del Rvdo. Hno. Policarpo. Desde que se fundó la casa de Paradis, adquirió tan alta estima hacia el Siervo de Dios, que me decía cuando hablaba de él: «He ahí un hombre que era maestro y religioso a carta cabal, querido y estimado por todos sus alumnos; veíase en él a un padre y a un maestro que sabía atraer hacia sí todos los corazones a fin de ganarlos para Jesu-

cristo, persiguiendo de ese modo la meta de su vocación, o sea, su propia santificación y la de sus alumnos».

Yo mismo, siendo alumno en Paradis, tuve la dicha de conocerle; desde las primeras ocasiones en que lo vi, sentí una gran veneración por su virtud; lo vi durante dos años.

Después de abrazar yo mismo la vida religiosa en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, tuve la suerte de conocerle mejor y de apreciarle más todavía.

Puedo asegurar que siempre lo miré como a un santo y, al compararle con otros santos, me parecía que tenía sus mismas cualidades.

Cuando mis ojos se fijan en su imagen, tengo la impresión de que ella me trae a la memoria todos sus buenos ejemplos.

Al hablar con él durante la dirección espiritual, hubiérase dicho que era un ángel quien nos dirigía la palabra.

Cuantas veces hablé con alguno de los Hermanos que conocieron como yo a nuestro querido Hno. Policarpo, manifestaron los mismos pensamientos. Hablé con uno de los que abandonaron nuestra Congregación y también me decía que nuestro Hno. Policarpo era un santo.

Tan bajo concepto tenía de sí mismo que, al darnos alguna conferencia, nos decía que no debíamos mirar en él al hombre, ya que tenía muchos defectos; exhortaba a los novicios a tener en gran estima su vocación, y a no contentarse con una santidad mediocre, sino que se elevaran a gran perfección.

Su regularidad

Siempre observé en él una gran puntualidad. Todavía me parece estar viéndole, habitualmente el primero en los ejercicios de piedad de la mañana, antes de empezar la oración y la meditación, lo mismo que en los demás ejercicios. Noté, también, que a veces se ausentaba durante el día para ir a hacer una pequeña visita a Nuestro Señor en la capilla, descansar un poco y recibir de Él algún consuelo y luces para dirigir bien el Instituto. Generalmente, durante la visita leía algo, pero jamás hacía estas cosas en detrimento de su deber.

Su espíritu de ahorro: Cuando me dio la primera obediencia, como yo no estaba acostumbrado a viajar, le rogué que me escribiera en un papelito el nombre del lugar donde debería detenerme para apearme del vehículo; hojeó un poco entre sus papeles y, como no encontraba lo que quería, le daba pena estropear una hoja entera.

Saquen el provecho que puedan de mis recuerdos. Certifico que lo dicho es exacto.

Saint-Alban, a 22 de agosto de 1902.

Hno. Mizaël

Doc. XXIV

TESTIMONIO SOBRE LAS VIRTUDES DEL SIERVO DE DIOS, redactado por el HNO. ADELPHE hacia el año 1902.- *Copia del original conservado en el Archivo general de los HH. del S. C., Roma, legajo «Hno. Policarpo - Informes del Hno. Adelphe».*

El presente documento también se presentó en el Proceso ordinario (folios 107r-119r). Al no llevar fecha, fue considerado como una de las fuentes de la biografía del Siervo de Dios redactada por los Hnos. Eugène y Daniel, sin embargo, no ocurrió así. De un atento examen del mismo, y de la carta que lo acompaña, escrita desde Meyssac, Corrèze, donde el Hno. Adelphe permaneció desde 1896 hasta 1903 (*Registro de matrícula*, vol. I, p. 86, Archivo de los HH. del S.C.), se deduce que el documento fue redactado hacia finales de 1902, ya que en la carta se hace referencia al nuevo año y a la persecución religiosa. Con seguridad, es posterior a la decisión del 30 de julio del Consejo General del Instituto.

El Hno. Adelphe divide su trabajo en dos secciones: analiza, en la primera, algunas virtudes del Siervo de Dios y los rasgos característicos de su vida; en la segunda, considera las visitas a las diversas comunidades, con las impresiones que producía en los presentes y, finalmente, el dolor experimentado ante la noticia de su muerte. El escrito termina con la declaración explícita del autor sobre la santidad del Siervo de Dios.

Tanto por su amplitud como por el contenido, si exceptuamos la biografía, este es el más importante de todos los documentos que se escribieron después de su muerte. Aunque fue redactado cuarenta y cuatro años después del fallecimiento del Hno. Policarpo, no pierde nada de su frescura y viveza de detalles, característica propia de un testigo ocular que vivió con el Siervo de Dios algunos años, justamente los últimos, cuando más destacaba su personalidad. Lo que escribe, según confiesa explícitamente, es fruto del trato familiar, a lo cual necesitaba añadir como fuentes los testimonios de Hermanos y otras personas que se habían relacionado con el Siervo de Dios. Los abundantes datos autobiográficos indican claramente que esta relación del Hno. Adelphe es independiente de la biografía del Siervo de Dios (Doc. XXII). Los puntos suspensivos que se encuentran en el

texto pertenecen al original.

Damos a continuación algunos datos biográficos del Hno. Adelphe: Pierre Lemasson nació el 4 de octubre de 1838 en Tempel, pueblecito situado a cinco kilómetros de Massiac, Cantal; ingresó en la Congregación el 10 de septiembre de 1853 siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, Jean, que ya era religioso de los Hermanos del Sagrado Corazón con el nombre de Hno. Clodomir (cfr. intr. Doc. XXV, 1, c). Emitió su primera profesión el 5 de septiembre de 1858. Dotado de gran inteligencia y firme voluntad, impartió sus enseñanzas en el noviciado de Paradis en tiempos del Siervo de Dios, en el escolasticado de Marvejols, en Lyon durante dieciséis años y en Broquiès. En este último lugar fue director durante dieciséis años, luego en Oloron (1892), Meyssac (1896) y de nuevo en Oloron (1903-1913). Se retiró a Paradis en 1913, donde se apagó serenamente el 20 de junio de 1917. Su biógrafo condensa las características del Hno. Adelphe en estos términos: «Gran amigo del estudio para sí y para los demás; religioso muy adicto al Instituto y a su Regla; profundamente piadoso, siendo su piedad poco ostentosa, es verdad, pero franca y sincera; maestro disciplinado y metódico; carácter recto, al que disgustaba tanto el papel de adulador como el de fariseo; tales son en síntesis las cualidades características del Hno. Adelphe. Vamos a desarrollarlas brevemente, sirviéndonos de cartas que proceden, bien sea de sus antiguos alumnos, o bien de los Hermanos que tuvieron la dicha de vivir con él» (*Anuario, nº 11*, 1916-17, p. 238; biografía. pp. 234-260; *Necrologio*, p. 133).

1

Internado de San José
de los
Hermanos del Sagrado Corazón
Meyssac (Corrèze)

Rdo. Hno. Superior,

Me había pedido usted, y yo le prometí, unas palabras a propósito del Hno. Policarpo; al fin, venciendo mi pereza, he redactado unas cuantas líneas. Se las envío tal como están, ya que usted me dijo que el orden y la redacción le importaban poco.

¿Qué nos reserva el futuro? Lo ignoramos todavía. Puede que Dios nos eche una mano y confunda a los satanes en sus cálculos siniestros.

Mientras tanto, seguimos nuestro ritmo habitual. ¡Que sea lo que Dios quiera! Seguimos teniendo nuestro grupito de alumnos, como antes. A gusto recibiríamos algunos internos más, pero debemos contentarnos con poco, sintiéndonos felices

de poder disfrutar todavía en paz y seguridad, de esta pequeña prórroga.

Le deseo de antemano un feliz año nuevo. Que sea, para usted y para nosotros, mejor de lo que se vaticina.

Con la esperanza de que, si Dios debe hallar gloria en ello, todo sucederá para bien.

Su más humilde inferior, Hno. Adelphe

2

La verdadera bondad gana los corazones
y los lleva al cielo.

¡Ojalá que estas líneas puedan
ser de alguna utilidad!

Mis recuerdos
sobre el bondadoso y venerado Hno. Policarpo, de 1852 a 1858.

Tuve el inestimable privilegio de pasar en Paradis, ya como novicio ya como profesor del noviciado, mis primeros años de vida religiosa junto al bondadoso Hno. Policarpo, en aquella época Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón.

El recuerdo de este hombre santo, tan bueno, tan caritativo, tan modesto, tan humilde, etc, ha quedado profundamente grabado en mi alma y en mi corazón.

[SECCION I]

Su bondad

Decir lo bueno que era el Hno. Policarpo ¡sería imposible!; para saberlo, es preciso haberle visto, haberle tratado. Esta bondad se reflejaba en todo su porte: en su palabra amable, en su afable sonrisa, en su mirada modesta y candorosa a la vez. No es de extrañar que atrajese a todos hacia él. En cuanto uno se le acercaba, sentíase penetrado de filial afecto, de religiosa veneración y totalmente predispuesto a derramar en su corazón paternal las alegrías, las penas sobre todo, en una palabra, el alma entera.

Desde el primer instante, todos los Hermanos se hallaban a gusto con él, sentíanse casi familiares, pero con esa familiaridad que, lejos de engendrar menos aprecio, inspira admiración, amor y confianza.

Si en ocasiones su deber le obligaba a reprochar algo a sus Hermanos, lo hacía de manera tan delicada y paternal que raramente ofendía al interesado; y si notaba que había entristecido un corazón, por poco que fuese, sabía derramar en seguida sobre la llaga el bálsamo maravilloso de unas palabritas amables y alentadoras, de tal modo que uno quedaba siempre contento de él y descontento de sí mismo.

Como sabía que, si hablaban personalmente con él, su bondad le traicionaba y su firmeza quedaba resquebrajada, prefería hacer las reprensiones por carta. Por muy severas que estas fuesen, siempre iban acompañadas de alguna frase de consuelo y aliento.

Normalmente, todos los meses se entrevistaba con cada Hermano de la casa, así fuese el menor de los novicios. Ese breve coloquio con un hombre tan santo era un rato delicioso. Salíamos de él felices y llenos de buena voluntad; parecía como si uno se hallara dispuesto entonces a pasar entre llamas para complacer a este buen padre.

Los Hermanos de las comunidades próximas a Paradis se citaban allí con las siguientes significativas palabras: «Vayamos el jueves a ver un rato a nuestro buen Hno. Policarpo y después de efectuar nuestros pequeños encargos en el Puy volveremos a casa con el ánimo alegre».

En épocas de retiro, el saludo que nos dirigíamos al encontrarnos durante los viajes era esta gozosa exclamación del corazón: «¡Ah!, por fin volveremos a ver a nuestro bondadoso y amable Hno. Policarpo». Ante tal pensamiento, sentíamos que todos los corazones palpitaban de felicidad...

Su predilección por los Hermanos ancianos y jóvenes.

Si bien es verdad que el Hno. Policarpo amaba a todos sus Hermanos con sincero y tierno amor, no obstante, tenía una debilidad y predilección especial por los ancianos, por estar más necesitados de consuelo en sus padecimientos y achaques; y también por los Hermanos jóvenes y los novicios, por tener más necesidad de ánimo y afecto. Además, en sus tersas frentes aún brillaba la inocencia; en fin, a sus ojos eran la esperanza de su amado Instituto...

Muy a menudo iba a pasar los recreos de mediodía con sus queridos novicios. Durante los ratos de conversación espiritual que en aquel entonces seguían siempre a la comida y a la cena, ora escuchaba, ora preguntaba. Con frecuencia tomaba la palabra, inflamando los corazones de sus hijos al exponer sus ideas sobre el espíritu de fe, la caridad, la entrega, etc. A veces se sentaba junto a la pared de la capilla, detrás de la cual se hallaba situado el patio de los novicios. Todos se reunían

en su derredor como pollitos en torno a su madre o cual enjambre de abejas en torno a su reina. Se iniciaba entonces entre este amadísimo padre y sus hijos queridos, una de aquellas conversaciones alegres, útiles, en las que todos se hallaban a gusto, semejando el hogar de una familia patriarcal. Cuando volvía de sus visitas a las comunidades, el Hno Policarpo narraba las maravillas de regularidad, espíritu de sacrificio, caridad fraterna, etc., que había presenciado. Todo el mundo experimentaba la dicha y el orgullo de pertenecer a una familia en la que tanto y tan bien se trabajaba por la gloria de Dios. En otras ocasiones, dirigiéndose a veces a uno, a veces a otro, decíale con afable sonrisa: «¡Ah, misericordia!, ¿qué haré el año próximo de este Hermanito, de este barbullón? ¡Misericordia! Lo pondré con un encanto de director de quien será el niño mimado; pero deberá portarse muy bien, ser muy piadoso, aprender canto, dibujo, etc.». Así animaba a sus novicios a la virtud y al estudio.

Un día, dirigiéndose a mí, me dijo según su costumbre: «¡Ah, misericordia!; ¿qué haré de este barbulloncito profesor del noviciado?»; y añadió: «¡Pues bien!, lo enviaré a Lyon. Es allá, ¡misericordia!, donde podrá capacitarse». ¿Qué tendré que estudiar?, le pregunté yo. «Estudie bien la Historia», me dijo. A partir de ese momento, ufano por ir a Lyon, hojeé frenéticamente todos los compendios de Historia que cayeron en mis manos. Gracias a eso, adquirí entonces los rudimentos de historia general. ¡Cuántos otros hicieron como yo! Con el Hno. Policarpo, los recreos transcurrían con la misma rapidez que los sueños dorados; tan a gusto se expansionaban los corazones con él, que maldecíamos la campana cuando tocaba para el oficio. Con cierta frecuencia, algunos de nuestros Hermanos mayores, hombres de mucho sentido común, de gran experiencia y de virtud probada por las vicisitudes de una larga y penosa carrera, se sentían felices yendo a compartir las alegrías de los jóvenes, haciéndoles partícipes de los frutos de su saber e iniciándolos en las virtudes de la vida práctica. De veras que aquello era una auténtica y agradable vida familiar cristiana. En aquel tiempo, los ancianos no eran unos apestados para los novicios. Ciertamente, la teología sulpiciana[1] no había nacido aún a orillas del Borne; allá imperaba, soberana, la del sentido común y del amor. Quizá fuésemos menos romanos, pero éramos más galos.

Siendo el santo Hno. Émile maestro de novicios, el buen Hno. Gérasime profesor de 1º, y el gran patriarca Hno. Marie-Gabriel, de 3º, llegó un día una triste noticia para la joven familia de novicios, sobre todo para los de 1º. Su profesor acababa de recibir la orden de partir para ir a fundar a Lubersac. ¡Oh, cuánto

[1] Aquí se alude al rigorismo del Hno. Sulpice, profesor en el noviciado desde 1870 hasta 1903 (Doc. XXX, testigo 2, nº 5.)

ensombreció la jornada en el noviciado esa nueva! Por la noche, después de cenar, sin duda para consolarnos, el Hno. Policarpo se presentó en el comedor de los novicios. Apenas había llegado a la mitad de la estancia cuando, espontáneamente, el Hno. Marie-Gabriel y todos los novicios de 1º cayeron de rodillas en círculo alrededor de él como para decirle: «No saldrá usted de aquí hasta que nos haya atendido». Él comprendió: al vernos a sus pies, brilló una lágrima en sus ojos. «Levántense de ahí, mis buenos Hermanitos», dijo. Nadie se movió; en cambio, el bueno del Hno. Marie-Gabriel, imploró sollozando: «Reverendo Hermano, no quite usted su querido profesor a estos buenos chicos». «¡También usted, santo varón!», contestó el Hno. Policarpo; y, con voz entrecortada por la emoción, añadió: «¡Está bien!, avisen al Hno. Hyacinthe que se prepare para salir mañana temprano hacia Lubersac». Y sin añadir una sola palabra, se retiró conmovido para dar rienda suelta a sus lágrimas. En cuanto a nosotros, contentísimos de seguir con nuestro buen profesor, retiramos triunfalmente su maleta del locutorio. El Hno. Gérasime fue enviado a fundar Meyssac en la época de vacaciones.[2]

¡Cuántas escenas conmovedoras ocurrían, a menudo a puerta cerrada, entre el Hno. Policarpo y sus Hermanos, bien en Paradis, bien en otras comunidades!... Permítaseme relatar aquí una anécdota, un tanto personal, poco importante en sí misma.

Hacia finales del curso, los Hermanos Marius, Marie-Adolphe y yo no dábamos la talla mínima requerida para tomar el hábito religioso. Nosotros nos lamentábamos, y el Hno. Policarpo, que nos amaba, sufría también al observar nuestra pena, pero nos daba a entender que tenía miedo a ser reprendido si nos lo concedía. ¿Qué hacer? Por aquellos días, acudió a Paradis Monseñor de Morlhon. Cuando se reunió con todos los Hermanos en un salón, se nos ocurrió la ingenua osadía de rogar al Sr. Obispo que intercediera por nosotros. Nos miró, sonrió benignamente, nos preguntó de dónde éramos, etc., y dijo a continuación: «Vamos, bondadoso Hno. Policarpo, habrá que satisfacer el deseo de estos tres jóvenes Cantalinos; son bajitos de estatura, pero ya crecerán y, esperemos, algún día serán grandes en la virtud y en el saber.

El Hno. Policarpo, encantado, se inclinó y dijo: «Señor Obispo, se hará conforme al deseo de Su Excelencia y de nuestros tres pequeños Cantalinos. ¡Ojalá conviertan ellos en realidad sus esperanzas!».

Y así, a pesar de nuestra corta estatura, tomamos la sotana en el retiro.

---

[2] El mismo episodio se incluye en la biografía del Hno. Gérasime. (Doc. XXV, 1 d).

Su bondad con los alumnos y las personas del exterior.

El Hno. Policarpo, tan bondadoso con sus Hermanos, no lo era menos con los alumnos de nuestros centros escolares. Cuando los del internado de Paradis le veían aparecer entre ellos, se mostraban alegres, contentos, encantados. Siempre hallaba las palabras adecuadas para animarles al trabajo y, sobre todo, a la virtud. Simplemente por su aspecto, ya se hacía amable.

Esta bondad del Hno. Policarpo, unida al largo cortejo de sus encomiables virtudes, ejercía un ascendiente irresistible sobre todos los que trataban con él. Aquellos mismos que iban a presentarle sus –a su entender– justas quejas, quedaban mudos y confusos después de haberle visto y oído.

Cierto día, mi pobre madre, inconsolable tras la marcha de mi hermano (Hno. Clodomir) al noviciado, acudió a Paradis con la intención de llevárselo a casa. ¡Pobre mujer, no había contado con el Hno. Policarpo!... En cuanto este último hubo conversado unos instantes con ella, adivinó sus intenciones. Entonces, en tono grave, le dijo:

«Infeliz, ¿a qué ha venido aquí? A robarme a mi querido hijo, ¡a robárselo a Dios! ¿No teme usted que ese Dios celoso la castigue?..»

La pobre mujer, desconcertada, confusa, se echó a llorar, pidió perdón y emprendió con presteza el camino de regreso a casa. A su vuelta, nos reíamos de su aventura. Ella nos respondía: «¿Qué queríais que dijera a ese santo varón, tan bueno, tan amable? Lo único que he podido hacer ha sido llorar y, avergonzada, marcharme cuanto antes. ¡Ah! –añadía– para el futuro estoy bien curada del deseo de quitarle mi Jeantounet a ese amable y santo varón».[3] Cuando, más adelante, me fui yo al noviciado, ella lloró mucho, pero ni se le pasó por las mientes la idea de aconsejarme que regresara.

Cuando un hombre reina sobre los corazones por la bondad y la santidad, como el Hno. Policarpo, puede generar maravillas, maravillas de abnegación sobre todo, en sus inferiores...

Su caridad

En el Hno. Policarpo, la caridad se confundía con la bondad, o más bien, ambas virtudes se apoyaban mutuamente. Su gran corazón se compadecía de todas las

[3] El mismo episodio aparece en la biografía del Hno. Clodomir (Doc. XXV, 1 c).

miserias y sufrimientos de quienes le rodeaban. Si una acción presentaba mil facetas, él siempre la miraba, como San Francisco de Sales, por su cara más positiva. Hablando de las virtudes y buenas cualidades de sus Hermanos, no sabía acabar; sobre sus defectos, era mudo. Por eso, ¡con qué confianza le exponíamos nuestras penas y cuán admirablemente nos consolaba!

Su amor a la pureza

Por muy grande que fuera el aprecio que tenía el Hno. Policarpo a todas las virtudes, había una que amaba con amor sin límites y que quería ver brillar sin mácula en todos sus Hermanos. Era la virtud angélica, la entrañable pureza. Por nimio que fuera, no perdonaba nada que atentase contra esta amable virtud: ni palabras libres, ni gestos, ni risas, ni caricias, ni modales, etc. Él, tan bueno, tan caritativo como era, jamás excusaba un descuido en este punto. Si algún Hermano se permitía alguna libertad en ese aspecto, o si existía sospecha fundada en serias apariencias de verdad, lo hacía llamar y, con un tono que no admitía réplica, le decía: «Hijo mío, en el mundo podrá ser usted un buen cristiano, un excelente padre de familia, pero no está hecho para la vida religiosa; retírese, retírese inmediatamente». Sobre esta materia, él tan proclive a perdonar, se mostraba inexorable: ni lágrimas, ni promesas, ni intercesiones, nada le hacía ceder.

No aceptaba, en modo alguno, readmitir a los antiguos miembros que salieron por esa razón; rechazaba, igualmente, a los que procedían de otras congregaciones, recelando que su salida se hubiera producido por esa misma causa. Respecto a la modestia, su delicadeza era tal que a nadie permitía presentarse sin estar completamente vestido, no sólo ante los alumnos, ni siquiera ante sus Hermanos.

Con frecuencia repetía: «Hermanos, debemos actuar, hablar y comportarnos de tal manera que nuestros alumnos, y la gente en general, caigan en la tentación de pensar que los Hermanos son de naturaleza superior a la suya».

Su humildad

En el Hno. Policarpo, como en todos los santos, el fundamento de sus virtudes era la humildad. Todo en ese santo varón respiraba esta virtud: su porte, sus modales, sus palabras. Nunca salía de su boca el odioso "yo"; jamás hablaba de sí mismo, ni para bien ni para mal. En cualquier circunstancia, si era posible, se eclipsaba totalmente; y cuando se le presentaba la ocasión de practicar un acto de esta virtud, su rostro irradiaba felicidad.

Durante la semana santa en Paradis tenía la satisfacción de realizar, revestido de

solemnidad, uno de esos actos.

A las tres de la tarde del Jueves Santo, en las aulas del noviciado, cuyas mamparas de separación se abrían, reuníanse novicios, ancianos y Hermanos todos de la casa madre. El Hno. Policarpo, ciñéndose una toalla a ejemplo del Salvador, lavaba los pies a los doce novicios más jóvenes, besándoselos, además, él y sus Asistentes. Seguidamente, arrodillándose delante de cada uno de los Hermanos que ocupaban los primeros puestos en la sala, el Superior y los Asistentes les besaban los pies. Este acto, realizado con espíritu de fe y en religioso silencio, hacía derramar lágrimas, a veces, tanto a los jóvenes como a los ancianos.

A continuación se trasladaba el Hno. Policarpo al escritorio de la clase y daba comienzo un acto no menos solemne. Los Asistentes, puestos de rodillas en medio de la sala, se acusaban de sus faltas exteriores, pedían a los Hermanos que les advirtieran de sus defectos y se les imponía una penitencia. Los demás Hermanos, desde los más ancianos hasta el último de los novicios, hacían lo mismo que los Asistentes. Por último, tras hacer el Hno. Policarpo algunas advertencias generales a todos los presentes, se dirigían silenciosos a la capilla para reflexionar sobre ellas y orar unos instantes ante el Santísimo Sacramento.

Independientemente de lo que hayan podido decir o pensar ciertos espíritus, no será menos cierto para mí que esta ceremonia poseía un sello grandioso de religiosidad dentro de su ingenuo candor. Imprimía en las almas aparejadas para la virtud, una marca profunda y saludable.

Su respeto hacia el sacerdocio

El Hno. Policarpo profesaba un profundo respeto, una especie de veneración, hacia el sacerdocio; este respeto, esta veneración a los sacerdotes, los ponía de manifiesto en cuanto se le presentaba una ocasión propicia. De ahí la alta estima en que le tenían, a su vez, todos los miembros del clero que le conocían. ¡Cómo le querían!, ¡cuánto le veneraban!

El gran obispo de Tulle, Monseñor Berthaud, le decía: «Le prohibo entrar en mi diócesis si no viene al obispado a comer conmigo en privado».

Cada vez que se encontraban estos dos santos, tan humildes, tan sencillos, se abrazaban efusivamente.

Su calma, su serenidad

En el Hno. Policarpo, en fin, todo rezumaba bondad, mansedumbre, caridad, modestia, humildad; en una palabra, la santidad amable. Esta hermosa alma, unida a Dios, planeaba por encima de las vicisitudes humanas. Era cual onda tranquila y límpida en cuya superficie, a modo de espejo, se reflejaban, por así decirlo, las constelaciones de todas las virtudes. Nada le turbaba; los acontecimientos exteriores, por muy penosos que fuesen, apenas parecían rozarle. Jamás se vio en el Hno. Policarpo un grito, una carcajada, una palabra, o siquiera un gesto de impaciencia; su frente permanecía siempre serena y una graciosa y perpetua sonrisa se dibujaba en sus labios. Al contemplarle, decía uno para sus adentros: «¡Oh, qué santos tan amables regala Dios de vez en cuando a la tierra!».

[SECCION II]

Visita a los establecimientos, fomento del estudio

Como el Hno. Policarpo amaba sinceramente a todos sus Hermanos, quería verles mientras desempeñaban sus diversas ocupaciones para poder guiarlos, animarlos y consolarlos él personalmente.

Por eso visitaba anualmente casi todas las casas del Instituto.

A causa de su frágil salud, y también para entrar menos en contacto con el mundo, acudía a visitar las comunidades en su pequeño carruaje, llevando de cochero a un Hermano vestido de seglar (Hnos. Denis, Marie-Adrien, Marie-Alexis).

Su llegada y su estadía en cada casa eran un acontecimiento gozoso, una verdadera fiesta. A todos se les ensanchaba el corazón cuando le veían; profesores y alumnos le rodeaban y hablaban a la manera que rodean y hablan los hijos a su amadísimo padre tras largos meses de ausencia. Mientras duraba la visita, considerada siempre demasiado corta, veía cómo trabajaban en clase maestros y alumnos. En cada clase hacía exámenes por escrito y por oral. Los ejercicios escritos eran corregidos por una comisión en la casa madre. El día de la clausura del retiro se proclamaban, ante todos los Hermanos, los resultados de las diversas pruebas escritas y orales. Se hacían comparaciones entre los centros y las clases de un mismo nivel. Pero el ejercicio cuyos resultados comentaba amplia y detalladamente era el de catecismo.

Aunque en estos concursos se colara algún que otro fraude, –consecuencia del desmedido deseo de brillar, por parte de ciertos directores sobre todo– al desper-

tar una sana emulación, los efectos producidos eran excelentes.

Cada Hermano aprovechaba la visita para confiar al corazón de este buen padre sus alegrías y, sobre todo, sus penas. En él hallaba siempre orientación espiritual, aliento y consuelo para seguir caminando con paso firme por el duro y áspero sendero del deber y de la virtud.

¡Qué compasión tan solícita la de su corazón paternal ante cualquier pena o necesidad de sus Hermanos! Si ciertos directores demasiado austeros, especialmente para los demás, consentían que sus inferiores carecieran de lo necesario, les dirigía severas reprimendas, diciéndoles que así desanimaban a los Hermanos jóvenes, contribuían a la pérdida de vocaciones y arruinaban el porvenir del Instituto. A veces, temiendo que el director pudiera no hacer suficiente caso de sus recomendaciones, iba hasta el extremo de entregar algunas monedas a los inferiores para que compraran lo que más necesitaban. ¿Se podía abusar de tanta bondad, de tanta confianza? Imposible, hubiera hecho falta no tener corazón.

En aquellos tiempos, generalmente estábamos más cargados de trabajo que hoy. No era raro ver casas de sólo 3 Hermanos con 200 ó 300 alumnos, y si no, que se lo pregunten a Lubersac, Égletons, etc.; o ver a un joven Hermano de 18 años encargado de la cocina, de una clase de 80 a 100 alumnos y hasta de un pequeño internado a veces. Los Hermanos, a pesar de tanta sobrecarga, andaban lejos de poseer las ventajas actuales, sea en alojamiento, sea en nutrición. En 1854-55, como los alimentos eran carísimos y los recursos escasos, nos vimos reducidos a lo estrictamente necesario. En algunas comunidades de 4 Hermanos, no se bebía ni 10 litros de vino al año, y en el noviciado se suprimió por completo cualquier indicio de abundancia. Casi todos los Hermanos de entonces hacían los ayunos de Iglesia; y todos, sin excepción, el del viernes. Muchos viajes, incluso los de grandes distancias, se hacían a pie; buenos ejemplos de ello tenemos en: el intrépido Hno. Xavier que, con más de setenta años, se fue a pie de Blesle a Lyon; el Hno. Jean-Marie, de Marvejols a Broquiès; el Hno. Mathias, de Broquiès a Paradis; ¡y tantos otros! Se dirá que la salud era más fuerte. Es posible; sin embargo, yo creo que actualmente las voluntades son más flacas y la búsqueda de lo cómodo más intensa.

En aquella época, nuestros Hermanos se caracterizaban por una entrega sublime. Esta dedicación se veía frecuentemente coronada por éxitos de todo tipo, mayores que los de hoy, que tenemos más conocimientos pero menos entrega real.

Tan sobrecargados de trabajo como estaban los Hermanos, ¿podrían hallar tiempo y ánimos para aumentar su saber? Pues algunos, hasta en un dormitorio, glacial a veces, conseguían robar unas horas al sueño para estudiar. Otros se humillaban a

pedir clases de ortografía, de aritmética, etc., a novicios de 15 años como yo ¡Realmente, se necesitaba tener voluntad de hierro!

El Hno. Policarpo sufría al ver el agotamiento de sus Hermanos; ¡cuánto le hubiera gustado aliviarles para que pudiesen estudiar. Pero ¿qué hacer? Las peticiones de fundación de escuelas le abrumaban. Llegaron a fundarse unas 8 ó 10 en un solo año. Era necesario echar mano de los novicios después de 6 ó 10 meses de noviciado y postulantado y reducir el personal de las casas a su más simple expresión.

En la medida de lo posible, colocaba a los Hermanos jóvenes que creía más capaces en medios favorables para instruirse. Enviaba al Hno. Urbain a los cursos de química y de física de la Martinière a fin de que pudiera dar algunas lecciones de esas ciencias a los alumnos y a los profesores del internado de Lyon. El Hno. Norbert acudía a recibir clases de un tenedor de Libros, y él, a su vez, enseñaba las primeras nociones de álgebra al Hno. Marie-Michel. Al año siguiente, contrató a un profesor del liceo del Puy para que fuese a impartirnos algunos cursos de geometría y de álgebra al Hno. Hilarion, a mí y algunos otros.

Era también por entonces cuando el Hno. Jean-Marie estaba componiendo su tratado de Aritmética, y el Hno. Adrien, su Gramática. ¡Pobre Hno. Adrien! Le ponía yo la cabeza tan tarumba con mi machacona charlatanería en clase que un día, harto de aguantar mis peroratas, agarró algunos libros y una mesita, los puso sobre su cabeza, atravesó así Espaly y fue a instalarse en la viña para poder dedicarse tranquilo a su Gramática. El Hno. Policarpo, que desde su habitación le vio pasar por el puente, comprendió al instante la causa de su marcha. Me llamó inmediatamente y me dijo: «¡Hermanito! ¿qué hace usted? Echa de casa al Hno. Asistente, arruina su salud desgañitándose y conseguirá que acabe enfadándome». Prometí, por supuesto, perorar y gritar menos, pero... "genio y figura hasta la sepultura".

Se notaba en el Hno. Policarpo su enorme deseo de favorecer la formación académica de sus Hermanos, pero no existían las facilidades que hoy tenemos. Los novicios reciben las nociones generales del saber ya en el noviciado. ¡Qué diferente era entonces! El Hno. Adrien me zumbaba a veces al oído en los pasillos: «¡polinomio, monomio!». Si algún asistente actual fuera invitado a visitar las clases de Paradis, seguro que no diría como él: «¿Cómo voy a visitar esas clases, yo, que no sé nada de polinomios ni de monomios?» ¡Ciertamente, él sabía otras cosas!

Muerte del Hno. Policarpo

Cuando Dios llamó a su seno al buen Hno. Policarpo, yo me encontraba en Lyon y por tanto no pude presenciar sus últimos momentos. ¡Qué emotivos debieron ser esos instantes en los que esta bella y santa alma voló, cual blanca paloma, directamente hacia el Corazón de Jesús!

En Lyon, la noticia de esta muerte nos destrozó el corazón a todos. Un silencio sepulcral se adueñó al instante de la casa. Cuando al día siguiente en el oficio de difuntos, el capellán, P. Magat, hizo con voz conmovida una breve reseña de la vida del llorado y venerado difunto, ¡cuántas lágrimas perlaron los ojos de maestros y alumnos!

Aunque los juicios de Dios son insondables, jamás me he sentido inclinado a rezar por el eterno descanso del Hno. Policarpo, pues estoy convencido de que su alma subió al Cielo más recta que una flecha.

Sin embargo, ¡cuántas veces he exclamado en mi interior desde entonces: «bondadoso y santo Hno. Policarpo, tierno padre, rogad un poco desde el seno de la gloria por vuestro pobrecito Hno. Adelphe, al que vos amabais y que tanto os amaba; obtenedle la gracia de acudir pronto a vuestro lado!

¡Proteged, salvad a vuestros Hermanos actualmente perseguidos!»

Hno. Adelphe.

DOC. XXV

EXTRACTOS de algunas de las obras publicadas dando testimonio sobre el Siervo de Dios.

Entre las numerosas obras que aportan testimonios sobre el Siervo de Dios, de las que haremos una relación en la *Bibliografía* final, en el presente documento reproducimos párrafos extractados preferentemente de los *Anuarios* del Instituto y de la publicación editada en 1921 con ocasión del centenario de su fundación.

1

Extractos de la obra titulada: «Anuario del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón», números 2 a 8, años 1907 a 1914.

Ya conocemos el *Anuario* de los Hermanos del Sagrado Corazón (cfr. también *Bibliografía*, nº 35). Los fragmentos que publicamos ilustran varios aspectos de la vida del Siervo de Dios.

a)

«Casa de Paradis - Casa madre del Instituto», anuario nº 2 (1907-1908), páginas 84-85.

Se trata de la casa de Paradis en tiempos del Siervo de Dios y del excesivo interés del capellán de la casa, P. Arnaudon, por dirigir la Congregación (cfr. Doc. XI); además se citan dos autorizaciones –una del obispo de Le Puy (20 de mayo de 1846) y la otra del alcalde de Espaly-St-Marcel (21 de abril)– para enterrar los restos de los religiosos difuntos en el recinto de la casa.

. . . En 1839, los Hermanos del Sagrado Corazón, que tenían en esta época una veintena de escuelas situadas en los departamentos de Rhône, Haute-Loire, Cantal y Lozère, se reunieron por primera vez en Paradis para los ejercicios del retiro anual.

Ese mismo año, fue nombrado capellán de Paradis el sacerdote P. Arnaudon, que desempeñó en el Instituto un papel considerable aunque un tanto anormal, como lo da a entender, por ejemplo, una nota hallada en los archivos, en la cual se relata el cierre de un establecimiento «a causa de ciertas desavenencias habidas entre el señor cura de la parroquia y el P. Arnaudon».

Este último se había atribuido muy a gusto una parte de las prerrogativas que dejó el P. F. Vincent Coindre al presentar su dimisión, prerrogativas que, por derecho, pertenecían al Rdmo. Hno. Policarpo, elegido Superior General en 1841. Uno de nuestros venerables octogenarios recuerda que «el Reverendo Padre» le castigó un día a pan y agua por habérsele caído una piedra de las manos cuando hacía un trabajo en cadena con sus compañeros. Tiene presente también en su memoria la desazón que experimentaban los Hermanos al escribir al Superior General, pues sabían que el señor capellán, tomándose muy a pecho las funciones que espontáneamente se había atribuido, abría la correspondencia dirigida al Rdo. Hno. Policarpo. Y si este se lo toleraba, era debido a que su gran veneración por los sacerdotes le hacía pensar, humildemente, que la acción del Sr. Capellán no podía ser sino beneficiosa. Podríamos citar aún más ejemplos de esta usurpación de funciones como origen de un cierto malestar entre los Hermanos. Cuando se estimó que la cosa pasaba de la raya, intentaron sacudirse el yugo y lo consiguieron.

Bajo el impulso, suave y firme al mismo tiempo, del buen Hno. Policarpo, la pequeña comunidad de Paradis fue creciendo cada vez más y pronto hubo necesidad de ampliar los edificios . . .

b)

«El Rdmo. Hno. Adrien (1818-1887), segundo Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón», anuario nº 2 (1907-08), p. 294.

En esta biografía del Hno. Adrien, (cfr. intr. Doc. X) se habla a menudo del Siervo de Dios asignándole los calificativos de «bueno», «santo», etc. Como demuestra el fragmento que publicamos, el mejor elogio que se podía hacer del Hno. Adrien era considerarle un fiel imitador del Hno. Policarpo.

VI.- El Superior General.

. . . En el momento que la confianza de sus Hermanos le llamaba a la cabeza de la Congregación, el nuevo Superior era, cierta e indiscutiblemente, el hombre más capaz de todos para continuar con fruto la obra tan bien lanzada por el Hno. Policarpo. Se consideraban como seguras garantías: su extraordinario espíritu de fe, su conocimiento exacto de las necesidades del Instituto, sus brillantes cualidades intelectuales, la grandeza de su corazón abierto a todos, la firme resolución de cumplir con su deber en todas las circunstancias.

Desde el principio se distinguió también por caminar tras las huellas de su venerado predecesor, hasta el punto de escucharse con frecuencia entre los Hermanos: «Realmente es el Hno. Policarpo que revive en nuestro nuevo Superior General». De este modo se hacía el mejor elogio del Hno. Adrien y al mismo tiempo se provocaba en los Hermanos una loable emulación que favorecía el bien común y el progreso individual.

El Hno. Adrien tenía, en efecto, las mismas miras sobrenaturales que el Hno. Policarpo. Y estas miras le llevaban a juzgar, hablar y conducirse según los elevados principios de la fe y las inspiraciones de la gracia divina, todo ello informado y canalizado a través de los artículos de nuestras santas Reglas. Una de sus máximas favoritas era: «Quien vive de la Regla, vive de Dios». . .

c)

«Hno. Clodomir (1829-1896)», anuario nº 3 (1908-09), pp. 288-289.

El Hno. Clodomir, cuyo nombre civil era Jean Lemasson, nació en 1829 en el seno de una buena familia de propietarios en Tempel, pueblecito ubicado a cinco kilómetros de Massiac (Cantal). Era el segundo de tres hijos varones; aún vivían

los otros dos cuando el autor escribía su perfil biográfico en el anuario de 1909. El más pequeño, ya conocido por nosotros, también se hizo religioso de los Hermanos del Sgdo. Corazón con el nombre de Hno. Adelphe (cfr. Doc. XXIV e intr.) y en el año citado, 1909, se encontraba en Oloron. Esto nos garantiza la autenticidad del hecho que publicamos, del que se deduce el gran ascendiente del Siervo de Dios y la fama de santidad que tenía. Este hecho ha sido incluido por el Hno. Adelphe en su relato; al confrontar los dos textos, parece deducirse que el autor del presente siguió otra fuente directa, aunque se observa plena conformidad entre ambos.

. . . Cuando el Hno. Bonaventure llegó a la nueva fundación de Massiac, el futuro Hno. Clodomir fue admitido en su clase. Se hospedó en casa de su tía, devota cristiana que se hallaba encantada con el comportamiento del sobrino. Éste, acabado el año escolar, quiso irse con los Hermanos a Paradis. Su padre, un santo varón, no contrarió sus deseos, pero la madre puso el grito en el cielo y trató de retenerlo.

No obstante, a fuerza de ruegos, consintió en su partida; pero ¡cuántas lágrimas derramó el primer año de la separación! Y sin embargo sabía que él se sentía feliz y contento en el noviciado.

Un día, no pudiendo aguantar más, decidió irse a buscarlo y emprendió viaje a Paradis. Allí se encontró con el bueno del Hno. Policarpo que, adivinando su intención, la increpó enérgicamente, diciéndole con acento de bondad y santidad: «¡Desdichada!, ¡viene usted a robarme mi querido hijo!; ¡robárselo a Dios!... ¡Tarde o temprano, la castigará!».

Desconcertada y confusa, con lágrimas en los ojos, reemprendió el camino de regreso a Tempel; y cuando a veces le tomaban el pelo a propósito de su loca y fallida intentona, respondía sencillamente: «¿Podía oponerme a un santo? ¡Ah, si lo hubierais visto!» . . .

d)

«Hno. Gérasime (1832-1890)», anuario nº 3 (1908-09), pp. 293-294.

El Hno. Gérasime, natural de Larajasse (Rhône), ingresó en el noviciado de Paradis el 12 de septiembre de 1847 «y destacó por su inteligencia viva y penetrante, por su docilidad y carácter amable». Después de ejercer como profesor en Monastier y Serverette, fue destinado a Paradis para hacerse cargo de la primera clase del noviciado. Aunque podía haber sido un excelente maestro, en Serverette

se aficionó tanto a la horticultura y a la arboricultura que se dedicó de lleno a ellas. Se caracterizó hasta el fin de su vida por la bondad y dulzura de carácter; el episodio que publicamos nos da prueba de ello y nos permite ver, al mismo tiempo, el carácter altamente comprensivo del Siervo de Dios.

. . . En el noviciado se ganó de tal modo el corazón de sus novicios, que si alguien le contrariaba podían verse muchos ojos humedecidos por las lágrimas. La siguiente anécdota prueba bien este cariño.

Hacia primeros de año, el Hno. Gérasime debía ir a fundar a Lubersac. Los corazones de todos fueron presa de la angustia al conocer la noticia. La maleta estaba ya en el locutorio y la salida tendría lugar en la mañana del día siguiente. De pronto, hacia el final de la cena, aparece en el comedor de los novicios el buen Hno. Policarpo. Al punto, espontáneamente, los novicios de la primera clase le rodean, caen de rodillas a sus pies suplicándole que no les quite a su querido maestro. El santo Superior, conmovido hasta las lágrimas, sólo acierta a decir: «¡cállense, barbullones!». Entonces, el bondadoso patriarca Hno. Marie-Gabriel cae de rodillas a su vez diciendo: «Rvdo. Hno. Superior, ¡escuche la súplica de estos hijos!»

— «¿También usted?, responde el Hno. Policarpo... ¡Vamos! avisen al Hno. Hyacinthe que se prepare para marchar mañana a Lubersac». Y salió para no dejar ver su emoción. Al punto se produjo una explosión de alegría en el refectorio, devolvieron rápidamente la maleta a su sitio y los novicios conservaron a su buen maestro hasta fin de año . . .

e)

«Hno. Marcellin (Etienne Resche), 1824-1913», anuario nº 7 (1912-1913), pp. 269-270.

En esta interesante biografía (pp. 262-279), rica en anécdotas personales, se relata una en la que sobresalen las cualidades características del Siervo de Dios.

IV

. . . El 10 de septiembre de 1844, decíamos, recibía la obediencia de vigilante del internado de Paradis. En los primeros días de octubre, helo allí, joven, inexperto, en el patio de las Acacias, con unos niños vivarachos, traviesos y bulliciosos. ¿Cómo le irá con ellos? Desea tener éxito a pesar de todo. Ensaya, se equivoca,

mejora, anota éxitos y fracasos, se entristece, se alegra; por la noche, al pie de la cama, brotan a veces lágrimas de sus ojos, pero recibe el consuelo de la Santísima Virgen a la que ama sobremanera; se duerme, y a la mañana siguiente todo está curado. Así pasan los días.

Sin embargo, una mirada paternal observaba al joven principiante desde la ventana principal de la fachada. Algunas veces, la ventana se abría:

— Hno. Marcellin, venga cuando esté libre. Se trataba del Hno. Policarpo, Superior General.

— Es usted muy impulsivo, querido hijo; calma, paciencia, vigilancia, prudencia. No castigue tanto, tenga en cuenta los caracteres, prevenga las faltas para no tener que censurarlas, etc., etc.

Bajo la dirección del padre, el hijo se sentía lleno de agradecimiento y de confianza; antes de retirarse, tras haberle dado las gracias, generalmente le pedía una penitencia como expiación de sus faltas.

— No le impondré otra, mi querido amigo, que la de repetir con frecuencia esta oración jaculatoria: "Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro".

En semejante escuela, un buen alumno podía realizar rápidos progresos: el nuestro tuvo la dicha de disfrutar de ella durante dos años . . .

f)

«Hno. Berchmans (1827-1875)», anuario nº 7 (1912-13), p. 309.

En el extracto de biografía que publicamos, se ponen de manifiesto las enseñanzas que continuamente daba a todos el Siervo de Dios, juntamente con su buen ejemplo.

. . . En fin, maduro por la práctica de las buenas obras y desprendido ya del mundo por el ejercicio del renunciamiento, el 21 de octubre de 1843 ingresó en el noviciado de Paradis. El buen Hno. Policarpo lo recibió con los brazos abiertos y se portó siempre con él como el mejor y más tierno de los padres. En el colmo de sus deseos, al recién llegado le bastó con mirar a su alrededor para aprender el camino de la santidad. Arrastrado por el ejemplo de su venerado Superior y de sus Hermanos, avanzó también él a grandes pasos hacia el ideal religioso que se le ofrecía con todo el encanto de la bondad . . .

g)

«Hno. Odilon (1833-1904)», anuario nº 7 (1912-1913), p. 327.

El Hno. Odilon, en el siglo Odilon-Jean-Baptiste Vidal, nació en Chanac (Lozère). Fue muy conocido y útil en el Instituto por su gusto y afición a la pintura. Después de ingresar en la Congregación de los Hnos. del Sgdo. Corazón el 1 de octubre de 1849, se formó en dicho arte en la escuela de Pizzetta, animado y ayudado por el Hno. Policarpo quien, como demuestra el párrafo que publicamos, sabía explotar las cualidades de cada uno. Numerosas son las iglesias y capillas de las diócesis de Le Puy, Mende, etc., que poseen un Sagrado Corazón, una Virgen u otro tipo de obras religiosas debidas al hábil y fecundo pincel del Hno. Odilon. Para la capilla de Paradis, pintó cuatro grandes cuadros muy admirados por todos. También los retratos que llevan su firma son numerosos, entre los cuales recordamos el del P. Coindre, fundador del Instituto, el del Siervo de Dios (cfr. Apéndice), el del canónigo Portal, el de Javols y, sobre todo, el de Monseñor Petit, obispo del Puy y más tarde arzobispo de Besançon, representado de pie y en tamaño natural, retrato muy admirado por los artistas en la exposición de Lyon. Fecundísima fue también su producción pictórica de paisajes y naturalezas muertas, hasta el punto de merecer que el jurado le premiase con la medalla de oro en una exposición organizada en Mende (pp. 329-332).

. . . El Rdmo. Hno. Policarpo lo comprendió. Preocupado por la buena formación de sus Hermanos, buscaba por todos los medios a su alcance desarrollar sus aptitudes personales, tratando de facilitarles los elementos oportunos para trabajar en provecho y honra del Instituto. El Hno. Odilon fue enviado a nuestro internado de Lyon como profesor de caligrafía y dibujo de los dos primeros cursos. Esta labor apenas le ocupaba unas horas semanales: así estaba previsto. El objetivo principal de su permanencia en este gran centro educativo era darle facilidades para que pudiera perfeccionarse en el arte de la pintura. El maestro elegido fue el célebre Pizzetta, autor del retrato del Rdmo. Hno. Policarpo, obra de calidad exquisita y de sorprendente parecido. Guiado por tal maestro, el Hno. Odilon hizo rápidos progresos y al cabo de dos años podía competir con los mejores alumnos del gran artista. Se pensó entonces enviarle de nuevo a Paradis, pero Pizzetta, maravillado de las excepcionales aptitudes de su alumno preferido, consiguió retenerlo todavía durante cierto tiempo . . .

h)

«El alma de nuestro Instituto», anuario nº 8 (1913-1914), p. 50

En el último apartado de este artículo, el autor coloca en primer plano al Hno. Policarpo, anteponiéndole incluso al mismo fundador, P. André Coindre.

IV.- El alma del Instituto en la tradición

. . . El Rdo. Hno. Policarpo nos ofrece, quizás, el prototipo más completo del Hermano del Sagrado Corazón. Modestia en el hablar y en las acciones, desconfianza de sí mismo, sentimiento de su incapacidad, deseo de vida oculta, inmolación de los sentidos, maceración de la carne, dulce bondad, caridad inefable, tierno amor al Corazón adorable de Jesús: así apareció entre nosotros nuestro primer Superior. Su persona difundió en toda la Congregación un alma a imagen del divino Maestro, cuyos discípulos elegidos somos, según reza la advocación que nos identifica . . .

2

Extractos de la obra titulada: «1821-1921. Un siglo de vida religiosa y de educación cristiana», Toulouse, 1921, pp. 65-67, 68, 70.

Es la obra publicada para conmemorar el primer centenario de la fundación del Instituto, en la cual se ofrece a los religiosos la historia del primer siglo de vida del mismo. La primera parte está dedicada al fundador, al P. François-Vincent Coindre y al Hno. Xavier; los primeros cuatro capítulos de la segunda parte, en cambio, se refieren al Hno. Policarpo y a su gobierno (pp. 47-80). El autor pone muy de relieve la figura del Siervo de Dios, y en el cap. III, titulado «El Hno. Policarpo nuestro modelo», lo presenta como el prototipo en el que deben inspirarse los Hermanos. Como se indica en el *Anuario de 1945-46* (p. 453) el autor parece haber sido el Hno. Basilien (cfr. intr. Doc. XXVI).

CAPITULO III

EL HNO. POLICARPO, NUESTRO MODELO

I

. . . El Hno. Policarpo ha consumado el modelo del Hermano del Sagrado Corazón. Podemos acompañarle en los diversos cargos que le fueron confiados: siempre veremos en él al religioso ferviente, digno de imitar.

Recojámonos un momento ante esta entrañable figura y tratemos de sintetizar, para admirar su armonía, los amables rasgos que constituyeron la marca distintiva de nuestro primer Hermano Superior General.

La persona del Hno. Policarpo, con su aspecto sencillo y humilde, inspiraba un sentimiento de respeto y veneración.

El óvalo de su rostro destacaba sobre el fondo de una abundante cabellera, algunas de cuyas guedejas caían desordenadas sobre la frente surcada de arrugas. En sus ojos de encantadora dulzura, en sus labios que dibujaban una graciosa sonrisa, en toda su fisonomía, se transparentaba un alma esencialmente afectuosa y recogida.

Nada había en su conducta que denotara frivolidad mundana. Era el religioso digno y alegre al mismo tiempo, caracterizado por ese aspecto de bondad que atrae los corazones, el religioso habitualmente unido a Dios por la oración.

Tal es la impresión que produce uno de los retratos del santo Superior, retrato que, según declara un contemporáneo suyo, es auténtico con toda seguridad.

Dotado de un espíritu cultivado, recto juicio, razón segura y capacidad para desempeñar cualquier oficio del Instituto, el Hno. Policarpo sobresalió en todas las funciones y en todos los niveles jerárquicos.

Su corazón se compadeció de las miserias del alma humana. Como el Maestro, consoló todo tipo de tristeza. El acento de su voz conmovía los corazones más duros. La mansedumbre, la bondad: he ahí el secreto de la confianza que inspiraba, del profundo afecto que le profesaban los Hermanos.

El mismo que lloró sobre Lázaro, expulsaba a los vendedores del templo o estigmatizaba el orgullo farisaico. Análogamente, el Hno. Policarpo supo, con firmeza suave pero tenaz, corregir los abusos y exigir la observancia de la Regla. En cuanto a los rigores de la disciplina, los ejercitó particularmente sobre su propia persona con una voluntad inflexible . . .

II

. . . Sobre el patrón legado por la naturaleza, la gracia divina injertó en él las más bellas virtudes, las cuales, labradas tenazmente, fueron sublimadas hasta grado heroico.

Las obras del Hno. Policarpo estuvieron siempre inspiradas por miras sobrenaturales. Acepta todos los cargos por amor a Dios y cuenta con el Cielo para cumplir los deberes inherentes a ellos. La fe ilumina sus ideas, purifica sus sentimientos, dirige sus acciones. Al resplandor de esta luz, su alma se transfigura; un rayo de eternidad le alumbra con día divino. De ahí su enorme estima por la vocación religiosa, tanto la suya propia como la de sus Hermanos. ¡Qué acentos en su voz al hablar del amor de predilección cuya expresión es la llamada divina! ¡Qué tristeza le causaba el deleznable cálculo de la sabiduría humana que desconfía de Dios; esa prudencia mundana, de estrechos horizontes, que es incapaz de elevarse por encima de las especulaciones de la tierra! «Permanezcamos muertos al mundo, decía, seamos otros crucificados».

La fe viva que le animaba enardecía su fervor en la tendencia a la perfección. Sus notas espirituales revelan un trabajo metódico en la búsqueda de la santidad.

El Hno. Policarpo se propuso en toda ocasión una doble finalidad: su santificación personal y la santificación de las almas a él confiadas. Quiere ganar una corona eterna; quiere que sus Hermanos trencen, hermosa y radiante, la que les está destinada; quiere ir al cielo y arrastrar en pos de sí a los demás ...

III

. . . La oración es el lenguaje del amor que expresa a Dios los pensamientos, las emociones, los deseos del alma. Hablar a Dios es una necesidad del corazón que ama.

El fervor que acompaña a esta divina comunicación, alimenta la llama de la caridad. El espíritu de oración, característica común a todos los santos, fue la nota predominante de la vida de nuestro primer Superior. En su infancia, la oración hacía las delicias de su corazón. Ya religioso, se entrega a la oración con ardor seráfico.

¡Qué espectáculo tan edificante resulta contemplar al Hno. Policarpo en coloquio con Dios! ¡Qué recogimiento! ¡Qué modestia tan admirable inspirada en la fe y el amor!

En los más elevados cargos del Instituto, fue siempre modelo de piedad llena de unción, ilustrada, constante, que encuentra su deleite en la unión divina. Por muy absorbentes que fueran sus ocupaciones, jamás le sirvieron de pretexto para descuidar ese punto. Su oración era continua, sobre todo al final de su carrera; en el umbral de la eternidad, el excelente religioso se entrenaba para la vida del cielo. La sagrada mesa, el tabernáculo, el santo sacrificio de la misa, le sumían en indescriptibles arrobamientos de amor. ¡Qué inenarrable estremecimiento de gozo el suyo, si

le hubiera sido dada, como a nosotros, la insigne gracia de poder comulgar todos los días! . . .

DOC. XXVI

EXTRACTOS de las dos biografías del Siervo de Dios escritas por el Hno. Basilien, editadas en los años 1912-13 y 1930.

1.- *El autor de las dos biografías del Siervo de Dios*.- Se había llegado casi al final del Proceso informativo del Siervo de Dios cuando, en 1930, sale a la luz una nueva biografía del mismo. Era la cuarta por orden cronológico: la primera en 1893 (Doc. XXII), la segunda en el *Anuario* de 1912-13 (pp. 14-68) y otra en 1927 (*Resumen de la vida del Rdmo. Hno. Policarpo...*, Rentería, España, 1927) en cumplimiento de una promesa que el Superior General había hecho en la circular del 30 de noviembre de 1925 (p. 12, Archivo de los HH. del S. C.). Nosotros nos ceñiremos aquí a las biografías editadas en 1912-13 y 1930.

Conforme a la costumbre de la Congregación, ambas son anónimas. La biografía publicada en el *Anuario* de 1912-13 es del Hno. Basilien, según él mismo declara el 13 de junio de 1929 en el Proceso ordinario: «He leído la biografía en cuestión [Doc. XXII] –explica el religioso– y yo mismo publiqué un resumen en el que incluí hechos inéditos cuyo conocimiento debía al Hno. Hilarion» (p. 140^{v}). Confrontando esta biografía con la de 1930, se nota claramente que son del mismo autor, aun cuando la segunda se presente como refundición de la primera. La reseña biográfica del Hno. Basilien lo designa como autor de muchos artículos sobre el Hno. Policarpo y sobre su causa de beatificación, añadiendo que, con vistas a ella, fue delegado por el Superior General para inspeccionar la casa y la región natal del Siervo de Dios (1928; *Anuario, nº 40*, 1945-46, p. 453). Las conclusiones aparecen en la biografía de 1930 y en su declaración para el Proceso ordinario (p. 143^{r}).

2.- *Datos biográficos del Hno. Basilien*.- El Hno. Basilien, en el siglo Barthélemy Couderc, nació el 31 de diciembre de 1862 en Lalbenque, departamento de Lot. Fue alumno de los Hnos. del Sgdo. Corazón e ingresó en la Congregación en septiembre de 1877, pero no tomó el hábito hasta el año siguiente. Formado sobre todo en la escuela del Hno. Albéric, que después fue Superior General (1906-1925), consiguió los tres principales diplomas de enseñanza en un lapso de pocos años. Enseñó en Chirac, –donde en 1880 y 1886 emitió las dos profesiones– en St-Chély y en Marvejols; fundó el juniorado de la provincia de Lyon en St-Agnin (1898) y dirigió el noviciado de la misma ciudad. Con la supresión de la Congregación en Francia en 1903, el Hno. Basilien, a la cabeza de un

grupo de novicios, se trasladó al Canadá donde dirigió el noviciado de Arthabaska. Vuelve a la patria para el capítulo General de 1906 y ya no regresa a América, pues es nombrado director, primero en Lize-Seraing, Bélgica, y después en Ibarra, España (1911). Una vez recuperado el edificio de Chirac, Francia (1914), y habiéndose trasladado allí el noviciado francés, el Hno. Basilien permanece como su responsable hasta 1919, año en que asume el cargo de Provincial en la provincia del Este. Destacó en su nueva labor por las visitas a las escuelas y el reclutamiento de vocaciones. En el capítulo General de 1925, habido en Rentería, fue nombrado Asistente y Secretario General. Hombre fiel y servicial, prestó valioso apoyo al Superior General. Al acabar su mandato, en 1931, se dedicó a la enseñanza en Paradis, y en 1933 asumió el provincialato de la provincia del Oeste. En ese cargo se mantuvo hasta 1941, año en el que aceptó la dirección de la casa de Chirac y la enseñanza en el juniorado. Falleció el 31 de marzo de 1946.

«Son bastantes los *Anuarios* –escribe su biógrafo– que le deben también una colaboración, en general, muy apreciada. Añadamos de paso que fue autor de varias obras sobre el Instituto: *Un siglo de vida religiosa; Vidas de los Hermanos Adrien, Norbert* ... y de varios folletos relativos al reclutamiento y a la Causa del Hno. Policarpo...» (*Anuario,* 1945-46, p. 453).

3.- *Las dos biografías del Hno. Policarpo*.- La biografía publicada en el *Anuario de 1912-13* está dividida en un preámbulo y quince apartados sin encabezamientos. Los doce primeros están dedicados a la vida; los restantes se refieren a las principales cualidades del Siervo de Dios.

La segunda biografía, la de 1930, se presenta más completa: con un prefacio, dieciséis capítulos (130 páginas) y numerosas ilustraciones. Tras describir geográficamente el lugar de nacimiento, el capítulo segundo fija su atención en la familia Gondre; otros dos capítulos contemplan a Jean-Hippolyte en su región natal, mientras que del quinto en adelante entra en escena el Hno. Policarpo; se considera en estos al religioso, al Director de Vals, al maestro de novicios en Paradis y al Superior General. El capítulo decimotercero ofrece su retrato físico y moral, con particular atención a las virtudes que practicó; el inmediatamente posterior, dividido en tres apartados, se centra en la causa de beatificación y en los hechos relacionados con ella; el decimoquinto habla de los treinta favores y gracias atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios. El último contiene una recopilación de sus pensamientos.

Comparada con la biografía de 1912-13, esta de 1930 presenta como nuevos aportes los capítulos dedicados a la descripción de la región, a la familia Gondre, a la causa de beatificación y a los pensamientos del Siervo de Dios. Los capítulos tercero y cuarto han sido refundidos y enriquecidos con nuevos detalles, fruto de ulteriores investigaciones. En cuanto al resto, algunas partes de la biografía de 1930 son más extensas que las correspondientes en la de 1912-13, y viceversa. En ambas aparecen los mismos episodios que se ignoraban en la de 1893.

En la introducción, el Hno. Basilien indica las fuentes de la obra:

Investigaciones personales realizadas en La Motte, donde «se han recopilado algunos recuerdos. Los ancianos nos han repetido los elogios que sus padres hacían de la familia Gondre, una de las más religiosas de la comarca. Uno de ellos, ya octogenario, habla con emoción de su paisano, que fue un brillante maestro en su pueblo y a quien vio posteriormente vistiendo el hábito religioso. Evoca su ferviente piedad con entusiasta admiración.

« El lector encontrará en esta vida abreviada del Rdmo. Hno. Policarpo hechos inéditos recogidos en el lugar mismo de su nacimiento. Lo demás está extraído de una biografía escrita en 1892 por dos contemporáneos del santo Superior ...

« Otro Hermano, Hno. Hilarion, que mantuvo gran amistad con el Hno. Policarpo desde 1849 hasta 1859, nos facilitó, cuando todavía era de este mundo, algunos rasgos edificantes ... »

Por tanto, la fuente escrita fue la biografía de los Hermanos Eugène y Daniel; las fuentes orales, algunas personas de La Motte, el Hno. Hilarion y otros Hermanos; además hay que añadir la relación de favores del final de la obra y los pensamientos espigados en las cartas del Siervo de Dios.

Sobre la fidelidad histórica entre *Vida* y fuentes, podemos estar tranquilos. Al provenir de testigos directos, por ejemplo el Hno. Hilarion, y dada la exactitud de nombres y fechas, como se verá por las notas de pie de página, no existen motivos para la duda.

De esta biografía, sólo publicamos algunos extractos. Los hechos peculiares, provenientes del Hno. Hilarion, preferimos darlos a conocer en la primera biografía antes que en la segunda, donde se hallan expresados en los mismos términos.

1

Extractos de la obra «El Hno. Policarpo (1801-1859) - Primer Hermano Superior General de nuestro Instituto», en «Anuario del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón 1912-13» (nº 7), Rentería (España), 1913, pp. 14-68.

Presentamos seis episodios inéditos, conocidos directamente por el autor –tanto de viva voz como por escrito– a través del testigo ocular Hno. Hilarion; resultan, pues, de máximo interés y de autenticidad segura.

El Hno. Hilarion, en el siglo Louis-Auguste Fombonne, nació el 26 de octubre de 1834 en Couzon-sur-Saône (Rhône). Ingresó con los Hermanos del Sagrado Corazón el 28 de agosto de 1849 en Paradis, donde permaneció hasta 1851, año en que fue destinado a Lacapelle-Marival como profesor; de aquí a Marvejols en 1854, regresando un año más tarde al internado de Paradis. De 1860 a 1903 fue director de varios establecimientos; después, fatigado, se retiró a Paradis, donde le sorprendió la muerte el 23 de noviembre de 1916 (*Anuario nº 11*, 1916-17, pp.

143-154). En el *Necrologio* se recuerda «con emoción a este religioso ejemplar, a este educador benemérito, a este chantre simpático y cautivador» (p. 238). Es mencionado por el Hno. Casimir en una carta al Siervo de Dios, fechada el 13 de noviembre de 1854 (en *Pont-du-Château*, Archivo de los HH. del S.C.).

V

[31-32] . . . Todos los años, después del retiro, una de las primeras diligencias del Hno. Policarpo era reunir a los nuevos postulantes y dirigirles unas palabras.

«Amigos, les decía ... sacrifiquen las cosillas que hayan traído: no se queden con dinero ni objeto alguno de valor, ni siquiera con libros de canto dorado. Despeguen su corazón de tales bagatelas. El Sagrado Corazón les premiará estos ligeros sacrificios dándoles el ciento por uno».

Uno de sus oyentes, hoy venerable anciano, al escuchar cómo se prohibían los libros dorados, mojó furtivamente su dedo con saliva y lo pasó por el canto de una *Imitación de Cristo* que tenía en gran estima por ser recuerdo del párroco de su pueblo y un merecido premio ganado en la catequesis.

«Confieso –añade el Hno. Hilarion, pues es de él de quien se trata– confieso que, pasado el primer fervor del sacrificio, me arrepentí de la acción. Mi libro ¡ya no era bonito! . . . »

VII

[39-40] . . . Por otra parte, el Hno Policarpo sabía cortar en seco las infracciones a la disciplina. Un Hermano, profesor en el noviciado de Paradis[1] en 1850, cuenta la anécdota siguiente.

«Cierto día de verano, muy caluroso, a unos cuantos novicios se les asignó el trabajo de amontonar gavillas durante el tiempo de paseo. Los jóvenes obreros cumplían cabalmente con su cometido. Amontonando gavilla sobre gavilla, llegaron a la altura de las ramas de un manzano. Tenían sed; las frutas, en sazón, les atraían: agarraron algunas y comieron. Ahora bien, yo había recibido el encargo de vigilar cómo desempeñaban su tarea nuestros improvisados agosteros. Uno de ellos eligió una hermosa manzana y me la ofreció. Nuevo Adán, la comí.

« Hubo un "jardinero" que nos vio, tomó buena nota del latrocinio y aguardó el día de la venganza.

« Llega el siguiente capítulo de culpas. Cuando toca el turno a uno de los culpables, se levanta el "jardinero" y dice:

« —¡Ha comido una manzana!...

« Expone el delito sin mencionar las circunstancias atenuantes. A medida que van compareciendo los otros tres delincuentes, se escucha la voz implacable del "jardinero":

« —¡Ha comido una manzana, ha comido dos manzanas, ha comido manzanas!...

« El presidente, que no era otro que el Hno. Policarpo, aplica a todos la misma sanción:

« —Mañana tomarán la sopa de rodillas.

« Mi alma era presa del remordimiento. Al día siguiente, tan pronto como salimos de la meditación, acudo al encuentro del Rvdo. Hno. Superior y le revelo mi infracción.

« —Ha cometido usted la misma falta, cumplirá la misma penitencia.

« En la comida, agarro mi plato y mi cuchara: heme ahí a mí, el profesor, de rodillas sobre el pavimento del refectorio.

« Los demás profesores intervienen:

« —Hno. Superior, perdónele, perdónele. El Hno. Policarpo sonrió y otorgó la gracia del perdón a todos los culpables.

« ¡Oh tiempos felices!, ¡oh sencillez de antaño!, ¿regresaréis algún día?», exclama el autor al terminar su relato.

Sí, que todavía se ven estas cosas en algunos noviciados nuestros.

Así, el buen Superior derramaba en su entorno esa benéfica influencia que mantiene la disciplina y difunde el espíritu filial.

VIII

[41-43] . . . El primero *[de dos recuerdos]* se remonta al año 1852 y se refiere a la casa de Lacapelle-Marival. «El Hno. Superior había pasado dos días en el establecimiento. La última tarde, después de la oración, el director, Hno. Émile,[2] de santa memoria, se acusó de sus faltas en el capítulo de culpas.

«—¿Tienen alguna observación que hacer a su Hno. Director?

« El más joven,[3] un imberbe de dieciocho años, formula una:

« —Rdo. Hno. Superior, me parece haber notado que el Hno. Director cuida poco su salud.

« La apreciación era sensata y sincera. Siguen acusándose los demás Herma-

---

[1] Se trata también del Hno. Hilarion, que precisamente durante aquel año era profesor en Paradis.

nos a medida que les llega el turno y cada uno recibe su ración.

« La caridad más exquisita había presidido todo.

« Una vez finalizado el ejercicio, el Hno. Superior toma la palabra:

« —Mis queridos Hermanos, nos dijo, no quisiera faltar al silencio mayor, pero siento tanta alegría, que deseo manifestarles lo feliz que he sido durante este par de días que he pasado con ustedes.

« Y sigue una charla llena de confianza y sencillez. Hubiera sido difícil averiguar quién se sentía más feliz, si el padre o los hijos. Eran corazones que se comprendían. ¡Oh, sublime piedad filial!

« La impresión de esta plática, jamás se borró de mi alma. Habíanse encontrado dos santos varones: un nuevo Antonio visitaba a otro Pablo».

El teatro de mi segundo recuerdo fue la casa de Marvejols. En 1855, el Hno. Jean-Marie[4] dejaba este establecimiento y su sustituto trataba de asentarse en él. La sucesión resultaba complicada: el director saliente se llevaba todas las simpatías; al nuevo se le hacía muy difícil afianzarse.

Puesto al corriente de la situación el Rdo. Hno. Policarpo, se presenta en el lugar de los hechos, congrega a los Hermanos, afirma que la salvación de la casa se cimenta en la armonía de todos caminando en una sola dirección. Exhorta vivamente al personal a que se unan en torno a su jefe.

Al día siguiente, el Superior entrevista uno a uno a los Hermanos. El joven maestro que en Lacapelle acusó a su Director, y que ahora era profesor en Marvejols,[5] acude el primero a la cita. La acogida que recibe es fría y la entrevista, severa; pero eso no le impresiona al obstinado joven, no le mueve a reconciliarse. De hecho, la persona que había sido investida de autoridad tenía sus fallos y, para someterse, hubiera sido necesaria una virtud que raramente posee una ardiente naturaleza hacia los veinte años.

El Hno. Policarpo no se impacienta. Cambia de táctica. Su voz emocionada recuerda al porfiado la confianza, el afecto de antaño. Ese acento de ternura traspasa el corazón del joven Hermano que estalla en sollozos; después, levantando sus ojos bañados en lágrimas hacia el afligido Superior, se rinde, pide perdón y prome-

---

[2] Nacido el 9 de marzo de 1821 en Trémaille, departamento de Saône-et-Loire, murió en Augerolles, el 10 de octubre de 1858 (*Necrologio*, p.201). En circular del 15 de octubre, el Hno. Policarpo comunicó esta muerte a sus Hermanos con expresiones de pesar por la sensible pérdida. Terminaba haciendo notar «el ejemplo de humildad, de modestia, de caridad, de sencillez religiosa» (*Hno. Pol.- Circulares*, Arch. de los HH. del S. C.). Por los documentos del archivo de la Congregación, sabemos que aquel año era director de Lacapelle-Marival.

[3] Es el mismo Hno. Hilarion (cfr. *Proceso ordinario*, folio 146r).

te. El amor recíproco entre el padre y el hijo revivió para siempre, más íntimo y más fuerte. Lo mismo hicieron los demás Hermanos, y el año acabó bajo un cielo más sereno.

Así era como nuestro buen Superior sabía allanar las dificultades, devolver la paz y la armonía, empleando métodos apropiados a lo que exigían las circunstancias, métodos siempre asociados con una sin par habilidad y presididos por el corazón . . .

XI

[52-54] Durante su permanencia en Paradis, el Hno. Policarpo fue el alma de la casa. Imprimió una marcha regular y a todos dio ejemplo de santidad religiosa. Cierto testigo[6] relata varias anécdotas, a cual más encantadora, que nos dan a entender la perfección de su protagonista.

«Era en el mes de marzo. La nieve había desaparecido, el Hno. Policarpo se disponía a emprender la marcha para hacer sus visitas.

« Entreabre la puerta de su habitación, contigua a una clase del noviciado.

« —Hermanito, me dice, tenga la bondad de ir a la ropería a pedir al Hno. Zozyme[7] un trozo de jabón para mí.

« El Hermano ropero se esmera en buscar una excelente pastilla de jabón de agradable aroma.

« —Aquí tiene, Reverendo Hermano, el jabón que deseaba.

« —¡No, Hermanito! Bien ve usted que este jabón huele mal. Llévelo de nuevo a la ropería.

« Aunque yo no compartía la opinión del Rdmo. Hno. Policarpo, volví por obediencia adonde el Hermano ropero y le repetí palabra por palabra la observación.

« —¡Vaya por Dios! –exclamó el Hno. Zozyme con su acento característico– ¡pues sí que se ha vuelto delicado nuestro Hno. Superior! Este jaboncillo no huele mal, pero ¡espere!: un novicio me entregó otro que es finísimo. ¡Supongo que estará contento esta vez!

« Era un jaboncillo rosa, oblongo, biselado, tan ligero como la espuma y de suavísimo olor. Triunfante, se lo llevo al Hno. Policarpo quien, así lo espero, me

---

[4] Cfr. intr. Doc. XIV.

[5] Como ya sabemos, el Hno. Hilarion fue trasladado a Marvejols en 1854.

felicitará... ¡Sí,... si!

« —¡Pero si este huele aún peor que el anterior! Vaya y diga al Hno. Zozyme que quiero un trozo de jabón ordinario.

« Esta vez, el recado se hizo a gusto del Hno. Superior.

« Confieso que yo hubiera preferido cualquiera de los otros dos jaboncillos. El Hno. Policarpo eligió un acto de mortificación».

Y es que los buenos religiosos rehuyen lo que halaga a los sentidos y aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para sacrificar el hombre viejo.

El Hno. Policarpo quería que la comunidad se adentrara en el espíritu de la Iglesia en cada tiempo litúrgico; que se uniera tanto a sus duelos como a sus júbilos, tanto a sus *Parce Domine* como a sus *Alleluia!*

El último día de carnaval, uno de los profesores del noviciado le pidió *Deo gratias*. Un prolongado «¡chsssst!» acalló al pedigüeño. El pensamiento del santo Superior se centraba en Jesucristo afligido por las diversiones pecaminosas del mundo. ¿Cómo alegrarse cuando los malagradecidos están crucificando al divino Maestro?

El venerable veterano del Instituto a quien debemos las inéditas anécdotas que hasta aquí hemos referido, nos narra también la siguiente, de la cual fue asimismo testigo afortunado.

«El jueves santo de 1850[8] por la tarde, se reunió toda la comunidad de Paradis en la primera clase del noviciado.

« Doce de los Hermanos más antiguos se sientan en dos bancos, frente a frente, y se descalzan. Los demás se sitúan detrás. Entra el Hno. Policarpo en la sala y permanece de pie en medio de la asamblea.

« Proclama varios versículos del evangelio de San Juan rememorando la escena sublime de Jesús a los pies de sus apóstoles en el cenáculo.

« El venerable Superior, acabada la lectura, ata un paño blanco a su cíngulo, echa agua en una jofaina, se arrodilla ante cada uno de los doce Hermanos, vierte agua sobre sus pies y luego los enjuga y besa con respeto cargado de fe y de humildad.

---

[6] Se trata una vez más del Hno. Hilarion (cfr. *Proceso ordinario,* folio 145^{v}).

[7] Este, en efecto, fue "sastre-ropero" de Paradis desde 1844 hasta 1853. Nació en 1818 y murió en América en 1905 (*Necrologio*, p. 215). El hecho en cuestión sucedió entre los años 1849 y 1851.

« Al finalizar la piadosa ceremonia, se ponen todos de rodillas: rezan juntos y se dispersan . . . ».

2

Extractos de la obra: «El Rdmo. Hno. Policarpo, primer Superior General del Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón, 1841-1859. Vida resumida.- Julio de 1930, Rentería (España)».

De la presente biografía, ofrecemos entero el capítulo segundo, sobre la familia, que debe integrarse con la declaración del Hno. Basilien en el Proceso ordinario (Doc. XXX), algunas impresiones de los conterráneos, un episodio recogido por el Hno. Hilarion, la descripción del tratamiento químico a que fueron sometidos los huesos del Siervo de Dios, una página del capítulo trece, «*Retrato del Rdmo. Hno. Policarpo*», y una serie de favores.

[13-17]

CAPITULO II

La familia Gondre

A la izquierda del camino que atraviesa longitudinalmente la aldea de *Les Héritières*, se observa una casa muy modesta, actualmente deshabitada. La parte de la derecha es un granero al que se accede a través de una terraza con plano inclinado; debajo se encuentra un establo, cuya bóveda de arco rebajado se apoya en un pilar cuadrangular. Sigue a continuación la parte habitada, formada por planta baja y un piso. Delante del edificio hay un pequeño patio donde crece un peral de tronco retorcido.

En esta casa vivían a principios del siglo XIX Jean Gondre y su esposa Victoire Gonsalin. Era una familia de modestos agricultores. El marido ejercía, además, el

[8] 28 de marzo. Como bien se puede comprobar cotejándolos, este episodio no es el mismo que otro análogo narrado por el Hno. Adelphe (Doc. XXIV).

oficio de albañil.

Jean Gondre era un excelente cristiano. En la comarca se le conocía con el sobrenombre de "Jean le piéteux", expresión dialectal que significa "Juan el piadoso". La vieja vivienda sigue siendo, todavía hoy, la casa de "Jean le piéteux». El matrimonio era uno de los mejor avenidos: ambas almas se asemejaban en la reciedumbre de su fe y en los sentimientos religiosos que les animaban.

Dios les concedió cinco hijos: Marie, la mayor, murió a los 18 años; Virginie falleció a la edad de 7; el cuarto, Napoléon, voló al cielo a los doce meses. El tercero, Jean Hippolyte, y Joseph, el último, son los únicos que sobrevivieron a sus padres.

En este privilegiado hogar, pobre en bienes terrenales pero colmado de riquezas del cielo, florecían virtudes cristianas dignas de los mejores tiempos de fe. Según testimonio de sus coetáneos, cuya opinión ha llegado hasta nosotros, era una familia de santos. «De tal palo, tal astilla», suelen decir. De ahí que Jean Gondre viera a sus dos hijos, Hippolyte y Joseph, seguir el camino de la santidad que él les había enseñado, más por sus ejemplos que con sus palabras.

Las páginas que siguen mostrarán cómo era Hippolyte: primeramente, en su pueblo natal; después, en la Congregación que le acogió.

Joseph contrajo matrimonio. Su familia perseveró en la tradición de piedad y honor que había recibido como el más precioso legado.

Su hijo, Narcisse, y su hija, Victoire, se mostraron dignos del abuelo. Entre sus descendientes, encontramos dos religiosas de San José de Cap: la Hna. Angèle de la Croix, que murió en la flor de la edad, y la Hna. Louise-Agnèse, su prima, actualmente superiora de una comunidad de su Congregación, en Bélgica.

Sor Louise-Agnèse, hija de Victoire Gondre (Señora de Escalle), habla con emoción de su familia y de la de su tío Narcisse: una y otra podían ser consideradas como dechados de esa entrañable caridad que aúna los corazones. «Mi madre – escribe ella– era una santa. La práctica de la vida cristiana constituía el objeto de su diligente y constante dedicación. Levantábase muy temprano y se entregaba a largos ejercicios de piedad sin descuidar en nada los deberes de su estado. Sabía coadunar la oración y el trabajo. El espejo donde teníamos que mirarnos era la Sagrada Familia de Nazaret, a la que debíamos tratar de imitar.

« Lo mismo sucedía en casa de mi tío Narcisse. Hacían en común las oraciones de la mañana y de la noche ante un altarcito. Los domingos y fiestas de guardar, las dos familias asistían juntas a los oficios religiosos de la Iglesia. Al anochecer, leían vidas de santos y diversos tipos de libros religiosos; también entonaban cánticos. Mi tío, dotado de talento natural para la interpretación, sabía poner su chispa joco-

sa en las reuniones familiares echando mano de romanzas y sainetes. Así protegían los cristianos padres a sus hijos contra los peligros de la calle. Estos hogares eran verdaderos santuarios de fe y sus jefes se hallaban rodeados de veneración y cariño».

Jean Gondre "el piadoso" no llegó a presenciar estas encantadoras escenas, cuyo carácter religioso procedía de sus enseñanzas y ejemplos. Su esposa, Victoire Gonsalin, había fallecido el 14 de floreal del año XIII (3 de mayo de 1905) a la edad de 35 años. En cuanto a él, entregó su vida en La Motte en 1837 lleno de méritos y de días, con el consuelo de ver a sus dos hijos orientados por caminos de santidad: uno, religioso; el otro, perpetuando las virtudes familiares en la casa paterna. Sus numerosos descendientes aún conservan la tradición religiosa.

[30-31]

CAPITULO V

El Hno. Policarpo

. . . La separación resultó penosa para ambas partes. La Motte conservó un devoto recuerdo de su querido maestro. Posteriormente, la población atribuyó a sus oraciones la protección contra diversas calamidades que azotaron la comarca. Los ancianos recuerdan que Hippolyte, siendo ya religioso, apareció por su pueblo natal en algunas ocasiones, y hablan de él con emoción. Aseguran que en la parroquia se le invocó después de su muerte . . .

[50]

CAPITULO IX

El gobierno del Rdmo. Hno. Policarpo

[54-55] . . . «Un día de gozo desbordante para el Hno. Policarpo, dice un contemporáneo suyo, era el de una clausura de retiro. Después de la siempre emotiva ceremonia de toma de hábito y de profesión, salía de la capilla radiante de felicidad y se situaba entre dos largas filas de Hermanos que con la sonrisa en los labios aguardaban la autorización para romper el silencio escrupulosamente guardado durante ocho días.

« La celestial alegría que iluminaba su rostro contagiábase a todas las almas.

« El benemérito Superior resumía sus impresiones, recordaba el *Ecce quam*

bonum de la caridad fraterna y pronunciaba el *Deo gratias*, al que las voces respondían a coro: ¡*Amén*!

« De todas las bocas brotaban expresiones fraternales; felicitaban y daban la bienvenida a los nuevos profesos; los corazones latían, todos, al unísono.

« Seguía a continuación un ágape jubiloso. Todo transcurría bajo la mirada de Dios y del amado Superior, a quien nadie hubiera querido contristar por nada del mundo.

« ¡Así serían probablemente las reuniones de los primeros cristianos! Los Hermanos del Sagrado Corazón brindaban a los cielos y a la tierra un bellísimo espectáculo. Como en otro tiempo los paganos al ver la caridad de los discípulos de Cristo, los testigos presenciales hubieran podido exclamar: ¡Vean cómo se aman!»

. . .

[79-80]

CAPITULO XIII

Retrato del Rdmo. Hno. Policarpo

Echemos una ojeada a la fisonomía moral de nuestro querido Hno. Policarpo, admirable figura de religioso y de superior, bello y encantador modelo de Hermano del Sagrado Corazón.

A pesar de su porte modesto, la persona del Rdo. Hno. Policarpo irradiaba mansedumbre y firmeza a la vez, inspiraba confianza y veneración.

Sus ojos respiraban inteligencia y simpatía. Los labios, dibujando habitualmente una sonrisa, denotaban gran bondad. Todo su exterior aparecía aureolado de serena gravedad, atavío natural del religioso.

Su inteligencia despierta y cultivada se distinguía por la seguridad de sus juicios y por un razonamiento reflexivo que desembocaba en firmes decisiones. Disfrutaba de una especial intuición para descubrir la manera más idónea de acercarse a las almas y orientarlas.

Su sensibilidad era exquisita. «Tenía un corazón de oro», dice un contemporáneo suyo. Poseía el amor, «esa fuerza soberana e inmortal que hace del hombre un ser delicado, noble, sublime y que le impulsa a los mayores sacrificios». Era un padre en el sentido más amplio y tierno de la palabra. Como el Maestro, consoló todo tipo de tristeza. El acento de su voz conmovía las fibras menos sensibles. La mansedumbre, la bondad, fueron el secreto de la confianza que inspiró, del hondo afecto que le profesaron sus Hermanos.

Esa bondad, sin embargo, no degeneró en debilidad. El Hno. Policarpo estaba dotado de voluntad enérgica. Enemigo de la violencia que destruye, usaba de la constancia suave y tenaz que acaba por triunfar; proseguía el cumplimiento del deber hasta verlo plenamente realizado.

Su lenguaje y modales afables, su carácter abierto lleno de franqueza y dignidad, atraían hacia él todas las almas.

Podríamos decir que su mano era firme pero enguantada con terciopelo. Bondad sin debilidad y mansedumbre evangélica: he ahí las disposiciones dominantes de su condición. El manantial de donde brotaron el inmenso celo y el trabajo sin tregua, característicos de nuestro venerable Superior en el desempeño de sus deberes profesionales, fue su corazón . . .

[91] CAPITULO XIV

Causa de beatificación y canonización del Rdmo. Hno. Policarpo

[96-97] III.- Proceso informativo del Rdmo. Hno. Policarpo

. . . La Iglesia rinde culto a las reliquias de los siervos de Dios, reliquias que coloca en los altares. Por eso es preciso asegurar su conservación mediante un tratamiento especial. A ello se procedió con los huesos del Hno. Policarpo.

Esta ceremonia tuvo lugar en Paradis el 28 de junio de 1928. En presencia de Monseñor Rousseau, obispo del Puy, del Hno. Basilien, Asistente, del Hno. Cécilius, Vicepostulador de la Causa, de los Hermanos de la comunidad y de varias personas más, una vez que se hubo constatado la integridad de los precintos, se procedió a abrir el cofre que contenía los huesos exhumados el año anterior.

Después de retirar los huesos del cofre, fueron sometidos al tratamiento químico que debe asegurar su conservación: primeramente inmersión en baño de cloruro de cinc; a continuación, en alcohol de 90º; por último, se les aplicó una mano de barniz blanco.

Acabada la operación, los restos se colocaron en el cofre que fue precintado de nuevo por la autoridad episcopal del Puy.

El cofre, que hasta entonces se había guardado en una estancia de la casa, fue depositado en un osario nuevo, erigido sobre la tumba del Hno. Policarpo. El pequeño túmulo, coronado por un bello crucifijo, se halla rodeado de plantas todo el año y de flores en la época primaveral . . .

[100] CAPITULO XV

Favores atribuidos a la intercesión del Rdmo. Hno. Policarpo.

[101-102] **3.** R... (Francia), 18 de febrero de 1927

El pasado mes de diciembre, enfermé gravemente de bronconeumonía gripal. Al cuarto día de postración, estimaron conveniente administrarme los últimos sacramentos.

En la acción de gracias, el cielo me inspiró la idea de solicitar mi curación por intercesión del venerable Hno. Policarpo. Inmediatamente, rogué a mis allegados que hiciesen una novena en su honor. Fui, incluso, exigente y preciso: para reconocer con claridad la intervención de nuestro santo Superior, le pedí que el día cuarto, el doctor pudiera constatar y declarar una mejoría.

En efecto, el día indicado, viernes, se produjo dicha mejoría. El termómetro marcó solamente una temperatura de 36,8º y el médico reconoció que la mejoría era notable.

Pocos días después, el mismo doctor se pronunciaba espontáneamente sobre el carácter sobrenatural de mi curación en los términos siguientes: «Ha tenido usted una fuerte gripe y una grave bronconeumonía; y si aún está usted aquí, es que ha existido alguna intervención superior».

F. Ls-J.

[111-114] **16.** A. (España), julio de 1928

Durante mi postulantado, padecía ya, en los cambios de tiempo, dolores reumáticos en la rodilla derecha. Los tres primeros meses de mi noviciado transcurrieron sin ninguna crisis seria.

Pero en los primeros días del pasado mes de octubre, el mal reapareció: primero benignamente, después violento y agravándose con rapidez. En cosa de media semana me vi reducido a no poder servirme de la pierna derecha, pues la articulación de la rodilla había quedado inútil y desviada, y el pie fuertemente tendido hacia el lado exterior.

Era incapaz de caminar y, por otra parte, estar en la cama me ocasionaba violen-

tos dolores. Me vi en la necesidad de permanecer levantado; pero tampoco podía trasladarme de un lugar a otro sin ayuda de alguien. A veces, el maestro de novicios, compadecido de mis sufrimientos, me subía en brazos al dormitorio.

Esta dolorosa situación me preocupaba realmente y temía por mi vocación. Como quería a toda costa ser Hermano del Sagrado Corazón, confié mis cuitas al venerable Hno. Policarpo. Me apliqué una reliquia suya y comencé de inmediato una ferviente novena a nuestro santo Superior.

Mi confianza no quedó defraudada. Si bien es cierto que durante los tres primeros días el mal no hizo más que empeorar, el cuarto, por el contrario, pude, con gran alegría, seguir a la comunidad; yo, que hacía ya dieciocho días que no podía caminar, estaba completamente curado. Desde entonces han transcurrido diez meses y no he vuelto a sentir ningún dolor.

¡Cómo expresar a nuestro futuro beato toda mi gratitud! Jamás olvidaré que si, como espero, tengo la inmensa dicha de llegar a ser uno de los hijos del Hno. Policarpo, a él se lo debo.

F. C.

Siguen las firmas del maestro y del vicemaestro de novicios.

17. Sharon Heights (Estados Unidos), agosto de 1928

Hacía dos años que uno de nuestros alumnos padecía bronquitis crónica. Durante el año escolar que acaba de terminar, tuvo tres o cuatro crisis, la última de ellas más tenaz y violenta que las precedentes.

Era en torno a la fiesta de Pascua. El muchacho comenzó a toser y al principio no le dio ninguna importancia. Sin embargo, el mal se iba agravando poco a poco. El 30 de mayo, al visitarle su madre, lo encontró en tal estado que juzgó necesario llevárselo con ella. No obstante, como ya habían comenzado los exámenes de fin de año, mudó su decisión y encomendó el niño a los cuidados de nuestro Hermano enfermero.

La enfermedad, que se manifestaba por una tos ronca, seca y casi continua, seguía empeorando. El 4 de junio, el médico inyectó un suero al paciente, pero la tos persistía más molesta y frecuente que nunca.

El 5 de junio por la mañana, entregué al enfermo una reliquia de nuestro venerable Hno. Policarpo, recomendándole que le rezara con mucha confianza. El niño sujetó respetuosamente la reliquia en su escapulario. Tan pronto como tocó la reli-

quia el pecho del enfermito, cesó la tos. Mientras duró la santa misa, celebrada inmediatamente después, el niño permaneció totalmente en calma, lo que produjo gran asombro a buena parte de los asistentes.

Durante esa jornada y al día siguiente, apenas tuvo ataques de tos, pero ya no era la tos seca y ronca de antes: la de ahora iba acompañada de abundante expectoración.

Al tercer día, el enfermo estaba completamente curado, tal como yo le había pedido al venerable Hno. Policarpo.

El niño no ha vuelto a recaer desde esa fecha. ¡Con qué cariño da las gracias a su celestial bienhechor y cuán piadosamente guarda su reliquia!

El personal del colegio en pleno, atribuye esta maravillosa curación a nuestro santo primer Superior y le tributa por ello sus más fervientes acciones de gracias.

F. A.

[118-119] **22.** A... (Canadá), 15 de marzo de 1929

El llorado Hno. François, fallecido en Saint-Hyacinthe el 11 de noviembre de 1928, fue objeto de un favor del Hno. Policarpo, tal como aseguran los testigos de su extraordinaria curación. He aquí los hechos

«El invierno pasado –escribe su director– el Hno. François tuvo un fuerte dolor de garganta que fue tratado al principio a base de gargarismos sin resultado favorable.

« Al contrario, el mal empeoraba y amenazaba con obstruir la faringe. Llamé al médico y nos aconsejó acudir inmediatamente al hospital.

« Allá nos aconsejaron consultar con un buen especialista.

« A éste, doctor C..., el caso le pareció muy peligroso: "Hay un absceso, dijo, y es necesario velar constantemente al enfermo, pues podría perecer por sofocamiento, o envenenado si hubiese una erupción durante el sueño".

« Se decidió que el enfermo sería operado al día siguiente por la mañana en el mismo hospital.

« No abandoné al paciente hasta las nueve de la noche, hora en que lo dejé a cargo de las religiosas, asegurándole que regresaría a su lado a primera hora del día siguiente.

« Antes de separarnos decidimos confiar el problema al Hno. Policarpo, ha-

ciendo cada uno, a tal propósito, nuestras pequeñas promesas y oraciones.

« Todo seguía prácticamente igual al día siguiente pero el médico decidió aplazar un día la operación pidiendo que le avisaran si se presentaba algún síntoma de crisis. Mientras tanto, nosotros invocábamos fervientemente al venerable Hno. Policarpo.

« ¡Cuál no fue el asombro del médico a la mañana siguiente al comprobar que el supuesto enfermo estaba perfectamente curado! Como sabía que habíamos puesto el asunto en manos de nuestro santo Superior, dijo a nuestro Hno. François: "Veo que su Hno. Policarpo se dedica a hacernos la competencia a los médicos; yo nada tengo que hacer ya con usted"».

El Hno. François se había dormido la víspera con una obstrucción casi total de garganta ¡y se había despertado completamente curado!

Médico, enfermero y religiosas del hospital han declarado no comprender nada de esta curación tan repentina y sin erupción.

¡Gloria a nuestro futuro beato!

F. A.

[120-122] **24.** Indianapolis (Estados Unidos), 26 de junio de 1929

A principios de octubre de 1928 mi hermana, Marie H..., se puso muy nerviosa, perdió el sueño y el apetito, imaginándose que alguien la seguía constantemente. El día 15 la llevé al médico, que la declaró aquejada de *demencia precoz*. El 16 fue admitida en el hospital Saint-François donde la mantuvieron en observación y le aplicaron un primer tratamiento que no produjo efecto.

El primero de noviembre ingresó en el hospital de la ciudad, pabellón de psicopatía, donde nuevamente la sometieron a observación y tratamiento pero también sin éxito. Como su estado empeoraba cada vez más, el diagnóstico la declaró afectada de *demencia precoz incurable*.

Entonces, el doctor encargado del pabellón me propuso que la enferma fuera examinada por un equipo de tres médicos. Este examen se efectuó el 16 de noviembre; el diagnóstico fue idéntico al del médico del pabellón.

Como consecuencia del veredicto, quedó internada en el hospital central de enajenados.

A partir de su ingresó en el manicomio, la pobre enferma se volvió violenta, con tendencia al suicidio. Se negó a comer y adelgazó a ojos vista. A últimos de noviembre había perdido ya 35 libras y sólo pesaba 85.

En diciembre la examinó otro doctor y, al igual que los anteriores, la declaró

incurable.

Fue entonces cuando recurrimos al cielo. El Hermano L... tuvo a bien comenzar en su escuela una novena al Hno Policarpo, aproximadamente por la época de Navidad. El último día de dicha novena, la enferma intentó suicidarse. Al día siguiente, cuando yo tenía perdida ya toda esperanza, me enteré de que acababa de producirse una gran mejoría: mi hermana estaba más tranquila, sus alucinaciones e ilusiones desaparecían, volvía a tener apetito y sueño. El hecho causó gran asombro entre los médicos del hospital, sobre todo entre los no católicos.

El invierno transcurrió de progreso en progreso. Poco antes de Pascua de Resurrección, el Hno. L... hizo con sus alumnos una segunda novena por la querida convaleciente, pidiendo al Hno. Policarpo su curación rápida y completa. Dos días después de terminar la novena, el favor estaba concedido: era el 4 de abril. Aquel día, mi hermana, perfectamente curada, volvía a su casa.

Desde entonces goza de excelente salud, se dedica a sus labores ordinarias y le da frecuentemente las gracias a su bienhechor, el Rdo. Hno. Policarpo.

Sra. S. H.

Sigue un certificado médico, documentado, del doctor John A. S. de Ind..., que ha tratado a la enferma; asegura, en él, que «*su restablecimiento es digno de resaltar*» y que ha tenido lugar «*después de varios días de oraciones al Hno. Policarpo*».

DOC. XXVII

EXTRACTOS DE LOS TESTIMONIOS DE CURACIONES Y GRACIAS QUE SE ATRIBUYEN AL SIERVO DE DIOS, años 1900-1930.- *Procedentes de relaciones escritas cuyos originales se conservan en el Archivo general de los HH. del S. C., Roma.*

Si echamos una ojeada a los diversos relatos de gracias atribuidas a la intercesión del Siervo de Dios, en seguida notamos que provienen, no de una región o incluso de un país, sino de los más diversos y lejanos lugares donde los Hermanos del Sagrado Corazón tienen alguna casa. Se constata que la fama de santidad del Hno. Policarpo está muy extendida.

Desde que el capítulo General de 1925 decidiera dar inicio al proceso de beatificación, se fueron sucediendo de forma continuada diversos relatos de gracias y muestras de veneración al Siervo de Dios, algunos de los cuales aparecen brevemente resumidos en los *Anuarios* del Instituto.

No es de extrañar, pues, que hoy podamos registrar cientos de relaciones de gracias –físicas, espirituales y morales– atribuidas a la intercesión del Siervo de Dios. A partir de 1926, cada *Anuario* refiere unas cuantas, aunque algunas de ellas se publicaron más de una vez. La primera, relatando un favor recibido en 1900, aparece en el *Anuario* de 1909-1910 (nº 4, pp. 381-382); la segunda, se halla en el *Anuario* de 1912-13 (nº 7, pp. 340-341). En 1941 se imprimió un opúsculo titulado *Ramillete de favores,* con otras noventa y seis. Los originales de estas y de muchas otras se encuentran en el archivo de la casa general; existen también numerosos certificado médicos en las respectivas casas provinciales.

Como ya tenemos varios relatos de gracias en los Docc. XXVI y XXX, y no debemos sobrepasar la fecha del proceso ordinario, pondremos aquí solamente dos: Por tratarse de la primera que conocemos, una del año 1900 (la fecha se halla en el mismo texto) publicada en el *Anuario* de 1909-10; y otra que se encuentra en el *Anuario de 1912-13.*

1

Curación del Hno. Lucius, de los Hnos. del Sgdo. Corazón, obtenida en 1900.- Del «Anuario» nº 4, 1909-10, pp. 381-382.

Victoriaville, Canadá.

Rdo. Hno. Provincial,

Considero un deber de gratitud darle a conocer el favor insigne que obtuve hace algunos años por intercesión de nuestro venerable Hno. Policarpo. ¡Ojalá que mis palabras puedan contribuir un poquito a la honra y alabanza de nuestro venerado Superior!

Era hacia mediados del verano de 1900. A consecuencia de una lamentable caída, quedé privado de repente del uso de mi pierna derecha; tenía fracturada la rótula de la rodilla y contemplaba con tristeza la perspectiva de una larga permanencia en la enfermería, a la que me iba a condenar aquel enojoso accidente.

Viéndome como una carga para mis Hermanos, concebí la idea de dirigirme al venerable Hno. Policarpo para obtener una pronta curación. Desde ese momento, dediqué mis largas horas de soledad a pedir su poderosa protección. Fui escuchado más allá de mis esperanzas. Apenas unos días después del accidente, podía ya, apoyado en una muleta, seguir los ejercicios de la comunidad y hasta reemprender mi trabajo habitual. Más afortunado que muchos otros que a pesar de los cuidados de los médicos quedan lisiados de por vida, yo jamás he notado la menor secuela de este accidente.

Estoy íntimamente convencido de que esta rápida y completa curación se la

debo a la intercesión del venerable Hno. Policarpo; por eso, le agradeceré este precioso favor por el resto de mis días.

Espero que aquellos que le invoquen confiadamente resulten tan bien atendidos como

Su respetuoso y obediente inferior

Hno. Lucius.

2

Gracia obtenida por un religioso de los Hermanos del Sagrado Corazón.- Del «Anuario» nº 7, 1912-1913, p. 340.

Se trata de una gracia concedida a un religioso de los Hermanos del Sagrado Corazón y a los alumnos que le acompañaban en un viaje en el que estuvieron a punto de perecer.

Uno de nuestros queridos corresponsales de la provincia del Oeste nos comunica las líneas que siguen más abajo. Es para nosotros un placer dárselas a conocer a los lectores del *Anuario*.

Ojalá puedan contribuir a aumentar la confianza de nuestros amigos en la intercesión de nuestro venerado primer Superior e inspirarles el deseo de recurrir a su paternal solicitud en todas sus necesidades de alma y cuerpo.

«Me gusta evocar el recuerdo del santo Hno. Policarpo. He tomado la costumbre de confiar a su indulgente y poderosa protección mi persona y la de cada uno de mis alumnos, especialmente, en los viajes. Por tratarse de chicos jóvenes y numerosos, como son los de mi escuela, en nuestras más o menos largas excursiones vacacionales y, sobre todo, en nuestras peregrinaciones anuales a Lourdes y sus alrededores, siempre temo que pueda ocurrir una desgracia. Atribuyo a un favor especial del Hno. Policarpo el hecho de no haber tenido que lamentar nunca, hasta ahora, el menor accidente. Y lo que fortalece más aún mi personal convicción a este respecto, es el suceso siguiente que intentaré relatar en dos palabras:

« Sólo una vez –era el jueves después de Pascua de este año– olvidé encomendar mi persona y las de dos pequeños compañeros de ruta a mi querido protector habitual. Ahora bien, he aquí que el coche correo de B..., en el que viajábamos sin protección alguna, vuelca de improviso. El revoltijo de viajeros en el interior del vehículo fue terrible. La escena debió de ser bastante más trágica en la imperial, donde mis dos simpáticos alumnos se hallaban encaramados entre los equipajes, incluyendo cajas y fardos muy pesados. Me sentí, pues, hondamente preocupado

por su suerte. Después de rescatarlos con rapidez de la crítica situación en que se hallaban, pude comprobar que los animosos muchachos no habían sufrido otro daño que un gran susto y algunas contusiones sin importancia. Pero yo consideré este percance como una lección directa y santamente anodina de mi olvidado santo protector».

DOC. XXVIII

DOCUMENTO PÚBLICO SOBRE LA EXHUMACIÓN del cuerpo del Siervo de Dios; redactado en Paradis, próximo a la ciudad del Puy, durante los días 16 y 22 de agosto de 1927.- *De la Copia pública del Proceso, conservada por el Ordinario en la curia episcopal del Puy. (Folios 314^{v}-316^{v}).*

Con vistas al inicio del Proceso ordinario informativo sobre la fama de santidad, virtudes y milagros del Siervo de Dios, el 16 de agosto de 1927 se procedió a la exhumación de sus restos mortales –jamás removidos anteriormente de la tumba primitiva– y el 22 del mismo mes, a su registro canónico.

En 1848 fue acondicionado para cementerio de los Hermanos difuntos de la casa madre de Paradis un ángulo del jardín; y en 1856, a fin de proteger las tumbas de la intemperie, se cubrió dicho recinto. Apenas terminada la obra, fueron trasladados allá los restos de dieciocho religiosos que inicialmente habían recibido sepultura no muy lejos de la nueva ubicación. Al fondo de la modesta necrópolis estaban alineadas siete tumbas colocadas perpendicularmente al muro y coronada cada una de ellas con una cruz en la que se leía el nombre del difunto. La del centro llevaba el nombre del Hno. Policarpo, a la izquierda se hallaba la del Hno. Xavier, primer religioso del Instituto (cfr. intr. Doc. XI), y a la derecha la del Hno. Adrien, Asistente General del Siervo de Dios y sucesor suyo en el cargo de Superior General (cfr. intr. Doc. X).

A lo largo de los últimos decenios –dan fe de ello, entre otros, diversos testigos del Proceso ordinario– los religiosos solían acudir muy a menudo a venerar aquellos despojos, recobrando allí la fuerza y vigor necesarios para ejercer su apostolado y superar las luchas de cada día.

A fin de evitar que con el paso de los años pudieran continuar deteriorándose aquellos restos mortales, el 28 de junio de 1928, en presencia del mismo obispo, se reabrió la tumba y se procedió a un tratamiento químico especial que asegurase la conservación de los huesos. Se aprovechó la circunstancia para restaurar un pequeño monumento y dar más realce a la tumba (cfr. Doc. XXIX).

Acta correspondiente a la exhumación privada de los restos del Rdmo.

Hno. Policarpo, Superior General de los Hnos. del Sgdo. Corazón; días 16 y 22 de agosto de 1922.

Con fecha dieciséis de agosto del año mil novecientos veintisiete, se ha procedido, en el panteón de Paradis, a la exhumación privada de los restos del Rdmo. Hno. Policarpo, primer Superior de los Hermanos del Sagrado Corazón, fallecido el 9 de enero de 1859.

La ceremonia debía tener lugar a las once de la mañana.

La apertura de la tumba ha comenzado a las nueve en presencia del Rdo. Hno. Urcize Nurit, actual Superior General del Instituto. Por circunstancias imprevistas, hasta la tarde no se ha podido alcanzar la profundidad del féretro, situado aproximadamente a dos metros del actual nivel de la tumba.

A las dos de la tarde, su excelencia Monseñor Norbert Rousseau, obispo del Puy, acompañado de los Sres. Vicarios Generales Durieux y Richaud, del P. Cornut, capellán de Paradis, del P. Michel, capellán de Saint-Joseph d'Espaly, del Superior General, del Superior Provincial y de varios Hermanos, había tenido a bien trasladarse al panteón para asistir al hallazgo de la osamenta y dar testimonio de su autenticidad. Pero su Excelencia juntamente con su séquito debieron retirarse, lamentando la ineficacia de la búsqueda. Entre tanto, Monseñor había recogido el testimonio de varios Hermanos, especialmente del Hno. Dominique,[1] que desde su ingreso en el Instituto, poco tiempo después de morir el Hno. Policarpo, ha residido siempre en Paradis. El Hno. Dominique y otros Hermanos de edad han afirmado que jamás habían visto abrir la tumba del Rdmo. Hno. Policarpo y que no se había realizado ningún nuevo enterramiento en la ubicación de dicha tumba, situada junto a la pared norte, hacia la mitad de dicha pared y perpendicularmente al muro.

No obstante las excavaciones proseguían, y a eso de las tres de la tarde aparecía el ataúd y se pasaba aviso urgente al palacio episcopal, al que Monseñor acababa de llegar. Su Excelencia delegaba inmediatamente a su primer Vicario General, el canónigo P. Durieux, quien habiendo regresado sin demora a Paradis constataba, en nombre de Monseñor, el hallazgo de los restos siguientes:

La cavidad craneal, dos húmeros incompletos, un fémur incompleto, dos tibias incompletas, una parte del hueso ilíaco, fragmentos de huesos diversos –entre ellos, doce dientes completos y varios trozos de dientes– numerosos huesecillos, dos uñas, algunos cabellos, retazos de madera y de sotana.

Estos restos han sido depositados en una pequeña caja de madera común, guarnecida con un lienzo blanco y sellada con el escudo de armas de su Excelencia por el Sr. Vicario General, P. Durieux, en presencia del Superior General, del Superior

Provincial y de varios Hermanos de Paradis.

El lunes 22 de agosto de 1927, a las cuatro de la tarde, ha tenido a bien venir una vez más a Paradis el Sr. Vicario General, P. Durieux, nuevamente delegado por su Excelencia.

La caja de madera común mencionada más arriba, ha sido abierta después de la ruptura de los sellos efectuada por el Sr. Vicario General en presencia del P. Cornut, capellán de la casa, del P. Michel, capellán de Saint-Joseph d'Espaly, del Superior General, del Superior Provincial y de la comunidad.

Los restos del Rdmo. Hno. Policarpo descubiertos el día dieciséis del mes en curso, han sido depositados con un ejemplar de la presente acta en una caja oblonga de madera dura, guarnecida interiormente con cinc y cubierta con un revestimiento de lienzo blanco.

Dicha caja ha sido cerrada y sellada con el escudo de armas de su Excelencia por el Sr. Vicario General y colocada en el panteón en la ubicación de la tumba del Rdmo. Hno. Policarpo, dentro de un armazón especial destinado a evitar la humedad.

Acta redactada por triplicado en Paradis, el veintidós de agosto de mil novecientos veintisiete.

P. Michel, capellán de St-Joseph.
Cornut Clovis, capellán.
Hno. Urcize, Superior General.
Hno. Libert, Hno. Victorius, Hno. Simon.
Durier, Vicario General.
Hno. Cécilius, Superior Provincial.
Hno. Dominique.

Visto Bueno
L. + S.

A. Fayard, Notario Oficial.

DOC. XXIX

[1] Nacido el 3 de septiembre de 1839 en St-Victor (Ardèche), ingresó en la Congregación el 4 de noviembre de 1866 en Paradis y murió el 28 de mayo de 1932 (véanse los registros en el Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón; los datos biográficos, en el *Anuario nº 26*, 1931-1932, pp. 240-250).

EXTRACTOS DE LAS CIRCULARES DE LOS HERMANOS ALBÉRIC Y URCIZE, Superiores Generales de los Hnos. del Sgdo. Corazón, años 1906 a 1931, enviadas a todos los religiosos de la Congregación.- *Copia de los ejemplares publicados, conservados en el Archivo general de la Congregación, Roma.*

A medida que se propagaba la fama de santidad del Siervo de Dios con la expansión de la Congregación, el Superior General se refería a él con frecuencia en las circulares dirigidas a los Hermanos, proponiéndolo como el modelo de virtudes al que debían tratar de imitar los religiosos.

En el presente documento, centramos nuestra atención solamente sobre las circulares de los dos Superiores Generales más relacionados con el inicio de la causa de beatificación del Siervo de Dios: el Hno. Albéric y el Hno. Urcize, que dirigieron la Congregación, el primero de 1906 a 1925, y el segundo hasta 1937.

En el archivo de la casa general de los Hermanos del Sagrado Corazón, en Roma, todas las circulares se hallan agrupadas en volúmenes y ordenadas cronológicamente. Solamente el volumen que contiene las del Hno. Albertinus tiene las páginas numeradas de manera continua; en los demás volúmenes, cada circular lleva una paginación independiente.

1

De la circular del Hno. Albéric, 11 de junio de 1920, pp. 5-7

El Hno. Albéric está directamente ligado a la generación contemporánea del Siervo de Dios, puesto que nació el 27 de octubre de 1852 en Villard (Lozère) e ingresó en el noviciado de Paradis el 27 de agosto de 1867, apenas nueve años después de la muerte del Hno. Policarpo. Fue maestro de novicios, Asistente General y Superior General. Concluido su mandato en 1925, en 1928 fue enviado a Roma como Procurador General ante la Santa Sede, donde puso todo su empeño por acelerar el inicio de la causa de beatificación. Cuando murió, el 27 de enero de 1944, a la avanzada edad de noventa y dos años, el pesar fue unánime y sincero (cfr. *Anuario nº 40,* 1945-46, pp. 9-70)

. . . Sin embargo, por un prodigio de protección manifiesta, *[el Instituto]* no debía perecer. El Sagrado Corazón velaba por él. Cuando, humanamente hablando, todo parecía perdido, le llegó el hombre providencial que iba a reparar y fortalecer todo. Me estoy refiriendo al *Rdmo. Hno. Policarpo*, de grata y santa memo-

ria.

Después de ser nombrado maestro de novicios en 1828 y Director General en 1840, por votación unánime de la asamblea capitular de 1841 fue colocado al frente de la moribunda Congregación. Hombre de gran sensatez, fe y sacrificio, empuñó con mano prudente y vigorosa el timón de la frágil barquilla que, por tanto tiempo, había sufrido el embate de vientos y tempestades. Bajo su dirección hábil y sobrenatural, el pequeño navío sobre el que brillaba el distintivo del Sagrado Corazón, no sólo dobló sin zozobrar el cabo temible de su dura prueba, sino que adquirió equilibrio y resistencia suficientes para desafiar con audacia los peligros de alta mar.

Los Hermanos comprendieron con alegría que tenían al frente un magnífico gobernante y un santo. Se educó con esmero a los novicios en el estudio y en las prácticas de la vida religiosa. Visitas frecuentes, sólidas instrucciones, la constante vigilancia de los intereses materiales y espirituales de las casas, una firmeza suave y paternal, sirvieron para levantar el ánimo decaído de los profesos. Retornó la confianza que conforta los corazones y despierta las energías. El fervor revivió en las almas; el celo se hizo más esclarecido y ardiente; las Reglas, al fin redactadas en sus líneas fundamentales y promulgadas sin demora, fueron cumplidas con escrupulosa exactitud; el buen espíritu, ese espíritu de cándida sencillez, de mortificación varonil, de obediencia humilde y filial, de unión cordial con los superiores y entre inferiores, que caracterizaba a nuestros primeros Hermanos, brilló con vivo resplandor; las buenas vocaciones que Dios siempre envía a los institutos que las merecen, afluyeron numerosas, casi excesivamente numerosas, vistos los recursos pecuniarios.

Ello permitió, no sólo colmar con creces los vacíos ocasionados por la muerte y la pusilanimidad sino, además, fundar nuevos establecimientos: un promedio de cuatro al año, entre 1841 y 1859 . . .

El Sagrado Corazón bendijo visiblemente el trabajo sobrenatural y las eminentes virtudes del Rdmo. Hno. Policarpo, así como la regularidad perfecta, la gozosa entrega y la generosidad sin límites de sus Hermanos. En 1859, fecha de la santa muerte del venerado Superior, el Instituto, favorecido y altamente ensalzado por numerosos obispos, contaba con casas en veinticuatro diócesis de Francia y América . . .

2

De las circulares del Hno. Urcize, con fechas: 17 de enero de 1927, 17 de

octubre de 1928 y 15 de diciembre de 1931.

También el Hno. Urcize enlaza con la generación contemporánea del Siervo de Dios. De ahí que el inicio real y el impulso decisivo dado a la Causa sean igualmente fruto de ese contacto directo y de la profunda convicción que tenía de la heroicidad de sus virtudes.

Nacido el 22 de septiembre de 1867 en St-Alban, Lozère, ingresó en la Congregación el 1 de septiembre de 1882 en Chirac. Tras varios años dedicado a la enseñanza, a partir de 1906 fue Asistente General, y de 1925 a 1937 Superior General. En 1944 vuelve a ser Asistente; dos años después, abandonado este cargo, es nombrado Secretario General, pero apenas un mes más tarde, el 28 de noviembre de 1946, fallece en Paradis (*Anuario nº 41*, 1946-47, pp. 9-57).

a)

De la circular del 17 de enero de 1927, pp. 3-4.

. . . El apostolado de un San Francisco de Asís, de un San Francisco Javier, de una Santa Teresa, de un santo Cura de Ars y de millares de conquistadores de almas, ha producido resultados tan prodigiosos porque, muertos a ellos mismos y sepultados en Cristo, han llevado una vida interior de singular intensidad. Han buscado a Dios; lo han hallado; y, sobre todo, lo han irradiado.

Pero ¿qué necesidad tenemos de ir a pedir prestados modelos de unión con Dios fuera de nuestra familia religiosa? ¿No tenemos en nuestro venerado Hno. Policarpo una maravilla de vida sobrenatural? Sus pensamientos, sus sentimientos, sus actos, ¿no están acuñados con el sello del más puro espíritu interior?

El alma extraordinaria del santo Hno. Policarpo –todos lo sabemos– gustó de encaramarse a esas regiones pacíficas y serenas de la vida divina donde todo respondía a las aspiraciones de su corazón, a las tendencias naturales de su espíritu: de ahí extrajo el amor a las más excelsas virtudes y el celo que sólo suspira por la extensión del reino de Dios y la perfección de las almas. Se entregó sin descanso al trabajo interior que consiste en dejar a la gracia el gobierno de todo nuestro ser y en llevar una vida escondida en Dios con Jesucristo. ¿Quién comprendió mejor que él que la vida religiosa es vida de renuncia a sí mismo, de sacrificio, de perfecta unión con Dios? ¡Cuántas veces, totalmente enajenado al sentir en el fondo de su alma los movimientos de esta vida divina, debió exclamar como el Apóstol: «¡Ya no vivo yo, es Jesús quien vive en mí!»

Si el Hno. Policarpo saboreó las delicias de esta vida celestial, también se esforzó por atraer suavemente hacia ella a las almas que él dirigía por las vías de la santidad. Oigamos sus llamadas conmovedoras:

«No olviden, mis buenos Hermanos, no olviden que uno de los puntos más esenciales para su progreso en la virtud, es que se retiren con frecuencia a la soledad de su corazón. A la vez que se ocupan de asuntos externos, recójanse unos instantes y produzcan ardientes afectos y elevaciones del corazón; de ese modo, permanecerán en oración continua».

«Para responder bien a su misión –continúa diciéndonos– hace falta que sean hombres de oración y, en consecuencia, hombres interiores. Por la comunión frecuente, por la práctica de las oraciones jaculatorias, estrechen su amistad con Nuestro Señor».

«Ser fieles a las inspiraciones de la gracia, caminar continuamente en presencia de Dios..., he ahí, carísimos Hermanos, lo que les hará vivir la vida interior, lo que establecerá una gran unión entre ustedes y Dios».

Si el Rdo. Hno. Policarpo adquirió y mantuvo el espíritu ferviente que siempre le animó, fue con la práctica de los ejercicios de vida interior. Mediante esos mismos ejercicios quiso que se formara a los novicios en la virtud, que se les hiciera «amar tiernamente y gustar la vida religiosa» a fin de que se convirtiesen en «hombres de entrega y sacrificio».

A ejemplo de nuestro santo primer Superior, amemos el recogimiento, el silencio de la oración y meditación, la lectura y estudio de obras espirituales, las conversaciones piadosas y demás ejercicios de vida interior, que inflamarán nuestro celo para cumplir con generosidad nuestros deberes de religiosos y educadores-apóstoles.

¡Oh, venerado Hno. Policarpo, haced que os sigamos por los caminos del fervor y del espíritu de oración; obtenednos abundantes gracias de vida interior, a fin de que nuestro apostolado sea tan irresistiblemente poderoso como el vuestro! . . .

b)

De la circular del 17 de octubre de 1928, p. 9

. . . Al *santo Hno. Policarpo* le gustaba sumergirse en las llamas del amor divino y abrasarse en ellas por la oración. «Nuestro Dios es un fuego devorador», repetía con fruición. A ejemplo suyo, entreguémonos cada mañana a la acción transforman-

te de las llamas divinas a fin de que, por nuestra parte, podamos abrasar las almas de nuestros Hermanos y alumnos . . .

c)

De la circular del 15 de diciembre de 1931, p. 6

. . . 8. El del *santo Hno. Policarpo*, que tenía una idea muy elevada de su vocación, que daba gracias a Dios por ella frecuentemente, que retomaba a menudo este tema en los retiros, que recomendaba al Director de novicios «hacer estimar y saborear la vida religiosa» a sus discípulos . . .

DOC. XXX

EXTRACTOS DEL PROCESO INSTRUIDO POR EL ORDINARIO de la diócesis del Puy, sobre la fama de santidad de vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios, Policarpo Gondre, años 1929 -1930.- *Tomados de la copia pública.*

El proceso informativo fue instruido en la curia del Puy, el 24 de enero de 1929. El tribunal, nombrado por Monseñor Rousseau, estaba constituido por: Ludovic Valentin, rector del seminario mayor, como juez delegado; Joseph Cortial, canónigo honorario, y Pierre Parrotin, profesor del seminario mayor, como jueces adjuntos; Henri Mercier, canónigo de la catedral, como promotor de la fe; don Auguste Fayard, notario, y Pierre Chainet, escribano.

En total hubo veinticinco sesiones, desde el 24 de enero de 1929 hasta el 23 de diciembre de 1930. Las dos primeras fueron dedicadas a las diligencias preliminares; desde la sesión tercera hasta la decimonona se escucharon las declaraciones de diecisiete testigos, uno por sesión; en la sesión vigésima, el vicepostulador presentó varios documentos, agrupados en catorce legajos numerados; las sesiones restantes se destinaron a practicar las últimas diligencias.

En el Proceso, instruido setenta años después de la muerte del Siervo de Dios, figuran tres testigos «oculares y oyentes de otros testigos oculares»; nueve testigos «oyentes de testigos oculares»; y cinco «oyentes de otros oyentes». Los tres primeros conocieron al Siervo de Dios cuando eran muchachos y, prácticamente, lo que refieren es fruto más de lo que oyeron a otros que de noticias directas; los tres son ajenos a la Congregación. La mayor parte de lo que relatan los testigos está contenido en las dos primeras biografías. El Hno. Basilien –autor de la segunda y de la tercera biografía– no sólo recuerda en el Proceso lo que había

escrito sobre el Siervo de Dios por habérselo oído al Hno. Hilarion; gracias a sus investigaciones, contribuye notablemente al conocimiento de la familia; sobre la infancia y juventud, es importante la declaración del testigo Auguste Blanchard (folios 140r y siguientes, 172r y siguientes). El Proceso es útil, sobre todo, para la fama de santidad y por los documentos que contiene, aunque en realidad no son muchos.

De las declaraciones de los testigos, hemos omitido todo lo que proviene de las biografías y hemos copiado, en cambio, cuanto se refiere a la fama de santidad.

TESTIGO I

JACQUES CHABANON, *de 82 años, sacerdote del Puy, antiguo coadjutor y párroco (folios 76r-78r).*

El testigo declara únicamente lo que oyó a su padre, antiguo alumno del Siervo de Dios en Vals.

Respuesta a la pregunta nº 2, folio 76r: Me llamo Jacques Chabanon, nacido en Vals, cerca del Puy, hijo de Augustin Chabanon y de Marguerite Blanc; 82 años de edad, sacerdote jubilado, anteriormente coadjutor en Freycenet-la-Cuche, en St-Christophe-sur-Dolaison, en las Villettes, y párroco en St-Vénérand durante 29 años.

Respuesta a la pregunta nº 7, folio 76r: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. He oído hablar de él a mi padre, que murió a los 91 años. Mi padre tenía nueve años menos que el Hno. Policarpo. Había conocido al Siervo de Dios cuando este daba clase en Vals, donde era muy querido, ocupándose con gran esmero de los niños y procurando hacer el bien a las familias y poner paz en las controversias. Mi padre me habló en varias ocasiones del Hno. Policarpo. Recuerdo especialmente que, cuando expulsaron de su escuela a los Hermanos del Sagrado Corazón, mi padre dijo: «¡Ojalá pudieran proporcionarnos otro Hno. Policarpo». No recuerdo haber oído hablar de él a otros. Aunque he sido educado en Paradis desde los catorce años hasta los dieciséis, por tanto durante dos años, no recuerdo haber oído hablar del Hno. Policarpo. He leído los artículos de la postulación, pero ninguna biografía. No conozco ni he leído ningún manuscrito que tratase del Hno. Policarpo.

Respuesta a la pregunta nº 15, folio 77r: Me remito a lo dicho más arriba. Repito que, según mi padre, era muy querido; que se le consideraba como el mejor de los amigos y que se mostraba muy entregado a la educación de la niñez. Con sus buenos consejos, lograba poner paz en las familias.

TESTIGO II

ANDRÉ VICTOR (HNO. STANISLAS), *de 70 años, miembro de la Congregación de los Hermanos del Sacratísimo Corazón, el Puy (folios 79v-96r).*

Este religioso fundamenta su declaración en los testimonios de numerosos Hermanos que vivieron con el Siervo de Dios y emite un juicio muy halagüeño de sus virtudes.

Respuesta nº 2, folio 79v: André Victor, en religión Hno. Stanislas, de los Hnos. del Sgdo. Corazón, nacido en Freycenet-la-Tour, hijo de André Joseph y de Alirand Reine; tengo 70 años. Me ocupo de algunos asuntos materiales de la Congregación en el Puy; profeso perpetuo desde 1887.

Respuesta nº 7, folio 80r: No conocí personalmente al Hno. Policarpo pero he oído hablar mucho de él. He oído hablar de él a Hermanos ancianos que lo conocieron. Puedo citar, entre otros, al Hno. Maximien,[1] al Hno. Pacifique,[2] y principalmente al Hno. Régis, que lo conoció mucho.

Los tres estuvieron bajo la autoridad del Hno. Policarpo durante bastantes años. Se hablaba del Hno. Policarpo como de un superior a quien se veneraba, y este tema surgía en la conversación sin motivo especial.

Ciertos Hermanos ya entonces pensaban que se podía introducir la causa. Especialmente el Hno. Régis, que permaneció mucho tiempo enfermo en Paradis y que, con miras a este posible proceso, proporcionó al Superior información detallada sobre la tumba del Hno. Policarpo.[3] He leído la vida del Siervo de Dios publicada por uno de nuestros Hermanos, el Hno. Eugène Bardol: la leí hace bastante tiempo. He leído también los artículos de la postulación. Tuve en mis manos algunas cartas del Hno. Policarpo dirigidas a varios Hermanos. Sé también que existen escritos referentes al Hno. Policarpo, que en estos momentos obran en poder del Sr. Grousset, Hno. Éliézer.[4] Los he visto e incluso los he leído. Recuerdo de manera un poco vaga que en estos escritos se trataba de las virtudes del Siervo de Dios y de lo bien que se portaba con los inferiores.

Respuesta nº 15, folio 81r: Fue director de una escuela en Vals: Conocí a varios antiguos alumnos suyos que me hablaron de él en términos inmejorables. No sé si todavía vivirá alguno de ellos. Hay uno cuyo nombre exacto no recuerdo en estos momentos; quizás se llamara Sr. Nogier, pero hoy día está muerto. Pensándolo bien, creo que sólo él me habló del Hno. Policarpo.

Respuesta nº 17, folio 81v: ... Desde los comienzos de mi juventud religiosa, conocí a muchos Hermanos que vieron al Hno. Policarpo, vivieron bajo su dirección y recibieron sus atenciones paternales. Todos hablaban de él con afectuosa y respetuosa veneración. Todos se complacían subrayando su piedad, su espíritu de fe, su delicadeza de conciencia, su respeto hacia las cosas santas y hacia la jerarquía religiosa, su caridad inagotable, su bondad no exenta de prudente firmeza, su solicitud con los Hermanos y los niños que le estaban confiados. En suma, todos hablaban de él como de un religioso modelo, un superior perfecto, un santo. Y jamás oí que se formulara el menor reparo sobre su persona, lo cual, sobre todo tratándose de un superior, es más bien raro. Por lo que yo sé, mucho antes de que se hablara de introducir la causa del Hno. Policarpo, bastantes Hermanos pensaban que dicha introducción llegaría algún día. En lo íntimo de su alma, habían rendido culto a su antiguo superior y le encomendaban los asuntos que a él más le importaron.

Respuesta nº 21, folio 82r: Según he oído decir, realizó mortificaciones exteriores pero no hasta el punto de incapacitarse para ejercer sus funciones. También he oído decir que su bondad, que era muy grande, se aliaba con una verdadera firmeza.

Respuesta nº 23, folios 82v-83v: Sobre este punto sólo sé que tuvo el presentimiento de su muerte. Por el Hno. Sulpice, fallecido en Paradis hace aproximada-

---

[1] Nacido el 11 de noviembre de 1830 en Riotord (Haute-Loire), salió del Instituto en 1903. Ingresó en la Congregación el 7 de septiembre de 1846. Estuvo en Paradis desde este año hasta 1851, primero como novicio, después como profesor (cfr. los registros del Archivo de los HH. del S. C.).

[2] Nació el 4 de agosto de 1828 en La Chapelle-Agnon (Puy-de-Dôme) y murió en Paradis el 4 de julio de 1910. Ingresó en la Congregación el 21 de mayo de 1851 en Paradis, donde permaneció un año (*ibid.*).

mente 20 años,[5] me enteré del hecho siguiente:

Hacia el final del superiorato del Hno. Policarpo, el desarrollo que habían alcanzando las obras establecidas en Paradis había llevado a los Superiores a pensar, o bien en una ampliación de la casa, o bien en el traslado del internado al Puy, a una propiedad cuya adquisición era objeto de negociaciones. Se iba dando largas a las cosas. Ahora bien, el Hno. Sulpice me dijo que sabía, por un testigo ocular, que en una sesión del Consejo, el Hno. Policarpo dijo a sus consejeros: «Si hemos de hacer realidad el proyecto de traslado, démonos prisa; pronto será demasiado tarde». El asunto fue pospuesto una vez más; antes que pudieran volver a discutirlo, murió el Hno. Policarpo y fue demasiado tarde. Los Asistentes tuvieron otras preocupaciones. Durante bastante tiempo no se habló de este tema, que más adelante fue zanjado en el sentido de ampliar Paradis.

Gracias al Hno. Maximien Lhermet, fallecido hace poco en Paradis[6] a una edad muy avanzada, y a quien conocí bien por haber pasado varios meses con él, conozco también el hecho siguiente:

En 1858, apenas repuesto de una enfermedad durante la cual había sido cuidado en Paradis, fue enviado a Allanches en calidad de director de la escuela. En el momento de despedirse del Hno. Policarpo, este le abrazó y le dijo: «Adiós, hijo mío, ya no le veré más». «Pero, Reverendo Hermano Superior, –repuso el Hno. Maximien– que me estoy recuperando muy bien». «No se trata de usted –replicó el Hno. Policarpo– sino de mí. Habré muerto antes de que podamos vernos de nuevo». El Hno. Policarpo falleció pocos meses más tarde, y creo yo que cuando hablaba así al Hno. Maximien, nada hacía prever su muerte.

Respuesta nº 25, folio 83^{v}: Sus funerales se celebraron en Paradis. Oí decir que vino gente de Vals a sus exequias y que expresaban su veneración por el Hno. Policarpo. Lo sé por los Hermanos que estuvieron presentes, pero hace tanto tiempo que ya no me acuerdo de quiénes eran.

Respuesta nº 33, folios 85^{r}-86^{r}: Añado el hecho siguiente que conozco por el Sr. Alexandre Brolles, industrial del Puy, quien me dijo haberlo sabido de boca del propio interesado, Hno. Victorien.[7]

---

[3] Nació el 5 de agosto de 1833 en Lissac (Haute-Loire) y murió en Paradis el 22 de noviembre de 1922. Ingresó en la Congregación el 16 de julio de 1850, precisamente en Paradis. Allí permaneció entonces un año; posteriormente, enfermo, desde 1894 (*ibid.*).

[4] Testigo siguiente.

Este Hermano, siendo joven religioso, había sufrido de parte de algunos Hermanos algunas contrariedades que pusieron en peligro su vocación. En un momento de desánimo, abandonó la casa para marcharse a Arlanc, su pueblo natal. El Hno. Policarpo, a quien por fortuna se le avisó, salió en busca del fugitivo y consiguió devolverlo al redil. Por aquella época, el Hno. Policarpo era Superior General. Fue así como, gracias al buen hacer del Superior, permaneció en el Instituto un miembro que le ha prestado grandes servicios. Sé que el Hno. Victorien fue por algún tiempo secretario particular del Hno. Policarpo.

Otro hecho.- El Hno. Maximien Lhermet, de quien ya he hablado, tributaba una religiosa veneración al Hno. Policarpo, a quien invocaba en ciertos momentos de desaliento y a quien atribuyó el favor siguiente:

En 1899, año en el que yo acababa de ser nombrado Director del internado de Paradis, el Hno. Maximien se encontraba sin empleo fijo en la casa madre y con frecuencia se veía asediado por sentimientos de tristeza.

En uno de esos momentos penosos recurrió al Hno. Policarpo. Le pidió, en prueba de su solicitud, que le ayudase a encontrar una carta que el mismo Hno. Policarpo le había dirigido a Allanches 41 años antes, carta que se le había extraviado y que a toda costa le interesaba recuperar. ¡Cuál no fue su alegría al ver poco tiempo después esta carta sobre su mesa! Consideró este hecho como un favor sobrenatural y subió a mi habitación para contármelo.

TESTIGO III

RÉGIS GROUSSET (HNO. ÉLIÉZER), *de 70 años, miembro de la Congregación de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, Paradis (folios 87v-122v).*

El testigo proporcionó al Tribunal unos cuantos documentos importantes para ilustrar las virtudes y la fama de santidad del Siervo de Dios.

---

[5] Nacido el 11 de diciembre de 1845 en Laissac (Aveyron), murió en Paradis el 13 de abril de 1910. Ingresó en la Congregación el 31 de agosto de 1861. Permaneció largo tiempo en Paradis (ibid.).

[6] Aunque a primera vista podría parecer que el testigo se ha confundido con otro –porque como ya sabemos por la nota 1, salió del Instituto en 1903 después de unos cincuenta años de vida religiosa– en realidad se trata precisamente de él ya que, de hecho, en 1858 fue enviado como Director a Allanches (ibid.).

Respuesta nº 2, folio 87v: Régis Grousset, en religión Hno. Éliézer, de los Hnos. del Sgdo. Corazón, 70 años de edad, nacido en Palhers, diócesis de Mende, hijo de François Grousset y de Virginie Portalier. Profeso perpetuo. He sido profesor en el noviciado de Chirac, responsable de una clase superior en Sévérac-le-Château, director de escuela en St-Chély-d'Apcher, Procurador General de la Congregación y Asistente secularizado desde 1903 y encargado de cuidar a los ancianos de Paradis.

Respuesta nº 7, folios 88r-89r: No he conocido personalmente al Hno. Policarpo. Oí hablar de él por primera vez en el noviciado al maestro de novicios, Hno. Albéric,[1] quien sin embargo no conoció personalmente al Siervo de Dios, pero que había oído hablar de él a los ancianos de aquel tiempo. Decía maravillas de él, presentándolo como un religioso perfecto, de gran espíritu de fe, muy entregado a la formación de los Hermanos, muy bueno y, no obstante, muy firme. He oído hablar de él también a otros ancianos que ya fallecieron: Hno. Léonce,[2] Hno. Cérémie,[3] Hno. Mizaël,[4] Hno. Adolphe,[5] Hno. Xavier,[6] Hno. Alexandrin[7]. Todos hablaban de él en el sentido que acabo de indicar. Todos le tenían en gran estima e incluso le veneraban.

No recuerdo ningún detalle preciso respecto a las virtudes del Siervo de Dios. Se hablaba de él con mucha frecuencia en las conversaciones, en los paseos, en los retiros... Entrego al tribunal diversos documentos relacionados con el Hno. Policarpo. El primero es una circular enviada por el Hno. Adrien a los Hermanos con ocasión de la muerte del Hno. Policarpo. Adjunta a esta circular va una carta manuscrita del Hno. Adrien que contiene ciertos detalles referentes al Siervo de Dios.[8]

En segundo lugar, otro ejemplar de la misma circular, al dorso de la cual va una carta manuscrita del Hno. Adrien, que contiene ciertos detalles sobre el Hno. Policarpo.

En tercer lugar, otra circular del Hno. Adrien, al dorso de la cual hay una carta del Hno. Jean-Marie, segundo Asistente, escrita a los Hermanos de Mobile, Estados Unidos.[9] Puedo atestiguar la autenticidad de estas cartas, por haber recibido

---

[7] Nacido el 27 de octubre de 1829 en Arlanc (Puy-de-Dôme), murió en Paradis el 17 de febrero de 1896. Ingresó en la Congregación el 29 de abril de 1845. Toda su vida transcurrió en Paradis (*ibid.*). Músico consumado, trabó íntima amistad con Gounod, el cual, siendo huésped de los Hermanos en Paradis, compuso especialmente para ellos su famosa *Ave Maria* (*Anuario, nº 29*, 1934-35, p. 326).

frecuentemente cartas del Hno. Adrien y del Hno. Jean-Marie. Su testimonio, en mi opinión, es enteramente digno de fe. Los creo incapaces de haber exagerado la verdad.

En cuarto lugar, un informe sobre el Hno. Policarpo, redactado y escrito por el Hno. Adelphe, que había sido discípulo del Hno. Policarpo.[10] Hizo su noviciado bajo la dirección del Siervo de Dios. He conocido mucho al Hno. Adelphe y le creo también incapaz de haber exagerado.

En quinto lugar, una carta del Hno. Marie-Auguste, que dejó un recuerdo excelente en la Congregación por su espíritu de fe y su piedad.[11]

En sexto lugar, una carta del Hno. Mizaël,[12] religioso no muy instruido pero que murió en olor de santidad. Yo lo veía con mucha frecuencia cuando estaba en St-Chély y en nuestros encuentros me hablaba a menudo del Hno. Policarpo, bajo cuya dirección había hecho su noviciado.

Respuesta nº 14, folio 89v: Sé de oídas –por los religiosos que he citado antes– que durante su noviciado fue un novicio modelo y que se hizo notar por su piedad e inteligencia.

Respuesta nº 16, folio 89v: Fue también director en Vals. Se lo oí decir al Hno. Jean-Louis, muerto hace algunos años.[13] Dejó en Vals gran fama de santidad. Actualmente no queda allí nadie que le haya conocido.

Respuesta nº 17, folio 90r: Luego fue Asistente y Superior General, el primer Superior Hermano. Fue para él un enorme sacrificio aceptar las funciones de Superior. En el Capítulo que lo eligió, suplicó con lágrimas que no insistieran en nombrarle Superior General: conozco este detalle por el Hno Léonce, muerto hace mucho tiempo y con quien viví diez años en Sévérac-le-Château...

Respuesta nº 21, folio 90v: Oí decir a los Hermanos que quizás se excediera un poco en la práctica de las mortificaciones; que aceptaba amablemente las observaciones que le hacían al respecto pero que seguía actuando a su manera. Incluso llevaba un áspero cilicio. Pero todo ello sin incapacitarse para realizar su trabajo.

Respuesta nº 29, folio 92r: Por lo que oí contar a los ancianos, durante toda su vida fue citado como un modelo de vida religiosa. Antes de que fuera abierto este

---

[1] Cfr. intr. Doc. XXIX, 1.

Proceso, muchos Hermanos han recurrido a él en sus penas y dificultades. La reputación que tenía antaño el Hno. Policarpo todavía persiste, y no ha hecho sino aumentar desde la apertura del Proceso. Provenía y proviene únicamente de cuanto se sabe de sus virtudes. Está muy extendida entre nuestros Hermanos, sobre todo entre los ancianos. Aparte de la Congregación, no tengo idea de que en Francia se haya propagado mucho, pero en España y en América es otra cosa: esto es debido a que los Hermanos han dado a conocer la biografía del Siervo de Dios, presentándolo como un elegido a quien poder invocar. Por mi parte, creo que es una reputación con fundamento.

Respuesta nº 31, folio 92v: He oído hablar de gracias, consideradas como milagrosas, obtenidas por su intercesión. Tengo en España un primo, Hermano de nuestra Congregación, que dice haber obtenido de él un favor extraordinario, aunque no sé cuál. He oído decir que se han distribuido en España fragmentos de la sotana del Hermano.

La serie de los documentos exhibidos por este testigo es la que sigue (*folios 93r-122v*):

Primero, una circular impresa dirigida a los Hermanos del Instituto sobre la muerte del Hno. Policarpo, junto con una carta manuscrita del Hno. Adrien a los

---

[2] Nacido el 27 de julio de 1835 en Trélans (Lozère), murió en St-Alban el 8 de febrero de 1908. Ingresó en la Congregación el 1 de diciembre de 1859 en Paradis (véanse los registros del Archivo de los HH. del S.C.).

[3] Nacido el 30 de marzo de 1845 en Trélans (Lozère), ingresó en la Congregación el 4 de octubre de 1860 en Paradis, muriendo también allí el 19 de octubre de 1919 (*ibid.*).

[4] Cfr. intr. Doc. XXIII.

[5] Nació el 18 de mayo de 1831 en Couzon-sur-Saône; ingresó en la Congregación el 18 de septiembre de 1849 en Paradis, y murió también en Paradis el 9 de diciembre de 1899 (véanse los registros del Archivo de los HH. del S. C.)

[6] Nació el 15 de junio de 1847 en Montrozier (Aveyron); ingresó en la Congregación el 31 de agosto de 1861 y murió en Paradis el 14 de febrero de 1921 (*ibid.*).

[7] Nació el 24 de octubre de 1845 en St-Martial (Ardèche); ingresó en la Congregación, en Paradis, el 28 de agosto de 1861 y murió allí mismo el 11 de mayo de 1899 (*ibid.*).

[8] Doc. XXII, par. 1, cap. 15.

[9] Doc. XVI, 3.

[10] Doc. XXIV.

Hermanos de América [Docc. XVI, 1; XXII, par. 1ª, cap. 15].

Segundo, una carta manuscrita del mismo Hermano a los miembros residentes en América [Doc. XVI, 2].

Tercero, una circular impresa del Hno. Adrien, junto con una carta manuscrita del Hno. Jean-Marie [Docc. XVI, 3; XXI, par. 1ª, cap. 15].

Cuarto, una carta del Hno. Adelphe con un relato manuscrito sobre el Siervo de Dios, Hno. Policarpo [Doc. XXIV].

Quinto, una carta manuscrita del Hno. Marie-Auguste [Doc. XXI].

Sexto, una carta, también manuscrita, del Hno. Mizaël, miembro del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón [Doc. XXIII].

TESTIGO IV

FRANÇOIS-MARIE-PLACIDE MOUNIER, *de 82 años, párroco arcipreste en la ciudad de Brioude, diócesis del Puy (folios 124ᵛ-127ᵛ).*

Aunque siendo niño vio al Siervo de Dios, el testigo declara lo que había oído decir de él a sus profesores, religiosos de la Congregación, y también a otros Hermanos de la misma Congregación.

Respuesta nº 2, folio 124ᵛ: François-Marie-Placide Mounier, nacido en Montregard el 11 de noviembre de 1847, hijo de Augustin Mounier y de Rose Riocreux. Párroco arcipreste de Brioude, vicario general honorario, canónigo, antiguo vicario general.

Respuesta nº 7, folio 125ʳ: Conocí personalmente al Hno. Policarpo. Lo conocí por poco tiempo, durante dos días, hace 74 ó 75 años. Fue con ocasión de una visita que el Rdmo. Hno. Superior, Hno. Policarpo, hizo a la escuela de Montfaucon. Además, antes y después, he oído hablar de él en varias ocasiones a sus Hermanos subordinados: Hno. Marie-Jean,[1] fallecido hace algún tiempo en Paradis, Hno. Jude,[2] Hno. Exupère,[3] Hno. Marie-Albert,[4] todos ellos difuntos. No he leído nada sobre el Hno. Policarpo...

---

[11] Doc. XXI.

[12] Doc. XXIII.

[13] Nacido el 8 de abril en Siaugues-St-Romain (Haute-Loire), ingresó en la Congregación en Paradis, el 19 de septiembre de 1857, y murió allí mismo el 27 de noviembre de 1915 (cfr. los registros del Archivo de los HH. del S. C.).

Respuesta nº 8, folio 125v: ... Deseo su beatificación. Era un Superior General que, hasta donde pude juzgar entonces y he podido saber después, parecía muy digno de su cargo en todos los aspectos, tanto por sus ejemplos como por sus virtudes.

Respuesta nº 17, folio 126r: Creo que en el desempeño de sus funciones de Superior, edificó y dio plena satisfacción a sus subordinados, al menos a juzgar por lo que decían de él los Hermanos de Montfaucon, mis primeros maestros. Tenían verdadera veneración por él. Creo que era muy paternal con sus Hermanos y tengo la impresión de que, cuando visitó la escuela de Montfaucon, fue mucho más por visitar a sus Hermanos que para inspeccionar la escuela...

TESTIGO V

FRANÇOIS-AUGUSTE GIRALD (HNO. BELLARMIN), d*e 62 años, miembro de la Congregación de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, Lyon (folios 131r-136r).*

El Hno. Bellarmin funda su declaración en Hermanos contemporáneos del Siervo de Dios no mencionados por otros, los cuales le habían contado las impresiones que habían recibido cuando el Siervo de Dios visitaba las comunidades. El testigo asegura haber encontrado una disciplina y un cilicio.

Respuesta nº 2, folio 131r: Me llamo François-Auguste Girald, nacido en Ispagnac, diócesis de Mende, hijo de François Girald y de Sophie Compang; tengo 62 años y soy religioso Hno. del Sgdo. Corazón, residente en Lyon, internado de St-Louis, cours des Chartreux, en situación de retiro provisional.

He sido Asistente del Superior General de 1906 a 1919, director del internado de Lyon de 1919 a 1922, director del postulantado de Chirac (Mende) de 1922 a 1925, director de los Hermanos ancianos en Paradis de 1925 a 1929, además, profesor de idiomas en 1928.

Respuesta nº 7, folio 131v-132r: No conocí personalmente al Hno. Policarpo; he oído hablar de él a nuestros Hermanos ancianos, especialmente al Hno. Vozy,[1] profesor de aula, a quien encontré en Nasbinals al salir del noviciado en septiembre de 1885. Este Hermano conoció al Hno. Policarpo durante las visitas que este, como Superior General, hacía a las comunidades; murió, si mal no recuerdo, en 1896. También oí hablar de él al Hno. Marie-Adrien, encargado de conducir el caballo que tiraba del vehículo usado por el Superior para hacer las visitas.[2] Ignoro

durante cuánto tiempo pudo conocer este Hermano al Siervo de Dios, pero tengo la impresión de que fue bastante.

Muchos otros Hermanos me han hablado del Hno. Policarpo, pero no recuerdo datos concretos.

He leído la vida del Hno. Policarpo escrita por el Hno. Eugène en colaboración con el Hno. Daniel y revisada por el Hno. Albéric...

Respuesta nº 17, folio 133r: Sobre este tema, repito lo que me dijo el Hno. Vozy: «Cuando el Hno. Policarpo iba a visitarnos a St-Pal de Mons,[3] era un motivo de auténtica alegría para todos nosotros. Como un verdadero padre, compartía las pequeñas penas de cada uno y poseía un don especial para levantar los ánimos decaídos, enseñándonos a ver el lado sobrenatural de las cosas y de los acontecimientos. Cuando llegó a St-Pal de Mons la noticia de su muerte, el Sr. Cura Párroco la dio a conocer en la homilía de la misa mayor del domingo siguiente al fallecimiento del Hno. Policarpo y pidió oraciones por el eterno descanso del alma del santo religioso en términos que me emocionaron mucho».

También el Hno. Marie-Adrien hablaba con admiración de las virtudes de nuestro primer Superior General. Después de tantos años no acude a mi memoria ningún hecho preciso, pero le oí hacer grandes elogios de él en diversas ocasiones.

Respuesta nº 20, folio 133v: Yo mismo hallé en Paradis, en un trastero donde habían acumulado diversos objetos en el momento de la expulsión, un paquetito con una disciplina y un cilicio. Sobre el paquete que los contenía, se podía leer: Instrumentos de penitencia del Hno. Policarpo.

TESTIGO VI

---

[1] Nacido el 10 de septiembre de 1831 en Freycenet-la-Cuche (Haute Loire), ingresó en la Congregación en Paradis, el 30 de octubre de 1849, y murió en el mismo lugar el 12 de octubre de 1919 (*ibid.*).

[2] Nació el 1 de junio de 1824 en Paulhaguet (Haute-Loire), ingresó en la Congregación el 2 de septiembre de 1841 en Paradis, y murió allí mismo el 10 de enero de 1900 (*ibid.*).

[3] Nacido el 4 de enero de 1858 en Thoras (Haute-Loire), ingresó en la Congregación el 29 de diciembre de 1873 en Paradis, y murió en Metuchen el 14 de octubre de 1947 (*ibid.*).

[4] Nacido el 24 de junio de 1830 en Céaux d'Allègre (Haute-Loire), ingresó en la Congregación el 2 de noviembre de 1848 en Paradis, y murió en este mismo lugar el 23 de febrero de 1906 (*ibid.*).

BARTHÉLÉMY COUDERC (HNO. BASILIEN), *de 66 años, Asistente y Secretario General de la Congregación de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, Rentería* (*España*), (*folios 139^{v}-149^{r}*).

Es el testigo más importante. Sobre la familia del Siervo de Dios y documentos referentes a su bautismo, aporta los resultados de investigaciones directas desarrolladas en La Motte. Aparte de las investigaciones de archivo, también recabó información de los Hermanos que lo habían conocido de cerca. Por eso, aquí refiere buena parte de las anécdotas conocidas a través del Hno. Hilarion, anécdotas que omitimos por estar ya incluidas en el Doc. XXVI. Digno de notar, además, es el juicio que hace sobre los primeros biógrafos del Siervo de Dios, Hnos. Eugène y Daniel (Doc. XXII), con quienes mantuvo una gran amistad.

Respuesta nº 2, folio 140^{r}: Me llamo Barthélemy Couderc, en religión Hno. Basilien, nacido en Lalbenque, diócesis de Cahors, hijo de Baptiste Couderc y de Jeanne Vayssières; de 66 años de edad, Asistente y Secretario General del Superior General.

Respuesta nº 7, folio 140^{r}: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. He oído hablar de él al Hno. Hilarion,[1] quien lo conoció durante diez años, bien sea en Paradis como Superior General y maestro de novicios, o bien en los establecimientos como visitador; el Hno. Hilarion murió en 1916; también he oído al Hno. Eugène, que lo conoció durante catorce años en Paradis o en otros lugares; y al Hno. Daniel, que lo conoció durante diecinueve años. Estos dos Hermanos murieron en Paradis: el Hno. Daniel en 1897 y el Hno. Eugène en 1917. Fueron ellos quienes escribieron la vida del Hno. Policarpo, la que posteriormente ha servido para redactar las artículos de la postulación.[2]

También he oído hablar del Hno. Policarpo a otros Hermanos cuyos nombres no sabría decir, y siempre lo hicieron para bien.

He leído la biografía citada más arriba e, incluso, yo mismo he publicado un resumen, para lo cual me he servido de hechos inéditos cuyo conocimiento debo al Hno. Hilarion...[3]

---

[1] Nació el 8 de noviembre de 1838 en Lachamp (Lozère), ingresó en la Congregación el 28 de diciembre de 1857 en Paradis, y murió allí mismo el 2 de febrero de 1895 (*ibid.*).

[2] Nació el 18 de enero de 1834 en Chanac (Lozère), ingresó en la Congregación el 5 de septiembre de 1850 en Paradis, y murió allí mismo el 20 de septiembre de 1913. Condujo el carruaje en el que viajaba el Siervo de Dios desde 1850 hasta 1859, año en que fue trasladado a St-Symphorien (*ibid.*).

Respuesta nº 8, folio 141r: Tengo especial devoción al Hno. Policarpo. Hago personalmente novenas en su honor y también las hago con los novicios y con los alumnos.

Adquirí esta devoción gracias a la lectura de su vida, a cuyos autores conocí bien. El Hno. Eugène era un espíritu positivo, un hombre inteligente, instruido, un investigador que encontró por sí mismo los documentos. El Hno. Daniel tuvo al Hno. Policarpo como maestros de novicios, gozó durante diecinueve años de una íntima amistad con él y fue miembro del capítulo de 1856, presidido por el Hno. Policarpo. Su conciencia muy delicada, casi escrupulosa, no le hubiera permitido escribir nada contra la verdad. Yo pertenecía ya al Instituto cuando se publicó esa vida. Los datos fueron extraídos de las cartas, numerosas y confidenciales, dirigidas por el Hno. Policarpo a los Hermanos: uno de ellos entregó unas cincuenta; también fueron tomados de las circulares del Hno Policarpo y de una recopilación de sentimientos y resoluciones que el Hno. Policarpo escribió durante sus retiros: el original de este documento ha desaparecido y yo no sabría decir si la obra es realmente del Hno. Policarpo. Por otra parte, estoy plenamente convencido, sin poder afirmarlo, de que los autores de la biografía recurrieron también a los testimonios autorizados de otros Hermanos.

Cuando apareció la vida, se leyó, y jamás oí decir nada en el sentido de negar o amenguar ninguna de las cosas que se narran en ella.

En diversas ocasiones oí decir al Hno. Adrien, primer Asistente suyo durante un periodo de ocho años:[4] «He tenido la dicha de vivir en compañía de un santo»...

Respuesta nº 9, folios 141v-143r: Por un acta del registro civil que he conseguido, y que será puesta en manos de los jueces, sé que el Hno. Policarpo nació en La-Motte-en-Champsaur, diócesis de Gap, el 3 de fructidor del año IX.[5]

Su padre se llamaba Jean Gondre y su madre Victoire Gonsalin, ambos domiciliados en La-Motte. El padre era albañil.

He visto su casa, que tenía una apariencia pobre; y creo, además, que los padres del Siervo de Dios eran de condición muy modesta.

Fui personalmente a investigar a La-Motte y no conservo recuerdos muy preci-

---

[3] Del hecho que el Hno. Vozy fuera trasladado a este lugar el 25 de septiembre de 1858, se deduce que el Siervo de Dios acudió a realizar esta visita en el último trimestre del año, por más que estuviese ya muy mermado de fuerzas (cfr. un registro de matrícula, vol. I p. 135, Arch. de los HH. del S.C.).

sos. Estoy seguro de que el Siervo de Dios tenía al menos un hermano.

Hemos hecho investigaciones minuciosas para conseguir la partida de bautismo de Hippolyte Gondre.

Los registros de la parroquia de La-Motte no se remontan más allá de 1807. Ahora bien, el Hno. Policarpo nació en 1801.

Los archivos del obispado de Gap no contienen ningún documento del año 1801 que haga mención de dicha parroquia.

Además, en aquella época la parroquia de La-Motte no tenía párroco.

No existe ningún registro de las parroquias vecinas a La-Motte que sea anterior a 1807.

En el registro de matrícula de la Congregación, que se remonta al origen del Instituto y en el que el Hno. Policarpo tiene el número 13, hay una columna reservada para la fecha de bautismo de los Hermanos. Frente al nombre de Hippolyte Gondre se lee: 21 de agosto de 1801. El espacio quedaba en blanco cuando el postulante no proporcionaba los certificados exigidos.[6] Para uno de ellos, Hno. Xavier, primer religioso del Instituto, muerto en 1861 y nacido como el Hno. Policarpo cerca de Gap, se lee: «No existen registros en su parroquia». El Hno. Policarpo, que tenía 26 años en el momento de su admisión en el Instituto, debió de presentar su partida de bautismo, pues se anotó la fecha en la casilla destinada al efecto. En 1801, Francia apenas estaba saliendo del período revolucionario. El Hno. Policarpo probablemente recibiese el bautismo de manos de algún sacerdote aislado. También pudiera ser que los registros de La-Motte hayan desaparecido.

La diócesis de Gap fue creada en 1823. Antes de esta fecha, el departamento de Hautes-Alpes pertenecía a la diócesis de Digne. El traslado de los documentos con tal ocasión, pudo acarrear extravíos. Me dirigí a Digne. Los archivos del obispado no tienen ningún registro de bautismo que se remonte más allá de 1806.

No poseo ningún documento relacionado con la confirmación del Siervo de Dios.

Respuesta nº 10, folio 143r: Tan sólo sabría repetir lo que se dice en la biografía. Sin embargo, debo añadir que los detalles concernientes a su infancia y adolescencia fueron proporcionados por el párroco encargado de la parroquia de La-

---

[1] Cfr. intr. Doc. XXVI, 1.

[2] Doc. XXII.

[3] Doc. XXVI, 1.

Motte cuando se escribió la biografía y que, verosímilmente, habría recogido la información de sus feligreses.

Respuesta nº 12, folio 143r: Me consta por vecinos de La-Motte, a quienes vi cuando estuve allá en 1928, que el Siervo de Dios fue maestro en La-Motte y que tuvo fama de ser un profesor muy brillante; no obstante, no pudieron darme detalles precisos. Ellos no lo conocieron personalmente, excepto uno que será citado como testigo.[7]

Respuesta nº 21, folio 146v: Sé que el Hno. Policarpo era muy mortificado. Yo mismo encontré en Paradis el áspero cilicio que usó durante su vida. Una parte del mismo ha sido reducida a fragmentos destinados a reliquias. La mayor parte del cilicio se conserva aún en Rentería.

Durante mi juventud oí hablar a menudo de la existencia de ese instrumento de penitencia. Una nota manuscrita garantizaba la autenticidad de dicho cilicio. Dicen que mediante la aplicación de algunos fragmentos del cilicio se han obtenido curaciones...

Respuesta nº 26, folio 147r: Por tradición sabemos que fue enterrado en Paradis en el cementerio de la comunidad.

La tradición afirma, igualmente, que no ha sido cambiado de lugar. Hay en Paradis un longevo Hermano de 91 años, que ingresó en la Congregación poco antes de fallecer el Hno. Policarpo,[8] y asegura que en el lugar donde fue colocado el Siervo de Dios no se ha enterrado a nadie más...

Respuesta nº 29, folio 148r: Cuando entré en el Instituto, hacía veinte años que había fallecido el Siervo de Dios. Vivían entonces muchos Hermanos que lo habían conocido y todos hablaban de él como de un religioso modelo...

TESTIGO VII

JEAN-JACQUES RIVET (HNO. FLORENTIN), *de 52 años, Asistente Gene-*

---

[4] Cfr. intr. Doc. X.

[5] Doc. I.

ral de la Congregación de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, Rentería (*España*), (*Folios 152^{v}-161^{v}*).

Su declaración tiene valor únicamente para la fama de santidad y por la relación de algunas gracias otorgadas por intercesión del Siervo de Dios.

Respuesta nº 2, folio 153^{r}: Jean-Jacques Rivet, nacido en Alleyrac, hijo de Jean-Jacques Rivet y de Anne-Marie Jac; 52 años de edad.

Asistente General de los Hermanos del Sagrado Corazón; nombre de religión, Hno. Florentin.

Con residencia en Rentería (España). He sido sucesivamente profesor, maestro de novicios, director de una escuela en San Sebastián y Asistente.

Respuesta nº 7, folio 153^{r}: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. He oído hablar mucho de él a nuestros Hermanos ancianos, especialmente al Hno. Sulpice,[1] santo religioso fallecido en Paradis hace algunos años: tampoco él lo conoció personalmente pero estuvo mucho tiempo con quienes vivieron en compañía del Hno. Policarpo. Añadiré además al Hno. Adulphe, fallecido hace dos años, también él testigo de segunda mano;[2] al Hno. Xavier, antiguo Asistente que, sin embargo, tampoco lo conoció:[3] había heredado su crucifijo, que consideraba como una reliquia. El crucifijo se conserva actualmente como una reliquia en Rentería.

La veneración en que tenía el Hno. Xavier al Hno. Policarpo procedía de los numerosos testimonios que había recogido referentes a él, testimonios que coincidían, todos ellos, en proclamar su santidad sin reserva alguna, mientras que para otros superiores hacían restricciones...

Respuesta nº 17, folios 155^{v}-156^{r}: ...Oí decir a varios Hermanos que había reprendido severamente a un religioso que había encargado hábitos demasiado elegantes; en cuanto a su celo por hacer guardar, sobre todo, el silencio mayor: no habría permitido a un Hermano recibir la sagrada comunión en el caso de que hubiese violado el silencio mayor; en aquella época los Hermanos, para comulgar, pedían permiso al Superior...

Respuesta nº 29, folios 157^{v}-158^{r}: ...Esta fama se extiende un poco por todas partes. Yo mismo lo he constatado al visitar nuestras comunidades, sobre todo

---

[6] Doc. II, 1.

[7] Es el testigo IX.

nuestras casas de formación. En España, los novicios hacen con frecuencia novenas al Hno. Policarpo y gustosamente tratan de incrementar lo que nosotros llamamos «el tesoro del Hno. Policarpo», que es un conjunto de oraciones, sacrificios y buenas obras para obtener la beatificación del Siervo de Dios. Nuestros jóvenes recurren a él, no sólo en procura de sus intereses espirituales, sino también de los temporales, especialmente en las enfermedades, en los exámenes, por los miembros de sus familias, y animan a sus parientes para que recurran a la intercesión del Hno. Policarpo en sus necesidades. Han repartido muchas pequeñas reliquias del Hno. Policarpo: estas reliquias son trocitos del cilicio del Siervo de Dios.

En nuestras comunidades, los Hermanos se hacen cada vez más devotos del Hno. Policarpo, no sólo a nivel personal sino también con sus alumnos. En su gran mayoría, realizan las prácticas del «tesoro» personalmente y con sus alumnos en clase.

Lo que acabo de decir de España, puedo decirlo también de otras provincias que he visitado: las dos provincias de Francia, la de Bélgica, la de Estados Unidos, la de Montréal; me aseguran que es lo mismo en la provincia de Arthabaska.

En estas provincias, se han obtenido innumerables favores cuyos beneficiarios podrán dar fe de ellos.

Respuesta nº 32, folio 158^{v}-159^{r}: No hablaré en este momento de los favores obtenidos por los miembros del Instituto o por sus alumnos: todo eso será recopilado y comunicado en el tiempo oportuno. Pero relato aquí algunos favores obtenidos fuera del Instituto.

El niño Lambert (Kreuwels Lardinois) de Gabyse (Holanda), aquejado de difteria en octubre de 1927, fue curado durante una novena hecha al Siervo de Dios. Entrego al tribunal dos atestaciones: una de los padres del niño; otra de las religiosas de St-Joseph, de Münster-Bilsen, que ordenaron hacer la novena y se unieron a ella.

La Hna. Willibrord, de las religiosas de St-Joseph, de Münster-Bilsen, fue curada de una enfermedad del corazón en circunstancias análogas. Adjunto la atestación de las religiosas y de la comunidad.

Respuesta nº 33, folio 159^{r}: Respecto al celo del Siervo de Dios por la observancia del silencio mayor, añado que el hecho fue referido por el Hno. Zozyme[4] al Hno. Rigal.[5] El Hno. Zozyme había sido enviado por el mismo Hno. Policarpo a la

---

[8] Se trata del Hno. Dominique, cfr. nº 1, Doc. XXVIII.

Baie-St-Louis (Estados Unidos)...
El tenor de los documentos exhibidos por este testigo es como sigue (*folios 159ᵛ-161ᵛ*):

1

*Primero***.** Carta de las religiosas de Münster-Bilsen sobre la curación de la Hermana Willibrord.

J. M. J. Atestación

Nosotras, las abajo firmantes, religiosas profesas de la Congregación de St-Joseph de Clermont, atestiguamos que la Hna. Willibrord, de nuestra comunidad de Münster-Bilsen (Bélgica), fue curada de una enfermedad del corazón en diciembre de 1927 durante una novena hecha al Siervo de Dios, Hno. Policarpo, y que esta curación perdura hasta el día de hoy, 1 de septiembre de 1928.

Y para dar fe de ello, firmamos:

Hna. Marie-Salomé; Hna. Aldegonde; Hna. Margaretta; Hna. Eugène; Hna. Claudine; Hna. Clémentine; Hna. Octavienne; Hna. Juliana.

2

*Segundo***.** Una carta de las religiosas de Marvejols referente a un favor obtenido por la Hna. Marie-Thérèse, y otra carta de esta misma Hermana.

a)

Atestación

Nosotras, las abajo firmantes, religiosas profesas de la Comunidad de las Hermanas Unidas de Marvejols (Lozère), atestiguamos que nuestra Hna. Marie-Thérèse fue curada de un uñero en Octubre de 1927 durante una novena al Siervo de Dios, Hno. Policarpo, primer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón

---

[1] Véase la nota 5, testigo II.

[2] Nació el 1 de diciembre de 1848 en St-Georges d'Aurac (Haute-Loire), ingresó en la Congregación el 2 de noviembre de 1863, en Paradis, y murió en Vitoria, España, el 15 de abril de 1927 (véanse los registros del Archivo de los HH. del S. C.).

[3] Véase la nota 6, testigo III.

del Puy.

En Marvejols, a 29 de junio de 1928.

Firmas: Hna. Marie-Cécile, Superiora; Hna. Marie-Élisabeth; Hna. Germaine Savoie; Hna. Ursule Nurit; Hna. Marie-Denise; Hna. Marie-Angèle; Hna. Marie-Julie; Hna. Marie-Énimie; Hna. Marie-Julienne.

b)

Súplica a la Santa Iglesia

Yo, la abajo firmante, Hna. Marie-Thérèse, de la Comunidad de las Hermanas Unidas de Marvejols (Lozère), habiendo tenido conocimiento en 1926, por mi labor de enfermera, de la fama de Santidad del Rdmo. Hno. Policarpo, primer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón del Puy, he adquirido una gran confianza en él como consecuencia de un favor temporal obtenido en Octubre de 1927 por su intercesión, y me complazco en asociarme a los numerosos admiradores del Siervo de Dios para solicitar de la Santa Iglesia su pronta elevación a los altares.

En Marvejols, a 29 de Junio de 1928.

Firma: Hna. Marie-Thérèse.

3

*Tercero***.** Testimonio de la curación del niño Lambert Kreuwels Lardinois, dado tanto por sus padres como por las religiosas del Instituto de St-Joseph de Münster-Bilsen

a)

---

[4] Nacido el 22 de marzo de 1818 en Ste-Sigolène (Haute-Loire), ingresó en la Congregación el 26 de marzo de 1844 en Paradis y murió en la Baie-St-Louis, Estados Unidos de América, el 19 de octubre de 1905 (ver registros del Archivo de los HH. del S. C.).

[5] El testigo, en lugar del nombre de religión ha dado el apellido de familia. En la Congregación encontramos dos Rigal: uno, el Hno. Cassien; otro, el Hno. Marie-François. El primero, nacido el 4 de marzo de 1847, ingresó en la Congregación el 10 de septiembre de 1863 y murió el 9 de marzo de 1891. El segundo, contemporáneo del Siervo de Dios, nació el 9 de febrero de 1824, ingresó en Paradis el 10 de enero de 1847 y murió en Lyon el 2 de febrero de 1895 (*ibid*.).

J. M. J.

Atestación.

Nosotros, los abajo firmantes, atestiguamos que el niño Lambert (Kreuwels Lardinois) estuvo gravísimamente enfermo de difteria en Octubre de 1927 y que fue curado durante una novena al Siervo de Dios, Hno. Policarpo, primer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón.

En Galope (Holanda), mayo de 1928

Firmas:

L. J. Kreuwels.

M. A. B. Kreuwels Lardinois.

b)

Atestación

Nosotras, las abajo firmantes, religiosas profesas del Instituto de St-Joseph, de Münster-Bilsen (Limbourg belga) atestiguamos haber hecho en octubre de 1927 una novena al Siervo de Dios, Hno. Policarpo, primer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón; novena efectuada en favor del pequeño Lambert (Kreuwels Lardinois), de Galope (Holanda), en aquel entonces de dos años de edad y gravemente enfermo de difteria. Atestiguamos, además, habernos enterado de que, al cuarto día de la novena, el niño fue retirado de la clínica del Calvario en Maestricht (Holanda) totalmente curado.

En Münster-Bilsen, a 4 de mayo de 1928.

Firmas: Hna. Juliana, tía del pequeño; Hna. Octavienne Garrel; Hna. Rose-Marie Pourcher; Hna. Élisabeth Maenen; Hna. Willibrord van Weijer; Hna. Margaretta van Laaij; Hna. Adalgonde Peters.

TESTIGO VIII

LOUIS BRESCHET, *de 72 años, sacerdote residente en Montvinay (Isère) (folios 164^{v}-168^{r}).*

Aunque considera insignificante la biografía escrita por los Hermanos Eugène

y Daniel (Doc. XXII), el testigo aporta un juicio bastante favorable sobre las virtudes del Siervo de Dios.

Respuesta nº 2, folio 165r: Me llamo Louis Breschet, nacido en el Puy, hijo de Ludovic Breschet y de Sophie Sarda; de 72 años de edad, sacerdote retirado en Montvinay (Isère).

Anteriormente fui coadjutor en St-Beauzire durante cinco años, capellán en Paradis entre dieciséis y diecisiete años, y aproximadamente otros diecisiete años capellán de los Sordomudos del Puy, que están bajo la dirección de los Hermanos de Paradis.

Respuesta nº 7, folio 165v: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. He oído hablar mucho de él a los Hermanos de edad que se hallaban en Paradis, varios de los cuales habían conocido personalmente al Hno. Policarpo, y sobre todo al Hno. Marie-Pierre,[1] antiguo director de los Sordomudos, con el que viví varios años y que había conocido personalmente al Hno. Policarpo. No puedo citar nombres de más Hermanos.

Leí la vida del Hno. Policarpo, escrita, según creo recordar, por el Hno. Eugène Bardol cuando yo me encontraba en Paradis: esta biografía me pareció insignificante; no recuerdo nada de ella ...

Respuesta nº 17, folio 166v: Por el Hno. Marie-Pierre supe que el Hno. Policarpo fue Superior General del Instituto. Siempre oí decir que aceptó este cargo con la mayor humildad y muy a pesar suyo.

Por otro lado, de todas sus virtudes, creo que es la humildad la que más se recordaba entre los Hermanos.

Se hablaba también de su fervor por la sagrada comunión.

Respuesta nº 29, folio 168v: Repito que los testimonios que he recogido respecto a él, muestran unanimidad en presentarlo como un perfecto religioso. Pero no sé yo si la gente de fuera habla de ello y, si no me equivoco, no mucho más actualmente que antaño.

Respuesta nº 30, folio 168r: ... Puedo decir categóricamente que jamás oí una palabra disonante respecto a él, mientras que a otros superiores se les pasaba a veces por el tamiz de la crítica.

TESTIGO IX

AUGUSTE BLANCHARD, *de 83 años, residente en La Motte-en-Champsaur* (*Hautes-Alpes*), (*folios 171^{v}-177^{r}*).

A nadie se le escapa la importancia de este testimonio referido, precisamente, al primer período vivido por el Siervo de Dios con su familia. El testigo se funda en lo dicho por sus padres y por otros contemporáneos. No sólo confirma lo que ya conocemos por la biografía de los Hermanos Eugène y Daniel, sino que también relata otros detalles inéditos.

Respuesta nº 2, folio 172^{r}: Me llamo Auguste Blanchard, natural de La-Motte-en-Champsaur (Hautes Alpes), hijo de Augustin Blanchard y de Madeleine Marron; de ochenta y tres años de edad, antiguo molinero. He sido alcalde de La-Motte durante doce años.

Respuesta nº 7, folio 172^{r}: Vi una vez al Hno. Policarpo en 1852 o 1853 con ocasión de una visita que hizo a su pueblo. Mis padres tenían trato con los suyos. Se quedó muy poco tiempo en La-Motte. Había ido a ver a su hermano.

Además he oído hablar mucho de él: a mis padres sobre todo; a un tal Pascal, vecino de la familia Gondre; a Escale, propietario en el mismo pueblo; a la familia Gras, vecina también de la familia Gondre. Era sobre todo para poner como ejemplo a Hippolyte Gondre. Mi padre cuidó del rebaño con él cuando tenían edad apropiada para ello. Ninguna de las dos familia era rica. También fueron juntos a la escuela del pueblo.

He leído un resumen de la vida del Hno. Policarpo y también los artículos de la postulación,

He encontrado entre los papeles de la casa, actualmente deshabitada y confiada al cuidado de un sobrino-nieto suyo, su certificado de aptitud pedagógica expedido por la Universidad de Grenoble.[1] He entregado este documento al vicepostulador.

No he visto ningún otro escrito que se refiera a él o que proceda de él. Quizás hubiese alguna otra cosa. Lamento no haber llegado más lejos en mis investigaciones. Pero he prometido reemprenderlas más activamente.

Respuesta nº 8, folios 172^{v}-173^{r}: No tengo especial devoción al Hno. Policarpo, aunque ha dejado en el pueblo un excelente recuerdo que ahora

tiende a desaparecer poco a poco a medida que desaparecen también los ancianos. Puedo decir que, después de su muerte, los habitantes tenían tal confianza en su intercesión que le atribuían haber protegido al pueblo de algunas epidemias y de ciertas epizootias. Ese rumor corría entonces en la comarca.

Tengo muchas ganas de que lo canonicen. Estoy firmemente convencido de que lo merece.

Respuesta nº 9, folio 173r: Hippolyte Gondre nació en el mes de agosto de 1801. Lo sé por mi padre, que era dos años más joven que él.

Nació en Les Héritières, aldea de La-Motte. Creo que fue bautizado, sin tener prueba escrita de ello. El sobrino del Hno. Policarpo ha buscado inútilmente la partida de bautismo en los municipios vecinos. En aquel momento La-Motte no tenía párroco. Pero tengo la esperanza de encontrarla en los archivos de la alcaldía de La-Motte. En aquella época, hacia 1801, los registros de bautismo y los registros de nacimientos se confundían un poco.

Su padre era Jean Gondre y su madre Victoire Gonsalin: lo sé como lo sabían todas las personas del pueblo. Se les apodaba «los piadosos» a causa de su devoción y todavía se conserva este apodo.

La familia de la madre era también de La-Motte. La familia Gondre tenía pocas riquezas. Pero tenía mucha fe y fama de una gran honradez.

El Siervo de Dios se llamaba Hippolyte, en el dialecto regional «Politou». Mi madre nos hablaba de él muy a menudo, poniéndonoslo como ejemplo, hasta el punto que a veces llegábamos a decirle: «Ya estamos aburridos de su Politou».

No sé si recibió el sacramento de la confirmación. Tuvo al menos un hermano que conocí muy bien; era un joven amable, muy piadoso, excelente campesino.

Lo conocí hasta mis veinte años de edad. Me hablaba con frecuencia de su hermano. No recuerdo ningún detalle particular.

Esos hijos recibieron una educación muy cristiana de sus padres: no hay dudas al respecto.

Respuesta nº 10, folio 174r: Pasó en La-Motte toda su infancia. Fueron sus padres quienes lo educaron.

---

[1] Nacido el 18 de febrero de 1827 en Vorey (Haute-Loire), entró en la Congregación en Paradis, el 15 de junio de 1842 y murió allí mismo el 13 de octubre de 1915 *(ibid.)*.

Frecuentó la escuela municipal hasta la edad de quince años aproximadamente. No recuerdo el nombre del maestro que tuvo.

Por lo que oí decir, Hippolyte era el modelo de todos los niños, tanto en su casa, como en la escuela, como en la iglesia; sus padres lo adoraban.

Era tan poco amigo de las diversiones que, cuando pastoreaba los rebaños, mientras los demás se divertían, él se apartaba para estudiar, lo cual, según me contaron mis padres, le convertía en objeto de pequeñas burlas que soportaba de buen grado.

Teniendo los padres que tenía, estoy convencido de que necesariamente frecuentaba los sacramentos.

Respuesta nº 11, folio 174r: Ya he dicho que era un modelo en la escuela, trabajador y, según dicen, muy inteligente.

Aceptaba con gran docilidad la tarea de pastorear el rebaño. Aunque le tomasen el pelo, como he dicho, todos los pastorcillos eran sus amigos.

Tenía gran amistad con un seminarista llamado Mamert Escalle, que era también muy piadoso.

Respuesta nº 12, folio 174v: Cuando llegó, más o menos, a los dieciséis años de edad, se entregó con mayor intensidad al trabajo del campo, como solían hacer todos los jóvenes. No obstante, continuaba estudiando.

Hacia la edad de 21 o 22 años, fue nombrado maestro de La-Motte. Desempeñó tan bien sus funciones de profesor, que tanto los padres de familia como los alumnos estaban muy contentos de él. Los alumnos, sobre todo, le querían a rabiar, aunque les hiciera trabajar mucho. He conocido a bastantes de sus antiguos alumnos pero han muerto todos. Me hablaban elogiosamente de él sin excepción y, por otra parte, todo el pueblo se mostraba unánime en este punto.

Respuesta nº 19, folios 175r-176r: Según la tradición, practicó las virtudes cristianas desde su juventud, especialmente la caridad, pues cuando iba a la escuela, a menudo compartía con otros más pobres que él su pedazo de pan negro. Sin duda a causa de sus virtudes, el maestro lo proponía como modelo a toda la clase,

---

[1] Doc. II. El Archivo de la casa general de los Hermanos del Sagrado Corazón conserva un documento autógrafo del testigo, en el que se halla casi toda su declaración. (*Hno. Pol.- Informes diversos*).

lo que suscitaba entre sus compañeros envidiejas que fácilmente superaba merced a su buen carácter.

Por su parte, el P. Thouart, párroco de La-Motte en 1813, hizo público elogio de él en la predicación del domingo.

Hippolyte cuidaba de las ovejas en una pequeña montaña que domina el pueblo y en cuya cima existe una explanada con hierba sobre una roca vertical cortada a pico, que llaman la roca *de l'Aire* (de la Era). Precisamente a esa explanada acudían todos los días los pastorcillos para tomar el modesto almuerzo que llevaban en el zurrón y para entregarse a sus juegos infantiles. He dicho que, entonces, Gondre se apartaba para hacer sus lecturas de la *Imitación* o de la vida de los santos. Como el volumen de la vida de santos era de peso y tamaño bastante considerables, resultaba difícil de transportar, y Gondre lo dejaba en una oquedad de la roca, lo cual le atraía las pequeñas burlas de que ya he hablado.

Sobre esa explanada de la roca de la Era, Gondre levantó un pequeño oratorio que adornó con una estatuilla de la santísima Virgen, alrededor de la cual plantó rododendros y helechos. Allí rezábamos y entonábamos cánticos que Gondre componía; por ejemplo, este:

En la roca de la Era,
que a los cielos nos acerca,
brindemos nuestra oración
a la Madre del Señor.

Pastores de la montaña,
vengan todos a rezar
a la Reina de los cielos
postrados ante su altar.

Y otras canciones que mi madre nos enseñaba en nuestra niñez, diciéndonos que eran las oraciones de Gondre.

Cuando llegó a maestro, los días de asueto iba en peregrinación con los alumnos a su querida roca de la Era.

Respuesta nº 31, folio 177r: En aquel tiempo se rezaba al Hno. Policarpo. La gente tenía verdadera confianza en él. Se les invocaba tanto a él como al diácono Escalle, a quien consideraban también como un santo...

Respuesta nº 32, folio 177r: Repito que en el pueblo se le atribuía la protección contra ciertas epidemias.

TESTIGO X

ALEXANDRE BROLLES, *de 86 años, curtidor, residente en la ciudad del Puy (folios 180r-182v).*

El testigo declara haber visto al Siervo de Dios cuando era alumno en Paradis y haber oído hablar de él a los religiosos que fueron profesores suyos.

Respuesta nº 2, folio 180r: Me llamo Alexandre Brolles, natural del Puy, calle de las Tanneries; hijo de Laurent Brolles y de Delphine Vianenc; de ochenta y seis años de edad; de profesión, curtidor.

Respuesta nº 7, folio 180v: Fui alumno en Paradis durante dos años, desde los 9 hasta los 11. En aquella época vi una vez al Hno. Policarpo, que era Superior General. No fue a visitar nuestras clases, al menos en lo que yo recuerdo. Se pasaba todo el tiempo en el noviciado. La visita de las clases la efectuaba otro Hermano. Vi al Hno. Policarpo o bien por año nuevo o bien en su fiesta de cumpleaños, no me acuerdo bien. En aquella ocasión abrazó a todos los alumnos. Creo recordar que era de mediana estatura, un poco cargado de hombros.

Oí hablar de él al Hno. Victorien[1] en una reunión de antiguos alumnos. Nos contó que estando él en el noviciado, cierto día, probablemente hastiado de su vocación, se escapó del establecimiento y se dirigió hacia su pueblo. Advertido el Hno. Policarpo, salió tras él, le alcanzó en Collet, conversaron y le llevó de nuevo a la comunidad donde se quedó definitivamente...

TESTIGO XI

MARIE-ANTONIN VIDAL (HNO. PRIVAT), *de 46 años, Hermano del Sagrado Corazón, prefecto de disciplina en la ciudad de San Sebastián (folios 184v-192r).*

El testigo, además de confirmar la fama de santidad que generalmente se tenía del Siervo de Dios, habla con detenimiento de una gracia obtenida por su intercesión. Muestra también el certificado médico.

Respuesta nº 2, folio 184v: Me llamo Marie-Antonin Vidal, en religión Hno. Privat, nacido en Chirac (Lozère), hijo de Antoine y de Victoire Mourigot; de cuarenta y seis años de edad, religioso del Sagrado Corazón en San Sebastián, donde desempeño las funciones de prefecto de disciplina en un internado de nuestro Instituto...

Respuesta nº 7, folio 185r: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. Desde que entré en la Congregación, es decir, desde 1900, vengo oyendo hablar de él muy a menudo a los Hermanos más ancianos, especialmente al Hno. Cyrinus,[1] y al Hno. Ermin.[2] No creo que hayan conocido personalmente al Hno. Policarpo ninguno de los dos.

Hablábamos del Hno. Policarpo principalmente en los retiros y en las conversaciones. He leído varias veces la vida del Hno. Policarpo escrita por nuestros Hermanos. No recuerdo haber leído otra cosa sobre él.

Respuesta nº 29, folio 188r: ... Esta veneración proviene, en parte, de la necesidad de tener un protector titular, pero también, de las virtudes del Hno. Policarpo y de los buenos ejemplos que dio. Esta veneración se ha generalizado en nuestra Congregación. Pero hay también personas ajenas a nuestro Instituto que tienen verdadera devoción al Hno. Policarpo y que le han pedido gracias...

Respuesta nº 31, folio 188r: En nuestras comunidades se invoca mucho al Siervo de Dios. Puedo asegurarlo particularmente de España, donde me encuentro. Cada Hermano lo invoca en privado. Nuestros Hermanos solicitan reliquias suyas.

Respuesta nº 32, folios 188v-190v: En primer lugar, debo confesar que jamás había invocado al Hno. Policarpo. Tan sólo en una ocasión providencial recurrí a él.

En el mes de agosto del último año [1928], padecí un fuerte resfriado con fatiga general y dolor, bastante intenso, de cabeza y de columna vertebral. Perdí el apetito. Sólo tomaba líquidos. Así permanecí durante siete u ocho días.

Al cabo de ese tiempo, pedí permiso al Hno. Director para ir al médico. El

doctor constató, en efecto, mi fatiga. Tenía cien pulsaciones por minuto. Pensó que podía ser algo relacionado con la tensión arterial y me mandó volver al día siguiente.

Al no encontrar nada anormal en la tensión, no me recetó ninguna medicina porque yo debía regresar a Zaragoza al día siguiente. Me pidió que en cuanto llegase a Zaragoza acudiera a un doctor. Pero, sintiéndome muy fatigado, me retiré a la celda. Estuve así tres días, bajando sólo a tomar café con leche. Durante ese tiempo, ni el Hno. Director ni los demás Hermanos hicieron mucho caso de mi estado.

Al tercer día, estando en la cama, me vino de pronto al pensamiento la idea del Hno. Policarpo. Bajo inmediatamente y tomando una imagen del Hno. Policarpo me pongo de rodillas. Me dirijo a él para pedirle que cure mi fatiga, y al Sagrado Corazón para solicitarle, mediante este favor, la glorificación de su Siervo.

Pasados los tres primeros días, yo seguía en el mismo estado. Al final del tercer día me retiré a descansar, como el resto de la comunidad, a eso de las nueve y media. Aquel día, cosa extraordinaria, dormí toda la noche. Me desperté de madrugada, hacia las cuatro, lleno de alegría: estaba curado, no tenía ninguna molestia, me sentía ligero. Sin embargo, no dije absolutamente nada a nadie. En el desayuno, tomé el café con leche y el postre que servían a la comunidad. Pasé la mañana en mi celda sin saber qué hacer exactamente. A la hora de comer, me dirigí al refectorio y, una vez allí, tomé absolutamente toda la comida, cosa que no hacía desde unos diez o doce días atrás.

Subí a mi habitación, rompí a llorar de emoción y me puse de rodillas para agradecer al Sagrado Corazón y al Hno. Policarpo esta curación. Continué la novena de acción de gracias y pasé toda la jornada del viernes, primer día de mi curación, con buena salud. Hasta fui de paseo.

El sábado por la mañana, me vi aquejado de un fuerte dolor en el vientre. Se lo

[1] Véase la nota 7, testigo II.

dije a uno de mis Hermanos y me aconsejó que me diera unas friegas. Ahora bien, hacía ya dos o tres meses que había notado un bulto en el abdomen y no sabía lo que era. Apenas me desnudé, este bulto atrajo mi atención. Decidí, pues, ir al médico. Mientras me vestía, desapareció el dolor del vientre. Acudí, por tanto, al doctor, quien constató una hernia umbilical. Me mandó comprar un aparato, diciéndome que tenía para tres años o quizá para toda la vida. Él mismo me lo colocó. El domingo por la mañana, mientras estaba en mi celda, me dirigí con sencillez al Hno. Policarpo rogándole que, así como antes me había aliviado de la fatiga, me curase también ahora de la hernia; pero esta vez no comencé una novena, contentándome con suplicar al Hno. Policarpo.

El cuarto día, el aparato me molestó; subí a mi habitación para arreglarlo. Cuando me quité el aparato, vi que el bulto había desaparecido. Sin embargo, guardé silencio durante dos días. Entonces solicité una nueva entrevista con el médico. Le pedí que me reconociese, diciéndole que la hernia había desaparecido. Se echó a reír y me dijo: de una hernia no se cura uno. No obstante, insistí y me examinó. Constató que la hernia había desaparecido. Me aconsejó que llevara el aparato. No lo hice porque me molestaba mucho.

Escribí al Rdmo. Hno. Superior, contándole lo que me había sucedido; este me pidió un certificado del médico. Entonces le conté al doctor cómo había sido curado; él me dijo: la fe que usted ha tenido en ese Hermano le ha curado. Y me extendió un certificado que redactó él mismo, al cual añadió, para darle mayor validez, el sello del colegio provincial de médicos de Zaragoza.

Ha transcurrido casi un año desde mi curación y a partir de entonces no he vuelto a sentir nada. La hernia no ha reaparecido, tal como consta en otro certificado que, así como el precedente, entrego al tribunal.

Sé que otros han obtenido curaciones en España. El Hno. Bernard[3] cree haber sido preservado milagrosamente de una caída que hubiera sido mortal: un día, cuando se hallaba subido en un andamio que sacudía un vendaval, rogó al Hno. Policarpo y el viento se apaciguó de inmediato ante la sorpresa de los presentes.

---

[1] Nació el 15 de febrero de 1843 en Truel (Aveyron), ingresó en la Congregación el 11 de septiembre de 1860, en Paradis, y murió el 25 de junio de 1921 (véanse los registros del Archivo de los HH. del S. C.)

[2] Nació el 19 de enero de 1843 en Augerolles (Puy-de-Dôme), ingresó en la Congregación, en Paradis, el 12 de septiembre de 1865, y murió en San Sebastián el 9 de febrero de 1920 *(ibid.)*.

Tenor de los documentos presentados por el citado testigo y reconocidos como auténticos por los jueces (folios 191r-192r):

1

Primero: Primera atestación del médico que atendió al Sr. Vidal.

El que suscribe, médico de esta ciudad en ejercicio profesional. Certifica, que el Hno. Privat, de 45 años de edad, nacido en Chirac (Lozère), religioso del Convento de los «Hermanos del Sagrado Corazón», habiéndole hecho un reconocimiento en la primera visita y estando afectado de una hernia umbilical, en la segunda visita, después de 4 días, se advierte que dicha hernia se había reducido y no quedaba ninguna hinchazón.

Cosa que certifico a petición del interesado y extiendo el presente documento en Zaragoza, a 20 de Septiembre de 1928...

2

Segundo: El que suscribe, médico de esta ciudad en ejercicio profesional. Certifica: que el Hno Privat, religioso del «Sagrado Corazón» de Jesús, residente en Zaragoza, con domicilio en el Colegio de la Institución «Paseo de la Mina, nº 7», se encuentra hasta el día de hoy restablecido y persistiendo en la curación de la hernia umbilical que tenía hace tiempo y que hoy se encuentra en perfecto estado de normalidad y de integridad funcional.

Y para que conste, y a petición del interesado, extiendo la presente en Zaragoza, a 19 de Julio de 1929.

TESTIGO XII

AGNÈS WEIJER (HNA. WILLIBRORD), *de 48 años, religiosa de la Congregación de San José de Clermont, residente actualmente en Münster-Bilsen (folios 195r-199v)*

La religiosa habla de una curación que obtuvo por intercesión del Siervo de Dios. De esta curación habla también el testigo VII (folios 158v, 159v).

Respuesta nº 2, folio 195r: Me llamo Agnès Weijer, nacida en Deurne, Holan-

da, hija de Antoine Weijer y de Angeline Beieis; de cuarenta y ocho años de edad, religiosa enfermera, de las religiosas de St-Joseph de Clermont, religiosa profesa desde 1906.

Resido en Münster Bilsen. Enfermera diplomada y asistenta de hospital diplomada.

Respuesta nº 7, folio 195v: Oí hablar del Hno. Policarpo a una Hermana de nuestra comunidad, prima del Superior General actual de los Hermanos. No he oído hablar a otros antes de obtener el favor que voy a relatar. Después, sólo he oído hablar de él en la comunidad. He leído una vida resumida del Hno. Policarpo. No he leído los artículos de la postulación.

Respuesta nº 29, folios 196v-197r: No sé qué fama de santidad alcanzó durante su vida. En el momento presente, es considerado como un gran Siervo de Dios, yo diría incluso, como un santo: esa es mi opinión personal. Fuera de la comunidad, no me consta que en la ciudad donde resido se tenga conocimiento de su fama.

Respuesta nº 31, folio 197r: En nuestra comunidad se invoca al Hno. Policarpo en particular, pero no en público. Personalmente, trato de obtener alguna de sus reliquias. Lo mismo ocurre con otras Hermanas que le atribuyen favores.

Respuesta nº 32, folios 197r-198v: He aquí el favor del que fui objeto: Estuve aquejada en 1924 de reumatismo en las articulaciones con repercusión en el corazón. El reumatismo pasó.

Después volví a sentir fatigas anginosas en el corazón, de tal gravedad que el médico propuso que me administrasen los últimos sacramentos, declarando que si esas crisis se prolongaban una media hora, significaba la muerte.

Estas crisis eran muy frecuentes: dos, tres veces al día, a veces cuatro. Entonces no podía tomar ningún alimento, ni siquiera una medicina; el corazón no soportaba nada. No podía hablar. Sufría ahogos muy frecuentes. Llegaba a ponerme totalmente cianótica.

Así estuve durante seis o siete meses excepto algunos pequeños recesos, pero

---

[3] Aunque aún vivía cuando declara el testigo (16 de agosto de 1929), el Hno. Bernard muere jovencísimo unos meses más tarde, el 27 de febrero de 1930. Había nacido en St-Chély d'Apcher (Lozère) el 13 de marzo de 1905 y había ingresado en la Congregación el 29 de noviembre de 1919 (ibid.).

sin permitirme, no obstante, abandonar la cama. Después, mi estado mejoró un poquito hasta 1926. A partir de esta época recaí, aunque sin sufrir crisis tan violentas. En el periodo que acabo de citar, apenas si podía hacer algún pequeño servicio a la comunidad. Pero la recaída me redujo a una total impotencia.

El médico venía a verme bastante a menudo y buscaba algo que pudiera aliviarme sin llegar a ningún resultado. A partir del mes de octubre de 1927, me vi obligada a guardar cama continuamente, y en ella permanecí hasta el 1 de diciembre de 1927, fecha en que comencé la novena al Hno. Policarpo siguiendo el consejo de la religiosa que ya he mencionado, Hna. Octavienne. Debo confesar que comencé esta novena sin confianza.

La noche del 4 al 5 fui curada pero sin experimentar nada de particular.

Me quedé durante toda la jornada del día cinco en un sillón, trabajando, sin volver a experimentar ningún tipo de molestia, pero sin querer convencerme de que ya estaba curada. Sin embargo lo estaba, y el día 8 reanudé mi oficio de enfermera.

No tengo conciencia de que ocurriese nada raro durante aquella noche, como no sea que constaté después mi curación. Únicamente tenía la impresión de haber pasado una buena noche y que estaba mejor.

Las Hermanas, al principio, no sabían qué pensar. Pero después de haber constatado el hecho, varias Hermanas que habían rezado conmigo, han firmado la atestación de que estoy curada. Han creído que el favor se debió realmente a la intercesión del Hno. Policarpo y no a un medio natural.

El médico vino a auscultarme ocho días después, un lunes. Declaró que el corazón aún latía deprisa pero que el estado de angina de pecho había desaparecido totalmente.

Se quedó muy asombrado de que me hubiera curado con tanta rapidez. Me dijo que no se atrevía a declarar que fuese un milagro porque, a largo plazo, pudiera haberse dado la mejoría, pero que se trataba al menos de un gran favor a causa de la rapidez con que se había producido la curación...

Tenor del documento presentado por el citado testigo y reconocido como au-

téntico por los jueces (folio 199r):

Atestación del médico sobre la curación de la Hna. Willibrord.

Instituto San José de Münster-Bilsen (Limbourg - Bélgica).

Yo, el abajo firmante, médico principal del Instituto San José de Münster-Bilsen; certifico que la Rda. Hna. Willibrod, en el siglo Agnès Van de Weyer, nacida en Deurne el tres de junio de 1881, padeció un reumatismo artrítico en 1924-25 acompañado de complicaciones en el corazón (miocarditis). Su estado se agravó en 1926 y 1927, y ella sintió una rápida mejoría el 5 de diciembre de 1927; a partir de entonces, esta gran mejoría se ha mantenido y le ha permitido reanudar su oficio de enfermera.

Dado en Münster-Bilsen.

El 5 de Agosto de 1929

D. Spaos.

COTESTIGO DE OFICIO

FLORENCE LARDENOIS (HNA. JULIANA), *de 39 años, miembro de la Congregación de San José de Clermont, actualmente con residencia en la ciudad de Münster-Bilsen (folios 203v-206r).*

Habla de la curación obtenida por su sobrino gracias a la intercesión del Siervo de Dios. También se han referido a este hecho el testigo precedente (folio 198v) y el séptimo, que presentó al tribunal dos atestaciones: una del médico y otra de las Hermanas (folios 160-161v).

Respuesta nº 2, folio 203v: Me llamo Florence Lardenois, en religión Hna. Juliana, hija de Joseph Lardenois y de Catherine Huismans; nacida en Exkelrade-Gronsveld, edad 39 años cumplidos, religiosa de San José de Clermont, religiosa profesa, enfermera en Münster-Bilsen.

Respuesta nº 7, folio 204r: He oído hablar del Hno. Policarpo a la prima del Superior General de los Hnos. del Sagrado Corazón, que es religiosa de nuestra comunidad. Era la única de la comunidad que había oído hablar de él, pero ha propagado la confianza en él.

Respuesta nº 32, folios 204v-206r: Mi sobrino, Lambert Kreuwels, que entonces tenía dos años de edad, tuvo una noche, hace dos años, un violento ataque de asfixia. Llamaron inmediatamente al médico. Creyó que el niño era víctima del garrotillo. Ordenó trasladar al niño en automóvil a la clínica del Calvario de Maestricht. Se preguntaban si no moriría asfixiado en el camino. Llegado a la clínica por la noche, el médico le puso una inyección a medianoche. Dio a entender al padre del niño que quizá se vieran obligados a practicar una intervención quirúrgica. El padre me escribió inmediatamente para encomendar el niño a nuestras oraciones: escrita el jueves por la noche, la carta nos llegó al día siguiente por la mañana. Y entonces fue cuando, siguiendo los consejos de la Hna. Octavienne, comenzamos una novena en honor del Hno. Policarpo. Pusimos nuestras condiciones: pedíamos con ingenuidad que el niño fuese curado sin la operación y que pudiera volver a su casa antes de finalizar la novena. Eso es lo que obtuvimos.

El médico de la clínica constató que se trataba realmente de garrotillo y declaró que, por ser maestro mi cuñado, el niño no podría regresar a casa antes de tres semanas a causa del peligro de contagio.

No sé por qué, pero no se llevó a cabo la operación quirúrgica. ¿Sería que el suero que le inyectaron produjo su efecto? Lo ignoro. Pero yo creo que es un favor que debemos al Hno. Policarpo.

A los dos días de ser ingresado el niño, es decir, el sábado, mi cuñado volvió a la clínica y le dijeron que no era necesaria la operación. Sólo le permitieron ver a su hijo a través de una lucerna y todavía no le hablaron de llevar al niño a su casa.

El domingo, a instancias de mi hermana, volvió a la clínica, y el niño salió a su encuentro.

La Hermana declaró que estaba completamente curado. No contento con esta afirmación, mi cuñado quiso asegurarse más directamente con el médico, quien declaró que ya no había ningún peligro.

Sin embargo, decidieron desinfectar los efectos personales del niño y no se le permitió regresar a casa hasta el día siguiente, lunes.

No se le preguntó al médico, que es protestante, si veía algo excepcional en esta curación.

La religiosa de la clínica y mis familiares no dudaron ni un instante que se hubiera producido una intervención sobrenatural, sin saber, por otra parte, a quién atribuírsela, pues ni siquiera conocían el nombre del Hno. Policarpo.

En las actas del Proceso, debe existir un certificado de las religiosas de mi comunidad y una atestación de mi cuñado y de mi hermana.

Debo añadir que el médico de Galoppe, ciudad donde reside mi cuñado, al enterarse de la rapidez de la curación, pensó que se trataba de difteria y no de garrotillo. A consecuencia de ello, por delicadeza de conciencia, mi cuñado tachó la palabra garrotillo y la reemplazó por difteria.

Y sin embargo, en la clínica del Calvario se habían pronunciado claramente sobre la existencia del garrotillo.

A partir de entonces mi familia ha adquirido gran confianza en el Siervo de Dios y hemos puesto bajo su protección a mi hermano, que está moribundo.

TESTIGO XIII.

AUGUSTE TRINCAL (HNO. LOUIS-JULIEN), *de 65 años, director de la comunidad de los Hermanos del Sagrado Corazón en Riotord (Haute-Loire). (Folios 209^{v}-219^{v}).*

El testigo entrega al tribunal una carta del Hno. Benjamin sobre las virtudes del Siervo de Dios, publicada por nosotros en el Doc. XX. Habla, además, de una curación obtenida por su intercesión y presenta también el certificado médico y una atestación firmada por quince personas.

Respuesta nº 2, folio 209^{v}: Me llamo Auguste Trincal, nacido en Siaugues-St-Romain, hijo de Jean-Baptiste Trincal y de Françoise Amouroux; de 65 años de edad, director de la escuela de Riotord, religioso de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Al salir del noviciado fui destinado a Cantal, después a St-Maurice de Lignon y, como director, a Monastier; en el Canadá, fui director en St-Cuthbert y en Montréal. Desde 1916 estoy en Riotord.

Respuesta nº 7, folio 210^{r}: No conocí personalmente al Hno. Policarpo pero he oído hablar de él con bastante frecuencia, sobre todo a un director, Hno. Benjamin, que lo había conocido muy bien. Este religioso era director en St-Maurice de Lignon. Trató durante mucho tiempo con el Hno. Policarpo: esta relación provenía de que era director de una escuela, aunque en lugar distinto de Paradis. Trataba con el Hno. Policarpo, sobre todo, cuando él mismo acudía a los retiros, o bien cuando el

Hno. Superior visitaba las escuelas o, en fin, por correspondencia. Puede ser que otros me hayan hablado del Hno. Policarpo pero no lo recuerdo.

Obra en mi poder una carta del Hno. Benjamin en la que habla de las virtudes del Hno. Policarpo. Va dirigida a un director de Paradis, probablemente por la época en que se estaba preparando la biografía. Está fechada en 1882.[1]

Se la entrego al tribunal...

Respuesta nº 32, folio 213r: He aquí un favor que yo mismo recibí.

El 22 de diciembre de 1926 me sobrevino un malestar que adquirió gran violencia en breve tiempo, hasta el extremo de que vieron la necesidad de llamar al doctor, quien juzgó que el mal era serio e iba complicándose. Recibí los últimos sacramentos.

Me vino la idea de recurrir al Hno. Policarpo. Incluso le pedí que al tercer día, el médico, que debía volver a verme, pudiera constatar una mejoría. Se hizo una novena, y el día señalado, mientras los que estaban junto a mí se asustaban de mi estado al ver que la temperatura había descendido hasta 36,2 grados, el médico al llegar declaró por el contrario que yo iba mejor; consultado el termómetro, marcaba en ese instante 36,8 grados. Unos días después yo estaba en plena convalecencia; y hace poco tiempo, el doctor me decía: tuvo usted una fuerte gripe y una grave bronco-neumonía, y si está todavía aquí es gracias a una intervención superior. El certificado del doctor, que entrego al tribunal, declara que fui curado de una bronco-neumonía muy grave, acompañada de albuminuria y miocarditis. Entrego así mismo otro certificado referente a esta curación.

Tenor de los documentos presentados por el testigo y que los Jueces reconocieron como auténticos y ordenaron adjuntar a su declaración (folios 214r-219v):

1

Primero: Carta del Hno. Benjamin sobre las virtudes del Hno. Policarpo (folios 214r-219r) ...

2

Segundo: Testimonio de un médico sobre la curación del Sr. Trincal (folio 219r).

Riotord, 28 - X - 27.

Yo, el abajo firmante (ilegible), doctor en medicina en Bourg Argental, certifico haber atendido en enero, febrero y marzo de 1927 al Sr. Trincal, a causa de una bronco-neumonía muy grave con ictericia, albuminuria y miocarditis. Su estado me pareció desesperado en ciertos momentos.

Localidad y sello ilegibles.

3

Tercero: Testimonio del mismo hecho, firmado por varias personas (folio 219r).

J. M. J.

Atestación

Nosotros, los abajo firmantes, atestiguamos que el Sr. Auguste Trincal, director de la escuela libre de varones de Riotord (Haute-Loire), estuvo gravísimamente enfermo desde el 23 de diciembre de 1926 hasta finales de enero de 1927; que hoy día está bien de salud y que el comienzo de su recuperación coincidió con una novena hecha por sus intenciones al Siervo de Dios, Hno. Policarpo, primer Hermano Superior del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.

En Riotord, a 25 de junio de 1928

Paulet Pierre, coadjutor [*siguen otras 14 firmas*]

TESTIGO XIV

JEAN-JOSEPH-CAMILLE ALLEMAND, *de 60 años, párroco en La-Fare-en-Champsaur, diócesis de Gap (folios 223r-230r).*

El testigo cita también entre sus fuentes de información al sobrino del Siervo de Dios, Narcisse Gondre. Proporciona algunas explicaciones sobre la desaparición de documentos de la casa del Siervo de Dios y después se extiende en detalles sobre los años que el Siervo de Dios pasó en su pueblo natal, confirmando cuanto conocemos por otras fuentes.

Respuesta nº 2, folio 223r: Me llamo Jean-Joseph-Camille Allemand, nacido en La-Motte, diócesis de Gap; hijo de Camille Allemand y de Marie Espitallier; nacido el 12 de noviembre de 1870; párroco de la Fare en Champsaur, diócesis de Gap.

Respuesta nº 7, folios 223v-224v: No conocí al Hno. Policarpo. He oído hablar de él a mi hermana, Françoise Allemand, mayor que yo pero que tampoco le ha conocido.

Puedo citar también al sobrino del Hermano, Narcisse Gondre, [1] que hablaba a veces de su tío; y también a mi propio padre, que era maestro en La Motte. Mi padre no conoció al Siervo de Dios pero creo que el sobrino del Hno. Policarpo, Narcisse Gondre, sí que había conocido a su tío. Narcisse llevó durante algún tiempo la sotana de Hermano del Sagrado Corazón. Cuando murió su hermano, al que mataron en Crimea, abandonó el estado religioso y se estableció en la casa paterna.

En cuanto a mi hermana, conocía los detalles que me proporcionó por una persona llamada Victoire Eyraud, muerta en La-Motte en olor de santidad.

En algunas veladas he oído hablar del Hno. Policarpo a otras personas, pero no sabría decir sus nombres. Puedo añadir, sin embargo, que el antiguo alcalde, Auguste Blanchard, me habló a veces de él [2] ...

He hojeado un gran número de libros pertenecientes a la biblioteca de la familia Gondre, que era una familia piadosa e instruida. Esos libros eran en su gran mayoría libros de piedad y de ascética, y algunos libros clásicos.

He visto en ellos los nombres del padre, de la madre, de los hermanos y de las hermanas del Hno. Policarpo, pero jamás vi el suyo.

Pregunta el Sr. Juez: ¿Sabe usted si se perdieron algunos documentos manuscritos?

Responde el testigo: Hace dos años, si no me equivoco, vino al pueblo una sobrina-nieta del Hno. Policarpo, la cual se halla actualmente en América, en California, y por lo que me dijeron, encontró numerosos papeles que, al estar la casa deshabitada, echó al fuego. Mi padre me dijo que verosímilmente la familia Gondre tendría un libro de efemérides familiares.

Sería lamentable que tal documento hubiese desaparecido. Me imagino que al hacer auto de fe de los papeles desaparecerían también las cartas escritas por el Hno. Policarpo.

Respuesta nº 9, folio 225r: ... Sus padres eran de Les Heritières y, según consta

[1] Doc. XXII.

en los registros civiles, la familia remonta por lo menos al año 1600. Se trataba de una familia de agricultores, pero agricultores sin estrecheces económicas pues eran ahorradores, trabajadores e inteligentes. Siempre fue una de las familias más cristianas de la parroquia; tenía la fe recia del bretón. Familia de costumbres irreprochables ...

Respuesta nº 10, folios 226r-227r: La tradición popular dice que a Hippolyte Gondre se le pueden aplicar estas palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: *Nil puerile gessit* «no hizo nada frívolo»; y que estaba siempre abstraído en pensamientos sobrenaturales.

En el pueblo, la gente de edad avanzada recuerda muy bien que el Hno. Policarpo pastoreó los rebaños en la montaña.

Estando en los campos, en lugar de divertirse como los demás, construía altarcillos: es otro detalle que los ancianos recuerdan, especialmente uno de 89 años, Joseph Vieux.

Cuando terminaba de construir los altarcillos, rezaba ante ellos y entonaba cánticos.

Sus amigos de infancia jamás se hubieran permitido una conversación lasciva o de doble sentido delante de él, probablemente por haberles reñido en alguna ocasión. No obstante, era un excelente compañero, siempre dispuesto a ayudarles.

Sus compañeros le querían mucho y le respetaban. Cuando disponía de algún dinero para gastar, lo empleaba en comprar caramelos que repartía entre los niños menores que él o entre sus compañeros, para conseguir, de ese modo, que aceptasen mejor sus consejos y recomendaciones.

Era ya un apóstol

En sus conversaciones, apenas si hablaba de otra cosa que de los trabajos del campo o de temas piadosos.

Hippolyte practicaba la caridad y la limosna entregando a los pobres la ropa usada que se había arrinconado. Hacía esto incluso a espaldas de sus padres, y uno se pregunta si no recibiría alguna reprimenda por ese motivo.

Con quienes practicaba sobre todo ese tipo de limosna era con los mendigos más harapientos que iban de paso.

Fue educado por sus padres. Seguramente iría a la escuela municipal, al menos durante el invierno, época en la que no se podía pastorear los rebaños.

En el trato con sus padres, era un hijo modelo, respetuoso, obediente.

Respuesta nº 29, folio 229r: Desde pequeño fue considerado en el pueblo como *très brave*, que en nuestro dialecto significa *un santo*. Esta reputación ha persistido y no hace sino aumentar: se le invoca para obtener favores. Su reputación se apoya únicamente en sus méritos y se propaga entre todos los que son conocedores de su vida.

Es una lástima que se haya introducido tan tarde la causa del Hno. Policarpo; eso ha impedido que se conozcan muchos detalles.

Respuesta nº 33, folios 229v-230r: Quiero añadir que, a mi juicio, mientras estuvo en La-Motte, Hippolyte Gondre debió de tener amistad con un seminarista ejemplar llamado Mamert Escalle [3] y con una santa joven llamada Victoire Eyraud, [4] y que seguramente se animarían unos a otros en la práctica de los mandamientos e incluso de los consejos evangélicos.

Añado que en el huerto de la familia Gondre, cercado por un muro, hay un refugio cintrado resguardado por los árboles y el horno, adonde según la tradición se retiraba Hippolyte Gondre para meditar o hacer piadosas lecturas.

Todavía existe en la casa un pequeño oratorio del que podemos imaginar que fue preparado por Hippolyte Gondre y que se ha conservado tal como estaba, a pesar de que la casa haya permanecido deshabitada a lo largo de los últimos 18 años.

Se me ha olvidado decir que convocaba a los pastores vecinos ante los altarcillos que construía en la montaña y entonaba con ellos los cánticos del alma devota.

TESTIGO XV (1º de oficio)

JEAN-CLAUDE NOAILLY (HNO. GRÉGORIUS), *de 68 años, profesor en el colegio San Louis de Lyon (folios 234v-238v).*

El testigo emite un juicio sobre los dos primeros biógrafos del Siervo de Dios, Hnos. Eugène y Daniel (Doc. XXII); en cuanto al retraso en la introducción de la Causa, el testigo no sabe nada en concreto.

Respuesta nº 2, folio 234v: Me llamo Jean-Claude Noailly, nacido en Chambost-Longessaigle, diócesis de Lyon, hijo de Jean Noailly y de Jeanne Delestra, nacido

[1] Cfr. intr. Doc. I.

[2] Testigo IX.

en junio de 1852; religioso de los Hermanos del Sagrado Corazón, actualmente profesor en el internado de St-Louis, Cours des Chartreux; profesor de música, principalmente, y antes profesor de filosofía, historia, geografía, historia natural y preparación al bachillerato.

Respuesta nº 7, folio 235r: No conocí al Hno. Policarpo. He oído hablar de él generalmente a los ancianos y siempre en buenos términos. Quien más me ha hablado de él ha sido el Hno. Eugène, que colaboró ampliamente en la elaboración de la biografía del Hno. Policarpo. Esta biografía me parece que es un volumen de aproximadamente 300 páginas. [1]

El Hno. Eugène era de un carácter muy positivo y frío, desapasionado y de gran sentido común. Creo que es muy digno de fe.

El Hno. Eugène conoció, con absoluta seguridad, al Hno. Policarpo.

Hubo otro que colaboró con él en dicha biografía y también lo conocí mucho: el Hno. Daniel. Era este un excelente religioso, alma timorata. Le creo incapaz de alterar la verdad. También él conoció al Hno. Policarpo ...

Pregunta el Señor Juez (folio 238r): ¿Conoce usted alguna razón que explique el retraso con que se ha introducido la causa del Siervo de Dios?

Responde el testigo: A mi entender ha sido un error esperar tanto, si se pensaba introducir esta causa.

No creo, sin embargo, que se tuviera la intención de aguardar a que desapareciesen los testigos oculares.

¿Se hablaba inicialmente de la posible beatificación del Siervo de Dios? Puede ser que sí, pero no los Superiores.

Me parece que los inferiores sí que hablaban de esa posibilidad, quizás a instancias de un padre jesuita.

TESTIGO XVI (2º de oficio)

JEAN-ANTOINE ÉCLAIRCY (HNO. MARIE-ANTOINE), *de 68 años, ecónomo en el colegio St-Louis de Lyon (folios 242r-246v).*

El testigo habla sobre lo que supo a través de un Hermano que ayudó a amortajar el cadáver del Siervo de Dios, sobre el cilicio que éste llevaba; habla de un favor obtenido por su intercesión y explica el porqué del retraso para iniciar el proceso informativo.

Respuesta nº 2, folio 242r: Me llamo Jean-Antoine Éclaircy, nacido en Chambost-Longessaigle (Rhône); hijo de Claude Éclaircy y de Mariette Faure; de 68 años de edad; maestro libre, actualmente ecónomo en el internado de St-Louis, Lyon. Pertenezco a la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. He sido profesor principalmente en Paradis y, después, director de escuela en St-Symphorien.

Respuesta nº 7, folios 242v-243r: No conocí personalmente al Hno. Policarpo. He oído hablar de él al Hno. Raymond, [1] que era ropero en Paradis en tiempos del Hno. Policarpo y que, incluso, ayudó a amortajarlo. También me dijo que encontró en aquella ocasión –puesto o a su lado, no lo recuerdo bien– un cilicio en forma de escapulario, que ocupaba toda la extensión del pecho y de los hombros. Cuando yo estaba en el noviciado vi ese cilicio clavado en una tabla.

Oí hablar del Hno. Policarpo a los Hnos. Théodore [2] y Jean, [3] que le conocieron en Paradis y le tenían ambos en gran veneración.

Puedo citar también al Hno. Léonem, [4] que le conoció muy bien pero no tan a fondo como los anteriores, pues no residió en Paradis con el Hno. Policarpo, como ellos lo hicieron. Lo mismo digo del Hno. Marie-Jean. [5]

Todos hablaban bien de él, especialmente sobre su bondad, su caridad ...

Respuesta nº 32, folio 246r: Voy a contar un hecho especial que tuvo lugar en Lyon hace dos o tres años en favor del Hno. Constant, [6] Hermano del Sagrado Corazón. Después de haber sido sometido a una primera operación de próstata, perdió totalmente el apetito y se estaba debilitando cada vez más. Yo iba a verle a menudo; pasados unos diez días me dijo: Acabo de invocar al Hno. Policarpo para recuperar el apetito a fin de ponerme en condiciones de soportar la segunda operación y poder seguir trabajando por el bien del Instituto. Recuperó el apetito de repente y se encuentra perfectamente curado. Todavía vive.

No podría dar detalles sobre otros favores.

Pregunta el Sr. Juez (folio 246r): ¿Sabe usted qué razón ha hecho retrasar tanto tiempo la introducción de la causa del Siervo de Dios?

Responde el testigo: Presumo que las razones que explican este retraso son:

---

[3] Doc. XXII, par 1, cap. 1, nº 9.

[4] Es la única vez que se alude a esta amistad.

que el Instituto no tenía antes ningún representante en Roma –y en consecuencia nadie podía hacerse cargo de la causa– y que, además, los recursos pecuniarios del Instituto eran entonces insuficientes.

TENOR DE LOS DOCUMENTOS PRESENTADOS POR EL POSTULADOR

(folios 248^{v}-250^{r})

Primero: Siete documentos o cartas ilustrativas de las investigaciones realizadas acerca del bautismo del Siervo de Dios y de su inscripción en el registro de bautizados; de ellas se deduce que no se ha encontrado en ningún sitio los libros de bautizados correspondientes a la fecha y lugar de nacimiento del Siervo de Dios.

Son las siguientes:

Una del Sr. Escalle, sobrino del Siervo de Dios.

Una del Sr. Lombard, Párroco del lugar denominado Les Infournas.

Otra carta del Hno. Basilien al notario de la curia episcopal de Gap.

Respuesta de este notario, Sr. Bonnabel.

Otra carta del mismo.

Un certificado proporcionado por éste.

Una carta del Sr. Martel, Archivero-jefe del obispado de Digne, refrendada con el sello episcopal.

Segundo: Una copia original tomada de los registros de los Hermanos del Sagrado Corazón. De ellos se han extraído algunas notas relativas tanto al Hno. Policarpo como a otros cinco miembros de su Congregación para poder comprobar, por comparación, que no hubiera sido inscrito como bautizado, el Siervo de Dios, de no haber presentado el correspondiente documento acreditativo auténtico.

Tercero: Una copia original tomada del Registro Civil del pueblo de La Motte, de la época y lugar en que nació el Siervo de Dios.

Cuarto: Un manuscrito de las Reglas redactadas por el Siervo de Dios para el Instituto de los llamados Hermanos de los Sagrados Corazones. En las últimas páginas de estas Reglas aparecen con el sello propio de cada uno, a menudo acompañado por el signo de la cruz, las aprobaciones, tanto del Instituto como de las Reglas, concedidas por los señores obispos de: Le Puy, Mende, St-Flour, Grenoble, Lyon, Cahors, Nevers y Mobile. A esta última aprobación se adjunta una carta del mismo Obispo de Mobile. Finalmente figura la declaración del Rdo. P. Maisounabe

[1] Doc. XXII

S. I., nombrado Censor oficial por el Obispo del Puy.

Quinto: Copia de una carta firmada por el Siervo de Dios, dirigida a sus Hermanos indicándoles que era preciso redactar cuanto antes las Reglas del Instituto; de ella se deduce, como se afirma en el artículo trigésimo de la Postulación, el gran celo puesto por el Siervo de Dios en la elaboración de estas Reglas.

Sexto: Dos cartas dirigidas a los Hermanos por los Asistentes del Superior General del citado Instituto,

– una, sobre la enfermedad del Siervo de Dios;

– otra, sobre los últimos instantes de su vida y sobre su muerte, así como también sobre la elección de sucesor.

Séptimo: La Vida del Siervo de Dios, escrita por un Hermano del citado Instituto, enviada a la imprenta y publicada –con las debidas licencias del Ordinario– por el Superior de la casa general del Instituto situada en el lugar llamado Paradis, cerca del Puy.

Octavo: Cinco documentos que atestiguan un favor concedido a la Sra. Marie Harris, residente en América, al invocar al Siervo de Dios.

Estos documentos son:

— Una carta del Hno. Ludovic, de dicho Instituto.
— Una carta de la Sra. Sadic Hill, hermana de la Sra. Harris.
— Un certificado del doctor John A. Sabb.
— Una atestación de la Sra. Sadic Hill, hermana de la Sra. Harris.
— Una carta de Marie Harris.

A estos documentos, escritos en lengua inglesa, se adjuntan las traducciones correspondientes en francés.

Noveno: Carta de la Sra. Hill sobre su hijo James, escrita en inglés y traducida al francés.

Décimo: Atestación del Hno. Francisco, del Instituto de los Hnos. del Sgdo. Corazón, sobre su curación por intercesión del Siervo de Dios.

---

[1] Nacido el 12 de septiembre de 1829 en Ste-Marie-des-Chazes (Haute-Loire), ingresó en la Congregación en Paradis el 14 de enero de 1852; murió en este mismo lugar el 1 de enero de 1889. Permaneció siempre en Paradis excepto el año 1857, que fue «sastre» en el establecimiento de sordomudos del Puy (v. los registros del Archivo de los HH. del S. C.).

Undécimo: Atestación del Hno. Ephrem, del mismo Instituto, sobre la mejoría de salud de su sobrino, por las oraciones dirigidas a Dios en honor de su Siervo.

Decimosegundo: Relato del Hno. Floribert, residente en Canadá, sobre la gracia otorgada al niño Laurent, atribuida a la intercesión del Siervo de Dios.

Decimotercero: Atestación del Hno. Alcide sobre el favor obtenido por las oraciones dirigidas a Dios en honor de su Siervo, Hno. Policarpo.

Decimocuarto: Documento oficial de la exhumación privada de los restos del Siervo de Dios, efectuada tres años antes en presencia del Ordinario del lugar.

1

Primero: Documentos relacionados con las investigaciones realizadas sobre la inscripción del Siervo de Dios en el libro-registro de bautismos (folios 253r-256r).

a)

Carta del Sr. Escalle.

La-Motte-en-Champsaur, 9/12/28.

---

[2] Nacido el 31 de mayo de 1816 en St-Julien d'Addes (Loire), ingresó en la Congregación el 11 de septiembre de 1834, en Vals, donde hizo el noviciado con el Siervo de Dios; murió en Paradis el 24 de septiembre de 1881 (*ibid*.).

[3] Nacido el 30 de julio de 1814 en Salelles (Lozère), ingresó en la Congregación el 15 de julio de 1836 en Marvejols y murió en Paradis el 15 de diciembre de 1879 (*ibid*.). Siempre estuvo dedicado a labores auxiliares. Coincidió con el Siervo de Dios en 1836 en Vals y al año siguiente lo encontramos en Paradis apenas adquirida la propiedad. El testigo, Hno. Marie-Antoine, vivió con el Hno. Jean en Paradis desde el 11 de septiembre de 1877, fecha de su ingreso en la Congregación, hasta la muerte de este en diciembre de 1879. Por aquellos mismos años estaba también en Paradis el Hno.Théodore (*ibid*.).

[4] Nacido el 11 de septiembre de 1813 en Lagresle (Loire), ingresó en la Congregación el 15 de marzo de 1841 en Paradis, donde murió la noche del 14-15 de agosto de 1894 (*ibid*.).

[5] Cfr. nota 1, testigo IV.

[6] Nacido el 18 de diciembre de 1858 en Ispagnac (Lozère), ingresó en la Congregación el 29 de octubre de 1877 en Chirac y murió en Paradis el 24 de enero de 1931 (v. los registros del Archivo de los HH. del S. C.).

Mi querido Hno. Couderc,

Cumpliendo el encargo con el que usted tuvo a bien honrarme, a saber, buscar la partida de Bautismo de mi tío-abuelo, Hno. Policarpo, me dirigí primero al párroco de Infournas; aquí le adjunto la respuesta del señor cura P. Lombard. Después me dirigí a Charbillac, cuyo párroco P. Perrier me dijo que allí las primeras fechas son de 1846, pero sospechando que los registros anteriores pudieran estar en Benevent, donde se encuentra el P. Galland, en mi presencia revisó los viejos registros, encontrando numerosas datas de 1794 en adelante, sin embargo el nombre de Hippolyte Gondre no aparece entre ellas.

Tampoco el P. Blanchard ha encontrado nada en St-Eusèbe.

Esperando que sus investigaciones en el Obispado le hayan dado plena satisfacción, quedo de usted afectísimo y seguro servidor.

P. Escalle.

b)

Carta del Sr. Lombard, párroco de Les Infournas.

Les Infournas, a 23 de noviembre de 1928.

Querido Sr. Escalle,

He revisado todos los registros parroquiales que he encontrado al llegar aquí: Nada que haga referencia al Hno. Policarpo. Nació el 21 de agosto de 1801 y precisamente esa época no figura en mis archivos. No me queda sino lamentarlo, pero espero que los Hermanos del Sagrado Corazón hallarán el medio de justificar que su venerado Superior General, efectivamente, fue bautizado.

Cordialmente suyo,

Jules Lombard.

c)

Carta del Hno. Basilien

Al Sr. Secretario del Obispado de Gap.

Señor Secretario,

El primer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón, Hno. Policarpo, llamado en el siglo Hippolyte Gondre, nació en La Motte-en-Champsaur. Su causa de beatificación y de canonización va a ser introducida en la Curia Romana. En la parroquia donde nació, el 21 de agosto de 1801, no he encontrado los registros de Bautismo y Confirmación.

Supongo que habrá un duplicado de estas actas de la vida cristiana en el obispado de la diócesis. Por eso me dirijo a usted para suplicarle que me proporcione un certificado auténtico de cada una de dichas actas.

Ruégole se sirva aceptar,

Señor Secretario,

mis sentimientos de respetuosa gratitud.

Hno. Basilien, Asistente General.

Doc. XXX

d)

Respuesta del Sr. Bonnabel, Notario de la Curia de Gap.

Querido Hermano Gap, a 24 de mayo de 1928

En cuanto recibí su carta me puse a investigar en los archivos. No he encontrado, al menos donde debieran estar normalmente, los archivos correspondientes a la parroquia de la Motte-en-Champsaur.

¿Se habrá mezclado con otros el legajo de esos documentos? Continúo buscando sin mucha esperanza, pues los registros más antiguos que he encontrado para otras parroquias distintas de la Motte no se remontan más allá de 1813.

Sírvase excusar, querido Hermano, esta respuesta negativa y acepte los votos que formulo por el éxito de la causa que persigue.

Bonnabel.

Otra carta del mismo Notario.

Querido Hermano,

Conforme sugiere en su carta del pasado 20 de diciembre, he revisado más meticulosamente todavía nuestros archivos, buscando la partida de bautismo del Hno. Policarpo.

No poseemos en el Obispado ningún documento acreditativo de pertenencia a

la Iglesia Católica que se remonte a 1801.

En aquella época no existía esta diócesis y nuestra región pertenecía a la diócesis de Digne.

La diócesis de Gap no fue reconstituida hasta 1823.

No obstante, tenemos actas anteriores a 1823, pero ninguna, o al menos muy pocas, que se remonten más allá de 1807.

La parroquia de la Motte estaba sin párroco en 1801.

En cuanto a la parroquia de Les Infournas, donde residió un párroco desde 1792 hasta 1802, no tengo registros de aquella época.

Según su deseo, le envío una atestación concerniente a estas observaciones. Y si fuera necesario redactarla en otros términos y que la firme el Señor Obispo, estoy a su disposición para rehacerla.

Sírvase aceptar, Rvdo. Hermano, mis más sinceros afectos en N. S. J. C.

Bonnabel.

e)

Atestación del mismo Notario.

Obispado de Gap

El abajo firmante, Secretario General del Obispado de Gap, atestigua que a requerimiento del Rvdo. Hermano B. Couderc, Asistente General de los Hnos. del Sgdo. Corazón, se ha indagado en los archivos que se conservan en la Secretaría del Obispado de Gap con el fin de copiar el acta de bautismo del Hno. Policarpo, de nombre civil Hippolyte Gondre, originario de la Motte en Champsaur, donde nació el 21 de agosto de 1801.

Dichas indagaciones nos han llevado a constatar la ausencia de registros de bautismo tanto de la parroquia de la Motte en Champsaur como de las parroquias vecinas. Ningún registro se remonta al año 1801. Según los documentos publicados por el señor canónigo Paul Guillaume, archivero departamental, la parroquia de la Motte en Champsaur carecía de párroco en 1801.

En fe de lo cual, libramos la presente declaración.

Gap, a dos de Enero de mil novecientos veintinueve.

L ✠ S. Bonnabel.

f)

Carta del Sr. Martel, archivero-jefe de la Curia de Digne.

Obispado de Digne

Digne, a 8 de febrero de 1929.

Rvdo. Hermano

Lamento comunicarle que no le puedo expedir el extracto de la partida de bautismo del Hno. Policarpo, en el mundo Hippolyte Gondre, nacido el 21 de Agosto de 1801 en La Motte-en-Champsaur, porque los Registros de Bautismo del Obispado de Digne no se remontan más allá de 1806.

Respetuosamente le ruego tenga a bien aceptar, Rvdo. Hermano, mis sentimientos de consideración y afecto.

L. Martel, Archivero.

Visto Bueno, siete documentos
Es conforme
L ✠ S. A. Fayard, notario oficial

2

Octavo: Documentos presentados en relación con la gracia recibida por la Sra. Harris (folios 305r-310v).

a)

Carta del Hno. Ludovic, primero en inglés, después en francés.

Colegio San Juan
Indianapolis. Indiana.

Atestiguo:

Que después de haber dirigido novena tras novena al Hno. Policarpo por diversas intenciones, uno de nuestros alumnos, James Hill, me pidió en particular que, por favor, se hiciese con los alumnos de nuestra clase una novena al Hno. Policarpo a la intención de su tía, Marie Harris, que acababa de perder la razón.

Le contesté: «Claro que sí; vamos a comenzar inmediatamente esta novena y pondremos gran confianza en el Hno. Policarpo para que se cure su tía antes del fin de la novena». Pronuncié estas palabras sin conocer exactamente la gravedad del mal.

Comenzamos y proseguimos la novena. Aún no la habíamos terminado, cuando el sobrino de la enferma nos dio a conocer que su tía se encontraba mucho mejor. Para el lunes siguiente, ya le permitieron regresar a su casa.

Nuestra novena debía terminar un viernes. El mismo día de la clausura, la enferma fue retirada de la sección de locos peligrosos para colocarla con los que estaban sometidos sencillamente a un examen mental.

La mejoría fue tan sensible que a la semana siguiente la enferma estaba en su sano juicio y en condiciones de volver a su casa.

El hecho causó gran asombro entre los médicos no católicos.

Hoy, la Sra. Marie Harris está perfectamente bien. Antes de regresar a su domicilio, quiso asociarse a las oraciones dirigidas al Hno. Policarpo, oraciones que rezará, dice, toda su vida.

Certificado por el profesor de la clase.

Firmado: Hno. Ludovic.

L ✠ S.

Traducción conforme: El Superior General: Hno. Urcize;
Por el Secretario, Hno. Arthème.

b)

Carta en inglés y en francés de la Sra. Sadic Hill, hermana de la Sra. Harris.

Indianapolis, a 12 de marzo de 1929

Querido Hno. Ludovic,

La palabra humana es incapaz de expresarle toda mi gratitud por las oraciones que ha tenido a bien hacer por la curación de mi hermana.

Me alegra comunicarle que, según afirma el doctor, mi hermana estaba muy bien ayer y que podía volver ya a casa. Sin embargo, dijo, es mejor para ella que todavía permanezca un mes en el hospital. Ella está impaciente por regresar a casa.

Cuando Marie ingresó en el hospital central, su caso era desesperado. No hubo ninguna mejoría hasta el día siguiente de su primera novena; pero después su estado ha ido mejorando continuamente. El doctor dice que es una curación maravillosa.

Escribí a Marie cuando ustedes comenzaron la novena para obtener la gracia de que volviera a su casa, y ella reza las oraciones todos los días con esa misma intención. Y ya ve usted que aproximadamente el día que se clausuraba la novena se hallaba en condiciones de poder volver a casa.

Le quedo muy agradecida y estoy segura de que la propia Marie le escribirá dentro de poco para darle las gracias.

Sinceramente

Firma: Señora C. Hill

L ✠ S.

Traducción conforme, 17-8-29: El Superior General Hno. Urcize;

Por el secretario, Hno. Arthème.

c)

Atestación del Doctor John A. Sabb, en inglés y en francés.

Doctor John A. Sabb
Habitación 37 Stakes BLDG
Indianapolis

A quien pueda interesar:

La presente sirve para certificar que el 15 de octubre de 1928 examiné a Marie Harris y la encontré aquejada de *Dementia Precox*. El 16 de octubre fue admitida en el Hospital San Francisco para observación y tratamiento. Este último no produjo ninguna mejoría.

El 1 de noviembre de 1928 fue admitida en el Pabellón de Psicopatía del Hospital de la ciudad para observación y tratamiento, lo cual no aportó ningún progreso. El diagnóstico fue por tanto: *Dementia Precox* Incurable.

El 16 de noviembre de 1928 se designó una comisión de tres médicos para examinar a Marie y determinar su estado; también ellos diagnosticaron *Dementia Precox* Incurable. La paciente fue entonces admitida en el Hospital Central de alienados de Indianapolis, Indiana. Desde su llegada al Hospital Central se volvió violenta, tenía alucinaciones e ilusiones con tendencia al suicidio. No experimentó ningún progreso hasta después de varios días de oraciones al Hno. Policarpo, produciéndose entonces un cambio notable en su estado general.

Estuvo más tranquila, recuperó lucidez, sus alucinaciones e ilusiones desaparecieron, así como su tendencia al suicidio; en seguida se notó un rápido restablecimiento de sus facultades mentales. Al cambiar su estado de ánimo y convertirse en normal, la convalecencia ganó más fuerza. El 4 de abril de 1929 abandonó el Hospital Central de alienados, ya curada. Su restablecimiento es digno de notar.

Actualmente goza de perfecta salud y es capaz de reemprender su trabajo.

Sinceramente suyo

John A. Sabb, M. D.

Traducción certificada conforme.

Rentería, a 29 de septiembre de 1929.

L ✠ S. Hno. Urcize, Superior General.

d)

Atestación de la Sra. Hill, en inglés y en francés.

Testimonio de la hermana de la beneficiaria.

Sra. Hill, 529 West St.
Indianapolis - Indiana
31 de Agosto de 1929.

Para quien le pueda interesar:

A principios del mes de octubre de 1928, mi hermana Marie Harris se puso muy nerviosa, se imaginaba un montón de cosas, no podía dormir, perdía el apetito y creía que alguien la seguía constantemente. La confiamos inmediatamente a los cuidados de un buen médico, evitamos las visitas y la mantuvimos lo más tranquila posible. Pero su estado empeoró a mediados de octubre.

La enviamos al Hospital San Francisco para tratamiento y observación, pero no mejoró. Así pues, fue trasladada al Pabellón de Psicopatía en el Hospital de la ciudad para nueva observación. Cada día que pasaba, empeoraba más; el doctor encargado del Pabellón me llamó y dijo que mi hermana no mejoraba y que era necesario hacer una solicitud a fin de conseguir que admitieran a la enferma en el Hospital Central de alienados.

El juez designó tres médicos imparciales, los cuales diagnosticaron que mi hermana padecía "*Dementia Precox*", que decaía y perdía peso. Para entonces, había perdido 35 libras y no pesaba más que 85. Se imaginaba que todo lo que le daban era veneno. En diciembre consulté a un nuevo doctor y afirmó que la enferma no tenía más juicio que un niño y que su estado de "*Dementia Precox*" era incurable.

El Hno. Ludovic me pasó aviso de que habían comenzado una novena al Hno. Policarpo por el restablecimiento de mi hermana. No recuerdo el día exacto del comienzo de la novena, pero acabó en la época de Navidad.

Ahora bien, el último día de la novena mi hermana intentó suicidarse; cuando la visité, la loquera me habló de ello, lo cual me dejó completamente desolada. Al día siguiente la loquera conversó de nuevo conmigo; me comunicó que desde el día anterior mi hermana había hecho progresos maravillosos y que me quedaría completamente asombrada: dormía bien, había recuperado el apetito y mejoraba su estado mental.

El médico, a su vez, me dijo que mi hermana había hecho notables progresos, lo cual le había sorprendido enormemente. En el hospital era el tema general de conversación y todos estaban asombrados de su rápida mejoría.

Poco antes de Pascua (1929) mi hijo, al volver de la escuela, me comunicó que el Hno. Ludovic acababa de comenzar con sus alumnos una nueva novena al Hno. Policarpo para obtener que mi hermana estuviese en condiciones de regresar a casa al final de la novena. Recuerdo haber dicho a mi hijo que el Hno. Ludovic pedía mucho, pues yo pensaba que le sería imposible venir a casa tan pronto. La novena acabó el jueves. El sábado, el doctor me notificaba por escrito que mi hermana se hallaba en condiciones de volver a casa. También puedo afirmar que mi hermana hizo esta última novena y que en aquella época su estado era normal.

Cuando vi al doctor, me habló de su enorme sorpresa por la curación de mi hermana. Sin embargo, dudaba que la curación fuese duradera. De ahí que concediese a mi hermana un permiso de sesenta días pidiéndonos que se la llevásemos de nuevo al cabo de un mes para examinarla.

Mi hermana llegó a casa el 3 de abril. Un mes después, el 3 de mayo, la conduje al Hospital Central para la revisión médica. Tenía tan buen aspecto, y había progresado de tal manera, que el doctor no la reconoció a primera vista; después de examinarla me dijo que no le sería necesario pasar nuevas revisiones porque su estado era completamente normal.

Pesa ahora 137 libras y trabaja todos los días. Todo el mundo constata lo bien que está y muestra su extrañeza por esta curación. Nosotros pensamos que el hecho de haber recobrado su sano juicio es un milagro obtenido por intercesión del Hno. Policarpo, pues mi hermana no recibió ningún tratamiento ni medicación mientras permaneció en el Hospital Central de alienados.

Sinceramente

Sadic Hill

Traducción certificada conforme.

Rentería, a 29 de septiembre de 1929.

L ✠ S. Hno. Urcize, Superior General.

e)

Carta de Marie Harris, en inglés y en francés.

Traducción de la carta de la favorecida Marie Harris

Indianapolis, Indiana, U. S.A.

Querido Hermano,

Deseo expresar mi agradecimiento a los Hermanos del Sagrado Corazón, y en especial al Hno. Ludovic, por las oraciones y novenas ofrecidas para mi restablecimiento por intercesión del Hno. Policarpo.

Mi salud es ahora mejor de lo que fue durante bastantes años.

Trabajo todos los días, realizando la misma labor que antes de mi enfermedad.

Rezo a diario la oración para obtener la beatificación del Hno. Policarpo, y creo haber sido curada por intercesión del Siervo de Dios.

Con mis mejores sentimientos, quedo de usted humilde servidora.

Marie Harris
1437, St Solbot
Indianapolis, Indiana.

Traducción certificada conforme.

Rentería, a 29 de septiembre de 1929

L ✠ S. Hno. Urcize. Superior General.

Visto Bueno a cada documento.

L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial.

3

Noveno: Carta de la Sra. Hill sobre su hijo James (folios 310^{v}-311^{r})

Con relación a mi hijo James Hill. En febrero de 1929 tuvo una sinusitis acompañada de hinchazón e inflamación de sus dos oídos.

El doctor practicó punciones en ambos; uno de ellos comenzó a manar pero el otro no, de suerte que el médico temía que se produjera una mastoiditis. James hacía una novena al Hno. Policarpo para obtener el favor de no verse sometido a una operación. A las ocho de la mañana llegó el doctor a casa, examinó el oído de mi hijo y, al comprobar que no manaba, dijo que regresaría a la una de la tarde para hacerle unas placas radiográficas en el hospital. Añadió que si se trataba de una mastoiditis le operaría al día siguiente por la mañana. James había oído al médico cuando me dijo que tendríamos que llevarlo al hospital a la una, así que se aplicó inmediatamente sobre la oreja una reliquia del Hno. Policarpo que le había entregado el Hno. Ludovic. Desde las ocho de la mañana hasta mediodía, James no cesó de rezar al Hno. Policarpo para que su oído empezara a manar. A la una, cuando el doctor vino a verle, el oído manaba, en efecto, y mi hijo no tuvo que ir al hospital. Los oídos se le curaron perfectamente. James reza la oración por la beatificación del Hno. Policarpo todos los días y cree que sin la intervención celestial del Hno. Policarpo habría tenido que sufrir una operación.

Sinceramente

Sadic Hill

Traducción certificada conforme.
Rentería, 29 de septiembre de 1929.

L ✠ S. Hno. Urcize. Superior General

Visto Bueno.
L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial

4

Décimo: Copia, certificada por el Superior General, de una carta del Hno. Francisco sobre su propia curación (folios 311^{v}-312^{r}).

Favor atribuido al Rdmo. Hno. Policarpo.

(Copia) San Sebastián (España), septiembre de 1929.

El 29 de julio de 1928, el Rdmo. Hno. General me entregó, durante el retiro anual, una reliquia del Hno. Policarpo que desde aquel día llevo continuamente

sobre el estómago, por aquel entonces bien fastidiado. En aquella época, en efecto, yo sufría mucho y me alimentaba poco y con dificultad.

En el transcurso del año escolar que acaba de terminar, he hecho algunas novenas a nuestro venerado Primer Superior; he rezado regularmente en su honor un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria, con la invocación: "Hno. Policarpo, ruega por nosotros".

Ahora bien, el 29 de julio pasado, es decir, exactamente un año después de recibir la reliquia, sentí que el apetito volvía y comí más que de ordinario. Hice lo mismo los días siguientes sin sentir la menor molestia. Ahora como de todo lo que sirven: carne, sardinas en conserva, judías verdes, ensalada, ajo, pimiento, pepino, etc, etc... sin que el estómago proteste.

Doy gracias por ello al Hno. Policarpo. No dejo pasar ni un solo día sin rezar las oraciones de la novena de la confianza y le he prometido algunos sacrificios bien concretos que haré con vistas a su beatificación.

Firmado: Hno. Francisco.

El Superior General, abajo firmante, certifica la autenticidad del relato adjunto y la exactitud de su contenido. Se complace en añadir que el estado del beneficiario continúa siendo excelente.

Rentería (España), 14 de noviembre de 1929.

L ✠ S. Hno Urcize, Superior General.

Visto Bueno.

L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial.

5

Undécimo: Carta del Hno. Ephrem acerca de su sobrino (folios 312r-313r).

Hermanos del Sagrado Corazón, calle Laframboise.

St-Hyacinthe P. Q., a 1 de noviembre de 1926.
(Canadá)

Reverendo Hermano,

Le presento mis más humildes respetos. Uno de mis sobrinos, a quien yo había aconsejado hacer una novena de oraciones para obtener por intercesión del

Rdo. Hno. Policarpo la curación de uno de los miembros de la familia, me escribe esto.

He esperado a que la curación fuera completa antes de escribirle.

Hoy Elzéar se encuentra muy bien y estamos convencidos de que es la oración lo que le ha curado.

Después de la primera novena, su enfermedad parecía haber empeorado. Hemos hecho una segunda y una tercera novena. Al finalizar esta última, nuestro enfermo pudo ir a la iglesia y comulgar. Estaba curado. Desde entonces, goza de excelente salud.

Ojalá pueda contribuir este pequeño hecho, Reverendo Hermano, a la glorificación de nuestro primer Superior General.

Quedo con un profundo respeto.

Reverendo Hermano

Su más humilde y obediente inferior.

Hno. Ephrem.

Legalización de la firma del Hno. Ephrem.

Rentería, 14-11-29.

L ✠ S. Hno. Urcize, Superior General

Visto Bueno.

L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial.

6

Duodécimo: Carta del Hno. Floribert acerca de la curación del niño Laurent (folio 313r).

Verdun, a 19 de Agosto de 1927.
cerca de Montreal (Canadá).

Rdo. Hno. Superior,

Le presento mis más humildes respetos.

Con vistas a la glorificación del Hno. Policarpo, me complace transmitirle la atestación siguiente que he recibido de una persona a quien yo envié, al conocer la noticia de la grave enfermedad de uno de sus hijos, la «Vida abreviada» de nuestro primer Superior General.

Atribuyo la curación de mi pequeño Laurent –me dice esa persona– al bondadoso Hno. Policarpo.

Nuestro querido hijo llevaba en cama cincuenta días. La fiebre que le consumía nos hacía temer un fatal desenlace, cuando vino a darnos una luz de esperanza la lectura de la vida del Hno. Policarpo. Inmediatamente comenzamos una novena en honor de este santo religioso. Apenas acabada, la fiebre que abrasaba a nuestro pequeño Laurent comenzó a disminuir. Hoy día, nuestro hijo goza de perfecta salud.

Gracias mil veces al bondadoso Hno. Policarpo.

Quedo con un profundo respeto.

Reverendo Hermano

Su más humilde y obediente inferior.

Hno. Floribert.

Si tuviera usted la amabilidad de poner mi nombre de Hermano, muchas gracias.

Legalización de la firma del Hno. Floribert.

Rentería, 14-11-29.

L ✠ S. Hno. Urcize, Superior General

Visto Bueno.

L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial.

7

Decimotercero: Atestación del Hno. Alcide sobre un favor a él concedido (folios 313v-314v).

A. C. J

Richmond P. Qué. (Canadá), 20-12-27.

Ingresé en el Instituto en 1923. Hasta entonces nunca había padecido de los oídos. Pasé al noviciado en agosto de 1924, y tres semanas más tarde comenzó a supurar el oído izquierdo. Al final de mi noviciado, en 1925, el mal empeoró. Consultado el médico, me receta remedio tras remedio sin resultado alguno. En compañía de un hermano, tan piadoso como caritativo, comencé en febrero una novena de novenas en honor del venerado Hno. Policarpo.

Durante esas novenas los dolores se fueron agudizando, y prometí rezar todos los días, a partir de entonces, una oración al venerado Superior unida a dos sacrificios.

El Maestro de Novicios, Rdo. Hno. Désiré, me encontraba tan sordo que hasta llegaba a preguntarse si yo sería capaz de dar clase. Hace dos años que doy clase y el oído ya no me ocasiona ninguna molestia. Ha llegado, pues, la hora de confirmar mi curación.

Por tanto afirmo: que después de mi última novena al Hno. Policarpo mi oído dejó de supurar, que a partir de entonces jamás he vuelto a sentir ningún dolor y que oigo bien, aunque quizá no tan bien como antes de la aparición de ese mal.

Me he decidido a contar este hecho para acelerar la llegada del venturoso día de la beatificación de nuestro primer Superior. Mientras tanto, le ofrezco mi más sincera gratitud,

y me declaro humildemente en el Sagrado Corazón,

Hno. Alcide.

Legalización de la firma del Hno. Alcide y atestación del hecho arriba reseñado.

Rentería, 14-11-29.

L ✠ S. Hno. Urcize, Superior General

Visto Bueno.

L ✠ S. A. Fayard, Notario oficial.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre el Siervo de Dios tiene carácter preferentemente divulgativo y de edificación. Hemos omitido señalar muchos artículos escritos por los Hermanos del Sagrado Corazón en sus boletines de información publicados en diversos países; en cambio, hemos hecho una selección de los que han aparecido desde 1906 en el *Annuaire*, órgano oficial de la Congregación (*cfr. más abajo*, nº 6). Los escritos de

los miembros de la Congregación son siempre anónimos, pero cuando nos ha sido posible identificar el nombre del autor, lo hemos indicado entre corchetes. En la búsqueda de estos nombres, nos ha prestado su valiosa colaboración el Hno. Stanislas, actual archivero General de la Congregación.

1.- [EUGÈNE], *Vie du P. André Coindre, fondateur de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur et des Religieuses de Jésus-Marie,* por un Hermano del Sagrado Corazón, Lyon-Le Puy, 1888, pp. 291-312.

Los datos biográficos del Hno. Eugène, *Anuario nº 11* (1916-17), no sólo le atribuyen exclusivamente a él la paternidad de esta biografía, sino que además indican el método seguido en su redacción (*ibid.*, pp. 321-323). Al final, un *Apéndice* contiene breves datos biográficos del hermano y sucesor del P. Coindre en la dirección de los Hermanos del Sagrado Corazón: François-Vincent Coindre. Es natural que aquí se haga referencia al Siervo de Dios, al considerar su elección como Superior General. Se publicó una segunda edición de la obra en Québec, Canadá, en 1947.

2.- THÉOPHILE VALENTIN, *Vie du frère Adrien, supérieur général des Frères du Sacré-Coeur,* Toulouse 1892, 530 pp.

Como es fácil de imaginar, resulta imposible no mencionar al Siervo de Dios en una biografía del Hno. Adrien, íntimo colaborador y sucesor suyo. Se trata de informaciones dispersas aquí y allá, pero útiles por la fama de santidad que tenía el Hno. Policarpo. Mención especial merece un fragmento de la carta que el Hno. Adrien envía a sus padres (12 de noviembre de 1857) describiendo la enfermedad y muerte (8 de noviembre de 1857) de un hermano suyo más pequeño, religioso también en la misma Congregación; alude en ella a la asiduidad con que el Siervo de Dios visitaba al enfermo y a los sentimientos de gratitud que el moribundo le manifestaba. (p. 272).

3.- [EUGÈNE-DANIEL], *Vie du frère. Polycarpe, troisième supérieur général de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur,* Paradis, cerca del Puy, 1893, XXIV, 388 pp. Es el Doc. XXII.

4.- *Précis historique de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur,* Le Puy, sin fecha, 12 pp.

Este brevísimo resumen, publicado sin fecha, es sin duda de fines del siglo pasado.

5.- [ALBÉRIC], *Institut des Frères du Sacré-Coeur. Lettres circulaires,* 1906-1925, Rentería (España), sin fecha.

En el archivo de la Curia General, las circulares del Superior General, Hno. Albéric (1906-1925), todas impresas excepto las dos primeras, han sido reunidas en un volumen, pero cada circular tiene su paginación propia. La más importante, que resume todas las demás, la hemos publicado en el Doc. XIX, 1. Como en aquellos años la Curia General se encontraba en Rentería (España), este es el lugar de edición.

6.- *Annuaire de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur*, números 1-61, 1906-1967.

A lo largo de la presente *Positio* hemos citado muchas veces el *Anuario* de la Congregación y, en el Doc. XXV, 1, hemos copiado algunos extractos. De 1907 a 1938, fue publicado en Rentería, donde se había establecido la Congregación después de haber sido suprimida por el gobierno francés en 1903; a partir de 1939, en cambio, se publica en Roma, donde se encuentra actualmente la Casa General.

Desde el número 20 en adelante (1925-67), se ha insertado un apartado especial dedicado a la causa del Siervo de Dios. Generalmente incluye un resumen del *Tesoro espiritual*, relatos de favores, observaciones y disposiciones del Superior General, así como información sobre la marcha de la causa y los documentos y problemas con ella relacionados.

Nos ha parecido oportuno indicar aquí, todos seguidos, algunos de los artículos publicados en los Anuarios, que contienen información sobre el Siervo de Dios: – *L'Institut des Frères du Sacré-Coeur* (nº 1, 1906-07, pp. 1-12); – *Maison de "Paradis" – Maison mère de l'Institut* (nº 2, 1907-08, pp. 77-88). De esto hemos publicado un extracto en el Doc. XXV, 1 a; – *Mobile, le frère Alphonse* (*ibid*., pp. 108-120); cfr. Doc. XXII, par 1ª, cap. 10); – *Le t. c. frère Adrien, second supérieur général des Frères du Sacré-Coeur*, 1818-87 (*ibid*., pp. 268-328; cfr. Doc. XXV, 1 b); – *Frère Victorien (Jean-François-Auguste Garbil)*, 1829-96 (*ibid*., p. 357): este Hermano desempeñó durante algún tiempo las funciones de secretario del Siervo de Dios; – *Notre Fondateur: le père André Coindre* (1787-1826) (nº 4, 1909-10, p. 37); – *Frère Bernardin (Martin Jean-Baptiste)*,1819-1910 (*ibid*., pp. 235, 238, 239, 243; cfr. Doc. XIX, *intr*.); – *Intercession attribuée au f. Poliycarpe* (nº 7, 1912-13, pp. 340-41); – *L'âme de notre Institut* (nº 8, 1913-14, p. 50; cfr. Doc. XXV, 1 h); – *Frère. Daniel (Jean Poble)*, 1826-97 (nº 9, 1914-15, pp. 261, 272-274; cfr. Doc. XXII); – *Un retour sur le passé* (nº 13, 1918-19, pp. 18-20: breve reseña de los capítulos generales; cfr. Doc. VII); – *Chapitre général de* 1925 (nº 19, 1924-25, p. 28); – *Chapitre général de* 1946 (nº 40, p. 104: el informe presentado por el Superior General sobre el estado de la Congregación desde 1937 hasta 1946 constataba, entre otras cosas, que «la causa del Rdo. Hno. Policarpo adquiere cada vez más importancia»); – *Frère Valère (Joseph Mouly)*, 1882-1950 (nº 45, 1950-51, pp. 305-08: relación de una gracia insigne obtenida por intercesión del Siervo de Dios); – *Collége St-Stanislas, de la Baie St-Louis* (nº 49, 1954-55, pp. 399-403): la fundación de este colegio en 1854 contó con todas las simpatías del Siervo de Dios.

7.- *Notre dévotion au Sacré-Coeur*, en *Annuaire*, nº 3, 1908-09, pp. 10-11.

La denominación «Hermanos del Sagrado Corazón», dada por el fundador a la Congregación, aparece por primera vez en una carta circular del Siervo de Dios en 1843; este, además, iniciaba la circular con el lema «Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María».

8.- *Le frère Xavier, 1801-61, premier frère du Sacré Coeur*, en *Annuaire*, nº 5, 1910-11, pp. 7-35.– Cfr. Doc. VII.

9.- *Le frère Polycarpe (1801-1859), premier frère supérieur général de notre Institut*, en el *Annuaire* nº 7,1912-13, pp. 14-68.– Cfr. Doc. XXVI 1.

10.- [BASILIEN], *1821-1921, Un siècle de vie religieuse et d'éducation chrétienne*, Toulouse 1921, XII - 264, pp.

Tenemos algunos extractos en el Doc. XXV, 2.

11.- *1821-1921.- Centenaire de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur. Leur oeuvre dans la province de Montréal (Canadá),* Montréal 1927, 72 páginas sin numerar.

A menudo se habla del Siervo de Dios, calificándole, además, de santo; es digna de notar una larga poesía que pone el broche final al volumen.

12.- *Souvenir du Centenaire de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur,* Arthabaska (Canadá) 1921, pp. 17-21.

13.- *Recuerdos de un centenario: Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón,* Tolosa 1921, pp. 40-72.

14.- *Institut des Frères du Sacré-Coeur (Les Ordres Religieux),* París 1923, 160 pp.

Es un amplio extracto de la obra indicada más arriba, en el número 10.

15.-[BASILIEN], *Le frère Norbert, troisième supérieur général des Frères du Sacré-Coeur* , Rentería (España) 1924, 320 pp.

Habiendo ingresado en la Congregación bajo el gobierno del Siervo de Dios, y precisamente en «Paradis», resultaba imposible no referirse al Superior General.

16.- *Exhumation privée des restes du t. h. f. Polycarpe*, en *Annuaire* nº 21, 1026-27 pp. 9-26.– Cfr. Doc. XXVIII.

17.- URCIZE, *Circulaires, 1925-1937,* Rentería (España).

Las circulares del Superior General , lo mismo que las de su predecesor, han sido reunidas en un volumen, conservando sin embargo, la paginación propia de cada una. Como hemos indicado en la introducción al Doc. XXIX, 2, no hay circular que no hable del Siervo de Dios.

18.- [BASILIEN], *Vie abrégée du t. h. frère Polycarpe, premier supérieur général de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur, 1801-1859,* Rentería (España) 1927, 80 pp.– Cfr. Doc. XXVI intr.

19.- BASILIEN, *Au berceau du f. Polycarpe*, en *Annuaire* nº 22, 1927-28, pp. 13-24.

El autor proporciona una descripción pormenorizada de la región, departamento y pueblo natal del Siervo de Dios, juntamente con algunas informaciones sobre su familia, no siempre exactas. Los datos que encontramos aquí, el autor los ha repetido y perfeccionado en la biografía de 1930 (Doc. XXVI, 2), a la que remitimos. Véase más abajo el número 21.

20.- [BASILIEN], *Le frère Adrien, deuxième supérieur général des Frères du Sacré-Coeur (1818-87)* Rentería (España), 1929, 244 pp.

Esta biografía se proponía demostrar el influjo del Siervo de Dios sobre su sucesor; de ahí que, con mucha frecuencia, especialmente en la primera parte del libro, se hable de su íntima amistad con el Hno. Adrien.

21.- [BASILIEN], *Le t. h. frère Polycarpe, premier supérieur général de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur, 1801-1859,* Rentería (España), 1930, 130 pp.– Cfr. Doc. XXVI, 2.

22.- *Nos six nonagénaires*, en el *Annuaire* nº 28, 1932-33, p. 328.

Hablando de los seis religiosos de la Congregación que habían superado los noventa años leemos: «Todos ellos han podido disfrutar durante mucho tiempo, han podido sentir cómo vibraba su alma al son de sus [del Siervo de Dios] simpáticas y siempre concluyentes palabras, tan convincentes, tan reconfortantes; han podido ser los felices testigos de sus ejemplos, tan edificantes, tan atrayentes; y por supuesto, han guardado un entrañable recuerdo de todo.

23.- [THÉODULE], *Les Frères du Sacré-Coeur au Canada, 1872-1936,* sin lugar ni fecha, 264 pp.

En el preámbulo, se echa una rápida ojeada a la llegada de los primeros Hermanos del Sagrado Corazón a América y se hace referencia al Siervo de Dios, que fue el artífice de aquella fundación.

24.- [ALBERTINUS], *Circulaires*, vol. I, 1937-46 .- vol II, 1946-52, sin lugar.

El autor, que fue superior general de la Congregación de 1937 a 1952, siguiendo la estela de su predecesor, se refiere a menudo al Siervo de Dios en estos dos volúmenes de cartas circulares, de unas 1000 páginas. En la segunda circular (31 de octubre de 1937) el párrafo sexto, íntegro, pp. 53-55,

trata de la causa del Hno. Policarpo. Señala al Siervo de Dios como «notre idéal», «notre intercesseur», «notre futur bienheureux». En una de las últimas circulares (8 de septiembre de 1951) al desarrollar el tema de la caridad, dedica el párrafo 10º al Siervo de Dios, para proponerlo como ejemplo a sus Hermanos.

25.- *Gerbe de faveurs attribuées au t. h. frère Polycarpe, premier supérieur général des Frères du Sacré-Coeur,* Mont-Sacré-Coeur, Granby 1941, 66 pp.

En el Doc. XXVII nos hemos referido a esta colección de un centenar de favores atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios.

26.- *1842-1942. Centenaire du pensionnat Sacré-Coeur Saint-Louis,* Villeurbanne 1942, pp. sin numerar.

Como consecuencia de la crisis del Instituto bajo el gobierno de François-Vincent Coindre, no pudo continuar la obra del Pieux-Secours de Lyon; entonces el Hno. Policarpo, en el mismo local, organizó un internado en 1842.

27.- *Premières règles écrites de la main du père Coindre,* en *Annuaire* nº 37, 1942-43, pp. 9-21.

Se trata de la primera edición, aunque incompleta e imperfecta, de las denominadas Reglas del P. André Coindre, que nosotros hemos tenido presentes en el Doc. IX, y que sirvieron de fuente para las Reglas que después redactó el Siervo de Dios.

28.- *Nouvelle gerbe de faveurs attribuées au t. h. frère Polycarpe, premier supérieur général des Frères du Sacré-Coeur,* Mont-Sacré-Coeur, Granby, 1946, 66 pp.– Cfr. Doc. XXVII.

29.- *Révérend frère Urcize (Antoine Nurit),* 1867-1946, en *Annuaire* nº 41, 1946-47, pp. 10, 40, 43, 47, 48, 50, 55.

Este Superior General de la Congregación inició y dio un fuerte impulso a la causa de beatificación del Siervo de Dios. Cfr. Doc XXIX *intr*.

30.- [MACARIUS], *A century of Service for the Sacred Heart in the United States by Brothers of the Sacred Heart, 1847-1947,* pp. 9-28.

Aprovechando el centenario de la primera fundación en América, se ofrece un amplio panorama de las casas allí erigidas y se habla también de la fundación de la Congregación, razón por la cual no podía dejar de mencionarse al Siervo de Dios. Además de dedicarle el capítulo II entero, se le recuerda en una parte del capítulo III, que trata de los orígenes de la misión de Mobile.

31.- *Les Frères du Sacré-Coeur, 75 ans au service de l'éducation au Canada, 1872-1947,* sin lugar ni fecha, pp. 23-24.

En este gran volumen conmemorativo, también se hace referencia al Siervo de Dios.

32.- *Où sont nos morts?,* en *Annuaire nº 42, 1947-48, pp. 13-23.*

Por este estudio sobre el lugar donde fueron enterrados los Hermanos desde los orígenes hasta 1948, nos enteramos de que, al principio, se enterraba a los difuntos en la localidad donde habían fallecido o en la de su propia familia. En 1848, por iniciativa del Siervo de Dios, se creó en «Paradis» un cementerio que fue inaugurado el 11 de septiembre con la inhumación del Hno. Benoît. En un lateral de dicho cementerio, se preparó en 1856 un espacio cubierto adonde fueron trasladados los restos de los cadáveres que habían sido enterrados anteriormente, y donde después fue sepultado el Siervo de Dios. (cfr. Doc. XXVIII, *intr*.).

33.- [Georges Albert] *La vocation en lumière. Mariage, célibat, vie chrétienne, vie religieuse, sacerdoce,* Arthabaska 1948.

Entre los ejemplos aducidos para demostrar la belleza de la vida religiosa, el autor cita al Siervo de Dios (p. 123).

34.- *Regards sur nos archives,* en *Annuaire,* nº 43, 1948-49, pp. 7-46.

Es un largo y en verdad interesante artículo, donde se echa una ojeada a los archivos centrales de la Congregación, actualmente en Roma, en los cuales, según sabemos, se conservan importantes documentos sobre el Siervo de Dios.

35.- [Urcize et Josaphat], *Nécrologe de l'Institut des Frères du Sacré-Coeur,* Roma 1950.

El presente necrologio, obra de los dos superiores generales mencionados, se redactó tomando como base un trabajo anterior realizado a ciclostil por el Hno. Olier en 1934 y actualizado en 1938. Entre todas las notas biográficas, se concede especial relevancia al Siervo de Dios (pp. 12-13).

36.- *Le t. h. f. Polycarpe, des Frères du Sacré-Coeur: sa biographie, ses libéralités, son Institut,* Arthabaska (Canada) 1950, 64 pp.

Biografía popular basada en las biografías anteriores.

37.- *L'école de Pierrefort, province de Chirac,* en *Annuaire* nº 46, 1951-1952, pp. 358-360.

Hablando de esta escuela se alude también a ciertas dificultades acaecidas en la época de gobierno del Siervo de Dios, dificultades tales que llevaron, en un primer momento, a tomar la decisión de clausurarla; pero gracias al fino tacto del Siervo de Dios, después de trasladar al director y obviar algunos otros inconvenientes, todo volvió a la normalidad.

38.- Urcize, *Sur les chemins de la perfection,* Roma 1954, 308 pp.

Extractos de sus cartas circulares, en las cuales aparece a menudo el Siervo de Dios.

39.- *Nos chapitres généraux,* en *Annuaire*, nº 48, 1953-54, pp. 7-48.

Precede una introducción general informativa, en la que se demuestra que el capítulo de 1841 no fue el primero, como siempre se había creído, sino más bien el sexto. Sigue un resumen esquemático de las actas de todos los capítulos: desde el primero, de 1824, hasta el último, de 1952.

40.- *Les Règles du frère Polycarpe,* en *Annuaire* nº 49, 1954-1955, pp. 7-52.– Cfr. Doc. IX.

41.- [STANISLAS], *Les Frères du Sacré-Coeur. Historique de l'Institut, 1821-1959,* Roma 1956, XVI-256 pp.

El autor, que era secretario general de la Congregación cuando redactaba este trabajo, es actualmente archivero general. Se trata de una obra seria, fruto de largas y exhaustivas investigaciones en los archivos. En 1961 aparecieron dos traducciones actualizadas, una en inglés y otra en español.

42.- *Témoignages sur le vénéré Frère Polycarpe*, en *Annuaire* nº 51, 1956-1957, pp. 7-44.

Mientras se trabajaba en la elaboración de la presente *Positio,* el Secretario General de los Hermanos del Sagrado Corazón publicaba en el Anuario algunos documentos referentes al Siervo de Dios sacados de sus archivos. Las breves introducciones que preceden a los documentos no contienen datos distintos de los aportados en nuestros trabajos, ya preparados para entonces. Los testimonios que recoge, se encuentran en los Docc. XVIII, XX, XXI, XXII, parte 1ª, cap. 11, XXIII, XXIV.

43.- ALBÉRIC, *Religieux-éducateurs,* Roma 1957, 496 pp.

Extractos de las circulares de este Superior General de la Congregación. Cfr. Doc. XXIX, 1; más arriba nº 5.

44.- *Vida del Hermano Policarpo (1801-1859), primer general de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón,* sin lugar, 1957, pp. sin numerar.

Biografía popular, adaptada para niños y jóvenes, publicada en Argentina, donde los Hermanos tienen varias casas.

45.- *I Fratelli del Sacro Cuore,* Roma, Casa Generalizia, [1958], 38 páginas sin numerar,

Opúsculo ilustrado con breves noticias sobre el origen, la propagación y el estado actual del Instituto.

46.- ENNEMOND, *Méditations pour aspirants à la vie religieuse,* vol, I: *Fêtes fixes et*

neuvaines, Embrum (Ontario) 1959

El autor ha incluido una bella meditación para el aniversario de la muerte del Siervo de Dios (9 de enero: pp. 199-203).

47.- JOSAPHAT, *Le très Honoré Frère Polycarpe. Centenaire de sa mort, 1er mai 1959*, Roma 1959, 41 pp.

48.- JOSAPHAT, *Notre cher Institut, 9 janvier 1960,* Roma 1960, 39 pp.

Texto de dos circulares del Superior General, Hno. Josaphat, con ocasión del primer centenario de la muerte del Siervo de Dios († 9 de enero de 1859). La primera, del 1 de mayo de 1958, más que una simple evocación de su figura, es una instrucción sobre la vida religiosa, basada en las enseñanzas impartidas por el Siervo de Dios especialmente en su circular del 18 de enero de 1848. La segunda, invita a los religiosos a «meditar juntos el pasado, el presente y el futuro de un Instituto cuyos fundamentos ha puesto él (Hno. Policarpo), cuyos progresos ha dirigido y cuya perpetuidad ha asegurado». Como se sabe, al Siervo de Dios siempre se le ha considerado como el verdadero organizador y legislador de la Congregación, aunque los cimientos fueran echados por el P. André Coindre.

49.- [ÉMILE], *Héritage: Circulaires de nos premiers supérieurs,* Roma 1960, pp. 7, 11-12, 57, 61.

El autor (†1960) ha recogido en esta obra algunas circulares de los primeros superiores generales miembros del Instituto. A nosotros nos interesa sobre todo el prólogo y las breves introducciones previas del editor, particularmente a las circulares del Siervo de Dios (pp. 13-56), donde se le denomina «segundo Fundador» y donde se ensalzan sus virtudes.

50.- [STANISLAS], *Les Frères du Sacré-Coeur. Nécrologe de l'Institut, 1821-1961,* Roma 1962, páginas sin numerar.

No se trata de una simple reedición del *Nécrologe de 1950* (cfr. más arriba, nº 35), sino de una completa reelaboración y puesta al día, fruto de minuciosas investigaciones en los archivos. El fragmento dedicado al Siervo de Dios (9 de enero) se distingue del precedente por su mayor exactitud y por ser una excelente síntesis de su actividad. Entre otras cosas se afirma: «y sobre todo, hizo florecer, tanto por su ejemplo como por sus orientaciones, no sólo la regularidad, sino también el fervor y la verdadera santidad en un gran número de Hermanos».

51.- *Nos Frères de France en Amérique,* en *Annuaire* nº 55, 1960-61, pp. 7-31.

En este estudio del Secretario General de la Congregación, se habla de la obra llevada a cabo por el Siervo de Dios en la fundación y envío de Hermanos franceses a los Estados Unidos de América.

52.- *Anicien. Beatificationis et canonizationis Servi Dei Fratris Polycarpi, Superioris generalis Congregationis Fratrum Instructionis christianae a S. Corde Jesu.– Vota censorum super scriptis Servi Dei nuper inventis,* Roma 1961, 4 pp.

53.- JULES, *La dévotion à la sainte Vierge dans l'Institut*, en *Annuaire* nº 57, 1962-63, pp. 11, 12-17, 33, 58.

El autor –en el siglo Maurice Desrocher– al hablar de la contribución del Siervo de Dios a reforzar la devoción mariana entre los Hermanos, pone de relieve las iniciativas más sobresalientes tomadas por él y da a conocer su pensamiento sobre diversos aspectos de la devoción a la Santísima Virgen.

54.- [J. M. BOURKE], *Notre petit Office du Sacré-Coeur*, en *Annuaire* nº 59, 1964-1965, p. 9.

El autor habla de la historia de este oficio, recitado hoy día por los Hermanos, y atribuye su introducción al Siervo de Dios.

55.- PRIVAT, *F. Paul Rouffiac, 1894-1965*, en *Annuaire* nº 59, 1964-65, pp. 419, 422.

Mención de una gracia juzgada como «espectacular», obtenida por este religioso en 1957 gracias a la intercesión del Siervo de Dios.

56.- STANISLAS, *Évolution de notre législation d'Institut*, en *Annuaire*, nº 61, 1966-67, pp. 7-22.

Con vistas a la revisión de las Reglas del Instituto, y echando mano de lo ya presentado por nosotros en la introducción al Doc. IX, el autor ha realizado un estudio sobre la legislación del Instituto, poniendo en primer plano, lógicamente, al Siervo de Dios. En su trabajo de síntesis, que llega hasta nuestros días, la figura del Siervo de Dios aparece con mayor realce aún. Para los fines de nuestro trabajo, resulta interesante el breve prefacio (*A los lectores*) del pequeño volumen, firmado por el Secretario General de la Congregación, Hno. Cyprien (pp. 5-6).

ÍNDICE ALFABÉTICO DE NOMBRES PROPIOS

Los nombres *geográficos* van en letra cursiva

SC = Hermano del Sagrado Corazón.

ÍNDICE DE MATERIAS

INFORMACIÓN DEL REVERENDO PADRE RELATOR GENERAL

I.- Historia de la Causa VI

II.- Trabajo de la sección histórica VIII

III.- Ojeada a la documentación XVI

IV.- Datos biográficos del Siervo de Dios XIX

1.- Primer período: infancia y juventud (1801-1827) XIX
2.- Segundo período: el religioso (1827-1841) XX
a) El origen de la Congregación y su época XX
b) Novicio y maestro de novicios XXI
c) El restaurador XXII
3.- Tercer período: el Superior General (1841-1859) XXIII
a) De 1841 a 1846 XXIII
b) De 1846 a 1859 XXIV
4.- Fisonomía espiritual XXVI

V.- Dudas planteadas a los Consultores históricos XXVIII

SUMARIO DE LA VIDA, VIRTUDES, MILAGROS Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS

I.- VIDA DEL SIERVO DE DIOS:

1.- Nacimiento, padres, juventud y estudios (1801-1827) XXXIII
2.- La vocación, entrada en religión y profesión (1827-1829) XXXVI
3.- Origen y crisis del Instituto de los Hnos. del Sgdo. Corazón XXXVII
4.- Actividad del Siervo de Dios desde 1828 a 1841 XXXIX
5.- Primera elección del Siervo de Dios como Superior General del Instituto de los Hnos. del Sagrado Corazón (1841-1846) XL
6.- El Siervo de Dios es elegido Superior General a perpetuidad (1841-1859) XLII
7.- Labor del Siervo de Dios en cuanto Superior General (1846-1859) XLIV
a) Impulsa a sus Hermanos hacia la perfección XLIV
b) Fundaciones de nuevas casas XLVI
c) Reconocimiento legal de la Congregación XLVII
d) Visitas a las comunidades XLVII
e) El Siervo de Dios y el P. Arnaudon XLVIII
8.- Reglas de la Congregación, escritas por el Siervo de Dios L

II.- VIRTUDES DEL SIERVO DE DIOS:

1.- Las virtudes del Siervo de Dios en su conjunto LII
2.- La fe del Siervo de Dios LVI
3.- La esperanza del Siervo de Dios LIX

4.- El Hno. Policarpo y su amor a Dios LXII
a) Espíritu de oración del Siervo de Dios LXVI
b) Devoción especial del Siervo de Dios a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús LXVII
c) El amor filial hacia la Bienaventurada Virgen María LXVIII
d) Otras devociones del Siervo de Dios LXX
5.- Caridad del Siervo de Dios hacia el prójimo LXX
6.- El celo especial por la salvación de las almas LXXIII
7.- La prudencia del Siervo de Dios LXXVI
8.- La justicia del Siervo de Dios LXXIX
9.- La virtud de fortaleza en el Siervo de Dios LXXXII
10.- La templanza del Siervo de Dios LXXXVI
11.- La humildad del Siervo de Dios LXXXVIII
12.- El voto y la virtud de castidad en el Siervo de Dios XC
13.- El voto y la virtud de pobreza en el Siervo de Dios XCI
14.- Voto y virtud de obediencia en el Siervo de Dios XCIII

III.- Muerte y Sepultura del Siervo de Dios:
1.- Ultima enfermedad y muerte del Siervo de Dios XCV
2.- Sepultura del Siervo de Dios XCVII

IV.- Fama de santidad del siervo de Dios:
1.- Fama de santidad en vida XCVIII
2.- Fama de santidad tras su muerte C
3.- Los favores y presuntos milagros atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios CIII

DOCUMENTOS

Doc. I.- Partida de nacimiento del Siervo de Dios, el 21 de agosto de 1801 en la aldea «Les Héritières», parroquia de «La-Motte-en-Champsaur» 3

Doc. II.- Documentos que facultan al Siervo de Dios para ejercer la profesión de maestro 6
1.- «Diploma de capacitación para Enseñanza Primaria - Tercer grado», obtenido el 9 de octubre de 1822 6
2.- Autorización para abrir una escuela en el municipio de La Motte, expedida al Siervo de Dios por la autoridad municipal, el 6 de noviembre de 1822 10

Doc. III. Testimonios del ingreso, toma de hábito y profesión perpetua del Siervo de Dios en la Congregación de Hnos. del Sacratísimo Corazón de Jesús, años 1827 y 1829 12
1.- Extracto del «Registro de la Sociedad de la Instrucción Cristiana de los HH. del Sgdo. Corazón» 17

2.- Acta de la ceremonia de toma de hábito de Hippolyte Gondre en la comunidad de los Hermanos del Sagrado Corazón, el 16 de septiembre de 1827 19
3.- Acta de la profesión perpetua del Hno. Policarpo, el 21 de septiembre de 1829 . . . 20

Doc. IV. Extracto de las actas de los capítulos generales de los Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús, años 1835 y 1840 22
1.- Extracto del acta del Capítulo General de 1835 22
2.- Extracto del acta del Capítulo General del 23 de septiembre de 1840 23

Doc. V. Documentos referentes a la obtención de otro diploma para enseñar públicamente en las escuelas primarias, años 1837 - 1838 24
1.- «Certificado de buena conducta», otorgado al Siervo de Dios por el municipio de Vals, el 20 de agosto de 1837 26
2.- Segundo «Diploma de capacitación», obtenido por el Siervo de Dios, el 1 de septiembre de 1837 28
3.- Permiso de apertura de una escuela, otorgado al Siervo de Dios por el alcalde de Espaly-St-Marcel, el 6 de noviembre de 1838 29

Doc. VI. Extracto del «Registro de la cofradía del Inmaculado Corazón de María», 25 de marzo de 1840 30

Doc. VII. Documentos referentes a la primera elección del Siervo de Dios como Superior General de los HH. del Sacratísimo Corazón de Jesús, año 1841 31
1.- Carta mediante la cual, el sacerdote François-V. Coindre, presentó la dimisión del cargo de Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón, el 20 de agosto de 1841 39

LÁMINAS

2.- Acta de la sesión del 13 de septiembre de 1841, del capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón, en la cual fue elegido Superior General de la Congregación el Siervo de Dios 41

Doc. VIII. Acta del Capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón, correspondiente a los días 10-12 de septiembre de 1846 44

Doc. IX. Reglas generales y comunes de los Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús, escritas por el Siervo de Dios. Edición del año 1850, Lyon. 46

Introducción

I. Las Reglas del fundador, P. André Coindre 46

Adelphe (Pierre Lemasson), SC, 291, 324, 349, 352, 403, 417, 430, 472-474, 484, 487, 502, 529-531.
Adolphe (François Bernardin) SC, 208-209, 449, 529.
Adrien (Guillaume Tailland), sup. gen. SC, 113-115, 118-119, 122, 131, 148, 152, 154, 183, 186-188, 190, 193, 196-199, 201-202, 204-205, 207, 209-210, 212-214, 228-229, 233-234, 242-243, 262, 277, 287, 291-293, 303-304, 314, 324, 327, 336, 339, 349-350, 354, 356-357, 409, 421, 483-484, 486-487, 515, 529, 531, 536, 585-586, 588.
Adulphe (Jean Martin), SC, 539.
Agra, 347.
Agustín, santo, 46, 48, 176, 248, 319.
Aimé (Étienne Chaudès), SC, 117, 158.
Aix (Bouches-du-Rhône), 123, 147.
Albaret-le-Comtal (Lozère), 164.
Albéric (Pierre Clavel), sup. gen. SC, 495, 518, 528, 534, 586, 591.
Albertinus (Gabriel Juge), sup. gen. SC, 518, 588.
Alcide (Wilfrid Cyr), SC, 569, 582-583.
Alexandre (Régis Chaussende), SC, 334.
Alexandrin (Jean-Louis Courtial), SC, 529.
Aliran Reine, 524.
Allanche (Cantal), 116, 167, 180-181, 214, 330, 526-528.
Allemand Jean-Joseph Camille, sac., 4, 256, 561.
Allemand Françoise, 561.
Allemand Joseph, véase Symphorien.
Alleyrac (Haute-Loire), 538.
Alphonse (Jean-Baptiste Bernard), asist. gen. SC, 23, 31, 43-45, 51, 61, 63, 113, 118, 151, 158, 168, 172, 204, 207, 209, 212, 233, 277-278, 282, 284, 287, 291-293, 303-304, 310-311, 324, 349, 404, 421, 423, 449, 466, 586.
Ambroise (Jacques Isartel), SC, 151, 163, 403, 456.
Amouroux Françoise, 558.
Anaclet (Jean-Pierre Fournel), SC, 151.
Ancel (Hautes-Alpes), 33.
Andéol (Antoine Reynaud), SC, 23.
André (Jean Ogier), SC, 167, 207.
André Victor, véase Stanislas.
Angèle-de-la-Croix, Hna., 5.
Anglet (Basses-Pyr.), 188.
Antoine (Pierre Rey), SC, 23, 136.
Ardes (Puy-de-D.), 116, 223, 328.
Argentina, 591.
Arlanc (Puy-de-D.), 527.
Arnaud Guillaume, véase Xavier.
Arnaudon Jean-Eugène, cap. de Paradis, 39, 41, 119-126, 128, 135, 138-144, 278, 281-282, 301, 485-486.
Arthabaska (Canadá), 243, 315, 495, 587, 590.
Arthème (Jacques Labes), asist. gen. SC, 574.
Athanase (Jean-Marie Faugier), SC, 303, 310.
Aubery (Hautes-Alpes), 16.
Audiard Augustin, véase Roch.
Audiard Victor, 31.
Augerolles (Puy-de-D.), 470, 499, 550.
Augusta (U.S.A.), 314.
Augustin (François Rimoux), SC, 14-15.

Augustin (Pierre Raymond), SC, 213.
Autun (Saône-et-Loire), 330.
Avignon (Vaucluse), 89.

Baie-St-Louis (U.S.A.), 164, 166, 168, 170, 314-315, 321, 466-467, 540, 586.
Balevay Jean, véase Hilaire.
Barabé Fernand, véase Georges-Albert.
Bardol Henry, véase Eugène.
Barré Nicola, O.M., 15.
Barthélémy (Antoine Flory), SC, 31, 46.
Basile (Jacques Levet), SC, 161.
Basilien (Barthélémy Couderc), asist. gen. SC, 3, 227, 232, 256, 293, 492, 494-496, 503, 507, 523, 534-535, 567, 569-572, 587-588.
Basilio, santo, 403.
Batie Neuve (Hautes-Alpes), 19.
Bayonne (Basses-Pyr.), 189.
Bazin, vic. gen. de Mobile, 302.
Béarn, 114.
Beieis Angéline, 554.
Belchaud de, 136.
Bellarmin (François-Auguste Girald), asist. gen. SC, 533.
Bélot P., 385.
Benedicto XIII, 55.
Bénévent (Dordogne), 569.
Benjamin (Jean-Pierre Vissac), SC, 217, 221, 229, 231, 233-234, 271-272, 321, 324, 558-560.
Benoît (Jean-Claude Mounier), SC, 22-23, 42-45, 51, 282, 590.
Béraud Baptiste, 27.
Berchmans (Régis Mourier), SC, 490.
Bernard (Bernard Dupraz), SC, 15, 22-23, 31.
Bernard Jean-Baptiste, véase Alphonse.
Bernard (Marius Soulier), SC, 552.
Bernardin (Jean-Baptiste Martin), SC, 13, 17, 33, 36-37, 42, 46, 49, 120-122, 135, 142, 153, 214-216, 259, 275-276, 282, 586.
Bernardin (Jean-Mathieu Régnier), SC, 16, 21.
Berserole (Haute-Loire), 163.
Berthaud, obispo de Tulle, 481.
Besançon (Doubs), 490.
Besso, Sra., 33.
Besson, párroco de St-Nizier, después obispo de Metz, 13.
Blanc Marguerite, 523.
Blanchard, sac., 569.
Blanchard Auguste, 256, 523, 544-545, 561
Blanchard Augustin, 545.
Blanchard Marie, 3.
Blesle (Haute-Loire), 33, 154, 178, 180, 190-192, 214, 483.
Blois (Loir-et-Cher), 15, 47, 236, 282, 341.
Bloisson, fund. de los Hnos. de Viviers, 144.
Bonald de, Louis-Jacques-Maurice, obispo del Puy, después card. arz. de Lyon, 16, 33, 36, 39, 45, 51, 120, 122, 135-136, 144, 146, 297.
Bonaventure (Pierre Julien), SC, 23, 42, 44-45, 274, 282, 487.
Bonnabel, notario, 567, 571-572.
Bonnet Antoine, véase Jérôme.
Bordeaux, 13.
Borel Basile, véase Liguori.
Borgia (Louis-Victor Guillet), SC, 14-15, 19-20, 22-23, 33, 35, 38, 47-49, 82.
Bort (Corrèze), 332.
Bourg-Argental (Loire), 560.
Bourg-en-Bresse (Ain), 13.
Bourke Jean-Marie, proc. gen. SC, 593.
Boussac (Lot), 114.
Boussage Jean, véase David.
Boysseulh de, condesa, 190.
Breschet Louis, cap. de Paradis, 543.
Breschet Ludovic, 543.
Breuil Antoine, 31.
Bridaine, sac., 13.
Brioude (Haute-Loire), 531-532.
Brolles Alexandre, 527, 549.
Brolles Laurent, 549.
Broquiès (Aveyron), 473, 483.
Brunet Ennemond, véase Jean-Marie.
Buchère (Haute-Loire), 158.
Burnichon, sac., 248.
Buteux, sac., 466-467.

Cahors (Lot), 52, 111, 147-148, 297, 567-568.
Campagnac (Aveyron), 217.
Candide (Joseph Serve), SC, 162.
Casati, notario, 135-137.
Casimir (Pierre Manet), SC, 497.
Cassien (Guillaume Rigal), SC, 540.

Cattet Siméon, vic. gen. de Lyon, 35.
Cavan, condado, (Irlanda), 307.
Céaux d'Allègre (Haute-Loire), 532.
Cécilius (Émile Alles), SC, 507, 517.
Célestin (Pierre Roux), SC, 19-20.
Cérémie (Antoine Visier), SC, 529.
Césaire, nov., SC, 118.
Chabanon Augustin, 523.
Chabanon Jacques, sac., 523.
Chabier Georges, 200.
Chainet Pierre, 522.
Chaise-Dieu (Haute-Loire), 155.
Chamard Jean-Pierre, véase Dosithée.
Chambérac (Haute-Loire), 222.
Chambéry (Savoie), 284.
Chambost-Longessaigle (Rhône), 564-565.
Chaminade Marie-Guillaume-Joseph, fund. de los Marianistas, 15.
Champagnat Marcellin, fund. de los Hnos. Maristas, 15, 145-146, 341.
Champs (Puy-de-D.), 334.
Chanac (Lozère), 307.
Chapelle, sac., 52, 112.
Charbillac (Hautes-Alpes), 569.
Charles (Claude Poing), SC. 21, 46.
Charlestown (U.S.A.), 314.
Chatonnay (Isère), 154, 167, 186, 207, 225.
Chaudesaigues (Cantal), 222, 230.
Chaudun (Aisne), 257.
Chirac (Lozère), 115, 495, 520, 528, 533, 550, 553, 566, 590.
Chossande Thomas-Joseph, 16.
Chrysostôme, SC, 46.
Claude (Claude Liébau), SC, 19-20, 23, 46, 162.
Claudine, Hna., 541.
Clégeard, 12.
Clemente VIII, 292.
Clément (Jean Pagès), SC, 31.
Clémentine, Hna., 541.
Clermont (Oise), 147, 541, 554, 556.
Clodomir (Jean Lemasson), SC, 473, 478, 487.
Clotaire (Auguste Chanal), SC, 314.
Coindre André, fund. de los HH. del S. C., 12-15, 32-34, 46-49, 57, 67-69, 75, 80-82, 86-88, 90, 103, 106, 128, 133, 226, 229, 233, 236, 245-246, 268, 274, 276, 282, 285, 295, 301, 340-341, 346, 490-491, 585-586, 589.
Coindre François-Vincent, sac., 13, 15-16, 19-23, 29, 31-39, 41-42, 46, 50-51, 57, 60, 89, 120-121, 123, 129, 135-138, 140-141, 145, 156, 215, 274-275, 281-282, 486, 492, 585, 589.
Coindre Marthe-Marie, 13.
Colin Jean-Claude-Marie, fund. de la Soc. de María (PP. Maristas), 15.
Compang Sophie, 533.
Compañía de Jesús, 49, 52-54, 56, 58, 67-68, 72-73, 75-77, 79-80, 82-84, 86, 88, 96-99, 101, 111-112, 235, 302, 307.
Condamine (Jura), 19.
Condat (Cantal), 116, 222-223, 233, 328, 332, 334-335.
Cornut Clovis, cap. de Paradis, 516-517.
Cortial Joseph, canónigo, 522.
Coton Antoine, véase Jubin.
Couderc Baptiste, 535.
Couderc Barthélémy, véase Basilien.
Coujac (Haute-Loire), 225.
Coupe, vic. gen. del Puy, 121, 125.
Courbon Jacques, véase Gabriel.
Courtines Gilles, véase Gilles.
Couzon-sur-Saône (Rhône), 225, 497, 529.
Craponnes (Haute-Loire), 136.
Croiset, S.I., 72.
Crouseilhes de, ministro de Instr. Pública, 148-149.
Cyprien (Paul Monty), secr. gen., SC, 593.
Cyprien (Victor Motte), SC, 16-18.
Cyrille (Mathieu Lafarge), SC, 154, 183-184.
Cyrinus (Antoine Hugonnens), SC, 550.
Daniel (Jean Poble), SC, biógr. del S. de D., 150, 156, 164, 174, 198, 201, 217, 224-230, 232-233, 242-244, 300, 322, 324, 328, 343, 350-351, 353, 355, 365, 461, 472, 496, 534-535, 543-544, 564, 585-586
Darcimoles (Pierr-Marie-Joseph), obispo del Puy, 42, 52, 111-113, 120, 123.
Daval François, véase Marie-Jérôme.
David (Jean Boussage), SC, 61, 164, 169-170, 231, 233, 303-304, 310-311, 321, 328, 349, 367, 377, 383, 393, 398, 402-403, 407, 411, 422, 426, 429, 433, 441, 449-450, 462-463, 465.
David, obispo de Saint-Brieuc, 251.
Déaclard Eugène, véase Félicien.

Debord Jean-Baptiste, véase Jean-Baptiste.
Delon, párroco de Villeurbanne, 121.
Delestra Jeanne, 564.
De Moré de Charaix, 301.
Denis (Denis Chautard), SC, 481.
Deserre, 141.
Deshayes Gabriel, sac., 15.
Désiré (Auguste Bouillat), SC, 169.
Désiré (Désiré Poisson), asist. gen. SC, 583.
Desrocher Maurice, véase Jules.
Deurne (Holanda), 554, 556.
Didon P., 410.
Digne (Basses-Alpes), 256, 537, 567, 571-572.
Dominique (Joseph Maisonneuve), SC, 516-517, 538.
Dominique (Pierre Portalier), SC, 19-20.
Donnet Ferdinand, card. arz. de Bordeaux, 13, 370.
Dosithée (Jean-Pierre Chamard), SC, 17, 169.
Drac, río, (Hautes-Alpes), 3.
Dragon Jean-Baptiste, véase Éloi.
Dubèque 226.
Dubourg, S.I., 192.
Dubuque (U.S.A.), 155, 159-160, 164-165, 204, 310-312, 314, 367, 370, 375, 403, 411, 421, 466.
Dujarié Jacques-François, sac., 15.
Dunières (Haute-Loire), 225.
Dupanloup, 263-264, 266, 279, 324, 326, 359, 395, 398.
Durand Émile, véase Émile.
Durand Louis-Urbain, véase Eusèbe.
Durieux, vic. gen. del Puy, 516-517.

Éclaircy Claude, 565.
Éclaircy Jean-Antoine, v. Marie-Antoine.
Égletons (Corrèze), 214, 482.
Éliézer (Régis Grousset), asist. gen. SC, 469, 525, 528.
Élisabeth Maenen, Hna., 543.
Éloi (Jean-Baptiste Dragon), SC, 19-20.
Elzéar, 581.
Embrun (Canadá), 591.
Émile (Bergeron), SC, 477, 499.
Émile (Émile Durand), asist. gen. SC, 592.
Émilie de Sainte Croix, p., 375.
Ennemond (Antoine Dufour), SC, 23, 42-44, 282.
Ennemond (René Bonnard), SC, 591.
Éphrem (Isaie Girard), SC, 568, 580-581.
Ermin (Pierre Fayol), SC, 550.
Éryon J., 27.
Escalle, familia, 5, 545.
Escalle Joseph, 256-257.
Escalle Mamert, 256-257, 547-548, 563.
Escalle Pierre, 567, 569-570.
Escalle Pierre, alcalde, 6, 257.
Espaly-St-Marcel (Haute-Loire), 26, 29-30, 148-149, 200, 484.
Espíritu Santo, congreg., 146.
Étienne (Étienne Caillou), SC, 160.
Eugène, Hna., 541.
Eugène (Henri Bardol), SC, biógr. del S.D., 150, 156, 174, 198, 201, 217, 222, 224-225, 227-230, 232-233, 242-245, 292, 300, 324, 343, 350-351, 353, 355, 365, 461, 472, 496, 525, 534-535, 543-544, 564
Eugène - Daniel (Henri Bardol - Jean Poble), SC, 585.
Exkelrade-Gronsveld (Holanda), 556.
Exupère (Jean-Baptiste), SC, 532.
Eyraud Victoire, 561.

Fabien (Jean-Baptiste Bonnefoy), SC, 161, 166, 308, 311.
Farigoul Pierre, 31.
Faure Marie, 3.
Faure Mariette, 565.
Fayard Auguste, 517, 522, 572, 578-583.
Félicien (Eugène Déaclard), SC, 170.
Félix (Félix Fressenet), SC, 116-117, 156-158.
Fesch Joseph, card. arz. de Lyon, 13.
Filhiot, alcalde de Espaly-St-Marcel, 30.
Florentin (Jean-Jacques Rivet), asist. gen. SC, 227, 538.
Floribert (Léo Lefebvre), SC, 569, 581-582.
Florimond (Florimond Poble), SC, 225, 310-311.
Fombonne Auguste, véase Hilarion.
Fouchard, monte, (Hautes-Alpes), 3.
Foulquier J-Ant.-Marie, obispo de Mende, 146, 184.
Fourvière (Lyon, Rhône), 32.
Fraisse Jean, véase Jérôme.

Fraissinoux (Lozère), 225.
Francisco (Francisco Ataun), SC, 579-580.
Francisco Javier, santo, 55, 59.
François (Claude Mélinond), SC, 14, 21, 23.
François (François Habougit), SC, 314.
François (William Lacourcière), SC, 510-511.
Frankfort, (U.S.A.), 315.
Franzoni, card. pref. Prop. Fide, 347-348.
Frédéric (Félix Bringer), SC, 117, 158.
Freycenet-la-Cuche (Haute-Loire), 523.
Freycenet-la-Tour (Haute-Loire), 524.
Fulgence (Léonard Lafargue), SC, 183.

Gabriel (Jacques Courbon), SC, 19-20.
Gabyse (Holanda), 540
Galet Baptiste, 31.
Galland, sac., 569.
Gallifet Françoi-Joseph, S.I., 72.
Galoppe (Holanda), 542-543, 558.
Galveston (U.S.A.), 159.
Gamet, párroco de Massiac, 121.
Gams, 302, 330.
Gap (Htes-Alpes), 7, 12, 256, 561, 571-572.
Garbil Jean-François-Auguste, v. Victorien.
Garrel Octavienne, Hna., 541, 543, 555, 557.
Gasche, S.I., 307.
Gauthier Rose, 256.
Gautrelet, S.I., 307.
Génolhac (Gard), 226.
Genton Pierre, véase Félix.
Georges (Jacques Laidier), SC, 166.
Georges-Albert (Fernand Barabé), 590.
Gérasime (Jean-Marie Ruillat), SC, 154, 403, 453-454, 477, 488.
Gerbier Jean, 31.
Gette, S.I., 72.
Gilles (Gilles Courtines), SC, 19-20, 46.
Girald François, 533.
Girald François-Auguste, v. Bellarmin.
Giraud Florentin, 31.
Gondre Apollonie, 5.
Gondre Jean-Hippolyte (Hno. Policarpo), el Siervo de Dios.
Gondre Jean-Joseph, 3-6, 18, 200, 251, 257, 503-504, 536, 546.
Gondre Jean, 5, 257.
Gondre Joseph, 4-5, 504.
Gondre Joseph, 3-4, 503.
Gondre Marie, 5, 257, 503.
Gondre Napoléon, 5, 503.
Gondre Narcisse, 5, 504, 561.
Gondre Victoire, 5, 504.
Gondre Virginie, 5, 503.
Gonsalin Jean, 3.
Gonsalin Victoire, 3-5, 18, 200, 251, 503, 505, 536, 546.
Gousset Thomas-Joseph, card. arz. de Reims, 147.
Granby (Canadá), 589.
Grandperret C., 28-29.
Grandrieu (Lozère), 214.
Grand-Serre (Drôme), 125.
Gras, familia, 545.
Gratianopolis, v. Grenoble.
Gréard O., 6-7, 9, 11, 24-25, 144, 146-147.
Grégoire (Claude Sabatier), SC, 46.
Grégorius (Jean-Claude Noailly), SC, 227, 564.
Grenoble (Isère), 6-8, 10-12, 52, 111, 147, 297, 347, 567.
Grousset François, 528.
Grousset Régis, v. Eliézer
Guiac, sac., 17.
Guillaume Paul, canónigo, 572.
Guizot François, ministro de Instr. Públ., 24.
Harris Marie, 568, 573-576, 578.
Hermanas de Jesús-María, 49, 245, 585.
Hermanas de la Caridad, 302.
Hermanos de las Escuelas Cristianas, 7, 9, 15, 49, 53, 55-59, 65-66, 68-75, 77-78, 80, 82-84, 86-97, 99-111, 146, 281, 347-348.
Hermanos de San Odilón, 300-301.
Hermanos de San Viator, 300-301.
Hermanos de Viviers, 144-145.
Hermanos Maristas, 145-146.
Hilaire (Jean Balevay), SC, 19-20.
Hilarion (Louis-Auguste Fombonne), SC, 483, 495-497, 499-501, 503, 523, 534-535
Hill James, 568, 573, 578-579.
Hill Sadic, Sra., 568, 574, 576-579.
Hippolyte (Benoît Malhomme), SC, 31.
Huismans Catherine, 556.
Hyacinthe (Joseph Vial), SC, 477, 488.

Ibarra (España), 495.

Ignace (Antoine Dufour), SC, 14.
Ignacio de Loyola, santo, 46, 48, 51, 53-55, 72, 75, 340, 372, 399, 410.
Indianapolis (U.S.A.), 158, 164, 233, 277, 314-315, 321, 511, 573-574.
Isaïe (Louis Serre), SC, 314.
Ispagnac (Lozère), 533, 566.
Itier Pierre, 31.

Jac Anne-Marie, 538.
Javols (Lozère), 490.
Jean (Jean Jory), SC, 566.
Jean-Baptiste (Jean-Baptiste Débord), SC, 19-20, 46.
Jean-Baptiste (Jean-Baptiste Ranchaux), SC, 303-304.
Jean Claude (Jean-Claude Triouleyre), SC, 31, 151-152, 155, 167, 429.
Jean-Louis (Michel Achard), SC, 530.
Jean-Marie (Ennemond Brunet), asist. gen. SC, 46, 114-115, 167, 197-199, 201, 206, 213, 233, 242, 287, 350, 354, 483, 529, 531.
Jean-Pierre (Pierre Maneinc), SC, 46.
Jenton Antoine, 14.
Jérôme (Antoine Bonnet), asist. gen. SC, 116-117, 151, 153, 156, 282, 284, 307, 403.
Jérôme (Jean Fraisse), SC, 19-20, 23, 42-45
Jerphanion, barón de, 122.
Jesuitas, v. Compañía de Jesús.
Josaphat (Joseph Vanier), sup. gen. SC, 134, 590, 592.
Joseph (Joseph Roux), SC, 23.
Jouve Philémon, 31.
Jouve Pierre, 31.
Juan Bautista de la Salle, santo, 15, 55, 59, 89, 281, 340.
Jubin (Pierre Magne), SC, 151, 153, 311, 419-422.
Jubin (Antoine Coton), SC, 19-20.
Judes (Pierre Laireloup), SC, 532.
Juillard, sac., 501.
Jules (Maurice Desrocher), SC, 592.
Juliana, Hna., 541, 543, 556.
Julien Pierre, v. Bonaventure.
Jurdan Davin, 5.
Justin (Louis Boyer), SC, 161-162, 311, 422.

Kreuwels Lardinois M.A.B., 542.
Kreuwels Lardinois Lambert, 540, 542-543, 557.
Kreuwels L.J., 542.

La Capelle-Marival (Lot), 181-182, 331, 497, 499.
Lachapelle-Agnon (Puy-de-D.), 524.
Lacroix François, obispo de Bayonne, 188.
La Fare-en-Champsaur (Htes-Alpes), 561.
Lagresle (Loire), 566.
Laissac (Aveyron), 526.
Lalbenque (Lot), 495, 555.
Lamartinière, escuela técnica, Lyon, 483.
Lamennais Jean-Marie, fund. de los Hermanos de Ploërmel, 13.
La Motte-en-Champsaur (Htes-Alpes), 3-6, 10-12, 18, 27-28, 200, 232, 251-252, 256-257, 496, 505, 534, 536-537, 544-547, 561, 563, 567, 569-572.
Langfield Robert, v. William.
Larajasse (Rhône), 122, 488.
Lardenois Joseph, 556.
Largentière (Ardèche), 144.
Larget, párroco de Grand-Serre, 125.
Larnaudie, S.I., 307.
La Salette (Isère), 446.
La Salle Juan Bautista, v. Juan Bautista de la Salle, santo.
Laurent, 569, 581.
Laurent Florentin, 31.
Laurent (Mathieu Boudarel), SC, 23, 42-45, 282.
Laussac (Haute-Loire), 470.
Lavé, S.I., Hno., 307.
Layre Louis, 31.
Lazaristas, sociedad, 146.
Le Havre (Seine-Maritime), 303, 307.
Lemasson Jean, v. Clodomir.
Lemasson Pierre, v. Adelphe.
León XIII, 58.
Léonce (Antoine Caysac), SC, 529-530.
Léonem (Alexis Pessemesse), SC, 566.
Le Pieux-Secours (Lyon, Rhône), 14-15, 19, 32-33, 36, 123, 129, 135, 198, 234, 260, 272, 275, 399, 589.
Le Puy-en-Velay (Haute-Loire), 16, 27, 36, 51-

53, 111-113, 120, 123-125, 128, 133, 135-136, 142, 146-147, 181, 185, 188, 191, 200, 288, 297, 303, 331, 369, 431, 444, 459, 473, 490, 515-516, 521-523, 525-527, 531, 543, 549, 565, 586.
Les Héritières (Hautes-Alpes), 3-5, 503, 546, 563.
Les Infournas (Htes-Alpes), 567, 569-571.
Lespèce, S.I., 307.
Leyre Florimond, v. Mizaël.
Libert (Pierre Michel), SC, 517.
Liébau Claude, v. Claude.
Liguori (Basile Borel), SC, 17, 192.
Lissac (Haute-Loire), 525.
Lize-Seraing (Bélgica), 495.
Lombard, párroco de Les Infournas, 567, 569-570.
Lomiais, 147.
Loras Mathias, obispo de Dubuque, 161, 310
Louis-Julien (August Trincal), SC, 558, 560.
Louis-Lambert (Pierre Brunel), SC, 151, 173
Louise-Agnèse (Adrienne Escalle), Hna., 5, 504.
Lubersac (Corrèze), 155, 477, 482, 488-489.
Luc (Paul Rouchon), SC, 165, 172.
Lucien (Jean-Baptiste Duchamp), SC, 209.
Lucius (Ernest Vincent), SC, 513.
Lucius (Pierre Ramond), SC, 196.
Ludovic (Philip Wester), SC, 568, 573-574, 576-579.
Luis Gonzaga, santo, 55, 72, 75.
Lyon (Rhône), 7, 12-16, 19, 22-23, 25, 28-29, 32-33, 36, 39, 46, 48, 50, 52-53, 67, 111, 120, 122-123, 126, 128-129, 131-132, 147, 207, 216, 225, 259-262, 272-275, 277, 282, 284, 297, 300, 302, 310, 368, 398-399, 431, 459, 473, 483, 585, 589.

Macarius (Edward Pierce), SC, 589.
Maestrich (Holanda), 543, 557.
Magat, cap. del colegio de Lyon, 484.
Magne Pierre, v. Jubin.
Magnus (André Déchance), SC, 314.
Maignien, inspector, 28-29.
Maisonneuve Joseph, v. Dominique.
Maisounabe, S.I., 112, 568.
Majoric (Théophile Valentin), SC, biógr. del Hno. Adrien, 115, 310, 585.
Majot Pierre, 31.
Malescot Pierre, 31.
Malose Jacques, 200.
Marcellin (Étienne Resche), SC, 117, 158, 489.
Marguerye de, obispo de St-Flour, 300, 329-330.
Marie-Adolphe (Joseph Genévrier), SC, 477
Marie-Adrien (Pierre Mourgues), SC, 481, 533-534.
Marie-Albert (Jean-Baptiste Aubert), SC, 532.
Marie-Alexis (Louis André), SC, 481.
Marie-Alphonse (Barthélémy Sibard), SC, 17.
Marie-Alphonse (Camille André), SC, 167.
Marie-Angèle, Hna. 541.
Marie-Antoine (Jean-Antoine Éclaircy), SC, 565-566.
Marie-Auguste (Augustin Valiorgue), SC, 222, 224, 231, 233, 242, 320-321, 324, 328, 530-531.
Marie-Basile (Basile Vamal), SC, 311.
Marie-Cécile, Hna., 541.
Marie-Denise, Hna., 541.
Marie de S. Ignace (Claudine Thévenet), fund. de las Hnas de Jesús-María., 14, 48.
Marie-Élisabeth, Hna. 541.
Marie-Éphrem (François Chapotat), SC, 167
Marie-Énimie, Hna., 541.
Marie-Félix (Pierre Fournier), SC, 169.
Marie-François (Jean Rigal), SC, 540.
Marie-Gabriel (Benoît Jouve), SC, 31.
Marie-Gabriel (Jean Rivet), SC, 477, 488.
Marie-Jean (Jean-Baptiste Pessemesse), SC, 532, 566.
Marie-Jérôme (François Daval), SC, 151, 162.
Marie-Joseph (Joseph Vaissier), SC, 23, 42-43, 45, 51, 124, 140-142, 282, 284, 459.
Marie-Julie, Hna., 541.
Marie-Julienne, Hna., 541.
Marie-Léon (Jean Maligue), SC, 166, 311.
Marie-Michel (Pierre Fabre), SC, 483.
Marie-Pierre (Joseph Triuleyre), SC, 544.
Marie-Salomé, Hna., 541.
Marie-Thérèse, Hna., 541-542.
Marie-Vital (Vital Prébet), SC, 46.
Marius (Michel Genestoux), SC, 477.

Maron Joseph, 5-6.
Marron Madeleine, 545.
Martel L., 567, 572.
Martín, santo, 290.
Martin Jean-Baptiste, v. Bernardin.
Martin (Jean-Louis Martin), SC, 32, 42-45, 51, 135, 178, 214, 282, 284.
Martin Maurice, 27.
Marvejols (Lozère), 114-115, 140, 167, 184-185, 189, 198, 214, 222, 225, 284, 291, 473, 483, 495, 497, 541-542, 566.
Massiac (Cantal), 116-117, 125, 167, 177-178, 274, 330, 473, 487.
Massonais Jean B. Georges, obispo de Périgueux, 147.
Mathias (André Flouraud), SC, 483.
Mauberret, 6.
Mauléon (Basses-Pyr.), 225.
Mauriac (Cantal), 274.
Maurice (Vital Fournier), SC, 21, 23, 42-45, 282.
Maximien (Jean-Claude Lhermet), SC, 193, 524, 526-527.
Mazargues (B.-du-Rhône), 225.
Mende (Lozère), 52, 111-112, 146-147, 214, 226, 297, 490-491.
Mercier Henri, 522.
Metuchen (U.S.A.), 532.
Meyssac (Corrèze), 453, 472-473, 477.
Michel (Louis Delllac), SC, 31.
Michel, cap. de St Joseph d'Espaly, 516-517
Mifflet Marie, 13.
Miramond, 27.
Misiones Extranjeras, sociedad, 146.
Mizaël (Florimond Leyre), SC, 362, 417, 430, 432, 438, 469-470, 472, 529-531.
Moarre, 12.
Mobile (U.S.A.), 52, 111, 113, 116, 119, 128, 158, 161-162, 164, 233, 235, 239, 291, 302-303, 306-311, 314-316, 365, 369, 419, 421, 461, 465, 468, 586, 589.
Molines (Hautes-Alpes), 3.
Monastier (Haute-Loire), 488, 558.
Monchalin Louis, 31.
Monchon Jean-Marie, 19.
Monistrol (Haute-Loire), 15, 33, 48, 274, 284, 289.
Montagnac Pierre, vic. gen. del Puy, 15, 42.
Montauronne, 226.
Montbrison (Loire), 302.
Montfaucon (Haute-Loire), 532.
Montréal (Canadá), 72, 558, 581, 586.
Montregard (Haute-Loire), 532.
Montrozier (Aveyron), 529.
Mont-Sacré-Coeur (Granby, Canadá), 589.
Montsalvy (Cantal), 470.
Montvinay (Isère), 543.
Moreau Basile, 15.
Moré de Charaix de, Ch., 301.
Morlhon de, J.A.V., obispo del Puy, 53, 122-123, 126-127, 477.
Motte Victor, v. Cyprien.
Mouchon Jean-Marie, v. Régis.
Moulins (Allier), 193.
Mouly Joseph, v. Valère.
Mounier Augustin, 532.
Mounier Jean-Claude, v. Benoît.
Mounier François-Marie-Placide, arcipreste, 531-532.
Mourèze (Cantal), 162.
Mourigot Victoire, 550.
Münster Bilsen (Bélgica), 540-541, 543, 554, 556.
Murat (Cantal), 116-118, 154, 156-158, 214, 329-330.
Murat Sistrières, diputado, 147.
Muret, 185.

Nampon, 188.
Napoléon III, 146, 159, 161, 369, 445.
Nasbinale (Lozère), 217, 533.
Natchez (U.S.A.), 314.
Neuvic (Corrèze), 154, 183, 196, 225-226, 284.
New York (U.S.A.), 170-171.
Nexon (Haute-Vienne), 470.
Nevers (Nièvre), 52, 111, 122, 147, 297, 568
Nîmes (Gard), 297.
Noailly Jean-Claude, v. Grégorius.
Nogier M., 525.
Noirot, sac., 28-29.
Norbert (Jean-François St-Chély), sup. gen. SC, 233, 321, 483.
Notre-Dame de Fourvière (Lyon, Rhône), 14.
Nouvelle-Orléans (U.S.A.), 303, 314.

Nurit Antoine, v. Urcize.
Nurit Ursule, Hna., 541.

Odilon (Odilon Vidal), SC, 490-491.
Odolphe (Jules St-Pierre), SC, 151.
Ogier Jean, v. André.
Olier (Charles Carmel), SC, 590.
Oloron (Bses-Pyr.), 114, 169, 188, 225, 291, 347, 473, 487.
Orens (Joseph Germa), SC, 314.
Orléans de, Louis Philippe, 461.

Pacifique (Jean Combe), SC, 524.
Palhers (Lozère), 528.
Paqueron, coronel, 398.
Paradis (Le Puy, Hte-Loire), 18, 23, 26, 29-30, 33, 36-39, 41-45, 114-117, 119-124, 126, 128, 136-138, 141-142, 148-149, 157, 159-160, 162, 165, 167-168, 170, 172-174, 181, 183-184, 186, 188, 190, 194, 198-201, 203, 205, 207, 212-217, 222, 224-226, 273-275, 277-280, 282, 288-290, 297-298, 301, 303-307, 321, 327, 329, 332, 346, 353-354, 356, 398, 407, 421-422, 430-431, 435, 444, 470-471, 473, 477, 483, 485, 487-490, 495-498, 501-502, 507, 515-516, 522-528, 530, 532-535, 537-541, 543-544, 549-550, 559, 565-566, 568, 586, 590.
Parieu de, ministro de Instr. Públ., 146-147.
Paris (Seine), 30, 53, 55, 58, 67, 75, 105, 127, 149, 303, 368-369, 587.
Parrotin Pierre, 522.
Pascal, 545.
Pascal François, 5-6.
Patrick (William Walace), SC, 307.
Paul (François Porchet), SC, 14, 31.
Paulet, vic. de Riotord, 560.
Paulhaguet (Hte-Loire), 116, 225, 532.
Paulus (Cyprien Destruel), sup. gen. SC, 469
Pélissier Alphonse, 200, 264.
Pellerin Marie-Rose, 4-5.
Périgueux (Dordogne), 147-148.
Perrier, párroco de Charbillac, 569.
Perrin Louis, 67.
Persico Ignace, obispo de Gratianopolis, 347-348.
Peters Aldegonde, Hna., 541, 543.
Petit, obispo del Puy y arz. de Besançon, 490
Philémon (Jacques Gervaux), SC, 158.
Pierrefort (Cantal), 114, 116, 173, 214, 330, 590.
Pins de, arz. de Lyon, 35.
Pizzetta, 490-491.
Placide (Jean-Pierre Alleil), SC, 165-166, 303-304.
Polignac (Hte-Loire), 369.
Pompignac de, vic. gen. de St-Flour, 301.
Pont-du-Château (Puy-de-D.), 497.
Portal, canónigo, 490.
Portalier Pierre, v. Dominique.
Portalier Virginie, 528.
Portier Michel, obispo de Mobile, 235, 302-303, 306-309.
Pouzat (Hte-Loire), 217.
Pradelles (Hte-Loire), 136.
Privat (Marie-Antoine Vidal), SC, 550, 553.
Privat (Paul Rouffiac), SC, 593.
Providence (Lyon), 14.

Québec (Canadá), 585.

Rabeyrolle, vic. gen. de Mende, 52, 112.
Racine, 248.
Ratisbona, 302.
Rauzan Jean-Baptiste, fund. de los Sacerdotes de la Misericordia, 13.
Ravelet Armand, 281.
Ravignan, S.J., 250, 381, 405.
Raymond (Jean Raymond), SC, 565.
Reboul, 28-29.
Reboul J., 330.
Régis (Jean-Louis Eyraud), SC, 31.
Régis (Jean-Marie Mouchon), SC, 19-20.
Régis (Pierre Chandès), SC, 524-525.
Reims (Marne), 147.
Religiosas de Jesús-María v. Hermanas de...
Religiosas de San Francisco de Sales, 235.
Religiosas de San Vicente de Paúl, 235.
Rémy (Jean-Baptiste Archaud), SC, 117, 158
René (Jean-Baptiste Arcaix), SC, 150.
Rentería (España), 150, 495, 503, 534, 538-539, 575, 577-583, 586-588.
Resche Étienne, v. Marcellin.
Richaud, vic. gen. del Puy, 516.
Richmond (Canadá), 582.

Rigal Guillaume, v. Cassien.
Rigal Jean, v. Marie-François.
Rimeize (Lozère), 225.
Riocreux Rose, 532.
Riotord (Hte-Loire), 217, 288, 524, 558, 560.
Rivet Jean-Jacques, 538.
Roch (Augustin Audiard), SC, 19-20, 23, 44-45.
Rochette (Htes-Alpes), 32.
Rocoules (Hte-Loire), 19, 284.
Rode, alcalde, 116.
Rodez (Aveyron), 52, 146-147, 297.
Roma (Italia), 47-48, 51-53, 58, 61, 67, 112, 144-145, 147-148, 233, 245, 262, 275, 277, 290, 301, 518, 567, 571, 586, 590-592.
Roquefort, S.I., 307.
Rose-Marie Pourcher, Hna., 543.
Rouffiac Paul, v. Privat.
Rousseau Norbert, obispo del Puy, 507, 516, 522.

Sabb John, 568, 576.
Sacré-Coeur, oficio parvo del, 71-72, 593.
Saint-Agnin, (Solaise, Isère), 495.
Saint-Alban (Lozère), 470, 472, 520, 528.
Saint-Beuazire (Hte-Loire), 543.
Saint-Bonnet (Htes-Alpes), 3-4, 11-12, 288.
Saint-Bruno, cartuja, 13-14.
Saint-Chély (Lozère), 214, 225, 329-330, 332, 495, 528, 530.
Saint-Christophe-sur-Dolaison (Hte-Loire), 523.
Saint-Cuthbert (Canadá), 558.
Saint-Didier-la-Séauve (Hte-Loire), 156.
Saint-Étienne-Vallée-Française (Lozère), 187.
Saint-Eusèbe (Htes-Alpes), 569.
Saint-Flour (Cantal), 52, 111, 122, 145, 147-148, 297, 300-301, 330.
Saint-Georges d'Aurac (Hte-Loire), 539.
Saint-Germain-du-Teil (Lozère), 122, 143.
Saint-Hyacinthe (Canadá), 510, 580.
Saint-Jean-de-Fos (Hérault), 226.
Saint-Jean près les Chartreux (Lyon), 34.
Saint-Julien d'Addes (Loire), 566.
Saint-Just d'Avray (Rhône), 222, 225, 274.
Saint-Mamet (Cantal), 470.
Saint-Martial (Ardèche), 529.
Saint-Martin-de-Quairière (Htes-Alpes), 19.
Saint-Martin-en-Haut (Rhône), 274.
Saint-Maurice-de-Lignon (Hte-Loire), 217-218, 558-559.
Saint-Pal-de-Mons (Hte-Loire), 287, 534.
Saint-Paulien (Hte-Loire), 209, 214, 225.
Saint-Privat (Hte-Loire), 153, 310.
Saint-Romain (Hte-Loire), 19.
Saint-Romain-Lachalm (Hte-Loire), 217, 226.
Saint-Symphorien-de-Lay (Loire), 198, 284, 533, 565.
Saint-Thomas (U.S.A.), 165, 314.
Saint-Vénérand (Hte-Loire), 523.
Saint-Victor (Ardèche), 516.
Saint-Vincent (Hte-Loire), 19.
Sainte-Marie-des-Chazes (Hte-Loire), 565.
Sainte-Sigolène (Hte-Loire), 225, 540.
Saivet, obispo, 364, 366, 368.
Salamon, Louis-Joseph de, obispo de St. Flour, 15.
Salelles (Lozère), 566.
Salun (Hte-Loire), 19.
San Sebastián (España), 538, 550, 579.
San Sulpicio, sociedad, 146.
Santa Sede, 51-52, 58.
Sarda Sophie, 543.
Saugues (Hte-Loire), 19, 431.
Sauzin, obispo de Blois, 16.
Savoie Germaine, Hna., 541.
Serverette (Lozère), 284, 488.
Servette (Lozère), 154.
Sévérac (Aveyron), 214, 284, 331.
Sévérac-le-Château (Aveyron), 528, 530.
Séveraisette, río, (Htes-Alpes), 3.
Sharon Heights (U.S.A.), 509.
Siaugues-St-Romain (Hte-Loire), 530, 558.
Sicard Célestin, 31.
Simon (Alphonse Digonnet), SC, 517.
Soulaquieux I., 29.
Spaos Léon, 556.
Spring Hill (U.S.A.), 302.
Stanislas (Victor André), SC, 524.
Stanislas (Roland Roux), SC, 16, 307, 591-593.
Sully-sur-Loire (Loire), 225.
Sulpice (Jean-Paulin Montels), SC, 476, 526, 539.

Sylvain (Jean-Baptiste Cabanes), SC, 170.
Symphorien (Joseph Allemand), SC, 19-20.

Taborin Gabriel, fund. de los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, 15.
Tailland Guillaume, v. Adrien.
Tarascon (B. du Rhône), 225.
Tempel (Cantal), 473, 487-488.
Tence (Hte-Loire), 114, 143-144, 167.
Testore Celestino, S.J., 89.
Théodore (Benoît Belley), SC, 46, 566.
Théodosius (Jean-Baptiste Joubert), SC, 171, 205.
Théodule (Théodule Tressol), SC, 315, 588.
Thévenet Claudine, v. Marie de S. Ignace.
Thomas (Joseph Chaussende), SC, 23, 42, 44-45, 282.
Thoras (Hte-Loire), 532.
Thouart, párroco de La Motte, 253, 547.
Timothée, sup. gen. HH. La Salle, 340.
Toulouse (Hte-Garonne), 226, 587.
Tourron (Hte-Loire), 284.
Trélans (Lozère), 528-529.
Trémaille (Saône-et-Loire), 499.
Trémisot, inspector, 8, 10.
Trémouille (Cantal), 332-334.
Trincal Auguste, v. Louis-Julien
Trincal Jean-Baptiste, 558.
Triouleyre Jean-Claude, v. Jean-Claude.
Truel (Aveyron), 550.

Urbain (Jean-Baptiste Bonnieu), SC, 121-122, 143-144, 483.
Urcize (Antoine Nurit), sup. gen. SC, 516-518, 520, 574-575, 577-583, 588-590.
Ussel, conde de, 196.

Vaissier Joseph, v. Marie-Joseph.
Valbenoîte (St-Étienne, Loire), 14.
Valentin Ludovic, 522.
Valentin Théophile, v. Majoric.
Valère (Joseph Mouly), SC, 586.
Valiorgue Augustin, v. Marie-Auguste.
Vals (Hte-Loire), 20, 25-27, 29-30, 36, 52-53, 111-112, 158, 216, 218, 233, 262, 268, 271-272, 274, 277, 284, 350, 398, 444, 496, 523, 525, 527, 530, 566.
Van Laaij Margaretta, Hna., 541, 543.
Var (Htes-Alpes), 5.
Vaissier Joseph, v. Marie-Joseph.
Vayssières Jeanne, 535.
Verdun (Canadá), 581.
Vernet (Hte-Loire), 19.
Veuillot L., 327, 392.
Vianenc Delphine, 549.
Vic (Cantal), 116, 158, 167.
Vicente de Paúl, santo, 245.
Vicksburg (U.S.A.), 314.
Victor André-Joseph, 524.
Victoriaville (Canadá), 513.
Victorien (Jean-François-Auguste Garbil), SC, 209, 527, 549, 586.
Victorius (Victor Mirandon), asist. gen. SC, 517, 527.
Vidal Marie-Antoine, v. Privat.
Vidal Odilon, v. Odilon.
Vidieu Jean, v. Clémentin.
Vieux Joseph, 562.
Villettes (Hte-Loire), 523.
Villard (Lozère), 518.
Villefort (Lozère), 226.
Villeurbanne (Rhône), 589.
Vincent, rector, 132, 142.
Vissac Jean-Pierre, v. Benjamin.
Viviers (Ardèche), 122, 144-145.
Voisin Victor, 27.
Vorey (Hte-Loire), 167, 544.
Vozi (Augustin Mavieille), SC, 533-534.

Wallace William, v. Patrick.
Weijer Antoine, 554.
Weijer Agnès, v. Willibrord.
White Sulphur (U.S.A.), 315.
William (Robert Langfield), SC, 308.
Willibrord van Weijer, Hna., 540-541, 543, 554, 556.

Xavier (Guillaume Arnaud), SC, 13-14, 16, 22-23, 30-37, 39, 41-46, 49, 51, 120-126, 128-129, 131-142, 145, 259, 270, 274-276, 280, 282, 483, 492, 515, 537, 587.
Xavier (Hilarion Bonnes), asist. gen. SC, 529, 539.

Yseure (Allier), 192, 194.
Yssingeaux (Hte-Loire), 288.

Zaragoza (España), 551-553.
Zozime (Jean-Robert), SC, 501, 540.

II. Bajo el gobierno del sucesor, P. François-Vincent Coindre 50
III. Trabajo legislativo del Siervo de Dios: las Reglas comunes 51
IV. Estatutos y Constituciones 60
V. Criterios seguidos en la publicación de las «Reglas» 67
Cap.I: Fin del Instituto, medios para alcanzar este fin 68
Cap. II: De la vida de comunidad 69
Cap. III: De los ejercicios de piedad 70
Cap. IV: De las confesiones y comuniones 73
Cap. V: De la mortificación 74
Cap. VI: De la negación de sí mismo 76
Cap. VII: De los ejercicios de humildad 77
Cap. VIII: De la obediencia 78
Cap. IX: De cómo deben comportarse los Hermanos con el Hno. Director y con los demás Hermanos 80
Cap. X: De las virtudes de pobreza y castidad 81
Cap. XI: Del silencio 82
Cap. XII: De la pureza de intención 84
Cap. XIII: De la modestia 85
Cap. XIV: De los recreos 87
Cap. XV: De las escuelas 88
Cap. XVI: De la corrección de los alumnos 90
Cap. XVII: De las obligaciones de los Hermanos consigo mismos, con sus Hermanos y con las personas de fuera 91
Cap. XVIII: De los días de clase y de vacación 93
Cap. XIX: De la dirección espiritual y la apertura de conciencia 95
Cap. XX: De la correspondencia 97
Cap. XXI: De los viajes 99
Cap. XXII: De los enfermos 100
Cap. XXIII: De los sufragios por los difuntos 102
Cap. XXIV: De la admisión de los candidatos, de la toma de hábito, de la profesión y de las obligaciones de los votos 104
Cap. XXV: Reglamento diario 107
Apéndice 111
1.- Carta de aprobación de la Regla de los HH. del Sagrado Corazón, concedida por el rector del colegio de los Jesuitas de Vals, sin fecha 111
2.- Carta del Vicario General de la diócesis de Mende, probablemente dirigida al Siervo de Dios, fechada el 4 de julio de 1843 112
3.- Carta de aprobación de las Reglas de los Hnos. del Sgdo. Corazón, expedida por el obispo del Puy, fechada el 6 de octubre de 1843 113

Doc. X. Extracto de la carta del Hno. Adrien, enviada al Hno. Alphonse, residente en América del Norte, fechada el 22 de mayo de 1849 113

Doc. XI. Documentos referentes al sacerdote Jean-Eugène Arnaudon 119

1.- Carta del nuevo obispo del Puy, Monseñor Joseph-Auguste-V. de Morlhon al Siervo de Dios y al P. Arnaudon, 10 de marzo de 1847 126
2.- Extracto de una carta del Siervo de Dios a los religiosos residentes en los Estados Unidos de América, 2 de enero de 1850 127
3.- Solicitud presentada por el Hno. Xavier, en el siglo Guillaume Arnaud, al Ministro de Instrucción Pública para obtener el reconocimiento civil de la Congregación en el departamento de Rhône, 20 de octubre de 1850 128
4.- Carta del rector de la Universidad de Lyon al Siervo de Dios, 10 de septiembre de 1851 129
5.- Respuesta del Siervo de Dios al rector de la Universidad de Lyon, sin fecha . . . 133
6.- Extracto de las «Memorias del Hno. Xavier sobre los inicios de la Congregación», escritas después de 1851 134
7.- Dos extractos del «Registro de los Establecimientos, Nº 2», escrito por el Hno. Bernardin, Ecónomo General. 142
a) Del informe sobre el «Establecimiento de Paradis» 142
b) Del informe sobre el «Establecimiento de St. Germain-du-Teil, Lozère» 143
8.- Extracto de la biografía del Hno. Urbain, contenida en el «Anuario del Instituto de los HH. del Sagrado Corazón, nº 5 (1910-1911) 143

Doc. XII. Noticia del reconocimiento legal de la Congregación de Hnos. del Sgdo. Corazón, por el encargado de asuntos escolares, con fecha 19 de junio de 1851 y comunicada al Siervo de Dios el 7 de julio 144

Doc. XIII. Extractos de las cartas del Siervo de Dios, años 1842-1858 150
A) *Cartas privadas* 156
1.- Carta al Hno. Jérôme, 17 de enero de 1849 156
2.- Carta al Hno. Alphonse, 16 de diciembre de 1851 158
3.- Otra carta al Hno. Alphonse, 9 de marzo de 1852 160
4.- Carta al Hno. Marie-Jérôme, 13 de mayo de 1854 162
5.- Carta al Hno. Ambroise, 21 de junio de 1854 163
6.- Carta al Hno. David, 14 de mayo de 1855 164
7.- Carta al Hno. Jean-Claude, 27 de noviembre de 1855 167
8.- Carta al Hno. Alphonse, 13 de marzo de 1856 168
9.- Otra carta al Hno. David, 26 de diciembre de 1856 170
10.- Extracto de una carta al Hno. Alphonse, 21 de octubre de 1858 172
11.- Carta al Hno. Louis-Lambert, 24 de diciembre de 1858 173
B) *Circulares* 174
Circular del 12 de enero de 1848 174
C) *Cartas administrativas* 177
1.- Carta al párroco de Massiac, escrita no mucho después del 18 de agosto de 1843 177
2.- Carta al párroco de Blesle, julio de 1844 178
3.- Carta al párroco de Allanche, poco anterior al 25 sept. 1844 180
4.- Carta al párroco de Lacapelle-Marival, 30 de marzo de 1845 181

5.- Carta al párroco de Neuvic, abril-mayo de 1851 183
6.- Carta al obispo de Mende, 16 de enero de 1852 184
7.- Carta al sacerdote de Vici-Chatonnay, 20 de octubre de 1853 186
8.- Extracto de una carta al párroco de St-Étienne-Vallée-Française, 30 de octubre de 1853 187
9.- Carta al obispo de Bayonne, no mucho después del 1 de agosto de 1854 . . 188
10.- Carta al párroco de Blesle, 24 de octubre de 1854 190
11.- Carta al párroco de Yseure, 25 de octubre de 1854 192
12.- Carta al Vicario General de Moulins, 16 de noviembre de 1854 194
13.- Carta al conde de Ussel, año 1854 196
14.- Fragmento hológrafo del Siervo de Dios, sin fecha ni destinatario. 197

Doc. XIV. Carta de los Hnos. Adrien y Jean-Marie, 3 de enero de 1859 197

Doc. XV. Testimonios sobre la muerte del Siervo de Dios, ocurrida el 9 de enero de 1859 200
1.- Acta de defunción del registro municipal de Espaly-St-Marcel 200
2.- Comunicado de defunción difundido por los Hnos. del Sagrado Corazón de Paradis 201

Doc. XVI. Extractos de las cartas de los Hnos. Adrien y Jean-Marie enviadas a los Hermanos después de la muerte del Siervo de Dios, fechadas los días 13 y 17 de enero de 1859 201
1.- Circular del Hno. Adrien a los Hermanos residentes en los Estados Unidos de América, 13 de enero de 1859 202
2.- Otra circular del Hno. Adrien a los Hermanos residentes en América, 17 de enero de 1859 204
3.- Circular del Hno. Jean-Marie a los directores de las casas existentes en los Estados Unidos 206

Doc. XVII. Extractos de la carta del Hno. André a un Hermano, 14 de enero de 1859 207

Doc. XVIII. Extractos de las cartas del Hno. Adrien, Superior General de la Congregación de Hnos. del Sagrado Corazón, años 1859, 1860, 1871 209
1.- Circular a todos los religiosos, 2 de abril de 1859 210
2.- Carta al Hno. Alphonse, 15 de febrero de 1860 212
3.- Circular a todos los religiosos, 25 de enero de 1871 213

Doc. XIX. Testimonios del Hno. Bernardin sobre el Siervo de Dios, sin fecha 214
1.- Extractos del manuscrito «Origen y fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón» 215
2.- Extracto del «Registro de los establecimientos, nº 2» 216

Doc. XX. Testimonio aportado por el Hno. Benjamin, enviado al Hno. Daniel el 8 de junio de 1882 217

Doc. XXI. Testimonio sobre las virtudes del Siervo de Dios proporcionado por el Hno. Marie-Auguste, enviado al Hno. Daniel, años 1882-1884 222

Doc. XXII. Vida del Siervo de Dios escrita por los Hnos. Eugène y Daniel, editada en 1893 224

Análisis crítico:

I.- Datos biográficos de los Hnos. Eugène y Daniel 225
II.- Autores de la obra y papel de cada uno en su preparación 227
III.- Fecha, estructura y finalidad de la obra 229
IV.- Las fuentes 230
V.- Uso de las fuentes 234
VI.- Valor histórico-crítico de la «Vida» 243
VII.- Criterios seguidos al preparar la presente edición 244

«Vida del Hno. Policarpo, tercer Superior General del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón» Introducción 245

Primera parte

Cap. I: Nacimiento, infancia, juventud 251
Cap. II: Hippolyte Gondre ingresa en religión 258
Cap. III: El Hno. Policarpo es nombrado Director de Vals 263
Cap. IV: Tribulaciones y situación precaria del Instituto 268
Cap. V: El Hno. Policarpo es destinado a Lyon como maestro de novicios 273
Cap. VI: El Hno. Policarpo es elegido Superior General 281
Cap. VII: El Hno. Policarpo enseña a sus Hermanos las sendas de la santidad . . 287
Cap. VIII: Circular del Hno. Policarpo a los miembros del Instituto. Redacción de las Reglas 293
Cap. IX: El Hno. Policarpo es reelegido Superior General 298
Cap. X: La Colonia fundada en América 302
Cap. XI: Con motivo de un Jubileo, el Hno. Policarpo manda hacer oraciones por la conversión de los pecadores 316
Cap. XII: Visitas anuales del Hno. Policarpo; bien que producen 322
Cap. XIII: Nueva enfermedad del Hermano Policarpo; feliz convalecencia. Algunas anécdotas de sus viajes 327
Cap. XIV: El Hno. Policarpo completa su labor de organización 336
Cap. XV: Últimos años del Hno. Policarpo 347

Segunda Parte

Cap. I: Retrato del Hermano Policarpo. Sus conocimientos sobre la vida espiritual 358
Cap. II: Espíritu de fe del Hno. Policarpo 363
Cap. III: Espíritu de fe del Hno. Policarpo (continuación) 368
Cap. IV: De su esperanza y de su confianza en Dios 373
Cap. V: De su amor a Dios 379
Cap. VI: Su piedad; su amor a la oración y meditación 385
Cap. VII: Su celo; sabias directrices para las escuelas; solicitud por los novicios 394

Cap. VIII: Cómo entendía el Hno. Policarpo la función de superior 401
Cap. IX: Abnegación del Hno. Policarpo en favor del Instituto 405
Cap. X: Su caridad con el prójimo 410
Cap. XI: Su mansedumbre unida a la firmeza 417
Cap. XII: Su humildad y abnegación 427
Cap. XIII: Su amor a la pobreza, a la cruz y al sufrimiento 430
Cap. XIV: Su amor a Nuestro Señor 437
Cap. XV: Su devoción a la Santísima Virgen María 442
Cap. XVI: Pensamientos y consejos espirituales del Hno. Policarpo 446
Cap. XVII: Extractos de algunas cartas a Hermanos 453
Conclusión 468

Doc. XXIII. Testimonio sobre las virtudes del Siervo de Dios, redactado por el Hno. Mizaël el día 22 de agosto de 1902 469

Doc. XXIV. Testimonio sobre las virtudes del Siervo de Dios, redactado por el Hno. Adelphe hacia el año 1902 472

Doc. XXV. Extractos de algunas obras editadas 485

1.- Extractos de la obra titulada: «*Anuario del Instituto de los HH. del Sagrado Corazón*», números 2 a 8, años 1907 a 1914 485
a) Casa de Paradis - Casa madre del Instituto, anuario nº 2 (1907-1908) 485
b) El Rdmo. Hno. Adrien, segundo Superior General de los HH. del Sagrado Corazón, anuario nº 2 (1907-1908) 486
c) Hno. Clodomir, anuario nº 3 (1908-1909) 487
d) Hno. Gérasime, anuario nº 3 (1908-1909) 488
e) Hno. Marcellin (Étienne Resche), anuario nº 7 (1912-1913) 489
f) Hno. Berchmans, anuario nº 7 (1912-1913) 490
g) Hno. Odilon, anuario nº 7 (1913-1914) 490
h) El alma de nuestro Instituto, anuario nº 8 (1913-1914) 491

2.- Extracto de la obra titulada: «*1821-1921. Un siglo de vida religiosa y de educación cristiana*», Tolosa 1921 492

Doc. XXVI. Extractos de las dos biografías del Siervo de Dios escritas por el Hno. Basilien, años 1912-1913 y 1930 494

1.- Extractos de la obra: «*El Hno. Policarpo (1801-1859).- Primer Hermano Superior General de nuestro Instituto*», en el *Anuario* nº 7 497
2.- Extractos de la obra: «*El Rdmo. Hno. Policarpo... Vida resumida*» - Julio de 1930, Rentería 503

Doc. XXVII. Extractos de los testimonios de curaciones y gracias que se atribuyen al Siervo de Dios, años 1900-1930 512

1.- Curación del Hno. Lucius, año 1900 513
2.- Gracia obtenida por un religioso de los HH. del Sagrado Corazón 514

Doc. XXVIII. Documento público sobre la exhumación del cuerpo del Siervo de Dios, 16 y 22 de agosto de 1927 515

Doc. XXIX. Extractos de las cartas de los Hnos. Albéric y Urcize, Superiores Generales de los HH. del Sgdo. Corazón, años 1906-1931 518
1.- De la circular del Hno. Albéric, 11 de junio de 1920 518
2.- De las circulares del Hno. Urcize 520
a) De la circular del 17 de enero de 1927 520
b) De la circular del 17 de octubre de 1928 522
c) De la circular del 15 de diciembre de 1931 522

Doc. XXX. Extractos del proceso instruido por el Ordinario de la Diócesis del Puy, sobre la fama de santidad de vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios, Policarpo Gondre, años 1929-1930 522
Jacques Chabanon, testigo I 523
André Victor (Hno. Stanislas), testigo II 524
Régis Grousset (Hno. Éliézer), testigo III 528
François-Marie-Placide Mounier, testigo IV 531
François-Auguste Girald (Hno. Bellarmin), testigo V 533
Barthélemy Couderc (Hno. Basilien), testigo VI 534
Jean-Jacques Rivet (Hno. Florentin), testigo VII 538
Louis Breschet, testigo VIII 543
Auguste Blanchard, testigo IX 544
Alexandre Brolles, testigo X 549
Marie-Antonin Vidal (Hno. Privat), testigo XI 550
Agnès Weijer (Hna. Willibrord), testigo XII 554
Florence Lardenois (Hna. Juliana), testigo de oficio 556
Auguste Trincal (Hno. Louis-Julien), testigo XIII 558
Jean-Joseph-Camille Allemand, testigo XIV 561
Jean-Claude Noailly (Hno. Grégorius), testigo XV (1º de oficio) 564
Jean-Antoine Éclaircy (Hno. Marie-Antoine), testigo XVI (2º de oficio) 565
Tenor de los documentos presentados por el Postulador 567

Bibliografía 585

Láminas ilustrativas adicionales 595

Índice alfabético de nombres propios 597

Índice de materias 609